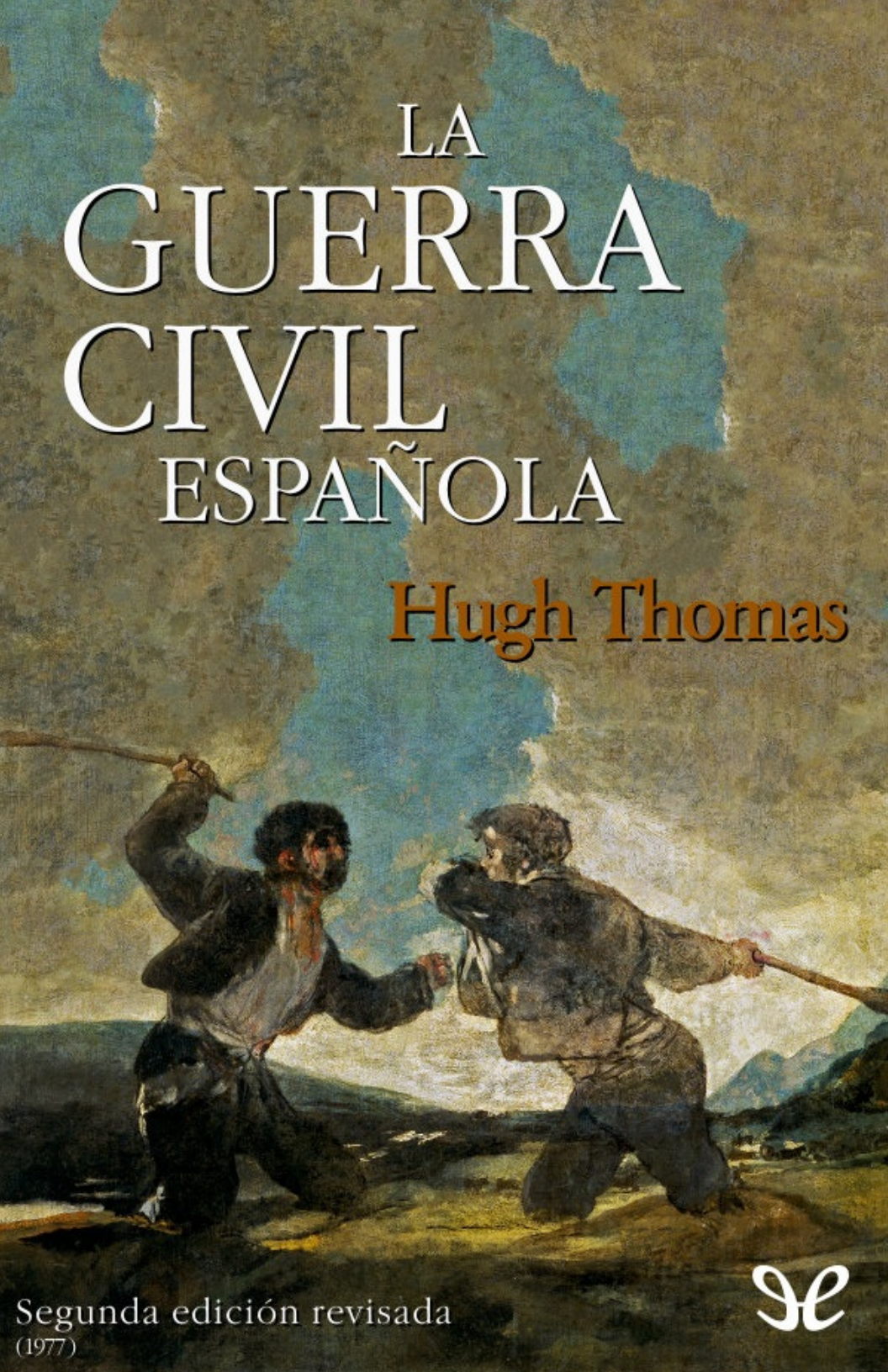
LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Hugh Thomas



Segunda edición revisada
(1977)

La guerra civil no fue sólo un episodio crucial en la historia contemporánea de España, marcó un punto de inflexión en la conciencia del mundo occidental, anticipando el enfrentamiento entre el progreso y la reacción, entre el totalitarismo y la democracia. El libro de Hugh Thomas es un estudio clásico en la extensa bibliografía que la guerra española ha suscitado, una de las primeras obras a cuya amplitud y rigor se unen la claridad y la ponderación.

Hugh Thomas

La Guerra Civil Española

ePub r1.3
Titivillus 17.09.2018

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *The Spanish Civil War*
Hugh Thomas, 1961
Traducción: Neri Daurella
Ilustración de portada: *Duelo a garrotazos*, Francisco de Goya
Diseño de portada: AlNoah
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2
Edición digital: epublibre (EPL), 2018
Conversión a pdf: FS, 2018

FOVEC SCRIPTORIUM EX LIBRIS
Quisquis in culpa est

Agradecimientos

Debo hacer constar mi agradecimiento al gran número de personas que me han escrito sobre cuestiones relativas a la guerra civil desde que se publicó este libro por primera vez. Tanto ellas como todos aquellos con quienes he hablado desde entonces son demasiado numerosos para mencionar sus nombres, pero les estoy muy agradecido. También deseo dar las gracias a una serie de amigos que me han ayudado o aconsejado en alguna parte del libro, en particular a Paul Preston, por sus sugerencias sobre la revisión de los capítulos que se refieren a la República, y demás ayuda; al vicealmirante *sir* Peter Gretton, por sus consejos sobre el aspecto naval de la guerra; a Norman Cooper, por su ayuda en los capítulos referentes a la economía nacionalista; a la señora Jill Edwards, por su trabajo sobre la no-intervención y el papel del gobierno británico; al doctor Michael Alpert y a Norman Jones, por sus sugerencias sobre Cataluña. Y finalmente debo agradecer a Ronald Fraser que tuviera la amabilidad de leer las pruebas de imprenta. He manifestado mi agradecimiento a otras personas en las notas a pie de página, en el lugar correspondiente. También quiero agradecer a W. H. Auden y a Faber&Faber que me permitieran citar su poema «Spain»; a Edgell Rickword, por idéntico motivo, con su poema «*To the Wife of a Non-Intervention Statesman*» a A. L. Lloyd por su traducción al inglés de un poema de M. Hernández; a Librairie Gállimard por autorizarme a citar parte de «*Aux Martyrs Espagnols*» de

Claudel; y finalmente a C. Day-Lewis y Bodley Head por permitirme reproducir parcialmente su poema «Nabarra».

Siglas de algunos grupos y partidos políticos

CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) —Partido católico

CNT (Confederación Nacional del Trabajo) —Sindicato anarcosindicalista

FAI (Federación Anarquista Ibérica) —Vanguardia doctrinal anarquista

FIJL (Federación Ibérica de Juventudes Libertarias) —Juventudes anarquistas

JAP (Juventudes de Acción Popular) —Movimiento juvenil de Acción Católica

JCI (Juventud Comunista Ibérica) —Juventudes del POUM

JONS (Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista) —Fascistas

JSU (Juventudes Socialistas Unificadas)

POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) —Comunistas revolucionarios (es decir, antistalinistas).

PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña) —Comunistas Catalanes

UGT (Unión General, de Trabajadores) —Sindicato socialista

UME (Unión Militar Española) —Grupo de militares de derechas

UMRA (Unión Militar Republicana Antifascista) —Grupo de militares opuestos a la UME

Abreviaturas empleadas en las notas

CAB Notas del gabinete británico (inéditas, en el Public Record Office) con las referencias pertinentes.

FD Documentos de política exterior francesa, 2.ª serie, 1936-1939, del tomo III en adelante.

FO Foreign Office, aludiendo a los documentos inéditos del Public Record Office.

GD Documentos alemanes de política exterior, serie D, vol. III, a menos que se especifique otra cosa.

NIG Documentos del subcomité de no-intervención.

NIS Documentos comité de no-intervención.

USD Volúmenes 1936-1939 de política exterior de Estados Unidos.

Referencias en notas a pie de página

La primera vez que se menciona un libro, se dan el título, el lugar y la fecha de publicación, después del nombre completo del autor; si aparece de nuevo, se da sólo el nombre del autor. Cuando se menciona un segunda (o tercer) libro del mismo autor, las referencias ulteriores a ese libro y al primero que se ha mencionado del autor se dan con un título abreviado.

A Vanessa

Prólogo

Este libro fue publicado por primera vez en Inglaterra en abril de 1961. En aquellos momentos no se había escrito ningún estudio histórico general sobre la guerra civil y sus orígenes, si exceptuamos las obras, muy anteriores, de Salvador de Madariaga (la segunda mitad de su España, publicada en 1946) y de Julián Zugazagoitia (Historia de la guerra de España, que vio la luz en 1940). También había una serie de historias militares escritas en su mayoría poco después del final de la guerra civil, como las de Manuel Aznar y Luis María de Lojendio.

A finales de los años 50, la idea de escribir una historia general de la guerra desde un punto de vista histórico se les había ocurrido a varias personas además de a mí: al cabo de un mes de la publicación de la mía, apareció otra historia general escrita por dos franceses, Fierre Broué y Émile Témime. También se habían publicado ya para entonces una o dos monografías, como los dos libros del profesor Cattell sobre el comunismo y la política rusa, y el estudio un tanto inquisitorial de Burnett Bolloten sobre la actuación comunista, publicado al mismo tiempo que mi libro. Así, pues, en el extranjero «necesitaban» una historia de la guerra civil, al decir de los editores. Parecía que se habían enfriado las pasiones entre los que habían luchado o simpatizado con uno u otro bando. Al mismo tiempo, ya podía encontrarse mucho material disponible relacionado

con la guerra civil que, en su mayor parte, no había sido aprovechado.

En cuanto a la propia España, la guerra civil parecía muerta tanto histórica como políticamente. Ahora hay que hacer un esfuerzo de imaginación para recordar la atmósfera intelectual de España a mediados o finales de los años 50. El pasado reciente era un tema tan prohibido como el del futuro inmediato. Quien intentara profundizar se exponía a tropezar con un clima de enemistad, silencio y sospecha. En aquellos momentos, yo creía que aquella reticencia era debida al temor, pero ahora me parece que se debía más a la conmoción o a la sorpresa por el hecho de que un gran país como España hubiera sufrido un conflicto tan destructivo como aquél; de que hubiera perdido tantos habitantes que habían tenido que emigrar; y de que, después de una historia moderna menos dura en muchos aspectos que la de sus vecinos europeos, hubiera experimentado durante tanto tiempo un régimen tan implacable como el del general Franco.

Al parecer, la historia de la guerra civil y sus consecuencias no era el único tema prohibido. Parecía como si hubiera caído un pesado telón sobre la historia española posterior al exilio del rey, en 1931; un telón doblemente impenetrable, porque era tanto de polvo como de hierro. El gobierno utilizaba el pasado, es cierto, pero sólo como parte de su propaganda.

Fui a España por primera vez en el invierno de 1955-1956. Entonces trabajaba en el Foreign Office británico, y estuve presente en Nueva York cuando la Asamblea General de las Naciones Unidas admitió a España en la organización. Fui a España de vacaciones, leyendo El laberinto español, de Gerald Brenan, un libro brillante que para muchos ingleses

ha servido de iniciación a la historia de la España moderna. De aquel viaje recuerdo dos o tres impresiones muy vividas. Voy a darme la satisfacción de recordarlas: un hombre que cantaba una canción sobre Manila en el andén de Irún mientras le limpiaban los zapatos; una encantadora pensión de Madrid, detrás de la calle de Fuencarral, que ahora ha sido demolida; y, la más fresca de todas la maravillosa sensación de despertarme de repente en el tren y encontrarme en Andalucía, un nuevo mundo hermoso, encendido y caluroso. En aquellos momentos, consciente o inconscientemente, sin duda yo estaba buscando un tema sobre el cual escribir un estudio histórico, y sospecho que aquella repentina inundación de sol andaluz en un tren que pasaba al norte de Bobadilla debió de influir en mi decisión. En cualquier caso, recuerda muy bien haber dicho a un amigo mío al volver: «¿Por qué nadie ha escrito una historia de la guerra civil española?». Y él me contestó: «¿Por qué no lo haces tú?».

Escribí el libro con la intención deliberada de ser imparcial. Consideraba (y considero) que el gobierno representativo es preferible al autoritarismo, tanto si es reaccionario como si es revolucionario pero eso me daba un punto de partida razonable. Todo el mundo actúa según sus intereses: para un historiador, la sociedad buena es aquella en la que los historiadores pueden respirar a pleno pulmón y libremente.

Creo que en aquella época no albergaba ninguna esperanza de que mi libro fuera a aparecer en España, ni de qué nadie quisiera publicarlo fuera de Inglaterra. Pero mis amigos de Ruedo Ibérico lo publicaron en París poco después de su aparición en inglés, y conservan sus derechos sobre la traducción española. Ahora, sin embargo, han cambiado muchas cosas, y me alegra pensar que esta nueva edición,

totalmente revisada, va a publicarse y distribuirse en la propia España, aunque sólo sea por contribuir al debate sobre el pasado reciente que está teniendo lugar en el país y que puede ser una baza importante en la preparación del camino hacia un futuro seguro. Soy consciente de que mucha gente está decidida a olvidar la guerra civil, en un país donde mucho más de la mitad de la población nació después de 1939. A pesar de todo, sospecho que el pasado sólo podrá ser enterrado cuando se conozca claramente la verdad respecto al mismo. Por eso creo que la preocupación por la historia contemporánea en la España moderna tiene que ser terapéutica.

Esta edición es una revisión sustancial de la que apareció en 1961. Publiqué una edición ligeramente revisada en 1965, pero la presente ha sido parcialmente rescrita teniendo en cuenta la inmensa cantidad de material aparecido en fecha reciente, e incorporando además otras investigaciones y opiniones mías. También existe una cuestión de perspectiva: en 1960, era posible considerar el régimen del general Franco como algo aberrante, y pensar que el gobierno representativo (como el existente entre 1931 y 1936, y antes de 1923 con menos honestidad pero con más éxito) constituía, además de ser el ideal, la norma de la vida española moderna. Ahora, en cambio, cualquiera que sea el ideal, los cinco años de la República parecen una interrupción dentro de la tendencia general hacia el gobierno autoritario que empezó con el golpe de Estado de Primo de Rivera en 1923. Además, en 1961 el momento era muy diferente al de ahora: entonces, en los comienzos de la era Kennedy, el mundo parecía inundado de optimismo: fue casi una segunda *belle epoque*. No había razones para suponer que el desarrollo económico del mundo no fuera a continuar de manera indefinida, y se creía que los países

avanzados, crecientemente ilustrados, prestarían cada vez más atención a las necesidades de los más pobres. La guerra fría había terminado. La guerra civil española parecía un hecho de un pasado remoto, negro y desgraciado que, por lo que se refiere al otro lado de los Pirineos, había sido enterrado con la crisis que dio lugar a la segunda guerra mundial.

Hoy en día, la problemática que llevó a la peor guerra civil de la Europa moderna se plantea en muchos países (no sólo «latinos»). El aumento del autoritarismo de izquierdas y de derechas; la falta de fe en la democracia; el choque de entusiasmos que degeneran en brutalidad; el impacto de la tecnología en un país mal preparado para ella; la relación entre guerra civil y crisis internacional… todas estas cosas resultan mucho más próximas a mayor número de gente ahora que en 1961. En cualquier caso, así son las cosas al norte de los Pirineos y al sur de Gibraltar.

Sólo en España, tal vez, la situación parece más prometedora en 1976 que en 1961. Sospecho que, en otros países, pocos dirían que los últimos quince años han sido años de progreso. Pero en España serían pocos los que pudieran decir honradamente, en esta primera primavera después de la muerte del general Franco, que no están más contentos hoy en día que en abril de 1961. Ahora en España se respira la sensación de que el futuro promete realmente la paz, la piedad y el perdón de los que hablaba Azaña en plena guerra civil (con estas palabras termina este libro en ésta y en su última edición). En cuanto la guerra civil pase a ser primordialmente un tema de controversia entre historiadores, podremos considerar que, por fin, ha terminado.

HUGH THOMAS

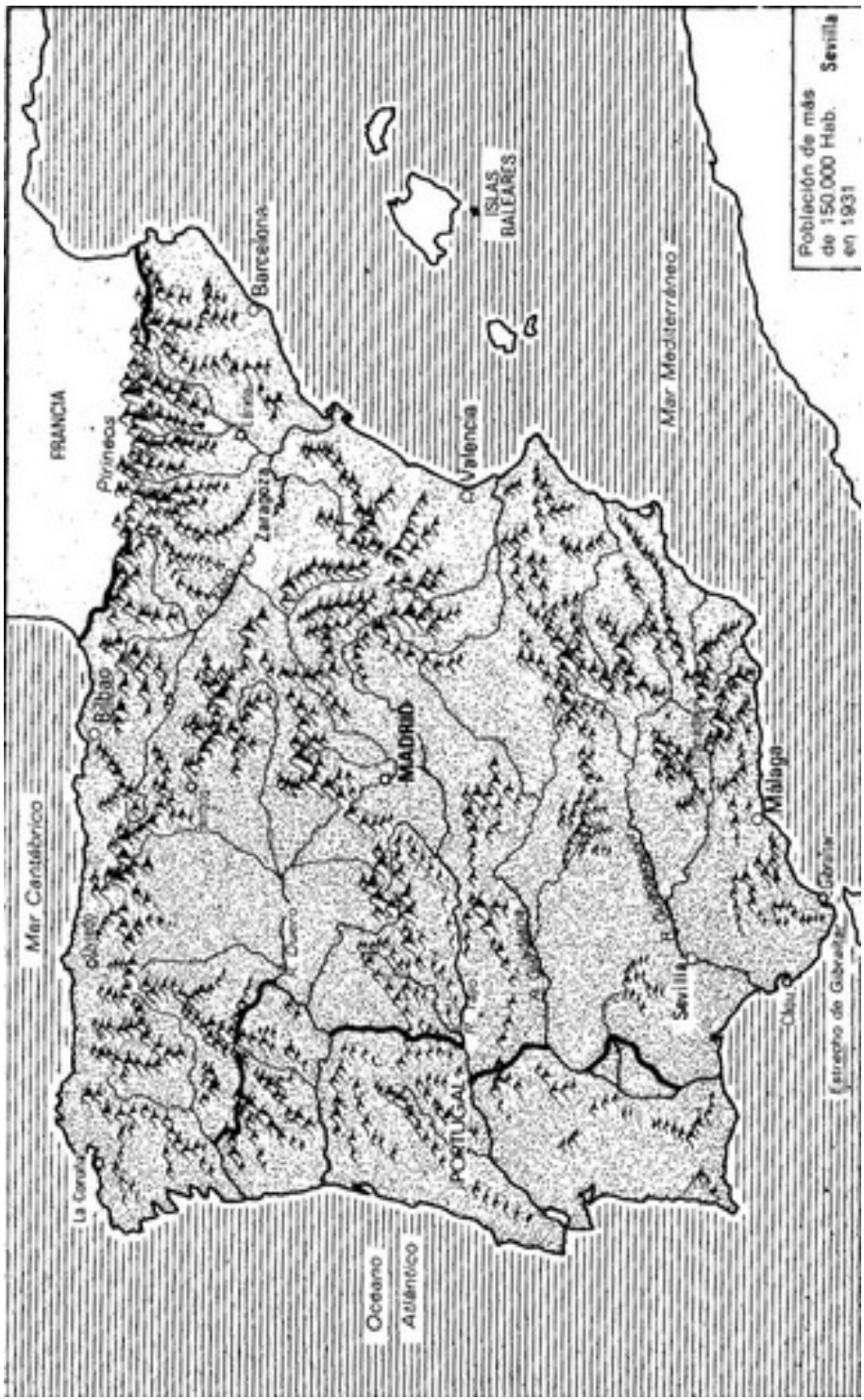
Londres, abril de 1976

LIBRO PRIMERO

Los orígenes de la guerra

«El ideal de todos los españoles es que llevasen en el bolsillo una carta foral con un solo artículo, redactado en estos términos breves, claros y contundentes: "Este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana"».

Ángel Ganivet


Mar Cantábrico
FRANCIA
Pirineos
Bilbao
Barcelona
Zaragoza
MADRID
Valencia
ISLAS BALEARES
Mar Mediterráneo
Málaga
Sevilla
PORTUGAL
Océano Atlántico
Estrecho de Gibraltar
Población de más de 150.000 Hab. en 1931
Sevilla

1
Preludio

La sesión de las Cortes del 16 de junio de 1936. —El gobierno de Casares Quiroga. — Habla Gil Robles. — Las amenazas a la vida democrática. — La Pasionaria. — Altercado de Calvo Sotelo con el jefe del gobierno.

El edificio de las Cortes, el parlamento de España, está situado hacia la mitad de la cuesta que sube del Prado a la Puerta del Sol[1]. Unos leones de bronce fundido de los cañones capturados al enemigo en las guerras de Marruecos guardan sus puertas. En el frontón que remata sus columnas corintias, la Justicia abraza esperanzada al Trabajo. Actualmente, los lujosos pasillos y salones de las Cortes sólo se usan de vez en cuando para que unos cuantos dignatarios honoríficos presten asentimiento formulario a los decretos que dicta el jefe del Estado. Sin embargo, el 16 de junio de 1936, este edificio clásico era el centro de toda España.

Habían transcurrido más de cinco años desde que el rey Alfonso XIII había abandonado el trono español; para evitar, según dijo él (quizás exagerando su propia importancia para su pueblo), el desastre de una guerra civil. Habían sido cinco años de actividad parlamentaria. Antes de irse el rey, hubo un lapso de ocho años —de 1923 a 1931— durante el cual la mayor parte del tiempo bajo el afable dictador militar general Primo de Rivera, las Cortes permanecieron tan

desiertas como en la actualidad. Entonces, en junio de 1936, la vida parlamentaria en España parecía hallarse al borde de la destrucción.

Un inquieto grupo de liberales de clase media y de edad madura ocupaban el banco azul del gobierno, frente al hemiciclo de la cámara de diputados. Hombres honrados e inteligentes, tanto ellos como sus seguidores odiaban la violencia. Admiraban las formas agradables y democráticas de Inglaterra, Francia y Norteamérica. Sin embargo, este odio y esta admiración los hacían insólitos entre los españoles de su tiempo, solitarios incluso entre los cuatrocientos diputados que, sentados o de pie, a su alrededor y en los escaños más altos, como podían, ocupaban la atestada Cámara[2]. No obstante, los hombres de este gobierno tenían un fanatismo propio no muy típico de los países de mentalidad práctica que ellos deseaban reproducir en España.

Tomemos el caso, por ejemplo, del jefe del gobierno, Santiago Casares Quiroga. Hombre rico, nacido en Galicia, había pasado gran parte de su vida luchando por conseguir la autonomía para su pobre región, aunque la única ventaja que habrían podido sacar los gallegos de ella hubiera sido la mejora del servicio ferroviario[3]. Aunque Casares parecía actuar de acuerdo con principios liberales y wilsonianos formulados más allá de los Pirineos, no dejaba de ser por ello típicamente español. Era un liberal apasionado cuando el desarrollo de las organizaciones obreras hacía parecer al liberalismo casi tan anacrónico como el enemigo de los liberales; el feudalismo. Sin embargo, teniendo en cuenta que en España no había triunfado ninguna revolución de la clase media, según el modelo de la de Francia de 1789, no podía reprocharse su actitud a Casares Quiroga y sus partidarios. En los primeros año de la República, en 1931 y

1932, los ojos de Casares Quiroga (entonces ministro de Gobernación) relucían brillantes en su pequeño rostro ante amigos y enemigos, como los de Saint Just. Ahora se advertía en ellos un extraño optimismo irónico, sólo explicable como síntoma de la tuberculosis que ya padecía.

La naturaleza de la crisis de España fue descrita el 16 de junio de 1936 por Gil Robles, el atildado, obeso y casi calvo, aunque todavía joven, jefe del partido católico español, la CEDA[4]. Su partido era conservador y católico, e incluía a los qué querían restaurar una monarquía, y a quienes deseaban una república demócrata-cristiana. Algunos miembros de la CEDA, particularmente de su movimiento juvenil (JAP)[5], eran casi fascistas; y algunos admiraban el Estado corporativo de Dollfuss. Gil Robles era elocuente y hábil, pero vacilante y tortuoso. Era odiado tanto por monárquicos y fascistas como por socialistas. No obstante, había creado el primer partido español de masas de clase media. Ahora recordaba que el gobierno, desde las elecciones de febrero, había tenido poderes excepcionales, incluidas la censura de prensa y la suspensión de garantías constitucionales. A pesar de todo, durante aquellos cuatro meses —decía—, se habían quemado 160 iglesias, se habían cometido 269 asesinatos básicamente políticos, y 1287 agresiones de diferente gravedad. Habían sido destruidos 69 centros políticos, habían habido 113 huelgas generales y 228 huelgas parciales, y habían sido saqueadas las redacciones de 10 periódicos.

«Desengañaos —concluía Gil Robles—. Un país puede vivir en monarquía o en república; en sistema parlamentario o en sistema presidencialista; en sovietismo o en fascismo; como únicamente no vive es en anarquía, y España, hoy, por desgracia, vive en anarquía [...]. Tenemos que decir hoy que estamos presenciando los funerales de la democracia». Toda

la Cámara prorrumpió en gritos airados, unos de apoyo, otros de disentimiento[6].

La situación del país y del régimen era tan grave como señalaba Gil Robles, aun cuando las cifras fueran sospechosamente precisas, y aun cuando algunos de los desórdenes causados fueran obra de las derechas: el edificio de *El Ideal*, un periódico derechista de Granada; al parecer había sido quemado por jóvenes de derechas, y aquello fue otra provocación[7], A los actos de violencia hay que añadir que los partidos políticos de uno y otro extremo preparaban a sus hombres para luchar, instruyéndolos en formaciones militares. «El domingo todos a la calle», era la orden de una serie de jefes políticos. Ni Casares Quiroga ni Gil Robles, representantes ambos de grupos que habían sido muy destacados en la historia de la Segunda República[8], podían ya controlar los acontecimientos. En realidad, ambos se mantenían en las Cortes gracias a los votos de diputados cuyos objetivos eran diferentes de los suyos. Las elecciones del febrero anterior habían sido una lucha entre dos alianzas: el Frente Popular y el Frente Nacional.

Constituían el primero, además de los liberales como Casares, el gran Partido Socialista, el reducido Partido Comunista, y otros grupos de las clases trabajadoras. Tras el Partido Socialista estaba el poderoso sindicato socialista, la UGT (Unión General de Trabajadores)[9] uno de los movimientos obreros mejor organizados de Europa. El Frente Nacional lo constituían no sólo la CEDA, sino también monárquicos, agrarios, representantes de los grandes terratenientes del sur y del centro, y otros partidos de derechas. Era el frente político de todas las fuerzas de la vieja España; del ejército, la Iglesia y la burguesía.

El Frente Popular había ganado la jornada de febrero de

1936, aunque, a causa de la ley electoral española, la mayoría de escaños que tenía en las Cortes era mayor de lo que hubiera correspondido al total de votos obtenidos en un sistema estricto de representación proporcional. No todos los partidos que habían integrado la alianza electoral formaban parte del gobierno. En realidad, el gobierno estaba compuesto por republicanos liberales[10], mientras que su mayoría dependía de las organizaciones de las clases trabajadoras. Esta nunca es una buena fórmula para un gobierno fuerte. Y era especialmente desafortunada en la España de 1936, donde los partidos obreros se encontraban ya en un perpetuo estado de efervescencia revolucionaria. Aparte de estos grupos, que cooperaban con el sistema democrático en la medida en que se disputaban los escaños de las Cortes, quedaba al margen el gran ejército de casi dos millones de trabajadores anarquistas, principalmente en Andalucía y en Barcelona, organizados en la CNT[11], y dirigidos por una sociedad secreta, la FAI. Este inmenso movimiento, introvertido y apasionado, palpitante ya como una gran ciudad en estado de guerra, despreciaba al gobierno progresista de Casares Quiroga tanto como había odiado antes a los gobiernos de derechas. Y luego estaba el ejército. A principios de aquel verano, en Madrid, ¿quién no había oído rumores sobre conspiraciones de destacados generales, para restablecer «el orden», o sea, una dictadura militar? En realidad, cuando Gil Robles finalizó su parlamento en las Cortes, un diputado socialista declaró que las iglesias estaban siendo incendiadas por agentes provocadores para justificar una rebelión militar.

Los socialistas estaban divididos. Unos eran reformistas. Otros eran intelectuales fabianos. Unos cuantos eran revolucionarios. Algunos estaban deslumbrados por los halagos de los comunistas, mientras que otros estaban

horrorizados ante el aumento reciente de la influencia comunista. Peto todos estaban de acuerdo con las acusaciones dirigidas a las derechas por cualquiera de sus portavoces.

Cuando cesó el griterío; el jefe monárquico Calvo Sotelo se levantó arrogante. Igual que Casares Quiroga, era nativo de Galicia; pero también como Casares, carecía de la serenidad que ha dado fama a esa verde región. ¿Tenía sangre gitana? ¿Era un hombre tan fuerte como parecía indicar su atractivo rostro? ¿Era un Roosevelt español, o un Mussolini español, más inteligente? Todo cuanto se sabía era que se trataba de un hombre violento, elocuente y hábil. Al terminar sus estudios en la Universidad de Zaragoza en 1915, Maura[12], el presidente del consejo de ministros de Alfonso XIII, conservador y de elevados ideales, le hizo su secretario privado. Poco después, Maura le nombró gobernador civil[13] de Valencia, a sus veinticinco años. El general Primo de Rivera le dio la cartera de Hacienda a los treinta y dos años. Después de pasar prudentemente en París los primeros años de la República, para evitar que se le condenara por los errores financieros de la dictadura, regresó a España cuando la República había empezado a desintegrarse. Elegido diputado a Cortes como representante monárquico, creía en su buena estrella por encima de todo. El eclipse de Gil Robles había sido un triunfo para él. Con su experiencia y en plenitud de facultades, hablaba como si creyera que el futuro de España estaba en sus manos[14].

El desorden de España, dijo en un discurso salpicado de interrupciones, era el resultado de la Constitución democrática de 1931. Él no creía que sobre aquella Constitución pudiera construirse un Estado viable.

> «Frente a este Estado estéril yo levanto el concepto del Estado integrador, que administre la justicia económica y que pueda decir con plena autoridad:

¡No más huelgas, no más *lock-outs*, no más intereses usurarios, no más fórmulas financieras de capitalismo abusivo, no más salarios de hambre, no más salarios políticos no ganados con un rendimiento afortunado[15], no más libertad anárquica, no más destrucción criminal contra la producción, pues la producción nacional está por encima de todas las clases, de todos los partidos y de todos los intereses! A este Estado le llaman muchos Estado fascista; pues si ése es el Estado fascista, yo, que participo en la idea de ese Estado, yo, que creo en él, me declaro fascista».

Cuando se hubo aplacado la tormenta de burlas y aplausos que estalló tras estas palabras, continuó:

«Cuando se habla por ahí del peligro de militares monarquizantes, yo sonrío un poco, porque no creo —y no me negaréis una cierta autoridad moral para formular este aserto— que exista actualmente en el ejército español, cualesquiera que sean las ideas políticas individuales, que la Constitución respeta, un solo militar dispuesto a sublevarse en favor de la Monarquía y en contra de la República. Si lo hubiera, sería un loco, lo digo con toda claridad, aunque considero que también sería loco el militar que al frente de su destino no estuviera dispuesto a sublevarse en favor de España y en contra de la anarquía, si ésta se produjera».

En realidad, Calvo Sotelo ya se había comprometido secretamente a apoyar un alzamiento militar, si es que se producía. El presidente de las Cortes, el atezado Diego Martínez Barrio, rogó a Calvo Sotelo que no hiciera aquella clase de declaraciones, porque sus intenciones podían ser mal interpretadas. El presidente era un político experto, nacido en Sevilla de origen modesto, que había sido jefe de gobierno durante corto tiempo. Ahora era jefe del partido de la Unión Republicana. Abierto y comprensivo, pero vanidoso, hasta entonces, en su vida política, había utilizado con éxito la táctica del compromiso. Esto era tan raro tratándose de asuntos españoles que sus enemigos atribuían su encumbramiento a su poder oculto como masón de grado treinta y tres.

Deliberadamente, el jefe del gobierno respondió a Calvo Sotelo:

«Me es lícito decir que, después de lo que ha hecho su señoría hoy ante el Parlamento, de cualquier cosa que pudiera ocurrir, que no ocurrirá, haré

responsable ante el país a su señoría. El señor Calvo Sotelo [...] viene aquí hoy con dos fines: el de buscar la perturbacion parlamentaría, para acusar una vez más al Parlamento de que no sirve para nada, y el de buscar la perturbación del ejército para [...] volver a gozar de las "delicias" de la dictadura. No sueñe en conseguir éxito, señor Calvo Sotelo; ni el Parlamento [...] ha de rebajarse un ápice en su valía, en su actividad, en su fecundidad, ni el ejército hará en España otra cosa que cumplir con su deber...».

A continuación habló la famosa comunista española Dolores Ibárruri llamada «la Pasionaria». Siempre vestida de negro, con un rostro grave pero fanático que hacía que las masas que escuchaban sus discursos la consideraran una especie de santa revolucionaria, ahora tenía cuarenta años. Tiempo atrás, de joven, había sido una católica devota. Por entonces, iba de pueblo en pueblo por el País Vasco (según una versión), vendiendo sardinas que llevaba en una gran cesta sobre la cabeza[16]. Pero Dolores la Sardinera se casó con un minero de Asturias, uno de los oscuros fundadores del Partido Socialista en el norte de España. Se acumularon las tragedias personales —tres de sus hijas murieron siendo niñas— en un duro ambiente de lucha[17]. Ella transfirió su devoción por la Virgen de Begoña al profeta de la biblioteca del Museo Británico. Las derechas habían propalado el rumor de que una vez había cortado la garganta a un cura con sus propios dientes. Iba a convertirse en una gran oradora, y ya era una artista en la elección de las palabras y los momentos oportunos. Pero su personalidad no era tan vigorosa como parecía en público, y sus enemigos de la izquierda trotskista atribuían el éxito de su oratoria a las instrucciones secretas que recibía de Moscú. Sin embargo, era una mujer sencilla, directa y enérgica que había estado muchas veces en la cárcel —en tres ocasiones durante la República— y que también había estado dos veces en Moscú. En las Cortes, era la única figura destacada del pequeño, aunque creciente, Partido Comunista español. Sólo había diecisiete diputados comunistas, todos ellos «desconocidos e

ignorantes», en opinión de Indalecio Prieto, socialista moderado, y en todo el país el partido contaba con 130 000 militantes como máximo[18].

Pero hay algo más importante: la Pasionaria también representaba la idea del sexo femenino revolucionario, una fuerza poderosa en un país que había concedido a la Virgen un puesto especial en la religión.

Ya en 1909, las mujeres de Barcelona se habían contado entre los huelguistas, incendiarios de iglesias y saqueadores de conventos, mostrándose las más elocuentes, osadas y violentas[19].

Cuando la Pasionaria habló en las Cortes el 16 de junio, trató con desprecio a los fascistas españoles, considerándolos unos simples gangsters. Pero ¿no había acaso una «internacional fascista», dirigida desde Berlín y Roma, que ya había señalado el día del ajuste de cuentas en España?

A continuación, un hombre de negocios catalán, Juan Ventosa, manifestó su alarma ante el aparente optimismo del jefe del gobierno. Ventosa, dos veces ministro de Hacienda con el rey, llevaba muchos años en la política y era el representante político de Francisco Cambó, el financiero más importante de Barcelona y uno de los hombres más ricos de España. Se decía que Cambó ya había trasladado su fortuna al extranjero. La cuestión que planteaba Ventosa era si, teniendo en cuenta la evasión de capitales, era más prudente tener confianza o inquietarse. El gobierno no pudo dar ninguna respuesta. Después, Joaquín Maurín, jefe del partido comunista rebelde llamado el POUM[20], declaró que en el país existía ya una situación prefascista. Entonces Calvo Sotelo volvió a levantarse para responder al jefe del gobierno:

«Mis espaldas son anchas; yo acepto con gusto y no desdeño ninguna de las responsabilidades que se puedan derivar de actos que yo realice [...]. Yo, digo lo que santo Domingo de Silos[21] contestó a un rey castellano: "Señor, la vida podéis quitarme, pero más no podéis". Y es preferible morir con gloria que vivir con vilipendio. Pero a mi vez invito al señor Casares Quiroga a que mida sus responsabilidades estrechamente, si no ante Dios, puesto que es laico, ante su conciencia, puesto que es hombre de honor».

Luego habló del papel de Kerensky y de Karolyi en la entrega de Rusia y Hungría a la revolución comunista: «Su señoría no será Kerensky, porque no es inconsciente, tiene plena conciencia de lo que dice, de lo que calla y de lo que piensa. Quiera Dios que su señoría no pueda equipararse jamás a Karolyi, el consciente traidor a una civilización milenaria».

Al sentarse Calvo Sotelo, la Cámara prorrumpió en los gritos y aplausos que eran de esperar.

Los ecos de este debate, con sus amenazas y sus advertencias, llegaron a toda España. Llegaron hasta el presidente, Manuel Azaña, la encarnación de la República, que contemplaba entristecido el derrumbamiento de sus esperanzas desde la lujosa soledad del Palacio Nacional[22]. Llegaron hasta aquellos generales que llevaban tanto tiempo empleando sus muchas horas libres en hacer planes tácticos para un alzamiento militar contra el gobierno. También llegaron hasta José Antonio Primo de Rivera, hijo del antiguo dictador, ahora jefe de los fascistas españoles de la Falange, que estaba en la cárcel de Alicante, adonde le habían enviado basándose en acusaciones insignificantes, virtualmente como rehén para garantizar el buen comportamiento de sus seguidores. Llegaron hasta aquel otro grupo de españoles cuyas aspiraciones se situaban fuera de las Cortes: los anarquistas. Llegaron hasta la mayoría de los veinticuatro millones y medio de personas que constituían entonces la población de España. A medida que

avanzaba el verano, cuando la temporada taurina llegaba a su mejor momento, en la mente de todos surgían estas preguntas: «¿Cuánto va a durar esto?», «¿Habrá una revolución?» y «¿Puede que haya guerra?». Porque, así como en la mayor parte de Europa no había tenido guerras civiles desde el siglo XVII, España, el único país europeo importante que se había mantenido al margen de la Gran Guerra, había visto estallar tres conflictos dentro de sus fronteras nacionales en el siglo XIX.

2

El derrumbamiento del monarca absoluto. — La Restauración y la Regencia. — La «Semana Trágica» de Barcelona. Marruecos. — Interrupción del régimen parlamentario. — Dictadura de Primo de Rivera. — Caída del dictador. — Fin de la Monarquía.

Este debate en las Cortes fue la culminación de un sinfín de apasionadas disputas sobre posibles formas de gobernar a España que habían ido sucediéndose desde 1808. En este año, la monarquía, muy debilitada, capituló abyectamente ante Napoleón. Los ingleses, dirigidos por el duque de Wellington, ayudaron al pueblo español a expulsar a los franceses en la Guerra de la Independencia que estalló a continuación[23]. Se hizo volver a los Borbones en la aborrecible persona de Fernando VII. Pero la monarquía ya no era sacrosanta. Antes de 1808, durante casi tres siglos, España había sido el más pacífico y tranquilo de los países europeos; a partir de entonces, se convertiría en uno de los más turbulentos.

La historia política del medio siglo siguiente se caracterizó por la lucha en torno a la Constitución. Los contendientes eran la Iglesia y el ejército, las dos instituciones españolas que habían sobrevivido con honor a la Guerra de la Independencia. La primera era conservadora, mientras que el segundo estaba plagado de logias masónicas

librepensadoras. Esta lucha era casi una guerra[24]. En 1820, los oficiales liberales obligaron al rey Fernando VII a aceptar una Constitución; éste, a su vez, en 1823, llamó en su auxilio a un ejército francés, los «Cien mil hijos de San Luís», para acabar con ella. En 1833, la lucha se convirtió en la Primera Guerra Carlista cuando la Iglesia y los defensores de los fueros locales del norte se unieron a la causa de don Carlos, hermano del difunto Fernando VII. Don Carlos reivindicaba su derecho al trono y no reconocía como heredera a su sobrina, la reina-niña Isabel II, hija de Fernando. Apoyaban a Isabel los liberales y el ejército, que representaban al mismo tiempo las pretensiones de Castilla de dominar toda la península. Esta guerra de religión y de secesión terminó en 1839, con la victoria de los liberales, pero la paz adquirió la forma de un compromiso entre los ejércitos de ambos bandos. Por ejemplo, se permitió a los oficiales carlistas incorporarse al ejército regular español. En parte a consecuencia de esto (y en parte porque la confiscación de las tierras de la Iglesia en 1837[25] redujo la influencia de esta institución), la lucha entre los liberales y los conservadores clericales se transformó a partir de entonces en una sucesión de golpes de estado (pronunciamientos) de un general tras otro.

Esta curiosa etapa finalizó en 1868, cuando la reina Isabel, que era una ninfómana, fue destronada por Prim, el más grande de los generales liberales de España. Si bien lo que dio ocasión a su marcha fue su excesiva confianza con el padre Claret, su confesor, la causa auténtica fue una rebelión contra el sistema de gobierno que habían presidido vagamente Isabel y su «Corte de los milagros». Los siete años siguientes fueron de confusión. Para ocupar el trono español se llamó a un hermano del rey de Italia, el duque de Aosta, quien tomó el nombre de Amadeo I. Este intento de

monarquía burguesa no pudo contener la violencia que había vuelto a surgir entre liberales y conservadores, que habían recurrido de nuevo a las armas. Amadeo abdicó. Se proclamó la Primera República española. Al principio se pretendió que esta República fuera federal, que en ella las provincias tuvieran derechos sustanciales. Pero los intelectuales que proyectaban esto no pudieron garantizar el mantenimiento de ningún tipo de autoridad central. En el norte, los carlistas volvieron a alzarse dirigidos por un nieto del antiguo pretendiente, y contaron con el apoyo general de la Iglesia por toda la península. En el sur y en el sudeste, muchas de las poblaciones costeras se proclamaron cantones independientes. Una vez más, el ejército acabó tomando el poder. Para restaurar el orden, los generales no encontraron otra alternativa que la de hacer volver al hijo de la reina Isabel, entonces cadete en Sandhurst, y convertido en el rey Alfonso XII.

2. Regiones y provincias españolas

En 1876 se promulgó una Constitución. Gracias a las favorables condiciones comerciales europeas, España fue próspera en la década de 1880. Nominalmente se introdujo el sufragio universal masculino. Pero los resultados de las elecciones siempre se veían falseados por un pacto tácito entre los dos partidos más importantes, el «turno pacífico» llevado a cabo gracias a la intervención del ministro de la Gobernación y de los caciques locales. El pueblo español llegó a considerar al sistema parlamentario —imitación deliberada del inglés— como un medio para excluirle de la política. Alfonso XII, mientras tanto, murió en 1885, a los veintiocho años de edad, dejando un hijo póstumo, Alfonso XIII, en cuyo nombre gobernó como regente su

madre, María Cristina, hasta 1902[26].

El «piadoso fraude» de la Constitución fue una de las razones de la difusión de las ideas revolucionarias entre la clase obrera. En tiempos de la primera guerra mundial, había en España dos sindicatos generales. El primero, la CNT (Confederación Nacional del Trabajo), se inspiraba en las ideas anarquistas de Bakunin; el segundo, la UGT (Unión General de Trabajadores), era marxista, aunque más reformista que revolucionario. Los socialistas de la UGT colaboraban con el sistema político para conseguir escaños en las Cortes y ganar elecciones en las ciudades, donde cada vez era más difícil la manipulación de votos por parte de los caciques. Pero los anarquistas consideraban que la Constitución era algo corrompido; y la violencia, los asesinatos y las huelgas relámpago emprendidas intermitentemente por los militantes anarquistas sumían a los gobiernos en la confusión. Estos dos movimientos de la clase obrera deseaban regenerar a España por medio de la educación, una mayor moralidad pública, el pacifismo y el anticlericalismo, tanto como por medio de la política.

Otros dos problemas, sin embargo, causaron el hundimiento de la Constitución establecida cuando la Restauración. El primero fue el de Cataluña. Muchos catalanes aspiraban a un reconocimiento de su carácter diferencial del resto de España. Después de la unificación española, Cataluña había continuado viviendo como una región de características propias, pendiente de su capital, Barcelona, y nunca de Madrid. La «cuestión catalana» se agudizó debido al desarrollo industrial de aquella capital durante el siglo XIX. La incompetencia del gobierno de Madrid indignó a los nuevos ricos de la Barcelona de finales de siglo, empujándoles al nacionalismo catalán. Éste, junto

con la fe anarquista de los obreros, las altas tasas de analfabetismo y el ambiente demagógico creado por un partido centralista y oportunista, pero de apariencia desenfrenada, los radicales, convirtió a Barcelona (cuya población crecía rápidamente) en la ciudad más turbulenta de Europa a comienzos del siglo: la «ciudad de las bombas». La gran huelga de Barcelona en 1902 y la de Bilbao en 1903 fueron batallas importantes en las que se crisparon los nervios de todos. La florida arquitectura creada por la próspera burguesía fue el lujoso telón de fondo de una serie creciente de atentados anarquistas. «En Barcelona, la revolución *no se prepara* —escribía el gobernador civil Ángel Ossorio y Gallardo— por la sencilla razón de que está *preparada* siempre»[27]. Mientras tanto, las aspiraciones catalanas empezaron a encontrar eco en las provincias vascas, más tranquilas, donde estaba surgiendo una burguesía igualmente autosufidente, cuya riqueza se basaba en el hierro, la banca y el comercio.

La tercera crisis del régimen fue debida a las guerras coloniales, primero en Cuba y después en Marruecos. La guerra de Cuba de 1895 se convirtió en una guerra contra Estados Unidos en 1898; se perdió todo, menos el honor. La derrota inflamó el problema catalán, ya que Cuba había sido el mejor mercado para los tejidos catalanes. La pérdida de Cuba también tuvo impacto psicológico porque muchas fortunas catalanas se habían basado en el comercio cubano[28]. Además, la pérdida del último vestigio del imperio provocó una crisis nacional. Reforzó antiguas causas de descontento e hizo surgir otras nuevas. De manera que el año de la derrota, 1898, fue un momento crítico: los españoles se vieron obligados a considerarse un país europeo pobre con pocos recursos.

Marruecos, sin embargo, ofrecía una nueva posibilidad de

imperio. Pero también causaría nuevas conmociones. España ocupaba los dos puertos del norte de Marruecos, Melilla y Ceuta, desde hacía varios centenares de años. En la década de 1860 había intentado extender su dominio allí, y en la de 1890 había habido más luchas cerca de Melilla. Cosa muy comprensible, España era reacia a permitir que ninguna otra potencia europea se instalara frente a ella en la costa de África. En 1904, a consecuencia de la *entente cordiale* entre Inglaterra y Francia, Francia y España dividieron Marruecos en zonas de influencia, y España se quedó con la parte del norte, de menor extensión. Marruecos entonces era un país atrasado, sin ley, campo abonado para los intereses europeos, y para las inversiones, aunque las tribus de las dos zonas tenían una lealtad formal a un sultán de Fez. El pueblo español, muy mal informado, probablemente veía estos arreglos en las alturas con tan malos ojos como el indolente sultán; ni el uno ni el otro habían sido consultados. Sin embargo, el interés económico siguió a la bandera: las minas de hierro de Marruecos eran ricas. Se produjo una extensión gradual del comercio español, reflejo en parte de una acción francesa similar (si España no hubiera mostrado interés, Francia habría absorbido todo Marruecos). Se fundó una compañía de colonización española, que compraba tierras siguiendo los pasos de las tropas, que avanzaban lentamente. Pero luego se detuvieron los avances; las tribus marroquíes cerraron filas; una serie de reveses obligaron al ejército a pedir refuerzos; en 1909 sufrió serias derrotas; en septiembre de aquel año, el ejército español tenía 40 000 hombres en Marruecos. Pero para entonces se había metido en una aventura imperial que sólo podía acabar con la conquista del norte de Marruecos, a un precio que el país no podía permitirse.

En 1909 la campaña de Marruecos tuvo horribles

repercusiones en la península cuando el gobierno de Antonio Maura llamó a 850 reservistas, algunos de Cataluña, todos del nordeste de España. Cuando los hombres embarcaban de mala gana en el puerto de Barcelona, se convocó una huelga general de protesta, a la que siguió una tumultuosa semana, la Semana Trágica de Barcelona. Los radicales, los socialistas y los anarquistas colaboraron para organizar la huelga, y los radicales inspiraron la quema de iglesias que se produjo entonces. Mucha gente esperaba que esto fuera seguido de una revolución nacional. Pero, faltos de una auténtica dirección política, los amotinados se consumieron en una destrucción absurda. Mientras los dirigentes radicales vacilaban, mujeres radicales, dependientes, delincuentes, jovencitos y prostitutas echaron de los conventos a las aterrorizadas monjas, quemaron sus posesiones, mataron sus animales domésticos y sus gallinas, y desenterraron cadáveres. Un apuesto carbonero bailó con una momia desenterrada frente a la casa del rico marqués de Comillas, «encantado de ser útil como revolucionario». Finalmente, el ejército recuperó el control; habían muerto unas 120 personas[29], entre ellas sólo tres clérigos. Los amotinados querían destruir «la propiedad y las ilusiones», no la vida. Fueron quemadas unas ochenta iglesias u otros edificios religiosos.

Este desastre fue una sacudida que mostró la violencia que podía haber latente en un país bajo la superficie de la norma constitucional. A las autoridades les preocuparon menos las esperanzas revolucionarías de los radicales o los anarquistas que la destrucción aparentemente sin sentido causada por el pueblo cuando se le subía la sangre a la cabeza. La Semana Trágica fue un revés para la idea de que podía establecerse gradualmente una democracia parlamentaria: si las masas eran tal como se habían

manifestado en 1909 —pensó la clase política de la época—, una democracia real acabaría en el desastre. En lo sucesivo, los políticos evitaron las elecciones generales siempre que pudieron, e intentaron organizar coaliciones entre los grupos de parlamentarios que ya se encontraran en la legislatura. Las manifestaciones internacionales de protesta contra la ejecución del pedagogo anarquista Ferrer y Guardia acusado de ser el principal organizador de los tumultos, también tuvieron un efecto contraproducente: las clases altas vieron en estas protestas las reacciones hipócritas, además de histéricas y basadas en una mala información, de una misteriosa coalición de intrusos internacionales y masones que se haría tristemente famosa con el nombre de la «anti-España».

El jefe del gobierno, Maura, quien a consecuencia de las protestas internacionales, fue destituido por el rey y abandonado por muchos conservadores influyentes, creyó que esta «rendición en las Cortes» después de la «victoria en las calles» sentenciaba al régimen, ya que se había visto que daba pie al desorden, la propaganda y la malignidad. Después de esto, el Partido Conservador, que se había mantenido unido desde la década de 1870, siguió a los liberales en la desintegración. Maura fue el foco de un movimiento de jóvenes políticos airados contra el parlamentarismo, ansiosos de regeneración, pero incapaces de ganar una mayoría para un gobierno. En el «maurismo» hay que ver los orígenes del fascismo; también evidentes en otros países antes de 1914 (con Derouléde y Maürras en Francia, D'Annunzio en Italia, e incluso los voluntarios del Ulster). Maura prometía una «revolución desde arriba». Los maliciosos decían que meramente deseaba una «revolución sin revolución».

Las guerras en Marruecos continuaron, aunque sin éxito.

Tánger, el mejor puerto del norte de Marruecos, fue excluido del protectorado español en 1912, en calidad de ciudad internacional, y las tribus se negaron a aceptar la presencia «civilizadora» española. Continuaron afluyendo al país hombres, dinero, alimentos y emoción procedentes de una España que sólo podía dar lo primero. Las tribus nunca habían estado sometidas al sultán; fue España la que les dio unidad. Así pues, al pretender un imperio, España ayudó a inspirar el nacionalismo del moderno Marruecos.

Al final, los tres principales problemas de la España moderna (inquietud de la clase obrera, la cuestión regional y las guerras coloniales) desbarataron el montaje de la Restauración. Quizá de todos modos aquel edificio político era demasiado frágil para poder sobrevivir mucho tiempo al inteligente historiador conservador, Cánovas, que fue su principal arquitecto, y a Sagasta, el «Viejo pastor», su oponente liberal. En la política moderna las personalidades cuentan tanto como contaban en la época de los reyes. Cánovas fue asesinado. Sagasta murió. Maura falló coma sucesor potencial de Cánovas tanto por la fuerza de su personalidad como por la debilidad de su programa. Aunque el último sucesor de Sagasta, José Canalejas, fue un periodista, orador y reformista de primera categoría, su gobierno, entre 1910 y 1912, pareció una época de batalla contra el control clerical de la educación y la libertad de las órdenes para organizar colegios sin inspección estatal. De hecho, Canalejas revisó el sistema de impuestos en beneficio de los pobres, resolvió temporalmente la cuestión catalana con la concesión de la «Mancomunidad» (autogobierno limitado), y llegó a un compromiso con la Iglesia mediante la «Ley del candado», que limitaba el crecimiento de las órdenes religiosas, a no ser que tuvieran permiso del gobierno. Canalejas también abolió el sistema gracias al cual

los ricos podían comprar su exención del servicio militar. No es de extrañar que un historiador inglés le alabara como al «único liberal que hizo cosas»[30]. Fue asesinado por un anarquista en 1912. Sus sucesores en la dirección de los liberales (el conde de Romanones, García Prieto, Santiago Alba) no tuvieron el empuje ni las dotes de Canalejas, ni su comprensión de lo posible.

La primera guerra mundial llevó al climax los problemas de la España de la Restauración. Es sabido que el conflicto benefició a todos los países neutrales, y en España creó mucha riqueza, en contraste con la mucha pobreza que quedaba. Los barcos vascos, los tejidos catalanes, el carbón asturiano, el zinc y el cobre alcanzaron altos precios. Quien más experimentó la inflación consiguiente fue la clase obrera, aunque subieron los sueldos y, en algunos trabajos, superaron a los precios. Enormes cantidades de trabajadores llegaban a Barcelona en el tren procedente de Murcia y Almería al que llegó a llamarse el «transmiseriano». Las discusiones estériles sobre a qué bando debía apoyar España en la guerra sembraban la confusión en el ambiente. (La izquierda era en su mayor parte aliadófila, la derecha mayoritariamente germanófila; de manera que el rey pudo decir que sólo él y «la chusma» esperaban que ganara Inglaterra). Mientras tanto, el gobierno del conde de Romanones (que personalmente prefería a los aliados) hacía la vista gorda ante las actividades de los terroristas financiados por agentes alemanes que atacaban a industriales partidarios de los aliados. Finalmente el propio Romanones dimitió al plantearse la cuestión de si había que permitir o no a los submarinos alemanes que utilizaran bases españolas para repostar en la batalla del Atlántico.

Ahora el ejército volvió a entrar en la política. La situación se había complicado con la aparición de las

llamadas «juntas de defensa», asociaciones profesionales de jóvenes oficiales de infantería que protestaban por las bajas pagas que, igual que las de los trabajadores agrícolas, no habían seguido el ritmo de la inflación, A las juntas tampoco les gustaban los ascensos por méritos de guerra o favoritismo real de que disfrutaban los oficiales que luchaban en Marruecos. Las juntas se fundaron en Barcelona y se extendieron por toda España. En mayo de 1917, su jefe, el coronel Benito Márquez, un oficial estúpido y sordo, fue arrestado por insubordinación con algunos colegas. Otros «junteros» pidieron que se les arrestara también. El rey aseguró que se pondría a todos en libertad y cayó el gobierno. Todos los políticos quedaron impresionados ante esta nueva rendición. Pero a la prensa le gustaban las juntas, y dio una imprudente publicidad a la idea de que podían ser un primer paso para un movimiento de regeneración a escala nacional. Cambó, el financiero que dirigía el movimiento catalanista burgués, la Liga Regionalista (fundada en 1901), también pensaba así.

Mientras tanto, en el sur de España, las embriagadoras noticias de la Revolución Rusa inspiraban una inquietud difusa que daba lugar a huelgas, ocupaciones de tierras e intimidación de guardias rurales, acciones inspiradas, en su mayoría, por anarquistas; y en Barcelona, los sindicatos anarquistas creían que la crisis les ofrecía una suprema oportunidad.

Ante este desafío en todos los frentes, el nuevo gobierno, encabezado por un conservador convencional, Eduardo Dato, suspendió las garantías constitucionales y clausuró las Cortes. Los políticos más progresistas, ultrajados, respondieron convocando una asamblea alternativa de nacionalistas catalanes que se reunieron en Barcelona para «renovar» la Constitución española. El gobierno la declaró

sediciosa, e introdujo la censura. El movimiento de la «Asamblea» podría haber llegado lejos si no hubiera sido por la actuación temeraria de las izquierdas. Los socialistas, influidos por el clima del momento, en 1916 habían abandonado su prudente reformismo, y ahora preparaban una huelga general de objetivos revolucionarios: su programa estipulaba el fin de la monarquía, una jornada laboral de siete horas, la abolición del ejército y su sustitución por una milicia, la separación de Iglesia y Estado, la nacionalización de la tierra, la clausura de monasterios y conventos, y —cosa importante en 1917— que no se formulara ninguna declaración de guerra sin plebiscito previo[31].

Dato adoptó una postura enérgica. Primero definió una huelga de ferrocarriles como una amenaza al Estado y la trató en consecuencia (el gobierno había animado a las compañías ferroviarias a que adoptaran una línea dura). Jugando con la certidumbre de que también los «junteros» en realidad eran opuestos a cualquier alteración del orden social, y de que la progresiva burguesía catalana, por muy truculenta que pareciera, deseaba cualquier cosa menos la revolución, el gobierno recurrió al ejército para hacer frente a la huelga general.

Los socialistas pensaban que por una vez habían hecho una alianza satisfactoria con los anarquistas, y con algunos políticos de centro: los republicanos reformistas. Pero no coordinaron bien su táctica, y la huelga fracasó. El ejército dirigió la represión subsiguiente, y los «junteros» fueron sordos a las súplicas de los socialistas. Murieron setenta personas (la mayoría en Barcelona, luchando para mantener en funcionamiento los tranvías, o para impedir que circularan), y la *Lliga catalana*, impresionada por la revolución de la que había sido responsable en parte, accedió

a participar en un gobierno de coalición, dirigido por Maura, que compró a los «junteros» con ascensos. La asamblea de parlamentarios (no oficial) volvió a reunirse en Madrid, pero en un clima de prudencia pidió unas Cortes constituyentes que redactaran de nuevo una Constitución, y no se volvió a hablar más de ella. Ahora Cambó estaba en el gobierno, como ministro de Fomento. Era su gran oportunidad y demostró ser tan competente para planificar como para ganar dinero. Pero el gobierno no duró. No duraba ningún gobierno. Durante casi cinco años, una serie de gobiernos conservadores no consiguieron siquiera resolver las diferencias dentro del Partido Conservador. Fueron incapaces de afrontar las consecuencias de una recesión económica posbélica acompañada de continuos desastres en Marruecos y de violencia obrera en Andalucía y Barcelona. Lo raro no es que se acabara prescindiendo de la Constitución, sino que ésta durara lo que duró en un país donde se habían producido intervenciones militares con tanta frecuencia durante el siglo anterior. Quizás en realidad no duró después de 1917: no puede existir una democracia si en varias provincias sólo puede impedir la llegada de la revolución la brutalidad de la guardia civil, y en la mayor ciudad industrial sólo puede evitar la guerra civil el contraterrorismo patrocinado por los industriales, contando con la vista gorda de la policía.

Sin duda, en parte la culpa la tenía la situación económica mundial. Durante la guerra, los industriales españoles habían ampliado sus empresas, y ahora tenían que reducirlas. Ahora combatían a la clase obrera, porque había un exceso de trabajadores; en la guerra, habían escaseado. Pero en el enfrentamiento de trabajo y capital entre 1917 y 1923 se vería una guerra de clases que muchas veces estuvo a punto de convertirse en conflicto declarado, y a propósito

de cuestiones no estrictamente económicas los empresarios se veían amenazados por la bancarrota cuando no por la revolución, y los anarquistas creían estar al borde del milenio. Dado que las autoridades militares locales, cualesquiera que fueran las opiniones del gobierno central, generalmente estaban de acuerdo con los empresarios y a menudo arrestaban a los huelguistas, el carácter del conflicto adquirió progresivamente más violencia. La actuación del general Martínez Anido (conocido anteriormente como sanguinario gobernador de Melilla) como gobernador civil de Barcelona de 1920 a 1922 se hizo famosa por su crueldad: un tipo de represión que no se había visto en España en varias generaciones. Apoyó a los sindicatos libres, que parecían cada vez más una unión patronal de rompehuelgas, aunque contaban con cierto respaldo respetable de reformadores sociales católicos. Se infiltraron pistoleros en ellos y aumentó el terrorismo entre los anarquistas. En otras partes de España hubo acontecimientos igualmente trágicos: en Andalucía, comités anarquistas ocupaban gobiernos municipales, los terratenientes se marchaban, aumentaban los salarios; pero, al final, el ejército dominaba a los huelguistas. En Madrid, donde también hubo serias huelgas en 1921, socialistas y anarquistas luchaban unos con otros, tildándose recíprocamente de traidores.

3. El Marruecos español

Finalmente, los anarquistas destruyeron sus posibilidades revolucionarias, cualesquiera que fueran, por disputas internas. Muchos dirigentes fueron asesinados. También murió asesinado el jefe del gobierno conservador, Dato. En 1923, la CNT estaba exhausta. Y España también. Se habían manifestado reacciones violentas, cada vez más numerosas, en todos los frentes de la vida pública, y se habían creado enemistades que nunca se olvidarían. Una vez más —y no sería la última—, los anarquistas ayudaron a arruinar un sistema que, con todos sus defectos, era susceptible de cambio pacífico, y el que le sucedería iba a ser mucho menos de su agrado.

Las guerras de Marruecos continuaban vinculando al ejército español. Después de algunas victorias de poca importancia, una lenta campaña contra las tribus del Rif, dirigidas por el brillante Abd-el-Krim y su hermano, culminó con la derrota de Anual en 1921. En ella, el general Fernández Silvestre, un oficial romántico y popular, pero imprudente, amigo del rey, fue aplastado con todo su equipo. Cundió el pánico en el ejército del este de Marruecos, cayó un fuerte español tras otro, y los rifeños

llegaron a los alrededores de Melilla. Murieron 15 000 ciudadanos y soldados españoles como mínimo[32]. El desastre produjo una conmoción: y más aún la investigación realizada por el general Picasso, que reveló un estado de falta de preparación y de corrupción difícil de imaginar, que era imposible ignorar. La rebelión de Abd-el-Krim y la virtual consecución de un estado rifeño (a pesar de los 150 000 soldados españoles que pretendían su derrota) demostró que, así tomo los franceses a las órdenes del gran Lyautey habían logrado muchas cosas en Marruecos, los españoles habían hecho muy poco en su zona. Además, se creía que el rey había alentado al general Silvestre, por telegrama, en su temeridad[33].

Se esperaba que todo esto, y la «responsabilidad» del desastre, saliera a la luz en el otoño de 1923. Las Cortes suspendieron sus sesiones durante el verano. Nunca volverían a reunirse de la misma manera. En 1923, la monarquía constitucional estaba herida de muerte, aunque se había eliminado una amenaza, la de los «junteros», gracias a su disolución un año antes. En parte debido al poder local de los caciques, los partidos políticos de la Restauración no habían llegado a ser gran cosa más que unas tertulias, reuniones semisociales que se celebraban en los cafés en torno a alguna figura. Algunos de los políticos, como los del Partido Reformista Republicano, eran demócratas. Pero la opinión pública no tenía ningún cariño a aquellas Cortes. Los políticos, por su parte, sabían que el ejército no se resistiría a un general popular. Así pues, no hubo voluntad para oponerse a un ultimátum presentado al estilo decimonónico por el general Miguel Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, elegido jefe por un grupo de generales importantes: «Tenemos la razón y por eso tenemos la fuerza, que hemos empleado con moderación

hasta ahora. Si por su habilidad se nos quiere conducir a transigencias, que nos deshonrarían ante nuestra propia concierna, extremaríamos la petición de sanciones y las impondríamos. Ni yo, ni mis guarniciones, ni las de Aragón, de las que acabo de recibir comunicación en ese sentido, transigimos en nada que no sea lo pedido. Si los políticos, en defensa de su clase, forman un frente único, nosotros lo formaremos con el pueblo sano, que almacena tanta energía contra ellos. Y a esta resolución, hoy moderada, le daríamos carácter sangriento».

Así vino la dictadura del general Primo de Rivera. Alfonso XIII, que sabía de antemano lo que se planeaba, consintió[34]. Le exasperaban los políticos y le gustaban los militares. Este nuevo sistema duró hasta enero de 1930. El rey Alfonso presentó a Primo al rey Víctor Manuel de Italia diciendo: «Mi Mussolini». Pero el general no era fascista. En 1923 tenía ya 53 años y el pelo blanco, aunque era un hombre fuerte. No tenía una masa de seguidores ni una política exterior expansionista. Habría abandonado Marruecos si hubiera podido. El movimiento que intentó crear, la Unión Patriótica (UP), una asociación de «todos los hombres de buena voluntad», nunca llegó a tener peso. Aunque usó oficiales para hacerse cargo de los gobiernos municipales durante tres años, encarceló o envió al exilio a quienes se le oponían, y prohibió los partidos políticos, no hubo ejecuciones políticas durante los seis años y medio que estuvo en el poder[35]. Al principio, su pronunciamiento incluso fue bien acogido por intelectuales como José Ortega y Gasset, que consideraba que las enfermedades de España requerían un «cirujano de hierro». Lo mismo pensaban tanto los «junteros» como los oficiales que servían en Marruecos, que por una vez estaban de acuerdo. Sin embargo, el ministro de la Gobernación y el director general

de Seguridad (en España siempre un cargo importante) eran los generales Martínez Anido y Arlegui, los implacables gobernadores de Barcelona entre 1920 y 1922. Estos militares hicieron desaparecer de la vista los partidos políticos. Mientras tanto, un ambicioso programa de obras públicas (nuevos pantanos, vías férreas, electrificación rural y carreteras) dio a la dictadura un aire de prosperidad. Aumentaron las facilidades para el comercio, como en todas partes en la segunda mitad de la década de 1920, y tanto la producción como el comercio aumentaron en un 300%.[36] Los socialistas accedieron a colaborar y la UGT, a diferencia de su nivel anarquista, pareció que se iba a convertir en una especie de sindicato oficial como los de Suecia. La política financiera del joven Calvo Sotelo consiguió que el capital español apoyara a Primo, y por primera vez los bancos se interesaron por el desarrollo mediante el crédito. (Indirectamente, en este régimen la influencia de Maura fue considerable, aunque no lo apoyara oficialmente[37]. Era una época de planes maravillosos, tanto en España como en el resto del mundo: se inició un gran proyecto de conducción de aguas en los valles del Ebro y del Duero y en Barcelona se celebró una famosa exposición industrial. Se construyeron enormes estadios, preparando el camino para el auge del fútbol y la decadencia de los toros. La producción de la industria ligera tuvo un buen momento. Y, por encima de todo, el dictador consiguió cerrar milagrosamente la herida de la guerra de Marruecos, aunque Abd-el-Krim en realidad había derrotado a los españoles cuando entraron los franceses en el conflicto. Abd-el-Krim fue capturado y enviado a la isla Reunión, y pareció —y la apariencia era lo importante— que España había obtenido una victoria militar, por primera vez en muchas generaciones[38].

Sin embargo, esta dictadura sólo puede juzgarse teniendo

en cuenta la personalidad del propio Primó de Rivera. Era patriótico, magnánimo, comprensivo y tolerante, y había demostrado su valor físico y moral en Cuba, Filipinas y Marruecos. Una vez entró en un teatro y se puso a fumar, aunque en todas partes había letreros proclamando que estaba prohibido fumar; cuando le informaron de esto, se levantó y declaró con el cigarro en la mano: «Esta noche, todo el invitado puede fumar». Era viudo, y podía pasarse meses trabajando intensamente para desaparecer luego un fin de semana y dedicarse a bailar, beber y hacer el amor con unas gitanas. Podía vérsele casi solo por las calles de Madrid, embozado en una capa, recorriendo los cafés, y, al volver a casa, a veces daba un comunicado locuaz en el que se notaban los efectos del alcohol, lleno de metáforas inesperadas y confidencias embarazosas, que tal vez tendría que cancelar a la mañana siguiente. Deseaba gobernar España como un déspota ilustrado, pero en una época en que el despotismo sólo podía durar si era brutal.

Finalmente Primo de Rivera cayó en parte porque persiguió a la clase media profesional y liberal, pero no la aplastó; por ejemplo, el asunto de «la Caoba» escandalizó a muchos. «La Caoba» era una cortesana andaluza que, cuando se vio implicada en un caso de drogas, recurrió a Primo de Rivera. El dictador ordenó al juez que la dejara en libertad. El juez se negó y en esto fue apoyado por el presidente del Tribunal Supremo. Primo trasladó al primero y destituyó al segundo. Los que protestaron —por ejemplo, Unamuno, el filósofo, poeta, periodista y profesor de griego— fueron confinados en la calurosa isla canaria de Fuerteventura. Esta acción fue desafortunadamente sintomática de la actitud de Primo hacia los principios de la ley, que él hacía y deshacía impunemente. Esto fue lo más subversivo de su sistema; preparó el camino para una

actitud de indiferencia ante la ley que caracterizaría a las derechas españolas de finales de los años 30 y que habría sido impensable en el siglo XIX, tan despreciado por ellas.

Primo también ofendió al ejército, e incluso al rey, con cambios que afectaron a la siempre delicada cuestión de los ascensos en el cuerpo de artillería. Cuando los oficiales de artillería intentaron protestar, Primo disolvió el cuerpo y liberó a los hombres de sus juramentos de obediencia a sus oficiales. Igualmente, los banqueros ortodoxos estaban alarmados ante los planes de impuesto sobre la renta de Calvo Sotelo, y aún más ante el Presupuesto Extraordinario, cuyo objetivo era financiar obras públicas con préstamos cuyos intereses se pagarían recurriendo a las rentas públicas. A nadie, salvo a los beneficiarios inmediatos, le gustaban los monopolios de teléfonos (concedidos a la American International Telegraphs and Telephone Company), de la venta de gasolina (concedido a CAMPSA[39], un grupo de bancos), o de tabaco en Marruecos (vendido al millonario mallorquín Juan March), especialmente cuando la consecuencia del monopolio de la gasolina era hacer depender al país del petróleo ruso.

La Asamblea Nacional consultiva nombrada por Primo redactó una nueva Constitución, en la que se combinaban los elementos elegidos con los corporativos. Los primeros molestaron a las derechas, y los segundos fueron rechazados por los liberales y las izquierdas. Al rey tampoco le gustó un sistema que le hacía compartir sus poderes de destitución con una copia española del Gran Consejo Fascista de Mussolini. O sea que este proyecto no señaló el camino del retorno a la «normalidad», como esperaba el dictador. Cuando abolió la censura de prensa, recibió una lluvia de críticas. Los estudiantes se le opusieron enconadamente.

Hubo dos pronunciamientos contra él, que fracasaron, en Valencia y Andalucía, uno dirigido por un político conservador de setenta años de edad, Sánchez Guerra, y el otro por el ambicioso y joven general Goded, que había sido jefe de estado mayor del victorioso general Sanjurjo en la campaña marroquí. Parecía que había vuelto a empezar la era de los pronunciamientos. Cayó la peseta, y la crisis de 1929 provocó el hundimiento de varios de los grandiosos proyectos financieros presentados por Calvo Sotelo. La llegada de los cines y las radios, y la extensión del uso del teléfono y del automóvil aumentaron las expectativas populares, particularmente los cines, más numerosos en España que en Francia en 1930. Finalmente, deseando que le tranquilizaran, Primo dio el curioso paso de enviar un telegrama a todos los capitanes generales de España, pidiéndoles que averiguaran si los oficiales más antiguos todavía le apoyaban. Ellos contestaron hablando de su lealtad al monarca; pocos fueron los que mencionaron al dictador. El rey dijo a Primo que no era jefe del gobierno en virtud del apoyo del ejército, sino por real orden. De todos modos ahora Alfonso pensaba que el salvador de España podía ser él mismo, y dejó bien claro que confiaba en que Primo se retirara. Y así lo hizo. «Y ahora —dijo el dictador en el último de sus famosos comunicados— a descansar un poco [...]. ¡Dos mil trescientos veintiséis días seguidos de inquietud, de responsabilidad, de trabajo!»[40]. Se fue de España, y unos meses después murió en el Hotel Pont Royal, de París, solo y sintiéndose desgraciado. Tenía sólo sesenta años.

No dejó tras él la base para un régimen. Durante un tiempo, el rey intentó gobernar como había gobernado Primo, con un directorio de ministros presididos por el general Berenguer, que había sido un alto comisario

competente y honrado en Marruecos, pero que no era político. De todos modos, hacer volver a España a la Constitución de 1876, como deseaba el rey, habría sido una prueba para el más hábil estadista. El propio Berenguer decía que se había hecho cargo del poder cuando España era como «una botella de *champagne* que se destapa»[41]. Los sentimientos republicanos se extendían por el país. Muchos oficiales del ejército, además de los restos de la Unión Patriótica de Primo, pensaban que el rey se había comportado deshonrosamente al aceptar la dimisión del dictador. Otros eran ahora republicanos impenitentes. La Iglesia tenía una postura ambigua; algunas de sus principales figuras (siguiendo el talante todavía wilsoniano del papa Pío XI) deseaban que se estableciera un sistema democrático si era posible. Otros eclesiásticos eran más oportunistas. Ni la burguesía ni las clases trabajadoras tenían nada que esperar de una continuación de la monarquía. El rey, sin embargo, no estaba preparado para iniciar una dictadura real del tipo balcánico, y el general Berenguer se entretenía antes de convocar elecciones. En el verano de 1930, en el balneario veraniego de San Sebastián, se firmó un pacto entre varios políticos e intelectuales republicanos, los socialistas y los defensores del nacionalismo catalán. Los primeros concedían autonomía a los catalanes que, a su vez, accedían a apoyar los planes republicanos. En Madrid, tres eminentes intelectuales, el doctor Gregorio Marañón, Ortega y Gasset, y el novelista Ramón Pérez de Ayala, constituyeron el movimiento «Al servicio de la República». Ortega (cuyas elocuentes críticas anteriores al parlamento habían ayudado a Primo de Rivera) escribió un famoso artículo en el que declaraba: «¡Españoles, vuestro Estado no existe! ¡Reconstruidlo! *Delenda est Monarchia*»[42]. Y, lo que es más importante, numerosos

oficiales descontentos apoyaban a los rebeldes, e incluso los anarquistas, reprimidos pero vivos, habían llegado a simpatizar con los oponentes burgueses dél rey. Para diciembre se había preparado un pronunciamiento. Los conspiradores hicieron circular el siguiente manifiesto: «Surge de las entrañas sociales un profundo clamor popular que demanda justicia, y un impulso que nos mueve a procurarla. Puestas sus esperanzas en la República, el pueblo está ya en medio de la calle. Para servirle, hemos querido tramitar la demanda por los procedimientos de la ley, y se nos ha cerrado el camino: cuando pedíamos justicia, se nos arrebató la libertad; cuando hemos pedido libertad, se nos ha ofrecido una concesión, unas Cortes amañadas, como las que fueron barridas; resultantes de un sufragio falsificado, convocadas por un gobierno de dictadura; instrumento de un rey que ha violado la Constitución y realizadas con la colaboración de un caciquismo omnipotente [...]. No nos apasiona la emoción de la violencia culminante, el dramatismo de una revolución; pero el dolor del pueblo y las angustias del país nos emocionan profundamente. La revolución será siempre un crimen o una locura, dondequiera que prevalezcan la justicia y el derecho; pero es justicia y es derecho donde prevalece la tiranía».

Estos republicanos no sólo se oponían a la idea de que un solo hombre, ni que fuera un Borbón, pudiera destituir y nombrar a un jefe de gobierno, sino que además veían en la idea de la abolición de la monarquía un paso hacia la modernización de España.

La secuela de acontecimientos fue rápida. En primer lugar, la guarnición de Jaca, en Aragón, en las estribaciones de los Pirineos, se alzó contra la monarquía, dirigida por dos oficiales jóvenes y entusiastas, el capitán Fermín Galán y el teniente García Hernández, antes de que dieran la señal los

conspiradores del resto de España. Los dos oficiales, hechos prisioneros cuando avanzaban con sus soldados en dirección a Zaragoza, fueron fusilados por rebelión. La indignación ante estas ejecuciones fue grande. El movimiento fracasó en los demás sitios. Un joven capitán de aviación, Ramón Franco (héroe nacional porque había volado hasta Buenos Aires en el Plus Ultra, atravesando el Atlántico sur por primera vez), despegó para bombardear el palacio real, vaciló, y, en vez de hacerlo, arrojó folletos y luego huyó a Portugal. Los firmantes del Pacto de San Sebastián fueron arrestados. Cuando les juzgaron, se defendieron diciendo que el rey había violado la Constitución al aceptar la dictadura de Primo de Rivera. La reputación de los republicanos aumentó desde sus celdas, donde recibían muchas visitas. Se fundaron varios pequeños partidos para despertar entusiasmo en favor de la monarquía, pero no lo consiguieron. La Unión Patriótica de Primo de Rivera se convirtió en la Unión Monárquica, pero defendía la memoria del dictador, no el futuro del rey. El general Berenguer ofreció unas elecciones. La idea fue rechazada por considerársela insincera y el general, enfermo, dimitió encantado. Después de negociar sin éxito con los políticos, el rey nombró jefe de gobierno a otro militar, el almirante Aznar, que era desconocido e inexperto. El almirante y el rey decidieron poner a prueba a la Opinión pública convocando elecciones municipales, no generales, para abril. En el ínterin, los violentos disturbios estudiantiles obligaran a la guardia civil a ponerse a la defensiva.

Estas elecciones se celebraron en una atmósfera exuberante, y adquirieron el carácter de un plebiscito. En todo el país aspirantes a políticos de todo tipo celebraron enormes mítines. Cuando el 12 de abril empezaron a conocerse los resultados finales de las urnas, quedó claro

que, en todas las ciudades grandes de España, los candidatos que apoyaban a la monarquía habían sido derrotados. La cantidad de votos republicanos en Madrid y Barcelona (que entonces tenían poblaciones de 950 000 y un millón de habitantes, respectivamente)[43] fue enorme. En el campo, la monarquía ganó suficientes escaños para asegurarse una mayoría en el conjunto del país. Pero era evidente que allí los caciques tenían tanta fuerza que podían impedir que la votación fuera sincera[44]. Se proclamó la República en varios sitios, el primero de los cuales fue Eibar, en el País Vasco. La tarde del 14 de abril las multitudes inundaron las calles de Madrid. El gobierno, estupefacto e intimidado, sugirió al rey que aceptara el consejo de los líderes republicanos de abandonar la capital «antes de ponerse el sol» para evitar el derramamiento de sangre. Sólo quería resistir un ministro, Juan de la Cierva (el ministro de la Gobernación en la época de la «Semana Trágica», en 1909). Si el rey lo hubiera hecho, tal vez habría triunfado en Madrid, pero se habría encontrado con las capitales de provincia dispuestas a luchar. Podría haber estallado una guerra civil en aquel momento. Por consiguiente, después de algunas vacilaciones, Alfonso hizo una declaración de tono muy digno:

> «Las elecciones celebradas el domingo, me revelan claramente que no tengo hoy el amor de mi pueblo [...]. Hallaría medios sobrados para mantener mis regias prerrogativas, en eficaz forcejeo con quienes las combaten. Pero, resueltamente, quiero apartarme de cuanto sea lanzar a un compatriota contra otro, en fratricida guerra civil [...]. Y mientras habla la nación, suspendo deliberadamente el ejercicio del poder real».

Con estas graves y sibilinas palabras, el rey se fue de Madrid a la costa, y de ahí al exilio.

El experimento de monarquía constitucional intentado entre 1874 y 1923 fracasó porque era un montaje político defensivo llevado a la práctica como reacción contra la

confusión revolucionaria de 1868-1874. Al principio, sus estadistas pudieron contar con el ansia de vivir que afecta incluso a los pobres, después de un cataclismo. Se presentó de nuevo la turbulencia, y Primo de Rivera no pudo volver a contar con ese talante conservador, durante un tiempo. Él creía también que la modernización de España sólo podría producirse bajo un sistema autoritario. Los años siguientes, particularmente después de la huida del rey, volverían a ser tumultuosos, a pesar de que empezaron con mucho orden. De manera que muchos llegaron a creer que podía continuarse la obra de Primo de Rivera, de una forma mejor regulada; mientras que otros también buscaban la autoridad, porque temían al futuro. De momento, sin embargo, el destino de España estaba en manos de los partidarios del cambio y de las oportunidades que éste ofrecía.

3

El advenimiento de la Segunda República. — Alcalá Zamora. — Los radicales. — Los republicanos. — Azaña. — La Institución Libre de Enseñanza. — Los socialistas españoles. — La cuestión catalana. — El cardenal Segura.

«Esta España joven e impulsiva ha alcanzado, por fin, la mayoría de edad», exclamaron jubilosos los republicanos en 1931: un comentario curioso sobre una de las naciones-estado más antiguas, que ya había visto fracasar muchos intentos de regeneración. La República era otro de estos intentos. Al principio, fue prometedora. Al fin y al cabo, la Monarquía había sido derrocada sin derramamiento de sangre. El nuevo gobierno ocupó los ministerios de Madrid con toda tranquilidad. El primer jefe de gobierno de la República fue Niceto Alcalá Zamora, un abogado de Andalucía, con el florido estilo de elocuencia típico de esa región. Cordial, honesto, erudito y confiado, Alcalá Zamora era también vanidoso y entrometido, y, aunque en Madrid parecía amar la libertad más qué la vida, en Priego, su pueblo natal allá en el sur, parecía la encarnación del cacique de los viejos tiempos. Después de haber sido ministro del rey antes de la dictadura de Primo de Rivera, fue presidente del comité revolucionario creado en San Sebastián. Tanto él como otros miembros de su gobierno fueron fervientemente aclamados por la enardecida multitud

mientras atravesaban lentamente en automóvil las calles de Madrid en dirección al ministerio de la Gobernación. Tanto don Niceto como Miguel Maura[45], nombrado ministro de la Gobernación y, por consiguiente, responsable directo del mantenimiento del orden en el país, eran católicos. Así pues, se les podía considerar como un símbolo de la aceptación del fin de la Monarquía al menos por una parte de la Iglesia. Al fin y al cabo, ¿no se rumoreaba que «los curas de pueblo habían votado por la República» en las famosas elecciones municipales? (Aunque el alcalde de una pequeña población había telegrafiado al ministerio de la Gobernación: «Nos hemos declarado a favor de la República. ¿Qué hacemos con el cura?»).

Los otros miembros del primer gobierno de la República eran anticlericales, cuando no ateos. Había dos miembros del Partido Radical que habían alcanzado gran notoriedad en Barcelona en los primeros años del siglo. En primer lugar, Alejandro Lerroux, hijo de un veterinario andaluz, fundador del Partido Radical y conocido en los años 90 como «El emperador del Paralelo» (barrio de mala nota de Barcelona en dicha época), era, a sus 67 años, ministro de Estado de la República. La edad había enfriado las pasiones de aquel corrompido demagogo. Dispuesto a dejarse sobornar por casi cualquier gobierno o a sobornar a casi cualquier respaldador potencial, enriquecido por sus negocios, ya no era el hombre que en 1905 incitaba a sus partidarios de los suburbios de Barcelona a alzarse contra sus patronos y contra la Iglesia: «Jóvenes bárbaros de hoy: entrad a saco en la civilización decadente y miserable de este país sin ventura; destruid sus templos, acabad con sus dioses, alzad el velo de las novicias y elevadlas a la categoría de madres para virilizar la especie. […]. ¡Luchad, matad, morid!»[46]. Ahora Lerroux era un orador, periodista y político experto,

simpático e incluso afectuoso con sus amigos, diplomático, siempre buscando el compromiso, y rápido (aunque sólo fuera porque siempre tenía prisas para llegar al teatro o a un banquete). Su partido se había dividido: muchos de los que habían sido radicales en 1910 se habían convertido en socialistas o anarquistas. Lerroux ya no era un revolucionario, los radicales no eran radicales, y casi nadie se acordaba siquiera de los tiempos en que se decía que «un lerrouxista sin su pistola es como un católico sin su rosario». Sin embargo, su inclusión en el gobierno, con su moderado lugarteniente, Diego Martínez Barrio, un jefe masónico de Sevilla[47], produjo cierta ansiedad en la jerarquía eclesiástica española, no por innecesaria menos real. Pocos años más tarde, un diputado católico resumiría al Partido Radical diciendo que era como un viaje en barco: «gente de todas las edades, de todas las condiciones, de las más diversas ideologías, de los tipos más distintos; unidas sólo para viajar»[48].

Sin embargo, en el primer gabinete de la Segunda República había un grupo de políticos anticlericales más temibles que estos radicales. Eran hombres de la clase media o que ejercían profesiones liberales, y, al igual que otros miles de hombres como ellos, eran los herederos de los reformadores liberales de la España del siglo XIX. Eran los hombres de la Constitución de Cádiz de 1812, que llevaban cien años intentando limitar el poder de las órdenes religiosas, de los latifundistas, y de otras restricciones a la libertad mercantil. Eran hombres cuya actitud intelectual se había formado, directa o indirectamente, en la Institución Libre de Enseñanza, fundada durante la Restauración como una universidad libre y librepensadora, como una escuela ilustrada, por un grupo de profesores universitarios que se habían negado a prestar el juramento de lealtad «a la Iglesia,

a la Corona y a la Dinastía» y que, por esta causa, habían sido privados de sus cátedras[49]. La postura mental inculcada por la Institución Libre derivaba en parte de su admiración por la tolerancia inglesa, y en parte del panteísmo idealista del filósofo alemán Karl Krause, a cuyas clases había asistido en Berlín el primer director de los profesores disidentes, Sanz del Río. Al principio la Institución fue apolítica. Pero en la historia de España todavía no ha habido ni un período en el que el hecho de hacer profesión de libertad de pensamiento haya sido un acto políticamente neutro. Por lo tanto, a pesar suyo, llevados por su amor a la verdad intelectual, estos intelectuales, dirigidos por el sucesor y discípulo de Sanz del Río, Francisco Giner de los Ríos, se vieron obligados a adoptar actitudes políticas. La Institución fue además parcialmente responsable del renacimiento de la cultura española que siguió a la pérdida de las últimas colonias americanas en 1898 en la guerra contra los Estados Unidos, y cuyo motor básico fue el dolor por el retraso, la autocomplacencia y la falta de empuje de España[50]. Más tarde, el espíritu de la Institución animó a la oposición intelectual más vigorosa que se enfrentó a la dictadura del general Primo de Rivera. La esperanza de estos intelectuales era que el contacto personal entre profesor y alumno se convirtiera en el modelo para la universidad y otros «institutos», ya que la Institución y su Residencia de Estudiantes de Madrid (con su junta de estudios para postgraduados, destinada a ayudar a ir al extranjero a estudiantes españoles) no podían hacer más que influir en los futuros dirigentes de la clase media.

Estos republicanos estaban representados por varios hombres en el nuevo gobierno de 1931. Estaba el ministro de Justicia, Fernando de los Ríos, sobrino de Francisco Giner de los Ríos, profesor de la Universidad de Granada;

teóricamente era socialista, pero, sobre todo, con su fluido y hermoso castellano, era un humanista, demasiado individualista y moderado para ser un verdadero marxista. También estaba el ministro de Marina, Casares Quiroga, el jurista gallego que sería jefe de gobierno al comienzo de la guerra civil. Estaba el jacobino de Asturias; Álvaro de Albornoz, que, junto con el experto republicano catalán Marcelino Domingo, era jefe de lo que ellos llamaban el Partido Republicano Radical Socialista, imitación del partido francés de Clemenceau y Ferry. Eran ministros de Fomento y de Educación, respectivamente. Y, finalmente, estaba el nuevo ministro de la Guerra, Manuel Azaña, el cual, aunque no era antiguo alumno de la Institución Libre de Enseñanza, era un fiel reflejo de sus efectos.

De haber vivido en un país menos turbulento, posiblemente Azaña habría dedicado su vida a la literatura. Pero en realidad, sus brillantes traducciones de George Borrow, G. K. Chesterton y Voltaire, una novela autobiográfica sobre su época de estudiante, y unas cuantas obras de crítica y polémica constituyeron toda su producción literaria, aparte de una colección de discursos y de un diario extraordinario[51]. Sin embargo, Azaña se vio empujado a la vida política por las circunstancias de su país. Consideraba «la política como un arte; y el pueblo la materia concreta en que trabajaría un artista»[52]. Azaña nació en 1880, en una casa situada entre dos conventos en Alcalá de Henares, la vieja ciudad a treinta kilómetros de Madrid, antigua sede episcopal, donde nació Cervantes. Pertenecía a una familia conocida en Alcalá, de funcionarios y políticos liberales. Su madre murió cuando él tenía nueve años. Azaña perdió la fe religiosa en el colegio de los agustinos —situado en el monasterio de El Escorial—, al rebelarse contra su rígida educación. Después se licenció en derecho y estudió

en París. Ingresó en la administración del Estado, como jefe de negociado del registro civil. Vivía solo en Alcalá o en Madrid, dedicado a trabajos literarios, traduciendo y haciendo críticas, constituyendo un caso típico entre muchos otros intelectuales de clase media de su época —y no sólo en España—. Sin embargo, había varias cosas que distinguían a Azaña de otros. En primer lugar, era feo. La conciencia de su fealdad le llevaba a ser muy introvertido, a convertir a su persona en objeto de autoanálisis constante en sus escritos e incluso en sus discursos, a esquivar el trato social (especialmente el de las mujeres), hasta el punto de ganarse las burlas de sus compañeros intelectuales; y, por consiguiente, acumuló en su interior unas reservas intelectuales que le llevarían a la Presidencia de la República Española y que ayudan a explicar la mordacidad de su lengua y la solitaria arrogancia que puso de manifiesto tanto en las épocas de victoria como en las de derrota. Unamuno decía que Azaña era capaz de iniciar una revolución para conseguir que se leyeran sus libros. Muy delicado y sensible, se le tildaba de homosexual, aunque no hay evidencia al respecto. Acabó casándose, en 1929, a los cuarenta y nueve años, con una mujer mucho más joven que él: la hermana de Cipriano Rivas Cherif, antiguo colaborador de su revista literaria. Azaña era también elocuente. Se dio a conocer como orador en unos discursos pronunciados en el Ateneo, el club madrileño que era el centro de la actividad progresista en España desde principios del siglo XIX. Gracias a ello, entró en contacto con otros políticos republicanos, y se ganó su respeto. Sus discursos eran fríos y monótonos, pero fascinantes y bien construidos. Llegó a ser director de un periódico político, *España*, y presidente del Ateneo, fundando después Acción Republicana, un partido republicano propio. Si Azaña fue ministro de la Guerra en

1931 se debió a que ningún otro de los liberales antimilitaristas se había molestado en informarse sobre el ejército. Inmediatamente, Azaña intentó, con sus discursos y con su conducta, investir a la nueva República de una dignidad que en realidad sólo podría haberle dado el tiempo, pero que necesitaba inmediatamente para poder sobrevivir.

Admirador de Cromwell, Azaña no sabía economía. Cultivaba un despego sobrehumano y una pureza intelectual que le llevaron a pasar por alto algunos de los hechos reales de la vida española. Era de una integridad absoluta, y los enemigos que no tardaron en surgir se vieron obligados a recurrir al insulto personal para atacarle. Sin embargo, a veces se le consideraría el «hombre fuerte de la República». Quienes le conocían bien le adoraban, mientras que sus oponentes le consideraban a menudo mordaz, despectivo y mezquino. Escogió mal a sus hombres. Creía que la República tenía que ser radical o no ser. Siempre lúcido, dominando cualquier tema que tocaba, vacilante en los momentos críticos, irónico frente al desastre, tan pronto entregado a la intransigencia dictatorial como al optimismo templado por la desesperanza, tenía algo de cobarde físico, aunque se esforzaba mucho en disimularlo. Azaña fue el político más competente y más culto de la República. Desgraciadamente, sus dos impulsos políticos más fuertes eran de hostilidad contra la Iglesia y contra el poder del ejército[53]. No tenía un partido de masas y, por lo tanto, en los primeros años de la República tuvo que escoger entre aliarse con los radicales de Lerroux o con los socialistas. Escogió a estos últimos.

Azaña, Domingo y Albornoz representaban un republicanismo que se había desarrollado vigorosamente en los últimos años de la dictadura: 450 clubs republicanos, con un total de casi 100 000 miembros, tenían las opiniones y las

actitudes mentales de Azaña. Además, Azaña había recogido el legado de muchos antiguos liberales, que habían desempeñado un papel muy importante en la política de la Restauración. Pero los seguidores de Azaña, a saber, la pequeña burguesía anticlerical, artesanos, maestros, médicos y funcionarios, que le votaron en 1931, le abandonaron seducidos por jefes más radicales o más conservadores[54]. Indudablemente Azaña era un estadista; pero, al igual que otros políticos españoles distinguidos, le resultaba difícil retener a sus seguidores. Y no era un innovador; gran parte de su programa político tenía antecedentes en los programas de los liberales de tiempos de Canalejas o en las ideas de los republicanos reformistas entre los que se había contado el propio Azaña durante algún tiempo. Los «republicanos» eran individuos más que hombres de partido: de ahí muchas de sus dificultades.

Aparte de Fernando de los Ríos, había dos socialistas en el primer gobierno de la República. Eran Indalecio Prieto y Francisco Largo Caballero, secretario general del sindicato general socialista, la UGT. El Partido Socialista tenía unos 20 000 miembros y el sindicato algo menos de 300 000[55]. Fundados en 1879 por los españoles que apoyaban a Marx en su lucha contra los anarquistas, tanto el partido como el sindicato habían tenido un desarrollo muy lento hasta poco antes de la primera guerra mundial. Ni uno ni otro podían tener mucha fuerza en aquella Barcelona industrial donde los anarquistas se habían hecho tan poderosos. De ahí que los socialistas encontraran sus adeptos entre los tipógrafos y obreros de la construcción de Madrid, entre los mineros de Asturias, y en las áreas industriales que estaban desarrollándose alrededor de Bilbao, particularmente entre los inmigrantes no especializados de Castilla y Galicia, que fueron quienes provocaron las primeras huelgas serias en

España, a partir de 1890.

En 1908, la UGT era un pequeño sindicato, bastante ascético, organizado según el modelo inglés, con funcionarios retribuidos que recolectaban fondos para las huelgas. Sólo tenía unos 40 000 miembros. El partido tenía 6000. Tres motivos hicieron aumentar el número de sus miembros. El primero de ellos fue la idea, copiada del Partido Radical, de las casas del pueblo, especie de clubs socialistas que disponían de despachos para los comités de las ramas sindicales locales, una biblioteca donde se prestaban los libros gratis, y un bar. El cuartel de la guardia civil, la iglesia y el ayuntamiento ahora estaban acompañados en la mayoría de las ciudades y los blancos pueblos de España por un cuarto edificio, que expresaba, igual que los otros tres, una idea centralizadora, que en este caso iba unida al pensamiento marxista y a una voluntad de educación. El segundo motivo fue una alianza táctica con los republicanos de clase media, que dio a los socialistas un escaño en las Cortes, introduciendo así a sus dirigentes en la política parlamentaria. El tercer motivo fue la guerra de 1914-1918, que dio a España prosperidad, mayor conciencia política, y mayor interés por los asuntos del resto de Europa. El socialismo convencía fácilmente a los que emigraban del campo a las ciudades, particularmente cuando los socialistas apoyaron a los trabajadores en su lucha para evitar que les obligaran a combatir en Marruecos. Los socialistas estuvieron contra Alemania en la Gran Guerra, y estuvieron en contacto con Cambó y otros en 1917, la época de los proyectos de regeneración que, como hemos visto, tuvieron malos resultados para ellos. Entre los socialistas de aquella época se contaban muchos intelectuales de la clase media, además de los trabajadores. En 1920, la UGT tenía 200 000 miembros. Aquel año, el Partido Socialista coqueteó con los

bolcheviques rusos, y luego rompió con ellos[56]. Un pequeño número de socialistas se separó y, uniéndose a ciertos anarquistas descontentos, fundaron el Partido Comunista Español, que, sin embargo, durante mucho tiempo sería insignificante.

En 1925 murió el venerable, paciente e incorruptible padre de los socialistas españoles, Pablo Iglesias. Cuando era un joven tipógrafo, había contribuido a la ruptura con Bakunin en 1872 y, a partir de entonces, había conducido el partido con habilidad y honradez a través de innumerables vicisitudes. Su sucesor, en el partido y en la UGT, fue su principal lugarteniente, Francisco Largo Caballero, un yesero que se había pasado la vida siendo un funcionario de sindicato y un miembro concienzudo del ayuntamiento de Madrid, dedicado a hacer proyectos de seguros de enfermedad y bibliotecas, a organizar ciclos de conferencias y a negociar con patronos[57]. Largo Caballero, que en 1931 tenía sesenta y dos años, había participado en 1890 en la primera huelga de los obreros de la construcción en Madrid, y no le gustaban los parlamentos, ni tenía talento para desenvolverse en ellos. No era un orador. Creía en los comités, no en las teorías. No había animado a nadie a hacer huelga cuando el pronunciamiento de Primo de Rivera. Había accedido a colaborar (aunque por poco tiempo) con la dictadura de Primo de Rivera como «consejero de Estado». Esto se explica teniendo en cuenta el desprecio de los socialistas a la monarquía constitucional y el temor morboso de Largo Caballero a ceder terreno a sus rivales en la clase obrera, los anarquistas, quienes, aunque desorganizados, eran más numerosos que los socialistas. Durante mucho tiempo, la UGT había sido casi respetada por la burguesía a causa de su disciplina, su eficaz «maquinaria», con sus innumerables comités, su comportamiento práctico, e

incluso razonable, en las huelgas (en contraste con los anarquistas), y sus tendencias centralistas. No tuvo nada de extraño que Largo Caballero fuera el primer ministro del Trabajo de la República. Los comités de arbitraje de patronos y sindicatos, y un voto decisorio gubernamental, que había introducido en tiempos de Primo de Rivera para resolver las disputas salariales fueron los predecesores del sistema que introdujo en 1931. Probablemente Largo Caballero debió su popularidad a que miles de trabajadores españoles vieron en él reflejadas sus propias luchas; era el hombre por excelencia de las casas del pueblo, que había prosperado gracias a su firmeza, persistencia y honradez, y que estaba dispuesto a evitar toda acción revolucionaria extremista.

Indalecio Prieto, su colega en el gobierno republicano —era ministro de Hacienda— era un tipo de socialista muy diferente. Nacido en Oviedo, siendo niño se trasladó con su madre, viuda, a Bilbao, donde fue vendedor de periódicos. Su viva inteligencia atrajo la atención de un millonario vasco, Horacio Echevarrieta, quien lo hizo primero su secretario privado y, más tarde, director de su periódico, *El Liberal de Bilbao*. En 1918, Prieto fue elegido para entrar en las Cortes como diputado socialista, y allí su fácil elocuencia despertó la atención general —y los celos de Largo Caballero—. A partir de entonces, el antagonismo entre ambos caracterizó al Partido Socialista español, reflejando una auténtica división de opiniones sobre cómo debía ser el partido. Prieto se había hecho rico. Calvo, con doble papada y ojos pequeños, la cabeza implantada en un cuerpo diabético de gigantescas dimensiones, parecía y actuaba más como un miembro ilustrado de las clases altas que como un dirigente obrero. «La primera cualidad de Prieto es su gran corazón —escribió sobre él Miguel Maura—. He conocido pocas personas, muy pocas, más sacrificadas, más compasivas, más

desinteresadas que Prieto». Era muy despierto, pero sorprendentemente obediente a la disciplina del partido. Como era un gran estratega parlamentario, se opuso a la colaboración socialista con el gobierno de Primo de Rivera, y fue él quien persuadió a los socialistas a que en 1930 se sumaran a la conspiración contra la monarquía. Prieto, que en 1931 tenía cuarenta y ocho años, era popular entre la clase media[58]. Pero entre los trabajadores siempre causó más impresión la figura más austera de Francisco Largo Caballero.

El presidente de la UGT y del partido hasta 1931 fue Julián Besteiro, el tercero de los socialistas españoles más influyentes, profesor de filosofía y, pese a ser teóricamente marxista, un moderado en lo referente a la política de partido. Pero era contrario a la idea de que los socialistas participaran en el gobierno. Por consiguiente, no tardó en dimitir de la presidencia del partido y del sindicato. Besteiro era humano, cordial, inteligente y culto, pero reservado; nadie le tuteaba[59].

En los años 30, la clase trabajadora española comprendía ocho millones de personas, de una población de 24 millones. Alrededor de cuatro millones y medio (54,5%) trabajaban la tierra; y los socialistas, de momento, tenían pocos seguidores entre ellos, aunque pronto los tendrían. Los socialistas tampoco tenían muchos adeptos en Cataluña, donde estaban concentradas casi tres cuartas partes de la industria española. Pero, aunque tenían pocos miembros en las mayores industrias de España —los 300 000 que trabajaban en la industria textil— contaban con un considerable apoyo entre los 270 000 obreros de la construcción, los 200 000 que trabajaban en la industria alimenticia, los 100 000 mineros y los 120 000 obreros metalúrgicos. También tenían fuerza entre los 60 000 trabajadores transportistas y entre el medio

millón, aproximado, de artesanos.

El último miembro del gobierno republicano de 1931 era un historiador clásico catalán, Nicolau d'Olwer, que fue ministro de Economía Nacional. Aunque había sido activo en la política catalana de los años 20, era menos político profesional que cualquier otro miembro del gobierno; su inclusión en él no tenía más objeto que satisfacer a los nacionalistas catalanes. Como economista, se decía de él que era un «gran helenista».

Cinco de los miembros de este gobierno tenían un atributo en común: eran francmasones y, por consiguiente, sus enemigos conservadores sospechaban que tenían lealtades antiespañolas[60].

En el siglo XIX, la mayoría de los liberales españoles habían sido miembros de una u otra de las logias masónicas que, introducidas en España en el siglo XVIII, se habían extendido mucho durante las guerras napoleónicas. En el siglo XX, las personas de ideas progresivas, tanto en España como en el resto de Europa, se sintieron obligadas a ingresar en una logia, sobre todo como postura personal. Aunque al ingresar suscribían los principios de la revolución francesa de libertad, igualdad y fraternidad, los masones, sin embargo, constituían una sociedad secreta sin una verdadera política. Pero la masonería española, aunque no tuviera objetivos políticos claros, era antirreligiosa y anticlerical[61]. Como en España el no creer en Dios era un acto con consecuencias políticas, los eclesiásticos y las personas de derechas creían que la masonería era una conspiración internacional diabólica, organizada en la City de Londres, cuya finalidad era implantar el comunismo ateo. Los jesuitas consideraban especialmente perversa a la masonería, porque veían en sus ritos secretos una parodia profana de su propia

orden[62]. Semejante hostilidad, naturalmente, sólo sirvió para aumentar el carácter secreto de los masones. Pero no por esto los masones de España tuvieron un frente político definido. Puede que los masones franceses financiaran el anticlericalismo en otros países y las logias españolas hubieran actuado como centros de conspiración contra Primo de Rivera. Pero, más adelante, hubo divisiones entre ellas. Algunos generales, como Goded, Queipo de Llano y Cabanellas, pertenecían a una logia militar, muchos de cuyos miembros eran fervientes republicanos. Las relaciones entre masonería y marxismo también fueron objeto de apasionados debates. Los hombres de la Institución Libre de Enseñanza raras veces eran masones. Por lo tanto, no puede considerarse que los masones tuvieran importancia política en los años 30, aunque algunos políticos, como Martínez Barrio, debieran gran parte de su influencia al rango que ocupaban dentro de la masonería[63].

El problema de Cataluña era el primero que tenía que afrontar la nueva República. Las cuatro provincias de Cataluña habían disfrutado de un pasado medieval de próspera independencia y preeminencia comercial, tema favorito de los románticos. La industrialización y la reducción del analfabetismo en el siglo XIX, como hemos visto, crearon un deseo de autonomía que, al verse frustrado, se convirtió en un movimiento nacionalista. Más rica que cualquier otra parte de la Península, con una estructura de clase moderna y una cultura mediterránea, Cataluña podría haber prosperado dentro de un Estado federal español. Necesariamente tenía que ser rebelde dentro de la estructura borbónica, centralizada y carente de imaginación. La hostilidad al librecambismo y el deseo de proteccionismo tuvieron una parte en la aparición del nacionalismo catalán. Los catalanes, además, se consideraban un «miembro vital»

ligado al «cuerpo moribundo» de Castilla.

El catalanismo, sin embargo, debía su fuerza a una combinación de esta interpretación económica con un renacimiento literario manifiesto en los Juegos Florales que habían empezado en 1859, las competiciones poéticas en catalán; así como en la obra de varios poetas, encabezadas por el sacerdote romántico Verdaguer. En los primeros años del siglo XX, la importancia económica de Cataluña aumentó gracias al desarrollo de la energía hidroeléctrica en los Pirineos Orientales. Desde Cataluña se hizo llegar la energía hidroeléctrica a Madrid y Valencia, mientras que el suministro eléctrico en está zona se concentró en la gran compañía de propiedad y financiación norteamericana La Canadiense (Barcelona Traction Company). Mientras tanto, los monjes del monasterio benedictino de Montserrat traducían la Biblia al catalán, de las imprentas catalanas salía un alud de literatura original y traducida, se compilaba un voluminoso diccionario y se fundaban muchos periódicos. El catalán se hablaba más que nunca y se convirtió en el idioma habitual de los ayuntamientos. Las excursiones para redescubrir el país catalán, el culto a la danza nacional, la sardana, la creación de coros populares, e incluso la adopción de una divinidad nacional (*la More de Déu de Montserrat*) fueron las manifestaciones culturales de un fuerte nacionalismo político que, a pesar de todas las contrariedades, en 1931 contaba con la lealtad de la mayor parte de la clase media catalana. La Iglesia apoyaba hasta cierto punto al movimiento catalán, en gran medida por la razón negativa de que el catalanismo era antiliberal del mismo modo que todos los movimientos regionalistas lo habían sido alguna vez. Pero el federalismo en el que podría encajarse fácilmente el catalanismo era, no obstante, más de izquierdas que de derechas.

En Cataluña había una multitud de partidos políticos, todos ellos dominados por personas que, en mayor o menor medida, rechazaban la autoridad del Estado unitario castellano. Ningún partido había podido actuar en tiempos de Primo de Rivera, ni en Cataluña ni en ninguna parte. Incluso habían sido cerrados los centros del prometedor partido de la burguesía catalana, la *Lliga Regionalista*. Pero el triunfo de los antimonárquicos en las elecciones municipales de abril de 1931 en Barcelona había sido incluso mayor que en ningún otro sitio. Además, para ser exactos, aquí se había logrado la victoria gracias a la *Esquerra*, un nuevo partido cuyo jefe era un anciano coronel, honorable y romántico, Francisco Maciá, «*l'Avi*», que se había pasado la época de la dictadura de Primo de Rivera conspirando en Francia, en América Latina, y hasta en Moscú. Aparte de su jefe, la *Esquerra* era un partido de intelectuales, de pequeños comerciantes, que representaba a la clase media baja de Barcelona[64]. Hacia 1930, los industriales catalanes se habían asustado con la actuación de los anarquistas en sus fábricas entre 1917 y 1923, y ante el fracaso de tantas empresas valientes, se aliaron con las derechas ortodoxas españolas. La clase alta catalana, en tiempos, había esperado regenerar a España mediante el resurgimiento de Cataluña. Su jefe, Cambó, había combatido a los antiguos caciques locales a principios de siglo[65]. Pero ahora combatía a las izquierdas y a los radicales. En varias ocasiones, el movimiento catalán había unido a izquierdas y derechas en la causa nacionalista (notablemente en la alianza de la Solidaridad Catalana, en 1906), pero ahora la posibilidad de que volviera a surgir ese frente común era remota.

En 1913, las diputaciones provinciales de las cuatro provincias catalanas se habían fusionado para algunas de sus funciones, de acuerdo con la ley de Canalejas, creando una

precursora de la autonomía, la Mancomunidad, que no había afectado a la soberanía española. Primo de Rivera la había abolido. ¿Iba a ser restaurada ahora? ¿O la *Esquerra* iría más lejos? Manuel Carrasco Formiguera, un abogado catalán, invocó a Cataluña para que «declarara la guerra a España». Cuando los concejales elegidos en 1931 salieron al balcón de la Plaza de San Jaime, no sólo se oyó *La Marsellesa* y *Els Segadors*, el himno nacional catalán, sino también gritos que pedían una república catalana independiente. Luis Companys, lugarteniente de Maciá, un joven abogado que se había hecho una reputación en los años 20 defendiendo a anarquistas y cobrando honorarios simbólicos, proclamó la República como «la República catalana»; y una hora más tarde, desde el mismo balcón, Maciá habló del «Estado y la República catalanes». Por esta razón, Nicolau d'Olwer, Marcelino Domingo (ambos catalanes de nacimiento) y Fernando de los Ríos hicieron un viaje precipitado a Barcelona para persuadir a Maciá a que esperara la aprobación de un estatuto catalán de autonomía por las nuevas Cortes, que iban a ser elegidas inmediatamente. Maciá accedió, a pesar de que Barcelona estaba en sus manos. Indudablemente demostró prudencia al ser paciente, puesto que los habitantes de Barcelona no eran, ni mucho menos, todos catalanes: más de un tercio de la población de la ciudad habían nacido fuera de Cataluña. Y no podían adivinarse sus opiniones políticas[66].

La luna de miel de la nueva República duró un mes. Durante este tiempo, la República salía caricaturizada en la prensa como «la niña bonita», en la línea de la feliz *Marianne* del otro lado de los Pirineos; había aparecido por primera vez en 1812 representando la Constitución de Cádiz. El gobierno hizo planes para unas elecciones en junio de las que saldrían unas Cortes provisionales. Éstas aprobarían una

Constitución. Entretanto, la bandera roja y gualda de la monarquía fue sustituida por una tricolor, roja, amarilla y morada; el himno nacional pasó de ser la *Marcha Real* al *Himno de Riego* (el himno de los constitucionalistas en 1820); y muchas calles fueron bautizadas de nuevo con nombres de resonancia republicana.

Companys, que se convirtió en el primer gobernador civil republicano de Barcelona, destruyó los archivos policiales, en los que figuraban tanto anarquistas como delincuentes comunes. El gobierno hizo públicos unos proyectos para la construcción de miles de nuevas escuelas primarias, y, el 6 de mayo, decretó que a partir de entonces la instrucción religiosa ya no sería obligatoria en las escuelas del Estado: aunque «podría darse» a los niños cuyos padres la solicitaran. Este cambio era sorprendente en España.

Los enemigos de la República, sin embargo, ya se estaban agrupando. Los anarquistas se aprovecharon de la actitud benévola de Maciá para con ellos y del bandazo antiautoritario del país para saldar algunas viejas cuentas en Barcelona, a pesar de que su directorio nacional se había declarado contrarío a una vuelta al terrorismo. Mientras tanto, la República no hizo ninguna purga en la administración nacional ni local, ni en la policía, el profesorado o las representaciones del gobierno. La judicatura siguió siendo la misma. Y lo mismo, desde luego, el ejército. Esta combinación de políticos inexpertos y reformistas con una estructura gubernamental conservadora presentaría muchas dificultades.

Además, aunque la gran depresión había sido menos dura en España que en los países industriales más avanzados, también presentó en este país grandes dificultades, especialmente en el terreno minero. A lo largo de 1931

empezarían a notarse los efectos de la depresión en Cataluña. Entretanto, el regreso de muchos trabajadores del extranjero, particularmente de América, exacerbaría el paro en las regiones más pobres, como Galicia y Andalucía. En el campo, el paro siempre sería doblemente duro que en las ciudades, aunque se notara menos. Y por entonces en España no había subsidio de paro, y los servicios sociales en general eran rudimentarios, en comparación con los que existían en el norte de Europa[67]. Finalmente, el primer estallido de la contienda que continuaría hasta la guerra civil fue la grave pero violenta pastoral del cardenal Segura, arzobispo de Toledo y primado de la Iglesia española, hecha pública a principios de mayo. Este resuelto primado combinaba la inteligencia con la obstinación. Obispo a los treinta y cinco años, había sido trasladado desde su oscura diócesis de Extremadura por intervención especial del rey. Era un erudito que alardeaba de tener tres doctorados, y, cuando, una vez al año, se dedicaba al trabajo social, trabajaba tan duramente como cualquier párroco. En 1931 no había cumplido aún los cincuenta años, y estaba en la cúspide de su carrera. Su carta pastoral empezaba con un elogio a Alfonso XIII y terminaba con estas amenazadoras palabras: «Si permanecemos quietos y ociosos y nos dejamos ir hacia la apatía y cortedad; si dejamos abierto el camino a todos aquellos que intentan destruir la religión o si esperamos la benevolencia de nuestros enemigos para asegurar el triunfo de nuestros ideales, no tendremos ningún derecho a quejarnos cuando la amarga realidad nos muestre que hemos tenido la victoria en nuestras manos, pero que no hemos sabido luchar como intrépidos guerreros dispuestos a sucumbir gloriosamente»[68].

4

La Iglesia española en 1931. — Su papel en la historia de España. — La Iglesia y la enseñanza. — Las relaciones con el Vaticano. — El Debate.

La Iglesia española, en los años 30, contaba con unos 20 000 religiosos, 60 000 monjas, y 35 000 sacerdotes. Había casi 5000 comunidades religiosas, de las cuales aproximadamente 1000 eran masculinas, y el resto femeninas[69]. Sin embargo, en los años 30, dos tercios de los españoles eran católicos no practicantes; es decir, aunque utilizaban las iglesias para bautizos, bodas y funerales, nunca se confesaban ni iban a misa. Según el padre jesuita Francisco Peiró, sólo el 5% de la población rural de Castilla la Nueva cumplió sus deberes pascuales en 1931. En algunos pueblos de Andalucía, únicamente iba a la iglesia el 1% de los hombres[70]. En algunos pueblos, el cura decía la misa solo. En la rica parroquia de San Ramón, en el barrio madrileño de Vallecas, el 90% de las personas educadas en colegios religiosos no se confesaban ni asistían a misa una vez abandonado el colegio[71]. Aunque en el campo las cifras eran muy diferentes, las que hemos citado sirven de base estadística para la imprudente afirmación de Manuel Azaña cuando dijo que España había dejado de ser católica[72].

Azaña quería decir que España ya no era totalmente católica, como lo había sido, por ejemplo, en el dorado siglo XVI. En aquella época, la Iglesia había sido el único

vínculo entre las provincias. La Inquisición española, instituida como tribunal de la ortodoxia religiosa, era la única institución jurídica respetada en todo el país. Financiados por la riqueza procedente de las colonias americanas, los reyes de la dinastía Habsburgo habían intentado conseguir una unidad cultural y política en Europa no alcanzada nunca, ni siquiera en la Edad Media. Los poderosos ejércitos españoles habían sido empleados en un nuevo intento de Reconquista: la de Europa a los protestantes y la del Mediterráneo a los turcos. El rey español había ceñido muy ufano la espada temporal de la Contrarreforma, dirigida en el terreno teológico por la Compañía de Jesús, fundada por el vasco Ignacio y conservando siempre características españolas.

Por lo tanto, el siglo de oro español, cuando el país se puso a la altura de los que han sido, por más o menos tiempo, los grandes de la tierra, fue también la época de apogeo de la Iglesia española. Y si la Iglesia era el lazo que unía geográficamente la nación, también lo hizo socialmente. Los teólogos españoles, al no haber una reforma, se libraban de las argumentaciones sobre las formas del culto tan abrumadoras en el norte de Europa. Por lo tanto, podían discutir, con una terminología casi moderna, sobre las relaciones entre ciudadano y sociedad, e, incluso, plantear el problema de una distribución más equitativa de la tierra. Sin embargo, las grandes naciones vienen a menos por las mismas razones que las alzaron por encima de las demás. Las aspiraciones pseudomedievales de los Habsburgo agotaron el tesoro. La hostilidad de la Iglesia española hacia el comercio, unida a la facilidad con que podía importarse el oro y la plata de América, extinguieron la vitalidad económica de España. La tensión entre cristianos y judíos conversos dio a las controversias intelectuales de este

período un matiz casi racista; el «Siglo de Oro» se volvió de plomo mucho antes de acabar. Cervantes, que escribía cuando las consecuencias económicas de la desorbitada ansia de grandezas españolas se hacían ya sentir, creó la figura de Don Quijote, el personaje más grande de la literatura española, arquetipo del caballero andante en busca de una gloria vana; y el mantenimiento quijotesco de una serie de puntos de vista medievales en el nuevo mundo de la Europa del Renacimiento se convirtió pronto en la característica de un país que había sido el primero en revelar el verdadero nuevo mundo al otro lado del Atlántico. Las ideas de justicia social predicadas por los teólogos reforzaban un punto de vista premercantil que al mismo tiempo recordaba a la escolástica y anticipaba el socialismo. La decadencia intelectual de la Iglesia continuó hasta el punto de que hombres cultos de la más ilustre universidad de España, la de Salamanca, discutían solemnemente, en el siglo XVIII, sobre el idioma que hablaban los ángeles o si el cielo estaba hecho de un líquido parecido al vino o de bronce de campanas[73]. Durante estos años, no había un solo protestante en España, y no se oía una sola crítica contra la presión de la Iglesia sobre el pensamiento de la nación. España poseyó, hasta el siglo XVIII, el mayor imperio del mundo. Pero la cultura española, igual que las costumbres de la corte, se volvió excesivamente formalista, y decayó después de la muerte de Velázquez, en 1660. Las instituciones libres de las provincias, que habían sido de las cosas más vivas de España, decayeron bajo la pesada mano de la burocracia de los Habsburgo y de sus sucesores, los Borbones.

En el siglo XVIII, las ideas de los filósofos franceses empezaron a popularizarse en la corte de los Borbones españoles. Pero, después del hundimiento de los Borbones

en las guerras napoleónicas, la Iglesia, que había aumentado su popularidad gracias a su oposición a Napoleón, se convirtió en el centro de resistencia contra las ideas liberales. Sus representantes más violentos se agruparon en la sociedad del «Ángel Exterminador». Vino la primera guerra carlista. Durante este período, persistía el bajo nivel intelectual del clero. El mayor éxito de los liberales fue la desamortización de las tierras de la Iglesia en 1837. Aunque la Iglesia recibió una compensación, fue en forma de dinero. No pudo recuperar las tierras, que habían comprado los especuladores de la clase media. A partir de entonces, aun cuando la Iglesia mantuvo una oposición implacable contra las ideas liberales, se redujo su influencia sobre la clase trabajadora[74].

La aparición de la Institución Libre de Enseñanza a finales del siglo XIX coincidió con un resurgimiento de la Iglesia (o fue inspirada por éste). La batalla que Roma había perdido en Francia, Alemania e Italia en el último cuarto del siglo XIX fue la causa de la elaboración de una política destinada a mantener al menos un país —España— «a salvo del ateísmo liberal». Miles de clérigos españoles volvieron de Cuba o Filipinas. Se multiplicaron las órdenes religiosas. También vinieron muchos sacerdotes franceses y, más tarde, portugueses. Se dio nuevo impulso a la construcción de edificios religiosos, y la riqueza de la Iglesia se consolidó con capital español. Se creía, con razón, que los jesuitas y los marianistas dominaban amplios sectores de la riqueza del país, desde el comercio de antigüedades hasta, más adelante, salas de baile y cines. La interpretación que hacían las órdenes religiosas de las encíclicas renovadoras de los papas León XIII y Pío XI era, en realidad, que permitían al clero la acumulación de capital. Un destacado hombre de negocios catalán hizo un famoso cálculo en 1912, según el cual las

órdenes religiosas controlaban un tercio del capital del país. En un catecismo popular editado en 1927, a la pregunta «¿Qué clase de pecado se comete al votar por un candidato liberal?» se respondía: «Generalmente un pecado mortal». Pero a la pregunta «¿Es pecado, para un católico, leer un periódico liberal?» se contestaba: «Puede leer las noticias de bolsa»[75]. Pero el nuevo Catolicismo no era un movimiento cínico. Aunque favorecía el *statu quo* y a los ricos, era caritativo, evangélico y se interesaba por la enseñanza, sobre todo. Ciertas órdenes, especialmente los jesuitas y los agustinos, tenían colegios excelentes (aunque convencionales) de enseñanza secundaria (como el de El Escorial, donde se educó Azaña).

Entre 1909 y 1917, la principal discusión política en España había versado sobre el papel de la Iglesia en la enseñanza secundaria y superior. El Estado había decidido teóricamente instituir la enseñanza primaria gratuita para todos y en todas las capitales de provincia había un instituto estatal de enseñanza media, a menudo de poca calidad. Pero los maestros eran casi todos católicos, y los niños pasaban mucho tiempo rezando el rosario. (Había muy pocas escuelas. En 1930, sólo en Madrid, había 80 000 niños que no iban a la escuela). La Iglesia podía mantener su influencia sobre la juventud, a través de su autoridad en las escuelas estatales y en las dirigidas por órdenes religiosas. Los liberales intentaron cambiar esto, y habían logrado algunas concesiones, pero al final su esfuerzo no dio resultados. Igual que en Francia a principios de siglo, la posición de la Iglesia en la enseñanza y por lo tanto en la cultura general del país se estaba convirtiendo en una obsesión para quienes la rechazaban. Los trabajadores llegaron a pensar que las misiones de las órdenes religiosas en los suburbios de la clase obrera eran el más pernicioso de los males,

particularmente si tenían un subsidio estatal y más aún si parecía que, con la coartada de la enseñanza, imbuían una falsa ética a los ignorantes. Los intelectuales como Manuel Azaña o el director de cine Luis Buñuel no podían olvidar a la Iglesia, aunque rechazaran la religión.

En cuanto a la Iglesia, cuando el cardenal Segura lanzó su ataque contra la República en mayo de 1931, no hablaba en nombre de todos sus fieles. Los sentimientos políticos de la Iglesia española eran demasiada contradictorios para poder ser resumidos en una pastoral enérgica. Puede que muchos miembros de la jerarquía y de las órdenes religiosas fueran tan monárquicos como el primado, más por miedo a lo que pudiera venir que por lealtad a lo pasado. Pero el grupo de intelectuales católicos que escribían en el periódico madrileño *El Debate* eran partidarios de un catolicismo más liberal que pretendía atraer al proletariado urbano hacía la Iglesia o hacer algunas concesiones a la democracia. El cardenal Segura había denunciado *El Debate* calificándolo de «papelucho liberal». Durante las primeras semanas de la República se desató una controversia entre *El Debate* y el monárquico *ABC* sobre la interpretación «accidentalista» que el primero daba de la República: a saber, que, mientras que la Iglesia era eterna, las formas de gobierno eran temporales. *ABC* consideraba que esta actitud era cobarde. Así pues, no puede darse una visión clara de la actitud política de la Iglesia en cuanto tal. Es cierto que, desde la confiscación de las tierras eclesiásticas durante el siglo anterior, las órdenes religiosas y la jerarquía habían sido capitalistas. Pero muchos frailes y la mayoría de los sacerdotes (excepto los que vivían en los barrios ricos de las grandes ciudades) tenían unos ingresos tan pequeños como los de sus feligreses[76]. Se consideraba con razón a la jerarquía como la aliada de las clases altas. Pero el cura de

pueblo, e incluso el cura de una zona pobre de una gran ciudad, era considerado a menudo como un consejero relativamente amable, que podía influir sobre las autoridades, a veces con éxito, en favor de los oprimidos[77]. La clase trabajadora española, sin embargo, se indignaba cuando un sacerdote era claramente hipócrita y estaba en flagrante contradicción con las enseñanzas de Cristo sobre la pobreza, o se mostraba respetuoso ante los ricos. Entonces cualquier castigo parecía pequeño para él, y su iglesia corría el riesgo de ser pasto de las llamas. (Cuando los incendiarios anarquistas pidieron las llaves de la iglesia al cura de Palamós, durante los hechos de 1909, él les respondió: «Quememos la iglesia, pero también la fábrica; perdamos el pan igualmente vosotros y yo. ¡Vamos a empezar por la fábrica!». El cura empezó a bajar la colina, pero no se quemó ninguno de los dos edificios)[78]. Durante los disturbios de 1909, la clase trabajadora de Barcelona demostró una completa ignorancia de lo que ocurría en los conventos, y un gran interés al respecto. Se suponía que en aquellos misteriosos edificios se guardaban los cuerpos de jóvenes martirizadas, además de valores y acciones. Pero el cadáver expuesto en el colegio de las hermanas de la Inmaculada Concepción en Pueblo Seco resultó ser el cuerpo embalsamado de Leonor de Aragón, muerta antes de 1450. También se suponía que las monjas debían de ser ricas, desde el momento en que podían llevar aquella vida contemplativa. De manera que se consideraba que cada convento era una conspiración contra la democracia.

Siempre fue raro, incluso en momentos de revolución, que los vecinos de un pueblo mataran a su propio cura o quemaran su iglesia, a menos que se supiera que era un amigo de la burguesía. En estas circunstancias, aun entonces, generalmente se dejaba actuar a gentes que

vinieran de otros pueblos. No era corriente que los españoles destrozaran la imagen de una virgen local o una iglesia local. El arzobispo de Valladolid comentó una vez que «aquella gente estaría dispuesta a dejarse matar por su Virgen local, pero no tendría ningún inconveniente en quemar la de sus vecinos a la menor provocación»[79]. Sin embargo, en la Semana Trágica de 1909, los trabajadores llevados por su odio a la religión habían decapitado y descuartizado imágenes religiosas, habían abierto tumbas, y habían intentado destruir por encima de todo. Continuaban haciendo responsables de todos los cataclismos a las órdenes religiosas de clausura, y esta creencia agradaba a los anarquistas y a los anticlericales republicanos, que la fomentaban.

La Iglesia española del siglo XX creaba dificultades al Vaticano. Las manifestaciones públicas de fanatismo y superstición no demostraban precisamente un verdadero espíritu religioso[80]. En 1931, el papa Pío XI era por lo menos tan liberal como los que escribían en Madrid en *El Debate*. Su secretario de Estado, Eugenio Pacelli, ya empezaba a concebir la idea de la creación de partidos demócrata-cristianos, que llevaría a la práctica al convertirse en papa, con el nombre de Pío XII, después de la segunda guerra mundial. Cuando, el 22 de mayo de 1931, el gobierno dio un decreto proclamando la libertad religiosa, el cardenal Segura se fue a Roma, donde el papa Pío le indicó que la prudente cautela del nuncio, monseñor Tedeschini, era la mejor política que podía seguir la Iglesia en España. Pero Segura, desde Roma, lanzó un ataque público contra el gobierno. Su reputación no mejoró cuando, un mes más tarde, volvió subrepticiamente a España atravesando los Pirineos, sin pasar por ningún puesto fronterizo. Llegó hasta Guadalajara antes de que lo detuvieran. Entonces el gobierno lo expulsó

del país, escoltándolo hasta la frontera. (Se supo que Segura había intentado vender tesoros eclesiásticos para ayudar a la Iglesia a constituir un fondo con el que combatir a la República). El cardenal no volvió a España hasta que empezó la guerra civil. Después de unas delicadas gestiones diplomáticas, monseñor Gomá, un hombre de vasta cultura que había sido obispo de Tarazona, le sucedió como primado y arzobispo de Toledo[81].

Entretanto, Herrera y sus amigos del periódico *El Debate*, lanzaron un movimiento católico constitucional, Acción Nacional, a finales de abril de 1931, con el propósito de crear una organización electoral que reuniera a los «elementos de orden». Pero algunos de los miembros de este partido supuestamente «liberal», como Antonio Goicoechea y el conde de Vallellano, eran casi monárquicos autoritaristas. Otro miembro era el poeta José María Pemán, el «hombre de ideas» de la Unión Patriótica de Primo de Rivera que era un romántico enamorado del pasado[82]. No era un comienzo muy prometedor para el primer partido conservador con movimiento de masas que surgía en España; sin embargo, llegó a movilizar masas, jugando con los temores de quienes se sentían atropellados por el creciente anticlericalismo del gobierno y sus partidarios.

El anticlericalismo era comprensible en la España de los años 30, y los liberales entregados a la causa de liberar a la enseñanza y a la cultura de la opresión sofocante del catolicismo actuaban dentro de una gran tradición decimonónica. Pero en España, el verdadero problema cultural seguía siendo la falta de enseñanza. Por ejemplo, casi veinte provincias españolas tenían una tasa de analfabetismo del 50% o más, y sólo dos provincias (Barcelona y la provincia vasca de Álava) tenían una tasa de menos del 25%. Madrid tenía un 26%. Habría sido más

prudente, y habría demostrado una mayor perspicacia, que la República se hubiera concentrado en la creación de nuevas escuelas, en vez de atacar a las órdenes religiosas que ya tenían buenos colegios, aunque exclusivistas, por mucho que el padre Montes hubiera irritado a Azaña en el colegio de los agustinos. Además, gustara o no, la Iglesia en España incorporaba una larga tradición en la vida española; en realidad, había creado el patrón de esta vida. Por lo tanto, era fácil decir que el anticlericalismo era un elemento de la «anti-España»; y muchos lo decían.

5

Los disturbios de mayo de 1931. — La quema de iglesias. — Las conspiraciones de los monárquicos. — Carácter del anarquismo español.

El domingo 10 de mayo de 1931, pocos días después de la publicación de la carta pastoral del cardenal Segura, se observó qué un grupo de oficiales del ejército y de aristócratas que se consideraban especialmente leales al rey Alfonso se reunían en una casa de la calle de Alcalá, una de las principales de Madrid. En teoría, simplemente estaban fundando el Club Monárquico Independiente «para servir de lazo entre los elementos que desean trabajar en favor de los ideales sustantivos de la monarquía». Era una respuesta monárquica y de derechas a la Acción Nacional de los católicos «liberales». Pero un gramófono tocaba la Marcha Red. Se congregó una multitud delante de la casa. Dos monárquicos (uno de ellos era el marqués Luca de Tena, director de *ABC*, el diario monárquico) que llegaban tarde, gratamente sorprendidos al ver tanta gente en la calle, gritaron: «¡Viva la Monarquía!». El taxista que los llevaba replicó gritando: «¡Viva la República!». Los monárquicos protestaron contra el taxista, e inmediatamente circuló el rumor de que lo habían matado. La gente, enfurecida, prendió fuego a varios automóviles de los monárquicos asistentes a la reunión. En un momento se multiplicó el número de personas de la calle. La luna de miel de la

República había terminado. Una muchedumbre furiosa se dirigió hacia el edificio de *ABC*, al que prendieron fuego. El ministro de la Gobernación, Miguel Maura, amenazó con dimitir si no se le permitía llamar a la guardia civil[83], pero es comprensible que el gobierno vacilara. Azaña dijo que todos los conventos de Madrid no valían la vida de un republicano. Finalmente se dispersó la multitud. Pero, al día siguiente, volvieron a producirse disturbios. Fue incendiada la iglesia de los jesuitas de la calle de la Flor, en el centro de Madrid. En sus muros requemados se habían escrito estas palabras: «La justicia del pueblo contra los ladrones»[84]. Aquel mismo día fueron incendiadas otras varias iglesias y conventos de Madrid[85]. En pocos días, los incendios se habían extendido a Andalucía, especialmente a Málaga. Maura obtuvo permiso para utilizar el ejército en vez de la odiada guardia civil, y se proclamó la ley marcial. Toda España empezó a alarmarse. No hubo ningún muerto, aunque varios frailes escaparon en el último momento. Así y todo, evidentemente había caído una mancha sobre el historial de la República. En toda España habían sido asaltadas unas cien iglesias. El gobierno censuró públicamente a los monárquicos por haber desencadenado los alborotos, y suspendió no sólo *ABC* sino también *El Debate*.

Sin duda a algunos de los asistentes a la reunión en aquella casa de la calle de Alcalá les habría gustado una insurrección contra la República. No contaban, para esto, con la aprobación del rey Alfonso (entonces en París), que había aconsejado a sus partidarios (incluidos los oficiales del ejército) que sirvieran a la República[86]. Unos días antes, había hecho unas declaraciones muy dignas a *ABC*, en las que había dicho: «Los monárquicos que quieran seguir mi opinión no sólo se abstendrán de poner obstáculos al actual

gobierno, sino que le apoyarán en todos sus planes políticos. Por encima de las fórmulas de república o de monarquía está España»[87]. Aunque indudablemente consideraba este método como el mejor medio para poder volver al trono español, es obvio que don Alfonso no deseaba hacer la vida imposible al nuevo gobierno. En consecuencia, la inmensa mayoría de los jefes y oficiales del ejército, de la aviación y la marina prestaron juramento de fidelidad al nuevo régimen[88]. Pero algunos no tenían la menor intención de colaborar con la República[89]. Las cabezas de estos conspiradores potenciales eran los generales Orgaz, Cavalcanti y Ponte. Otros activistas eran el marqués de Quintanar, que se dedicaba a buscar dinero; Ramiro de Maeztu, miembro de la generación del 98, después atraído por el anarquismo, embajador, periodista, y ahora casi un fascista; el intelectual carlista Víctor Pradera; y algunos monárquicos más jóvenes, como Sáinz Rodríguez, enormemente gordo («un latifundio de carne», como le describieron una vez), erudito y bohemio. Estos conspiradores pronto decidieron crear un nuevo partido monárquico legal; bajo la inspiración de *Action Francaise* crearían una revista, *Acción española* (que no hay que confundir con el partido llamado Acción Nacional), dirigida por Ramiro de Maeztu, en la que defenderían públicamente una insurrección contra la República (la redacción de la revista crearía además un centro de estudios para «reunir textos sobre el tema de la legalidad de una insurrección»); y fundarían una organización para crear «un ambiente revolucionario» en el ejército[90]. Pronto surgieron otros grupos políticos de derechas: Acción Castellana; un movimiento derechista regional de Valencia dirigido por un antiguo carlista, el periodista Luís Lucia; y un partido agrario de terratenientes castellanos. El antiguo movimiento

carlista también empezó a actuar. Otros monárquicos discutían cómo podían perturbar la política económica del gobierno fomentando la fuga de capitales. Estos monárquicos españoles de los años 30 eran influyentes, ricos, más autoritarios que el rey cuya causa en teoría defendían, y evidentemente mostraron mucha más imaginación en sus esfuerzos para derrocar a la República que la que habían mostrado para intentar defender al rey[91].

En cuanto a los que protestaron contra ellos aquel domingo por la mañana de 1931, algunos eran simplemente madrileños que paseaban por la calle principal de la capital, como era costumbre en las mañanas domingueras. Pero la quema deliberada de iglesias (y la quema de la redacción de *ABC*) fue probablemente obra de los anarquistas[92].

Las aspiraciones de los anarquistas españoles en 1931 se habían modificado, aunque no habían cambiado, desde la llegada a España del primer emisario de Bakunin en 1868. Hasta aquel momento, el cuerpo de ideas socialistas revolucionarias había tenido pocos adeptos en España. Unos cuantos intelectuales de la clase artesanal se habían sentido atraídos por el federalismo: Proudhon fue traducido al español por Pi y Margall, uno de los líderes (y durante un tiempo jefe de gobierno) de la Primera República. En 1868, llegó a Madrid Giuseppe Fanelli, un diputado italiano, antiguo compañero de armas de Garibaldi y ahora admirador apasionado de Bakunin, que era todavía la principal figura de la Internacional. Aunque Fanelli no hablaba español, y aunque de los diez asistentes a la reunión (casi todos tipógrafos) sólo uno entendía el francés, sus ideas produjeron una impresión extraordinaria[93]. Fanelli puso en contacto a los trabajadores españoles con Europa y les indicó la necesidad de organizarse. Más tarde, dos españoles fueron a ver a Bakunin a Basilea. Hacia 1873, había 50 000

«bakuninistas» en España, conocidos al principio como «internacionalistas», y, más tarde, con el nombre más exacto de anarquistas. A estos hombres les parecía que acababa de proclamarse una nueva verdad. El Estado, puesto que se basaba en ideas de obediencia y autoridad, era malo. En su lugar, había que crear comunas autónomas —municipales, profesionales u otras sociedades— que harían pactos voluntarios entre sí. Toda colaboración con los parlamentos, los gobiernos y la religión organizada era condenable. Los delincuentes serían castigados por la censura de la opinión pública. En sus puntos de vista, Bakunin, al igual que Tolstoi, estaba influido por la nostalgia de la vida campesina rusa que había conocido en su infancia. También es imaginable que los españoles, entre quienes se extendieron tan ampliamente estas ideas, ansiaran volver a la simplicidad de las épocas anteriores al inflexible Estado moderno, de las sociedades medievales en villas y unidades provinciales autónomas que habían florecido en España igual que en el resto de Europa. En gran parte de España, el dinero entonces era todavía una innovación. Así pues, el anarquismo era más una protesta contra la industrialización que un método para organizaría en beneficio público. Tal vez la Iglesia, que tanto sufriría sus consecuencias, había ayudado a preparar el camino; su hostilidad contra el instinto competitivo, particularmente el de los españoles que lo manifestaban, hacía que las ideas de Fanelli parecieran simplemente una continuación honrada de la antigua fe; quizás incluso se trataba de la verdadera reforma que nunca se había producido. Era una época en que los terratenientes (especialmente los nuevos, que habían adquirido tierras de la Iglesia) reconocían cada vez menos sus obligaciones para con los campesinos, que cada vez más se estaban convirtiendo en un proletariado sin tierra y sin derechos[94].

La querella entre Marx y Bakunin en el seno de la Internacional dividió a su sección española. La masa del movimiento español, los anarquistas, fueron casi los únicos en Europa que continuaron detrás de Bakunin. Una minoría, los socialistas, formaron un partido propio, que siguió a Marx. Los primeros iniciados anarquistas —tipógrafos, maestros y estudiantes— iniciaron una política deliberada de educación, dirigida principalmente a los trabajadores andaluces. Los militantes revolucionarios iban de pueblo en pueblo, como frailes caminantes. Organizaron escuelas nocturnas, donde los campesinos aprendieron a leer, a ser abstemios, vegetarianos, fieles a sus mujeres, y quizás a disertar sobre lo malo que era, moralmente, el tabaco o el café. Aunque en 1872 el débil gobierno proscribió las Internacionales, los anarquistas ocuparon el primer puesto entre los cantonalistas revolucionarios de la época. Aquel año, en una gran huelga que tuvo lugar en Alcoy (Alicante), los anarquistas transformaron el ayuntamiento en un comité de seguridad pública, mataron al alcalde y a los guardias civiles, y pasearon triunfalmente por el pueblo las cabezas de estos últimos, preludio de las muchas violencias que vendrían después.

La Restauración de 1874 trajo consigo la represión y el movimiento pasó a la clandestinidad. Disminuyó el número de militantes, se produjeron disputas, tan agrias como inútiles, y los antiguos militantes fueron calumniados y traicionados. Se fundaron varios sindicatos no políticos libres de influencias anarquistas. Sin embargo, algunos radicales de la clase media, como el heroico Fermín Salvochea, de Cádiz, se pasaron a los anarquistas. Estos hombres predicaban la libertad y eran muy disciplinados. Se oponían al matrimonio convencional (y eran partidarios de la abolición de los valores morales de las clases media y

alta), pero vivían como santos. Sus partidarios se esforzaban en imitarles, tratando a menudo de acelerar el milenio con alguna acción violenta espontánea que, al ser reprimida cruelmente, engendraría más violencia. Por todo el sur de España, sin embargo, durante los años ochenta, noventa, y el primer decenio del siglo XX, el anarquismo siguió propagándose como si fuera una religión, acosado por las persecuciones o el hambre, pero nunca vencido, cada vez con mayor cantidad de trabajadores agrícolas convencidos de que un día, quizá después de la próxima incautación de tierras, se derrumbaría el edificio de la vieja España, con curas y terratenientes, y llegaría el mundo del amor y de la redistribución de la tierra. Los que habían sido bandoleros en la década de 1840 se hicieron anarquistas en la de 1880. Andalucía, abandonada durante tanto tiempo por la clase alta, se vengó propugnando una doctrina cuyo triunfo significaría la destrucción física de aquella clase alta y de sus amigos y servidores. Muchos campesinos aprendieron a leer gracias a la enseñanza anarquista, y era lógico que creyeran sin reservas casi todo lo que leían en las octavillas mal impresas de Bakunin y Proudhon. Cuando descubrían que Bakunin había dicho que no se ganaría el nuevo mundo hasta que se hubiera estrangulado al último rey con las tripas del último cura, les entraban deseos de comprobarlo. Con una pistola y una enciclopedia, ¿no podían conseguirlo todo? Este talante milenario, producto de la clandestinidad, seguiría existiendo durante mucho tiempo al llegar la época de la libertad de asociación.

Los terratenientes y la guardia civil se encontraban en un estado casi permanente de pánico bajo la amenaza que, aparentemente, se les presentaba en la Andalucía revolucionaria, y empezaron a actuar como si ellos también vivieran tan alejados de lo práctico como sus enemigos, a los

que atribuían un nivel de organización que distaba mucho de existir, en realidad. El incidente más famoso fue la conspiración de la «Mano Negra», en 1883, que la guardia civil pretendía haber ahogado, después de que quemaran varias cosechas y mataran a varios guardias rurales, justo antes de que toda la clase alta andaluza fuera atrozmente asesinada. Aunque no es cierto que existiera tal proyecto, catorce militantes fueron agarrotados en la plaza principal de Cádiz, tras un simulacro de juicio. Esto acabó momentáneamente con la actividad anarquista en Andalucía, aunque la mayoría de los pueblos continuaron teniendo «su obrero consciente», el trabajador que mantenía la conciencia anarquista[95]. Nueve años más tarde, 4000 campesinos armados con hoces entraron en Jerez gritando: «¡Viva la anarquía!», y mataron a unos cuantos tenderos mercenarios. La caballería reprimió la insurrección, cuatro hombres fueron ejecutados y muchos condenados, incluso uno (Salvochea) que estaba en la cárcel en los momentos de la gran marcha.

«La Idea» (como llamaban al anarquismo sus partidarios) también llegó a Barcelona, quizás en parte a consecuencia de la emigración de trabajadores andaluces a las fábricas textiles, aunque Barcelona había aumentado de dimensiones sobre todo gracias a las gentes procedentes del campo catalán. En 1880 los anarquistas catalanes eran 13 000, mientras que en Andalucía había unos 30 000. Pero los militantes cambiaban mucho y a veces parecía como si los obreros textiles de Barcelona fueran a pasarse al socialismo. Además, el anarquismo catalán siempre fue más organizado que el de Andalucía; desde el principio, los obreros comprendieron que era necesaria la planificación para derrotar tanto a los sindicatos rivales (basados en ideas cooperativistas) como a los industriales. En cambio, los

pobres trabajadores sin tierra del sur estaban dominados por el sueño de dirigir su propio pueblo sin la brutalidad de los agentes del terrateniente y los guardias civiles, la astucia mercenaria del tendero del pueblo y la interferencia paternalista del cura. Las disputas entre estas dos escuelas del movimiento libertario se manifestaron estruendosamente en innumerables congresos celebrados en la década de 1890: los más antiguos calificaban de criminales a los últimos, y éstos afirmaban que a los colectivistas sólo les interesaba tener un nivel de vida más alto. Pero, incluso en Barcelona, el terrorismo inflamaba la imaginación de los obreros no especializados y a menudo analfabetos que acababan de llegar a la ciudad, e incluso los más magnánimos eran incapaces de negar el valor de la «propaganda por el hecho», como la llamaba el anarquista italiano Malatesta: cualquier acto repentino de violencia provocaría el pánico en la burguesía. Hubo un famoso atentado contra el capitán general Martínez Campos en 1893; su frustrado asesino fue ejecutado; y, para vengarse, un amigo de éste tiró una bomba en el Teatro del Liceo, en Barcelona, matando a 21 personas. En represalia, fueron ejecutados el asesino y varias personas inocentes. Entonces tiraron otra bomba en una procesión del día de Corpus Christi, en la que murieron diez personas. La responsabilidad anarquista no se pudo probar, pero fueron ejecutados cinco anarquistas y otros fueron encerrados como ganado en el castillo de Montjuich, donde murieron varios por inanición. Se produjo un escándalo internacional, y, en represalia, el primer ministro, Cánovas, fue asesinado por un anarquista italiano. Para entonces, aunque existían relaciones de amistad entre los anarquistas españoles y sus camaradas del otro lado de los Pirineos (incluidos los rusos), el movimiento parecía indígena español, principalmente por haber absorbido el federalismo

de clase media-baja de Pi y Margall, que estaba en la base de buena parte de la especulación política española (todavía en 1937, una destacada intelectual anarquista, Federica Montseny, se declaró más próxima a Pi que a Bakunin)[96].

En los primeros años del siglo XX, empezaron a funcionar en Barcelona varias escuelas racionalistas que aspiraban a dar una versión más culta del anarquismo; la más célebre fue la Escuela Moderna de Barcelona, dirigida por Francisco Ferrer y Guardia, un masón, agitador, conspirador, jugador de bolsa, galanteador y optimista[97]. Estas escuelas eran unos experimentos educativos radicales, en la tradición de Tolstoi, que, en un ambiente tan católico como el de España, tenían que causar escándalo: Ferrer, por ejemplo, despreciaba deliberadamente lo convencional llevándose de excursión a sus alumnos el Viernes Santo. No fue por azar que quien en 1906 intentó matar al rey y a la reina el día de su boda, fuera Mateo Morral, empleado de la editorial que tenía Ferrer en Barcelona. En cambio, es casi seguro que Ferrer no tuvo nada que ver con la preparación de la Semana Trágica de Barcelona, aunque fue juzgado y fusilado como su «principal organizador», sin más pruebas que las declaraciones falsas de unos cuantos radicales que querían acabar con él. (En realidad fue ejecutado porque llevaba mucho tiempo propugnando una revolución, aunque no la hubiera organizado). La muerte de Ferrer dio a los anarquistas un mártir de fama internacional y perjudicó a los radicales, que habían intentado minar la fuerza que tenían los anarquistas entre los obreros catalanes[98]. El gobierno dio por sentado que la federación anarquista obrera de Barcelona había sido el instrumento de que se había valido Ferrer, ayudado por los trabajadores franceses y —¿cómo no?— por la masonería internacional; los anarquistas fueron perseguidos; y en consecuencia, los

trabajadores se acercaron cada vez más a ellos, y se alejaron de los programas políticos, como los de los radicales. De allí en adelante, además, los líderes obreros moderados perdieron terreno ante los más violentos, que consideraban románticamente la Semana Trágica como una versión española de la Comuna de París, una «epopeya» que, si era posible, había que volver a representar.

La Semana Trágica condujo a la formación, en 1910, de la primera federación de trabajadores a nivel nacional, la Confederación Nacional del Trabajo, CNT[99], que desde el principio estuvo dominada por los anarquistas. Inaugurada en 1911, sus líderes combinaban las ideas de los supervivientes de la generación de Bakunin con las del príncipe Kropotkin, Malatesta y Ferrer, y también estaban influidos (como lo había estado Ferrer) por ideas venidas de Francia, donde los dirigentes obreros se encontraban en plena marea de entusiasmo por el sindicalismo y la idea de la guerra a muerte en lo económico. Sin duda los miembros de la CNT eran todavía una minoría incluso entre los trabajadores organizados de Barcelona. Pero su brío y su violencia llamaban la atención. Sus técnicas eran el sabotaje, los disturbios, el antiparlamentarismo, y, sobre todo, la huelga general revolucionaria, concienzudamente planeada y llevada a cabo sin piedad, que se convirtió en la esperanza fundamental de los trabajadores españoles como medio de lograr el objetivo del «comunismo libertario». Como se suponía que una huelga oportuna tendría una eficacia inmediata, no había fondos de huelga, aunque muchos trabajadores anarquistas tampoco hubiesen podido contribuir a ellos. Hasta 1936, en todo el sindicato sólo hubo un funcionario remunerado. En las reuniones no había orden del día, y no había un cuartel general, aparte de las redacciones de los periódicos o las imprentas de los

tipógrafos.

La guerra mundial acrecentó el interés de todos los trabajadores españoles por Europa. La Revolución Rusa llevó este interés al máximo. En Cataluña actuaron agentes alemanes, qué sobornaban a pistoleros y a anarquistas corrompidos para que atacaran a hombres de negocios aliadófilos, asegurándose además los servicios del corrompido jefe de la sección política de la policía de Barcelona. Las interminables crisis gubernamentales de la monarquía hacían creer a los dirigentes anarquistas que su hora estaba próxima. Al parecer, la CNT tenía ya 700 000 miembros en 1918, y florecían más de 200 periódicos y publicaciones anarquistas (sólo en Barcelona hubo 29 publicaciones entre 1900 y 1923)[100].

El poder alcanzado por la CNT dentro de la clase obrera española en Barcelona y Andalucía al final de la primera guerra mundial presentaba un problema en sí mismo, pues sembraba la disensión entre los puristas, que no se conformaban más que con una revolución social completa, y los del ala más moderada, que, aunque tuvieran los mismos objetivos para el futuro, creían que también era interesante conseguir algún alivio a corto plazo que mejorara la mala situación de los obreros, tener un poco de estrategia, unos cuantos aliados y conocer algo el escenario internacional. Los moderados estaban dirigidos por el «*Noi del Sucre*», apodo de Salvador Seguí, trabajador en una azucarera, dotado para la oratoria, y enemigo del terrorismo indiscriminado. Los intentos del gobierno de aplastar a todo el movimiento y la voluntad decidida de los anarquistas de conservar las ventajas adquiridas durante la guerra mundial llevaron (como hemos visto antes) a un período de cinco años de lucha de bandas en Barcelona, entre militantes de la CNT y pistoleros contratados por los patronos. El conflicto

empezó en 1919 con una huelga en La Canadiense, la central eléctrica de Barcelona. El gobierno aceptó la jornada de ocho horas. Pero la dirección, muy combativa, cerró la fábrica a los obreros. Vino una huelga general, con propósito pacífico, pero que se volvió violenta. Seguí hizo lo posible para volver a basar el movimiento anarquista en principios realistas. Incluso predicó la paciencia. Pero en poco tiempo, la mayoría de los dirigentes anarquistas de Barcelona, incluidos Seguí y su abogado, Layret, fueron asesinados por pistoleros en la calle o cuando «intentaban escaparse» de la cárcel (en aplicación de la llamada «ley de fugas»)[101]. El gobernador civil, general Martínez Anido, luchó contra los anarquistas con toda clase de armas, llegando incluso a crear un sindicato rival favorecido por el gobierno, el Sindicato Libre, y un cuerpo de policía especial, el Somatén (nombre de una fuerza no regular de catalanes que habían combatido contra Napoleón). Estaban a la orden del día la violencia y los asesinatos, los crímenes políticos acompañados de gangsterismo, las muertes de policías, obreros y transeúntes. Unas mil personas murieron por razones «políticas» en Barcelona entre 1917 y 1923.

La Revolución Rusa, mientras tanto, supuso una tentación para el movimiento anarquista. El entusiasmo fue mayor en Andalucía, donde los años 1918-1921 se llamaron el «trienio bolchevique». En 1920, el congreso nacional de la CNT envió a Moscú al principal rival de Seguí, Ángel Pestaña, para que informara sobre la Revolución Rusa. Igual que la delegación socialista, volvió con una impresión desfavorable, especialmente por la persecución de los anarquistas rusos y por la aplastante represión de cualquier tipo de oposición. Pestaña, por consiguiente, habló en Moscú contra las Veintiuna Condiciones que se consideraban necesarias para entrar en la Tercera Internacional Comunista (Komintern).

Sin embargo, al volver a España no pudo informar, puesto que fue arrestado nada más llegar y pasó los meses siguientes en la cárcel. En 1921, otra invitación a Moscú hizo que el movimiento perdiera a su nuevo secretario general, Andrés Nin, y a algunos otros intelectuales, que se hicieron comunistas: pero esto no tuvo consecuencias en la masa del movimiento. Pestaña no tardó en salir de la cárcel y, junto con el único del grupo de Nin, que seguía siendo anarquista, Gastón Leval, puso de relieve lo rápidamente que Lenin había organizado una policía y una censura. Triunfó la facción anticomunista, y los anarquistas, en vez de afiliarse a Moscú, se adhirieron a la nueva y pequeña Internacional anarquista, la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), con sede en Berlín[102].

La dictadura de Primo de Rivera vio el eclipse de la actividad militante anarquista, por encontrarse la mayoría de los dirigentes muertos, en el exilio o en la cárcel: se prohibieron los periódicos anarquistas, aunque no todas sus publicaciones. Se permitió que siguieran abiertas algunas escuelas racionalistas. Los líderes anarquistas más violentos, entre los que se contaba una famosa banda llamada «los solidarios», se reunían en Francia y dirigían incursiones al otro lado de la frontera. Entre estos hombres aparecieron una serie de guerreros anarquistas legendarios: sobre todo, dos hombres violentos e inseparables, Buenaventura Durruti y Francisco Ascaso. Durruti era un ferroviario de León; Ascaso era panadero y camarero. Sus crímenes más sensacionales fueron el asesinato del arzobispo de Zaragoza en 1923, el atentado contra el rey Alfonso (en París) en 1924, y el célebre asalto al Banco de España en Gijón. Huyeron de España, estuvieron vagando por Sudamérica, y abrieron una librería anarquista en París. Ilya Ehrenburg señaló más tarde, muy satisfecho, que cuatro países habían condenado a

muerte a Durruti[103]. Desde luego, estos hombres y sus compañeros no eran criminales comunes. Eran soñadores con una misión violenta, personajes que Dostoyevsky se habría enorgullecido de crear. Para unos, Durruti era un «malhechor», un «asesino» o un «rufián»; para otros era el «héroe indomable», con una bella «cabeza imperiosa que eclipsaba a todas las demás, que reía como un niño y lloraba ante la tragedia humana»[104]. La mayoría de «los solidarios» creían que era necesario algún tipo de alianza con otros enemigos de la dictadura, y varios de ellos, en el exilio, a pesar de mostrarse partidarios de la violencia revolucionaria, estaban dispuestos a admitir la idea de una larga preparación antes de llegar a tona verdadera huelga general. También hacían planes para la creación de un ejército anarquista revolucionario en la línea de Néstor Makhno, el ucraniano, al que ellos conocían.

En julio de 1927, en una reunión secreta celebrada en Valencia, los principales militantes anarquistas dejaron formada en España una nueva sociedad, la Federación Anarquista Ibérica (FAI), destinada a oponerse al revisionismo. En los años siguientes, ésta se convertiría en una élite revolucionaria encargada de conducir a las masas hacia la realización del momento revolucionario conveniente. La FAI no era una organización centralizada, sino una serie de grupos que actuaban sin cohesión: de ahí su debilidad en tiempo de crisis.

Al final de la dictadura, y con el advenimiento de la República, este poderoso grupo secreto —se desconocían su organización y sus miembros[105]— entró en conflicto cada vez más claro con el grupo reformista, ahora dirigido por Pestaña, deseoso de crear un partido político sindicalista que tuviera la misma relación con la CNT que el partido socialista con la UGT. Otro dirigente moderado era Juan

Peiró, un vidriero, que definía el anarquismo como «tolerancia, nobleza y antidogmatismo, además del valor ejemplar de crear cooperativas de producción y consumo». La República planteó un dilema al movimiento: un solo documento admitía que las Cortes Constituyentes de la República eran «producto de un hecho revolucionario, hecho que directa o indirectamente tuvo nuestra intervención», y al mismo tiempo proclamaba que «estamos frente a las Cortes Constituyentes, como estamos frente a todo poder que nos oprima. Seguimos en guerra abierta contra el Estado»[106]. «Los solidarios», al volver del exilio, se vincularon naturalmente a la FAI. Eran más jóvenes que los antiguos dirigentes de la CNT, como Pestaña, y se aprovecharon del clima de impaciencia reinante entre la juventud de España para hacer presión en contra de todo compromiso.

El movimiento anarquista tuvo un hábil líder táctico en los años 30 en Juan García Oliver. Éste, al describir sus objetivos a Cyril Connolly, un crítico inglés, le dijo que pretendía «eliminar la bestia que hay en el hombre»[107]. Él mismo había pasado años en la cárcel por delitos de violencia.

En 1931, la CNT estaba dividida por razones de doctrina, de geografía y de edad. Los obreros de las ciudades, sobre todo de Barcelona, podían considerarse sindicalistas, y todavía buscaban el orden «vertical» de la sociedad sugerido por los sindicatos franceses a finales del siglo XIX. Su plan seguía siendo que los obreros de una fábrica delegasen unos miembros a un «sindicato», que negociaría con otros sindicatos todas las cuestiones de alojamiento, alimento y diversiones. Los anarquistas rurales, sobre todo en Andalucía, seguían representando una idealización de su

propio pueblo, cuyos habitantes cooperarían para formar un gobierno propio y autosuficiente. (La significación de este ideal viene sugerida por el segundo significado de la palabra pueblo, que puede traducirse por gente modesta, como opuesta a las clases alta o media. Se infería que los miembros de estas últimas eran extranjeros en su propio pueblo). La consecuencia práctica era que, en cualquier pueblo, había por lo menos un anarquista que mantenía la conexión con la CNT, tenía preparada una bandera rojinegra anarquista por si se presentaba la oportunidad de izarla en el cuartel de la guardia civil, encarnaba la conciencia del lugar y, llegado el momento de la acción, podía contar con el apoyo de muchos otros —hecho que falsea los cálculos numéricos—. Probablemente más de un millón y medio de trabajadores españoles eran anarquistas en sus opiniones en los años 30; pero los militantes no pasaban de 200 000[108]. La mayoría de los anarquistas creían que la CNT no era sólo una organización revolucionaria, sino además el esquema de una futura sociedad ideal. Se suponía que, después de la revolución, los diferentes pueblos se unirían para intercambiar mercancías con sus vecinos, formando una federación regional de ciudades y pueblos, mientras que las federaciones colaborarían con otras federaciones intercambiando estadísticas y excedentes de producción. En las ciudades se formarían federaciones similares, que reunirían a las fábricas con los abastecedores o importadores de materias primas. Los intelectuales anarquistas justificaban sus opiniones diciendo que en ninguna sociedad habría esperanzas de justicia si primero no se conseguía entre grupos reducidos de hombres. Muchos anarquistas odiaban incluso la idea de la propiedad. Así, la juventud anarquista, la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL), se declaraba contra la propiedad porque «es una

injusticia inhumana que un hombre detente la riqueza producida por otros hombres, o la tierra que sólo a la Humanidad pertenece y que es un atributo para la sociedad, tan sagrado como la vida lo es para el individuo; porque tiene su origen en un violento y criminal despojo del más fuerte contra el más débil, creando la odiosa existencia de los parásitos de la colmena humana, que no tienen otra misión social que vivir del trabajo ajeno, mediante la explotación y miseria de los demás; porque crea el capitalismo y establece la ley del salario que condena al hombre a una permanente esclavitud económica y a los vaivenes y consecuencias de su desequilibrada economía; porque es la causa de la prostitución, el más infame y degradante ultraje que la sociedad infiere a la conciencia humana, al condenar a la mujer a hacer objeto de mercantilismo las manifestaciones más puras y de más elevada sensibilidad que atesora el sentimiento ético y moral de los humanos [...]. Estamos contra el Estado, porque coarta el libre desenvolvimiento y normal desarrollo de las actividades éticas, filosóficas y científicas de los pueblos, y por ser el fundamento básico que mantiene el principio de autoridad y defiende la propiedad mediante los cuerpos armados, policía y magistratura...»[109].

No obstante, a pesar de todas estas opiniones, no parecían partidarios de la coeducación para los niños, y menospreciaban el amor libre.

Era natural que los anarquistas recelaran de los cambios laborales y los comités de arbitraje o comités paritarios de Largo Caballero, de los que creían, tanto en tiempos de Primo de Rivera como de la República, que constituían una amenaza para su razón de ser. Esta falta de interés por un programa prometedor de legislación social demuestra que el movimiento, aunque sus miembros fueran a menudo

valientes e imaginativos, olvidaba con mucha facilidad que en España había otros, incluidos los socialistas y los capitalistas, que tenían puntos de vista dignos de ser oídos. En realidad muchas veces todo lo que tenían los anarquistas para mantenerse era «la Idea» de la revolución libertaria. Olvidaban que los hombres de «la Idea» nunca eran la mayoría de la clase trabajadora.

Había en España algunos sindicatos que no eran socialistas ni anarquistas, cuyos miembros eran católicos y hostiles al ateísmo militante y a los argumentos revolucionarios. La Confederación Agraria Católica Nacional afirmaba incluso que contaba con 600 000 familias campesinas en 1919. Esta organización, sin embargo, limitaba sus actividades a Castilla y Navarra y no se dedicaba tanto a la ideología como a cuestiones prácticas, por ejemplo, la comercialización de abonos y la compra de semillas. En el pasado también se habían dado algunos intentos de legislación social amplia. Había, por ejemplo, la Ley de Compensación de los Trabajadores de 1909; en 1918 se introdujo la jornada de ocho horas; y en los años 20 habían llegado los seguros sociales. La dificultad no era sólo la negativa de los anarquistas a cooperar, sino la incapacidad del Estado para conseguir que estas leyes se cumplieran. Del mismo modo, las cooperativas que se introdujeron en algunas poblaciones pescadoras o agrícolas de Cataluña o Castilla fueron excepciones dentro de la falta de armonía cada vez mayor en el terreno social[110].

6

Huelgas anarquistas. — La Constitución republicana. — Castilblanco. — La Ley Agraria. — Situación de la agricultura española.

Los hechos de mayo de 1931 fueron para el nuevo gobierno republicano un aviso de las amenazas que podían acosar tanto desde la izquierda como desde la derecha. Pero los ministros no conocían con detalle los planes de los monárquicos: había rumores, desde luego, y amenazas verbales. Tampoco se tomaron a los anarquistas con la seriedad debida. Atribuyeron los incendios de iglesias a la provocación de los monárquicos. El 28 de junio tuvieron lugar unas elecciones que dieron la impresión de que la mayoría de la gente respaldaba al régimen. Estas elecciones, para las Cortes Constituyentes, se efectuaron bajo el supuesto de que correspondería un representante a cada 50 000 votos masculinos. Se eligieron diputados para distritos electorales provinciales, no locales, con la intención de evitar el poder de los caciques locales. (Las ciudades de más de 100 000 habitantes eran distritos electorales aparte). Fueron las elecciones más sinceras realizadas en España. Fueron elegidos 117 socialistas (reflejo fiel del aumento de los efectivos socialistas durante las semanas posteriores a abril); 59 radicales socialistas y 27 miembros del partido de Acción Republicana de Azaña; 89 radicales, seguidores de Lerroux; y 27 republicanos de derechas, seguidores de Alcalá

Zamora. Además, fueron elegidos 33 miembros de la *Esquerra* Catalana y 16 nacionalistas, gallegos.

Se podía esperar que todos estos diputados apoyaran al gobierno[111]. La oposición de las derechas no republicanas sólo pudo conseguir 57 miembros, a pesar de la evidencia de que los viejos caciques tenían todavía en muchos casos bastante fuerza como para ejercer una influencia incorrecta. El partido monárquico «no fue más que una incitación para los alborotos»[112]. Muchos trabajadores agrícolas supuestamente indiferentes a la República habían sido ganados por la nueva legislación agraria. La Acción Nacional de los católicos sólo consiguió seis escaños. La caída de la monarquía había cogido por sorpresa a las derechas, los antiguos dirigentes no se ponían de acuerdo en la política a seguir, y los nuevos dirigentes de derechas que ya estaban apuntando en la política española todavía no tenían seguidores. Si no hubiera sido por los decretos anticlericales, de poca importancia, que dio el gobierno a principios de verano, es posible que la oposición hubiera tardado algunos años en levantar cabeza. Pero entré estos decretos estaba la prohibición de exhibir imágenes de santos en las aulas de las escuelas, basándose en que besar aquellas cosas era antihigiénico; y el permiso al ministro de Educación para confiscar objetos artísticos de las iglesias si corrían peligro de deterioro. Estas medidas levantaban ampollas, aunque no perjudicaban a nadie. Mientras tanto, la nueva asamblea constituyente era, en muchos aspectos, una reunión de individualidades, más que de partidos. Sólo los socialistas eran un movimiento organizado. Los demás grupos republicanos eran grupos de amigos. Había muchos miembros esencialmente independientes, como Ortega, Unamuno y el doctor Marañón, los «fundadores» de la República.

Sin embargo, la confianza del gobierno disminuyó al producirse una serie de huelgas organizadas por los anarquistas en julio y agosto. Durante una huelga de obreros de la construcción en Barcelona, los huelguistas, sitiados en el local del Sindicato de la Construcción en la calle de Mercaders, dijeron que no se entregarían más que al ejército regular. Llegó una unidad y los hombres se rindieron; e inmediatamente fueron ametrallados por las fuerzas del orden[113]. Hubo tres muertos durante la huelga general de San Sebastián. El gobierno incluso tuvo que recurrir a la artillería para aplastar una huelga general en Sevilla, iniciada con una huelga de los servicios telefónicos.

Murieron treinta anarquistas, como mínimo, incluidos algunos pistoleros, y hubo doscientos heridos. El gobierno, que había reaccionado con demasiada lentitud ante la quema de conventos, ahora había tenido una reacción demasiado fuerte. No obstante, la animosidad entre anarquistas y socialistas cedió un poco aquel verano a causa de las disensiones entre los propios anarquistas. Los que se oponían a las aspiraciones de la FAI a constituirse en élite dirigente publicaron en agosto un manifiesto, firmado por treinta anarquistas destacados (a quienes se llamaría después los «treintistas»). Decían que la FAI tenía la culpa «de este concepto simplista, clásico y un tanto peliculero de la revolución [...] que actualmente nos llevaría a un fascismo republicano [...]. No fía la revolución exclusivamente a la audacia de minorías más o menos audaces sino que quiere que sea un movimiento arrollador del pueblo en masa, de la clase trabajadora caminando hacia su liberación definitiva, de los sindicatos y de la Confederación determinando el hecho, el gesto y el momento preciso a la revolución»[114].

La FAI fue lo bastante fuerte para resistir estas críticas e incluso consiguió expulsar a los «treintistas» de la CNT.

Ésta fue la victoria de la juventud sobre la edad madura: la mayoría de los «FAIistas» tenían entre 20 y 40 años, mientras que la mayoría de los «treintistas» superaba dichas edades. Sin embargo, en conjunto el movimiento quedó debilitado, porque algunas de las federaciones locales siguieron a aquellos de sus dirigentes que habían firmado el manifiesto. Algunos de los «treintistas» no volvieron a unirse al movimiento; Ángel Pestaña, por ejemplo, formó un pequeño partido escisionista que nunca tuvo ningún empuje. Otros, como Roldan Cortada, en Barcelona, se hicieron comunistas. Mientras tanto, en el campo, parecía inevitable un profundo enfrentamiento entre los trabajadores agrícolas jóvenes, convertidos en militantes, y organizados, y los representantes de la España antigua, particularmente en el sur, donde no había una clase media liberal como en las ciudades[115].

En otoño de 1931, un comité de las Cortes ya había preparado un anteproyecto de Constitución. Con ello, el gobierno (o, mejor dicho, los que redactaron el anteproyecto) cometió una equivocación. Habría sido pedir demasiado que el nuevo régimen se abstuviera de preparar una Constitución escrita. Pero fue un grave error hacer de la Constitución de la República un documento político, fuente de controversias y lleno de fraseología emotiva. Los liberales de 1931 repetían así el error de sus predecesores del siglo XIX. Estaban identificando el nuevo régimen con sus propias opiniones políticas. Así, el anteproyecto de la Constitución empezaba anunciando: «España es una República democrática de trabajadores de toda clase, que se organiza en régimen de Libertad y de Justicia». El gobierno «emanaba del pueblo» y todos los ciudadanos eran iguales. El país renunciaba a la guerra como instrumento de la política nacional. No se reconocerían los títulos de nobleza.

Ambos sexos votarían a partir de los veintitrés años. Sólo habría una cámara. La prosperidad sería «objeto de expropiación por razones de utilidad social». Podían invocarse algunas de estas cláusulas para justificar el socialismo; y podía considerarse que otras suponían una salvaguardia contra él. Además, como los hombres de la República temían que pudiera haber un jefe de Estado entrometido, como lo había sido Alfonso, los poderes del presidente quedaban limitados a un período de seis años, sin la posibilidad de presentarse a una reelección inmediata. Sin embargo, el presidente nombraría al jefe del gobierno. Los decretos del presidente sólo serían válidos si iban firmados por un ministro del gobierno, pero el presidente podría vetar las leyes que no le gustaran. Sin embargo, podría ser destituido si disolvía las Cortes dos veces.

Las cláusulas religiosas suscitaron grandes iras. El artículo 26 separaba Iglesia y Estado. El Estado dejaría de pagar sueldos a los sacerdotes al cabo de dos años, aunque estos salarios formaran parte de la compensación que había recibido la Iglesia por la confiscación de sus tierras en 1837. Todas las órdenes religiosas habían de inscribirse en el ministerio de Justicia. Pero sí se consideraban peligrosas para el Estado, serían disueltas[116]. Tendrían que pagar los impuestos ordinarios. Las órdenes que exigieran algún voto suplementario, aparte de los tres votos canónicos normales, serían automáticamente disueltas. Esto no era más que otra manera de disolver a los jesuitas, a quienes (a partir de un cierto nivel) suele exigirse un voto especial de fidelidad al papa. A ninguna orden le sería permitido poseer más bienes que los necesarios para su subsistencia, ni se le permitiría dedicarse al comercio. Todas las órdenes tendrían que someter su contabilidad actual al Estado. La enseñanza, mientras tanto, debería inspirarse en «ideales de solidaridad

humana». Es decir, que quedaba suprimida la educación religiosa. Todas las «manifestaciones públicas del culto» —incluidas las de Semana Santa, Epifanía, e incluso las procesiones de carnaval— tendrían que ser autorizadas oficialmente; y se otorgaría el divorcio tanto a causa del mutuo desacuerdo entre los cónyuges, como a petición de uno de ellos, si presentaba motivos justificados. Los matrimonios civiles serían los únicos legales.

La inclusión de estas cláusulas estrictamente anticlericales en la Constitución de la República era ambiciosa, pero desatinada, por mucha razón que tuvieran. Tal vez la aplicación de tales disposiciones habría contribuido, en último término, a la creación de una España más justa. No obstante, habría sido más prudente no precipitarse en la presentación de aquel proyecto de separación total entre Iglesia y Estado. También habría sido más prudente retrasar la disolución de las órdenes religiosas hasta que los colegios de los agustinos y los jesuitas pudieran ser sustituidos por establecimientos laicos de calidad comparable. Porque, con todas sus insuficiencias, estas órdenes habían creado las mejores instituciones de enseñanza media del país —para quienes pudieran pagar—. Incluso los periódicos liberales reprobaron estas medidas. Pero Azaña tronó en las Cortes: «No me digáis que va en contra de la libertad. Se trata de una cuestión de salud pública». Desgraciadamente, para el liberalismo español la Iglesia se había convertido en el chivo expiatorio de todos los males de España; pero, en realidad, una explicación tan simple no era honrada. Además, estas ideas distaban mucho de ser innovaciones; los jesuitas habían sido expulsados antes, y la enseñanza religiosa obligatoria había desaparecido en 1913, siendo restaurada más tarde por Primo de Rivera. Lo malo era que los católicos españoles se veían obligados a oponerse a la Constitución de

la República si deseaban criticar su política en el terreno de la enseñanza[117].

Los debates en las Cortes sobre estas cláusulas anticlericales acarrearon la primera de las muchas crisis gubernamentales de la Segunda República. Alcalá Zamora, jefe del gobierno, y Miguel Maura, ministro de la Gobernación, ambos católicos progresivos, dimitieron en octubre. En ambas dimisiones, las razones de fondo fueron no sólo problemas de principios sino también de relaciones personales. El presidente de las Cortes, el sereno Besteiro, asumió temporalmente el cargo de presidente de la República española y llamó a Azaña para formar otro gobierno. Puesto que Azaña había representado, a los partidos gubernamentales en las Cortes en los debates sobre cuestiones militares y religiosas, la suya era una elección obvia: él era el único triunfador del nuevo régimen. Pero su promoción irritó profundamente al radical Lerroux, que se consideraba el padre del republicanismo, y no tardó en pasarse a la oposición, con sus 90 seguidores[118]. A partir de entonces, el gobierno fue más estrictamente anticlerical, al estar formado por una coalición de republicanos de tendencia azañista y de socialistas. Alcalá Zamora aceptó convertirse en el primer presidente de la República. Así no se podía decir que los católicos estuvieran totalmente excluidos del régimen. La salida de Alcalá Zamora y Maura del gobierno significó que no habían conseguido ampliar el número de sus seguidores y crear un partido de base amplia; esto lo lograría el movimiento de Acción Nacional, todavía pequeño, cuyo carácter derechista era indudable, aunque su republicanismo era sospechoso. Durante un tiempo, muchas personas de clase media que votaban a las derechas pusieron sus esperanzas, y sus votos, en Lerroux, muy halagado al oír que se le llamaba «un gran hombre de gobierno» o «el

Tardieu español».

La Constitución se convirtió en ley al terminar el año 1931. Quedaba reservada al gobierno la promulgación de la legislación que haría aplicables todas sus cláusulas. Los ministros se dedicaron en primer lugar a la elaboración de una ley «para la defensa de la República». La Constitución preveía la suspensión de todas las garantías de libertad durante treinta días, en caso de emergencia. La nueva ley autorizaba al ministro de la Gobernación a suspender reuniones públicas. Por primera vez en España se introdujo un modesto impuesto sobre la renta. Los diputados de derechas lucharon enérgicamente contra estas cosas. Y entonces, el último día de 1931, ocurrió un terrible incidente que atrajo la atención de todo el país.

En la árida y desierta región de Extremadura, cerca del monasterio de Guadalupe, había un pueblecito de novecientos habitantes llamado Castilblanco. Las condiciones de vida allí eran parecidas a las de cualquier otro lugar de la región. No había una especial escasez de alimentos. La violencia era desconocida. Los socialistas locales querían hacer una manifestación, junto con los de otros pueblos, contra el impopular gobernador civil de Badajoz. Se les negó el permiso para hacerla. Ellos decidieron efectuarla. Entonces acudió la guardia civil en defensa de las autoridades.

La guardia civil («la Benemérita», como se la conocía entre la clase media) contaba con unos 30 000 hombres. Había sido fundada en 1844 para mantener el orden en el campo, que entonces vivía muy agitado por los bandoleros, que utilizaban los métodos de guerrilla empleados con tanto éxito contra los ejércitos de Napoleón. La guardia civil estaba organizada como una parte del ejército, dirigida por

un general y oficiales. Muchos de sus miembros eran antiguos soldados y oficiales. Con sus uniformes verdes, sus tricornios, sus rifles Mauser, y sus tétricos cuarteles, aquella fuerza de policía era considerada como un ejército de ocupación. Los miembros de la guardia civil nunca servían en la parte de España en que habían nacido. No se les estimulaba a entablar amistades con nadie en los pueblos donde estaban acuartelados. Tenían una reputación de crueldad. «Cuando alguien ingresa en la guardia civil —escribió el novelista Ramón Sender— declara la guerra civil»[119]. Como el personal era el mismo durante la República que durante la Monarquía, era tan brutal en los años 30 como lo había sido en los años 20.

En Castilblanco, en 1931, la guardia civil era tan impopular como en cualquier otra parte de España. Su suerte fue terrible. Cuando intentaron impedir que se celebrara la reunión socialista, el pueblo cayó sobre ellos. Mataron a cuatro guardias. Les sacaron los ojos. Mutilaron los cuerpos. En uno de los cadáveres se descubrieron después treinta y siete navajazos; y, al igual que en el pueblo de Fuenteovejuna de la obra de Lope de Vega, no fue posible procesar a los asesinos. Era responsable el pueblo entero, y ninguna persona determinada[120]. A esta tragedia siguieron varios hechos comparables, aunque no tan dramáticos, en otros pueblos. En Arnedo (Logroño), la guardia civil se vengó matando a siete pacíficos manifestantes. Después de Castilblanco, la guardia civil pasó a la ofensiva en todas partes. Pero en Sallent, en el valle del Llobregat, cerca de Barcelona, la CNT ocupó la ciudad, izó una bandera roja en el ayuntamiento, abolió la propiedad privada y el dinero, y se declaró una comunidad independiente. El gobierno tardó cinco días en recuperar la población. Como consecuencia, fueron deportados muchos anarquistas de toda España.

Entre ellos se encontraban «los solidarios», Durruti y Francisco Ascaso. Este último escribió, desde el barco que le servía de prisión: «¡Pobre burguesía, que necesita recurrir a estos procedimientos para poder vivir! No es extraño. Está en guerra con nosotros y es natural que se defienda. Que martirice, que destierre, que asesine»[121]. Este castigo no impidió que la FAI, preocupada por el aumento de afiliados en el sindicato socialista de trabajadores agrícolas, declarara virtualmente la guerra a la República y a la burguesía rural durante el resto de 1932. Fue una época terrorífica para los agentes de los terratenientes y sus amigos.

La frecuencia de estas explosiones incitó al gobierno a plantearse los problemas sociales fundamentales que estaban en la base de la inquietud de la clase trabajadora española, sobre todo el problema de la agricultura.

España era un país seco, de tierra árida. Esta aridez natural había aumentado con la despoblación forestal y la ampliación de los pastos para los famosos rebaños de corderos que, durante siglos, habían vagado por el centro de España. Los bosques habían sido destruidos por asnos y cabras, por las exigencias de la construcción de casas y barcos, y por el prejuicio de los campesinos contra los árboles. La falta de forraje impedía que se utilizaran los animales tanto como en el resto de Europa; y en 1930 apenas había maquinaria agrícola. Llovía poco, excepto en el noroeste, y la lluvia era tan imprevisible que hacía todavía más azarosa la actividad agrícola. La «franja dorada» del Mediterráneo, y unos cuantos valles fértiles y llanuras de regadío producían la mayor parte de los alimentos. El contraste social entre estas regiones prósperas y los desiertos pobres y ventosos del centro era muy notable. Muchos campesinos se pasaban toda la vida esclavizados por una tierra estéril. El agua y el combustible preocupaban

mucho más a los campesinos españoles que a los del norte de Europa. Las cosechas, además, eran inferiores: por ejemplo, la extensión de las viñas era la misma que en Francia, pero producían sólo unos dos tercios de lo que producía Francia[122]. Las largas distancias entre los pueblos y los campos, el mal transporte, las malas carreteras, la escasez de abonos y la ignorancia de las posibilidades agrícolas modernas mantenían bajas las rentas de los que trabajaban la tierra. Aunque la distribución de los alimentos había mejorado gracias a los programas de ferrocarriles y carreteras de Primo de Rivera, todavía se tardaba demasiado en transportar los productos perecederos de la rica tierra valenciana o del valle del Guadalquivir a los pueblos de montaña o a Madrid: de ahí que la comida disponible fuera limitada.

Durante varias generaciones, la agricultura española había sido objeto de debate, cosa comprensible teniendo en cuenta que seguía siendo, con mucho, la fuente de riqueza más importante del país. En los años 30 equivalía a unas dos quintas partes de la renta nacional española, aunque los salarios de la mayoría de trabajadores agrícolas no les dieran para comprar su propia comida. Sin embargo, más de la mitad de la población vivía de la tierra. En el siglo XVIII se había discutido la reforma agraria, pero, igual que había ocurrido con muchas otras buenas ideas sugeridas por los ministros ilustrados del rey Carlos III, no se había pasado a la acción. En el siglo XIX, las tierras de la Iglesia habían sido confiscadas y vendidas de nuevo, y hubo otros actos bienintencionados, destinados a eliminar el feudalismo de la tierra. Pero esta legislación no había hecho nada para cambiar la estructura de la agricultura española; lo que se hizo, fue en perjuicio de los pobres. Empezó a hablarse de reforma agraria a finales del siglo XIX, y el economista

Joaquín Costa, miembro de la famosa generación del 98, había argüido que el regadío, la Colonización interior y un enfoque colectivo podían obrar maravillas. Con la inquietud que había en el campo, eso parecía muy deseable, pero, aparte de la creación de algunas escuelas técnicas, se había hecho muy poco. Sin embargo, el tema se discutió ampliamente, y se presentaron varios proyectos de ley para mejorar, como mínimo, la agricultura; por lo general, fueron destrozados en las Cortes[123].

En los años 30, la tierra se caracterizaba por tres problemas principales: en primer lugar, el problema de los minifundios, que no daban a sus propietarios lo suficiente para vivir, por un exceso de división. Este tipo de propiedades se encontraba especialmente en la lluviosa Galicia, pero también en otros sitios del norte de España: en Soria se daban algunos de los ejemplos más extremos. En segundo lugar había también muchos latifundios, propiedad de absentistas generalmente, explotados con negligencia, y que a veces daban a los propietarios o a sus representantes una posición económica dominante en la localidad. La zona característica de latifundios era la Andalucía occidental y Extremadura, bella y montañosa, aunque áspera y pedregosa. En último lugar, había problemas derivados de diferentes clases de arriendo. La mayor parte de Castilla, por ejemplo, era un área de aparceros pobres e inseguros a causa de una serie de cláusulas legales. En otras regiones, como el país vasco, el levante y la costa cantábrica, las fincas a menudo eran prósperas, y solían estar bien regadas; no presentaban problemas sociales, porque empleaban a poca gente aparte de la familia del granjero.

El problema de los latifundios era el más grave de España. Es difícil encontrar estadísticas precisas sobre esta cuestión.

Aunque, desde el siglo XIX, la Iglesia había dejado de ser un gran propietario, la nobleza continuaba siéndolo: la nobleza poseía una cuarta parte de la tierra en Toledo, una octava parte en Cáceres, y quizás el 6% de la tierra cultivada, en general, estaba en manos de familias con título. Las familias antiguas, como las de los duques de Medinaceli, Peñaranda, Villahermosa, o Alba, tenían propiedades de más de 30 000 hectáreas. A pesar de todo, la mayoría de las grandes propiedades pertenecían a la burguesía, más que a la nobleza. Debido a la duplicación de arriendos y a la combinación de familias, es difícil saber exactamente cuál era la importancia de los latifundios en la economía, pero más de la mitad de la España cultivable era propiedad de personas cuyas propiedades superaban las 100 hectáreas (lo cual es bastante, tratándose de fincas españolas). En estas tierras, generalmente se realizaban cultivos tradicionales (sobre todo aceitunas y vid), y a menudo no se hacían otros nuevos y más prometedores (algodón, arroz, trigo), por falta de inversiones de capital. Además se ignoraban los fertilizantes, el regadío y la mecanización, y quedaba mucha tierra sin cultivar (aunque probablemente poca de ella era fértil). Muchas de estas fincas se arrendaban a alto precio. Pero los que trabajaban en ellas vivían en esos grandes pueblos blancos del sur y del oeste, y eran contratados, o no, según el caso, por el agente del terrateniente, al amanecer, y recibían un jornal insignificante (por ejemplo, de 3,50 pesetas diarias) excepto en la época de la recolección[124]. La oferta de mano de obra era casi el doble que la demanda. La población cada año mayor no podía ser absorbida por la nueva industria en Madrid ni en Cataluña; ni por la emigración a América (esa posibilidad cesó a partir de 1930). Por lo tanto, el paro era abundante: el promedio de trabajo anual en Andalucía estaba entre 180 y 250 días al año, y a

menudo era de 130. Los jornales en tiempos de recolección se aproximaban a la media de las ciudades, pero los braceros locales se encontraban con la competencia de trabajadores emigrados, incluso desde Portugal.

Siempre sobraba mano de obra, y las únicas huelgas que podían tener algún efecto real eran las organizadas durante la recolección, pero un trabajador consciente era incapaz de hacer algo tan destructivo.

Sin embargo, los trabajadores sin tierra del sur de España eran el grupo potencialmente más revolucionario del país. Su situación había empeorado en los cien años posteriores a la desamortización de las tierras de la Iglesia. Los mil pequeños trucos que aliviaban su situación en el antiguo e ineficaz sistema «feudal» habían desaparecido con la hacienda capitalista moderna; desde la posibilidad de la rebusca, hasta la disponibilidad de tierras comunales para pastar y coger leña. La mayoría de trabajadores sin tierra no tenían siquiera un huerto. Así, pues, los campesinos respondieron al llamamiento del anarquismo, y en 1920, la mayoría de los trabajadores agrícolas andaluces y extrémenos eran total o parcialmente anarquistas. Entre 1903 y 1906, y entre 1917 y 1920 (el «trienio bolchevique»), se habían producido innumerables huelgas, intentos de intimidación, actos de violencia y, por consiguiente, un empeoramiento de las relaciones en el campo. Los socialistas también estaban empezando a progresar en estas áreas. Los trabajadores no tenían ningún contrato, estaban subempleados cuando no parados, y por lo tanto eran fácilmente accesibles a la propaganda revolucionaria: y en cuanto se sabía que fulano de tal era anarquista, sus posibilidades de volver a encontrar trabajo disminuían.

Los pequeños propietarios también tenían problemas. La

mayoría de los que se consideraban como tales —más de las tres cuartas partes de las pequeñas propiedades (es decir, las de menos de 10 hectáreas) tenían menos de media hectárea— en realidad eran jardineros que cultivaban patatas y tenían otros trabajos: hacían de pescadores, de trabajadores emigrantes o jornaleros. En los años 30, la opresión de estos campesinos era mayor porque la antigua salida de la emigración a América, particularmente importante en Galicia, se había acabado. En cuanto a los aparceros, pocos tenían un contrato escrito de aparcería, y, si lo tenían, era por poco tiempo. Los aparceros no tenían derecho a pasar la aparcería a sus hijos; y, si se vendía la finca, o moría el propietario, el nuevo dueño podía ignorar los arriendos existentes. Muchos aparceros estaban fuertemente endeudados con los prestamistas locales. Luego estaba el problema de los *rabassaires* de Cataluña (de *rabassa morta*, cepa muerta, en catalán). Éstos eran campesinos que habían cultivado vides en los márgenes de ciertas extensas fincas, y las habían tenido hasta que se morían las cepas: en el pasado, generalmente entre cincuenta y sesenta años. A finales del siglo XIX, una enfermedad atacó las viñas, la filoxera, obligó a plantar nuevas vides, de vida más corta (veinticinco años). Los *rabassaires* ahora intentaron conseguir la propiedad de estas tierras. Durante la República, su postura se haría cada vez más radical. Aparte de ellos, pocos aparceros, arrendatarios o colonos particulares se adhirieron a los partidos revolucionarios. Todos eran conscientes de su *status*, que consideraban superior al del mero obrero.

Los socialistas se habían interesado por las cuestiones agrícolas desde principios de los años 20. En 1927 se había fundado un «secretariado agrícola» en la UGT. Entre sus planes se contaba una reforma agraria general, comparable a

las reformas de México o del este de Europa a partir de 1919, que debían aprobar las Cortes después de efectuar las debidas consultas a expertos y de hacer análisis *in situ*.

Sus planes a corto plazo fueron los que introdujo Largo Caballero, como ministro de Trabajo, en forma de decretos, en mayo de 1931. A partir de entonces sólo se podría expulsar a los arrendatarios si no pagaban el arriendo o no cultivaban la tierra. Los terratenientes tendrían que pagar las mejoras que hubieran hecho los arrendatarios, cuando éstos renunciaran al arrendamiento. Los arrendatarios podrían conseguir una reducción del arriendo a pagar si había mala cosecha, o si el arriendo era mayor que los ingresos que daba la finca. Se fomentarían las solicitudes colectivas de arriendo, de grupos de campesinos (los socialistas que estaban en el gobierno deseaban fomentar la colectivización, pero no imponerla por la fuerza). Lo normal sería la jornada de ocho horas, y se permitirían las horas extraordinarias pagadas. Unos «jurados» mixtos de arbitraje, formados por terratenientes y campesinos, decidirían las disputas salariales: se elegiría un presidente o, si no había acuerdo, sería nombrado por el ministro de Trabajo (de momento, socialista). La ley de Términos Municipales significó que los propietarios tenían que ofrecer trabajo a los habitantes de su población antes de hacer ofertas a forasteros; y una ley llamada de Laboreo forzoso obligó a los terratenientes a cultivar sus fincas a la manera «tradicional» de la región; esto es, no podían cambiar a otra nueva para maniobrar con los trabajadores y mantener bajos los salarios.

La ley de Términos Municipales tuvo efectos decisivos, al quitar al propietario la libertad de acción para contratar a quien quisiera e ir a buscar mano de obra fuera del pueblo para acabar con una huelga local. Pero el decreto tuvo

efectos perjudiciales para los trabajadores emigrantes. El resultado fue que evitó la huida en masa de la mano de obra a las ciudades, pero no hizo nada para fomentar la inversión en el campo, que era lo único que podría haber creado más puestos de trabajo allí[125]. A pesar de todo, los trabajadores agrícolas quedaron impresionados. No importaba que, llevados por unas esperanzas exorbitadas, creyeran que la reforma agraria daría poder real a los pobres. No importaba que los decretos sobre los arrendamientos tuvieran sobrecargados de trabajo a los tribunales. Los trabajadores agrícolas empezaron a afiliarse a la sección agrícola de la UGT, la FNTT (Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra) en tan grandes cantidades que, en 1932, había unos 450 000 socialistas, la mayoría trabajadores agrícolas sin tierra, que superaban numéricamente a los anarquistas en el campo por primera vez. Además, estos trabajadores constituían la mitad del total de miembros de la UGT, cuyo carácter, por lo tanto, estaba cambiando: hasta entonces había sido un sindicato del proletariado tradicional de base urbana, práctico y disciplinado, y en un año o dos se volvió, por lo menos en parte, milenarista e irregular en sus expectativas y su estilo. Mientras tanto, los nuevos decretos tuvieron otro efecto, al facilitar el camino para el alza de salarios: entre 1931 y 1933 se duplicaron los salarios, a consecuencia de las decisiones tomadas por los jurados mixtos de arbitraje de Largo Caballero.

También se empezó a trabajar de cara a una reforma agraria propiamente dicha. El primer proyecto, que tenía las ventajas de que era sencillo, eficaz y practicable políticamente, pretendía asentar de 60 000 a 75 000 trabajadores sin tierra durante un año en tierras «temporalmente» secuestradas a los máximos propietarios, todo lo cual se pagaría con un impuesto suplementario sobre

todas las grandes propiedades. Este proyecto era demasiado modesto para el partido socialista, y demasiado audaz para los radicales. Alcalá Zamora presentó un proyecto propio, y un comité de las Cortes para asuntos agrícolas hizo lo mismo. Todos estos proyectos fueron rechazados. Finalmente, en marzo de 1932, Marcelino Domingo, el nuevo ministro de Agricultura de Azaña, bienintencionado pero ignorante, presentó un plan muy complejo. Más o menos la mitad de la superficie de España se había de considerar técnicamente expropiable, aunque para empezar sólo se expropiaría un poco. Los campesinos se habían de asentar como cultivadores individuales, o como miembros de un colectivo, según los votos de la municipalidad concreta. Habría indemnización por toda la tierra expropiada, excepto en el caso de las tierras de los grandes nobles u otros que se habían apropiado de sus fincas en el siglo XIX, al acotar como fincas privadas lo que antes era suyo meramente a título de administradores, según acuerdos feudales abolidos en 1811. Los trabajadores sin tierra serían los primeros en la lista de los que desearan asentarse en la nueva tierra, pero también se admitirían solicitudes de cultivadores privados. Estos nuevos colonos no podrían vender, hipotecar ni arrendar la tierra que recibirían: el Estado sería el nuevo propietario. Se creó un Instituto de Reforma Agraria para administrar estas disposiciones, y para fomentar la enseñanza técnica, la inversión y el regadío.

La tierra que se expropiaría sería, en primer lugar, la tierra que fuera propiedad de una sola persona en un solo municipio y que superara un máximo determinado, que variaba según lo que se cosechara (cereales, 300 hectáreas; tierra no cultivada, 650 hectáreas; viñas, 150 hectáreas). En segundo lugar, las tierras próximas al municipio eran expropiables si no estaban cultivadas, y si el propietario

tenía además otras tierras por valor de más de 1000 pesetas en aquel municipio. También podían ser expropiadas las tierras «feudales» (con jurisdicción señorial), las tierras mal cultivadas, las tierras que podían estar regadas y no lo estaban, y las tierras que estaban permanentemente arrendadas. Sólo las tierras de los grandes de España —el más alto rango de la nobleza— se veían afectadas a nivel nacional, no municipal, en el sentido de que se fijaba un máximo para las propiedades de estos nobles, prescindiendo de dónde estuvieran situadas.

Todas estas cláusulas estaban acotadas por toda clase de requisitos, de manera que, al final, excepto en el caso de los grandes de España, las propiedades de los grandes terratenientes no resultaban muy afectadas si estaban muy esparcidas. Algunos se preguntaban, comprensiblemente: ¿por qué se trata a los grandes de España de una manera y a los nuevos ricos de otra? Además, los bosques y los pastos estaban exentos. Las leyes preocuparon a los pequeños propietarios sin transformar las bases de la agricultura en España. Como dijo Largo Caballero, aquella ley era «una aspirina para curar una apendicitis». Sin embargo, era un principio y, si se hubiera aplicado bien, con algunas modificaciones y mejoras después de las primeras experiencias, podría haber tenido efectos impresionantes, sobre todo si al mismo tiempo se hubiera llevado a la práctica el proyecto de aumentar substancialmente la tierra de regadío[126]. Pero la reforma no llegó a introducirse, propiamente.

En primer lugar, los políticos agrarios, encabezados por el carlista José María Lamamié de Clairac, que atacó la ley en las Cortes un día tras otro, con gran perseverancia. En segundo lugar, los republicanos, incluido Azaña, e incluso el ministro Marcelino Domingo, no asistieron a muchos de los

debates sobre la ley agraria. Lo que más les preocupaba era la Iglesia, la cuestión catalana, la prensa libre y un buen sistema de enseñanza. Sus conocimientos de economía eran tan modestos como su interés. De ahí que la ley, aunque al final se aprobó, cambiara durante su discusión, y suscitara muchas dudas, compartidas por varios de sus patrocinadores. En el verano de 1932, estos debates alternaron con las discusiones sobre el estatuto de autonomía catalana. Cuando por fin se aprobó la Ley de Reforma Agraria, no hubo ninguna urgencia por ponerla en la práctica. El ministro parecía seguir añorando la época en que lo era de Educación. Sin embargo, los trabajadores agrícolas habían empezado a albergar grandes esperanzas. Estas esperanzas no tardarían en crear amargura al verse frustradas. La reforma agraria, en España como en todas partes, se había convertido en un mito. Igual que la expresión «huelga general», o las palabras «libertad» o «revolución», parecía un programa por sí sola, prescindiendo del hecho de que las fincas grandes y pequeñas tienen problemas tan diferentes como las regiones húmedas y secas. Podía haberse hecho algo para reducir la miseria de la vida agrícola en España con legislación e inversiones, pero, dado que el control del agua, el drenaje, el riego y la provisión de fertilizantes químicos dependen de las inversiones y de la industria, la única solución real para el problema agrario era encontrar el modo de reducir la población del campo fomentando la industria.

7

El Estatuto catalán. — Los vascos. — El ejército. — Nuevas conspiraciones. — Alzamiento del general Sanjurjo.

En Cataluña se había celebradlo un plebiscito, con un resultado de 592 961 votos a favor de la autonomía y sólo 3276 en contra. Es muy posible que nunca hayan tenido unas elecciones libres un resultado tan abrumador. En verano de 1932, el Estatuto catalán se había convertido en ley. Las cuatro diputaciones provinciales se reorganizarían para constituir un gobierno catalán, que llevaría el nombre de Generalitat, el antiguo nombre del gobierno general de Cataluña en la Edad Media. El catalán y el español serían las lenguas oficiales. Cataluña, igual que el Ulster, continuaría enviando diputados a las Cortes a la vez que a la nueva cámara local de Barcelona. Socialistas, radicales e intelectuales castellanos, como Unamuno, colaboraron con las derechas en sus ataques sobre el Estatuto. Sin embargo, la Generalitat no tenía ninguna potestad respecto a asuntos exteriores, defensa y control de fronteras; y sólo actuaba como «agente» del gobierno central en el terreno del orden público, la justicia, la enseñanza, las comunicaciones y las obras públicas. La legislación del parlamento catalán se limitaba a la administración local, sanidad, auxilio social y ley civil. Cualquier conflicto de intereses sería resuelto por un Tribunal de Garantías Constitucionales. Pero, así y todo, fue un gran momento cuando el coronel Maciá apareció con

Azaña en el balcón de la plaza de San Jaime, en Barcelona, para recibir las aclamaciones de la multitud, que durante tanto tiempo había esperado la satisfacción de sus deseos. «Tengo absoluta confianza —dijo Maciá— en que recibiréis con buena disposición este estatuto, a pesar de que no es el estatuto que reclamábamos». Así empezó la breve y trágica historia de la República catalana.

Entretanto, los vascos estaban haciendo un esfuerzo pareció para conseguir la autonomía.

Los vascos eran una raza de unas 600 000 personas que habían vivido desde tiempos inmemoriales alrededor del extremo occidental de los Pirineos. De ellos, unos 450 000 vivían en España, y el resto en Francia[127]. Los orígenes de este pueblo son desconocidos. Quienes ansían empequeñecer las diferencias entre los vascos y los españoles han pretendido identificar la danza tradicional vasca, *la Espala Danza*, con el *Tripidium* de los iberos, que observó Estrabón. De ahí han sacado la consecuencia, sugestiva pero no concluyente, de que los vascos son iberos que han conservado su identidad, en sus remotos valles. La lengua vasca se parece a lo que se conoce de ibero. Es una lengua primitiva, casi sin literatura. Lo único seguro sobre la historia vasca es la existencia de una sociedad característica en las montañosas provincias españolas de Guipúzcoa, Vizcaya, Álava y Navarra[128] (y, en menor medida, en la zona vasco-francesa) desde los tiempos prehistóricos.

Las principales características de esta sociedad han sido, desde tiempo inmemorial, el profundo sentimiento religioso, el aislamiento político, y la autosuficiencia agrícola. Como en esta región la Iglesia permaneció muy cerca de la tierra, las parroquias eran los centros de la vida cívica. Los concejos locales se solían reunir en los atrios de las iglesias.

Los sacerdotes vascos afirmaban que, en 1936, casi toda la población agrícola de Guipúzcoa, Álava y Vizcaya, y más de la mitad de los habitantes de las áreas industriales (de los que eran de sangre vasca)[129] eran católicos practicantes[130].

En el aspecto político, por lo menos desde la Alta Edad Media, cada dos años se reunían bajo un roble en Guernica (Vizcaya) asambleas compuestas por representantes de todos los hombres mayores de 21 años. Allí, el monarca, o un representante suyo, juraba respetar los fueros vascos. Entonces se elegía por sorteo un consejo ejecutivo que gobernaría los dos años siguientes. Tanto el árbol como la ciudad de Guernica tenían para los vascos un carácter sagrado, lo cual hace pensar en una transferencia a la vida política de la primitiva adoración del roble. Estas costumbres ilustres ya estaban completamente arraigadas incluso antes de la llegada de los árabes, los cuales nunca llegaron a conquistar el país vasco. Sin embargo, los vascos nunca habían sido independientes[131]. En realidad, buena parte de Castilla fue colonizada por agricultores vascos, al ser reconquistada a los moros. El primer intento de autoafirmación de los vascos fue a principios del siglo XIX, cuando, debido a su catolicismo, así como a la fuerza de sus sentimientos locales, constituyeron el núcleo de los ejércitos carlistas en su guerra contra los liberales. Como consecuencia de esto, en 1876 quedaron abolidos sus fueros.

La ira que provocó esta medida se intensificó, a finales del siglo XIX, con la industrialización. Los vascos siempre habían sido famosos como constructores de barcos, para los que utilizaban los numerosos robles de Vizcaya. El ancla vasca se exportó mucho en el siglo XVIII. A finales del siglo XIX, Bilbao se convirtió en una gran ciudad industrial, gracias a los yacimientos de hierro que la rodean y a las facilidades

naturales que tiene para la exportación. Desde principios del siglo XX, el 45% de la flota mercante española procedía de las provincias vascas, y de ahí venía también casi todo el hierro de España. La industria española del acero también se estableció en el país vasco, y, en los años 30, Vizcaya producía tres cuartas partes del acero y la mitad del hierro de España. (Pero el apogeo del hierro vasco había pasado: en 1929, la producción era la mitad de lo que había sido en 1913)[132]. Alrededor de un tercio de la inversión total española era vasca. La seguridad de una clase media acomodada, pero progresiva, se reflejaba en los grandes bancos vascos. Éstos traspasaron las fronteras de la empresa familiar y llegaron a ocupar un lugar dominante en la banca española. Los banqueros, como es lógico, eran centralistas, por interés social y económico, pero el resto de la clase media vasca, igual que los catalanes, añadió su moderado peso al de los románticos que, dirigidos por Sabino de Arana (hijo de un carlista, que se convirtió en nacionalista vasco en Cataluña), empezaron a reclamar, hacia 1890, el restablecimiento de los fueros abolidos hacía relativamente poco tiempo.

A comienzos de los años 30, el catolicismo del movimiento nacionalista significaba que éste no podía estar de acuerdo con los partidos republicanos. El partido vasco, en realidad, era casi racista cuando desaconsejaba los matrimonios con no vascos y hablaba de expulsar a los castellanos. La Iglesia vasca apoyaba plenamente el movimiento nacionalista y confiaba en que llegaría el día en que los vascos dejarían de aprender castellano, «la lengua del liberalismo». Así pues, no fue sorprendente que los diputados vascos abandonaran las Cortes durante la discusión de las cláusulas anticlericales de la Constitución. En 1931, los vascos parecían tan de derechas que el

inveterado conspirador monárquico general Orgaz invitó a su jefe, José Antonio Aguirre, a participar en un complot militar contra la República. «Si usted pusiera a mi disposición los 5000 jóvenes nacionalistas vascos que el otro día desfilaron en Deva, yo podría rápidamente hacerme dueño de España», dijo el general. Pocos días después, un enviado del rey Alfonso dijo a Aguirre: «El rey desearía compensar las injusticias que han sufrido los vascos. Se está estudiando la posibilidad de restaurar sus fueros». Aguirre, joven abogado que debía gran parte de su éxito político a su buena facha y a sus proezas como futbolista del club Atlético de Bilbao, rechazó ambas proposiciones, y, a partir de entonces, los monárquicos guardaron un especial rencor al Partido Nacionalista Vasco[133]. No tardó en iniciarse la discusión de un Estatuto vasco que habría dado a los vascos el mismo grado de autonomía de que disfrutaban los catalanes. (Ya habían conseguido el Concierto Económico, un convenio fiscal especial con el gobierno, y algunos otros elementos de autonomía administrativa).

En junio de 1932, se reunieron en Pamplona delegados de las cuatro provincias. Los de Navarra rechazaron el Estatuto por el estrecho margen de 123 votos contra 109. El carlismo siempre había sido fuerte en Navarra y, aunque vascos y carlistas habían sido uña y carne en el siglo XIX —en realidad, el carlismo había tenido muchos partidarios vascos—, los dos movimientos diferían en la cuestión de dónde debía residir la soberanía en el futuro: en Bilbao o en Madrid. A partir de entonces, el camino de Navarra se separó cada vez más del de los vascos.

Los delegados de las otras tres provincias aprobaron el Estatuto por gran mayoría. Esta aprobación fue confirmada más tarde por un plebiscito de las tres provincias[134]. Porque,

para entonces, todas las clases sociales de las provincias vascas[135] (muchos de los cuales eran inmigrantes de Asturias, Andalucía o Galicia), apoyaban la petición de autonomía limitada, cuando no de independencia. En realidad, una gran mayoría era partidaria del antiguo lema vasco, «por Dios y nuestros fueros».

La cultura tuvo menos papel en el resurgimiento vasco que en el catalán. En Bilbao no había teatro de ópera, no había equivalentes vascos de artistas catalanes como Sert o Gaudí. Su movimiento adquirió impulso gracias al anticlericalismo de la República. A diferencia de los nacionalistas de Barcelona, sus mejores mercados estaban fuera de España. Estaban casi convencidos de que podían vivir por sí mismos con sus bosques y sus minas de hierro. Por lo tanto, es fácil comprender que estuvieran hartos de España. Y no deja de ser una tragedia irónica que su repugnancia a seguir unidos a España los empujara a la guerra civil y los destruyera. Igualmente irónico es el hecho de que los dirigentes de la clase media vasca, en la mayoría de los casos, hicieran sus discursos en castellano, y en algunos casos hablaran la lengua vasca con dificultad[136].

El éxito creciente de los dos partidos separatistas en Cataluña y las provincias vascas tuvo repercusiones en toda España. En Galicia había empezado un movimiento separatista durante la dictadura de Primo de Rivera. Casares Quiroga, ministro de Gobernación en el gobierno de Azaña, estaba preparando un estatuto para la autonomía de Galicia. Hubo intentos similares entre los valencianos, e incluso entre los castellanos. En realidad, para algunos parecía inminente la desintegración geográfica de España. Y ésta era una causa más de temor, y creaba una predisposición a recurrir a la fuerza en aquellos que pensaban que podrían salir más perjudicados con tal desmembración.

La Iglesia y buena parte de la clase media habían sido alejadas de la República por las cláusulas religiosas de la Constitución. Los terratenientes estaban incomodados por la Ley de Reforma Agraria. Y el ejército era el más ofendido con la promulgación del Estatuto catalán y los pasos que se estaban dando en dirección a un Estado español federal.

Estaban lejos los días en que un francés como Brantóme podía sentirse orgulloso de la raza humana al ver a los españoles cabalgando hacia Flandes «con la arrogancia y la gracia insolente de unos príncipes». En realidad, en los últimos años, el ejército español había dado pocas pruebas incluso de la más elemental competencia. Wellington consideraba a los españoles que luchaban a su lado valientes pero indisciplinados. Los observadores ingleses de las guerras carlistas habían comentado lo mismo. La primera guerra carlista no terminó con una victoria en el campo de batalla, sino con un tratado (en Vergara, palabra que a partir de entonces se convirtió en sinónimo de compromiso humillante), que daba opción a los oficiales carlistas a incorporarse al ejército regular con plena paga. Este acuerdo había iniciado una era de exceso de oficiales para el número de soldados en el ejército español. En los últimos años de la Monarquía, había 17 000 jefes y oficiales (incluidos 195 generales) para unos 150 000 soldados[137]; es decir, una proporción de un oficial por cada nueve soldados[138]. Este exceso había sido la principal razón por la que, en Marruecos, el ejército no había podido tener buenos hospitales, tanques o maniobras modernas.

Resultaba un lugar común decir que aquella gran fuerza se mantenía no para combatir contra los enemigos de España en el extranjero, sino para velar por el orden del país. Desde las guerras napoleónicas, los oficiales del ejército español se habían acostumbrado a la vida política. Se habían producido

innumerables pronunciamientos, con éxito o sin él, entre 1814 y 1868. Entre 1868 y 1875, el ejército, a pesar de estar andrajoso, mal equipado e indisciplinado, había destronado a la reina, había traído otro príncipe de Italia, había establecido la república, había restaurado el orden y, finalmente, había vuelto a implantar la monarquía. Los generales no habían intervenido públicamente en política entre 1875 y 1923, pero habían sido consultados y favorecidos por Alfonso XII y Alfonso XIII, quienes, como comandantes en jefe, tenían una relación especial con el ejército. Los insultos «contra su honor» de un periódico catalán en 1905 provocaron la sorprendente concesión, en la Ley de Jurisdicciones —obra de un gobierno coaccionado—, de que todos los ataques contra el ejército serían juzgados por tribunales militares[139]. En 1917, el ejército había aplastado la huelga general, aunque en aquellos momentos reinaba la inquietud en su seno. De 1923 a 1930, el general Primo de Rivera había mantenido una dictadura militar, y sólo se había retirado al enterarse (por los demás generales) de que las guarniciones estaban en contra suya. Entretanto, las guerras de Marruecos, de 1909 a 1927, habían proporcionado al ejército muchas oportunidades de grandeza y de miseria. Era inconcebible que el ejército permaneciera mucho tiempo sin aparecer en el escenario de la República.

Azaña, mientras fue ministro de la Guerra, decidió reducir el poder de esta omnipotente institución. Con su habitual y fatal facilidad para crear frases inolvidables, anunció que «trituraría» a los enemigos de la República[140]. Intentó hacerlo aboliendo la Ley de Jurisdicciones. También abolió el Tribunal Supremo del Ejército y de la Armada, y transfirió sus atribuciones a los tribunales ordinarios. Suprimió el rango de capitán general, que era semejante al de virrey.

Como hemos visto, concedió a todos los oficiales la libertad de jurar fidelidad a la República o retirarse con el sueldo completo. Azaña, además, retiró a varios oficiales con el fin de conseguir un ejército más eficiente y más reducido. Pero otras de las medidas que tomó —como la de la anulación de ascensos por méritos de campaña— iban a hacer impopular a Azaña en los medios ortodoxos. Su lenguaje, a menudo, era excesivo; sus acciones, arbitrarias; y sus consejeros pertenecían a un impopular «gabinete negro» de oficiales liberales, como el general Ruiz Fornells y el coronel Hernández Sarabia. Además, la abolición de la jura de la bandera había sentado muy mal en el ejército, por considerarse una interferencia en su vida ceremonial o simbólica. Es cierto que en una ocasión en que el jefe de estado mayor del ejército, general Goded, un general muy metido en política que había apoyado el pronunciamiento de Primo de Rivera y luego se había levantado contra él, arrestó a un coronel republicano, Julio Mangada, por gritar «¡Viva la República!» después de haber gritado el «¡Viva España!» al final de una comida de oficiales. Azaña apoyó a Goded, y mantuvo el arresto de Mangada por insubordinación. Además, Mangada había arrojado al suelo su guerrera y la había pateado. Sin embargo, después Goded fue sustituido por un oficial menos ambicioso, el general Masquelet[141]. Y hubo otros incidentes del mismo estilo.

En tiempos de la República, había 10 000 oficiales en España. Tenían bajo su mando 150 000 hombres que, salvo en el caso de la Legión Extranjera y las tropas nativas de Marruecos (denominadas «el Ejército de África»), eran reclutas que cumplían su servicio militar[142]. El servicio militar duraba un año, pero casi nunca llegaba a los nueve meses: la cifra de 150 000 era nominal. Este ejército estaba repartido en cuarteles establecidos en las capitales de

provincia. Sin embargo, las reformas de Azaña no consiguieron reducir el presupuesto militar, no mejoró la instrucción y se descuidó la preparación para el combate.

La mayoría de los principales oficiales del ejército habían combatido en las guerras de Marruecos, cuya atmósfera de camaradería y brutalidad recordaban con nostalgia. Con el paso de los años, olvidaban la sangre y sólo recordaban la gloria. Aunque muchos de sus compañeros habían muerto en Marruecos, allí habían tenido oportunidades para conseguir ascensos rápidos y aplicar sin trabas la ley militar. Muchos creían, equivocadamente, que la incompetencia política de Madrid les había obligado a luchar en aquella guerra sobre la cuerda floja, sin armas ni aprovisionamientos adecuados. Después de que Primo de Rivera, con la ayuda de los franceses, derrotó a los rifeños, los oficiales que se habían hecho un nombre en aquellas campañas, los «africanistas», miraban con desprecio a aquellos de sus colegas «peninsulares» que no habían servido como voluntarios en la aventura imperial. La guerra de Marruecos había estado tantas veces al borde del desastre, y, concretamente, los hechos de 1921 habían sido tan terribles, que la victoria final hacía sentir a los veteranos un orgullo especial. Puesto que el rey había supuesto una influencia entusiasta a favor del protectorado, era natural que muchos de aquellos oficiales fueran monárquicos. No podía calificarse a estos hombres de anticuados, porque, a diferencia de sus predecesores del siglo XIX, habían conquistado territorio y no se habían retirado. Los «africanistas» eran una élite ofensiva, románticamente conmovidos porque habían «escrito una página gloriosa» de la historia al entrar triunfalmente en la sagrada Xauen. Muchos de ellos habían deseado, indudablemente de forma paternalista, mejorar la suerte de las sesenta y seis tribus del

Marruecos español: Silvestre, el general derrotado en Anual en 1921, al ver las prisiones de Larache, había exclamado horrorizado: «¡Esto es horrible! ¡Inhumano! No lo toleraré en un país que está bajo nuestra protección»[143]. El general francés Beaufre, al otro lado de las colinas, escribía: «Hicimos estas guerras coloniales con la conciencia limpia, seguros de que llevábamos con nosotros la civilización y el progreso, convencidos de que ayudaríamos a aquellas gentes a salir de su estado de atraso»[144]. Tales eran los recuerdos de los oficiales; un sargento recordaba: «Durante los primeros veinticinco años de este siglo, Marruecos no fue más que un campo de batalla, un burdel y una taberna inmensos»[145].

La «épica» de Marruecos desempeña un papel importante en la historia del hundimiento de la República, porque los generales Sanjurjo, Goded, Franco, Millán Astray, Queipo de Llano y Mola, por citar a los caballeros de África más conocidos, así como algunos oficiales jóvenes, como los coroneles Varela y Yagüe, consideraban a España como una nueva forma de problema marroquí: infestada de tribus rebeldes camufladas de partidos políticos y pidiendo a gritos una mano de hierro, aunque paternal. Además, los «africanistas», aunque ahora estuvieran destinados en la península, recordaban con afecto a las dos fuerzas que les habían ayudado a ganar: la dura y despiadada Legión Extranjera, compuesta principalmente, a pesar de su nombre, por españoles, y por algunos portugueses, franceses y alemanes, y que había sido fundada en 1920 por el general Millán Astray como fuerza de choque; y los Regulares moros, creados por el general Berenguer, el que acabaría sucediendo a Primo de Rivera, que eran tropas nativas entrenadas a partir de 1911 para ser medio soldados, medio policías, con el fin de reprimir el bandolerismo, dirigidos por

oficiales españoles.

Muchos oficiales del ejército español veían en sus propias tradiciones la encarnación de una cierta idea de una España intemporal, básicamente castellana, sin política, que creaba el orden y prohibía todo lo que no fuera español (en esto incluían el separatismo, el socialismo, la masonería, el comunismo y el anarquismo). Estaban convencidos de que su juramento, como oficiales, de «sostener la independencia de la Patria y defenderla de enemigos exteriores e interiores»[146] se encontraba por encima de su juramento de lealtad a la República. El oficial español corriente, cuando llegaba a la mitad de su vida, era un hombre insatisfecho, irritable y de derechas. En España, como en todas partes, el oficial joven, cuando todavía vivía con la ayuda del dinero de la familia, era generalmente feliz. Era feliz mientras su uniforme y esbelta figura producían impacto entre las chicas casaderas de familias conocidas. Luego venía un corto noviazgo, el ascenso a capitán y la boda. Aumentaban los gastos, había que mantener las apariencias, pero la paga seguía siendo la misma. Se desvanecían los ideales militares de la juventud. El gallardo león de los salones de baile se convertía en un amargado funcionario del Estado: en realidad, poco más que un policía en una ciudad de provincias. Su mujer se hartaba de tener que estar siempre haciendo economías. Miraba envidiosa a los compañeros civiles de su marido, de los que antes se reía. Estas experiencias tal vez fueran comunes a los oficiales de todos los países. Pero, en España, parecía haber una salida. El oficial podía soñar con un pronunciamiento que lo colocara en una posición superior a la de sus inteligentes amigos dedicados a profesiones liberales o al comercio[147]. Este tipo de acciones entraban de lleno en la tradición de la política española, y no siempre en una línea totalmente derechista.

Sin embargo, en España, los militares no solían «alzarse» o «pronunciarse» llevados por la ambición, por lo menos en el siglo XX; los futuros rebeldes solían ser hombres bienintencionados, según Dios les daba a entender, cuya inquietud política venía fomentada por la complacencia psicológica de sus camaradas cuando se trataba de alentar la rebelión por razones históricas.

A pesar de todo, el ejército español estaba más dividido políticamente que ningún otro ejército de Europa, aunque la creación de academias militares, durante la época de la Restauración, había hecho que, la mayoría de oficiales fueran, por lo general, más conservadores que liberales, y había creado cierto espíritu de casta. Sin embargo, las divisiones existentes dentro de la clase media española se notaban en el ejército lo mismo que en otros grupos profesionales. En 1931, una pequeña minoría de oficiales eran radicales; una minoría más grande tenían opiniones muy de derechas; otra minoría eran leales a la nueva República sin ningún otro compromiso político; el resto, quizá la mitad del total, eran apolíticos y oportunistas, aunque, por su formación, se inclinaban al conservadurismo y a recelar de los civiles.

En 1932, la aprobación del Estatuto catalán despertó las pasiones de muchos oficiales. No era sólo que la creación de un Estado catalán pareciera amenazar la integridad de la España que los militares habían jurado defender. La autonomía catalana parecía una afrenta deliberada al propio ejército, que entre 1917 y 1923 había tenido a Barcelona bajo la ley marcial. ¿No había sido el general Primo de Rivera más duro con los nacionalistas catalanes que con cualquier otro de sus críticos? Además, la mayoría de los oficiales eran de origen castellano o andaluz: muy pocos catalanes

ingresaban en el ejército.

Al mismo tiempo, ganaban terreno otros proyectos antirrepublicanos. Las reuniones comenzadas en la calle de Alcalá en mayo de 1931 habían continuado, con un número de participantes cada vez mayor. A finales de 1931, el rey Alfonso, desde el exilio, cesó en su postura de desanimar a, sus partidarios favorables a la insurrección. Esto fue después de que las Cortes le condenaran al exilio de por vida y de que confiscaran sus propiedades *in absentia*. Ahora, su partido, los monárquicos ortodoxos, firmaron un pacto con los seguidores de su primo lejano, el pretendiente carlista. Ahora los «alfonsinos» tenían pocos prejuicios constitucionales que discutir con los carlistas, que ahora se designaban a sí mismos con el nombre de «tradicionalistas». De manera que, en septiembre de 1931, los dos grupos se comprometieron formalmente a cooperar. Ya se decidiría más tarde quién sería el rey absoluto.

En 1931, el movimiento carlista —porque no se trataba de un mero partido— seguía manteniendo su identidad, aunque poca cosa más, desde su última derrota de 1876. Como muchas causas aparentemente perdidas, se había dividido, y sus miembros se habían atacado unos a otros cada vez más sañudamente a medida que menguaba su número, aunque se sabía que las juventudes carlistas habían intentado hacer fracasar unas elecciones en Cataluña en la década de 1910. El pretendiente carlista, don Jaime, estuvo encantado de hacer concesiones al exrey Alfonso, a cambio de que le dejaran en paz. Era soltero y su único heredero varón era su octogenario tío, Alfonso Carlos[148]. Alfonso Carlos, aunque estaba casado, no tenía hijos. ¿Quién sabía lo que pasaría con el carlismo una vez muertos estos dos príncipes? La idea de una monarquía donde el poder fuera ejercido por un consejo de notables, de unas Cortes elegidas

corporativamente y de una recuperación regional tal vez pudiera sobrevivir en circunstancias más prometedoras, ahora que la otra causa de los carlistas, la del dominio católico en las esferas de la educación y la cultura, estaba siendo impugnada tan enérgicamente por los republicanos. En realidad, la llegada de la República reavivó el carlismo en su campo abonado de Navarra, y, en menor medida, en Castilla, Valencia y Cataluña, de una forma que sorprendió al pretendiente y a sus antiguos líderes. Las diferentes corrientes del movimiento volvieron a unirse, el escritor carlista Víctor Pradera fundó un nuevo periódico, en Madrid empezó a prosperar un diario, *El siglo futuro* y, mientras don Jaime se hacía amigo de don Alfonso en París, empezaron a aparecer jóvenes carlistas de clase media en sitios como Sevilla, donde la causa nunca había prosperado antes. Un abogado andaluz, Manuel Fal Conde, empezó a reclutar dinero y miembros, organizando por primera vez el carlismo andaluz. Sus reclutas solían ser jóvenes, a veces de la clase trabajadora y, como había pocos lazos familiares con los carlistas de 1870, se insistía más en la planificación del futuro. Cuando murió don Jaime, a finales de 1931, su sucesor en el papel de pretendiente, Alfonso Carlos, rompió las relaciones con los monárquicos alfonsinos. En realidad, los carlistas se sentían más felices denunciando los errores de la monarquía constitucional que colaborando con ella. Algunos carlistas, como el conde de Rodezno, secretario general del carlismo a partir de 1932, un aristócrata navarro, continuaban esperando convencer a todos los monárquicos de los puntos de vista carlistas. Pero el movimiento juvenil navarro quería acabar con aquellas conspiraciones caballerescas en grandes hoteles; querían acción; y no ser siempre, como dijo uno de ellos, «empedernidos jugadores de tresillo, asiduos frecuentadores de cafés»[149]. Igual que en

el siglo XIX la mayor fuerza de los carlistas seguía estando en el norte, especialmente en Navarra. Aunque técnicamente es una provincia vasca, y aunque en muchos pueblos navarros se hablaba vasco, los accidentes políticos del pasado y el desarrollo económico del presente habían sido la causa de que Navarra siguiera el sendero de los carlistas, en vez del de los nacionalistas vascos. Porque los navarros eran un grupo tranquilo de campesinos propietarios de sus tierras, que se extienden a los pies de los Pirineos. La razón de la mayoría de votos navarros contra el Estatuto vasco reside en que Navarra no tenía ninguna burguesía ansiosa de ser libre para llevar una vida comercial al estilo de los países occidentales. Navarra era celosamente católica, y no había razón alguna que moviera a sus sacerdotes a modernizar la doctrina cristiana. Un viaje a Navarra era todavía una expedición a la Edad Media. Huelga decir que las reformas anticlericales de la República produjeron en Navarra un resentimiento especial, y habrían sido suficientes para reavivar al antiguo espíritu en aquellos valles pirenaicos y en otros lugares, ya que, a mediados de 1932, eran pocas las ciudades importantes que no tuvieran una rama carlista, generalmente dirigida por algún aristócrata violento pero de modales exquisitos.

Las ideas políticas de los carlistas eran primarias. Unos años más tarde, un grupo de políticos se encontraba charlando sobre la posible vuelta del rey a España en presencia del conde de Rodezno, que entonces era el jefe del partido tradicionalista en las Cortes. Uno de los políticos se dirigió a Rodezno y le preguntó quién sería el jefe de gobierno si volvía el rey. «Usted, o cualquiera de estos caballeros; dependerá de los ministerios que ocupen». «Y entonces, ¿qué haría usted?». «¿Yo? —exclamó el conde—. Yo permanecería al lado del rey y hablaríamos de caza»[150].

La «política» de la caza era, en realidad, la esencia de la visión carlista de la sociedad. Los monárquicos ortodoxos, los alfonsinos, eran ricos terratenientes o financieros. Los carlistas se encontraban entre los más pobres aristócratas, campesinos, artesanos y comerciantes especialmente en las regiones no favorecidas por el gobierno central.

Los carlistas eran sinceros en su hostilidad religiosa y casi mística contra el mundo moderno (especialmente contra el liberalismo y la Revolución francesa) y en su ferviente lealtad a *Dios, Patria y Rey*. Sin embargo, así como los anarquistas creían que una pistola y una enciclopedia les darían un nuevo mundo, los carlistas ponían la misma fe en una ametralladora y un misal. Aunque es cierto que otros trataban de dar al nuevo carlismo un tono más intelectual. Así, Víctor Pradera escribió *El nuevo Estado*, tentativa de una nueva utopía que participaba en gran medida del corporativismo, salvo en que el autor se veía obligado a reconocer que, al fin y al cabo, «el nuevo Estado» no era más que el antiguo de Fernando e Isabel[151].

Las conspiraciones contra la República, que habían empezado tan pronto después del nacimiento de ésta, cristalizaron prematuramente en el pronunciamiento del general José Sanjurjo, en agosto de 1932. Sanjurjo era el militar más famoso de España. Él, «el león del Rif», como gobernador militar de Melilla y más tarde responsable del desembarco en la bahía de Alhucemas, había proporcionado a España la victoria en 1927. A continuación, había sido un competente alto comisario en Marruecos. Era valiente, buen bebedor y galanteador, y en su rostro sensual se reflejaba una mezcla de indolencia y de fuerza. En 1931, siendo jefe de la guardia civil, había dicho al rey que no podía contar con aquel cuerpo para sostener la Monarquía. En 1932, cuando le habían destinado —con gran fastidio por su parte— al puesto

menos importante de jefe del cuerpo de carabineros, no resultó difícil para sus amigos militares y monárquicos convencerle de que su deber era alzarse contra la República. «Usted es, mi general, el único que puede salvar a España», le dijeron[152]. Él tenía sus dudas, y no prestó la debida atención a la organización de la conspiración. Al parecer, le habían conmovido profundamente los trágicos sucesos ocurridos en varios pueblos el año anterior. Había ido a Castilblanco a raíz de los hechos, y había escuchado de testigos presenciales la descripción de cómo las mujeres del pueblo habían bailado alrededor de los cadáveres de los guardias civiles. Estaban complicados en la conspiración varios dirigentes carlistas, entre ellos Rodezno y Fal Conde. Pero el núcleo de la conspiración estaba formado por una serie de militares aristócratas; básicamente los que se habían ido reuniendo intermitentemente desde mayo de 1931[153]. El alzamiento en parte pretendía restaurar la Monarquía y en parte era un intento de derrocar la «dictadura anticlerical de Azaña». También estaban complicados alfonsinos como el conde de Vallellano, Pedro Sáinz Rodríguez y Antonio Goicoechea, los generales Goded y Ponte, y el principal coordinador de la conspiración —bastante incompetente, por cierto— era el general Emilio Barrera, que fue quien aplastó a los anarquistas andaluces en 1917-1918, para convertirse después en el «virrey» de Primo de Rivera en Cataluña[154]. El plan era apoderarse de los principales edificios del gobierno en una docena de ciudades. En su manifiesto, en Sevilla, Sanjurjo utilizó precisamente las mismas palabras que habían empleado dos años antes los creadores de la República: «Españoles: Surge de las entrañas sociales un profundo clamor popular que demanda justicia y un impulso que nos mueve a procurarla»[155]. Antes de producirse el alzamiento, fue enviado a Italia un joven aviador

monárquico, el comandante Ansaldo, con el fin de solicitar la ayuda del régimen italiano. Ansaldo se entrevistó con el mariscal Balbo, y recibió promesas de apoyo diplomático en el caso de que el alzamiento tuviera éxito[156]. Dentro de España, un grupo fascista de creación reciente, el llamado Partido Nacionalista Español, de Burgos, dirigido por un fanático abogado de poca monta, el doctor Albiñana, también prometió apoyar el alzamiento.

Aquello fue un fracaso. Azaña y el gobierno se enteraron de lo que se preparaba, al parecer gracias a la traición de una prostituta. En realidad desde hacía semanas se venía hablando del alzamiento en los cafés. Cuando el juez preguntó a uno de los conspiradores, José Félix de Lequerica, antiguo maurista y propietario de un periódico, cómo se había enterado de la fecha de la insurrección, él contestó: «Por mi portero. Hacía varias semanas que me venía diciendo que la fecha se había retrasado. Hasta que, ayer, me anunció solemnemente: "Es esta noche, don José Félix"». El general Sanjurjo tuvo un efímero triunfo en Sevilla, pero en Madrid todo fue mal. La mayoría de los candidatos a rebeldes fueron detenidos tras una breve lucha en la plaza de la Cibeles. Azaña contempló la batalla indolentemente, con un cigarrillo entre los labios, desde el balcón del ministerio de la Guerra[157].

En Sevilla, comunistas y anarquistas declararon una huelga general, y fueron quemados varios clubs de la clase alta[158]. Sanjurjo fue persuadido por sus seguidores para que huyera a Portugal. Lo detuvieron en Ayamonte y lo llevaron a Madrid para ser juzgado con otros 150 conspiradores, militares en su mayoría, entre los que se contaban dos vástagos de la casa de Borbón[159]. Así pues, el primer alzamiento contra la República terminó con la más absoluta derrota de sus enemigos. Se confiscaron las tierras de los

conspiradores, sin indemnización; y también se produjo algo realmente ilógico: la confiscación inmoderada de las tierras de los grandes de España que rebasaran los límites fijados para la expropiación por la Ley de Reforma Agraria. Tampoco habría indemnización por estas tierras. En el calor del momento, el gobierno, y luego las Cortes, hicieron una excepción especial en su política agraria injustificable desde todos los puntos de vista: ¿cuántos grandes de España habían apoyado, en realidad, a Sanjurjo? Sólo dos, de un total de 262[160].

8

Casas Viejas. — Declive del gobierno de Azaña. — Las elecciones de noviembre de 1933. — Gil Robles y la CEDA. — José Antonio Primo de Rivera y los orígenes de la Falange. — Los comienzos del comunismo español.

Azaña y su gobierno aguantaron el resto del año 1932 sin mucha dificultad. La mayor parte del tiempo estuvieron suspendidos los periódicos de derechas *ABC, El Debate e Informaciones*. Hubo una enorme cantidad de arrestos preventivos de políticos y militares de derechas, aunque no todos fueron procesados. Se hablaba de hacer una purga en la administración pública para eliminar de sus puestos a las personas «incompatibles con el régimen». Las sesiones de otoño de las Cortes se dedicaron a la discusión de la Ley de Congregaciones, que estatuía las cláusulas religiosas de la Constitución. Muchos jesuitas ya habían salido de España, pero todavía sería necesario mucho trabajo para descubrir qué colegios eran suyos en realidad y qué otras empresas tenían: en la Compañía había maestros en el arte de camuflar la propiedad. Se estaban preparando leyes en las que se señalaban las fechas para la supresión de todos los sueldos clericales antes de noviembre de 1933[161], el final de la enseñanza religiosa y la imposición de otras restricciones a las órdenes religiosas: las escuelas elementales de la Iglesia cerrarían sus puertas el 31 de diciembre de 1933, y los

colegios de segunda enseñanza y universidades o institutos de enseñanza superior, tres meses antes. Esto significaría que, en un país donde ya había escasez de escuelas, otros 350 000 niños se quedarían sin enseñanza. Sin embargo, Fernando de los Ríos, el nuevo ministro de Educación, y Rodolfo Llopis, director general de Enseñanza Primaria, ya estaban haciendo esfuerzos hercúleos para llevar a buen término esta parte de los ideales de la República. Se habían edificado siete mil escuelas nuevas. El sueldo por año de los maestros se elevó a la todavía escasa cantidad de 3000 pesetas anuales. Se enviaban escuelas circulantes a las provincias más apartadas. A finales de 1932, 70 000 niños asistían a escuelas de segunda enseñanza, frente a los 20 000 que acudían tres años antes. A partir de entonces, el ritmo de construcción de escuelas se hizo más lento, debido a las dudas que surgieron sobre la capacidad de algunos de los nuevos maestros y al deseo de equilibrar el presupuesto de los sucesivos gobiernos[162].

El país siguió también con atención el proceso contra el millonario mallorquín Juan March, probablemente el hombre más rico de España desde que Primo de Rivera le había concedido el monopolio para la distribución de tabaco en Marruecos. March resultó convicto de fraude, pero más tarde sobornó a sus carceleros y se evadió espectacularmente de la prisión de Alcalá. Después, al parecer utilizó su considerable riqueza (valorada en 20 millones de libras esterlinas) para intentar sabotear el equilibrio económico de la República, que, a pesar de todo, mantuvo la peseta más o menos al mismo cambio (de 55 pesetas por libra esterlina)[163].

Sin embargo, la paz intranquila del invierno se rompió debido a una nueva serie de revueltas agrarias: una de ellas en Castellar de Santiago (Ciudad Real), donde unos

campesinos de derechas mataron al dirigente del sindicato socialista local en circunstancias espantosas; y, luego, en enero de 1933, debido a una acometida casi mortal de las izquierdas. El 8 de enero hubo algunos levantamientos anarquistas en Cataluña. Estaban inspirados por la FAI, particularmente por el nuevo dirigente anarquista García Oliver. Se proclamó el comunismo libertario en Sardañola-Ripollet. Hubo levantamientos esporádicos en Levante y Andalucía. Sin embargo, el levantamiento anarquista más famoso se produjo en Casas Viejas, en la provincia de Cádiz. Aunque el alcalde se rindió, la guardia civil se negó a hacerlo, y telefoneó pidiendo ayuda a la cercana población de Medina Sidonia. Los anarquistas fueron, por breve tiempo, los dueños del pueblo. Ondeó al viento la bandera roja y negra. Sin embargo, parece ser que no mataron a nadie, aunque en la población había muchas familias de la clase alta. Respetaron al cura. Es posible que algunos anarquistas creyeran que la gran revolución había triunfado en todas partes. Al cabo de poco llegaron refuerzos: un destacamento de guardias de asalto. Este cuerpo, más eficiente y moderno que la antigua guardia civil, había sido creado después de los disturbios de mayo de 1931 como policía especial para la defensa de la República. Dirigidos por el coronel Agustín Muñoz Grandes, un militar muy competente conocido por su evacuación de las tropas españolas de Gomara, en Marruecos, en 1924, que había creado el nuevo cuerpo de la nada en tres meses, los guardias de asalto eran oficiales y hombres a los que se suponía especialmente leales al nuevo régimen[164]. Desalojaron del pueblo a los anarquistas, algunos de los cuales se refugiaron en una pequeña colina en las afueras del pueblo. Mientras tanto, una unidad de guardias civiles y de asalto comenzó un registro casa por casa en busca de

armas. Un viejo y veterano anarquista, apodado «Seisdedos», se negó a abrir su puerta. Empezó un asedio. «Seisdedos», acompañado de su nuera Josefa, que le iba cargando las armas, y de otras cinco personas, se negó a rendirse. Mataron a dos guardias de asalto. Salieron a relucir las ametralladoras, pero continuó el fuego. Cayó la noche. «Seisdedos» mantuvo el tiroteo. Una de las hijas de «Seisdedos», Libertaria, y un chico escaparon de la casa. A la mañana siguiente, las fuerzas del gobierno, enfurecidas por la larga resistencia, rociaron de gasolina la casa y le prendieron fuego, matando a los que estaban dentro. Después fusilaron a unos catorce prisioneros, y el capitán del destacamento de guardias de asalto, capitán Rojas, dijo a la prensa que él tenía órdenes de no hacer prisioneros y de «disparar a la barriga»[165]. Aunque, evidentemente, ni Azaña ni Casares Quiroga, ministro de la Gobernación, habían dado nunca esta orden, jamás se recuperaron de las consecuencias de este incidente. Las derechas los acusaron, con cierta hipocresía, de «asesinar al pueblo». El radical Martínez Barrio acusó al gobierno de crear un régimen de «sangre, fango y lágrimas». Ortega y Gasset proclamó abiertamente que la República le había decepcionado. «No era esto —dijo —. No trabajábamos para esto en tiempo de la monarquía». La mayoría de Azaña descendió en las Cortes hasta una cifra muy baja.

En abril de 1933, se celebraron elecciones municipales en las áreas donde habían ganado los monárquicos en 1931, y que por consiguiente habían estado privadas de representación. Igual que en 1931, estas elecciones tuvieron tanta importancia como unas nacionales. Como mínimo, en ellas se luchó con una intensidad desconocida en España hasta entonces. En centenares de pueblos, la gran cuestión fue la religión, tanto como la lucha de clases, aunque a

menudo se combinaban los dos puntos. En muchos sitios, la iniciativa en la lucha correspondió a las izquierdas, que, en 1931, habían obtenido el control local por primera vez en la historia. Adelantándose a veces al gobierno, los ayuntamientos a menudo habían abolido ciertas procesiones durante las fiestas. A veces se había prohibido que la banda municipal entrara en la iglesia. En los lugares donde se habían autorizado las procesiones, los jóvenes socialistas habían dicho con gran arrogancia que echarían al río a los que llevaran los pasos o acompañaran a las imágenes. Además, en Andalucía, un sacerdote había sido multado por un magistrado socialista por decir misa en su iglesia con el tejado destruido por un rayo: se le había acusado de hacer una exhibición pública de religión. Otro sacerdote fue multado por monárquico por haber aludido al reino de Dios el día de la fiesta de Cristo Rey. En una parroquia se gravó con un impuesto el doblar las campanas, en otra se prohibió llevar crucifijos. Algunas iglesias habían sido robadas, y a veces quemadas, y nadie parecía mover un dedo para detener a los malhechores. En la iglesia de un pueblo de Aragón, los «izquierdistas» pusieron jabón en el suelo de la entrada y se reían groseramente viendo resbalar a los fieles. En muchos sitios desaparecieron de calles y plazas los nombres de santos o eclesiásticos famosos (los cambios de nombres de calles han sido, durante mucho tiempo, una característica de los cambios políticos españoles).

Luego, lentamente, se inició una contrarrevolución. La vieja España empezó a proteger las imágenes de las vírgenes en las procesiones con hombres armados, que además se apostaban en las esquinas de las calles por donde tenía que pasar la Virgen. Los fieles también se sintieron obligados a hacer todas las procesiones religiosas más solemnes. La Acción Católica empezó a organizarse como un partido de

derechas destinado a mantener las «formas lentas y tradicionales de hacer las cosas» frente a las «ideas y acciones directas, progresivas y violentas»[166].

En las elecciones municipales de 1933, los partidos del gobierno obtuvieron 5000 concejales, las derechas 4900, y la oposición de centro, dirigida por Lerroux y sus radicales, 4200. Los republicanos de izquierda y los socialistas empezaron a ver que podían perder poder incluso en una democracia. Las derechas también obtuvieron victorias en las Cortes, particularmente en el caso de la Ley de Arrendamientos Rústicos, porque los republicanos de izquierdas no asistieron al debate. Los periódicos liberales se volvieron contra Azaña. En septiembre, unas elecciones entre funcionarios municipales para elegir magistrados para el Tribunal Supremo dieron una mayoría sustancial a candidatos opuestos al gobierno. La oposición en las Cortes era vociferante y amenazaba con la desobediencia pasiva si se aprobaba el proyecto de ley que prohibía enseñar a las órdenes religiosas. Agotado y desalentado, Azaña intentó primero volver a barajar su gabinete, y luego, cuando el presidente le puso dificultades, dimitió. Lo hizo antes de que se cerraran realmente las escuelas de la Iglesia, que con ello alargaron su vida. Después de un intento infructuoso de Lerroux de formar gobierno, su lugarteniente, Martínez Barrio, creó una administración provisional y convocó elecciones generales para el 19 de noviembre.

Azaña y sus partidarios se lanzaron a la campaña electoral en defensa de sus realizaciones: se habían aprobado importantes leyes referentes a arrendamiento, arbitraje, enseñanza, órdenes religiosas, agricultura, ejército y autonomía catalana. Había una ley de divorcio nueva y avanzada, así como una ley que legalizaba el matrimonio civil, leyes sobre los derechos de la mujer, y un sistema más

justo de selección de personal para la administración pública. Se redactó un nuevo Código Penal. Uno de los experimentos más conmovedores había sido el siguiente: estudiantes republicanos, bajo la inspiración del anciano crítico de arte Manuel Cossío, y la dirección de Luís Santullano, habían organizado misiones pedagógicas ambulantes en las partes más remotas de España, dando acceso a pobres campesinos a representaciones gratuitas de obras de Lope de Vega o lecturas de poemas de Lorca. Pero, así y todo, muchos estaban desilusionados con la República: el Instituto de Reforma Agraria sólo había instalado a 4600 familias[167]. Una comisión de expropiación estaba intentando solucionar poco a poco los problemas legales creados por la disolución de los jesuitas; era un trabajo insuficiente. Como tantos otros antes y después, Azaña había asustado a la clase media sin satisfacer a los trabajadores. Su ministro de Agricultura, Marcelino Domingo, perdió votos por su mala administración de las importaciones de trigo. Y sobre todo, las emociones políticas se habían despertado en todas partes. Pero lo que resultó inesperado fue la magnitud de la derrota de Azaña.

Las izquierdas perdieron en 1933 porque, en primer lugar, en un sistema que favorecía las coaliciones, éstas estaban desunidas: los socialistas tuvieron 1.722 000 y sólo consiguieron 60 escaños, mientras que los radicales, con 700 000 votos, ganaron 104 escaños. Pero los socialistas se habían negado a seguir colaborando con una «democracia burguesa». En segundo lugar, la abundante propaganda de las derechas consiguió desfigurar la obra positiva de la República. También hubo, claramente, algunos fraudes electorales, intentos de intimidación y amenazas por ambos bandos. Por último, la introducción del voto de la mujer por primera vez en España, como de costumbre, favoreció a las

derechas. En conjunto, los partidos que habían apoyado al último gobierno obtuvieron sólo 99 escaños, de los cuales, el partido de Azaña, Acción Republicana, sólo obtuvo 8.

En cuanto al centro, los radicales obtuvieron 104 escaños, y la *Lliga*, el partido de los hombres de negocios catalanes, 24. Las derechas, por su parte, obtuvieron 207 escaños. De éstos, 35 correspondieron a una incómoda alianza entre carlistas y monárquicos ortodoxos: ahora éstos se habían organizado con el equívoco nombre de Renovación Española, partido dirigido por Antonio Goicoechea, un maduro *dandy* que había sido el jefe de los «jóvenes mauristas» en 1913, ministro de Gobernación conservador en 1919, y primer presidente de Acción Nacional en 1931. Aparte de eso, había sido un conspirador, y por consiguiente había estado en la cárcel en 1932. A finales de 1932, había roto con Acción Popular (nombre que para entonces había adoptado Acción Nacional), y había fundado un movimiento para los católicos de derechas que no podían aceptar el «accidentalismo» del partido católico. También había 29 «agrarios», un partido que existía para mantener los intereses de los cultivadores de trigo y aceite castellanos. Pero el mayor grupo de las derechas, y en realidad de todas las Cortes, con 117 escaños, era el nuevo partido católico, la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) [168]. El núcleo de la CEDA era Acción Popular. La fuerza impulsora era Ángel Herrera, director de *El Debate*, uno de cuyos objetivos (que coincidía, sin duda, con los deseos de Pío XI y su secretario de Estado, Eugenio Pacelli) era crear en España un partido demócrata-cristiano siguiendo el modelo de los que tantos éxitos han obtenido, después de 1945, en Alemania, Italia y Francia. Pero el carácter anticlerical de la Constitución significaba que los miembros de la CEDA no aceptaban el régimen tal como estaba

entonces organizado. Las medidas anticlericales de poca importancia (como la secularización de los cementerios, la insistencia en que los funerales fueran civiles salvo que el difunto hubiera pedido específicamente un entierro católico, y la cancelación de la participación del ejército en las procesiones) provocaban reacciones tan furiosas como otras leyes mucho más drásticas. La CEDA, fundada oficialmente en marzo de 1933, como una amalgama de los muchos grupúsculos católicos de derechas que habían surgido desde 1931, era una alianza, desde muchos puntos de vista. Según uno de sus miembros más ilustres, Manuel Giménez Fernández, de los diputados de la CEDA, unos treinta eran cristianos sociales; otros treinta, monárquicos o conservadores; y los sesenta restantes, oportunistas[169]. Los dirigentes no deseaban ofender a los ricos de derechas de los que dependían económicamente. José María Gil Robles, el joven y elocuente abogado que se convirtió en el jefe de la CEDA, había sido el líder parlamentario de Acción Nacional y Acción Popular, en 1931 y 1932, y se había hecho un nombre, antes de cumplir los treinta y cinco años, en los debates sobre las cláusulas anticlericales de la Constitución. Había sido uno de los principales colaboradores de *El Debate* de Ángel Herrera, y era el abogado de los jesuitas. Continuaba explicando su postura con el nombre de «accidentalismo»: era «accidental» si España tenía una monarquía o una república, pero era «esencial» que la ley no entrara en conflicto con la Iglesia[170]. Por lo tanto, había excluido de la CEDA a los monárquicos activos como Goicoechea. A pesar de todo, en realidad Gil Robles era monárquico, y se reunía con los conspiradores monárquicos, negociaba con ellos y, si era necesario, los defendía. No obstante, también permitía a sus seguidores —pequeños propietarios de Castilla, la clase media urbana, excepto en

Cataluña y el País Vasco, algunos terratenientes— que le saludaran en los grandes mítines llamándole jefe, como si se tratara de un duce, o incluso de un führer. Había visitado Alemania en 1933 para estudiar la propaganda nazi, había estado presente en la reunión de Nuremberg y había vuelto a España con algunas ideas nazis en lo referente a campañas políticas: la utilización de la radio, el lanzamiento de folletos desde aviones, la bien organizada preparación psicológica de las multitudes en los grandes mítines en los que se pronunciaban discursos embriagadores… Gil Robles era un parlamentario muy completo, pero no le gustaba el parlamento y pensaba que quizá pronto habría llegado su hora. Sus representantes visitaron al rey en París, pero algunos de sus discursos de 1933 manifestaban simpatía por el nazismo, y también por el Estado católico y corporativo del doctor Dollfuss en Austria. Su vaguedad sobre sus intenciones últimas, y su aversión a afirmar lealtad a la República, resultaban provocativas en las circunstancias de principios de los años 30, cuando eran frecuentes las historias de conductas comparables que habían acabado en el fascismo. Su movimiento juvenil, la JAP (Juventud de Acción Popular), era un grupo excitado e impaciente de señoritos, que alardeaban claramente de antiparlamentarismo: «el bien común no puede integrarse por medio de una asamblea elegida por un sufragio universal inorgánico», decían a sus seguidores en su periódico el 8 de diciembre de 1934. Los japistas eran una fuerza poderosa que empujaba a Gil Robles hacia la contrarrevolución. Así pues, en el invierno de 1933-1934 se estaba creando en España una situación peligrosa, porque el gran Partido Socialista español, con todo el peso de su prestigio y su disciplinado sindicato, también se estaba alejando del constitucionalismo.

Este cambio en el Partido Socialista se debía básicamente a la desilusión producida por la manera en que las derechas habían conseguido utilizar la Constitución para bloquear las reformas. Los socialistas también estaban disgustados porque la Constitución que ellos habían ayudado a redactar les había resultado muy mala aliada en las urnas.

Como era de esperar, Largo Caballero no había sido un parlamentario muy logrado (a diferencia de Prieto). También influía el peso de los campesinos del sur en la FNTT, la federación agraria socialista. Estos nuevos reclutas socialistas estaban más próximos al anarquismo que al marxismo ortodoxo. Indudablemente eran diferentes de los disciplinados obreros industriales y de la construcción de Bilbao y Madrid. Largo Caballero hablaba el lenguaje que les gustaba cuando decía que «si la legalidad no nos sirve, si estorba nuestro avance, nos saltaremos la democracia burguesa y procederemos a la conquista revolucionaria del poder». Además, la violencia de los anarquistas en los últimos meses convenció a Largo Caballero de que tenía que intentar competir con ellos y ganar más trabajadores españoles para la causa socialista. Y pensaba que sólo lo podía conseguir rompiendo públicamente con los partidos republicanos de la clase media, con los que los socialistas habían colaborado en el gobierno, y demostrando que el suyo era el más extremista de todos los partidos proletarios españoles. En realidad, estaba equivocado en sus conclusiones, porque las disputas internas y probablemente también la violencia estaban haciendo que la gente abandonara el anarquismo, que indudablemente tenía muchos menos seguidores en Barcelona en 1933 que los que había tenido en 1931. Largo Caballero también atendía a los argumentos de sus nuevos consejeros intelectuales, los periodistas Luís Araquistain y Julio Álvarez del Vayo, de que

la colaboración con la burguesía no les llevaría a ninguna parte[171]. Entretanto muchos jóvenes socialistas adoptando actitudes revolucionarias estaban deseosos de entrar en acción, y un antiguo líder socialista recuerda cómo bromeaban contándose chistes sobre bombas[172].

Entre los muchos diputados de las Cortes elegidos en 1934 en representación de pequeños partidos, había dos que eran los únicos representantes de sus respectivos grupos. Uno era José Antonio Primo de Rivera, joven abogado, hijo del antiguo dictador, que se proclamaba fascista; y el otro era Cayetano Bolívar, que había sido elegido como diputado comunista por Málaga[173].

El fascismo español había sido iniciado, durante la dictadura de Primo de Rivera, por Ernesto Giménez Caballero[174]. Este excitable D'Annunzio español había empezado su vida política como socialista, igual que la mayoría de fascistas europeos, y luego se había convertido en un admirador de Mussolini por influencia de Curzio Malaparte, al que había conocido en Italia en 1928. Al volver a España propagó una teoría de la «latinidad» militante. Con ella atacaba a todo lo que había causado la decadencia de los países mediterráneos. En aquella época, Giménez Caballero veía a Alemania con especial odio, aunque durante un tiempo, por sorprendente que resulte, consideró a Rusia aliada del Mediterráneo. Pero el centro del mundo de Giménez Caballero era Roma, la capital de la religión y del fascismo. Después de la llegada al poder de Hitler en Alemania en 1933 revisó estas opiniones. Incluso antes de esto, los nazis tenían sus admiradores en España. En marzo de 1931, un antiguo estudiante pobre de la Universidad de Madrid, Ramiro Ledesma Ramos, hijo de un maestro de Zamora, fundó una revista: *La conquista del Estado*. En ella propugnaba una política parecida a la de los nazis. Ledesma

llevó su admiración a Hitler hasta el extremo de copiar el mechón de pelo que le caía sobre la frente. Por otra parte, era un hombre puritano e intolerante. En *La conquista del Estado* anunció que no buscaba votos, sino «al apolítico con sentido militar, de responsabilidad y de lucha». Los cuadros del movimiento habían de ser «jóvenes equipos militantes, sin hipocresía frente al fusil y a la disciplina de guerra; milicias civiles que derrumben la armazón burguesa y anacrónica de un militarismo pacifista»[175]. Un hombre se sintió inmediatamente atraído por este rígido programa. Se trataba de Onésimo Redondo, que, igual que Giménez Caballero y Ledesma, era de la clase media, y había estudiado Derecho en Salamanca. Fue lector de español en la Universidad de Mannheim, donde pudo admirar «los desfiles imperturbables de los nazis, que son preludios de la nueva Alemania»[176]. Al volver a su Valladolid natal en 1931, durante breve tiempo se dedicó a organizar un sindicato de remolacheros, y más tarde fundó su semanario, *Libertad* donde argüía la necesidad de la «reafirmación disciplinada del espíritu de la vieja Castilla», En septiembre, se reunieron Redondo y Ledesma, aunque el primero era católico y conservador y el segundo un radical de la clase media baja. En octubre anunciaron la formación de un movimiento que llamaron pomposamente Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (conocidas como las JONS). El programa estaba contenido en los «dieciséis puntos» de Valladolid de 1931. Entre ellos se incluían la condena del separatismo y de la lucha de clases, la aprobación de la expansión española a Gibraltar, Tánger, Marruecos Francés y Argelia, y el «examen implacable de las influencias extranjeras en nuestro país y su extirpación radical»[177]. Al igual que otros programas comparables de otros países, el documento incluía penas severísimas para los que «especulen con la

miseria y la ignorancia del pueblo», y exigía el control (la «disciplina») de la riqueza. Ledesma y Onésimo Redondo daban un papel a la religión católica, que consideraban como la encarnación de la tradición «racial» de los españoles. El catolicismo venía a significar para Redondo lo mismo que la sangre aria para Hitler. Pero criticaban a la Iglesia española de la época. Por ejemplo, consideraban a la CEDA como la sumisa aliada de la «reacción», aunque desde el principio los falangistas hablaran casi con el mismo estilo que los dirigentes juveniles de la CEDA: así, el dirigente de la JAP, José María Valiente, quería «forjar hombres nuevos, una juventud auténtica, alegre, optimista, española, en fin, y no como esa otra, triste y áspera, avinagrada, atiborrada de novelas rusas e hija indigna de la anárquica generación del 98...»[178]. Tampoco había mucha diferencia entre la Falange y los monárquicos: «¿Qué posición es la mía? ¿La de un tradicionalista? ¿La de una fascista? De todo hay, ¿por qué negarlo?». Éstos eran los comentarios del monárquico Goicoechea[179].

Durante el resto de 1931 y todo 1932, la actividad de las JONS fue escasa. No tenían fondos y la clase media de España todavía se hallaba lejos de la desesperación. Redondo tuvo un papel poco importante en el levantamiento de Sanjurjo en 1932, aunque Ledesma despreciaba a los militares por considerarlos reaccionarios. Mientras tanto, un grupo más temerario de jóvenes más ricos se reunía en torno a José Antonio Primo de Rivera[180].

José Antonio era un abogado alto y guapo, que entonces tenía poco más de treinta años, soltero (con un idilio desgraciado que olvidar), y lleno de deseos de agradar. Sus enemigos reconocían su encanto. Tenía «la cabeza llena de sueños [...] peligrosos para él y para nuestro pueblo, pero no eran, sin embargo, más que sueños»[181]. Sus escritos

producían la impresión de proceder de un estudiante aventajado que hubiera leído, sin digerirlo del todo, un curso muy largo de teoría política. Había empezado su carrera política como monárquico, aunque estuviera disgustado con la traición (como él la calificaba) de muchos monárquicos a su padre. Seguía siendo católico. En marzo de 1933, escribió para el periódico *El Fascio* (del cual sólo apareció un número): «La patria es una totalidad histórica donde todos nos fundimos, superior a cada uno de nosotros y a cada uno de nuestros grupos [...]. La construcción del Estado deberá apoyarse en estos dos principios: [...] el servicio a la nación unida, y [...] la cooperación animosa y fraterna de las clases»[182]. Un año más tarde, proclamaba: «El fascismo es una inquietud europea, una manera nueva de concebir todo: la Historia, el Estado, la llegada del proletariado a la vida pública; una manera nueva de concebir los fenómenos de nuestra época e interpretarlos con sentido propio. El fascismo triunfó ya en varios países, y ha triunfado, en algunos, como en Alemania, por la vía democrática más irreprochable»[183]. José Antonio siempre estaba dispuesto a luchar contra cualquiera que criticara a su padre, y, en cierto modo, su carrera política fue simplemente un intento de reivindicar la memoria del viejo dictador. De su padre heredó el desprecio por los partidos políticos, una creencia instintiva en el padre y racionalizada por el hijo en la «intuición»: el triunfo de la experiencia sobre el intelecto. El punto de vista de José Antonio era paternalista. El Estado liberal, decía, significa la «esclavitud económica, porque a los obreros, con trágico sarcasmo se les decía: "sois libres de trabajar lo que queráis, nadie puede compeleros a que aceptéis unas y otras condiciones. Ahora bien, como nosotros somos los ricos, os ofrecemos las condiciones que nos parecen [...]; si no aceptáis las condiciones que nosotros

os impongamos, moriréis de hambre, rodeados de la máxima dignidad liberal"»[184]. Con su encanto, su desprecio aristocrático por el dinero, su voluntad de correr riesgos, José Antonio era un típico señorito de Andalucía, de donde procedía su familia. Pero tenía una conciencia social atípica en aquel medio y una piedad filial igualmente atípica. El poema favorito de José Antonio era *If*, de Kipling. A veces leía trozos de él, en español, a sus seguidores, antes de la instrucción de los domingos o antes de una posible algarada callejera. En octubre de 1933 fundó su propio partido, Falange Española, aunque no estaba seguro de sus capacidades de dirigente: «La actitud de duda y el sentido irónico, que nunca nos dejan a los que hemos tenido más o menos una curiosidad intelectual —escribía—, nos inhabilitan para lanzar las robustas afirmaciones sin titubeos que se exigen a los conductores de masas»[185]. «¡Cómo sufro cuando veo esos brazos en alto que me saludan!», dijo a Ximénez de Sandoval.

Dos días después de que un jonsista de Madrid, Matías Montero, fuera asesinado cuando voceaba el periódico falangista *Fe*, por un miembro de la FUE (la Federación Universitaria Escolar, el sindicato estudiantil más importante, fundado en 1927 y entonces controlado por estudiantes de izquierdas)[186], José Antonio y Ledesma Ramos negociaron la fusión de la Falange y las JONS. Las JONS habían tenido algún éxito en 1933: se formó un grupo de estudiantes, el Sindicato Español Universitario (SEU), que reunía unos 400 estudiantes, y alrededor de otros cien «militantes» fueron organizados para pelear en las calles, en grupos de cuatro[187]. El nuevo partido unificado (que empezó a existir el 11 de febrero de 1934) adoptó el símbolo de las JONS del yugo y las flechas, pero, del triunvirato dirigente, dos —José Antonio y Ruiz de Alda— procedían de Falange, y

sólo Ledesma de las JONS. Los lemas del partido fueron ideados por Ledesma: «¡Arriba!»; «¡España, Una, Grande, Libre!», y «¡Por la Patria, el Pan y la Justicia!». Pero José Antonio eclipsó a sus compañeros por su prestigio social, su dignidad como diputado —había sido elegido por intereses conservadores en Cádiz— y su atractiva personalidad. En la primavera de 1934, visitó Alemania, pero no vio a Hitler, y regresó a España criticando a los nazis. Seis meses antes le había gustado más Mussolini[188], y él había producido «una profunda impresión» a *Sir* Oswald Mosley, en Inglaterra[189].

El 14 de marzo de 1934, se celebró en Valladolid el primer mitin nacional de la Falange y de las JONS. José Antonio pronunció un discurso vigoroso y al mismo tiempo «poético», en la calle hubo disturbios con los socialistas, pero esto no impidió el buen comienzo del movimiento. Varios oficiales retirados se ocuparon de la organización del entrenamiento paramilitar. Los dirigentes continuaron hablando en tono belicoso, aunque hasta mediados de 1934 José Antonio no aceptó todas las implicaciones de sus propias palabras. Así y todo, siempre se mostró reacio a la hora de apoyar el terrorismo[190]. Un hecho decisivo fue la paliza mortal que recibió un joven falangista en la Casa de Campo, en las afueras de Madrid, y el subsiguiente asesinato de una chica socialista, Juanita Rico, que había profanado su cadáver, obra de un joven diplomático falangista, Alfonso Merry del Val. Los falangistas se consideraban una élite heroica de jóvenes cuya misión era liberar a España del veneno del marxismo, y de lo que ellos consideraban el provincianismo rastrero y torpe de los valores liberales ortodoxos.

La mayoría de los miembros de la Falange eran jóvenes. Ledesma pensaba que no había que permitir que fuera miembro nadie de más de cuarenta y cinco años, y, en

realidad, el Estado nacionalsindicalista iba a ser para menores de cuarenta años. Una gran minoría eran hijos insatisfechos de los ricos, ansiosos de un clima —como mínimo— de violencia. Había unos cuantos exsocialistas y excomunistas descontentos. Otros eran supervivientes de la antigua Unión Patriótica del dictador. Muchos eran miembros frustrados de la clase media, como el propio Ledesma, que ansiaban una sociedad más heroica que la que se podían permitir. La mayoría procedían del centro de España, aunque Sevilla también fue una fuente de reclutamiento. En Madrid había un fuerte grupo de taxistas falangistas, quizá porque habían visto la peor cara de la clase media. El grupo más numeroso probablemente estaba formado por estudiantes[191]. Los fondos procedían de hombres de negocios y de los monárquicos, siempre dispuestos a meterse en cualquier nuevo movimiento derechista, pero el partido andaba escaso de dinero. Parte de la «ideología» se expresaba con fraseología carlista, así que no fue casual que uno de los oficiales del ejército que enseñaba a los jóvenes falangistas los rudimentos del manejo de armas fuera el coronel retirado Ricardo Rada, que haría lo mismo con los carlistas en fecha posterior.

En el otro extremo de la baraja política, el partido de Cayetano Bolívar, el diputado comunista por Málaga, probablemente tenía en 1933 unos 25 000 miembros[192]. Sus orígenes deben buscarse entre los sectores probolcheviques de los movimientos socialista y anarquista en la época de la Revolución Rusa. En abril de 1920, la mayoría del comité ejecutivo del movimiento juvenil socialista se había declarado favorable a la Unión Soviética y, al cabo de poco, formaron el primer Partido Comunista español. Aunque no tuvieron partidarios entre los militantes de su organización, en junio del mismo año una mayoría del Partido Socialista se

pronunciaba a favor de la entrada en el Komintern. El resultado de la votación fue de 8270 votos a favor, 5016 en contra y 1615 abstenciones. Mientras tanto, el sindicato socialista, la UGT, se mantenía en su posición no comunista, y se afilió a la Internacional Laborista y Socialista (socialdemócrata)[193]. El segundo congreso del Komintern se celebró en Moscú, como estaba previsto. Sin embargo, no hubo delegados socialistas, y el único representante español fue Ángel Pestaña, director del periódico anarquista *Solidaridad obrera*, que había sido enviado a Rusia por los anarquistas para hacer el mismo tipo de informe que habían pedido los socialistas a De los Ríos y Anguiano. Pestaña se había mostrado muy critico. Poco después del regreso de Pestaña, llegaron a Rusia los socialistas. Iban acompañados por Julio Álvarez del Vayo, entonces corresponsal extranjero acreditado en Alemania. De los Ríos se mostró hostil, y propuso que se anulara la entrada provisional en el Komintern; Anguiano apoyó la entrada, con condiciones. Fue convocada para abril una conferencia extraordinaria del Partido Socialista para considerar de nuevo toda la cuestión[194]. Sucedieron varias semanas de discusiones, en medio de un clima político de alta tensión. (El presidente del gobierno, Dato, fue asesinado por los anarquistas el 8 de marzo). Pablo Iglesias, que ya era viejo, dirigió una enérgica campaña contra el Komintern, y eso inclinó la balanza; un viejo camarada de los años 80, García Quejido, defendió la otra posición. Después de largos debates, finalmente el partido decidió por 8808 votos contra 6025 no entrar en la Tercera Internacional[195]. Los líderes de los «terceristas» (esto es, los partidarios del ingreso) se separaron para formar un segundo partido comunista español, el Partido Comunista Obrero de España[196]. A él pertenecía la joven Dolores Ibárruri, «la Pasionaria».

Esto dio como resultado otra invitación a Moscú: esta vez al primer Congreso de la Federación Comunista de Sindicatos, que se dio a conocer con el nombre de «Profintern» —de hecho, la sección sindical del Komintern —. Los dos pequeños partidos comunistas españoles fueron invitados a enviar una delegación conjunta, y la CNT también fue invitada. Ésta envió a su nuevo secretario general, Andrés Nin, un joven periodista exsocialista; a Hilario Arlandis, un escultor de Valencia; a Joaquín Maurín, un maestro de Lérida; y a Gastón Leval, un anarquista francés[197]. Nin, brillante lingüista, admiró tanto la Revolución Rusa que se quedó en Moscú, mientras que Maurín y Arlandis regresaban a España para intentar convencer a sus amigos anarquistas de que apoyaran a Lenin. Leval fue el único que mostró escepticismo ante lo que veía y siguió siendo anarquista. Entretanto, los dos pequeños partidos comunistas españoles de origen socialista se fusionaron, con la ayuda de varios delegados del Komintern —los primeros de la larga serie de comunistas internacionales que vinieron a España entre aquella fecha y 1939 para guiar y, en ocasiones, castigar al Partido Comunista español[198]. Entre estos primeros delegados se encontraban Roy, el comunista indio; el famoso revolucionario «Borodin»; Antonio Graziadei, un comunista intelectual italiano; y Jules Humbert-Droz, uno de los fundadores del Partido Comunista suizo. Iglesias se compadeció de Roy y, al rechazar sus argumentos, le dijo que era «una víctima de un nuevo fanatismo»[199]. En 1922, había quizá 5000 miembros[200]. Maurín y Arlandis se unieron al partido, que tenía su base en Barcelona. Casi todos los dirigentes fueron arrestados tras el pronunciamiento de Primo de Rivera en 1923. Surgieron otros: Óscar Pérez Solís, un activo exoficial de artillería que había sido socialista y al

principio se resistía fuertemente a la idea de unirse a los comunistas[201]; José Bullejos, un funcionario de correos de Bilbao; y su cuñado, Gabriel León Trilla, estudiante, hijo de un coronel. Todos eran semiconspiradores tenebrosos más que dirigentes políticos, y actuaban en el seno de los principales movimientos obreros españoles. En general, todos se iban de España al salir de la cárcel.

De estos primeros comunistas, puede considerarse característico a Julián Gorkin (su verdadero nombre era Julián Gómez), tanto por su origen como por su carrera posterior[202]. Hijo de un carpintero analfabeto de fuertes sentimientos republicanos, Gorkin ingresó en la Juventud Socialista de Valencia pero quedó fascinado con las noticias de la Revolución Rusa. Se hizo comunista en 1921, y fundó el partido en Valencia cuando tenía veinte años recién cumplidos. Se marchó a Francia, donde fue expulsado por la policía francesa y pasó a la clandestinidad, a sueldo del Komintern, editando un periódico comunista en París y actuando como representante del Komintern entre los exiliados españoles de aquellos años. Gorkin abandonó el Partido Comunista en parte porque descubrió que Moscú le estaba espiando por medio de una joven de Tiflis pagada por la policía secreta política rusa, la GPU; en parte, porque el Komintern, a través de su principal representante en París, el lituano August Guralsky (cuyo verdadero nombre era Abraham Heifetz, pero también tenía el alias de «Kleine»), le ordenó que planeara el asesinato del general Primo de Rivera —aunque después se abandonó la misión—; y en parte, porque Gorkin hizo causa común con Trotsky contra Stalin a finales de la década de los 20. Rompió con el partido en 1929 (y después reapareció, junto con muchos otros de estos primeros comunistas españoles, como dirigente del partido marxista antistalinista, el POUM)[203].

En 1927, consiguió un pequeño refuerzo con la adhesión de la mayoría de los dirigentes de los anarquistas de Sevilla, especialmente entre los obreros portuarios, los metalúrgicos y los panaderos. Esto dio al partido cierta influencia en aquella ciudad. En la conferencia del partido celebrada en Vizcaya en 1928, se discutió si había que tomar parte o no en la Asamblea Nacional propuesta por Primo de Rivera; un representante del Komintern, el veterano comunista polaco Henry Walecki[204], arguyó en favor de la colaboración, pero —cosa muy poco común— su moción fue rechazada. Empezó una campaña de agitación contra la Asamblea. Volvieron a producirse algunas detenciones. Surgieron nuevas dificultades sobre la cuestión de la política a seguir respecto al Pacto de San Sebastián y las elecciones municipales de 1931. Una vez más se adoptó un programa de aislamiento de todos los otros partidos, considerándose que los «socialfascistas» (esto es, los socialistas) y los «estériles» anarquistas eran más perniciosos que los grupos más obviamente burgueses. De hecho, la única ocasión en que hubo colaboración entre los comunistas y los demás movimientos de oposición política de España, durante la dictadura de Primo de Rivera, fue cuando, en 1925, los nacionalistas catalanes y los anarquistas intentaron, sin éxito, hacer causa común con los comunistas por si se producía un levantamiento catalán. El coronel Maciá fue a Moscú con el entonces secretario general, José Bullejos, pero la apatía de los rusos exasperó a «*l'Avi*», mientras que los rusos no podían creer que un hombre tan viejo como Maciá pudiera lograr nada. Las negociaciones fueron un fracaso[205].

Así pues, al proclamarse la República en 1931, el Partido Comunista estaba bajo de moral, después de diez estériles años de controversias. El partido no existía en Barcelona, y en Bilbao sólo había catorce miembros. Se calcula que por

entonces el partido tenía un máximo de 3000 militantes, y un mínimo (según el propio Komintern) de 120[206]. Andrés Nin regresó de Rusia casi diez años después, pero había roto con el comunismo a raíz de la persecución de Trotsky por Stalin. Fundó un pequeño grupo propio, Izquierda Comunista. Su antiguo camarada exanarquista, Maurín (que nunca había estado plenamente de acuerdo con la jefatura central), se inclinaba también a romper con los comunistas. También él formó un grupo marxista antistalinista, el Bloque Obrero y Campesino (BOC). Se consideró que Nin y Maurín eran trotskistas, y, en un sentido amplio, lo eran, desde el momento en que eran marxistas a quienes no gustaba Stalin.

Pero Trotsky los criticó desde su exilio, en Noruega. Tenían pocos seguidores, pero de momento impidieron que el Partido Comunista encontrara miembros en Cataluña[207].

El partido inició su vida pública oponiéndose claramente a la República, de acuerdo con las instrucciones recibidas a través de una nueva y gran delegación del Komintern encabezada por Jules Humbert-Droz (el suizo que durante unos años había sido jefe del secretariado «latino» del Komintern), y en la que figuraban «Pierre», un caucasiano; otro suizo, Edgar Woog, apodado «Stirner»; y un francés, Octave Rabaté. También estaba Jacques Duclos. En mayo de 1931, Bullejos fue a Moscú, donde recibió la confirmación de que las instrucciones eran «prolongar la crisis por todos los medios posibles, tratar de impedir el establecimiento firme del régimen republicano, frustrar las posibilidades de revolución social eficaz y, en la medida de lo posible, crear soviets». Humbert-Droz escribió desde Madrid a su mujer que él y «Stirner» escribían la mayoría de los artículos de la prensa comunista y que tenían muy poco que hacer: «Stirner» daba muchos paseos turísticos, mientras que Rabaté se levantaba al mediodía, leía los periódicos en la

terraza de un café, tomaba un aperitivo, comía bien, volvía a la terraza a tomar café, y pasaba el resto del día en el cine o en los bares. «Nuestro partido —añadía— duerme el sueño profundo e inocente de la infancia»[208]. Al parecer, la situación no había cambiado cuando llegó de Moscú otro comité de investigación, esta vez encabezado por un alemán, Walter Stoecker.

Los meses siguientes fueron de muchas disputas y poco éxito, y el secretario general, José Bullejos, diría más tarde que, durante todo este tiempo, hubo enemistad entre los dirigentes del partido y los delegados del Komintern, que se atribuían todas las decisiones. En junio de 1931 el partido consiguió 190 000 votos en las elecciones para las Cortes Constituyentes, pero ningún diputado. La sublevación de Sanjurjo dio lugar a un manifiesto publicado por los miembros del secretariado que se encontraban en Madrid —Bullejos, Astigarrabia (de las provincias vascas) y Etelvino Vega—, que lanzaron la consigna «defensa de la República». A continuación, los representantes del Komintern, siguiendo instrucciones de Moscú, repitieron que el principal enemigo era el «gobierno carnicero» de Largo Caballero y Azaña, no los monárquicos y sus aliados. Bullejos y los demás dirigentes españoles no estuvieron de acuerdo[209]. Poco después salieron para Moscú, con objeto de discutir esta cuestión. Todos estos dirigentes acabaron siendo expulsados del partido, y no volvieron a España hasta después de cinco meses de estancia forzada en Moscú[210]. La nueva dirección del partido se constituyó con personas jóvenes («la Pasionaria», que era la mayor, tenía 37 años en 1933) que debían su posición a su apoyo acrítico a las delegaciones de Moscú en España. El nuevo secretario general, José Díaz, un antiguo panadero de Sevilla y antiguo anarquista, era un hombre honrado y trabajador de escasa imaginación; había

de ser el director general de la revolución española, el hombre que siempre (tanto si le gustaba como si no) obedecería las órdenes de Moscú[211]. Vicente Uribe, un metalúrgico medio castellano medio vasco que había estado en Moscú, era el teórico del partido y el director de *Mundo Obrero*. Antonio Mije, hablador y algo demagogo, muy despierto y de aspecto afeminado, el «secretario de unidad», era andaluz y también había sido anarquista. Jesús Hernández era el propagandista del partido, un agitador por excelencia, que había desplegado una actividad incansable en las luchas callejeras desde su adolescencia, cuando se había hecho famoso por su fracasado atentado contra Prieto. Durante 1932 y 1933, el partido, al igual que la Falange, siguió siendo pequeño e insignificante, y su consigna principal era el antagonismo contra los anarquistas y socialistas. El único paso importante fue la formación de un partido comunista catalán, lo cual suponía el reconocimiento de que ningún partido con base en Madrid podía esperar conseguir apoyo en Cataluña[212]. Los intentos de crear un sindicato general propio, orientado por Moscú, fracasaron. Pero los comunistas tuvieron, a partir de finales de 1933, una organización paramilitar, la MAOC (Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas), dirigida por un exsargento destinado en Marruecos, Juan Modesto[213].

Hasta 1934, los comunistas se mantuvieron aislados. En las elecciones de 1933, el partido obtuvo 200 000 votos, y comentaron: «Las tremendas pérdidas del Partido Socialista habrían sido todavía mayores […] si los jefes socialfascistas, en particular Largo Caballero y compañía, no hubieran emprendido nuevas maniobras para engañar a las masas trabajadoras y evitar que se pasaran a nuestro partido mediante una demagogia izquierdista». El partido decía que el gobierno de Lerroux era exactamente igual que el de

Azaña, y que «la responsabilidad total e ineludible [...] corresponde al Partido Socialista [...], pilar central de la contrarrevolución aristocrático-burguesa»[214].

Los comunistas suscitaban una alarma mayor de lo que habría sido normal, dado su número. Esto se debía en parte a la cantidad de propaganda comunista y en parte, naturalmente, a las relaciones del partido con la Unión Soviética. Pero también influía el hecho de que la mayoría de los miembros de la burguesía española no distinguían claramente entre los diferentes partidos proletarios. Al fin y al cabo, los anarquistas decían que estaban intentando instaurar el «comunismo libertario», y los coroneles de Burgos, igual que los exportadores de jerez andaluces, no tenían ninguna sensibilidad para detectar los matices de la ideología revolucionaria.

El representante del Komintern en España a mediados y finales de la década de los años 30 era un argentino de origen italiano, Vittorio Codovila (conocido en España con el nombre de «Medina»). Se había pasado la vida organizando partidos comunistas en Sudamérica. Era un hombre muy grueso, de aspecto y gustos burgueses. Jacques Doriot, cuando todavía era la brillante esperanza del Partido Comunista francés, allá por los años veinte, comentó a propósito del enorme apetito de Codovila: «A Luis XIII le gustaba rodearse de hombres que comieran mucho. Codovila hará buen papel con Stalin»[215]. Más tarde llegó un búlgaro, «Stepanov», para colaborar con Codovila[216]. Dadas la juventud e inexperiencia de los comunistas españoles, la importancia de estos dos extranjeros en las deliberaciones del partido fue decisiva. Fue Codovila, por ejemplo, quien aseguró a José Antonio Balbontín, un diputado que perteneció al partido durante breve tiempo, en el invierno de 1933-1934, que los comunistas nunca harían causa común

con los socialistas y los republicanos contra la «reacción monárquico-clerical»[217]. Eso era en marzo de 1934. Sin embargo, a partir del verano de este mismo año, la política del Komintern fue la de crear un «frente popular» de todos los partidos democráticos, proletarios y burgueses, para resistir al fascismo. A partir de entonces, por lo tanto, todos los partidos comunistas, incluido el español, empezaron a hablar de la necesidad de defender la «democracia burguesa parlamentaria», hasta que pudiera ser reemplazada por la «democracia proletaria».

En aquellos momentos, con la amenaza de la guerra y el fascismo en el horizonte, la Unión Soviética tenía buena reputación en España y en todas partes entre las personas progresivas y de izquierdas. En realidad, el gran experimento ruso todavía no parecía haber traicionado sus ideales. Gracias a un afortunado programa de propaganda y a un secreto sin precedentes, no se conocían los hechos de la colectivización agrícola, y no se comprendía el sentido de la persecución de Trotsky. El Partido Comunista afirmaría más adelante que él había sido el responsable del pacto del Frente Popular que se presentaría a las elecciones generales celebradas en España en febrero de 1936. Pero no hubo que insistir mucho para que los socialistas adoptaran el saludo del puño en alto (originario de los comunistas alemanes), la bandera roja, la fraseología revolucionaria, y las llamadas a la unidad frente al fascismo internacional propias de los partidos comunistas de todo el mundo. El «antifascismo» y el «Frente Popular» se estaban convirtiendo en mitos poderosos, casi irresistibles para quienes amaban la paz y la libertad y se impacientaban con los viejos partidos[218]. Para las derechas eran igualmente importantes los mitos del imperio y la regeneración nacional. La aparición en las Cortes elegidas en 1933 de un fascista y un comunista era un

presagio y se debería haber tomado como un aviso.

9

Lerroux en el poder. — La gran huelga de Zaragoza. — Los monárquicos en Roma. — El gobierno Samper. — La Ley de Contratos de Cultivos. — Los alcaldes vascos. — La CEDA entra a formar parte del gobierno. — La revolución de octubre en Madrid, Barcelona y Asturias. — La personalidad de Franco.

La historia de España durante los dos años y medio que siguieron a las elecciones generales de noviembre de 1933 se caracterizó por la desintegración. De vez en cuando, surgían hombres aislados que intentaban en vano detener el terrible y, al parecer, irreversible proceso. Pero les faltaba la energía, la suerte, la confianza en sí mismos, y quizá la magnanimidad necesarias para conseguir buen éxito.

Después de las elecciones, el gobierno fue una coalición de centro, dirigida por los radicales. Lerroux, muy satisfecho, se convirtió en jefe de gobierno. Gil Robles y la CEDA lo apoyaban en las Cortes, pero no entraron a formar parte de la administración propiamente dicha. Este partido católico se quedó ominosamente al margen, esperando el momento en que Gil Robles diera la orden de conquistar el poder. Entretanto, la transformación de Lerroux, el anticlerical, en un aliado del partido católico fue demasiado para su lugarteniente, Martínez Barrio, quien, después de ser por poco tiempo ministro de la Gobernación, se pasó a la

oposición a la cabeza de su propio grupo, rebautizado con el nombre de partido de Unión Republicana[219]. En realidad, Lerroux había votado a favor de la legislación anticlerical del gobierno anterior de mala gana. Era ya un hombre de derechas, más que de centro. Su ministro de Obras Públicas fue Rafael Guerra del Río, inmoderado líder de los «jóvenes bárbaros» en 1909; ahora parecía un simple político de camarilla. Una fuente más de confusión era la cuestión puramente personal de la desconfianza que sentía Alcalá Zamora hacia Lerroux y Gil Robles, que explica que el presidente intrigara contra el primero, y evitara tener que pedir al segundo que formara gobierno. Alcalá Zamora desconfiaba de Lerroux por su corrupción, y de Gil Robles porque consideraba que era un monárquico en secreto. Dadas las circunstancias, prefería a Lerroux y, de hecho, no llegó a llamar a Gil Robles: un fallo en el proceso democrático, porque el líder católico estaba tan preparado para trabajar en una democracia burguesa como los socialistas.

Las primeras dificultades de Lerroux surgieron de una serie de desafíos anarquistas. Éstos atacaron puestos aislados de la guardia civil e hicieron descarrilar el exprés Barcelona-Sevilla, causando la muerte de diecinueve personas. En Madrid hubo una prolongada huelga de empleados de teléfonos. En Valencia y Zaragoza se plantearon huelgas generales que duraron varias semanas. La gran huelga general de Zaragoza iniciada para pedir la libertad de los prisioneros detenidos por el gobierno el año anterior, duró nada menos que 57 días. La CNT nunca pagaba compensaciones por huelga, pero la resistencia de los obreros dejó asombrado al resto del país. Como de costumbre, los dirigentes anarquistas durante un tiempo creyeron estar en la antesala del milenio; y algunos de sus

amigos pistoleros aumentaron el drama con tiroteos esporádicos. En un momento dado, los huelguistas decidieron enviar a sus esposas e hijos a Barcelona en tren. La guardia civil disparó contra el tren, e impidió que llegara a su destino. Luego los evacuados fueron en caravana. Esta inquietud era consecuencia, en parte, del nuevo y «suicida egoísmo» de los patronos que celebraron en toda España la victoria de las derechas en las urnas intentando disminuir los salarios, subir los alquileres y forzar desahucios[220]. El 8 de diciembre, se instaló en Zaragoza un comité revolucionario dirigido por Buenaventura Durruti, Cipriano Mera y el doctor Isaac Puente. Durante varios días luchó contra la policía, reforzada por el ejército y respaldada por tanques. Durruti se convirtió en una leyenda nacional. En muchos pueblos de Aragón y Cataluña se implantó por breve tiempo el «comunismo libertario». Se produjeron violencias en muchos sitios; hubo 87 muertos, muchos heridos y 700 prisioneros[221]. Era difícil admitir que el país estaba en paz. No es de extrañar que se extendiera cada vez más la militancia de la UGT, especialmente en su sección más extensa, aunque menos bien dirigida: la FNTT agraria. Sus miembros se veían afectados por la reducción de los salarios, consecuencia de la actuación de los presidentes de derechas nombrados por el ministro radical del Trabajo, José Estadella, para los comités de arbitraje de Largo Caballero. El restablecimiento de la oligarquía agraria fue acompañado, en todas partes, por una radicalización de la actitud de los trabajadores, apoyados por Largo Caballero, ahora más amargado. Prieto, socialista moderado donde los haya, no desaprobó esta actitud, cosa que más tarde lamentaría. Besteiro sí lo hizo: criticó el «antigubernamentalismo» de sus colegas igual que había criticado su «progubernamentalismo» en 1931 sin que sirviera de nada.

En el nuevo año de 1934, el gobierno adoptó una serie de medidas destinadas a suspender las reformas de sus predecesores. La sustitución de las escuelas religiosas por las laicas se pospuso indefinidamente. Los jesuitas no tardaron en volver a ocupar sus centros docentes[222]. Con un inteligente discurso parlamentario, Gil Robles consiguió que los sacerdotes fueran tratados como si fueran funcionarios con pensiones, y empezaron a cobrar dos tercios de lo que percibían en 1931. Aunque la Ley de Reforma Agraria continuaba en vigor, su aplicación se abandonó tácitamente en muchos sitios. También se concedió una amnistía a todos los presos políticos, incluidos el general Sanjurjo y todos los encarcelados a raíz del alzamiento de 1932. Esta clemencia sólo sirvió para estimular a los antiguos conspiradores a urdir nuevos planes.

Para entonces, muchos pueblos pequeños parecían totalmente partidos en dos por la política. En los sitios donde todavía había ayuntamientos socialistas o izquierdistas, se estaban haciendo esfuerzos para imponer un orden cultural completamente nuevo, exactamente al revés de sus predecesores. Las ideas religiosas habían dado paso al ateísmo, y no simplemente al agnosticismo. Las fiestas religiosas estaban siendo sustituidas por fiestas de tradición revolucionaria: el Primero de Mayo, el aniversario de la Revolución Rusa o de la muerte de Galán y García Hernández. Las mujeres, tradicionalmente encerradas en casa por la vieja España, salían a la calle luciendo los colores de su partido, «formando grupos como los hombres, cantando, gritando y bailando en grandes pandillas para celebrar el nombre de la Libertad»[223]. Ahora había batallas por cuestiones tales como las condiciones de trabajo o la Iglesia. Por ejemplo, en un pueblo de Aragón, uno de los bares se había convertido en una lonja de contratación

obligatoria. Todo el que buscaba trabajo sólo podía obtenerlo a través de los encargados del bar. Esto no gustaba a nadie y los hombres de derechas desobedecían, al igual que todos los trabajadores que tenían algún convenio antiguo por el que trabajaban para un propietario concreto. Las izquierdas convocaron una huelga general: los hombres de derechas continuaron trabajando, y fueron cercados. Se inició una refriega que ocasionó un muerto. Entonces las amenazas, las provocaciones y las manifestaciones se convirtieron en algo corriente en la vida del pueblo. Todo el mundo empezó a adherirse a uno u otro grupo. Los no comprometidos iban en busca de ideologías, mientras que los dirigentes politizaban cualquier acontecimiento público.

Las personas de derechas dieron por supuesto automáticamente que la derrota de Azaña y los socialistas significaba una victoria para la vieja España. Pero, el gobierno de Lerroux ¿era un gobierno de «provocación» o simplemente de reacción? Indudablemente, tanto si al gobierno le gustaba como si no, en toda España los antiguos dueños de la economía estaban utilizando la que ellos consideraban su oportunidad para recuperar su posición; e indudablemente también, el Partido Socialista respondía perdiendo su esperanza en la República, e incluso condenándola. Fernando de los Ríos en un discurso pronunciado en su distrito electoral de Granada, llegó a condenarla. A partir de entonces, *El Socialista* empezó a argüir regularmente que la República era tan mala como la Monarquía, y que en la República no había lugar para el proletariado. Azaña intentó poner de relieve ante los socialistas lo peligroso de esta actitud. Si los socialistas intentaban verdaderamente traer «la revolución», dijo, fracasarían. De los Ríos, con quien estaba hablando, dijo que «las masas dominaban a los dirigentes». Azaña contestó:

«Los sentimientos de las masas pueden cambiarse». Señaló que preparar una insurrección, que es lo que parecían hacer los socialistas, era invitar al ejército a intervenir otra vez en política: «El ejército estaría encantado de emprender la represión contra los trabajadores». De los Ríos transmitió a Largo Caballero las observaciones de Azaña, pero Largo Caballero no hizo caso y, tres semanas más tarde, el punto de vista extremista «caballerista» triunfó en el comité nacional del Partido Socialista español, dando lugar a la dimisión de moderados como Besteiro, Saborit y Trifón Gómez. Entonces se formó una comisión «prerevolucionaria» y, el 31 de enero, Largo Caballero dijo al Partido Socialista de Madrid que deseaba reafirmar su creencia en la necesidad de preparar un levantamiento proletario[224]. Fue un error de juicio fatal.

A partir de entonces, los socialistas empezaron a organizar el entrenamiento militar de sus juventudes, uniéndose así a las derechas partidarias de la insurrección, y a los grupos minúsculos situados en los extremos de la política española, como la Falange y los comunistas, en su desafío a la República burguesa.

Los carlistas, por ejemplo, llevaban varios meses de actividad. En Navarra, cada semana se veían sus boinas rojas en los mercados. Un ostentoso coronel, Enrique Varela, que había ganado por dos veces la más alta distinción militar al valor en Marruecos, se encargó desorganizar la instrucción de estos nuevos requetés, nombre que se daba a los reclutas en las guerras carlistas, tomado del himno de uno de sus más fieros batallones. Varela (con quien se habían entrevistado los dirigentes carlistas Fal Conde y Rodezno en la cárcel, después del alzamiento de 1932) recorría los pueblos pirenaicos disfrazado de sacerdote y con el nombre de «Tío Pepe», actuando como un misionero de la guerra. Al ser

ascendido a general, fue reemplazado por el coronel Rada[225]. A principios de 1934, la comunión carlista afirmaba disponer nada menos que de 700 000 miembros distribuidos en 540 secciones y, aunque seguramente esto era una gran exageración, era indudable que el movimiento estaba creciendo rápidamente, como consecuencia de la apresurada concienciación política de la pequeña burguesía católica en Andalucía occidental, Navarra, Valencia y partes de Cataluña[226].

El 31 de marzo de 1934, Antonio Goicoechea, el dirigente monárquico de las Cortes, visitó a Mussolini junto con dos carlistas (Rafael Olazábal y Antonio Lizarza) y el general Barrera (el fracasado coordinador de 1932, que había huido). Los españoles produjeron una impresión de desacuerdo respecto a la finalidad de sus conspiraciones. Sin embargo, Mussolini dejó esto de lado diciendo que lo único necesario era que el movimiento fuera «monárquico y de carácter corporativo y representativo». Prometió a los rebeldes españoles un millón y medio de pesetas, 20 000 fusiles, 200 ametralladoras y 20 000 granadas, así como una ayuda más amplia cuando se produjera el alzamiento. El dinero les fue entregado al día siguiente[227]. A partir de entonces, los requetés se desarrollaron con rapidez, creando comités encargados, por ejemplo, del reclutamiento de oficiales, propaganda, compra de armas y estrategia[228]. Había habido varias expediciones previas de tanteo a Italia por parte de monárquicos y otros conspiradores; y ahora, al llegar allí el exrey Alfonso, Roma se convirtió en un nuevo foco de conspiración contra la República. Por otra parte, con el nombramiento del enérgico Fal Conde para el cargo de «secretario general real» de los carlistas en mayo de 1934, ese movimiento se diferenció más claramente de los monárquicos ortodoxos, a los que llamaba «los escombros de

la monarquía alfonsina que ha adoptado el nombre de Renovación Española, como si no supiéramos que la "renovación" que nos brindan es la vuelta a un régimen de iniquidad». A pesar de todo, Rodezno, el predecesor de Fal Conde, conservó su influencia como dirigente del movimiento en las Cortes, y continuó creyendo en la posibilidad de un movimiento más amplio[229].

Cuatro días después de la reunión en Roma, Lerroux dimitió como señal de protesta contra las vacilaciones del presidente, Alcalá Zamora, a la hora de firmar la ley que perdonaba a Sanjurjo y a los conspiradores de 1932. El nuevo jefe de gobierno, un indolente abogado valenciano, Ricardo Samper, también era radical. Debió su ascenso al hecho de que era amigo del presidente Alcalá Zamora, que instintivamente prefería un jefe de gobierno débil, con el fin de justificar sus intervenciones. Samper casi no hizo más que intentar mantener su mayoría, aunque, si hemos de ser justos, hay que reconocer que continuaron las asignaciones de tierras de acuerdo con la Ley de Reforma Agraria durante todo el año 1934, hasta el mes de octubre. Sin embargo, su ministro de la Gobernación, Salazar Alonso, olía la revolución en todas partes y siempre que se lo permitía su poder legal destituía ayuntamientos con la excusa de que «no inspiraban confianza en cuestiones de orden público». De hecho, al cambiar estos ayuntamientos, si eran socialistas, lo que intentaba era deshacerse de los últimos amigos políticos que les quedaban en los pueblos a los miembros de la FNTT. Indudablemente esto era una acción provocativa, que recuerda las medidas antisocialistas tomadas por los regímenes fascistas en otras partes de Europa. Esto, sumado a los desahucios, la vuelta a la utilización de la mano de obra emigrante y a los despidos por razones políticas, creó gran tensión en el campo a

principios de 1934, al disminuir los salarios y aumentar el hambre. Los discursos de Gil Robles no hacían más que aventar las llamas, cuando los jóvenes de derechas empezaron a ver que el péndulo de la política oscilaba ahora contra cualquier idea de compromiso. «¡Los jefes no se equivocan!», gritaron los jóvenes cedistas en un gran mitin celebrado en El Escorial, en abril[230]. Luego, a principios de junio, se produjo una huelga de campesinos durante la recolección, en el sur, muy bien organizada por la FNTT socialista. Fue provocada por la derogación de la Ley de Términos Municipales, que privaba a las casas del pueblo locales del control de la mano de obra. La FNTT consiguió que se aceptaran sus demandas salariales y su proposición de garantías de empleo para toda la mano de obra disponible. Pero organizó la huelga para pedir que se pagaran salarios de recolección durante el resto del año. Los dirigentes anarquistas convinieron en apoyar esta petición, pero muchos socialistas moderados no lo hicieron. Salazar Alonso, el ministro de la Gobernación, creyendo que tenía una huelga general revolucionaria entre manos, envió la guardia civil, impuso la censura de prensa en el sur, y practicó muchas detenciones —aunque breves— de dirigentes socialistas, entre los que se contaban alcaldes y hasta diputados. La huelga fracasó, se hizo la recolección con protección policial, y la UGT y los dirigentes moderados fueron acusados de dejar en la estacada a la FNTT con su inactividad[231]. A continuación, también en junio, se planteó en Cataluña una situación muy grave.

El gobierno catalán, la Generalitat (que había tenido poco impacto en la escena nacional e internacional desde la aprobación del Estatuto catalán), había aprobado una ley, la de Contratos de Cultivos, que permitía a los *rabassaires* de la región el dominio absoluto de las viñas que hubieran

cultivado durante quince años. Los propietarios se quejaron ante la suprema autoridad jurídica de la República, el Tribunal de Garantías Constitucionales, el cual, por una pequeña mayoría, rechazó la Ley de Contratos de Cultivos, alegando que la Generalitat no podía legislar en aquella materia. Pero Luís Companys, que, a la muerte de Maciá, en diciembre de 1933, se había convertido en presidente de la Generalitat, ratificó la ley por su cuenta y riesgo. Quien incitó a Companys a dar este paso, que constituía un reto al gobierno de Madrid, fue su nuevo consejero de Gobernación, José Dencás. Dencás, que era médico y hombre de derechas, era el dirigente de un grupo separatista extremista, *Estat Catalá*, fundado por Maciá en 1922, y que ahora constituía la principal facción de la juventud catalana militante. Querían la independencia pura y simple. Tenían una milicia de camisas verdes, los *escamots*, dirigidos por un terrorista temerario, Miguel Badía, que se había pasado la mayor parte de su juventud en la cárcel por haber atentado contra la vida de Alfonso XIII. A pesar de todo, en 1934, Companys tuvo por breve tiempo a Badía como jefe de policía. Incluso sin esta complicación, era de esperar que la coexistencia de un gobierno catalán de centro izquierda con un gobierno de centro derecha en Madrid no tardara en crear dificultades. Azaña había dado prudentes consejos a Companys igual que había hecho con De los Ríos. Al principio, Companys pareció ser consciente de los peligros, pero después se dejó arrastrar por lo que creía que deseaban las «masas».

Todavía hervía la grave disputa constitucional engendrada por esto, cuando también salió a la palestra la cuestión de las aspiraciones separatistas de los vascos. Las relaciones financieras de los vascos con el gobierno central de Madrid habían sido reguladas por el Concierto Económico de 1876. En virtud de éste, los vascos disfrutaban

de un sistema fiscal autónomo, de acuerdo con el cual se distribuían los impuestos ellos mismos y pagaban al Estado una suma global. Los ayuntamientos de las provincias vascas creyeron que ciertas leyes introducidas por el gobierno de Samper constituían una amenaza para el Concierto, y decidieron celebrar elecciones municipales en las tres provincias de Vizcaya, Guipúzcoa y Álava, de manera que los representantes elegidos pudieran declararse públicamente en favor del Concierto. El gobierno prohibió las elecciones. Y cuando, a pesar de esta prohibición, se celebraron, fueron arrestados los concejales. En las tres provincias se desencadenaron una serie de turbulentas manifestaciones en favor de la autonomía vasca. El partido nacionalista vasco, formado casi exclusivamente por católicos y burgueses, empezó a embarcarse en una alianza con los socialistas y las izquierdas tan curiosa como fatídica. La CEDA les había desilusionado y buscaban nuevos patrocinadores.

Mientras los dos problemas separatistas de España se agudizaban simultáneamente, el país se sobresaltó ante el rumor de que el habitualmente «moderado» Prieto había hecho desembarcar varias cajas de armas del vapor *Turquesa* en Asturias, destinadas a los socialistas[232]. El gobierno proclamó el estado de alarma, y Gil Robles, en un gran mitin de su movimiento juvenil (JAP) celebrado en Covadonga, el santuario asturiano que se eleva en el lugar donde el rey visigodo Don Pelayo inició la Reconquista de España a los árabes, declaró: «No podemos consentir por más tiempo que continúe este estado de cosas». La CNT y la UGT, actuando conjuntamente por primera vez en muchos años, proclamaron una huelga general en Asturias, dificultando así el regreso a Madrid de los delegados asistentes al mitin de la CEDA. Una semana más tarde, Gil Robles anunció que,

cuando se volvieran a reunir las Cortes en octubre, después del verano, él y su partido dejarían de apoyar al gobierno de Samper. La consecuencia implícita era que estaba dispuesto a hacerse con el poder el mismo. Ante esto, la UGT hizo una declaración condenando a Gil Robles, al que tachaba de «jesuita disfrazado». Si la CEDA llegaba al poder sin una declaración previa de apoyo a la República, la UGT «no respondía de su acción futura». Es decir, que la UGT consideraría la entrada de la CEDA en el gobierno como el primer paso para el establecimiento de un Estado fascista en España. Largo Caballero, entonces, intentó formar una alianza obrera con la esperanza de unir a socialistas, comunistas y anarquistas; hizo sus maniobras al margen de Prieto y otros reformistas. Prieto dijo a Besteiro que le habría gustado estrangular a Largo Caballero; Besteiro dijo que sería «mejor resistírsele»[233]. Pero, a pesar de todo, Prieto, De los Ríos y todos los dirigentes moderados fueron barridos por una ola de optimista militancia en la que el movimiento juvenil desempeñaba un papel principal.

La repugnancia de Gil Robles a manifestar su adhesión a la República derivaba de su miedo a perder muchos seguidores de derechas si lo hacía, ya que parecería aceptar las cláusulas anticlericales de la Constitución, todavía no revisadas; necesitaba la ayuda financiera de los monárquicos y quizá también fuera cierto que detestaba a la República. Pero esto ocurría en los últimos días del verano de 1934. Los socialistas españoles de la UGT habían visto cómo, en los últimos dieciocho meses, los socialistas alemanes y austriacos habían sido arrollados por Hitler y Dollfuss, respectivamente. ¿Qué diferencia había entre Dollfuss y Gil Robles? Gil Robles no hacía nada por aclararlo.

Se acercaba el momento de la reapertura de las Cortes. Varios asesinatos políticos contribuyeron a empeorar el

ambiente. El 4 de octubre, Gil Robles retiró el apoyo de la CEDA al gobierno Samper, que dimitió. Sin embargo, Alcalá Zamora no pidió a Gil Robles que formara gobierno. En vez de eso, volvió a encomendárselo a Lerroux. Éste incluyó a tres miembros de la CEDA en su gobierno, aunque entre ellos no se contaba Gil Robles. Alcalá Zamora seguía encontrándolo sospechoso. Además Lerroux no tenía la intención de dar paso a un joven rival en la dirección de la clase media española, mientras pudiera evitarlo[234]. Por otra parte, el presidente no convocó nuevas elecciones, que es lo que esperaban los socialistas. Él sólo quería un ministro de la CEDA. Pero Gil Robles tenía la fuerza suficiente para imponer tres.

La reacción fue rápida y violenta. El partido de Izquierda Republicana de Azaña[235], Martínez Barrio e incluso Miguel Maura condenaron la actuación del presidente que entregaba la República a sus enemigos. En Madrid, la UGT proclamó una huelga general, y algunos militantes socialistas avanzaron disparando hacia el ministerio de la Gobernación, situado en la Puerta del Sol. Les acompañaron unos cuantos oficiales jóvenes. Pero la CNT no. Los miembros de la juventud japista garantizaron el funcionamiento de los servicios esenciales[236]. El campo, agotado por las huelgas anteriores de aquel año, permaneció inactivo. La alianza obrera[237] sólo se había extendido en Madrid a los socialistas y algunos comunistas[238]. Hubo una confusión general. Largo Caballero estaba excitadísimo. Al acabar el día, el gobierno se había hecho dueño de la situación, y los dirigentes socialistas habían sido detenidos.

En Barcelona, la entrada de la CEDA en el gobierno animó a Companys a proclamar «el Estado catalán» como parte de una «República federal española». También en esta ocasión, Companys fue alentado a esta precipitada acción

por su consejero de Gobernación, Dencás. Además estaba amenazado desde la izquierda por los *rabassaires*, los arrendatarios de viñedos catalanes, que ahora amenazaban con ocupar físicamente la tierra que consideraban suya en virtud de la Ley de Contratos de Cultivos, ahora suspendida. La idea principal de la alocución de Companys a Cataluña fue un ataque al fascismo de la CEDA, a pesar del matiz fascista de las ideas de Dencás: «Las fuerzas monarquizantes y fascistas que de un tiempo a esta parte pretenden traicionar la República, han logrado su objetivo», anunció Companys. «En esta hora solemne, en nombre del pueblo y del Parlamento, el gobierno que presido asume todas las facultades del poder en Cataluña, proclama el Estado catalán en la República Federal española, y al establecer y fortificar la relación con los dirigentes de la protesta general contra el fascismo, les invita a establecer en Cataluña el gobierno provisional de la República».

Esto era al mismo tiempo la proclamación de un nuevo tipo de relación entre Cataluña y el resto de España y una incitación a los revolucionarios de Madrid a que se declararan como gobierno legítimo, estableciéndose como tal en Barcelona, si era necesario. Aquel verano había inundado toda Cataluña una oleada de nacionalismo catalán y de hostilidad contra todo lo castellano, que Companys, hombre débil, no había podido resistir. Por otra parte, estaba Dencás, que habría preferido declarar la independencia pura y simple.

Sin embargo, esta rebelión catalana fue aplastada casi con la misma rapidez que la huelga general de Madrid. Hubo algo de lucha entre los escamots de Dencás y los mozos de escuadra (la fuerza de seguridad creada en Cataluña en tiempos de la Monarquía). Resultaron muertas cuarenta personas. Los anarquistas se mantuvieron al margen

diciendo que no colaborarían con los socialistas a no ser que éstos dejaran de colaborar con la *Esquerra*. Dencás se apresuró a arrestar a Durruti y a otros dirigentes anarquistas. Companys llamó al general Batet, jefe de la división acuartelada en Barcelona, y le pidió que declarase su lealtad al nuevo régimen federal. Batet, sin embargo, aunque era catalán, se puso a las órdenes del gobierno central y declaró el estado de guerra. Actuando con deliberada lentitud para salvar vidas y permitir fugas, arrestó a Companys y su gobierno con la excepción de Dencás, que encontró el camino de la libertad a través de una alcantarilla y se escapó a Roma. Toda la resistencia de Barcelona fue dominada rápidamente, y Companys dirigió por radio un digno llamamiento a sus seguidores pidiéndoles que depusieran las armas. Companys y sus seguidores fueron detenidos; y también lo fue —injusta e ilógicamente— Azaña, que por casualidad estaba en Barcelona para asistir al entierro de su ministro de Hacienda Jaime Carner.

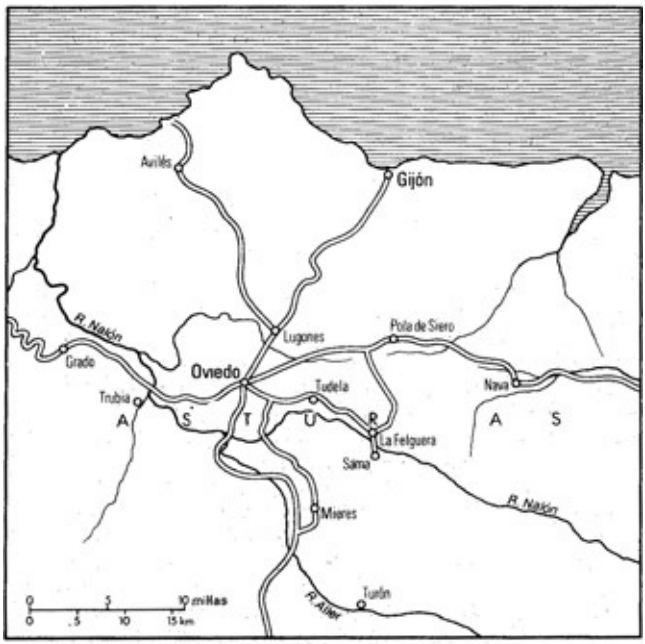
Así pues, la «revolución de octubre» fracasó en Madrid y en Barcelona. Hubo otros disturbios, que también fueron aplastados, con una excepción: la de Asturias[239]. Allí, el alzamiento —porque indudablemente fue un alzamiento— estuvo dirigido por los rudos mineros de la región, muy concienciados políticamente. Así como en el resto de España los partidos obreros habían tenido opiniones divididas respecto a la revolución, en Asturias anarquistas, socialistas, comunistas, el Bloque Obrero y Campesino, la UGT y el comité regional asturiano de la CNT colaboraron bajo el grito unificador de UHP (Uníos, Hermanos Proletarios)[240]. Lo que sentó las bases de esta alianza fue un famoso artículo de un joven dirigente de la CNT, Valeriano Orobón Fernández, publicado el mes de febrero anterior en el periódico La Tierra. En él decía que el peligro de fascismo en

España en realidad era tan grande que se hacía necesaria una nueva alianza de la clase obrera. Sólo Asturias siguió su consejo[241]. La FAI no había conseguido hacerse con la CNT local, y eso también ayudó a la alianza. En el extranjero, la reacción de la Internacional Comunista por una vez fue rápida; el 10 de octubre, el Komintern (es decir, su comité ejecutivo, el ECCI) anunció a la [Segunda] Internacional Socialista su propuesta de acción-conjunta para apoyar a la alianza de los trabajadores españoles[242].

El alzamiento de Asturias se preparó cuidadosamente en toda la provincia. Su cuartel general estaba en Oviedo, la capital, y se organizaron importantes acciones en las cercanas ciudades mineras de Mieres y Sama. La señal del alzamiento fue, como en todas partes, la entrada de la CEDA en el gobierno. Pero los mineros estaban muy bien organizados para el caso de que se produjera esta eventualidad. Tenían armas. Tenían dinamita. Contaban ya con comités conjuntos de trabajadores para dirigir sus actividades. Su reacción ante la conquista «fascista» del poder en Madrid fue la de desencadenar, en la medida de lo posible, una revolución total de las clases trabajadoras.

«Hacia las ocho y media de la mañana [del 5 de octubre] —cuenta Manuel Grossi—, se congrega ante el ayuntamiento, ocupado por los obreros insurrectos, una multitud de más de dos mil personas. Proclamo, desde uno de los balcones, la República Socialista. El entusiasmo es indescriptible. Se suceden los vivas a la revolución y a la República Socialista. Cuando consigo hacerme oír de nuevo, doy instrucciones para continuar la acción [...]»[243]. Esto significaba ataques a los puestos de la guardia civil, iglesias, conventos, ayuntamientos y otros edificios de los pueblos y ciudades de la región. Asturias tenía una fuerte masa trabajadora, bien organizada y disciplinada; los 50 000 mineros eran de los

trabajadores mejor pagados de España, pero el paro había sido alto desde 1931. La tasa de accidentes también era alta y la seguridad estaba menos garantizada que en el resto de Europa. La UGT dominaba las minas, pero colaboraba con la CNT. Muchos mineros eran jóvenes, y desde el advenimiento de la República se habían producido innumerables huelgas. Los comunistas también estaban bien asentados en Asturias (particularmente en Mieres) y contaban con dirigentes competentes.



4. La revolución de octubre de 1934 en Asturias

A los tres días de iniciarse la revolución, gran parte de Asturias estaba en manos de los mineros. Todas las ciudades y pueblos capturados estaban controlados por un comité revolucionario que se hacía responsable de la alimentación y la seguridad de sus habitantes. Una emisora de radio instalada en Turón mantenía la moral. «Compañeros —anunció el comité revolucionario de Grado—, estamos creando una nueva sociedad [...]. No os extrañe, pues, que el

mundo que estamos forjando cueste sangre, dolores y lágrimas; todo es fecundo en la tierra [...] ¡soldados del Ideal! ¡En disposición y en alto vuestro fusil! [...] ¡Mujeres [...] consumid poco, lo estrictamente indispensable! [...] ¡Viva la Revolución social!»[244]. Las fábricas de armas de Trubia y La Vega (Oviedo) fueron incautadas por un comité de sus propios obreros y se pusieron a producir día y noche. En los demás sitios, se abandonaron fábricas y minas. Las oficinas de reclutamiento reclamaban los servicios de todos los trabajadores entre dieciocho y cuarenta años para el «Ejército Rojo». Al cabo de diez días se habían movilizado treinta mil trabajadores[245]. La colaboración entre los partidos les sorprendió incluso a ellos mismos. Hasta los anarquistas reconocieron «la necesidad de una dictadura temporal», aunque el hecho de que esta actividad se limitara a un grupo de pueblos impidió que las cuestiones de organización de un Estado los enemistaran con los comunistas. En algunos pueblos, los comunistas se mostraron más interesados en organizar su propia dictadura que en enviar hombres al frente. Pero, en términos generales, el grito de UHP no constituyó ningún engaño.

Mientras los mineros de Asturias lograban establecer de esta manera un soviet revolucionario en su provincia, tenían que ocuparse de luchar al mismo tiempo. La lucha se concentró sobre todo en Oviedo y en Gijón. Los 1500 hombres que constituían las tropas regulares con base en Asturias y otros sitios de la costa norte eran demasiado pocos y tuvieron que limitarse a resistir el sitio de su guarnición en el centro de Oviedo. Entretanto, hubo una serie de actos de pillaje y violencia que no fueron provocados por parte de los revolucionarios. Los comités locales se hicieron cargo del mantenimiento de la disciplina, y hubo casos de trabajadores que salvaron la vida a

miembros de la burguesía amenazados. Tuvieron lugar diversos atropellos. Ardieron varias iglesias y conventos. El palacio del obispo y gran parte de la Universidad de Oviedo fueron destruidos durante los asaltos al cuartel Pelayo, defendido por la guardia civil. Fueron asesinados unos cuantos empresarios y unos doce sacerdotes, especialmente en Turón. En Sama, treinta guardias civiles y de asalto resistieron un asedio de un día y medio. Cuando se rindieron, algunos fueron fusilados. Indudablemente, estas atrocidades eran consecuencia más de la confusión que de un propósito organizado; pero hicieron las cosas mucho más difíciles para los dos dirigentes socialistas, hasta entonces moderados, Ramón González Peña y Belarmino Tomás, que, un poco sin comerlo ni beberlo, se encontraron al frente de esta revolución.

El gobierno ahora se encontraba enfrentado con algo que nadie vacilaba en calificar de guerra civil. En realidad, el comité que controlaba la ciudad de Mieres estaba considerando la posibilidad de una marcha sobre Madrid. Aunque, desde luego, esto no lo sabían ni Lerroux ni sus ministros, adoptaron varias decisiones muy duras. En primer lugar, llamaron a los generales Goded y Francisco Franco para que actuaran como jefes de Estado Mayor y dirigieran la represión de la rebelión[246]. En segundo lugar, aceptaron el consejo de estos dos generales cuando recomendaron que se enviaran elementos de los regulares y de la Legión Extranjera para reducir a los mineros. Goded, como hemos visto, había sido jefe de Estado Mayor durante unos meses a principios de la República, pero Azaña lo había destituido.

Francisco Franco Bahamonde tenía cuarenta años cuando pasó a ocupar su nuevo puesto durante el gobierno de Lerroux. Nació en 1892 en la base naval de El Ferrol, en Galicia, hijo de un disoluto contador de navío y descendiente

de administradores navales en las dos ramas de su convencional familia, y él también quería ingresar en la marina. Pero no había plaza en la Escuela Naval, a consecuencia del desastre naval de la guerra contra Estados Unidos de 1898. Así pues, en vez de eso, en 1907 ingresó en la Academia de Infantería de Toledo. En 1912 fue destinado a Marruecos, donde, en rápida sucesión, se convirtió en el más joven capitán, comandante, coronel y general del ejército, esto último después del victorioso fin de la guerra. En 1916 le hirieron gravemente en el estómago y volvió a España, donde pasó cuatro años destinado en Oviedo. Fue segundo jefe de la Legión Extranjera al comenzar a existir ésta en 1920, la mandó de 1923 a 1927 y, en particular, dirigió el desembarco en la bahía de Alhucemas (a las órdenes de Sanjurjo) que trajo consigo la victoria, en 1925. En una famosa cena, en 1924, había atacado a Primo de Rivera cara a cara, cuando parecía que el dictador intentaba preparar al ejército para abandonar Marruecos. En realidad, aquel año, él y otros africanistas habían planeado incluso arrestar a Primo de Rivera y a su equipo por considerar ultrajante la idea de abandonar el territorio. Franco era un hombre entregado a su profesión. Nunca bebía, nunca se le veía con mujeres, y, en aquella época (cosa que sus piadosos biógrafos suelen mencionar muy de pasada) no parecía religioso. Su puritanismo puede atribuirse a las indiscreciones de su padre, el contador de navío, que se separó de su mujer en 1907 y a partir de entonces vivió en Madrid con una amante hasta su muerte, en 1942, a los ochenta y siete años; y a la piedad de su madre, que murió en 1933 en la primera etapa de un peregrinaje a Roma. Indudablemente, la infancia de Franco no fue feliz y su adolescencia fue una época de lucha. La vida en Toledo era brutal. Franco siempre tuvo fama de cruel y rigorista. Se

hizo una reputación por su valor y su buena suerte bajo el fuego: entraba en combate montado en un caballo blanco. La eficacia relativa de la Legión Extranjera se debía a él en gran medida. Su primera experiencia en la represión de revoluciones la tuvo durante la huelga general de 1917, cuando estaba en Oviedo. Se casó —tras varias dilaciones debidas a sus campañas— con una muchacha de buena familia asturiana, Carmen Polo. Franco era de baja estatura y, ya a principios de su edad madura, se le acusaba la curva del estómago. Además su voz había adquirido un tono agudo que daba a sus órdenes militares la nota de una súplica. A un político inglés le parecía «un médico de cabecera con mucha práctica, sorprendentemente satisfecho de sí mismo, en cuya intrincada mente era imposible penetrar»[247]. Tenía un sólido prestigio como «general joven y brillante», pero se negaba a declararse favorable a ningún bando político, aunque había admirado la idea de la «revolución desde arriba» de Maura y a la larga le gustó Primo de Rivera. Incluso cuando la República abolió los ascensos obtenidas por méritos de guerra, relegándole así desde casi el primer puesto de la lista de generales de brigada hasta la cola, había encajado el golpe sin grandes reparos. Cuando, en 1931, *ABC* publicó que el nuevo gobierno quería nombrarle alto comisario en Marruecos, Franco escribió que rechazaría tal puesto, ya que aceptarlo supondría «una complacencia mía anterior con el régimen recién instaurado, o como consecuencia de haber podido tener la menor tibieza y reserva en el cumplimiento de mis deberes en la lealtad que debía y guardé a quienes hasta ayer encarnaron la representación de la nación en el régimen monárquico»[248]. Era tímido, tranquilo y paciente, pero también implacable, ambicioso y resuelto: «el hombre menos sincero que he conocido nunca», dijo un periodista americano que en 1936

habló con él[249]. Cuando se preguntaba a los conspiradores monárquicos: «¿Está Franco con vosotros?», les resultaba imposible dar una respuesta clara. No se había vinculado al general Sanjurjo en el pronunciamiento de 1932. Pero no le gustaban las reformas de Azaña, sobre todo la clausura de la nueva Academia Militar de Zaragoza, cuyo primer director había sido él y a cuyos cursos había dedicado mucha atención (inspirándose en Alemania, adonde había ido en 1928). Los republicanos sabían, por alocuciones suyas de cuando estaba en Zaragoza, que era partidario del gobierno autoritario. También sabían que, desde hacía mucho tiempo, le interesaba la política. Ya en 1926 había estado solicitando que se le enviaran libros de teoría política a sus cuarteles generales[250]. Pero el hermano del general, Ramón, el célebre aviador que había sido el primer hombre que había cruzado volando el Atlántico sur, era republicano, e incluso revolucionario: él fue quien, en 1930, lanzó folletos republicanos sobre el palacio real durante el abortado levantamiento republicano.

El gobierno no sólo llamó al general Franco, que conocía bien Asturias, para dirigir la batalla contra los mineros, sino también a la Legión Extranjera y a las tropas marroquíes, porque evidentemente dudaba que el ejército regular pudiera tener éxito. El ministro de la Guerra, el radical Diego Hidalgo, explicó más tarde que estaba aterrado ante la alternativa de tener que ver a los jóvenes reclutas de la península morir en Asturias a causa de su inexperiencia. Tendrían que luchar contra auténticos maestros en el empleo de la dinamita y en la técnica de la emboscada. «Decidí —escribió— que resultaba necesario apelar a las unidades que España mantiene para su defensa, y cuyo oficio es luchar y morir en el cumplimiento de su deber»[251]. A las pocas horas de la llegada del general Franco al

ministerio de la Guerra, eran enviadas unidades de la Legión Extranjera al mando del coronel Yagüe para ayudar a las guarniciones habituales en el norte. Otra columna, dirigida por un general liberal, López Ochoa, que había dirigido a los militares en la conspiración republicana de 1930, se abrió camino para reforzar la guarnición sitiada en Oviedo.

La Legión Extranjera y los regulares tuvieron un éxito inmediato. Apoyados por la aviación, liberaron rápidamente Oviedo. Gijón cayó el 10 de octubre. En estas ciudades, los conquistadores se entregaron a la más vil represión. Después de quince días de guerra y revolución, sólo los comunistas querían continuar luchando en los demás pueblos. González Peña renunció a seguir dirigiendo la revolución. La Legión tomó varias de las ciudades casa por casa. El coronel Yagüe, al mando de la Legión, fomentó el uso ejemplar de la brutalidad en la represión. Finalmente, los rebeldes de Sama acabaron rindiéndose. Belarmino Tomás, el dirigente socialista que había permanecido en primera línea durante toda la lucha, habló en los siguientes términos a una gran multitud de mineros reunidos en la plaza mayor: «¡Camaradas! ¡Soldados rojos! Delante de vosotros, convencidos de que hemos sido fieles a la confianza que depositasteis en nosotros, venimos a hablaros de la triste situación a que se ve reducido nuestro glorioso movimiento de insurrección. Hemos de confesar nuestras conversaciones de paz con el general del ejército enemigo. Pero hemos sido derrotados sólo por algún tiempo. Todo lo que podemos decir es que en el resto de las provincias de España, los trabajadores no han sabido cumplir con su deber y no nos han ayudado. A causa de ello, el gobierno ha podido dominar la insurrección de Asturias. Además, aunque tenemos fusiles, ametralladoras y cañones, carecemos de munición. Todo cuanto podemos hacer es concertar la paz.

Pero esto no significa que abandonemos la lucha de clases. Nuestra rendición de hoy no significa más que un alto en el camino, que nos servirá para corregir nuestros errores y para prepararnos para la próxima batalla, que habrá de terminar en la victoria final de los explotados…»[252].

A continuación, se llevó a cabo un durísimo ajuste de cuentas bajo la dirección de un brutal comandante de policía, Lisardo Doval, conocido por su crueldad. Una de las condiciones para la rendición de los mineros había sido que se retirara de Asturias a la Legión y a los regulares. Esta condición no se cumplió; sólo había sido aceptada por el general López Ochoa, y no por el ministerio de la Guerra.

Estas fuerzas se comportaron en el territorio conquistado igual que si se tratara de un ejército victorioso que viviera de los sufrimientos de los vencidos. Se calcula que murieron de 1000 a 2000 personas, y casi 3000 resultaron heridas. De los muertos, unos 320 eran guardias civiles, soldados, guardias de asalto y carabineros. Es de suponer que, del resto, la mayor parte eran trabajadores. Indudablemente muchas muertes tuvieron lugar una vez acabada la lucha, cuando la Legión «saboreaba» su victoria[253]. En toda España fueron hechos varios miles de presos políticos, quizás 30 000, durante los meses de octubre y noviembre de 1934 (aunque tal vez sólo fuera la mitad)[254]. Y, la mayor parte de ellos, en Asturias. Las casas del pueblo de la región se convirtieron en cárceles de emergencia, y los encerrados en ellas fueron sometidos a toda clase de vejaciones, incluso a tortura[255]. Muchos murieron de un tiro «al intentar fugarse» (quizás a veces fuera realmente así). Un periodista, Luis de Sirval, que se atrevió a denunciar estas atrocidades, fue arrestado y asesinado en la cárcel por tres oficiales de la Legión. En Madrid, los generales Franco y Goded fueron considerados los salvadores de la nación, mientras que la

prensa de derechas daba informaciones aterradoras sobre monjas violadas y curas a los que habían sacado los ojos. Fuera de eso, la censura en Asturias fue completa. En el campo, los terratenientes lo celebraron abandonando toda intención de colaborar con la reforma agraria, se practicaban desahucios muy rápidos, y los socialistas que no habían ido a parar a la cárcel encontraban difícil hallar puestos de trabajo. Se habían creado más resentimientos, y aún más terribles.

10

Consecuencias de Asturias. — Intentos de Lerroux para encontrar un término medio. — El «estraperlo». — La República en un callejón sin salida. — Las elecciones del 16 de febrero de 1936.

Tras la revolución de octubre de 1934 y teniendo en cuenta la manera como había sido sofocada, habría sido preciso un esfuerzo sobrehumano para evitar el desastre final de la guerra civil. Pero ese esfuerzo no se iba a realizar. La mayoría de los dirigentes socialistas estaban en la cárcel, al igual que los dirigentes del gobierno catalán, Azaña y otros varios políticos de izquierdas. Asimismo estaban encarcelados muchos anarquistas, aunque hubieran tenido poca participación en el levantamiento, salvo en Asturias. Tras el arresto de Azaña, atribuible al pánico, se le retuvo en la cárcel algunos meses, indignidad que no tenía ninguna justificación. En estas circunstancias, el levantamiento de Asturias adquirió un significado épico en la mente de las izquierdas españolas. Algunos, haciéndose eco de las últimas palabras de Belarmino Tomás en la reunión final de Sama, profetizaban sobriamente que octubre de 1934 sería para España el equivalente a lo que había sido 1905 para Rusia. Largo Caballero, que permaneció en la cárcel hasta diciembre de 1935, dedicó su encarcelamiento a leer, por primera vez, las obras de Marx y Lenin. La imaginación de este socialista moderado y respetado desde hacía tanto

tiempo, ahora, que se aproximaba a los setenta años, se dejó dominar por visiones revolucionarias. Mientras, muchos otros emplearon su tiempo en la cárcel desarrollando «una auténtica escuela de la revolución»[256]. Entretanto, en París, Romain Rolland interpretaba los sentimientos de los combatientes de la revolución de Asturias al declarar que el mundo no había visto nada tan hermoso desde la Comuna de París. La brutalidad de la proscripción en Asturias hizo olvidar a la gente que incluso Azaña habría tenido que reprimir la revolución; y las noticias de la represión se conocieron a través de los informes de una comisión de las Cortes y de una delegación parlamentaria inglesa. Mientras tanto, las juntas mixtas de arbitraje de Largo Caballero se hundieron en muchos sitios, los obreros de la construcción y los metalúrgicos tuvieron que volver a la semana de cuarenta y ocho horas y muchos fueron despedidos por haber participado en huelgas políticas antes de octubre de 1934. Los patronos redujeron los salarios siempre que pudieron. Los diputados de la CEDA se quejaban, pero sus voces se perdían. Por otra parte, las tierras expropiadas por el Instituto de Reforma Agraria no se devolvieron a sus propietarios. A partir de entonces, todos los partidos estuvieron claramente dominados por una «mentalidad revolucionaria en la derecha y en la izquierda»[257].

Asturias hizo que un estremecimiento de horror sacudiera a la clase media española. Les parecía que cualquier cosa, incluso una dictadura militar, era preferible a la desintegración. ¿Se alzaría con el poder el general Franco, ahora que era jefe de Estado Mayor? ¿Sacarían Gil Robles y la CEDA el mejor partido posible de la oportunidad que se les brindaba? Gil Robles sabía que, si el levantamiento hubiera sido general en toda España y no se hubiera limitado a Asturias, las consecuencias podían haber sido

diferentes[258].

Lerroux seguía siendo el jefe del gobierno de España. En los meses siguientes, el viejo pirata hizo todo lo posible por encontrar un camino intermedio. Así, cuando los monárquicos pidieron que se aboliera el Estatuto catalán con motivo de la revuelta de Companys, Lerroux (apoyado en esto por la CEDA) se limitó a dejarlo en suspenso y a enviar a las provincias catalanas un gobernador general. Su ministro de Agricultura, el político de la CEDA Giménez Fernández, continuó intentando distribuir tierras, durante algún tiempo, e introdujo una legislación para proteger a los pequeños propietarios. Por ejemplo, deseaba dar tierras a 10 000 cultivadores a lo largo de 1935. Pero se encontraba siempre con el obstáculo de personas como Lamamié de Clairac, el carlista, que tanto habían perjudicado a la primera Ley de Reforma Agraria en los debates de las Cortes.

Sin embargo, el problema más espinoso para el gobierno fue el planteado por la cuestión del castigo de los rebeldes de 1934. Porque, en febrero de 1935, los tribunales militares habían pronunciado veinte sentencias de muerte. De éstas, se ejecutaron dos[259]. Entre los condenados se contaban Companys; diputados socialistas como el pobre Teodomiro Menéndez, que casi se había vuelto loco en la cárcel al oír los gritos de los torturados; Ramón González Peña; Belarmino Tomás, y algunos oficiales que habían tomado partido por la rebelión en Madrid o en Cataluña. Mientras tanto, muchos ayuntamientos dirigidos por socialistas continuaban suspendidos, porque sus miembros pertenecían al mismo partido que algunos de los rebeldes de 1934. Lerroux, imaginando el poso de rencor que dejaría la ejecución de, por ejemplo, Belarmino Tomás y González Peña (los dos diputados socialistas de Asturias), y no digamos la de Companys, era partidario de la conmutación

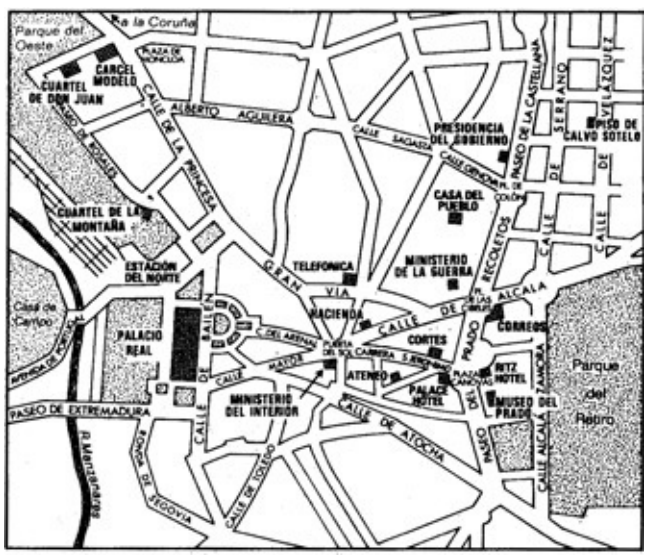
de las penas de muerte. Los ministros de la CEDA eran partidarios de que se ejecutaran, y Gil Robles defendió este punto de vista con gran energía. Lerroux contaba con el apoyo del presidente, Alcalá Zamora, que recordaba cómo el general Sanjurjo y sus compañeros de conspiración habían sido indultados en 1933. Las sentencias fueron conmutadas. Los ministros de la CEDA dimitieron. Después de una prolongada crisis, Lerroux formó un nuevo gobierno en el que la CEDA tenía cinco representantes, entre ellos Gil Robles como ministró de la Guerra.

Gil Robles nombró a Franco jefe de Estado Mayor, haciéndole volver de Marruecos, adonde había sido enviado el invierno anterior. A continuación, fueron ascendidos varios oficiales de derechas, y otros considerados liberales o socialistas perdieron sus puestos. Gil Robles, además, inició negociaciones para comprar armas a Alemania[260]. Pero no hubo más ejecuciones. Companys y otros dirigentes declarados culpables de rebelión fueron condenados a cadena perpetua, condena que nadie creía que fuera a cumplirse. Largo Caballero fue detenido con otros, y pasó meses en la cárcel sin ser juzgado. Azaña fue puesto en libertad, ya que los cargos que se le imputaban no fueron aceptados por una mayoría de dos tercios en las Cortes, aunque era obvio, por los discursos de políticos de derechas, que muchos esperaban acabar con él y con los republicanos de izquierdas de una vez para siempre[261].

El rencor con que ahora se miraban los dos extremos del espectro político era difícil de mitigar. Pero los hombres de centro —y, en aquellas circunstancias, tanto el presidente como el jefe de gobierno eran hombres de centro— tenían la posibilidad de resolver las cosas. No obstante, desperdiciaron esta oportunidad. Se propuso la revisión de algunas cláusulas de la Constitución. Esto habría modificado

el carácter de la autonomía regional, habría establecido un senado y habría alterado las leyes concernientes al divorcio y al matrimonio. Un financiero independiente, aunque ortodoxo, Joaquín Chapaprieta, se dispuso a preparar un presupuesto —cosa que no se había visto en la República desde 1932—. Deseaba reducir la corrupción y el gasto excesivo en burocracia. Estas medidas, admirables en sí mismas, habrían reducido los gastos del gobierno en materia de enseñanza, afectando a los sueldos de los maestros, todavía insuficientes. Pero no se llegó a aprobar ni el presupuesto ni la revisión constitucional[262]. (El presupuesto de 1932, que se repetía anualmente, fue el único acto financiero de la República). Luego, el ministro de Agricultura, Giménez Fernández, dimitió en mayo de 1935, a causa de una propuesta de alteración de la Ley de Reforma Agraria: sus ideas humanitarias le habían valido el apodo de «el bolchevique blanco» en los círculos monárquicos, y su costumbre de invocar encíclicas papales para defender sus proyectos enfurecía a muchos. Su eclipse supuso el fin de la idea de que la CEDA pudiera modificar la Ley de Reforma Agraria, y no archivarla. Chapaprieta formó un gobierno en el que entró Lerroux como ministro de Estado. Pero el Partido Radical se hundió debido a un escándalo. Un aventurero financiero holandés, Daniel Strauss, había convencido a ciertos ministros para que favorecieran la introducción en España de un nuevo tipo de ruleta, el *straperlo*. Strauss prometió que, a cambio del permiso para introducir esta ruleta, garantizaría los beneficios. Cuando estalló el escándalo, se descubrió que el hijo adoptivo de Lerroux estaba íntimamente complicado con Strauss. También estaba implicado el propio Lerroux, cuyas finanzas siempre habían sido tortuosas, así como Salazar Alonso, exministro de la Gobernación y alcalde de Madrid; el

gobernador civil de Barcelona, y algunos otros. Los radicales dimitieron, ante la execración pública, y la palabra «*estraperlo*» pasó al lenguaje común como sinónimo de escándalo público. Mientras tanto, el Partido Radical, que había tenido un papel tan importante en la vida de la República, aunque su política hubiera significado tan poco, se desmoronó, y la alianza que Lerroux había sellado con Gil Robles, y que había gobernado a España durante un año, también se deshizo[263]. Al cabo de unas semanas, el jefe de gobierno se enfrentó a Gil Robles, técnicamente a propósito del deseo de Chapaprieta de introducir un impuesto sobre las grandes propiedades rurales y de aumentar los derechos sucesorios, del 1% al 3,5%; pero Gil Robles había provocado la crisis para dar su último paso hacia la jefatura del gobierno.



5. Madrid durante la Segunda República

Sin embargo, el presidente Alcalá Zamora, que durante el año anterior se había interferido continuamente en el curso cotidiano de la administración, seguía decidido a no pedir a Gil Robles que formara gobierno. Aunque Gil Robles, a

finales de 1935, parecía haber madurado y estar lejos de ser el corporativista católico y experimental que había afirmado ser en 1933[264], algunos de sus seguidores, particularmente los de la JAP, parecían impacientes por empuñar las armas; ya habían adoptado unos símbolos y un lenguaje de apariencia fascista. Llevaban una cruz negra de la que colgaban las letras Alfa y Omega, en blanco, y enmarcadas en rojo, en un intento de simbolizar a Don Pelayo, el primer rey de la Reconquista, y un barco blanco e inmaculado en un mar de sangre de mártires. Además, Gil Robles tenía un programa de reforma constitucional que no gustaba a Alcalá Zamora[265]. Por último, las relaciones personales entre Gil Robles y el presidente eran malas. Éste tenía celos del primero, mientras que Gil Robles encontraba vano al presidente. Por consiguiente, el presidente recurrió a un expediente algo irreflexivo; pidió a uno de sus amigos, Manuel Pórtela Valladares, un político gallego de la época de la Monarquía que formara un gobierno provisional y preparara nuevas elecciones[266]. Pórtela, masón e infatigable historiador de la herejía prisciliana, había sido redescubierto para la política por Lerroux en una playa del norte de España, en el verano de 1934. Como ministro de la Gobernación, a principios de 1935, había sido el que informaba a Alcalá Zamora de lo que pasaba en el gabinete. Ahora el presidente esperaba que Pórtela pudiera reorganizar a las «fuerzas de centro» para ocupar el lugar del difunto Partido Radical. Desgraciadamente, ni Alcalá Zamora ni Pórtela Valladares se daban cuenta de que el centro era un concepto en baja.

La acción de Alcalá Zamora fue un ultraje para Gil Robles. También lo fue para su subsecretario en el ministerio de la Guerra, el general Fanjul, quien le dijo: «Si me da la orden, esta misma noche salgo a las calles de Madrid con la

guarnición de la capital. El general Varela piensa igual que yo». La respuesta de Gil Robles no fue todo lo explícita que podría haber sido: «Si el ejército, agrupado en torno a sus jefes naturales, cree que debe tomar el poder temporalmente con el objeto de salvar el espíritu de la Constitución, yo no constituiré el menor obstáculo». Dijo a Fanjul que consultara con los otros generales. El general Franco, jefe de Estado Mayor, opinó que no había que contar con el ejército para dar un golpe de Estado. De manera que nadie se lanzó, a pesar de que la idea fue apoyada por algunos oficiales, falangistas y monárquicos[267]. Gil Robles abandonó el ministerio de la Guerra. El general Franco lloró[268]. Pórtela formó un gobierno provisional compuesto por políticos no parlamentarios y de centro, de segunda fila. Se suavizó la censura de prensa, mientras las derechas acusaban a Gil Robles de cobardía y debilidad por haber abandonado el poder. Azaña ya había empezado a reconstruir su Izquierda Republicana a partir del éxito obtenido en otoño con su pieza oratoria ante un auditorio de tal vez cien mil personas, fuera de Madrid, en un campo de Comillas: la «clamorosa ovación» con que fue acogido el discurso tuvo resonancia en todo el país[269]. A continuación, volvieron a abrirse las casas del pueblo, y las izquierdas levantaron cabeza de nuevo. Los socialistas, los comunistas y las izquierdas aprovecharon la oportunidad hasta el máximo: «Octubre» y «Asturias» se convirtieron en palabras sagradas, que evocaban la lucha desesperada de los heroicos revolucionarios contra la Legión Extranjera («los moros», «los carniceros de octubre»).

El 4 de enero fueron disueltas las Cortes. Las elecciones debían celebrarse el 16 de febrero. Pórtela intentó retrasarla votación con dilaciones anticonstitucionales, pero no lo consiguió. La larga campaña electoral que tuvo lugar entre estas dos fechas estuvo, al principió, dominada por Gil

Robles. Su fotografía de «jefe», con un texto debajo que pedía para el «una mayoría absoluta para que pueda daros una España grande», miraba retadoramente desde los carteles de la Puerta del Sol. Sin embargo, a medida que avanzaba la campaña, se hizo evidente que los dirigentes de la CEDA no tendrían el camino tan fácil como habían supuesto. Por consiguiente, empezaron a organizar listas comunes con otros partidos de derechas. En muchos sitios, los monárquicos alfonsinos y carlistas, los «agrarios» y los «independientes» se aliaron con la CEDA, constituyendo el Frente Nacional.

El año anterior los dos partidos monárquicos habían desarrollado intensa actividad: doscientos carlistas habían recibido instrucción militar en un campo de aviación próximo a Roma, disfrazados de oficiales peruanos[270], y habían tenido lugar muchas discusiones ideológicas entre los monárquicos, que todavía vacilaban entre el «fascismo» y el tradicionalismo. Calvo Sotelo, el ministro de Hacienda de Primo de Rivera, había ingresado en Renovación Española, pero estaba intentando crear una alianza por su cuenta con todos los monárquicos autoritarios: durante su exilio en Francia, sus puntos de vista habían evolucionado hacia el fascismo, en parte debido al contacto con la Action Frangaise de Maurras, y había hablado de rebelión con otros monárquicos exiliados.

A juzgar por sus escritos, y por los de Ramiro de Maeztu (todavía director de *Acción Española*), Pradera (el ideólogo carlista de «el nuevo Estado»), y Sáinz Rodríguez, que se había convertido en el principal «teórico» alfonsino, parecía como si las derechas autoritarias estuvieran cerrando filas.

En cuanto a la Falange, José Antonio llevaba mucho tiempo ocupado en una controversia con el antiguo

dirigente de las JONS, Ledesma Ramos. Éste siempre había considerado a José Antonio como un mero señorito, y criticaba sus contactos con la Iglesia y la clase alta[271]. Ledesma creó una organización de trabajadores, la CONS (Central Obrera Nacional-Sindicalista), que, sin embargo, consiguió pocos afiliados. José Antonio logró tomar la delantera a los extremistas de la Falange que querían la violencia, aunque no había conseguido crear una política que pudieran apoyar tanto los monárquicos que le respaldaban económicamente, como Ledesma. En octubre de 1934, José Antonio había sido confirmado como dirigente del partido sólo por un voto (17 a 16)[272]. Ledesma intentó separar a las JONS de la Falange para conservarlas como un partido nacionalsindicalista, aunque fuera minúsculo. Sus relaciones personales con José Antonio siempre habían sido malas. Cuando Ledesma escribió unos artículos en los que acusaba a José Antonio de ser el «instrumento de la reacción», fue expulsado de la Falange. Estos acontecimientos, y las dificultades financieras de estos jóvenes fascistas españoles, habían impedido que aumentara su número (especialmente después de que el rico monárquico marqués de Eliseda rompiera con ellos) tras la revolución de Asturias, cuando habría sido de esperar que aumentara su atractivo. Pero continuaron desfilando los domingos con sus camisas azules. En la campaña electoral, la Falange quedó fuera de la alianza derechista, porque Gil Robles no pudo acceder a las peticiones de reparto de escaños que le hizo José Antonio. Los antiguos electores de José Antonio en Cádiz no querían saber nada de él, y la CEDA, al igual que los carlistas, criticaban el «cooperativismo» económico de José Antonio, que consideraban peligrosamente socialista. A pesar de todo, la Falange presentó varios candidatos que criticaron

duramente el «estéril y estúpido bienio en el poder» de la CEDA. Sin embargo, muchos de los falangistas más enérgicos todavía no habían llegado a la edad de votar[273].

A la izquierda de esta alianza derechista se encontraban los diferentes partidos de centro. Entre ellos estaba Lerroux y los radicales, la Lliga (los empresarios catalanes), los progresistas (seguidores de Alcalá Zamora), y el llamado específicamente Partido del Centro, fundado por el jefe del gobierno, Pórtela Valladares. También se contaba entre los partidos de centro el Partido Nacionalista Vasco, que, aunque desde 1934 estaba en malas relaciones con sus aliados natos de la CEDA, todavía vacilaba a la hora de aliarse claramente con las izquierdas[274]. Pórtela intentó fomentar el centro artificialmente nombrando a amigos suyos para el cargo de gobernadores civiles, pero le falló la estratagema.

Las izquierdas, en las elecciones de febrero de 1936, se agruparon en un bloque llamado Frente Popular. El nombre había sido propuesto por el Partido Comunista. El mes de julio anterior se había celebrado en Moscú el séptimo congreso del Komintern. Dimitrov, comunista búlgaro que era entonces el secretario general del Komintern (debido a su desafiante conducta cuando se le acusó de haber prendido fuego al Reichstag), había definido los objetivos políticos del comunismo mundial frente a la amenaza que suponía para la Unión Soviética el encumbramiento de Hitler: «La formación de un Frente del Pueblo unido que permita la acción conjunta con los partidos social-demócratas es una necesidad. ¿Por qué no procuramos unir a los comunistas, los socialdemócratas, los católicos y demás trabajadores? Camaradas, recordad la antigua leyenda de la conquista de Troya. El ejército atacante no pudo lograr la victoria hasta que, con la ayuda del caballo de Troya, penetró en el mismo

corazón del campo enemigo. Nosotros, trabajadores revolucionarios, no tenemos por qué avergonzarnos de utilizar las mismas tácticas»[275].

Con estas palabras se lanzó oficialmente la política internacional de los frentes populares. Se reprochó a los partidos comunistas por haber tratado hasta entonces a todos los partidos burgueses como si fueran fascistas. Ahora se les recomendó que defendieran la democracia parlamentaria y burguesa hasta que pudieran reemplazarla por la «democracia proletaria». Esta política del Frente Popular fue más lejos que la del Frente Único de los años veinte. Entonces (como en la Europa Oriental después de 1945), los partidos comunistas tenían instrucciones de hacer causa común con otros partidos de la clase trabajadora, únicamente. Pero con el Frente Popular tenían que establecer relaciones también con partidos de la clase media.

A los comunistas no les fue fácil conseguir que Largo Caballero accediera a entrar en esta alianza: el dirigente comunista francés Duclos vino a España especialmente para convencerle[276]. Pero la persecución posterior a 1934 y el intento de procesar a Azaña contribuyeron a crear una amistad, por breve que fuera, entre los dirigentes de izquierdas. Azaña y Prieto fueron los que, en realidad, organizaron la alianza. El prestigio de Azaña había aumentado mucho a lo largo del año 1935, y de su irónico relato sobre su estancia en la cárcel en 1934 (*Mi rebelión en Barcelona*) se habían vendido 25 000 ejemplares. (Los partidos republicanos ya habían formado en noviembre un Frente Republicano). Azaña y Largo Caballero estaban en malas relaciones, pero la alianza les venía bien. A pesar de todo, ahora Largo Caballero se consideraba un socialista revolucionario y aunque deseaba una República sin lucha de clases, pensaba que para ello «es necesario que desaparezca

una clase»[277]. El Partido Socialista continuaba dividido; Prieto y Besteiro intentaban contener el renovado impulso de la mayoría, presionada por los jóvenes, hacia la revolución; o, mejor dicho, hacia la «bolchevización». (Prieto regresó de París a España en diciembre de 1935, una semana después de que Largo Caballero saliera de la cárcel).

Los anarquistas se mantuvieron fuera del sistema, pero, en el último minuto, alentaron a sus miembros a repetir ante las urnas la unidad manifestada en Asturias. Esto se debió a que una de las principales propuestas del programa del Frente Popular era la amnistía para los presos políticos. Las derechas se dieron cuenta de lo mucho que les convenían las abstenciones anarquistas, y en Cádiz (y quizás en otros sitios) ofrecieron sumas importantes a los dirigentes anarquistas para que éstos hicieran propaganda antielectoral[278].

En el programa del Frente Popular también había otras medidas que se referían a Asturias. Todos los parados por meras razones políticas debían ser readmitidos en su trabajo (esto era una advertencia a los patronos que habían tomado nuevos obreros para reemplazar a los que estaban en la cárcel, o a los despedidos después de octubre de 1934). El Estado pagaría una indemnización a las víctimas de 1934. Se restablecería el Estatuto catalán. Se negociarían otros estatutos regionales. La Ley de Reforma Agraria y otras reformas iniciadas en 1933 recibirían prioridad[279].

La lucha electoral fue tempestuosa. El gobierno levantó el «estado de alarma» que se había mantenido en muchas áreas desde lo de Asturias. Enormes multitudes acudían a los mítines. Había mucha violencia en las palabras; de momento sólo en las palabras. «El fascismo vaticanista —proclamaba una octavilla de propaganda electoral— ofreció trabajo y ha

dado hambre; ofreció paz y ha dado cinco mil tumbas; ofreció orden y ha alzado el patíbulo. El Frente Popular no ofrece más de lo que ha de dar ni menos de lo que dará: ¡Pan, Paz y Libertad!»[280]. Los obispos aconsejaron explícitamente a los católicos que votaran contra el Frente Popular. Largo Caballero declaró que, si ganaban las derechas, él «procedería a declarar la guerra civil», y Primo de Rivera manifestó que sus hombres no harían caso de un resultado «peligrosamente contrario al destino eterno de España»[281]. Lerroux y los radicales concentraron sus esfuerzos para hundir al Partido de Centro fundado por Pórtela. Calvo Sotelo apareció por primera vez como figura nacional. Su campaña fue explícitamente antirrepublicana y antidemocrática. Argüía que la Constitución estaba muerta, asesinada por sus propios creadores. Las próximas Cortes habrían de ser otra vez Cortes Constituyentes[282]. Además decía a los españoles patriotas, con un lenguaje muy vigoroso, que, si no votaban por el Frente Nacional, la bandera roja ondearía sobre España: «esa bandera roja que simboliza la destrucción del pasado y de los ideales de España».

España acudió a las urnas el 16 de febrero, el domingo de Carnaval, antes de la Cuaresma. 34 000 guardias civiles y 17 000 guardias de asalto garantizaron el orden. Hubo algunos disturbios en Granada, donde fue asaltado un colegio electoral, mientras otros individuos llenaban la urna con votos preparados. Pero estos casos fueron raros. El corresponsal de *The Times*, Ernest de Caux, informó que la votación había sido «generalmente ejemplar»[283]. Los resultados de la primera vuelta de las elecciones, dados a conocer el 20 de febrero, fueron los siguientes, en lo que se refiere a los bloques nacionales:

4 654 116 (34,3%) para el Frente Popular.

4 503 505 (33,2%) para el Frente Nacional.

526 615 (5,4%) para el Centro, incluidos 125 714 votos para los nacionalistas vascos[284].

El Frente Popular había obtenido 263 diputados, el Frente Nacional, 133, y el Centro, 77. Veinte de estos escaños (cuando nadie había obtenido más del 40% de los votos emitidos) quedaron pendientes de una segunda vuelta electoral, que tendría lugar dos semanas más tarde. Pero, evidentemente, las izquierdas tenían una mayoría de escaños que reflejaba una clara mayoría de votos emitidos.

Es imposible dar las cifras de votos por partidos puesto que los electores votaron a alianzas y no a partidos aislados. Pero los principales partidos se repartieron los escaños de la siguiente manera: Socialistas, 88; Izquierda Republicana (esto es, el partido de Azaña), 79; Unión Republicana (Martínez Barrio), 34; Comunistas, 14; *Esquerra*, 22; CEDA, 101; Agrarios, 11; Monárquicos (incluido Calvo Sotelo), 13; Carlistas, 15; nuevo Partido del Centro de Pórtela Valladares, 21; *Lliga*, 12; Radicales, 9; y Vascos, 5. La Falange no obtuvo ningún escaño[285].

Volvieron la mayoría de los antiguos dirigentes, pero ni Lerroux ni José Antonio consiguieron escaño alguno.

Después se hicieron muchos juegos malabares con estas cifras para demostrar esto o aquello. Tales discusiones ignoraban el hecho de que el sistema electoral (que, en una provincia concreta, dio el 80% de los escaños a un partido que había ganado más del 50% de los votos) estaba pensado a propósito para fomentar las coaliciones. Tanto las derechas como las izquierdas aumentaron sus votos, en parte porque en 1936 hubo unos cuantos votantes más para ellos que en 1933, y en parte porque al centro le fue mal. El caciquismo desempeñó un papel en los distritos rurales, con lo que tal vez la victoria del Frente Popular fue mayor de lo que

muestran las cifras; pero la acusación de que los socialistas habían creado su caciquismo propio en algunas ciudades no carece de fundamento. En todo caso, las izquierdas habían logrado una victoria inesperada; y las derechas, particularmente la CEDA, una derrota inesperada. El eclipse del centro fue un fiel reflejo de la falta de apoyo que había encontrado en el país aquella neutralidad tan artificial.

Hubo una cantidad importante de abstenciones: quizás el 28% (en comparación con el 32,5% en 1933). De un electorado total de 13 500 000, votaron unos 9.870 000. La mayoría de abstenciones se produjeron en Aragón, Galicia y Andalucía[286].

Puede argüirse que las cifras sugieren que el electorado tendía hacia un sistema de dos partidos[287]; Azaña y Gil Robles eran los paladines de dos posturas muy definidas, hecho olvidado más tarde debido a la aversión de varias minorías (militaristas, anarquistas, campesinos socialistas, juventudes socialistas y fascistas) a aceptar un sistema parlamentario bastante bien establecido, como puede deducirse del hecho de que votara un 70%. Este hecho cierto, como tantos otros, fue olvidado ante un alud de lemas propagandísticos que apenas si se diferenciaban en algo de unas puras mentiras: porque Lerroux no era «un Mussolini» (como tampoco lo era Azaña), aunque su antiguo amigo Ossorio y Gallardo lo describiera una vez con ese calificativo, y el lema «Ante todo por Dios y por España» no era un lema fascista; Azaña no era Kerensky, ni Largo Caballero era Lenin (aunque pretendiera serlo). Ni la derecha parlamentaria ni los socialistas (ni, desde luego, el ejército) eran partidarios de la Constitución, pero tampoco eran firmemente anticonstitucionalistas: de hecho, tanto la CEDA como los socialistas eran «accidentalistas», y el idilio de los socialistas con la democracia duró sólo de 1930 a 1933.

Estos dos partidos eran malos perdedores, y los socialistas eran casi tan malos como ganadores. Ya en 1933, Largo Caballero había dicho a sus seguidores: «Hoy estoy convencido de que llevar a cabo una labor socialista dentro de una democracia burguesa es imposible»[288]. Pero, como suele ocurrir, la democracia burguesa parecía a casi todo el mundo un amigo maravilloso, aunque perdido, o por lo menos así se la consideraría unos meses más tarde, al producirse el enfrentamiento armado de dos filosofías obstinadas y totalitarias: una procedente de las juventudes socialistas, la izquierda del Partido Socialista, los comunistas y quizá también un sector anarquista, y la otra procedente de una alianza de fascistas, monárquicos absolutistas y juventudes católicas.

11

Franco y Pórtela Valladares. — Las cárceles abren sus puertas. — Azaña vuelve al poder. — Los asesinatos de la Falange. — Largo Caballero, «el Lenin español». — Calvo Sotelo pasa a primer plano. — Mola en Pamplona. — Escisiones de las izquierdas. — Destitución de Alcalá Zamora. — Azaña, presidente. — José Antonio se adhiere a la conspiración.

A medida que se iban conociendo los resultados de las elecciones, se iniciaban los intentos para contrarrestar sus consecuencias. José Antonio ofreció a Pórtela los servicios de la Falange y solicitó armas. Luego los monárquicos pidieron a Gil Robles que diera un golpe de Estado. Él se negó en principio aunque después se entrevistó con Pórtela, a las cuatro de la mañana, para pedirle que declarara inmediatamente el «estado de guerra»[289] y le introdujera en el gobierno, como «ministro, secretario o mecanógrafo: lo que usted quiera», para aliviar la preocupación de las derechas[290]. Pórtela dijo que se lo pensaría, pero lo único que hizo fue telefonear al presidente para pedirle que declarara el «estado de alerta». Y éste así lo hizo. Entonces, Franco, el jefe de Estado Mayor, instó a Pórtela a que declarara el «estado de guerra», tras instar a su propio ministro, el general Molero, y al director general de la

guardia civil, el general Pozas, para que recomendaran lo mismo[291]. Naturalmente, el «estado de guerra» sometería al país a la ley marcial y sería en realidad un golpe de Estado. Según Franco, Pórtela preguntó por qué el ejército no actuaba por iniciativa propia. Franco dijo que, sin el apoyo del gobierno, no contaría con la ayuda esencial de la guardia civil. Pórtela y el presidente continuaban resistiéndose a la idea. La mañana del 18 de febrero, Pórtela intentó entregar el poder a Azaña, quien, sin embargo, creyó que debía esperar hasta que se reunieran las Cortes. Pórtela, ansiando librarse de su responsabilidad, trató de encontrar una alternativa. Franco volvió a intentar disuadirle de que abandonara el poder, y Calvo Sotelo también visitó al jefe de gobierno con la misma intención. Mientras tanto, los socialistas estaban empezando a hablar de huelga general. Pórtela, agotado, casi loco, sordo a los consejos, insistió en dimitir[292]. Calvo Sotelo declaró que todo estaba perdido. Entonces el presidente pidió a Azaña que formara gobierno. Esto era irregular pero, dados los deseos de Pórtela de rehuir toda responsabilidad, no había otra alternativa[293]. Los gobernadores civiles nombrados por Pórtela dimitieron simultáneamente, creando así un vacío que era necesario llenar con celeridad.

El general Franco, junto con los generales Fanjul (últimamente subsecretario de Guerra en el ministerio de Gil Robles), Varela (el exinstructor de los carlistas), Emilio Mola, a quien Gil Robles había dado el mando en Marruecos, Orgaz, y Ponte, decidieron no adoptar de momento ninguna medida contrarrevolucionaria, aunque tanto Fanjul como Goded lo estaban deseando.

Entretanto, el entusiasmo de los partidarios del Frente Popular no tenía límites. Una inmensa multitud se aglomeró ante el ministerio de la Gobernación, en Madrid, gritando:

«¡Amnistía!». En Oviedo, los militantes del Frente Popular se adelantaron a los resultados de las elecciones y abrieron las cárceles, en las que se encontraban la mayor parte de los detenidos a raíz de la revolución de Asturias. También quedaron en libertad algunos delincuentes comunes. El primer acto de Azaña como jefe de gobierno fue la firma de un decreto de amnistía que se extendía a todos los presos políticos. Fueron liberados los socialistas y los dirigentes catalanes de 1934. Companys y sus consejeros salieron de la cárcel, siendo aclamados de nuevo como rectores de su amada ciudad, en medio de unas escenas de entusiasmo nunca vistas en las floridas Ramblas de Barcelona. Luego, el Tribunal de Garantías Constitucionales declaró ilegal la suspensión del Estatuto catalán. Companys formó de nuevo su gobierno igual que en 1934, con la excepción del doctor Dencás, que prudentemente permaneció en el extranjero. Azaña también constituyó su gobierno con representantes de su propio partido, Izquierda Republicana, del partido de Martínez Barrio, Unión Republicana (Martínez Barrio pasó a ser presidente de las Cortes), y de la *Esquerra* de Companys. Amós Salvador, un viejo amigó de Azaña que había financiado la publicación literaria *La pluma* que dirigiera Azaña en 1920, fue nombrado ministro de la Gobernación. Entre las caras conocidas de 1931-1933 se contaban la de Casares Quiroga en el ministerio de Obras Públicas, la de Marcelino Domingo en Instrucción Pública, y la de José Giral en Marina. El general Masquelet, que había sido destituido de su puesto de jefe de Estado Mayor en 1934, fue nombrado ministro de la Guerra. Si se le hubiera pedido, Prieto habría entrado a formar parte del gobierno; pero Largo Caballero se opuso a prolongar aquella colaboración.

Azaña afrontó la perspectiva de su nuevo período de poder con el ánimo deprimido: «Siempre he temido que

volviésemos al gobierno en malas condiciones. No pueden ser peores. Una vez más hay que segar el trigo en verde»[294]. Para sobrevivir, el gobierno tenía que depender de los socialistas, sus aliados en las elecciones. Así pues, el Frente Popular se mantuvo, pese a su escasa consistencia. Azaña y sus ministros iniciaron su nueva administración con un llamamiento a la tranquilidad. Mantuvieron el estado de alarma, con censura de prensa. Se nombraron nuevos gobernadores civiles en casi todo el país; la mayoría miembros del partido de Azaña. Muchos oficiales izquierdistas, o en cualquier caso republicanos, fueron destinados a los puestos críticos de las fuerzas de policía nacionales. Los generales Franco y Goded fueron destinados a puestos de mando de poca importancia en las Canarias y las Baleares, respectivamente. El gobierno también empezó a poner en práctica los acuerdos del pacto del Frente Popular.

El Instituto de Reforma Agraria reanudó sus tareas. Se adoptaron medidas que eran consecuencia de los decretos de amnistía. Pero esto significaba que los patronos tenían que readmitir a los hombres que habían despedido después de las huelgas de 1934, y además indemnizarlos por los salarios perdidos. Al mismo tiempo tenían que mantener en sus puestos a quienes los habían reemplazado, o darles una indemnización. El ministro de Educación volvió a los antiguos planes de 1931-1932 para sustituir la enseñanza de las órdenes religiosas por la estatal. En consecuencia bajó la peseta, y los grandes financieros empezaron a sacar su capital fuera del país, e incluso a marcharse ellos mismos[295]. En Asturias y en algunos otros sitios, los propietarios abandonaron la explotación de las minas de carbón; el gobierno se hizo cargo de ellas, mediante una especie de nacionalización provisional, con la intención de traspasarlas a cooperativas de trabajadores al cabo de unos meses[296].

Mientras tanto, tuvo lugar la segunda vuelta de las elecciones: el Frente Nacional estaba en plena confusión, y la victoria final del Frente Popular fue muy destacada. El Tribunal de Garantías Constitucionales, además, falló a favor del Frente Popular en numerosos casos de impugnación de resultados electorales. La CEDA recusó estos fallos, se hirieron algunas enmiendas, y se aplazaron hasta el mes de mayo cuatro elecciones. Estas disputas constitucionales agriaron aún más las relaciones entre los vencedores y los derrotados[297].

Pero estas dificultades eran pequeñas comparadas con otras amenazas a la ley y al orden que se estaban produciendo en España. A partir de las elecciones, se extendió por toda la superficie del país un reguero de violencias, asesinatos e incendios provocados. Esto se debía en parte a la euforia de los socialistas y anarquistas al verse libres de la cárcel, o como mínimo, del gobierno de la CEDA y los radicales. También era obra consciente de la Falange, decidida a exacerbar el desorden en España para justificar la implantación de un régimen de «orden». Calvo Sotelo y Goicoechea culpaban de su derrota a la CEDA y al «estúpido apaciguamiento» de 1935. José Antonio Primo de Rivera seguía teniendo una actitud ambigua respecto a la violencia. El 21 de febrero, había enviado una circular a los jefes locales de toda España: «Los jefes cuidarán de que por nadie se adopte actitud alguna de hostilidad hacia el nuevo gobierno ni de solidaridad con las fuerzas derechistas derrotadas […]. Nuestros militantes desoirán terminantemente todo requerimiento para tomar parte en conspiraciones, proyectos de golpe de Estado o alianzas de fuerzas de orden»[298]. Al parecer, durante un tiempo después de las elecciones había deseado llegar a un acuerdo con Prieto. ¿Estaría dispuesto Prieto a convertirse en el jefe de

una «Falange socialista» unificada? Pero Prieto, a pesar de que se encontraba aislado en su propio partido, se negó a negociar[299], aunque, como tantos otros, encontrara personalmente simpático a José Antonio. A partir de entonces, a José Antonio le resultó imposible retener a sus seguidores, ya que éstos creían que se aproximaba su oportunidad: se contrataron pistoleros, incluidos algunos exlegionarios de Marruecos[300], y, después de nuevos ataques de las izquierdas, José Antonio empezó a llegar a la conclusión —sin duda de mala gana— de que sólo un alzamiento militar podía salvar a España. A finales de febrero de 1936, la Falange probablemente no llegaba a los 25 000 miembros, pero esto no alteraba para nada su poder de provocación[301]. Patrullando montados en sus automóviles, armados con ametralladoras, los «señoritos» de la Falange hacían todo lo posible para aumentar el desorden. «El Paraíso —les había dicho temerariamente José Antonio— no es el descanso. El Paraíso está contra el descanso [...]. En el Paraíso se está verticalmente, como los ángeles». Muy bien, pensaron ellos, entonces, probémoslo. Pronto, los miembros de la JAP y otros jóvenes de derechas empezaron a pasarse a la Falange en tan gran número que a José Antonio le empezó a preocupar la posibilidad de que su movimiento perdiera su identidad[302].

En cuanto a las izquierdas, nuevamente se echaron a la calle las milicias y otras organizaciones paramilitares fundadas en 1933 o 1934 y prohibidas (y encarcelados sus miembros) en 1934, creando un clima de intimidación de patronos, huelgas violentas en todo el país y un rápido aumento del miedo a la revolución. La mayoría de los militantes de la FAI y de la CNT seguían manteniéndose al margen del sistema. Continuaban creyendo que con una enciclopedia y una pistola pronto se verían libres de toda

traba política. El declinar de la República los llenaba de la misma exuberante satisfacción que a los miembros de la Falange. Se cree que algunos de los pistoleros de ambos grupos llegaron a trabajar en común; especialmente contra los socialistas, que solían llamar a la Falange con desprecio la «FAI-lange»[303]. Mientras tanto, un día sí y otro no, destacados políticos peroraban en grandes mítines en plazas de toros o plazas públicas, y la preocupación política del país se manifestaba en la asombrosa cantidad de personas que asistían a estas reuniones. Las actuaciones de Largo Caballero eran particularmente inflamatorias.

Durante las semanas posteriores a las elecciones de febrero, Largo Caballero se fue entusiasmando progresivamente con la perspectiva de la revolución. En parte le estimulaban lo que a él le parecían perspectivas reales de poder. En parte tenía prisa. Y por último, además, se rindió a los halagos de sus amigos del movimiento juvenil. Éstos le llamaban «el Lenin español»[304]. El experimentado negociador sindical se dejó cautivar por este inadecuado nombre. Mientras los votos de su partido mantenían en el poder al gobierno de Azaña, Largo Caballero recorría España formulando declamatorias profecías de que la hora de la revolución estaba cerca, ante muchedumbres que le vitoreaban locamente. La política real de Largo Caballero era, sin duda, más moderada de lo que sugerían sus apocalípticos discursos. Cuando, finalmente, el poder llegó a sus manos en circunstancias muy diferentes —hay que reconocerlo—, Largo Caballero se mostró astuto, práctico, humano y poco imaginativo. Pero esto nadie podía preverlo. Por consiguiente, a partir de marzo de 1936, se planteó claramente la antigua disputa entre el ala del Partido Socialista que seguía a Largo Caballero y la que todavía seguía a Prieto. Prieto, todavía entonces, controlaba la junta

directiva del Partido Socialista y el periódico del partido, *El Socialista*. Y Largo Caballero dirigía la UGT, el nuevo periódico *Claridad*, el movimiento juvenil y los socialistas de Madrid. Pero, a pesar de los numerosos y excelentes discursos de su líder, los prietistas estaban a la defensiva. Los caballeristas olían la victoria y esperaban que les vendría de la calle. Los jóvenes socialistas usaban fraseología comunista, despreciaban a Prieto por su reformismo y su discreta huida a Francia en la época de Asturias, y creían que el futuro era suyo. La marea de «caballerismo» revolucionario subió mucho a principios de 1936, impulsando a los jóvenes socialistas urbanos para que vieran en «la revolución» la única manera de ayudar a los trabajadores agrícolas[305].

Así pues, mientras las izquierdas estaban esperanzadas y desunidas, las derechas y el resto del centro empezaron a hacer causa común durante la primavera de 1936. Impelidos por el miedo común a que la creciente ola de izquierdismo inundara a la sociedad española, los miembros de la CEDA, los oficiales del ejército, los carlistas, los monárquicos, la media y la alta burguesía, e incluso los seguidores radicales de Lerroux identificaron al gobierno de Azaña con el de Kerensky anterior a la aparición de los bolcheviques, en la Rusia de 1917. Pero el hecho de que todos ellos estuvieran en la oposición mantuvo una alianza que habría sido imposible si hubiesen ganado las elecciones. Tan pronto como el Frente Popular llegó al poder, la mayoría de los que habían sido radicales, o habían votado por los radicales, en 1931 o 1933, apoyaron tácticamente a las derechas. La CEDA seguía siendo el partido que contaba con más escaños en las Cortes. Pero su fracaso a la hora de conseguir una victoria clara hizo pensar a muchos de sus anteriores votantes que se había malogrado aquel experimento de democracia cristiana. El

lugar de Gil Robles como jefe de la clase media española fue ocupado por Calvo Sotelo, hombre de menos escrúpulos, que se convirtió en el principal portavoz de la oposición cuando se volvieron a reunir las Cortes. Gil Robles se daba cuenta de cuál era la postura de Azaña. Pensaba que los socialistas no tardarían en volverse contra él. «No creó que el gobierno vaya a permitir que le desborden, y todos estamos dispuestos a ayudarle para que esto no ocurra», dijo a su consejo nacional en marzo. La CEDA anunció sus condiciones para «cooperar» con el gobierno: disolución de todas las milicias; un programa de reconstrucción económica que pudieran apoyar las derechas; y el cese de las campañas contra las escuelas católicas. Naturalmente, él y sus seguidores continuarían en las Cortes[306]. Pero entonces las Cortes no parecían ofrecer grandes esperanzas. Un grupo de la CEDA, como mínimo, la derecha valenciana (DRV, Derecha Regional Valenciana), apoyaba abiertamente la idea de una insurrección armada, y el jefe de este grupo era el inestable Luis Lucia, vicepresidente de la CEDA.

La conspiración antirrepublicana, medio monárquica, medio militar, que tenía raíces hacía ya tanto tiempo, volvía a tomar forma. Algunos generales habían pensado en intervenir durante las elecciones. Generales como Fanjul, Ponte, Orgaz, Goded, Barrera y González Carrasco llevaban reuniéndose regularmente desde que Gil Robles había salido del ministerio de la Guerra. Desde enero de 1936, estos generales estaban en contacto con una organización militar derechista llamada Unión Militar Española, una junta de oficiales jóvenes creada en 1933 para «mantener el auténtico patriotismo» dentro del ejército. Los dirigentes de este grupo probablemente eran mejores conspiradores que militares. Sus actividades habían inspirado a un contragrupo, Unión Militar Republicana Antifascista, creada

en 1934 y organizada por un capitán socialista, Díaz Tendero[307]. El «exilio» del general Franco a las Canarias y de Goded a las Baleares se había llevado a efecto con la intención de relegar a lugares inofensivos a los sospechosos de traición a la República, pero, al mismo tiempo, el general Mola, que antes estaba en Marruecos, había sido trasladado a Pamplona, la capital de Navarra y centro del carlismo.

Antes de ocupar sus nuevos puestos, estos generales celebraron una reunión el 8 de marzo en casa de José Delgado, un empresario católico[308]. Decidieron que apoyarían un alzamiento militar, probablemente dirigido por Sanjurjo, si el presidente entregaba el poder a Largo Caballero, si se disolvía la guardia civil, o si la anarquía dominaba al país. Los generales Varela y Orgaz deseaban un levantamiento inmediato. Pero Mola era más prudente[309]. Los generales que se quedaron en Madrid constituyeron un comité organizador. Antes de salir para Canarias, Franco habló con Azaña y le previno claramente contra los peligros del comunismo. Azaña quitó importancia a la idea[310]. El 13 de marzo, Franco coincidió con José Antonio en una reunión en casa de su cuñado, Serrano Súñer, el diputado de la CEDA por Zaragoza, pero no se decidió nada. Franco sugirió a José Antonio que se pusiera en contacto con el coronel Yagüe, de la Legión Extranjera. Pero, al parecer, esto formaba parte de la búsqueda, por parte de José Antonio, de una figura central en torno a la cual unir a España, más que formar parte de una conspiración. Mientras tanto, los carlistas se esforzaban por convencer al general Sanjurjo, que en febrero había visitado Alemania (en apariencia para asistir a los Juegos Olímpicos de invierno). Quería que se le garantizara una fuente de suministro de armas, pero los alemanes no parecieron muy deseosos de comprometerse; todavía esperaban hacer una importante venta de armas al

gobierno español[311]. Después de esta momentánea contrariedad, Sanjurjo se aproximó cada vez más a los carlistas: éstos le recordaron que su padre, capitán del ejército de «Carlos VII», había muerto heroicamente en el campo de batalla (sus restos estaban enterrados en Navarra). Recordó a su abuelo, el general Sacanell, que también había luchado en la guerra carlista. Sanjurjo era un sentimental y las continuas visitas que le hicieron en estos meses los jefes carlistas ablandaron su corazón. Un día llegó el dirigente carlista Fal Conde personalmente, con su hijo Pepito vestido de requeté. ¡Cómo lloró el viejo general! Se sintió carlista hasta la médula de los huesos[312]. Sin embargo, el comité de generales de Madrid estaba haciendo planes por su cuenta, bajo la dirección del general Rodríguez del Barrio. Se hizo un proyecto de golpe de Estado para el 17 de abril. Rodríguez del Barrio, Orgaz y Varela se alzarían en Madrid; Villegas, en Zaragoza; Fanjul, en Burgos; Ponte y Saliquet, en Valladolid; y González Carrasco, en Barcelona. El alzamiento sería «por España», sin un objetivo político específico. Después de la victoria, los generales se ocuparían de «la estructura del régimen, símbolos, etc.»[313]. Los conspiradores no sabían si avanzar sobre Madrid desde las provincias, o si concentrarse en Madrid y luego aplastar a las provincias, quizá con la ayuda, en cualquiera de ambos casos, de Mola, Goded y Franco, en Pamplona, Palma de Mallorca y Las Palmas, respectivamente. Sanjurjo sería el comandante en jefe titular.

Mientras los militares por fin empezaban a decidir qué era lo que querían, el gobierno parecía cada vez más incapaz de mantenerse. Además, su libertad de acción estaba limitada porque necesitaba los votos de los socialistas para mantenerse en el poder. De manera que pudo cerrar las oficinas centrales de la Falange en Madrid, el 27 de febrero,

pero no podía hacer nada contra la juventud socialista. Y hay que reconocer que varios ministros no tenían la más mínima intención de hacer nada contra ésta. Azaña podía acariciar la idea de un gobierno de centro, pero el Frente Popular, que el dirigía, parecía cada vez más, tanto en Madrid como en las capitales de provincia, el instrumento de la izquierda socialista revolucionaria. Día tras día, mantenían la tensión noticias de un asesinato aquí, un linchamiento frustrado allí, o el incendio de una iglesia, un convento o la redacción de un periódico en alguna capital de provincia. El 15 de marzo (como consecuencia de haber colocado una bomba un falangista en el domicilio de Largo Caballero después de un ataque contra Jiménez de Asúa), José Antonio fue detenido, nominalmente bajo la acusación de llevar armas sin licencia[314]. Esto dejó sin jefe a su organización, y eliminó su influencia moderadora. Al parecer, antes de su arresto, Azaña mandó llamar a José Antonio y le sugirió que abandonara el país. «No puedo», contestó José Antonio. «Mi madre está enferma». «Pero su madre murió hace muchos años», replicó Azaña. «Mi madre es España —dicen que repuso José Antonio— y no puedo abandonarla». Eduardo Aunós, ministro de Trabajo en tiempos de Primo de Rivera, también le propuso que huyera del país. «Ni pensarlo —contestó José Antonio—, la Falange no es un partido de conspiradores al viejo estilo, con sus dirigentes seguros en el extranjero».

El secretario general del partido, Raimundo Fernández Cuesta, amigo de la infancia y abogado colega de José Antonio, era demasiado débil para sustituir eficazmente al jefe encarcelado. En adelante la Falange recibió sus órdenes de José Antonio desde la Cárcel Modelo de Madrid. Pero la cadena de mando se había roto.

Una semana más tarde, la República recibió un golpe

desde la izquierda, semejante al de Casas Viejas. A pesar del nuevo ímpetu dado a la reforma agraria, muchos campesinos sin tierra que habían votado por el Frente Popular consideraban que el ritmo era demasiado lento. El conflicto estalló en los latifundios de Extremadura, región políticamente incandescente desde 1931. La tensión fue exacerbada por las fuertes lluvias del invierno que habían retrasado el trabajo de labranza. El paro agrícola iba en aumento y, durante la campaña electoral e inmediatamente después de la misma, grandes cantidades de parados habían ingresado en la FNTT o en la CNT. A principios de marzo, los campesinos empezaron a ocupar uno o dos grandes latifundios, anticipándose a la reforma agraria, pero prescindiendo de los planes del Instituto respecto a los pueblos afectados. El nuevo ministro de Agricultura, Mariano Ruiz Funes, profesor de Derecho de profesión, captando el ambiente, trató de acelerar la colonización en Extremadura, utilizando la cláusula de la «utilidad social» de la última Ley de la Tierra del gobierno radical, que se había incluido con propósitos muy diferentes. Esta concesión no bastó. El 25 de marzo, unos 60 000 campesinos, previamente organizados bajo la dirección de la FNTT de la provincia, ocuparon unas 3000 fincas a las cinco de la mañana, al grito de «¡Viva la República!», y se pusieron a arar. Esta colonización, en un solo día, por parte de un número de campesinos varias veces superior al que se habían instalado desde la aprobación de la Ley de Reforma Agraria, no hizo marcha atrás. Fueron enviadas tropas, pero ya no estábamos en 1917; y fueron retiradas. Después tuvieron lugar otras ocupaciones de tierras —las cifras no son precisas— en la misma región, sin que la justicia tomara cartas en el asunto. La epidemia de ocupaciones acabó al terminar la temporada de aradas de primavera, pero se había trastornado la vida

económica de toda una provincia. En Badajoz, por lo menos, ¡había llegado la Libertad! Las tierras afectadas fueron cultivadas en parte colectivamente, y en parte por nuevos propietarios campesinos[315].

Esta ocupación fue seguida o acompañada en otras provincias por una serie de huelgas rurales por reivindicaciones salariales. Numerosos campesinos decididos se presentaban en las grandes fincas y pedían trabajo con amenazas. Muchos terratenientes se marcharon a las ciudades, así como todos los propietarios menores que podían permitírselo. La gente tenía miedo incluso de acudir a la iglesia, ya que parecía un acto de alineación con la España tradicional. Entre febrero y mayo, hubo una enorme inflación de salarios en el campo, particularmente en el sur. Mientras tanto, continuaban los asentamientos regulares dirigidos por el Instituto de Reforma Agraria: en marzo se confirmó oficialmente la ocupación de tierras de unos 70 000 colonos, incluidos los de la gran revuelta campesina de Badajoz; la de 20 000 en abril; y la de 5000 al mes desde entonces hasta julio. Aunque quizá la cifra de 114 000 colonos entre febrero y julio dada por el Instituto fuera excesivamente modesta, y la del ministro, Ruiz Funes, fuera más exacta: éste dijo que el total era de 190 000[316]. En Yeste (Murcia) hubo un serio incidente, en el que varios campesinos fueron muertos brutalmente, aunque de forma accidental. Además de estos problemas, la agricultura propiamente dicha estaba decayendo, la cosecha era escasa, no había crédito agrícola, y los administradores se preguntaban si valía la pena seguir trabajando. A principios de 1936, el terror prevaleció en muchas partes del campo. Éste aumentó con la llamada de la FNTT a sus miembros para que formaran milicias en todos los pueblos para defender las ocupaciones realizadas; en realidad, desde 1934

existían milicias de varias clases, so capa de asociaciones deportivas[317]. A menudo se convocaban huelgas relámpago, salían hombres pidiendo aumento de salarios o reducción de horas, y obtenían ambas cosas de unos terratenientes o unos administradores que estaban demasiado a la defensiva para resistirse. «La mirada de triunfo que podía verse en las caras de los trabajadores a veces era muy sugestiva», recordaba un inglés que estaba en Andalucía[318].

Los movimientos juveniles de ambos bandos despreciaban el «conformismo» de los dirigentes de sus partidos: la juventud socialista consideraba a Prieto un traidor, y los de la JAP consideraban demasiado viejo a Gil Robles (que aún no tenía cuarenta años). Diversos dirigentes de las juventudes socialistas visitaron Moscú en el mes de marzo y regresaron casi comunistas[319]. Los vendedores de periódicos, concretamente, organizaban batallas campales sobre sus fardos de periódicos de izquierdas o de derechas. La juventud de ambos bandos se había echado a la calle, y al parecer estaba arrastrando consigo al país, adondequiera que se estuviera dirigiendo. Igual que los primeros fascistas en Italia, escuadrones motorizados de la JAP se introducían en barrios obreros y disparaban contra sus enemigos, que respondían de la misma manera. Lo único que podía hacer Azaña era reflexionar una vez más que la clase obrera española era «materia prima para un artista». El 4 de abril, concedió una entrevista al periodista americano Louis Fischer. «¿Por qué no hace una purga en el ejército?», preguntó Fischer. «¿Por qué?», preguntó Azaña a su vez. «Porque hace algunas semanas había tanques por las calles, y usted estuvo en el ministerio de Gobernación hasta las dos de la mañana. Debía usted temer una revuelta». «Bulos de café», contestó Azaña. «Pues lo he oído en las Cortes», afirmó Fischer. «Bah, las Cortes no son más que un gran

café», replicó Azaña (muchos cafés eran, en realidad, extensiones de las Cortes). Y añadió: «El único español que siempre tiene razón es Azaña. Si todos los españoles fueran azañistas, todo iría bien»[320]. Sin embargo, con más exactitud, declaró a otro periodista: «Sol y sombra. Eso es España»[321].

A principios de abril se originó una crisis constitucional sobre la cuestión de la presidencia. La Constitución establecía la posibilidad de deponer a Alcalá Zamora de su puesto presidencial, dado que había disuelto las Cortes en dos ocasiones. Las izquierdas decidieron utilizar esta cláusula de la Constitución, a pesar de que se habían aprovechado de la última disolución. El nuevo gobierno encontraba que el presidente era «un enemigo furioso e inflamado», que parecía ser «un dirigente de la oposición antirrepublicana». Algunos pensaban que un día Alcalá Zamora podía dar un virtual golpe de Estado disolviendo el Parlamento y formando un gobierno extraparlamentario[322]. Largo Caballero y sus amigos creían que, con Alcalá Zamora, «sobrevivía el espíritu borbónico en el Palacio de Oriente»[323]. Además Largo Caballero esperaba eliminar a Alcalá Zamora de la presidencia, para luego eliminar a Azaña efectivamente del gobierno, promoviendo su candidatura presidencial[324]. Cierto que Azaña, entonces, tal vez pidiera a Prieto que formara gobierno. Pero el Partido Socialista podía vetar la idea, y probablemente Prieto se conformaría. Así quedarían «neutralizados» Azaña y Prieto y se formaría un gobierno débil que sería incapaz de resistir a las izquierdas y a las derechas. De esta manera, quedaría abierto el camino para la «revolución». Cuando llegó el caso, Prieto, siempre preocupado por la posibilidad de perder su posición dentro del Partido Socialista, se conformó. Incluso le convencieron para que dirigiera el

movimiento que llevaría a la dimisión del presidente. Cuando llegó esta prueba, Alcalá Zamora se encontró sin amigos. Gil Robles y la CEDA no podían votar por él después de lo mucho que había intrigado para tenerlos alejados del poder. Los monárquicos le odiaban como a un traidor al rey. De manera que se fue, sin que nadie lo lamentara, odiando a sus antiguos compañeros y sin que éstos le perdonaran nunca[325].

Azaña resultó ser el único posible candidato a la presidencia que estaban dispuestas a votar las izquierdas. Las cosas parecían estar yendo tal como esperaban Largo Caballero, Araquistain y Álvarez del Vayo. Ahora, tanto ellos como sus jóvenes partidarios «tenían absoluta fe en su capacidad para ocupar violentamente, pero rápida y victoriosamente, el poder gubernamental»[326]. A pesar de todo, aunque la violencia era segura, la victoria no lo era tanto, y los acontecimientos de abril deberían habérselo demostrado.

El 15 de abril, lanzaron una bomba a la tribuna presidencial durante el desfile que se celebraba en el paseo de la Castellana en honor del cuarto aniversario de la República. Los guardias de asalto mataron al teniente de la guardia civil Anastasio de los Reyes, al parecer porque se creyó que había apuntado a Azaña con su revólver. El entierro de este oficial, el día 17, ocasionó una manifestación. El féretro fue acompañado al cementerio del Este por la mayor parte de los falangistas de Madrid que todavía estaban en libertad, a los gritos de «¡España, una, grande y libre!». Miembros entusiastas de las juventudes socialistas cantaron la *Internacional*, saludando puño en alto y rociando de balas el cortejo. En el mismo cementerio, tuvo lugar una auténtica batalla entre falangistas y guardias de asalto. En el curso del día murieron alrededor de una docena

de personas; entre ellas, Andrés Sáenz de Heredia, primo carnal de José Antonio. Esta escaramuza pareció indicar que la guerra civil casi había comenzado. Desde luego, la guerra de rumores era incontrolable. Las derechas alegaban que había llegado a Sevilla, para iniciar una revolución, Bela Kun, el comunista húngaro que se consideraba en el mundo occidental como una mezcla de Robespierre y Lenin. Pero probablemente se trataba sólo del periodista Ilya Ehrenburg.

Aunque las circunstancias parecían prometedoras, el plan para el alzamiento militar en abril se vino abajo. Todo dependía del general Rodríguez del Barrio, inspector general del ejército, que era el encargado de la sublevación de las guarniciones en Madrid. El general Varela tenía que arrestar al ministro de la Guerra, general Masquelet, y hacerse cargo del ejército. Pero Rodríguez del Barrio se estaba muriendo de cáncer de estómago. En el último momento, en parte debido a su salud, en parte debido al miedo de los oficiales de Barcelona, pospuso la acción. El general Orgaz esperó en vano la señal en la complaciente embajada italiana. Si se hubiera producido un alzamiento en abril, probablemente habría fracasado, porque ni los carlistas ni la Falange estaban preparados para actuar.

El fracaso de este intento hizo que los militares rebeldes acordaran que el general Mola, en Pamplona, se convirtiera en «el director» de toda la conspiración[327].

Emilio Mola era un militar valiente, imaginativo, tortuoso, con cierta inclinación por la literatura, cuyo rostro ascético, subrayado por unas gafas, le hacía parecer más un «secretario papal que un general»[328]. Provenía de una familia de militares que habían defendido activamente los intereses liberales en el siglo XIX. Nacido en Cuba, de servicio en Marruecos con las tropas nativas de los

Regulares desde su formación, valiente en la defensa de Dar Akobba, Mola había sido director general de Seguridad en los momentos de la caída de la Monarquía, y como tal se había ganado la especial enemistad de los intelectuales republicanos: «Fusilad a Mola» había sido un grito popular entre los alborotadores de 1930-1931. En consecuencia, se había quedado sin empleo durante el primer gobierno de Azaña, aunque sus memorias se habían leído mucho. Hasta 1936 no se había adherido a las conspiraciones contra la República. Aunque, si observamos su actuación en tal momento, parece como si las conspiraciones fueran lo suyo.

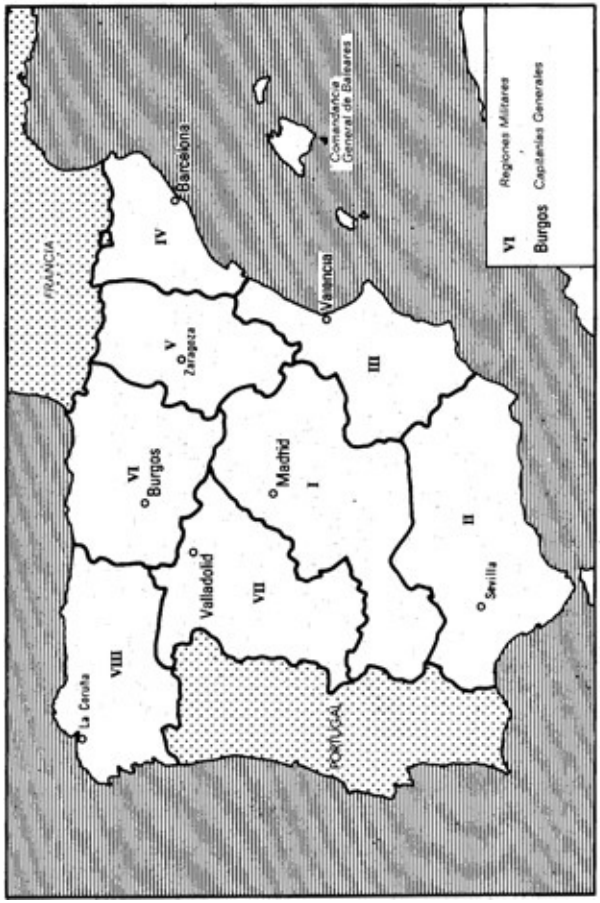
Sus planes pronto quedaron claros. En las principales ciudades de España, en las islas Baleares y Canarias, y en el Marruecos español, se establecerían dos ramas de la conspiración, una civil y la otra militar. A diferencia de algunos, Mola se daba cuenta de que la época de los pronunciamientos al viejo estilo ya había pasado: era necesario el apoyo civil. La finalidad del movimiento, declaró Mola, era establecer «el orden, la paz y la justicia». Pero era obvio que el gobierno previsto para después sería más duro y más duradero que el directorio de Primo de Rivera: Mola no preveía un mero «breve paréntesis» en la vida constitucional de España, como había hecho Primo de Rivera en su primer pronunciamiento. Todo el mundo podía tomar parte en el alzamiento (en algunos aspectos, la circular parecía un prospecto de alguna casa comercial) «excepto aquellos que reciben su inspiración del extranjero, socialistas, masones, anarquistas, comunistas, etc.». Los representantes provinciales recibieron instrucciones de elaborar planes detallados para apoderarse de los edificios públicos de sus localidades, particularmente de las líneas de comunicación, y preparar una declaración de estado de guerra. El general Sanjurjo vendría en avión desde Portugal

y se convertiría en el presidente de la junta militar «que dictaría inmediatamente las leyes del país». En algunos sitios —como en Sevilla— la Falange recibió una parte importante en el alzamiento, pero en ninguna parte se mencionaban las finalidades políticas de este partido. En el primer plan de Mola figuraba la siguiente disposición: «Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta, para reducir lo antes posible a un enemigo fuerte y bien organizado. Desde luego, serán encarcelados todos los directivos de partidos políticos, sociedades o sindicatos desafectos al movimiento, aplicándose castigos ejemplares a dichos individuos para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas»[329].

El documento iba firmado por «el Director», es decir, Mola. Esta conspiración fue organizada por una minoría de militares que contaban con que el patriotismo haría sumarse a otros, si se escogía bien la ocasión para actuar: no muchos oficiales eran falangistas, y pocos eran ni siquiera monárquicos, aunque algunos de los que en 1936 ostentaban el mando en los sitios críticos fueron los primeros, y cada día se adherían más. Pero muchos oficiales retirados estuvieron encantados de participar. Quizá sus mujeres les incitaban: «¿Ustedes toleran esto? ¿Qué hace el ejército? ¿Cuándo se lanza?»[330]. Durante el curso de la primavera, el continuo desorden molestó cada vez más a muchos militares. Entretanto, en Madrid, murió el general Rodríguez del Barrio, como era de esperar. El general Varela fue encarcelado en Cádiz, y Orgaz fue exiliado a Canarias. El gobierno se había enterado de sus actividades del mes de abril.

Los carlistas estaban muy ocupados en Lisboa intentando definir, con Sanjurjo, cómo sería la España futura después de la revolución. Fal Conde quería la disolución de todos los

partidos políticos, y el establecimiento de un gobierno de sólo tres hombres: Sanjurjo como presidente y encargado de la defensa, un ministro de Educación y un ministro de Industria[331]. Mientras tanto, durante la primavera, empezaron las negociaciones entre los conspiradores y los nacionalistas vascos: Mola y los monárquicos intentaron hacerles romper su alianza con las izquierdas, e incluso les proporcionaron algunas armas[332]. Continuaba la búsqueda de posibles líderes del alzamiento. Los mensajeros de Mola (muchachas de la clase alta o militares vestidos de paisano) recorrieron paciente y secretamente, en tren o en automóvil, los cuarteles generales de las ocho comandancias militares que tenía el ejército español en la península, llegando también a las comandancias menores de las Baleares y las Canarias, a las tres brigadas de montaña y a los tres inspectores generales: se asignaron nombres, fechas y tareas una y otra vez.



6. Regiones militares y Capitanías Generales españolas en 1936

Por entonces, cada una de las ocho regiones militares de España tenía, sobre el papel, una división, y cada división tenía dos brigadas. Generalmente, la segunda brigada tenía menos hombres, porque unos estaban de permiso o porque los reclutas habían comprado sus permisos. Por lo tanto, en caso de alzamiento, el hombre importante era el que mandara la primera brigada de cada división. Su cuartel general estaba en la misma ciudad que el del comandante de la división regional y el de la otra brigada estaba en una ciudad menor; por ejemplo, la brigada de Mola estaba en Pamplona, y era la segunda brigada de la 6.ª División, cuyo cuartel general estaba en Burgos. Cada brigada tenía cuatro

regimientos, el primero de los cuales estaba acuartelado en el cuartel general de la división; los otros tres regimientos estaban esparcidos en otras ciudades, en unidades que a veces consistían sólo en una sección.

El gobierno de Azaña se había asegurado —al menos así lo creía— de que todos los componentes de la división fueran republicanos; y de hecho, sólo el general Cabanellas, en Zaragoza, al mando de la 5.ª división, formaba parte de los planes de Mola. Los demás eran hostiles. El plan de Mola era que estas divisiones hostiles y las demás unidades dependientes de ellas fueran controladas por otros generales o coroneles que estuvieran destinados en la ciudad de que se tratara, o enviados allí especialmente.

Naturalmente, los agentes de Mola también fueron al cuartel general del ejército en África, donde la Legión Extranjera y las tropas nativas estaban dispuestas para la acción. Pero el nombre de Mola no era mágico. Muchos jefes se mostraban reacios a comprometerse. ¿Qué iba a hacer Goded?, preguntaban. ¿Y Franco? Seguía pareciendo que los generales de Madrid, la UME y los carlistas tiraban en diferentes direcciones. «Las niñas, regular, las encargadas, pésimas», telegrafió desde Andalucía a Pamplona en abril uno de los representantes de Mola, indicando la falta de preparación de los oficiales mayores y la buena disposición de los más jóvenes para conspirar[333]. ¿Y qué pasaba con la Falange? José Antonio seguía advirtiendo desde la cárcel: «No nos convertiremos en la vanguardia, ni en las tropas de choque, ni en el insustituible aliado de ningún confuso movimiento reaccionario»[334]. Valientes palabras, que pueden expresar la opinión real de los viejos falangistas que estaban luchando en las calles desde que Ledesma lanzara *La conquista del Estado* en 1931. Pero, ahora, la suerte estaba echada. Evidentemente, la Falange no podía quedarse al

margen de un alzamiento militar.

El 1 de mayo, se celebraron en toda España los tradicionales desfiles de trabajadores. En la mayoría de las ciudades estuvieron acompañados por una huelga general convocada por la CNT. Las juventudes socialistas, ahora virtualmente comunistizadas, desfilaron a lo largo de las avenidas de las grandes ciudades con aire seguro y amenazador, como si fueran el embrión de un ejército rojo. (El 25 de abril, *Claridad* pedía a todos los pueblos que formaran una milicia de cien hombres). Saludaban con el puño en alto al son de la *Internacional*, o de alguna de las canciones compuestas durante la revolución de Asturias; o quizá de *Primero de mayo* o *La joven guardia*. En Madrid, por la Castellana, llevaron como estandartes grandes retratos de Largo Caballero, Stalin y Lenin, ante el fascinado horror de la burguesía representante de la España de Carlos V, que contemplaba el espectáculo desde sus elegantes balcones. Desde luego, aquello no podía seguir así. Prieto aprovechó la oportunidad, en un importante discurso que pronunció en una elección parcial, en Cuenca, para señalar que «lo que no puede soportar un país es la sangría constante del desorden público sin una finalidad revolucionaria inmediata». Arguyó inteligentemente que aquellos excesos sólo conseguían hacer las cosas más fáciles para el fascismo; y habló del general Franco diciendo que era un hombre con el talento y la juventud suficientes para dirigir una rebelión militar[335]. Pero sus oyentes no deseaban oír palabras prudentes. En un tumultuoso mitin celebrado en Écija, Prieto fue amenazado físicamente por las juventudes socialistas y otros caballeristas[336]. Finalmente se decidieron las elecciones en las provincias disputadas (Cuenca y Granada). En Granada ganaron los trece candidatos del Frente Popular; en Cuenca fueron elegidos tres del Frente Popular, un centrista, uno de

la CEDA, y un agrario; la candidatura de José Antonio allí fue descalificada por razones dudosas, y la candidatura del general Franco, que se había propuesto, fue retirada. En ambas elecciones, puede que la intimidación de los provocadores izquierdistas influyera en el resultado[337]. Cuatro días más tarde, José Antonio (que siempre había tenido afecto a Sanjurjo) escribió desde la cárcel una carta abierta a los militares españoles pidiéndoles que pusieran fin a todos los ataques que se estaban dirigiendo contra «la sagrada identidad y unidad de España». «A última hora —añadía—, ha dicho Spengler, siempre ha sido un pelotón de soldados el que ha salvado la civilización»[338]. Estaban lejos los días en que José Antonio decía que los militares eran inútiles, que todos tenían corazón de gallina, y que el más cobarde de todos era Franco[339]. A pesar de todo, la Falange todavía no era, en realidad, parte integrante de la conspiración militar, cuyos detalles ignoraba por completo.

El 10 de mayo, finalmente Azaña fue elegido presidente de la República en vez de Alcalá Zamora, por 238 votos contra 5, en la elección que se celebró en el Palacio del Retiro. En los pasillos se produjo una pelea entre Araquistain, que todavía apoyaba a Largo Caballero, y Julián Zugazagoitia, director de *El Socialista*, que apoyaba a Prieto. (La CEDA y los partidos de derechas no habían presentado ningún candidato, y se abstuvieron de votar). A los pocos días. Casares Quiroga se convirtió en jefe de un gobierno muy parecido al que había presidido Azaña[340]. El mordaz Casares tenía fama de fuerte, pero ésta le venía de su época de ministro de la Gobernación, en 1933, y era injustificada: Azaña le recordaba en los momentos de Casas Viejas sentado en su cama, muy nervioso, e incapaz de vestirse. Ahora Casares Quiroga estaba enfermo de tuberculosis. Antes de ofrecerle la jefatura del gobierno, Azaña se dirigió

a Prieto, que tuvo que negarse porque, como era de esperar, su grupo parlamentario socialista votó contra la participación en el gobierno (por 49 votos contra 19). La esperanza de Azaña era lograr una gran coalición de hombres de centro que, si se hubiera conseguido, podía haber salvado al país de la guerra. Pero no insistió en la idea todo lo que habría podido, y quizás el proyecto debe más a la visión *a posteriori* de los historiadores que a sus posibilidades prácticas. Sin embargo, Giménez Fernández permaneció en contacto con Prieto en nombre de la CEDA. Pero estas ideas siempre tropezaban con la misma piedra de principios de mayo: la hostilidad de Largo Caballero, y el control que Largo Caballero ejercía sobre su partido.

El 21 de mayo, los socialistas de Madrid acordaron proponerse los objetivos siguientes: «Primero, la conquista del poder por la clase trabajadora por todos los medios posibles. Segundo, la transformación de la propiedad individual en propiedad colectiva social y común. En el período de transición, la forma de gobierno será la dictadura del proletariado». El 24 de mayo, Largo Caballero pronunció un gran discurso en Cádiz: «Cuando el Frente Popular se derrumbe —anunció—, como se derrumbará sin duda, el triunfo del proletariado será indiscutible. Entonces implantaremos la dictadura del proletariado, lo que no quiere decir la represión del proletariado, sino de las clases capitalistas y burguesas»[341]. Besteiro dijo a un periódico francés que en España las condiciones eran muy diferentes de las de Rusia en 1917, y que por eso el país no podía dirigirse hacia el comunismo. El periódico comunista *Mundo Obrero* se burló de su insuficiente marxismo[342]. Aunque ahora había mucha violencia real, los excesos verbales de ambos bandos durante estos meses explican en gran medida por qué las cosas fueron de mal en peor. ¿Esperaba Largo

Caballero provocar, con sus discursos, un alzamiento militar de signo derechista cuya derrota le permitiría tomar el poder? De hecho, es difícil creer que Largo Caballero supiera realmente adónde iba a llevarle su retórica. ¿Lo sabían los comunistas[343]? Sus dirigentes seguían siendo modestos, e indudablemente el «instructor» del Komintern, Vittorio Codovila, insistía más que nunca en seguir las instrucciones de Moscú: para él debió de ser una situación difícil encontrar verdaderas posibilidades revolucionarias surgiendo en España en el momento preciso en que Stalin deseaba un máximo de cooperación con los demócratas.

En mayo, los anarquistas hicieron su Contribución a los debates sobre el futuro de España en su congreso anual, celebrado en Zaragoza. En él se resolvió la controversia entre los treintistas y la FAI, que duraba desde hacía cinco años, reincorporándose aquéllos al movimiento, pero la táctica más practicada siguió siendo la de la FAI, encaminada a la realización parcial del «comunismo libertario» mediante actuaciones relámpago de anarquistas muy entregados en diferentes pueblos. El congreso exigió la continuación de estas huelgas, pero también sugirió que se hicieran nuevos esfuerzos para llegar a una alianza con la UGT, y pidió la semana de trabajo de 36 horas, un mes de vacaciones pagadas y mayores salarios. En cambio, nadie dio muestras de darse cuenta de que había un peligro de fascismo; y, por consiguiente, no hubo ningún acuerdo sobre el armamento de milicias, y mucho menos sobre la organización de un ejército revolucionario, como sugirió Juan García Oliver. Durruti se opuso a esta idea alegando que un ejército revolucionario sofocaría la revolución[344]. Hubo grandes derroches de idealismo, pero esta actitud tan ciega ante la probabilidad de una sublevación militar provocó la dimisión del secretario de la CNT, Horacio Prieto.

Un documento de la conferencia, preparado por el doctor riojano de la FAI Isaac Puente, autor de un estudio muy influyente, *El comunismo libertario*, describió lo que esperaban la mayoría de los anarquistas:

> «Terminado el aspecto violento de la revolución, se declararán abolidos: la propiedad privada, el Estado, el principio de autoridad y, por consiguiente, las clases que dividen a los hombres en explotadores y explotados, oprimidos y opresores. Socializada la riqueza, las organizaciones de los productores, ya libres, se encargarán de la administración directa de la producción y del consumo. Establecida en cada localidad la Comuna Libertaria, pondremos en marcha el nuevo mecanismo social. Los productores [...] determinarán libremente la forma en que [el trabajo] ha de ser organizado. La Comuna Libre se incautará de cuanto antes detentaba la burguesía, tal como víveres, ropas, calzados, materias primas, herramientas de trabajo, etc. Estos útiles de trabajo y materias primas deberán pasar a poder de los productores para que éstos los administren directamente en beneficio de la colectividad. En primer término las Comunas cuidarán de alojar con el máximo de comodidades a todos los habitantes de cada localidad, asegurando asistencia a los enfermos y educación a los niños [...]. Todos los hombres se aprestarán a cumplir el deber voluntario —que se convertirá en verdadero derecho cuando el hombre trabaje libre de prestar su concurso a la colectividad, en relación con sus fuerzas y sus capacidades, y la Comuna cumplirá la obligación de cubrir sus necesidades [...]. Todos los cargos no tendrán ningún carácter ejecutivo ni burocrático. Aparte de los que desempeñen funciones técnicas [...], los demás cumplirán asimismo su misión de productores, reuniéndose en sesiones al terminar la jornada de trabajo para discutir las cuestiones de detalle que no necesiten el refrendo de las asambleas comunales».

La base de la sociedad serían las comunas autónomas, aunque «el derecho de autonomía no excluirá el deber de cumplir los acuerdos de conveniencia colectiva [...]». Un grupo de pueblos pequeños podría estar unido en una sola comuna. Las asociaciones de productores industriales y agrícolas de cada comuna se federarían nacionalmente, y efectuarían intercambios de bienes. En cuanto a la familia, la revolución no actuaría violentamente contra ella en principio. Pero desaparecería el trato diferente para las mujeres, tanto en lo social como en lo profesional: «El Comunismo Libertario proclama el amor libre, sin más regulación que la voluntad del hombre y de la mujer,

garantizando a los hijos la salvaguardia de la colectividad [...]. Asimismo, por medio de una buena educación sexual, empezada en la escuela, tenderá a la selección de la especie, de acuerdo con las finalidades de la eugenesia, de manera que las parejas humanas procreen conscientemente, pensando en producir hijos sanos y hermosos». (Quizá se ha ignorado este aspecto del programa anarquista). Los anarquistas también tenían un programa para el amor: «Sobre los problemas de índole moral que puede plantear el amor en la sociedad comunista libertaria [...], la comunidad y la libertad no tienen más que dos caminos [...] la ausencia. Para muchas enfermedades, se recomienda el cambio de agua y de aire. Para la enfermedad del amor [...] habrá de recomendarse el cambio de comuna [...]. La religión, manifestación puramente subjetiva del ser humano, será reconocida en cuanto permanezca relegada al sagrario de la conciencia individual, pero en ningún caso podrá ser considerada como forma de ostentación pública ni de coacción moral ni intelectual» (de manera que se cerrarían todas las iglesias).

El analfabetismo sería combatido enérgica y sistemáticamente. Se restituiría la cultura «a los que fueron desposeídos de ella [...]» (por el capitalismo: al utilizar la palabra «desposeer» se suponía claramente que, en la edad de oro del remoto pasado, las cosas habían sido mejores que en 1936). Se instauraría una federación nacional de la enseñanza cuya misión específica sería educar a la Humanidad nueva para ser libre, científica e igualitaria. Además: «[...] Quedará definitivamente excluido todo sistema de sanciones y recompensas [...]. El cine, la radio, las misiones pedagógicas [...] serán excelentes y eficaces auxiliares para una rápida transformación intelectual y moral de las generaciones presentes [...] y el acceso a las

artes y a las tiendas será libre».

No habría distinciones entre trabajadores intelectuales y manuales, «puesto que todos serán manuales e intelectuales a la vez».

«Como la evolución es una línea continua —concluía el programa—, aunque algunas veces no sea recta, el individuo siempre tendrá aspiraciones, ganas de gozar más, de superar a sus padres, de superar a sus semejantes, de superarse a sí mismo. Todas estas ansias de superación, de creación (artística, científica, literaria), de experimentación [...,] una sociedad libre [...] las alentará y las cultivará [...]. Se destinarán días al recreo general [...]. Asimismo se dedicarán horas diarias a las exposiciones, a las funciones teatrales, al cinema, a las conferencias culturales [...]»[345].

Los comunistas, los socialistas y los republicanos de izquierdas acogieron estas aspiraciones con su desdén habitual: podía ser útil tener a los anarquistas al mismo lado de las barricadas que ellos, pero no tenerlos en una mesa de comité. Sin embargo, estas ideas no tardarían en ser llevadas a la práctica en miles de pueblos y ciudades.

Entretanto, el 25 de mayo, el general Mola dio un plan estratégico detallado[346]. El 27 de mayo, José Antonio inició una correspondencia con Mola, mediante una carta que llevó a Pamplona su pasante, Rafael Garcerán. Todavía no prometía un apoyo total, pero hablaba de condiciones, afirmando que 4000 falangistas podrían prestar su ayuda al principio del alzamiento[347]. El 30 de mayo, Sanjurjo dio a Mola su conformidad para que actuara como coordinador de la conspiración, dando por supuesto que él, Sanjurjo, el símbolo de la victoria, sería la cabeza del nuevo gobierno, y que los carlistas tendrían parte en él[348]. El 3 de junio, Mola tuvo su primera conversación con una personalidad carlista,

José Luís Oriol[349]. Aquel mismo día, el director general de Seguridad, en Madrid, Alonso Mallol, que sabía perfectamente bien lo que se preparaba, fue a Pamplona para tratar de sorprender a Mola con las manos en la masa; Mola, advertido por su amigo Santiago Martín Bagüeñas, jefe de policía de la capital, pudo ocultar todos los indicios de conspiración que podían perjudicarle[350]. Entretanto, un anciano coronel, Valentín Galarza, se convirtió en jefe de estado mayor de la conspiración, y se encargó de mantener el contacto entre sus dirigentes. El 5 de junio, día en que José Antonio fue trasladado de Madrid a la cárcel de Alicante, Mola distribuyó un documento político en el que decía que, tras el buen éxito del alzamiento, vendría un «directorio» compuesto por un presidente y otros cuatro miembros. Todos ellos serían militares. Tendrían poder para promulgar leyes. Éstas serían ratificadas posteriormente por una asamblea constituyente, elegida «por sufragio de la manera que se considerara más adecuada». Las Cortes y la Constitución de 1931 serían suspendidas. Se abolirían las leyes que no estuvieran de acuerdo con el «nuevo sistema orgánico», y las personas que recibieran «inspiración del extranjero» quedarían fuera de la legalidad. Pero los carlistas no aceptaron el programa, a pesar de una entrevista de seis horas entre Mola y Fal Conde en el monasterio navarro de Irache el 16 de junio[351].

Entretanto, la ideología afectaba incluso a la temporada de toros. En Aranjuez, por ejemplo, los dos alguacilillos galoparon por el ruedo con el puño en alto. Se ocasionó un tumulto. Como protesta, se arrojaron al ruedo toda clase de objetos: almohadillas, sombreros y botellas.

La salida del primer toro tuvo que retrasarse tres cuartos de hora mientras se despejaba el ruedo[352]. En Málaga se produjeron reyertas entre la CNT y la UGT, con algunos

muertos, y en Barcelona fue asesinado misteriosamente el gerente inglés de una fábrica de encajes.

Para entonces, al parecer José Antonio había aceptado la idea de que era inevitable un alzamiento militar y de que la Falange había de tomar parte en él. Pero lo había hecho no tanto por convicción como porque creía que la Falange sería aplastada si no tomaba partido activamente por la organización de Mola: en el último número de la publicación falangista clandestina *No importa*, escribió: «Atención a la derecha. Advertencia a los madrugadores: la Falange no es una fuerza conservadora». Poco después, puso en guardia contra el error de «creer que los males de España responden a simples desarreglos de orden interior y desembocan en la entrega del poder a los [...] charlatanes faltos de toda conciencia histórica, de toda auténtica formación»[353]. Calvo Sotelo tenía menos reservas. A pesar de que en el programa de Mola no se hacían concesiones a la monarquía, dijo al general que sólo deseaba saber la hora y el día para ser un soldado más a las órdenes del ejército[354]. Gil Robles no formaba parte de la conspiración, pero conocía su existencia, y más tarde los conspiradores utilizaron algunos de los fondos de la CEDA[355]. Para entonces, se había convencido de que el desorden continuo formaba parte de un plan para provocar el colapso económico como justificación para la revolución.

Su familia ya estaba en San Juan de Luz, en Francia, y él comprendió que su hora había pasado. Existe alguna evidencia de que le habría gustado participar más directamente en la conspiración, pero los generales no se lo habían permitido[356]. Sin embargo, sus seguidores no sólo le estaban abandonando para pasarse a la Falange, algunos incluso se estaban pasando a Calvo Sotelo.

12

La economía durante la República. — Las revoluciones del pasado y las vísperas del desastre.

Los años 1929-1932 fueron el período de la depresión mundial; una mala época para que cualquier gobierno se hiciera cargo del poder. Si no hubiera sido por la depresión, tal vez Primo de Rivera no habría caído en España. Pero sus sucesores actuaron como si no comprendieran la índole de la crisis económica, aunque ellos mismos habían llegado al poder en parte gracias a ella. Azaña y sus ministros se comportaron como si creyeran que estaban tratando primariamente con problemas constitucionales o culturales. Ni siquiera los ministros socialistas (entre 1931 y 1933, Prieto y Largo Caballero fueron ministros de Hacienda y de Trabajo) parecieron comprender la necesidad de la dirección de la economía, en una crisis financiera mundial tan importante. Los españoles ricos y la comunidad financiera internacional, para empezar, eran hostiles a la República, en parte porque los ministros eran inexpertos, en parte porque su política inspiraba dudas, y en parte porque nadie tenía dinero con el que correr riesgos. La llegada de Prieto al ministerio de Hacienda provocó, en primer lugar, la retirada de un préstamo de J. P. Morgan, negociado por su inmediato predecesor en el gobierno de la Monarquía, Juan Ventosa. Las quemas de iglesias en mayo de 1931 retrasaron la reapertura de negociaciones a ese respecto. A lo largo de

1931 hubo un debilitamiento de la peseta y una evasión sustancial de dinero. Más tarde, Indalecio Prieto hizo lo que pudo para proteger la peseta, negociando con Rusia para comprar petróleo a un precio inferior en un 18 por ciento al que ofrecían las compañías inglesas y norteamericanas, e insistiendo en las autorizaciones para la importación de equipo extranjero[357].

No obstante, a lo largo de 1931, Prieto, como si fuera un ortodoxo director del Banco de Inglaterra, se dedicó a intentar estabilizar la peseta. Su sucesor, todavía más ortodoxo, en el ministerio de Hacienda, Jaime Carnet, hizo lo mismo. Aunque impidieron que la cotización internacional de la peseta bajara más rápidamente que antes: la consecuencia fue que, así como el valor internacional de la peseta descendió un 25% entre 1929 y 1931, en 1932 sólo había descendido un 10% más, y a partir de entonces se mantuvo estable hasta 1936. Puede argüirse que, si no hubiera sido por la constante incertidumbre política, el número de huelgas, y las amenazas de revolución de las derechas y las izquierdas, la peseta habría aumentado de valor en 1934. En todo caso, no puede decirse que las conspiraciones financieras derechistas o internacionales tuvieran la culpa de la caída de la República, por muchas cosas que hiciera Juan March con su dinero[358].

En aquellos años la industria funcionó a un nivel bajo por razones en gran medida fuera del control de España. Las cifras son desalentadoras: tomando 1929 como base, igual a 100, el índice de producción industrial estaba por debajo del de 1935; después de las elecciones de 1936, en marzo, el índice bajó a 77. El índice de las cotizaciones de Bolsa era todavía más sombrío. Tomando otra vez la base de 1929, las cotizaciones habían bajado a 63 en 1935[359]. El sector más afectado por la depresión de la economía española fue el

minero: y no tanto el del carbón como el de otros minerales. Indudablemente la producción de carbón disminuyó, aunque sólo moderadamente, pasando de 7 millones de toneladas en 1931 a algo menos de 6 millones en 1934, para volver a los 7 millones en 1935. Sin embargo el carbón español no podía competir con los precios ingleses y para que no se resintieran las exportaciones de agrios, había que importar regularmente algo de carbón inglés para equilibrar el comercio. En cambio, la explotación de las minas de manganeso se redujo casi a la nada en 1935; la producción de piritas, potasio y lingotes de hierro descendió más de un tercio entre 1930 y 1935; la de plomo, zinc, plata, tungsteno y cobre, más de la mitad; y la de mineral de hierro, una cuarta parte. La producción de acero descendió fuertemente, de un millón de toneladas en 1929 a 580 000 en 1935, no sólo debido a las circunstancias mundiales, sino a que la República necesitaba menos acero que Primo de Rivera: no había ninguna guerra de Marruecos, y la República, igual que todos los gobiernos de los años 30, creía en la expansión de las carreteras, y no en la ferroviaria. Sin embargo, en algunos sectores no fueron mal las cosas durante la República. La producción de energía eléctrica, al aumentar el número de plantas hidroeléctricas, aumentó en casi un 50% entre 1926 y 1936. Lo mismo ocurrió con la construcción. En realidad, la mayoría de países (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Alemania) tuvieron problemas peores que España durante la depresión. Así, mientras el índice de producción industrial de España había descendido más del 10%, la producción de Alemania y Estados Unidos descendió casi el 50% en 1932.

El que reaccionó mejor, de los ministros, frente a estas dificultades fue Prieto, quien, cuando pasó del ministerio de Hacienda al de Obras Públicas, dedicó mucho tiempo y

muchas inversiones a la construcción de pantanos, a hacer proyectos de riego y repoblación forestal, y a fomentar la agricultura y la energía hidroeléctrica. Electrificó algunos trenes, comenzó la construcción de terminales centrales de metro en Barcelona y Madrid, terminó el proyecto del túnel del Guadarrama que había iniciado Primo de Rivera, y construyó muchas carreteras, comprendiendo que la España del futuro dependería cada vez más de los camiones para el transporte comercial. Es fácil imaginar la importancia que habrían tenido proyectos de esta índole si él hubiera dirigido un gobierno de centro.

Las cifras agrícolas eran mucho más alentadoras. La producción de trigo, maíz y arroz o bien se mantuvo en su nivel anterior, o mostró un avance. La pesca efectuada en las costas españolas aumentó en un tercio[360]. El área dedicada a la producción de naranjas entre 1931 y 1936 fue casi el 50% más que la de 1926, y las exportaciones de naranjas también alcanzaron una cifra récord en los años de la República, llegando a constituir más del 20% de las exportaciones españolas (principalmente a Inglaterra)[361]. (El aumento se debió principalmente a la reducción de otras exportaciones, tales como el vino y el aceite de oliva). A pesar de todo, como era de esperar, las cifras totales de exportación mediados los años 30 llegaban sólo a una cuarta parte de los niveles obtenidos en 1930.

Estas cifras se han de considerar teniendo en cuenta el constante aumento de la población —casi un 1% anual—, o sea que las condiciones eran peores para una población mayor[362]. Además, en los años 30 volvieron 100 000 trabajadores emigrantes, principalmente procedentes de Cuba o Sudamérica, y era imposible una emigración ulterior[363].

Por lo tanto, la economía de España se caracterizaba por un suave declive en la producción industrial, un fuerte declive en la minera, un mantenimiento o un ligero aumento de la producción agrícola y un aumento de población. Los precios se mantuvieron bastante constantes: la comida era barata en relación con la vivienda y la ropa también. Pero las circunstancias políticas, naturalmente, dominaban las consecuencias. Entre 1931 y 1933, por ejemplo, subieron los sueldos a consecuencia de las medidas de Largo Caballero y de una ola fenomenal de huelgas ante las cuales los patronos vieron que no tenían más alternativa que la de pagar, por razones políticas[364]. El resultado fueron despidos, cierres de fábricas con el consiguiente aumento del paro: en realidad, el paro aumentó mucho durante la República. No es fácil determinar las cifras, pero si, como parece probable, había 400 000 parados en diciembre de 1931, después de nueve meses de República, probablemente había ya 600 000 en diciembre de 1933[365].

La situación cambió algo durante el bienio negro, los dos años de gobierno centralista radical y de la CEDA entre finales de 1933 y principios de 1936. Entonces los patronos no tenían inquietud política y podían negarse a las reivindicaciones salariales. Contaban con la policía, la guardia civil y el ejército, y los trabajadores lo sabían. De manera que, no sólo no aumentaron los salarios, sino que en muchos sitios bajaron claramente, sin un descenso proporcionado de los precios. La clase obrera estaba siendo atacada; la consecuencia, como hemos visto, fue la huelga agrícola de principios de 1934, a la que siguieron la revolución y la huelga general de octubre de 1934. A partir de entonces los resentimientos políticos aumentaron de forma irremediable, particularmente debido al encarcelamiento de tantos dirigentes obreros. Pero, por lo

menos, disminuyó el índice de paro. La victoria del Frente Popular reintegró al país a una versión exacerbada del estado de cosas reinante entre 1931 y 1933. La Bolsa bajó, disminuyó la producción y, esta vez, la crisis afectó a la agricultura. Los terratenientes y los patronos se vieron obligados no sólo a subir los salarios y a reducir las horas de trabajo sino, particularmente en el campo, como hemos visto, a dar trabajo no sólo a los despedidos entre 1933 y 1936 y a los que habían estado en la cárcel, sino a personas que nunca habían tenido un empleo. Así y todo, aumentó el paro —que, en junio de 1936, llegó al nivel de los 800 000 parado—. Es lógico que muchos de éstos trataran de ser aceptados, y hasta alimentados, por alguna de las organizaciones paramilitares. En realidad, la «pequeña guerra civil» —así se han llamado, con cierta razón, los acontecimientos ocurridos entre febrero y julio de 1936— puede interpretarse como algo muy parecido a una incursión de pistoleros parados, de ambos bandos, contra las vidas y las posesiones de los asalariados.

Dada la inestable situación política, y los odios surgidos en 1934, la combinación del descenso en la producción, con los elevados salarios (obtenidos por intimidación), con el hundimiento de la confianza de los empresarios, y con el aumento del paro, dejaba al país sólo tres alternativas: la revolución, la contrarrevolución o la guerra civil. Ahora, Gil Robles y Azaña, con su preocupación por la enseñanza religiosa, eran naturalmente irrelevantes. En la primera mitad de 1936, sólo Calvo Sotelo y Largo Caballero parecían tener una solución que ofrecer: ambos habían colaborado con una política democrática, ambos habían colaborado con Primo de Rivera, y ambos ofrecían ahora soluciones autoritarias. Para los hombres de centro era difícil resistirse al impulso que empujaba en una u otra dirección.

El siglo XX contempló un despertar del espíritu español: la volatilidad política de los años transcurridos entre 1898 y 1936, más intensa todavía entre 1931 y 1936, fue la expresión de una vitalidad que se extendía a la mayor parte de las esferas de la vida nacional. La primera parte del siglo XX fue más rica desde el punto de vista artístico, por ejemplo, que ningún otro momento después del siglo XVII. Los nombres tan famosos de Picasso, Dalí, Miró, García Lorca, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Pío Baroja, Buñuel, Falla, Casals, Unamuno y Ortega son sólo las cumbres de un período brillante. Indudablemente, a principios del siglo XX, España estaba saliendo de su larga decadencia. Este renacimiento se veía tanto en la derecha como en la izquierda, en la enseñanza y en el arte. El armonioso racionalismo de la Institución Libre de Enseñanza empezaba a contar con el complemento de un catolicismo reavivado. El nacionalismo catalán y el vasco eran expresiones políticas de un renacimiento tanto económico como cultural. El movimiento anarquista, que continuó creciendo numéricamente hasta los años 30, demostró que las clases trabajadoras también se habían despertado. El resurgimiento intelectual quedaba reflejado en una prensa vigorosa: cada partido, e incluso cada matiz de opinión, tenía su publicación propia, y a menudo tenía además un diario o dos. Desgraciadamente, el conflicto de estas, y otras, esperanzas de regeneración no pudo caber en las viejas estructuras. Así, el verano de 1936 no representó únicamente que García Lo rea acabara de escribir *La casa de Bernarda Alba*, sino también la culminación de ciento cincuenta años de apasionadas luchas en España.

En 1808 se había hundido la vieja monarquía y, a partir de 1834, se libró una guerra de cinco años provocada por la cuestión de la constitución liberal. En 1868, el ejército

expulsó a una monarquía corrompida, y el país se dividió en un conflicto que era a la vez religioso y regional, mientras los representantes de Bakunin fundaban las primeras organizaciones obreras. En 1898, la guerra contra los Estados Unidos provocó el regreso de un ejército excesivamente numeroso que pasó de las últimas colonias a la frustración de la inactividad en España, rodeado de innumerables recuerdos de las glorias pasadas, mientras que un grupo de valientes jóvenes de la clase media soñaba con preparar el renacimiento intelectual del país «poniendo doble llave al sepulcro del Cid»[366]. En 1909, los odios de clase, exacerbados por el nacionalismo y el antimilitarismo catalanes, dieron lugar en Barcelona a una semana de sangrientos desenfrenos, que se dirigieron especialmente contra la Iglesia. En 1917, una huelga general revolucionaria fue aplastada por un ejército también muy dado a la insurrección, mientras que la dictadura militar de Primo de Rivera, establecida en 1923 después de cinco años de semiguerra civil en Barcelona, fue el gobierno que dio al país el paréntesis más largo en lo que se refiere a asesinatos políticos, huelgas y estériles intrigas. Los liberales, cuyas protestas consiguieron la expulsión del dictador en 1930 y la del rey en 1931, resultaron incapaces de crear unos hábitos democráticos lo suficientemente poderosos para satisfacer las aspiraciones tanto de las clases trabajadoras como de las antiguas clases gobernantes, y los nuevos gobernantes irritaron mortalmente a los antiguos, sin llegar a ser lo bastante fuertes y radicales para complacer a los trabajadores. En 1932, un sector de las derechas intento Superar su derrota electoral con un pronunciamiento al viejo estilo, mientras que, en 1934, una parte de las izquierdas, tras su fracaso en las urnas y llevadas por su impaciencia y por el miedo al fascismo que se estaba

extendiendo por todo el continente iniciaron también una revuelta que, en Asturias, estableció temporalmente una dictadura del proletariado. En febrero de 1936, los dos bandos que para entonces se habían formado, y que se referían a sí mismos con el nombre peligrosamente militar de frente, pusieron sus disputas de nuevo a votación… La victoria —por escaso margen— del Frente Popular sobre el Frente Nacional había elevado al poder a un gobierno débil, aunque progresista, considerado por sus propios partidarios socialistas y comunistas como el precursor de un cambio social más profundo. La mayoría de los hombres prominentes de la España de 1936 habían vivido toda una generación de turbulencia, y muchos de ellos, como Largo Caballero, Calvo Sotelo o Sanjurjo, habían representado en ella papeles importantes, aunque equívocos (Largo Caballero había colaborado con Primo de Rivera, Sanjurjo había abandonado al rey). Ahora los antiguos dueños del poder económico, dirigidos por el ejército y apoyados por la Iglesia, encarnación de las pasadas glorias de España, creían que estaban a punto de ser desbordados. Frente a ellos se encontraban «los profesores» —la clase media instruida— y prácticamente todas las fuerzas obreras del país, enloquecidas por años de insultos, miseria y abandono, soliviantadas por el conocimiento de las mejores condiciones de vida de que disfrutaban sus camaradas en Francia e Inglaterra, y por el poder que suponían había conseguido en Rusia la clase obrera. Las izquierdas estaban horrorizadas por el fascismo, las derechas por el comunismo. Además, las derechas suponían que, si no iniciaban una contrarrevolución, serían aplastadas por la revolución. Entretanto, los anarquistas llevaban toda una generación en estado de guerra con la sociedad; y la respuesta del gobierno había sido la de una desesperada administración de guerra, y

no la de un gobierno en tiempo de paz. Unos meses más tarde, el agregado militar francés, coronel Morell, resumió la situación con agudeza, aunque también con cierta altivez: «Una aristocracia parasitaria, una burguesía poco preocupada por el bien público, un pueblo sin dirigentes. El prestigio del clero se había desvanecido, el sistema del caciquismo se había debilitado, el pueblo había sido presa de agitadores y políticos. La burguesía amenazada por la revolución, por convicción o por cálculo, se había sumado a la causa de la rebelión»[367]. Otra explicación sería la de que España era un país conservador en el que una estructura social estancada había mantenido en el atraso a una economía infraexplotada, mientras que una educación política avanzada y la presión de la población impedían que el viejo sistema pudiera seguir funcionando. Para que se emplearan creativamente los recursos del país tenía que haber un cambio político. Pero, mientras que los radicales estaban dispuestos a subvertir la estructura social para lograr cambios, los conservadores estaban dispuestos a utilizar la fuerza para mantener el viejo mundo, Entre las izquierdas había algunos impacientes, y el centro no podía resistir.

La segunda República española fracasó porque no fue aceptada por grupos poderosos tanto de la izquierda como de la derecha. A los anarquistas, el primer gobierno de Azaña y los socialistas les había parecido «lento y legalista»[368]. En 1936, muchos socialistas coincidieron con los anarquistas en este punto. Al intentar resolver los problemas más acuciantes con los que entonces se enfrentaba España (y cuya existencia había llevado al derrumbamiento del régimen anterior), la República apartó de su lado a muchos que, en principio, habían pensado colaborar con ella. Los cinco años y pico transcurridos entre

abril de 1931, y julio de 1936 fueron, pues, una época en que se fueron formando dos bandos lo bastante poderosos como para impedir la victoria inmediata de uno de ellos, en el caso de que se desenvainaran las espadas. Desde el hundimiento de la monarquía en 1808, había habido en España tres querellas principales: una, entre la Iglesia y los liberales; otra, entre los terratenientes y posteriormente la burguesía por un lado y la clase obrera por otro; y la otra entre los que reclamaban derechos regionales (sobre todo en Cataluña y las provincias vascas) y los defensores de la dirección central de Castilla. Cada una de estas tres luchas había alimentado a las otras, y habían estado superpuestas[369], de manera que cualquier deseo de moderación por parte de alguno de los grupos enfrentados quedaba extinguido por un gran incremento de la violencia por parte de otro.

Los problemas de España también remitían a la siguiente pregunta: ¿Quiénes serían los responsables de la modernización e industrialización del país? ¿Los demócratas, los revolucionarios socialistas o la derecha autoritaria? Estaban igualmente en juego los principios, y los odios, de las revoluciones francesa y rusa. El deseo de renacimiento, y la conciencia de que España era capaz de él, estaban muy extendidos: «Declaramos la guerra al negro capitalismo, explotador de los pobres [...], más religión y menos fariseísmo; más justicia y menos liturgia». Así hablaba un miembro fundador de la CEDA[370].

La República fue un fracaso, a pesar de su legislación tan prometedora y de tantos buenos proyectos como se iniciaron (como, por ejemplo, el programa de regadío y redistribución del Plan Badajoz, llevado a la práctica años más tarde bajo auspicios políticos muy diferentes). Los deterministas podrían dar una explicación simple. Un historiador liberal se siente tentado a echar la culpa a los individuos: a Azaña, por

su excesivo orgullo y por alguna que otra manifestación de frivolidad; a Gil Robles, por sus vacilaciones, su retórica y su falta de sinceridad. A Largo Caballero y a Calvo Sotelo por sus discursos incendiarios y su desprecio a sus oponentes. Lerroux era indolente y corrompido; Alcalá Zamora, entrometido y vano. Dejando aparte figuras de segundo orden como Miguel Maura o Giménez Fernández, Prieto fue la figura destacada que más comprendió cuál era el camino indicado, aunque fuera demasiado veleidoso para seguirlo. Para mantener su posición ante la corriente cada vez más revolucionaria de su partido, llegó incluso a lanzarse a proyectos impetuosos, tales como el contrabando de armas en 1934 o la destitución de Alcalá Zamora en 1936. Además, le caracterizaban cierta ambigüedad y cierto pesimismo: «Soy un hombre débil [...]. No creo que haya nadie tan insensato como para desear realmente ejercer el poder público en España en estas circunstancias», escribía[371]. En 1933, Azaña comentaba pesaroso que las dificultades de la República no derivaban tanto de sus enemigos explícitos como de los propios hombres del régimen: de sus odios, sus ambiciones y sus envidias[372]. Sin embargo, culpar a los individuos es olvidar que los políticos son la expresión de talantes públicos que son los sueños colectivos de las masas. En realidad, la República cayó por las mismas razones que habían hundido a la dictadura y a la monarquía de la Restauración: la incapacidad de los políticos de entonces para resolver los problemas del país dentro de un marco generalmente aceptable, y, por otra parte, la voluntad de algunos —respaldada por la tradición— de someter las cuestiones a la prueba de la fuerza. «Ya no hay soluciones pacíficas», decía el boletín falangista *No importa* el 6 de junio; «El Estado debe desaparecer», decía *Solidaridad obrera* el 16 de abril. Los espectros provocaron la guerra y, después,

el país fue dominado por los fantasmas.

El país se apoyaba sobre estas luchas. No había hábitos de organización, de compromiso, ni siquiera de articulación: ni se respetaban, ni tan sólo se deseaban. En la medida en que existían tradiciones comunes a toda España, eran tradiciones de violentas disputas. Verdaderamente, España estaba invertebrada. A medida que pasaban los años, todas estas disputas fueron adquiriendo características religiosas, regionales y de lucha de clases. Las juventudes de la CEDA y las socialistas estaban embriagadas con visiones absolutas de futuros exclusivos, que se lanzaban unas a otras, provocando el colapso del Estado. Durante la República, el país había estado empapado de política[373]. Al mismo tiempo, además, muchas personas querían una «nueva España» (que podía significar cien cosas diferentes), digna de su glorioso pasado y de las cualidades permanentes de su pueblo. Éstos eran los motivos que movían —a un nivel superficial o profundo— a muchos de los señoritos que cantaban el himno falangista *Cara al sol*:

> *Cara al Sol con la camisa nueva*
> *Que tú bordaste en rojo ayer*
> *Me hallará la muerte si me llega,*
> *Y no te vuelvo a ver [...]*
> *¡Arriba escuadras a vencer,*
> *Que en España empieza a amanecer!*
> *¡España! ¡Una!*
> *¡España! ¡Grande!*
> *¡España! ¡Libre!*
> *¡Arriba España*[374]*!*

Y eran muy semejantes los pensamientos que movían a los apasionados revolucionarios que cantaban la canción anarquista *Hijos del pueblo.*

> *Hijos del pueblo, te oprimen cadenas*
> *Y esa injusticia no puede seguir;*

Si tu existencia es un mundo de penas
Antes que esclavo, prefiere morir [...]
Trabajador,
No más sufrir,
El opresor
Ha de sucumbir.
Levántate, Pueblo leal,
Al grito de Revolución social[375].

El gran poeta de Castilla, Antonio Machado, quería decir lo mismo cuando escribió en su elegía al fundador de la Institución Libre de Enseñanza, Francisco Giner de los Ríos:

Vivid, la vida sigue,
Los muertos mueren y las sombras pasan;
Lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques, sonad! ¡Enmudeced, campanas!

LIBRO SEGUNDO

Alzamiento y revolución

¡La atmósfera del 19 de julio! Un pequeño acontecimiento la describe: en la casa de uno de mis camaradas en Barcelona, un miembro de la patrulla de control, tras una inspección de rutina, abrió la jaula y liberó a un canario, ¡era el día de la libertad!

Manuel Casanova

13

Carta de Franco del 23 de junio.— Los carlistas. — El viaje del Dragon Rapide. — El asesinato del teniente Castillo. — El asesinato de Calvo Sotelo. — Dos entierros. — La última reunión de las Cortes.

El día 23 de junio, desde su semidestierro de las Canarias, el general Francisco Franco escribió al jefe del gobierno, Casares Quiroga. La carta mostraba su preocupación por las divisiones existentes dentro del cuerpo de oficiales, reflejo de la nación dividida. Franco protestaba contra las privaciones de mando a militares de derechas. Estos hechos, decía el general, estaban causando tal inquietud que él se sentía obligado a advertir al jefe del gobierno (que además era ministro de la Guerra) acerca de los peligros que suponían «para la disciplina del ejército»[376]. Esta carta era una declaración final de Franco «ante la historia» de que había hecho todo lo posible para conseguir la paz, aunque por entonces ya debía de saber que era demasiado tarde para intentar nada. Sin embargo, el jefe del gobierno no contestó su carta. Parece ser que Franco estuvo vacilando hasta bien entrado aquel verano de 1936 (a pesar de sus actividades inmediatamente después de las elecciones). «Con Franquito o sin Franquito —declaró Sanjurjo en Lisboa— salvaremos a España»[377]. Sin embargo, a finales de junio, lo único que faltaba para fijar la fecha del alzamiento era el acuerdo con

los carlistas. El 29 de junio, José Antonio envió órdenes a los jefes locales de Falange sobre cómo actuar; las unidades de Falange habían de mantener su identidad; en una localidad dada, sólo podía ponerse bajo control militar un tercio de cada destacamento de Falange: instrucciones que demostraban ciertas reservas, pero instrucciones al fin y al cabo[378].

Sin embargo, el 1 de julio, Mola tuvo que enviar un documento a sus compañeros de conspiración recomendándoles paciencia. El ejército todavía no estaba unido, y él había recurrido a las amenazas: «Quien no está con nosotros está contra nosotros: el movimiento triunfante será inexorable con los compañeros que no resulten ser compañeros». Probablemente le resultaban intolerables las vacilaciones de Franco, si es que eran sinceras. Los carlistas y los falangistas albergaban muchas exigencias: los primeros estaban obsesionados por los colores de la bandera bajo la cual marcharían los rebeldes, y los segundos por problemas de autoridad. Mola incluso llegó a pensar en retirarse a Cuba, donde había nacido; pensó en suicidarse, en matar a Fal Conde…, pero perseveró.

En Marruecos, el ejército de África empezó sus maniobras de verano. La capital de España estaba atenazada por una huelga de la construcción: tanto los contratistas como los obreros anarquistas se negaban a aceptar el arbitraje del gobierno, mientras que la UGT lo aceptaba[379]. Las esperanzas de Largo Caballero de conseguir una alianza de los trabajadores no parecían muy fundadas. También había huelgas de ascensoristas, camareros y toreros, las dos primeras convocadas por el ala izquierda de la UGT. (La huelga de toreros, en cambio, tuvo su origen en el éxito obtenido aquel verano por dos matadores mexicanos que actuaban mano a mano. La prensa sugirió que los mexicanos

eran más valientes que los españoles). Mientras tanto, los socialistas estaban divididos, como siempre, sobre todo a propósito de los resultados de las nuevas elecciones para la presidencia del partido que habían sido forzadas por los caballeristas. González Peña, el dirigente de los mineros asturianos, que, no obstante, era amigo de Prieto, fue elegido en una votación insuficiente: los caballeristas se quejaron de que los prietistas habían falseado los resultados, pero resultó que habían excluido a todos los que no habían pagado sus cuotas en 1934[380].

A finales de junio llegó la tan esperada fusión entre los movimientos juveniles socialista y comunista, que dio lugar a la JSU (Juventudes Socialistas Unificadas). En ésta, aunque la mayoría de los dirigentes eran socialistas (por ejemplo, Santiago Carrillo), la línea política era comunista. Esto causó alarma incluso en el círculo de Largo Caballero. Araquistain, director del periódico de Largo Caballero, *Claridad*, estalló (ilógicamente, teniendo en cuenta las opiniones ardientemente procomunistas que había manifestado hasta entonces): «Hemos perdido nuestras juventudes. ¿Qué pasará con el Partido Socialista español?»[381]. Prieto no podía contener su furia. Sin embargo, Largo Caballero no parecía haberse inquietado por esto. Los socialistas de Madrid estaban pensando incluso en una fusión de los partidos socialista y comunista. Las juventudes socialistas, igual que otros grupos, continuaron con su instrucción militar, siendo el organizador de la misma un famoso socialista italiano, de Turín, Fernando de Rosa, célebre por su atentado de Bruselas en 1929 contra el príncipe Umberto de Saboya[382].

El camino intermedio todavía contaba con algunos partidarios. Miguel Maura, uno de los padres de la República en 1931, pedía «una dictadura republicana nacional» que

salvara a España de la anarquía: «Ciudadanos pacíficos —escribió en *El Sol* a finales de junio—, ahora creen que las leyes son letra muerta». Ni Prieto ni Maura tendrían la oportunidad de hacer una coalición. Circulaban demasiados rumores. Se extendió el pánico ante la repetición del viejo bulo de que un grupo de monjas habían envenenado los caramelos de los hijos de los obreros. Diariamente se cometían asesinatos por motivos políticos. El 2 de julio, por ejemplo, dos falangistas que estaban sentados en la terraza de un café, en Madrid, fueron acribillados a balazos desde un automóvil que pasó por allí. Aquella misma tarde, dos hombres que salían de la Casa del Pueblo, en Madrid, caían ante las balas de un grupo de hombres armados con pistolas ametralladoras. Esta pequeña guerra continuaba, sin que nadie la frenara, desde las elecciones de febrero. En casi ninguna de estas ocasiones habían sido encontrados los asesinos. El 8 de julio fueron detenidos en Madrid setenta falangistas, y varios centenares en provincias, acusados de sedición. Entre ellos se encontraba Fernández Cuesta, el secretario general de la Falange (José Antonio afirmaba que en junio había 150 000 falangistas, de los cuales casi 15 000 eran antiguos miembros de la JAP y 2000 estaban en la cárcel). Entretanto, en el ministerio de la Guerra los oficiales republicanos leales observaban reuniones entre los que ellos sabían que eran enemigos de la República. García Escámez, un andaluz sutil y encantador que había ostentado el mando parcial de la Legión en Asturias y ahora era el lugarteniente de Mola en Pamplona, se presentó con noticias y planes[383]. En el campo, cada vez se ocupaban más tierras, los terratenientes abandonaban sus fincas, los que se quedaban se veían obligados a emplear a muchos más trabajadores de los que necesitaban, se mataba al ganado, los sindicatos fomentaban las ocupaciones, y se descuidaban las cosechas.

También existía mucha agitación con respecto a las reivindicaciones de autonomía: representantes de las provincias aragonesas se reunían en Caspe, el alcalde de Burgos proponía un estatuto para Castilla la Vieja, mientras el municipio de Huelva manifestaba que abandonaría Andalucía para unirse a una Extremadura autónoma. Por otra parte, los españoles de clase alta y media se marchaban con sus familias a pasar las vacaciones en la costa norte: permanecer en Madrid durante el verano se había convertido en un estigma social. Y en 1936 parecía un riesgo.

El 7 de julio, Mola escribió a Fal Conde (que se encontraba en San Juan de Luz, con los demás dirigentes carlistas), prometiéndole resolver la cuestión de la bandera después del alzamiento y asegurándole que no tenía relaciones con ningún partido político. «Debe darse cuenta —añadía— de que todo se encuentra paralizado por su actitud. "Ciertas cosas" están ya tan adelantadas que sería imposible el evitarlas. Por amor de España, le suplico una rápida respuesta»[384].

El 7 de julio contestó Fal Conde pidiendo garantías de que el futuro régimen sería antidemocrático e insistiendo en que la cuestión de la bandera se había de decidir inmediatamente. Lamamié de Clairac, el inveterado enemigo de la política agraria de la República, pidió que no hubiera colaboración con Mola si éste no prometía la restauración de la monarquía. Mola, fuera de sí, colérico, rehusó estas condiciones. «El movimiento tradicionalista —escribió— está arruinando a España con su intransigencia, exactamente igual que el Frente Popular»[385]. La cuestión era, como escribió Mola al moderado conde de Rodezno (que era el jefe carlista en Navarra), que, dado que la guarnición de Pamplona estaba compuesta de hombres poco seguros para una rebelión, pues eran principalmente asturianos, se

necesitaba un puñado de carlistas para hacer de ellos unos soldados[386]. El 9 de julio, el general Sanjurjo escribió desde Lisboa una carta conciliatoria, en la que sugería que los carlistas enarbolaran la bandera monárquica aun cuando Mola usara la republicana: Sanjurjo garantizaría un régimen político de acuerdo con los principios carlistas. Esto no solucionó nada, pero fue más o menos por entonces cuando Franco, en Tenerife, decidió sumarse a la rebelión, recibiendo el mando de todas las tropas de Marruecos; esto es, de las tropas más dignas de confianza del ejército español[387]. «¿Crees que vendrá Franquito?», preguntó el general Varela al general Kindelán, un jefe distinguido de las fuerzas aéreas temporalmente retirado. «Mola cree que sí», fue su respuesta[388]. Pero no parecía seguro. Entretanto, las calles de Pamplona estaban preparadas para celebrar las fiestas anuales de San Fermín. Como todos los años, tuvieron lugar los encierros y los mozos corrieron delante de los toros por las calles de la ciudad, mientras las mujeres los contemplaban desde los balcones. Entre aquellos hombres había muchos que, antes de una semana, se alistarían en las fuerzas carlistas. En medio de los espectadores se pudo ver la cara de Mola, con sus gafas, acompañado por el inquieto y barbudo general Fanjul, uno de los principales conspiradores de Madrid, y por el coronel León Carrasco, que había de dirigir el alzamiento en San Sebastián[389].

En Londres, Luis Bolín, corresponsal del diario monárquico *ABC*, había alquilado un *Dragon Rapide* a la Olley Airways Company de Croydon para trasladar a Franco desde Canarias hasta Marruecos, donde el plan preveía que asumiría el mando del ejército de África. Se escogió un avión extranjero porque en España no había una aviación civil digna de confianza. Bolín tenía instrucciones de su director, el marqués de Luca de Tena, conspirador desde 1931, para ir

a Las Palmas, pero, si no recibía nuevas instrucciones antes del 31 de julio, tenía que regresar a Inglaterra[390]. El 11 de julio, el avión inglés despegó de Croydon, pilotado por un tal capitán Bebb, que no tenía ni la menor idea de la naturaleza de la misión en la que tomaba parte[391] En el viaje le acompañaron Bolín, un coronel retirado, Hugh Pollard y dos jóvenes rubias, una de ellas hija de Pollard, y la otra amiga de ésta. Estos pasajeros, que también ignoraban el propósito del viaje, habían sido proporcionados por el editor católico Douglas Jerrold para que el vuelo tuviera un aspecto usual[392].

Aquella noche, en Valencia, la emisora de radio local fue ocupada por un grupo de impacientes falangistas que anunciaron, misteriosamente, que pronto estallaría «la revolución nacionalsindicalista», y desaparecieron antes de que llegara la policía. El mismo día, en Madrid, el jefe del gobierno había sido advertido una vez más de lo que iba a ocurrir. «¿Conque aseguran ustedes que van a levantar a los militares? —preguntó con una mal entendida jovialidad—. Muy bien, yo, en cambio, me voy a acostar»[393]. Un poco antes, también había quitado importancia a una información sobre las actividades carlistas en Navarra que le había dado Jesús Monzón, dirigente comunista en Pamplona, que fue a visitarle acompañado de «la Pasionaria»[394]. Pero el ministro de Marina, Giral, fue más precavido: prohibió que tuvieran lugar maniobras navales cerca de Marruecos o de las Canarias; y colocó telegrafistas leales en el telégrafo naval de Madrid, en la Ciudad Lineal y en los barcos más importantes[395].

El 12 de julio, parecía que Mola y los carlistas todavía no se habían puesto de acuerdo. Pero el primero consiguió sus fines sin tener que ceder demasiado, en realidad, jugando, en primer lugar, con el entusiasmo por la lucha manifestado

por la juventud carlista en Navarra, que no parecía preocupada por las condiciones de su participación en el alzamiento, y, en segundo lugar, con la flexibilidad del conde de Rodezno, que siempre había deseado colaborar con el resto de las derechas españolas (sobre todo, con los monárquicos alfonsinos), que odiaba a Fal Conde, y que ahora, como jefe de los carlistas en Pamplona, pudo conseguir del príncipe Javier de Borbón Parma, en San Juan de Luz, la conformidad para apoyar al alzamiento si éste se producía antes de que pudiera consultar con su tío Alfonso Carlos en Viena y obtener su respuesta. Naturalmente, esta respuesta tardó en llegar y, cuando llegó, ya se habían sumado a la lucha. Así pues, Mola fue a la guerra con los carlistas de su parte, pero las condiciones de la participación carlista quedaron más vagas de lo que deseaban Fal Conde, Javier o Alfonso Carlos[396].

En Marruecos, las maniobras de la Legión Extranjera y de los Regulares acabaron con un desfile en presencia de los generales Romerales y Gómez Morato, que eran respectivamente comandante de la zona este de Marruecos y comandante del ejército de África. Ninguno de los dos generales, ni el alto comisario interino, capitán Álvarez Buylla, estaban enterados de la conspiración en la que habían de desempeñar papeles importantes muchos de los otros oficiales del desfile. Gómez Morato era objeto de especial antipatía en los círculos militares ortodoxos, ya que él había organizado los traslados ordenados por Azaña para situar a oficiales leales en los puestos importantes. La noche del día del desfile, estos dos generales telegrafiaron a Madrid que todo iba bien en el ejército de África. Pero, durante las maniobras, los conspiradores celebraron reuniones de última hora. En un encuentro de oficiales jóvenes, el coronel Yagüe, jefe de la Legión Extranjera, había usado incluso el término

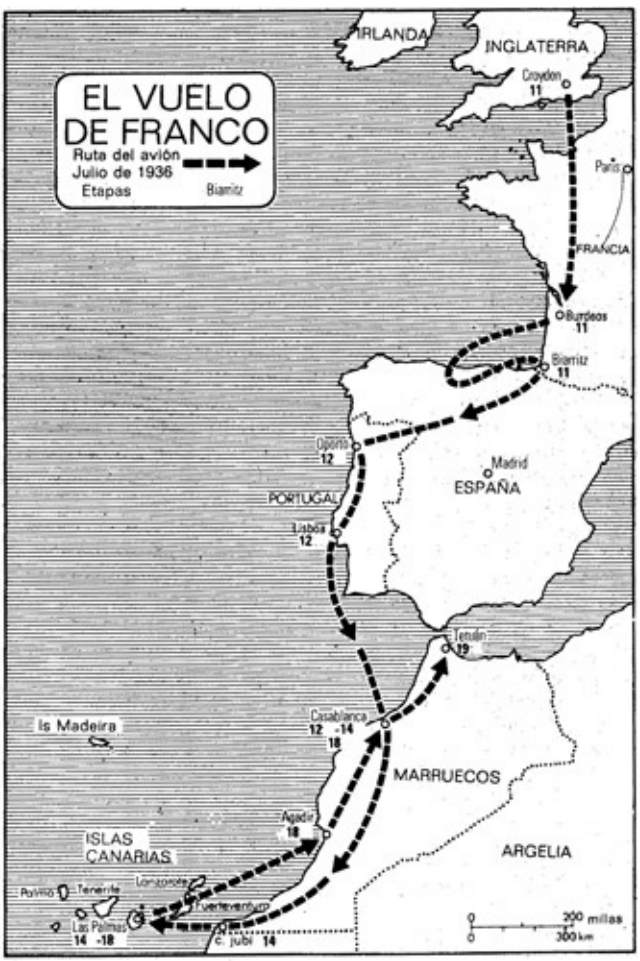
«cruzada» (que más tarde sería habitual en los discursos nacionalistas) para describir al movimiento que se encontraba detrás de la sublevación. Yagüe, políticamente ambicioso, viendo frustrada su carrera por la República, se afilió a la Falange. Una noche, durante el banquete oficial que siguió al desfile, se oyó el grito de «¡café!», que, para los iniciados, significaba «¡Camaradas! ¡Arriba Falange Española!». Álvarez Buylla preguntó por qué la gente pedía café, mientras todavía estaban sirviendo el pescado en la mesa. Le informaron de que el grito procedía de un grupo de jóvenes que debían de estar algo bebidos[397]. Entretanto, el mismo día, el *Dragon Rapide* llegó a Lisboa, donde Luis Bolín conferenció con Sanjurjo, quien le aseguró que Franco era «el hombre» para hacer triunfar el alzamiento[398]; después salieron para Casablanca, Cabo Yuby y Las Palmas.

Aquella noche a las nueve, el teniente José Castillo, de la guardia de asalto, salía de su casa, en la calle Augusto Figueroa, en el centro de Madrid, para empezar su servicio. En abril de este mismo año había ostentado el mando de los guardias de asalto que reprimieron los disturbios en el entierro del teniente de los Reyes, de la guardia civil, muerto durante la celebración del quinto aniversario de la implantación de la República. Después Castillo había colaborado en la instrucción de las milicias socialistas. Desde entonces, la Falange había señalado a Castillo como futura víctima de su venganza. Se había casado en junio, y su novia, la víspera de la boda, había recibido una carta anónima en la que le preguntaban por qué se casaba con un hombre que pronto no sería «más que un cadáver». Al salir de casa el 12 de julio, un caluroso domingo del verano madrileño, Castillo fue muerto a tiros por cuatro hombres armados de revólveres, que escaparon rápidamente por las calles llenas de gente[399].

Éste era el segundo oficial socialista que habían asesinado en los últimos meses. El capitán Carlos Faraudo, un ingeniero que también había ayudado a instruir a las milicias socialistas, había sido asesinado por unos falangistas en mayo, mientras paseaba con su mujer por Madrid. Así pues, la noticia de la muerte de Castillo causó ira al llegar a la jefatura de los guardias de asalto, en el cuartel de Pontejos, junto al ministerio de la Gobernación, en la Puerta del Sol. El cuerpo fue expuesto en la dirección general de Seguridad, dentro del ministerio. Los camaradas del teniente muerto criticaron particularmente al gobierno, que había permitido que ocurriera aquello; pidieron medidas contra la Falange. Un grupo fue a quejarse al ministro de la Gobernación, Juan Moles, y le pidió autorización para detener a ciertos falangistas que todavía estaban en libertad. Él accedió, pidiendo a los oficiales su palabra de honor de que sólo detendrían a aquellos cuyos nombres figuraban en la lista, y de que entregarían a los detenidos a la autoridad competente. Ellos dieron su palabra. Entre estos hombres estaba un capitán de la guardia civil, Fernando Condés, que había sido íntimo amigo de Castillo. La muerte de Castillo dejó abrumado a Condés. Salió en un coche oficial sin una idea muy clara de adónde iba a dirigirse, acompañado por varios guardias de asalto vestidos de paisano. El conductor llevó a Condés a la dirección de un falangista; ésta resultó ser falsa. «Vayamos a casa de Gil Robles», dijo alguien. Condés, todavía aturdido, no dijo nada. Fueron a casa de Gil Robles, pero éste estaba en Biarritz. Alguien sugirió que fueran a casa de Calvo Sotelo.

Calvo Sotelo tuvo algunas premoniciones de peligro. El 11 de julio, dicen que «la Pasionaria» le había amenazado claramente de muerte[400]. Uno de los dos policías de la escolta a la que tenía derecho Calvo Sotelo como miembro

de las Cortes dijo a un amigo de Calvo Sotelo, el diputado Joaquín Bau, que su oficial superior había dado órdenes de no intervenir en el caso de que se intentara el asesinato de Calvo Sotelo, y de que, en realidad, si el atentado tenía lugar en el campo, debía ayudar a los asesinos. Entonces la escolta fue sustituida por otra en la que Calvo Sotelo pudiera confiar, aunque aparentemente el ministro de la Gobernación no prestó más atención al asunto. Verdaderamente, aquel verano era difícil saber qué era lo que había que creer.



7. El vuelo de Franco con el capitán Bebb en julio de 1936

De todos modos, hacia las tres de la mañana del lunes 13 de julio, el sereno abrió la puerta del edificio donde vivía Calvo Sotelo, en la calle Velázquez, en un barrio elegante y moderno de Madrid, permitiendo a Condés y a algunos de los guardias de asalto que subieran al piso de su víctima. Calvo Sotelo tuvo que levantarse de la cama, y los intrusos le convencieron para que los acompañara a la jefatura de policía, aunque su inmunidad parlamentaria lo eximía de la posibilidad de ser detenido. Calvo Sotelo se tranquilizó al comprobar la documentación del capitán Condés, que le identificaba como miembro de la guardia civil. Un socialista pensó que Calvo Sotelo creía que no le llevaban ante el director general de Seguridad, sino ante Mola, cuyo nombre cifrado dentro de la conspiración era «el director»[401]. De todos modos, Calvo Sotelo prometió telefonear pronto a su familia, y añadió: «si es que no me llevan a darme cuatro tiros». El coche arrancó rápidamente. Nadie dijo una palabra. A unos doscientos metros de la casa, Luís Cuenca, un joven socialista gallego que iba sentado cerca del político, le disparó dos tiros en la nuca. Al parecer, ni Condés ni los demás esperaban este desenlace. De momento, Condés pensó en suicidarse, ya que Calvo Sotelo se había entregado a él. Pero, en vez de hacerlo, se dirigió al cementerio del Este, y entregó el cuerpo al encargado sin decirle de quién era. Cuenca se dirigió a la redacción de *El Socialista* y explicó a Prieto lo que había ocurrido. El cadáver fue identificado al mediodía siguiente. Poco después, Cuenca, Condés y los otros que habían estado en el coche fueron detenidos. No intentaron escapar. Empezaron los rumores; se habló de conspiración; se dijo que el jefe del gobierno había sido cómplice; y las acusaciones nunca han cesado de multiplicarse[402].

La clase media española quedó estupefacta ante este

asesinato del líder de la oposición parlamentaria realizado por miembros de la policía regular, aun cuando pudieran sospechar que la víctima había estado implicada en una conspiración contra el Estado. Ahora era lógico suponer que el gobierno no podía controlar a sus propios agentes, aunque deseara hacerlo. Los republicanos de derechas o de centro, tales como Lerroux, o Cambó, o incluso Gil Robles, pensaron que a partir de entonces no podían ser leales a un Estado que no podía garantizar sus vidas[403]. El presidente de la asociación de estudiantes católicos, Joaquín Ruiz Jiménez, que antes había defendido la línea de la no-violencia, decidió que Santo Tomás habría aprobado una rebelión, considerándola justa[404]. El gobierno, entretanto, pasó el 13 de julio reunido en sesión continua. Ordenaron la clausura de los centros monárquicos, carlistas y anarquistas de Madrid. Pero los miembros de las dos primeras organizaciones, y muchos otros, estuvieron aquel día muy ocupados llamando a casa de Calvo Sotelo para rendir su tributo al muerto. A medianoche, Prieto (que en el número de *El Socialista* de aquel mismo día declaraba que era preferible la guerra a aquella intolerable serie de asesinatos) presidió una delegación de socialistas, comunistas y afiliados a la UGT para pedir a Casares Quiroga que distribuyera armas a las organizaciones de trabajadores. Casares se negó, añadiendo acremente que, si Prieto continuaba visitándole con tanta frecuencia, acabaría siendo él quien gobernara España[405]. Durante otra calurosa noche, Madrid permaneció a la espera de acontecimientos. Los milicianos de los partidos de izquierda —es decir, aquellos en los que se apoyarían los partidos en caso de lucha, y que ya habían recibido las pocas armas de que se disponía en los arsenales de Sus organizaciones— permanecieron vigilantes. Los miembros de los partidos de derechas pasaron la noche

pensando a quién le correspondería el turno de oír la fatal llamada a la puerta de su casa.

Por fin Mola dio una fecha definitiva para el alzamiento: sus telegramas decían: «El pasado día 15, a las 4 de la mañana, Elena dio a luz un hermoso niño». Esto significaba, una vez interpretado, que el alzamiento empezaría en Marruecos el 18 de julio a las cinco de la mañana. Las guarniciones de España seguirían el 19 de julio. José Antonio había enviado un mensaje a través de su pasante Rafael Garcerán, diciendo que, si Mola no actuaba dentro de las setenta y dos horas siguientes, empezaría él mismo la rebelión con la Falange en Alicante. Ahora los conspiradores reconocían que sería difícil ganar en Madrid y —pensaban ellos— en Sevilla (aunque, al parecer, no en Barcelona). En estos sitios, las guarniciones, junto con la Falange y demás colaboradores militantes, resistirían en los cuarteles y esperarían ayuda. Mola desde el norte, Goded desde el nordeste y Franco desde el sur, realizarían una marcha sobre la capital. Sanjurjo acudiría en avión desde Portugal para asumir el mando en Burgos. Los antiguos luchadores de las guerras de Marruecos, encabezados por «el león del Rif», podrían dominar por fin su propio país. En el último minuto, Goded cambió de puesto con el general González Carrasco, otro africanista, aunque menos destacado, para ir a Barcelona. Goded insistió en el cambio porque Barcelona se consideraba más importante[406]. Aunque la conspiración llevaba fraguándose tanto tiempo, la muerte de Calvo Sotelo fue lo que decidió realmente a los conspiradores a ponerla en marcha; de otro modo, tal vez no hubieran tenido valor para dar el primer paso. En cambio, ahora, si no hubieran actuado, tal vez habrían sido desbordados por sus seguidores.

Al día siguiente, 14 de julio, hubo dos entierros en el

cementerio del Este, de Madrid. En primer lugar, el del teniente Castillo, cuyo ataúd, envuelto en la bandera roja, fue saludado con el puño en alto por una multitud de socialistas, comunistas y guardias de asalto. Luego, unas horas más tarde, el cuerpo de Calvo Sotelo, amortajado con el hábito de capuchino, descendía a otra tumba rodeado por una enorme muchedumbre que saludaba con el brazo en alto al estilo fascista. En nombre de todos los presentes, Goicoechea, el lugarteniente de Calvo Sotelo en Renovación Española juró, ante Dios y ante España, vengar el crimen. El vicepresidente y el secretario permanente de las Cortes, que estaban presentes, fueron atacados por mujeres muy bien vestidas, que gritaban que no querían tener nada que ver con parlamentarios. Se cruzaron algunos disparos entre falangistas y guardias de asalto, y hubo varios heridos, de los cuales posteriormente murieron cuatro. Estos dos entierros fueron las dos últimas reuniones políticas que tuvieron lugar en España antes de la guerra civil[407].

En Madrid reinó un clima de excitación todo el día. El gobierno suspendió los periódicos derechistas *Ya* y *Época* por publicar relatos sensacionalistas del asesinato de Calvo Sotelo sin haber sometido previamente los originales a la censura. El gobierno suspendió las sesiones de las Cortes, con el fin de ganar tiempo y entretanto se apaciguaran los ánimos. Los dirigentes de los partidos de derechas protestaron, y amenazaron con retirarse en bloque de las Cortes. Largo Caballero, que regresaba de Londres, donde había asistido a una reunión de la Internacional Socialista, bajó del tren cerca de El Escorial a petición del gobierno, y llegó a Madrid en automóvil para evitar las manifestaciones que se habrían producido a su llegada a la estación del Norte. Pero Casares Quiroga aseguró a una comisión parlamentaria de obras públicas, en Madrid, que no era

cierto el rumor de que Mola había sido arrestado, añadiendo que Mola «es un general leal a la República, y propalar rumores de este tipo es desmoralizar al régimen»[408]. Continuaba la lucha entre la UGT y la CNT, y en los suburbios del sur se podían oír tiroteos esporádicos entre ambos sindicatos.

El 15 de julio, se reunió en Madrid la comisión permanente de las Cortes (compuesta por representantes de todos los partidos importantes en las Cortes, en proporción al número de diputados con que contaban). En primer lugar, el conde de Vallellano, representante monárquico, presentó una protesta formal por la muerte de Calvo Sotelo, y anunció que su partido se retiraría de las Cortes, ya que el país se encontraba en un estado de anarquía. A las pocas horas, él, Goicoechea, y muchas personas destacadas de derechas que sabían que su vida corría peligro si había lucha en la capital, se fueron a ciudades más seguras. Gil Robles, que había vuelto de Biarritz (pese a estar amenazada su vida, como lo estaba hacía meses), rindió tributo a la memoria de Calvo Sotelo, su rival hasta hacía poco tiempo, y cuya suerte había estado a punto de compartir. Concluyó diciendo que el gobierno se había convertido en una administración de sangre, fango y vergüenza. Declaró públicamente que había fracasado en su intento de incorporar a la CEDA al proceso democrático de un gobierno parlamentario, y que se lavaba las manos de su intervención en aquel sistema. Después volvió a marcharse a Biarritz. Entretanto, la comisión acordó convocar las Cortes para el martes siguiente, 21 de julio, y los dirigentes de los partidos pidieron a todos los diputados que depositaran sus armas de fuego en el vestuario. Esta reunión (que no llegó a celebrarse) fue inmediatamente conocida con el sobrenombre de «conferencia del desarme».

A la mañana siguiente, el 16 de julio, Mola se fue a

Logroño para entrevistarse con el general Batet, teóricamente su superior, y jefe de la 6.ª División, con cuartel general en Burgos. Batet era conocido por su lealtad al gobierno, aun cuando él había sido quien, durante su mando en Barcelona, había aplastado fríamente la revuelta de 1934 en aquella ciudad. Mola temía ser asesinado, y los oficiales que le acompañaban iban armados. Pero Batet sólo dijo a Mola que había oído que unos pistoleros habían salido de Barcelona con intención de matarle, y le sugirió que se fuera de Navarra. Mola sonrió ante esta idea. Batet (sin saber que su propio jefe de Estado Mayor, el coronel Moreno Calderón, era un conspirador) también pidió a Mola una declaración de que no intentaría levantarse contra el gobierno. «Le doy mi palabra de que no me embarcaré en ninguna aventura», contestó Mola, que más tarde alardearía de la habilidad de esta respuesta[409].

En Madrid, el día transcurrió con calma. El ministerio del Trabajo publicó su fallo respecto a la huelga de la construcción, fallo que fue rechazado por los patronos. A pesar de todo, volvieron a abrir las obras, pendientes de una apelación. Algunos trabajadores de la UGT regresaron al trabajo, pero la CNT continuó la huelga. El gobierno tomó algunas medidas destinadas a limitar la extensión del alzamiento en el caso de que se produjera. El destructor *Churruca* fue enviado de Cartagena a Algeciras, y el cañonero *Dato* recibió órdenes de anclar en Ceuta. Estas medidas intentaban evitar el transporte de unidades de la Legión Extranjera o de Regulares a la península.

Pero el gobierno, al adoptar estas precauciones, ignoraba si los oficiales que mandaban esos barcos eran leales o no. De hecho, no tendría que haberse preocupado: Mola y sus amigos no habían dado ningún paso importante para comprometer a la marina en la conspiración[410].

En las Canarias, el capitán inglés del *Dragon Rapide* consiguió disimular ante las autoridades de Las Palmas el motivo por el cual había aterrizado en el aeropuerto sin documentación[411]. El diplomático José Antonio Sangróniz entregó a Franco el mensaje que señalaba la llegada de Bebb, y Franco se preparó para salir de Tenerife. Entonces, el general Amadeo Balmes, gobernador militar de Las Palmas, se mató accidentalmente en unas prácticas de tiro. Este percance (del que, en aquella atmósfera tan excitada, se rumoreó que había sido un asesinato, ya que él se había negado a unirse a los conspiradores) dio una excusa a Franco, comandante del ejército en todo el archipiélago, para acudir a Las Palmas, al entierro. De no haber ocurrido esto, tenía planeado decir que iba a hacer un viaje de inspección. El subsecretario de la Guerra, general Cruz Roullosa, dio permiso a Franco por teléfono para salir de Tenerife. A las 12,30 de la madrugada, en la noche del 16 al 17 de julio, el general subía a bordo del pequeño barco que hacía el servicio entre las islas, acompañado de su esposa y su hija, en la primera etapa de un viaje que le llevaría al supremo poder en España. Llevaba consigo no sólo el pasaporte diplomático de Sangróniz sino una carta en la que decía que había deseado ir a Madrid para ayudar a aplastar la rebelión. Entretanto, el hermano de Mola, Ramón, llegó a Pamplona procedente de Barcelona para comunicar sus temores de que el alzamiento fracasaría en la capital catalana. El general tranquilizó a su hermano (añadiendo: «No dudo que sabes morir como un caballero»), que regresó a Barcelona en coche-cama, para morir, como tantos hermanos y como tantos caballeros[412]. También en un coche-cama el poeta Lorca se estaba dirigiendo desde Madrid hacia su ciudad, Granada[413]. Lerroux, entretanto, se dirigía en automóvil a Lisboa[414].

14

El alzamiento en Marruecos. — El gobierno toma medidas constitucionales. — El alzamiento en Andalucía. — Queipo de Llano en Sevilla. — Otros acontecimientos del 18 de Julio. — Madrid. — Tres gobiernos en una noche. — La intransigencia de Mola. — El gobierno de Giral.

El alzamiento empezó en Melilla, la ciudad más oriental del Marruecos español, e históricamente la ciudad más importante de toda la aventura marroquí de España, aunque Tetuán fuera la capital del protectorado. La noche del 16 al 17 de julio, el general Romerales, comandante militar local, se dio una vuelta por la ciudad, en busca de actividades sospechosas. En la casa del pueblo bromeó con los dirigentes socialistas: «Ya veo que las masas se mantienen en vela»[415]. Regresó a su casa convencido de que todo iba bien. Era el más gordo de los cuatrocientos generales españoles, y uno de los más fáciles de engañar. A la mañana siguiente, los oficiales de Melilla comprometidos en la conspiración celebraron una reunión en el departamento de cartografía del cuartel general. El coronel Juan Seguí, jefe de la Falange y del alzamiento en el Marruecos oriental, comunicó a sus compañeros la hora exacta del alzamiento: las cinco de la mañana del día siguiente. Se trazaron planes para apoderarse de los edificios públicos. Estos planes fueron

revelados a los dirigentes locales de la Falange, uno de los cuales, Álvaro González, los traicionó. Informó al dirigente local del partido Unión Republicana, que se lo confió al presidente de la casa del pueblo, quien se lo comunicó a Romerales. Cuando los conspiradores volvieron a la sala de cartografía después de comer, y cuando ya se habían repartido las armas, el teniente Zaro rodeó el edificio con soldados y policías. El teniente, entonces, se enfrentó a sus oficiales superiores insurrectos. «¿Qué le trae por aquí, teniente?», preguntó jovialmente el coronel Darío Gazapo. «Tengo que registrar el edificio en busca de armas», contestó Zaro. Gazapo telefoneó a Romerales: «¿Es cierto, mi general, que ha dado usted órdenes de que se registre el departamento cartográfico? Aquí sólo hay mapas». «Sí, sí, Gazapo —contestó Romerales—, hay que hacerlo»[416]. Había llegado la hora de la decisión. Gazapo, que era un oficial miembro de la Falange[417], ordena al teniente Julio de la Torre que llame por teléfono a la Legión Extranjera; al acudir ésta, La Torre se pone a su frente y se encara con Zaro. Ante la presencia de la legión, Zaro vaciló, reconoció que sus hombres no podían disparar contra los legionarios, y se rindió. Entonces, el coronel Seguí se dirigió al despacho de Romerales, donde entró pistola en mano. En el interior del despacho se estaba produciendo un altercado entre unos oficiales de Romerales que insistían en que el general debía dimitir, y otros que querían resistir. Casares Quiroga, que había sido informado de la aviesa reunión en el departamento cartográfico, había ordenado desde Madrid a Romerales que arrestara a Seguí y Gazapo, Pero ¿quién iba a llevar a cabo aquella orden? Romerales permanecía indeciso. Entonces Seguí entró en su despacho y, a punta de pistola, obligó al general a rendirse. Los oficiales revolucionarios declararon el estado de guerra, ocuparon todos los edificios

públicos de Melilla (incluido el aeródromo) en nombre del general Franco como comandante en jefe de Marruecos (a pesar de su continuada ausencia en las Canarias), cerraron la casa del pueblo y los centros izquierdistas, y detuvieron a los dirigentes de los grupos republicanos o de izquierdas. Varios enfrentamientos tuvieron lugar en los alrededores de la casa del pueblo y en los barrios obreros, pero los trabajadores fueron cogidos por sorpresa, y carecían de armas. Todos los detenidos que se habían resistido a la rebelión fueron fusilados, incluidos Romerales, el delegado del gobierno y el alcalde. Al atardecer, se habían conseguido listas de miembros de sindicatos, partidos de izquierdas y logias masónicas. Todas las personas que figuraban en la lista también fueron detenidas[418]. Cualquiera del que solamente se supiera que había votado por el Frente Popular en las elecciones de febrero estaba en peligro. A partir de entonces, Melilla se rigió de acuerdo con la ley marcial.

Esta forma de insurrección fue el modelo que se siguió en el resto de Marruecos y en España.

Entretanto, el coronel Seguí telefoneó a los coroneles Eduardo Sáenz de Buruaga y Yagüe, encargados de la organización del alzamiento en Tetuán y Ceuta, respectivamente: las otras dos ciudades importantes del Marruecos español. También telegrafió a Franco (que ahora estaba en Las Palmas para asistir al entierro del general Balmes), explicándole por qué el alzamiento en Melilla había tenido que comenzar antes de la hora convenida. Sáenz de Buruaga y Yagüe pasaron a la acción, improvisando doce horas antes de lo que estaba planeado para el día 18[419]. En Madrid, Casares Quiroga intentó localizar al general Gómez Morato, general en jefe del ejército de África[420]. Lo encontró en el casino de Larache: «General, ¿qué ocurre en Melilla?». «¿En Melilla?». «¿Pero no sabe usted nada?». «No, señor

ministro». «¡Se ha sublevado la guarnición!...». Gómez Morato salió del casino y tomó un avión para dirigirse a Melilla, donde fue arrestado[421]. En Tetuán, los coroneles Asensio, Beigbéder (el antiguo agregado militar en Berlín, que había sido trasladado por la República) y Sáenz de Buruaga también se habían sublevado para entonces. Este último telefoneó al alto comisario en funciones, Álvarez Buylla, que se encontraba en la residencia, y, dirigiéndose a él arrogantemente como a un simple capitán de artillería —con ese uniforme se había presentado muy orgulloso en el desfile que había tenido lugar al final de las maniobras—, le pidió que dimitiera. Álvarez Buylla telefoneó a Casares Quiroga, quien le ordenó que resistiera a toda costa, diciéndole que la armada y las fuerzas aéreas le proporcionarían ayuda al día siguiente. Pero el alto comisario se encontraba encerrado en su propia casa, acompañado por unos pocos oficiales que se mantenían leales. En el exterior, la quinta bandera de la legión[422], al mando del comandante Antonio Castejón, estaba cavando trincheras en la plaza. Poco después, el comandante De la Puente Bahamonde, primo del general Franco, telefoneaba al alto comisario desde el aeródromo de Sania Ramel para decir que él y su escuadrilla aérea permanecerían leales al gobierno. «Resistid, resistid», les animó Álvarez Buylla, tal como Casares le había alentado. Pero para entonces, al caer la noche, la residencia y el aeropuerto eran los únicos puntos de Tetuán que no habían caído en manos de los coroneles rebeldes, quienes, igual que sus colegas de Melilla, habían aplastado toda la resistencia de los grupos sindicalistas y de izquierdas o republicanos. El coronel Beigbéder acudió a informar al jalifa, Muley Hassan, y al gran visir de Tetuán de lo que estaba pasando, y consiguió su apoyo. Muley Hassan era un títere de España desde 1925.

No tardaría en proporcionar ayuda física, en forma de voluntarios marroquíes. Beigbéder también se hizo con el mando del departamento de Asuntos Indígenas de la ciudad, y los funcionarios aceptaron el cambio de la administración de Álvarez Buylla sin un solo murmullo[423]. Beigbéder, arabista distinguido, tenía una gran reputación en Marruecos, y probablemente la rebelión se consolidó tanto por su hábil utilización del teléfono y de la radio como por su conocimiento del árabe. En Ceuta, a las once de la noche, Yagüe, con la segunda bandera de la legión, se apoderó de la ciudad más fácilmente, sin necesidad de disparar ni un solo tiro[424]. En Larache, la única ciudad importante que quedaba en el Marruecos español, en la costa atlántica, el alzamiento se produjo a las dos de la madrugada del 18 de julio. La lucha fue encarnizada. Murieron dos oficiales rebeldes, y cinco guardias de asalto en las filas de la República. Pero al amanecer la ciudad estaba en manos de los rebeldes, y todos sus enemigos habían sido encarcelados, fusilados, o habían huido[425]. Simultáneamente, Franco, con el general Orgaz, que había sido enviado a Las Canarias después del fracaso del alzamiento en abril, se adueñó de Las Palmas. Franco declaró la ley marcial en todo el archipiélago. Mientras se encontraba dictando el manifiesto, llegó la esperada llamada telefónica de Casares Quiroga. Se le dijo al jefe del gobierno que Franco estaba inspeccionando las guarniciones. A las cinco y cuarto de la mañana del 18 de julio, Franco dio a conocer su manifiesto, en el que hacía especial referencia a la excepcional relación que los oficiales españoles habían de tener con la patria misma, más que con ningún gobierno en particular, denunciaba las influencias extranjeras, y prometía, en términos emotivos, un orden nuevo después de la victoria. No se hacía mención alguna de los ataques de la República a la Iglesia: la rebelión todavía no se había

convertido oficialmente en una cruzada[426]. El manifiesto acababa con un viva al «honrado pueblo español», después de una inesperada referencia a la fraternidad, la libertad y la igualdad, «haciéndolas reales en nuestra Patria, por primera vez, y por este orden». Este manifiesto fue radiado desde todas las emisoras de las Canarias y del Marruecos español[427]. Y entonces, en el cálido amanecer del 18 de julio, se inició el alzamiento en la península.

Casares Quiroga y el gobierno de España intentaron primero aplastar la revuelta que se levantaba contra ellos con medios constitucionales. Mientras telefoneaba a Álvarez Buylla y a otros oficiales leales de Marruecos, diciéndoles que resistieran, el jefe del gobierno ordenó a varias otras unidades de la marina de guerra que abandonaran sus bases de El Ferrol y Cartagena con rumbo a las costas de Marruecos. Se mantenía optimista, y dejó pasar tres horas de un consejo de ministros sin decir a sus colegas hasta el final lo que él ya sabía antes de empezar la sesión[428]. Esto enfureció a los militares leales y a los dirigentes de izquierdas, que preveían un alzamiento en la península, y que pensaban que el gobierno debía entregar a los sindicatos cuantas armas tuviese en su poder. Pero Casares se negó a esta acción revolucionaria, y anunció que cualquiera que entregase armas a los obreros sin órdenes suyas sería fusilado[429]. Por consiguiente, las calles y cafés de Madrid se llenaron de personas inquietas, ninguna de las cuales sabía lo que pasaba, y todas furiosas, porque su carencia de armas les impedía tomar precauciones para defenderse en el caso de que se produjera una sublevación. Todas las organizaciones de izquierdas salieron a la calle con pancartas en las que se pedían «armas para el pueblo». En el ministerio de la Guerra, controlaba la situación un grupo de oficiales de izquierdas. El general Pozas, jefe de la guardia

civil, y el general Miaja, jefe de la l.ª Brigada de Infantería, con base en Madrid, parecían leales, mientras que el comandante de las fuerzas aéreas, general Núñez de Prado, un republicano convencido, telefoneaba a los aeródromos para asegurarse de que los aviadores, principalmente republicanos, estuvieran alerta. Sólo dejó de contestar Melilla, donde el comandante del aeródromo, capitán Bermúdez Reina, ya había sido fusilado, aunque el comandante de León era un rebelde. En Madrid se hicieron muchos cambios en los puestos de mando, y se enviaron oficiales maduros a las regiones potencialmente difíciles. En las guarniciones de Madrid había unos 7000 hombres, y unos 6000 más entre guardias civiles, guardias de asaltó y carabineros. Era esencial intentar asegurarse de su lealtad[430]. Mientras tanto, los conspiradores de Madrid celebraban reuniones precipitadas y ansiosas en sus casas. Su sistema de comunicaciones con Mola era malo y su moral, baja.

La primera noticia del alzamiento que dio el gobierno fue cuando Radio Madrid anunció que «nadie, absolutamente nadie en la España peninsular ha tomado parte en este absurdo complot»[431], que el gobierno prometía aplastar rápidamente, incluso en Marruecos. Mientras la gente oía estas palabras sin prestarles mucho crédito, se estaban produciendo alzamientos en toda Andalucía, donde había ocho ciudades cuya guarnición contaba con un batallón o más. También hubo alzamientos en otras ciudades, dirigidos por falangistas locales o por la guardia civil. En casi todas las ciudades, el 18 de julio, los gobernadores civiles siguieron el ejemplo del gobierno de Madrid, y se negaron a cooperar con las organizaciones obreras que clamaban pidiendo armas. En muchos casos, esto permitió que tuvieran éxito las sublevaciones y firmó la sentencia de muerte de los propios

gobernadores civiles y de los dirigentes obreros locales. Si los rebeldes se hubieran sublevado en todas las provincias de España el 18 de julio, es posible que el 22 de julio ya hubieran triunfado en todas partes. Pero si el gobierno hubiera repartido armas, y hubiera ordenado a los gobernadores civiles que hicieran lo mismo, utilizando de esta manera a la clase obrera para defender a la República desde el primer momento, es posible que el alzamiento hubiera sido aplastado[432].

Los acontecimientos del 18 de julio presentaban mal cariz para la República. Desde el amanecer y a diferentes horas hasta la media tarde, se sublevaron las guarniciones, apoyadas por la Falange y, en la mayoría de los casos, por la guardia civil. En los lugares donde no había guarnición, la guardia civil, la Falange y las personas de derechas actuaron por sí mismas. El dirigente designado por los rebeldes declaraba el estado de guerra, proclamando la ley marcial desde el balcón del ayuntamiento, en la plaza mayor. Las milicias socialistas, comunistas y anarquistas hicieron todo lo posible para resistirse a este asalto al poder, mientras los gobernadores civiles vacilaban en sus despachos e intentaban comunicar con Madrid. Los oficiales leales a la República y, en la mayoría de los Casos, los guardias de asalto, resistieron al alzamiento e intentaron huir al gobierno civil y a las organizaciones obreras. La UGT y la CNT proclamaban la huelga general, e inmediatamente se montaban barricadas con adoquines, trozos de madera, piedras, sacos de arena, o cualquier cosa que se encontrara a mano. Después venía la lucha, que en ambos bandos dio lugar a demostraciones de desprecio a la propia vida[433].

El 18 de julio, los alzamientos tuvieron lugar en Andalucía. En Sevilla, el general Queipo de Llano, jefe del cuerpo de carabineros, llevó a cabo un extraordinario golpe

de mano. Había tardado bastante en sumarse a la conspiración, aunque era un africanista, y había sido un conspirador republicano en 1926 y en 1930. Al principio, había sido ascendido por la República. Pero él había esperado más recompensas que las que había recibido, y le había irritado mucho la destitución de Alcalá Zamora, cuya hija estaba casada con un hijo de Queipo. Igual que Sanjurjo en 1932, Queipo no tenía ninguna relación con la ciudad antes del alzamiento, ya que, en realidad, había llegado allí el 17 de julio en su coche oficial (un Hispano-Suiza), en el cual se jactaría más tarde de haber recorrido «30 000 kilómetros de conspiración» con el pretexto de inspeccionar puestos aduaneros. Acompañado sólo por su ayudante y otros tres oficiales, se instaló durante la mañana del 18 de julio en un despacho del cuartel general que había sido abandonado a causa del calor. Luego cruzó el pasillo y fue a ver al general Fernández Villa-Abrille, jefe de la 2.ª División, es decir, de Andalucía. «Tengo que decirle —dijo Queipo— que ha llegado el momento de tomar una decisión: o está usted conmigo y con sus demás compañeros, o está con este gobierno que está llevando a España a la ruina». Villa-Abrille era un republicano que había conspirado con Queipo en 1930; pero ahora él y su equipo fueron incapaces de decidirse, quizá porque temían que fracasara el alzamiento, como en 1932, y fueran enviados a una tórrida prisión colonial. Por lo tanto, Queipo los arrestó, y les ordenó que pasaran todos a la habitación contigua. Como no había llave, ordenó a un cabo que permaneciera ante la puerta y disparara contra cualquiera que intentara salir. Luego se dirigió a los cuarteles de infantería, esta vez acompañado sólo por su ayudante. Al llegar se quedó sorprendido al ver a las tropas formadas en el patio y provistas de armas. A pesar de todo, Queipo se dirigió al coronel, al que nunca había

visto antes, y le dijo: «Estrecho su mano, querido coronel, y le felicito por su decisión de ponerse del lado de sus compañeros de armas en estos momentos en que se está decidiendo el destino de nuestra patria». «He decidido apoyar al gobierno», dijo el coronel. Queipo se fingió muy asombrado, y dijo: «¿Podríamos continuar esta conversación en su despacho?». Una vez dentro, el coronel mantuvo su postura, y Queipo le quitó el mando del regimiento. Pero ningún otro oficial quiso ocupar su puesto. Entonces Queipo envió a su ayudante a buscar a uno de los tres oficiales que habían estado con él desde el principio. Y se quedó solo frente a aquellos oficiales que eran opuestos a él. Empezó a bromear con ellos, y ellos le dijeron que estaban escarmentados por lo que había ocurrido después del levantamiento de Sanjurjo, en 1932. Por fin, Queipo encontró un capitán dispuesto a hacerse cargo del regimiento. Entonces se dirigió al fondo de la habitación y gritó a los otros oficiales con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Son ustedes mis prisioneros!». Y ellos, dócilmente, se dejaron encerrar. A continuación, Queipo descubrió que en el regimiento sólo había 130 hombres. Sin embargo, aparecieron quince falangistas y se pusieron a sus órdenes. Eran una fuerza muy pequeña para apoderarse de una gran ciudad con una población de un cuarto de millón de personas. Afortunadamente para Queipo, el comandante del cuartel de artillería y sus oficiales acordaron apoyar al alzamiento. Se llevaron cañones de grueso calibre a la plaza de San Fernando y se cercó el gobierno civil, situado en la línea de fuego detrás del hotel Inglaterra. Al comenzar el bombardeo del hotel, en el cual se habían reunido varios guardias de asalto, una bomba alcanzó el gobierno y el gobernador civil telefoneó a Queipo y se rindió, con la condición de que se le perdonara la vida. (Se le perdonó,

pero el gobernador civil, Varela, pasó muchos años en la cárcel). Entonces, la guardia civil de Sevilla se sumó a la sublevación. A última hora de la mañana, el centro de la ciudad estaba en manos de Queipo. Entretanto, las organizaciones obreras se habían dado cuenta de lo que se preparaba. Radio Sevilla hizo un llamamiento a la huelga general, y pidió a los campesinos de los pueblos vecinos que acudieran a la ciudad para recibir armas. Pero el número de armas disponibles era muy reducido. Durante la tarde, los obreros construyeron barricadas en los suburbios. Fueron incendiadas once iglesias, y también la fábrica de sedas perteneciente al marqués de Luca de Tena, hombre importante dentro de la conspiración. Luego, Queipo se apoderó de la emisora de radio. A las ocho de la tarde transmitió la primera de su famosa serie de arengas. Con una voz entonada por muchos años de beber jerez, declaró que España estaba salvada y que los canallas que resistieran al alzamiento morirían como perros[434]. Pero, al llegar la noche, Sevilla seguía dividida en dos. El vigoroso discurso de Queipo ayudó mucho a que Andalucía se sumara al alzamiento: otra innovación tecnológica —la radio— entraba a formar parte de la guerra. La radio desempeñó un papel esencial en el éxito parcial de los rebeldes en el alzamiento, a pesar de que las grandes emisoras —excepto radio Sevilla— permanecieron en manos del gobierno.

También el 18 de julio, el general Varela (liberado de la cárcel donde había languidecido desde abril) y el general López Pinto se sublevaron en Cádiz, aunque, al igual que en Sevilla, la victoria no fue inmediata[435]. En Córdoba, el gobernador militar, coronel Ciriara Cascajo, consiguió con la artillería la rendición de su colega civil, Rodríguez de León, un pesimista, a pesar de que las voces apremiantes que llegaban a través del teléfono desde el ministerio de la

Gobernación, en Madrid, prometían enviar ayuda en un plazo de horas. La rebelión triunfó sin lucha en Algeciras y Jerez. En Granada, quedaron en tablas: el general Miguel Campins, gobernador militar, pronunció una alocución ante sus oficiales en la que condenaba la indignidad del alzamiento de Marruecos. Mientras, en las calles, los seguidores del Frente Popular, con los anarquistas, organizaron manifestaciones durante todo el día. Los conspiradores de la ciudad se mantuvieron a la expectativa, aunque escuchaban entusiasmados las emisiones de Queipo de Llano. En Jaén, donde no había guarnición, los falangistas y los requetés locales esperaban la señal, pero no ocurrió nada, porque el coronel al mando de la guardia civil, Pablo Iglesias, se mantuvo leal a la República. Huelva, cerca de la frontera portuguesa, aunque aislada del resto de la España republicana por el alzamiento de Sevilla, se mantuvo en manos del Frente Popular. El general Pozas telefoneó desde el ministerio de la Gobernación, en Madrid, ordenando urgentemente al jefe de la guardia civil que enviara una columna a Sevilla, contra Queipo de Llano. El comandante Gregorio de Hato salió con una pequeña fuerza de guardias civiles, pero, al llegar a Sevilla, se pasó al bando de Queipo de Llano.

En Málaga, el general Patxot vaciló, y finalmente renunció a su intento de declarar el estado de guerra cuando le amenazaron por teléfono con un bombardeo de la escuadra. Los guardias de asalto permanecieron leales y lucharon contra una compañía de soldados que intentaba apoderarse de los principales edificios. Los obreros atacaron a los soldados por la espalda. Muchos soldados desertaron y el pueblo tomó las armas de los cuarteles. El comandante de la compañía fue linchado por la multitud[436]. Pero éste fue el último éxito del gobierno durante el día. Al atardecer,

acababa en África, en Tetuán, la última resistencia republicana[437]. La lucha en África había sido encarnizada, y dejó huella en el ejército y en la población civil. El general en jefe del ejército de África, Gómez Morato, estaba en la cárcel, y el comandante de la zona oriental, Romerales, había sido fusilado. (El comandante de la zona occidental, general Capaz, un militar extraordinariamente competente que había conquistado Xauen en 1926, detestaba la rebelión, de manera que se había ido a Madrid, de permiso)[438]. En la Legión Extranjera, el inspector, coronel Luís Molina, fue destituido, junto con el comandante de la primera bandera, coronel Blanco Nova, y el comandante de la segunda bandera, Yagüe, se hizo cargo del mando general. De los cinco jefes de tropas nativas, tres (los coroneles Asensio, Barrón y Delgado Serrano) se unieron al alzamiento; el cuarto, coronel Caballero, fue fusilado en Ceuta por negarse a sumarse a la rebelión, y el quinto, coronel Romero Bassart que se había opuesto al alzamiento en Larache, huyó al Marruecos francés, y de ahí a la península[439].

El gobierno de Madrid se fue enterando de sus derrotas por teléfono, como en Marruecos; en lugar del gobernador civil o del gobernador militar, un oficial rebelde contestaba gritando altaneramente: «¡Arriba España!». También llegaron de este modo las noticias a los sindicatos y a los partidos políticos, que telefoneaban a sus camaradas de otras ciudades y descubrían que el enemigo controlaba, por ejemplo, la estación de ferrocarril o la oficina de correos. André Malraux describió vívidamente estas conversaciones en su brillante novela *L'Espoir*: «*Alló, Ávila?*», decía Madrid. «*Comment ça va chez vous? Ici la gare*». «*Va te faire voir, salaud! Vive le Christ-Roi*». «*á bientót. Salut!*»[440]. Durante todo el día, Casares continuó actuando como si conservara el dominio del país, y como si no hubiera necesidad de tomar

medidas de emergencia. Celebró consultas con generales que él sabía leales a la República, aunque éstos y sus oficiales, particularmente los pertenecientes a la organización de oficiales radicales UMRA, estaban estableciendo contacto con los dirigentes de las milicias obreras. Una delegación de taxistas telefoneó al jefe del gobierno ofreciéndole 3000 taxis para luchar contra los rebeldes. La UGT tenía 8000 fusiles, ya distribuidos a las juventudes socialistas-comunistas, que ahora empezaban a abandonar sus puestos de trabajo para actuar permanentemente en las calles como policía política. Pero 8000 fusiles no parecían suficientes para resistir a las guarniciones de Madrid y a los falangistas que las apoyarían, aunque todavía no sé veían señales de movimiento en ningún barrio de derechas. Ediciones especiales de *Claridad* y *El Socialista* pedían «armas para el pueblo» en enormes titulares[441]. «¡Armas, armas, armas!» era el grito que entonaban todo el día las masas de jóvenes socialistas y comunistas por las calles adyacentes a la casa del pueblo, al ministerio de la Guerra y en la Puerta del Sol. Pero Casares seguía negándolas. Envió a Zaragoza al general Núñez de Prado, director general de aviación, para que intentara llegar a un compromiso con el general Cabanellas, masón, que estaba al mando de la 5.ª División, acuartelada allí. Núñez de Prado dijo a Cabanellas: «Un cambio inmediato de ministerio satisfará todas las demandas de los generales y hará innecesario un alzamiento». A pesar de todo fue arrestado (y posteriormente fusilado, junto con su ayudante).

Entretanto, en Madrid, el gobierno se encontraba reunido en sesión permanente, aunque peripatética, en el ministerio de la Guerra, en el Palacio Nacional y más tarde en el ministerio de la Gobernación, en la Puerta del Sol. Al atardecer, radio Madrid anunció que el alzamiento había

sido aplastado en todas partes, incluso en Sevilla. Éste era el primer reconocimiento oficial de que algo no marchaba en la península. A esta noticia siguió la lectura de una serie de decretos por los que se desposeía de su mando a los generales Franco, Cabanellas, Queipo de Llano y González de Lara. A partir de entonces, las emisoras de radio de la capital pasaron a transmitir música estridente, en parte para calmar, y en parte para animar a la multitud expectante[442]. De vez en cuando, los aparatos de radio advertían: «¡Españoles! ¡Mantened la conexión! No apaguéis vuestras radios. Los traidores están haciendo correr bulos. Mantened la conexión»[443]. Pero Casares, apoyado por Azaña, continuaba negándose a entregar armas a las masas. El jefe del gobierno, temido por las derechas, que lo consideraban revolucionario, pasó a convertirse en un reaccionario, odiado por las izquierdas. Por todas partes se repetía con desprecio su apodo de «civilón», tomado del nombre de un famoso toro que se había negado a defenderse en la plaza. La España liberal había entrado en su agonía mortal. Sin embargo, el teniente coronel Rodrigo Gil, jefe del parque de artillería, simpatizante socialista, entregó a la UGT alrededor de 5000 fusiles[444]. En cuanto a los conspiradores de Madrid, continuaban indecisos.

Durante el 18 de julio, el gobierno había hecho todo lo posible para responder a la victoriosa revolución de Marruecos. Incluso hizo bombardear Ceuta y Tetuán. Pero esto sólo sirvió para que el sultán y el gran visir aceptaran más fácilmente el cambio introducido por el coronel Beigbéder. Además, el bombardeo no causó ningún perjuicio desde el punto de vista militar. Asimismo, Casares Quiroga envió tres destructores de Cartagena a Melilla durante la mañana del 18 de julio. Durante el viaje, los oficiales oyeron el manifiesto de Franco radiado desde Las Palmas.

Decidieron unirse a los nacionalistas. Al llegar a Melilla, recibieron órdenes de cañonear la ciudad. El capitán del destructor *Sánchez Barcáiztegui* explicó a sus hombres los fines del alzamiento, y luego les pidió su apoyo. Sus palabras fueron acogidas en medio de un silencio sepulcral, que fue interrumpido por un solo grito: «¡A Cartagena!». Este grito fue coreado por toda la tripulación del barco. Los oficiales fueron reducidos, y el *Sánchez Barcáiztegui* levó anclas para apartarse de la ciudad rebelde y dirigirse a alta mar. Antes de alejarse de la costa norteafricana, bombardearon Melilla y Ceuta. En el *Almirante Valdés* ocurrieron escenas similares. En cada barco, la tripulación formó un comité para que actuara en lugar de los oficiales. La postura del *Churruca*, el tercer destructor, se mantuvo equívoca durante algún tiempo.

En casi todos los barcos más importantes de la marina española, los oficiales se negaron a obedecer las órdenes del ministro de Marina, Giral; él los destituyó por telégrafo, y dio la autoridad a los jefes de máquinas, que recibieron instrucciones para distribuir las armas. De aquí la reputación de Giral como asesino de los oficiales de Marina; pero él «no hizo más que seguir un procedimiento protocolario en una situación sin precedentes»[445]. Sin embargo, su acción le valió una armada tan leal como ineficaz. La rebelión y la revolución en la armada tuvieron efectos debilitadores sobre ésta.

Así pues, los medios constitucionales de oposición al alzamiento constituyeron un fracaso. Esto ocurrió inevitablemente, dado que gran parte de las fuerzas de la ley y el orden —el ejército y la guardia civil— estaban con los rebeldes, que afirmaban ser ellos quienes representaban el orden, pese a estar fuera de la ley. La única fuerza capaz de resistir a los rebeldes era la de los sindicatos y los partidos

de izquierdas. Pero, para el gobierno, utilizar esta fuerza significaba aceptar la revolución. No es sorprendente que Casares vacilara antes de dar este paso. Pero, en el punto al que habían llegado las cosas en España el 18 de julio por la noche, tal paso era también inevitable. En las ciudades donde habían tenido lugar alzamientos, en Marruecos y en Andalucía, quienes se habían opuesto a ellos habían sido los partidos revolucionarios de izquierdas. En realidad, en muchas poblaciones pequeñas la revolución se anticipó a la rebelión, porque cuando la noticia del alzamiento en Marruecos y Sevilla llegó a lugares donde no había guarnición militar, la reacción de las izquierdas, naturalmente, no fue la de esperar a que se les atacara.

Ahora iba a abatirse sobre España una ola de violencias, en la que iban a desahogarse las luchas acumuladas durante generaciones enteras. Merced a las dificultades, o a la carencia absoluta de comunicaciones, cada ciudad se iba a encontrar sola e iba a representar su propio drama, en un aparente vacío. Pronto habría, no dos Españas, sino dos mil. Las diferencias geográficas dentro de España constituían un factor básico en la desintegración social del país. Los sentimientos regionalistas habían sembrado vientos, y ahora recogían tempestades. Cesó de existir un poder soberano y, en su ausencia, individuos y ciudades actuaron sin freno, como si estuvieran fuera de la sociedad y de la historia. Al cabo de un mes, miles de personas habían perecido arbitrariamente y sin juicio previo. Hubo obispos asesinados e iglesias profanadas. Cristianos «bien» educados pasaban las noches asesinando a campesinos analfabetos y a intelectuales sensibles. Estos hechos inevitablemente desencadenaron tales odios que, cuando por fin se restableció el orden, fue un orden basado únicamente en esa racionalización del odio que llamamos la guerra.

Casares Quiroga veía claramente las terribles perspectivas que se presentaban, mientras paseaba febrilmente por su despacho, cuyos dorados habían sido renovados recientemente, en el paseo de la Castellana. Su optimismo había resultado vano. Exhausto, decidió dimitir. El presidente Azaña también tenía una visión muy clara de los desastres que se avecinaban. Por lo tanto pidió a Martínez Barrio, el mago del compromiso, que formara un gobierno para intentar negociar con los rebeldes. Los hombres a los que pidió que fueran ministros a medianoche, entre el 18 y el 19 de julio, eran todos moderados. Entre ellos se contaban el abogado de centro Sánchez Román, dirigente del pequeño Partido Nacional Republicano, y dos de sus seguidores. Sánchez Román no había firmado el pacto del Frente Popular antes de las elecciones de febrero; y representaba la mejor esperanza del compromiso político que él defendía vigorosamente. Martínez Barrio esperaba que su nombre persuadiera a los rebeldes para abandonar sus planes. Pero este nombre fue acogido por las multitudes que lo oyeron por las calles, retransmitido por radio Madrid, con gritos de «¡traición!». Otro nombre, el de Justino de Azcárate para el ministerio de Estado, era más popular, al tratarse de un sobrino del gran profesor de la Institución Libre de Enseñanza. Pero Azcárate estaba en León, y no en Madrid; y pronto sería prisionero de los rebeldes. Miles de trabajadores se dirigieron desde la casa del pueblo hacia la Puerta del Sol, a los gritos de «¡Sol, Sol, Sol!» y «¡armas, armas, armas!». Se intentó el compromiso. El general Miaja, jefe de la primera brigada de infantería de Madrid, al que Martínez Barrio había nombrado ministro de la Guerra y que era conocido como un bonachón militar republicano, telefoneó a Mola a Pamplona. Debió de serle difícil localizar a Mola, ya que éste pasó la mayor parte de la noche al teléfono, tratando de

asegurarse de que sus oficiales rebeldes iban a desarrollar su plan tal como estaba previsto. Después de un intercambio de cortesías, Mola anunció rotundamente que estaba a punto de levantarse contra el gobierno. Azaña telefoneó a Miguel Maura, que entonces estaba veraneando en La Granja, para pedirle que tomara parte en una nueva coalición. Maura se negó y dijo que era demasiado tarde. De todos modos, Largo Caballero se habría negado a apoyar a un gobierno de centro. Prometió que, si se formaba un gobierno de este tipo, él «desencadenaría la revolución social»[446]. Poco después, Martínez Barrio telefoneó a Mola para ofrecerle un puesto en el gobierno. «El Frente Popular no puede mantener el orden —respondió Mola—. Ustedes tienen sus seguidores y yo tengo los míos. Si yo acordase con usted una transacción, los dos habríamos traicionado nuestros ideales y nuestros hombres. Mereceríamos ambos que nos linchasen»[447]. Después de discutir un poco más, Mola dijo: «Lo que usted propone ahora es imposible. Pamplona está llena de carlistas. Desde mi balcón, sólo puedo ver boinas rojas. Todo el mundo está dispuesto para la batalla. Si ahora digo a estos hombres que he llegado a un acuerdo con usted, la primera cabeza que caería sería la mía. Y a usted le ocurriría lo mismo en Madrid. Ninguno de nosotros puede controlar a sus masas». Colgaron los teléfonos y empezó la guerra. De manera que Mola fue en gran medida responsable del curso de los acontecimientos. Pero ¿cómo habría podido echarse atrás en el punto en que se encontraban las cosas? Si lo hubiera hecho, ¿no habría sido barrido por los carlistas? Al parecer, Mola se daba cuenta de que habría una guerra civil si fallaba el golpe; y Franco también. El vigor con que habló era la energía de un intelectual que veía venir una tormenta que había desencadenado él mismo. También fracasó una llamada similar de Martínez Barrio al general Cabanellas, a

Zaragoza[448].

Así que, al amanecer, después de esta noche en blanco del 18 al 19 de julio, se celebraron nuevas consultas entre Azaña, Martínez Barrio y los dirigentes socialistas Prieto y Largo Caballero. Los altavoces de radio Madrid no tardaron en anunciar que se estaba formando un nuevo gobierno que aceptaría «la declaración de guerra del fascismo al pueblo español». Esta administración, sin embargo, no fue nueva en absoluto. Con la diferencia de que el ministro de Marina, el profesor José Giral, se convirtió en jefe del gobierno; el general Pozas, jefe de la guardia civil, pasó a ser ministro de Gobernación; y el general Castelló, gobernador militar de Badajoz, se convirtió en ministro de la Guerra; el gabinete del 19 de julio fue el mismo que había habido antes del 18 de julio. Pero los socialistas, los comunistas e incluso los anarquistas declararon su apoyo a los ministros, y zanjaron formalmente sus diferencias[449]. Al parecer fue Giral quien, mientras Casares y Martínez Barrio todavía dudaban, insistió en que la única solución era entregar las armas a las organizaciones sindicales[450]. Por fin el nuevo gobierno dio el irrevocable paso ante el que Casares Quiroga, constitucional hasta el fin, se había retirado. ¡El pueblo tendría armas! Miaja, comandante en jefe de la 1.ª Brigada (y, por tan breve tiempo, ministro de la Guerra), dudó en llevar a cabo esta orden, pero el gobierno insistió[451]. El 19 de julio a la salida del sol camiones cargados de fusiles recorrieron rápidamente las calles de Madrid, dirigiéndose desde el ministerio de la Guerra hacia los centros de la UGT y la CNT, donde fueron recibidos por las masas que los esperaban (particularmente por una sección armada de las juventudes socialistas llamada «la Motorizada», porque disponía de automóviles y motocicletas) con indescriptible entusiasmo. Pero se planteó un grave problema. Se

entregaron 65 000 fusiles, pero sólo 5000 tenían cerrojo. Los 60 000 cerrojos restantes estaban en el cuartel de la Montaña. El ministro de la Guerra ordenó al coronel Serra, al mando del cuartel, que los entregara. Su negativa a hacerlo señaló el comienzo del alzamiento en Madrid.

Estas mismas órdenes, de distribuir todas las armas existentes, se comunicaron por teléfono a todos los gobiernos civiles de las provincias, aunque en muchos casos estas órdenes llegaron demasiado tarde: porque esto tenía lugar en el cálido amanecer del 19 de julio, justo cuando iba a surgir por toda España la segunda oleada de alzamientos. Fue también en este momento cuando Franco llegó por fin al suelo africano, a bordo del *Dragon Rapide*, siendo recibido por el coronel Sáenz de Buruaga en el mismo aeropuerto de Sania Ramel, en Tetuán, donde el día anterior habían sido reducidos los últimos republicanos, dirigidos por el propio primo de Franco, comandante de la Puente[452]. Simultáneamente, el *Churruca* desembarcaba en Cádiz la primera unidad del ejército de África que llegaba a la península: 200 regulares moros; y en aquel mismo momento, las tripulaciones de los buques de guerra que navegaban con rumbo a Algeciras estaban a punto de sublevarse contra sus oficiales. Con razón más tarde, un revolucionario tan duro como el comunista «el Campesino» podría asombrarse de que en un sólo día hubiera habido tanta «sangre y guerra»[453].

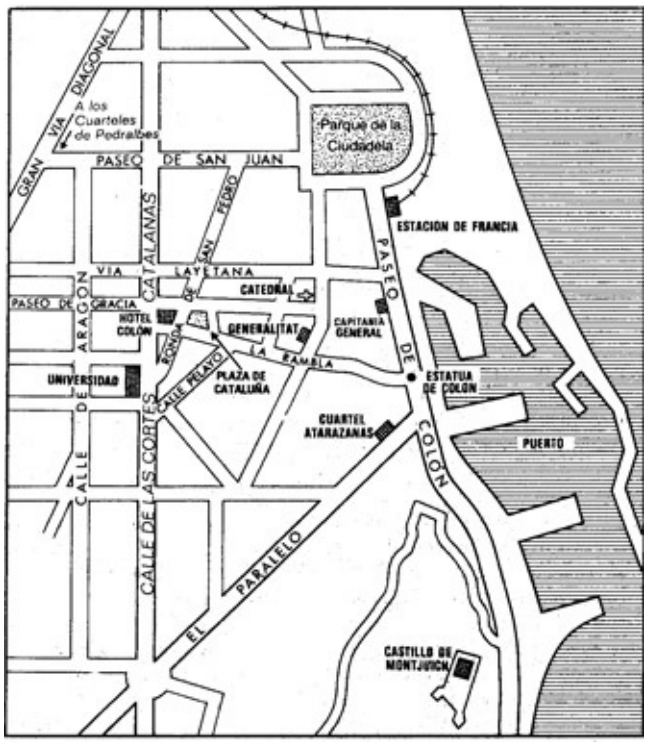
15

El 19 de julio. — La batalla de Barcelona. — Oviedo. — Las provincias vascas. — Zaragoza. — Pamplona. — Valladolid. — El alzamiento en Madrid. — Toledo y el Alcázar. — El fin en Barcelona. — La Coruña y El Ferrol. — La muerte de Sanjurjo. — Una línea divisoria.

La máxima batalla del 19 de julio se libró en Barcelona, que hasta entonces había permanecido tranquila. La noche anterior, esta magnífica ciudad había creído enloquecer por los rumores. Las multitudes se habían arremolinado desde la plaza de Cataluña, a lo largo de las sombreadas Ramblas, con sus bares y sus puestos de flores, hasta los muelles del puerto, junto a la Puerta de la Paz, en la que la estatua de Colón domina el Mediterráneo desde su elevada columna. El ágil Companys había encontrado documentos que evidenciaban las intenciones rebeldes del capitán López Varela, y los había enviado a Madrid por medio del diputado a Cortes más joven de la *Esquerra*, Ramón Casanellas. El general en jefe de la 4.ª División, con base en Barcelona, Llano de la Encomienda, había advertido a sus oficiales que, aunque personalmente apoyaba al partido de Unión Republicana, si las circunstancias le obligaran a escoger entre dos movimientos extremistas, no vacilaría en apoyar al comunismo antes que al fascismo. Entre los que oyeron estas palabras estaban los dirigentes del alzamiento

planeado para el día siguiente, incluido el general de caballería Fernández Burriel, que había de tomar el mando hasta que llegara de Mallorca el general Goded. Su plan era que los 5000 soldados, aproximadamente, que había en los diferentes cuarteles de la periferia de la ciudad convergieran en la plaza de Cataluña. Suponían que, después de esto, sería fácil dominar Barcelona. Pero los conspiradores no habían tenido debidamente en cuenta la falta de entusiasmo por la revuelta que sentían la guardia civil y los guardias de asalto, ni el número y la capacidad de combate de los obreros anarquistas, por lo menos en la ciudad. A última hora de la tarde del 18 de julio, Companys se negó a dar «armas al pueblo». A pesar de todo, la CNT tomó por asalto varios depósitos de armas, incluido el viejo buque prisión *Uruguay*, fondeado en el puerto, convocó una huelga general para el día siguiente, y se preparó para la lucha. Así, en un momento, los dirigentes anarquistas pasaron de su situación de delincuentes perseguidos a la de —¿cómo decirlo?— ciertamente no defensores de la democracia, sino «dirigentes de la Alianza Revolucionaria Antifascista». Llano de la Encomienda informó a Companys de que todo estaba tranquilo en las guarniciones. Pero el presidente no logró conciliar el sueño. A las dos de la madrugada, él y Ventura Gassol, el poeta que era su consejero de cultura, salieron a pasear por las Ramblas. Companys llevaba un sombrero flexible con el ala caída sobre los ojos, y su acompañante su habitual sombrero de alas anchas que le daba el aspecto de un violinista del siglo pasado. La brillante alegría de una noche de sábado del verano barcelonés fue dando paso lentamente a algo igualmente tradicional en esa ciudad: a un amanecer revolucionario. De repente, las multitudes dejaron de parecer compuestas por personas despreocupadas que disfrutaban del de semana, para convertirse en grandes

grupos de obreros armados y, en los aparatos de radio, la música de baile dio paso a una serie de urgentes incitaciones a la acción. A las cuatro de la mañana, Companys tuvo noticia de que tropas al mando del comandante López-Amor habían salido de los cuarteles de Pedralbes, al oeste de la ciudad, y se dirigían hacia la plaza de Cataluña.



8. Barcelona en julio de 1936

Los soldados habían sido despertados muy temprano en los cuarteles y habían recibido una generosa ración de coñac. A unos se les dijo que tenían que ir a aplastar un levantamiento anarquista, y a otros que iban a desfilar por la ciudad en honor de la «Olimpíada del Pueblo», un festival organizado por las izquierdas para oponerse a los Juegos Olímpicos oficiales que estaban a punto de iniciarse en Berlín[454]. En vista de los acontecimientos, la Olimpíada del Pueblo había sido cancelada la noche anterior, aunque ya

habían llegado unos miles de visitantes extranjeros. Para desconcertar al enemigo, los soldados recibieron órdenes de levantar el puño. Circularon planes detallados en los que se determinaba la comunicación entre los rebeldes, el tratamiento de los prisioneros, y la acción al llegar a su destino[455]. Pero las columnas de los rebeldes no llegaron a encontrarse, porque cada una de ellas tropezó con la resistencia de los anarquistas, los guardias de asalto y la guardia civil[456].

La policía también era leal, y estaba dirigida por el coronel Frederic Escofet, quien, junto con el comandante Pérez Farras, había dirigido a los mozos de escuadra en 1934, en defensa de la Generalitat. Algunos sargentos habían permitido entrar a los anarquistas en los arsenales, y una gran fuerza de guardias de asalto, en una escena dramática, había cedido sus armas a los anarquistas que se las estaban pidiendo[457]. Una columna de infantería, al mando del comandante López-Amor, consiguió llegar a la plaza de Cataluña, y, una vez allí, se apoderó del edificio de la Telefónica mediante una estratagema, pero no pudo hacer nada más. Los oficiales que dirigían la rebelión fueron incapaces de hacer frente a la heterodoxia revolucionaria de sus oponentes; un segundo destacamento de artillería, por ejemplo, fue dominado por una columna de obreros armados que avanzó con los fusiles en alto pidiendo a los rebeldes, con «palabras apasionadas», que no disparasen. Luego instaron a los soldados a que volviesen los cañones contra sus propios oficiales. La mayoría de las batallas de Barcelona no fueron tan fáciles. Los secretarios de la Juventud Socialista Unificada de Cataluña (Francisco Graells) y de la juventud del POUM (Germinal Vidal), así como el secretario anarquista de Barcelona (Enrique Obregón), murieron a lo largo del día. Goded llegó de Mallorca en un hidroavión a

última hora de la mañana, después de haber dominado la isla sin disparar apenas un solo tiro. No consiguió inculcar suficiente valor a sus hombres ni convencer a la guardia civil para que se rebelara: el general Aranguren, jefe de la guardia civil, continuó afirmando que él sólo obedecería las órdenes de la Generalitat. El coronel Jacobo Roldán dijo a Goded que los soldados estaban luchando bien, pero que «sólo Dios sabe lo que ocurrirá cuando se enteren de que nos estamos alzando contra la República»[458]. De todos modos, los soldados no pudieron montar su artillería. La lucha continuó durante todo el día. La plaza de Cataluña quedó cubierta de hombres y caballos muertos. El aeródromo de Barcelona se mantuvo leal gracias a su comandante, el coronel Díaz Sandino. Al atardecer, el viejo edificio de capitanía general, en el que Goded había instalado su cuartel general, junto al puerto, fue tomado por asalto. Goded (que, al parecer, se salvó de las iras de la multitud gracias a una famosa comunista de Barcelona, Caridad Mercader, la madre del futuro asesino de Trotsky) [459] fue capturado y se le hizo radiar un llamamiento a sus seguidores en el que, en un tono digno, aunque derrotado, les pedía que depusieran las armas, igual que había hecho Companys en la revolución de 1934: «La suerte me ha sido adversa y he caído prisionero; si queréis evitar que continúe el derramamiento de sangre, quedáis desligados del compromiso que teníais conmigo»[460]. Goded habló así para impedir que sus seguidores de Mallorca enviaran la ayuda que antes les había pedido. La voz del general se oyó en toda España y dio ánimos a los republicanos. En las primeras horas de la noche, en Barcelona sólo resistían el cuartel de las Atarazanas, cerca del puerto, y el cuartel de San Andrés, con su arsenal, a unos kilómetros del centro de la ciudad[461]. En estas batallas, se disputaron los honores los anarquistas y

las fuerzas de seguridad catalanas (tanto los guardias de asalto como los guardias civiles).

En el resto de España, el 19 de julio había sido un día tumultuoso, redaban aún muchos conflictos sin resolver. En Asturias, el regimiento de zapadores de Gijón resistió en el cuartel de Simancas, mandado por el gobernador militar, coronel Antonio Pinilla. En Oviedo, el centro de la revolución de 1934 y que, desde febrero de 1936, se encontraba en un estado permanente de efervescencia revolucionaria, se había planteado una situación muy curiosa. La ciudad se consideraba perdida para el alzamiento. Pero el coronel Antonio Aranda, jefe de la guarnición, que había adquirido en Marruecos la reputación de ser uno de los estrategas más inteligentes del ejército, primero se hizo pasar por «la espada de la República» ante el gobernador civil y los sindicatos. Insistió en que la situación no era tan grave como para requerir que se armara a los trabajadores: González Peña, que había dirigido el levantamiento asturiano de 1934, y Belarmino Tomás, el otro dirigente socialista de la provincia, se dejaron convencer por Aranda, cuya filiación política no era conocida. Por lo tanto, dando por supuesto que Oviedo estaba segura, cuatro mil mineros salieron en tren para Madrid. Y, entonces, a las cinco de la tarde, después de hablar con Mola por teléfono, Aranda declaró que estaba con los rebeldes. Le apoyaron los guardias de asalto, además de la Falange y la guardia civil. Pero el resto de Asturias le era hostil, y el 20 de julio se encontraría cercado estrechamente por una nueva fuerza de mineros[462]. Para ellos era ultrajante que Oviedo, el núcleo de la revolución de 1934, no estuviera con las izquierdas en la crisis más importante de 1936.

En la costa, Santander se mantuvo republicana sin lucha[463]. De las provincias vascas, la tercera y la situada

más al sur, Álava, fue capturada sin dificultad por los rebeldes, dirigidos por el general Ángel García Benítez, ayudado por un viejo amigo de Franco, el coronel Camilo Alonso Vega[464]. Pero el gobierno conservó las otras dos provincias vascas, Vizcaya y Guipúzcoa, con la misma facilidad. En Bilbao no hubo alzamiento. El comandante de la plaza, coronel Piñeiros, respondió negativamente a Mola cuando éste le pidió por teléfono que apoyara el alzamiento, y el dirigente socialista Paulino Gómez consiguió mantener el control. Los oficiales locales fueron destituidos, pero no asesinados[465]. En San Sebastián, el coronel Carrasco, gobernador militar, fue arrestado durante la mañana. Hacía poco tiempo que se había adherido a la conspiración, y Mola no se fiaba de él, a pesar de que era monárquico. Entretanto, Prieto telefoneaba incesantemente desde Madrid para asegurarse de que el Partido Nacionalista Vasco —en absoluto revolucionario— continuaría apoyando al gobierno. Pero no tenía necesidad de preocuparse. A mediodía, Bilbao, San Sebastián y todos los pueblos de la montaña y de la costa de las dos provincias habito realizado una especie de movilización general voluntaria. En las dos ciudades se establecieron juntas de defensa, fueron detenidas las personas prominentes de derechas y se requisaron sus automóviles. Los inspiradores de estas medidas fueron los políticos nacionalistas vascos, dirigidos por Manuel de Irujo. Los conspiradores militares vacilaban. Al final, una llamada telefónica de Mola animó al coronel Vallespín, que estaba en el cuartel de Loyola, en San Sebastián, a emprender la acción decisiva. Dos cañones de este cuartel fueron apuntados contra el edificio del gobierno civil, cuyos ocupantes huyeron todos, lo que permitió escapar al coronel Carrasco, que estaba detenido allí. Éste se estableció, con otro grupo de personas de derechas, en el hotel María Cristina. Además,

los guardias civiles rebeldes se concentraron en el Gran Casino. Éste fue el momento en que la hermosa capital, veraniega de España pudo haber sido ganada para el alzamiento. Todo el mundo estaba nervioso. Cuando se oyó un disparo de pistola a través de las antenas de radio San Sebastián, el locutor tuvo que explicar: «El disparo que acaban de oír ha sido causado por uno de nuestros compañeros a quien se le ha disparado la pistola al caer. No hay que lamentar ninguna víctima»[466]. El coronel Vallespín retrasó su acción, pero el coronel Carrasco declaró el estado de guerra. Durante la noche, una columna republicana procedente de la cercana fábrica de armas de Éibar empezó a apoderarse de la ciudad[467]. En Galicia, no hubo acción alguna hasta el 20 de julio: los conspiradores, confusos ante el comienzo prematuro del alzamiento en Marruecos, se mantuvieron a la expectativa, y los representantes republicanos también. Esta región era estratégicamente importante puesto que poseía la base naval de El Ferrol y los dos puertos de La Coruña y Vigo.

Las principales victorias de los rebeldes el 19 de julio tuvieron lugar en el centro y el norte del país. En Burgos, la antigua capital de Castilla, una ciudad seria, reservada y conservadora, el alzamiento triunfó sin dificultad y sin que apenas se disparara un solo tiro. «Aquí son nacionalistas hasta las piedras», comentó orgullosamente en agosto la condesa de Vallellano al doctor Junod, de la Cruz Roja[468]. El coronel Marcelino Gavilán fue el espíritu animador de los rebeldes (el general Gonzalo González de Lara, gobernador militar, había sido detenido y trasladado a la cárcel de Guadalajara el día anterior). Gavilán arrestó al leal general Batet, de 64 años de edad (jefe de la 6.ª División), y al igualmente leal general Julio Mena, que había sido subsecretario y enviado desde Madrid para ocupar el puesto

de González de Lara. Antes las mujeres de los guardias civiles habían conseguido evitar que el gobernador civil entregara armas al pueblo, diciéndole que serían empleadas para matar a sus maridos. En esta ciudad había muchas personas prominentes de derechas, tales como Sáinz Rodríguez y Goicoechea, para celebrar la victoria, que esperaban a Sanjurjo para formar parte de su gobierno[469]. En Zaragoza, las tropas salieron a la calle al amanecer, y tenían dominados los puntos principales de la ciudad antes de que los sindicatos pudieran organizar ninguna resistencia[470]. Las poderosas fuerzas de la CNT «perdieron demasiado tiempo hablando con el gobernador civil»[471]. En el resto de Aragón, Huesca y Jaca fueron dominadas, con la misma facilidad, aunque en la antigua Barbastro, cerca de la frontera catalana, el jefe de la guarnición, coronel José Villalba, que al parecer había dicho anteriormente que apoyaría el alzamiento, decidió apoyar a los republicanos. (Mola explicó más tarde, en radio Burgos, que Villalba había pedido 100 000 pesetas como soborno para sublevar Barbastro y ponerla en manos de los rebeldes)[472]. En Teruel, la capital de la provincia más meridional de Aragón, el dirigente de los rebeldes declaró el estado de guerra ante siete soldados solamente. El gobernador civil lo anuló, pero los guardias civiles y los guardias de asalto se sumaron al alzamiento. La huelga general que vino a continuación no bastó para impedir el sangriento éxito de los rebeldes[473].

En Navarra, nunca existió la menor duda respecto a la victoria nacionalista. Mola declaró el estado de guerra en Pamplona con el apoyo entusiasta de los 6000 requetés carlistas que se le habían prometido, e inmediatamente quedó en sus manos toda la provincia. Las escenas de entusiasmo religioso combinado con ardor guerrero fueron comparables a las que tenían lugar en Navarra durante las

guerras carlistas del siglo XIX. Viejos y jóvenes, tocados con sus boinas rojas, llegaron a Pamplona desde los pueblos próximos, cantando todos el antiguo himno carlista *Oriamendi* y pidiendo armas. Ninguno sabía, y a nadie le importaba, que el pretendiente, Alfonso Callos, había prohibido que se sumaran al alzamiento si no recibían garantías políticas más explícitas que las que había dado Mola. Mola sólo tenía 1200 fusiles del arsenal de Pamplona para entregar, pero pronto le enviaron de Zaragoza otros 10 000, para completar el armamento de los carlistas. El comandante Rodríguez Medel, jefe de la guardia civil de Pamplona, había apoyado al Frente Popular, pero había sido asesinado por sus propios hombres la tarde anterior[474]. El entusiasmo por la guerra era tan grande que el periódico de Pamplona *Diario de Navarra* salió con idénticos titulares dos días consecutivos[475]. El comandante Martínez de Campos, del cuerpo de artillería, recordaba cómo empezaron a llegar camiones de los pueblos próximos y lejanos, alquilados por los alcaldes. Cada camión, al dar la vuelta a la plaza mayor de Pamplona, recibía una ovación de las multitudes que, al son de las cornetas, se apiñaban en los balcones engalanados con bandera[476]. Entonces Mola se preparó para enviar hacia el sur a algunos de sus hombres.

En Valladolid, esa otra ciudad catedralicia de la llanura castellana, el general Andrés Saliquet, un militar conservador, de grandes bigotes, que había ofendido a Azaña, y el general Miguel Ponte, un incansable conspirador monárquico, se presentaron inesperadamente en el despacho del jefe de la división, general Nicolás Molero, masón y ministro de la Guerra en el gobierno del desafortunado Pórtela, y le pidieron que se adhiriera a su causa. Los rebeldes concedieron a su compañero de armas un cuarto de hora para reflexionar, y se retiraron a una habitación

contigua. A medida que pasaban los minutos, podía oírse en la calle el comienzo de las luchas entre falangistas y obreros. De pronto, el general Molero abrió la puerta de par en par y gritó: «¡Viva la República!». Uno de sus ayudantes abrió el fuego. Siguió una breve lucha, murieron dos oficiales jóvenes de cada bando, pero los rebeldes quedaron victoriosos. Se llevaron a Molero, que más tarde fue condenado a muerte por «rebelión», aunque en realidad se limitó a pasar muchos años en la cárcel. En la ciudad, los obreros ferroviarios lucharon valerosamente todo el día contra sus bien armados enemigos, entre los que se contaban guardias civiles, guardias de asalto, paisanos y falangistas. La casa del pueblo no llegó a rendirse y fue arrasada hasta los cimientos. Sin embargo, al anochecer, Valladolid había sido conquistada. Luís Lavín, el gobernador civil, que había sido nombrado por Casares Quiroga para controlar el fascismo en la ciudad, se vio abandonado por todo su equipo. Subió a su automóvil e intentó huir a Madrid. Lo apresaron y lo devolvieron prisionero a su propia casa, donde ya se había instalado el general Ponte[477].

De las demás ciudades de Castilla la Vieja, Segovia fue conquistada para los rebeldes sin derramamiento de sangre, lo mismo que Salamanca y Ávila, donde fueron liberados de la cárcel muchos falangistas, entre los que estaba Onésimo Redondo. Zamora y Palencia también fueron capturadas rápidamente, aunque en ambas ciudades los militares, la guardia civil y los políticos de derechas pasaron varios días con el alma en vilo, a causa de los rumores de la probable llegada de un tren lleno de mineros, que en realidad regresaron a mitad de trayecto para luchar contra Aranda en Oviedo. Pero a León sí que llegaron 2000 mineros, pidiendo armas. El gobernador militar, general Carlos Bosch, accedió a darles lo que querían a condición de que abandonaran la

ciudad: les entregó 200 fusiles y 4 ametralladoras. Y León no se sublevó hasta el día siguiente, cuando los mineros estaban ya muy lejos, en dirección a Madrid[478]. En Extremadura, Cáceres y su provincia fueron dominadas por el alzamiento, pero Badajoz, gracias a la lealtad de la guarnición, al mando del general Luís Castelló (el nuevo ministro de la Guerra), se mantuvo republicana. En Castilla la Nueva y la Mancha sólo hubo un éxito rebelde: Albacete, dominada por la guardia civil. En cuanto a la situación de Andalucía el 19 de julio, Queipo de Llano afianzó su posición en Sevilla, mientras los suburbios seguían en manos de la clase obrera. En las ciudades andaluzas donde el alzamiento había triunfado por lo general el 18 de julio, continuaban las luchas esporádicas, y para los nacionalistas de Cádiz y Algeciras fue un gran alivio la llegada de unidades de moros del ejército de África, que habían atravesado el Estrecho en el destructor *Churruca*, en medio de la oscuridad, ante las mismas narices de los barcos republicanos. El equilibrio inestable de Granada persistió todo el día. Castelló telefoneó desde el ministerio de la Guerra al general Campins, gobernador militar, ordenándole que organizara una columna para dirigirse contra Córdoba. Pero dos coroneles antiguos de la guarnición respondieron que era poco probable que los oficiales accedieran a mandar aquella columna. Otro coronel, aludiendo a la huelga general que se acababa de iniciar, declaró que Granada ya estaba en manos de los marxistas. Campins sugirió que las milicias del Frente Popular se encargaran de organizar la expedición que exigía Madrid. En primer lugar, se dirigió a los cuarteles de artillería y anunció a los oficiales reunidos allí: «Señores, vamos a deshacer equívocos. El alzamiento militar ha fracasado totalmente. Yo espero de ustedes que se dejen de fantasías y guarden absoluta fidelidad al gobierno de la República […]. Tengo

orden del ministro de la Guerra para que se entreguen las armas depositadas en esta guarnición». Sus palabras fueron acogidas por un silencio que él interpretó como señal de asentimiento. Pero a medianoche los milicianos todavía seguían sin armar[479].

En Valencia existía un equilibrio similar. A media mañana, cuando llegaron las malas noticias de Barcelona, todo estaba dispuesto para el alzamiento, con el apoyo asegurado de varios miles de paisanos. El general González Carrasco, que había llegado de Madrid para dirigir a los rebeldes, vaciló, cosa que enfureció al comandante Barba, principal organizador de la conspiración allí (era el jefe nacional de la UME). El gobernador militar, general Martínez Monje, que había pasado unos meses intentando encender una vela a Dios y otra al diablo, también vacilaba. El gobernador civil dimitió. El líder de la CEDA en la ciudad, el voluble vicepresidente del movimiento, Luís Lucia, que había pasado del regionalismo al insurreccionismo, condenó el alzamiento, con lo cual impidió que éste contara con el apoyo activo de la clase media, que tanto lo había facilitado en otros sitios[480]. Los trabajadores valencianos, dirigidos por los obreros portuarios anarquistas, se estaban agrupando en las calles. El colegio de Santo Tomás de Villanueva y la iglesia de los Santos Juanes fueron saqueados e incendiados. Los generales continuaban vacilando, mientras que algunos oficiales izquierdistas de la guardia civil, dirigidos por el capitán Manuel Uribarri, empezaron a distribuir armas. De manera que, al anochecer, la pelota seguía en el tejado[481]. Esta incertidumbre se reflejó a lo largo de la costa, en Alicante, Almería y Gandía. Pero no quedó la menor duda sobre el éxito del Frente Popular más al sur, y en todos los lugares de Andalucía donde no había habido alzamiento el 18 de julio. Al caer la noche, esta parte de España tan

maltratada por la pobreza ardía en las llamas de la revolución.

En las Baleares, mientras Mallorca quedó asegurada para los rebeldes gracias a Goded, los cabos, sargentos y soldados de la guarnición de Menorca impidieron que triunfara el alzamiento que allí dirigió el general José Bosch[482]. Éste, al caer la noche, había proclamado el estado de guerra en el puerto de Mahón, pero fue estrechamente sitiado. En Ibiza, y en las demás islas pequeñas de las Baleares, triunfó el alzamiento. Hablar de la política de este archipiélago nos lleva naturalmente a referirnos a la situación de la armada.

Durante el agitado amanecer del 19 de julio, los cruceros *Libertad* y *Miguel de Cervantes* navegaban hacia el sur, procedentes de El Ferrol. Habían sido enviados por el gobierno para que trataran de impedir que el ejército de África atravesara el estrecho de Gibraltar, Más tarde, el único acorazado español en buen estado para navegar, el *Jaime I* (el *España* estaba en El Ferrol, en plena reparación), también zarpó de Vigo con rumbo al sur. En todos estos barcos, en el destructor *Churruca*, que ya había desembarcado en Cádiz un cargamento de moros, y en todos los buques de guerra anclados en Cartagena, se produjeron los mismos hechos revolucionarios que en los tres destructores enviados a Melilla el día anterior: esto es, los hombres, estimulados por los mensajes que radiaba el ministerio de Marina desde Madrid, que iban dirigidos a ellos, y no a sus oficiales, redujeron, hicieron prisioneros y, en muchos casos, mataron a los oficiales que les parecían desleales[483]. Las luchas más violentas tuvieron lugar en el *Miguel de Cervantes*, cuya oficialidad, en alta mar, resistió hasta el último hombre contra la tripulación del barco. (A la lacónica pregunta de qué harían con los cadáveres —planteada por el comité de la tripulación que se hizo cargo

del mando del barco—, el ministerio de Marina contestó: «Arrojad los cuerpos por la borda con respetuosa solemnidad»)[484]. En cambio, a bordo del *Jaime I* hubo poca lucha, y su capitán conservó el mando. Así que, el 19 de julio a última hora de la tarde, en aguas gibraltareñas se reunía una extraordinaria escuadra, dirigida por comités elegidos por las propias tripulaciones, para impedir el acceso del general Franco al sur de España. Sin embargo, el cañonero *Dato*, que permanecía bajo el control de sus oficiales, consiguió pasar un segundo grupo de regulares a través del Estrecho al anochecer del día 19 de julio, mientras parte de la quinta bandera de la legión llegaba a Sevilla en tres aviones Breguet que por casualidad estaban en Marruecos.

En Madrid continuaba la confusión entre los conspiradores. Mola no había conseguido coordinar los diversos elementos que allí eran hostiles a la República: los oficiales del ejército que rodeaban a Fanjul, los de la UME y los falangistas. No se sabía si el general Miaja, el jefe de la brigada de infantería, y por breve tiempo ministro de la Guerra, estaba o no con los rebeldes. Algunos decían que era miembro de la UME, y había quienes recordaban que había sido el primer capitán de Mola, en Marruecos. En el último minuto, todavía no estaba claro siquiera quién dirigía el alzamiento en Madrid, si el políticamente activo Fanjul, o García de la Herrán, el general al mando del regimiento de Carabanchel[485]. Además faltaba el «nervio» de la conspiración, el coronel Galarza, «técnico» y coordinador del plan, que había sido arrestado. Por lo tanto, el jefe nominal de la rebelión en Madrid, general Villegas, decidió que la carga era excesiva para sus fuerzas, y el general Fanjul, diputado que había sido subsecretario de la Guerra con Gil Robles, pasó a ocupar su puesto. Llegó al cuartel de la Montaña por la tarde. En este gran edificio de planta

irregular, situado al oeste de Madrid, que domina el valle del tranquilo río Manzanares, y al mando del cual estaba el coronel Francisco Serra, se habían ido reuniendo también durante el día oficiales de otros cuarteles de Madrid y bastantes falangistas. El general Fanjul les hizo un discurso sobre los objetivos políticos del alzamiento, y sobre su legalidad. Luego los rebeldes intentaron lanzarse a las calles de la capital. Pero para entonces ya se había reunido ante las puertas del cuartel una inmensa multitud, organizada por la UGT y la CNT y los partidos políticos, muchos de cuyos componentes iban armados con los fusiles de la UGT o con aquellos 5000 que tenían cerrojo, de los que había entregado el gobierno. La densidad de la multitud impidió salir a los rebeldes. Por lo tanto, recurrieron a disparar con ametralladoras. La multitud se replegó; pero no ocurrió nada más hasta la mañana siguiente. Entretanto, aquella noche, Dolores Ibárruri, «la Pasionaria», hizo el primero de sus numerosos y violentos discursos por la radio, pidiendo a los «obreros, campesinos, antifascistas y patriotas españoles» que no permitieran la victoria de «los verdugos de Asturias»: *No pasarán*, esta consigna con resonancias de Verdón, se repetiría incesantemente durante los meses siguientes.

Durante la noche del 19 al 20 de julio, en Madrid fueron incendiadas cincuenta iglesias. Los partidos obreros, dirigidos por unidades de milicianos, de las cuales la más importante era la MAOC (la milicia comunista), tenían el control efectivo de la capital, mientras los republicanos leales consolidaban su posición en los ministerios, particularmente en el ministerio de la Guerra. El 20 de julio, una multitud mayor aún que la que se había reunido la víspera se congregó en la plaza de España. Los gritos de «¡muerte al fascismo!» y «¡todos en ayuda de la República!»

se sucedían con exultante monotonía. Se interpretó entusiásticamente que la lanza de Don Quijote, cuya estatua se alza en el centro de la plaza, señalaba al cuartel de la Montaña[486]. Esta fortaleza fue bombardeada durante cinco horas. Entre las armas que se emplearon para el asalto se contaban la aviación y tres piezas de artillería (arrastradas por un camión de cerveza). Los altavoces animaban a los soldados que estaban en el interior del cuartel a rebelarse contra sus jefes. En el interior, Fanjul, aunque confiado, con 2000 soldados y unos 500 monárquicos y falangistas, no tenía ningún medio para comunicarse con las demás guarniciones de Madrid. En aquellos momentos, las guarniciones sólo podían comunicarse por medio de señales hechas por encima de los tejados. A pesar de todo, de esta forma Fanjul imploró al general García de la Herrán, que estaba en el suburbio de Carabanchel, que enviara fuerzas para liberarle. Pero ya era imposible que llegara ningún refuerzo. Si se considera retrospectivamente, fue un error fatal retirarse al cuartel de la Montaña de esta manera; Fanjul confiaba en esperar ayuda allí, pero fue directo al desastre. A las diez y media, Fanjul y el coronel Serra, el jefe de la guarnición del cuartel, se encontraban heridos. La caída de una bomba en el patio, arrojada por un Breguet XIX leal, de la base aérea de Getafe, minó la resistencia de los rebeldes. La artillería también estaba siendo eficaz. Media hora más tarde, en una ventana de la fortaleza apareció una bandera blanca. La multitud avanzó para recibir la esperada rendición. Pero fue recibida con fuego de ametralladoras. Este hecho se repitió dos veces más, enloqueciendo de furor a los atacantes. Probablemente esto se debió más a la confusión reinante entre los defensores que a una decisión premeditada. Algunos de los soldados querían rendirse, y, por lo tanto, estaban dispuestos a traicionar a sus oficiales.

Finalmente, pocos minutos antes del mediodía, la gran puerta del cuartel cedió ante los repetidos asaltos. La multitud penetró violentamente en el patio, donde, durante unos momentos, todo fue histeria y una gran carnicería. De repente, un miliciano apareció en una de las ventanas exteriores y empezó a tirar fusiles a la multitud que todavía estaba en la calle. Un gigantesco revolucionario se creyó en el deber de arrojar, uno tras otro, a los oficiales desarmados, que gritaban de terror, desde la galería más alta del cuartel a la desenfrenada masa que se acumulaba en el patio. La carnicería que se produjo a continuación escapa a toda descripción. Murieron varios centenares de los defensores, entre ellos Serra. Los que se salvaron fueron amontonados en la Cárcel Modelo, muchos de ellos sin recibir la cura más elemental de sus heridas. El general Fanjul pudo ser sacado de allí con dificultad para ser juzgado por rebelión. También pudo evitarse la entrega a las masas de las preciosas reservas de cerrojos y municiones, que fueran llevadas al ministerio de la Guerra por los guardias de asalto, una de cuyas unidades en Madrid, dirigida por el comandante Ricardo Burillo, era plenamente leal (las otras dos unidades no eran tan seguras)[487].

Los victoriosos atacantes se dirigieron luego a la Puerta del Sol. Sin embargo, allí su desfile victorioso fue interrumpido por disparos procedentes de todas partes. Una unidad de guardias de asalto desalojó las casas que rodeaban la plaza, mientras la gente permanecía echada boca abajo en el suelo. En cuanto a las demás guarniciones de Madrid, los oficiales del cuartel de ingenieros de El Pardo se dirigieron hacia el norte, en dirección a Segovia, diciendo a los hombres que iban a combatir contra el general Mola. Entre los soldados así engañados se encontraba el hijo de Largo Caballero, que pasó en la cárcel el resto de la guerra. En el

suburbio de Getafe, los oficiales de aviación leales al gobierno aplastaron un intento de sublevación en la base aérea, en el que fue asesinado como mínimo un oficial leal; en el de Carabanchel, el cuartel de artillería también fue dominado por oficiales leales, junto con unidades de milicianos, después de que el coronel, Ernesto Carratalá, uno de los fundadores del grupo de oficiales republicanos UMRA, fuera muerto por su plana mayor por intentar entregar armas a los milicianos. El general García de la Herrán murió a manos de sus propios soldados, por el motivo contrario.

Las guarniciones cayeron, una tras otra[488]. Los comunistas «la Pasionaria» y Líster acudieron al cuartel de infantería n.º 1 y, simplemente a base de elocuencia, consiguieron ganar a los soldados, bastante escépticos al principio, para la causa del gobierno.

Instantes después, milicianos armados apresuradamente, junto con elementos de la desmoralizada guardia civil y de los guardias de asalto y con lo que quedaba del ejército, se dirigieron en taxis, camiones o automóviles privados requisados, hacia el sur, en dirección a Toledo, y hacia el nordeste, camino de Guadalajara. Porque en estas dos ciudades próximas a Madrid el alzamiento había tenido éxito, temporalmente. En Toledo, la superioridad numérica de las tropas dirigidas por el general Riquelme, a las que se sumaban los milicianos, obligó a un grupo de rebeldes, dirigidos por el coronel José Moscardó, gobernador militar y director de la escuela central de gimnasia del ejército, a replegarse al Alcázar, mitad fortaleza, mitad palacio, situado en lo alto de una colina que domina la ciudad y el río Tajo, y que, desde el siglo XIX, era la escuela donde se formaban los oficiales de la infantería española. Moscardó resistió a todos los intentos que realizaron el ministerio de la Guerra y el

gobierno para convencerle de que se rindiera. Finalmente, se encerró allí dispuesto a defenderse con unos 1300 hombres de los cuales 800 eran miembros de la guardia civil, 100 oficiales, 200 falangistas o militantes de otros partidos de derechas, y seis cadetes de la Academia (qué entonces se encontraba en vacaciones de verano). El coronel se llevó consigo también a 550 mujeres y 50 niños, la mayoría familiares de los defensores, y otros, simplemente habitantes de Toledo. Finalmente, también se llevó consigo a Manuel González López, el gobernador civil, «con toda su familia, y cierto número de personas de izquierdas (unas cien) para que le sirvieran de rehenes»[489]. La guarnición estaba bien provista de municiones procedentes de la cercana fábrica de armas, aunque iba escasa de alimentos.

En cuanto a los milicianos que se dirigieron a Guadalajara, conquistaron rápidamente tanto esta ciudad como Alcalá de Henares, aunque los oficiales de Guadalajara se defendieron valerosamente bajo las órdenes de los generales Barrera y González de Lara[490]. En todas estas batallas, aparecieron nuevos líderes; así se dieron a conocer los jefes anarquistas Cipriano Mera, David Antona y Teodoro Moro, todos ellos albañiles de oficio y convertidos en luchadores callejeros por la fuerza de las circunstancias; comunistas como Enrique Líster, Juan Modesto y «el Campesino»; o estudiantes socialistas como Manuel Tagüeña; o militares maduros, cuya hora parecía haber pasado, como el brillante literato coronel Mangada; el comandante Jurado, un experto oficial de artillería; o el coronel Arturo Mena, otro militar leal de más de sesenta años.

La victoria sobre el alzamiento significó, en Madrid y sus alrededores, como en el resto de la España republicana, el comienzo de la revolución. Ahora empezaron a aparecer

grandes retratos de Lenin junto a los de Largo Caballero en los carteles de la Puerta del Sol. Manuel Azaña continuaba aún, sombrío y horrorizado, en el Palacio Nacional, sus amigos conservaban aún las carteras del gobierno; pero, en la calle, mandaban «las masas». La UGT, dirigida por los socialistas, era el auténtico cuerpo ejecutivo de la capital. Empleando como agentes a las juventudes socialistas-comunistas, se encargó de mantener todo el orden que fuera posible. Así pues, el sindicalismo se había apoderado de Madrid a consecuencia de un gran alzamiento antisindicalista. Para los trabajadores, el 20 de julio fue un día de triunfo. Pero, al anochecer, fueron cometidos muchos asesinatos por milicianos irresponsables. Dos oficiales republicanos, el coronel Mangada y el comandante Luis Barceló, establecieron además tribunales sumarísimos en la Casa de Campo para juzgar a los oficiales detenidos en los cuarteles rebeldes; hombres a los que, en muchos casos, habían conocido, y odiado, durante toda su carrera militar. Por la tarde y por la noche empezaron las primeras ejecuciones, en cumplimiento de las sentencias de aquel tribunal tan poco propicio. Hubo asesinatos en todos los barrios, fueron incendiadas las casas de los ricos, mientras los clubs, hoteles y edificios públicos se llenaban de revolucionarios.

En Barcelona, el alzamiento también había sido plenamente dominado al atardecer del 20 de julio. El cuartel de San Andrés, el principal arsenal de Barcelona, se rindió a los anarquistas durante la noche, dejando en sus manos unos 30 000 fusiles (la víspera, ellos sólo tenían 200).

Luego también se rindió a los anarquistas el cuartel de las Atarazanas, a la una y media, después de una prolongada batalla. El anarquista Francisco Ascaso murió en el asalto. El hermano de Mola, capitán Ramón Mola, se había suicidado

durante la noche. Habían muerto más de 500 personas, de las cuales más de 200 eran «antifascistas», y habían resultado heridas 3000 en los días que había durado la batalla[491]. Inmediatamente, el presidente Companys recibió la visita de los dirigentes anarquistas, al frente de los cuales iban García Oliver, Abad de Santillán y Durruti. Aquellos formidables hombres de la violencia se sentaron ante Companys con los fusiles entre las rodillas, las ropas todavía polvorientas tras la lucha, y el corazón oprimido por la muerte de Ascaso.

Entonces, Companys les dijo lo siguiente: «Ante todo, he de deciros que la CNT y la FAI no han sido nunca tratadas como se merecían por su verdadera importancia. Siempre habéis sido perseguidos duramente, y yo, con mucho dolor, pero forzado por las realidades políticas, que antes estuve con vosotros[492], después me he visto obligado a enfrentarme y perseguiros. Hoy sois los dueños de la ciudad». Hizo una pausa, y luego habló en tono desaprobador del papel representado por su propio partido en la derrota del alzamiento: «Si no me necesitáis —continuó— o no me queréis como presidente de Cataluña, decídmelo ahora, que yo pasaré a ser un soldado más en la lucha contra el fascismo. Si, por el contrario, creéis que en este puesto, que sólo muerto hubiese dejado ante el fascismo triunfante, puedo, con los hombres de mi partido, mi nombre y mi prestigio, ser útil en esta lucha [...], podéis contar conmigo y con mi lealtad de hombre y de político que está convencido de que hoy muere todo un pasado de bochorno, y que desea sinceramente que Cataluña marche a la cabeza de los países más adelantados en materia social»[493].

Naturalmente, los rebeldes se habían sublevado contra el gobierno, y las fuerzas de seguridad regulares habían sido en gran parte las responsables de su derrota[494]. Pero el número

total de guardias civiles y de asalto, igual que el de rebeldes, quizá fuera sólo de 5000, y ahora los anarquistas tenían un número de hombres armados seis veces superior. La lealtad de las fuerzas de seguridad no era incuestionable. Así que Companys se encontraba en una posición difícil, pero su inteligente alocución planteó un agudo problema a los dirigentes anarquistas. Probablemente estaban en condiciones de poder establecer el «comunismo libertario», por lo menos en Barcelona. ¿Qué era mejor? ¿Establecerlo? ¿O colaborar con el gobierno catalán? Para la primera opción tal vez fuera necesario luchar más, o como mínimo, prescindir de la opinión de muchos republicanos, nacionalistas catalanes, socialistas y comunistas, y poner en peligro la vida de los anarquistas de otras sitios de España, donde la CNT era mucho más débil. La segunda opción era un compromiso con el Estado, prohibido por su experiencia pasada y por sus objetivos a largo plazo. No sin vacilaciones, escogieron la segunda alternativa[495]. Las exigencias de la guerra ya les habían hecho ceder en el principio de la abolición del gobierno.

Pero, en realidad, ¿tenía Companys que hablar tan humildemente? ¿No podría haber restablecido la autoridad del Estado catalán y español con un despliegue efectivo de las fuerzas del orden leales a las órdenes de los generales Llano de la Encomienda y Aranguren? ¿O esperaba aprovecharse de la confusión para garantizar de una vez para siempre, con la ayuda anarquista, la separación de Cataluña de España? Probablemente éste era su plan. Entretanto, para coordinar el poder anarquista en la ciudad con el de otras organizaciones, se creó el llamado Comité de Milicias Antifascistas de todos los partidos de Barcelona, y Companys introdujo a los diferentes grupos en la Generalitat inmediatamente después de la conversación que

acabamos de describir. El comité se reuniría todas las noches, y se componía de tres representantes de la UGT, tres de la CNT, tres de la *Esquerra*, dos de la FAI, uno de los comunistas (PSUC)[496], uno de *Acció Catalana*, uno del POUM, y uno de los *rabassaires*[497]. Este organismo, dominado al principio por sus miembros anarquistas, se convirtió en el auténtico gobierno de Barcelona después de la derrota del alzamiento[498]. Aunque hubo casos aislados de simpatizantes de los rebeldes que dispararon ocultos contra los milicianos, la principal actividad del comité consistió en preparar las milicias que habían de marchar contra Zaragoza y organizar la revolución en Barcelona. Para todo esto, ni Companys ni el Comité de Milicias Antifascistas consultaron con el gobierno central.

En Granada, finalmente terminó la indecisión el 20 de julio. El general Pozas telefoneó desde Madrid instando al gobernador civil a una «resistencia desesperada y sangrienta» contra la menor manifestación de alzamiento militar. Los coroneles Muñoz y León lo estaban preparando. El general Campins cometió la imprudencia de realizar una segunda visita al cuartel de artillería, y allí fue acusado de traidor por uno de sus propios capitanes. Con gran asombro, se enteró de que todos los oficiales de la guarnición, la guardia civil y la guardia de asalto estaban con los rebeldes. Campins dio media vuelta para marcharse, pero le cortaron el camino. Su ayudante le sugirió que firmara la declaración de estado de guerra. Y así lo hizo, después de ir al cuartel de infantería y comprobar que también allí los oficiales estaban con los rebeldes. Entonces, las tropas de la guarnición de Granada recibieron la orden de lanzarse a las calles de la ciudad.

Pero su jefe no fue el general Campins, que fue encarcelado, sino el coronel Muñoz. Ocuparon la ciudad. Las

multitudes, que estaban desarmadas, se dispersaron al llegar los militares ante el ayuntamiento, y el gobernador civil y sus colaboradores fueron detenidos sin resistencia. En esta conquista del centro de la ciudad sólo murió un soldado nacionalista. Por la noche, sólo resistía el barrio obrero de El Albaicín, situado debajo de la Alhambra. Tardarían algunos días en reducirlo, y los obreros sufrirían innumerables bajas[499],

En Valencia, la situación de incertidumbre continuó todavía algunos días, aunque, a partir del 20 de julio, la balanza se inclinó firmemente del lado de la República. El diputado local, Carlos Esplá, junto con Mariano Gómez, el primer magistrado de Valencia, lograron convencer al general Martínez Monje, jefe de la 3.ª División, con base en la ciudad, para que se mantuviera leal al gobierno. Sin embargo, durante un día o dos, este general estuvo dudando sin saber qué hacer, a pesar de que los conspiradores no se habían puesto en contacto con él. Entretanto, los cuarteles de la ciudad habían sido sitiados por miles de trabajadores. El qué teóricamente había de ser el principal conspirador, a saber, el general González Carrasco, tras ocultarse de refugio en refugio llevado por su inquietud, lo dio todo por perdido e intentó escapar, cosa que acabó haciendo, en dirección al norte de África, junto con el comandante Barba. Sus seguidores se quedaron sitiados en sus cuarteles, mientras ardían once iglesias y era destruido el palacio del arzobispo[500]. Una situación igualmente incierta se produjo en Alicante cuando el general García Aldave, gobernador militar, que también había vacilado hasta entonces, se dejó convencer por los que le instaban a mantenerse leal[501]. (Entretanto, en la cárcel de Alicante, José Antonio Primo de Rivera y su hermano Miguel continuaban consumiéndose sin esperanzas de ser libertados). En Almería, el coronel de

carabineros Crespo Puerta se alzó el 20 de julio y ocupó los edificios públicos, pero se vio obligado a rendirse ante la llegada de soldados leales procedentes de Granada y ante la amenaza de bombardeo por parte del destructor leal *Lepanto*.

En Sevilla, la victoria de Queipo de Llano quedó confirmada el 20 de julio. La ocupación del aeropuerto —un aeropuerto importante para el sur de España— fue una gran ayuda para los rebeldes. Permitió la llegada de un grupo de legionarios, transportados desde Marruecos en un Fokker, al mando del comandante Castejón. Este oficial dirigió a sus hombres en el asalto final a Triana, el distrito obrero de la otra orilla del río Guadalquivir. Todos las barrios resistieron hasta el fin, pese a encontrarse prácticamente sin armas. En el barrio de San Julián, la matanza fue horrible. Los legionarios obligaron a salir a la calle a todos los hombres que encontraron y los mataron a bayonetazos. Luego, la parte inferior de Triana fue arrasada a cañonazos[502].

En Galicia, la lucha empezó también el 20 de julio. En La Coruña había dos generales: Enrique Salcedo, el general de la 8.ª División, y Rogelio Caridad Pita, gobernador militar y jefe de la 5.ª brigada de infantería. El primero era obeso, cauto, viejo y aletargado, aunque había combatido en Marruecos y en Cuba. El segundo era un decidido partidario del Frente Popular. El jefe de la conspiración en La Coruña era el comandante Martín Alonso, que había estado encarcelado en Villa Cisneros por su participación en el levantamiento de 1932, y que había huido de allí en dramáticas circunstancias. Los generales y las autoridades civiles vacilaban ante la responsabilidad que suponía armar a los sindicatos. Mientras tanto, la CNT local celebró un gran mitin de amistad con la UGT en la plaza de toros. Un orador espontáneo anunció que había armas escondidas en la iglesia de San Pedro de Mezonzo, y una parte de la

multitud fue a saquear la iglesia. Finalmente, el 20 de julio al mediodía, con los partidarios del Frente Popular lanzados a la calle, el general Caridad Pita, apoyándose en las buenas noticias llegadas de Barcelona y Madrid, convenció a Salcedo de que se declarara a favor del gobierno. Arrestaron al comandante Martín Alonso. Pero, a pesar de todo, el coronel Cánovas Lacruz, jefe del cuerpo local de ingenieros, declaró el estado de guerra y envió a sus hombres a apoderarse de la ciudad. Los trabajadores intentaron resistir, pero carecían de armas. La Falange local fue armada rápidamente y, encabezada por Manuel Hedilla, el dirigente de Santander que se encontraba allí por casualidad, fue muy útil al ejército. Al cabo de unas horas, los rebeldes habían despejado el centro de la ciudad, y habían detenido al gobernador civil (de veintisiete años de edad) Joaquín Pérez Carballo, que fue fusilado junto con su esposa, Juanita. Los dos generales fueron detenidos por sus jefes de estado mayor, y también fueron fusilados, unos meses más tarde, con otros oficiales[503]. La batalla continuó esporádicamente durante varios días, ya que los obreros recibieron el refuerzo de una columna de mineros procedentes de las cercanas minas de estaño de Noya[504]. Finalmente, el armamento superior de los rebeldes decidió la lucha. La última escaramuza tuvo lugar en el romántico jardín donde todavía se encuentra la tumba de *Sir* John Moore, el héroe de la Guerra de la Independencia[505]. En otros lugares de Galicia también hubo lucha: en Vigo, los soldados cayeron brutalmente sobre la población desarmada, pero las escaramuzas se prolongaron varios días, sobre todo en la zona del puerto. En la deliciosa ciudad de Pontevedra, las gentes de los pueblos vecinos llegaron para combatir a los soldados como si se tratara de una fiesta, con palos, hoces, cuchillos y garrotes, y algo de dinamita, que sería inútil. La

provincia cayó rápidamente, y la victoria se debió más a los asesinatos que al combate.

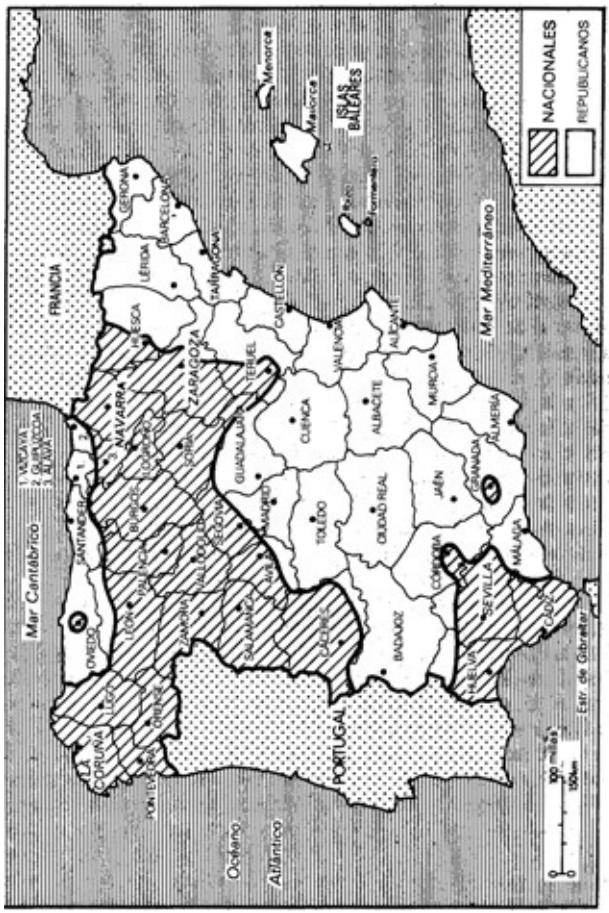
En la base naval de El Ferrol, el 20 de julio también comenzó la lucha entre los marineros que se habían adueñado de los barcos de guerra y los rebeldes victoriosos en tierra. La vacilación y la división de opiniones produjeron la rendición del crucero *Almirante Cervera*. Poco después el *España* izaba bandera blanca. A continuación se rindieron también una serie de lanzatorpedos y guardacostas en los que también se habían producido levantamientos. Treinta oficiales habían sido asesinados y una cantidad aproximadamente similar de marineros revolucionarios también fue fusilada. El almirante Antonio Azaróla, exministro de Marina y comandante de la base, se pronunció a favor del gobierno, y fue arrestado. La caída de estos astilleros en manos de los nacionalistas sería un golpe serio para un gobierno que iba a enfrentarse a una guerra larga.

En León, el alzamiento se produjo a las dos de la tarde del día 20 de julio. El gobernador civil hubo de lamentar mucho la ausencia de los mineros que habían salido para Madrid el día anterior. A pesar de todo, con un calor aplastante, los trabajadores lucharon tenazmente contra las tropas que se habían lanzado a la calle a las órdenes del general Carlos Bosch. No obstante, vencieron los rebeldes, al igual que en toda la provincia. La única batalla importante tuvo lugar en Ponferrada, centro de comunicaciones de la región, donde parte de los marineros que habían salido de Oviedo pensando que estaba seguro en manos de Aranda fueron asesinados en masa en la plaza del mercado. En Menorca, el otro general Bosch fue derrotado el 20 de julio por las fuerzas combinadas del Frente Popular y hombres de su propia guarnición. Así pues, la base de submarinos del puerto de Mahón, donde se encontraban la mayor parte de

los submarinos españoles, construidos durante la primera guerra mundial, fue ganada para la República.

El 20 de julio ocurrió otro acontecimiento importante. Mola había enviado a Lisboa una avioneta *Puss-moth*, pilotada por un joven piloto monárquico, Ansaldo, para que llevara a Burgos al general Sanjurjo, general en jefe del alzamiento. Ansaldo llegó a la villa de Sanjurjo y encontró en torno al «León del Rif» a unas cuarenta personas muy excitadas, que escuchaban las noticias contradictorias de la radio, recibían frenéticas llamadas telefónicas y hacían *excathedra* predicciones incorrectas. Ansaldo se declaró solemnemente «a las órdenes del jefe del Estado español». Todos los presentes se pusieron a cantar la *Marcha Real*. Muchos lloraban de emoción. Otros prorrumpieron en gritos de «¡Viva Sanjurjo!» y «¡Viva España!». El gobierno de Madrid presentó una queja por el hecho de que un piloto rebelde hubiera utilizado un aeropuerto militar portugués. Las autoridades portuguesas, aunque simpatizaban con Sanjurjo, pidieron a Ansaldo que trasladara su avioneta a un campo de aterrizaje más distante. Finalmente tuvo que despegar desde un pequeño campo, rodeado de pinos, en Marinha. Allí, ante la alarma del piloto, el general insistió en llevar consigo una pesada maleta, que contenía un uniforme completo que quería utilizar como jefe del nuevo Estado español. Es posible que fuera este exceso de equipaje lo que hizo difícil el despegue de la avioneta. La hélice tropezó con las copas de los árboles y el aparato se incendió. Ansaldo resultó herido, pero su pasajero murió carbonizado —víctima de la etiqueta más que del sabotaje[506]—. Esta muerte dejó sin cabeza al alzamiento; fue un golpe para los carlistas, sobre todo. Después del asesinato de Calvo Sotelo, de la cautividad prolongada de José Antonio, y de la reciente detención de Goded, las personas más destacadas del bando

nacionalista pasaron a ser Franco, Queipo de Llano y Mola; y, mientras Mola se tenía que enfrentar con las consecuencias de una revolución que estaba muy lejos de ser un éxito en el norte de España, y se preparaba para luchar en tres frentes, Franco ya tenía el control de Marruecos y del ejército de África. En cuanto a Queipo, parecía más dotado para la propaganda que para el liderazgo político.



9. División de España a finales de julio de 1936

El 21 de julio se podría haber trazado una línea aproximada que dividiera las zonas donde, por lo general, había triunfado el alzamiento, de aquéllas donde, en su mayoría, había fracasado. Esta línea empezaría hacia la mitad de la frontera hispano-portuguesa y seguiría en

dirección nordeste hasta la sierra de Guadarrama, cerca de Madrid, donde se inclinaría hacia el sudeste hasta Teruel. A partir de allí se dirigiría hacia el norte, en dirección a los Pirineos, llegando aproximadamente a la mitad de la frontera hispano-francesa. Excepto la larga franja costera que comprendía Asturias, Santander y las dos provincias vascas que dan a la costa, todos los territorios comprendidos al norte y al oeste de esta línea constituían la zona nacionalista (que comprendía, además, Marruecos, las Canarias y las Baleares, excepto Menorca). Al sur y al este de la línea, salvo las ciudades andaluzas de Sevilla, Granada, Córdoba y Algeciras (todas las cuales, menos las dos últimas, estaban aisladas unas de otras), el territorio era principalmente republicano. Dentro del territorio republicano, en Toledo, San Sebastián, Valencia, Gijón, Albacete y Oviedo, determinados edificios estaban en poder de los rebeldes. En muchas ciudades nacionalistas, prosiguieron las escaramuzas durante varios días en los barrios obreros. Hubo además muchos sitios, como la sierra de Albarracín, situada entre el Aragón rebelde y la Castilla revolucionaria, donde se creó un vacío de autoridad, y que sirvieron sólo como desiertos que podían atravesar agentes secretos, fugitivos y bandidos.

En el campo andaluz, la situación era particularmente confusa. Los sucesos del antiguo pueblo lanero de Pozoblanco fueron típicos. El 18 de julio, unos 120 guardias civiles llevaron a cabo un alzamiento victorioso. Luego, las izquierdas —los mineros de Linares y unos 150 guardias civiles leales— rodearon el pueblo y obligaron a los guardias civiles a rendirse por hambre. Los sitiados y sus familias fueron metidos en un tren y enviados a Valencia, donde pasaron al buque-prisión Legazpi. Allí los fusilaron a todos, salvo a 26. Sesenta y cuatro de los sitiados fueron fusilados

inmediatamente. Estos sucesos fueron la culminación de las innumerables revueltas campesinas y las salvajes sublevaciones del pasado[507]. En realidad, aquellos días vieron la culminación de cien años de guerra de clases: la violencia provocaba nuevas brutalidades, y las noticias de las barbaridades cometidas en un pueblo provocaban nuevas barbaridades en el pueblo vecino. Por ejemplo, llegaban refugiados de la Sevilla de Queipo de Llano a cualquiera de los pueblos situados entre esa ciudad y Córdoba. Contaban historias tan terribles que incitaban a tomar represalias contra cualquiera que estuviera al alcance de la mano. Más tarde, en la guerra, llegaría el ejército, y la represión consiguiente sería todavía peor[508].

16

La España nacionalista. — La persecución. — Muerte de García Lorca. — La revolución. — La matanza de sacerdotes. — Cálculo de cifras. — Una investigación de las responsabilidades y las explicaciones.

Detrás de esta línea divisoria había cien Españas, pero encuadradas en dos mundos. La España rebelde no tenía nada de rebelde. Los comentaristas extranjeros la llamaron «la España blanca», «la España insurgente», «la España fascista», y a veces incluso «la España cristiana»; pero el mejor adjetivo es el más neutral: «nacionalista» —ellos se autodenominaban «los nacionales» y llamaban al alzamiento «el movimiento»—. Parecía más una sociedad militar que una sociedad fascista, en parte porque la Falange presentaba un aspecto militar, uniformado, armado y beligerante. «Los que no llevan uniforme deberían llevar faldas», se decía constantemente. La ley marcial invadió gradualmente todo el campo de la justicia. Todos los funcionarios administrativos y judiciales fueron objeto de «investigación», para comprobar si iban a ser seguros en las nuevas circunstancias. Un juez tenía que ser un hombre que sintiera simpatía por las derechas y estuviera dispuesto a plegarse a las exigencias militares. Todos los partidos políticos que habían apoyado al Frente Popular fueron prohibidos. La vida política dejó de existir. Incluso

desaparecieron los antiguos partidos de derechas y de centro, incluida la CEDA. Los únicos grupos políticos activos eran la Falange y los carlistas, y éstos eran «movimientos» más que partidos. Las casas del pueblo y los periódicos de izquierdas fueron clausurados. Se decretó que las huelgas serían castigadas con la pena de muerte. Quedó prohibido todo desplazamiento privado por ferrocarril y por carretera. En la España nacionalista, los masones, los miembros de los partidos del Frente Popular, los miembros de sindicatos y, en algunas zonas, incluso todos los que habían votado a favor del Frente Popular en las elecciones de febrero, fueron detenidos y muchos de ellos fusilados. «Ésta es Aranda la roja», comentó el monárquico conde de Vallellano en agosto al atónito representante de la Cruz Roja suiza, doctor Junod, mientras atravesaban en automóvil aquella ciudad, por donde pasa la línea férrea principal Madrid-París. «Me temo que hemos tenido que encarcelar a todos sus habitantes y ejecutar a muchos[509]». Este comentario suscita un tema inevitable: la índole y la amplitud de la represión.

El número de ejecuciones varió de un sitio a otro, según el capricho del jefe militar o las autoridades locales. Los gobernadores civiles y militares y los funcionarios del gobierno civil, si habían sido nombrados por el Frente Popular, fueron casi siempre fusilados. La misma suerte corrieron cuantos intentaron seguir la huelga general declarada al principio del alzamiento. A las personas conocidas, tales como generales o gobernadores civiles, generalmente se las sometió a un simulacro de juicio, que duraba quizá dos o tres minutos, a cargo de un tribunal militar. La mayoría de personas corrientes, huelguistas, sindicalistas o anarquistas, no fueron juzgadas. El ejército fusiló a mucha gente, pero también lo hicieron bandas

armadas de falangistas o carlistas. El ministro de Agricultura de la CEDA, Giménez Fernández, estuvo a punto de ser fusilado por «unos señoritos de Jerez» que entraron en su casa, en Chipiona. Su mujer perdió la razón. Su hijo, que estaba presente, cree que lo habrían matado si los señoritos no hubieran estado tan borrachos[510]. Las mujeres, hermanas o hijas de los hombres ejecutados a veces corrieron la misma suerte. Estas atrocidades tenían una finalidad especial. Aunque los rebeldes estaban muy decididos y a menudo bien armados, su número era reducido. En ciudades como Sevilla o Granada, la gran población obrera tenía que ser obligada a aceptar el nuevo orden por medio del terror antes de que los militares nacionalistas pudieran dormir tranquilos. Por eso, los rebeldes no sólo actuaron cruelmente con sus enemigos, sino que además tuvieron que actuar abiertamente y exponer los cadáveres de los que mataban a la contemplación pública. Lo único que pidió oficialmente la Iglesia fue que los asesinados después de cualquier tipo de proceso tuvieran la oportunidad de confesarse[511]. «Sólo el diez por ciento de estos amados hijos rechazaron los últimos sacramentos antes de ser fusilados por nuestros buenos oficiales», declaró un venerable hermano de Mallorca. Sin embargo, se prohibió llevar luto incluso a los parientes de aquellos que habían tenido una buena muerte[512]. Estos fusilamientos continuaron durante varios meses.

La represión fue un acto político, decidido por un grupo de hombres desesperados que sabían que sus planes originales no habían salido según lo planeado. Pero las directrices de Mola desde el mes de abril habían previsto esta eventualidad. En una reunión de alcaldes de la zona próxima a Pamplona, el 19 de julio, Mola repitió el tono de aquellas instrucciones tan explícitas como duras: «Es necesario propagar una atmósfera de terror. Tenemos que

crear tona impresión de dominación [...]. Cualquiera que sea abierta o secretamente defensor del Frente Popular debe ser fusilado»[513]. Esto ocurría incluso en Navarra, donde el alzamiento triunfó sin apenas lucha. Y, aunque la proscripción se decidió en la cumbre, es evidente que no hubo ninguna dificultad para encontrar oficiales y soldados, policías, falangistas o carlistas dispuestos a detener a la gente, juzgarla apresuradamente y ejecutarla. Y esto ¿por qué? No parece suficiente decir que eran momentos de apasionamiento. Tampoco pueden explicarse estas atrocidades por las noticias, que pronto empezaron a llegar, muchas veces exageradas, de sucesos similares en la parte de España donde no había triunfado el alzamiento. No hay ninguna explicación fácil. El espíritu de las derechas estaba poseído por la rabia y el miedo, y el odio se había apoderado de mucha gente. Además, las nuevas autoridades militares de la España nacionalista se encontraban con el mismo problema que el gobierno, a saber, el de controlar las acciones «espontáneas». Así pues, muchos fueron asesinados sin la aprobación o la autorización del ejército.

Día tras día, desde el momento en que quedó asegurado el éxito del alzamiento, continuaron las detenciones. Nadie sabía de qué crimen serían acusados los detenidos, ni siquiera si se les volvería a ver. El escritor católico francés Georges Bernanos, que entonces se encontraba en Mallorca, describió cómo eran detenidos los hombres por bandas armadas nacionalistas: «Cada día en los pueblos perdidos, en el momento en que volvían del campo. Salían para su último viaje, con los brazos todavía rendidos por el trabajo del día, dejando intacta la sopa sobre la mesa, y una mujer sin aliento, junto a la puerta del jardín, tendiendo demasiado tarde ya un hatillo con las cosas más necesarias envueltas apresuradamente en una servilleta inmaculada: Adiós [...],

recuerdos»[514].

En la mayoría de los casos, sin embargo, las detenciones se realizaban por la noche, y los fusilamientos consiguientes también se hacían al amparo de la oscuridad. A veces las ejecuciones eran individuales, y a veces colectivas. A veces, pura y simplemente, los prisioneros eran torturados antes de ser fusilados. A veces, el oficial encargado de la ejecución, movido a compasión, procuraba tener a mano una buena provisión de vino, para que los condenados pudieran ahogar su desesperación en las brumas de la embriaguez. A la mañana siguiente, se encontraban los cadáveres. A menudo pertenecían a miembros distinguidos de partidos de izquierdas, o a oficiales leales a la República. Pero nadie se atrevía a identificar estos cadáveres. Por ejemplo, los cadáveres de un coronel de caballería leal (Rubio Saracibarí) y de otros conocidos ciudadanos de Valladolid tuvieron que quedar enterrados para siempre bajo una lápida en la que se leía: «Siete cuerpos sin identificar. Encontrados en una colina, cerca del kilómetro 102 de la carretera de Valladolid»[515]. Un testigo ocular que vive en Valladolid dice que una «patrulla del amanecer» de falangistas, al comienzo de la guerra, fusilaba a cuarenta personas cada día: Onésimo Redondo, el fundador de las JONS de Castilla, que recientemente había sido liberado de la cárcel, se entregó a esta labor de purga. Los presos de aquella ciudad eran trasladados en camiones desde la cárcel hasta un lugar determinado, fuera de la ciudad, donde eran fusilados —con tanta regularidad que se instaló un puesto de venta de churros para satisfacer a los espectadores que iban en automóvil a contemplar el espectáculo[516]—. Un fraile capuchino recordaba que le habían ido a buscar, a medianoche, para oír las confesiones en masa de una multitud de condenados, cerca de Estella (Navarra), que

después fueron fusilados[517]. Un día estaban enterrando el cadáver de un requeté llamado Castiella, en Tafalla (al sur de Pamplona). Había muerto en el campo de batalla. El público, indignado, pidió que, en represalia, mataran a los cincuenta presos que había en la cárcel de la población. El alcalde objetó que no todos los que estaban allí merecían ser fusilados. El público insistió, y el alcalde sometió la cuestión a la junta de guerra carlista de Pamplona. La junta dijo que no, pero el público irrumpió igualmente en la cárcel, hizo salir a todos los encarcelados, los llevó en autobús a 25 kilómetros de Monreal, y allí, en la soledad de la noche, los asesinó a todos, incluidas bastantes mujeres, totalmente desconcertadas[518].

Al cabo de un tiempo (por lo menos en el norte), se suspendió la exposición de los cadáveres a la vista del público, a petición del general Mola, el cual declaró que le molestaba encontrarse los cadáveres tendidos en las cunetas. A partir de entonces, las ejecuciones se llevaron a cabo discretamente en el huerto de un monasterio perdido o entre los peñascos de alguna desolada ladera, mientras que en muchos sitios surgió la práctica iniciativa de llevar a cabo las ejecuciones en el propio cementerio.

Muchos detalles de aquellos días permanecen oscuros. Se inventaron historias con fines propagandísticos, a veces en la España republicana, y a veces en el extranjero. Arthur Koestler, que entonces trabajaba con el departamento de propaganda del Komintern en París, ha descrito cómo muchas tergiversaciones fueron incluidas deliberadamente en su libro *L'Espagne ensanglantée* por su superior, el dirigente checo de propaganda Otto Katz[519]. Pero algunas de las más tremendas acusaciones de atrocidades fueron presentadas por el respetable colegio de abogados de Madrid. Con los años, se han dado a conocer historias

horribles. Un maestro de Huesca fue golpeado casi hasta morir por unos falangistas que querían hacerle confesar que conocía los «complots revolucionarios»; para suicidarse, se cortó una vena con sus propios dientes[520]. En Navarra y Álava, los nacionalistas vascos eran fusilados sin permitírseles confesarse. Al parecer, unos requetés dijeron a un hombre que extendiera los brazos en forma de cruz y gritara «¡Viva Cristo Rey!», mientras le amputaban dichos miembros. Su mujer, obligada a presenciar la escena, se volvió loca cuando al final lo mataron a bayonetazos[521]. Unos sacerdotes que trataron de intervenir también fueron asesinados[522]. Tanto si estas atrocidades concretas ocurrieron tal como se ha dicho como si no, no cabe duda de que en la España nacionalista se produjeron muchos hechos similares. Incluso se produjeron, en grandes cantidades, en sitios como Córdoba y Granada, donde la rebelión había tenido un éxito casi inmediato[523].

En cuanto a los autores de estas atrocidades, la mayoría eran miembros del ejército o de los antiguos partidos de derechas, o meramente funcionarios u oficiales de la guardia civil. Desde luego, los falangistas mataron a mucha gente, pero no ocupaban puestos de mando y, aunque a veces figuraban en los pelotones de ejecución, también hubo algunos, como el jefe nacional interino de la Falange, Hedilla, que intentaron (en algunos casos individuales con éxito) contener la riada por medio de protestas o utilizando su influencia[524]. El obispo de Pamplona, Marcelino Olaechea, pidió que cesara el derramamiento de sangre en Navarra, y hubo sitios donde las ejecuciones fueron llevadas a cabo por «incontrolables» contra las órdenes expresas de las autoridades. Sin embargo, en muchas ciudades grandes hubo jefes de policía o gobernadores militares sanguinarios, e incluso sádicos, que impidieron eficazmente cualquier

protesta: el coronel Díaz Criado en Sevilla, el comandante Doval (famoso ya desde Asturias) en Salamanca, el mayor Ibáñez en Córdoba, el capitán Rojas y el coronel Valdés Guzmán en Granada, el exrepublicano Joaquín del Moral en Burgos… Sus nombres han pasado a la historia como carniceros de su propio pueblo. Jesús Muro, el dirigente falangista de Zaragoza, la Falange de Andalucía y Andrés y Onésimo Redondo en Valladolid, también fueron responsables de muchas cosas.

Los jefes no acogían calurosamente las peticiones de compasión. Cuando el representante de la Cruz Roja, doctor Junod, se dirigió a Mola para proponerle un intercambio de prisioneros de uno y otra bando, el general contestó; «¿Cómo quiere que cambiemos un caballero español por un perro rojo? Sí dejo marchar a los prisioneros, mi pueblo me considerará un traidor… Ha llegado usted demasiado tarde, *monsieur*, estos perros ya han destruido los valores espirituales más gloriosos de nuestra patria»[525]. Evidentemente, a Mola le obsesionaba el miedo a que le consideraran un traidor, pero su respuesta era un reflejo de la realidad de lo que creían la mayoría de los rebeldes, ahora que habían quemado sus naves, y su convicción de que sus oponentes eran perros despreciables se veía reforzada diariamente por las noticias que les llegaban de las ciudades donde el alzamiento había sido derrotado.

Probablemente, siempre será difícil saber el número de personas muertas por los rebeldes o sus partidarios en estos primeros días de la guerra. Cuando no había consejo de guerra, no había registro de ejecuciones. Éstas simplemente formaban parte del proceso de depuración necesario para librar a España de masones, marxistas y judíos, una trilogía todavía amenazadora para la derecha española, a pesar de que los primeros eran inofensivos y los terceros habían sido

expulsados en el siglo XVI. Sin embargo, un examen paciente de las estadísticas necrológicas de toda España algún día puede que nos revele gran parte de la verdad, aunque quizá no toda.

Ya se han dado cifras, aunque a menudo más con fines propagandísticos que basadas en la evidencia. Puede que hayan sido exageradas sin deseos de engañar: por ejemplo, los recuerdos de un superviviente de una cárcel en la que hubiera innumerables ejecuciones nocturnas pueden agrandarse fácilmente por obra de la imaginación. El mejor estudio independiente y el más convincente es el que se ha hecho sobre Granada. En el registro de entierros y en el cementerio de esa ciudad figura una lista de 2137 fusilados en Granada entre el 26 de julio de 1936 y el 1 de marzo de 1939[526]. El mes en que figuran más muertos es el de agosto de 1936: fueron fusiladas 572 personas. Por lo tanto, el historiador puede suponer que probablemente, en Granada y en sus alrededores inmediatos, fueron fusiladas unas 4000 personas, y quizás en toda la provincia el doble de esta cifra, aproximadamente[527].

Probablemente lo ocurrido en Granada fue característico de la España nacionalista en general, tanto en el momento del alzamiento como después. Aunque en Granada el nivel de conciencia política era elevado y el resentimiento de las derechas era grande, porque en las elecciones parciales de junio habían sido derrotadas. Sin embargo, los odios de Granada existían también en Sevilla, Córdoba, Valladolid, Zaragoza, Pamplona y La Coruña, para nombrar sólo unas cuantas de las capitales ganadas para el alzamiento. Se han sugerido cifras importantes al calcular los muertos en retaguardia en todos estos sitios: en Navarra, entre 7000[528] y 8000[529], en Sevilla 9000[530], en Valladolid 9000[531], en

Zaragoza 2000[532], en las Baleares 3000[533]; e incluso se han aventurado cifras más aterradoras[534]. En La Coruña, se dijo que habían sido fusiladas 300 personas en julio y agosto, e incluso en un pueblo tan pequeño como Villagarcía de Arosa (Pontevedra) fueron fusiladas 100 personas[535]: La cifra de toda España debió de ser del orden de las decenas de millares: probablemente 50 000 en los primeros seis meses de la guerra, y quizá la mitad más durante los meses siguientes, teniendo en cuenta la represión que se llevaba a cabo en los sitios conquistados por los rebeldes[536].

Entre los ejecutados se contaron muchos oficiales leales a la República, incluidos seis generales y un almirante: Núñez de Prado, director general de aviación; Batet, general al mando de la 6.ª División, en Burgos; Salcedo y Caridad Pita, los dos generales de La Coruña; Romerales, en Melilla; Campins, en Granada; y el almirante Azaróla, responsable del arsenal de El Ferrol[537]. Entre los demás muertos se contaron casi todos los diputados del Frente Popular capturados en territorio nacionalista, salvo Joaquín Maurín, que logró ocultar su identidad milagrosamente durante unos meses, hasta que hubo pasado lo peor[538]. En 1936 fueran fusilados treinta y cuatro miembros de las Cortes del Frente Popular[539], incluida una cuarta parte (25) del bloque de diputados socialistas. Entre los muertos estaban Arturo Menéndez, el director general de Seguridad en la época de Casas Viejas, al que hicieron bajar del tren en Calatayud, entre Zaragoza y Madrid; el antiguo rector de la Universidad de Oviedo, Leopoldo Alas Argüelles; el penalista Luis Rufilanchas; y el anarquista autor del programa de Zaragoza, Isaac Puente. Pero unos cuantos ejemplos aislados son poco significativos si tenemos en cuenta la oleada de ejecuciones que se inició en julio de 1936 y continuó, para ser exactos, hasta 1941 o 1942. Entre las víctimas se contó una gran

cantidad de médicos, maestros y gobernadores civiles de las ciudades conquistadas. En Teruel, por ejemplo, el director republicano del instituto de enseñanza media de la localidad, Joaquín de Andrés, fue fusilado por un piquete de antiguos alumnos suyos[540].

La más inolvidable de estas muertes fue la de Federico García Lorca, el poeta español más grande de su época. Aunque nunca fue miembro de ningún partido político, su cuñado era Fernández Montesinos, el alcalde socialista de Granada, cuya muerte acabamos de referir, y Lorca, naturalmente, estaba muy relacionado con toda la izquierda literaria de España. Después de la victoria del alzamiento en Granada, su ciudad natal (a la que había llegado de visita), Lorca se refugió en casa de la familia Rosales, amiga suya desde hacía años, aunque pertenecía a la Falange (José Antonio también era amigo suyo). A pesar de esta protección, lo descubrieron y lo fusilaron. La responsabilidad exacta de su muerte es una cuestión debatida. Su detención se debió a la actuación del exdiputado de la CEDA por Granada, Ramón Ruiz Alonso, pero la decisión de fusilarlo la tomó el entonces recién nombrado gobernador civil de Granada, José Valdés Guzmán, jefe de las milicias falangistas locales, además de coronel de la guarnición. La ejecución de Lorca probablemente no tuvo lugar hasta mediados de agosto, alrededor del 18. Lo cierto es que ahora su cuerpo yace en una tumba no identificada en alguna zona perdida de la provincia de Granada[541].

La justificación legal para todas estas ejecuciones sumarísimas se buscó en el estado de guerra que se había proclamado el día del alzamiento. Se dio por sentado que el gobierno de la República era el rebelde, y que los nacionalistas representaban el poder legítimo. Al principio

no se utilizaba ninguna forma de juicio. Se consideraba que un hombre fusilado era un hombre juzgado. Sin embargo, no tardaron en formarse una serie de tribunales militares de emergencia, compuestos por militares retirados y por abogados alistados en el ejército. Los primeras adquirieron categoría legal y los segundos militar, de forma que todos quedaron complacidos[542]. Aquella situación jurídica tan paradójica «preocupaba a todos los que no eran ciegamente sectarios»[543]. Pero en aquellos momentos el apasionamiento lo nublaba todo, y seguiría haciéndolo durante mucho tiempo. Un general que en 1935 se habría pasado una semana entera vacilando antes de firmar una sentencia de muerte, en agosto de 1936 aprobaba veinte muertes diarias sin pensarlo dos veces. A partir de entonces, los jefes rebeldes, desde Mola hasta el fascista más joven de Valladolid, estuvieron unidos por un lazo de sangre que fue una de las razones por las que nunca consintieron en llegar a un compromiso, y ni siquiera lo proyectaron. Los que cayeron prisioneros en los combates de aquel verano también fueron fusilados en una cuneta, o en los patios de las cárceles, o en cruces de carreteras. Probablemente mataron a más gente en agosto y septiembre que en julio. Tras este baño de sangre, los rebeldes alcanzaron tranquilamente el poder. Algunos se volvieron más insensibles a la brutalidad gracias a su necesidad de aprobar la muerte de antiguos amigos o parientes: Franco, por ejemplo, aprobó la sentencia de muerte para su primo hermano el comandante De la Puente, al llegar a Tetuán. Otros se volvieron más decididos ante la muerte de camaradas, hermanos o hijos suyos en la zona republicana. De los que dirigían los pelotones de ejecución, unos eran simplemente jóvenes que disfrutaban matando. Otros, sin duda, creían que tenían el deber de extirpar las turbias

herejías del liberalismo, el socialismo, el comunismo, el anarquismo y la masonería; y, cuanto más duraba la guerra, más graves se consideraban estas ideologías.

Entretanto, la revolución barría las ciudades donde el alzamiento nacionalista había sido derrotado o no se había producido. En todas partes se formaron comités de control, nominalmente constituidos por todos los partidos del Frente Popular, junto con los anarquistas. En la realidad, reflejaban las fuerzas políticas dominantes en cada ciudad[544]. En todas partes desaparecieron los ayuntamientos, a menudo por la fuerza y con derramamiento de sangre. En general, también desaparecieron la policía y la guardia civil, incluso en los sitios donde estas fuerzas habían sido leales a la República, los primeros días de la rebelión. A veces, los alcaldes, si eran izquierdistas, se convertían en presidentes de los comités revolucionarios, y a veces reaparecía la policía bajo el nombre de funcionarios de seguridad. Entonces, los comités intentaban cambiar la estructura social de la ciudad y los pueblos limítrofes, según el criterio del partido más fuerte. Los primeros pasos, los comunes a toda la España republicana, eran: prohibición de los partidos de derechas y la incautación de hoteles, periódicos de derechas, fábricas y casas de los ricos. En estas últimas, los partidos revolucionarios y los sindicatos instalaron sus nuevos y suntuosos cuarteles generales. Las carreteras estaban vigiladas por patrullas de milicianos. Se crearon comités responsables de todos los aspectos de la vida.

La España republicana, igual que la España de la guerra de la Independencia o del final de la Primera República, más que un solo Estado parecía constituir un conglomerado de repúblicas.

La revolución empezó al igual que la contrarrevolución

con una oleada de asesinatos, destrucciones y saqueos. Las unidades de milicianos de los partidos políticos y los sindicatos se reunían en bandas que tenían nombres parecidos a los de equipos de fútbol. Eran, por ejemplo, los «Linces de la República», los «Leones rojos», las «Furias», «Espartaco» y «Fuerza y Libertad». Otras bandas adoptaron el nombre de dirigentes políticos izquierdistas, españoles o extranjeros. Sus iras se dirigieron en primer lugar contra la Iglesia. En toda la España republicana, pero sobre todo en Andalucía, Aragón, Madrid y Cataluña, las iglesias y los conventos fueron saqueados e incendiados indiscriminadamente. La Iglesia no había participado en el alzamiento prácticamente en ningún sitio. Casi todas las historias que se contaron de rebeldes que disparaban desde los campanarios eran falsas[545], aunque quizás, a veces, los párrocos habían permitido a los falangistas almacenar armas en sus tranquilas sacristías. La Iglesia fue atacada porque la religión se había convertido en la cuestión crítica de la política desde 1931, por la general subordinación de los sacerdotes a la clase alta, y por la riqueza provocativa de muchas iglesias y las antiguas sospechas suscitadas por el carácter secreto de las órdenes religiosas y los conventos. Hubo algunas «provocaciones» después del alzamiento, aunque eso era de esperar. Por ejemplo, el boletín de información de la CNT-FAI en Barcelona decía, el 25 de julio: «El sábado, en el hospital de San Pablo, un sacerdote mantuvo una acalorada discusión con un médico, sacó un revólver y disparó todo su cargador, no contra el médico, sino contra los heridos que se encontraban a su alrededor. Los testigos de esta escena se enfurecieron tanto que cogieron a cuatro de los más clericales y fascistas de los enfermeros y los fusilaron a quemarropa». El móvil principal era la destrucción, más que el robo. Federica

Montseny, la anarquista, recibió muy orgullosa un billete quemado de mil pesetas[546]. En Madrid, se oyó a un anarquista reprender a un niño por haber robado una silla, en vez de quemarla[547]. Algunas iglesias y algunos conventos del centro de Madrid se libraron de la destrucción gracias al gobierno. Pero, en Barcelona, sólo fueron protegidos la catedral y el monasterio de Pedralbes. Sin embargo, se salvaron las principales obras de arte, pues la Generalitat movilizó a sus agentes para salvar colecciones de arte y bibliotecas. Aunque se perdieron muchos tesoros de segundo orden, el único acto de vandalismo fue el incendio de los diez mil volúmenes de la biblioteca de la catedral de Cuenca, entre los que se encontraba el célebre Catecismo de Indias. También fueron destruidas las que se consideraban las pinturas más antiguas conocidas de Goya, que estaban en las puertas de madera de una cámara-relicario en la iglesia parroquial de Fuendetodos, su pueblo natal. En Vich, se impidió que se propagase al museo y al palacio del obispo el fuego que destruyó la catedral. Las catedrales de Gerona y Tarragona, así como los monasterios de Montserrat, Poblet y Santas Creus, permanecieron intactos. En general, el incendio de las iglesias fue contemplado con indiferencia, más que con excitación. Pero la destrucción de imágenes y objetos sagrados, o las mascaradas de los milicianos revestidos de ropas eclesiásticas, a menudo eran acogidas con grandes carcajadas. En adelante, las iglesias, tanto las destrozadas como las que todavía eran utilizables como almacén o refugio, estuvieron cerradas al igual que lo estaban las oficinas de los partidos políticos de derechas[548].

Estos ataques fueron acompañados por una matanza colosal de los miembros de la Iglesia y de la burguesía. Los nacionalistas, después de la guerra, han dado la cifra de unos 55 000 seglares asesinados o ejecutados en la España

republicana durante la guerra[549]. Este cálculo, a pesar de su magnitud, es muy inferior a las acusaciones de trescientos o cuatrocientos, mil muertos que se hicieron durante la guerra[550]. Se cree que murieron 6844 religiosos: 12 obispos, 283 monjas, 4184 sacerdotes y 2365 monjes[551]. Así pues, la cifra de sacerdotes asesinados puede compararse con la glorificación que de ellos hace Claudel en su poema *Aux Martyrs Espagnols*[552]:

> *On nous met le ciel et l'enfer dans la main et nous avons*
> *quarante secondes pour choisir.*
> *Quarante secondes, c'est trop! Sceur Espagne, sainte*
> *Espagne, tu as choisi!*
> *Ottze évéques, seize müle prétres massacrés et pas une apostasie!*
> *Ah! Puisseje comme toi un jour a voix haute témoigner datis la splendeur de midi!*

Pero esta comparación es odiosa: las cifras, igual que las de la furia nacionalista, son sobrecogedoras. Muchos de estos crímenes estuvieron acompañados de una frívola y sádica crueldad. Por ejemplo, al parecer, el párroco de Torrijos, Liberio González Nombela, dijo a los milicianos que le hicieron prisionero: «Quiero sufrir por Cristo». «¿Ah, sí? —le contestaron—, pues entonces morirás como Cristo». Lo desnudaron y lo azotaron despiadadamente. Luego cargaron un tronco sobre las espaldas de su víctima, le dieron a beber vinagre y lo coronaron de espinas. «Blasfema y te perdonaremos», decía el jefe de los milicianos. «Yo soy quien os perdona y os bendice», contestó el sacerdote. Los milicianos discutieron cómo lo matarían. Algunos querían crucificarlo, pero al final lo mataron a tiros. Su última voluntad fue morir de cara a sus torturadores, para poder bendecirlos[553]. El obispo de Jaén fue asesinado con su hermana por una miliciana apodada «la Pecosa» ante una multitud alborozada de dos mil personas, cerca de Madrid, en un terreno pantanoso conocido con el nombre de «el

pozo del tío Raimundo». Los obispos de Guadix y Almería fueron obligados a fregar la cubierta del buque prisión *Astoy Mendi* antes de ser asesinados cerca de Málaga. El obispo de Ciudad Real fue asesinado mientras trabajaba en una historia de Toledo. Después de fusilarlo, destruyeron su fichero de 1200 fichas. Una monja fue asesinada porque rechazó la proposición matrimonial que le hizo uno de los milicianos que irrumpieran en su convento de Nuestra Señora del Amparo, en Madrid. El «Comité de la sangre» de El Pardo, en las afueras de Madrid, se fue emborrachando con vino de misa mientras sus miembros juzgaban al párroco. Uno de los milicianos se afeitó utilizando el cáliz para mojar la brocha. Hubo casos aislados de monjas violadas antes de ser ejecutadas[554]. En la calle María de Molina, de Madrid, fue abandonado el cadáver de un jesuita con un letrero colgado del cuello en el que se leía: «Soy un jesuita». En Cervera (Lérida), a unos monjes les metieron cuentas de rosario en las orejas hasta que les perforaron los tímpanos. En Barcelona, la exposición de los cuerpos exhumados de diecinueve monjas salesianas atrajo a grandes muchedumbres. A Antonio Díaz del Moral, en Ciempozuelos (cerca de Madrid), lo encerraron en un corral lleno de toros de lidia, que lo cornearon hasta dejarlo inconsciente. Después le cortaron una oreja, a imitación de la amputación de la oreja del toro que se hace en honor del torero, después de una buena faena. A menudo se pasearon orejas de sacerdotes. Algunas personas fueron quemadas, y otras enterradas vivas, después de verse obligadas a cavar su propia tumba. En Alcázar de San Juan, a un joven que se distinguía por su piedad le arrancaron los ojos. En esta provincia de Ciudad Real, los crímenes fueron realmente atroces. A la madre de dos jesuitas la obligaron a tragarse un crucifijo. Ochocientas personas fueron arrojadas al pozo de

una mina. A menudo, el momento de la muerte era acogido con aplausos, como si se tratara del momento de la verdad en una corrida. Luego venían los gritos de «¡Libertad! ¡Muera el fascismo!». Más de un sacerdote se volvió loco ante estas atrocidades. Un párroco de Barcelona se paseó varios días enloquecido antes de que le pidieran su carnet sindical. «¿Qué necesidad tengo de carnet? Soy el párroco de San Justo», contestó sin pensar[555]. La matanza de los miembros de la Iglesia de Cataluña y Aragón dejó atónitos a muchos de los habitantes de estas dos regiones. Casi nadie sospechaba que el anticlericalismo fuera tan grande. Al fin y al cabo, desde 1911 allí no se había quemado ninguna iglesia.

En todo el país, la gente ya no decía «adiós», sino siempre «salud». Incluso un hombre llamado Fernández de Dios escribió al ministro de Justicia preguntando si podía cambiar su apellido por el de Bakunin, porque «no quería tener nada que ver con Dios»[556]. «¿Sigues creyendo en este Dios que nunca habla y que no se defiende ni siquiera cuando son quemados sus imágenes y sus templos? Reconoce que Dios no existe y que vosotros, los curas, sois todos unos hipócritas que engañáis al pueblo»[557]. Estas preguntas se formularon en innumerables ciudades y pueblos de la España republicana. En ningún momento de la historia de Europa, y quizás incluso del mundo, se ha manifestado un odio tan apasionado contra la religión y todas sus obras. Sin embargo, un sacerdote que, mientras en la provincia de Barcelona morían 1215 frailes, monjas y sacerdotes, consiguió escapar a Francia gracias a la ayuda del presidente Companys, fue lo suficientemente generoso para reconocer que «los rojos han destruido nuestras iglesias, pero antes nosotros habíamos destruido la Iglesia»[558].

Los sacerdotes que no murieron ni huyeron al extranjero fueron considerados simplemente como hombres que habían

escogido un oficio determinado, y no se les trataba de modo diferente a como se trata a un dentista, por ejemplo, o un abogado excepto en que no se les permitía ejercer ni llevar el uniforme de la sotana. Al sacerdote que había deshonrado su oficio y en el pasado, por ejemplo, nunca se había puesto un alzacuello limpio para ir al entierro de un pobre, pero siempre lo había hecho por un rico, era muy probable que lo mataran[559]. Hubo algunas excepciones a la matanza: por ejemplo, el obispo de Menorca permaneció en su palacio hasta el fin de la guerra, y el vicario general de Tarragona ejerció su ministerio en la cárcel durante toda la guerra[560].

Desde luego, el número de muertos entre los seglares fue muy superior al de los eclesiásticos. Cualquiera de quien se sospechara que sentía simpatía hacia el alzamiento nacionalista estaba en peligro. Al igual que entre los nacionalistas, las circunstancias irracionales de una guerra civil hacían imposible discernir qué era traición y qué no lo era. Morían personas ilustres, y a menudo sobrevivían personas indignas. En la Andalucía oriental, los camiones de la CNT llegaban a los pueblos y ordenaban a los alcaldes que entregaran a los fascistas de la localidad. A menudo los alcaldes tenían que decir que todos habían huido, pero muchas veces había alguien que informaba a los terroristas, diciéndoles cuáles de los ricos del pueblo seguían allí; entonces éstos eran detenidos y fusilados en un barranco próximo. En la mayoría de los casos, los muertos fueron labradores denunciados por personas que les debían dinero. Haber apoyado a la CEDA o ser miembro de la antigua policía catalana de la época de Martínez Anido, el Somatén, bastaba para ser fusilado en Sitges (Barcelona)[561]. Haber sido miembro de la Falange era fatal en casi todas partes, aunque muchos escaparon gracias a la negligencia o el arrepentimiento de quienes los habían detenido.

Probablemente algunos de los fusilados merecieron su destino: entre los ejecutados sumariamente se encontraron pistoleros como Ramón Sales, en Barcelona, e Inocencio Faced, en Atirante, considerados en todas partes los asesinos de los dirigentes anarquistas Seguí, Boal, Layret y otros, entre 1919 y 1923[562]. En las zonas rurales, a menudo la revolución consistió básicamente en el asesinato de los miembros de la clase alta o la burguesía. Y así, la descripción que hace Ernest Hemingway en su novela *Por quién doblan las campanas* de cómo los habitantes de un pequeño pueblo golpean primero a los hombres de la clase media y luego los arrojan por un precipicio se aproxima a la realidad de lo que ocurrió en la famosa ciudad andaluza de Ronda (aunque de lo ocurrido fuera responsable una banda de Málaga). Allí fueron asesinadas 512 personas el primer mes de la guerra[563]. En Guadix, un grupo de jóvenes terroristas de ideas más o menos anarquistas se apoderó de la ciudad y mató bastante indiscriminadamente durante cinco meses[564].

En las grandes ciudades, donde los enemigos potenciales eran más numerosos, se utilizaron procedimientos más sofisticados. Los partidos políticos de izquierdas crearon unos cuerpos de investigación que se enorgullecían de llamarse a sí mismos, siguiendo el modelo ruso, con el nombre de «checas». Solamente en Madrid, había varias docenas. Estos primeros días de la guerra civil en las ciudades republicanas se caracterizaron por la aparición de un verdadero laberinto de grupos diferentes, todos ellos con poder para decidir sobre la vida y la muerte, y cada uno responsable ante un partido, un departamento del Estado, o un simple individuo. Las diferentes checas a veces se consultaban unas a otras antes de llevar a sus víctimas a «dar un paseo». (El lenguaje procedía de Hollywood; un reflejo de la gran cantidad de cines construidos en tiempos

de Primo de Rivera). Pero no siempre se respetaba esta formalidad. Los interrogatorios de los sospechosos a menudo se desarrollaban entre insultos y amenazas. A veces, el jefe de la checa enseñaba al acusado un carnet a cierta distancia, para hacerle creer que se trataba de su carnet de afiliado a un partido hostil al Frente Popular. Las sentencias de muerte de estos «tribunales» se indicaban en los documentos correspondientes con la letra «**L**» de libertad seguida de un punto. Esto significaba que el prisionero debía ser ejecutado inmediatamente. De esta tarea se encargaban brigadas especiales, con frecuencia compuestas por antiguos delincuentes.

Quizá la checa más temida de Madrid era la conocida con el nombre de «la patrulla del amanecer», por la hora en que llevaba a cabo sus actividades. Pero no había mucha diferencia entre esta banda y la «brigada de investigación criminal», dirigida por un antiguo impresor y exdirigente juvenil comunista, Agapito García Atadell[565], quien, al parecer con el beneplácito de las autoridades, instaló su «checa antifascista» en un palacio de la Castellana. Ambos grupos utilizaron los archivos del ministerio de la Gobernación para facilitar su tarea persecutoria con los miembros de los partidos de derechas. (La Falange había destruido su lista de miembros; pero los carlistas y la UME no)[566].

En la inmensa mayoría de los casos, estos asesinatos afectaron a los «soldados rasos» de la derecha. A menudo, miembros de la clase obrera eran asesinados por sus propios compañeros que los acusaban de hipocresía, de haber sido demasiado obsequiosos con sus superiores, o sencillamente desconfiaban de ellos. Por ejemplo, en Altea, cerca de Alicante, el propietario de un café murió a hachazos a manos de un anarquista por haber cobrado demasiado por

los sellos y el vaso de vino que se veían obligados a tomar los compradores mientras esperaban los sellos[567]. La mayoría de los dirigentes políticos de derechas, así como los generales y otros que habían participado en el alzamiento, fueron encarcelados. Algunos de ellos, como el general López Ochoa, fueron arrancados de sus encierros, o incluso de hospitales, para ser fusilados. Otros, como los que fueron enviados a la Cárcel Modelo de Madrid, fueron bien tratados durante algún tiempo. En Barcelona, el 24 de julio fueron fusilados cuatro alemanes, todos ellos miembros del partido nazi, tras el saqueo del local del frente obrero alemán.

En medio del caos, hubo muchos arreglos de cuentas personales. En su diálogo imaginario escrito en 1937, *La velada en Benicarló*, Azaña presenta un médico amenazado de muerte y encarcelado simplemente por la denuncia de un hombre al que había operado sin mucha fortuna[568]. Un reo convicto que se libró de la cárcel común se presentó en el piso de un juez que le había condenado unos meses antes, lo mató en presencia de su familia, y huyó con los objetos de plata de la familia envueltos en una sábana[569]. También existieron muchos errores: en la lista de destinados a la muerte en Vendrell figuró, durante algún tiempo, el nombre del gran violoncelista Casals[570].

Durante estos momentos tan confusos, los hombres como el presidente de la República, Azaña (la ventana de cuyo dormitorio, en el Palacio Nacional, daba a la Casa de Campo, donde se estaban cometiendo tantos asesinatos), no podían dormir tranquilos por las noches. Aunque no podían controlar las matanzas, como representantes del gobierno eran responsables de ellas. Al no dimitir, difícilmente podrían esperar que no se les culpara. Parece ser que algunos socialistas e incluso republicanos de izquierdas, además de los comunistas y anarquistas, inspiraron muchas

detenciones e «investigaciones» que no eran verdaderamente necesarias para el objetivo último de ganar la guerra. Además, varios de los organizadores de las checas pasaron a ocupar puestos de responsabilidad en la policía de la República una vez restaurado el orden[571]. No obstante, muchos otros, movidos por sentimientos personales más que políticos (entre éstos se contaban desde Companys hasta «la Pasionaria»), se preocuparon de intervenir a favor de probables víctimas de la violencia. Companys salvó al cardenal arzobispo de Tarragona, detenido por milicianos anarquistas en el monasterio de Poblet, mientras que el obispo de Gerona y muchos sacerdotes y miembros de la *Lliga catalana* fueron salvados por Ventura Gassol (el consejero catalán de cultura). Azaña salvó a los monjes de su antiguo colegio, en el monasterio agustino de El Escorial. «La Pasionaria», en Madrid, salvó a muchas monjas de las iras de la FAI. Galarza, aunque era débil como ministro de la Gobernación, salvó al presidente de la asociación de estudiantes católicos, Joaquín Ruiz Giménez[572]. Juan Negrín, diputado socialista y profesor de fisiología, salvó a muchas personas en Madrid. Los dirigentes anarquistas criticaron la violencia, e intentaron contenerla en el espacio de irnos días. A partir del 25 de julio, la CNT y la FAI lanzaron una serie de protestas contra la violencia ilegal. El 30 de julio, Federica Montseny, la dirigente anarquista, escribió tristemente:

> «Hemos confirmado algo que ya sabíamos en teoría: que la revolución es una fuerza destructora y ciega, grandiosa y bárbara, en la que actúan, formidablemente, fuerzas incontroladas e incontrolables… En el fragor del combate en la furia ciega de la tormenta ¡cuántas cosas también naufragan!… Los hombres no son mejores ni peores de como los hemos visto… Sus vicios y sus virtudes se manifiestan surgiendo del fondo de los tahúres la honradez dormida y de lo más hondo de los hombres honrados el apetito voraz, la sed del exterminio, el afán de sangre, que parecía más que imposible»[573].

Todavía con más fuerza, Juan Peiró, miembro de la CNT desde hacía mucho tiempo, lanzó un elocuente y sincero

ataque contra aquellos que «han derramado sangre por el puro gusto de derramarla, porque podían matar impunemente… muchos muertos han sido fusilados por venganzas personales […]. En el pueblo en rebelión se han infiltrado elementos amorales que roban y asesinan profesionalmente […]. Muchos de los que realizan expropiaciones no han tenido otro interés que el de apoderarse del dinero y las propiedades de otras personas»[574].

A pesar de todo, nadie defendió al concejal catalán de orden público Frederic Escofet, que fue destituido por haber ayudado a huir a Francia a algunos religiosos. No obstante, el gobierno castigó a unos cuantos comités del Frente Popular por crímenes cometidos, y el capitán miliciano Luís Bonilla y los dirigentes anarquistas de Vallvidrera y Molins de Llobregat fueron igualmente ejecutados por sus crímenes.

Lo mismo que José Olmeda Medina, que había robado cadáveres de la iglesia del Carmen, en Madrid. El periódico anarquista (castellano) *Campo Libre* comentaba en agosto de 1937: «Los instintos criminales de elementos incontrolados (en el pueblo de Cabañas de Yepes, Toledo) […] creyeron que la revolución era una cuestión de saqueo y gamberrismo, y, en los primeros días del movimiento (los anarquistas usaban la misma palabra que los nacionalistas para referirse a la revolución de julio), actuaron cobardemente contra aquellos cuya única culpa era la de ser desgraciados». Gran parte de la responsabilidad debe atribuirse —y esto es reconocido generalmente— al impotente ministro de la Gobernación, general Pozas, al horrorizado director general de Seguridad, Alonso Mallol, y al incompetente ministro de Justicia, Manuel Blasco Garzón. Los ministerios y departamentos presididos por estos caballeros se refugiaron en la negativa de que se hubieran

cometido crímenes, diciendo que los muertos habían sido asesinados por fascistas, y aprobando implícitamente algunas, de estas acciones al ascender a continuación a quienes habían sido directamente responsables de las mismas.

¿Quiénes fueron los asesinos? Sin duda, muchos más de los que se piensa eran criminales, liberados inesperadamente de la cárcel; muchos eran pobres chicos alocados sin conciencia y sin ideología; probablemente la mayoría eran adolescentes. Muchos pertenecían al tipo de carniceros que aparecen en todas las revoluciones, por ejemplo, el antiguo sacristán que se dedicó a matar sacerdotes en 1936, y más tarde, en 1939, denunció a sus compañeros asesinos y se entregó a la matanza de republicanos[575]. Pero las juventudes socialistas-comunistas desempeñaron mucho papel en todo esto, quizá tanto como los anarquistas. En Santander, por ejemplo, un falangista que se alistó secretamente en la CNT declaró más tarde que allí los encargados de las ejecuciones eran los jóvenes socialistas y comunistas, «provistos de enseñas y distintivos anarquistas para que se echaran las culpas a la CNT y la FAI»[576]. Por otra parte, el mismo falangista reconocía que él y algunos otros amigos de ideas análogas a las suyas habían sido responsables de muchos de los fusilamientos «rojos» en Santander[577].

En Andalucía, las bandas asesinas generalmente venían de fuera de los pueblos donde se producían los asesinatos. Estas bandas llegaban en camiones, armadas con fusiles ametralladores y «obligaban a los pueblos a entregar a sus reaccionarios»[578]. En Jaén, los anarquistas acabaron con las matanzas indiscriminadas, y a menudo las bandas asesinas estaban formadas por gentes sin verdaderas convicciones políticas[579]. Pero también a menudo los anarquistas mataban como si fueran místicos, resueltos a aplastar para

siempre las cosas materiales de este mundo, todos los signos externos de un pasado burgués, corrompido e hipócrita. Cuando gritaban «¡Viva la libertad!» y «¡Muera el fascismo!», mientras moría algún administrador injusto, expresaban hondas pasiones de temible sinceridad. Muchos de los detenidos en Barcelona eran llevados cuarenta kilómetros a lo largo de la costa para ser fusilados frente a la maravillosa bahía de Sitges.

Los que iban a morir pasaban sus últimos momentos sobre la Tierra contemplando el soberbio espectáculo del amanecer en el mar Mediterráneo. Parecía como si sus asesinos les dijeran: «Mirad lo hermosa que podría haber sido la vida si no hubierais sido unos burgueses, y os hubierais levantado temprano, viendo el amanecer más a menudo, como hacen los obreros».

Aunque en la España rebelde hubo muchas muertes arbitrarias, la idea de la limpieza del país para eliminar los males que se habían apoderado de él era una política disciplinada de las nuevas autoridades y formaba parte de su programa de regeneración. En la España republicana, la mayoría de las muertes fueron consecuencia de la anarquía, resultado de un colapso nacional, y no obra del Estado, aunque algunos partidos políticos, en algunas ciudades, consintieron las enormidades, y aunque algunos de los responsables últimos ascendieron a posiciones de autoridad. Además, los ataques aéreos provocaban odios y fueron responsables de muchas muertes en represalia. Igualmente, la voz de Queipo de Llano a través de la radio infundía pavor y provocó la muerte de muchos de sus partidarios en territorio republicano. En ambos bandos, la mayoría de los asesinatos fueron cometidos por hombres menores de veinticuatro años de edad.

Las atrocidades cometidas tras las líneas «republicanas» y «nacionalistas» al principio de la guerra civil eran parte del mismo fenómeno que, a partir de 1931, había endurecido la política española llevándola a excluir el compromiso; este extremismo político había desembocado en la violencia, la ilegalidad y la intolerancia antes de julio de 1936.

La forma como se llevó a cabo la rebelión militar, y la forma en que respondió a ella el gobierno en las primeras horas provocaron un desenfreno que no se había visto en Europa desde la guerra de los Treinta Años. En una zona, se fusilaba a maestros de escuela y se quemaban casas del pueblo; en la otra, se fusilaba a sacerdotes y se quemaban iglesias. La consecuencia psicológica de este desenfreno fue que las dos partes en litigio se vieron dominadas por el odio y el miedo: «Odio destilado lentamente durante años, en el corazón de los desposeídos. Odió de los soberbios, poco dispuestos a soportar la "insolencia" de los humildes. Odio de las ideologías contrapuestas, especie de odio teológico, con que pretenden justificarse la intolerancia y el fanatismo. Una parte del país odiaba a la otra, y la temía»[580].

De ahí que no hubiera ninguna oportunidad para una tregua de compromiso, y de ahí que, con la excepción de los pesimistas (como Azaña) y de unos pocos neutrales (como Madariaga), nadie comprendiera la actitud del enemigo. Hubo innumerables ejemplos de heroísmo e incontables casos de brutalidad. Las dos cosas parecían yuxtapuestas. Quizás el caso del general Batet, jefe de la 6.ª División, en Burgos, es especialmente significativo: había arrestado a Companys por rebelión en 1934, y él fue arrestado por sus propias tropas, por negarse a rebelarse, en 1936. Tenía entonces sesenta y cuatro años y, después de pasar siete meses en la cárcel, en 1937 fue fusilado junto con su ayudante, igualmente inocente. Queipo de Llano y

Cabanellas suplicaron a Franco que lo indultara, pero fue en vano. Batet dijo al pelotón de ejecución las siguientes palabras: «Soldados, cumplid un deber sin que ello origine vuestro remordimiento en el mañana. Como acto de disciplina debéis disparar, obedeciendo la voz de mando. Hacedlo al corazón; os lo pide vuestro general que no necesita perdonaros porque no comete ninguna falta el que obra cumpliendo órdenes de sus superiores»[581]. Batet «supo morir» como un español. Y otros muchos también.

17

El carácter de la España nacionalista

La dirección de los nacionalistas fue conferida, el 24 de julio, a una junta establecida en Burgos bajo la presidencia del barbudo general Cabanellas, el que estaba al mando de Zaragoza. Mola le dio este puesto para apaciguarlo, más que para enaltecerlo. Era el general más antiguo, el único general de división en activo que se sumó a la rebelión: Mola, técnicamente, era un simple general de brigada. Mola consultó a los monárquicos Goicoechea y conde de Vallellano, antes de constituir la junta de Burgos, pero no a Franco[582], ni a los dirigentes carlistas, ni a los falangistas. Mola deseaba que formaran parte de la junta algunas personas no militares, pero no surgió ningún nombre que contara con la general aceptación. Goicoechea instó a Mola a que formara una junta a toda costa: «Aunque sea una junta de coroneles, forme una junta inmediatamente, mi general»[583]. La junta se compuso, al principio, sólo con los jefes del alzamiento en la península: los generales Mola, Saliquet, Ponte y Dávila, así como dos ayudantes de Dávila, los coroneles Montaner y Moreno Calderón. Franco no ingresó en ella hasta principios de agosto. En la península, Franco se estaba convirtiendo en un mito. Se hablaba de él constantemente, pero nadie parecía saber dónde estaba[584]. Al principio del alzamiento, los partes oficiales nacionalistas eran muy optimistas. Decían que Franco ya había llegado a la península, y que Mola estaba a las puertas de Madrid.

Pero luego las noticias se fueron haciendo vagas. La gente decía que Franco lo estaba organizando todo con tal grado de perfección que la derrota resultaría imposible[585]. Mola, en realidad, no estableció contacto con Franco hasta el 21 de julio, fecha en que envió a Marruecos un emisario por vía aérea: el capitán Ángel Salas Larrazábal[586].

Mola inauguró la junta. Entre el ensordecedor resonar de todas las campanas de Burgos, el astuto general gritó roncamente desde un balcón de la plaza Mayor: «¡Españoles! ¡Burgaleses! El gobierno que era el desgraciado bastardo nacido del concubinato liberal y socialista ha muerto a las manos de vuestro valeroso ejército. España, la verdadera España, ha derribado al dragón, que ahora está caído de cara al suelo y mordiendo el polvo. Yo volveré ahora a ponerme en mi puesto al frente de las tropas, y, antes de mucho tiempo, dos enseñas, el sagrado emblema de la cruz y nuestra gloriosa bandera, ondearán juntas sobre Madrid»[587].

Entonces, la junta celebró su primera reunión, reconoció la existencia de dos ejércitos en la España rebelde: uno en el norte, bajo el mando de Mola, y otro en el sur (incluido Marruecos), bajo el mando de Franco, y se trasladó a una discreta mesa de café del Casino. Después de esto, Cabanellas y los dos coroneles formaron una secretaría para dar a la España nacionalista las directrices administrativas que fueran necesarias. Las tareas de gobierno se hacían difíciles tanto por la falta de funcionarios como por la carencia de documentos. Pero la necesidad de funcionarios se cubrió mediante el servicio voluntario de miembros de la clase media. En cuanto a la falta de documentos, quedaba compensada por una simple adhesión a las bien probadas normas de la ley marcial. Además, la mayoría de los jueces, procuradores y policías se limitaron a continuar ejerciendo su profesión sometidos a la junta rebelde, anulando, si era

necesario, todas las concesiones al cambio hechas durante la República. En realidad, Cabanellas y su junta eran figuras decorativas, lo mismo que Giral, Azaña y Companys. Mola era quien, en la práctica, gobernaba el norte de España, desde El Ferrol hasta Zaragoza y desde los Pirineos hasta Ávila. Franco controlaba Marruecos y las Canarias. Queipo de Llano dominaba la Andalucía nacionalista. Se hizo famoso en toda España por sus emisiones de radio nocturnas, llenas de absurdas obscenidades, de amenazas de muerte para las familias de los «rojos» de la escuadra republicana, de alardes sobre la terrible potencia sexual de los regulares, y de promesas de matar a «diez canallas marxistas» por cada rebelde muerto. Reunió en torno a él un corrillo de falangistas, carlistas sevillanos, ganaderos de reses bravas y cosechadores de jerez, junto con el torero «el Algabeño», que se convirtió en su ayudante. En el norte, Mola hablaba de vez en cuando por radio Navarra, radio Castilla, o radio Zaragoza, reservando su odio de modo especial para Azaña, «monstruo que más parece la absurda invención de un Frankenstein doblemente loco que el fruto del amor de una mujer. Azaña debiera ser encerrado en una jaula, de manera que los mejores especialistas del cerebro pudieran estudiar el caso más interesante de degeneración mental de toda la historia»[588]. Las huelgas generales declaradas por todas las organizaciones de trabajadores habían finalizado, por lo general, fusilando a los dirigentes de las huelgas y a los líderes de la UGT y la CNT, como ocurrió en Zaragoza[589]. Se permitió el mantenimiento de la reforma agraria de la República siempre que hubiera sido anterior a febrero de 1936; pero todo lo que había hecho el Frente Popular fue abolido, excepto en Extremadura, donde se permitió a algunos yunteros, que habían recibido unas concesiones en la primavera de 1936, que conservaran sus

tierras durante un año o dos más, aunque con la obligación de devolverlas después[590].

Bajo el gobierno militar, la Falange estaba desorganizada. José Antonio, Ledesma, Ruiz de Alda y la mayoría de los restantes dirigentes conocidos estaban en las cárceles republicanas. A Redondo lo mataron en los primeros días de la guerra, en una emboscada cerca del Guadarrama. Los dirigentes locales que sobrevivieron, y que generalmente salían de la cárcel donde habían pasado las últimas semanas de vida de la República, no estaban muy bien situados a nivel nacional, Durante el mes siguiente, los antiguos militantes actuaron más como una policía política que como un partido político. Es cierto que algunos miembros de la Falange organizaron columnas de voluntarios, pero eran más indisciplinados qué los carlistas, y se encontraron metidos en la organización burocrática, sirviendo en hospitales, llevando a cabo detenciones y ejecuciones y combatiendo: tenían poco tiempo para asegurarse puestos políticos clave en el nuevo orden, al lado de los generales[591]. Algunos falangistas recorrieron el campo con bandas de seguidores, fusilando a la gente que no merecía su aprobación, y después se presentaron voluntarios para entrar en alguna de las columnas ya establecidas. Estas acciones eran deploradas, más de lo que a veces puede parecer, pero también eran perdonadas. Un representante alemán, Eberhard Messerschmitt, que recorrió la España nacionalista en agosto, se quejaba de que la Falange no tenía verdaderos objetivos ni ideas. Parecían simplemente «jóvenes a los que divierte jugar con armas de fuego y perseguir a los comunistas y los socialistas»[592]. Las calles de la España nacionalista solían ser recorridas por patrullas de falangistas que saludaban brazo en alto al estilo fascista, detenían a personas sospechosas, pedían la documentación y

gritaban «¡Arriba España!» a la primera oportunidad. Pero después de cierto tiempo cambiaron las cosas. Todos los antiguos partidos políticos estaban desacreditados. Los carlistas sólo atraían a los ultraconservadores. Muchos jóvenes de las JAP habían participado en las luchas del 18 de julio y ahora cambiaron alegremente sus camisas verdes por las azules, pasándose en masa a la Falange. Aunque Mola invitó a Gil Robles a regresar a España, éste delegó sus responsabilidades en una «junta de mando de las milicias» y se retiró de la política. «Autorizó» a sus seguidores a sumarse al ejército, como reclutas normales, y les dijo que evitaran participar en las fuerzas de represión. Por lo general, siguieron sus instrucciones; aunque ya las habían previsto. Él se quedó en Portugal[593]. Lerroux, que huyó de Madrid a tiempo, declaró su apoyo al alzamiento, pero también se retiró de la política activa. La masa de la clase media no militar empezó a ver a la Falange como su forma de identificarse con la «Cruzada». Estos nuevos afiliados no tardaron en sobrepasar y anular a los antiguos supervivientes. Casi ninguno de ellos sabía nada de ideología. Sabían que la Falange estaba contra los «rojos». ¿Qué otra cosa importaba? Así pues, en julio, en Sevilla, se afiliaron a la Falange 2000 personas en veinticuatro horas[594].

En Sevilla, el vistoso retrato de Queipo de Llano podía verse en toda la ciudad. Al cabo de unos días, también se podía ver por todas partes la fotografía de Franco. En las tiendas vendían emblemas patrióticos. Los carteles de Falange cubrían fachadas enteras de los edificios. «La Falange te llama», decían. «Ahora o nunca. No hay término medio: con nosotros o contra nosotros». Los carteles carlistas también eran grandes, y no sólo en Navarra. «Nuestra bandera es la única bandera», anunciaban. «La

bandera de España. ¡Siempre la misma!». Todavía estaba pendiente la cuestión de la bandera que habían de usar los rebeldes. Éste seguía siendo su problema político más importante. En Burgos, cuando Mola había llegado el 21 de julio, las banderas de los balcones eran todas rojo y gualda, como la bandera de la monarquía: esto lo había conseguido Eugenio Vegas Latapié. Sin embargo, cuando se fue Mola, insistió en que las quitaran todas[595]. La clase obrera en la España nacionalista estaba acobardada, y con razón. En un decreto del 23 de julio, por ejemplo, Queipo incluía la resistencia pasiva entre los delitos graves. Muchos de los que antes habían pertenecido a algún partido obrero se ponían el salvavidas, como llamaba Queipo a la camisa azul de la Falange, para conseguir protección. En varios casos, estos chaqueteros políticos fueron descubiertos y más tarde castigados, a veces con la muerte[596]. Otros fueron enviados al frente con batallones de choque.

Para establecer la nueva sociedad, los nacionalistas necesitaban el apoyo de la Iglesia, cosa que consiguieron, a excepción de la Iglesia vasca. Franco empezó a hablar de Dios y de la Iglesia con el mismo tono reverente que hasta entonces había reservado para los regimientos y los cuarteles[597]. A pesar de todo, así como había algunos sacerdotes y religiosos que apoyaban a la República aunque hubieran matado a tantos hermanos suyos, también había eclesiásticos que sentían náuseas ante los asesinatos a sangre fría que se estaban cometiendo en la España nacionalista en nombre de Cristo. Por ejemplo, dos padres del Corazón de María de Sevilla se quejaron a Queipo de Llano por la ejecución de tantas personas inocentes. El párroco del pueblo andaluz de Carmona fue asesinado por unos falangistas porque protestaba ante sus ejecuciones[598]. Lo mismo ocurrió con dos franciscanos fusilados en Burgos

y Rioja. Cuando, más tarde, las fuerzas de Mola entraron en Oyarzun (Guipúzcoa), un vicario, Eustaquio de Uriarte, fue obligado a escribir mil veces «Viva España» para reparar una supuesta actitud tibia que había tenido respecto al alzamiento[599].

Entre la jerarquía, sólo el arzobispo de Tarragona, doctor Vidal y Barraquer, y (en menor medida) el doctor Mateo Múgica, obispo de Vitoria (cuya diócesis estaba en la más meridional de las provincias vascas), se mostraron reacios a prestar plenamente su apoyo al «movimiento». Vidal y Barraquer escapó de la Cataluña revolucionaria y huyó al extranjero. El obispo de Vitoria apoyó el alzamiento al principio, pero cambió de actitud ante los fusilamientos de Navarra. Al final, también saldría de España, oficialmente para proteger su vida contra los ataques de los falangistas, pero en realidad porque era inaceptable en el territorio nacionalista[600]. El primado, cardenal Gomá, arzobispo de Toledo, tardó en dar su pleno apoyo al movimiento, aunque el comienzo de la guerra le cogió en Pamplona; no se mostró plenamente convencido hasta la liberación de Toledo (a finales de septiembre)[601]. Monseñor Marcelino Olaechea, obispo de Pamplona, en una ceremonia celebrada en la ciudad el 25 de agosto, exclamó generosamente: «No más sangre, hijos míos, no más castigos sangrientos. La sangre derramada en los campos de batalla ya es suficiente»[602]. También se negó, en una ocasión, a bendecir a una columna de falangistas que partían para el frente, porque iban a matar a sus hermanos trabajadores[603]. Mientras tanto, tan pronto como se inició la guerra, los falangistas, como partido, empezaron a dar muestras de un fervor religioso que no había caracterizado a su política anterior. Los falangistas empezaron automáticamente a ir a misa, confesarse y comulgar. Los propagandistas empezaron a

presentar al falangista ideal como mitad monje y mitad soldado. La mujer ideal falangista era descrita como una mezcla de Santa Teresa e Isabel la Católica[604]. Entretanto, obispos, canónigos y sacerdotes imploraban diariamente la protección de la Virgen para las tropas nacionalistas, pidiéndole que les concediera una rápida entrada en Madrid[605]. En realidad, la España nacionalista parecía estarse convirtiendo en una inmensa iglesia, llena de imágenes y pasiones fantásticas, estandartes, reliquias y comulgante de la clase media. Algunos sacerdotes incluso lucharon con las fuerzas nacionalistas. El párroco de Zafra (Extremadura) se hizo famoso por su brutalidad[606]. Otros sacerdotes, como el fanático fray Fermín Yzurdiaga, de Pamplona, miembro de la Falange desde 1934, actuaron por su cuenta. Yzurdiaga fue durante un tiempo jefe del departamento de propaganda en el cuartel general nacionalista.

Los rebeldes necesitaban mucho dinero, y la Iglesia también. Sus dirigente lo pedían por radio, en discursos públicos y en los periódicos. Juan March, cuya fortuna estaba en el extranjero, les había proporcionado créditos, y éstos ayudaban para comprar armas en el extranjero, pero se necesitaba mucho más. Al cuartel general nacionalista llegó un aluvión de joyas, piedras preciosas y donaciones grandes y pequeñas de dinero y propiedades. La necesidad constante de más dinero explica la impetuosidad de los discursos y la propaganda: la gente reacia a ayudar al general Cabanellas o al general Mola no podía negarse a colaborar con el bando del Cid, de Isabel y Fernando y de la Virgen del Pilar. Así llegaron a Pamplona veinte mil frascos de mermelada, mil capas de lana, miles de botas, cascos, automóviles y camiones a centenares, o de uno en uno[607]. El apoyo de la clase media al «movimiento salvador» era incuestionable.

Las ciudades de la España nacionalista, con la llegada de la guerra, despertaron de un sueño de siglos: las bandas, los tambores, las banderas, los mítines, los discursos radiofónicos sostenían a los rebeldes, como si la guerra fuera una fiesta continua, en la que serían «exterminados» los «marxistas» en vez de los toros. Los altavoces repetían antiguas canciones como *El novio de la muerte* o *Los voluntarios*. Entretanto los gobernadores militares locales tenían poder para requisar autobuses, taxis, automóviles privados e incluso casas particulares. La mayoría de los edificios públicos fueron ocupados, incluidos todos los locales de los partidos de izquierdas. En algunos sitios se obligó a hacer contribuciones al «movimiento», y en otros se investigaron las cuentas corrientes. Los salarios y los precios estaban controlados, generalmente de acuerdo con el nivel de febrero de 1936 (mucho más favorables a los patronos que en julio), y uno de los primeros decretos de Queipo de Llano fue el de aumentar la semana laboral en las minas de cobre de Riotinto a cuarenta y ocho horas. Se abrieron listas de suscripciones para contribuir a los gastos de la guerra. Además Queipo de Llano garantizó la continuidad de las exportaciones de vino, aceite y fruta, complaciendo así a la importante comunidad anglo-andaluza, y estableció buenas relaciones con los negociantes portugueses. En la zona de Mola existían menos reglas que en la de Queipo, pero en el norte se crearon, en agosto, una serie especial de comités (Comisiones Provinciales de Clasificación) para investigar la situación económica. Estas comisiones se convertirían más adelante en un cuerpo estatal público (la Comisión de Industria y Comercio). Tal era el carácter de la nueva España en los primeros días de lo que se llamaría la «Era azul», por el color falangista, o el «Primer año del Movimiento».

18

La revolución en la España republicana

Al apagarse los primeros desenfrenados entusiasmos ante la victoria sobre el alzamiento, Madrid se convirtió en una ciudad tan belicosa como revolucionaria. Las calles estaban llenas de milicianos vestidos con monos azules, prenda que se convertiría en una especie de uniforme de los ejércitos republicanos en el frente de Madrid. Los fusiles se llevaban (mejor dicho, se desperdiciaban) como símbolos revolucionarios. Muchos consideraban que esto era alentador; pero Azaña no. Él consideraba «amenazadora» esta confusión de «frivolidad y heroísmo, de batallas verdaderas y desfiles inofensivos». «La población exhibía la uniformidad nueva del desaliño, la suciedad y el harapo; —y añadía— la raza parecía más morena, porque los jóvenes guerreros se dejaban la barba, casi siempre negra, y los rostros se ensombrecían»[608]. La clase media prescindió de sombreros, corbatas y cuellos, en un esfuerzo para parecer proletaria en una ciudad donde, en otros tiempos, habría sido una ofensa pasear sin corbata o chaqueta. Cientos de muchachas trabajadoras recorrían las calles pidiendo dinero, en particular para el Socorro Rojo Internacional del Komintern. Constantemente, unos altavoces muy optimistas anunciaban victorias en todos los frentes; «heroicos» coroneles e «indómitos» comandantes aparecían brevemente en la prensa republicana, y luego se desvanecían en el olvido. Los cafés, los cines y los teatros estaban llenos;

se celebraron unas cuantas corridas de toros, en las que los alguaciles saludaban con el puño cerrado y los toreros llevaban boina en vez de montera[609].

La UGT fue la que, en realidad, se hizo con la autoridad en Madrid, ya que tenía a su cargo el abastecimiento de alimentos y los servicios esenciales. Los funcionarios, en muchos casos, eran hostiles a la causa para la que estaban trabajando, y fueron perdiendo importancia en sus funciones; lo mismo, en realidad, que ocurrió con el propio gobierno de Giral. Hubo purgas de funcionarios, pero muchas personas potencialmente desleales conservaron sus puestos. La UGT trabajaba en relativa armonía con la CNT, su antigua enemiga, aunque la huelga de la construcción, causa de sus últimas rivalidades, no se resolvió hasta principios de agosto, y a pesar de que surgieron algunos incidentes violentos: un joven comunista, Barzona, fue asesinado por la CNT en julio[610]. Sin embargo, un cartel muy popular mostraba a dos milicianos muertos, uno de la CNT y el otro de la UGT, cuya sangre se mezclaba en un charco común. No obstante, la CNT, que ya se había extendido mucho por Madrid a principios de 1936, tuvo muchos nuevos afiliados en estos primeros días de la revolución: su prensa diaria (por ejemplo, *Castilla Libre, CNT* y *Frente Libertario*) gozó de enorme difusión[611].

Detrás de la UGT, se vislumbraba al Partido Comunista. La habilidad de la propaganda y la táctica política de que dieron muestras sus dirigentes fue la principal razón de los éxitos comunistas, aunque la hostilidad entre los grupos de Largo Caballero y de Prieto en el seno del Partido Socialista les favoreció mucho[612]. La propaganda comunista, dirigida por Jesús Hernández y Antonio Mije, se concentraba en dos temas: una política social moderada y no revolucionaria, y la identificación de la resistencia contra el alzamiento con la

resistencia del pueblo español, en 1808, contra Napoleón. El periódico comunista *Mundo Obrero* hablaba del combate como si estuviera motivado exclusivamente por el deseo de defender a la República democrática.

Muy diferente era *Claridad*, el periódico de ideal socialista, que, más o menos por las mismas fechas, anunciaba que «el pueblo ya no estaba luchando por la España del 16 de julio»[613]. Sin embargo, las juventudes socialistas-comunistas unificadas, y dirigidas por Santiago Carrillo, para entonces ya estaban comunistizadas[614]. Las divisiones de los socialistas y las dificultades intelectuales con que se encontraban los anarquistas (no podían colectivizar el Estado) dieron pie a que aumentara progresivamente la influencia comunista en la capital.

La revolución que presidía la UGT, al principio, no pareció muy avanzada. Sólo se expropiaron las industrias y las casas de cuyos propietarios se sabía que habían apoyado a los nacionalistas. Esto supuso, sin embargo, la apropiación forzosa de miles de cuentas bancarias e innumerables confiscaciones de residencias, joyas y artículos de valor privados[615].

Las juventudes socialistas-comunistas establecieron su central en la Gran Peña, el famoso club conservador de la Gran Vía; el hotel Ritz se convirtió en hospital militar, y el hotel Palace en refugio para niños abandonados. Los periódicos de derechas fueron incautados por sus rivales de izquierdas[616]. Todas las industrias relacionadas con la producción de material de guerra también fueron requisadas, nominalmente por el ministerio de la Guerra, pero de hecho por comités de trabajadores. Más adelante, los directores de otras empresas pidieron ellos mismos la formación de esta clase de comités, para compartir las

responsabilidades y así evitar, tal vez, peores consecuencias. Pero, en agosto, sólo una tercera parte de la industria de Madrid estaba controlada por el Estado, a pesar de todo. Los bancos no fueron incautados, aunque funcionaron bajo la supervisión del ministerio de Hacienda. Hubo una moratoria para las deudas y una limitación de las cantidades que se podían retirar de las cuentas corrientes, pero, aparte de esto, la actividad de los bancos continuó normalmente. Otra medida financiera consistió en la reducción de todas las rentas en un 50%.[617] Aparte de los asesinatos nocturnos, y de la consiguiente aparición de cadáveres en la Casa de Campo, los signos externos más obvios de la revolución en Madrid eran los restaurantes colectivos organizados por los sindicatos. En ellos se repartían los alimentos que requisaban los sindicatos a su llegada de las zonas agrícolas de Levante. En estos restaurantes, se servía un plato barato pero abundante de arroz y patatas guisadas con carne, en cantidades prácticamente ilimitadas[618]. Pero escaseaba el pan, consecuencia del dominio de los rebeldes sobre las llanuras trigueras del norte de Castilla. En estos restaurantes colectivos y, cada vez más, en los almacenes y en las tiendas, las comidas y los artículos se pagaban por medio de vales extendidos por los sindicatos. Al cabo de un tiempo, se empezaron a pagar cada vez más los sueldos en Madrid por medio de aquellos papeles. El dinero empezó a desaparecer, y los comerciantes sólo compraban los artículos que estaban seguros de que podrían vender. Este caos económico acabó resolviéndolo el ayuntamiento de Madrid, que se hizo cargo de la emisión de vales, y proporcionó los medios de subsistencia a las familias de los milicianos que pertenecían a las fuerzas de defensa de la República, a los parados y a los mendigos de Madrid. Pero muchos comerciantes perdieron dinero por aceptar aquellos prometedores vales cuyo

equivalente en metálico no cobraron nunca. Los milicianos empezaron a cobrar diez pesetas diarias (que les pagaban, en algunos casos, las fábricas donde habían trabajado, y en otros, el gobierno o los sindicatos)[619], cantidad que seguían pagando a sus familiares en caso de muerte. Esta paga, el triple de la paga que recibían los soldados antes de la guerra, los convertía en los soldados más ricos de Europa. Pero esto perjudicaba a la economía. Entretanto, grandes cantidades de refugiados atestaban las embajadas extranjeras en Madrid, sobre todo las latinoamericanas, y estas misiones diplomáticas, en muchos casos, usaron casas particulares para alojar a sus huéspedes: a veces, incluso, los que buscaban refugio se inventaron embajadas para ellos. Por ejemplo, un rico ingeniero, Alfonso Peña Boeuf, montó una embajada del Paraguay, que albergaba a trescientas personas en tres edificios, donde antes no había ninguna embajada[620].

Las ciudades y el campo de Castilla la Nueva, de la Extremadura republicana y de la Mancha estaban, al igual que la capital, dominadas por la UGT y por las juventudes socialistas-comunistas. Los anarquistas aumentaban de una semana para otra, y a lo largo de Castilla la Nueva hubo interesantes proyectos de colectivización. Las antiguas autoridades municipales, por lo general, continuaron sus actividades, acompañadas por los comités del Frente Popular. La expropiación de industrias y de pequeños negocios privados fue algo excepcional. Las tiendas e industrias, por ejemplo, de Talavera de la Reina, en el valle del Tajo, estaban llenas de carteles que anunciaban: «Aquí se trabaja colectivamente». Pero esto indicaba que se había llegado a un acuerdo con los obreros para repartir con ellos parte de los beneficios, y no que los trabajadores tuvieran el control de la industria. En el campo, en la Mancha tanto como en Castilla la Nueva, las grandes fincas fueron todas

confiscadas, y estaban dirigidas por la rama local de la UGT. Había numerosas colectividades, establecidas de acuerdo con los dictámenes anarquistas del congreso de mayo, pero no se crearon en todas partes, ni inmediatamente, ni en los pueblos donde existían colectividades, éstas solían ser la única unidad económica: se autorizó a personas privadas (principalmente gracias al apoyo de la UGT o de los comunistas) a continuar trabajando la tierra, y a proseguir con sus comercios, y, por lo menos teóricamente, todo el que había entrado a formar parte de una colectividad podía salirse de ella cuando lo deseara, llevándose consigo bienes por un valor equivalente a los que tenía cuando había entrado. Tanto la UGT como la CNT (aquí como en la mayoría de los lugares de la España revolucionaria) reconocían la superioridad de la colectivización sobre la distribución de la tierra, por razones económicas y sociales[621].

Más al sur, en Ciudad Real, la principal ciudad de la Mancha, sólo fue expropiada una industria, una central eléctrica. El mercado, las tiendas y los cafés seguían igual que antes. El sociólogo austriaco Franz Borkenau, que visitó esta zona en agosto, observó que, en una granja colectiva, el ganado parecía disfrutar de buena salud, el trigo se cosechaba a tiempo y se almacenaba en una capilla. Antes de la colectivización, los campesinos vivían en Ciudad Real y acudían a la finca para la cosecha. Ahora se habían instalado en la casa de los antiguos dueños. La comida, aunque no abundante, había mejorado. Antes de la guerra, estos mismos campesinos habían destrozado la maquinaria que había traído el propietario, porque suponían que estaba intentando disminuirles los jornales. Ahora, una trilladora que les llegó de Bilbao fue recibida con alegría y admiración[622]. La regla general para la colectivización era

que no podía poseerse más tierra que la que se pudiera cultivar sin necesidad de contratar mano de obra. La distribución de alimentos sólo podía hacerse a través del comité local. En unos lugares, se repartían gratuitamente tres litros de vino semanales, mientras en otros se distribuía el doble[623]. En algunos pueblos, colectivistas e individualistas convivían pacíficamente; en un pueblo podía haber dos cafés: uno adonde iban los campesinos-propietarios individuales, y otro frecuentado por los que trabajaban en la colectividad[624]. En algunos sitios, la iglesia se convirtió en almacén, pero en otros, era un lugar de reflexión tranquila[625].

La revolución que se inició en Barcelona en julio de 1936 se diferenció de la del centro de España en que fue primordialmente anarquista. Con una emisora de radio incautada, ocho diarios, e innumerables semanarios y publicaciones periódicas que trataban sobre todos los aspectos de la sociedad, y con constantes mítines públicos, el movimiento anarquista verdaderamente se había apoderado de Barcelona. Sólo en esta ciudad, había entonces 350 000 anarquistas. El verdadero órgano ejecutivo de Barcelona, y, por lo tanto, de Cataluña, era el Comité de Milicias Antifascistas, que se había formado el 21 de julio y en el cual, como hemos visto, la FAI y la CNT eran las fuerzas más influyentes. A las reuniones de este comité solían asistir varios representantes de la Generalitat[626]. Este comité intentó restablecer el orden público, organizar la producción y la distribución de alimentos y, al mismo tiempo, creó un ejército para defender Barcelona y «liberar» Zaragoza. Generalmente las reuniones del comité tenían lugar por la noche, dado que sus miembros estaban muy ocupados haciendo otras cosas durante el día. Entretanto, todas las grandes industrias de Barcelona habían pasado a manos de

la CNT: la CAMPSA, la Ford Iberia Motor Company, la compañía de obras públicas conocida con el nombre de Fomento de Obras y Construcciones…, todas estaban dirigidas por los anarquistas. Y lo mismo ocurría con los servicios básicos: agua, gas y electricidad. Así pues, Barcelona se convirtió en una ciudad proletaria como Madrid nunca llegó a ser. La expropiación era la norma general: hoteles, almacenes, bancos y fábricas fueron requisados o cerrados. En los requisados, se formaron comités directivos compuestos por antiguos técnicos y obreros[627]. Se colectivizó la distribución de alimentos, la pasteurización de la leche y hasta la producción de los pequeños artesanos. Los nuevos gerentes examinaban los libros de cuentas y quedaban fascinados. ¡Qué derroche, qué beneficios y qué corrupción ponían de relieve! Y entonces (como dijo un comité de trabajadores del metro de Barcelona) «nos lanzamos a la gran aventura»[628]. Teniendo en cuenta que la FAI y la CNT habían instalado su cuartel general en el gran edificio del *Foment del Treball* de estilo pseudogótico, era de esperar que la aventura funcionara bien.

Diez días después del alzamiento la mayoría de industrias ya estaban trabajando de nuevo. Los sindicatos anarquistas se encargaron de los servicios públicos y los obreros del ramo de la electricidad garantizaron la continuidad del suministro vigilando los embalses y las plantas hidroeléctricas de los Pirineos Orientales, que proporcionaban la energía eléctrica a Barcelona. Las sesenta líneas de tranvía de Barcelona pasaron a ser dirigidas por los 6500 anarquistas que trabajaban en ellas, y, poco después, funcionaban ya igual que antes del alzamiento. Así y todo, se logró una extraordinaria variedad de soluciones. En algunos sitios, se mantuvieron los antiguos salarios,

diferentes unos de otros; en otros, se estableció un nuevo salario uniforme. Los tranviarios de Barcelona buscaron una solución de compromiso, reduciendo a cuatro el número de salarios diferentes. Sin embargo, continuaron las diferencias para los técnicos y obreros especializados, y, aunque en las fábricas prósperas probablemente los obreros estaban mejor pagados que antes, en las pobres, a menudo siguieron tan mal pagados como antes. Si una fábrica tenía suficientes existencias y dinero en el momento de la revolución, se autofinanciaba; si no, no tardaba en venir a menos. Parecía más difícil de lo que había supuesto la gente organizar una fábrica siguiendo la línea anarquista si necesitaba materias primas procedentes de fuentes no controladas por los anarquistas. Si las materias primas procedían del extranjero (y la mayor parte del algodón que se usaba en las fábricas de Barcelona era procedente de Egipto), las fábricas tenían que negociar con los obreros portuarios socialistas e incluso con negociantes. Así pues, el compromiso, e incluso la centralización, empezaron ya en los primeros días de la revolución. Además, la falta de materias primas y la escasez de dinero abrieron las puertas a la intervención estatal. El gobierno catalán trató de regularizar las cosas reconociendo, en primer lugar, un comité de control de los trabajadores para cada gran fábrica, y nombrando, después, un delegado oficial para que formara parte de aquel comité; sin embargo, para empezar, el delegado solía ser también un trabajador, y no hacía gran cosa. La teoría anarquista no tenía prevista una situación en la que ellos se hicieran con el poder en algunas empresas, pero sin destruir el Estado ni a sus oponentes políticos. Los dictados de la guerra también tuvieron su papel: el 19 de julio, García Oliver ordenó a uno de sus camaradas anarquistas, Eugenio Vallejo, que creara una industria de guerra en una ciudad donde antes no

existía ninguna fábrica de armas. Evidentemente, el plan requería, desde el principio, la colaboración entre los anarquistas y otros movimientos políticos, aunque las industrias químicas y metalúrgicas que tendrían que fabricar armas estaban en manos de anarquistas. Aquí también intervino el gobierno catalán. (En octubre de 1936, la Generalitat controlaba 50 fábricas de éstas en Barcelona, y unas 75 fuera de la ciudad). Además se habían de resolver innumerables cuestiones con consejo técnico: ¿podría realmente reorganizarse una fábrica de pintalabios para hacer Vainas para balas? Por si fuera poco, los anarquistas tenían que colaborar con los bancos, que estaban controlados por la UGT[629], es decir, en la práctica, por los comunistas. Así pues, desde el principio de la guerra, los partidarios del concepto de gobierno —desde la *Esquerra* Catalana hasta los republicanos, socialistas y comunistas— fueron quienes controlaron el crédito, incluso en el reducto anarquista que era Barcelona. Debido a todas estas dificultades, la industria textil de Barcelona pronto empezó a trabajar sólo tres días por semana. Para superar esto, era deseable un esfuerzo nacional, organizado por un gobierno enérgico. Enfrentados a una situación sin precedentes, los anarquistas de Cataluña, que de repente se habían convertido en los amos de la industria, improvisaron varias soluciones provisionales; algunas funcionaron bien, pero el fracaso de las que no funcionaron señaló fallas imprevistas en la «Idea» anarquista.

Un ejemplo característico de lo ocurrido fue la colectivización de los cines de Barcelona: todos los cines fueron agrupados en una sola empresa, dirigida por un comité de diecisiete hombres, de los cuales dos eran elegidos por una asamblea general de trabajadores, y los quince restantes por trabajadores de los diferentes grupos

profesionales de aquella industria. Los miembros del comité recibían su sueldo normal, pero abandonaron su trabajo, dedicándose a la administración. Para despedir a alguien era necesaria la aprobación de las tres cuartas partes de la asamblea general de trabajadores. Se decretó un mes y medio de vacaciones anuales, incluidas dos semanas en invierno. En caso de enfermedad, el trabajador recibiría su paga completa, y los inválidos permanentes, el 75% de su antiguo salario. Los beneficios se destinarían a construir una escuela y una clínica[630].

La revolución en Barcelona tuvo también otros aspectos. Igual que en Madrid, no se veía a nadie vestido con ropa propia de la clase media. Llevar corbata era arriesgarse a ser detenido. *Solidaridad obrera* llegó a denunciar al ministro ruso de Asuntos Exteriores, Litvinov, tachándole de burgués, porque llevaba sombrero. (El sindicato de sombrereros, anarquista, hizo constar su protesta). Ardieron casi todas las 58 iglesias de Barcelona, excepto la catedral (preservada por orden de la Generalitat). Unas quedaron en ruinas, otras sólo resultaron dañadas. Se gastó una gran cantidad de valiosa gasolina en el intento de quemar la inacabada Sagrada Familia de Gaudí, sin tener en cuenta que era de cemento. A primeros de agosto, la excitación que pudiera haberse producido ante este tipo de escenas ya había desaparecido, y las brigadas de bomberos se encargaban de limitar cuidadosamente la destrucción. Se cerraron las escuelas religiosas: «La voluntad revolucionaria del pueblo ha suprimido la escuela de tendencia confesional. Es la hora de una nueva escuela, inspirada en los principios racionalistas del trabajo y de la fraternidad humana»[631].

Después del asesinato de Desiderio Trillas, presidente de los obreros portuarios de la UGT —probablemente muerto por los anarquistas—, la FAI y la CNT se sumaron a otros

partidos en la condena de los crímenes. Todos juntos amenazaron con la muerte a todo el que llevara a cabo fusilamientos y saqueos indiscriminados: «los bajos fondos de Barcelona están deshonrando la revolución». La FAI ordenó a sus miembros que vigilaran y «aplastaran a esa gentuza. Si no lo hacemos, los estafadores aplastarán la revolución deshonrándola»[632]. Incluso fueron fusilados varios destacados anarquistas, como José Gardeñas, de los obreros del ramo de la construcción de Barcelona, o Fernández, presidente del sindicato de la alimentación, «que fueron incapaces de superar un momento de confusión y de debilidad» y habían matado a un hombre y una mujer que años atrás los habían denunciado a la policía[633]. Pero por las noches continuaban oyéndose disparos en la carretera que va de Barcelona a la montaña del Tibidabo. Continuaban las detenciones de «fascistas». En los primeros días de la revolución, un conocido diputado y abogado de extrema izquierda, pero independiente, Ángel Samblancat, había irrumpido en el palacio de Justicia a la cabeza de un grupo de milicianos de la CNT-FAI, habían arrojado por la ventana documentos legales, contratos, arrendamientos y crucifijos, y habían matado a muchos abogados y jueces. Sin embargo, poco después, Samblancat instaló un comité de justicia revolucionario, cuyo primer acto fue hacer volver a los funcionarios y secretarios de los tribunales.

El dominio de los anarquistas en Cataluña los situó en una relación incómoda con el gobierno catalán en lo que Azaña describiría como «un complot para anular al Estado español». El avance de las milicias de Barcelona, encabezadas por los anarquistas, hacia Aragón, podía considerarse como una defensa responsable del gobierno central. Pero se había llevado a cabo sin discutirlo previamente con el ministerio de la Guerra, en Madrid.

Hubo otros cambios: ante la debilidad demostrada por el gobierno de Madrid, la Generalitat pudo hacerse cargo, sin protestas, de los puestos aduaneros y fronterizos, los ferrocarriles y los puertos, los servicios de seguridad en las plantas hidroeléctricas, la fortaleza de Montjuich y el banco de España; incluso con derecho a acuñar moneda y a conceder indultos. Según el Estatuto Catalán, todos estos poderes pertenecían a España. Ahora, con el pretexto de que corrían el peligro de caer en manos de la FAI, la Generalitat se hizo cargo de ellos. La universidad de Barcelona fue rebautizada con el nombre de universidad de Cataluña. La Generalitat, en palabras de Azaña, «se aprovechó de la rebelión militar para acabar con el poder del Estado en Cataluña y luego intentó explicarlo todo diciendo que el Estado no existía»[634]. Un político de la *Esquerra*, José Tarradellas, pensaba que, ya que Cataluña había podido defenderse contra el alzamiento militar por sí sola, podía lavarse las manos respecto a España[635].

El 9 de agosto, en el teatro Olimpia, de Barcelona, se celebró una reunión masiva anarquista para protestar contra el llamamiento a filas de las quintas de 1933 y 1934 que había hecho el gobierno de Madrid, para que sirvieran a las órdenes de oficiales del ejército. «No podemos convertirnos en soldados uniformados. Queremos ser milicianos de la libertad. Estamos dispuestos a ir al frente, pero no a los cuarteles como soldados no pertenecientes a las fuerzas populares»[636]. Así, al protestar contra el gobierno central, coincidían con el tradicional separatismo catalán. Pero la Generalitat, que temía las consecuencias de la legalización de los ejércitos políticos, y estaba atrapada en un laberinto de argumentaciones contrapuestas, apoyó la idea de mantener el ejército regular, con oficiales nombrados desde arriba, y sin un credo político manifiesto. En esta cuestión,

Companys contaba con el apoyo del nuevo *Partit Socialista Unificat de Catalunya* (PSUC). A pesar de que fue nombrado secretario general de este partido un socialista, Joan Comorera, los comunistas lo dominaban, gracias a la superioridad de su eficacia, frialdad y habilidad. El PSUC llegó incluso a afiliarse al Komintern. Comorera, hijo de un herrero, que había emigrado a Argentina en los años veinte y había vuelto a los treinta, había sido consejero de agricultura en la Generalitat en 1934 y, en aquel mismo año, había contribuido a que los *rabassaires* se decantaran más hacia la izquierda. No tardó en convertirse en comunista, e incluso, al cabo de unos meses, en miembro del comité central del Partido Comunista Español, junto con otro dirigente exsocialista del PSUC, Rafael Vidiella[637]. La UGT de Barcelona, también bajo influencia comunista, aumentó sus miembros de 12 000 que tenía el 19 de julio a 35 000 a finales del mismo mes, en parte por las ventajas que suponía la posesión del carnet de un partido o un sindicato para obtener comida, y en parte por la necesidad urgente de asociación que se crea en todas las circunstancias revolucionarias.

El PSUC era partidario del «sistema ejército» más que del de las milicias, dado que contaba con seguidores organizados, y que su principal esperanza de influir se basaba en la infiltración en el gobierno oficialmente reconocido. En realidad, ningún partido estaba más interesado que él en inculcar intereses políticos en el ejército, pero planeaban hacerlo desde arriba. Sin embargo, en teoría, la política comunista en Barcelona, al igual que en Madrid, preconizaba que no había que hacer nada que pusiera en peligro la victoria en la guerra, y que «los ajustes políticos entre camaradas» bien podían esperar hasta que llegara la victoria. Así pues, el PSUC apoyó plenamente a la

Generalitat en varias reformas: un aumento de un 15% en los salarios, la devolución por parte de las casas de empeños de todos los artículos pignorados por menos de 200 pesetas, y la semana de cuarenta horas. (Malraux, en *L'Espoir*, hace una vivida descripción del ruido que se oyó en Barcelona cuando de repente se empezaron a utilizar de nuevo todas las máquinas de coser que devolvieron las casas de empeños). El PSUC también presentó reivindicaciones económicas en favor de las viudas de los combatientes muertos. Todas sus actitudes fueron reformistas y conciliadoras, es decir, pretendían mejorar las condiciones de vida dentro de la sociedad ya existente; la nueva sociedad podía esperar.

El 31 de julio, Companys se elevó a sí mismo de presidente de la Generalitat —esto es, del gobierno catalán— a «presidente de Cataluña». Esto constituía un paso más hacia la soberanía catalana, y, naturalmente, para darlo no consultó al gobierno de Madrid. Se pidió a tres miembros del PSUC (Comorera, Vidiella y Ruiz) que entraran a formar parte de la reconstituida Generalitat, presidida por Joan Casanovas, anteriormente presidente del parlamento catalán. Los anarquistas amenazaron con abandonar el Comité de Milicias Antifascistas si el PSUC entraba en el gobierno. Los hombres del PSUC se retiraron y, de momento, la Generalitat quedó formada por nueve miembros de la *Esquerra*, uno de los *rabassaires* y uno de la más derechista *Acció Catalana*. «Os entrego el gobierno» —dijo grandilocuentemente Companys a Casanovas—; y éste contestó: «No entrega nada, porque no hay nada que entregar»[638]. El gobierno intentó desarmar a los milicianos anarquistas de las patrullas de control, encontrándose con una resistencia furiosa por parte de la CNT. «Camaradas —pedía entretanto la FAI al PSUC generosamente, el 5 de agosto—, unidos hemos conseguido vencer a las

sanguinarias bestias del militarismo fascista. Seamos dignos de nuestra victoria y mantengamos la unidad de acción hasta el triunfo final. ¡Viva la alianza revolucionaria y antifascista!». El gobierno catalán, impotente por sí solo, durante las semanas siguientes, por haber avalado al Comité de Milicias Antifascistas, continuó minando substancialmente la autoridad del gobierno de Madrid. Cuando, unas semanas más tarde, Prieto (que para entonces era ministro en Madrid) visitó Barcelona, el coronel Díaz Sandino, consejero catalán de defensa, le recibió romo si fuera ministro de una potencia extranjera[639].

En Cataluña, tan alejado de los anarquistas como de la *Esquerra* y del PSUC, estaba el POUM, el partido revolucionario antistalinista dirigido por excomunistas catalanes. El número de sus afiliados también había aumentado mucho. Algunos se unieron a este partido creyendo que representaba un término medio entre la indisciplina de los anarquistas y la rigidez del PSUC. Algunos extranjeros que vivían en Barcelona ingresaron en el POUM basándose en la romántica suposición de que encarnaba una magnífica aspiración utópica. Franz Borkenau señala la atmósfera de entusiasmo político que reinaba entre estos emigrados, que disfrutaban claramente de la aventura de la guerra y tenían una fe completa en el «éxito absoluto». El POUM, con sus nuevas oficinas instaladas en el hotel Falcón, en las Ramblas, se dedicó a familiarizar al público con su nombre, hasta entonces poco conocido, pintando sus iniciales en grandes letras en automóviles y autobuses, y agitándose en favor de «un gobierno sólo de trabajadores». Aunque a uno de los fundadores, Maurín, se le creía (falsamente) muerto en la España nacionalista, los otros dirigentes, que todos eran excomunistas de los años veinte —Nin, Gorkin, Andrade,

Gironella—, hablaban frecuentemente. El movimiento juvenil del POUM, la JCI (Juventud Comunista Ibérica), parecía el más radical de todos los ejércitos particulares de la izquierda y exigía continuamente la «formación de soviets», mientras mataba implacablemente a los «enemigos del pueblo».

El conjunto de Cataluña y de la zona republicana de Aragón reflejaba los acontecimientos de Barcelona. Se formó un comité político en todos los pueblos. El poder, igual que en todas partes, se encontraba en manos del partido más fuerte, independientemente del número de representantes que tuviera. Así, el POUM predominaba en la provincia de Lérida y la CNT en los restantes sitios[640]. Generalmente, en el ayuntamiento se podía ver una bandera roja, con la hoz y el martillo, que indicaba la atracción magnética que ejercía Rusia sobre todos los partidos proletarios, y no sólo sobre los comunistas. Los ferrocarriles y demás servicios públicos estaban dirigidos por comités de la UGT y de la CNT. En la mayor parte de los sitios, todos los miembros de profesiones liberales y los artesanos tenían que recibir órdenes del comité. La mayoría de iglesias fueron quemadas. En algunos sitios, sobre todo en aquellos donde la quema no tuvo lugar hasta agosto, y especialmente en los pueblos de veraneo de la clase media a lo largo de la Costa Brava, la tristeza era manifiesta. Borkenau observó a mujeres que llevaban tristemente a las hogueras libros religiosos, imágenes, estatuas y otros talismanes, que tenían valor no tanto religioso sino por el hecho de pertenecer a la vida cotidiana familiar. Sólo los niños parecían divertirse, al arrancar la nariz de las estatuas antes de arrojarlas a las llamas. El ayuntamiento se incautaba de las casas y las tierras de los burgueses asesinados o huidos. Igual que en todas partes, la crueldad de los revolucionarios se vio templada por

arranques de generosidad. Por ejemplo, el poeta francés del aire, Antoine de Saint-Exupéry, que entonces era corresponsal de *L'Intransigeant*, consiguió convencer al comité revolucionario de un pueblo para que perdonase la vida a un fraile que habían cazado en el bosque. Una vez convencidos, los anarquistas se estrecharon las manos unos con otros, muy excitados, y también estrecharon la mano al fraile, felicitándole por haber escapado[641].

En Cataluña no existían muchas fincas grandes, y ni siquiera los anarquistas sabían qué hacer con las tierras expropiadas. La solución final —a la que no se llegó hasta el otoño en la mayor parte de Cataluña— dispuso que la mitad de la tierra expropiada fuera administrada por el municipio mientras la otra mitad se dividiría entre los campesinos más pobres. El comité del Frente Popular del pueblo recibiría la mitad de las rentas, y la otra mitad quedaría condonada. En Cataluña la revolución distó mucho de ser completa, ya que tanto la *Esquerra* como la UGT apoyaban a los pequeños propietarios. Sin embargo, hubo una falta de previsión en la forma como los campesinos trataron las propiedades burguesas. En Sariñena, población situada entre Lérida y Zaragoza, donde se había perdonado la vida a algunos miembros de la clase media (incluido el veterinario), Borkenau contempló la destrucción de todos los documentos relativos a la propiedad rural. Se hizo una hoguera en la plaza mayor, cuyas llamas sobrepasaban el campanario de la iglesia, mientras jóvenes anarquistas arrojaban nuevo material al fuego, con gestos triunfales[642].

En el campo de Cataluña y Aragón, al igual que en el de Castilla, se estaba realizando un experimento social y económico sorprendente. En muchos sitios, por ejemplo, ya no circulaba el dinero. Hans Erich Kaminski, un agudo observador alemán, hizo una descripción cuidadosa de lo

que ocurrió en Alcora (Castellón):

> «Todo el mundo puede obtener lo que necesita. ¿De quién? Del comité, desde luego. Pero es imposible proveer a cinco mil personas en un solo punto de distribución. Hay almacenes donde se pueden satisfacer las peticiones de uno, igual que antes, pero son simples centros de distribución. Pertenecen a todo el pueblo, y sus antiguos dueños ya no obtienen ningún beneficio. El pago no se realiza con dinero, sino con cupones. Incluso el barbero afeita a cambio de cupones, que proporciona el comité. El principio según el cual cada habitante recibirá bienes de acuerdo con sus necesidades se realiza sólo de manera imperfecta, porque se postula que todo el mundo tiene las mismas necesidades [...]. Cada familia y cada persona que vive sola ha recibido una tarjeta. Ésta se perfora diariamente en el lugar de trabajo; de esta manera nadie puede dejar de trabajar, porque los cupones se distribuyen sobre la base de estas tarjetas. Pero el gran fallo del sistema es que, debido a la ausencia de cualquier otra medida de valoración, ha sido necesario recurrir de nuevo al dinero para dar un valor al trabajo realizado. Todo el mundo —el obrero, el médico, el comerciante— recibe cupones por valor de 5 pesetas por cada día de trabajo. Una parte del cupón lleva la inscripción "pan", del que cada cupón da derecho a un kilo; otra parte representa una cantidad de dinero. Pero estos cupones no pueden considerarse como billetes de banco, ya que sólo pueden cambiarse por bienes de consumo, y aun esto en un grado limitado... [...]. Todo el dinero de Alcora, unas cien mil pesetas, está en manos del comité. El comité cambia los productos de la comunidad por otros bienes que escasean, pero lo que no puede conseguir con el intercambio, lo compra. El dinero, sin embargo, se conserva sólo como último recurso [...]».

A pesar de todo podía conseguirse dinero del comité si un campesino lo necesitaba, por ejemplo, para visitar a una muchacha en el pueblo vecino o a un médico especialista[643]. En todos estos lugares, los comités de justicia tenían un papel importante: en Lérida —un buen ejemplo— estaba constituido por un tercio del POUM, un tercio PSUC-UGT, y un tercio CNT-FAI; el POUM estaba tan bien situado debido a la fuerza que ya tenía anteriormente en aquella ciudad. El presidente y el procurador eran dos deshollinadores[644].

Más al sur de la costa, en Valencia, el presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, que había llegado allí después de fracasar en su intento de formar un gobierno en Madrid el 18-19 de julio, había organizado una junta para controlar las cinco provincias de Levante, que fue más

ineficaz ante el comité local que la Generalitat ante el Comité de Milicias Antifascistas. Martínez Barrio se vio incluso obligado a vivir en el campo, fuera de Valencia, después de la rendición de los oficiales rebeldes en los cuarteles, el 31 de julio. Este éxito dio autoridad al comité local de CNT-UGT, presidido por un militar izquierdista perteneciente a la antigua UMRA, el coronel Ernesto Arín. El poder real estaba en manos de un teniente revolucionario, José Benedito, miembro del partido izquierdista autonomista valenciano y presidente del comité de defensa local. Sin embargo, aunque la CNT era fuerte, ya que dominaba a los trabajadores portuarios, del transporte y de la construcción, Valencia era más burguesa que Barcelona, y se realizaron menos expropiaciones. Los anarquistas de Valencia habían sido, en su mayoría, treintistas, y las zonas rurales habían votado decididamente a la CEDA en febrero. La UGT era muy influyente entre los empleados. Los republicanos, que contaban con bastantes seguidores entre la clase media baja y los campesinos ricos de la huerta valenciana, se encontraban divididos entre los que veían en aquellas circunstancias una oportunidad para el movimiento separatista valenciano y los partidarios de Azaña y Giral. La delegación del gobierno encabezada por Martínez Barrio no contó con más apoyo que el del diminuto Partido Comunista de Valencia. Más tarde, este partido obtuvo el apoyo de los ricos campesinos valencianos, gracias a su propuesta de distribuir la tierra expropiada entre los propios campesinos, en contra del plan anarquista de colectivización. En el resto de Levante, los anarquistas y los socialistas se disputaron el poder en diferentes pueblos. Alcoy, antiguo bastión de los libertarios, era anarquista, y también lo eran Játiva, Elche y Sagunto mientras que Alcira y Elda eran socialistas. En Castellón, Alicante y Gandía, los dos movimientos se

repartieron la autoridad.

En Andalucía, la revolución fue de inspiración anarquista, careciendo incluso del foco que constituía Barcelona para la revolución de Cataluña[645]. En la mayor parte de los pueblos, los antiguos ayuntamientos se fundieron con los nuevos comités. El control de las carreteras y de los servicios públicos era compartido por los funcionarios anteriores y los milicianos nombrados por el comité. Cada población actuaba bajo su propia responsabilidad. Además, había hostilidad entre los dirigentes anarquistas de ciudades como Málaga y los de los pueblos pequeños. Los primeros deseaban intervenir en los pueblos, y se topaban con la resistencia de los dirigentes locales, que consideraban aquello como un ataque contra sus derechos[646]. El sindicato agrícola socialista, la FNTT, a pesar de sus dimensiones, fue relegado por los extremistas: «Los del Partido Socialista fuimos arrollados. ¿Qué podíamos hacer? Los que se hicieron con el mando sólo pensaban en la violencia. Éramos el partido más fuerte de aquí y, no obstante, éramos impotentes. Casi nunca nos reuníamos, para ser sinceros. Los que asumieron el poder tenían tan poca conciencia política que robaban a los pequeños arrendatarios lo poco que tenían»[647]. En muchos sitios fue abolida la propiedad privada, así como la obligación de pagar las deudas a los tenderos. En Castro del Río, cerca de Córdoba (durante muchos años uno de los grandes centros del anarquismo en España)[648], se estableció un régimen que puede compararse con el de los anabaptistas de Münster de 1530: se prohibió todo intercambio privado de bienes, se cerró el bar del pueblo, y sus habitantes realizaron la tantas veces deseada abolición del café. «No querían conseguir el buen nivel de vida de aquellos a quienes habían expropiado —señalaba Borkenau—, sino deshacerse de sus lujos»[649]. En muchos lugares de esta región, los anarquistas

habían tomado la iniciativa contra las autoridades y, después, en vez de hablar de su resistencia a la rebelión, cuando hablaban de aquella época, decían: «cuando el pueblo se sublevó contra los señoritos»[650]. Las grandes fincas de esta región continuaron a menudo siendo labradas por los mismos Campesinos que antes, que no recibían ninguna paga, pero eran alimentados por el almacén del pueblo, según sus necesidades. (Más tarde algunos se quejaron de que los nuevos comités de los pueblos se comportaban lo mismo que siempre lo hacían los que tenían la autoridad: «se comían el jamón»)[651]. Entre los pueblos se mantenía una situación de inseguridad. La región estaba salpicada de lugares donde la guardia civil había abandonado sus cuarteles y, retirándose a las cumbres, los monasterios u otros puntos fáciles de defender, podía resistir indefinidamente, viviendo como bandoleros y efectuando robos en la vecindad. El campamento de este tipo que duró más tiempo fue el establecido por el capitán Cortés de la guardia civil, en el santuario de Santa María de la Cabeza, en las montañas de Jaén. En la Andalucía rebelde hubo campamentos similares de «proscritos» anarquistas, que robaban los productos de la tierra y acabaron convirtiéndose en bandoleras. Al fin y al cabo, al principio, los anarquistas habían sido unos bandoleros politizados.

El esquema generalmente anarquista de la revolución en Andalucía varió en Jaén, que tenía desde hacía varios años un fuerte contingente de la UGT, y en Almería, donde los obreros portuarios eran principalmente comunistas. En Jaén hubo poco cambio social. Expulsaron a la guardia civil, pero los comités locales organizaron su propia milicia, cuyos miembros patrullaban por el campo en parejas, al igual que había hecho la guardia civil. El comité solía sustituir al terrateniente, y continuaba recibiendo la mitad de la cosecha

que antes se quedaba el terrateniente, con lo que los campesinos se quedaban tan descontentos como antes. En la dispersa y estancada ciudad de Andújar, por ejemplo, aunque fueron asesinados cinco miembros de la clase media, sus tierras no fueron expropiadas. La UGT cedió al ayuntamiento la administración de las grandes fincas próximas, con el resultado de que los campesinos trabajaban el mismo número de horas que antes y recibían los mismos jornales de miseria. Los comités que dirigían estos pueblos a veces eran elegidos por una asamblea popular, y a veces eran nombrados por los partidos del Frente Popular.

En Málaga, la revolución, controlada por la CNT y la FAI, se caracterizó por su arbitraria ineficacia. Casi aislada del resto de la España republicana (a causa de la victoria nacionalista en Granada, al nordeste de Málaga), viviendo bajo la amenaza diaria de ataques aéreos, con rumores constantes de que se iban a realizar avances contra ella, Málaga estaba en tensión: «Van a destruirte, Málaga. Tus vicios te han condenado», dijo un anarquista, contemplando las iglesias en llamas desde un pueblo próximo[652]. Antonio Fernández Vega, el gobernador civil, «una simple máquina de firmar» ante los trabajadores victoriosos, parecía «un pálido girondino, temblando ante los jacobinos, comparados con los cuales los nuestros (el que hablaba era el periodista francés Louis Delaprée) no eran más que unos niños»[653]. Finalmente, el comité de salud pública fue reconocido oficialmente por Madrid, y su presidente, un maestro de escuela socialista llamado Francisco Rodríguez, fue nombrado gobernador civil. Este comité no impuso, su autoridad en la provincia: Motril, Vélez-Málaga y Ronda se ocuparon de sus propios asuntos bajo la dirección de los anarquistas, quedando barridos los antiguos ayuntamientos. Pero, cuando las milicias anarquistas ocuparon Puente Genil,

en la provincia de Córdoba, se anunció que, después de la guerra, sería anexionada a Málaga. O sea que debía de existir cierta lealtad a la provincia. En Ronda «no colectivizaron, no repartieron, sino que lo socializaron todo»[654]. Entretanto, en la ciudad de Málaga, un grupo de sargentos se autoproclamaron coroneles y establecieron un mando militar; y luego se convirtió en su jefe un verdadero coronel, Romero Bassart, de los Regulares, que había huido de Marruecos[655].

El territorio republicano que se extendía a lo largo de la costa norte de España quedó aislado de Madrid y Barcelona por las columnas que operaban a las órdenes del general Mola. Aquí surgieron tres sociedades distintas: una centrada en Bilbao y San Sebastián; otra en Santander, y otra en Gijón. En las dos primeras ciudades, y en el resto de las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa, los nacionalistas vascos aseguraron la continuidad del orden social típico de la clase media. Tanto Bilbao y San Sebastián como el territorio que rodeaba a estas ciudades estaban controlados por comités de defensa, pero, en ellos, los nacionalistas vascos tenían la mayoría. Sólo los anarquistas (que tenían cierta fuerza entre los pescadores y los obreros de la construcción) se sentían indinados a adoptar una postura contraria a la de los vascos, los cuales, a su vez, miraban con desconfianza a los partidos obreros. De ahí que en el nuevo cuerpo de policía vasca motorizada no se admitiera a ningún miembro de los partidos revolucionarios de izquierdas, aunque hubiera personas que tal vez habrían preferido estar del lado de los rebeldes. Parece ser que, en las provincias vascas, fueron asesinadas unas quinientas personas aparte del coronel Carrasco y de algunos oficiales y falangistas que tomaron parte en el alzamiento. Los anarquistas fueron los principales responsables de estas muertes. El dirigente vasco

Irajo señaló que, durante varios días, él y sus colegas fueron casi prisioneros de la CNT que, de hecho, había llevado la iniciativa a la hora de sofocar el alzamiento[656]. Pero, a partir de primeros de agosto, casi no hubo persecución contra las clases alta o media[657]. Los sacerdotes permanecieron libres y continuaron celebrándose oficios religiosos. Sólo se habían incendiado dos iglesias, en San Sebastián. Únicamente fueron expropiados los bienes de los capitalistas que habían participado en la rebelión. Sus bienes fueron encomendados a una junta estatal en la que estaban representados los obreros, pero sin que tuvieran el control.

Las únicas medidas de cambio social que se adoptaron en las provincias vascas consistieron en un decreto que prohibía que alguien pudiera ser director de más de una compañía (un golpe para los millonarios vascos, pero no tanto para la burguesía), en la reducción de las rentas en un 50% igual que en el resto de la España republicana, y en la creación de una nueva oficina de asistencia pública para ayudar a los necesitados. Naturalmente, el comité de defensa de Bilbao se hizo cargo de la industria de armamento de Vizcaya: las fábricas de fusiles de Éibar, las de armas cortas de Guernica y Durango, y las fábricas de granadas y morteros de Bilbao. Los nacionalistas vascos también se hicieron con el control de la estructura financiera de sus provincias. Se crearon juntas especiales para controlar los bancos vascos.

A pesar de esta moderación, los vascos tuvieron conflictos con la Iglesia católica[658]. Los obispos de Vitoria y Pamplona, en una pastoral que fue radiada el 6 de agosto, condenaron la adhesión de los católicos vascos al bando republicano[659]. Los sacerdotes vascos, presididos por el vicario general de Bilbao, celebraron consultas y aconsejaron a los dirigentes políticos vascos que continuaran apoyando a la República.

Las razones que motivaron este consejo eran las siguientes: no había pruebas de que la pastoral fuese auténtica, ya que no había llegado a sus manos ningún ejemplar; la pastoral no había sido promulgada con las formalidades usuales, sino que simplemente había sido radiada; se sospechaba que el obispo de Vitoria no tenía plena libertad de acción; los obispos no podían conocer la verdad de cuanto estaba ocurriendo en las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya; y, por último, un cambio de actitud de los nacionalistas vascos atraería incontables calamidades sobre mucha gente y sobre la Iglesia. Por lo tanto, los sacerdotes vascos continuaron en su actitud de desafío, permaneciendo al lado de su grey, cuyas necesidades espirituales siguieron atendiendo. Intercedieron en favor de personas que se encontraban en peligro ante la violencia izquierdista, especialmente en favor de los sacerdotes de Asturias y Santander. Los dirigentes políticos católicos vascos prosiguieron apoyando a la República y, posteriormente, formaron parte de su gobierno. Sus relaciones con Madrid nunca fueron buenas; la distancia confundía los problemas ideológicos. Generalmente justificaban su actitud diciendo que no habían existido las cuatro condiciones que enumeraba Santo Tomás de Aquino como santificantes de una rebelión contra el Estado, y que las últimas encíclicas papales habían indicado que la rebelión nunca era legal[660].

A lo largo de la costa de Asturias, la situación era más compleja a causa de la resistencia de la guardia civil en el cuartel de Simancas, en Gijón, bajo la dirección del coronel Pinilla, y por la defensa de Oviedo que dirigió Aranda. Sin embargo, durante el sitio, las relaciones entre la UGT, la CNT y el Partido Comunista de Gijón se estrecharon aún más que en 1934. Al principio, el poder estaba repartido entre autoridades rivales: el comité de guerra de Gijón,

presidido por Segundo Blanco, de la CNT, y el comité del Frente Popular de Sama, dirigido al principio por González Peña, el antiguo dirigente socialista de 1934, y, después, por otro socialista, Amador Fernández. Estas autoridades acabaron uniéndose. Belarmino Tomás, diputado socialista, se convirtió en gobernador de la provincia de Asturias, con poderes delegados por el gobierno central, como los que tenía (aunque con menos eficacia) Martínez Barrio en Valencia. Las importantes minas de carbón de Asturias estaban controladas por un consejo compuesto por un director, que representaba al Estado, varios técnicos, un director delegado y un secretario nombrados por el consejero de minas de Asturias, y tres trabajadores. El director no podía actuar sin la aprobación de los trabajadores[661]. Las operaciones del asedio contra Aranda se realizaban bajo la dirección de los líderes políticos. Gijón era bombardeado constantemente por el crucero nacionalista *Almirante Cervera*. Su población era pobre, recta y confiaba en el futuro. Un gran cartel representaba una España roja, desde cuyo centro un faro lanzaba un rayo de luz hacia Europa. El texto decía: «España iluminará al mundo. ¡Viva el Frente Popular de Asturias!». Por la noche, los altavoces inundaban las calles vacías de falsas buenas noticias procedentes de lejanos campos de batalla. Gijón, asomada al hosco Atlántico, daba la impresión de ser un soviet solitario entregado a sus propias fuerzas[662]. En cuanto a Santander, la ciudad era una inmensa fortaleza de la UGT, como era de esperar dada su posición como único puerto de Castilla. Su comité de defensa, presidido por un tal Juan Ruiz, también actuaba con una independencia casi total del gobierno central de Madrid.

Desde el principio de la guerra civil, la táctica militar de estas regiones del norte que permanecieron leales a la

República se vieron perjudicadas por la coexistencia de una diferente dirección política. Tras unas cuantas semanas de guerra, lo único que tenían en común era la escasez de comida. Había cerveza, cigarrillos, queso y algo de pescado, pero poco que comer. La figura simbólica del norte de España a fines de 1936 era el habitante de Gijón conocido como «el hombre al que temen los gatos». Podía abalanzarse sobre un gato que estuviera a veinte metros de distancia. Y aquella noche, en el menú de la cena había conejo[663].

En cuanto a las antiguas fronteras de la España republicana, la huida o el asesinato de muchos carabineros fue la causa de que el control de las fronteras pasara a manos de los comités locales. Algunas aduanas fueron regidas por los antiguos funcionarios, bajo el control de los nuevos comités. Así pues, a pesar de las reclamaciones formales del gobierno catalán, los tres principales puntos de control de la frontera catalana con Francia estaban en manos de la CNT; en particular el de Puigcerdá, en manos de su alcalde anarquista, Antonio Martín, «el cojo de Málaga», que rigió la frontera como si fuera una propiedad privada suya, hasta que fue asesinado por los comunistas en abril de 1937[664].

El presidente Azaña, que hizo un llamamiento público por Radio Nacional, el 23 de julio, pidiendo a los españoles que apoyaran a la República, no a la revolución, condenó más tarde amargamente a los «revolucionarios», como los llamaba él, poniendo sus palabras en boca de «Garcés», uno de los personajes de su famoso diálogo imaginario *La velada en Benicarló*:

> «¿Dónde está la solidaridad nacional? No se ha visto por parte alguna. La casa comenzó a arder por el tejado, y los vecinos, en lugar de acudir todos a apagar el fuego, se han dedicado a saquearse los unos a los otros y a llevarse cada cual lo que podía. Una de las cosas más miserables de estos sucesos ha sido la disociación general, el asalto al Estado»[665].

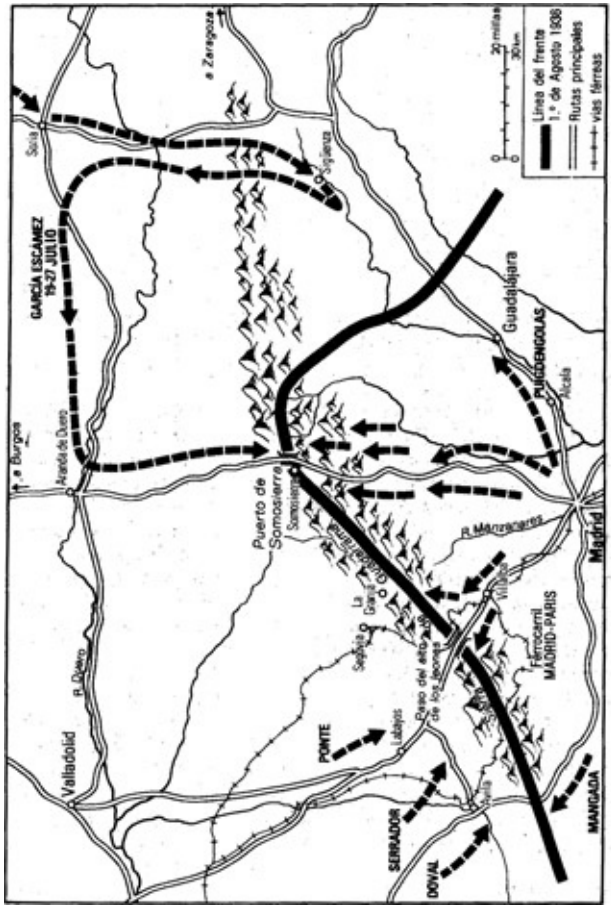
Sin embargo, lo malo era que la casa se estaba hundiendo y, durante las semanas anteriores, Azaña y Casares Quiroga habían sido unos guardianes excesivamente optimistas. Durante el resto de la guerra, Azaña se comportó como un pasivo hombre de letras, pese a continuar siendo presidente, y cultivó, a menudo muy importunamente, la serenidad de Montaigne en su *cháteau* mientras ardía el país. Era ya un hombre muy diferente del orador altivo, escéptico y contundente de 1931[666].

19

La primera campaña. — Las batallas de Guipúzcoa, Aragón y el Guadarrama. — El Alcázar de Toledo. — Estudio del equilibrio de fuerzas en julio de 1936. — ¿Armas del extranjero?

Hacia el 22 de julio, ya se podía decir que en España había guerra, y no una simple rebelión y la resistencia contra ella. En todas partes, el alborozo que había seguido a la derrota (o a la victoria) del alzamiento dio paso al miedo a los ejércitos que estaban avanzando contra la fiesta revolucionaria de las izquierdas o de las derechas. Las milicias de los sindicatos y los partidos, hasta en las ciudades más pequeñas, empezaron a considerarse soldados, además de luchadores callejeros, al mismo nivel que la policía, la guardia de asalto o el ejército regular. Asimismo, los generales organizaron columnas según el modelo que habían utilizado en las guerras de Marruecos, para rematar la destrucción de la revolución; o, al menos, esto es lo que dios esperaban y suponían. Así pues, el mismo 19 de julio, Mola envió a su ayudante, el coronel andaluz García Escámez, hacia el sur con 1000 hombres, en su mayoría voluntarios, y con dos compañías de requetés y una de falangistas, con el fin de liberar Guadalajara. Tal vez lo habría conseguido si no se hubiera detenido para asegurar la victoria del alzamiento en Logroño, donde el gobernador militar no había querido comprometerse. Mola tenía vehículos, gasolina y hombres, pero pocas municiones: si

quería ganar, tenía que actuar con rapidez. Pero, cuando esta primera fuerza de ataque de la guerra llegó a treinta kilómetros de Guadalajara, se encontró con que la ciudad había caído ya en manos de las milicias y el ejército regular de Madrid. De manera que García Escámez se retiró a la vertiente norte del puerto de Somosierra, que atraviesa el Guadarrama y constituye la más oriental de las entradas del norte de Madrid. Aquí, un grupo de jóvenes monárquicos de Madrid, dirigidos por los hermanos Miralles, llevaban defendiendo el túnel del ferrocarril para los nacionalistas desde el 19 de julio[667]. Y ahora avanzaban contra ellos las fuerzas republicanas que antes habían tomado Guadalajara.



10. El frente de Guadarrama en julio-agosto de 1936

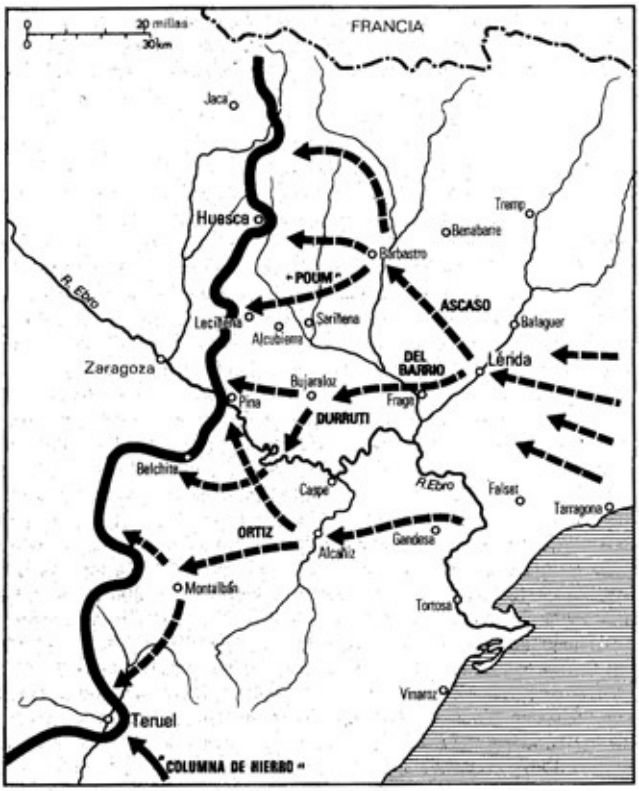
En el noroeste de Madrid, a medianoche del 21 de julio, una columna mixta de soldados y falangistas, formada por unos doscientos o trescientos hombres, y dirigida por el coronel Serrador (uno de los conspiradores de 1932), salió de Valladolid en dirección hacia Madrid, también vía Guadarrama, en medio de escenas de indescriptible entusiasmo. Se dirigieron al puerto conocido con el nombre de Alto del León. Esta fuerza iba acompañada por Onésimo Redondo, el fundador de las JONS en Valladolid, liberado recientemente de la cárcel de Ávila, y por otro joven dirigente falangista que más tarde adquiriría importancia: José Antonio Girón. El Alto del León había sido ocupado por un contingente de milicianos de Madrid. Los rebeldes se dieron cuenta de la importancia que tenía para ellos mantener a sus enemigos más allá de aquel punto. Estos dos puertos, críticos para la defensa de Madrid, fueron conquistados por los rebeldes el 22 y el 25 de julio, respectivamente. Después, la escasez de municiones obligó a Mola a detenerse. Durante los días siguientes, esta escasez le llevó a una situación desesperada, y sólo pudo resistir gracias a un envío especial que le hizo llegar Franco. Al mismo tiempo, Mola también había enviado otras tres columnas desde Pamplona, bajo el mando de los coroneles Beorlegui, Latorre y Cayuela, compuestas de requetés, falangistas y soldados (con predominio de voluntarios), en dirección hacia las provincias vascas. Estas tropas estaban integradas por 3430 hombres[668], y partieron «en una atmósfera más de fiesta que de guerra». Además, 1200 carlistas salieron de Pamplona en dirección a Zaragoza. Su presencia permitió a los nacionalistas realizar varias expediciones de castigo contra pueblos aragoneses circundantes. No se pensó en una ofensiva general contra Barcelona. En cambio, de Barcelona salieron dos columnas

para «liberar» Zaragoza. Fueron seguidas de otras en todo el frente del este. En los primeros días de la guerra, quizá salieron 20 000 hombres de Barcelona hacia el frente, algunos en tren, ya que no tardaron en poder utilizarse las líneas de ferrocarril, bajo el control de los trabajadores[669]. La primera columna, de 2500 anarquistas, iba encabezada por Durruti, al cual el éxito de la revolución había infundido confianza en sí mismo y sueños de grandeza. Esta columna salió el 24 de julio en medio de tal excitación que no se dieron cuenta de que se habían olvidado los abastecimientos más esenciales hasta dos horas después de haber abandonado Barcelona. Así fue como (tal como decía una hoja de propaganda) «"El Hombre Libre" se lanzó a la lucha contra la Hiena fascista de Zaragoza». Los asesores militares de Durruti eran el comandante Pérez Farrás (uno de los héroes de 1934) y un exsargento, José Manzana. Manzana se dedicó a las cuestiones de equipamiento y a animar a otros suboficiales a que ingresaran en las milicias[670]. Todas las columnas que salieron de Barcelona tan valerosamente tenían un componente político: anarquista; catalán o *Esquerra*; POUM; socialista y comunista, generalmente combinados. Famosos anarquistas de los últimos veinte años, renombrados por sus asombrosos delitos, salían ahora para el frente en calidad de jefes. Además de Durruti, estaban, por ejemplo, sus antiguos camaradas de los «solidarios»: Domingo Ascaso (hermano de Francisco, el que acababa de morir), Gregorio Jover, García Vivancos y Antonio Ortiz, mientras que García Oliver se quedó en Barcelona para actuar como animador de todas las columnas. Otro de los «solidarios», Ricardo Sanz, organizó la instrucción de los milicianos anarquistas en el cuartel de Pedralbes. En las columnas también había soldados del ejército regular: quizá 2000 del total de 20 000 hombres que

salieron de Cataluña hacia Aragón en aquellos momentos tan impetuosos.

A primeros de agosto, las posiciones más avanzadas de la República se encontraban en Tardienta (cuartel general de 1500 hombres de una columna del PSUC) y Siétamo, tomado por la guarnición leal de Barbastro: ambas cerca de Huesca. La principal columna del POUM, de 2000 hombres, tenía su cuartel general en Leciñena, en la sierra de Alcubierre, al nordeste de Zaragoza. Los anarquistas de Durruti se establecieron a lo largo del Ebro, en Osera y Pina. En Montalbán, al sur, el carpintero Ortiz era el jefe de un grupo heterogéneo en el que predominaban los anarquistas. La columna de Durruti, que aumentó hasta llegar a los 6000 hombres, aproximadamente, era la más formidable de estas fuerzas, y había avanzado hasta llegar a una distancia de Zaragoza notablemente reducida, pasando por Caspe, Fraga y Peñalba, hasta alcanzar Bujaraloz. Aquí, el coronel Villalba, jefe de la guarnición de Barbastro, que ahora tenía el mando oficial, aunque vago, de todo el frente, convenció a Durruti para que se detuviera, por miedo a que pudiera quedar aislado; y allí permaneció la columna, con Zaragoza a su alcance, durante dieciocho meses más, mientras las luces de la ciudad titilaban de forma exasperante por las noches «como las portillas de un gran trasatlántico», como diría más tarde George Orwell[671]. Probablemente el consejo de Villalba fue un error; las líneas nacionalistas no podrían haber resistido más que con 10 000 hombres, como mucho, y los anarquistas y republicanos eran el doble. Además, las armas de la revolución debían de ser superiores; en Barcelona había por lo menos 100 000 fusiles y unas 150 piezas de artillería[672]. Sin embargo, la 5.ª División regular de Zaragoza era todavía una fuerza de combate organizada, mientras que la antigua 4.ª División de Barcelona se había

desintegrado.



11. La «invasión» catalana de Aragón durante los meses de julio y agosto de 1936

El frente consistía en una posición avanzada, y en parte fortificada, en un terreno elevado, con unos trescientos hombres en el pueblo que hubiera detrás. Este grupo, que contaba con unas seis piezas de artillería ligera de campaña y dos obuses, tenía un contacto escaso o nulo con la columna del pueblo siguiente, o de la colina siguiente.

Desconocedores de la guerra, la disciplina y hasta la geografía, los anarquistas se mostraban reacios a admitir que para las batallas era necesaria la organización. De manera que reinaba la confusión. En todos los pueblos por donde pasaron las milicias de Barcelona, sin embargo, echaron una mano a la revolución. Así, el pueblo de Lérida había decidido

salvar su catedral de las llamas. Pero Durruti no tardó en poner fin a aquel comportamiento tan tibio. Y la catedral fue quemada. La violencia de Durruti le atrajo los odios de los campesinos de Pina[673], aunque, en algunos otros lugares, hubo incluso monárquicos que atestiguaron que el dirigente anarquista fue un hombre tolerante[674]. Al parecer, el único lugar en que se entabló una seria lucha fue Caspe, donde el jefe de la guardia civil, capitán Negrete, resistió desesperadamente durante muchas horas[675]. Durruti no disimulaba sus expectativas revolucionarias: «Es posible —dijo al periodista ruso Koltsov, en su cuartel general, instalado en una casa de campo abandonada entre Bujaraloz y Pina— que tan sólo un centenar de los nuestros sobreviva, pero este centenar entrará en Zaragoza, aplastará el fascismo, levantará la bandera de los anarcosindicalistas, y proclamará el comunismo libertario… Yo seré el primero en entrar en Zaragoza, proclamaré allí la comuna libre. No nos subordinaremos ni a Madrid ni a Barcelona, ni a Azaña ni a Giral ni a Companys ni a Casanovas. Sí quieren, que vivan en paz con nosotros; si no quieren, nos plantaremos en Madrid […]. Os mostraremos a vosotros, bolcheviques rusos y españoles, cómo se hace la revolución»[676].

La estructura del mando era vaga: teóricamente, la autoridad máxima era el consejero de Defensa del gobierno catalán, coronel Díaz Sandino; pero el verdadero organizador militar de Barcelona era García Oliver. La autoridad del coronel Villalba no llegaba muy lejos. Los jefes de las columnas asistían a las reuniones de la *Delegació del Front d'Aragó*, o se hacían representar en ellas, junto con algunos oficiales del ejército regular, pero esto no era eficaz. No se enviaban informes a Madrid; y la dirección táctica era nula.

En el otro bando, los nacionalistas estaban instalados en

posiciones similares, aunque sus oficiales mantenían la disciplina militar. Los requetés y los falangistas, encabezados por Jesús Muro, el jefe territorial local, estaban poseídos de una furia tan grande como la de sus enemigos. Y aún se enfurecieron más cuando un bombardero republicano solitario lanzó una bomba que cayó sobre la famosa efigie de la Virgen del Pilar, de Zaragoza, pero no explotó[677]. No era simplemente un ultraje religioso: la Virgen había sido nombrada solemnemente capitán general de la ciudad. La aviación tuvo un papel modesto en estas escaramuzas: de vez en cuando, un Fokker, un Nieuport o un Breguet republicano entraba en conflicto con un aparato nacionalista del mismo tipo, lo cual apenas si afectaba a la lucha, pero sembraba la alarma.

En el centro de España se estaba desarrollando un drama diferente. Para enfrentarse a las arremetidas que lanzaba Mola desde las sierras, la República y la revolución contaban con los restos del ejército regular y con las milicias, en difícil ensamblaje, y bajo la dirección, también difícil, de un ministerio de la Guerra lleno de oficiales radicales, asistidos por algunos otros de sentimientos neutros, o incluso secretamente desleales. Muchos oficiales se mantuvieron oficialmente leales a la República, incluidos numerosos generales, y dos jefes de división (en la zona republicana quedaba otro, que sería destituido). De los oficiales leales a la República, probablemente la mitad consideraban que el hecho accidental de encontrarse en territorio republicano en el momento del alzamiento les obligaba a ser leales al gobierno. Otros se habían convertido en hombres de izquierdas, socialistas, republicanos, o incluso comunistas. Algunos simpatizaban con los anarquistas. Indudablemente, la politización de España había afectado al ejército. Entre los que probablemente apoyaron al gobierno más por la fuerza

de las circunstancias que por convicción se encontraba el bonachón general Miaja, jefe de la brigada de infantería de Madrid. Otros se sentían obligados a defender la República a causa del juramento de fidelidad que le habían prestado, por ejemplo, el comandante Vicente Rojo. El coronel Hernández Sarabia, un republicano que había sido jefe de la casa militar de Azaña en 1932, hacía de coordinador general del ministro de la Guerra, general Castelló, con el comandante Menéndez como ayudante. Debido a la creciente melancolía de Castelló ante el curso de los acontecimientos[678], Hernández Sarabia se convirtió en el ministro de la Guerra de hecho (y obtuvo el nombramiento oficial a primeros de agosto), El general Riquelme, que había participado en una famosa conspiración contra Primo de Rivera en 1926, tenía el mando de las tropas de Madrid, e intentó controlar las fuerzas de milicianos nombrando a oficiales regulares leales para que las dirigieran o, como mínimo, asesoraran a sus jefes. Los dos hermanos Galán, Francisco y José María, teniente de la guardia civil el uno y de carabineros el otro, ambos comunistas, y hermanos del «héroe de Jaca», mandaban las milicias que se dirigieron hada Somosierra, al lado de miembros destacados de la CNT de Madrid, como Cipriano Mera o Teodoro Mora.

Otra columna avanzó en dirección a Ávila, para cortar las comunicaciones de aquella ciudad con el paso del Alto del León. Ésta iba dirigida por el coronel Mangada, el excéntrico oficial poeta (vegetariano, nudista y teósofo), famoso en el ejército por su radicalismo. Aunque conquistó varios pueblos donde la guardia civil se había declarado a favor de los nacionalistas, Mangada no pasó de Navalperal, a veinte kilómetros de su objetivo, ya que, a pesar de su popularidad, temía perder la comunicación con Madrid. Los nacionalistas explicaron el hecho de que no avanzara contra la ciudad de

Santa Teresa, que estaba muy pobremente defendida, diciendo que la santa se había aparecido a Mangada y le había engañado diciéndole que Ávila estaba «llena de hombres armados». A pesar de todo, el avance de Mangada fue suficiente para que sus hombres lo llevaran en paseo triunfal por Madrid hasta la Puerta del Sol y lo elevaran al rango de general. Se había enfrentado con una fuerza dirigida brutalmente, aunque de forma incompetente, por el comandante Lisardo Doval, y el fracaso de Doval dio a Mangada una reputación que no merecía[679].

Entretanto, las batallas del Alto del León y Somosierra, los primeros auténticos encuentros de la guerra civil, se libraban con ferocidad extraordinaria. La República jugaba con ventaja, porque, aunque el número de hombres de ambos bandos debía de ser equivalente contaba con los tres regimientos de artillería de Madrid, y su proximidad a Madrid le daba una superioridad logística. Tenían unos 100 000 fusiles y la superioridad aérea. El gobierno, mediante un decreto oficial, había eximido a todos los soldados de su deber de obedecer a sus oficiales (contribuyendo así a dejar a los oficiales rebeldes sin tropa) y luego había requerido la formación de veinte batallones de voluntarios, a las órdenes de oficiales regulares, que se compondrían de exsoldados y lucharían al lado de las milicias. Pero los conflictos entre los intereses de los jefes militares y los de los dirigentes políticos eran incesantes. Por ejemplo, los anarquistas abandonaron un puesto que controlaba los depósitos de agua de Madrid debido a diferencias con el mando republicano. Esto no se supo por pura casualidad[680].

En ambos bandos, los prisioneros eran fusilados[681]. Los combates aéreos fueron poco importantes, igual que en Aragón, y, en realidad, no parecía muy útil tener todos los

cazas que tenía la República si casi no había cazas enemigos que atacar, y sólo había unos pocos bombarderos capaces de producir grandes efectos en el campo de batalla[682]. El escaso número de aviones nacionalistas tuvo unos efectos claramente desmoralizadores. Nunca sabremos cuántos hombres murieron aquellos días; porque nadie sabe cuántos salieron para el frente, ni quiénes eran: desde luego, no murieron más de 5000. A juzgar por la gran cantidad de oficiales regulares que murieron en el bando republicano, capitanes de la guardia civil o de la guardia de asalto, las bajas entre los milicianos debieron de ser muy numerosas, debido a la confusión entre grupos de milicianos y grupos regulares, y también al ingenuo valor de los milicianos. (El falangista Onésimo Redondo fue muerto por unos milicianos que habían penetrado más allá de las líneas, en una emboscada, en el pueblo de Labajos, en la carretera de Madrid). En el lado republicano, el coronel Castillo, que tenía el mando en el Alto del León, fue muerto por sus propios hombres, o quizá se suicidó al enterarse de que su hijo había muerto en una acción. Pero no era fácil para un oficial mandar un cuerpo de hombres que se empeñaban en hacer una votación antes de atacar. El capitán Condés y Luis Cuenca, los hombres relacionados con la muerte de Calvo Sotelo, murieron aquí, con muchos otros de su generación pertenecientes a la guardia de asalto y al movimiento juvenil socialista.

Al igual que los efectivos que habían salido de Barcelona, los milicianos de Madrid (que probablemente, en agosto, sumaban un total de 40 000) fueron organizados en columnas de trescientos hombres cada una, aproximadamente. Los batallones adoptaron nombres distintivos, muchos de ellos evocadores de antiguas revoluciones y lejanas luchas callejeras, como «Comuna de

París» o «Primero de Octubre». Otros adoptaron el nombre de dirigentes políticos contemporáneos, como «la Pasionaria». Había varios batallones conocidos por el nombre de «Batallón de Acero», que se llamaban así porque se suponía que eran cuerpos escogidos de los sindicatos o los partidos políticos que los habían formado. Las columnas organizadas por el ministerio de la Guerra eran mandadas por oficiales regulares, pero los batallones de milicianos no. La más famosa de las milicias republicanas que fueron a la sierra fue el Quinto Regimiento, organizado por el Partido Comunista[683].

Esta fuerza se basaba en la milicia comunista, la MAOC; pero otros se fueron sumando a ella a consecuencia de la campaña de reclutamiento organizada por «la Pasionaria», y su primer cuartel general fue el convento salesiano de la calle de Francos Rodríguez, en Madrid[684]. A finales de julio, habían salido para el frente mil miembros del Quinto Regimiento[685]. Tenía sus propias reservas, su propio sistema de abastecimiento y artillería propia. Además adoptó el uso de comisarios políticos igual que el Ejército Rojo en la guerra civil rasa, con el fin de explicar muy claro a los soldados para qué estaban luchando. En teoría, en el Quinto Regimiento, igual que en el Ejército Rojo, los comisarios estaban vinculados a los jefes de todos los niveles inferiores al de comandante de la compañía. También en teoría, para cada orden era necesario el visto bueno de los comisarios. Pero no se cumplía ninguna de estas estipulaciones. El comandante en jefe era un joven comunista llamado Enrique Castro Delgado[686]. Pero los verdaderos inspiradores eran el diputado comunista por Cádiz, Daniel Ortega, y el comunista italiano Vittorio Vidali («Carlos Contreras»). Este último era un revolucionario profesional infatigable, implacable e imaginativo. Por ejemplo, no tardó en adquirir

la reputación de que fusilaba a los cobardes, mientras que, por otra parte, hacía marcar el paso al Quinto Regimiento contratando los servicios de la banda de la UGT de Madrid, bajo la dirección del compositor Oropesa[687]. Bajo la guía de «Carlos», aparecieron algunos jefes militares famosos, sobre todo, Enrique Líster, un antiguo picapedrero, y Juan Modesto, un exleñador que había sido uno de los organizadores de la MAOC desde 1933 y había mandado a tropas nativas cuando era cabo, en Marruecos. A Líster, cuando era niño, lo habían llevado de Galicia a Cuba, donde había aprendido la política entre los obreras de la construcción de La Habana, en tiempos del dictador Machado; en 1931, se había unido a los comunistas en una cárcel asturiana; había pasado tres años en Moscú, estudiando y trabajando en el metro, y había regresado el mes de septiembre anterior. Probablemente los verdaderos encargados de la instrucción del Quinto Regimiento eran un exiliado portugués, el capitán Oliveira, y el «capitán Benito» Sánchez, uno de los oficiales que habían sido condenados por rebelión después de los hechos de 1934. Otro dirigente comunista que aparecería (aunque no en el Quinto Regimiento) durante las batallas de la sierra fue Valentín González, «el Campesino», que se hizo célebre por su barba, su volubilidad y su fuerza física. Sus enemigos decían que tanto su nombre como su barba le habían sido impuestos por los comunistas para atraer a los campesinos al Partido Comunista. Él decía que se le había conocido con aquel apodo desde que, a la edad de 16 años, había hecho saltar por los aires con explosivo a cuatro miembros de la guardia civil en un solitario puesto de vigilancia de Extremadura y luego se había refugiado en el monte. Más tarde había luchado en Marruecos, en ambos bandos, según él. Era un jefe guerrillero brillante, aunque probablemente no era

indicado para el mando que se le entregó más adelante de una brigada y una división.

El episodio más famoso de este período de la guerra española tuvo lugar en Toledo. Desde Madrid, el ministro de Instrucción Pública, el ministro de la Guerra y el general Riquelme habían estado telefoneando furiosos al coronel de infantería Moscardó, de 58 años, jefe de la guarnición nacionalista que todavía resistía en el Alcázar, para intentar convencerle de que se rindiera. Finalmente, el 23 de julio, Cándido Cabello, un abogado republicano de Toledo, telefoneó a Moscardó para decirle que, si el Alcázar no se rendía en un plazo de diez minutos, fusilaría a Luís Moscardó, el hijo del coronel, de 24 años de edad, al que había capturado aquella mañana. «Para que vea que es verdad, le va a hablar», añadió Cabello. «¿Qué ocurre, hijo mío?», preguntó el coronel. «Nada —respondió su hijo—, que dicen que me fusilarán si el Alcázar no se rinde». «Si fuera cierto —replicó Moscardó—, encomienda tu alma a Dios, grita "¡Viva España!", y muere como un héroe. Adiós, hijo mío, un último beso». «Adiós, padre —contestó Luís—, un beso muy grande». Cabello se volvió a poner al teléfono, y Moscardó le comunicó que el período de gracia no era necesario. «El Alcázar no se rendirá jamás», aseguró, y colgó el teléfono. Sin embargo, Luís Moscardó no fue fusilado inmediatamente, sino que fue ejecutado con otros prisioneros delante de la sinagoga del Tránsito el 23 de agosto, como represalia por un bombardeo aéreo[688]. Este episodio heroico se convirtió en leyenda en la España nacionalista. Posteriormente, se ha dicho que el teléfono ya estaba cortado el 23 de julio, y que en aquellos momentos nadie registró la conversación telefónica. A pesar de todo, es seguro que hubo alguna conversación de este tipo.

El Alcázar permaneció sitiado. Aunque escaseaban los

alimentos, había agua y municiones. Las provisiones no tardaron en incrementarse gracias a una incursión en unos graneros cercanos, de donde volvieron con dos mil sacos de trigo. La carne de caballo (al comienzo del sitio había 177 caballos en el Alcázar) y el pan fueron los alimentos básicos en el Alcázar. Con el paso de los días, Moscardó dejó de ser el verdadero jefe del Alcázar, siendo sustituido por el coronel de la guardia civil local, Pedro Romero Bassart. Pero Moscardó siguió siendo el símbolo heroico. El número de atacantes variaba entre los 1000 y los 5000, muchos de los cuales eran «turistas» de guerra, que salían de Madrid con su mujer o su novia para pasarse la tarde tiroteando[689]. En cuanto a los rehenes que se llevaron consigo los defensores al principio, de ellos nunca más se supo, y es de suponer que todos (eran cincuenta) tuvieron el mismo fin que Luís Moscardó, al otro lado de las líneas.

Mientras el Alcázar de Toledo seguía resistiendo, el cuartel de Loyola, en San Sebastián, se rindió a los vascos el 27 de julio, y la guardia civil de Albacete fue arrollada el 25 de julio. Los oficiales de Valencia también fueron asaltados en sus cuarteles el 31 de julio, después de sublevarse contra ellos los suboficiales y los soldados. Los que no resultaron muertos en el asalto fueron juzgados y, en muchos casos, ejecutados. Los puntos de resistencia nacionalista dentro del territorio republicano se redujeron, a partir de entonces, a Oviedo, el cuartel de Simancas en Gijón, el Alcázar, y uno o dos puntos aislados en Andalucía.

Al mismo tiempo, la línea que dividía a las dos Españas sé iba alterando en el sur, en el norte y en el nordeste. Aunque todavía eran pocos, los miembros del ejército de África, legionarios y regulares, que habían sido transportados a través del estrecho de Gibraltar, fueron suficientes para ampliar sustancialmente el área que dominaba el general

Queipo de Llano desde Sevilla. Huelva, toda la costa del sur desde ese puerto hasta la frontera portuguesa, las tierras (ricas en tiempos, aunque ahora abandonadas) que hay entre Sevilla, Cádiz y Algeciras, y entre Sevilla y Córdoba, pasaron a poder de los nacionalistas, después de una serie de marchas rápidas realizadas por oficiales y soldados entrenados en las guerras de Marruecos[690]. Por lo tanto, en vez de controlar en Andalucía solamente las pocas ciudades donde había triunfado el alzamiento, los nacionalistas tenían un territorio compacto que era como una herida en el corazón del sur revolucionario. De momento, Granada y varias ciudades en su camino estaban todavía sitiadas. Pero su liberación no parecía lejana. En todas estas ciudades o pueblos, cuando eran conquistados, se realizaban sangrientas represalias como compensación por las atrocidades de los días precedentes.

Entre Barcelona y Madrid, los dos principales centras y frentes republicanos, la línea de batalla no era fija. La columna que había conquistado Guadalajara y Alcalá avanzó para tomar la ciudad catedralicia de Sigüenza. Pero eran imposibles nuevos avances, igual que en el lado nacionalista, por escasez de municiones. Desde Valencia, una columna de milicianos salió hacia el noroeste, hacia Teruel, la más meridional de las ciudades rebeldes de Aragón. La guardia civil, que formaba parte de aquella fuerza, se pasó a los nacionalistas en cuanto llegaron al frente. Aunque Teruel fue rodeado por tres lados, y mataron a su jefe nacionalista, el comandante Aguado, no se hizo ningún progreso de cara a su conquista. Aquí, como en todas partes, la revolución ocupó a los milicianos tanto como la guerra. La confusión de la región aumentó al dejar en libertad a los delincuentes comunes del penal próximo de San Miguel de los Reyes. Estos delincuentes ingresaron sobre todo en la Columna de

Hierro, de la CNT. Uno de los convictos puestos en libertad (que tenía 34 años en el momento de la liberación, y llevaba once en la cárcel) describía cómo él y sus compañeros «cambiaron el sistema de vida en los pueblos por donde pasaban, aniquilando a los caciques feroces que intranquilizaron la vida de los campesinos, después de robarles, y poniendo la riqueza en manos de los únicos que supieron crearla: en manos de los trabajadores...». Añadía que la burguesía (que, según él, seguía controlando las cosas) tramó la posterior destrucción de la Columna de Hierro, porque «únicamente al burgués han podido y pueden perjudicar nuestras actividades, nuestras rebeldías, y estas ansias locamente incontenibles que llevamos en nuestro corazón de ser libres, como las águilas en las más altas cimas, o como los leones en medio de las selvas»[691].

Sin embargo, aunque la retórica inspirara los corazones de los combatientes, los ferrocarriles tenían también mucha importancia para transportar hombres y provisiones de las ciudades a los frentes, y de una ciudad a otra. Detrás de las líneas republicanas, la CNT se esforzaba por mantener en circulación los mismos trenes que había antes de la guerra, lo cual era un derroche, ya que había menos viajeros y las necesidades eran diferentes.

Entre estos campos de batalla principales, a lo largo de la línea divisoria a la que pronto llamarían todos «el frente», de unos 3000 kilómetros de longitud, había muchas brechas por donde era fácil, desde las dos zonas, pasarse a la otra España. Muchos refugiados, en estas primeras semanas, pasaron secretamente de una zona a la otra. Así, muchos guardias civiles «leales» se unieron a sus amigos, mientras que otros escaparon en lanchas. Y así, gradualmente, las pasiones en España maduraron, o se degradaron, al canalizarse en una guerra regular.

La guerra que empezaba entonces era, en muchos aspectos, una guerra de clases. Pero, como es habitual en tales circunstancias, eso significaba concretamente que la clase media estaba dividida. Hubo innumerables casos de padres e hijos o hermanos que estaban en diferentes bandos. El general Pozas, jefe de la guardia civil y ministro republicano de la Gobernación, tenía un hermano que luego fue ayudante del general Mola; el coronel Romero Bassart, asesor militar de las milicias de Málaga, tenía un hermano que fue quien en realidad dirigió la defensa del Alcázar de Toledo; el hermano del jefe de la armada republicana, almirante Buiza, moriría pronto en Andalucía luchando dentro de la legión. Hidalgo de Cisneros, que no tardaría en convertirse en jefe de la fuerza aérea de la República, también tenía un hermano con Franco. En 1936, cuatro hermanos Pérez Salas estaban combatiendo en el ejército republicano, y un quinto estaba con los carlistas, en la columna de Beorlegui. El propio Franco, como ya hemos dicho, condenó a muerte a un primo hermano suyo. (Otro primo hermano, y hermano de su ayudante, era Hermenegildo Franco Salgado, capitán del Libertad, fue asesinado por sus marineros en El Ferrol). Carlos Baraibar, director de *Claridad*, y consejero de Largo Caballero para asuntos militares, tenía un hermano que era oficial de ingenieros de Franco. Esta lista podría alargarse indefinidamente. Indudablemente, la burguesía supo lo que significaba la lucha de clases. Y no sólo la burguesía; la aflicción de Largo Caballero ante la noticia (falsa) de que habían fusilado a su hijo favorito en la zona nacionalista afectó a su claridad de juicio. Hasta Durruti tenía dos hermanos que eran falangistas. «Casi todo el mundo tenía a alguien en el otro bando», comentaba un antiguo partidario de la CEDA, que acabó luchando al lado de las derechas. Y

añadía, con amargura, aunque quizá con poca exactitud: «La inmensa mayoría no quería combatir con un bando ni con el otro»[692].

La rebelión de las derechas fue, en muchos aspectos, una rebelión juvenil. El nombramiento para la jefatura de la junta de defensa de Cabanellas, un general de 64 años, oscurece el hecho de que Franco era el general de división más joven, y de que los dirigentes de la Falange tenían, en su mayoría, veinte años menos que los de sus enemigos socialistas o republicanos de izquierdas. Las familias quedaron a menudo divididas en la guerra civil, pero no así las generaciones, o, por lo menos, no de una manera tan obvia.

El total de hombres movilizados en 1936 era, sobre el papel, ligeramente superior a 100 000 en el ejército de la península y 30 000 en Marruecos, junto con 33 000 guardias civiles, 14 000 carabineros y 18 000 guardias de asalto. Pero en España las cifras sobre el papel nunca son la ultima palabra, ya que, como de costumbre, alrededor de un tercio de los reclutas estaban de permiso: los hombres eran llamados a filas en febrero, se les daban tres meses de instrucción, y luego tenían permiso como mínimo durante el verano, y quizá durante el resto del servicio militar. Así pues, el total de hombres que realmente servían en el ejército español era de unos 66 000, de los cuales unos 34 000 estaban en la zona republicana (además de unos 12 000 que estaban de permiso) y unos 32 000 en la zona rebelde (más 13 200 de permiso). Por otra parte, el ejército de África, de unos 30 000 hombres, estaba plenamente con los rebeldes. Probablemente alrededor de 18 000 guardias civiles estaban con el gobierno, frente a 14 000 que estaban con los rebeldes; y 4000 carabineros con el gobierno, mientras que 10 000 con los rebeldes. En cuanto a la fuerza aérea, 3000 estaban

probablemente con el gobierno y 2000 con los rebeldes; mientras que, en lo que respecta a la marina, las cifras podrían ser de 13 000 leales y 7000 rebeldes[693].

Estos cálculos ignoran la existencia de una cantidad igualmente grande de hombres, también en ambos bandos, que eran «leales» o «rebeldes» sólo por accidente geográfico. Y, en la guerra moderna, los hombres no significan mucho, si se consideran aparte de sus armas, organización y entrenamiento. Por ejemplo, los 30 000 hombres de la legión y de los regimientos de Marruecos constituían una fuerza excelente, aunque brutal; el único problema era transportarlos a la península. Los reclutas de la península a menudo eran analfabetos y tan desconocedores de la disciplina como los anarquistas. Además, muchos de los oficiales regulares y suboficiales que se mantuvieron leales a la República no eran veteranos de África, y, por ello, tenían poca experiencia de combate. De unos 12 000 oficiales que estaban en servicio activo o retirados, probablemente unos 7000 se pusieron al lado de los rebeldes, o, como mínimo, éstos pudieron contar con ellos (incluidos oficiales de la guardia civil e incluidos unos 2750 de África). Al principio de la guerra había unos 5000 oficiales en lo que se convirtió la zona republicana. De éstos, 1500 fueron fusilados y otros 1500 expulsados del ejército. Alrededor de 1000 se escondieron en embajadas u otros lugares, y quizás huyeron a la España nacionalista. En teoría, el gobierno debería de haber dispuesto de unos 1000 jefes y oficiales en activo (incluidos más de 20 generales). Además había muchos oficiales retirados, algunos de los cuales estuvieron encantados de que los llamaran de nuevo para servir en el ejército, aunque algunos fueran desleales[694].

En cuanto a las armas, probablemente había más de medio millón de fusiles o armas portátiles, en total, en España y

Marruecos: la guardia civil, los guardias de asalto y la policía local del País Vasco y Cataluña tenían unos 100 000 fusiles, y el ejército unos 400 000. La armada tenía unos 30 000 fusiles, y la fuerza aérea, 6000. En su mayor parte eran Mausers de 1893. También había unos 3000 rifles automáticos, de tipo Trapote, hechos en España, y 1650 ametralladoras Hotchkiss, compradas a Francia. De este armamento, el gobierno probablemente tenía, después de la rebelión, algo más de la mitad de los fusiles (quizá 275 000) y tal vez una tercera parte de las armas automáticas. Nadie sabe cómo, muchas armas útiles militarmente estaban, antes de la guerra, en manos de particulares o en manos de los partidos políticos. El gobierno conservaba unas 400 de las 1000 piezas de artillería que había en el país, así como las fábricas de armas de Trubia, Reinosa y Plasencia de las Armas. Toda esta artillería era anticuada, en su mayor parte fabricada por Schneider, pero, a pesar de todo, no era fácilmente coordinable: los obuses iban de los 105 a los 155 milímetros, los cañones de los 70 a los 150 milímetros, y la artillería costera era de mayor calibre. Pero en las fábricas de armas, de municiones y de explosivos (en Toledo, Murcia, Galdácano, Guemica, Éibar y La Manjoya), había posibilidades de renovación y de nueva producción. En cuanto a los tanques, en 1936, en toda España no había más que veinte: los rebeldes tenían ocho, y la República doce. En general, al gobierno no le faltaban armas en 1936. Lo que le faltaba era mando militar, organización, eficiencia y disciplina.

En el país había unos 400 aviones: alrededor de cien eran aviones civiles, o particulares o utilizados para el correo[695]. La marina tenía unos cien aviones, sobre todo hidroaviones[696] mientras que la fuerza aérea propiamente dicha (una división del ejército, mandada por oficiales

regulares del mismo) tenía 50 cazas, 100 aviones de reconocimiento y 30 bombarderos ligeros[697]. Muchos de los aviones militares (quizás un tercio) estaban en mal estado, no estaban armados, o no podían volar por alguna otra razón. Por consiguiente, en julio de 1936 resultó que había unos doscientos aviones utilizables en manos del gobierno, mientras que los rebeldes tenían algo menos de 100[698]. El gobierno conservaba las cuatro escuadrillas de combate que había en España, con base en Getafe y Barcelona, y una escuadrilla de patrulla[699]; los rebeldes no tenían ninguna escuadrilla completa, sólo unos 10 cazas que, por casualidad, estaban en uno de los pocos aeródromos que cayeron en sus manos. Los 90 aviones de reconocimiento Breguet XIX estaban repartidos casi equitativamente entre ambos bandos. La República tenía cinco bombarderos Fokker, frente a los tres que tenían los rebeldes (incluido el que llevó los primeros legionarios a Sevilla), y cuatro bombarderos Dragón De Havilland, frente a uno que tenían los rebeldes (el avión que llevó a Barcelona al desdichado general Núñez del Prado). La República conservaba los cuatro Douglas DC2, y algunos bombarderos Dornier Wal comprados por el ejército el año anterior, así como la mayor parte de la aviación naval. Los aviones correo y unos cincuenta aviones ligeros siguieron con el gobierno, pero los rebeldes tenían una docena de aviones deportivos muy útiles pertenecientes al aeroclub de Andalucía. Las reservas de bombas y municiones en ambos bandos eran insignificantes. De los pilotos de la aviación militar, 150 eran republicanos y unos 90 nacionalistas, pero los rebeldes podían recurrir a algunos pilotos particulares o retirados, y podían entrenar rápidamente a otros para volar[700].

En cuanto a la marina, aquí, al parecer, el gobierno tenía una superioridad mucho mayor que en las otras armas, ya

que en sus manos estaban el viejo acorazado *Jaime I*, tres cruceros (el *Libertad*, el *Miguel de Cervantes* y el *Méndez Núñez*), veinte destructores modernos y doce submarinos. Los rebeldes sólo tenían el gemelo del *Jaime I*, el acorazado *España*, igualmente viejo, y que entonces estaba en un dique seco; los cruceros *República*[701] (un navío viejo) y *Almirante Cervera*, un destructor, *El Velasco*; cinco cañoneras; dos submarinos y algunos guardacostas. La ventaja del gobierno era sólo aparente. Los rebeldes tenían el principal astillero de la marina en El Ferrol, donde estaban a punto de terminar dos nuevos cruceros, el *Canarias* y el *Baleares*, junto con los dos únicos dragaminas de España. También tenían una pequeña base naval en Cádiz y un puerto en Algeciras. Frente a esto, la República sólo tenía el pequeño astillero de Cartagena, y ningún dique seco adecuado para sus cruceros: en Mahón (Menorca) había uno adecuado para destructores y submarinos, pero no para embarcaciones de mayor calado. Y, cosa muy importante, la revolución en la flota significó que la República sólo podía contar con 2 almirantes de un total de 19, 2 capitanes de navío de un total de 31, 7 capitanes de fragata de un total de 65, y sólo 13 capitanes de corbeta de un total de 128. Además, estos pocos oficiales estaban desmoralizados por el asesinato de muchos de sus compañeros y la inseguridad de su propia posición. Pero otras cosas favorecían a los republicanos en el mar, Los puertos de Barcelona y Bilbao podían acondicionarse para servir a una armada, y tenían más de las dos terceras partes de la flota mercante de España (unos 1000 barcos, muchos de los cuales podían fácilmente convertirse en barcos de guerra).

Si la guerra iba a ser una lucha prolongada, la República parecía estar en una posición fuerte desde el punto de vista económico: tenía la mayor parte de la industria, en Cataluña

y en el País Vasco, sedes de la industria textil y metalúrgica de España, respectivamente. En Asturias, controlaban el carbón del país, y tenían las fábricas de productos químicos y explosivos. Tenían las reservas de oro del Banco de España. Además, tenían las dos ciudades de España donde había más de un millón de habitantes (Madrid y Barcelona), y cinco de las nueve restantes que pasaban de los 100 000 habitantes[702]. Tal vez controlaban una población de unos catorce millones de personas, frente a los diez millones que controlaban los rebeldes, y, así como Burgos, Pamplona y, quizás, algunas otras ciudades del norte estaban entusiásticamente a favor del alzamiento, en Zaragoza, Sevilla, Granada y Córdoba, evidentemente, el entusiasmo no era indescriptible, ni de lejos. El gobierno probablemente tenía dos terceras partes de los 200 000 automóviles que había entonces en España, la mayoría de los 60 000 autobuses y camiones, la mayoría de las 4000 locomotoras, y los 100 000 vagones. En cambio, las áreas de cultivo de cereales de España estaban repartidas casi equitativamente, aunque, al cabo de unas semanas, los avances nacionalistas darían a los rebeldes dos tercios de las zonas trigueras. Los rebeldes tenían los corderos de Castilla y Extremadura, los cerdos de Galicia y Extremadura, y el ganado vacuno de Galicia y Castilla. Los rebeldes contaban también con la mayor parte de la producción de queso y mantequilla, con las regiones donde se cultivaba el algodón, el azúcar, las patatas y el lino, y con la industria pesquera. En cambio, el gobierno tenía las mejores zonas de cultivo del aceite y del vino, en La Mancha y Cataluña (aunque no tenían la Rioja), y de la fruta, y las regiones arroceras y las huertas de la costa mediterránea. Los nacionalistas tenían gran parte de los bosques, incluidos los alcornoques de Extremadura y las frondosas colinas de Galicia; también tenían el estaño, el

cobre y el manganeso, lo cual compensaba parcialmente el hecho de que la República controlara el hierro. Pero Almadén, con su mercurio, se encontraba en la España republicana. A finales de julio de 1936, la España republicana contribuía al presupuesto en un 70%, y la España nacionalista sólo en un 30%. El gobierno controlaba unos 380 000 kilómetros cuadrados, y los rebeldes sólo 175 000. Pero el hecho de que los rebeldes poseyeran Marruecos, los dos archipiélagos de las Canarias y las Baleares (excepto Menorca), y la mayor parte del territorio colindante con Portugal, que para ellos era un país amigo, les daba una ventaja estratégica. Por otra parte, la República tenía los dos principales accesos a Francia, por ferrocarril y por carretera, así como la costa del norte.

En esta situación equilibrada, aunque trágica, los dos contendientes empezaron a pensar, cada uno por su parte, en procurarse la ayuda decisiva del extranjero. Ambos pensaban, también cada uno por su parte, que la mejor forma posible de ayuda sería que enviaran aviones (aunque Mola andaba escaso de municiones y, por esa razón, básicamente, no pudo avanzar a finales de julio). El avión era él factor desconocido. Parecía el arma del futuro; así pues, la guerra que entonces empezaba sería la primera guerra en la que el aire sería algo importante (así como había sido la primera rebelión de la era del teléfono).

20

Las relaciones de España con el resto de Europa. — La República y Francia. — La República y Rusia. — Franco y Hitler. — La situación de Inglaterra.

Durante muchas generaciones, España había tenido poca participación en la política internacional, y los asuntos extranjeros habían tenido un papel secundario en la política nacional. Durante los primeros años de la República, España había sido un miembro respetuoso de la Sociedad de Naciones, aunque Gil Robles había criticado que ésta hubiera condenado a Mussolini. Y ahora, a pesar de que la guerra civil española se convertiría en una crisis internacional, a pesar de que ambos bandos no tardarían en acusarse el uno al otro de provocar una invasión extranjera, a pesar de que, en los solitarios valles de Aragón, resonarían gritos de «¡aquí no queremos extranjeros!» como lemas de combate, y a pesar de que casi todos los extranjeros que han escrito sobre la guerra hablan de algún español, de uno u otro bando, que deseaba que los «extranjeros» dejaran a los españoles librar sus propias batallas, no fueron las potencias de Europa quienes insistieron en intervenir, sino que fueron los propios españoles los que, para empezar, buscaron ayuda en el exterior[703].

Estos llamamientos fueron la culminación de varias generaciones de ambigüedad en los sentimientos de los españoles hacia el mundo exterior. ¿Había que emular a

Europa, o había que mantenerla a cierta distancia? En el primer caso, ¿de dónde había de venir la inspiración?, ¿de la marcial Alemania o de la pacífica Inglaterra? Unamuno y pensaba que «japonizar» a España destruiría toda posibilidad de resurgimiento nacional. Este «africanismo» hacía muy simpático a Unamuno para las derechas, que, desde 1808, habían considerado afrancesado a cualquier reformador. Pero las derechas no eran consecuentes. Los que acusaban a los socialistas de ser «antiespañoles» pasaban el verano en Biarritz. Si los católicos veían en la masonería una maquinación internacional, los masones tenían la misma justificación para creer que los que eran fieles a la Iglesia de Roma estaban metidos en una conspiración de igual magnitud, dirigida por el Papa, y también por el Papa Negro. Desde luego, la clase media de España tenía fuertes vinculaciones comerciales y financieras con otros países. El sistema telefónico español era propiedad de la famosa International Telegraph and Telephone Company[704]. Otros intereses norteamericanos (que sumaban un total de 80 millones de dólares) eran la General Motors, la Ford, la Firestone Rubber, y algunas sociedades algodoneras[705]. La Compañía Inglesa de Río Tinto poseía gran parte de los yacimientos de cobre y piritas, y la Tarsis Company, de Glasgow, también era dueña de muchos yacimientos españoles de cobre. La compañía Armstrong poseía la tercera parte del corcho español. La sociedad de aguas de Sevilla era también de propiedad inglesa. Gran Bretaña, el mayor inversor extranjero, tenía unos 40 millones de libras (194 millones de dólares) invertidos en España, de un total de 200 millones de libras (970 millones de dólares) que era el capital extranjero invertido en el país[706]. Los franceses controlaban las minas de plomo de Peñarroya y San Plato, y habían construido los ferrocarriles. El total de su inversión

era de unos 28 millones de libras (135 millones de dólares). Los belgas también tenían grandes intereses en la producción maderera española, en tranvías y ferrocarriles, y en las minas de carbón de Asturias. Una compañía canadiense había organizado la distribución de electricidad en Cataluña. Estas inversiones, las más importantes de las numerosas inversiones extranjeras, eran grandes intereses en un país tan poco desarrollado como España. Estados Unidos, Alemania, Inglaterra y Francia proporcionaban respectivamente el 34%, el 28%, el 22% y el 12% de las importaciones españolas, e Inglaterra, Alemania, Francia y Estados Unidos recibían el 43%, el 26%, el 12% y el 10% de las exportaciones. Hacía muchos años que el mineral de hierro español era un elemento habitual en la industria inglesa del hierro y del acero —en 1935, el 57% de la producción española fue a Inglaterra— y el mineral de hierro con destino a Inglaterra ocupaba a la mayor parte de la flota mercante española. La Falange, con todo su nacionalismo, no representaba la tradición española más que los anarquistas, por ejemplo; y, aunque es cierto que, antes de la guerra civil, en España aumentó la propaganda rusa, también es cierto que existía mucha información sobre la Alemania nazi. El partido nazi tenía unos 600 seguidores entre la colonia alemana en España, que se elevaba a unas 13 000 personas[707]. La sección española del Frente Alemán del Trabajo tenía más de cincuenta delegaciones. Las agencias turísticas y las librerías alemanas proliferaron durante los meses anteriores a la guerra civil, aunque la principal actividad de los nazis era la de examinar la conducta de los funcionarios y diplomáticos alemanes. En un momento en que se proponían tantas «soluciones» para los problemas de España, el ejemplo de la Alemania nazi, la disciplinada enemiga de la decadente Francia, ejercía,

naturalmente, una poderosa influencia sobre la imaginación de los jóvenes españoles de la clase media; y además, varios militares monárquicos tenían buen recuerdo de las relaciones con Alemania en los años veinte.

En un sentido amplio, la guerra civil española fue la consecuencia del influjo sobre España de las ideas que circulaban por Europa. Todas las principales ideas políticas de Europa, a partir del siglo XVI, habían sido recibidas con entusiasmo por un grupo de españoles, y rechazadas ferozmente por otro, sin que ninguno de los dos grupos mostrara ningún deseo de compromiso: el catolicismo romano universal de los Habsburgo, el absolutismo de los Borbones, el liberalismo revolucionario francés, el separatismo romántico, el socialismo, el anarquismo, el comunismo y el fascismo. Por lo tanto, era inevitable que la guerra iniciada en 1936 diera lugar a una crisis europea. Igual que en la guerra de sucesión, en la guerra de la independencia, y durante la primera guerra carlista, el prestigio, el dinero y, en algunos casos, los habitantes del resto de Europa, en 1936, llegaron a vincularse íntimamente con el conflicto español. Las ideas generales europeas habían llevado a los españoles al borde de la guerra. Y las potencias europeas quedaron complicadas en la guerra a petición de los españoles. Luego, las mismas grandes potencias fueron responsables de gran parte de su desarrollo, sobre todo por la ayuda que proporcionaron a uno u otro bando, cuando parecía que iba a perder. A lo largo de la guerra civil, la antipatía y la atracción alternativas que el resto de Europa siempre había sentido por España, y ésta por el resto de Europa, se reflejaron en las implicaciones internacionales de la contienda[708].

El 19 de julio por la noche, José Giral, el nuevo jefe del

gobierno de la República, envió un telegrama, *en clair*, al jefe del gobierno de Francia: «Sorprendido por un peligroso golpe militar. Le ruego nos ayude inmediatamente con armas y aviones. Fraternalmente, Giral»[709]. El hecho de que Giral pensara en comunicarse directamente con su colega francés se explica por la camaradería de la fórmula de despedida utilizada en el telegrama. Porque era probable que Léon Blum, el nuevo jefe del gobierno francés, socialista, acogiera con más simpatía una petición de ayuda que el embajador español en París, Juan Cárdenas, un diplomático de la vieja escuela[710]. (Ya se había anunciado la sustitución de este último por el político republicano de izquierdas Álvaro de Albornoz).

Léon Blum, aquel francés apasionado y sensible, era jefe del gobierno de Francia sólo desde el 5 de junio, a la cabeza de un gobierno de socialistas y radicales que contaba con el apoyo de los comunistas. Igual que el gobierno español, había surgido como resultado de una alianza electoral de frente popular. Aunque de inclinaciones pacifistas y ansiosos por resolver los problemas sociales de su país, Blum y sus colegas sabían que los apuros de la República española eran sumamente importantes para Francia. Porque, en aquella época, en París, Lyon y en todas las ciudades de Francia había muchas luchas callejeras entre las izquierdas y las derechas, entre los socialistas o comunistas y grupos fascistas, como La *Croix du Feu* y *L'Action Françoise*. La simpatía de Blum hacia la República se veía reforzada por cálculos estratégicos, ya que una España nacionalista sería probablemente hostil a Francia. Por lo tanto, cuando Blum recibió el telegrama de Giral, el 20 de julio por la mañana, llamó a su ministro de Asuntos Exteriores, Yvon Delbos, y a Édouard Daladier, ministro de la Guerra. Ambos eran radicales. Aunque tal vez se hubiera podido temer que

mostraran menos simpatía hacia la República española que los miembros socialistas del gobierno, se pusieron inmediatamente de acuerdo en que había que ayudar a Giral.

Mientras tanto, el 19 de julio a última hora, Luís Bolín, enviado por el general Franco, salió para Biarritz en el *Dragon Rapide*, que continuaba pilotado por el capitán Bebb, y luego para Roma, para solicitar oficialmente al gobierno italiano doce bombarderos, tres cazas y cierto número de bombas. Esta petición de Franco estaba firmada también por Sanjurjo, en Lisboa, y probablemente fue lo último que firmó antes de su muerte[711]. Al mismo tiempo, un parte nacionalista anunciaba orgullosamente que «los intereses de España no se encuentran solos en su lucha, mientras nuestra trompeta lanza sus sonidos más allá del estrecho de Gibraltar[712]»; mientras tanto, las autoridades británicas de Gibraltar ponían a la disposición del general Kindelán, el oficial más antiguo de los de las fuerzas aéreas que estaban con los rebeldes, líneas telefónicas para que él y sus amigos pudieran hablar directamente con Berlín y Roma durante las semanas siguientes[713].

El 21 de julio, al parecer también se produjo en Moscú la primera reacción ante la crisis española. Se celebró una reunión conjunta de las secretarías del Komintern y del Profintern (la entidad creada para coordinar la actividad comunista en los sindicatos occidentales), en la que se apoyó la idea de ayudar a la República, y se decidió celebrar una nueva reunión el 26 de julio[714]. La reacción de Stalin y del gobierno ruso ante el estallido de la guerra española (independientemente de la actitud que hubieran tenido antes los comunistas españoles) estuvo dictada por sus posibles repercusiones, teniendo en cuenta las necesidades de la política exterior rusa. Si, igual que en el caso de China en 1926, había que sacrificar las oportunidades de los

comunistas, se sacrificarían: los objetivos del comunismo no podían ser diferentes de los de Rusia. El miedo a una guerra había sido la causa de que Rusia abandonara su aislamiento de finales de los años veinte y entrara a formar parte de la Sociedad de Naciones en 1934, y de que firmara el pacto con Francia en 1935. Litvinov, el ministro de Asuntos Exteriores, había hablado elocuentemente en la Sociedad de Naciones en favor de la seguridad colectiva[715]. Una victoria nacionalista en la guerra civil española supondría que Francia se encontraría rodeada en tres de sus fronteras por países potencialmente hostiles. Con ello, sería más fácil para Alemania atacar a Rusia sin temor a ser atacada por Francia por la espalda. Sólo por esta razón, a Stalin le interesaba mucho impedir una victoria nacionalista.

Era evidente que la guerra española daba grandes oportunidades al Partido Comunista español, con su disciplina, su habilidad en la propaganda y su prestigio derivado de su relación con Rusia, pero, al mismo tiempo, nadie podía prever el poder que alcanzaría este partido. Sin embargo, si los comunistas se comportaban con arrogancia, Inglaterra y Francia se alarmarían. Probablemente por esta razón, Stalin no ordenó al Partido Comunista español y a sus principales agentes en España, Codovila y Stepanov, que aprovecharan al máximo cualquier oportunidad para hacerse con el control de la República española. Y también vaciló a la hora de enviar armas a España[716]. Para entonces, Stalin estaba a punto de iniciar una nueva etapa en sus purgas contra los antiguos bolcheviques. Esto quizás hizo que el dictador ruso escuchara con desacostumbrada atención a los dirigentes del Komintern de aquella época. Dimitrov, Togliatti y Marty, para citar sólo tres de los comunistas internacionales más importantes que entonces estaban en Moscú, debían de tener ideas propias sobre cuál había de ser

la reacción comunista ante la guerra de España. Podían observar cómo, mientras Stalin se entretenía, Trotsky ya le estaba llamando «aniquilador de la revolución española y traidor, cómplice de Hitler y Mussolini». Con prudencia de reptil, pues, parece ser que Stalin llegó a una conclusión respecto a España: no permitiría que perdiera la República, aunque no necesariamente la ayudaría a ganar. La continuación de la guerra le dejaría con las manos libres para actuar como le conviniera. Incluso podría hacer posible una guerra mundial en la que Francia, Inglaterra, Alemania e Italia se destruirían entre sí, mientras Rusia, el árbitro, se mantendría al margen[717]. Así pues, el gobierno ruso apoyaría la agitación en favor de la ayuda a España, de momento sólo en forma de alimentos y materias primas, y procuraría que los obreros rusos hicieran una «contribución». Se incrementaría el número de representantes del Komintern en España. El competente, cortés, educado y despiadado dirigente del partido comunista italiano en el exilio, Togliatti, que antes, durante un tiempo, había sido el encargado de los asuntos españoles e italianos en el Komintern, llegó, pues, a España, utilizando el nombre de «Alfredo», para dirigir la táctica del Partido Comunista español[718]. El comunista livornés Ettore Quaglierini se encargó de las publicaciones del Partido Comunista español y ayudó a su compatriota Vidali («Carlos»), como hemos visto, a organizar el Quinto Regimiento como un modelo de eficacia militar. Otro dirigente comunista internacional que fue a España fue el húngaro Erno Geroe, «Pedro» o «Gueré», que se hizo responsable de la dirección de los comunistas de Cataluña[719]. También siguieron en sus puestos los búlgaros Stepanov y Codovila, los dos representantes del Komintern que llevaban ya unos años en España[720]. La combinación de

un partido que se había desarrollado rápidamente y unos dirigentes inexpertos dio especial importancia a los funcionarios internacionales. Hombres como Stepanov entraron arrogantemente en el escenario de la historia revolucionaria española como si fueran dioses, desdeñando a los españoles, con un halo de misterio y poder, pero en realidad eran unos burócratas cínicos, que tenían mucho miedo a Stalin. El propio Stepanov, protegido por un equipo de secretarias como «Angelita», «un verdadero demonio, hermosa, pero fría y cruel», y «Carmen la Gorda», una rusa que se convirtió en la jefa de la sección de cuadros de las juventudes unificadas, estableció una verdadera tiranía sobre el comité central del partido[721].

La sección del Komintern de la Europa occidental, bajo la dirección de su brillante jefe comunista alemán Willi Muenzenberg, también se ocupó activamente, desde su cuartel general de París, de vincular la causa de la República española con la cruzada general antifascista, que había empezado cuando el gobierno soviético había adoptado las políticas gemelas del Frente Popular y de la seguridad colectiva[722]. En realidad, la guerra española fue un regalo de los dioses para los propagandistas del Frente Popular y de la causa antifascista y, por lo tanto, prosoviética. «*A notre secours, a votre secours*», decía Romain Rolland, el novelista francés cuyas actividades son una muestra de la breve alianza entre la literatura, el pacifismo y la amistad con Rusia, «*au secours de l'Espagne!*»[723].

Mientras en Moscú y París se discutían precipitadamente estos asuntos, el agente de Franco, el periodista Bolín, había llegado a Roma el 21 de julio. Al día siguiente, él y un monárquico, el marqués de Viana (que venía de ver al exrey Alfonso en Viena), visitaron al conde Ciano, el ministro italiano de Asuntos Exteriores. Unos años más tarde, Ciano

diría a Hitler que Franco había dicho que, con doce aviones de transporte, podría ganar la guerra en unos días[724].

Los primeros emisarios de Franco entusiasmaron a Ciano, pero, naturalmente, había que consultar a Mussolini. Para el Duce no estaba clara la relación que tenía Franco con los conspiradores monárquicos a los que él, Mussolini, había prometido ayuda en 1934[725]. Y, al parecer, Franco tampoco conocía los detalles de aquel acuerdo. Hasta que Mola no envió a Roma al monárquico Goicoechea, la principal figura de las conversaciones de 1934, el 24 de julio, los italianos no estuvieron dispuestos a tomarse en serio a los rebeldes españoles[726]. Pero, además, el 22 de julio, Franco realizó su primera tentativa para obtener ayuda de Alemania. En su nombre, el coronel Beigbéder, el antiguo agregado militar en Berlín, que se había instalado en el departamento de asuntos indígenas en Tetuán, envió una «petición muy urgente» al general Kuhlenthal, agregado militar alemán en París, acreditado también en Madrid, en la que solicitaba «diez aviones de transporte, con la máxima capacidad de asientos», que serían comprados a través de empresas comerciales privadas alemanas y llevados al Marruecos español por pilotos alemanes[727]. Estos aviones eran necesarios para transportar a través del estrecho al ejército de África, para lo cual sólo se contaba con los viejos Breguet. (Beigbéder conocía muy bien los antiguos lazos de Alemania con España en cuestiones de suministro de armas. Él y Kuhlenthal habían viajado juntos por Marruecos en 1935, y este último conocía a Franco desde la época de la revolución de Asturias).

El mismo día, un oficial de las fuerzas aéreas nacionalistas, el capitán Francisco Arranz, acompañado por Adolf Langenheim, jefe del partido nazi en Tetuán, y por Johannes Bernhardt, un negociante nazi de origen prusiano,

fueron a ver a Franco y, al día siguiente, salieron con una carta privada (de estilo «infantil», según Bernhardt) para Hitler, en la que se apoyaba la petición de Beigbéder. Viajaron en un Junker requisado a la Lufthansa en Las Palmas[728]. Bernhardt era un antiguo comerciante de azúcar, de Hamburgo, arruinado en 1929, que había llegado a Marruecos para emprender una nueva vida. En Tetuán, primero estuvo empleado en una compañía que vendía cocinas y equipo a la guarnición española. De esta manera se había hecho amigos entre los oficiales. Tanto él como Langenheim veían las posibilidades de obtener beneficios personales, además de influencia alemana, con la venta de material de guerra a los rebeldes[729]. Bernhardt estaba buscando un nuevo mercado; pensó irse a la Argentina.

Mientras tanto, en París, el embajador español, Cárdenas, visitó a Léon Blum y, en nombre de Giral, presentó una petición de 20 bombarderos Potez, 50 ametralladoras ligeras Hotchkiss, 8 cañones Schneider con municiones, 1000 fusiles Lebel, 250 000 cartuchos de ametralladora, un millón de cartuchos de fusil y 20 000 bombas. Dado que la industria de armamento francesa había sido nacionalizada, para realizar aquella compra se necesitaba la aprobación del gobierno francés. Con gran sorpresa de Cárdenas, Blum aceptó[730]. Pero, casi al mismo tiempo, en el Quai d'Orsay se recibió una llamada telefónica de Corbin, el embajador francés en Londres. Corbin, que personalmente se consideraba un hombre de derechas, era un intérprete celoso de los deseos ingleses. Según dijo el gobierno británico, estaba alarmado ante la reacción francesa con respecto a la crisis española. Anteriormente se había preparado una entrevista en Londres, para los días 23 y 24 de julio, entre los ministros de Asuntos Exteriores de Inglaterra, Francia y Bélgica, con el fin de discutir un posible acercamiento a Hitler y Mussolini

para firmar un nuevo tratado de seguridad colectiva entre las cinco potencias. Ahora Baldwin quería que Blum acompañara a su ministro de Asuntos Exteriores, Delbos, a Inglaterra para hablar de España. Blum accedió, siguiendo el consejo de Alexis Léger, el martiniqués secretario general del Quai d'Orsay (autor de *Anábasis*, y más tarde famoso por haber obtenido el premio Nobel con el seudónimo de Saint-John Perse)[731]. La pesadilla de Léger era que la Inglaterra de Baldwin pudiera apartarse de una Francia izquierdista para unirse a Alemania[732]. Al mismo tiempo, dimitía Cárdenas, el embajador español en París (a causa de sus simpatías nacionalistas), dejando encargados de la transacción de las armas a dos oficiales de las fuerzas aéreas españolas, Ismael Warleta y Juan Aboal, hasta que llegó de Ginebra Fernando de los Ríos, el profesor socialista y exministro, para hacerse cargo del asunto[733].

El 23 de julio, por la mañana, empezó la conferencia en Londres. Blum llegó a la hora del almuerzo. En el *hall* del hotel Claridge, Edén le preguntó: «¿Enviará armas a la República española?». «Sí», dijo Blum. «Eso es cosa suya —replicó Edén—, pero he de pedirle una cosa: sea prudente»[734].

Este consejo de Edén reflejaba naturalmente el deseo de paz que sentían los ingleses en aquellos momentos. El líder de la oposición, Clement Attlee, había manifestado las simpatías del Partido Laborista hacia sus camaradas españoles, cuando, el 20 de julio, había pedido «todo el apoyo posible»; sin embargo, la clase media y alta inglesa era partidaria de los nacionalistas; pero no había ni un solo político inglés que afirmara que su país había de complicarse a favor de uno u otro bando del conflicto. La cuestión era definir qué clase de neutralidad había que observar. El Partido Laborista, al principio, entendía que la neutralidad

significaba que se podía permitir a la República que comprara armas en Inglaterra como en cualquier otro lugar. En esto estaban en desacuerdo con los críticos conservadores del gobierno, como Winston Churchill, el cual, aunque era tan contrario a Alemania e Italia como lo era la oposición, no creyó inmediatamente que el conflicto español tuviera ninguna trascendencia para Inglaterra. A Churchill le alarmaba el carácter revolucionario de la República, y, unos días más tarde, escribió a Corbin para protestar contra la ayuda francesa a la República, y para exigir «una neutralidad absolutamente rigurosa»[735]. Edén, en el Foreign Office, intentó asegurar que se realizara esta política, tanto por parte de Inglaterra como de Francia, aunque él, personalmente, odiara los gobiernos dictatoriales. Los ingleses suponían que la remilitarización de la zona del Rhin en febrero y la conquista italiana de Abisinia habían saciado a los dictadores, a los cuales se podría convencer ahora para que colaborasen en la creación de un nuevo orden europeo. El estallido de «la crisis española» representaba, ante todo, un desdichado obstáculo para este proyecto. Las instrucciones que Baldwin dio a Edén fueron las siguientes: «De ningún modo, prescindiendo de lo que haga Francia o cualquier otro país, debemos entrar en la lucha al lado de los rusos»[736]. La única medida que había adoptado Edén, de hecho, había sido ordenar a los buques de guerra ingleses que se dirigieran a los puertos españoles para proteger las vidas inglesas[737]. También había recibido al embajador español, López Oliván, y le había dicho que no habría ninguna prohibición para la exportación de aviones civiles a España y que, aunque una petición de material militar requeriría un permiso especial, «se consideraría el caso»[738]. El mismo día, 28 de julio, Edén dijo al gobierno británico que se seguiría el «procedimiento ordinario» si el

gobierno español, o los rebeldes, querían comprar armas; y «desde luego estaba descartada la intervención»[739]. Entretanto, ya se había realizado la primera venta de aviones, privadamente: British Airways había vendido cuatro aviones Fokker para transporte de pasajeros, por 38 000 libras, a un representante de Franco, un tal señor Delgado, de la Compañía Petrolera Ibarrola, de Ceuta. Pero los franceses se negaron a dejarlos despegar de Burdeos cuando hicieron escala allí para repostar[740]. El 31 de julio, sin embargo, el gobierno británico presentó una prohibición unilateral de envíos de armas a España.

El embajador inglés en España, *sir* Henry Chilton, entretanto había trasladado la embajada británica a una tienda de comestibles de Hendaya, en el lado francés del Puente Internacional[741]. Era un diplomático sin imaginación, de la vieja escuela: su colega americano, Claude Bowers, cuyas simpatías estaban claramente con la República, Informó a Washington de que todo lo que hacía Chilton estaba «encaminado a atacar al gobierno y ayudar a los insurgentes»[742]. Además, Chilton estaba convencido de que la victoria de Franco sería mejor para Inglaterra[743].

La opinión pública inglesa no tardó en apasionarse tanto por la guerra española como lo había hecho por la revolución francesa. El Club del Libro de Izquierdas, del editor Víctor Gollancz, que se proponía editar cada mes un libro contra «el fascismo y la guerra», había empezado a funcionar en mayo. Inmediatamente después, se había creado el Club del Libro de Derechas. Este interés literario por la política era el reflejo de grandes problemas sociales, así como de las alarmas generales, morales o internacionales, que causaban el señuelo de Rusia, el declive de la religión, «el hundimiento de las tradiciones» y el ascenso de Hitler. La oposición laborista oficial al gobierno

de Baldwin parecía ineficaz. En el desierto político existente descollaban dirigentes competentes como Churchill y Lloyd George. La época quedaría bien definida por W. H. Auden en su poema *España 1937*:

> *Mañana, para los jóvenes, los poetas estallan como bombas,*
> *Para mañana los paseos junto al lago, las semanas de comunión perfecta;*
> *Para mañana las carreras de bicicletas*
> *Por los alrededores, las tardes de verano. Pero hoy, la lucha.*

Ahora es oportuno reproducir otros versos del mismo poema:

> *¿Qué te propones? ¿Construir la ciudad justa? Sí.*
> *Estoy de acuerdo. ¿O buscas el pacto suicida, la muerte romántica?*
> *Muy bien, lo acepto porque yo soy tu elección, tu decisión.*
> *Sí, yo soy España*[744].

Entre los intelectuales de izquierdas, España se convirtió en el centro de interés de su vida, su trabajo y su inspiración artística. Stephen Spender escribió que España «ofrecía un 1848 al siglo XX»[745]. Philip Toynbee, un universitario miembro del Partido Comunista, recordaba cómo las noticias de la guerra española le habían inducido a pensar que, por lo menos, «alguien se había quitado los guantes en la lucha contra el fascismo»[746]. Rex Warner, también simpatizante republicano, escribió que «España ha rasgado el velo de Europa». Entre la mayoría de los intelectuales, no hubo dificultad alguna para decidir qué bando de la guerra era «el bueno». Para Cecil Day Lewis, futuro poeta laureado, la guerra era un combate de «la luz contra la oscuridad». España daba a los intelectuales ingleses una sensación de libertad, la idea de estar colaborando con los desposeídos de un país semídesarrollado, y, sobre todo, la ilusión de que su «acción» podía ser eficaz[747]. «España» parecía una realidad, e Inglaterra una ficción, muy autocomplaciente, que sólo

podía ser despertada «por el estruendo de las bombas»[748].

Pero la sociedad británica, en general, se encontraba dividida: el *Morning Post*, el *Daily Mail*, el *Daily Sketch* y el *Observer* apoyaban a los nacionalistas, y el *News Chronicle*, el *Daily Herald*, el *Manchester Guardian*, el *Daily Express* y el *Daily Mirror* eran republicanos en un sentido amplio. *The Times* y *Daily Telegraph* intentaban ser imparciales. El *Punch* hizo su primera alusión a la guerra civil el 29 de julio, con uno de los famosos chistes de *sir* Bernard Partridge: un guitarrista llamado «Revolución» se presenta ante la reja de una mujer de aspecto triste en una calle sevillana. «¿Tú otra vez?», dice ella. Evidentemente, se suponía que las izquierdas eran quienes habían empezado la guerra. El 12 de agosto, *sir* Bernard se mostraba menos partidista. Sobre un fondo de ciudades en llamas, dos bandidos se disputan a la damisela España: el comunismo y el fascismo. El primero lleva un pañuelo atado a la cabeza. Y el segundo un sombrero negro. Una nota más aguda y contemporánea fue la que dio Low en su series de dibujos «El baño turco», publicada en el *Evening Standard* el 29 de julio. Bajo el título «Revolución en nuestro baño turco: Blimp se subleva», el coronel Blimp, blanco favorito de los chistes de las izquierdas, aparecía radiando una proclamación desde la sala de baños.

En Francia, la opinión pública todavía estaba más apasionada que en Inglaterra. La mayoría de los escritores franceses destacados adoptaron rápidamente una posición, aun en los casos en que más tarde la cambiaron, por ejemplo, en el de François Mauriac[749]. Al fin y al cabo, España estaba más cerca de Francia que de Inglaterra, y el Partido Comunista en Francia era mucho mayor y más serio. Las heridas de la guerra mundial eran mayores. En Francia, las izquierdas veían a España como el «símbolo de la

libertad en peligro» y la «prefiguración de nuestro propio futuro», como decía André Chamson. Las derechas francesas, que eran más distinguidas intelectualmente, menos constitucionales y más decididas que en cualquier otra de las democracias restantes, consideraban a España como el único país donde se estaba resistiendo al comunismo. *Los Camelots du Roi* pensaban, igual que Philip Toynbee, que alguien se había quitado los guantes, para luchar «contra la revolución». Para la opinión pública, las izquierdas habían tomado la iniciativa.

21

Blum regresa a París. — De los Ríos. — La angustia de Blum. — Mussolini envía Savoias a Franco. — Los enviados de Franco en Bayreuth. — Solazar. — Muenzenberg en acción. — Reacciones del otro lado del Atlántico. — Se estrellan los italianos.

Mientras Edén y Blum celebraban consultas en Londres, el socialista humanista Fernando de los Ríos, el nuevo representante provisional republicano en París, visitaba a Daladier, el ministro de la Guerra francés, a Fierre Cot, el ministro del Aire, y a Jules Moch, subsecretario del gobierno de Blum. Los franceses se comprometieron a proporcionar pilotos que llevaran a España los bombarderos Potez que habían pedido los españoles. «Un miembro del gobierno francés» dijo secretamente al conde Von Welczeck, embajador alemán en París[750], que Francia se disponía a entregar a la República española armas y bombarderos[751]. Welczeck comunicó la noticia al doctor Hans Heinrich Dieckhoff, ministro de Asuntos Exteriores alemán en funciones, un solemne diplomático de carrera, que pidió a la embajada alemana en Londres que hablara del asunto con Edén[752]. A pesar de esto, Dieckhoff informó al ministerio de la Guerra alemán de que él pensaba que la idea de ayudar a Franco (para entonces ya había llegado la petición que Beigbéder había telegrafiado desde Tetuán) estaba «fuera de

lugar»[753]. Así pues, el ministerio alemán de Asuntos Exteriores reaccionó ante la crisis española de una forma similar al británico. El apoyo a cualquiera de los dos contendientes aumentaría el peligro de una guerra general. Para entonces, los enviados de Franco a Hitler no habían pasado de Sevilla, donde estaban detenidos por una avería de su avión[754].

El 24 de julio por la tarde, Léon Blum y Delbos volvieron a París. En el aeropuerto de Le Bourget les estaba esperando el elegante ministro radical Camille Chautemps. Les explicó que la noticia de la decisión del gobierno de ayudar a la República española había llegado a oídos del publicista de derechas Henri de Kerillis (probablemente a través de Welczeck). Kerillis ya había denunciado el plan en las columnas de *L'Écho de París*. «Nadie puede entender —dijo Chautemps— por qué vamos a arriesgarnos a una guerra para ayudar a España cuando no lo hicimos por el asunto del Rhin»[755]. Se estaba empezando la oposición radical a la idea de ayudar a España. Todavía resonaban en los oídos de Blum estas palabras, y las que le había dicho Edén, cuando, aquella misma noche, vio a De los Ríos, junto con Daladier, Cot, Vincent Auriol (ministro de Hacienda), y Delbos[756]. De los Ríos señaló a Blum que la guerra civil «no podía considerarse estrictamente nacional» debido a la estratégica relación de España con Italia y Marruecos. Blum seguía deseando ayudar a la República. Los contratos para la entrega de los aviones ya estaban preparados. Pero no quería actuar prescindiendo de las advertencias de Edén. De manera que preguntó si no sería posible que fueran pilotos españoles los que llevaran los aviones a España. De los Ríos dijo que la escasez de pilotos lo haría imposible. Además, su gobierno esperaba quedarse con los pilotos franceses a su servicio. En este momento, Daladier recordó un tratado

franco-español de 1935. Una cláusula secreta del mismo preveía que España podría comprar material de guerra a Francia por valor de 20 millones de francos. De los Ríos y Blum convinieron en que el envío de aviones y demás material se podría hacer acogiéndose a esta cláusula. Aquella misma noche, De los Ríos fue despertado por Fierre Cot, un profesor radical de derecho internacional que, gracias a su antifascismo, se estaba inclinando hacia la extrema izquierda, y que le telefoneó pidiéndole que fuera inmediatamente a verle a su casa. Así lo hizo, y Cot le dijo que no había manera de convencer a Delbos de que permitiera que fueran pilotos franceses quienes llevaran los aviones a España. Cot, por lo tanto, había sugerido que los llevaran hasta el sur de Francia, y que, a partir de allí, se ocuparan del transporte los españoles. Esto parecía una buena fórmula de compromiso.

A la mañana siguiente, el 25 de julio. De los Ríos fue a visitar al ministro del Aire francés. Todo parecía favorable para la entrega. Pero, mientras tanto, Castillo, el consejero de la embajada española, se negó a firmar los documentos necesarios. Barroso, el agregado militar, también se negó a firmar el cheque que cubría el precio de los aviones. Acto seguido, ambos dimitieron alegando que no querían participar en la compra de unas armas que iban a ser utilizadas contra su propio pueblo. Informaron a la prensa de cuanto se estaba haciendo[757]. El escándalo fue inmediato. Todos los periódicos franceses de la tarde, especialmente *L'Écho de París*, publicaron narraciones sensacionalistas sobre el «tráfico de armas». Lebran, el presidente, advirtió a Blum que estaba llevando a Francia a la guerra. Herriot, exjefe de gobierno y presidente de la cámara de diputados, hizo lo mismo: «*Ah, je t'en prie, mon petit, je t'en prie, ne vas pas te fourrer lá-dedans!*»[758]. El jefe de gobierno estaba

sumamente angustiado. Por la tarde se reunió el gobierno francés. Daladier y Delbos fueron los portavoces de la oposición a la entrega de armas a España, y Cot el portavoz de la aceptación. Finalmente, el gobierno anunció en un comunicado que rehusaría la petición de armas del gobierno español. Pero no se pondrían impedimentos para la realización de transacciones privadas, siempre que los aviones no fueran armados. Y, en consecuencia, no se enviarían bombarderos. Pero estas normas no se cumplieron. Se prepararon en secreto una serie de aviones militares. Durante el día, llegaron a Le Bourget 140 000 libras en oro, de las reservas de oro español, como garantía de pago. Pierre Cot, el ministro del Aire, organizó todas estas transacciones, y su *chef du cabinet*, Jean Moulin (el futuro héroe de la Resistencia) se encargó de reunir un equipo de especialistas en cuestiones de aviación para ocuparse del envío. El joven ministro de Deportes, Leo Lagrange también colaboró. El Byron de la época, André Malraux, que entonces estaba muy cerca de los comunistas, actuó durante un tiempo como intermediario en nombre del gobierno español[759], aplicando «la inventiva de un gran novelista a la compra y el contrabando de armas»[760]. Malraux había venido a España el 20 de julio; y se había convencido de que el destino de la República dependía de la fuerza aérea[761]. A partir de entonces, la embajada española en París se convirtió en una «verdadera caravana» donde, a todas las horas del día y durante muchas de la noche, iban y venían individuos de todas las nacionalidades, ofreciendo toda clase de armas, municiones y aviones, a todos los precios; con De los Ríos, un tanto incauto, como presidente de la comisión de compra de armas durante unas semanas[762].

En el ambiente más reservado de Roma, el 25 de julio, Goicoechea, acompañado por Pedro Sáinz Rodríguez, el

ideólogo monárquico, llegó para apoyar las peticiones de armas de Bolín. Explicaron satisfactoriamente al conde Ciano la conexión que había entre los conspiradores de 1934 y los rebeldes de 1936[763]. A Mussolini le influyeron los rumores de la ayuda francesa a la República. Ciano seguía entusiasmado con la idea de ayudar a Franco, y prevaleció su opinión. Italia se dispuso a enviar doce bombarderos Savoia 81 a Marruecos en los próximos días. Una llamada telefónica del exrey Alfonso, que estaba en Checoslovaquia, con la princesa Metternich, a Mussolini aceleró el envío[764]. Para entonces también había llegado a Roma el archifinanciero Juan March, que estaba consiguiendo créditos para estos primeros envíos italianos y coordinando otras políticas financieras para los rebeldes[765].

Los motivos de Mussolini para actuar de esta manera eran varios. Le halagaba que le pidieran favores. Aspiraba a dominar el Mediterráneo, y suponía que esta ambición se vería facilitada por el establecimiento de un gobierno de derechas en España. Una «nueva España» de este tipo alejaría a las tropas francesas de la frontera italiana y, en caso de guerra franco-italiana, ayudaría a impedir que llegaran a Francia las tropas francesas del norte de África. La triunfal conquista de Abisinia en abril había dejado a Mussolini ansioso por manifestar su personalidad de algún modo nuevo, y no había encontrado lugar propicio para hacerlo. Los italianos, pensaba, habían de «ser mantenidos en forma con patadas en las espinillas». «Cuando termine la guerra de España —comentaría más tarde— tendré que encontrar otra cosa: el carácter italiano se ha de formar por medio de la lucha[766]». En 1936, Mussolini tenía moral de triunfo; el 24 de octubre anunciaría: «Al finalizar el año 14 [de la era fascista] enarbolo una gran rama de olivo. Esta rama de olivo viene de un inmenso bosque; es un bosque de

ocho millones de bayonetas bien afiladas»[767]. La razón pública para la intervención italiana en España fue que Italia «no estaba dispuesta a contemplar cómo se establecía en España un Estado comunista». Ésta fue también la razón que dio Mussolini en privado a su esposa Rachele[768]. Aunque, antes de julio de 1936, su propaganda se había dirigido más contra las democracias «decadentes» que contra el comunismo, le parecía que un gobierno español de izquierdas, aunque fuera moderado, sería hostil a sus designios. Sin embargo, entonces todavía habría sido posible que, internacionalmente, el Duce se hubiera aproximado más a los burgueses, objeto de su especial desprecio, que a Alemania. Sus relaciones con Hitler todavía eran poco definidas y exploratorias. En este aspecto, así como en sus ataques contra el comunismo, la crisis española le obligó a efectuar un cambio. La guerra española convertiría en aliados a Hitler y Mussolini. Más tarde, Ciano diría a Cantalupo, su primer embajador en la España nacionalista, que el Duce «había accedido de muy mala gana a prestar apoyo militar a Franco»[769]. El rey Víctor Manuel siempre se opuso a la idea de la ayuda, pero era impotente para hacerlo[770].

La diplomacia de Ciano, que representó un papel importante en los acontecimientos subsiguientes, era violentamente antibritánica, sin la fascinación mezclada con el odio que sentían hacia Inglaterra Ribbentrop e incluso Mussolini. En cierta ocasión en que tres falangistas le explicaban, más adelante, cómo todas las desgracias de España, desde el reinado de Felipe II, habían sido causadas por Inglaterra, Ciano les animó a seguir «por aquel camino tan prudente», previniéndoles contra «la peligrosa anglomanía de ciertos diplomáticos de la vieja escuela»[771]. Su tarea durante la guerra española fue facilitada gracias al

deseo del gobierno inglés de concluir una alianza con Italia. Esto aumentó el desprecio de Ciano por Inglaterra, aunque se llevaba bien con *lord* Perth, converso al catolicismo y exsecretario general de la Sociedad de Naciones que era el embajador en Roma y que cumplía con un celo excesivo las instrucciones de su gobierno para que se mostrara ante Ciano como «un hombre que ha llegado a comprender, e incluso vivir el fascismo»[772].

También el 25 de julio, llegaron a Berlín los emisarios enviados por Franco a Hitler, el capitán Arranz, Bernhardt y Langenheim. Se habían encontrado con los enviados de Mola a Mussolini en el aeropuerto de Marsella. La carta de Franco fue entregada a Hitler a través del departamento extranjero del partido nazi. En el ministerio de Asuntos Exteriores, tanto Neurath, el ministro, como Dieckhoff, el ministro en funciones, repetían para su satisfacción propia que las entregas de armas para ayudar a la España nacionalista eran imposibles, porque llegarían a ser conocidas, y porque «entrañarían graves consecuencias para la colonia alemana en España»[773]. Sin embargo, tanto el partido nazi como el almirante Canaris (esto es, el servicio secreto) tenían otras ideas. Canaris recomendó a Franco a sus superiores como «hombre probado» que «merecía plena confianza y apoyo», al que había conocido en alguna de sus visitas a España[774].

Goering, jefe de la Luftwaffe y del plan quinquenal alemán, relató lo que ocurrió a continuación en su juicio de Nuremberg, en 1946: «Cuando estalló la guerra civil en España —testificó el mariscal del Reich— Franco envió una llamada de auxilio a Alemania y pidió apoyo, sobre todo aéreo. Franco estaba detenido con sus tropas en África y [...] no podía transportarlas, porque la flota estaba en manos de los comunistas [...]; el factor decisivo era, en primer lugar, transportar sus tropas a España [...]; el Führer meditó sobre

la cuestión. Yo le insté a que diera su apoyo en cualquier caso: en primer lugar, para impedir una mayor extensión del comunismo; en segundo lugar, para poner a prueba a mi joven Luftwaffe en algunos aspectos técnicos»[775]. Y en realidad, España proporcionó a la Luftwaffe sus primeras acciones de guerra.

Hitler accedió el 25 de julio a entrevistarse con Langenheim y Bernhardt aquella misma tarde, en Bayreuth, en la villa Wahnfreid, después de una representación de Sigfrido[776]. En su carta a Hitler, Franco sólo pedía diez cañones antiaéreos, cinco cazas y algún otro material. Después de la ópera, Hitler preguntó quién era Franco, que representaba, cómo podría hacer atravesar el estrecho de Gibraltar al ejército de África, y cómo pagaría a sus hombres, y a Alemania, si Hitler accedía a ayudarle. La conversación duró hasta las dos de la madrugada del 26 de julio. Hitler, que al principio sólo estaba acompañado por el jefe de la sección legal del departamento extranjero del partido nazi, el AO, Dr. Kraneck, terminó por acceder a ayudar a Franco para «evitar que el estrecho de Gibraltar cayera en manos de los comunistas». El 26 de julio, o el día siguiente, decidió enviar a Franco aviones de transporte, cosa que Franco no había pedido específicamente (aunque Beigbéder sí lo había hecho). Además impuso condiciones: la ayuda alemana iría a Franco únicamente, para evitar conflictos entre los diferentes generales; y su asistencia sería sólo defensiva, no ofensiva[777]. Más tarde, en esta conversación, llegaron Goering, el ministro de la Guerra, general *von* Blomberg, y un antiguo oficial de la marina.

Hitler explicó posteriormente que había ayudado a Franco para «distraer la atención de las potencias occidentales hacia España, para que Alemania pudiera continuar su rearme sin ser observada»[778]. Pero, en 1941, Hitler dijo: «De no haber

sido por la amenaza de que el peligro rojo arrollara a Europa, yo no habría intervenido en la revolución española. La Iglesia habría quedado destruida», añadía, no sin fruición[779]. El 27 de julio, dio este mismo motivo para la intervención a Ribbentrop[780]. El Führer pensaba además que un triunfo nacionalista en España establecería una potencia fascista «atravesada entre las comunicaciones marítimas de Inglaterra y Francia», lo cual añadía una razón estratégica para la intervención[781]. En 1937, el Führer dio todavía otra explicación: Alemania, que importaba las tres cuartas partes de sus minerales, necesitaba el mineral de hierro español, y otros minerales, y un gobierno nacionalista mantendría o aumentaría las ventas a Alemania, mientras que un gobierno izquierdista tal vez no. Al parecer, Bernhardt no insistió en este último punto, aunque debía de estar implícito, ya que España llevaba muchos años exportando hierro a Alemania, y los alemanes estaban enterados de las posibilidades de Marruecos en este terreno desde 1900. Canaris, que probablemente fue consultado muy pronto, recordando su experiencia de la primera guerra mundial, sin duda creía que los submarinos alemanes, en caso de guerra, no podrían repostar si las bases españolas no estaban en manos amigas. Hitler, igual que Mussolini, también se sintió halagado cuando Franco le solicitó su ayuda, y ser tratado por otro país, por tanto, como si fuera indispensable, por primera vez desde su ascenso al poder, tres años antes. El papel representado por Bernhardt y, en menor medida, por Langenheim, muestra que la política que se adoptó fue la del partido nazi, no la del ministerio de Asuntos Exteriores. Éste fue el esquema de las primeras decisiones nazis: escepticismo entre los diplomáticos de carrera, compartido por el ejército; acción independiente apoyada por los alemanes en el país de que se tratara; decisiones rápidas de

Hitler, que, al conducir a los primeros éxitos, hacían parecer absurda la prudencia de los diplomáticos y los generales[782].

Después de la reunión de Bayreuth, el secretario de Estado del ministerio del Aire, Erhard Milch, creó un departamento en el interior del ministerio del Aire alemán, la unidad especial (*Sonderstab*) «W», bajo la dirección del general Wilberg, encargada del reclutamiento de «voluntarios» y del envío de material de guerra[783]. Además se crearon dos compañías subsidiarias, a través de las cuales se enviaría material de Alemania a España, y que se encargarían de recibir todo el dinero en efectivo o las materias primas que España enviara a cambio. Estas compañías eran HISMA (Compañía Hispano-Marroquí de Transportes), que estaba enteramente bajo la dirección de Bernhardt, con el respaldo de Franco, y ROWAK (Rohstoffe-und-Waren-Ein-Kaufsgesellschaft)[784]. Si un comerciante alemán deseaba vender algo a España, primero tenía que venderlo a ROWAK; HISMA se encargaba de situarlo en el mercado de la España rebelde. Se organizó una flota mercante, y se ordenó a la marina de guerra que le proporcionase la debida protección. No tardaron en enviar a Marruecos veinte Junker 52 (el sólido avión de transporte o bombardero de la Luftwaffe) y seis Heinkel 51 (un caza menos seguro), con 86 hombres, en su mayoría reservistas de la Luftwaffe: los primeros Junker llegaron el 29 de julio. Algunos motores de éstos fueron renovados especialmente para que pudieran llegar a España, aunque sólo la mitad se transportó por avión, mientras que la otra mitad llegó por mar[785]. Al mismo tiempo, se organizó un «grupo turístico» (*Reisegesellschaftsunion*) para enviar alemanes a España bajo la dirección del comandante Alexander *von* Scheele, un veterano de la primera guerra mundial que había emigrado al Chaco y había regresado hacía poco tiempo. Los hombres

salieron de Hamburgo para Cádiz el 29 de julio con los Heinkel y la mitad de los Junker en el *Usamoro*. Milch fue a despedirlos personalmente. Llegaron el 1 de agosto[786]. Después vinieron algunos ingenieros, otros técnicos y algunos cazas más[787].

Posteriormente, Scheele se convirtió en el jefe militar de la HISMA; Bernhardt, en el director general en Sevilla; y el coronel Von Thoma, en el jefe de las fuerzas de tierra y los tanques, que empezaron a llegar al cabo de un mes. Von Thoma y sus oficiales vinieron en parte para entrenar a los españoles, y en parte para adquirir ellos experiencia de combate. Encontró —dice él— a los españoles rápidos para aprender, y rápidos para olvidar[788].

En adelante, durante más de dos años, cada semana saldrían de Alemania para España cuatro aviones de transporte. Y zarparían barcos de transporte a un ritmo medio de uno cada cinco días[789]. Bernhardt regresó a España en el primer Junker el 28 de julio. El jefe nacionalista de las fuerzas aéreas, general Kindelán, le dijo: «Usted no es más que un comediante que intenta sacar dinero de todo esto». Bernhardt trató de convencerle y le dijo que hablara a Franco de sus sospechas. Los Junker entraron inmediatamente en acción para ayudar a la aviación. Al día siguiente, una vez llegados los restantes aviones, Bernhardt tuvo que comunicar a Queipo de Llano y a Mola que la ayuda alemana sería sólo para Franco. Queipo recibió la información riendo, mientras que Mola torció el gesto; sabía lo que significaba para él aquella noticia[790].

Todas estas disposiciones se tomaron antes de que transcurriera una semana desde la petición enviada por Franco a Hitler por medio de los dos nazis marroquíes. El ministerio de Asuntos Exteriores alemán fue cogido por

sorpresa. El 28 de julio, Dumont, en el departamento español en Berlín, afirmaba una vez más que el ministerio era contrario a la intervención[791]. También eran de esta opinión el ministro de la Guerra, mariscal *von* Blomberg, y el general *von* Fritsch, jefe del Estado Mayor. Pensaban que la «Operación Fuego Fatuo» (*Unternehmen Feuerzauber*), como se llamaba oficialmente a la aventura española, era un despilfarro desde el punto de vista militar. Ribbentrop, consejero especial de Hitler para política extranjera, compartía estas dudas[792]. Por lo tanto, ni el ministerio alemán de Asuntos Exteriores ni el de Economía tuvieron noticias de la existencia de HISMA y ROWAK hasta mediados de octubre; aunque el ministerio de Hacienda lo supo desde el principio, porque tuvo que conceder a ROWAK un crédito de 3.000 000 de marcos[793]. A pesar de todo, el ministerio de Asuntos Exteriores se sometió sin protestar a las decisiones tomadas en contra de su parecer[794]. Cuando el gobierno español se quejó ante la embajada alemana en Madrid de que se habían visto alemanes al Tetuán, en la copia de la protesta que llegó al ministerio de Asuntos Exteriores se escribió la lacónica nota «no contestar»[795]. Todo se hizo en secreto. El as de la aviación alemana Adolf Galland describió cómo «uno u otro de nuestros camaradas [de la Luftwaffe] desaparecía repentinamente en el aire [...]. Al cabo de seis meses volvía, tostado por el sol y muy animado»[796].

Casi todos los alemanes que llegaron a España, especialmente los pilotos, eran jóvenes nazis que creían que, de acuerdo con la letra de sus canciones: «Marcharemos adelante, aunque todo se derrumbe a nuestro alrededor: Nuestros enemigos son los rojos, los bolchevizadores del mundo»[797]. Al parecer, la mayoría eran auténticos voluntarios.

Gran parte de la ayuda alemana llegó a través de Portugal. El papel que tuvo este país en la guerra española fue muy sencillo. Aunque menos clericales que el régimen corporativo portugués, los nacionalistas españoles defendían casi las mismas cosas que el «gracioso Salazar», como llamaría al dictador de Lisboa el poeta sudafricano Roy Campbell[798]. El gobierno portugués temía una invasión si ganaban las izquierdas[799]. No le tentaba la idea, a primera vista atractiva, de fomentar la desintegración de España en pequeños califatos[800]. La ayuda militar que Salazar podía proporcionar a los nacionalistas era poca. Pero les ofreció otras cosas igualmente valiosas: un lugar donde conspirar, un refugio y un medio de comunicación entre sus dos zonas al principio de la guerra. A Nicolás Franco, el hermano mayor del general, se le permitió que estableciera en Lisboa su cuartel general para la compra de armas. El embajador republicano en aquella capital, el eminente historiador y exministro de Asuntos Exteriores Claudio Sánchez Albornoz, abandonado por sus subordinados, no tardó en convertirse en un preso en su propia embajada. Salazar comentó el 1 de agosto que se proponía ayudar a los rebeldes «con todos los medios posibles»; incluida la intervención del ejército portugués, si fuera necesario[801]. Por consiguiente, a menudo, los republicanos españoles que huyeron a territorio portugués fueron entregados a los nacionalistas; como sucedió, por ejemplo, con Andrés de Castro, un abogado republicano que, junto con veinticuatro fugitivos de Vigo, fue fusilado en el puente internacional de Tuy[802]. La prensa portuguesa ayudó a los nacionalistas desde el principio. El 20 de agosto, el encargado de negocios alemán en Lisboa informó de que el material de guerra enviado por Alemania en los barcos *Wigbert* y *Kamerun* había salido para España sin ninguna dificultad. Salazar,

según decía, había eliminado «todas las dificultades [...], por iniciativa personal, y ocupándose de todos los detalles»[803].

El mismo día en que Hitler accedió a ayudar a Franco, Gastón Monmousseau, dirigente de los ferroviarios comunistas franceses y jefe de la sección europea de la organización sindical comunista, el Profintern, presidió, al parecer, una reunión conjunta de los comités ejecutivos de ese organismo y del Komintern[804]. Se decidió que habría que habilitar un fondo de 1000 millones de francos para ayudar al gobierno español, de los cuales, las nueve décimas partes serían aportadas por los sindicatos de Rusia. La administración del fondo correría a cargo de un comité formado por Thorez, jefe del Partido Comunista francés, Togliatti, «la Pasionaria», Largo Caballero y José Díaz[805]. Además, se organizaría una intensa campaña de propaganda en toda Europa y América encaminada a conseguir ayuda para la República. Con este fin se crearon gran número de organizaciones, teóricamente humanitarias e independientes, pero en realidad dominadas por los comunistas. París y Willi Muenzenberg, constituyeron el centro de esta actividad. El más importante de estos grupos fue el Socorro Rojo Internacional, que estaba ayudando a los revolucionarios españoles de izquierdas desde 1934. El 30 de julio, se celebró un enorme mitin en la *Salle Wagram* de París, en el que Malraux, de regreso de España, fue la estrella, con una serie de discursos en los que se pidieron «voluntarios y contribuciones para ayudar a España en su lucha por la libertad», interrumpidos de vez en cuando por *La Marsellesa, La Carmagnole y La Jeune Garde*. Después se formó el *Comité International de l'Aide au Peuple Espagnol*, cuyo presidente fue Víctor Basch[806]. Éste no tardó en tener ramificaciones en casi todos los países. De momento, estas organizaciones sólo se ocuparon de proporcionar dinero,

alimentos y medicinas, pero no ayuda militar. Los presidentes nominales de los comités solían ser personas destacadas y no sospechosas, pero los secretarios eran comunistas. Sin embargo, Rusia aún no había enviado ayuda militar. Cuando los comunistas españoles se quejaron, Togliatti contestó ásperamente: «Rusia considera su seguridad como las niñas de sus ojos. Un paso en falso por su parte podría desequilibrar la balanza del poder y desencadenar una guerra en el Este de Europa»[807]. Al mismo tiempo, la (no comunista) *International Federation of Trade Unions* y la *Labour Socialist International* se reunieron también, en Bruselas, el 28 de julio, y también decidieron recoger fondos para España, aunque su llamamiento tuvo un éxito limitado, pues en septiembre sólo habían reunido 45 000 libras[808].

No tardaron en observarse las primeras reacciones ante la guerra española al otro lado del Atlántico[809]. Chile, México, Argentina, Uruguay, Paraguay y Cuba habían recibido recientemente muchos emigrantes de España, y todos los países latinoamericanos se sintieron afectados por los acontecimientos de España. Había surgido un fuerte sentimiento a favor de los nacionalistas en Brasil y a la provincia canadiense de Quebec, donde, al igual que en España, existían organizaciones fascistas en los ambientes católicos. El gobierno de Chile era intensamente pronacionalista. El gobierno mexicano apoyó a la República española desde el principio, como era de esperar en un país cuya constitución había nacido de una sublevación contra los privilegios clericales y aristocráticos. En Venezuela, el partido reformista ilegal de Rómulo Betancourt, Acción Democrática, dio cuerpo a la idea de apoyar a la República española, mientras que la izquierda cubana se sintió tan conmovida por el drama de España como por cualquier otro

acontecimiento ocurrido después de su revolución de 1933: los españoles eran sumamente importantes en la vida comercial de La Habana.

Los Estados Unidos se estaban preparando para juzgar las realizaciones del primer período presidencial de Roosevelt en las elecciones de 1936. Entonces, los asuntos internacionales quedaban muy lejos para la mayoría de los americanos. La política de los partidos republicano y demócrata era de neutralidad en todas las «aventuras» de Europa. Durante la crisis de Abisinia, en mayo de 1935, en el Congreso se había aprobado una ley de neutralidad que convertía en ilegal para los ciudadanos americanos el vender o transportar armas a un país en que el presidente hubiera proclamado el estado de guerra. Aunque esta ley no se había aprobado para aplicarla a guerras civiles, el gobierno americano actuó desde el principio del conflicto español como si también fuera de aplicación en estos casos, aunque el presidente Roosevelt simpatizaba con la República; punto de vista compartido con mucha más energía por el embajador norteamericano en España, Claude Bowers, de profesión periodista y biógrafo (de Jefferson). La señora Eleanor Roosevelt, Henry Morgenthau, secretario del Tesoro, Henry Wallace, secretario de Agricultura, Harold Ickes, secretario del Interior, y Summer Welles, subsecretario de Estado, eran también defensores de la República. Pero el secretario de Estado, Cordell Hull, sólo tenía simpatía por la causa de la imparcialidad, y generalmente se salía con la suya. En cambio, algunas compañías como la Texas Oil Company tuvieron carta blanca para ayudar a Franco, como veremos dentro de poco[810].

La opinión pública norteamericana, sin embargo, se apasionó tanto por la guerra española casi como en Europa.

De la oficina de información del gobierno español en Nueva York y de la *Peninsular News Service*, la agencia nacionalista de la misma ciudad, surgieron dos torrentes de propaganda. Los periódicos norteamericanos tomaron partido en la guerra con la misma vehemencia, por lo menos, que los ingleses y franceses. Los católicos americanos atacaban a los periodistas que simpatizaban con los republicanos, mientras los liberales criticaban a los que escribían haciendo la apología de los nacionalistas. En el *New York Times*, esta discrepancia de opiniones se extendió a dos de sus periodistas: W. P. Carney, que escribía desde las líneas nacionalistas, y Herbert Matthews, que lo hacía desde las republicanas[811]. Los intelectuales socialistas y liberales norteamericanos abrazaron la causa de la España republicana con un fervor que nunca habían sentido por ninguna otra causa extranjera, y las organizaciones de auxilio antifascistas (prosoviéticas) que ya existían vieron acrecentada su fuerza[812].

El 29 de julio, mientras tanto, de los doce bombarderos Savoia 81 que constituían el primer envío de Mussolini, y que habían despegado desde Elmas (Cagliari) bajo el mando del coronel Ruggero Bonomi, para ayudar a los nacionalistas, uno tuvo que realizar un aterrizaje forzoso en Berkane, en el Marruecos francés; otro se estrelló en Zaida, en Argelia; y un tercero cayó al mar a treinta millas de la costa. Una investigación dirigida por el general Denain, antiguo ministro del Aire francés, demostró que los aviones llevaban borrada la bandera italiana, iban provistos de cuatro ametralladoras, habían salido de Cerdeña al amanecer, y los llevaban pilotos de las fuerzas aéreas italianas vestidos de paisano. Un superviviente reconoció que la expedición tenía por objeto ayudar a los rebeldes españoles[813]. Para entonces, los demás Savoia estaban en el

cuartel general de Franco, a las órdenes de Ruggero Bonomi, que contaba entre sus hombres con un amigo especial de Mussolini, el piloto Ettore Muti.

Unas horas antes, el mismo 29 de julio, el Quai d'Orsay había negado que el gobierno francés hubiera enviado material de guerra a la República española, y el día 30 Blum y Delbos repitieron la negativa ante el comité de asuntos exteriores del Senado. El 2 de agosto, hubo una tormentosa reunión del gobierno francés. Cot arguyó que la prueba de la ayuda italiana a los rebeldes demostraba que la política de no intervención había fracasado. Delbos, incitado por Léger y «teniendo en cuenta la postura británica», propuso que se establecieran contactos con todos los países que podían ayudar a uno u otro bando de los combatientes en España para llegar a un acuerdo general de no intervención. El gobierno anunció que había decidido dirigirse urgentemente a los «gobiernos interesados» —Inglaterra e Italia en primer lugar— para proponerles un «pacto de no intervención». Esto fue muy bien acogido por los ingleses, que se tomaron como propia la tarea de garantizar su éxito[814]. Sin embargo, a pesar de estas negativas, y quizá sin que lo supieran algunos miembros del gobierno francés, Fierre Cot, Jean Moulin, Malraux y sus amigos se apresuraron a enviar ya a España algunos de los aviones militares más nuevos: bombarderos Marcel Bloch (Dassault) construidos en 1935, bombarderos Potez 54 que acababan de entrar en servicio, y cazas, Dewoitine 371. Estos aviones llegaran a aeródromos del sur de Francia, tales como Montaudran (Toulouse) o Ubariére (Perpiñán), y de allí los llevaron a España pilotos españoles o pilotos reservistas franceses[815]. Fueron recibidos en el Prat de Llobregat, Barcelona, por Abel Cuides, un piloto francés nombrado por Cot para el puesto. En conjunto, el 8 de agosto habían sido enviados unos

setenta aviones, cuarenta o cincuenta de los cuales venían del gobierno, y veinte o treinta a través de traficantes de armas privados o empresarios, como Malraux[816]. El primer avión probablemente salió el 31 de julio. Al final, no había sido tan fácil convencer a los directores de las fábricas Breguet y Potez para que ayudaran a los españoles, y sólo habían enviado material con entusiasmo los directores de las fábricas de Dewoitine y de ametralladoras Hotchkiss[817]. De todos modos, el valor de esta ayuda era muy discutible, porque los Potez, aunque podían transportar 1000 kilos de bombas, eran lentos: sólo podían ir a 1600 kilómetros por hora y sólo podían funcionar con una tripulación de siete personas; de ahí que se los apodara «ataúdes colectivos voladores»[818]. Los Dewoitine (que iban a 2800 kilómetros por hora) eran más rápidos que los Nieuport, pero llegaban sin armas y no era fácil prepararlos, para la guerra. Luego vino el reclutamiento de técnicos y pilotos franceses. Se contrataron obreros especializados, por ejemplo, en Francia, para los trabajos de reparación de los astilleros navales de Cartagena y Valencia. El político radical francés senador Boussutrot organizó el reclutamiento de pilotos (algunos de los cuales cobrarían la enorme cantidad de 50 000 pesetas al mes). Las vidas de estos hombres quedaban aseguradas por 500 000 pesetas en la compañía de seguros de la que precisamente era director Boussutrot[819]. Al mismo tiempo, los cuatro aviones Fokker comprados por Franco en Inglaterra y retenidos en Burdeos volvieron al lugar de procedencia; y pronto el imaginativo André Malraux obtuvo autorización para formar y dirigir una escuadrilla aérea de extranjeros. Reunió unos veinte aviones, en su mayoría bombarderos Potez 54, pero también el que antes había sido el avión privado del emperador Haile Selassie, de Abisinia, unos cuantos mecánicos, un intérprete, un encargado de

transportes y una docena de pilotos. Algunos de éstos eran idealistas, como el comisario comunista Julien Segnaire, mientras que otros eran simples mercenarios. La mayoría eran franceses, pero había unos cuantos italianos, y más tarde se sumaron algunos americanos, alemanes y un inglés. La «Escuadrilla España», cómo la llamó Malraux, primero tuvo su base en Barcelona, luego se trasladó a Barajas, a las afueras de Madrid, y en agosto actuó en el frente de Extremadura; los pilotos vivían en Madrid[820],

En las columnas revolucionarias de tierra también había, ya en agosto, muchos extranjeros, particularmente emigrados alemanes e italianos, comunistas y socialistas, que habían ido a Barcelona para la Olimpíada Popular. En Barcelona se habían instalado hacía muchos años anarquistas italianos, y algunos de ellos lucharon en el combate que hubo allí por la posesión del edificio de la Telefónica. Un anarquista austriaco murió en la batalla del cuartel de Atarazanas, y quizá participaron doscientos extranjeros en las luchas de julio en Cataluña. Los italianos no tardaron en formar el Batallón Gastone Sozzi[821], y los alemanes, a las órdenes de Hans Beimler, exdiputado comunista del Reichstag, se agruparon en la centuria Thaelmann[822]. Una serie de franceses y belgas formaron el Batallón París. Estos hombres (y algunas mujeres) no pertenecían a ningún grupo político en particular, aunque predominaban los comunistas. A fines de agosto, otro grupo italiano, la Columna *Giustizia e Libertá*, luchó cerca de Huesca, dirigida por el líder del grupo de socialdemócratas italianos de ese nombre, Cario Rosselli, que había actuado entre los exiliados italianos en París desde su fuga de una cárcel fascista. Los primeros voluntarios ingleses en España fueron Sam Masters y Nat Cohen, dos sastres comunistas del este de Londres que estaban recorriendo Francia en bicicleta

en el momento del alzamiento. En Barcelona, organizaron una centuria a la que dieron el nombre del comunista inglés Tom Mann. Al parecer, el primer inglés que fue al frente fue John Cornford, comunista de 21 años, estudiante de historia en el Trinity College, Cambridge, biznieto de Charles Darwin e hijo de un profesor de filosofía antigua[823]. Cosa sorprendente, a pesar de ser comunista, se incorporó a una columna del POUM en el frente de Aragón, en Leciñena, el 13 de agosto. Esto se debió a que no había traído consigo documentos que probaran su «identidad antifascista», y por ello no lo admitieron en la columna del PSUC[824]. El primer voluntario inglés que cayó en combate fue una mujer, Felicia Browne, una pintora comunista, muerta en Aragón el 25 de agosto. Antes vivía en la Costa Brava y había combatido en las luchas callejeras de Barcelona, adonde había ido para asistir a la Olimpíada Popular. En conjunto, estos primeros «voluntarios de la libertad» probablemente fueron unos 1000 o 1500 en Aragón y Cataluña[825].

Entretanto, en la extraña partida de ajedrez internacional que constituyó el fondo diplomático de la guerra civil, se estaban realizando nuevas jugadas. Llegó a París Philip Noel-Baker, portavoz del Partido Laborista inglés para asuntos extranjeros. Blum pensaba que una España nacionalista sería una amenaza para Inglaterra tanto como para Francia. Noel-Baker sugirió que el gobierno francés comunicara esto al británico. De manera que Blum envió al almirante Darían, jefe del Estado Mayor naval francés, para realizar una gestión oficiosa ante el gobierno de Baldwin[826], que, en realidad, carecía de una información adecuada. Porque la embajada británica en Madrid creía que la capital iba a caer sólo en cuestión de días; y por ello el gobierno no iba a prestar mucha atención a la situación de los ciudadanos extranjeros. El cónsul en Barcelona, Norman

King, pronosticaba un hundimiento económico, mientras que el embajador, en San Juan de Luz, escribía que la lucha era un combate de «los rebeldes contra la chusma». «La situación está empezando a parecerse a la de la revolución francesa, salvo en que el fusil y el revólver han sustituido a la guillotina. Se necesita con toda urgencia un Pimpinela Escarlata...»[827], añadía. Mientras tanto diariamente se enviaban llamadas de auxilio desde la España republicana, y especialmente desde Cataluña: «¡Trabajadores y antifascistas de todo el mundo! Nosotros, los trabajadores de España, somos pobres pero estamos persiguiendo un noble ideal. Nuestra lucha es vuestra lucha. Nuestra victoria es la victoria de la Libertad. Somos la vanguardia del proletariado internacional en la lucha contra el fascismo. ¡Hombres y mujeres de todos los pueblos! ¡Ayudadnos! ¡Armas para España!»[828].

Sin embargo, el gobierno de Madrid también estaba demostrando que no permitiría que ningún sentimiento se interpusiera en su búsqueda de armas. El 2 de agosto, Barcia, ministro republicano de Asuntos Exteriores, preguntó a un comerciante alemán, *herr* Sturm, de la Asociación Independiente de Aviones de Berlín, si Alemania podía venderles cazas y bombarderos ligeros, con bombas de 50 o 100 kilos. El pago se efectuaría en la moneda que ellos quisieran, o incluso en oro[829]. Esta petición sin duda explica la constante cortesía que, en aquellos momentos, mostraba el gobierno republicano ante Alemania (la censura prohibió incluso el uso despectivo de la svástica en los chistes), aunque debía de saber que los alemanes habían enviado material de guerra a sus enemigos[830]. El funcionario alemán que recibió la petición, Schwendemann, inició una serie de trámites dilatorios, pero no la rechazó directamente. Entretanto, el 2 de agosto llegó a Marruecos procedente de

Italia un barco cargado de recambios para los aviones y también de lubricante para los motores[831]; y, el 4 de agosto, el almirante Canaris llegó a Roma, en visita secreta, para coordinar la ayuda alemana e italiana a Franco. Sostuvo una larga conversación con su colega en el servicio secreto italiano, el coronel Mario Roatta. Esta conversación señaló el verdadero principio de la colaboración militar que conduciría al futuro Eje[832]. Italia accedió a proporcionar gasolina a los aviones alemanes y a darles permiso para hacer escalas en su viaje entre Alemania y España[833].

Habría que señalar otro aspecto de la internacionalización de la guerra civil española. Los años treinta fueron la gran época del corresponsal extranjero. Desde finales de julio de 1936, y durante dos años y medio, los nombres más famosos del periodismo se encontrarían al sur de los Pirineos. Las agencias de noticias contrataban a distinguidos escritores para que las representaran en la guerra española. Algunos periodistas escribieron sobre España muchas cosas inexactas, y también redactaron brillantes reportajes. Pero muchos otros escribieron, además, artículos que, más que ser comentarios, eran panfletos destinados a ayudar a uno u otro bando. Esto ocurrió con especial frecuencia en el lado republicano, pues al departamento de prensa nacionalista le resultaba mucho más difícil excitar el entusiasmo de los corresponsales anglosajones. En el bando republicano, los periodistas iban al frente, ayudaban a enseñar a los españoles a usar las ametralladoras, y organizaban el suministro de armas. Un corresponsal de *The Times* fue el primero en señalar al Comité de Milicias Antifascistas que no podrían ganar la guerra si no encontraban un medio para resolver el problema del hambre en Barcelona.

La guerra civil no fue causada específicamente por ninguna acción internacional, aunque es posible que no

hubiera existido si las izquierdas no hubieran estado abrumadas por el temor al fascismo, y las derechas por el miedo al comunismo. Ninguna potencia extranjera tomó la iniciativa de ayudar a ninguno de los bandos. Pero las que se vieron empujadas a la intervención, de una u otra forma, después no supieron cómo zafarse. Igual que Napoleón, se hundieron en las arenas movedizas de la política española. Así pues, el derrumbamiento final del orden europeo empezó en España en julio de 1936.

22

El avance del ejército de África. — Badajoz. — El valle del Tajo. — La caída de Guipúzcoa, — Varela en Andalucía. — Miaja en Córdoba. — Bayo en Mallorca. — Pinilla en Gijón. — Aranda en Oviedo. — El Alcázar. — Ataques aéreos.

Pronto, se emprendieran dos campañas que alteraron el mapa político de España: el avance del ejército de África, bajo el mando de Franco, desde Sevilla hacia el norte; y el del ejército del norte, bajo el mando de Mola, contra la provincia vasca de Guipúzcoa.

Los alemanes proporcionaron aviones de transporte, bajo el mando del capitán Von Morau, que transportaron a Sevilla 1500 hombres del ejército de África entre el 29 de julio y el 5 de agosto. A partir de esta fecha, se transportaron 500 hombres diariamente. Éste fue el primer «puente aéreo» de tropas de la historia[834]. Hitler comentaría más tarde que «Franco tendría que erigir un monumento en honor de les Junker 52. La revolución española tiene que agradecer su victoria a estos aviones»[835]. Además, el 5 de agosto, «el día de la Virgen de África», un convoy de buques mercantes transportó de Marruecos a España a unos 3000 hombres con material, protegidos por cinco bombarderos italianos Savoia 81 y por algunos otros aviones y barcos[836]. La flota republicana, mucho más poderosa que todo cuanto los rebeldes podían reunir, pero mal dirigida, se retiró a los

puertos de Cartagena y Málaga. Además, probablemente los marineros republicanos se atemorizaron ante la presencia en la zona de dos de los tres acorazados que tenía Alemania: el *Deutschland* y el *Almirante Scheer*. Estas victorias del transporte significaron que se consiguió reunir una fuerte columna en Sevilla, dispuesta a marchar hacia el norte, para impedir todo contacto de los republicanos con la frontera portuguesa. Este ejército «de África» como muy pronto fue llamado, estaba dirigido por Franco, que llegó en avión a Sevilla el 6 de agosto, dejando a Orgaz al mando de Marruecos. En las operaciones, la columna iba dirigida por Yagüe y, a sus órdenes, por los coroneles Asensio, Delgado Serrano, Barrón y Tella, y por el comandante Castejón, todos ellos veteranos de la guerra de Marruecos. Cada uno de estos oficiales mandaba una bandera de la legión y un tabor[837] de regulares, con una o dos baterías. Toda esta fuerza (que se componía de unos 8000 hombres, casi todos transportados por aire a través del estrecho) se desplazaba en destacamentos de unos cien hombres, en camiones requisados en Sevilla por Queipo de Llano, que marchaban a toda velocidad por el centro de la carretera. Ocho Savoia 81 italianos y nueve Junker 52 alemanes, pilotados por italianos y alemanes, respectivamente, daban a los nacionalistas el dominio local efectivo del aire, mientras que los voluntarios del aeroclub de Sevilla se encargaban de misiones de reconocimiento y enlace. (Dos pilotos del aeroclub consiguieron que abandonara su posición un grupo de milicianos bombardeándolos con melones)[838]. Antes de entrar en una ciudad, se detenían los camiones, y la artillería y la aviación la bombardeaban durante media hora. A continuación, avanzaban los legionarios y los marroquíes. Si encontraban resistencia, se efectuaba un asalto en regla. Los milicianos podían luchar valerosamente mientras les

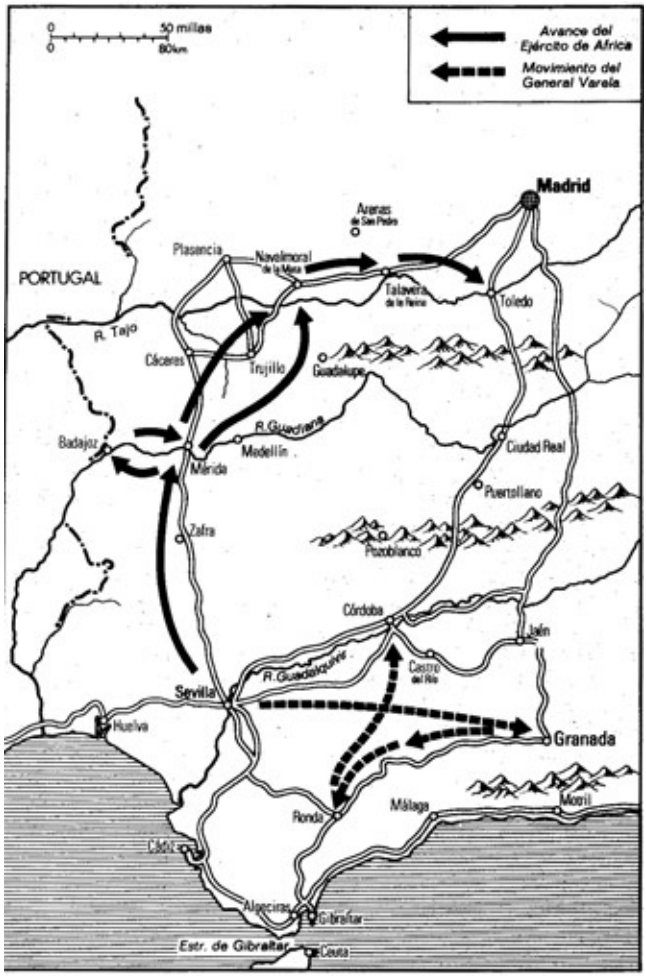
duraban las municiones, y luego cundía el pánico, sin una disciplina que evitara la fuga desordenada: nadie les decía que se dispersaran para defender un pueblo. Después se encontraban los cadáveres cuando las atrocidades revolucionarias y, en represalia, se perseguía y fusilaba a los dirigentes de partidos de izquierdas que quedaban en el pueblo. Todo el que llevara un arma o tuviera en su hombro la señal de la culata de un fusil se exponía a que lo fusilaran. No se hacían prisioneros. La brutalidad de la legión y los marroquíes fue inesperada. Los «moros» siempre habían sido los malos en los cuentos españoles: ahora se convirtieron en un foco de terror para todo el sur de España. La prensa portuguesa informó de que habían matado a 1000 personas incluso en una población tan pequeña como Almendralejo[839]. Un vasto ejército de refugiados huía del ejército de Yagüe hacia el norte. En todas partes, la matanza de «rojos» iba acompañada de la reapertura de las iglesias y la celebración de misas y bautizos de los niños nacidos el mes anterior. De esta manera, Yagüe llegó a Mérida, la ciudad de los magníficos monumentos romanos, el 10 de agosto, tras haber avanzado 300 kilómetros al menos de una semana. Éste fue el tipo de marcha aventurada en la que se reveló Yagüe, que era un *condottiere* por naturaleza. Ardiente, muy popular con sus hombres, no se parecía en nada al tipo de general moderno y frío, al estilo alemán, que admiraba Franco. A seis kilómetros al sur de Mérida, las milicias dieron a Yagüe su primera oportunidad de luchar en la guerra. El combate se libró sobre el río Guadiana, frente a la ciudad. Gracias a una arremetida de Asensio se ganaron el puente y la ciudad. Los miembros del comité de defensa de la ciudad fueron ejecutados, encabezados por Anita López, el alma de la resistencia anarquista. De este modo, Yagüe estableció contacto con la zona norte de la España rebelde,

aunque todavía no con un cuerpo de hombres organizados como una fuerza de combate. Además, había dejado aislada a la ciudad fronteriza de Badajoz, hacia la que avanzó a continuación con Asensio y Castejón, mientras Tella se encargaba de Mérida. El 11 de agosto, las milicias de Mérida, que habían huido de la ciudad y ahora se veían reforzadas por 2000 guardias de asalto y guardias civiles de Madrid, lanzaron un contraataque. Tella lo resistió, con lo que permitió que se concentraran contra Badajoz Yagüe, Castejón y Asensio, con unos 3000 hombres, aunque es posible que este ataque fuera un error estratégico: tal vez habría sido mejor avanzar hacia Madrid. Badajoz estaba defendida por el coronel Ildefonso Puigdendolas (que antes había mandado la columna que había tomado Guadalajara), con unos 8000 milicianos inexpertos. Inmediatamente antes del ataque, Puigdendolas tuvo que derrochar material, energías y confianza para aplastar un motín de la guardia civil.

La calurosa ciudad de Badajoz está rodeada de murallas y además, por el lado este, por donde avanzaba Yagüe, está resguardada por el ancho río Guadiana. Después de una mañana de bombardeo de la artillería, se ordenó el ataque a media tarde del 14 de agosto. La 16.ª compañía de la 4.ª bandera de la legión se lanzó contra la puerta de la Trinidad, cantando, en el momento del avance, su himno, en el que proclaman que su novia es la muerte. En el primer asalto fueron rechazados por las ametralladoras de los milicianos. Pero, al segundo, los legionarios consiguieron abrirse paso, matando a sus enemigos a bayonetazos.

Habían conseguido entrar, aunque, de la fuerza de asalto, sólo sobrevivieron un capitán, un cabo y catorce legionarios. Al mismo tiempo, otra columna de legionarios asaltaba las murallas próximas a la puerta del Pilar. Allí entraron con

menos dificultad. Entonces la batalla continuó en las calles. Las dos fuerzas atacantes se encontraron en la plaza de la República, bajo la sombra de la catedral, y desde aquel momento, la ciudad fue suya. La lucha cuerpo a cuerpo continuó hasta la noche. Badajoz quedó sembrada de cadáveres. No se podía distinguir entre combate y represión porque, desde el momento en que penetraron en la ciudad, no hubo nadie que diera órdenes para continuar o cesar el fuego. El coronel Puigdendolas huyó a Portugal. Los legionarios mataron a todo el que llevaba armas, incluso a unos milicianos que estaban en las gradas del altar mayor de la catedral. La plaza de toros se convirtió en campo de concentración. Muchos milicianos, y todavía más carabineros, fueron fusilados por orden de Yagüe[840]. Estas ejecuciones continuaron al día siguiente, 15 de agosto, y, con menor intensidad, durante algún tiempo después[841]. Hubo otra racha de represión cuando Salazar entregó los refugiados que habían cruzado la frontera en su huida. Esta conquista cortó definitivamente la comunicación del gobierno republicano con la frontera portuguesa.



12. El avance del ejército de África entre agosto y octubre de 1936

El 20 de agosto, Yagüe inició un nuevo avance, volviéndose hacia el este, hacia Madrid. Tella avanzó por Trujillo hasta Navalmoral de la Mata, que ocupó el 23 de agosto. Más hacia el este, el valle del Tajo se extendía sin presentar ningún obstáculo natural importante. Todas las colectividades revolucionarias formadas después de las ocupaciones de tierras de marzo se hundieron, sin mucha lucha, aunque tras su destrucción hubo mucha matanza. Asensio y Castejón avanzaron hacia el Tajo por las

montañas de Guadalupe. Aquí les presentó batalla el ejército gubernamental de Extremadura, formado por tropas de Madrid, a las órdenes del general Riquelme. Una sección de la columna de Asensio fue casi destruida en la ciudad de Medellín por la escuadrilla aérea de Malraux[842], que realizaba su primera acción importante: la escuadrilla había reunido dos o tres bombarderos Potez, uno o dos Breguet y un Douglas. Pero los milicianos de tierra no pudieron oponerse a los legionarios y los marroquíes, que los sobrepasaron, obligándoles a retirarse precipitadamente de sus posiciones, so pena de quedar cercados. Incluso los aviones estaban poco preparados para la guerra moderna (las bombas se habían de lanzar por las ventanas de los cazas). Se retiraron nueve mil hombres, incluidos 2000 anarquistas que se negaron a obedecer las órdenes de Riquelme y lanzaron inútiles ataques en las colinas de San Vicente.

Por lo tanto, Asensio y Castejón se reunieron con Tella en Navalmoral. Tras unos días de descanso, el avance se reanudó el 28 de agosto, a lo largo del lado norte del valle del Tajo. La resistencia fue escasa. El ejército de África prosiguió avanzando por las carreteras. Las tropas republicanas no estaban acostumbradas a las condiciones de lucha de aquel valle árido y yermo. Hubo deserciones. Los milicianos se negaban a cavar trincheras, porque lo consideraban cobarde. El gobierno no podía exponerse a perder a todos sus hombres en una batalla general, y, por lo tanto, no hacía más que retirarse. Además, por entonces, la aparición de los cazas Fiat italianos del grupo llamado «Cucaracha», más rápidos que cualquiera de los aviones que tenían los republicanos, reforzó el control local de los rebeldes en el aire[843]. El 2 de septiembre, las columnas del ejército de África alcanzaron Talavera de la Reina, donde se

encontraban instalados 10 000 milicianos, con toda la artillería que habían podido reunir (así como un tren blindado), en una excelente posición defensiva en las laderas que hay antes de llegar a la ciudad. El día 3 de septiembre, al amanecer, Asensio y Castejón avanzaron para rodear la ciudad. Fueron ocupados el aeródromo y la estación de ferrocarril, que estaban a cierta distancia del centro. Al mediodía, se lanzó un asalto contra la ciudad propiamente dicha, cuyos defensores, para entonces, ya estaban profundamente alarmados. A primera hora de la tarde, después de unas cuantas luchas callejeras, Yagüe conquistó Talavera. Aquella tarde, cuando el subsecretario de la Guerra en Madrid, Hernández Sarabia, telefoneó a Talavera, le contestó un marroquí[844]. Había caído la última ciudad de cierta importancia que se interponía entre Franco y Madrid.

La realización de esta campaña de 500 kilómetros en un mes fue un triunfo para Franco, a quien algunos habían criticado por escoger la ruta del oeste, más larga, de Sevilla a Madrid, en vez de la del este, más corta y más normal, pasando por Córdoba, La Mancha y Aranjuez. La campaña, además, consolidó la posición de Franco frente a las de Mola y Queipo de Llano.

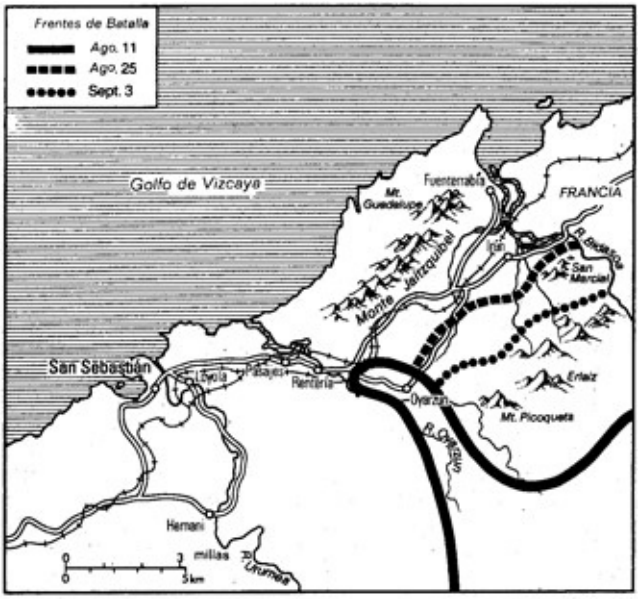
La segunda campaña importante de agosto fue la del norte. A finales de julio, como hemos visto, Mola había estado a punto de ser presa de la desesperación debido a la escasez de municiones; el 29 de julio, incluso había estado tentado de suicidarse, según dice su secretario. En un momento dado, solamente disponía de 26 000 cartuchos. Luego Franco le remitió un telegrama comunicándole la llegada de los aviones alemanes e italianos, y le envió 600 000 cartuchos[845]. El plan de Mola, coordinado con Franco, con quien se entrevistó en Sevilla el 13 de agosto, consistía en conquistar San Sebastián e Irún, aislando así a

los vascos de la frontera francesa en el extremo occidental de los Pirineos. Las columnas de tropas principalmente navarras que operaban allí fueron puestas bajo el mando de su paisano el coronel José Solchaga. El 11 de agosto, el comandante Latorre había conquistado la antigua capital vasca de Tolosa. A un socialista que había impedido que los anarquistas y los comunistas locales destruyeran la central eléctrica de la ciudad le pagaron la molestia afeitándole la cabeza, menos una tonsura, y obligándole a recorrer la ciudad gritando: «¡Viva Cristo Rey!»[846]. El mismo día, el coronel Beorlegui conquistó Pikoketa, un cerro clave para el avance hacia Irún. Telesforo Monzón, un destacado político nacionalista vasco, se apresuró a dirigirse a Barcelona para pedir ayuda. Pero la Generalitat sólo podía disponer de 1000 fusiles. Los vascos, por lo tanto, confiscaron el oro que había en la sucursal local del banco de España y en otros bancos de Bilbao y lo enviaron por mar a París, para comprar armas con aquella garantía. El primer comandante de las fuerzas republicanas en Guipúzcoa, Pérez Garmendia, cayó en manos de Beorlegui, gravemente herido; Beorlegui, que era antiguo amigo suyo, le dijo rápidamente que tenía suerte de morir a consecuencia de sus heridas, porque, si hubiera sobrevivido, le habrían fusilado por traidor[847].

Los rebeldes situaron algunos de los pocos barcos que tenían frente a San Sebastián e Irún. El gobernador militar, teniente Antonio Ortega, que estaba al mando de las fuerzas de San Sebastián, amenazó con fusilar a cinco prisioneros por cada persona que muriera a consecuencia del bombardeo marítimo. Los prisioneros de la ciudad eran muchos y distinguidos, puesto que San Sebastián era la capital veraniega del país. A pesar de todo, los barcos rebeldes *España, Almirante Cervera* y *Velasco* empezaron a disparar el 17 de agosto. La población se ocultó, no obstante se

produjeron cuatro muertos y 38 heridos. Ortega ejecutó a ocho prisioneros civiles y cinco oficiales rebeldes. El bombardeo naval continuó durante los días siguientes, sin causar pánico. Irún y San Sebastián también empezaron a ser bombardeadas a diario. Entre los aparatos atacantes destacaron los Junker 52. El 26 de agosto, empezó el asalto por tierra contra Irún. El número de hombres que participaron fue reducido: unos 3000 vascos y republicanos, y casi 2000 nacionalistas. Beorlegui, sin embargo, contaba con el apoyo de casi toda la artillería que Mola había podido reunir. Tenía también unos cuantos tanques ligeros alemanes, Panzer I, armados de ametralladoras, y varios camiones blindados. Los vascos, por su parte, estaban asesorados por una serie de técnicos franceses y belgas enviados por el partido comunista francés[848], y también por algunos anarquistas de Barcelona. Tenían un regimiento de artillería.

La batalla que vino a continuación se libró bajo un sol deslumbrador, tan cerca de la frontera francesa que Beorlegui tuvo que prohibir a sus hombres que disparasen en dirección este. Día tras día, hubo un prolongado bombardeo de la artillería rebelde, y, cuando parecía que los vascos habían evacuado sus posiciones, venía el asalto. Pero luego volvían los defensores y, en lucha cuerpo a cuerpo, reconquistaban la posición. Después de una pausa, volvía a empezar el bombardeo de la artillería. El cerro de Puntza, por ejemplo, fue bombardeado, evacuado y reconquistado cuatro veces de esta manera antes de ser definitivamente conquistado el 2 de septiembre.



13. La campaña de Guipúzcoa entre agosto y septiembre de 1936

Aquel día, los navarros tomaron también el encalado convento de San Marcial, situado en la ventosa colina que domina directamente Irún, y el puesto aduanero de Behovia. Este último fue rodeado, y sus defensores lucharon cuerpo a cuerpo hasta el último hombre, mientras los que pudieron se lanzaron al Bidasoa para pasar a nado a Francia y a la salvación. Ambos bandos lucharon con un desprecio absoluto de sus propias vidas, desmintiendo las acusaciones de cobardía que se lanzaban gritando unos a otros cuando cesaba el fuego, por la noche, o durante la siesta de la tarde.

Los habitantes de Irún empezaron a huir camino de Hendaya atravesando el puente internacional. A pie, en silla de ruedas, en automóvil, en coche de caballos, a caballo, montados en animales domésticos y de granja, con niños, con unos cuantos muebles o cuadros baratos, los refugiados huían hacia la frontera, impulsados por un pánico ciego, muchos de ellos llorando y sin un céntimo. Hasta entonces, los milicianos se habían sentido animados y alentados por la

presencia de sus mujeres y sus familias en casa. Ahora estaban solos, y se habían convertido en una retaguardia que no tenía nada que defender. El 3 de septiembre, Beorlegui, que el día anterior había recibido la visita de la figura, ahora anacrónica, de Gil Robles, y con sólo 1500 hombres a sus órdenes, lanzó el asalto contra Irún. Una multitud de espectadores le contemplaba desde la ribera francesa del Bidasoa. El ataque no tuvo un éxito inmediato. Sin embargo, a las dos de la mañana fue conquistado el pueblo fronterizo de Behovia. La mayoría de los defensores de Irún, incluido el comité responsable, huyeron a Francia antes de salir el sol. Los últimos que se quedaron fueron un destacamento de anarquistas de Asturias, junto con algunos comunistas locales, y los franceses y belgas. Los anarquistas incendiaron varias zonas de Irún. También fusilaron a cierto número de prisioneros de derechas que se encontraban en el fuerte Guadalupe, en Fuenterrabía, y luego huyeron, dejando a los demás libres para aclamar a Beorlegui al día siguiente, cuando ocupara la ciudad en ruinas. Beorlegui sufrió una herida mortal en la pierna en la batalla final en el puente internacional, obra, al parecer, de un grupo de comunistas franceses que se defendían con ametralladoras. En cuanto a los refugiados, los que desearon continuar luchando —560 hombres, incluidos los franceses y los belgas— fueron enviados en tren a Barcelona, donde se incorporaron a las columnas del frente de Aragón. El resto fue enviado a campos de concentración, en Francia.

Esta campaña puso en manos de los nacionalistas unos 1600 kilómetros cuadrados de rica tierra de labor, densamente poblada, y con muchas fábricas importantes; además, fue una victoria de incomparable importancia estratégica, porque, al ser derrotados, los nacionalistas vascos, los santanderinos y los asturianos quedaron aislados

de la Francia amiga. Y ahora los nacionalistas podían ir en tren desde Hendaya hasta Cádiz[849].

Aparte de su principal aventura estratégica en el sur de España, en agosto, los nacionalistas hicieron varias incursiones para establecer comunicaciones entre Sevilla, Córdoba, Granada, Cádiz y Algeciras. El general Varela, enérgico, hijo de un sargento auxiliar y exinstructor de los carlistas, cruzó Andalucía con un tabor de marroquíes y conquistó Granada[850]. Así pues, la provincia de Málaga, aunque protegida por montañas, quedaba amenazada por posibles avances rebeldes por el norte y por el oeste. Sin embargo, la posibilidad de un ataque contra la ciudad de Málaga estaba descartada. Varela recibió la orden de dirigirse al norte para defender la posición nacionalista de Córdoba, amenazada el 20 de agosto por un ataque republicano dirigido por el general Miaja, que había sido por breve tiempo ministro de la Guerra (sólo la noche del 18 al 19 de julio), y ahora estaba al mando de un destacamento de tropas republicanas de Madrid, que, junto con algunos milicianos de Andalucía que se le habían incorporado, sumaba unos 3000 hombres. El ataque llegó hasta las puertas de Córdoba, que, ocupada por el nacionalista coronel Cascajo, habría caído de no haber sido por el empleo eficaz de las bombas italianas Sarvia. Entonces Miaja fue rechazado, y muchos milicianos sólo usaron sus fusiles contra los que intentaban detener su huida[851]. El fracaso de Miaja planteó la cuestión de su lealtad a la causa de la República. Posiblemente, Miaja no avanzó sobre Córdoba porque Cascajo amenazó con tomar represalias con su familia, que estaba allí[852], pero más probablemente porque no pudo conseguir que sus hombres avanzaran. Entonces, en Madrid empezaron a preguntarse si podía ser leal algún general u oficial del ejército[853]. Indudablemente, había un

espionaje a gran escala. En realidad, el ayudante de Miaja, capitán Fernández Castañeda, estaba esperando el momento propicio para pasarse al otro lado, e incluso entonces hacía todo lo posible para permitir a guardias civiles que escaparan de la República (él huiría en febrero de 1937)[854]. La traición, o por lo menos la ambigüedad de la lealtad, fue muy común en Andalucía: «El encargado de los que cavaban las trincheras —recordaba un escolar de aquella época— era un hombre que había sido enviado desde Málaga para la defensa del pueblo y se convirtió en uno de los dirigentes juveniles. Es increíble, pero cuando entraron los nacionalistas, resultó que era un destacado falangista»[855].

La República también tuvo otras iniciativas en agosto. Aunque el frente de Aragón estuvo tranquilo, salvo por un ataque contra Huesca que efectuó el grupo de anarquistas italianos de Garlo Rosseüi y los socialdemócratas de la Columna *Giustizia e Liberta*, que recibieron su bautismo de fuego en el Monte Pelato, en la Sierra de Graloche, el 28 de agosto; escaramuza en la que murió su jefe, el abogado Mario Angeloni[856]. Pero hubo algo más importante. El 9 de agosto, una fuerza expedicionaria catalana y valenciana, al mando de un capitán de las fuerzas aéreas, Alberto Bayo, y de un capitán de la guardia civil de Valencia, Manuel Uribarri, llegó a Ibiza en un buque de transporte requisado (el *Marqués de Comillas*), con dos destructores, un submarino y seis aviones. Los trabajadores se alzaron contra los cincuenta hombres de la guarnición, y la isla quedó nuevamente bajo control republicano. Gracias a esto, fueron liberados de la cárcel el socialista que tan malos consejos había dado a Largo Caballero, Luis Araquistain, y el poeta comunista Rafael Alberti. Unos días más tarde, después de una discusión con Uribarri, Bayo llegó a la costa oeste de Mallorca. Esta expedición se llevó a cabo bajo la autoridad

de la Generalitat, y parece ser que el ministerio de la Guerra de Madrid ignoraba casi todo respecto a ella.

14. La invasión de Mallorca en agosto de 1936

Al amanecer del día 16 de agosto, Bayo desembarcó con unos 8000 hombres en la costa oriental, cerca de la pequeña ciudad de Porto Cristo, que fue ocupada rápidamente. Pero, tras el éxito del desembarco, los invasores dejaron transcurrir la mañana indecisos. Por la tarde, desembarcaron también seis cañones de 75 mm y cuatro de 105 mm, junto con hidroaviones procedentes de Barcelona[857]. Se establecieron en el interior de la isla, a unos 12 kilómetros de la costa. Continuaban perplejos ante su propio éxito, y de esta manera permitieron a los nacionalistas organizar un contraataque. En su apoyo llegó una pequeña escuadrilla aérea italiana, que se autodenominaba pomposamente «Los dragones de la muerte», compuesta por tres bombarderos Savoia 81, y un grupo de Camisas Negras italianos, dirigidos por Arconovaldo Bonaccorsi, un fanático fascista de Bolonia de roja barba conocido como el «conté Rossi»[858], junto con tres cazas Fiat (CR32) y algunos otros aviones nacionalistas. Los Fiat, con pilotos italianos (entre ellos un excelente

aviador llamado Cerestiato), fueron superiores a sus oponentes republicanos. A partir de entonces, los bombarderos republicanos no pudieron llegar a bombardear Palma. El 3 de septiembre empezó una contraofensiva nacionalista, dirigida por el coronel García Ruiz. Para empezar, la guarnición tenía 1200 hombres, 300 carabineros y guardias civiles, junto con una serie de falangistas, dirigidos por el marqués de Zayas. Esto haría un total de 3500 hombres. La fuerza expedicionaria catalana, que carecía de servicio médico, hospitales de campaña o suministros adecuados, huyó a sus barcos. Los invasores estaban desmoralizados por la aviación, pero la decisión de retirar la cabeza de puente se tomó innecesariamente. La retirada se cubrió, hasta cierto punto, con el despliegue, fuera del puerto, del acorazado *Jaime I* y algunos otros barcos republicanos. Las playas quedaron sembradas de cadáveres, pero muchos milicianos consiguieron escapar, abandonando las armas. Sin embargo, muchos heridos alojados en un convento fueron fusilados ante la vista de la madre superiora[859]. Pocos prisioneros se libraron de la ejecución. De manera que la expedición tuvo un final poco glorioso; no obstante radio Barcelona anunció: «Las heroicas columnas catalanas han regresado de Mallorca tras una magnífica acción. Ni un solo hombre ha sufrido los efectos del embarque, ya que el capitán Bayo, con habilidad táctica sin igual, consiguió desarrollarlo con éxito, gracias a la moral y a la disciplina de nuestros invencibles milicianos»[860]. En adelante, Mallorca pasó a ser durante unos meses el feudo privado del «conté Rossi», quien, vestido con su negro uniforme fascista, adornado por una cruz blanca que llevaba al cuello, se dedicó a recorrer la isla en un coche de carreras rojo, en compañía de un capellán de Falange armado. Fue entonces cuando los asesinatos de obreros mallorquines

llegaron a su cumbre[861]. Mientras tanto, Ibiza y Formentera quedaron abandonadas. (El destino de la hermosa isla de Ibiza fue espantoso; primero, los rebeldes mataron a 55 personas en un ataque aéreo; luego, la FAI fusiló a 239 prisioneros; y cuando finalmente volvieron los rebeldes, fusilaron a 400)[862].

En Asturias, entretanto, continuaron durante el mes de agosto las luchas para conquistar el cuartel de Simancas, en Gijón, y la ciudad de Oviedo. Mientras no fuera reducido el primero, los mineros asturianos no podrían concentrar sus fuerzas contra Oviedo, donde el coronel Aranda no podía salir de la ciudad que había ganado con su estratagema. Su defensa era más fácil porque Oviedo había sido bien equipada con armamento después de la sublevación de Asturias de 1934, particularmente con ametralladoras. Aranda tenía a su disposición unos 2300 hombres, incluidos unos 860 voluntarios, falangistas en su mayoría. El sitio del cuartel de Gijón se veía dificultado por el bombardeo del crucero nacionalista *Almirante Cervera*, que estaba frente a la costa. Por otra parte, los 180 defensores eran animados constantemente por las emisiones de radio Club Lisboa, radio Coruña y radio Sevilla, con falsas noticias de que pronto les iba a llegar auxilio. Las reservas de agua de los defensores se agotaron, y el nocturno chasquear de labios de Queipo de Llano en radio Sevilla volvió medio locos a varios de los sitiados. Sin embargo, no se rindieron. Aquí, como en Toledo, pero más dramáticamente, los milicianos llevaron a los hijos del coronel que estaba al mando del cuartel, el fanático Antonio Pinilla, y de su segundo, Suárez Palacios, ante el cuartel, para pedir su rendición. Pinilla se negó a rendirse hasta el último momento. Finalmente, el 16 de agosto, este jefe envió por radio un mensaje digno de la antigua Roma a los barcos nacionalistas que se encontraban

frente a la ciudad: «La defensa es imposible. El cuartel está en llamas y el enemigo está empezando a entrar. ¡Tirad sobre nosotros!». La petición fue cumplida, y los últimos defensores del cuartel de Simancas perecieron entre las llamas. A continuación, los mineros pudieron estrechar el cerco de Oviedo. Sus jefes militares eran el minero socialista Otero, y el metalúrgico de la CNT Higinio Carrocera. Aranda carecía de provisiones, pero los sitiadores carecían de casi todo, salvo de su infernal dinamita. O sea que ninguno de los dos bandos se movió. Aranda tenía que mantener toda una ciudad con enemigos dentro y fuera, con menos de 3000 hombres. Su personalidad fría pero jovial fue el principal apoyo de la defensa[863], pero también reapareció bajo sus órdenes un capitán de ingenieros, Oscar Pérez Solís, que en otros tiempos había sido fugazmente secretario general del Partido Comunista, aunque ahora era falangista, y quizás ansiaba purgar en el combate todas las conductas torcidas, atracos a bancos y asesinatos de su época de comunista, de unos diez años antes.

En Toledo, la lucha era intermitente. La resistencia del Alcázar enloquecía a los milicianos que lo sitiaban, pero con su incompetencia sólo podían derrotar a sus propios jefes (que fueron cambiando, desde un general del ejército, romo Riquelme, al pintor socialista Luis Quintanilla). Durante todo el mes de agosto ambos bandos intercambiaron fuego de fusil. Los defensores, muy expertos, eran buenos tiradores, y los milicianos no hicieron ningún intento de asalto. Por medio de megáfonos se lanzaban unos a otros insultos y baladronadas. Algunas bombas que se lanzaron sobre el Alcázar apenas afectaron a la defensa de la antigua fortaleza, que había sido muy reforzada a principios del siglo. La población de Toledo, fuertemente católica, daba la impresión a los sitiadores de que estaban rodeados de traidores. Las

autoridades civiles se encontraban entre tanto absorbidas por las discusiones sobre la manera de proteger las incomparables pinturas que se encontraban en las iglesias de Toledo y en el museo del Greco. Aunque los defensores del Alcázar tenían todas las municiones que necesitaban, parecía haber pocas esperanzas de liberación. Estaban aislados del resto de España. No tenían electricidad, y utilizaban como sal el salitre de los muros. A pesar de todo, los rebeldes se comportaban con serenidad. Se pasaba revista, y el único caballo de pura raza que había en el interior era cuidado como si estuviera en la mejor de las caballerizas. Incluso se celebró la fiesta de la Asunción en los sótanos del Alcázar, con flamenco y castañuelas. Más tarde, el 17 de agosto, un Junker pilotado por un joven y audaz piloto alemán, Von Morau, voló sobre ellos y dejó caer mensajes de aliento de Franco y Mola y, lo que era más importante, alimentos. El 4 de septiembre vino la conquista de Talavera de la Reina, a sólo 70 kilómetros Tajo abajo[864]. El Alcázar recibió un mensaje de «las jóvenes de Burgos»: «La heroica epopeya que ha escrito por Dios y por España vuestro valor en nuestro glorioso Alcázar será para siempre el orgullo de España. Caballeros cadetes, somos unas señoritas radiantes de gozo y esperanza, y, como vosotros, somos la Nueva España del glorioso amanecer». (Por lo general, entonces todavía se creía que los defensores del alcázar eran cadetes).

El acercamiento de los nacionalistas a Madrid no tardó en manifestarse muy vívidamente. El 23 de agosto fue bombardeado el aeropuerto de Getafe, y, el 25 de agosto, Cuatro Vientos, un aeropuerto todavía más próximo. El 27 y el 28 de agosto fue bombardeado Madrid mismo. Hans Voelckers, encargado de la embajada Alemana, dijo que el ataque el 27 de agosto fue realizado por tres Junker 52. «Por

favor —pidió a Berlín—, procuren que, mientras continúe el tráfico aéreo de la Lufthansa, los Junker no bombardeen Madrid». Pero el 29 de agosto tuvo que volver a quejarse. Los Junker 52 habían dejado caer cuatro pesadas bombas sobre el ministerio de la Guerra, causando daños considerables y varias muertes[865]. En Madrid estaba aumentando el sentimiento antialemán. Voelckers insistió en que la embajada y la colonia alemana tendrían que abandonar la ciudad.

Los ataques aéreos dieron lugar, en Madrid, a la formación de comités en las casas de cada bloque para organizar la escucha de las sirenas que serían la señal para refugiarse en los sótanos. Estos comités investigaban además los oscuros textos de los decretos de alojamiento del gobierno, e intentaban proporcionar protección contra las detenciones ilegales. En realidad eran una especie de policía especial local que pasaron a dirigir socialistas y comunistas. Las ramas comunistas locales también organizaron grupos para pintar de azul las farolas y asegurar la oscuridad de la ciudad. Sin embargo, en aquella época del año, era difícil conseguir la oscuridad, porque los postigos cerrados producían un calor intolerable en las habitaciones. Se advirtió a la gente que evitaran las habitaciones que daban a la calle y usaran las interiores, alumbrándose con velas. Estas experiencias serían corrientes en otras partes de Europa en tiempos de la segunda guerra mundial. Pero, con la excepción de las modestas alarmas de la primera guerra mundial, los bombardeos de Madrid fueron los primeros de su tipo en el mundo.

23

Intentos para lograr un pacto de no intervención. — Los Estados Unidos se mantienen al margen. — Ardides de Italia y de Stalin. — Llegada de la misión rusa. — Astucias de Alemania. — El comité de no intervención.

Mientras la República fracasaba militarmente, los acontecimientos diplomáticos de agosto estaban también marcados por el signo de la derrota. El 3 de agosto, el conde Charles de Chambrun, embajador francés en Roma, presentó el plan de no intervención del gobierno francés a Gano, que alegremente prometió estudiarlo[866]. Inglaterra, por su parte, en principio aceptó la idea, cuando le fue presentada, y Edén dio su consentimiento desde su casa de campo en Yorkshire[867]. Aquel mismo día llegó a Ceuta el acorazado alemán *Deutschland*, y el almirante Rolf Caris, que iba al mando del barco, almorzó con Franco, Langenheim, Bernhardt y Beigbéder. Una escolta de falangistas gritó: «¡Heil Hitler!»[868]. Aquel barco y el Almirante Scheer habían recibido la orden de zarpar el 24 de julio, de Wilhelmshaven, rumbo a aguas españolas. Al día siguiente, 4 de agosto, André François-Poncet, embajador francés en Berlín, presentó el plan de no intervención al barón Von Neurath, el ministro alemán de Asuntos Exteriores, que respondió que Alemania no tenía ninguna necesidad de hacer aquella declaración. Neurath añadió que sabía que los franceses

habían entregado aviones a los republicanos. François-Poncet respondió afirmando que los alemanes también se los habían proporcionado a los nacionalistas[869]. En Moscú, el embajador francés realizó una gestión similar ante el gobierno ruso, mientras que, en París, el embajador republicano recién llegado, Álvaro de Albornoz, volvía a pedir fusiles Lebel, ametralladoras Hotchkiss, millones de cartuchos, bombas, cañones y más aviones Potez y Dewoitine[870]. El 6 de agosto, Ciano, después de consultar con Ulrich *von* Hassell, embajador alemán en Roma, dijo que Italia se adhería al plan francés. Pero quería «verificar todas las ayudas financieras que se recogieran» para uno y otro bando, hacer que el plan incluyera a todos los países y establecer un sistema de control internacional[871]. El *Pravda* de aquel día anunciaba que los trabajadores rusos habían contribuido con 12 145 000 rublos a la ayuda a España. Pero el gobierno ruso, igual que el italiano, aceptó el plan francés de no intervención «en principio», y pidió que Portugal se uniera al grupo de países que lo suscribirían, y que «ciertos Estados» —es decir, Alemania e Italia— cesaran en su ayuda[872]. A pesar de todo, el 7 de agosto, François-Poncet volvía a la Wilhelmstrasse (y Chambrun al Palazzo Chiggi) con el borrador de una declaración de no intervención, aceptado ya por Inglaterra, Bélgica, Holanda, Polonia, Checoslovaquia y Rusia, que se comprometían a renunciar a todo tráfico de material de guerra o aviones. Neurath arguyó que aquello sería difícil sin un bloqueo: y, además, ¿qué había de las actividades del Komintern[873]? El mismo día, los representantes inglés y francés en Lisboa pidieron a Monteiro, el ministro portugués de Asuntos Exteriores, que se adhiriera al pacto de no intervención. Monteiro, igual que Ciano, ocultó su juego[874].

Durante todo este tiempo, la frontera francesa seguía

abierta y llegaban a la República nuevos bombarderos y cazas, y, desde luego, nuevos pilotos. Pero, el 8 de agosto, el gobierno francés cambió de política. Un comunicado anunció que, a partir del 9 de agosto, se suspenderían todas las exportaciones de material de guerra a España. Se explicó que esto era debido a la respuesta «casi unánimemente favorable» que había recibido el gobierno a sus ideas de no intervención. De hecho, el día anterior, *sir* George Clerk, el embajador británico, había hablado con Delbos, por iniciativa propia, con mucha dureza. ¿Cómo podía compaginar el envío a España de aviones franceses con la retención en Burdeos de los cuatro aviones Fokker que habían salido de Inglaterra con destino a los rebeldes? Si Francia no prohibía la exportación de material de guerra a España, sería mucho mis difícil que se formara un frente común con Inglaterra en aquel asunto[875]. Además, para entonces, el almirante Darían había vuelto de Londres. Había visto al almirante *lord* Chatfield, que le había dicho que no serviría de nada hacer una gestión ante Inglaterra a propósito de España, y, además, que Franco era «un buen patriota español». El almirantazgo británico, además, estaba «desfavorablemente impresionado» por lo que había oído del asesinato de los oficiales de la marina española. No había que hacer nada que permitiera la propagación del comunismo en España o, peor aún, en Portugal. Darían, por lo tanto, informó de que no existía ninguna posibilidad de que Inglaterra mirara con buenos ojos la ayuda francesa a la República[876]. Así pues, el miedo a ofender a Inglaterra fue la principal razón que movió al gobierno francés, el 8 de agosto, a volverse atrás de su decisión del 2 de agosto[877]. Blum lo lamentó amargamente. Estuvo a punto de dimitir, pero su colega Auriol (que estaba a favor de la República española) y Fernando de los Ríos le convencieron para que

no lo hiciera. Al fin y al cabo, para la República sería mejor un gobierno con Blum que cualquier otro[878]. El 9 de agosto, Blum, a pesar de todo, fue aclamado en un mitin celebrado en Saint Cloud por una gran multitud que gritaba «¡armas para España!», mientras un avión trazaba la palabra *paix* con humo sobre el cielo azul de verano. Ahora, todos los dirigentes sindicales franceses, tanto los socialistas como los comunistas, eran partidarios de la política que pedía aquella multitud. Léon Jouhaux, el dirigente sindical socialista, y Thorez, el secretario general comunista, coincidieron en declarar que no podía haber neutralidad para «el obrero consciente». Al quedar prohibido el envío de armas, en su lugar se hicieron colectas para enviar a la República ropas, alimentos y medicinas. De hecho, mientras Fierre Cot fue ministro del Aire (hasta junio de 1937), en los aeropuertos franceses se ayudó a los aviones republicanos. Estas violaciones de la no intervención fueron objeto de excusas oficiales, y se explicaron como causadas por «errores de navegación»[879]. Continuaron enviándose algunos aviones directamente desde Francia. Se cree que, entre el 9 de agosto y el 14 de octubre, llegaron a España 56 aviones procedentes del aeródromo de la Air France en Montaudran[880]. El gobierno catalán también consiguió algo de ayuda, tanto en hombres como en material, de Francia y Bélgica, para desarrollar su industria de municiones[881].

Mientras Blum hablaba en Saint Cloud, el consejero de la embajada alemana en Londres estaba asegurando amablemente al Foreign Office que «no se había enviado ningún material de guerra desde Alemania, ni se enviaría en el futuro»[882]. Pero los Junker, los Heinkel, sus pilotos y sus técnicos ya estaban teniendo su impacto sobre la guerra en el sur de España. El cónsul alemán en Sevilla pidió a la Wilhelmstrasse que estos alemanes no salieran a la calle con

uniforme alemán, porque eran reconocidos y recibían «grandes ovaciones»[883]. Sin embargo, un Junker 52 tuvo que realizar un aterrizaje forzoso en territorio republicano, donde fue apresado, junto con su tripulación. Al día siguiente, el representante alemán en Madrid, Schwendemann, siguiendo instrucciones de Berlín, pidió que lo dejaran en libertad. El gobierno español se negó. El 12 de agosto, Neurath dijo a François-Poncet que, hasta que los españoles no devolvieran el avión («un simple avión de transporte»), Alemania no podría acceder a un acuerdo de no intervención[884]. Pero, el 13 de agosto, Portugal aceptó la no intervención en principio, reservándose libertad de acción si su frontera se veía amenazada por el desarrollo de la guerra. Unos días antes, el gobierno español había declarado que las Canarias y las provincias gallegas eran «zonas de guerra», y por lo tanto estaban sometidas al bloqueo. El Foreign Office dijo que consideraba que esta declaración se situaba en el terreno de la intención: era necesario que se produjera el hecho del bloqueo antes de que pudiera ser reconocido internacionalmente.

Por entonces también se había pedido a los Estados Unidos que manifestaran una actitud ante la guerra española. El 5 de agosto, tras una reunión en el departamento de Estado, el secretario de Estado, Cordell Hull, dejó entrever claramente (aunque no lo anunció) que su gobierno era partidario de la no intervención[885]. El 10 de agosto, una empresa constructora de aviones, la Glenn Martin Company, preguntó cuál sería la actitud del gobierno si vendía ocho bombarderos a la República. El secretario de Estado en funciones contestó que aquella venta «no estaría conforme con el espíritu de la política de este gobierno, de "embargo moral" de armas para España»[886]. A continuación, el departamento de Estado dio instrucciones a Bowers, el

embajador norteamericano en España, para que se negara incluso a sumarse a una propuesta de mediación sugerida por el embajador argentino al cuerpo diplomático reunido en San Juan de Luz[887]. Esto escandalizó a la opinión liberal norteamericana: «¡Podríamos preguntar a Jefferson qué partido tomaría en esta cuestión!». Estas palabras eran de Earl Browder, el comunista estadounidense, pero sus sentimientos eran compartidos por muchos demócratas. No obstante, la mayoría de los norteamericanos eran partidarios del embargo. México, entretanto, fue el único gobierno que empezó a enviar públicamente unas cuantas armas a la República. El presidente Cárdenas anunció en septiembre que había enviado 20 000 fusiles de 7 mm y 20 millones de cartuchos al gobierno español.

Los ingleses y los franceses continuaban con sus esfuerzos en pro de la quimera de la no intervención. Inglaterra prohibió la exportación de material de guerra a España el 15 de agosto, después de haberse tenido noticias de que varios aviones ingleses habían despegado de Croydon para dirigirse a la España rebelde[888]. Neurath entregó una nota a François-Poncet el 17 de agosto en la que aceptaba (pendiente de la devolución del Junker y la aceptación de obligaciones similares por todos los países que poseían industrias de armamento) prohibir los envíos de armas a España y sugería que esta prohibición se extendiera al envío de voluntarios[889]. Ciano también insistió en este punto con el embajador francés en Roma, pero prometió que Italia prohibiría la exportación de armas incluso antes de que se resolviera aquella cuestión y la de las ayudas monetarias[890]. Este cambio repentino sorprendió a los franceses. Se debió a que se dieron cuenta, como dijo el encargado de negocios alemán en Roma, de que sería posible «no atenerse a la declaración, en cualquier caso»[891]. El 24 de agosto, sin

haberse decidido aún el futuro del Junker que estaba en Madrid, Alemania firmó la declaración presentada por los franceses[892]. Aquel día, los jefes de Estado Mayor ingleses presentaron un importante documento, que después sería mencionado en muchas ocasiones en el seno del gobierno británico, en el que decían que, por razones estratégicas, Inglaterra tenía que estar en buenas relaciones con cualquiera que ganara la guerra[893].

Rusia no intentó quedar al margen de estas negociaciones y con ello cumplió los deseos del ministerio alemán de Asuntos Exteriores. Stalin, que deseaba una alianza con Francia e Inglaterra, quería participar en todas aquellas discusiones. El 23 de agosto, Rusia aceptó el acuerdo de no intervención y, el 28 de agosto, Stalin publicó un decreto por el que se prohibía la exportación de material de guerra a España, para alinear a la Unión Soviética con las otras potencias. Los funcionarios rusos, durante estas negociaciones, manifestaron un apocamiento todavía mayor que el habitual en ellos, y Litvinov apenas si se permitió detalles insignificantes de su normal fraseología sobre la adhesión de su gobierno a Stalin[894]. *Izvestia* tuvo que hacer muchos equilibrios para denunciar la neutralidad como «algo que no es idea nuestra en absoluto», y que era «una retirada general ante los gobiernos fascistas», y explicar al mismo tiempo que, si Rusia la aceptaba era «debido a que la declaración francesa intentaba terminar con la ayuda fascista a los rebeldes»[895]. Nunca fue más difícil el dilema de la política rusa, deseosa por un lado de agradar a Francia, y temerosa por otro de parecer que abandonaba a la revolución mundial. Pero la lentitud de Stalin también se explica por su preocupación acaparada en aquellos momentos por el proceso del primer grupo de antiguos bolcheviques, que empezó el 19 de agosto: Kamenev fue

condenado a muerte el 23 de agosto, y Zinoviev unos días más tarde. La cabeza de Stalin, pues, estaba más ocupada por otras cosas que por España.

Además, en el mismo momento en que Rusia se adhirió al acuerdo de no intervención, se estaban instaurando relaciones diplomáticas entre la Unión Soviética y el gobierno español formalmente, y en realidad, muy intensamente[896]. El 25 de agosto, llegó a Barcelona como cónsul general un viejo revolucionario, Vladimir Antonov-Ovseenko, que se encontraba al mando de la guardia roja que asaltó el palacio de Invierno de San Petersburgo en 1917, y que posteriormente había sido miembro del primer gobierno bolchevique. A finales de los años veinte, había sido miembro destacado de la oposición trotskista, pero en 1928 había capitulado ante Stalin, y después había ejercido como diplomático en Praga y en Varsovia. El nombramiento de un revolucionario tan experto para Barcelona fue una medida curiosa y, como se vería, irónica[897]. El 27 de agosto llegó a Madrid, como embajador, el competente diplomático ruso Marcel Rosenberg, exsubsecretario de la Sociedad de Naciones. Rosenberg trajo consigo un gran equipo, que incluía un agregado naval, el capitán N. Kuznetzov; un agregado aéreo, el coronel Boris Svieshnikov; y un agregado militar, el general V. Goriev[898]. El principal asesor militar ruso que había en España era el letón general Jan Berzin, anteriormente jefe del servicio secreto militar ruso, un hombre valeroso que había pasado su juventud en Letonia luchando contra la policía zarista. Desempeñó un papel brillante en la guerra civil rusa. Era alto, tenía el cabello gris, y algunos le tomaban por inglés[899]. Antonov-Ovseenko también tenía un asesor económico, Arthur Stashevsky, que en realidad era un agregado comercial ruso en España. Era un polaco, bajo y grueso, casado con una francesa, que

parecía un comerciante vulgar, y además había sido ayudante de Berzin. Otros rusos eran el escritor Ilya Ehrenburg, que vino a España como corresponsal de *Izvestia* a finales de agosto, y se dedicó a la propaganda e incluso a la actividad militar, tanto como a la periodística[900]. Y Mikhail Koltsov, Otro eminente escritor ruso, corresponsal de *Pravda*, que había llegado a España el 8 de agosto[901]. Así pues, estos rusos se añadieron al grupo de los comunistas influyentes que ya se encontraban en España. La fecha de la llegada de estas misiones indica que la doble actitud expresada en *Izvestia* quedó reflejada en una doble política que demostraba que, como siempre, Stalin procuraba dejarse todos los caminos abiertos. El cuartel general de la misión rusa en Madrid fue el tranquilo hotel Gaylord, entre el Prado y el parque del Retiro[902]. De momento, no se vería equipo militar ruso en España, aunque, en el mismo momento en que Rusia «prohibía formalmente la exportación de material de guerra», Stalin, en realidad, la estaba aprobando.

El doble juego de Rusia era comparable al de Alemania. El 25 de agosto, al día siguiente de la firma por parte de Alemania del pacto de no intervención, el ministro de la Guerra, mariscal Blomberg, llamó al coronel Warlimont, un oficial prometedor y ambicioso. El Führer, dijo Blomberg, estaba adoptando una actitud de hostilidad clara y explícita contra Rusia. Hasta entonces, su anticomunismo se había limitado a Alemania. Ahora incluía al Komintern y a todas sus obras. Su discurso en el congreso anual del partido nazi en Nuremberg reflejaría esta actitud. Por consiguiente, continuó Blomberg, Hitler había decidido prestar una ayuda sustancial a Franco. Warlimont dirigiría los contingentes alemanes. El día 26, Warlimont y Canaris visitaron al jefe del servicio secreto militar italiano, coronel Roatta, y luego Roatta y Warlimont salieron para Tetuán, en un crucero

italiano. Desde allí, un avión alemán los trasladó a Sevilla, donde hablaran con Queipo de Llano, y a continuación a Cáceres, donde se entrevistaron con Franco. Warlimont se hizo cargo inmediatamente de sus obligaciones[903]. Roatta volvió a Italia, pero, a lo largo del mes siguiente, Mussolini envió a España unos veinte tanques ligeros Fiat-Ansaldo, algunos de ellos equipados con lanzallamas y una serie de piezas de artillería de un modelo muy seguro, el de 65/17 mm, usado en la primera guerra mundial, además de «especialistas» en la utilización de este material, que se sumaron a los pilotos de los Savoia y los cazas Fiat que ya estaban allí.

Mientras las demás potencias se dedicaban a faltar a su palabra, Edén aceptó la sugerencia italiana de crear un grupo permanente para supervisar el cumplimiento del pacto de no intervención. Después de varias disputas acerca de los poderes que tendría, se creó un comité. Éste, basado en las resoluciones de la conferencia de embajadores que tanto éxito tuvo en la época de la guerra en los Balcanes, se reuniría en el Foreign Office, en Londres. Se decidió que la primera reunión tendría lugar el 9 de septiembre. Así nació el comité de no intervención, que cultivaría desde el equívoco hasta la hipocresía, y que duraría más que la guerra civil[904]. Edén había regresado a Londres el 16 de agosto; a Baldwin, en cambio, le habían prescrito tres meses de descanso, por razones médicas, y estaba en el sur de Gales. El gabinete «no se reunió —informó Edén más adelante— desde finales de julio hasta principios de septiembre, y la política británica fue decidida por el Foreign Office»[905].

El comité de no intervención se reunió por vez primera en Londres el 9 de septiembre. W. S. Morrison, secretario financiero del Tesoro[906], jefe de la delegación británica,

ocupó la presidencia. Los demás países, representados por sus embajadores en Londres, eran todos los europeos, excepto Suiza que había prohibido la exportación de armas, pero cuyo código de neutralidad impedía que interviniera ni siquiera en un comité de no intervención[907].

La primera sesión del comité estuvo dedicada a «oscuras cuestiones de procedimiento», como dijo *Pravda* con palabras excepcionalmente precisas. Los representantes asistentes acordaron entregar los textos de las leyes aprobadas en sus respectivos países para la prohibición de la exportación de armas a Francis Hemming, funcionario del gobierno británico que de España no conocía más que las mariposas de los Pirineos y que, sin embargo, se convirtió en secretario del comité. Aparte del representante británico, sus figuras principales eran Corbin, el embajador francés; Grandi, el fascista exsecretario del ministerio de Asuntos Exteriores de Italia, a quien Mussolini había trasladado a la embajada en Londres por no ser suficientemente fascista; y Maisky, el embajador ruso. Ribbentrop, (que pasó a ser embajador alemán el 30 de octubre) y su ayudante el príncipe Bismarck, nieto del Canciller de Hierro, tuvieron un papel menos destacado que Grandi, de lo que se deducía que habían recibido órdenes de dejarle llevar la voz cantante. Ribbentrop hablaría más tarde de lo difícil que le había resultado trabajar con Grandi, «el mayor intrigante que había conocido»[908]. Portugal no estuvo representada en el comité, pese a que los rusos habían insistido en que asistiera. El representante portugués en Berlín dijo el 7 de septiembre (cuando el barco alemán *Usamoro* se encontró en dificultades al descargar armas para los nacionalistas en Lisboa debido, según se pensó en Berlín, a la influencia inglesa) que su país no estaría representado hasta que se prohibiera el envío de voluntarios[909]. Al parecer Salazar

pensaba que entrar en el comité implicaría, hasta cierto punto, una cesión de autoridad[910]. Pero los portugueses no tenían por qué preocuparse. Ciano había ordenado a Grandi que «hiciera todo lo posible para dar a todas las actividades del comité un carácter simplemente platónico»[911]. Más adelante, Ribbentrop comentaría bromeando que, mejor que llamarse comité de no intervención, podría haberse llamado «comité de intervención»[912]. La actitud alemana ante el comité fue más ambigua que la italiana, porque el ministerio de Asuntos Exteriores alemán estaba muy mal informado sobre lo que estaban haciendo el ministerio de la Guerra y el partido nazi. En realidad, los diplomáticos alemanes aún no estaban seguros de si una auténtica no intervención ayudaría a Franco o no. En cuanto a Francia e Inglaterra, Bismarck informó de que la primera reunión del comité produjo la impresión de que, para los dos países, «no es tanto cuestión de tomar medidas inmediatamente, como de apaciguar los ánimos exaltados de los partidos de izquierdas [...], con la simple creación del comité»[913]. Desde el principio, a los gobiernos británico y francés les preocupó menos el verdadero final de la intervención en ambos bandos, que la apariencia de dicho final. De esta manera, aunque no se impidiera la afluencia de material de guerra hacia los dos bandos españoles, por lo menos podía impedirse la extensión de la guerra española a otros países.

Inglaterra acusó a Italia de haber desembarcado aviones en Mallorca el 7 de septiembre[914]. El 12 de septiembre, Ingram, el encargado de negocios inglés en Roma, dijo a Ciano que «el gobierno británico se sentiría directamente preocupado» si se producían cambios en el Mediterráneo. Ciano respondió que ni había ocurrido ni estaba prevista alteración alguna[915]. Pero, a pesar de todo, Mallorca fue una plaza fuerte italiana durante toda la guerra civil. La calle

principal, la rambla de Palma, fue rebautizada con el nombre de vía Roma, y al principio de la misma se erigieron dos estatuas de jóvenes romanos togados con águilas sobre los hombros. Constantemente llegaba a la isla material de guerra. Los italianos la fortificaron y minaron sus aguas. El incidente demostró que Inglaterra estaba dispuesta a protestar siempre que creyera que sus intereses estaban amenazados por alguna consecuencia de la guerra española, pero que no lo haría por una simple ruptura del pacto. Sin embargo, para ser justos con los gobiernos de Baldwin y Blum hay que decir que ambos creían que sus propios países, España y la paz europea estarían más seguros si se impedía la ayuda militar a España. Ambos gobiernos hicieron todo cuanto les fue posible para mantener el pacto, aunque, en Francia, esto continuara creando problemas a Blum. Pero, por entonces, la mayor parte de la opinión pública de ambos países apoyaba aquella política. El Partido Laborista, en Inglaterra, incluso se lamentó de la lentitud con que se llevaba a cabo la no intervención. En cuanto a los comunistas, Thorez intentó convencer a Blum para que cambiara su política respecto a la ayuda a España el 7 de septiembre[916]. A pesar de que no tuvo éxito, se comprometió a que los comunistas no votaran contra el gobierno en la asamblea nacional. El Komintern patrocinó en Londres la creación de una comisión de investigación sobre supuestas rupturas del pacto de no intervención en España. Formaron parte de la misma personas tan respetables como Philip Noel-Baker, *lord* Faringdon, el profesor Trend, de Cambridge, y la señorita Eleanor Rathbone. Los dos secretarios eran Geoffrey Bing y el periodista John Langdon-Davies, de los cuales, el primero, un joven abogado, entonces era miembro del Partido Comunista[917]. Ésta era una táctica comunista típica de

aquellos tiempos: la favorita, por así decirlo, del inventivo Willi Muenzenberg.

La segunda reunión del comité de no intervención tuvo lugar el 14 de septiembre. Se constituyó un subcomité para ocuparse de los problemas cotidianos de la no intervención, compuesto por Bélgica, Inglaterra, Checoslovaquia, Francia, Alemania, Italia, Rusia y Suecia[918]. Los Estados pequeños, incluso los que formaban parte del subcomité, estaban decididos a seguir las directrices de las grandes potencias, y los verdaderos debates tuvieron lugar exclusivamente entre Francia, Inglaterra, Alemania e Italia. En realidad, el temor a Hitler y a las responsabilidades internacionales, de los países escandinavos y de los que hoy constituyen el Benelux fue, de alguna manera, el aspecto más desagradable de la historia diplomática de aquellos momentos. Pero ¿qué podían hacer si Inglaterra continuaba con su política de «apaciguamiento»? Y el «apaciguamiento» parecía la única política segura para un imperio que ya había iniciado su larga decadencia, aunque no deseara reconocerlo.

Esta reunión coincidió con la primera reacción pública del papa Pío XI ante la guerra de España. El 14 de septiembre, en Castelgandolfo, ante seiscientos refugiados españoles, habló del «odio a Dios verdaderamente satánico» de los republicanos[919]. El mismo día, en Madrid, un sacerdote que había tomado partido por la República, el padre García Morales, conjuró al papa a que condenara a los rebeldes. Unos días más tarde, José Bergamín, el apologista católico director de Cruz y Raya, decía que los generales, obispos, moros y carlistas que estaban luchando contra la República estaban representando una «mascarada fantástica de la muerte». Así pues, la guerra civil española creó conflictos en las conciencias católicas, por no decir que en la Iglesia católica, de Europa y de todo el mundo. Las maniobras

eclesiásticas fueron tan abundantes como las diplomáticas. También se había declarado la guerra en la opinión pública internacional. De manera que, en septiembre de 1936, el conflicto ya no era una aislada guerra carlista del siglo XIX.

24

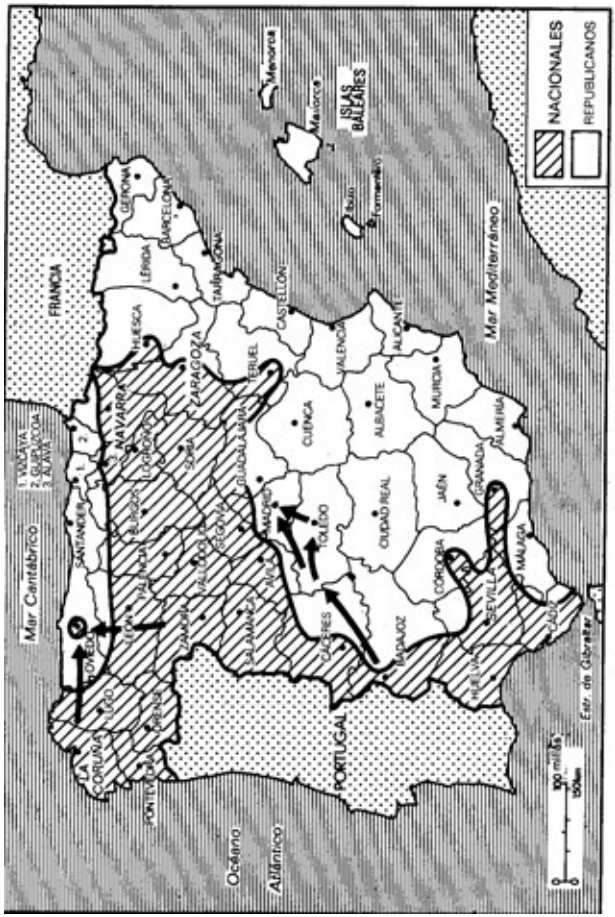
Derrotas republicanas y sus causas. — Matanza en la cárcel Modelo. —Caída del gobierno Giral. — Largo Caballero forma su gobierno. — Caída de San Sebastián. — El Alcázar de Toledo.

A principios de septiembre de 1936, Franco estaba en Talavera, y Mola en Irún, amenazando a San Sebastián. La expedición mallorquina había fracasado. Zaragoza, Huesca, Oviedo y hasta el Alcázar de Toledo seguían en manos de los rebeldes. En el sur, la República había perdido gran parte de Andalucía, y casi toda Extremadura. La brutalidad y la experiencia del bien armado ejército de África eran las principales razones del éxito de los nacionalistas. El valor podía servir para ganar luchas callejeras, pero era insuficiente para luchar contra legionarios y regulares. Entre las milicias, sólo el Quinto Regimiento sabía algo de disciplina. Los restos del ejército regular, la guardia civil y la de asalto que seguían al lado del gobierno parecían desmoralizados. La República, con sus compras de avienes franceses y su ventaja numérica inicial en cuestión de aviación, podría haber disfrutado a menudo del dominio del aire; pero los pilotos mercenarios franceses no eran muy competentes, y el hecho de que los nacionalistas concentraran sus pocos, pero impresionantes, aviones nuevos, alemanes e italianos, en los frentes de Extremadura y del Tajo les dio la superioridad allí. Los jóvenes pilotos

alemanes que llevaban estos Junker y Heinkel, junto con españoles, en las llamadas escuadrillas de «Pedros» y «Pablos», eran superiores a sus equivalentes franceses. Las predilecciones políticas, además, afectaban a las tácticas. En el frente de Talavera, por ejemplo, los republicanos tenían grandes esperanzas en un tren blindado, el descubrimiento favorito de la guerra civil rusa. En España, aquella «palada vital de carbón que mantiene vivo un fuego mortecino», como Trotsky había llamado a su propio tren, resultó inútil. A pesar de todo, los oficiales españoles de la República tenían constantemente presente la guerra civil rusa para buscar precedentes que les ayudaran a resolver sus propios problemas a la hora de dirigir un ejército popular[920]. Y no sólo tenían problemas en la línea de fuego. El ministerio de la Guerra todavía no tenía un verdadero Estado Mayor central, y el movimiento de las fuerzas de milicianos de un sitio a otro entrañaba dilaciones interminables. Las fuerzas catalanas y anarquistas seguían sin tener ninguna relación con el gobierno de Madrid.

Había pocas oportunidades de hacer prácticas de tiro, y no había bastantes fusiles para tales prácticas, porque muchos trabajadores seguían llevando las armas como símbolo de libertad, y los partidos políticos retenían todas las armas que podían por si tenían que luchar contra sus amigos. Por ejemplo, se creía que la CNT de Madrid tenía 5000 fusiles en su cuartel general. Además había escasez de comida, lo cual se debía no sólo a la pérdida de Castilla la Vieja, sino al fenomenal desperdicio de comida en el frente, y al consumo inmediato de alimentos y la matanza excesiva de ganado en muchas colectividades agrarias[921]. Una profunda desconfianza impedía todo entendimiento entre comunistas y anarquistas; «la Pasionaria», que iba a Francia en una delegación para tratar de conseguir armas y simpatía, junto

con el exministro Marcelino Domingo, fue retenida mucho tiempo en Barcelona por un dirigente lisiado de la FAI, Manuel Escorza, y por Aurelio Fernández, jefe del comité de investigación de Barcelona[922]. Además, el hecho de que los gobiernos británico y francés defendieran la no intervención era desmoralizador, no porque la República tuviera escasez de armas (que aún no la tenía) sino porque la no intervención producía la impresión de que la República estaba aislada.



15. División de España en septiembre de 1936

En la capital, este sombrío panorama impulsaba a la gente a apoyar a Largo Caballero, que ahora era virtualmente el rey de Madrid. Casi cada día, él y Álvarez del Vayo iban a la

sierra para alentar a los milicianos y ser ovacionados por ellos. Sin embargo, no querían simplemente entrar en el gobierno, sino dominarlo. Hablaban de la necesidad de un gobierno fuerte, capaz de sobreponerse a las expresiones conflictivas de la voluntad popular en toda España. Ellos y sus seguidores ambicionaban, además, un auténtico gobierno proletario. Hasta Prieto se había quejado en Informaciones de que en el ministerio de la Gobernación no se veía con buenos ojos la lectura de periódicos socialistas. El propio Prieto podría haber sido un candidato a jefe de gobierno, en agosto, lo mismo que en junio; trabajaba incesantemente en los ministerios, aun sin ser ministro. El socialista italiano Pietro Nenni le describía en mangas de camisa, inmerso en la actividad: «No es nada; no es ministro; solamente es diputado de un parlamento en vacaciones. Y, sin embargo, lo es todo: el animador y el coordinador de la acción gubernamental»[923]. Durante mucho tiempo, Prieto se había opuesto a la idea de que su partido se hiciera con el gobierno, porque todavía creía posible influir en Inglaterra y Francia para que ayudaran a la República si se mantenía un gobierno puramente de dase media. Sin embargo, a pesar de que mantenía su aversión a Largo Caballero, Prieto se daba cuenta de que era el único sucesor posible de Giral[924]. Por lo tanto sugirió que los ministros socialistas se limitaran a «guiar» al gobierno de Giral, como él mismo estaba haciendo. Los comunistas apoyaban esta política[925]. Largo Caballero creía que aquello comprometería a los socialistas, igual que —según creía él ahora— su participación en el gobierno de Azaña de 1931 les había comprometido, y había ayudado a los anarquistas. De hecho, Largo Caballero quería dirigir el gobierno él mismo.

Por esta época, el ambiente en la República se había visto sensiblemente alterado por las muertes de muchos de los

prisioneros políticos que estaban en manos del gobierno. En Barcelona, los generales Goded y Fernández Burríel fueron juzgados a principios de agosto. Se encomendó a un oficial retirado, que se había hecho abogado, la defensa de los dos generales, que se comportaron con dignidad. El general Llano de la Encomienda y el general de la guardia civil Aranguren testificaron contra ellos. Los dos generales fueron fusilados por rebelión en la fortaleza de Montjuich. Los miembros liberales del gobierno republicano accedieron de mala gana a confirmar la sentencia de muerte: muchos de ellos conocían bien a Goded. Unos días más tarde, el general Fanjul y el coronel Fernández Quintana, los rebeldes de la capital, también fueron fusilados en Madrid, tras un consejo de guerra; el primero después de casarse en el último momento con una viuda que había hecho de mensajera durante los preparativos del alzamiento[926]. Murieron antes de que sus compañeros de prisión de Madrid corrieran una suerte espantosa. Porque, el 23 de agosto, se declaró un incendio en la cárcel Modelo[927].

¿Fue provocado por los tres mil presos políticos que se encontraban allí y atacaron a sus guardianes con colchones a los que habían prendido fuego, en un intento de fuga? ¿O fue obra de los delincuentes comunes de la cárcel, estimulados por milicianos de la CNT, que habían estado buscando armas? Un juez imparcial, Mariano Gómez, que llegó poco después, creyó que había sido lo primero. Pero, de todos modos, la noticia de que los presos políticos se habían rebelado se extendió por la ciudad, al tiempo que se empezaba a hablar también de la «matanza de Badajoz». Se congregó una multitud, encabezada por milicianos que estaban de permiso, pidiendo que se asaltara el edificio para matar en masa a los prisioneros políticos. Llegaron algunos políticos socialistas para pedir moderación. Pero los

milicianos se negaron a escuchar. El personal de la prisión huyó. Cuarenta prisioneros fueron fusilados en el patio. A la mañana siguiente fueron fusiladas otras treinta personas. Entre ellas se contaban exministros tan famosos como Manuel Rico Avello, Melquíades Álvarez, fundador del Partido Reformista en 1912, bajo cuya dirección se habían iniciado en la política muchos dirigentes republicanos, y Martínez de Velasco, dirigente del Partido Agrario; así como destacados falangistas, entre ellos Fernando Primo de Rivera, hermano de José Antonio, y Ruiz de Alda. Otros muertos en la cárcel Modelo fueron el doctor Albiñana, jefe del Partido Nacionalista, Santiago Martín Bagüeñas, jefe de policía de Madrid hasta el momento del alzamiento, el general Capaz, y el general Villegas, jefe de la revuelta en el cuartel de la Montaña. Ruiz de Alda, fusilado por los «republicanos», estaba casado con una hija del almirante Azaróla, que había sido fusilado por los «fascistas» en El Ferrol; mientras que el general Capaz, comandante del Marruecos occidental, «héroe del Rif», había venido en julio a Madrid precisamente para no tener que pronunciarse por uno u otro bando en el momento del alzamiento. Estos asesinatos resultaron más aterradores que los «fascistas»: Azaña y Giral estaban desolados; el primero deseaba haber muerto también él, y el segundo lloró[928]. ¿Dónde estaban las «fuerzas del orden normales»? El ministro de la Gobernación, general Pozas, hizo lo que pudo; otros, que habría sido de esperar que estuvieran presentes (como el nuevo director general de Seguridad, Manuel Muñoz), estuvieron ostensiblemente ausentes.

Después de estos sucesos, el ministerio de Justicia creó los tribunales populares, destinados en teoría a cubrir los huecos dejados por la dimisión, la huida o el asesinato de las autoridades judiciales normales. Estos tribunales se

componían de catorce delegados del Frente Popular y la CNT, con tres miembros del antiguo cuerpo judicial. Las personas denunciadas ante estos tribunales podían tener ciertas formas elementales de defensa, aunque los falangistas casi siempre eran fusilados, lo mismo que, generalmente, los miembros de la CEDA o los que les habían ayudado con donativos. Continuaron dándose anomalías y desmanes de la justicia: por ejemplo, un médico, denunciado por un paciente que le debía dinero, pudo demostrar la falsedad de los cargos que se le imputaban y conseguir que fuera juzgado el que le había denunciado; en cambio, un comerciante corriente no logró evitar hasta el último momento que le castigaran como espía, a consecuencia de la denuncia de un acreedor. A pesar de todo, continuaron las ejecuciones «no autorizadas», aunque, con menos ferocidad. Los duques de Veragua y de la Vega, hermanos y descendientes de Colón, fueron fusilados por unos milicianos que temían que el tribunal popular les declarara inocentes. A finales de agosto, el gobierno ordenó que se cerraran todos los portales a las once de la noche, suprimió los serenos, advirtió a los porteros que no permitieran a nadie entrar en las casas, y que telefonearan a la policía si oían «fuertes golpes indicando que querían entrar milicianos».

El 4 de septiembre, Azaña se resignó a lo inevitable, aceptó la dimisión de Giral como jefe de gobierno, y pidió a Largo Caballero que formara gobierno. Largo Caballero, el sucesor obvio, se negó a aceptar el cargo a menos que el Partido Comunista entrara en el gobierno. Invitó a los anarquistas a entrar: ellos se negaron. No estaban dispuestos a abandonar su desprecio teórico hacia el poder gubernamental; en lugar de aquello, querían un comité de defensa nacional, en el que sólo estuvieran representadas la

UGT y la CNT, con poder delegado directamente por las colectivizaciones y las regiones: esto es, la plena realización del Estado sindicalista. Esto era inaceptable; en el seno de la CNT continuó el debate sobre la actitud a tomar ante estas cuestiones. Así, en una reunión de federaciones del movimiento libertario de Cataluña, a finales de agosto, García Oliver, cansado de tanto hablar, dijo bruscamente: «O colaboramos o imponemos una dictadura. ¡Elegid!»[929]. El sumo sacerdote de la oposición a la idea misma de la autoridad gubernamental era el lisiado Manuel Escorza, cuyo único cargo era el de miembro del comité peninsular de la FAI. Honrado, implacable, inaccesible, amargo e irónico, Escorza dominaba en las discusiones dentro del movimiento anarquista por pura fuerza de voluntad, y también (como señalaban los comunistas) utilizando una fuerza de policía privada, que ejecutaba plenamente las órdenes de su amo de «no dar cuartel a fascistas ni a neutrales». Mientras continuara este espíritu de gran inquisidor, era difícil que se impusieran los argumentos del realismo, esto es, de alianza con los demás partidos. En cambio, los comunistas entraron a formar parte del gobierno central. El comité central comunista español se había opuesto a ello, pero Moscú, no obstante, cursó instrucciones ordenando que entraran[930]. Los comunistas explicaron que la guerra civil exigía unidad contra el fascismo y que ya se habían alcanzado los principales objetivos de la revolución burguesa. Por consiguiente, Hernández, director de *Mundo Obrero*, pasó a ser ministro de Educación, y Uribe, un teórico marxista, de Agricultura. Había seis socialistas en el gobierno, incluidos Prieto como ministro de Marina y del Aire, y Álvarez del Vayo como ministro de Estado. Habría sido más apropiado haber dado a Prieto el ministerio de la Guerra, pero Largo Caballero quería controlar por sí mismo

aquel ministerio tan importante. También fue una tontería entregar el ministerio de la Gobernación, tan importante desde el punto de vista de la prevención de los asesinatos, a un hombre tan incompetente como Ángel Galarza, aunque tuviera experiencia como director general de Seguridad durante los primeros años de la República. Juan Negrín, un socialista prietista, fue nombrado ministro de Hacienda; había sido profesor de fisiología en la universidad de Madrid y, aun siendo diputado, se había distinguido principalmente por su organización de la nueva ciudad universitaria, hacia las afueras de Madrid. Luis Araquistain fue nombrado para el puesto de embajador en París, puesto que implicaba la presidencia de la comisión republicana para la compra de armas en París[931]. El embajador en Londres, López Oliván, que era monárquico, renunció entonces a su cargo y se unió a los nacionalistas. Fue reemplazado por Pablo de Azcárate, vicesecretario general de la Sociedad de Naciones, que, dado que era un liberal de miras amplias, parecía la persona más indicada para representar los intereses republicanos en la importantísima embajada de Londres.

Completaban el gabinete republicano dos miembros de Izquierda Republicana (incluido Giral, el exjefe de gobierno, como ministro sin cartera), uno de Unión Republicana, y uno de *Esquerra*[932].

En el ministerio de la Guerra, Largo Caballero creó un nuevo estado mayor central organizado por el comandante Estrada. El coronel Rodrigo Gil, un oficial de artillería de la vieja escuela que, a pesar de todo, tenía puntos de vista marcadamente izquierdistas, fue nombrado subsecretario de la Guerra. La influencia comunista en el ministerio de la Guerra aumentó, dado que el comandante Estrada estaba a punto de ingresar en el Partido Comunista, y el jefe de la secretaría técnica era Antonio Cordón, otro nuevo

comunista, que controlaba los suministros[933]. Y otro nuevo comunista, el comandante Díaz Tendero, espíritu impulsor de la UMRA antes de la guerra, se convirtió en el jefe de un «comité de clasificación» cuya tarea consistía en clasificar a todos los oficiales de la zona republicana según su fiabilidad política; **F** significaba fascista, **I** indiferente y **R** republicano: así fueron etiquetados unos 10 000 nombres; y todos los que tenían una **R** no tardaron en ser llamados al servicio activo. Una reorganización similar, aunque en menor escala, se produjo en las fuerzas aéreas, donde Prieto creó un nuevo estado mayor general bajo el mando del comandante Ignacio Hidalgo de Cisneros, oficial regular de las fuerzas aéreas y antiguo colaborador suyo, que había estado al mando de la aviación en Madrid desde julio.

Este «gobierno de la victoria», como lo llamaron, fue el primer gobierno occidental en el que participaron comunistas[934]. Su propósito era crear un gobierno fuerte dentro del marco de la legalidad republicana. Largo Caballero, por lo tanto, y el ala de los socialistas que le seguía, habían revisado radicalmente sus actitudes políticas, a consecuencia de sus experiencias en las seis semanas transcurridas desde el estallido de la guerra. A partir de entonces, en el círculo de Largo Caballero se hablaría mucho menos de la necesidad de la revolución. En cambio, las palabras claves pasaron a ser compromiso y movilización: movilización total de todas las clases, incluida la burguesía, si era posible, contra el enemigo. Largo Caballero, en el poder, trató de adoptar una actitud ante la autoridad muy diferente de la que había inculcado a sus seguidores antes de la guerra.

Su primera tarea fue la de evitar la derrota. Ante la alarmante proximidad del frente del Tajo, fue enviado el comandante (ahora coronel) Asensio Torrado, uno de los

pocos africanistas competentes que había permanecido leal al gobierno, para que se enfrentara con Yagüe, y con su homónimo Asensio, de la legión. La columna Gastone-Sozzi de voluntarios italianos fue trasladada de Aragón al Tajo, junto con un nuevo grupo de voluntarios franceses, la columna Comuna de París. Asensio Torrado atacó en Talavera. Desdeñoso de la política, de aire señorial, un militar profesional muy completo, introdujo el orden y la disciplina en el frente, pero no pudo mantenerlo. Aunque sus hombres lucharon con valor y, esta vez, con perseverancia, no consiguió maniobrar para hacer frente al rápido contraataque nacionalista. Igual que ya les había ocurrido a otros jefes republicanos a menudo, se vio obligado a elegir entre retirarse o quedar cercado. Sus hombres decidieron por él. Retrocedieron como una avalancha hasta más allá de su puesto de mando, abandonando gran cantidad de material. Pero a esta nueva retirada republicana no siguió de inmediato ningún avance nacionalista. El avance desde Sevilla había cansado incluso al ejército de África. El estado mayor nacionalista suponía que, cuanto más se aproximaran sus ejércitos a Madrid, más dura sería la resistencia. En esta pausa, mientras se reorganizaba la principal columna de ataque, y se establecía en Talavera la base de operaciones contra Madrid, una fuerza recién equipada, a las órdenes del coronel Delgado Serrano, se dirigió rápidamente hacia el norte para establecer contacto por primera vez con las tropas del ejército de Mola que estaban situadas más al sur, compuestas por una fuerza de caballería que venía de Ávila, a las órdenes del coronel Monasterio. El 8 de septiembre las dos fuerzas se unieron en Arenas de San Pedro, en la sierra de Credos. Esto privó a la República de una gran porción de su territorio occidental. La pacificación del área se llevó a

cabo a continuación, con la crueldad habitual[935].

Al día siguiente, los defensores del Alcázar de Toledo recibieron por un megáfono, desde una posición que los milicianos habían establecido en una casa situada al otro lado de la calle, la noticia de que el comandante Rojo, exprofesor de táctica en la academia de Infantería, deseaba hablar con ellos para presentarles una propuesta del gobierno. Como Rojo era conocido de Moscardó y otros de los oficiales defensores, se concertó un alto el fuego y fue recibido en el Alcázar. Él propuso que, a cambio de la rendición del Alcázar, se garantizaría la libertad de todas las mujeres y los niños que se encontraban en su interior. Los defensores serían sometidos a consejo de guerra. Moscardó rechazó estas condiciones. Por su parte, pidió a Rojo que solicitara al gobierno el envío de un sacerdote al Alcázar durante otro alto el fuego. Rojo prometió transmitir su petición y se fue, después de charlar con los oficiales de la guarnición, que insistieron, sin éxito, en que se quedara con ellos[936]. Luego, el 11 de septiembre, durante una tregua de tres horas, llegó a la fortaleza un afable sacerdote, Vázquez Camarasa, que se había salvado de morir en Madrid a manos de los milicianos gracias a su liberalismo. Debido a la imposibilidad de oír confesiones individuales, dio una absolución colectiva a Moscardó y los defensores. En un sombrío sermón, habló de la gloria que lograría la guarnición para el otro mundo. De esta manera administró una especie de extremaunción a los defensores. Mientras tanto, algunos de los guardias civiles defensores del Alcázar hablaban con los milicianos que los sitiaban. Éstos dieron cigarrillos a los defensores y se comprometieron a llevar mensajes a sus familias. Vázquez Camarasa se fue, y el asedio continuó[937]. Los republicanos intentaron poner fin a la resistencia minando los muros desde fuera y colocando

una mina bajo una de las dos torres más próximas a la ciudad. Fueron evacuados los habitantes de la ciudad en previsión del furioso asalto que se proyectaba llevar a cabo después de la explosión. Fueron invitados a Toledo corresponsales de guerra, para que contemplaran la caída del Alcázar, como si hubiera la seguridad de que se iba a tratar de una sesión de gala[938]. Largo Caballero (para quien el Alcázar había llegado a convertirse en una obsesión) rechazó el ofrecimiento de José Díaz y Enrique Líster, los jefes comunistas, de enviar el Quinto Regimiento a Toledo; probablemente pensaba que podría ganar aquella batalla sin ayuda comunista; fue uno de los primeros indicios de que tal vez el «Lenin español» resultara tan difícil de manejar para los comunistas como lo había sido para los «moderados»[939]. El 18 de septiembre voló la torre del sudeste, pero la mina situada bajo la torre nordeste no explotó.

Antes de los momentos decisivos, que ahora parecían avecinarse, en Toledo, los rebeldes tuvieron algunas victorias importantes en otros sitios. Así, el 13 de septiembre, los vascos abandonaron la capital veraniega de San Sebastián a Mola, prefiriendo no luchar a arriesgarse a que quedaran destruidas sus hermosas avenidas. Además fusilaron a unos anarquistas que querían incendiar la ciudad antes de que entrara el enemigo. Los presos políticos (incluida la esposa del coronel nacionalista Solchaga) fueron conducidos fuera, generosidad que contrastó con la forma de actuar de los nacionalistas en la ciudad conquistada; porque se redactó una lista negra de sospechosos de ser nacionalistas vascos, y ellos o sus parientes próximos (si ellos estaban ausentes) fueron hechos prisioneros o fusilados en Pamplona[940]. Pero los ánimos nacionalistas, y en particular los carlistas, estaban exaltados por el descubrimiento del asesinato, en aquella provincia, de

numerosos ciudadanos prominentes, tales como Víctor Pradera y Honorio Maura, y no tuvieron clemencia.

Esta derrota dejaba toda Guipúzcoa en manos rebeldes. Además impulsó a Prieto, el nuevo ministro de Marina, a enviar el grueso de la armada republicana a aguas del norte, para lo cual tuvieron que zarpar de Cartagena y otros puertos mediterráneos el 22 de septiembre. Indudablemente, esta acción impidió que los rebeldes bloquearan la costa norte. Pero, aparte de esto, no sirvió de mucho para la guerra. Entretanto, en el sur, el general Varela iniciaba una nueva marcha andaluza, dirigiéndose al norte de las montañas que protegen la larga llanura costera de Málaga. En su ruta hacia Ronda, Varela ocupó un pueblo tras otro sin encontrar resistencia. Ronda cayó el 16 de septiembre. Además, Queipo de Llano capturó las importantes minas de Peñarroya. Estas victorias fueron seguidas de proscripciones brutales.

En el valle del Tajo no tardó en reanudarse el combate. Una vez más, los milicianos lucharon con formidable valor. En esta ocasión, en Oropesa, habían llegado a convencerles de que tenían que cavar trincheras. Y, sin embargo, ahora se negaron a salir de ellas, aun cuando Yagüe envió tropas por ambos lados para rodearlos. Después de un combate de siete horas, los milicianos se vieron obligados una vez más a elegir entre retirarse o seguir cerrados. Una vez más escogieron lo primero, abandonando su posición defensiva de Santa Olalla, y también la población mayor próxima a aquélla, Maqueda, que cayó en manos de Yagüe el 21 de septiembre. Murió uno de los inspiradores de la lucha del mes anterior, el exiliado italiano dirigente del batallón comunista Octubre N.º 11, Fernando de Rosa, que había sido uno de los organizadores de la milicia socialista antes de la guerra[941]. En Oropesa, un grupo de la Juventud Socialista

Unificada, dirigido por el comunista Andrés Martín, luchó hasta el fin, en la iglesia[942]. En todas estas batallas, lo que dio el triunfo a los rebeldes fue la destreza profesional de los legionarios, así como la leyenda de su brutalidad, a pesar de que eran menos numerosos, y no iban tan bien armados como sus adversarios.

Ahora, sin embargo, el mando nacionalista tuvo que enfrentarse con una decisión crítica: ¿liberarían Toledo, que sólo estaba a cuarenta kilómetros, o continuarían la marcha sobre Madrid? Ahora, la situación del Alcázar era alarmante. Los defensores vivían sólo en los sótanos. Apenas les quedaba agua y se habían visto obligados a comerse todas sus mulas y todos sus caballos menos uno: un caballo de raza que fue atendido hasta el final. El 20 de septiembre, se colocaron en el hospital de la Santa Cruz cinco cisternas llenas de gasolina y se rociaron los muros del Alcázar con el líquido inflamable. Se lanzaron granadas para provocar el incendio. Un defensor salió del Alcázar y dirigió la manguera contra los milicianos. El defensor fue muerto y la manguera volvió a dirigirse contra el Alcázar. Por la tarde, ardió la gasolina, pero no causó grandes daños. Por la noche, Largo Caballero llegó a Toledo, para insistir en que el Alcázar tenía que caer antes de veinticuatro horas. Al final permitió que se sumaran a la batalla de Toledo unidades comunistas dirigidas por el comandante Barceló; pero fue inútil. Al día siguiente, Franco decidió liberar la ciudad. El general Kindelán le preguntó si se daba cuenta de que aquello podía significar la pérdida de Madrid. Franco reconoció que era posible, pero arguyó que el valor espiritual (o propagandístico) de liberar a Moscardó era más importante[943]. Tenía razón: aunque no era sentimental, Franco sabía la importancia que en España se daba a los símbolos. El 23 de septiembre, Varela, llegado de Andalucía

para tomar el mando porque Yagüe se había opuesto a la desviación hacia Toledo, salió con unas columnas a las órdenes del coronel Asensio y Barrón, para avanzar sobre la ciudad desde el norte. Entretanto, los sitiadores colocaron una nueva mina bajo la torre nordeste. Llegaron a Toledo numerosos guardias de asalto de Madrid; para lanzar el ataque final. El 25 de septiembre explotó la mina, y la torre se desplomó sobre el Tajo. Pero los sólidos cimientos de roca de la fortaleza permanecieron intactos; y, mientras el gobierno publicaba comunicados anunciando la caída del Alcázar, Varela llegaba a un punto situado a sólo quince kilómetros.

El 26 de septiembre, el ejército de África cortó las comunicaciones de Toledo con Madrid por carretera. Los republicanos sólo podrían huir hacia el sur. El 27 por la mañana, los defensores divisaron al ejército amigo de Varela que ocupaba las peladas colinas que hay al norte de la ciudad. Al mediodía, se lanzó un ataque contra Toledo desde el exterior. Una vez más, el entrenamiento del ejército de África dio un resultado inmediato, aunque Toledo era fácil de defender. Los milicianos rompieron filas y huyeron, llevándose, sin embargo, la mayor parte del contenido de la fábrica de armas. Por la tarde, los defensores del Alcázar oyeron hablar en árabe en las calles inmediatas. Había llegado la liberación. Sólo quedaba el baño de sangre que solía acompañar a la conquista de una ciudad por parte de los rebeldes. El teniente Fitzpatrick, que iba con la legión extranjera, contó que, en represalia por el hallazgo de los cuerpos mutilados de dos aviadores nacionalistas en las afueras de la ciudad, no se hicieron prisioneros al entrar en Toledo, y que por la calle principal corría la sangre hacia las puertas de la ciudad[944]. Los marroquíes, además, asesinaron a un médico y a una serie de milicianos heridos en sus

camas en el hospital de San Juan. Cuarenta anarquistas atrapados en un seminario se emborracharon con anís y prendieron fuego al edificio donde se ocultaban, pereciendo abrasados[945]. Varela entró en la ciudad el 28 de septiembre. Moscardó, ante sus hombres formados, le informó, saludando, de que no tenía nada que comunicar, utilizando la expresión «sin novedad», que había servido de consigna a los rebeldes los días 17 y 18 de julio. Los sitiados salieron al aire libre por primera vez en dos meses; el arzobispo Gomá volvió a su sede episcopal escoltado por moros; y se alzaron plegarias a «la Virgen subterránea del Alcázar»[946].

A pesar de todo, las consecuencias militares de la liberación del Alcázar fueron las que Yagüe había temido. La República tuvo tiempo para reorganizarse de cara a la defensa de Madrid y pudo, como veremos, conseguir sustancial ayuda exterior. Sin embargo, Franco tomó su decisión de desviarse hacia Toledo deliberadamente, y es fácil imaginar el vilipendio que habría caído sobre él si hubiera dejado morir a Moscardó[947]. Sin duda, el énfasis dado a la «epopeya» del Alcázar en la propaganda posterior se debió a un deseo de dar la impresión definitivamente de que la decisión había sido la correcta.

25

La España nacionalista en agosto. — La bandera nacionalista. — Gran concentración en Sevilla. — Los créditos de la Texas. — Controversia con los alemanes. — «El joven general».

En el mes de septiembre, los rebeldes empezaron a infundir a su movimiento un sentido heroico, que era el único que podía justificar el esfuerzo bélico. Mientras los primeros comunicados del mes de julio hablaban de la necesidad de mantener el orden y dominar la anarquía, ahora se insistía en la idea de «cruzada de liberación». A fin de mantener aquel esfuerzo, asegurar el funcionamiento de arsenales y fábricas, sostener la moral y justificar las ejecuciones, se hacía necesario apelar continuamente al espíritu y al pasado nacionales y excitar los sentimientos cívicos por medio de la propaganda patriótica. A los republicanos de todas las tendencias se les calificaba de «rojos». Muchas iglesias que permanecieron vacías antes de julio se llenaban a tope los domingos, y la controversia en torno a la bandera y el lema —«viva la República» o «viva España»— quedó zanjada, volviéndose a los primitivos símbolos. (No obstante, en las primeras semanas de la guerra, derechas e izquierdas usaban idénticos lemas bélicos: «viva España y viva la República», así el comandante Bayo al desembarcar en Mallorca y también Franco en el mes de julio)[948].

El 15 de agosto, fiesta de la Asunción, se sustituyó oficialmente la bandera republicana por la monárquica. Este acto, de tanta trascendencia para los carlistas, constituyó la única concesión hecha a la monarquía española durante la guerra; y las fuerzas de Mola siguieron usando durante algún tiempo la bandera republicana. Sin embargo, en una ceremonia solemne que se celebró en Sevilla, Franco, desde el balcón principal del ayuntamiento, se adelantó y besó repetidas veces la bandera roja y gualda, mientras gritaba a la muchedumbre que abarrotaba la plaza: «¡Aquí la tenéis! ¡Es vuestra! ¡Habían querido arrebatárnosla!». El cardenal Ilundáin, arzobispo de Sevilla, la besó a su vez y Franco añadió: «Ésta es nuestra bandera, aquélla que todos juramos defender, por la que murieron nuestros padres, cien veces cubierta de gloria». Terminó su alocución con los ojos llenos de lágrimas. A continuación habló Queipo de Llano, quien se enzarzó en una incoherente disertación en torno a las distintas banderas que España ha usado a lo largo de su historia. Terminó comparando los colores monárquicos con «la sangre de nuestros soldados, generosamente derramada, y con el suelo andaluz dorado con sus cosechas»[949]. Concluyó con sus habituales referencias a la «canalla marxista». Durante su discurso, Franco y Millán Astray, el fundador de la legión extranjera (que acababa de regresar de la Argentina), que se encontraba junto a él, hicieron grandes esfuerzos por contener la risa. Posteriormente Queipo explicó que la intensa emoción del momento le había impedido desarrollar el discurso según sus deseos. Luego habló el general Millán Astray, hombre que parecía haber perdido en campaña más de la mitad de su cuerpo. Era tuerto, manco y le faltaban varios dedos de la mano que le quedaba. «¡No les tenemos miedo! —gritó—. Dejadlos que vengan, y verán de lo que somos capaces bajo esta bandera».

Una voz exclamó: «¡Viva Millán Astray!». «¿Qué es eso? —gritó el general—. ¡No quiero vivas para mí! Pero gritad todos conmigo: "¡Viva la muerte!"». Y la multitud coreó el célebre lema. Y añadió: «¡Ahora, que vengan los rojos! ¡Mueran todos ellos!», mientras arrojaba la gorra a la multitud con extraordinaria excitación.

Millán Astray era un luchador austero y entregado, dotado de un fuerte sentido del honor. Había luchado en las Filipinas y sugirió la formación de la legión extranjera a raíz de una temporada que pasó con su homónima francesa. Temerario hasta la locura, el «glorioso mutilado», que había sido comandante en jefe de la legión, dimitió de su cargo como protesta contra la insubordinación de los junteros pero reasumió el mando en los días de la victoria. En el mes de julio de 1936 se encontraba en la Argentina y, al no haber sido consultado por Mola, Millán Astray se hallaba indeciso sin saber qué partido tomar en el momento de estallar la guerra. Pero la actitud de Franco acabó de decidirle, ejerciendo a lo largo de toda la guerra gran influencia sobre el generalísimo, quien confiaba en su opinión, aunque en lo sucesivo ya no le estimulara en su temeridad.

José María Pemán, poeta y escritor monárquico, antiguo colaborador de Primo de Rivera y uno de los apologetas literarios del «Movimiento», tomó la palabra seguidamente. Comparó la guerra con «una nueva guerra de la independencia, una nueva Reconquista, una nueva expulsión de los moros». Esta última exclamación sonaba un tanto extraña en una ciudad desde donde, pocos días antes, había partido una expedición hacia el norte para conquistar Madrid, y cuyos edificios públicos y principales generales se hallaban guardados por los moros. «Veinte siglos de civilización cristiana —agregó Pemán— se encuentran tras nosotros. Luchamos por el amor y el honor, por los cuadros

de Velázquez, por las comedias de Lope de Vega, por Don Quijote y el Escorial». Ante los aplausos que coreaban sus palabras, añadió: «Luchamos también por el Panteón, por Roma, por Europa y por el mundo entero». Concluyó su triunfal discurso comparando a Queipo de Llano con «la nueva Giralda»[950]. Y, a pesar de que esta última comparación del grosero general con la encantadora torre árabe de la catedral de Sevilla resultaba un tanto exagerada aun a los ojos del público que le aplaudía, tal es la facilidad con la que los seres humanos pueden creerse su propia propaganda que muchos partidarios activos de los nacionalistas durante la guerra civil encontraban ajustadas tamañas comparaciones. Las palabras que se repiten y machacan en sentido simbólico terminan cobrando nuevo significado. De tal forma que, una semana después, Millán Astray pudo declarar ante una enorme muchedumbre concentrada en Pamplona: «¡Navarra! ¡Pamplona! ¡Yo te saludo con profunda reverencia! ¡Tú serás la Covadonga de la nueva Reconquista de España y de la fe! ¡Tú serás la cuna del heroísmo nacional!»[951]. Las referencias a nombres medievales, voceados en tonos arrebatados, sirvieron temporalmente a los nacionalistas como sucedáneo ideológico. Como señaló Millán Astray en otra ocasión: «¡Castilla! Déjame que diga adiós al grito de "Viva Navarra" que ya es la misma cosa que el de "Viva España"».

Una vez acordado el suministro de material bélico por parte de Alemania e Italia a la semana de empezar la guerra, la primera preocupación de los rebeldes fue la de procurarse créditos para adquirir materias primas básicas como el petróleo, ya que los exiguos envíos procedentes de las Canarias resultaban claramente insuficientes. También era imprescindible improvisar la estructura del nuevo Estado, empresa que los «reaccionarios» banqueros españoles

acometieron con el entusiasmo institucional de los revolucionarios.

La posesión por parte de la República del oro español trajo consigo que los nacionalistas, al empezar la guerra, carecieran de fondos que respaldaran su moneda y de los medios para obtener créditos exteriores. Para combatir tal situación se propusieron las siguientes medidas: prorrogar el pago de intereses sobre la deuda nacional; reducir todos los gastos superfluos de gobierno; crear nuevos derechos que incrementaran los ingresos públicos —como, por ejemplo, el impuesto sobre los sueldos de funcionarios civiles, que vendrían obligados a trabajar gratuitamente un día por semana—, y establecer un impuesto sobre los legados. En lo sucesivo la guerra se financió mediante mecanismos financieros internos, (empréstitos, suscripciones y nuevos impuestos) y gracias a la ayuda exterior[952]. Se adoptaron medidas estrictas para prohibir la exportación de moneda nacional y para fijar la peseta al nivel de antes de la guerra. El único respaldo con que contaba la peseta era la esperanza en la victoria nacionalista. La agencia alemana HISMA, bajó la enérgica dirección de Bernhardt, contribuyó a estabilizar la moneda nacionalista. Y el comercio de exportación de las minas de Andalucía y Marruecos, así como el producto agrícola de las Canarias y Andalucía, ayudaron a reforzar la economía. Por otra parte, los grandes financieros de Europa y América no sólo esperaban la victoria de los nacionalistas sino que además la deseaban. El colapso de las inversiones en Rusia era tan reciente que no podía olvidarse. El suministro de petróleo quedó asegurado cuando la Texas Oil Company decidió conceder créditos a largo plazo sin garantía. En el momento del alzamiento se dirigían a España cinco buques cisterna de la Texas Oil Company. El capitán Thorkild Rieber, presidente de la compañía y profascista

notorio (que en el mes de agosto visitó la España nacionalista para celebrar conversaciones con Franco y Mola), dio orden de entregar la mercancía a los nacionalistas. Las remesas continuaron[953].

Las relaciones entre los españoles y sus aliados alemanes no eran sinceras. Por ejemplo, a finales de agosto el comandante Von Scheele, que dirigía los suministros de material bélico, tuvo una discusión con el jefe de la aviación nacionalista, general Kindelán. Von Scheele temía que los rápidos aviones Breguet que operaban en el frente de Aragón aplastarían a los alemanes y Kindelán insistió en que los cazas Heinkel fueran pilotados por españoles. Von Scheele le respondió que los españoles no estaban capacitados para ello. La controversia le fue planteada a Franco. También existía rivalidad entre el nazi Bernhardt y el militar Von Scheele, pues aquél trataba a éste como a un subordinado, dando la impresión de que aquél (Bernhardt) era el delegado de Hitler ante Franco. Así se evidenciaba en territorio español la enemistad latente entre el partido nacionalsocialista y el ejército alemán. El funcionario Eberhard Messerschmitt, a su regreso a Alemania después de un viaje por la España nacionalista, expuso al ministerio de Asuntos Exteriores de su país que había llegado el momento de obtener concesiones de Franco para asegurar la «futura influencia económica y acaso política» de Alemania sobre España. Sugirió que se firmase un tratado por el que España se obligara a entregar a Alemania una determinada cuota de materias primas a Alemania durante determinado número de años. Bernhardt, ansioso de congraciarse con Franco, se opuso a ello. Pero al final y contra el consejo de Bernhardt, Franco resolvió entregar cobre de las minas de Río Tinto, nominalmente inglesas, en pago del material de guerra[954].

Tampoco los alemanes congeniaban plenamente con Franco en el aspecto ideológico. El capitán Ronald Strunk, periodista y funcionario del servicio secreto alemán, denunció posteriormente que la política de la «vía media» de Azaña era superior a la del llamado «ejército salvador» de Franco, presintiendo una regresión al orden antiguo, que se basaba parcialmente en los terratenientes y en la existencia de una Iglesia fuerte[955].

A la sazón la ayuda italiana se limitaba al envío de aviones Savoia y Fiat pilotados por italianos, unos cuantos tanques Fiat-Ansaldo y otro material de menor cuantía, material que se integró técnicamente en las fuerzas nacionalistas como parte de la legión extranjera. A este respecto todavía no habían surgido serias disputas.

Durante el mes de agosto la posición de Franco en el bando nacionalista se reforzó considerablemente. En parte, se debía a los éxitos logrados por el ejército de África frente a las campañas menos espectaculares que atribulaban a Mola. Y en parte también a las relaciones que Franco había establecido con Alemania e Italia. Ambas naciones, y especialmente la primera, sacaron la impresión de que «el joven general», al tiempo que era un militar competente era persona sensible a sus influencias. Juan March también le apoyaba y sin duda era otro factor más a su favor. Canaris se refería a Franco con el mismo entusiasmo que Johannes Bernhardt.

Por el momento la España nacionalista carecía de mando único. El problema se hacía cada vez más grave y, a finales de agosto, varios generales, especialmente Kindelán, jefe de la aviación, empezaron a buscar el mejor modo de resolverlo[956]. En la España nacionalista —como ocurría asimismo en la republicana— el «cantonalismo» había

alcanzado su máximo, el techo. Por ejemplo, el gobernador militar de Badajoz, coronel Cañizares, quien se había pasado a las filas de la Falange, se negó a colaborar con Queipo conservando una independencia casi total dentro de su feudo durante varios meses[957]. ¿Sacaría la Falange el provecho posible de aquella coyuntura? No fue así, pues aún no se había recuperado de los duros reveses del mes de julio. Sus partidarios se habían visto arrastrados a una sublevación con la que muchos de sus dirigentes no simpatizaban. La mayor parte de estos dirigentes vagaban por la España republicana y muchos habían muerto. Una legión de nuevos miembros pululaba por las calles exhibiendo la camisa azul. Estos hombres y mujeres a menudo no sabían nada del ideario político de José Antonio. Algunos eran meros aventureros que desde siempre anhelaron que estallara una crisis nacional. Algunos de ellos procedían de las izquierdas. El jefe local de la Falange de Segovia, Dionisio Ridruejo, calculó posteriormente que el veinte por ciento de nuevos miembros eran tránsfugas de las izquierdas. Jesús Muro, antiguo miembro de la Unión Patriótica de Primo de Rivera y jefe provincial de Zaragoza tenía una guardia personal compuesta por antiguos miembros de la CNT[958]. Tampoco faltaban en la Falange antiguos afiliados al Partido Radical y a la CEDA y muchas personas sin definir políticamente.

El 29 de agosto, el jefe provincial de Sevilla, Joaquín Miranda, torero y antiguo partidario de Miguel Maura, que había controlado a casi todos los partidos andaluces, convocó una concentración de todos los dirigentes falangistas que habían sobrevivido a los hechos del mes de julio[959]. También asistió al acto Agustín Aznar, de veinticuatro años de edad, jefe de las milicias de Madrid, que había dirigido los trágicos combates callejeros de Madrid en las jornadas inmediatamente anteriores a la guerra, y

Andrés Redondo, hermano de Onésimo y que, no perteneciendo al partido antes de la guerra, recogió la herencia de su hermano en Valladolid y por entonces se autodenominaba «jefe territorial» de Castilla la Vieja. A este acto siguió una reunión del consejo nacional de Falange Española en Valladolid celebrada el día 2 de septiembre. En dicha reunión Aznar, Rafael Garcerán (que era pasante del bufete de José Antonio y había logrado huir del cuartel de la Montaña tras su caída) y otros afiliados a la antigua Falange madrileña consiguieron ver aprobado su proyecto de formar una junta de mando «provisional» de siete hombres presidida por Manuel Hedilla, jefe provincial de Santander.

Hedilla era un hombre honrado y falto de imaginación, que parecía incapaz de ejercer el mando supremo con plena independencia. Se trataba de un antiguo mecánico sin instrucción. Tenía algunas ideas originales y pronto denunció a aquéllos de sus colegas que habían cometido crímenes para saldar sus cuentas personales. Mola le admiraba por la actitud resuelta que manifestó en Galicia en el momento del alzamiento. Algunos veían en él a un líder proletario que podría encumbrar al fascismo español; Aznar y Garcerán veían en él a un jefe provisional eficiente hasta la liberación de José Antonio, que constituía su preocupación central. El deseo de mantener vacante el puesto que ocupara José Antonio fue la causa principal del fracaso de la Falange en lograr el control del Estado[960].

Gil Robles giró una breve visita a la España nacionalista y al frente de guerra. En Burgos pasó apuros para evitar su detención por los falangistas y se retiró a Lisboa, en donde vivió exiliado durante el resto de la guerra y muchos años más, sabiendo que su hora había pasado, aunque, de haber permanecido en España, podía haber desempeñado algún papel, pese al número y la fuerza de sus enemigos de

filiación monárquica y falangista[961]. «Gil Robles tiene la culpa de todo», declaró José Antonio al periodista norteamericano Jay Alien en la cárcel de Alicante. Y eran muchos los que pensaban como él.

Entre los que competían por alcanzar la autoridad o el poder se contaba el exrey Alfonso XIII, quien se encontraba en la Europa central y vacilaba en prestar apoyo abiertamente aun a sus propios amigos en aquella contienda. Pero nadie le pidió que regresara. Su hijo don Juan trató de entrar en España e incorporarse a la guerra. Pero no pasó de Pamplona. Mola le hizo detener y conducir escoltado hasta la frontera, alegando que no debía arriesgar su vida. En la nueva España la instauración monárquica se perfilaba tan difícil como la democracia. (Posteriormente don Juan pidió permiso a Franco para gusto de aquél). Aún así, en septiembre, los carlistas practicaban un semicontrol de la provincia de Navarra y se ocupaban activamente de introducir la religión en el campo de la enseñanza.

A la sazón tanto Franco como el capitán Moreno Hernández, comandante en jefe de la marina nacionalista, se habían incorporado a la junta formada por Mola en el mes de julio. Ésta se reunió el día 21 de septiembre en un campo de aviación habilitado en la finca de don Antonio Pérez Tabernero, ganadero taurino, sita en San Fernando, cerca de Salamanca. Los generales Orgaz y Kindelán expusieron su proyecto de crear un mando único. Mola se adhirió a él con un entusiasmo que hada recelar de la sinceridad de sus intenciones. El general Cabanellas fue el único discrepante. Kindelán, apoyado por Mola, propuso a Franco como general en jefe del mando unificado. Así se aprobó, con la abstención de Cabanellas. Los generales se separaron. Durante diez días no ocurrió nada[962]. Kindelán era monárquico y amigo personal del rey. Creía que Franco

terminaría apoyando la restauración. Otros personajes que intrigaban y ejercían presión sobre Franco en el cuartel general de Cáceres eran su hermano Nicolás, de 45 años de edad; Yagüe, quien se hallaba temporalmente sin empleo, a pesar de sus victorias de Extremadura, por haber resignado el mando tras la decisión de enviar auxilio a Toledo; y Millán Astray, que fuera jefe de Franco en la legión.

El general Cabanellas prolongó por unos cuantos días sus funciones como presidente de la junta. Conocía mejor que nadie las diferencias entre sus compañeros de generalato y debió prever que tarde o temprano influirían de modo perjudicial en el curso de la guerra. No obstante, hubiera preferido la junta de tres generales para conjurar la amenaza de una dictadura. Aun reconociendo las cualidades militares de Franco, por haberle tenido a sus órdenes en África, recelaba que, una vez instalado en el poder, ya no lo abandonaría[963]. En consecuencia, Cabanellas trató de evitar los efectos del voto del 21 de septiembre. Pero por entonces Franco, el general victorioso en el sur (aunque no en la totalidad de este territorio), constituía ya la esperanza de la clase media y de todas las derechas en una nación que, si bien se mira, vivía sumida en la catástrofe pura y simple.

Calvo Sotelo, Sanjurjo, José Antonio y Goded o habían muerto o estaban ya fuera de juego. A Mola le había perjudicado el fracaso de la conspiración en la consecución de sus objetivos y era enemigo implacable de una República que le había tratado con rigor; pero al mismo tiempo, los monárquicos le tenían por republicano. Queipo y Cabanellas se habían rebelado contra Primo de Rivera. Sólo Franco había permanecido políticamente neutral en el pasado. Leal a Alfonso XIII, Franco también sirvió a la República. Y lo que es más: a mediados de septiembre de 1936 sus ejércitos ganaban batallas. Mola no sentía ninguna simpatía por la

Falange y sus ideas y, pese a su carácter enérgico, no daba la figura apropiada de caudillo para los falangistas, ya fueran éstos camisas viejas o camisas nuevas. Muchos veían en él a un policía. Queipo, con su retórica, su enfoque personalista, sus amigos toreros y su estilo decimonónico, parecía el típico líder de masas andaluz y era en cierto modo la figura cómica de Burgos y Salamanca, a quien se menospreciaba por la ordinariez de su vocabulario y por su pasado republicano en los círculos de oficiales monárquicos de educación tradicional y refinada que rodeaban a Franco, chapados al estilo de Kindelán.

Durante las dos semanas siguientes, Kindelán, en colaboración con Nicolás Franco, hermano del general, y el coronel Yagüe, el célebre jefe militar, lograron hacer progresar sus puntos de vista. El día 27 de septiembre, desde el balcón de un edificio de Cáceres, Yagüe se dirigió a la muchedumbre enardecida que se había congregado para celebrar la noticia de la liberación del Alcázar de Toledo. El coronel dijo a la multitud que la legión extranjera necesitaba un comandante en jefe en quien todos pudieran confiar[964]. Evidentemente Franco era el candidato más destacado y la victoria alcanzada en Toledo bastó para decidir a los que vacilaban. Algunos alegaron maliciosamente que la expedición a Toledo, que suponía abandonar la rata de Madrid, fue una operación diversiva concebida por Franco para favorecer sus designios políticos. Aunque Franco, indudablemente, era perfectamente capaz de obrar así, cuesta creer que ello le fuera imprescindible o que él mismo creyera sinceramente que podría sacar provecho de su acción. Sea como fuere, al día siguiente de la caída de Toledo, el 28 de septiembre, los generales de la junta se desplazaron en avión a Salamanca. Al llegar éstos, Franco fue saludado como «generalísimo» por una escolta de

falangistas y carlistas que habían recibido consignas de Nicolás Franco en tal sentido. Kindelán leyó ante la asamblea de generales el decreto que él mismo y Nicolás Franco habían preparado. En él se estipulaba que las fuerzas armadas quedarían subordinadas a las órdenes del generalísimo, que también ejercería las funciones de jefe del Estado mientras durase la guerra. Pero los generales reaccionaron con frialdad ante la propuesta. ¿Por qué razón sumar responsabilidades políticas a las militares? Cabanellas declaró que se requería un cierto tiempo para estudiar el decreto. La conferencia se suspendió para almorzar, y luego, con una mezcla de halagos y veladas amenazas, cuyos pormenores no han quedado muy claros, Kindelán se salió con la suya. Yagüe, que estaba presente, indicó que la legión apoyaba a Franco. Queipo y Mola ya no reaparecieron al acabar el almuerzo. El borrador del decreto, tal como fue aceptado por los generales el 28 de septiembre se refería a Franco como «jefe del gobierno del Estado español», sin límite de tiempo. Y en el texto definitivo se declaraba que Franco asumía «todos los poderes del Estado español». Pero, más adelante, Franco se refirió a sí mismo en sus decretos (su primera disposición de gobierno) como jefe del Estado[965]. «¿Por qué votó usted por Franco?», le preguntó a Queipo de Llano el monárquico Vegas Latapié en cierta ocasión. «¿Y a quién habríamos nombrado si no? —repuso Queipo—. A Cabanellas, imposible. Era republicano convencido y todos sabíamos que era masón. De haber nombrado a Mola, habríamos perdido la guerra. Y yo… había perdido ya mucho prestigio»[966].

Cabanellas tuvo que firmar el decreto que designaba a Franco como generalísimo, pero no antes de abandonar Salamanca. Regresó a Burgos solo y no firmó sino después de mantener conversaciones telefónicas con Mola y Queipo

durante aquella noche. Aquél se mostró cauteloso pero afirmó que la realidad de los hechos imponía el nombramiento. Queipo manifestó su hostilidad en términos groseros. Cabanellas creyó que su deber era firmar en aras de conseguir la victoria. Y así lo hizo, hacia la medianoche[967].

El primero de octubre Franco se instaló en Burgos. Cabanellas le traspasó los plenos poderes que ejercía la junta, leyendo un texto que divergía ligeramente del publicado[968]. Franco pronunció su primera alocución pública desde el balcón del ayuntamiento de Burgos y se refirió al futuro de España: las «urnas» quedarían eliminadas en favor de otros medios más idóneos para expresar la voluntad popular; se protegería el trabajo frente al dominio del capital; la Iglesia sería respetada, los impuestos revisados y se fomentaría la independencia del campesinado. En lo que tenía de base teórica el discurso se basaba en los aspectos más inofensivos del programa de la Falange. Mucho más importantes fueron los llamamientos exaltados y vacíos a un nacionalismo belicoso. La muchedumbre que llenaba la plaza replicó con gritos de «¡Franco, Franco, Franco!», similares a los de «¡jefe, jefe, jefe!» que sólo un año antes dedicaban a Gil Robles. A continuación aparecieron por la España nacionalista una serie de carteles que proclamaban las excelencias de tener «un Estado, una patria, un jefe». Franco recibió el nombre de «caudillo» —la versión española de Führer o Duce—. En las calles de la España nacionalista aparecía constantemente escrita la consigna: «Los césares son siempre generales victoriosos»[969]. Franco mantuvo la ambigüedad de no querer definirse ni como jefe del gobierno ni como jefe del Estado ni precisar por cuánto tiempo, de tal forma que los monárquicos siguieron combatiendo a su lado. La Falange de

momento aceptó el cambio sin protestar. Aunque no se les consultó, y los dirigentes falangistas más interesados en mantener vivo el recuerdo de José Antonio —como Agustín Aznar, por ejemplo— reaccionaron con irritación. Los carlistas se hallaban preocupados en aquel momento por la muerte del viejo pretendiente don Alfonso Carlos, ocurrida en Viena el día 28 de septiembre. Como era el último descendiente directo de don Carlos, se nombró regente al príncipe Javier, primo lejano suyo y sobrino de su esposa, mientras se buscaba a un nuevo miembro de la dinastía borbónica que acatara los principios de «*Dios, Patria y Rey*», que resumían el implacable tradicionalismo antidemocrático que los inspiraba. Entretanto Fal Conde y otros dirigentes carlistas se dirigían a Viena para asistir a los funerales de don Alfonso Carlos, al tiempo que Franco recibía la «corona» en Burgos[970]. Concluía en España una época de autoritarismo político para dar paso a otra.

El día 2 de octubre, en Burgos, se nombró una nueva junta técnica o gobierno provisional que se encargaría de la administración de la España nacionalista, encabezada por el general Dávila, que fue quien aseguró el triunfo del alzamiento en Burgos. Nicolás Franco, «gran amigo de Alemania», según informó el diplomático alemán Dumoulin[971], permaneció al lado de su hermano con el cargo de «secretario general». El general Orgaz, hombre resuelto e irascible[972], fue nombrado alto comisario en Marruecos y el arabista coronel Beigbéder quedó como su secretario general, cuya misión consistía en mantener contenta a la población nativa, asegurando el aflujo constante de voluntarios. El diplomático José Antonio Sangróniz, otro viejo amigo de Franco en su período marroquí, era de hecho el ministro de Asuntos Exteriores, con el nombre de «jefe de gabinete», mientras Juan Pujol, el

periodista monárquico que preparó el manifiesto de Sanjurjo en 1932, fue nombrado jefe de Prensa y Propaganda, aunque no tardó mucho en ser relevado por Millán Astray[973]. Para aplacar a Cabanellas se le otorgó el título de inspector general del Ejército. Con Franco elevado al rango de generalísimo (su cuartel general estaba instalado en Salamanca), y una vez constituidos los dos grandes ejércitos, el del norte y el del sur, Mola y Queipo fueron confirmados como jefes al frente de los mismos. Este último continuó haciendo todo lo que pudo por irritar a Franco desde su reino privado de Sevilla y no suspendió sus charlas nocturnas por la radio si bien suprimió el grito final de «¡Viva la República!».

El día 6 de octubre Franco ofreció una recepción al conde Dumoulin, consejero alemán en Lisboa, que le transmitió las felicitaciones de parte de Hitler por su exaltación a la jefatura del Estado. Franco manifestó su «completa admiración» por Hitler y la nueva Alemania. Agregó que esperaba poder alzar su propia bandera para apoyar la causa de la civilización que Hitler había abrazado y expresó su gratitud al Führer por «su valiosa ayuda moral y material». A continuación se celebró un banquete al que asistió el piloto alemán de mayor graduación, junto con Franco y Kindelán. Franco, según informó Dumoulin, «no permitió que albergáramos la menor duda de su sinceridad con nosotros y se mostró sumamente optimista respecto a la situación militar, asegurando la caída de Madrid en fecha próxima». Sobre la organización política futura de España manifestó que la restauración de la monarquía no era cosa que pudiera plantearse por el momento; y lo esencial —«aun actuando con guante de terciopelo»— era crear «una ideología común a los diversos grupos que colaboraban en la liberación», esto es, el Ejército, los carlistas, la Falange, los

monárquicos ortodoxos y la CEDA[974], ideología que ya empezaba a perfilarse.

Otro factor importante para sostener la moral nacionalista era la noticia de la botadura del nuevo crucero *Canarias*, recientemente construido, cuya entrada en combate había modificado el equilibrio de fuerzas en el mar, como lo había demostrado el 29 de septiembre la batalla naval de Gibraltar: el destructor republicano *Almirante Fernández* resultó hundido, huyendo el resto de la flota republicana, finalizando así el bloqueo del Estrecho por parte de las fuerzas republicanas[975]. El equilibrio de fuerzas navales era ya favorable a los rebeldes y ello apareció todavía más claro cuando entró en servicio el Baleares. Dada la superioridad aérea de los nacionalistas, el curso de la guerra en el mar se presentaba igualmente favorable. Pero la agitación internacional que se fraguaba destruyó el optimismo momentáneo de los rebeldes.

26

Los anarquistas en el gobierno catalán. — Durruti no pierde el optimismo. — El Consejo de Aragón. — El estatuto vasco. — Nueva ofensiva del ejército de África. — Los comisarios. — Azaña abandona Madrid. — Combates en la Gran Vía. — Punto muerto en Londres.

Los cambios registrados en el bando rebelde significaban un auténtico golpe de Estado del general Franco, aunque pocos lo entendieron así en medio del tumulto bélico y la agitación que sacudieron a la España nacionalista tras la liberación del Alcázar. En el bando revolucionario o republicano los cambios se produjeron de forma continuada, dramática y tortuosa, aunque no menos decisiva. No cabía duda de que se estaba gestando una nueva autoridad estatal, pero ésta se alzaba vacilante en medio de las ruinas del antiguo régimen y aún tardaría muchos meses en ser generalmente aceptada.

El 27 de septiembre los anarquistas, que habían transigido con la existencia de la autoridad de Barcelona durante la revuelta, la aceptaron formalmente e ingresaron en la Generalitat; un intelectual anarquista, García Birlán, fue nombrado responsable de Sanidad y Asistencia Social; Juan J. Doménech pasó a ocuparse de Abastos y Juan Fábregas, de la Consejería de Economía. Los anarquistas hablaban de «consejo de defensa regional» para que sus seguidores, que

ya se sentían alarmados, no sacaran la impresión de que formaban parte de un auténtico gobierno. Pero el hecho de que entrasen formalmente en esta nueva organización gubernamental significaba el fracaso de sus esfuerzos anteriores por implantar un consejo de defensa nacional que sustituyera al gobierno de Madrid. Irónicamente la entrada de los anarquistas en una posición de poder político supuso el principio del fin del anarquismo en España como fuerza política. La figura lisiada del puritano Escorza vio menguar su influjo, mientras se alzaba la estrella de García Oliver, mucho más realista.

También el POUM entró en el gobierno de la Generalitat, representado por Andrés Nin, su experto dirigente, que fue nombrado consejero de Justicia y Derecho. Juan Comorera, líder del PSUC, ocupó la cartera de Servicios Públicos. La posición del PSUC era todavía débil. Tres miembros de la *Esquerra* (Tarradellas, presidente o consejero primero; Ventura Gassol, consejero de Cultura, y Artemio Ayguadé, consejero de Seguridad Interior) ocupaban los puestos más importantes. El coronel Díaz Sandino, otro catalanista, fue designado consejero de Defensa. El Comité de Milicias Antifascistas, que actuó de fuerza motriz en las primeras semanas subsiguientes al fracaso del alzamiento, fue disuelto el día 1 de octubre y sus subcomités se integraron en los correspondientes departamentos del gobierno catalán. Abad de Santillán, líder de la FAI, escribiría más tarde que «una y otra vez nos repitieron que para conseguir armas tendríamos que abandonar el Comité de Milicias Antifascistas y entrar en el gobierno»[976]. Pero esta decisión no hacía sino perjudicar a los anarquistas, aunque García Oliver, en su condición de secretario general de Defensa, dirigía el ejército de Aragón y el anarquista Aurelio Fernández, secretario general de Seguridad Interior, tenía mayor poder

que su consejero, Ayguadé. Otro anarquista, Dionisio Eróles, seguía al frente de las «patrullas de control», que sobrevivieron como fuente independiente del poder anarquista durante unos cuantos meses[977]. Estos hombres, mitad anarquistas y mitad terroristas sembraron el pánico en Barcelona, empujando a la clase media —tenderos, hombres de negocios particulares e incluso trabajadores con ambiciones— hacia el único refugio que podían encontrar: los comunistas del PSUC.

Si las relaciones entre anarquistas, comunistas y nacionalistas catalanes, por no hablar del POUM, eran malas, apenas si existían contactos entre Barcelona y Madrid. Se denunció que desde Madrid se mataba de hambre a Cataluña: el consejo económico catalán envió una delegación a Madrid para solicitar créditos por valor de 800 millones de pesetas, otro de 30 millones para comprar material de guerra y otro de 150 millones para adquisición de materias primas; la petición fue denegada[978]. Y sin embargo Madrid se quejaba de falta de actividad militar en Cataluña. El ya legendario Durruti conservó su idealismo en el frente. «No espero la ayuda de ningún gobierno del mundo», manifestó al periodista Fierre van Paasen. El canadiense le replicó: «Si ustedes consiguen la victoria se sentarán sobre un montón de ruinas». La respuesta de Durruti fue: «Siempre hemos vivido en chabolas y madrigueras. Ya sabremos cómo arreglarnos durante algún tiempo […]. Además, también sabemos construir. Nosotros edificamos palacios y ciudades en España y en América y en todo el mundo. Nosotros los trabajadores podemos edificar nuevas ciudades que las reemplacen, e incluso serán mejores. No, no tenemos ningún miedo a las ruinas. Vamos a heredar la tierra. La burguesía puede hacer volar y destruir su mundo antes de abandonar su etapa de la historia. Pero

nosotros traemos un mundo nuevo en nuestros corazones»[979].

La presencia de Durruti y otras columnas anarquistas en el frente de Aragón hizo posible el establecimiento de una sociedad puramente libertaria. Ello resultaba inquietante para el gobierno central, el gobierno catalán, los comunistas y todos los sectores ajenos a la CNT o a la FAI. Pero no había forma humana de evitarlo. Las colectividades anarquistas establecidas en Aragón —que según declaró posteriormente la CNT se elevaban a 450— celebraron una conferencia a finales de septiembre en Bujaraloz, cerca del cuartel general de Durruti. En ella se acordó crear un «consejo de defensa» regional, compuesto por miembros de la CNT y presidido por Joaquín Ascaso, primo del famoso anarquista muerto en julio. Tenía su sede en Fraga y desde allí ejercía el supremo poder sobre el Aragón revolucionario[980]. Sus promotores declararon que el Aragón rural se había convertido en «la Ucrania española» y que no se dejarían avasallar por el militarismo marxista, como le sucediera al anarquismo ruso en 1921[981].

Aquel otoño se produjo una nueva división en el bando republicano. Se celebró con retraso una reunión de las Cortes españolas para aprobar el estatuto de autonomía vasco. José Antonio Aguirre abogó porque la nueva república vasca (con el nombre de Euzkadi), de la que él iba a ser nombrado presidente, apoyara al gobierno de Madrid «hasta la derrota del fascismo»[982]. El 7 de octubre, todos los concejales de los ayuntamientos vascos que pudieron asistir a la sagrada villa de Guernica emitieron su voto para designar al presidente del «gobierno provisional de Euzkadi» que habría de actuar durante la guerra civil. Aguirre resultó elegido casi por unanimidad. A continuación éste formó gobierno, jurando los ministros bajo el célebre

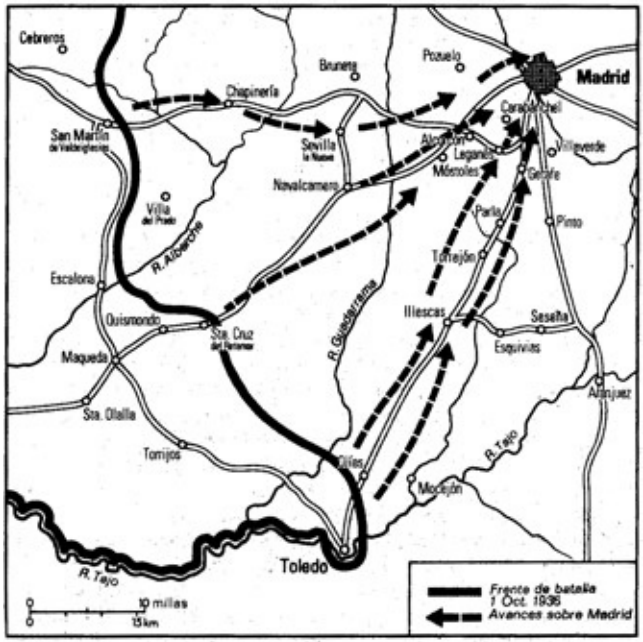
roble de Guernica. El gobernador civil de Bilbao y el presidente de las juntas de defensa de Vizcaya y Guipúzcoa, que llevaban ejerciendo su autoridad desde el mes de julio, traspasaron sus poderes a Aguirre. Formaban parte de su «gabinete» cinco nacionalistas vascos, que ocupaban los puestos clave de gobernación, justicia, defensa y agricultura. El primer gobierno vasco incluía también a tres socialistas, un comunista (el secretario general del partido en las provincias Vascongadas, Astigarrabia, que era ministro de Obras Públicas) y un miembro de cada uno de los dos partidos republicanos. En el gabinete no había anarquistas. La primera acción del nuevo gobierno fue de tipo humanitario. Evacuaron a 130 prisioneras políticas a bordo de los buques británicos *Exmouth* y *Esk* con destino a Francia a través del doctor Junod, de la Cruz Roja internacional[983]. También fueron reorganizadas la guardia civil vasca y la guardia de asalto, transformándose la primera en guardia popular bajo la dirección de Luís Ortúzar. Todas estas fuerzas estaban formadas por nacionalistas vascos y sus miembros eran de estatura superior a 1,80[984].

Este gobierno vasco sólo se pudo formar después de unas laboriosas negociaciones durante las cuales José Antonio Aguirre tuvo que convencer a Largo Caballero de que una concesión de esta naturaleza era la medida más idónea para lograr que los vascos entraran en la guerra; y, por otra parte, una fracción del nacionalismo vasco acarició la idea de apoyar al bando nacionalista a cambio de la autonomía. Algunos nacionalistas vascos mantuvieron contactos con el bando rebelde por mediación de algunos de sus miembros que, en la provincia de Álava, habían apoyado al alzamiento[985].

El mismo día en que los vascos vieron satisfechas sus

ambiciones, 7 de octubre, se reanudó la ofensiva rebelde contra Madrid. Yagüe, que había sido perdonado y rehabilitado, se reincorporó al mando, pero esta vez a las órdenes de Varela. El ejército de África, que ahora constaba de 10 000 hombres y que se basaba en las tradicionales columnas (dirigidas por los coroneles Asensio, Tella, Delgado Serrano, Castejón y Barrón) tenía que efectuar el asalto final a Madrid, con la ayuda de 10 000 falangistas, requetés y soldados regulares destacados por Mola y dirigidos por el general Valdés Cabanellas. (Mola ostentaba el mando supremo de su ejército, pero Varela era el encargado de tomar las decisiones de cada momento, en coordinación con Franco y Yagüe). También existía una columna de caballería a las órdenes del coronel Monasterio. El ejército, y especialmente los legionarios, estaba bien alimentado y pertrechado.

Yagüe acaso confiaba en obtener el mando, pero sus relaciones con Mola eran pésimas y constituían un obstáculo. En cambio, a Varela se le ofreció la gran ocasión. Impecablemente vestido, siempre con guantes blancos, se decía de él que solía dormir con las medallas puestas; y lo cierto es que un periodista inglés le sorprendió con ellas puestas sobre la bata de dormir. El general Mola manifestó jocosamente que el 12 de octubre tomaría el café en la Gran Vía madrileña. El ejército de África no tardó en capturar San Martín de Valdeiglesias y coordinó su ofensiva con la que Valdés Cabanellas estaba efectuando en El Tiemblo. Los milicianos se encaminaron precipitadamente hacia Madrid por la carretera general, por lo que eran fácil presa de las armas automáticas de la aviación nacionalista. Bayo, comandante en jefe de la malhadada expedición a Mallorca trató vanamente de hostilizar al ejército nacionalista mediante una serie de acciones guerrilleras[986].



16. Avances sobre Madrid entre septiembre y noviembre de 1936

De esta forma, aunque Mola no pudo acudir a su cita en la Gran Vía madrileña (en cuyo café Molinero se le reservó mesa desde entonces, como proclamaba en tono jocoso un cartel en grandes caracteres), al cabo de los primeros diez días de octubre la República sufrió una nueva serie de derrotas en todos los frentes. Pero Largo Caballero se negaba a movilizar a los obreros madrileños de la construcción para cavar trincheras, alegando carencia de palas y alambre espinoso. También creía que los españoles eran capaces de combatir ocultos tras los árboles, pero nunca desde las trincheras[987]. La periodista francesa Símone Tery refirió las airadas protestas de Largo Caballero: «Pero ¿ustedes creen que los españoles van a luchar bajo tierra como las ratas?»[988]. Además, sus viejos amigos del sindicato de la construcción de Madrid se resistían a obligar a sus afiliados a cavar trincheras en horas extras[989]. El 30 de septiembre llamó a los reservistas de los reemplazos de 1932

y 1933, pero después, y con gran indignación por parte de los comunistas, autorizó que los reclutas anarquistas se incorporaran a unidades de milicianos cenetistas. Los dirigentes comunistas empezaron a criticar al jefe del gobierno por lo que a ellos se les antojaba vanidad, pedantería y extraña confianza en los viejos generales de mentalidad tradicional[990]. Desde que era jefe de gobierno, Largo Caballero no había dirigido un solo discurso a la nación. Todos reconocían que era hombre noble y honrado, pero no parecía dar la talla que se exige a un estadista en tiempos de guerra. Las armas soviéticas no se habían materializado y los suministros militares procedentes de Francia u otras fuentes eran tan irregulares y poco fiables como los procedentes de fábricas españolas. El día 10 de octubre, De los Ríos, recién nombrado embajador republicano en Washington, solicitó infructuosamente a Cordell Hull que autorizara la venta de armas de los Estados Unidos a la República, alegando que el hundimiento de ésta acarrearía la caída de Blum y señalaría el fin de la democracia. Hull le respondió que en Norteamérica no existía ninguna ley que prohibiera ayudar a España, sino únicamente una política de «aislamiento moral»[991].

Pero Largo Caballero no cejaba en su empeño de sacar el máximo partido de las energías republicanas. Con el fin de conseguir mayor eficacia en el ejército, el gobierno decretó el fin de la independencia de las milicias, que en adelante dependerían del estado mayor central. En adelante la unidad básica del ejército sería la «brigada mixta», de carácter autosuficiente, y que solía constar de tres batallones de milicianos y un batallón del antiguo ejército, cada uno de los cuales constaba a su vez de tres compañías de fusileros y una de ametralladoras. La reorganización se empezó a poner en práctica el día 16 de octubre, pero tardó mucho tiempo en

completarse. Como señaló el sagaz agregado militar francés, coronel Morell, en un informe enviado a París, «un ejército no puede crearse por decreto; —y añadía— la calidad del ejército se deteriora constantemente. En lugar de los jóvenes madrileños entusiastas del primer mes, se recluta a campesinos mal alimentados que han sido evacuados hacia Madrid desde las zonas rurales. Cobran una paga de diez pesetas. Se les uniforma vagamente (con la estrella roja, a *la Russe*), se les entregan las armas. Se encaminan al frente sin entender nada, hasta que se dan cuenta, demasiado tarde ya, de que la guerra es un asunto serio»[992]. Para contrarrestar tanta ignorancia, el gobierno, siguiendo los consejos del italiano «Carlos» (Vidali)[993], estableció en todas las unidades el sistema de comisarios políticos, que ya estaba en vigor en el Quinto Regimiento de los comunistas. Tenían por misión mantener la fe política de los milicianos tras la desaparición de sus propios partidos y atenuar los recelos que éstos sentían frente a los oficiales del ejército popular. La idea se inspiraba en los comisarios del «ejército rojo» y, más remotamente en los regimientos de Carnot (1794). Las funciones del comisario político no estaban claramente definidas; podían ser de mayor o menor importancia según los casos. La aparición de estos «teólogos del ejército rojo» o «capellanes rojos» (como les llamaban los nacionalistas) constituyó otra victoria más de los comunistas. La institución era teóricamente neutral: así, el socialista Álvarez del Vayo era comisario general; como vicecomisarios generales estaban Crescenciano Bilbao (socialista prietista), Antonio Mije (comunista), Ángel Pestaña (antiguamente anarquista y a la sazón sindicalista), Gil Roldán (anarquista) y Felipe Pretel (socialista y segundo de a bordo de la UGT). De hecho Mije desempeñó un papel fundamental en el aspecto organizativo, mientras que el joven dirigente

exsocialista y ahora comunista José Laín Entralgo fue designado director de la escuela de formación de comisarios políticos radicada en las inmediaciones de Valenda, que se convirtió así en bastión comunista. Álvarez del Vayo y Pretel eran colegas de trabajo y Pestaña no tardó en ser relevado, por razones de salud, por otro socialista procomunista llamado Garría Maroto. De todas formas Pestaña era ya un hombre que carecía de partidarios. Álvarez del Vayo, absorbido por el cargo de ministro de Defensa, apenas prestó atención a sus tareas de comisario general, siendo Mije y Bilbao los dirigentes de hecho del organismo[994].

Unos meses más tarde los comisarios ya se comportaban como si fueran jefes adjuntos del estado mayor. Periódicamente el partido «les enviaba de gira por el frente [...] para pronunciar discursos políticos [...]. A la sazón los comisarios políticos eran meros enlaces entre el frente y el cuartel general, encargados de supervisar el abastecimiento y las provisiones alimenticias de la tropa, etc...»[995].

En el frente del norte, la guarnición nacionalista de Oviedo recibió auxilios de una columna procedente de Galicia, después de muchas privaciones, cuando estaban a punto de caer en manos de los mineros asturianos, quienes ya habían entrado en la ciudad[996]. Pero los mineros prolongaron durante seis meses más su agobiante cerco sobre Oviedo, aunque sin resultado. El cordón umbilical que unía a los sitiados con el mundo exterior se reducía a una estrecha franja de territorio.

El general Varela no tardó en lanzar una nueva ofensiva sobre Madrid. El cruce de carreteras de Illescas, situado a medio camino entre Toledo y Madrid, cayó el día 17 de octubre en manos de los nacionalistas. Largo Caballero

telefoneó al comandante de la plaza y reconoció horrorizado la voz del general Varela al otro extremo del hilo. Al día siguiente, los milicianos, agotados y sometidos a la brutalidad de las tropas marroquíes y legionarias, perdida casi la esperanza en la ayuda soviética, prometida por sus comisarios políticos, lanzaron una contraofensiva contra Castejón y Chapinería. Seis mil hombres rompieron las líneas nacionalistas en Castejón y rodearon la localidad en la mañana del 19 de octubre. Los sitiados efectuaron una salida a través del cementerio, convirtiendo la contraofensiva republicana en una nueva derrota. El 20 de octubre se lanzó un nuevo ataque republicano contra Illescas, dirigido por el coronel Ramiro Otal, a las órdenes de Asensio Torrado (ahora ascendido a general)[997], con los comandantes Rojo, Mena y Modesto al frente de 15 000 hombres. En aquella plaza estaba instalado Barrón con tropas marroquíes y legionarias. Las fuerzas republicanas fueron transportadas al frente en autobuses de dos pisos del servicio urbano de Madrid, que eran visibles desde el puesto de mando de Barrón a través de la llanura. Illescas fue machacada por la artillería y se rindió. Entonces entraron en combate la caballería de Monasterio y la columna de Tella, procedente de Toledo. Los nacionalistas desalojaron a los milicianos, quienes tuvieron que retirarse el día 23 de octubre más allá del punto de partida.

El fragor de la batalla podía oírse en Madrid. El gobierno decidió trasladarse a una ciudad que ofreciera mayores seguridades. La primera elección recayó sobre Barcelona, y el presidente Azaña fue el primero en emprender el viaje, instalándose en los edificios parlamentarios de la capital catalana. Pero el gobierno cambió de parecer, decidiendo permanecer en Madrid. Azaña se quedó en Barcelona y el gobierno se apresuró a manifestar que su presidente se

encontraba realizando una minuciosa visita al frente[998]. En adelante habría que consultarle por teléfono. Los ministros estaban cada vez más furiosos con su presidente. Éste se negaba a escuchar los informes de los servicios de espionaje, a los que calificaba, no sin razón, de «malas novelas policíacas». Su sinceridad le llevaba a contar las verdades, incluso en sus llamadas telefónicas a otros países, que podían registrarse fácilmente. A las censuras del gobierno, replicaba: «No es culpa mía si yo tengo mentalidad analítica y ustedes no»[999]. Aterrado por los crímenes y asesinatos legales cometidos en nombre de la República, convencido de que ésta tenía perdida la guerra, sintiendo desprecio por Largo Caballero, Azaña representaba una carga y había dejado de ser un dirigente político.

En estas tensas circunstancias, el Frente Popular y la CNT organizaron en Madrid un comité para intensificar la búsqueda y captura de quintacolumnistas. Se cometieron nuevas ejecuciones ilegales, cuando parecían haber cesado definitivamente. Así fue asesinado Ramiro de Maeztu, que formaba parte de la generación del 98, y más adelante fue teórico del monarquismo español, y asimismo Ramiro Ledesma, cofundador del fascismo español. Toda lealtad resultaba sospechosa. A Asensio Torrado se le culpó de la caída de Illescas, especialmente por parte de los comunistas, pero Largo Caballero, que le admiraba, insistió en nombrarlo subsecretario de Guerra el 24 de octubre, mientras Pozas asumía el mando del ejército del centro[1000]. Pozas, como muchos oficiales veteranos apolíticos, estaba cada vez más sugestionado por los comunistas. El mismo día el general Miaja, a quien se utilizó como chivo expiatorio cuando el fracaso de la ofensiva contra Córdoba, fue llamado desde Valencia y designado comandante en jefe en Madrid, en sustitución del general Castelló, exministro de la Guerra,

que había enloquecido. Miaja había denunciado la reciente oleada de ejecuciones en Valencia, y se le llamó a Madrid para ahorrarle las enojosas consecuencias de su actitud.

La proximidad entre Madrid y el frente de combate trajo consigo la confraternización de socialistas y anarquistas en Cataluña. Por lo menos en Barcelona zanjaron sus disputas en una declaración de objetivos comunes del día 22 de octubre, revalidada por la Generalitat dos días después. Mientras que las grandes empresas (o sea, las que empleaban a más de cien trabajadores) y aquellas cuyos propietarios eran «fascistas» serían colectivizadas sin indemnización, las plantas que empleaban de cincuenta hasta cien trabajadores (que en Barcelona de hecho eran la mayoría) sólo serían colectivizadas a petición de las tres cuartas partes de sus trabajadores. Las empresas con número inferior a cincuenta trabajadores sólo podrían ser colectivizadas a petición de su dueño, salvo las destinadas a la producción de materiales relacionados con la guerra. La Generalitat tendría un representante en el consejo de administración de cada fábrica y, en las grandes empresas colectivizadas, designaría al presidente del consejo. La gestión de toda empresa colectivizada correría a cargo de un consejo elegido por los trabajadores, con un mandato de dos años. Y las que estuvieran dedicadas a un mismo sector de producción vendrían coordinadas por uno de los 14 consejos industriales, quienes podrían intervenir, si fuera necesario, en las empresas privadas, a fin de «armonizar la producción». Este decreto venía a ser la culminación de muchos actos legislativos anteriores por los que se regulaba el tema de las colectivizaciones. Más que dar libertad de acción a los anarquistas, los objetivos del decreto eran unificar y controlar el proceso de la producción. Algunas de las medidas que contemplaba el decreto ya habían sido

ejecutadas. Juan Fábregas, anarquista de última hora, Consejero de Economía y presidente del Consejo de Economía de Cataluña, aún dominado por los anarquistas (aunque teóricamente estuviera bajo las órdenes de la Generalitat) era, en buena medida, responsable de dicho decreto. Pero la coordinación lograda en la práctica fue muy vaga. Faltaban estadísticas y registros de ventas. Carente de materias primas y aislada de sus mercados, la industria textil catalana se estaba arruinando[1001]. Las industrias de guerra funcionaban mejor, pero la transformación de las industrias de tiempos de paz resultaba muy problemática.

Tres meses después del estallido de la guerra, la España rebelde ofrecía el aspecto de un Estado nuevo, al que todas las corrientes inclinaban a la centralización y la unidad y, por ende, a la eficacia; mientras que en el bando republicano las instituciones del viejo Estado estaban siendo laboriosamente resucitadas, al tiempo que se introducían innovaciones tales en las que no podía evitarse la división y el derroche de recursos. En la España rebelde un grupo de capacitados generales cuarentones pugnaban despiadadamente por hacer un mundo nuevo; mientras que en la España republicana, unos cuantos políticos de la vieja escuela trataban de salvarse del naufragio que ya parecía irreversible. Porque la presencia de tantos jóvenes en el ejercito y en los piulidos socialista y comunista, por no hablar del movimiento anarquista, no debe inducir al observador a creer que la República ofrecía a los jóvenes una auténtica oportunidad. La Revolución, sí; pero la República y la Revolución eran empresas distintas.

27

La Sociedad de Naciones. — La ayuda rusa. — Creación de las Brigadas Internacionales. — Kleber.

Entretanto se había reunido en Ginebra la asamblea anual de la Sociedad de Naciones. La organización estaba agonizando. Sus deficiencias eran demasiado evidentes. Aunque en el año 1936 no contaba aún con veinte años de existencia y su sede permanente, que albergaba las enormes pinturas murales del pintor catalán Sert, cargadas de sentido triunfalista, aún estaban por inaugurar, la institución parecía cosa del pasado. Nunca, ni tan siquiera en su período de apogeo (cuando el ingreso de Alemania, en el año 1925) había perdido la Sociedad de Naciones su carácter de organismo dominado por los vencedores de la guerra europea de 1914-1918. No obstante, hasta el año 1935, sirvió con relativo éxito a su objetivo que quería recoger el deseo universal de paz. En Ginebra se había firmado la paz entre Grecia y Bulgaria en 1925. En 1934 la Sociedad de Naciones puso fin a la guerra entre Colombia y el Perú. Si bien es cierto, también, que en 1934 dicho organismo se negó a tomar resolución alguna en el caso de Manchuria. Sin embargo, el error no pareció irreparable. Pero tampoco en 1935 la Sociedad de Naciones supo adoptar medidas eficaces contra la invasión de Abisinia por Mussolini. Tan sólo se aprobaron unas sanciones inofensivas, que el 4 de julio de 1936 fueron levantadas. Así se reconocía tácitamente la

aventura de Mussolini en África. La responsabilidad por todas estas claudicaciones recaía en los gobiernos británico y francés, cuya influencia en el palacio de las naciones era abrumadora. En la asamblea general de 1936 se debía revisar el tema de la *debacle* de Abisinia. Pero surgió el caso de España. Desde la asamblea, Edén persuadió al doctor Monteiro de que Portugal entrara a formar parte del comité de no intervención. En el discurso que pronunció durante el debate general que abrió la asamblea, Edén no se refirió a España en ningún momento. El doctor Carlos Saavedra Lamas, argentino y presidente de la asamblea, apoyado por otras delegaciones latinoamericanas, trató de impedir que Álvarez del Vayo, ministro de Asuntos Exteriores de la República, planteara el tema de la guerra civil, pues no estaba en el orden del día, aunque el debate general permitía, en principio, abordar cualquier tema. (Saavedra era pronacionalista). Pero Álvarez del Vayo pronunció su discurso, después de que Edén le persuadiera de que actuara con moderación. Condenó el hecho de que el acuerdo de no intervención colocara a su gobierno en pie de igualdad con los rebeldes. Además, con arreglo al derecho internacional, un gobierno está facultado para comprar armas al el exterior, pero no sucede así con un ejército rebelde. La República aceptaría la no intervención, si se garantizaba la libertad para la compra de armamento.

La reunión de Ginebra no fue ningún éxito para la causa republicana. Parecía evidente que la política anglo-francesa consistía en subordinar a España a la política general europea de ambos estados. Azaña, Giral, Azcárate y todos los elementos «liberales» del gobierno sufrieron una grave decepción con respecto a Inglaterra. Sólo Litvinov habló en términos favorables para España. A la sazón, lo supiera o no Litvinov, Rusia había resuelto ayudar a España con armas y

no tan sólo con palabras. La decisión debió tomarse en el mes de agosto puesto que las armas empezaron a llegar a España a mediados de octubre.

El gobierno de la República había solicitado armas a la Unión Soviética cuando Giral era todavía jefe de gobierno. Al parecer, una delegación de Madrid llegó a Odesa a finales de agosto[1002]. Por entonces, como se recordará, se había establecido en Madrid y Barcelona una importante delegación rusa, encabezada por el experto embajador Rosenberg y el influyente jefe de la misión militar (Berzin). Unos días más tarde un puñado de pilotos rusos montaron a bordo de los nuevos aviones franceses que la República acababa de comprar «en condiciones de inferioridad para nosotros», causando gran impresión en sus camaradas españoles: se trataba de unos pilotos «realmente extraordinarios», como los describió el capitán García Lacalle[1003]. Parte del material de guerra tal vez llegó a finales de agosto, aunque era de poca monta, y los tanques y aviones rusos no aparecieron hasta octubre[1004]. Aunque Francia e Inglaterra apoyaban la no intervención, la República tenía otras opciones para adquirir armamento en los Estados Unidos y en Latinoamérica, aparte de Rusia. Pero para contrarrestar la ayuda alemana e italiana a Franco, no interesaba obtener el auxilio de un gobierno que no fabricara armas, y el equipo ruso era cualitativamente superior a cualquier otro que pudiera adquirirse fuera del mercado inglés y norteamericano. En realidad los tanques y aviones rusos no dejaban nada que desear en cuanto a eficacia, como ya se verá, aunque ni Largo Caballero ni Giral se dieran cuenta.

Según Walter Krivitsky, miembro «residente» del servicio ruso de información militar en La Haya, Stalin tomó la decisión de prestar su ayuda a la República española el 31 de

agosto, en el curso de una reunión del Politburó celebrada en Moscú[1005]. A partir de entonces, tanto el gobierno ruso como el Komintern y sus diversos agentes y organizaciones secretas de semiespionaje empezaron a prepararse para un mayor compromiso militar. Una razón que motivó esta decisión fue el abandono de los intereses de la República española en París: tanto el embajador Albornoz como De los Ríos, junto con el diputado socialista por Granada, doctor Alejandro Otero, eran personas respetables, pero no resultaron buenos contrabandistas de armas. «La Pasionaria» visitó París a finales de agosto acompañando a una delegación de Madrid y se encontró con que el telefonista de la embajada española (que había permanecido en su puesto con el embajador monárquico Quiñones de León) había revelado todos los secretos de la República a los representantes de los nacionalistas en París[1006]. Sea como fuere, lo cierto es que Krivitsky recibió instrucciones en La Haya (el día 2 de septiembre, según él) para que procurara por todos los medios el embarque de armas de toda Europa con dirección a España[1007]. Unos diez días después, el 14 de septiembre, se celebró una reunión en Moscú para organizar el envío de ayuda militar directamente de Rusia a España. La reunión tuvo lugar, de forma ominosa, en los locales de la Lubianka, al parecer en presencia de Yagoda a quién le restaba tan sólo una semana o algo más al frente de la policía secreta (NKVD); también asistieron el general Frinovsky, a la sazón «comandante en jefe de las fuerzas militares del NKVD»; el general S. P. Uritsky, jefe del servicio de información militar tras el cese de Berzin, que se encontraba en España al frente de la misión militar rusa; y finalmente A. A. Slutsky, persona «cordial, valerosa y humana» que ostentaba la jefatura de la división extranjera del NKVD. En esta reunión se atribuyeron al NKVD

facultades supervisoras para el envío de armas y personal con destino a España y se adoptó, o se confirmó, el acuerdo de nombrar oficial superintendente a un tal Alexander Orlov (cuyo verdadero nombre era Nikolsky), «oficial veterano» del NKVD, que ya había estado en España[1008]. El embarque de armamento correría a cargo de Uritsky, quien montaría una agencia especial dirigida por el capitán Umansky, en Odesa.

Todas estas medidas se ejecutaron rápidamente[1009]. Pero nadie estaba al corriente de este plan, salvo aquellos dirigentes que por razón de su cargo estaban obligados a ello: Litvinov, probablemente, y también Maisky y Koltsov pasaron semanas enteras sin ser informados del plan, y asimismo los dirigentes del Komintern (en Moscú y en París), la mayor parte de los cuales siguieron denunciando durante el mes de septiembre y comienzos de octubre que Stalin «estaba traicionando a la revolución española», según manifestó Trotsky desde Noruega[1010]. El gobierno español no se enteró de que Rusia proyectaba enviarle suministros de armas hasta muy poco tiempo antes de que zarparan los barcos cargados de material.

Era la primera vez que Rusia se embarcaba en una aventura de esta índole. Carecía de una flota mediterránea. Habría que mantener el secreto en torno a la ruta a seguir. Dados los problemas geográficos y los problemas internos que tenía el propio Stalin (el término quizá resulte un tanto eufemístico para calificar a las célebres purgas que entonces se iniciaban entre los altos cargos de la vieja guardia bolchevique), el proyecto de enviar asistencia a la República parecía arriesgado.

Los primeros cargamentos con destino a España debieron quedar listos para zarpar del puerto de Odesa a finales de

septiembre. De esta forma, el encargado de negocios alemán en Moscú en un interesante informe manifestó que, según había observado un experto «en el puerto de Novorossik, en el mar Negro, se ha limitado estrictamente desde el verano el acceso al área portuaria [...]». El mismo observador (seguramente un agente del cónsul alemán en Odesa) creyó que «[...] los pesados embalajes del *Neva*, que zarpó con destinó a España del puerto de Odesa no sólo contenían alimentos [...]. Pero no ha sido posible obtener pruebas fehacientes de violación del embargo de armas por parte del gobierno soviético»[1011]. Efectivamente, se trataba de petróleo. La República firmó de nuevo los antiguos acuerdos hispano-rusos, que el gabinete derechista no había renovado en el año 1935, y el gobierno ruso envió a España un mínimo de 30 000 toneladas de petróleo entre el 15 de agosto y el 15 de septiembre, y otras 44 000 toneladas entre esta fecha y el 12 de octubre[1012].

Pero Stalin continuaba mirando con recelo la decisión de ayudar a la República. Ordenó a los técnicos y expertos militares destacados en España que «se mantuvieran a resguardo de la artillería enemiga»[1013]. Los cargueros rusos debieron zarpar de Odesa el 4 de octubre como mucho. Ni siquiera en esa fecha debía ser muy firme la decisión, como parece señalar una historia referida por el anarquista francés Fierre Besnard: el día 2 de octubre llegó a Madrid con dos representantes de un consorcio internacional (cuyo nombre no cita) para la venta de armas. Besnard, Durruti y Largo Caballero se reunieron con estos dos hombres para conocer sus ofertas; Largo Caballero prometió que aquella misma tarde expondría a su gabinete la posibilidad de comprar armas al consorcio. El consejo de ministros dio su aprobación y, al día siguiente, el 3 de octubre, se ultimaron los pormenores de la transacción en presencia de Durruti. El

4 de octubre, Durruti recibió una llamada telefónica del embajador ruso, Rosenberg, quien le pidió que le visitara; Durruti se excusó alegando que tenía que regresar al frente. Días después el gobierno republicano anunció a Besnard que no podía cerrar el trato, pues los rusos habían protestado[1014].

Se tomaron las disposiciones diplomáticas adecuadas para garantizar el éxito de la operación. Así el encargado soviético de negocios en Londres, Kagan, envió una nota en tono de ultimátum a *lord* Plymouth, el nuevo representante británico en el comité de no intervención. Alegando que la aviación italiana había desembarcado numerosos legionarios en territorio español, Kagan anuncié el día 7 de octubre que, si no cesaban tales violaciones del pacto de no intervención, Rusia se consideraría libre de sus compromisos. «Si hay acuerdo —escribió Kagan—, queremos que se cumpla. Si el comité [...] es capaz de asegurarlo [...] estaremos conformes. Pero si no es capaz, que lo diga abiertamente»[1015]. Al día siguiente, el 8 de octubre, un diplomático ruso dijo al encargado americano de negocios en Moscú que, si el comité no se mostraba decidido a terminar con las violaciones, Rusia se retiraría del mismo, considerándose en libertad de enviar material militar a España. Este brusco cambio de política irritó al Foreign Office. «¿Qué espera conseguir Rusia abandonando ahora la neutralidad?». Pero la acción de los rusos fue apoyada por la conferencia del Partido Laborista que, el día 9 de octubre, aprobó una resolución por unanimidad en la que se declaraba que Alemania e Italia habían quebrantado la neutralidad, solicitando la oportuna investigación. Aquel día la reunión del comité duró siete horas y las acusaciones que se cruzaron entre Kagan y Grandi dejaron estupefactos a los restantes diplomáticos. *Lord* Plymouth expuso a los alemanes, italianos y

portugueses la denuncia del gobierno español ante la Sociedad de Naciones en el sentido de que estos tres países prestaban ayuda a los rebeldes. Kagan acusó a Portugal de permitir que su territorio se convirtiera en base de operaciones de los nacionalistas y solicitó que se destacara a una comisión que patrullara la frontera hispano-portuguesa. El embajador portugués se retiró durante los debates sobre la propuesta rusa, que consideró insultante[1016].

Rusia creía ahora que su postura había quedado clara en el terreno legal. A primeros de octubre, por lo menos dieciséis buques rusos y de otras nacionalidades atravesaron el Bósforo transportando armas hacia España[1017]. El primero que llegó a Cartagena fue el *Komsomol*, cargado con tanques, carros blindados y algo de artillería, junto con un grupo de expertos en carros de combate, al mando del coronel S. Krivoshein[1018]. Durante aquellos días llegaron aproximadamente cien tanques y cien aviones y asimismo cierto número de camiones, armas antiaéreas, carros blindados y material diverso, en gran parte de primera mano. Los dos modelos de cazas rusos enviados a España, el nuevo monoplano I-15, el biplano conocido en España con el nombre de *Chato* y el I-16, conocido con el nombre de *Mosca* (*Rata* para los nacionalistas) eran los más veloces de Europa, es decir la versión rusa de los cazas americanos Curtiss y Boeing[1019]. El *Chato* desarrollaba una velocidad máxima de 350 kilómetros por hora y disponía de cuatro ametralladoras, siendo capaz de arrojar pequeñas bombas de 12 kilos[1020]. El *Mosca* sólo disponía de cuatro ametralladoras pero era mucho más veloz, alcanzando los 480 kilómetros por hora[1021]. Estaba provisto de un nuevo dispositivo para las ascensiones rápidas, tren de aterrizaje abatible y un motor de gran potencia. No tardaron en entrar en servicio dos escuadrillas de estos cazas, de treinta y un aparatos cada

una, todos ellos pilotados al principio por rusos. Pronto llegaron tres nuevos aparatos: el bombardero SB-2 de doble motor conocido con el nombre de *Katiuska*, construido en el año 1933, designado como «interceptor», alcanzaba una velocidad máxima de 400 kilómetros por hora y no precisaba escolta alguna[1022]; el *Natasha*, otro bombardero rápido[1023]; y el *Rasante*, empleado para ametrallamientos en vuelos de poca altura[1024].

Estos aparatos eran más veloces y técnicamente superiores a sus equivalentes italianos y alemanes, aunque el sólido caza Fiat era capaz, a veces, de maniobrar más rápidamente que el Chato, y los Junker 52 eran más útiles como aviones de transporte que como bombarderos. En lo sucesivo los Heinkel 51 perderían gran parte de su eficacia.

En poco tiempo, el centenar aproximado de aviones rusos que sobrevolaban España darían a la República el dominio de los aires. Algo similar ocurrió con los tanques rusos enviados a España por las mismas fechas. Eran carros T-26 de diez toneladas, que llevaban un pesado blindaje e iban dotados de ametralladoras, constituyendo un modelo más temible que los Fiat-Ansaldo, de tres toneladas, y los Panzer Mark I con los que tendrían que enfrentarse, pues éstos no disponían de cañones, sino sólo de ametralladoras[1025]. Las armas rusas antitanques (de 45 milímetros, basadas en los Vickers de dos toneladas) también eran superiores a todos los modelos alemanes[1026].

El personal ruso en España sumaba quinientos hombres el día 1 de noviembre: jefes, pilotos, expertos en tanques e instructores de vuelo, más algunos intérpretes. El jefe de la misión seguía siendo el general Berzin («Grishin»), el cual, como ya se ha visto, había llegado a Madrid en septiembre. El jefe de la fuerza aérea era el coronel Jacob Schmushkevich

(«el general Douglas»), Largo Caballero acusaría a éste de actuar con independencia del ministerio de Defensa de la República desde la base de Llanos y de menospreciar a los españoles no comunistas[1027]. Algunos de sus pilotos, como Prokofiev, Kopets y Schacht llevaban en España todo el mes de septiembre; otros llegaban por primera vez y no tardarían en sentirse como en su propia casa en los cielos de España[1028]. Los futuros mariscales Malinovsky, Rokossovsky y Konev aparecieron pronto en España, y asimismo el general Kulik, «el vencedor de Tsaritsin», durante la guerra civil rusa, que era asesor del general Pozas, comandante en jefe de los ejércitos del centro de España[1029]. La mayor parte del personal actuaba en calidad de «asesores» de los jefes republicanos en sus puestos de mando, otros eran responsables del armamento técnico o bien se instalaban en el cuartel general de la misión rusa. El asesor en Madrid era el agregado militar que había llegado en agosto, general Gorev, descrito por Ehrenburg como «persona inteligente, reservada y, al propio tiempo, apasionada, e incluso poética [...]. Todos creían en su buena estrella»[1030]. La base de tanques rusos de Archena, balneario situado a treinta y cinco kilómetros de Cartagena por el interior, cerca de Murcia, y rodeado de olivos, estaba organizada por el coronel español Sánchez Paredes, quien reclutaba a los tan quistas entre los taxistas y conductores de autobús de Madrid y Barcelona[1031]. No lejos de ahí, en Alcantarilla, los rusos instalaron una base de cazas y otra de bombarderos. Posteriormente montaron otras bases aéreas en El Carmolí, en Algete —no lejos de Madrid— y en los alrededores de Alcalá de Henares. Algunos de estos hombres llegaron por mar, otros por tierra, muchos incluso atravesaron la Europa central[1032].

Estas entregas de hombres y material no fueron

efectuadas por Rusia como contribución amistosa a la causa revolucionaria. Tenían un precio. En garantía de pago se envió a Rusia la mayor parte del oro que hasta entonces había respaldado la moneda española y que constituía el tesoro más valioso de la nación. Por entonces España ocupaba el cuarto lugar mundial en cuanto a reservas de oro. Una parte del mismo había sido enviada a París para garantizar la entrega de mercancías en la etapa anterior a la guerra, y otra parte en el mes de julio. Aunque la mayor parte de aquél permanecía custodiada en los sótanos del banco de España en Madrid[1033]. Gran cantidad del oro español se guardaba en forma de monedas: luises de oro, soberanos, dólares y pesetas de oro. En el mes de septiembre, la República estimó prudente trasladar aquel tesoro a «lugar seguro». El 13 de septiembre el gabinete autorizó al nuevo jefe de gobierno y ministro de Hacienda, que eran Largo Caballero y Negrín respectivamente, a efectuar el traslado. Se suponía que el oro sería transportado a algún lugar de España. Y efectivamente fue trasladado por ferrocarril a un gran local subterráneo situado cerca de Cartagena. Pero Largo Caballero y Negrín, de acuerdo con Méndez Aspe, subsecretario civil de este último, no tardaron en percatarse de que el lugar más seguro era la misma Rusia. Gran Bretaña y Francia, que parecían los lugares más idóneos para guardar las reservas de oro, eran los más acérrimos partidarios de la no intervención, por lo que el envío de las mismas hacia estos países era un riesgo innecesario[1034]. Largo Caballero no temía solamente a los «fascistas»: el mismo Durruti tenía proyectado un asalto al banco de España a principios de octubre, aunque Abad de Santillán le disuadió de ello[1035]. Con todo, ni Negrín ni Largo Caballero expusieron sus planes al presidente Azaña ni a ninguno de los ministros. Como era de esperar, Azaña

se enfureció cuando se le informó de que el oro español había salido del país. Prieto pensó dimitir en señal de protesta, siendo disuadido por Azaña de tomar una decisión con la que el mismo presidente estaba de acuerdo[1036].

El 25 de octubre Negrín hizo embarcar el oro hacía Rusia. Se constituiría una especie de «cuenta corriente», según palabras de Largo Caballero, de la que dispondría la República para pagar los suministros de armas y demás compras, incluyendo la adquisición de petróleo, a Rusia o a cualquier otro país. También el vino, el azúcar y la fruta y otras mercancías españolas contribuyeron a equilibrar la balanza de pagos de la República con Rusia. Los pormenores fueron ultimados entre Negrín y Stashevsky, agregado económico ruso[1037].

El precioso metal, como luego se supo, partió hacia Rusia en grandes cajas que fueron cargadas a bordo de cuatro buques rusos por sesenta hombres que trabajaron a lo largo de tres noches, mientras que durante el día dormían en el interior de dichas cajas. El personal fue suministrado por el comandante en jefe de la base de Cartagena, capitán Ramírez de Togores, sin que nadie fuera informado de la naturaleza de la operación. Concluido el cargamento, el subsecretario de Hacienda, Méndez Aspe, comparó sus cifras con las de Orlov. Éste había registrado 7900 cajas y Méndez Aspe, 7800. Había un error de dos camiones, pues cada camión contenía cincuenta cajas. Orlov no mencionó la divergencia a Méndez Aspe, puesto que, si las cuentas de éste eran correctas, hubiera tenido que responder de las cajas extraviadas[1038]. Los buques rusos fueron custodiados por la flota republicana hasta Argel[1039]. La llegada del oro, o de parte del mismo, no pasó inadvertida para el cónsul alemán en Odesa quien, el 6 de noviembre, anotó la arribada de un buque de color gris sin bandera de 4000 toneladas,

cuyo nombre era ilegible, el cual atracó en la rada de Odesa, siendo descargado por la noche[1040]. Cuando el oro llegó a Moscú, se hicieron cuentas definitivas. Los cuatro funcionarios españoles que acompañaban el transporte permanecieron en Rusia el mayor tiempo posible[1041]. Cuando sus familiares en España empezaron a atemorizarse, fueron enviados a su vez a Rusia. Hasta 1938 no fueron autorizados a salir libremente de Rusia. Marcelino Pascua, embajador español en Moscú, que era socialista y médico, y hasta el momento había desempeñado el cargo de director general de Sanidad, nada pudo hacer por los infortunados funcionarios[1042]. Indudablemente habían tenido la buena fortuna de no convertirse en piedra como ocurre a los humanos que entran en el reino de los gigantes. Pero con el tiempo se les permitió abandonar el país en libertad; uno de ellos embarcó con destino a Estocolmo, otro a Washington y otro a Buenos Aires. Según Orlov, Stalin celebró la llegada del oro con un banquete en el que declaró que «los españoles no verán más el oro, del mismo modo que nadie puede ver sus propias orejas»[1043], aunque la fórmula oficial manifestara que el gobierno español podría exportar el oro siempre que quisiera[1044].

Entretanto, el 21 de septiembre, comenzó la segunda parte del programa de ayuda rusa a España. Un agente de la NKVD llamado Zimin visitó a Krivitsky en La Haya y celebró también una reunión en París entre aquél y los colegas de Krivitsky en Londres, Estocolmo y Suiza. Zimin insistió en la absoluta necesidad de que el nombre de Rusia quedara al margen del tráfico de armas del Komintern. El primer paso, dijo, consistía en crear una organización para la compra de armas en Europa. Krivitsky, que por entonces estaba considerando la posibilidad de abandonar el servicio a los soviets, consiguió el capital financiero y las oficinas, y

garantizó los beneficios[1045]. Junto con Ignace Poretsky (Ignace Reiss), jefe del NKVD en Suiza, que colaboraba con él en este asunto, esperaban que «la victoria de la revolución española ayudaría a derrocar a Stalin en Rusia». No era difícil encontrar agentes a sueldo. Éstos solían reunir las características de los personajes de las novelas de espionaje. Había, por ejemplo, un tal doctor Mylanos, griego establecido en Gdyniá. Otro era Fuat Baban, también griego, representante en Turquía de las empresas Skoda, Schneider y Hotchkiss, que más tarde sería detenido en París por tráfico de drogas. Y también estaba Ventoura, de origen judío, nacido en Constantinopla, que fue declarado culpable de estafa en Austria, con pasaporte falso, y vivía con una mujer en Grecia, aunque estaba domiciliado en París, en un hotel de la avenida Friedland[1046]. Durante el resto de la guerra española aparecerán numerosos personajes de esta índole, llevando a cabo su lucrativa misión a espaldas de los dignos caballeros del comité de no intervención y suministrando armamento caro y a menudo anticuado a la comisión para la compra de armas del gobierno republicano, que tenía su sede en París, a través del Partido Comunista francés, el embajador español en París u otros agentes[1047].

Alrededor de esta comisión pululaba una horda de logreros sin escrúpulos. Muchos de los implicados se corrompieron en cierta forma indiferentemente de que trabajaran o no para el Komintern. Si la cuestión de la compraventa de armas hubiera sido llevada con honradez, habrían llegado muchas más a España, aun a pesar de la no intervención. Pero tal vez el tráfico privado de armas alimente la corrupción de modo inevitable. En París, Londres, Praga, Zurich, Varsovia, Copenhague, Amsterdam y Bruselas se instaló una serie de empresas de importación y exportación, cuyos fondos eran controlados por un miembro

del NKVD, que actuaba como socio silencioso. Fueron importadas armas de Checoslovaquia, Francia, Polonia, Holanda e incluso Alemania; en este último país, el astuto almirante Canaris se ocupaba personalmente de enviar material de guerra averiado a la República por intermedio de comunistas[1048]. Al estar cerrada la frontera francesa, el mejor medio de transporte era por mar, y los consulados respectivos libraban falsos certificados en nombre de los gobiernos británico, griego, latinoamericanos o chino, conforme la mercancía iba destinada a dichos países[1049].

Entretanto entró en juego un tercer factor en la ayuda comunista a la República. No está clara la forma en que surgió. En el mes de septiembre visitó Moscú Willi Muenzenberg, jefe de propaganda del Komintern en Europa occidental[1050]. Apoyó la propuesta, al parecer original de Thorez, secretario general del Partido Comunista francés, que preconizaba que podría ayudarse a la República mediante la creación de un grupo de voluntarios reclutados internacionalmente por los partidos comunistas extranjeros (aunque los no comunistas también podrían alistarse en él) que se sumara a las restantes fuerzas que luchaban en España por la «causa de la libertad». A finales de septiembre, el comité central del Partido Comunista italiano se reunió en París en presencia de los dirigentes comunistas franceses y de Codovila, el veterano representante del Komintern en el Partido Comunista español. Convinieron en que era necesario organizar una columna de voluntarios antifascistas italianos para combatir en España y que fuera «mayor que la columna de Rosselli»[1051]. Al cabo de un día o dos, el comité ejecutivo del Komintern tomó la decisión de formar bajo su autoridad una serie de columnas internacionales compuestas por todos aquellos que desearan, o fuesen persuadidos o enviados a luchar por la República.

Luigi Longo, líder de las juventudes comunistas unos años atrás, se pasó en España gran parte de los meses de agosto y septiembre y se le encomendó que hiciera los tratos oportunos con el gobierno español[1052], Dimitrov, comunista búlgaro que era secretario general del Komintern, se adhirió a esta idea entusiásticamente, según parece.

No cabe duda de que el ministerio de Defensa ruso venía interesándose por el proyecto hacía ya algún tiempo, por la sencilla razón de que ya existía un precedente de aquella fuerza internacional en el ejército rojo, durante la guerra civil rusa. El concepto de «brigada internacional» se expresó por medio de distintos nombres, como el de Primera Legión Internacional del Ejército Rojo, Ejército Rojo Internacional y Primer Destacamento Revolucionario Internacional. En aquellas fuerzas que acudieron en apoyo de la revolución rusa se contaban innumerables voluntarios forzados, o antiguos prisioneros de guerra de los ejércitos austro-húngaro, alemán y búlgaro, de entre las masas humanas que entraron en Rusia con motivo de la primera guerra mundial. Gran parte de estos hombres sirvieron en Ucrania a las órdenes de un personaje como Antonov Ovseenko, que en 1936 era cónsul general ruso en Barcelona. Muchos de aquellos voluntarios se hallaban integrados en las diversas secciones del ejército ruso. A Stalin le debió parecer muy conveniente comprobar si un experimento que dio resultado positivo en una guerra civil podía repetirse con éxito en otra[1053]. Al fin y al cabo, el Komintern estuvo implicado ya en la insurrección armada de los años veinte y Togliatti, ahora absorbido por los acontecimientos españoles, había redactado parte del manual técnico del Komintern sobre el tema[1054].

Además, muchos exiliados alemanes o tránsfugas de los regímenes fascistas o derechistas autoritarios, junto con

muchas otras personas que vivían en tales países, deseaban que se produjera una auténtica guerra contra el fascismo[1055]. «Más importante era para nosotros ir a combatir en España que para la República el recibir nuestra ayuda», escribió un italiano en el exilio, Emilio Lussu[1056]. «*Oggi in Spagna, domani in Italia*» era el famoso lema de Rosselli, coreado por muchos más. A primeros de septiembre, Randolfo Pacciardi, republicano liberal emigrado de Italia, tomó contacto con el gobierno español para formar una legión italiana en España, al margen de los partidos políticos, que sería reclutada en París. Pero Largo Caballero se opuso a esta idea[1057]. En cambio ahora, después de los últimos desastres en el frente de batalla, modificó su punto de vista. Luigi Longo, joven personalidad eminente del comunismo italiano, Stephan Wisniewski, comunista polaco, y Pierre Rebiére, comunista francés, negociaron en Madrid el 22 de octubre en representación del Komintern[1058]. Visitaron a Azaña y a Largo Caballero, quienes declinaron la responsabilidad en Martínez Barrio (que entonces era presidente del comité para la reorganización del ejército). No parece que estos tres políticos republicanos se entusiasmaran con el proyecto, pero estimaron que sería útil cuando menos a efectos propagandísticos.

A partir de aquel momento la principal tarea del Komintern fue la de formar las Brigadas Internacionales. Cada partido comunista recibió instrucciones de movilizar a un número dado de voluntarios. En muchos casos, la cifra prescrita superaba las posibilidades locales del partido. Así, muchos de los líderes más competentes del Komintern, que hasta entonces no habían estado involucrados en los asuntos de España, fueron designados para colaborar en esta misión. Por ejemplo, Josip Broz —el futuro mariscal Tito— se encontraba en París, organizando, desde un hotel de la

margen izquierda del Sena, al aluvión de voluntarios para la guerra civil española, por medio del denominado «ferrocarril secreto», por el que se expedían pasaportes y dinero a los voluntarios procedentes de Europa oriental. Pero ocurría que el experto Jules Humbert-Droz se encontraba realizando idéntica misión en Suiza[1059]. Cuando un voluntario no pertenecía al Partido Comunista, un representante de la NKVD investigaba sus antecedentes y era examinado por un médico comunista en la frontera hispano-francesa[1060], aunque muchos se saltaron dichos controles, especialmente quienes se incorporaban a las brigadas en territorio español o sobre la marcha. También se presentaron no pocos aventureros en busca de sensaciones fuertes, como el belga Nick Gillain, quien explicaría que los motivos que le indujeron a alistarse fueron «el espíritu de aventura, el tedio y el otoño lluvioso del año 1936»[1061]. Un sesenta por ciento de los voluntarios eran comunistas y otro veinte por ciento se hicieron comunistas en el curso de la guerra. En todos los países (incluida la Gran Bretaña) el ochenta por ciento de los voluntarios, como mínimo, pertenecían a las clases trabajadoras[1062]. La mayoría eran jóvenes, aunque muchos alemanes e italianos militantes refugiados de los regímenes fascistas, eran veteranos de la primera guerra mundial. Muchos eran trabajadores en situación de paro, especialmente los franceses[1063], y otros tantos habían participado en combates callejeros contra «los fascistas» en Berlín, París e incluso Londres. Pero aquello era muy distinto de luchar contra «los moros» o la legión extranjera, como pronto comprendieron. Fueron enviados a España unos 500 o 600 refugiados comunistas exiliados en Rusia[1064]. Entre éstos estaban Stern («Kleber»), Zaisser («Gómez»), Zalka («Lukács») y Galicz («Gal»), quienes habían participado en la primera guerra mundial y en las

Brigadas Internacionales del ejército ruso y desempeñaron un papel directivo en las españolas. Un voluntario comunista inglés sintetizó adecuadamente los motivos que indujeron a sus conciudadanos a alistarse, manifestando que «indudablemente la mayoría han venido aquí por un ideal, cualquiera que sea el motivo que les haya impulsado a buscarlo»[1065]. Muchos voluntarios consideraban la batalla que se estaba librando en España como primer paso en la lucha contra el enemigo de sus propios países; especialmente los italianos, quienes desde las emisoras españolas clamaban en italiano contra Mussolini: se trataba de «la artillería del altavoz» como apuntó «Carlos»[1066]. Así la guerra española servía para reforzar la lucha antifascista de los italianos. Un comunista checo como Arthur London entendía el servicio en las Brigadas Internacionales como un episodio más de la lucha general contra el nazismo en Europa central[1067].

La oficina central de alistamiento de las Brigadas Internacionales estaba instalada en la rue de Lafayette, en París. Karol Swierczewski, coronel polaco al servicio de los rusos, conocido por el nombre de «Walter», era su consejero militar al frente de un *bureau technique* en la cercana rue de Chabrol. Swierczewski había luchado al lado de los rusos en la primera guerra mundial. Tomó parte en la revolución y la guerra civil rusas, y después fue profesor de la Escuela Militar de Moscú[1068]. El tema de la propaganda se resumía en el lema de que España sería «la tumba del fascismo europeo». Los voluntarios firmaban sin contrato y sin saber por cuánto tiempo tendrían que combatir: se trataba de un compromiso indefinido que habría de ocasionar conflictos. Los voluntarios fueron enviados a España desde Francia en barco o ferrocarril. Una vez en España se dirigían, o eran enviados, a la nueva base de Albacete, situada a medio

camino entre Madrid y Valencia, en la monótona estepa manchega y conocido desde varios siglos atrás por sus manufacturas de cuchillos[1069].

El primer contingente de quinientos voluntarios salió de la estación de Austerlitz, en París, en el tren número 77 («el tren de los voluntarios») y, pasando por Perpiñán y Barcelona, llegó a Albacete el 14 de octubre, encontrándose con que apenas habían comenzado los preparativos para recibirles. Se les habían cedido los locales del cuartel de la guardia civil, pero las salas de la planta baja todavía conservaban las manchas de sangre de los que allí murieron el 25 de julio. Los miembros de las Brigadas Internacionales prefirieron, por escrúpulo, dormir amontonados en las plantas supriores[1070]. El primer grupo estaba compuesto casi íntegramente por franceses y algunos exiliados polacos y alemanes residentes en París. También había un grupo de rusos blancos que empleaban a las brigadas como medio indirecto para regresar a su país. A estos nuevos reclutas se les sumaron poco después muchos de los voluntarios extranjeros que habían combatido en el frente de Aragón y en el valle del Tajo, incluyendo a los supervivientes de la centuria Thaelmann (alemana), a algunos componentes de la centuria Gastone-Sozzi (italiana) y del batallón francés Comuna de París. Entre los voluntarios estaba el joven poeta inglés John Cornford (aunque luego regresó a Inglaterra con permiso militar por enfermedad después de combatir durante el mes de agosto). Al día siguiente de llegar a Albacete todos los voluntarios fueron identificados y registrados. El funcionario les preguntaba si eran oficiales, sargentos, cocineros, mecanógrafos, artilleros o si habían servido en caballería o en ametralladoras. Muchos contestaron de forma insensata, más con arreglo a sus ambiciones que a sus capacidades. A continuación fueron

distribuidos en grupos lingüísticos, con sus nombres apropiados. Los voluntarios británicos no eran muy numerosos y, en consecuencia, no podía formarse con ellos un batallón aparte. Parte de éstos fueron integrados en unidades alemanas y el resto en unidades francesas[1071].

La «troika» suprema que se hallaba al mando de la base la formaban André Marty, comandante en jefe, Luigi Longo («Gallo»), inspector general, y Giuseppe di Vittorio («Nicoletti»), jefe de los comisarios políticos[1072]. Los italianos eran personas competentes y humanitarias[1073]. Marty carecía de ambas cualidades. Catalán por nacimiento, de Perpiñán, era hijo de un obrero condenado a muerte en rebeldía por su participación en los sucesos de la Comuna de París. Alcanzó notoriedad en 1919 cuando, siendo maquinista de barco, dirigió el motín de la flota francesa del mar Negro para protestar contra las órdenes recibidas de apoyar al ejército blanco en la guerra civil rusa. Luego se hizo comunista. Su auge en el Partido Comunista francés en los años sucesivos se debió a su acción con motivo de «*le mutin de la mer Noire*». El cargo que ocupaba en la base de Albacete le fue encomendado en virtud de sus presuntos conocimientos militares y gracias al apoyo de Stalin, quien no olvidaba que, diecisiete años antes, Marty se había negado a tomar las armas contra la naciente Unión Soviética. Era uno de los siete miembros del directorio o secretaría del ECCI, o comité ejecutivo del Komintern y, dada la importancia de los acontecimientos de España, era inevitable que un miembro de este organismo pasara a ocupar la jefatura de las Brigadas Internacionales. En 1936 su mayor obsesión era el temor a los espías fascistas y trotskistas[1074]. Fue a España acompañado por su mujer Paulina, a quien al parecer, Marty había tratado de disuadir. Su nombramiento fue uno de los mayores errores de Stalin,

aunque se tratara de un asunto de relativa importancia. Solamente Stalin superaba a Marty en cuanto a su naturaleza desconfiada. El jefe de personal de la base era un camarada de Marty, concejal del ayuntamiento de París, llamado Vital Gaymann, conocido en España con el apellido corriente de «Vidal»[1075]. El capitán Alloa, sastre italiano de Lyon, estaba al mando de la base de caballería de la vecina localidad de La Roda; y un checo, el capitán Miksche, experto técnico y futuro escritor, montó una escuela de artillería en Chinchilla de Monte Aragón[1076]. El primer jefe instructor de infantería de Albacete fue el periodista alemán Emst Adam —que no era comunista— hasta que se trasladó al frente. En su cargo le sucedió un incompetente búlgaro que debió su nombramiento a haber participado en la explosión de Santa Sofía en 1923, que no podía considerarse una verdadera operación militar[1077]. La base de Albacete no tardó en quedar repleta y los italianos se instalaron en el vecino pueblo de Madrigueras, los eslavos en Tarazona de la Mancha, los franceses en La Roda y los alemanes en Mahora. Otro comunista búlgaro, Tsvetan Angelov Kristanov, que vivió emigrado en Rusia entre 1926 y 1936, fue nombrado encargado de los servicios médicos de las Brigadas Internacionales con el atractivo nombre de guerra escandinavo de Oskar Telge, con un equipo de colaboradores de todas las nacionalidades[1078], y Paulina, esposa de Marty, se convirtió en inspectora de hospitales. El periodista norteamericano Louis Fischer, representante nominal de *The Nation* en España, sirvió primeramente como intendente del ejército hasta que estalló su disputa con Marty, al ser ocupado su puesto por otro búlgaro, Ljubomir Karbov[1079]. Al parecer el alemán Walter Ulbricht organizó una división del NKVD en el seno de las Brigadas Internacionales, desde la cual investigaba los antecedentes

de los «trotskistas» alemanes, suizos y austríacos[1080]. El Partido Comunista francés suministró los uniformes de las brigadas, incluido un gorro alpino de lana. La disciplina se impuso con mano de hierro.

«El pueblo español y su ejército todavía no han vencido al fascismo —dijo Marty a las brigadas—. ¿Por qué? ¿Por falta de entusiasmo? No y mil veces no. Le han faltado tres cosas que a nosotros no deben faltarnos: unidad política, dirigentes militares y disciplina»[1081].

Al referirse a los dirigentes militares señaló a una figura pequeña de cabellos grises, con el capote abrochado hasta el cuello. Era el general Emilio Kleber. Kleber tenía cuarenta y un años y, al parecer, era natural de Bucovina, que entonces formaba parte de Rumania y en el momento de nacer él estaba incorporada al imperio austro-húngaro. Su nombre auténtico era Lazar Manfred Stern y el nombre de guerra lo había tomado de uno de los generales más hábiles de la revolución francesa. Durante la primera guerra mundial sirvió de capitán en el ejército austriaco. Capturado por los rusos fue internado en Siberia. Al estallar la revolución logró huir y se afilió al Partido Bolchevique. Combatió en la guerra civil rusa, formando parte de las Brigadas Internacionales allí destacadas y finalmente ingresó en la sección militar del Komintern. Fue enviado a desempeñar misiones confidenciales en las guerras de China y acaso también en Alemania[1082]. Otros rumores consideraban a Kleber como a uno de los asesinos del zar, consejero de Haile Selassie y de Luis Carlos Prestes en el Brasil, auténtico holandés errante de la guerra revolucionaria. Ahora llegaba a España como era de esperar, como máximo dirigente de la primera Brigada Internacional. Fue un personaje bien trabajado por la propaganda, que le calificaba de «privilegiado soldado, nacionalizado como ciudadano

canadiense». En el momento en que Marty lo presentaba, Kleber se adelantó a saludar con el puño cerrado, provocando una tempestad de aplausos. Marty continuó: «Hay algunos impacientes que querrían marchar hacia el frente de inmediato. Ésos son unos criminales. La primera Brigada Internacional no entrará en acción hasta que esté perfectamente instruida y armada con buenos rifles». La instrucción continuó. Las dificultades lingüísticas fueron superadas. Se unificaron criterios para coordinar los ejercicios de giro a la derecha e izquierda, aunque únicamente los alemanes se tomaban en serio dichos ejercicios y los dominaban correctamente. Los irlandeses animaban los oscuros barracones con canciones melancólicas. Las paredes estaban cubiertas de inscripciones en doce lenguas distintas: «Proletarios de todos los países: uníos». «*Proletarier alier Lander, vereinigt Euch!*», «*Prolétaires de tous pays, unissezvotts!*», «*Praeownk swiata, laczue sie!*», «*Proletari di tutti i paesi, unitevil*», «*Workers of the World, unite!*».

Durante los meses siguientes no cesaron de acudir voluntarios a Albacete. El poeta Auden[1083] supo expresar la angustiada llamada de España en términos casi irresistibles:

Muchos la han escuchado en remotas penínsulas,
en dormidas llanuras, en lejanas islas de pescadores,
o en el corrompido corazón de alguna gran ciudad.
La oyeron y volaron como gaviotas o como las semillas de una flor.
Se aferran apiñados a los largos expresos renqueantes
a través de tierras inhóspitas, a través de la noche y del túnel alpino;
navegaron sobre los océanos,
atravesaron los pasos de las sierras y ofrendaron sus vidas.
En aquel cuadro árido, en aquel trozo arrebatado a la ardiente
África y soldado crudamente a la industriosa Europa;
en aquel pedazo de tierra surcada por los ríos,

nuestros pensamientos adquieren cuerpo; las formas amenazadoras de nuestra fiebre
son concretas y vivas. Pues el miedo que nos hizo responder
a los avisos del médico, y los folletos de los cruceros de invierno
se han convertido en batallones invasores;
y nuestro rostro, la fachada del instituto, los almacenes de precio único, las ruinas,
proyectan su avidez como el pelotón de ejecuciones o la bomba.
Madrid es el corazón. Florecen nuestros mementos de ternura
como la ambulancia y el saco terrero;
y nuestras horas de amistad en el ejército popular.

Algunos voluntarios llegaron por mar desde Marsella, otros cruzando los Pirineos por secretos caminos desconocidos o poco vigilados por la policía francesa, encargada de cumplir las órdenes de su gobierno, partidario de la no intervención. Quienes cruzaban los Pirineos pasaban la noche en el viejo castillo de Figueras. Tanto si venían por mar o por tierra, casi todos pasaban por Barcelona o Alicante donde eran recibidos entusiásticamente por las muchedumbres a los gritos de «Salud», «*No pasarán*» y «UHP». Las calles se llenaban de españoles que cantaban *la Internacional, la Joven Guardia, Bandera Roja, el Himno de Riego* o todos a la vez. El tren se iba deteniendo en las estaciones de los pueblos, en las que los campesinos se precipitaban a ofrecer vino y uvas, saludando con el puño en alto y gritando: «¡Viva Rusia!». Las secciones locales del Partido Comunista y demás partidos del Frente Popular llenaban los andenes con los nombres de sus pueblos escritos en grandes pancartas. Frecuentemente los reclutas llegaban completamente borrachos. Un irlandés, alistado en Liverpool, quien después escribió una ingenua narración de sus experiencias, empezó desde su primera noche en Albacete un período de enfermedades, borracheras y estancias en el calabozo de las brigadas, que duró seis meses.

No todos sentían idéntico entusiasmo. Los anarquistas desconfiaban de las Brigadas Internacionales y dieron órdenes a sus militantes destacados en misión de vigilancia en la frontera francesa de que impidieran el paso a los voluntarios. Pero «a petición de diversas personalidades internacionales —según escribió un dirigente anarquista— desistimos, aunque siguiéramos creyendo que aquella gente estaba de más. Se necesitaban armas y no hombres»[1084].

En el momento en que llegaba a Albacete el núcleo de las Brigadas Internacionales, Stalin telegrafió una carta abierta a José Díaz, dirigente comunista español, que se publicó en *Mundo Obrero* con fecha de 17 de octubre, en la que manifestaba que «la liberación de España del yugo de los reaccionarios fascistas no es algo que corresponda solamente a los españoles, sino que constituye la causa común de toda la humanidad progresiva». A finales de octubre habían surgido en casi todos los países del mundo organizaciones de ayuda a la República. En todas partes se organizaron comités de amigos de España, de ayuda médica a España o destinados a promover el envío de socorros a España. Detrás de todos ellos acechaba la sombra de los partidos comunistas. Philip Toynbee, comunista de Oxford, explicó que durante aquella época dio órdenes de «estimular la proliferación de comités para la defensa de España en la universidad, como la polilla pone sus huevos en un armario ropero»[1085]. El caso de España también sirvió de pretexto para servir otros fines: el líder del partido del Congreso de la India, Jawaharlal Nehru, en escrito dirigido al comité indio en el que solicitaba el envío de alimentos a España, señaló que: «Enviando ayuda médica a China o alimentos al pueblo español atraemos la atención del mundo hacia nuestro punto de vista[1086]. De tal forma que empecemos a contar en la esfera internacional y la voz de la India empiece a oírse en

los consejos de las naciones»[1087].

Entretanto, en Berlín, Goering se quejaba de que carecía de personal que se ocupara del envío de remesas a España y de los retornos. Entonces Hess puso a disposición de aquél la organización del partido nacionalsocialista en el extranjero, con Eberhard *von* Jagwitz al frente de la misma. A partir de entonces Jagwitz trabajó directamente a las órdenes de Goering, asignándosele algunas dependencias en las oficinas del partido nazi. Y sólo entonces, el 16 de octubre, los ministerios alemanes de Asuntos Exteriores y Economía conocieron la existencia de ROWAK y de HISMA[1088]. Hubieron de encajar la sorpresa como pudieron. Bernhardt había ordenado que se confiscara y enviara a Hamburgo un buque anclado en Cádiz y cargado de cobre perteneciente a Río Tinto.

Al preguntar Goering a Bernhardt, un día de octubre, en qué forma se pagaría la ayuda alemana a España, Bernhardt le respondió tranquilamente: «Hay un barco cargado de cobre que está esperándole»[1089].

Todavía estaba en funciones el comité de no intervención. Pero el 23 de octubre Maisky declaró que Rusia ya no podía sentirse vinculada por los acuerdos de no intervención o, por lo menos, «no en mayor medida que los miembros que aún participan en el comité»[1090]. El resultado fue la ruptura por parte de Portugal de sus relaciones diplomáticas con la República española, a consecuencia de las acusaciones de Rusia contra aquel país. Rusia no iba a abandonar ahora el comité, como su prensa había pronosticado. Tal actitud pudo tomarse al regreso de Litvinov de Ginebra. Éste debió señalar que la retirada del comité traería consigo la ruptura de relaciones con Francia y Gran Bretaña y constituiría un rudo golpe a la política de seguridad colectiva. *Lord*

Plymouth propuso controlar los suministros de material de guerra a España mediante el envío de observadores a los puertos españoles, quienes luego declararían ante el comité[1091]. Pero aquella aristocrática voz de la razón, desgraciadamente, no fue escuchada.

En medio de tales discusiones, el conde Ciano, ministro italiano de Asuntos Exteriores, giró una importante visita a Berlín. Allí planteó el caso de España ante Neurath y Hitler. Los alemanes convinieron en que Alemania e Italia reconocerían diplomáticamente a los nacionalistas tras la caída de Madrid. Neurath se figuraba que ello sucedería en el plazo de una semana. Alemanes e italianos negaron enérgicamente que tuvieran intenciones de anexionarse parte del territorio español. También se comunicaron los últimos rumores: Ciano manifestó no estar al corriente del informe alemán que denunciaba que 400 000 rusos se dirigían hacia España. Pero él mismo estaba organizando un servicio de vigilancia entre Sicilia y África. Italia estaba a punto de terminar la construcción de dos submarinos destinados a los nacionalistas. Indudablemente ambas unidades serían de utilidad para efectuar la vigilancia de aquella zona mediterránea. Esta reunión estrechó aún más la cooperación italo-germana en todos los campos. Al cabo de una semana Mussolini empleaba por primera vez el término «eje Berlín-Roma» para designar aquella amistad predestinada[1092]. A partir de entonces, y en muchos sentidos, la guerra civil española fue ya algo más que una guerra civil europea: se transformó en una guerra mundial en miniatura. Y es que la guerra española había estallado en un momento particularmente crítico, como ya se ha demostrado, no sólo en el aspecto diplomático, sino también en el de la carrera de armamentos. En octubre de 1936, los Junker 52 y los Heinkel 51 eran ya una presencia familiar en

los cielos de España; al igual que los cazas Fiat CR-32 y los ataúdes volantes franceses junto con los Dewoitine y Bloch. Pronto se haría igualmente familiar la presencia de la aviación rusa de fabricación moderna, de la misma generación que la de las naciones mencionadas y que, además, se basaba en modelos americanos. El que luego sería célebre caza Messerschmitt y el Heinkel 111, mucho más veloz, dotado de fuselaje reforzado, estaban en período de pruebas y no tardarían en aparecer en los cielos de España. En cuánto a la guerra terrestre, los tanques Panzer y T-26 alemanes y rusos pronto entrarían en acción, constituyendo lo que el general alemán Von Thoma, jefe de tanques, llamaría un «Aldershot europeo»[1093]. Y asimismo la nueva ametralladora alemana MG34, que entró en servicio en 1936, al igual que la Degtyareva Pekhotnii (DP), algo más antigua. La nueva arma antiaérea alemana de 88 milímetros —conocida en la segunda guerra mundial como la célebre «Ochenta y ocho», que se empleó contra los tanques— ya operaba en España a finales de octubre, al lado de la artillería italiana de la primera guerra mundial, que todavía era fiable. Así, en un país que hasta el mes de julio estaba tecnológicamente atrasado, se estrenaron con fines mortíferos los modelos de armas más modernos fabricados por las industrias más importantes del momento. De esta suerte, la rebelión de julio de 1936 hizo saltar a España bruscamente a pleno siglo XX mediante lo que puede llamarse, en el sentido estricto de la palabra, un acto de venganza.

LIBRO TERCERO

Guerra mundial en miniatura

Y ahora, mutilados todos, estad preparados para recibir en cualquier momento la orden o el grito de ¡A mí los mutilados!, para que igual que cuando los legionarios oyen el grito de ¡A mí la Legión!, acudamos todos juntos para que con los miembros que nos resten y con nuestros corazones que siguen batiendo con igual ardor, formemos el Tercio de Mutilados.

General Millán Astray a los mutilados

Ayer, miles de hombres y mujeres fueron cantando a las trincheras. La Internacional llegó a las líneas enemigas e hizo huir a los mercenarios. El pueblo de Madrid montaba guardia alrededor de la ciudad. Camaradas, el momento es difícil. A pesar de ello, triunfaremos. Triunfaremos por nosotros mismos, por nuestra patria y por todo el mundo antifascista.

¡Viva Madrid combatiente y militante!

¡Vivan nuestras milicias y su Quinto Regimiento!

¡Viva la lucha mundial contra el fascismo!

¡Viva la nueva España, la España del pueblo!

«Comandante Carlos» (Vittorio Vidali)

28

Llegada de armas rusas. — La Legión Cóndor. — La quinta columna. — Los anarquistas entran en el gobierno. — Plan de ataque de Mola. — El gobierno abandona Madrid. — El general Miaja. — Matanza en Paracuellos. — La batalla de Madrid. — Las primeras Brigadas Internacionales. — Asensio atraviesa el Manzanares. — Bombardeos aéreos. — Boadilla, Lopera y la carretera de La Coruña.

El 28 de octubre, los diplomáticos volvieron a reunirse en la dorada sala Locarno del Foreign Office. Maisky repitió, en una intervención pictórica de dobles negaciones, que los países que consideraban justo ayudar al gobierno español (esto es, Rusia) «tenían derecho a no sentirse más atados por el pacto de no intervención» que Alemania, Italia y Portugal[1094]. El mismo día, el congreso de sindicatos británicos y el Partido Laborista imitaron a los rusos dejando de apoyar la no intervención, tras una reunión de los representantes de la Segunda Internacional y del Komintern celebrada en París el 26 de octubre. En adelante, «¡armas para España!» sería un grito que uniría a las izquierdas[1095], en Inglaterra y en cualquier país. En el mismo momento, Largo Caballero estaba transmitiendo una alocución por radio Madrid: «Llegó la hora del esfuerzo decisivo. Los

ataques del enemigo se estrellan contra nuestra voluntad de vencer. Es el momento no sólo de hacer frente sino de arrojarlo de una vez para siempre de mis posiciones actuales, de librar a Madrid de la garra fascista [...]. El gobierno anuncia a las fuerzas del frente que dispone de todos los medios necesarios para lograr el triunfo»[1096].

Madrid ya había oído antes predicciones optimistas parecidas. Sin embargo, esta vez, Largo Caballero estaba diciendo la verdad: habían llegado los tanques y aviones rusos.

El ataque tuvo lugar al amanecer del 29 de octubre. Quince tanques rusos T-26, conducidos por rusos, al mando de un especialista lituano, el capitán Paul Arman (llamado «Greisser»), se precipitaron contra la caballería nacionalista[1097]. Estos tanques fueron utilizados con el nuevo estilo de *Blitzkrieg* propagado en Alemania por el coronel Guderian y admirado en Rusia: según esta técnica, los tanques atacaban formando un grupo compacto, en vez de diseminarse para apoyar a la infantería, como preferían los franceses[1098], aunque la falta de vehículos mecanizados no permitía que la infantería los siguiera. A continuación vino una batalla extraña y quijotesca entre tanques y jinetes en las estrechas calles de Seseña. Como la nueva Brigada Mixta de Líster, que tenía encomendado el ataque principal detrás de los tanques, no pudo avanzar con suficiente rapidez, los nuevos monstruos del campo de batalla se vieron obligados a retirarse. A pesar de todo, estos tanques, con blindaje y armas muy pesados, demostraron ser eficaces. Se dijo que un tanque ruso había destruido once italianos. Además, el ejército de África tenía sólo unos cuantos cañones antitanque italianos, pocos y malos. El mismo día, una escuadrilla de bombarderos Katiuska rusos bombardearon Sevilla[1099].

Al día siguiente —aunque probablemente sin tener noticias del ataque de los tanques rusos—, el ministro alemán de Asuntos Exteriores, Neurath, envió instrucciones al almirante Canaris, entonces en España, donde, bajo el nombre de «Guillermo», se divertía conduciendo a toda velocidad por carreteras desiertas. «Teniendo en cuenta la posibilidad de que aumente la ayuda a los rojos —decía Neurath— el gobierno alemán no considera que la táctica de combate de la España blanca, tanto en tierra como en el aire, esté bien orientada de cara al éxito». Por lo tanto, ordenaba a Canaris que propusiera a Franco el envío de poderosos refuerzos por parte de Alemania. Si Franco los aceptaba, tendría que acceder a que estuviesen al mando de un comandante alemán que sólo sería responsable ante él y garantizar que la guerra se llevaría más sistemáticamente[1100]. Franco aceptó estas condiciones. El 6 de noviembre, empezó a salir de Alemania hacia Sevilla la llamada Legión Cóndor, en una operación que recibió el nombre en clave de «*Rugen Winter*», al mando del general *von* Sperrle, «el general de aspecto más brutal» de Alemania (como dijo de él el propio Hitler), y con el coronel *von* Richthofen (primo del famoso «as» de la primera guerra mundial) como jefe de estado mayor[1101]. Esta fuerza comprendía unos cien aviones: un grupo de batalla formado por cuatro escuadrillas de bombarderos de doce aviones cada una, un grupo de cazas de una fuerza equivalente, y una escuadrilla de hidroaviones, de reconocimiento y experimental. Estaba apoyada por unidades de cañones antiaéreos y antitanques, y por dos unidades blindadas formadas por cuatro compañías, con cuatro tanques cada compañía. El personal de esta fuerza se elevaba a unos 3800 hombres al principio, y más tarde llegó a los 5000[1102].

Richthofen, uno de los dos ayudantes del jefe del

departamento técnico de la Luftwaffe, era uno de los responsables del gran desarrollo de las fuerzas aéreas alemanas. Era un hombre «con visión y resuelto». Aunque, en algunos aspectos, la Legión Cóndor era una unidad revolucionaria, su equipo y su armamento eran todavía primitivos. Para empezar, sus aviones volaron casi siempre sin radio. Las ametralladoras habían de cargarse a mano. Los bombarderos eran Junker 52. Los cazas eran todavía Heinkel 51. Estos pesados aviones eran todos más lentos que sus equivalentes rusos. Posteriormente se adhirió también a la Legión Cóndor un Grupo del Mar del Norte, compuesto por especialistas en artillería, minas y señales. Éstos operaban desde los buques de guerra *Deutschland* y *Admiral Scheer*[1103]. Teniendo en cuenta que, al principio de la guerra, Franco sólo tenía cinco oficiales de comunicaciones y ningún tanque, es evidente el valor técnico que tuvo para él esta ayuda. Otra innovación fue la utilización de un Heinkel 70 para fotografiar el territorio republicano. Los oficiales rusos y alemanes que, en los años anteriores a la subida de Hitler al poder, se habían estado entrenando secretamente juntos en las llanuras de la Rusia blanca tenían ahora la posibilidad de realizar otros experimentos en el campo de batalla más amplio de la guerra española.

Sin duda gracias a este nuevo compromiso, los generales nacionalistas se mostraron ahora extraordinariamente confiados. Mola instaló su cuartel general en Ávila, para lanzar el asalto final contra Madrid. Cuando un grupo de periodistas extranjeros le preguntó cuál de sus cuatro columnas conquistaría Madrid, él contestó que sería la «quinta columna», es decir, la de los partidarios de los nacionalistas, en secreto, que se encontraban dentro de la ciudad[1104]. Estas imprudentes palabras constituyeron la justificación de innumerables asesinatos en la capital. A

partir del 29 de octubre, se inició una intensa campaña de bombardeos contra Madrid, en parte para satisfacer a los asesores alemanes que tenían curiosidad por ver las reacciones de la población civil. El ataque sobre Getafe del día 30 fue particularmente duro. A partir de entonces, cada día, hasta que comenzó la lucha en las inmediaciones de la ciudad el 6 de noviembre, el ejército de África conquistaría algún pequeño pueblo que los periodistas describirían como «clave» para la conquista de Madrid. El 4 de noviembre cayó el aeropuerto de Getafe. El mismo día, los nuevos cazas rusos (que entraron en combate por primera vez el día 3) demostraron su superioridad dispersando a una escuadrilla de cazas Fiat que escoltaba a unos Junker 52[1105].

Franco, anunció que la liberación de la capital estaba próxima, y dijo a los madrileños que permanecieran en sus casas, que «respetarán nuestras nobles y disciplinadas tropas». Estas palabras iban acompañadas de una amenaza: «sabremos encontrar a los culpables y sólo sobre ellos caerá el peso de la ley»[1106]. Se confeccionaron listas de personas que habían de ser detenidas, y se constituyó la administración municipal que regiría la ciudad conquistada. Se acumularon camiones de alimentos para la población a poca distancia de la artillería. Radio Lisboa incluso llegó a transmitir una descripción de Franco entrando en Madrid montado en un caballo blanco.

En el bando republicano, a pesar de la eficacia de los aviones rusos, y de las grandes esperanzas del día del ataque de los tanques, los ánimos estaban decaídos. Los tanques, que se habían utilizado nuevamente los días 3, 4 y 5 de noviembre, habían producido poco impacto, en parte porque los españoles que ahora los manejaban no estaban familiarizados con ellos. Las calles de la capital estaban llenas de refugiados, que habían llegado con su ganado y sus

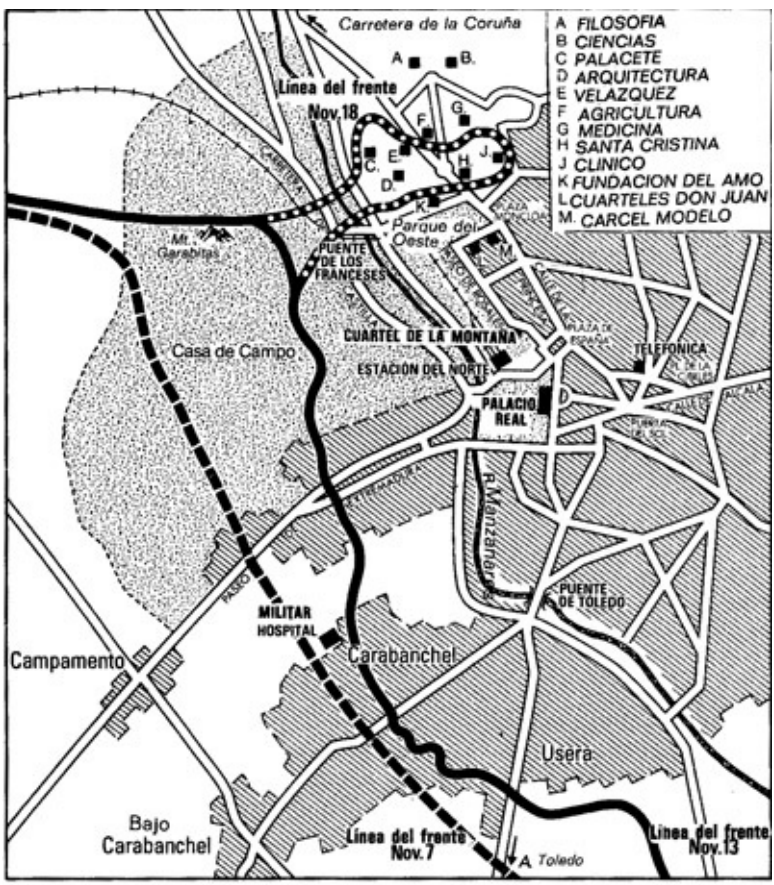
animales domésticos. En estos momentos de crisis, se reformó el gobierno para dar entrada en él a los anarquistas, igual que se había reformado la Generalitat catalana hacía un mes. El destacado organizador anarquista de Cataluña, García Oliver, pasó a ser ministro de Justicia; Juan Peiró, el treintista que en julio se había pronunciado tan enérgicamente contra el terror del principio de la guerra, fue nombrado ministro de Industria; Juan López Sánchez, otro treintista, de Valencia, se convirtió en ministro de Comercio; y Federica Montseny, una intelectual de Barcelona, en ministro de Sanidad. La entrada de estos dirigentes obreros en el gobierno no causó la menor sorpresa. Esta medida venía proponiéndola desde mediados de septiembre el secretario general de la CNT, Horacio M. Prieto, un «realista» inflexible y defensor de la colaboración[1107]. Los cuatro anarquistas habían sido elegidos previamente en un «pleno» del movimiento como los miembros más indicados de su organización para entrar en el gobierno. Los restantes ministerios, que pasaron de 13 a 18, permanecieron básicamente igual que antes. Un republicano de izquierdas, Carlos Esplá, que había contribuido en gran medida a evitar el alzamiento en Valencia, se convirtió en el primer ministro de Propaganda de España[1108]. Azaña se opuso a la entrada de los anarquistas, pero le fue imposible evitarlo[1109]. De hecho, dado que Industria y Comercio habían sido anteriormente un solo ministerio, y Sanidad simplemente una dirección general, el número de carteras anarquistas era menor de lo que parecía. García Oliver, el único anarquista que ha sido ministro de Justicia en país alguno, impresionó incluso a los republicanos con su eficiencia[1110]. Pero su obsesión desde que se hizo cargo de sus funciones fue la de destruir los archivos de convictos, cosa que hizo. Más tarde se dijo que los archivos comprometedores se habían

quemado en un ataque aéreo[1111]. *Solidaridad obrera*, el 4 de noviembre, decía que aquél era «el día más trascendental en la historia política del país», y anunciaba que el gobierno había «dejado de ser un opresor de la clase obrera». Al fin y al cabo, Federica Montseny fue la primera mujer ministro de la historia española. Mientras tanto, el socialista Araquistain explicaba desde su embajada en París que la UGT se había pasado al socialismo revolucionario y que ahora la CNT reconocía al Estado como «un instrumento de lucha»[1112],

Unas semanas antes, Peiró había sugerido que el gobierno después de la victoria debería ser el de una República federal socialista, ya que, habiendo admitido la colaboración con los demás partidos de la clase obrera, «no sería justo ni noble» intentar imponer por la violencia las ideas anarquistas a la sociedad futura[1113]. Pero el padre de Federica Montseny (un viejo propagandista anarquista, Federico Urales) dijo a su hija que aquel paso significaba «la liquidación del anarquismo. Una vez estéis en el poder, ya no os libraréis del poder»[1114]. Ella comentaría más tarde: «¡Cuántas reservas, cuántas dudas, cuántas angustias internas hube de vencer yo personalmente para aceptar ese cargo! Para otros, [un puesto en el gobierno] podía ser la meta, podía ser la satisfacción de ambiciones desmedidas. Para mí no era más que el rompimiento con toda una obra de mis propios padres. Había de representar para mí un esfuerzo tremendo hecho a costa de muchas lágrimas»[1115].

Al mismo tiempo que los anarquistas entraban a formar parte del gobierno, el Consejo de Aragón anarquista se trasladó a Caspe y abrió sus puertas para recibir una representación de los otros partidos. Joaquín Ascaso fue recibido por Largo Caballero, Companys y Azaña, y el gobierno aceptó oficialmente los poderes del Consejo, aunque de mala gana. En un futuro inmediato, el Aragón

republicano seguiría siendo anarquista; pero ya se habían sembrado las simientes de su destrucción, porque ahora estaban presentes en sus deliberaciones dos comunistas, dos miembros de la UGT, y un republicano; y uno de los republicanos era Ignacio Mantecón, un gran simpatizante comunista que no tardaría en ser consejero de Justicia[1116]. Sin embargo, de momento, Aragón era un Estado virtualmente independiente, que incluso tenía relaciones comerciales con el mundo exterior. Tenían una fuerza de policía, un programa de producción, tribunales… pero, por desgracia para ellos, carecían de ejército.



17. La batalla de Madrid en noviembre de 1936

Entretanto, con una mezcla de confianza y precaución,

Mola, Varela y Yagüe retrasaron su asalto a Madrid hasta la madrugada del 8 de noviembre. El plan consistía en lanzar un ataque en flecha entre la Ciudad Universitaria y la plaza de España, hacia un sector de la ciudad ocupado por la clase medía, situado sobre las colinas que están directamente encima del valle del Manzanares. El ataque implicaría la dificultad de subir por la colina cubierta por el parque del Oeste, atravesando el río Manzanares y la Casa de Campo. De las columnas de Yagüe, la primera, la de Asensio, cruzaría el Manzanares directamente debajo del paseo de Rosales, la larga calle que, como una terraza, se extiende a lo largo de la parte superior del parque del Oeste, y subiría para conquistar la cárcel Modelo y el cuartel de Don Juan. Castejón cruzaría más a la izquierda y se instalaría en una residencia de estudiantes llamada Fundación del Amo, en la parte de la Ciudad Universitaria más próxima a Madrid. Delgado Serrano, por la derecha, había de conquistar el cuartel de la Montaña, con lo que quedarían a tiro el Palacio Nacional y la Gran Vía. Barrón y Tella avanzarían por el barrio de Carabanchel, para hacer creer que el ataque principal venía del sur[1117]. Estas cinco columnas, dirigidas por comandantes que habían luchado en el Rif cuando eran jóvenes, se componían en su mayor parte de marroquíes y legionarios. Aunque, como hemos visto, los pertenecientes a la legión extranjera eran básicamente españoles, es posible que los marroquíes fueran más numerosos. También participarían en el combate una serie de tanques italianos —quizá veinte—, a las órdenes del capitán Oreste Fortuna, que, con sus hombres, técnicamente formaba parte de la legión, y habría además algunos tanques alemanes, a las órdenes del coronel *von* Thoma: dos compañías de tanques «pesados» y una de ligeros.

Ahora el gobierno de Largo Caballero decidió marcharse

de Madrid y dirigirse a Valencia. Se alegó que no se podían realizar las tareas de la administración en una zona de guerra. El aplazamiento de esta decisión hasta ese momento dio un aspecto de huida a la retirada del gobierno. Además, Prieto había pensado que irían a Barcelona, igual que Azaña, lo cual habría constituido una decisión más lógica[1118]. A pesar de todo, el 6 de noviembre por la tarde, Largo Caballero comunicó repentinamente el plan al jefe de la división de Madrid, general Miaja, y le dijo que, a partir de entonces, él era la máxima autoridad de la ciudad, tanto en lo político como en lo militar. Los principales ministros, funcionarios y políticos de todos los partidos se fueron de Madrid, llevándose todos los archivos del gobierno, incluso los del ministerio de la Guerra[1119]. Los nuevos ministros anarquistas se oponían a dar este paso, porque creían que les habían hecho entrar en el gobierno con engaño, pero no pudieron evitarlo; se fueron en silencio, sin poder comunicarse ni siquiera con sus seguidores[1120]. Grandes caravanas de vehículos ocupaban las carreteras que iban a Valencia, transportando los archivos y otro material del gobierno[1121]. La embajada rusa se fue con otros diplomáticos; el único funcionario ruso que se quedó fue Orlov, de la NKVD. Orlov dijo a Louis Fischer: «Márchate lo antes posible. No hay ningún frente. El frente es Madrid»[1122]. El subsecretario de la Guerra, general Asensio, mandó llamar a Miaja y al general Pozas, jefe del ejército del Centro, y dio a cada uno un sobre donde ponía: «Muy confidencial. No abrirlo basta las seis de la mañana»[1123]. A continuación, Asensio también se fue a Valencia. Miaja insistió en que se abrieran las órdenes inmediatamente. Y entonces, los dos generales descubrieron que, al meter las dos listas de instrucciones, se habían equivocado de sobre. Se ordenaba a Pozas que estableciera un nuevo cuartel

general del ejército del Centro en Tarancón, y a Miaja que organizara una junta de defensa con representantes de los partidos del Frente Popular que se hiciera responsable de Madrid y defendiera la capital como pudiera[1124]. Si tenía que retirarse, debería hacerlo con el ejército intacto y establecer una nueva línea cerca de Cuenca, donde le pareciera mejor a Pozas.

Se formó la junta propuesta, compuesta en su casi totalidad por hombres jóvenes. Aunque el número de sus miembros era proporcional, según lo estipulado, a los partidos gubernamentales, igual que en los pueblos durante los primeros días de la guerra, el poder quedó en manos del grupo más fuerte: en aquellas circunstancias, las juventudes socialistas-comunistas y el Partido Comunista. El corresponsal de *Pravda*, Koltsov, se ocupó de todo él mismo, organizando y escogiendo comisarios, animando el ministerio de la Guerra, y asistiendo a las reuniones del comité central del Partido Comunista. El general Goriev y los demás asesores rusos también consolidaron su posición, mientras que el jefe de su misión, general Berzin, salía para Valencia. La propaganda republicana adoptó un tono ruso: por ejemplo, *Mundo obrero* animaría a sus lectores a «emular a Petrogrado»[1125].

En Madrid se organizó un nuevo estado mayor central, dirigido por Rojo, el oficial que había visitado el Alcázar durante su asedio, un hombre competente, educado y culto, pero pesimista y sin garra popular. Había una serie de jóvenes oficiales de estado mayor (Matallana, Estrada, Casado) que también ansiaban aprovechar aquella oportunidad tan interesante para hacerse un prestigio[1126]. Fueron convocados al ministerio de la Guerra todos los oficiales, y luego los dirigentes sindicales de Madrid. Miaja les habló en términos heroicos, sin ocultar la gravedad de la

situación, y pidiendo que, al día siguiente, fueran enviados al frente 50 000 sindicalistas más. Mientras tanto, el jefe de estado mayor fue favorecido por la suerte: estalló un tanque italiano, y, en el bolsillo de un oficial español muerto que iba en su interior, se encontró el plan de batalla de Varela para el día siguiente[1127]. Los jefes volvieron con sus hombres animados ante la idea de que, por lo menos, Madrid no caería sin lucha. La primera reunión de la junta de defensa de Madrid se celebró en el ministerio de la Guerra: la constituían un grupo de hombres jóvenes y entusiastas, tan hambrientos de gloria como los oficiales. A su cabeza, sin embargo, estaba la incongruente figura de Miaja, verdaderamente sorprendido de encontrarse entre ellos[1128]. «Locuaz, amante de las anécdotas, saltando de un tema a otro»[1129], es un hombre difícil de juzgar. Era simpático, tranquilo, indolente y feliz; pero también incompetente y vanidoso. Era bajo, tenía el aire de un amable franciscano, y había sido tan ambiguo en julio en Madrid, como desafortunado en agosto en Córdoba.

Al parecer, Koltsov se encargó de sacar de Madrid a los presos políticos más importantes que todavía estaban en la cárcel Modelo (el total ascendía a más de 1000). Casi todos ellos fueron asesinados por sus guardianes, mientras, oficialmente, «eran trasladados a otra cárcel», cerca del pueblo de Paracuellos del Jarama, a pocos kilómetros del aeropuerto de Barajas. Durante los días siguientes, hubo muchas otras ejecuciones de presos políticos de Madrid, en aquel mismo paraje desierto, en el pueblo próximo de San Fernando de Henares, y en Torrejón de Ardoz[1130]. Es evidente que los principales funcionarios de la policía, empezando por el nuevo director de Orden Público, Manuel Muñoz, tenían conocimiento de estos asesinatos. El primero en protestar tuvo que ser un anarquista, el director de

Prisiones nombrado a continuación, Melchor Rodríguez. Estos asesinatos se explican por el ambiente de pánico que cundió en Madrid ante la perspectiva de que pudiera caer la capital. La amenaza del desastre aumentaba la intensidad de las emociones, y aquellos hombres jóvenes de la junta de defensa, que sabían que morirían si ganaba Franco, pasaron por alto la brutalidad, cuando no la sancionaron.

El gobierno estuvo a punto de tener un fin parecido. En la carretera de Valencia, varios ministros fueron detenidos en Tarancón por el comité anarquista local. El «responsable» local, el anarquista Villanueva, había recibido órdenes de sus camaradas de Madrid de impedir cualquier huida de la capital. «Sois unos cobardes. Volved a Madrid —dijo—. Por lo menos, dejad vuestras armas aquí». No pudieron pasar hasta que llegó una orden escrita de la CNT de la capital[1131]. Éste era el prestigio del gobierno en el momento en que el ejército de África estaba a las puertas de Madrid.

En la capital, se estaban presentando voluntarios para la defensa, respondiendo a los llamamientos que se oían por los altavoces. Muchos de ellos eran refugiados de otras partes de España. Los carabineros, soldados y milicianos movilizados, animados con panfletos, discursos y poemas en los que se proclamaba que los que no creían en la victoria eran unos cobardes, cumplieron casi al pie de la letra la orden de no retroceder ni un paso. Un marinero, Antonio Coll, se hizo famoso al destruir él solo dos tanques en el barrio de Usera[1132]. En la Casa de Campo, el avance nacionalista que, según lo planeado, debía llegar al cuartel de la Montaña, no pasó de un montículo llamado el cerro de Garabitas. Desde allí se dominaba una magnífica vista de Madrid, y además constituía una excelente posición de tiro sobre la ciudad, al otro lado del valle, para la artillería. Los jefes republicanos enviaban constantemente a la retaguardia

peticiones de más municiones, o comunicaban que la mitad de sus hombres habían caído. Miaja contestaba siempre que ya se habían enviado refuerzos. Pero gran parte de la organización de la resistencia, que emanaba de su cuartel general, instalado en los sótanos del ministerio de Hacienda, procedía no tanto de Miaja como del general ruso Goriev, instalado en un despacho próximo al de Miaja. No se sabe hasta qué punto esto fue así: cada general tiene sus partidarios entre los historiadores, igual que los tuvo entre sus contemporáneos[1133]. Sin embargo, parece ser que otro ruso, el coronel Voronov, fue el auténtico inspirador del cuartel general de la artillería, más que el inspector general de artillería, coronel José Luis Fuentes, que era su jefe español[1134].

En estos momentos críticos fue cuando empezaron a desfilar por la Gran Vía las primeras unidades de las Brigadas Internacionales, camino del frente. La primera de estas unidades era un batallón de alemanes, con una sección de ametralladoras servidas por ingleses, entre los que se contaba el poeta John Cornford. El batallón había llevado el nombre de su jefe, un exoficial prusiano, Hans Kahle, que ahora era comunista, pero este nombre había sido cambiado por el de batallón «Edgar André», en honor de un comunista alemán de origen belga que se llamaba así y había sido decapitado por los nazis el 4 de noviembre.

En segundo lugar iba el batallón «Comuna de París», compuesto de franceses y belgas, a las órdenes del coronel Jules Dumont, exoficial del ejército francés pero comunista desde hacía mucho tiempo, que había estado en Abisinia y era conocido por sus conferencias sobre este tema[1135]. Fierre Rébiére era el comisario. El tercer batallón era el batallón «Dombrowsky», dirigido por un polaco, Boleslav Ulanovski, compuesto principalmente por mineros polacos socialistas o

comunistas residentes en Francia y Bélgica desde hacía poco tiempo. En estos tres grupos se hallaban supervivientes de los alemanes, franceses y polacos que habían combatido en Aragón y en el valle del Tajo. Toda la brigada (llamada la 11.ª Brigada, porque, para entonces, en el ejército republicano se habían formado otras diez nuevas «brigadas mixtas») estaba al mando del húngaro Kleber, Habían llegado a Madrid después de ser aclamados en los pueblos de La Mancha por campesinos que gritaban «¡No pasarán!» y «¡Salud!», a lo que los miembros de la brigada respondían gritando «*Rot front!*» y «*Les soviets partout!*». Aquellos hombres, aparentemente disciplinados, con sus uniformes de pana y sus cascos de acero, seguidos por dos escuadrones franceses de caballería, impresionaron profundamente a los madrileños, que ya habían dado a la capital por perdida. Muchos pensaron que por fin Rusia se había decidido a intervenir, por lo que, desde los balcones de la Gran Vía, resonó el grito de «¡Vivan los rusos!».

El 8 de noviembre por la tarde, la brigada ya ocupaba sus posiciones[1136]. Los batallones Edgar André y Comuna de París fueron enviados a la Casa de Campo. El batallón Dombrowsky se unió a Líster y al Quinto Regimiento en Villaverde.

Se ha dicho que las Brigadas Internacionales salvaron Madrid. El embajador inglés, *sir* Henry Chilton, llegó a asegurar a su colega norteamericano en San Juan de Luz que «no había españoles en el ejército que defendió Madrid»[1137]. Sin embargo, esta 11.ª Brigada Internacional sólo contaba con 1900 hombres, aproximadamente[1138]. La 12.ª Brigada Internacional, que llegó al frente de Madrid el 13 de noviembre, comprendía unos 1550 hombres[1139]. Esta fuerza era demasiado reducida para haber cambiado el signo del día sólo con el número de sus hombres. Además, el ejército

republicano había detenido a Varela el 7 de noviembre, antes de la llegada de la brigada. Fueron los coroneles Galán y Romero, al mando de las brigadas mixtas 3.ª y 4.ª, quienes impidieron que los rebeldes cruzaran el Manzanares (y, en la 3.ª Brigada, había una cantidad importante de excarabineros). Sin embargo, el valor y la experiencia de las brigadas resultó crucial en varias batallas posteriores. El ejemplo de las Brigadas Internacionales dio a los madrileños la impresión de que no estaban solos, de que había algo de verdad en las inflamadas declaraciones de, por ejemplo, un Fernando Valera, subsecretario de Comunicaciones y diputado republicano que, en la noche del 8 de noviembre, proclamaba por Radio Madrid: «Aquí, en Madrid, se encuentra la frontera universal que separa la libertad de la esclavitud. Aquí, en Madrid, se enfrentan en una gran lucha dos civilizaciones incompatibles: el amor contra el odio, la paz contra la guerra, la fraternidad de Cristo contra la tiranía de la Iglesia [...]. Esto es Madrid. Está luchando por España, por la humanidad, por la justicia, y, con su manto de sangre, cubre a todos los seres humanos. ¡Madrid! ¡Madrid!»[1140].

A pesar de todo, en la mayor parte del mundo se daban por buenos los informes de eminentes periodistas, tales como Sefton Delmer, Henry Buckley y Vincent Sheean, acuartelados en los hoteles Gran Vía o Florida, que decían que Madrid estaba a punto de caer.

Al día siguiente, 9 de noviembre, Varela, detenido en la Casa de Campo, preparó un nuevo ataque, esta vez de verdad, en el sector de Carabanchel. Pero la lucha en las calles desconcertaba a los marroquíes, que no conseguían avanzar. Eran unos tiradores excelentes en el desierto o en campo abierto, pero sus recursos disminuían en aquella ciudad desconocida. En cambio, a los milicianos les ocurría

lo contrarío: en realidad, el fracaso de la República hasta entonces podía atribuirse al hecho de que los milicianos urbanos no estaban habituados al campo. Además, la artillería republicana contaba con sesenta piezas, que estaban bien dirigidas, puesto que el edificio de la Telefónica era un excelente puesto de observación para el comandante Alejandro Zamarro y para el asesor ruso, comandante Voronov[1141]. En la Casa de Campo, Kleber reunió a la Brigada Internacional, y, en el brumoso atardecer, lanzó un ataque. «¡Por la revolución y la libertad! ¡Adelante!»[1142]. Entre las encinas y los acebos, la batalla se prolongó toda la noche y hasta entrada la mañana del 10 de noviembre. Para entonces, a los nacionalistas sólo les quedaba el cerro Garabitas, en la Casa de Campo. Pero habían caído una tercera parte de los hombres de la primera Brigada Internacional. Varela abandonó el ataque directo a Madrid por la Casa de Campo. Sin embargo, en Carabanchel continuaba una sanguinaria batalla. En el hospital militar se luchaba cuerpo a cuerpo. Aumentaba el bombardeo de la capital, que se había mantenido intermitentemente desde el principio del ataque. Se emplearon sobre todo bombas incendiarias, porque se consideraba que el fuego era el mejor medio para sembrar el pánico. Entretanto, el día 11, la aviación del gobierno se había apuntado un tanto al destruir gran parte de la escuadrilla de Junker y Heinkel del teniente Eberhard en el aeródromo de Ávila[1143].

El 12 de noviembre, la persistente batalla de Carabanchel convenció a Goriev, Rojo y Miaja de que el próximo ataque sería contra la carretera Madrid-Valencia. Por consiguiente, enviaron a aquel sector del frente a la nueva 12.ª Brigada Internacional, compuesta por los batallones Thaelmann, André Marty y Garibaldi, de alemanes, «franco-belgas» e italianos. Esta brigada estaba mandada por el general

«Lukács», que en realidad era el novelista húngaro Mata Zalka. Igual que Kleber, era un oficial húngaro que había servido en el ejército austríaco en la primera guerra mundial, había sido capturado por los rusos, se había unido al ejército rojo, y ahora era más revolucionario que novelista. Tenía un asesor militar ruso: el coronel Batov. El comisario de la brigada era el escritor comunista alemán Gustav Regler, hermoso como Sigfrido, aunque antes había desempeñado este cargo Longo, el comunista italiano. Lukács tenía además dos oficiales de estado mayor búlgaros: Lukanov («Belov») y Kozovski («Petrov»)[1144]. En esta brigada, el batallón Thaelmann, de alemanes, estaba dirigido por el novelista Ludwig Renn, célebre por su novela pacifista *Krieg*, basada en sus experiencias de la primera guerra mundial. El comunista y exdiputado bávaro Hans Beimler era su comisario. En este batallón había dieciocho ingleses, entre los que se contaba Esmond Romilly, el anárquico sobrino de Winston Churchill. El batallón Garibaldi, de italianos, estaba dirigido por el republicano Randolfo Pacciardi[1145]. El excamarada socialista de Mussolini, Prieto Nenni, mandó durante un tiempo una compañía. En total, estaban representadas diecisiete nacionalidades.

Esta fuerza, a pesar de la galaxia de talentos de diversos tipos con que contaba, estaba menos preparada para la guerra que la 11.ª Brigada. Cuando entró en acción, se confundían las órdenes, debido al problema de la diversidad de idiomas. (Lukács hablaba menos idiomas que Kleber, y era menos competente como jefe). La brigada tuvo que entrar en combate cansada tras una marcha de quince kilómetros. El apoyo de la artillería fue insuficiente. Algunas compañías se perdieron. Una vez más, el destacamento de tanques rusos no logró el contacto necesario con la infantería. La lucha duró todo el día; pero el objetivo del

ataque, la colina que constituye el centro geográfico de España, llamada cerro de los Ángeles, permaneció inexpugnable. Así pues, fracasó el contraataque. Y, además, una importante ofensiva aérea lanzada por los rusos el 13 de noviembre no pudo eliminar del cielo a los aviones rebeldes, que eran más lentos[1146].

Al mismo tiempo que la 12.ª Brigada Internacional, llegó a Madrid Durruti, con una columna de 4000 voluntarios anarquistas, tras haber sido persuadido a marcharse de Aragón por Federica Montseny, en nombre del gobierno[1147]. Él y García Oliver, ministro de Justicia, deseaban un sector independiente del frente donde pudieran operar, y nuevas armas; ambos deseos fueron cumplidos, hasta cierto punto, aunque los fusiles eran modelos suizos de 1886, comprados por Rusia en el mercado libre de armas. Miaja accedió a asignar a los anarquistas la Casa de Campo. Durruti recibió órdenes de atacar el 15 de noviembre, con el apoyo de toda la artillería y la aviación republicana. Las órdenes que se le dieron eran confusas, pero implicaban un ataque frontal contra el enemigo: «una imbecilidad —pensó otro dirigente anarquista— están buscando una derrota para desacreditarnos [...]; los comunistas no pueden permitir que Durruti sea el salvador de la capital»[1148]. De todos modos, cuando llegó la hora, las ametralladoras de los marroquíes —con las que, evidentemente, no se habían tropezado antes— aterrorizaron tanto a los anarquistas que se negaron a luchar. Durruti, furioso, prometió un nuevo ataque para el día siguiente. Varela escogió este momento para volver a avanzar, esta vez cubierto por la Legión Cóndor alemana, que realizaba su primera intervención[1149]. Por tres veces la vanguardia de la columna de Asensio llegó al Manzanares, y por tres veces tuvo que retroceder. Finalmente, Asensio pudo establecer una cabeza de puente en la orilla del río,

bajo el Palacete de la Moncloa. Después de un fuerte bombardeo artillero y aéreo, dos tabores marroquíes y una bandera de legionarios pudieron atravesar el río. Se encontraron con que la columna situada frente a ellos (la columna Libertad de los anarquistas catalanes) se había retirado de improviso. Pero no había sido reemplazada. Los nacionalistas tenían casi libre el camino hacia la Ciudad Universitaria. Escalaron rápidamente los colinas, y conquistaron la escuela de Arquitectura y otros edificios cercanos. La 11.ª Brigada Internacional fue enviada desde la Casa de Campo para defender la facultad de Filosofía y Letras. Pero al mismo tiempo estaban cruzando el río cada vez más hombres del ejército de África[1150].

En la Ciudad Universitaria empezó una sangrienta batalla. La babel de lenguas, el frecuente canto de *La Internacional* en distintos idiomas, y los insultos que se cruzaban entre nacionalistas y republicanos no hacían más que aumentar la macabra confusión. Las marchas que cantaban los comunistas alemanes inundaban los escombros de los laboratorios y las aulas de una tristeza teutónica. Los anarquistas confraternizaban con los hombres de la Brigada. En la oscuridad se daban órdenes en voz baja dirigidas a hombres que nunca habían visto la ciudad que habían venido a defender: «*Bataillon Thaelmann, fertig machen!*», «*Bataillon André Marty, descendez vite!*», «*Garibaldi, avanti*»[1151]. Tras horas y horas de bombardeo artillero y aéreo, en el que no cedía ninguno de los dos bandos, venían luchas cuerpo a cuerpo por una habitación o un piso de los edificios. En el hospital clínico, que aún no estaba terminado, el batallón Thaelmann subía bombas en los ascensores para que explotaran entre los marroquíes que estaban en el piso inmediato; y, en este edificio, los marroquíes sufrieron bajas por haberse comido animales

inoculados que se guardaban allí con propósitos científicos. Ambos bandos demostraron un valor extraordinario. Una compañía de polacos del batallón Dombrowsky resistió en la Casa de Velázquez del Instituto Francés hasta el último hombre. Una avanzadilla de marroquíes hizo retroceder a los anarquistas de Durruti una vez más en la plaza de la Moncloa, la primera plaza situada ya dentro propiamente de Madrid, y empezó a abrirse camino por la calle de la Princesa. Algunos incluso bajaron por el paseo de Rosales para llegar a la plaza de España, pero los mataron a todos. Sin embargo, no fue fácil detener el rumor de que «los moros están en la plaza de España». Miaja se presentó en la línea de fuego para renovar los ánimos de los milicianos. «¡Cobardes! —gritaba— ¡Morid en vuestras trincheras! ¡Morid con vuestro general Miaja!»[1152].

El 19 de noviembre, mientras la batalla estaba aún en su apogeo, Durruti fue mortalmente herido frente a la cárcel Modelo. Murió al día siguiente en el hotel Ritz, convertido en hospital para los milicianos catalanes. Se dijo que su muerte había sido causada por una bala perdida procedente de la Ciudad Universitaria. También puede ser que se matara él mismo accidentalmente con su propio fusil al salir de su coche. Se rumoreó también que lo había matado uno de sus hombres, un «incontrolable», que no estaba de acuerdo con la nueva política («la disciplina de la indisciplina» defendida por Durruti desde el mes de agosto) de participación en el gobierno, pero de esto no hay pruebas y parece poco verosímil[1153]. El entierro de Durruti en Barcelona constituyó un acontecimiento extraordinario. Durante todo el día, desfiló por la Diagonal una procesión de ochenta a cien personas en fondo. Por la tarde, una multitud de 200 000 personas prometió ser fiel a los principios del muerto. Pero la muerte de Durruti, a sus cuarenta años, señaló el final de

la época clásica del anarquismo español. Un poeta anarquista proclamó que la nobleza que había demostrado en vida Durruti haría que tras él surgiera «una legión de Durrutis». Se equivocaba.

Entretanto, Franco, tras haber comentado, según parece, ante unos periodistas portugueses que destruiría Madrid antes que dejárselo a los «marxistas», se lanzó al experimento de forzar la rendición de Madrid a base de bombardeos. A los oficiales alemanes de la nueva Legión Cóndor les interesaba ver la reacción de una población civil ante un intento cuidadosamente planeado de prender fuego a la ciudad, barrio por barrio. El bombardeo también incluiría edificios como la Telefónica o el ministerio de la Guerra, cuya destrucción causaría un daño especial. Los ataques aéreos iban acompañados de bombardeo artillero, que consistía en lanzar granadas incendiarias desde el cerro Garabitas. Desde el 19 hasta el 22 de noviembre continuaron los bombardeos por los Savoia 80 y los Junker 52, especialmente de noche, y murieron unas 150 personas[1154]. Ninguna ciudad había sido tan puesta a prueba a lo largo de la historia, aunque el ataque no era más que un anticipo de lo que ocurriría al cabo de pocos años en Londres, Hamburgo, Tokio y Leningrado, como profetizaban elocuentemente los comentaristas que se encontraban en Madrid por entonces.

Los cazas rusos no podían replicar eficazmente de noche. Los efectos militares y psicológicos de los ataques aéreos fueron negativos, ya que los bombardeos inspiraban más odio que miedo, como ha ocurrido casi siempre —según se ha sabido más tarde— en los casos de «guerra aéreo-psicológica». Sólo fueron destruidas un centenar de casas, y la Telefónica permaneció en pie. El palacio de Liria, residencia del duque de Alba, fue bombardeado, pero los

milicianos consiguieron poner a salvo la mayoría de las obras de arte que se encontraban en su interior[1155]. El corresponsal de *París Soir*, Louis Delaprée, escribió apocalípticamente en su diario: «Oh, vieja Europa, siempre tan ocupada con tus pequeños juegos y tus graves intrigas, Dios quiera que toda esta sangre no te ahogue»[1156]. (Unos días más tarde, caía mortalmente herido en una batalla aérea, cuando volaba hacia París para quejarse de que el director de su periódico no hubiera publicado sus crónicas más sensacionales)[1157].

La batalla de la Ciudad Universitaria continuó hasta el 23 de noviembre. Para entonces, tres cuartas partes de su área estaban en manos de Mola. Sus puntos de penetración más avanzados fueron los hospitales Clínico y de Santa Cristina, y los institutos de Higiene y del Cáncer. La defensa constante en la facultad de Filosofía y Letras impidió que avanzaran hacia la plaza de la Moncloa. Ahora, los dos ejércitos, casi exhaustos, se dedicaron a cavar trincheras y construir fortificaciones. Los nacionalistas se dieron cuenta de que cualquier nuevo avance hacia Madrid les costaría demasiado. Los republicanos comprendieron que les sería igualmente costoso desalojar a sus enemigos. Los aviones rusos, aunque utilizados tímidamente, con pocos bombardeos de larga distancia, eran suficientes para dar a la República plena protección. El 23 de noviembre, en Leganés, tuvo lugar una sombría reunión de jefes nacionalistas, bajo la presidencia de Franco. Los generales rebeldes convinieron en que debían suspender el ataque frontal contra Madrid. De manera que Mola no podría tomar su taza de café en el café Molinero de la Gran Vía[1158].

La cuestión de cuántos fueron los muertos en estas famosas batallas de Madrid sigue siendo motivo de controversia. Aunque hubo menos muertos de lo que podía

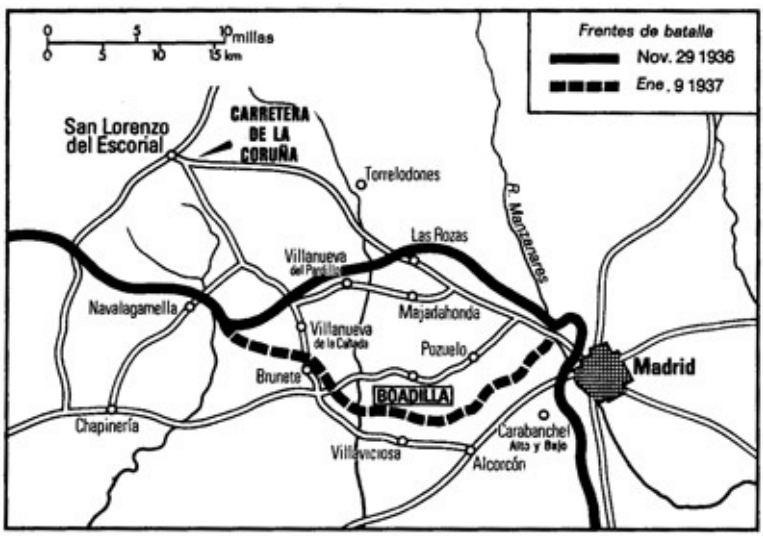
suponerse, dado que los combatientes de ambos bandos sumaban entre los 30 000 y los 40 000 hombres, probablemente el número de bajas de ambos bandos fue de unas 10 000[1159].

Ahora Madrid se encontraba inmersa en lo que se describía como un asedio, aunque sólo se encontraba directamente amenazada parte de la ciudad. Continuaron las medidas contra la quinta columna, especialmente contra aquellas personas de las que se sospechaba que disparaban por las noches desde «coches fantasma» —un acto de sabotaje planeado por el último jefe de los falangistas de la facultad de Medicina, Ignacio Arévalo, que fue muerto al cabo de poco—. La policía llamó una noche a la puerta de la embajada finlandesa, en la calle de Fernando el Santo, y se le negó la entrada. Alguien disparó desde dentro y alcanzó a un policía. Finalmente, la policía forzó la entrada, encabezada por el joven director de Seguridad, el comunista Serrano Poncela, y por el omnipresente Koltsov, y encontró dentro a 525 burgueses españoles. Todos los funcionarios de la embajada, excepto un empleado español, habían salido para Valencia[1160]. Otro acontecimiento típico de principios de aquel invierno fue el asesinato del barón de Borchgrave, el encargado de negocios belga. Había persuadido a varios de sus compatriotas de las Brigadas Internacionales para que desertaran. Una noche, se descubrió su cadáver, junto con otros dos, a las afueras de Madrid[1161], Para entonces, casi todas las embajadas de Madrid se habían trasladado a Valencia. La última había sido la de Estados Unidos. Sin embargo, la situación diplomática no estaba regularizada porque, mientras los embajadores continuaban en San Juan de Luz como si el verano fuera a durar para siempre, en Madrid quedaban funcionarios que se cuidaban de los refugiados de derechas.

El 13 de diciembre, los nacionalistas trataron de proseguir la ofensiva que habían intentado diez días antes, destinada a aislar a los republicanos del Guadarrama, para rodear a Madrid desde el norte[1162]. La batalla consistió en la lucha de los nacionalistas por alcanzar la carretera Madrid-La Coruña, a pocos kilómetros de El Escorial. Dirigió las operaciones el general Orgaz, recién nombrado jefe supremo del frente de Madrid en vez de Mola. Varela tenía el mando en el campo de batalla. A sus órdenes se encontraban reunidos 18 000 hombres entre infantería y caballería, organizados en cuatro brigadas móviles dirigidas por García Escámez, Barrón, Sáenz de Buruaga y Monasterio[1163]. Los nacionalistas empezaron, como de costumbre, con un fuerte bombardeo artillero. El 14 de diciembre, se inició el avance hacia Boadilla del Monte, un pueblo solitario, perdido en la llanura de Castilla (aunque de hecho está a menos de 30 kilómetros de Madrid) y dominado por un pequeño monasterio. Por la noche, el pueblo había caído.

Las fuerzas republicanas que estaban allí consistían en una serie de batallones heterogéneos, dirigidos por el comandante Barceló, un oficial del ejército republicano que, como tantos otros militares, había ingresado en el Partido Comunista atraído por su disciplina. Entraron en combate las dos Brigadas Internacionales y un destacamento de tanques rusos dirigidos por el general Pavlov, que hacía poco había relevado en el mando de los tanques enviados por Rusia a España al coronel Krivoshein. (Los dos grupos de voluntarios ingleses incorporados a los batallones Thaelmann y Comuna de París, el de Cornford y el de Romilly, se encontraron por primera vez bajo las encinas de la carretera de Boadilla). Los nacionalistas se retiraron de Boadilla, y los batallones Dombrowsky y Thaelmann entraron en el pueblo. Entonces los nacionalistas los

rodearon. A continuación se produjo una terrible lucha. Los dos bandos tuvieron muchas bajas. Los batallones Dombrowsky y Thaelmann dejaron 78 cadáveres tras ellos, en el pueblo. Murieron todos menos dos de los diez ingleses que quedaban en la primera compañía del batallón Thaelmann[1164]. Se produjo otra violenta batalla cuerpo a cuerpo en el cercano castillo del duque de Sueca, defendido por miembros republicanos de la guardia civil, que finalmente tuvieron que retirarse dejando atrás un centenar de muertos. Después de esto, los nacionalistas, tras haber ganado sólo Boadilla y Villanueva de la Cañada, ocho kilómetros al norte, suspendieron su ataque.



18. Las batallas de Boadilla y de la carretera de La Coruña en diciembre de 1936

En cuanto concluyeron estas batallas, la República lanzó un ataque malogrado en el frente de Córdoba. Acababa de organizarse un nuevo ejército del sur republicano a las órdenes del general Martínez Monje, con el ruso Meretskov como asesor, formado por columnas que estaban a punto de transformarse en brigadas mixtas. Había comenzado un avance nacionalista de poca importancia, y la República

creyó oportuno responder enérgicamente. Durante esta batalla se publicó el famoso comunicado: «En el día de hoy continuó el avance sin pérdida de ningún territorio». Para entonces, los voluntarios ingleses de las Brigadas Internacionales habían alcanzado un número suficiente para formar una «Compañía n.º 1» íntegramente inglesa, compuesta por 145 hombres, que se incorporó al batallón francés *La Marseillaise*, de la recién organizada 14.ª Brigada Internacional, dirigida por el general polaco «Walter» (Swierczewski)[1165]. Los ingleses estaban mandados por el capitán George Nathan que, tras haber ascendido al rango de CSM durante la primera guerra mundial, luego había sido por poco tiempo oficial de la Brigada de Guardias. En España se reveló como un auténtico líder, lleno de recursos, valiente como un león y respetado por todos[1166]. Una sección de la compañía inglesa estaba compuesta por irlandeses, que tenían todos, según se decía, «experiencia de guerra en Irlanda». Su caballeresco jefe, Frank Ryan, había sido miembro radical del Ejército Republicano Irlandés (IRA) desde 1918[1167]. La compañía salió en tren hacia el frente de Andújar la víspera de Navidad y combatió con el resto de la brigada los días 28 y 29 de diciembre, sin éxito, para conquistar el pueblecito de Lopera. En esta batalla murió Ralph Fox, poeta comunista que era el comisario de la compañía[1168]. También murió otro prometedor poeta inglés, John Cornford, al día siguiente de su veintiún aniversario[1169]. En la misma acción murió Pepe «el Algabeño», el ayudante de Queipo de Llano, un torero que se había hecho falangista y ahora mandaba una columna. A consecuencia de esta acción, los rebeldes conquistaron unos 1500 kilómetros cuadrados de buena tierra, varios pueblos y la central hidroeléctrica de El Campo.

Tras el fracaso de la acción, André Marty se presentó en el

cuartel general del general Walter, y el comandante Gastón Delasalle, jefe del batallón *La Marseillaise*, fue acusado de espionaje en favor de los nacionalistas, juzgado y fusilado. El comandante murió proclamando su inocencia, gritando imprecaciones a Marty y pidiendo que interviniera el coronel alsaciano Putz, presidente del consejo de guerra que lo había condenado. Sin embargo, en el caso de que Delasalle fuera un espía —lo cual parece dudoso—, probablemente lo fuera en favor del gobierno de Francia y no de Franco[1170].

Después de Navidad, los nacionalistas intentaron de nuevo cortar la carretera Madrid-La Coruña. Las columnas que habían participado en la batalla de Boadilla habían sido reforzadas con nuevas tropas regulares y por falangistas entrenados en Cáceres por oficiales alemanes. Estas fuerzas se enfrentaron con un ejército republicano reorganizado en el frente de Madrid como un cuerpo del ejército (a las órdenes de Miaja), con cinco divisiones, dirigidas respectivamente por Niño Nanetti (un comunista italiano que, tras llegar a Barcelona, en agosto había dirigido un batallón de juventudes catalanas en Huesca), Modesto (el comunista español que había sido suboficial en África y había organizado el Quinto Regimiento), y los coroneles del ejército Perea, Prada y José María Galán. El embate del ataque nacionalista se produjo contra la división de Modesto, compuesta por nuevas brigadas mixtas dirigidas por «el Campesino», Luis Bárcelo, Cipriano Mera y Gustavo Durán. Mera era el principal jefe anarquista que había producido la guerra, y Durán, que había sido compositor (sobre todo de música para películas cómicas), se veía convertido en comandante, de la noche a la mañana, tras haber desempeñado, antes de Navidad, el puesto de jefe de estado mayor de Kleber[1171]. El 3 de enero empezó el ataque. Barrón avanzó a lo largo de la carretera desde Villanueva de

la Cañada y, el 4 de enero, llegó a las primeras casas de Las Rozas, en la línea de ferrocarril Madrid-El Escorial. Por la derecha, García Escámez y Sáenz de Buruaga lucharon contra una tenaz resistencia en Pozuelo. El avance era lento, ya que las villas de veraneo de aquella zona proporcionaban muy buenas posiciones a los defensores. Kleber envió como refuerzos al batallón Comuna de París a Pozuelo, y los batallones Edgar André y Thaelmann a Las Rozas. El 5 de enero, después de un día de inacción debido a una espesa niebla, empezó un nuevo ataque nacionalista. El bombardeo fue seguido por el avance de los tanques y la artillería ligera, a los que siguieron las dos primeras oleadas de infantería, y después más tanques. El frente republicano se rompió por todas partes. Este ataque del tipo *Blitzkrieg* fue muy interesante para los oficiales alemanes del bando nacionalista que, con cruel objetividad, continuaban considerando a España un «Aldershot europeo». Un poco antes, en Pozuelo, seis carros blindados rusos, con cañones de 37 mm basados originariamente en el diseño alemán Rheinmetall, habían dejado fuera de combate a veinticinco tanques ligeros Mercedes, alemanes; lo cual, a la larga, sirvió para introducir muchas modificaciones en la fabricación alemana de armamento[1172]. Las brigadas de Barceló, «el Campesino», y Cipriano Mera quedaron desconectadas entre sí, y se les acabaron las municiones. Miaja, encargado del mando general, se vio obligado a enviar municiones de fogueo al frente, pensando que, mientras los hombres oyeran los disparos de sus fusiles, seguirían resistiendo. Incluso montó un falso fusilamiento de desertores para evitar que flaquearan en las trincheras. El inminente desastre obligó a trasladar desde Madrid a la brigada de Líster, y persuadió a Largo Caballero para que se enviara desde Córdoba a la 14.ª Brigada Internacional.

Pero al avance nacionalista no se detuvo. Las columnas de Orgaz llegaron a la carretera general en Las Rozas y más allá de Pozuelo (aunque este último pueblo continuó resistiendo). Pero las ametralladoras de las Brigadas Internacionales infligieron muchas bajas a las columnas de Orgaz. El día 6, el batallón Thaelmann fue enviado a Las Rozas con la orden de resistir y no retroceder ni un paso más. Más tarde se revisaron estas órdenes, pero entonces no pudieron llegar al batallón, porque estaba cercado. El batallón Thaelmann resistió en su posición todo el día, a pesar de los ataques de los tanques, la aviación y la infantería. Los moros —probablemente los marroquíes seguían siendo mayoría en las fuerzas de asalto nacionalistas— irrumpieron en varias de sus trincheras y mataron a bayonetazos a los heridos que encontraron allí. Pero los alemanes no cedieron. Al día siguiente, Kleber envió al batallón una nueva orden de avance. Los supervivientes tuvieron que contestar de mala gana con el siguiente mensaje: «Imposible. El batallón Thaelmann ha sido destruido»[1173]. Walter, jefe de la primera compañía del batallón Thaelmann[1174], vivió durante esta batalla la terrible experiencia de encontrarse el cadáver de un piloto de la Legión Cóndor con el que había servido hacía tiempo en la misma escuadrilla aérea[1175].

El 9 de enero, los nacionalistas habían conquistado, a costa de grandes pérdidas, diez kilómetros de la ansiada carretera, los que iban desde Las Rozas hasta las últimas casas de Madrid, en Puerta de Hierro. El 10 de enero, llegaron a Madrid las Brigadas Internacionales 14.ª y 12.ª, en las que iba incluida la Compañía n.º 1 inglesa, mandada ahora por Jock Cunningham, comunista desde 1920, año en que le habían encarcelado por haber dirigido un motín de los montañeses de Argyll y Sutherland, en Jamaica[1176]. Nathan

tenía el mando del batallón *La Marseillaise*, en el que había sucedido al infortunado Delasalle. Un grupo alemán de la 14.ª Brigada pidió que se les concedieran doce horas para dormir tras su viaje de cuarenta y ocho horas después de las batallas de Córdoba. Walter, su jefe polaco, los arengó: «El gobierno ha pedido las mejores tropas. Ésas sois vosotros. ¿O es que se han equivocado con respecto a la 14.ª Brigada?». Las tropas recalcitrantes se dirigieron al frente, y ésta fue quizá la primera vez en la historia en que un comandante polaco reprendiera a una fuerza alemana. Al día siguiente, la República contratacó en medio de una espesa niebla (poco corriente en Madrid) y un frío terrible. La 12.ª Brigada Internacional llegó a Majadahonda, y la 14.ª a Las Rozas, tras haberse perdido en la niebla un batallón de esta última, cuyo paradero sigue siendo una incógnita. Los tanques rusos, dirigidos personalmente por el general Pavlov, atacaron furiosamente, destrozando hombres, pero incapaces de ganar terreno. La batalla continuó hasta el 15 de enero, día en que ambos bandos empezaron a cavar fortificaciones. Entre los dos bandos habían perdido 15 000 hombres en diez días. Orgaz conservó sus diez kilómetros de carretera general, y Miaja había impedido el aislamiento de la Sierra. De manera que el equilibrio militar parecía completo[1177]. Los rebeldes habían observado que la capacidad de resistencia de sus oponentes había aumentado, y atribuían esto a la existencia de «mandos profesionales extranjeros»[1178], a la disciplina y al nuevo armamento.

Mientras tanto, el resto de los 2000 kilómetros de frente estaba tranquilo, porque ninguno de los dos bandos disponía de armas modernas suficientes para entablar más de una batalla simultáneamente. Los republicanos tenían bastantes hombres, pero, según el estado mayor central, muchos de ellos no eran muy de fiar (como en Aragón), estaban

demasiado mal entrenados (como en el sur), o mal armados (como en la costa cantábrica). En muchos lugares, el frente seguía consistiendo simplemente en «un sistema de estrechas trincheras cavadas en la roca, provistas de primarias troneras construidas con montones de piedras». En ocasiones había hasta doce centinelas distribuidos «en diferentes puntos de la trinchera, delante de los cuales estaban las alambradas, y luego la ladera se deslizaba hacia un barranco que parecía no tener fondo: al otro lado se extendían las colinas desnudas»[1179]. En la cumbre de cada colina, en Aragón, por ejemplo, había un puñado de hombres andrajosos y sucios, nacionalistas o republicanos, «tiritando alrededor de su bandera», mientras las balas silbaban de vez en cuando entre ellos, y en ocasiones se podían escuchar voces que animaban a la deserción, haciendo una descripción risueña de las comodidades existentes en el otro bando, y profiriendo insultos. Desde luego, algunos nacionalistas desertaban, a veces hasta cinco hombres en una sola noche en el sector de una compañía. La República ofrecía a cada desertor de las líneas enemigas 50 pesetas, y 100 si llevaban consigo sus armas; aunque realmente la recompensa no era particularmente tentadora (antes de la guerra civil, una libra esterlina equivalía a 36 pesetas). También hubo casos de deserción en el bando republicano, aunque, en esta fase de la guerra, la balanza probablemente se inclinaba a favor de la República. En la mayoría de los casos, sin embargo, los desertores eran hombres que habían sido sorprendidos por la guerra en un bando que no era el suyo, habían fingido pertenecer al bando por el que estaban luchando para salvar sus vidas, y desde entonces estaban esperando una oportunidad para cruzar las líneas.

El doctor Junod, el infatigable filántropo de la Cruz Roja,

se había instalado en San Juan de Luz para tratar de efectuar intercambios de prisioneros, en su mayoría personas detenidas al principio de la guerra más que soldados. Se establecieron oficinas de la Cruz Roja en Salamanca y Valencia, que se comunicaban a través de Ginebra. Se hicieron listas de prisioneros y, a veces, las agencias de la Cruz Roja intercambiaban prisioneros de uno y otro bando y parientes suyos. Giral, que se convirtió en el ministro republicano encargado del posible canje de prisioneros, propuso un intercambio de 10 000; pero los nacionalistas se mostraron poco dispuestos a colaborar, y sólo se llegaron a canjear unos centenares[1180]. Amigos y enemigos coincidían en las oficinas de la Cruz Roja, irreconciliables incluso en medio de su tristeza. El doctor Junod explicó más tarde la historia de Isabel, una orgullosa monárquica, cuyo hermano él intentaba localizar para lo cual llevaba meses importunando a las autoridades republicanas. Por fin llegó la noticia: «Ejecutado con otros diez. Enterrado en el cementerio». Sin una lágrima, pero mortalmente pálida, al salir se cruzó con Carlota, de cuyo novio no se tenían noticias. Cada una conocía la historia de la otra. Se vieron y comprendieron al punto lo ocurrido. Con idéntica actitud de desprecio y de odio, evitaron mirarse al pasar la una junto a la otra. Pero Carlota dijo después: «Por lo menos, ella puede visitar su tumba. Mientras que yo nunca lo sabré, nunca»[1181].

El carácter riguroso del invierno de 1936 en España, sin embargo, quedaba mejor reflejado en la larga caravana de camiones cargados de comida que los nacionalistas habían preparado para alimentar a la población de Madrid, tan pronto como cayera la ciudad. Su contenido se fue pudriendo lentamente bajo la nieve y la lluvia. A un kilómetro de distancia, detrás de las líneas republicanas, los

madrileños resistían estoicamente con su arroz, su pan y un hambre cada vez mayor, consecuencia de la matanza de ganado y el consumo inmediato durante los primeros días de la revolución, y del desbarajuste económico general, así como de la presencia en la zona republicana de un millón de refugiados que habían huido a lo largo del otoño de una provincia a otra.

29

La ejecución de José Antonio. — Unamuno. — La España nacionalista en el invierno de 1936. — La justicia nacionalista. — Condiciones económicas de la España nacionalista. — La actitud de la Iglesia.

Hubo un acontecimiento en particular cuyas repercusiones se extendieron en los dos bandos, más allá de las líneas de batalla. Fue el juicio de José Antonio. Parece ser que la decisión de juzgar al jefe de la Falange (que estaba recluido en la cárcel de Alicante desde el 6 de julio, muy bien tratado por el personal de la prisión, que le admiraba) estuvo inspirada por el miedo a que, si la República era derrotada, uno de sus mayores enemigos pudiera escapar sano y salvo.

Los planes para organizar un intercambio que afectara a José Antonio habían fracasado; al parecer, el gobierno no podía aceptar un plan como aquél por miedo a sus propios seguidores. Había fracasado un aventurado intento de rescatar a José Antonio por medio de un golpe de mano en Alicante, aunque tanto el cónsul alemán honorario, *von* Knobloch, como el almirante Carls, del acorazado *Graf Spee*, habían estado dispuestos a colaborar. El dirigente de las milicias falangistas Agustín Aznar llegó disfrazado a Alicante, en el torpedero alemán Ildis, e intentó sobornar a la CNT local, pero en todo Alicante no consiguió encontrar a

nadie que le ayudara, ni siquiera por 8 millones de pesetas[1182]. Más tarde, José Antonio se ofreció a intentar negociar la paz, yendo en avión a Salamanca, y dejando en la cárcel a sus familiares como rehenes que garantizaran su regreso. El gobierno se negó, e indudablemente las autoridades nacionalistas habrían hecho lo mismo[1183].

El juicio de José Antonio se desarrolló correctamente ante un magistrado, y él pudo defenderse a sí mismo leyendo en voz alta editoriales de *Arriba* para demostrar que sus opiniones eran diferentes de las de Franco o los monárquicos. Durante el juicio, se presentó un miliciano como testigo de cargo. «¿Odia usted al acusado?», le preguntó José Antonio, que se estaba defendiendo a sí mismo. «Con todo mi corazón», respondió el testigo. A pesar de su dignidad y elocuencia durante todo el juicio, el fundador de la Falange fue condenado a muerte. Se pidió la misma sentencia para su hermano Miguel y para la esposa de éste. José Antonio, con la caballerosidad que nunca le han negado sus enemigos, apeló en su favor. «La vida no es un fuego de artificio que se enciende al final de una fiesta», concluyó. En consecuencia, fueron condenados a reclusión. Pero esta clemencia no fue posible para el propio José Antonio. La princesa Bibesco, hija de Asquith, que, como esposa del exrepresentante rumano en Madrid, había sido amiga de Azaña, telefoneó al presidente para pedirle que impidiera la ejecución. Azaña contestó sombríamente que no podía hacer nada, porque él también era un prisionero[1184], aunque anteriormente había salvado dos veces la vida a José Antonio interviniendo ante el gobernador civil de Alicante, Jesús Monzón[1185]. Según Largo Caballero, la sentencia de muerte llegó al gobierno para ser confirmada el 20 de noviembre, pero cuando se estaba debatiendo el asunto, llegó la noticia de la ejecución (técnicamente hablando, un

acto de insubordinación). Los jefes locales de Alicante habían temido que fuera conmutada la sentencia[1186]. Los anarquistas se habían opuesto a la sentencia de muerte, porque consideraban que José Antonio era «un patriota español que buscaba soluciones para su patria»[1187]. Al parecer, todos los ministros habrían votado a favor de la conmutación de la pena. En realidad, a la larga, la ejecución de José Antonio fue una suerte para Franco, ya que, aparte de él, era la única figura de auténtico prestigio de la derecha española que quedaba después del holocausto de julio. Pero no se tomó ninguna medida contra las autoridades de Alicante; en realidad, todavía se ejecutaban muchas sentencias sin consultar con el gobierno[1188].

José Antonio fue fusilado el 20 de noviembre en el patio de la cárcel de Alicante, entre otros dos falangistas, y dos carlistas, que también fueron ejecutados. Su última voluntad fue que, después de su muerte, limpiaran bien el patio donde iban a fusilarle, «para que mi hermano Miguel no se vea obligado a pisar mi sangre»[1189]. Casi a la misma hora, el mismo día que fue fusilado José Antonio, moría Durruti en el hotel Ritz de Madrid a consecuencia de sus heridas. Murieron dos «héroes españoles de su tiempo», dejando libre el camino a sucesores menos generosos. José Antonio dejó un testamento lleno de ideas constructivas para una España futura sin rencores: gustó a Prieto pero no tuvo ningún otro efecto.

Durante mucho tiempo no se dio la noticia de esta ejecución en la prensa nacionalista. Se referían a él llamándole «el ausente». A partir de 1933, cuando se leían en voz alta los nombres de los mártires falangistas en las ceremonias, la Falange gritaba «¡Presente!», imitando un rito fascista similar. Continuarían gritando «¡Presente!» tras el nombre de José Antonio, y muchos que sabían que el jefe

estaba realmente muerto actuaban como si creyeran que no lo estaba, como si se tratara de niños que fingían creer todavía en Papá Noel.

Otro hecho notable que tuvo repercusiones más allá de las líneas de batalla fue el cambio de actitud de los más eminentes intelectuales de la España anterior a la guerra. La mayoría de ellos se encontraban en la España republicana en el momento del alzamiento. Firmaron un manifiesto pidiendo apoyo para la República. Entre las firmas se contaban las del médico e historiador doctor Marañón; el exembajador y novelista Pérez de Ayala; el historiador Menéndez Pidal; y el prolífico filósofo José Ortega y Gasset: amigos, e incluso fundadores, de la República de 1931. Pero las atrocidades y la creciente influencia de los comunistas hicieron que todos estos hombres aprovecharan cualquier oportunidad que se les presentara para huir al extranjero. Y, una vez allí, retiraron su apoyo a la República[1190]. El filósofo vasco Miguel de Unamuno, sumo sacerdote de la generación del 98, siguió un camino diferente. Como rector de la universidad de Salamanca, al empezar la guerra civil se había encontrado en territorio nacionalista. La República le había desilusionado, había admirado a algunos de los jóvenes falangistas, y dio dinero para el alzamiento. Todavía el 15 de septiembre apoyaba al movimiento nacionalista[1191]. Pero el 12 de octubre había cambiado de opinión. Estaba, como dijo más tarde, «aterrado por el cariz que estaba tomando aquella guerra civil, realmente horrible, debida a una enfermedad mental colectiva, a una epidemia de locura, con un sustrato patológico»[1192]. En aquella fecha, aniversario del descubrimiento de América por Colón, en que se conmemoraba la «Fiesta de la Raza», se celebró una ceremonia en el paraninfo de la universidad de Salamanca. Allí estaban presentes el doctor Pla y Deniel, obispo de

Salamanca[1193], y el general Millán Astray, el fundador de la legión extranjera, que por entonces era un asesor importante, aunque oficioso, de Franco. Su parche negro en un ojo, su único brazo y sus dedos mutilados lo convertían en el héroe del momento. Presidía el acto Unamuno, el rector de la universidad. La ceremonia tenía lugar a un centenar de metros del cuartel general de Franco, instalado desde hacía poco tiempo en el palacio del obispo de Salamanca, por propia invitación del prelado. Después de las formalidades iniciales, vinieron los discursos del dominico Vicente Beltrán de Heredia y del escritor monárquico José María Pemán. Ambos discursos fueron muy apasionados. También lo fue el del profesor Francisco Maldonado, que atacó violentamente al nacionalismo catalán y al vasco, describiéndolos como «cánceres en el cuerpo de la nación». El fascismo, el «sanador» de España, sabría cómo exterminarlos, «cortando en la carne viva como un cirujano resuelto, libre de falsos sentimentalismos». Desde el fondo de la sala alguien gritó el lema de la legión extranjera: «¡Viva la muerte!». Millán Astray dio a continuación los gritos excitadores de multitudes que ahora eran ya habituales: «¡España!», gritó. Automáticamente, una serie de personas gritaron: «¡Una!». «¡España!», volvió a gritar Millán Astray. «¡Grande!», contestó el auditorio. Y al grito final de «¡España!» de Millán Astray, sus seguidores respondieron: «¡Libre!». Varios falangistas, con sus camisas azules, hicieron el saludo fascista ante la fotografía sepia de Franco que colgaba de la pared sobre el estrado. Todos los ojos se volvieron hacia Unamuno, cuya antipatía a Millán Astray era conocida, y que, al levantarse para cerrar el acto, dijo[1194]: «Estáis esperando mis palabras. Me conocéis bien y sabéis que soy incapaz de permanecer en silencio. A veces, quedarse callado equivale a mentir. Porque el silencio puede

ser interpretado como aquiescencia. Quiero hacer algunos comentarios al discurso, por llamarlo de algún modo, del profesor Maldonado. Dejaré de lado la ofensa personal que supone su repentina explosión contra vascos y catalanes. Yo mismo, como sabéis, nací en Bilbao. El obispo —y aquí Unamuno señaló al tembloroso prelado que estaba sentado a su lado—, lo quiera o no lo quiera, es catalán, nacido en Barcelona».

Hizo una pausa. Se produjo un silencio cargado de temores. Nunca se había pronunciado un discurso como aquél en la España nacionalista. ¿Qué diría el rector a continuación? «Pero ahora —continuó Unamuno— acabo de oír el necrófilo e insensato grito: "¡Viva la muerte!". Y yo, que he pasado mi vida componiendo paradojas que excitaban la ira de algunos que no las comprendían, he de deciros, como experto en la materia, que esta ridícula paradoja me parece repelente. El general Millán Astray es un inválido. No es preciso que digamos esto con un tono más bajo. Es un inválido de guerra. También lo fue Cervantes. Pero, desgraciadamente, en España hay actualmente demasiados mutilados. Y, si Dios no nos ayuda, pronto habrá muchísimos más. Me atormenta el pensar que el general Millán Astray pudiera dictar las normas de la psicología de la masa. Un mutilado que carezca de la grandeza espiritual de Cervantes, es de esperar que encuentre un terrible alivio viendo cómo se multiplican los mutilados a su alrededor».

En este momento, Millán Astray ya no pudo contenerse por más tiempo. «¡Mueran los intelectuales! —gritó—. ¡Viva la muerte!». Este grito fue coreado por los falangistas, con quienes el militar que era Millán Astray tenía, en realidad, muy poco en común. «¡Abajo los falsos intelectuales! ¡Traidores!», gritó José María Pemán, deseoso de limar las

aristas del frente nacionalista. Pero Unamuno continuó: «Éste es el templo de la inteligencia. Y yo soy su sumo sacerdote. Estáis profanando su sagrado recinto. Venceréis, porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no convenceréis. Para convencer hay que persuadir. Y para persuadir necesitaríais algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil el pediros que penséis en España. He dicho».

Siguió una larga pausa. Algunos de los legionarios que rodeaban a Millán Astray iniciaron un amenazador movimiento de aproximación al estrado. El guardia personal de Millán Astray apuntó a Unamuno con su ametralladora. La mujer de Franco, doña Carmen, se acercó a Unamuno y Millán Astray y pidió al rector que le diera el brazo. Él se lo dio, y los dos salieron juntos, lentamente. Pero ésta fue la última vez que Unamuno habló en público. Aquella noche, Unamuno fue al casino de Salamanca, del que era presidente. Cuando los miembros del casino, algo intimidados por estos acontecimientos, vieron la venerable figura del rector subiendo las escaleras, algunos gritaron: «¡Fuera! ¡Es un rojo, y no un español! ¡Rojo, traidor!». Unamuno entró y se sentó. Un tal Tomás Marcos Escribano le dijo: «No debería haber venido, don Miguel, nosotros lamentamos lo ocurrido hoy en la universidad, pero, de todos modos, no debería haber venido». Unamuno se marchó, acompañado de su hijo, entre gritos de «¡Traidor!». El único que salió con ellos fue un escritor de segundo orden, Mariano de Santiago. A partir de entonces, el rector ya no salió casi nunca de su casa, y la guardia armada que le acompañaba tal vez era necesaria para garantizar su seguridad. La junta de la universidad «pidió» y obtuvo su dimisión del cargo de rector. Murió con el corazón roto de pena el último día de 1936[1195]. La tragedia de sus últimos meses fue una expresión natural de la

tragedia de España, donde la cultura, la elocuencia y la creatividad estaban siendo reemplazadas por el militarismo, la propaganda y la muerte. Poco después, hubo incluso un campo de concentración para prisioneros republicanos llamado «Unamuno»[1196].

Ahora Salamanca era el centro de poder en la España nacionalista. Franco dormía, recibía visitas y comía en el primer piso del palacio episcopal, y trabajaba con su estado mayor en el segundo piso. La secretaría diplomática, encabezada por José Antonio Sangróniz, y el departamento de prensa y propaganda, dirigido primero por Juan Pujol, y luego por Millán Astray[1197], estaban en la planta baja, y en el último piso se instaló un servicio de radiotelégrafos. La simplicidad de esta organización era la razón de su eficacia. Aparte de Franco, las figuras importantes eran su jefe de estado mayor, coronel Martín Moreno; su hermano Nicolás, que hacía de secretario político; el asesor jurídico, coronel Martínez Fuset; y uno o dos oficiales de estado mayor, como el coronel Juan Vigón, un monárquico proalemán, y el comandante Antonio Barroso, exagregado militar en París. También eran influyentes Kindelán, el jefe de las fuerzas aéreas, y el almirante Juan Cervera, un marino de 66 años, cargado de experiencia, que se convirtió en jefe de estado mayor de la marina. Todos estos militares veían a Franco cada día, o, mejor dicho, cada noche, porque Franco celebraba una tertulia en sus apartamentos la mayoría de las noches para hacer comentarios sobre la guerra, habitualmente en presencia de algún general que viniera del frente: Varela, Yagüe o algún otro africanista[1198]. También estaban en Salamanca las misiones y los representantes diplomáticos de Alemania e Italia, el cuartel general de la Falange, y algunos, aunque no todos, de los departamentos del gobierno; el departamento del Tesoro, el incipiente

banco de España, y los ministerios de Justicia y Trabajo estaban en Burgos. Salamanca, sin embargo, era el nervio central de la rebelión nacionalista, mucho más que Valencia lo era de la España republicana: a Salamanca llegaban los informes de los pocos diplomáticos que, de momento, tenía oficialmente la España nacionalista (sólo el marqués de Magaz en Berlín, y García Conde en Roma), los agentes privados (Juan de la Cierva o el marqués de Portago en Londres), y los informes secretos del servicio de espionaje (particularmente sobre movimientos de barcos y compras de armas de los republicanos) que dirigía el exembajador monárquico en París, Quiñones de León, así como toda la información que se recibía de los espías que se encontraban en la «zona roja»[1199]. La centralización del mando nacionalista y la concentración del poder en las ambiciosas manos de Franco era cada día más evidente, por contraste con las divisiones existentes en la zona republicana. Generales leales pero discretos como Orgaz y Dávila desempeñaban un papel por lo menos tan importante como el de militares más vistosos y conocidos, como Varela, mientras que el papel del almirante Cervera era considerable. Sobrino del desgraciado almirante que perdió la flota española en la guerra contra los Estados Unidos, con más edad que cualquier otro de los próximos a Franco, tuvo una personalidad lo bastante fuerte como para insistir en la importancia del mar en el conflicto y conseguir que se comprara material naval, por ejemplo, minas (a Alemania) o lanchas (a Italia), y que se destinara dinero a la construcción de nuevas escuelas para técnicos navales.

En la primavera de 1937, la balanza de la potencia marítima se inclinaba a favor de los nacionalistas, principalmente debido al descuido de este terreno por parte de sus enemigos; y esto, junto con la organización militar,

fue un elemento determinante. La flota republicana anclada en Cartagena no volvió a salir al Atlántico después de finales de septiembre, dejando mal defendida la costa cantábrica: una victoria para los nacionalistas tan grande, aunque no tan vistosa, como el avance del ejército de África hasta Madrid.

Los nacionalistas tuvieron que contar con otros factores técnicos adversos, a saber: durante toda la guerra, el teléfono internacional estuvo controlado por la República. Además, al principio de la guerra sólo tenían una de las tres centrales cablegráficas de España, la de Vigo, mientras que las de Málaga y Bilbao estaban en manos republicanas. Las comunicaciones entre Salamanca y Vigo eran deficientes. Esto significaba que la comunicación de los nacionalistas con el mundo exterior era menos satisfactoria que la de la República. Generalmente, los periodistas de la prensa republicana eran los primeros en dar las noticias[1200].

Ahora Franco no tenía ningún rival entre los generales, y ni los falangistas ni los carlistas podían desafiarle, y menos aún los antiguos partidos políticos. Los falangistas, los pocos «camisas viejas» y la enorme cantidad de nuevas, todavía estaban intentando situarse políticamente. Al fin y al cabo, pocos partidos políticos han crecido nunca tan rápidamente; ni siquiera el Partido Comunista dentro de la República. De 75 000 miembros como máximo que eran en julio, a finales de año eran casi un millón de miembros, de diversos orígenes. Habían surgido nuevos periódicos falangistas en todas partes. Hedilla, el nuevo, aunque provisional, jefe nacional, intentaba por todos los medios convertir aquel movimiento de enorme expansión en un auténtico partido, pero las exigencias de la guerra impedían que tuviera éxito en su empresa. La nueva junta de la Falange creó dos pequeñas «escuelas militares» para formar oficiales de

milicia en Salamanca y Sevilla, pero no tuvieron éxito. Sus mejores unidades fueron absorbidas por el ejército propiamente dicho. A finales de 1936, el movimiento afirmaba que había enviado 50 000 hombres al frente, y que quedaban 30 000 en la retaguardia, pero estas cifras pueden ser una exageración[1201]. En realidad, la Falange tuvo más problemas en su propio seno que con Franco. Algunos falangistas veían en Franco al jefe potencial de una España fascista, y otros esperaban mucho más de Hedilla. Otros conspiraban con los alemanes y los italianos. Mientras tanto, la institución falangista más notable era el Auxilio de Invierno, fundado en Valladolid por Mercedes Sanz Bachiller, la viuda de Onésimo Redondo. Empezó en octubre, en Valladolid, en una sola habitación, como centro de ayuda a los niños huérfanos. Al cabo de unos meses, se había extendido por toda la España nacionalista[1202]. Como su nombre se parecía demasiado al de una organización nazi similar que había en Alemania, pasó a llamarse Auxilio Social. Algunos de los miembros de esta organización se entrenaron en Alemania. Una triste tarea era la de cuidarse de los hijos de republicanos o «marxistas» muertos. («Primero se mata a los padres, y luego se hace caridad con los niños», era un comentario cínico). A pesar de todo, estos centros sociales improvisados eran lugares animados, montados por las esposas e hijas de los ricos, quizás un poco paternalistas, pero, con una dedicación que, de haber existido antes de la guerra, seguramente la habría hecho innecesaria[1203]. De Auxilio Social surgieron otras instituciones, como las Cocinas de Hermandad, organizaciones para confeccionar ropa para los desvalidos, y casas de maternidad. Las «Margaritas», la organización de las mujeres carlistas, también hicieron mucha labor social.

Las únicas dificultades serias del general Franco en el

invierno de 1936-1937 surgieron con los carlistas. El 8 de diciembre, el alto mando carlista creó una Real Academia Militar para la formación de jóvenes oficiales en materias militares e ideológicas. Mola dio su aprobación. La Falange, al fin y al cabo, tenía dos centros de formación militar. Pero los iniciadores no habían consultado con Franco, quien dijo al general Dávila que informara al conde de Rodezno de que la creación de esta academia militar sólo podía ser considerada como un intento de golpe de Estado. Fal Conde, jefe supremo carlista e inspirador de esta idea, recibió la orden —que le dio Dávila— de abandonar el país en un plazo de cuarenta y ocho horas si no quería ser juzgado en un consejo de guerra. El 20 de diciembre la junta de guerra carlista discutió esta perentoria orden. Decidieron aceptarla, aunque haciendo constar su protesta, para probar que eran inocentes de todo intento de golpe de Estado; y Fal Conde salió para Lisboa, lugar favorito de los exiliados de derechas de España.

Después de esto, Franco publicó un decreto por el que unía todas las milicias —carlistas, falangistas y de la CEDA— y las colocaba a todas bajo una autoridad militar ortodoxa[1204]. Más tarde, Franco declaró al embajador alemán que habría hecho fusilar a Fal Conde si no hubiera temido los efectos que esto habría podido tener sobre la moral de los carlistas en el frente[1205]. En realidad, el espíritu de lucha de los carlistas no podía discutirse. Parece ser que preguntaron a un requeté a quién había de avisar si moría. «A mi padre, José María de Hernandorena, del tercio de Montejurra, de 65 años de edad». «¿Y si él también hubiese muerto?». «A mi hijo, José María de Hernandorena, del tercio de Montejurra, de 15 años de edad»[1206]. Entretanto el movimiento carlista se había extendido tan rápidamente como la Falange y, desde el mes de octubre, había lanzado diversas iniciativas

para influir en el desarrollo del Estado nacionalista.

En enero, debía existir un centenar de batallones de voluntarios peninsulares. En las veintidós escuelas de oficiales se estaban formando muchos jóvenes españoles de clase media y antiguos oficiales chusqueros, todos entre los dieciocho y los treinta años, todos con bachillerato, todos con dos meses de experiencia de guerra, y dirigidos por Orgaz, con la ayuda de instructores alemanes. Estos «alféreces provisionales», que tenían 24 días de instrucción, serían el meollo del futuro ejército nacionalista, a pesar de su alta tasa de mortalidad: «alférez provisional, cadáver efectivo» era una broma macabra habitual en Burgos. Orgaz había proporcionado unos 3000 o 4000 oficiales a finales del invierno de 1936-1937[1207].

Los jefes preferían organizar a sus soldados en columnas, como al principio de la guerra, y no en brigadas, así que, de esta manera, quedaban más anticuados que los republicanos. A pesar de todo, durante la primavera empezaron a organizarse las primeras brigadas mixtas del ejército nacionalista, donde se combinaban ordenanzas, ametralladoras y armas técnicas. Para entonces, en la España nacionalista había más de 200 000 hombres movilizados: en el ejército de África eran 60 000 hombres, los requetés y los falangistas juntos ascendían a 120 000; y había 25 000 en caballería, artillería, ingenieros y otros cuerpos. Este ejército no tardó en empezar a organizarse más o menos en divisiones, con nombres territoriales.

En aquella época tan dada a las ideologías, parecía deseable cierto encuadre intelectual para tantos y tan diversos empeños. Nicolás Franco quería que se creara un «partido patriótico», como la Unión Patriótica de Primo de Rivera. Se discutieron cien ideas: ¿una Falange franquista?,

¿una «Restauración»? Estas palabras llegaban más lejos que el lema «una Patria, un Estado, un Jefe». Pero ¿hasta dónde podrían llegar en el curso de la guerra? El 27 de febrero, la *Marcha Real* pasó a ser el himno nacional de la España de Franco. Pero también había que escuchar de pie, en honor a los caídos, el *Oriamendi*, el *Cara al sol* y el himno de la legión. Aun así, con la bandera roja y gualda, el cambio parecía alentador para los monárquicos. Pero ¿qué monarquía? Desde luego, no la de 1931, y mucho menos la de 1923. ¿El «nuevo Estado» de Isabel y Fernando, cuyo emblema, el yugo y las flechas, se veía en todas partes? Por otra parte, la guardia mora ante el cuartel general de Franco sugería un estilo de autoridad más oriental y grandioso que el que España había visto en sus reyes en las últimas generaciones. Había una actitud política constante, aunque pudiera parecer negativa: matar al siglo XIX, «liberal, decadente, masónico, materialista y afrancesado», y «volver a impregnarnos del espíritu del siglo XVI, imperial, heroico, orgulloso, castellano, espiritual, mítico y caballeresco»[1208]. Un síntoma de esta nueva actitud heroica fue el cambio de nombre de las calles: desaparecieron los nombres de políticos del siglo XIX, como Castelar o Salmerón, además, naturalmente, del de «14 de abril», y las calles pasaron a llamarse «Berlín», «Trabajo», o «San José». En la tierra de nadie, donde se confundían la propaganda, la ideología y los gritos de combate, a veces era difícil saber si lo que se oía se refería a la revolución o a la contrarrevolución. Hubo una campaña de prensa, por ejemplo, a favor de «la concisión, la rapidez y el fin del espíritu remolón». La rehispanización de las costumbres, los nombres de los hoteles, e incluso de los platos se convirtió en una obsesión para los propagandistas nacionalistas, que insistían en que había que eliminar del vocabulario todo lo que sonara a extranjero: la ensalada rusa

se convirtió en ensalada «nacional», el *ragoût* desapareció de los menús, e incluso la «tortilla a la francesa» perdió su nombre gálico (para convertirse simplemente en «tortilla»)[1209]. De esta manera se hablaba con «acento imperial». Apareció también la tendencia a prohibir otras formas de comportamiento «liberal»: todos los varones, a partir de los dos años de edad, tenían que llevar traje de baño completo; se declaró la «guerra a los escotes» y a las faldas cortas. Las mangas tenían que llegar a las muñecas, y estaban muy mal vistos todos los modales igualitarios. Cualquiera que dijera «¡Salud!» al estilo republicano se arriesgaba a recibir la visita de la policía.

Hubo muchas otras manifestaciones del contrarenacimiento fascista de las cuales se encontraban muchos ejemplos en la Italia fascista y en la Alemania nazi[1210]. Así pues, la España nacionalista estaba en la primera fase de una revolución cultural, como mínimo. En el movimiento nacionalista estaban presentes tres elementos típicos de la contrarevolución europea institucionalizada —el conservadurismo, la nostalgia reaccionaria y el fascismo—, pero también estaba el medievalismo evangélico de Millán Astray y sus llamamientos en favor de un retorno a la cristiandad caballeresca. «¡A mí, mutilados!», gritaba a los heridos de guerra, como presidente que era de su asociación, igual que antes había gritado: «¡A mí la legión!» a la legión extranjera, y los hombres que iban en sillas de ruedas o con muletas hacían lo que podían para ponerse firmes. La propaganda daba sus frutos. Se trataba de luchar por la «vieja España» contra Rusia, el «marxismo» y la masonería; muchos españoles de la clase alta y media encontraban en «el movimiento» algo que casi los devolvía a la época de las cruzadas. El joven duque de Fernán Núñez, por ejemplo, muerto en noviembre en el frente de Madrid, escribió una

última carta clásica a su mujer, que pone de manifiesto la nobleza espontánea de un paladín: «Así pues, me voy tranquilo y firme, lamentando sólo hacerte sufrir [...]. Espero que ellos [los niños] puedan vivir en un inundo más tranquilo y más normal que éste, en el que Manolo continúe las tradiciones de la casa, practicando la virtud, cumpliendo con su deber, atendiendo a su trabajo, y sabiendo escoger a sus amigos»[1211]. Sin embargo, tal vez el joven Manolo y sus amigos ya se habían alistado en las filas del movimiento juvenil de la España nacionalista, equivalente a los *balilla* de Mussolini: con el nombre de «pelayos», «cadetes» o «flechas», los chicos de Salamanca, Sevilla y Burgos desfilaban aquellos días con sus uniformes de Falange o de carlistas y sus fusiles de madera.

La Iglesia continuaba siendo la aliada del Régimen. Era típico de los propagandistas del régimen el hecho de que, en casi todos los nuevos sellos de correos, los rostros de los dirigentes republicanos o socialistas hubieran sido sustituidos por imágenes de catedrales. Los divorcios y los matrimonios civiles realizados durante la República fueron anulados. A menudo, los sermones eran casi arengas políticas. Muchas veces, los sacerdotes concluían sus sermones con un «¡Viva España!» o un «¡Viva el generalísimo!». Un domingo, en la iglesia de la Merced, en Burgos, durante la misa mayor, el oficiante se volvió repentinamente hacia los fieles y les dijo: «¡Oh, vosotros que me escucháis! ¡Vosotros que os llamáis cristianos! Vosotros tenéis mucha culpa de lo que ha sucedido. Porque habéis tolerado entre vosotros, sí, e incluso tomado a vuestro servicio, a trabajadores asociados en organizaciones hostiles a nuestro Dios y a nuestra patria. Habéis desoído nuestras advertencias y os habéis unido con judíos y masones, ateos y renegados, colaborando a fortalecer aquellas mismas logias

cuyo propósito era lanzarnos a todos en el caos. Que las actuales tragedias os sirvan de advertencia. Habéis de ser con esas personas, todos hemos de ser, como el fuego y el agua… no puede haber pactos de ninguna clase con ellos… no puede haber perdón para los criminales destructores de las iglesias y asesinos de los sagrados sacerdotes y religiosos. Que su semilla sea borrada, la semilla del mal, la semilla del diablo. Porque, verdaderamente, los hijos de Belcebú son los enemigos de Dios»[1212].

Los católicos sabían que en la España republicana habían sido asesinados centenares de sacerdotes, y creían que el número de eclesiásticos muertos era mayor incluso del real. Además, para entonces, había pocas familias que no tuvieran algún pariente o amigo fusilado al otro lado de la línea de batalla. A la zona nacionalista llegaba cada vez más gente que había conseguido escapar de grandes peligros, y las historias de estas personas llenaban los periódicos.

Existía una diferencia entre la entrega de la jerarquía española a la causa nacionalista y la actitud del Vaticano. Es cierto que, cuando, en septiembre, el papa Pío XI había recibido a seiscientos refugiados españoles huidos de la República, había hablado de la «satánica» conducta de los sin Dios en España[1213]. Pero ahora, a finales de diciembre, el general Franco se quejó al embajador italiano, Cantalupo, de la actitud del papa respecto a la causa nacionalista. Su representante en el Vaticano pidió al papa que condenara públicamente a los vascos. Pero Pío XI se negó, quizá debido a la influencia de monseñor Múgica, el obispo de Vitoria. Lo máximo que haría el papa sería condenar la cooperación de los católicos con los comunistas. Además, lamentó la ejecución de sacerdotes vascos por las tropas nacionalistas, y se mostró pesimista respecto a las perspectivas de Franco[1214]. Probablemente esta actitud por parte del papa se

debía a las relaciones de Franco con Mussolini y Hitler, Pero, en España, eran muy pocos los sacerdotes y los católicos que tenían estas reservas romanas. Para la mayoría de ellos, la «cruzada» era una guerra santa; el obispo de Salamanca había dicho que los comunistas y los anarquistas eran hijos de Caín, y el primado había calificado a la guerra de castigo por el laicismo y la corrupción que los dirigentes políticos habían impuesto al pueblo español: «los judíos y los masones habían envenenado el alma nacional con absurdas doctrinas, y los cuentos tártaros y mongoles se habían convertido en un sistema político»[1215]. Hubo un aumento de asistencia a las iglesias: en un pueblo de Aragón, por ejemplo, en 1937, de una población de 1200 personas en edad de comulgar, sólo 58 no se confesaron por pascua; en 1936, habían sido 302[1216].

Pero, a pesar de todo, surgieron algunas disensiones dentro de la Iglesia. Ya hemos hablado de las dificultades causadas por los obispos de Pamplona y Vitoria. El obispo de Vitoria, monseñor Mágica, llevaba ahora varios meses en Roma y, cuando llegó la noticia de que determinados sacerdotes vascos que habían simpatizado con las fuerzas nacionalistas vascas o que habían sido capellanes suyos habían sido fusilados, presentó al papa un informe completo, razonado y convincente[1217]. Se entrevistó con Pío XI el 24 de noviembre, y la protesta que a continuación envió el papa a Franco fue la razón por la que se puso fin a los fusilamientos de sacerdotes vascos (ya se habían ejecutado catorce)[1218].

Todos estos sacerdotes habían sido fusilados precipitadamente, sin juicio, y enterrados sin ataúdes, ni funerales, ni registro oficial. Uno de los fusilados era un fraile carmelita, y el resto, curas párrocos; uno de ellos, el padre José Aristimuño, era un activo escritor nacionalista vasco (aunque, al parecer, se había opuesto a la alianza del

nacionalismo vasco con las izquierdas), y otro, un cura merecidamente famoso por su piedad, el padre Joaquín Arín, arcipreste de la pequeña población metalúrgica de Mondragón[1219]. Más tarde, el cardenal Gomá intentó explicar la muerte de estos sacerdotes diciendo que habían sido víctimas de sus propios actos: esta opinión, manifestada en una carta abierta al presidente Aguirre, dio lugar a otra denuncia de monseñor Múgica ante el papa. (Ya había dicho a Gomá, cara a cara, que mejor habrían hecho Franco y sus soldados besando los pies al venerable padre Arín que fusilándolo)[1220]. Después de esto, en marzo, vino una tercera carta, esta vez dirigida al cardenal Pacelli, cuando el arzobispo de Burgos, Manuel Castro, intentó excomulgar a los sacerdotes del país vasco que continuaban siendo leales al movimiento nacionalista vasco. Monseñor Múgica, cada vez más decidido, impidió que se produjera aquella condena, y continuó apoyando la causa vasca desde Roma.

Algo parecido ocurrió con el arzobispo de Tarragona, cardenal Vidal y Barraquer, quien, tras ser salvado por Companys de ser asesinado, se retiró al exilio en Suiza, guardando un silencio que todo el mundo sabía que significaba una condena de las atrocidades de ambos bandos[1221]. Por último, los «cruzados» tuvieron problemas con los católicos extranjeros distinguidos que, como Bernanos, Mauriac, Maritain («el judío Maritain», como intentó llamarle muy inexactamente la propaganda nacionalista) y el obispo de Dax, en el sur de Francia, trataron de mediar o de organizar el intercambio de prisioneros. (El obispo de Dax acudió a Bilbao en septiembre para confortar a los prisioneros de derechas que estaban confinados en un terrible buque-prisión, más o menos como rehenes; luego intentó organizar un intercambio. Pero las autoridades de Salamanca no podían aceptar que una

autoridad de la Iglesia pudiera tener contacto con los «rojos»).

Los dirigentes nacionalistas temían los disturbios en la retaguardia, y seguían haciendo fusilar a muchos enemigos del régimen dentro de su plan de «limpieza»: querían limpiar a España de sus males importados del extranjero, incluyendo, a bulto, a los prisioneros. Desde luego, había algunas acciones guerrilleras, por ejemplo, en Galicia o en la sierra de Gredos, a cargo de revolucionarios o simpatizantes del gobierno que se habían refugiado en las montañas después de la ocupación de la zona por los nacionalistas. Cantalupo, el primer embajador italiano en la España nacionalista, inició su misión pidiendo que acabara la matanza de prisioneros. Franco le dijo que el fusilamiento de prisioneros había terminado[1222]. No era cierto. El fracaso de la democracia humana en España había puesto el poder en manos de uno de los hombres más fríos del país, un hombre intolerante respecto a las flaquezas humanas, no genial, pero sí competente, tranquilo y decidido. Un día de aquel invierno, Bernhardt estaba almorzando con Franco (al que admiraba). Se planteó el problema de qué había que hacer con cuatro milicianas capturadas con fusiles en la mano. Franco creía que cualquier mujer detenida con armas en la mano había de ser fusilada. «No hay nada más que hacer —dijo—, fusiladlas», con el mismo tono de voz que usaba para hablar del tiempo[1223]. Franco dijo claramente al coronel Faldella, jefe de estado mayor de las tropas italianas que empezaron a llegar en grandes cantidades en el curso del invierno, que su política no consistía en derrotar a ejércitos, sino en conquistar territorio, «llevando a cabo las purgas necesarias»[1224].

Pueden distinguirse dos etapas en las ejecuciones nacionalistas. Al principio, se fusilaba sin procedimiento

judicial alguno. Pero más tarde, estos terribles autos de fe de la represión no oficial fueron reemplazados por consejos de guerra, aunque sin que las víctimas tuvieran muchas más garantías, ya que los jueces eran a menudo jóvenes tenientes que, al cabo de un tiempo, consideraban que condenar a muerte a hombres era algo así como «matar conejos»[1225]. Es cierto que los «crímenes» cometidos por algunos de los que fueron fusilados a veces habían sido odiosos; mientras que otros, como los oficiales republicanos, particularmente los de la guardia civil, sabían que era muy probable que los condenaran a muerte sólo por haberse opuesto a la rebelión. En cualquier guerra de este tipo habría sido de esperar la ejecución de los espías y de las personas que habían participado en la quema de iglesias o en las matanzas de la zona republicana. Pero la lista de personas ejecutadas sólo en la cárcel de Torrero, en Zaragoza, es asombrosa; no sólo fueron fusiladas la mayoría de las personas que habían tomado parte activa en el esfuerzo de guerra republicano (por ejemplo, los coroneles Enciso —uno de los fundadores del UMRA, el grupo de oficiales republicanos— y González Tablas, ambos hechos prisioneros en el frente), sino también Jaime Pérez, el sepulturero de un pueblecito (Blesa, en Teruel), cuyo «crimen» era haber enterrado a destacadas personas de derechas. Otro hombre fue fusilado porque, cuando estaban quemando los archivos legales de Blesa, en una calle del pueblo, había atizado el fuego con un palo. Salieron a la luz muchos odios complicados y muchas declaraciones conflictivas, que se despacharon arbitrariamente. Podía acusarse a fulano de tal (una camarera de hotel, un conductor de autobús o un soldado) de haber traicionado a una determinada persona de derechas. Una vez, un comisario político hecho prisionero en el frente de Teruel, fue acusado por un oficial republicano, también

detenido, de haber matado a un miliciano que había querido desertar. El comisario dijo que había dado parte de un robo cometido por el teniente, pero, pese a todo, fue fusilado, y dijo al sacerdote que le dio la extremaunción que no culpaba a nadie de su muerte; la única mala era la sociedad[1226]. También continuaron algunas ejecuciones no oficiales. Sigue siendo difícil calcular el número de los que, de una forma u otra, fueron condenados y fusilados, pero tuvieron que ser cerca de mil al mes, y a veces, por ejemplo, cuando era conquistada una ciudad republicana, muchos más.

Innumerables republicanos, revolucionarios y prisioneros de guerra, sacerdotes vascos y separatistas de todas clases, se encontraban en las atiborradas cárceles de la retaguardia nacionalista, a merced de los directores de las prisiones y de los guardianes, que a menudo eran pedantes, frívolos y crueles. Los prisioneros podían ser fusilados en el acto por dar un «viva» a la República, les podían castigar rompiéndoles las cartas de sus mujeres, o prohibiéndoles cartearse con sus novias. «Cuando los corazones se comprenden, no existen los barrotes», escribió la mujer de un prisionero a su marido; el funcionario de la prisión preguntó al marido si creía que una mujer decente podía escribir de aquella manera[1227].

El que escapaba a la muerte o a la cárcel, y había sido de algún modo amigo de las izquierdas, corría el riesgo de perder su empleo. Los funcionarios públicos lo pasaron muy mal aunque sólo hubieran estado al servicio del gobierno entre febrero y julio de 1936, a no ser que hubieran tomado parte activa en el momento del alzamiento. Los magistrados, maestros, funcionarios municipales, e incluso empleados de correos que continuaron en su puesto en la zona republicana después de julio y luego fueron «liberados», tuvieron serias dificultades para conservar la vida[1228].

Unas cuantas voces se alzaron en favor de la tolerancia: una de ellas la de Hedilla, el dirigente falangista, en su discurso de Navidad de 1936. Dirigiéndose a los falangistas que se dedicaban a las investigaciones, dijo: «Impedid con toda energía que nadie sacie odios personales y que nadie castigue o humille a quien por hambre o desesperación haya votado a las izquierdas. Todos sabemos que en muchos pueblos, y acaso hay, derechistas que eran peores que los rojos [...]». Acabó este discurso abriendo sus brazos «al obrero y al campesino: [...] que ninguna de las mejoras sociales conseguidas por los obreros queden sobre el papel sin surtir efectos y se conviertan en realidad»[1229]. Pero Hedilla no estaba en posición para llevar a cabo estos hermosos pensamientos. Además, aunque Hedilla, y algunos otros, como Dionisio Ridruejo, el nuevo jefe de Falange en Valladolid, pensaran así, muchos de sus camaradas de Falange pensaban más en sus coches requisados, sus escoltas (armadas hasta los dientes), y su propio futuro político.

Económicamente, la España nacionalista gozaba de buena salud. La cotización de su peseta en el mercado internacional era el doble que la de la República. Tenían casi toda la comida que necesitaban, y estaban apoyados por la mayoría de los antiguos financieros y banqueros. Seguían teniendo crédito para comprar lo más esencial, incluido el petróleo. Durante el invierno de 1936-1937, la firma de Gieselke, en Leipzig, por iniciativa de Johannes Bernhardt, acuñó nueva moneda: ésta, gradualmente, fue sustituyendo a los antiguos billetes. Lo único que la respaldaba era «la voluntad de victoria» del bando nacionalista, y no el oro[1230]. El 13 de octubre se estableció oficialmente el control de precios y se crearon comités provinciales para garantizarlo, bajo la supervisión de los gobernadores civiles, con representantes de la Falange y el ejército. Las sucursales del banco nacional

de España en Burgos y en Sevilla eran los bancos centrales del país. Los fondos de que disponían allí las autoridades rebeldes (500 millones de pesetas) se complementaban con un impuesto de lujo del 10% sobre el tabaco y el vino, y también con un impuesto de guerra sobre todas las rentas superiores a las 60 000 pesetas. Las cuentas de los partidos del Frente Popular fueron confiscadas, y el activo de algunas compañías extranjeras también, aunque sólo temporalmente. Todas las deudas contraídas con alguien de la zona republicana fueron declaradas nulas, aunque tuvieron que pagarse al erario nacionalista. En el exterior, el cambio de la peseta se fijó a 42,50 pesetas la libra. Estas medidas fueron mucho más eficaces que las medidas económicas adoptadas por la República, pero, aun así, continuó existiendo una moderada inflación[1231].

Ya hemos indicado que, en agosto de 1936, el área de España controlada por los rebeldes producía sólo alrededor de una tercera parte de los impuestos españoles. En diciembre, la conquista de San Sebastián y del valle del Tajo había aumentado el área «liberada», pero ésta todavía producía menos de dos quintas partes de los impuestos nacionales anteriores a la guerra. Al mismo tiempo, las nuevas autoridades gastaban más que cualquier gobierno español normal que hubiera gobernado todo el país, en tiempo de paz. ¿Cómo se conseguía este dinero? En primer lugar, el hecho de contar con Alemania e Italia para el suministro de armas significaba que estaba garantizado el crédito para adquirir lo más esencial, incluido el petróleo (evidentemente, esto además tenía el efecto de aumentar el interés de Alemania e Italia, así como el de Texas, por la victoria de Franco). En segundo lugar, los planes de suscripción tuvieron un papel muy importante, aunque a veces degeneraran y se convirtieran en oportunidades para

la intimidación. Además constantemente se estaban pidiendo donativos de joyas, oro o dinero: en realidad, en noviembre de 1936, las autoridades insistían en que todo el oro que se encontraba en manos de particulares se cambiara por dinero[1232]. Sin embargo, no parece que esto diera un gran resultado. Pero, del mismo modo, todo el dinero extranjero que estuviera en manos de particulares o de compañías, teóricamente, había de ser entregado a un comité de cambio extranjero. Esta medida afectaba también a todas las compañías extranjeras, excepto las alemanas o italianas. Casi todo el dinero disponible en los primeros meses de la guerra civil fue a parar a manos de la HISMA de Bernhardt. No se permitió que ciudadanos particulares se llevaran dinero al extranjero, se suspendieron los intereses de la deuda nacional, y otro plan para conseguir dinero fue el del llamado «plato único», una innovación de Queipo de Llano, copia de Alemania, según la cual los clientes de los restaurantes recibían un solo plato, pero pagaban tres, y la diferencia se entregaba a las autoridades. (Sin embargo, al final esto se convirtió en un mero impuesto sobre las comidas). Por ineficaz que fuera esto, tuvo más éxito que los días «sin postre» y «sin cigarro».

Algunos de los planes de suscripción eran verdaderamente curiosos. ¿Qué pensar, por ejemplo, de las peticiones de dinero para la construcción de un chalet para el coronel Cascajo, el brutal gobernador político de Córdoba? Indudablemente, algunos planes debían de redundar en beneficio inmediato de otros altos cargos, incluido quizás Queipo de Llano, siempre tan aficionado al whisky.

No se introdujo ningún plan de bonos en el curso de la guerra civil. La consecuencia fue que los ricos, que invirtieron poco, se limitaron a aumentar sus depósitos

bancarios. Naturalmente, continuó el comercio privado, aunque, dado que la clase de los comerciantes se hallaba políticamente dividida antes de la guerra civil, muchas pequeñas empresas y muchos pequeños negocios fueron adversamente afectados. Los libreros, en particular, sufrieron las consecuencias, ya que se prohibieron los libros que tocaban temas vedados. Esta «depuración» literaria se extendió a las bibliotecas públicas y a las escuelas. Se hicieron enormes hogueras con estos libros, produciéndose muchos errores e incontables actos arbitrarios, como suele ocurrir en estos momentos de locura. Hubo algunos casos de chantaje y protección forzosa. Teóricamente, los bares, cafés y otros lugares de reunión tenían que cerrar temprano, muy temprano para las costumbres españolas, pero era más probable que estas normas tan austeras se cumplieran en el norte que en Andalucía, donde, en el imprevisible virreinato de Queipo, prevalecía un ambiente más libre. En la zona nacionalista continuaba el comercio exterior pero, el 4 de enero, se ordenó a todos los gobernadores provinciales que crearan un comité regulador de importaciones y exportaciones para supervisar todas las exportaciones procedentes de áreas sometidas a su control; otro decreto, del 22 de enero, prohibió la exportación de todos los bienes importantes (aceite de oliva, vino, pieles, lana, mineral de hierro, piritas, mercurio, cinc y cobre), a no ser que contara con la aprobación del recién creado comité nacional de Comercio Exterior. Esto daba a las autoridades nacionalistas un poder sobre las exportaciones mayor que el de cualquier gobierno español anterior, aunque, gracias a Queipo, el comité de exportación e importación de Sevilla funcionó con gran independencia de Burgos.

A pesar de los alemanes, el comercio con Inglaterra continuó siendo importante. Así, las exportaciones de jerez,

otros vinos, e incluso piritas aumentaron en 1937 respecto a las de 1935. En diciembre de 1936 se firmó un protocolo comercial que confirmaba los «antiguos lazos» de una forma sumamente «accidentalista». A partir de entonces, en Burgos hubo una presencia comercial británica en la persona de Arthur Pack, consejero comercial en la embajada británica. Éste fue un eficaz competidor de la HISMA, y más popular que el equivalente italiano de la HISMA, la Sociedad Anónima Financiera Nacional Italiana (SAFNI), cuyos empleados, nada emprendedores, estaban dedicados a tratar de conseguir una buena tajada cuando los nacionalistas liberaran las minas de mercurio de Almadén, si es que lo conseguían. A pesar de todo, la economía nacionalista estaba dominada por las relaciones hispanoalemanas. Por ejemplo, la Río Tinto Company, de propiedad inglesa, cuyas minas fueron ocupadas en agosto por el ejército nacionalista (tras varios meses de conflictos laborales), se quejó a mediados de enero de que su cobre estaba siendo requisado y enviado a Alemania. Las minas de azufre y cobre de Tarsis, cuya propietaria era una compañía de Glasgow, también se quejaron, lo mismo que los gerentes de las minas de hierro y manganeso de Marruecos, donde había sustanciales intereses británicos. A continuación, el gobierno inglés se quejó ante el gobierno alemán, pero en el ministerio de Asuntos Exteriores de Berlín eran impotentes, e incluso lo ignoraban todo al respecto, debido al control establecido por Bernhardt, y la HISMA. En enero de 1937 hubo algunas disputas entre HISMA-ROWAK y el ministerio de Asuntos Exteriores, pero Bernhardt salió de ellas convertido, a la larga, en el amo del comercio español, con lo que el Partido Nazi obtuvo otra victoria sobre el ministerio de Asuntos Exteriores[1233].

Queda por señalar una ayuda alemana al general Franco:

en diciembre de 1936, llegó a Vigo, procedente de Hamburgo, una enorme instalación de radiotransmisión Lorenz, tres veces mayor que ninguna otra de las que había en España. A partir de entonces, la voz de Salamanca y Burgos pudo oírse claramente no sólo en la España nacionalista sino en toda la España republicana; y, para empezar, podía oírse la voz de Queipo de Llano: «Esta noche voy a tomarme un jerez y mañana tomaré Málaga»[1234].

30

La España republicana. — Su fragmentación política y regional. — La industria catalana. — Los comunistas y los republicanos. — Las tribulaciones de Largo Caballero. — Reformas republicanas. — Motín en Bilbao.

En el invierno de 1936-1937, la República sólo parecía un Estado unido en las páginas de la prensa extranjera. La división era la característica de todas las instituciones y, mientras que todos les partidos y todas las regiones parecían estar en desacuerdo, había además agrias disputas en el seno de la mayoría de los partidos. Entre éstos, los comunistas, el nuevo partido de ley y orden, parecían al mismo tiempo los más provocativos y los más seguros de sí mismos de todos los elementos de la alianza republicana. Su aire de poseer el futuro, su dinamismo, su actitud política basada en el sentido común, y el prestigio de las armas rusas (la «propaganda por la vista», como decía González Peña) los convertían en el partido ideal para cualquier persona ambiciosa. A los pesados tanques y los rápidos cazas y bombarderos no tardaron en añadirse unas excelentes ametralladoras nuevas. Muchos oficiales del ejército que antes habían sido neutrales, se adhirieron al Partido Comunista o quedaron sometidos a su influencia. Así, el general Pozas, jefe del ejército del Centro, ya se había aproximado al partido[1235], mientras que Hidalgo de

Cisneros, jefe de las fuerzas aéreas republicanas, que antes no había siquiera pensado nunca en el socialismo, se hizo comunista porque «pensaba que ellos eran los que mejor contribuían a la lucha»[1236]. La debilidad, las constantes divisionesy la vaguedad ideológica del Partido Socialista contribuyeron también al éxito comunista: masas de antiguos votantes socialistas se pasaron al Partido Comunista. Largo Caballero todavía era socialista, pero, antes de la guerra, hacía sólo unos pocos meses, ¿no había sido el español más procomunista de todos?

Mientras tanto, los anarquistas estaban divididos. Muchos criticaban la entrada de los cuatro dirigentes en el gobierno. Otros criticaban el traslado del gobierno de Madrid a Valencia, y acusaban de cobardía a su secretario general, Horacio M. Prieto, por haber dejado marchar a los ministros: acusación injusta, porque no había sido consultado. Éste dimitió. Y aquel hombre austero, orgulloso, seco e intransigente fue sustituido por Mariano Rodríguez Vázquez, un joven obrero de la construcción exuberante y atlético, con una voz poderosa, que era el protegido de García Oliver[1237]. ¿Tendría quizá razón Marx —se preguntaban algunos— al decir que el anarquismo, en la práctica, degeneraba para adoptar una conducta pequeñoburguesa?

Los socialistas y los comunistas catalanes ya casi no se distinguían dentro del PSUC. En otros sitios, muchos que no ingresaron formalmente en el partido en realidad eran miembros del mismo: entre éstos se contaban Margarita Nelken y Francisco Montiel (el tesorero de la UGT), Felipe Pretel (que además era subcomisario general), y Edmundo Domínguez, el presidente de la casa del pueblo de Madrid y secretario de los obreros de la construcción. Muchos otros miembros del Partido Socialista de Madrid, que se habían

quedado en aquella capital donde los comunistas estaban en aquellos momentos en la cúspide de su fuerza, también aceptaron el lenguaje y el estilo del comunismo, aunque su lealtad al mismo fuera sólo superficial en muchos casos[1238]. El número de comunistas había ascendido a 250 000 a finales de 1936[1239]. Su defensa de la propiedad individual de los campesinos y su oposición a la revolución les hicieron ganar terreno en todas partes. El escritor catalán José Agustín Goytisolo escribiría más adelante que su padre ingresó en el PSUC porque, siendo como era un hombre de derechas, quería que le protegieran contra los anarquistas, que deseaban apoderarse de la fábrica en la que él trabajaba como ingeniero[1240]. José Díaz diría al comité central comunista en marzo que no menos de 76 000 miembros del partido (casi una tercera parte) eran campesinos propietarios de sus tierras, y 15 485 (un 6,2%) pertenecían a la clase media urbana. O sea que había más campesinos propietarios que obreros agrícolas: una situación extraordinaria. En junio, la cifra total de comunistas en España aumentaría hasta casi 400 000, de los cuales, 22 000 estaban en Vizcaya y 64 000 en Cataluña.

Las juventudes unificadas también aumentaron mucho el número de sus afiliados. Lo mismo que los asociados a organizaciones comunistas como la «Unión femenina», la «Milicia de la cultura» y, sobre todo, el «Socorro Rojo Internacional». Frente a este enorme aumento de los efectivos comunistas, ahora el Partido Socialista sólo tenía 160 000 afiliados, la FAI más o menos los mismos, y las juventudes anarquistas unos 100 000. El POUM podía tener unos 60 000, a lo sumo. Una de las razones del éxito de los comunistas residía en que, en Cataluña, habían organizado la GEPCI, que llegó a reunir 18 000 miembros[1241]. Esta organización enfurecía a los anarquistas, que la

consideraban un refugio para capitalistas. Además, tanto los anarquistas como los socialistas de izquierda criticaban el apoyo prestado por los comunistas a los pequeños agricultores de Valencia, muchos de los cuales habían apoyado antaño el movimiento autonomista valenciano, y algunos habían sido miembros de la CEDA[1242]. Los comunistas afirmaban que más de la mitad de sus miembros estaban sirviendo en el ejército: si esto era cierto, significaría que 130 000 de los 360 000 hombres del ejército republicano, a finales de marzo de 1937, eran comunistas[1243].

El Partido Comunista utilizó su poder para entrar a fondo en la administración republicana y hacer que, por medio de Orlov, los tentáculos de la NKVD llegaran a todas las checas privadas, las de las juventudes socialistas-comunistas y otras, preparando el camino para una matanza de miembros del POUM y otros marxistas antiestalinistas en España igual que la que se estaba produciendo en Rusia[1244]. Merece la pena examinar los motivos de los comunistas; porque el POUM no era trotskista, desde que Nin había roto con Trotsky al entrar en el gobierno catalán y éste había criticado al POUM. No, lo que molestaba a los comunistas era que el POUM constituía un grupo serio de marxistas españoles revolucionarios, bien dirigidos, e independientes de Moscú. Los dirigentes del POUM eran todos excomunistas, o sea que se les podía considerar traidores. En toda España, sólo el periódico del POUM, La Batalla, y el de la CNT, *La Noche*, publicado por miembros del grupo extremista anarquista «Amigos de Durruti», mencionaron las purgas de Moscú, por ejemplo; y la CNT acabó desautorizando el artículo de *La Noche*. La mayoría de los republicanos españoles creían que las purgas de Rusia eran un invento de la propaganda fascista[1245].

El primer paso de la purga española fue la campaña del

PSUC para lograr que el POUM saliera de la Generalitat, basada en la tesis de que el gobierno tenía que estar formado por sindicatos, no por partidos. Nin, cuya actuación en la conserjería de justicia había sido bastante discutida[1246], dimitió el 16 de diciembre. Fue reconstituido el gobierno catalán: la CNT obtuvo cuatro puestos (Herrera, Doménech, Isgleas y Abad de Santillán), la UGT tres (Comorera, Vidiella y Miguel Valdés, todos ellos miembros del PSUC), la *Esquerra* tres (Tarradellas, Ayguadé y Sbert), y los *rabassaires* uno (Calvet). Ayguadé, sin embargo, como consejero de Seguridad Interior, estaba muy próximo a los comunistas. La poderosa figura de Comorera, secretario general del PSUC, pasó, de hecho, a dominar cada vez más este gobierno. El anarquista Isgleas, nominalmente consejero de Defensa, hizo poca cosa.

Los anarquistas al principio no hicieron gran cosa para defender al POUM, ya que consideraban que aquella disputa no era más que otra riña interna marxista. Se recordaba que Nin, aunque era excomunista, también era un renegado de la CNT. La falta de entusiasmo de la *Esquerra* por el POUM era también sobradamente conocida; al mismo tiempo, los comunistas, de momento (aunque sólo de momento) eran muy amigos de Companys; no sólo contra la revolución (POUM, CNT y FAI), sino también contra la reacción. Había que defenderse tanto contra la última como contra la primera, ya que, en el otoño de 1936, hubo un intento de golpe de Estado por parte de unos cuantos nacionalistas catalanes. Los dirigentes de *l'Estat Catalá* (la mayoría de los cuales estaban en París) habían estado esperando la victoria de Franco en Madrid. Al parecer, habían pensado en negociar una Cataluña autónoma a cambio del reconocimiento de la victoria de Franco en el resto de España. Los conspiradores, además, habían intentado captar

el interés de algunos anarquistas desafectos. Hubo filtraciones, y se descubrió que estaban implicados en el plan Andreu Reverter, comisario de orden público de la Generalitat, y Juan Casanovas, presidente del Parlamento de la Generalitat. Se echó tierra sobre el asunto: Reverter fue detenido, acusado de corrupción; y a Casanovas se le permitió que saliera para París tranquilamente, aunque a toda prisa. Reverter también fue puesto en libertad secretamente, y nunca más se supo de él. Puede que lo mataran. Fue reemplazado por un amigo de Companys, Martí Rouret, que no tardó en ser sustituido, a su vez, por un comunista, Rodríguez Salas[1247].

De todos modos, esta crisis fue una prueba más del malestar existente entre el gobierno central y Barcelona. Como hemos visto, Cataluña ya había aprovechado el alzamiento militar de julio de 1936 para llevar a cabo lo que de hecho había sido su golpe de Estado propio contra Madrid. Había un problema importante, y no resuelto, relacionado con la posición de las industrias catalanas, particularmente las industrias de guerra: el gobierno de Cataluña había insistido en que el gobierno republicano central tuviera tratos sólo con ellos, y no directamente con las industrias. Sin embargo, la Generalitat distaba mucho de ser eficaz, y las necesidades de la guerra eran apremiantes[1248].

Así pues, la situación en Cataluña era de una complejidad única: Companys y sus amigos de la *Esquerra* estaban completamente de acuerdo con el gobierno central y con los comunistas, cuando había que tratar con los anarquistas y el POUM, respecto a la necesidad de acabar con el terror en la retaguardia, y a lo beneficiosa que era la intervención estatal en la industria, comparada con el control de los propios trabajadores. Se oponían al gobierno central (y a los

comunistas) en sus ideas de centralizar el esfuerzo de guerra. Mientras tanto, ante los ojos del atribulado Companys, los anarquistas y los comunistas tenían choques diarios en la prensa. Por ejemplo, *Solidaridad obrera* escribió el 19 de diciembre: «La cantinela [de los comunistas] de "primero ganar la guerra" nos parece penosa. Es un lema desecado, sin sustancia, nervio ni fruto. Primero ganar la guerra y hacer la revolución al mismo tiempo, porque la guerra y la revolución son consustanciales, como el sol y la luz».

El plan comunista consistía esencialmente en restablecer el poder de la Generalitat frente a los anarquistas y el POUM, para ayudar luego al gobierno central a controlar a ésta. Así, en el invierno de 1936, el PSUC se movió para conseguir la disolución de los comités revolucionarios, con el fin de colocar todos los órganos ejecutivos de gobierno bajo la Generalitat, en particular las patrullas de control cuyo inocente nombre era utilizado por dirigentes anarquistas como Dionisio Eróles, José Asens y Aurelio Fernández para mantener aterrorizada a Barcelona. La rivalidad entre los anarquistas y el PSUC se agudizó en Barcelona a principios de enero, cuando el PSUC convenció a Companys para que nombrara consejero de Abastos a su secretario general, Comorera. Éste abolió los comités del pan, dirigidos por la CNT, que hasta entonces habían supervisado el suministro de alimentos en Barcelona. Durante un tiempo, se suprimió la intervención estatal en el abastecimiento de víveres en Cataluña. Incluso se demoró el racionamiento. Esto acarreó dificultades, porque el precio del pan había subido mucho más que los salarios. A continuación vino una escasez de pan, en parte causada por la insuficiente cosecha del año anterior, pero atribuida por los anarquistas a la ineficacia de Comorera. Sin embargo, éste declaró que su predecesor de la CNT, Doménech, había

sido mucho más incompetente[1249]. (El índice general del coste de la vida había subido un 40% desde junio, y estaba subiendo cada mes: 1937 sería un año de fuerte inflación). A continuación, se desencadenó una guerra de carteles. Los carteles de la CNT pedían la dimisión de Comorera, mientras que los del PSUC decían: «¡Menos hablar! ¡Menos comités! ¡Más pan!», e incluso «¡Todo el poder para la Generalitat!». Entretanto, las colas de 300 o 400 personas ante las panaderías cerradas, se convirtieron en un espectáculo cotidiano. Y en ocasiones, cuando no se podía distribuir nada de pan, los guardias de asalto tenían que dispersar las colas a culatazos[1250]. Todos los dirigentes anarquistas, incluidos los cuatro ministros que estaban en el gobierno central y en el gobierno catalán, estaban disgustados por la aceptación de la economía capitalista parcialmente controlada por los comunistas, pero tenían que conformarse[1251].

A pesar de todo, la «normalización» de la vida en Barcelona (respaldada por los comunistas y por Companys simultáneamente) tranquilizó a muchos, incluso de la clase obrera. El subsecretario de Justicia, Quero Morales, rescató el palacio de Justicia de manos del tribunal revolucionario encabezado por el sanguinario abogado Samblancat que estaba instalado allí desde julio. Sbert, consejero de Instrucción Pública de la Generalitat, había empezado a reorganizar las escuelas primarias sobre una base convencional. También se evitaron los cambios revolucionarios en la enseñanza secundaria y superior gracias a los esfuerzos del profesor Bosch Gimpera, de la Universidad de Barcelona. Se restableció paulatinamente la vida municipal, se nombraron consejos que reemplazaron a los comités revolucionarios, con una proporción aproximada de tres delegados de la CNT, tres de la izquierda no revolucionaria, y dos del PSUC (comunistas), y quedando a

veces un puesto para el POUM[1252].

Al mismo tiempo, a nivel nacional, Largo Caballero convenció al nuevo ministro anarquista de Industria, Peiró, para que dejara de presionar para conseguir una mayor colectivización de las industrias, diciéndole que aquello asustaría al capital extranjero, aunque, desde luego, en el invierno de 1936-1937 la mayor parte de la economía catalana estaba colectivizada, y las fábricas funcionaban dependiendo de los consejos creados en octubre[1253]. Además, muchas tiendas pequeñas habían sido eliminadas en aras de una mayor racionalización. A pesar de todo, el sistema no funcionaba como había previsto el decreto de octubre. Continuaban las colectivizaciones ilegales, y no se pagaron muchas indemnizaciones acordadas. No siempre se formaron los consejos generales, que se consideraban tan necesarios. Muchas pequeñas empresas solicitaron ayuda estatal para salir de apuros económicos. No era sorprendente que la producción industrial hubiera disminuido en un tercio desde junio, y continuara disminuyendo[1254]. El motivo de esta situación no residía en principio en que los gerentes fueran malos o inexpertos: también se debía a la escasez de materias primas y de mercados. Los anarquistas, además, estaban dispuestos a reconocer que la revolución había planteado problemas en los que ellos no habían pensado: el dirigente de la FAI, Abad de Santillán (a la sazón consejero económico de la Generalitat) escribiría ingenuamente: «Considerábamos que la propiedad privada de los medios de producción, de las fábricas y de los medios de transporte, así como el sistema capitalista de distribución, eran la principal causa de miseria e injusticia. Deseábamos la socialización de todos los bienes, de manera que ni una sola persona quedara excluida del banquete de la vida. Algo hemos hecho, pero no lo hemos hecho bien. En lugar del antiguo propietario,

hemos puesto a media docena de nuevos patronos que consideran la fábrica o los medios de transporte por ellos controlados como su propiedad personal, con el inconveniente de que no siempre saben organizarse tan bien como el antiguo dueño»[1255].

Aunque se adoptaron algunas nuevas medidas de seguridad social —entre las que se contaban el seguro de accidentes y enfermedad, una mayor racionalidad en las pensiones y subsidios familiares—, el sindicalismo industrial de Barcelona conservó los salarios individuales, a diferencia de los anarquistas rurales, y no experimentó con salarios familiares. Es cierto que probablemente estos salarios habían aumentado, a finales de 1936, una tercera parte respecto a julio. Pero los efectos de este aumento quedaban anulados por la inflación, debida a la disminución de la producción, la falta de crédito y la influencia de los refugiados de Castilla y Aragón[1256]. Más tarde, los ministros anarquistas se quejarían amargamente de que sus ideas eran rechazadas en el gobierno por los comunistas y los republicanos. Peiró, en el ministerio de Industria, dijo que los comunistas le negaban dinero, se oponían a sus decretos de colectivización y desbarataban todos sus proyectos. En cambio, impidieron que muchas empresas que ya habían sido colectivizadas volvieran a ser de propiedad privada[1257].

Sin embargo, los problemas del anarquismo en la guerra no podían preverse ni podían resolverse. Pensemos en las fuentes de energía: antes de la guerra, la mayor parte del carbón que se consumía en Barcelona venía de Asturias. Ahora Asturias estaba incomunicada. Inglaterra era un importante exportador de carbón; pero, después de la botadura en septiembre del nuevo crucero nacionalista *Canarias*, la República había perdido el dominio del mar. La escasez de carbón obligaba a reconsiderar la política del

transporte y de otras industrias. ¿Era necesario que funcionaran tantos trenes como antes de la guerra? La CNT pensaba que sí. Sin embargo, en noviembre, habían tenido que modificar mucho aquel programa[1258]. La industria textil catalana se veía afectada por problemas similares. Antes de la guerra, Cataluña compraba el algodón a Egipto, Estados Unidos y Brasil; la lana que utilizaba antes de 1936 venía en parte de Castilla. Ahora, Estados Unidos y Brasil eran inaccesibles, porque estaban al otro lado de Gibraltar, mientras que Castilla estaba casi toda en manos de Franco. Todavía podían venir barcos —principalmente barcos ingleses— de Egipto, pero incluso el Mediterráneo se estaba volviendo cada vez más peligroso para los buques mercantes españoles.

Ahora, las industrias de Cataluña tenían tres tipos distintos de gestión: en primer lugar, estaban las empresas en las que el propietario continuaba teóricamente en su antiguo puesto, aunque los trabajadores hubieran elegido un comité que controlaba la empresa. La mayoría de empresas de esta categoría eran propiedad de extranjeros. En segundo lugar, estaban las empresas en que el antiguo propietario había sido sustituido directamente por un comité de trabajadores elegido por ellos mismos. En tercer lugar, estaban las empresas «socializadas», en las que se había hecho un esfuerzo para reorganizar la industria de que se tratara. Un ejemplo de esto era la industria de la madera en Cataluña, en la que, bajo la égida de los sindicatos anarquistas de trabajadores madereros, habían sido unificadas todas las actividades, desde la tala del árbol hasta la venta de las tablas. Pero esta división en tres tipos da una falsa impresión de simplicidad. Por ejemplo, como hemos visto, en todas las grandes industrias y en las industrias importantes para la guerra, figuraba en el comité un

representante del Estado. Era el responsable del control de los créditos, y a veces de las materias primas. Éste paulatinamente fue desempeñando un papel más importante, de manera que, en algunas empresas (sobre todo en las fábricas de municiones), no tardó en llegarse a algo parecido a la nacionalización. Luego, el decreto del 24 de octubre había autorizado la supervivencia de las empresas privadas en las que trabajaran menos de cien obreros. Esto significaba la inmensa mayoría de las empresas catalanas. De manera que el decreto parecía cada vez menos radical. Toda la colectivización que preveía ya se había llevado a cabo. A pesar de la parte que había tomado el anarquista Juan Fábregas en su redacción, sus consecuencias reales serían una confirmación del papel de la pequeña burguesía en las empresas y, lo que es más importante, la atribución al Estado de una responsabilidad cada vez mayor respecto a la industria[1259].

La industria más importante en Cataluña era, desde luego, la textil (en la que trabajaban unos 180 000 obreros, más del doble que en cualquier otra industria). La mayoría de las fábricas eran pequeñas. Se intentó socializar (es decir, racionalizarlo bajo una dirección única), pero sobrevivieron muchas empresas privadas, y algunas fábricas colectivizadas que se negaban a colaborar en ningún plan nacional o regional. Entretanto, la escasez de materias primas y de mercados, a la que nos hemos referido antes, obligó a adoptar a veces una semana de tres, y hasta de dos días (aunque, en estos casos, los trabajadores percibían el salario de cuatro días). Se hizo un esfuerzo para unificar salarios, que se tradujo en una reducción general de los sueldos de trabajadores y técnicos, aunque la CNT explicó que esto quedaba contrapesado por la nueva semana de 40 horas, el establecimiento de un salario fijo y permanente, y la

supresión del trabajo a destajo[1260]. Pero no se hizo ningún intento de equiparar los salarios de hombres y mujeres. Al parecer, la industria era dirigida por una auténtica fiesta de comités, organizados de aquella forma piramidal que tanto gustaba a la CNT: comité de establecimiento, de zona, de región y de mercado, todos ellos elegidos por asambleas plenarias de trabajadores. Al principio, en esta industria no había ninguna representación del gobierno, porque se negaba a admitirla. La Generalitat respondió hasta el punto de importar tela de Francia para los uniformes de su nuevo ejército[1261]. No era extraño que esta industria textil revolucionaria produjera en enero de 1937 menos de la mitad de lo que producía en enero de 1936[1262].

En cuanto a las compañías navieras, la mayoría de las más grandes (la Compañía Transatlántica y la Compañía Transmediterránea) habían sido confiscadas en julio por los socialistas, pero ahora las dirigían comités de la CNT y de la UGT. La Compañía Transatlántica tenía en su comité, además de tres miembros de cada uno de estos dos sindicatos, un representante de la Generalitat y uno del gobierno central. Los trabajadores anarquistas de transportes se encargaban de los servicios de trenes, metro y autobuses, aunque la UGT estaba representada en los comités de las dos redes de ferrocarriles catalanes. En cambio, los bancos, tras ser llevados durante un tiempo por los empleados bancarios socialistas, pasaron a manos de la Generalitat, mientras que la Compañía Telefónica era dirigida por un comité de trabajadores de cada central.

Otro grupo importante de empresas en Cataluña lo constituían las fábricas metalúrgicas. Algunas eran propiedad de extranjeros y, por lo tanto, fueron dirigidas por comités de trabajadores sin que se produjera ninguna colectivización a la larga. Otras fueron colectivizadas, pero

no socializadas, es decir, continuaron siendo empresas aisladas —excepto las que eran necesarias para la guerra— y, por lo tanto, sometidas a la intervención del comité de milicias, la Generalitat y el gobierno central, sucesivamente. Así pues, el delegado del gobierno tenía un papel decisivo en la Hispano-Suiza, donde se fabricaban camiones blindados, ambulancias, granadas de mano y soportes para ametralladoras, entre otras cosas[1263]. Éste fue el único sector de la industria que, en el invierno de 1936, registró un aumento de su producción global respecto al año anterior[1264]. La producción metalúrgica manifestó un aumento realmente grande.

Fuera de Cataluña, el gobierno central estaba siguiendo una política similar. Trataban de someter a las fábricas más importantes a la supervisión estatal, tanto si estaban nacionalizadas como si la gerencia estaba en manos de particulares. Para conseguir esto, el gobierno creaba muchas dificultades a las fábricas anarquistas, entre otras, la de restringirles los créditos. A consecuencia de esto, cuando se agotaron las existencias de algodón, algunas fábricas tuvieron que suspender su producción. Esto ocurría a pesar de que, nominalmente, el ministro de Industria era un anarquista: Peiró. Los planes de colectivización de Peiró fueron rechazados por Largo Caballero, y la industria republicana, a lo largo del invierno de 1936-1937, no fue unificada. Unas fábricas estaban nacionalizadas, otras socializadas y racionalizadas, otras en manos privadas, y otras en manos de comités de trabajadores, con representantes del Estado en las pertenecientes a las dos últimas categorías. En todas escaseaban las materias primas, los accesorios, y (salvo en las industrias de guerra) la demanda: y Peiró, al tomar posesión de su cargo, se encontró con 11 000 solicitudes de crédito[1265].

En Valencia, las formas de dirigir la industria eran más simples. Casi todas las fábricas y las tiendas estaban directamente en manos de los que trabajaban en ellas. Pero el traslado del gobierno a Valencia, a pesar de todo, le dio cada vez más dominio sobre el Levante que, antes de noviembre, cuando era casi independiente. Ricardo Zabalza, que había dirigido el sindicato agrario socialista (FNTT) en 1934, fue nombrado gobernador civil y se mostró un decidido centralista. El gobierno central sofocó al comité semiindependiente de Valencia que, a partir de enero de 1937, pasó a la historia, así como su miembro más destacado, el revolucionario teniente Benedito. Los alcaldes volvieron a ser nombrados por el gobernador civil, igual que antes. En realidad, se nombraron gobernadores civiles centralistas siempre que se pudo.

En Madrid, la hostilidad entre los comunistas y los anarquistas tenía diferentes implicaciones. Por una parte, era un aspecto de la querella entre Madrid y Valencia, y, por otra, el principio de una disputa entre los comunistas y Largo Caballero. Después de la batalla de la carretera de La Coruña, el general Kleber dijo que la República debía atacar, lanzando una ofensiva encabezada por las Brigadas Internacionales. Pero aquí Kleber topó con la desconfianza que había inspirado a Miaja y a otros jefes españoles. Largo Caballero, celoso del prestigio de «La Pasionaria» y otros comunistas que se habían quedado en Madrid durante la lucha, sospechaba incluso que Kleber deseaba utilizar a las Brigadas Internacionales para dar un golpe de Estado comunista en la capital. Los anarquistas de Madrid apoyaron a Miaja y, por primera vez, aunque indirectamente, a Largo Caballero. Aun así, las ideas tácticas de Kleber tal vez se habrían impuesto de no haber incurrido éste en las sospechas de André Marty. Por consiguiente, Kleber

abandonó el mando y se fue a vivir, temporalmente, a un pequeño hotel de Valencia. A partir de entonces, la reputación de Miaja, cualquiera que fuera su efecto real en el campo de batalla, aumentaría de día en día. Se estaba haciendo extraordinariamente popular en Madrid; y él lo sabía. «Cuando voy en mi coche —dijo a Zugazagoitia— las mujeres me gritan: "¡Miaja! ¡Miaja! ¡Ahí va Miaja!". Yo las saludo y ellas me saludan. Ellas quedan contentas, y yo también»[1266]. Miaja no era un general político. Una vez dijo a Pietro Nenni que le gustaban más los comunistas que los socialistas porque eran gente resuelta: «Los socialistas hablan primero, y luego actúan. Si los comunistas hablan, es después de la acción. Desde el punto de vista militar, esto es una ventaja»[1267]. Más tarde, se dijo que se había hecho miembro del partido. En realidad, Miaja tenía los carnets de todos los partidos políticos que quedaban en Madrid, incluso el del movimiento juvenil unificado, a pesar de sus sesenta años[1268]; y Azaña recordaba que, unos años antes, le había dicho que, aunque desde luego era republicano, no podía colaborar con los socialistas: que habría que fusilarlos a todos[1269].

Entretanto, el «Lenin español» estaba cambiando totalmente su actitud política. Como jefe de gobierno, Largo Caballero había restablecido la autoridad del Estado y, con el convencional general Asensio como subsecretario de Guerra, había empezado a reorganizar el ejército sobre nuevas bases. Los comunistas y las juventudes unificadas, dominadas por los comunistas, le habían ayudado a acceder al poder, y él se había beneficiado de la habilidad organizadora del Partido Comunista. Sin embargo, el comunismo le había desilusionado. Quizá su decepción arrancaba del momento en que los comunistas, al igual que Miaja, se habían beneficiado tanto de la defensa de Madrid.

La carta que le envió Stalin el 21 de diciembre, llena de consejos paternalistas seguramente no mejoró las cosas: tal vez en España el método parlamentario tuviera más eficacia revolucionaria que en Rusia; aun así, la experiencia rusa podía ser útil: de ahí el envío de ciertos «camaradas militares» que habían recibido órdenes de seguir las instrucciones de los españoles y actuar como asesores. Stalin pedía a Largo Caballero, «como amigo», que le comunicara si los asesores habían tenido éxito, y si estaba satisfecho de Rosenberg. La carta acababa con el consejo de que había que respetar la propiedad de los campesinos y los extranjeros, había que formar fuerzas de guerrilleros tras las líneas nacionalistas, no había que atacar a la pequeña burguesía, y no había que tratar con fría indiferencia a Azaña y a los republicanos[1270]. Pero la culminación del resentimiento de Largo Caballero contra Rusia tuvo lugar en enero, cuando el embajador ruso, Rosenberg, trató de influirle para que destituyera al general Asensio e hiciera una serie de cambios que querían los comunistas. Después de dos horas de animada conversación, en la que también estuvo presente Álvarez del Vayo, en su calidad de ministro de Asuntos Exteriores, Largo Caballero saltó: «¡Márchese! ¡Fuera! Debe usted saber, señor embajador, que los españoles podemos ser pobres y necesitar ayuda del exterior, pero tenemos el orgullo suficiente para no aceptar que un embajador extranjero trate de imponer su voluntad a un jefe de gobierno español. En cuanto a usted, Vayo, debería recordar que es español, y ministro de Asuntos Exteriores de la República, en vez de ponerse de acuerdo con un diplomático extranjero para ejercer presión sobre su propio jefe de gobierno»[1271].

Resulta irónico que el viejo sindicalista iniciara otra etapa de su vida política con la defensa de un militar que, pese a

ser competente, era profundamente conservador. También hubo escenas parecidas entre Largo Caballero y los dos ministros comunistas del gobierno[1272].

Por consiguiente, Rosenberg no tardó en marcharse de España (para ser asesinado judicialmente en Rusia, junto con la mayoría de sus colegas del cuerpo diplomático ruso). Fue reemplazado por la figura más dócil de su encargado de negocios, Gaikis. Pero, a principios de 1937, era evidente que el Partido Comunista no estaba satisfecho con el jefe de gobierno al que ellos mismos habían presionado tanto. Durante todo el invierno, los comunistas habían estado pidiendo que se fusionaran los partidos socialista y comunista, como se habían fusionado los dos movimientos juveniles, pero él se había negado. Incluso vino a España Marcelino Pascua, el embajador español en Moscú, con otro mensaje de Stalin, especialmente destinado a insistir en la idea de la fusión. Largo Caballero seguía negándose, aunque se le dijo que el propio Stalin quería que él continuara siendo jefe del movimiento unificado. Así, pues, Largo Caballero empezó a luchar contra los comunistas en el invierno de 1936-1937, y ellos, a su vez, a presionar contra él. Largo Caballero pensó en hacer dimitir a Álvarez del Vayo por deslealtad, consiguió el apoyo de Azaña para ello, pero vaciló, y luego se echó atrás en el último minuto, aunque las palabras que había dicho a Azaña habían sido muy fuertes: «Uno de mis ministros me ha traicionado. Es un socialista. Es el ministro de Asuntos Exteriores»[1273].

El inconveniente de que formulara estas quejas a Azaña radicaba en que la moderación política del Partido Comunista en España le había llevado casi a una alianza con los republicanos liberales. La política de Azaña y de Giral, por ejemplo, en la medida en que tuvieran una política aparte del objetivo general de ganar la guerra, era casi la del

Partido Comunista, en lo referente a la estrategia militar y a la economía. Así, pues, cuando Azaña, en una de sus raras apariciones públicas, en Valencia, el 21 de enero, pidió «una política de guerra [...] con una sola expresión: disciplina y obediencia al gobierno responsable de la República», estaba utilizando un lenguaje casi idéntico al de «la Pasionaria». Igualmente, los socialistas prietistas, incluido el propio Prieto, y el ministro de Hacienda, Negrín, consideraban a los comunistas unos aliados útiles no sólo contra Largo Caballero, al que detestaban desde hacía tanto tiempo, sino contra toda la política de la revolución inmoderada, tan odiada por ellos. Odiaban al POUM y a los anarquistas tanto como los comunistas. Además, la ayuda militar rusa, y el espíritu incomparable de las Brigadas Internacionales mantenían el mito del «frentepopulismo», que ellos continuaban defendiendo. Puede que esta alianza funcional entre Azaña, Prieto y los comunistas no fuera muy profunda, y que no durara mucho, pero, como veremos, fue suficiente para hundir a Largo Caballero. En aquellos momentos, Prieto, aunque luego le molestara recordarlo, llegó incluso a hablar en favor de la fusión de los partidos socialista y comunista[1274].

Ahora Azaña y los comunistas estaban de acuerdo en que las reformas sociales y de todo tipo debían esperar a la victoria. Fue la adopción de esta política lo que confirió al Partido Comunista gran parte de su atractivo. En un congreso juvenil nacional celebrado en enero en Valencia, el secretario general de las juventudes socialistas-comunistas, Santiago Carrillo («una crisálida con gafas», como le llamaban sus enemigos: sólo tenía veinte años), dijo: «No somos juventudes marxistas. Luchamos por una República parlamentaria democrática». *Solidaridad obrera* le tachó de «charlatán reformista»: «Si las juventudes socialistas

unificadas no son ni socialistas ni comunistas ni marxistas, ¿qué son?». De hecho, las juventudes unificadas no se habían dado cuenta de que sus dirigentes se habían pasado al comunismo con armas y bagajes y, cuando lo descubrieron, hubo protestas: a consecuencia de ello, los secretarios de Valencia y Asturias renunciaron a sus puestos en el comité nacional del movimiento[1275].

Sin embargo, si se consideran las razones de estas disputas, y se tiene en cuenta la presión sofocante que ejercían sobre la República los comunistas oportunistas, tanto españoles como extranjeros, se verá que, en muchos aspectos, este gobierno de Largo Caballero estaba buscando a tientas la forma de lograr una España mejor. A pesar de que la guerra se estaba llevando la mayor parte de los recursos de la España republicana, se iba prestando más atención que nunca a la enseñanza. En 1937 se abrieron cerca de mil escuelas nuevas, muchas de ellas en las casas confiscadas a los ricos, aunque las escuelas de la Iglesia se habían convertido en escuelas estatales o nacionales («Nueva Escuela Unificada»). En 1937, estaba previsto que hubiera 2000 escuelas militares, donde aprenderían a leer unos 100 000 milicianos, que antes eran analfabetos[1276]. En las colectividades agrarias, generalmente había varios maestros más que antes de julio de 1936. Se estaba haciendo un gran esfuerzo para lograr que la enseñanza llegara a todos, y la mayoría de los observadores se fijaron en que había menos niños que antes holgazaneando alrededor de sus casas. Se fundaron varias escuelas vocacionales o técnicas, como la Universidad Agrícola de Moneada (Valencia), donde unos 300 alumnos aprendían mejores técnicas agrícolas[1277]. Según una versión anarquista, en Barcelona había 116 846 niños escolarizados en julio de 1937, mientras que en julio de 1936 sólo había 34 431[1278].

En cuanto a la sanidad, se dieron los primeros pasos encaminados a la socialización de la medicina. La obra del consejero anarquista de Sanidad y Asistencia Social en Barcelona, García Birlan, y del director de servicios sanitarios que nombró, el doctor Félix Martí Ibáñez, fue muy notable. Los 1000 médicos, las 3200 enfermeras, las 330 comadronas y los 600 dentistas de Barcelona trabajaban mejor y más imaginativamente que antes[1279]. Además, los servicios prestados eran gratuitos, incluidas las intervenciones quirúrgicas. A pesar de la demanda de doctores y servicios médicos que había en el frente, en la República había unas mil camas más que en 1936 para pacientes tuberculosos. En 1937 se instituyó la vacunación obligatoria contra la viruela, la difteria y el tifus. A finales de 1937, había tantos centros asistenciales para niños en la España republicana como en toda España antes de la guerra[1280]. Además, la actuación de las organizaciones de ayuda médica extranjeras repercutió en toda la República, creando nuevos niveles de higiene y eficacia. Aunque García Birlan no tardó en abandonar la Generalitat, Federica Montseny, otra anarquista muy entregada a su labor y bien informada, fue ministro de Sanidad de la República hasta bien entrado el año 1937. Entretanto, en el frente, doctores como Trueta y el canadiense Bethune, introdujeron nuevos métodos de transfusión de sangre y tratamiento de heridas y fracturas que constituirían una revolución en el campo de la medicina. Otra innovación fue la legalización del aborto, por un decreto del 13 de enero; aunque seguía estando prohibido después de los tres primeros meses de embarazo, y todas las intervenciones de este tipo se realizaban con las debidas precauciones médicas[1281].

Los matrimonios se celebraban con rapidez: en *Solidaridad obrera* del 29 de diciembre de 1936 apareció lo siguiente: «El

domingo por la mañana, en presencia de numerosos camaradas, tuvo lugar una sencilla y emotiva escena en la Unión de Transportistas, más por su significado libertario que por su aspecto social. Una joven pareja se unió por libre y espontánea decisión [...]. Juan Freixas y Tomasa Costa [...]. Un único lazo consagró esta unión: el amor [...] la voz de nuestro director, Liberto Callejas, selló la unión al decirles: "En nombre de la libertad, os declaro unidos"».

Fin cambio, la vida en las cárceles republicanas de la zona central no era mejor que en las de Franco. Las viejas prisiones, como la de Montjuich, en Barcelona, o los buques-prisión anclados en el puerto, estaban atestados, la comida era insuficiente (arroz y un trozo de pan para comer y para cenar, y, al amanecer, un poco de agua caliente con unas gotas de café y quizás otro trozo de pan), y los sistemas de lavado eran primitivos. Igual que los republicanos y revolucionarios que se encontraban en las cárceles de Franco, muchos de los prisioneros se comportaban con ejemplar heroísmo; e, igual que en las cárceles de Franco, los carceleros solían ser mezquinos, brutales y arbitrarios. Y los tribunales populares no eran más honrados que los consejos de guerra de Franco: los prisioneros tenían poco tiempo para preparar su defensa, a menudo tenían que aceptar un abogado defensor al que no conocían hasta el día del juicio, y muchas veces el tribunal estaba compuesto por personas predispuestas en contra del acusado e influidas por el entusiasmo de una multitud que tal vez aplaudía siempre que se anunciaba una sentencia de muerte. Es cierto que, en diciembre, una orden del gobierno anunció que no sería ejecutado nadie antes de que la sentencia hubiera sido aprobada por cuatro jueces y después por el gobierno. Poco a poco, empezó a cumplirse esta orden. A pesar de todo, los fusilamientos de «derechistas», militares, votantes de la

CEDA, sacerdotes, conspiradores y personas inocentes continuaron durante el invierno de 1936-1937 en toda la España republicana, aunque el papel de las cuadrillas privadas disminuyó, y aumentó el de los tribunales y el del gobierno. La principal diferencia entre las dos Españas en este terreno residió en que, gradualmente, el tratamiento dado a los prisioneros fue mejorando en la República, debido al deseo del gobierno de regularizar las cosas, y también de mostrarse más humanitario. En la España de Franco, resulta difícil detectar un deseo de este tipo. Melchor Rodríguez, un anarquista humanitario nombrado director general de Prisiones por García Oliver, no tenía ningún equivalente en Burgos ni en Salamanca. Rodríguez, que era un filósofo autodidacta, intrépido y hostil a todo tipo de terrorismo, se ganó una considerable autoridad moral. Pero luego el nombramiento tuvo el efecto de animar a los comunistas a abrir sus propias cárceles, sin autorización ni supervisión, bajo la égida de José Cazorla, el dirigente juvenil comunista responsable del orden público en Madrid.

García Oliver, el ministro anarquista de Justicia, se encontraba detrás de la mayoría de estas mejoras legales. El 31 ele enero de 1937, pronunció el discurso más extraordinario que jamás ha pronunciado un ministro de Justicia, en ninguna época: «La justicia —proclamó— ha de ser caliente, la justicia ha de ser viva, la justicia no puede estar encerrada dentro de los estrechos límites de una profesión. No es que despreciemos de forma definitiva los libros y los procedimientos; pero lo cierto es que había (sic) demasiados abogados […].

»Cuando las relaciones entre los hombres sean las debidas, no habrá necesidad de robo ni de matar […]. Por primera vez, se dirá que el criminal delincuente común no es un enemigo de la sociedad, es, acaso, una víctima de la

sociedad. ¿Quién es capaz de decir que no va a robar obligado a ello para dar de comer a sus hijos y para comer él mismo? No creáis que quiero hacer la apología del robo, pero a las masas hay que hablarles con dureza. El hombre no procede de Dios, procede de la caverna, de la bestia [...]. La justicia es algo tan sutil que basta con tener corazón para interpretarla»[1282].

Cuando tomó posesión de su cargo, según dijo después, no había ningún órgano de justicia «[...]. Todo el mundo administraba su justicia. Ha habido quien la llamaba "paseo". Yo digo que era la justicia administrada directamente por el país, por el pueblo, en ausencia absoluta de los órganos de la justicia tradicional que había fracasado». Entonces, a pesar de este comienzo tan poco prometedor, procedió a crear un nuevo código de leyes. El 12 de diciembre se estableció que los delitos de mercado negro serían castigados con penas de prisión. El día 22, se cancelaron por decreto todos los antecedentes penales cometidos con anterioridad al 15 de julio. El 28 de diciembre, se crearon una serie de campos de trabajo para los prisioneros nacionalistas (sobre las puertas podía leerse el lema: «Trabaja, y no pierdas la esperanza»). Esta innovación fue una mejora respecto de las cárceles. Pero si los antiguos anarquistas libertarios se hubieran levantado de sus tumbas, se habrían quedado horrorizados ante aquel lema de resonancias tan germánicas. También se abolieron los aranceles judiciales, incluidos los honorarios de los abogados. El 4 de febrero, se reconoció por decreto, por primera vez, la capacidad jurídica de la mujer, mientras que otro decreto reconocía como matrimonios legales las «uniones libres» de milicianos muertos en el frente[1283]. Los anarquistas siempre habían creído en la «unión libre», como contrapuesta al matrimonio convencional, que, en los lugares más pobres implicaba prácticamente la venta de las

novias. Pero no eran partidarios del divorcio fácil. Federica Montseny, por ejemplo, no se oponía a la familia, y consideraba que generalmente los niños se educaban mejor en casa que en la escuela. En cambio, creía en el control de natalidad, aunque pensaba que la mayoría de las mujeres serían contrarias al mismo[1284].

Los aislados territorios republicanos del norte se mantuvieron al margen de las disputas del sur. También se mantuvieron distanciados unos de otros. Cada una de las tres regiones (Asturias, Santander y Vizcaya) tenía su moneda propia, e incluso fronteras «mucho más difíciles de atravesar que una frontera internacional». Una vez que el general Llano de la Encomienda, el comandante en jefe del norte, quiso pasar de Asturias a Santander (dos regiones que estaban a su cargo), le registraron el coche y le confiscaron un queso[1285].

En las minas de carbón de Asturias, la dirección estaba en manos de consejos locales, elegidos entre los mineros, y supervisados por un comité de trabajo que, a su vez, dependía de la junta provincial. Los pescadores de Gijón estaban organizados en una colectividad anarquista. El puerto de Santander estaba en manos de los socialistas. En el País Vasco, la industria continuaba funcionando normalmente. Un manifiesto publicado en enero por los secretarios provinciales de la UGT y la CNT de León, Asturias y Palencia atacó enérgicamente a la «burocracia», indicando con su tono la amenaza que ésta empezaba a suponer incluso en un Estado socialista tan pequeño como Asturias. Entretanto, Asturias seguía concentrada en una batalla crónica contra su capital, Oviedo, donde todavía resistía Aranda.

Los nacionalistas vascos estaban intentando evitar que se

impusieran en su pequeño territorio las soluciones extremistas de la España republicana. El 4 de enero, en Bilbao se produjeron una serie de disturbios tras un bombardeo aéreo alemán realizado por los Junker 52 de la Legión Cóndor. Dos de éstos fueron derribados por cazas rusos. Dos alemanes se lanzaron en paracaídas. Uno murió a manos de una multitud enfurecida por aquel arbitrario ataque. El otro se salvó de una muerte similar gracias a la intervención de un piloto ruso. Entretanto, Bilbao se había convertido en una ciudad enloquecida de ira. La rabia del pueblo estaba exacerbada por el hambre, ya que, últimamente, eran pocos los barcos con alimentos que habían conseguido forzar el bloqueo nacionalista, cada vez más eficaz. Una muchedumbre enfurecida, apoyada más tarde por un batallón de milicias de la UGT, se dirigió hacia los edificios donde se encontraban los presos políticos de Bilbao. Mataron a 208 prisioneros en tres cárceles diferentes[1286]. Algo parecido ocurrió, por una razón semejante, en el buque prisión *Alfonso Pérez*, frente a la costa de Santander: allí murieron casi doscientos falangistas, carlistas y partidarios de las derechas[1287].

Las relaciones entre los vascos y el gobierno central eran distantes. Indudablemente, los vascos habrían intentado rendirse en condiciones favorables si el gobierno republicano no hubiera aceptado sus exigencias de autonomía. La visita de la flota republicana a aguas vascas en septiembre había elevado la moral, además de traer armas. Más tarde, aunque llegaron al norte algunos envíos de armas, rusas y de otras procedencias, fueron irregulares[1288]. Aguirre se había nombrado a sí mismo comandante en jefe del ejército de *Euzkadi* —unos 30 000 hombres— ante todo el mundo, como si fuera el jefe de un ejército independiente dentro de un Estado independiente;

pero Largo Caballero consideraba que aquella fuerza formaba parte del ejército republicano del norte, en el que estaban incluidos los vascos, Asturias y Santander, nominalmente a las órdenes del general Llano de la Encomienda, el vencedor (un poco a pesar suyo) de Barcelona en julio. En *Euzkadi*, el vasco, el *euskera*, era idioma oficial junto con el castellano. De toda la España republicana, sólo estaban abiertas las iglesias en las provincias vascas. *Euzkadi* continuaba dominado por un partido nacionalista católico y conservador que se había visto obligado, por cálculo, circunstancias y accidente, a aliarse con la República de la izquierda revolucionaria. Muchos vascos —incluso algunos que habían sido nacionalistas vascos— estaban luchando en el bando de Franco, y *Euzkadi* sólo comprendía a Vizcaya. La mayor parte de Álava y Guipúzcoa ya era franquista. Pero, en *Euzkadi*, la moral era alta. No había ningún problema con los comunistas, y el dirigente comunista local, Astigarrabia, era virtualmente un nacionalista vasco. Es cierto que un ministro vasco, Espinosa, de la Unión Republicana, había sido llevado en avión y entregado a los nacionalistas a traición por un piloto desleal, y que lo habían ejecutado en el curso del invierno. Pero, aparte de esto, si prescindimos de la escasez de alimentos, a veces habría sido difícil darse cuenta de que el País Vasco estaba en guerra[1289]. Y, sin embargo, lo estaba, como pronto se vería, y las bajas cifras de producción de las industrias vascas pronto afectaron a la pequeña república.

En la propaganda republicana, se contraponían dos imágenes, como si siempre hubiera potencialmente una guerra civil dentro de la guerra civil: una imagen, para extranjeros, presentaba a la democracia española luchando contra el fascismo internacional; la segunda imagen, para

consumo nacional, mostraba al pueblo español a un paso sólo de un mundo nuevo: la victoria llevaría a la vida nova[1290]. El conflicto no sería fácil de resolver.

31

El ejército popular. — La influencia comunista. — Las brigadas mixtas. — Los comunistas en las fuerzas aéreas. — La marina. — La revolución en uniforme de campaña.

En diciembre de 1936, la reorganización del ejército republicano estaba muy adelantada. Los restos del antiguo ejército se habían fusionado efectivamente con las milicias, dando lugar a unas brigadas mixtas autosuficientes, dos o tres de las cuales, en principio, formaban una división[1291]. Ésta fue una proeza de organización que debe atribuirse al general Asensio, subsecretario de la Guerra. En el nuevo ejército figuraban, o iban a figurar pronto, varios miles de oficiales regulares, procedentes de las listas de oficiales retirados o en activo en 1936[1292].

Se dijo que este ejército contaba con unos 350 000 hombres en el invierno de 1936-1937: de los cuales, 85 000 estaban en el centro, 40 000 en Aragón, 30 000 y 20 000 en las zonas del sur y Levante, 40 000, 16 000 y 45 000 en el País Vasco, Santander y Asturias, respectivamente, y tal vez unos 80 000 en la reserva[1293]. Pero estas cifras eran hinchadas artificialmente, y los pagadores de las divisiones se prestaban a la corrupción, y recibían alimentos y pagas para muchos más hombres que los que había en realidad[1294]: al parecer, en Aragón, 20 000 milicianos recibían la paga de 90 000, y las raciones de 80 000, y, en el frente de Madrid,

35 000 hombres recibían cada día 120 000 raciones. La cuestión de la comida era importante; continuaba el reclutamiento de voluntarios quizás en gran medida porque se sabía que la comida era buena en el frente, mientras que en las ciudades era difícil de conseguir y mala. Los jefes no eran muy partidarios de informar de las deserciones, ni de las ausencias sin permiso. El deseo de mantener las cifras predisponía a los jefes locales a ocultar las bajas. «Casi nunca, o nunca, se deshacían de ese 5 o 10% de chusma inútil que se encuentra en todos los cuerpos de tropas, y de la que habría que deshacerse sin muchas consideraciones»; esto decía George Orwell, un observador simpatizante. Es cierto que Orwell se encontraba situado en un «sector tranquilo» del pacífico frente de Aragón (recordado por el hermoso poema de John Comford *The Last Mile to Huesca*), y sus comentarios no se referían a unidades de choque, como la brigada de Líster, ni a las Brigadas Internacionales. Pero la mayor parte del ejército republicano debía de ser como decía Orwell[1295]. «Llegué a la conclusión —continuaba Orwell—, bastante a pesar mío, de que, a la larga, los mejores soldados son los "buenos hombres de partido", sobre todo si son de la clase obrera. En la milicia del POUM —añadía— había una ligera, pero perceptible, tendencia a elegir para oficiales a personas de origen burgués». En cuanto a la edad, Orwell señaló que «aunque los chicos jóvenes, hasta de catorce años, son a menudo muy valientes y dignos de confianza, son simplemente incapaces de soportar la falta de sueño». El comentario muestra que muchos de los soldados de la República (y sin duda también muchos del ejército de Franco) eran jóvenes[1296].

La mayor parte de los frentes de la guerra española estaban en calma. Por otra parte, muchos republicanos creían que, si los hacían prisioneros, los fusilarían; lo que

solía ser cierto si eran voluntarios u oficiales. Casi no se fusilaba a ningún recluta en ninguno de los dos bandos. Sin embargo, este peligro producía concentración mental y fomentaba la prudencia. Ahora se consideraba que todos los que estaban en el ejército republicano se habían alistado para todo el período de la guerra. Los voluntarios de las Brigadas Internacionales, en particular, no podían escoger el momento de retirarse, aunque algunos lo hicieron, aprovechando los permisos para ir a sus embajadas (si eran de países antifascistas o democráticos), y a veces encontrando de este modo la forma de escapar.

Los hombres pasaban largos períodos en el frente; en Aragón, cinco meses seguidos, durmiendo siempre en las trincheras, muy incómodos. De manera que los soldados iban cortos de sueño y estaban demasiado cansados para aprender cosas nuevas. La vida de la tropa era más aburrida de lo necesario: «Las pocas mujeres que estaban en el frente o cerca del mismo [...] eran simplemente una fuente de celos. Entre los españoles más jóvenes había algunos casos de sodomía», recordaba fríamente Orwell[1297].

Los anarquistas estaban horrorizados ante todos aquellos cambios que estaban llevándoles a lo que ellos consideraban un nuevo ejército convencional. Las escuelas populares de guerra, la escuela del Quinto Regimiento en Madrid, e incluso la propia escuela «Bakunin» que tenían los anarquistas en Barcelona, representaban el fin de una época. ¿Podía un anarquista servir en la misma unidad que un comunista, o un miembro de la burguesía? ¿Podía llevar uniforme y obedecer órdenes de un gobierno central? Las juventudes libertarias hablaban de los peligros de que el ejército no se diferenciara apenas del que se había rebelado en julio: «Una fuerza de choque, que ignora los gritos de libertad, pan y justicia de su carne de cañón». «No estamos

haciendo la guerra, sino la revolución», proclamaba un editorial de Acracia[1298]. La FAI pidió la supresión del saludo militar, paga igual para todos en el ejército, periódicos en el frente, y consejos de soldados, en todos los niveles. *Solidaridad obrera* se quejaba de la «obsesión de la disciplina», el «neomilitarismo» y la «psicosis de unidad». Los 20 000 hombres de la Columna de Hierro (de los cuales unos 400, tal vez, eran expresidiarios), que se encontraba ante Teruel, se rebelaron rechazando las consecuencias del decreto contra las milicias[1299]. Hasta entonces, se había pagado a la columna en bloque. Ahora, los hombres serían pagados individualmente por un funcionario del ministerio de la Guerra. Era terrible la desesperación de aquellos hombres ante la perspectiva de tener que obedecer órdenes; de tener que hablar de «usted» a los oficiales, en vez de tratarles con el familiar tuteo; de tener que soportar abusos de cabos y sargentos como en los malos tiempos pasados. Muchos miembros del grupo, quizá varios miles, desertaron antes que convertirse en «soldados-robot». Y el resto, unos 4000, de muy mala gana votaron, el 21 de marzo, a favor de la aceptación de la militarización, como alternativa a la disolución[1300].

«Un día —escribió un expresidiario de la Columna de Hierro, que había sido condenado antes de la guerra civil a once años de cárcel (por el asesinato de un cacique)— pardo y triste, por las crestas de la sierra, como viento de nieve que corta las carnes, bajó una noticia: "Hay que militarizarse" [...]. Yo estuve en el cuartel, y allí aprendí a odiar. Yo he estado en el presidio, y allí en medio del llorar y del sufrir, cosa rara, aprendí a amar, a amar intensamente. En el cuartel casi estuve a punto de perder mi personalidad, tanto era el rigor con que se me trataba, queriendo imponérseme una disciplina estúpida. En la cárcel, tras mucho luchar,

recobré mi personalidad [...]. Cuando oí que, montañas abajo, venía rodando la orden de militarización, sentí por un momento que mi ser se desplomaba, porque vi claramente que moriría en mí el audaz guerrillero de la Revolución [...]»[1301].

Naturalmente, los anarquistas se daban cuenta de que los comunistas se proponían tener un papel preponderante en el nuevo ejército, al lado de los antiguos oficiales regulares. El jefe del Quinto Regimiento comunista, Enrique Líster, por ejemplo, fue nombrado comandante de la primera Brigada Mixta[1302]. Quizás estos temores fueran exagerados. Asensio, el subsecretario, Martínez Cabrera, el jefe de estado mayor, Llano de la Encomienda, en el norte, y Martínez Monje, en el sur, no eran comunistas, ni tampoco lo eran los principales defensores de Madrid, Miaja y Rojo. Sin embargo, el fracaso de los anarquistas en el frente y las pérdidas de tiempo ocasionadas por las discusiones sobre las ventajas de este o aquel ataque hacían débil la posición de los anarquistas. No obstante, los anarquistas tenían tanta antipatía a los oficiales regulares como a los comunistas, y naturalmente recelaban al ver que ambos mostraban signos de estar de acuerdo.

Durante algunos meses, siguieron existiendo milicias, particularmente en el sur y en Levante, donde los nuevos jefes del ejército nombrados por la República lo pasaron muy mal. Pero a la larga se deshicieron los antiguos grupos. Los jefes de batallón se convirtieron en comandantes; los «delegados de centuria» pasaron a ser capitanes. En primavera, las brigadas de la 1 a la 40 estaban completas; las brigadas de la 101 a la 115 se estaban entrenando; y de la 41 a la 100 estaban en diferentes etapas de organización[1303]. Además, las brigadas no tardaron en organizarse en unidades divisionarias.

Algunos anarquistas tomaron parte activa en la reorganización militar, y el gobierno nombró a García Oliver para dirigir las escuelas de oficiales. Además, era el representante anarquista en el consejo supremo de guerra, creado el 9 de noviembre bajo la presidencia de Largo Caballero. (Los otros miembros eran Prieto, Julio Just y Álvarez del Vayo)[1304]. Federica Montseny también veía con simpatía estos cambios; había deplorado públicamente el tiempo perdido en discusiones en el frente. Pero muchos otros anarquistas lamentaron que sus propios dirigentes aceptaran las formas de la «reacción»; particularmente cuando oyeron por radio que se llamaba a García Oliver «el Excelentísimo Señor Ministro de Justicia, Camarada García Oliver».

En cuanto a Cataluña, la Generalitat dio forma definitiva, en Aragón, en diciembre, a lo que de hecho constituía un ejército aparte. Se formaron tres divisiones a base de reclutas, y las antiguas columnas se convirtieron en regimientos, que los catalanes preferían a la brigada como la unidad básica. Teóricamente contaban con unos 40 000 hombres, aunque (como hemos indicado antes) probablemente la cifra fuera mucho menor; pero seguramente eran más numerosos que los 20 000 nacionalistas, aproximadamente, que tenían frente a ellos, y a quienes entonces habría sido difícil resistir ante un decidido ataque catalán.

Las divisiones catalanas conservaron su antiguo tono político, aunque con otro encabezamiento. Así, la milicia anarquista se transformó en tres divisiones que acabaron dirigidas por los «nuevos» comandantes Ortiz, Sanz y Jover, todos ellos con la formación de guerrilleros[1305]. La milicia del POUM pasó a ser la 29.ª División, a las órdenes del llamado teniente Rovira; la milicia del PSUC se convirtió en

la 27.ª División, a las órdenes del dirigente miliciano comunista «comandante» José del Barrio, mientras que la columna «Maciá-Companys», o columna catalana, se transformó en la 30.ª División, a las órdenes del comandante regular Jesús Pérez Salas. La mayoría de estos jefes dirigieron estas columnas a partir de julio. El jefe supremo era el coronel Vicente Guarner, que, antes de la guerra civil, era comandante del ejército[1306]. A pesar de la «militarización», persistieron los distintos colores políticos de las diferentes unidades, y el gobierno nunca pudo nombrar a los jefes de las unidades anarquistas: el comité de defensa de la CNT regional presentaba al gobierno una lista de nombres para que escogiera entre ellos a los jefes.

Todavía no existían uniformes, pero casi todos llevaban pantalones de pana y cazadoras con cremallera. La instrucción era rudimentaria. La puntería no era buena y el manejo del fusil casi desconocido. Las granadas podían estallar tanto en manos del que las lanzaba como sobre el enemigo. En muchos sitios, no había mapas, telémetros para la artillería, gemelos de campaña ni material de limpieza; y Orwell descubrió, con el horror lógico en un miembro experimentado del cuerpo de instrucción de oficiales de Eton, que nadie de su columna del POUM había oído hablar de cómo se limpiaba un fusil[1307].

El Comité de Industrias de Guerra Catalanas, presidido por Tarradellas, y organizado por el coronel Jiménez de la Beraza (director de la fábrica de armas de Oviedo en 1934)[1308], estaba obteniendo un éxito considerable en la reconversión de las industrias de Cataluña para la fabricación de material de guerra: por ejemplo, a finales de febrero de 1937, estas industrias de Cataluña (inexistentes en julio de 1936) producían diariamente 500 000 cartuchos de fusil[1309]. El comité además consiguió en gran medida

concentrar la producción en las fábricas mejor equipadas, y cerró y reorganizó varias industrias. Pero las industrias de guerra vascas, mucho más importantes, estaban muy por debajo de su nivel de producción anterior a la guerra, debido en parte a la falta de materias primas, y en parte a una dirección insatisfactoria. El ejército republicano, además, continuaba armado con fusiles de diferentes procedencias: una tercera parte eran Mausers (es decir, del antiguo ejército), una tercera parte, rusos (del tipo Mosin), y otra tercera parte, de diferentes orígenes, principalmente mexicanos[1310]. Las diferencias de calibre causaban muchos problemas. Los republicanos tenían unos 100 cañones antitanque rusos de 37 milímetros, que no utilizaban correctamente, y, para entonces, gran parte de la artillería que tenían en julio se había agotado, debido al mal uso que habían hecho de ella las columnas de milicianos, o a que la abandonaban en el campo de batalla, durante las retiradas. A pesar de todo, en el invierno de 1936-1937 se abrieron escuelas de artillería en Chinchilla y en Almansa, sumamente necesarias, porque la mayoría de oficiales de artillería que había en julio de 1936 estaban en el lado nacionalista[1311].

La aviación republicana, debido a su estrecha relación con Rusia en lo referente a entrenamiento y material, era más comunista que el ejército: su jefe, Hidalgo de Cisneros, un aristócrata prietista, se había hecho comunista, como hemos visto, igual que Cordón y otros oficiales del ejército que antes no eran políticos. (Hidalgo de Cisneros comunicó el secreto de que había ingresado en el partido a su mujer, Constancia de la Mora, nieta del político conservador Antonio Maura; ella le contestó que había hecho lo mismo unas semanas antes)[1312]. La mayoría de los pilotos españoles que siguieron un curso de entrenamiento de seis meses en

Rusia sabían volar bien cuando volvieron; además, muchos se habían hecho comunistas. Los pilotos rusos a las órdenes del general Smushkevich constituían una excelente propaganda por sí mismos, aunque hubo tensiones esporádicas, entre ellos, los pilotos españoles y Belarmino Tomás, el comisario general del Aire, que era anticomunista.

En la marina, el comunismo no había tenido tanto éxito. El jefe, almirante Buiza, su sucesor, el capitán González Ubieta, y el comandante de la flotilla de destructores, Vicente Ramírez, eran todos oficiales de carrera naval, y no les gustaba el Partido Comunista. Bruno Alonso, el comisario general de la flota, era prietista, aunque un ignorante en cuestiones marítimas. Dos rusos capitaneaban submarinos republicanos, había una serie de oficiales rusos que hacían de asesores de los oficiales españoles, y el agregado naval ruso, capitán Kuznetzov, siempre estaba dando consejos a Prieto. Pero, aparte de esto, la presión no era extraordinaria. Esta relativa ausencia de influencia rusa o comunista no favorecía la eficiencia. En realidad, la flota republicana, inactiva y abandonada, era un elemento decorativo dentro de la guerra civil. Gran parte de la responsabilidad debe atribuirse a Prieto, el ministro encargado, que sabía tan poco del mar como Bruno Alonso, y que, en estas cuestiones, confiaba demasiado en su secretario personal, el teniente Eduardo Merín («El papa negro»), que, a pesar de sus aires de sabelotodo, era indolente, moroso y posiblemente un traidor[1313]. Estos oficiales de la marina, que eran técnicamente leales a la República, solían ser muy poco entusiastas de la revolución; mientras que gran parte de la marinería estaba constituida por anarquistas. El capitán Kuznetzov describió una visita al acorazado *Jaime I* en la que encontró que se estaban celebrando por lo menos tres reuniones políticas. «Nunca

cesaban las disputas y las discusiones —comentó agriamente el futuro comandante en jefe de la marina rusa—. El lema "conquistar o morir" se oía por todas partes, pero los anarquistas ni conquistaban ni morían»[1314]. Esta indisciplina entre los hombres, la ignorancia de muchos de los que eran nombrados para el mando de los barcos, y el conflicto de sentimientos en el corazón de los comandantes supremos, fueron las razones del fracaso de la flota republicana. Buiza era un hombre reservado y valiente, pero tímido; González Ubieta no tenía ninguna gana de luchar; Vicente Ramírez, un andaluz expansivo, salpicaba su conversación con expresiones gruesas y marineras, y esto le hacía muy popular, pero era incapaz de crear disciplina; y el oficial más eficaz era el comandante de la flotilla de submarinos, Remigio Verdía[1315].

La función más importante de la flota republicana no era combatir, sino proteger la ruta de Rusia. En esto, la República tuvo más éxito. Entre octubre de 1936 y septiembre de 1937, más de veinte grandes barcos de carga, españoles en su mayoría, hicieron travesías desde el Mar Negro hasta España sin dificultad. El responsable de esto fue el propio agregado naval, Kuznetzov.

Además del ejército, seguían existiendo cuatro fuerzas de policía armada: la antigua guardia civil, rebautizada como guardia nacional republicana; los guardias de asalto; los carabineros, dirigidos por el ministro de Hacienda para garantizar el pago de derechos de aduana en la frontera; y el cuerpo de «investigación y vigilancia». De éstas, la guardia republicana y los guardias de asalto tuvieron poca importancia, una vez iniciada la guerra civil. Eran menos importantes que las «milicias de la retaguardia» locales, muchas de las cuales se mantuvieron demasiado tiempo, gracias a la debilidad del bienintencionado ministro

socialista de la Gobernación Ángel Galarza. Negrín se encargó de los carabineros a lo largo del invierno de 1936-1937, y consiguió que hicieran su trabajo eficazmente: se les llamaba los «cien mil hijos de Negrín», aunque no eran más de 40 000. Casi todos eran socialistas, no comunistas, en la medida en que pueda asegurarse una cosa así. Pero la policía propiamente dicha y el cuerpo de «investigación y vigilancia» tenían sustanciales componentes comunistas, aunque el nuevo director general de Seguridad, Wenceslao Carrillo, era un firme partidario de Largo Caballero. Sin embargo, los jefes de policía de Madrid eran comunistas o amigos de los comunistas, y los dos jefes del departamento de información secreta del ministerio de la Gobernación, Juan Galán y Justiniano García, eran miembros del partido.

Una serie de innovaciones producidas en el ejército republicano durante el invierno de 1936-1937 estaban llamadas a afectar al resto del mundo. Me refiero a los cambios en el tratamiento de las heridas de guerra introducidos, al principio en Cataluña, bajo la inspiración del entonces cirujano jefe del hospital general de Barcelona, Josep Trueta. Las innovaciones de Trueta consistieron en el tratamiento de heridas y fracturas por cirugía inmediata; dar puntos en los labios de la herida; y proteger la parte afectada, y proporcionar descanso al paciente, mediante el uso extendido del yeso. Estos cambios suponían que el cirujano acudía donde estaba el paciente y no, como solía ocurrir en la primera guerra mundial, que el paciente fuera al hospital. Sólo este cambio ya salvó muchas vidas. El uso de bancos de sangre en reserva en el frente permitía que los cirujanos operaran sin retrasos. El doctor Durán-Jordá, director del servicio de transfusión de sangre de la Generalitat (y luego del ejército republicano), fue el

responsable del inicio de este sistema, junto con su ayudante canadiense, el indisciplinado y llamativo, pero heroico, Norman Bethune. La unidad móvil hispanocanadiense de transfusión de sangre del doctor Bethune prestó sus servicios por primera vez en el frente el 23 de diciembre de 1936, en la Ciudad Universitaria: un hecho tan importante en la historia de la guerra como el primer vuelo sobre Madrid del Messerschmitt 109, que fue casi contemporáneo del primero. Otra de las innovaciones de Trueta fue el abandonar el cambio diario de los vendajes y los antisépticos, tan temido por los heridos. La consecuencia fue que, en la España republicana, el número de muertos en proporción al número de bajas fue muy inferior al registrado en Francia durante la primera guerra mundial, a pesar de que, al principio, los servicios médicos no estaban debidamente organizados y las condiciones higiénicas eran malas, y apenas existían canales de comunicación (para llevar a los heridos a retaguardia)[1316]. Además, Trueta tuvo algunas dificultades para conseguir que sus ideas fueran aceptadas en el ejército republicano convencional, aunque al final consiguió convencer al coronel d'Harcourt, el cirujano que dirigía el servicio quirúrgico del ejército[1317]. Hubo un cambio particularmente favorable respecto a la incidencia de la gangrena gaseosa, esa fatal enfermedad de guerra, hasta tal punto que los cirujanos que fueron a Barcelona en 1938 empezaron a pensar que en España (o por lo menos en Cataluña) no había microbios anaerobios, que son los portadores de esa enfermedad. Pero los que tenían buena memoria sabían que no era así.

32

La tierra. — Las colectividades agrarias.
— Su funcionamiento.

A los problemas existentes entre anarquistas y comunistas a propósito del ejército se sumaron dificultades todavía más graves en lo referente a la tierra. Porque ahora los comunistas apoyaban abiertamente a los pequeños propietarios agrícolas, mientras que los anarquistas, y, en colaboración con ellos, muchos socialistas, defendían las colectividades agrarias. Estas colectividades eran la innovación romántica de la revolución española. Desde entonces, habían dominado la imaginación de muchos. ¿Cómo eran? ¿Cómo funcionaban? ¿Podrían haber sobrevivido? ¿Eran justas?

En la España republicana había tal vez unas 2500 colectividades: varios centenares en Andalucía, unas 450 en Aragón, unas 350 en Levante, y quizás 300 en Castilla. En Cataluña sólo había unas 80; y en la pequeña zona de Extremadura que todavía pertenecía a la República, unas 40[1318]. Todas estas innovaciones agrarias no estaban dominadas exclusivamente por los anarquistas, ni mucho menos; había unos 800 colectividades socialistas, y alrededor de 1100 tenían por lo menos uno o dos socialistas en sus comités. Las familias que trabajaban en las colectividades agrarias sumaban casi medio millón de personas, y el total de tierra cultivada en régimen colectivo ascendía a casi 9 millones de acres. Además de la existencia de estas

colectividades, unos 300 000 campesinos habían recibido tierra del Instituto de Reforma Agraria, que en total (se venía entregando desde 1932) sumaba ahora tal vez 1.500 000 acres; y, naturalmente, seguían existiendo muchos pequeños propietarios privados que deseaban seguir igual que antes, particularmente en Cataluña, e incluso en Aragón. Algunos sitios estaban totalmente colectivizados, pero, en la mayoría, había elementos privados que coexistían con los colectivistas[1319]. En algunos lugares incluso había dos colectividades, una anarquista y una socialista. En algunos sitios, cuando se ocupaban las grandes fincas próximas, la mayoría del pueblo votaba a favor de cultivarlas como pequeñas propiedades. En Aragón, la colectividad era a menudo el propio pueblo. En Levante, las colectividades solían ser más a menudo empresas parciales, y sólo se organizaba de forma comunal el 40% de la población agrícola[1320]. En Andalucía, se formaron colectividades en las fincas privadas confiscadas que, por sus dimensiones y su historia, dieron lugar a problemas diferentes que los que se plantearon en Aragón. De hecho, la mayor parte de la tierra de las colectividades había pertenecido anteriormente a propiedades de tamaño mediano, más que a fincas muy grandes, ya que el área clásica de los latifundios de Extremadura y Andalucía había caído en seguida en manos de los nacionalistas.

En Cataluña, en el campo, la asociación de *rabassaires* amplió su organización y absorbió todas las asociaciones de campesinos independientes dando lugar a una sola federación, en la que entraron todos los campesinos. Toda la tierra cultivada bajo cualquier forma de arrendamiento pasó a manos de quienes la cultivaban. Así como Barcelona, en los primeros meses de la guerra, constituía un triunfo de la industria colectivizada, el campo catalán era un mar de

pequeñas propiedades[1321].

Durante los seis primeros meses de la guerra civil, la tierra que se ocupó constituyó de la mitad a las dos terceras partes de todo el país[1322]. Como suele ocurrir, desgraciadamente, con los planes agrarios revolucionarios, se pensó más en función del número de acres que en función del tipo de cultivo. Esto fue un fallo, porque, tanto si triunfa la revolución como la reacción, un viñedo de La Mancha, un naranjal de la huerta de Valencia y una pobre finca mixta de Castilla son cosas completamente diferentes.

Las colectividades variaban de tamaño, yendo desde una de 5000 miembros como la de Tomelloso (Ciudad Real), que controlaba bodegas en las que podía almacenarse más de un millón de arrobas de vino, hasta una como la de Villas Viejas (Albacete), que consistía en dos propiedades ocupadas por unas veinte familias (92 personas) que trabajaban allí. Para empezar, cada colectividad adoptó un estatuto propio de inauguración, con normas que eran diferentes de un sitio a otro. Después, una conferencia anarquista regional aprobó un estatuto modelo para que todos lo copiaran. También se aprobó un sistema general de cuentas, y se estableció una sección estadística nacional. Sin embargo, las colectividades continuaron siendo muy diferentes de carácter y normas. En Aragón, como hemos descrito antes, se celebró en octubre un congreso de colectividades, que llevó a la formación de un consejo regional, dirigido por Joaquín Ascaso. Aunque, en otras regiones, se formaron consejos para otras actividades (producción y racionamiento), en ningún otro sitio hubo un consejo fuerte e independiente, dirigido por los anarquistas, que rechazara toda autoridad política exterior.

La mayoría de las colectividades de los pueblos o las

ciudades pequeñas estaban dirigidas por una alianza de la UGT y la CNT. Cualesquiera que fueran las diferencias entre estas dos organizaciones, o entre sus dirigentes, a nivel nacional, en muchos pueblos pequeños, sus relaciones fueron buenas durante toda la guerra. Estos miembros de la UGT eran, en su mayoría, personas que habían ingresado en el movimiento socialista en 1931 o 1932 y habían tenido un papel muy importante en la política agrícola antes de la guerra. A diferencia de los socialistas de las ciudades, estos socialistas rurales se mantuvieron muy al margen de la influencia comunista. Habían sido, naturalmente, partidarios de Largo Caballero y revolucionarios en los meses anteriores a la guerra.

Los miembros dirigentes de los sindicatos locales declaraban constituidas las colectividades, y nombraban los «delegados» que se encargarían de las diferentes ramas del trabajo: ganado, vino, aceite, etcétera, incluyendo estadística, transporte, administración e intercambio. La reunión de estos hombres constituía el consejo de administración de la colectividad, formado por un presidente, un secretario, un vicesecretario, un tesorero, y tal vez otros cuatro miembros. En algunos sitios, el consejo de administración se constituía mediante votación de una «asamblea general» de la colectividad. El mismo «delegado» podía asumir varios cargos, siempre que le permitieran realizar su propio trabajo en el campo: estos hombres, sobre todo, no eran políticos profesionales ni funcionarios. Para que quedara claro que no se ganaba nada por ser delegado, a menudo los miembros del consejo de administración recibían menos paga que los trabajadores ordinarios: por ejemplo, en Tomelloso, recibían once pesetas semanales menos que el resto[1323]. (Esta costumbre sería muy digna de ser imitada en otros sitios). El delegado administrativo, al

acabar el año, tenía que dar al contador de la región el balance de importaciones y exportaciones de la colectividad. Las ganancias, si las había, iban a la cuenta de ahorro regional, para ayudar a las colectividades que no podían cubrir gastos. El dinero también se podía destinar a las nuevas compras que se necesitaran en la colectividad. Todos los que ingresaban en la colectividad aportaban sus tierras, sus instrumentos de cultivo y sus existencias. En modo alguno puede decirse que todos los colectivistas fueran personas sin tierra deseosas de tener una participación en las fincas del terrateniente local: también ingresaron algunos pequeños propietarios. Por ejemplo, Jaime Segovia, un joven abogado de Alcorisa (Teruel), ayudó a organizar la colectividad de allí, a pesar de su modesta fortuna[1324]; y el agricultor Vidal Cruz, presidente del consejo de Alcázar de Cervantes, aportó cuatro acres de su propia tierra, junto con otros dos que tenía arrendados[1325]. Todas las colectividades mantenían una tesorería propia: pero lo más probable era que ni siquiera en una colectividad próspera hubiera a mano más de 7 pesetas en efectivo por cada miembro.

Es difícil calcular hasta qué punto las personas entraban en las colectividades forzadas o por voluntad propia. La prensa comunista alegaba que reinaba el terror en todas partes, e incluso que «conocidos falangistas» se habían instalado en muchos lugares, haciéndose pasar por anarquistas. A principios de 1937, los pequeños propietarios pudieron continuar cultivando la tierra individualmente sin interrupción en la mayoría de los sitios, aunque se les prohibió tener empleados, y, por lo menos en Aragón, se les prohibió incluso tener registradas sus propiedades en el catastro —«para contrapesar el espíritu de la propiedad egoísta»—.[1326] Las relaciones entre los campesinos privados (a menudo apoyados por su condición de miembros del

Partido Comunista) y las colectividades fueron mejorando a lo largo de 1937.

La cuestión de hasta qué punto las colectividades constituyeron un éxito social, y hasta qué punto degeneraron en la dictadura de jefes locales tan cerrados de actitud mental como aquellos a los que habían expulsado o matado, sigue siendo difícil de resolver[1327]. El comunista Líster criticó al Consejo de Aragón en sus memorias: pintaba a Ascaso llegando a Barcelona en una flotilla de grandes automóviles, y siendo agasajado con banquetes, mientras el trabajador medio de sus dominios vivía «sometido a una tiranía inhumana infinitamente peor que antes de la revolución anarquista». Bastaba que el comité local denunciara a una familia campesina para que ésta fuera liquidada, y a quienes preguntaban por ellos se les decía que «se habían pasado al enemigo». En la época del comunismo libertario, concluía, «los aragoneses conocieron el terror como instrumento de autoridad y el crimen organizado [...]. Los enemigos de toda dictadura establecieron una autoridad que era incomparablemente peor, en cuanto a métodos terroristas, que los gobiernos más reaccionarios». Los propios anarquistas reconocen que hubo varias deserciones: en Iniesta (Cuenca), por ejemplo, parece ser que los «individualistas» tenían mucha fuerza. Esta gente no eran comunistas, sino anarquistas, interesados en la distribución de la tierra. Después de convertirse las grandes propiedades en la base de la colectividad, los «individualistas» insistieron en que se les dieran tres quintas partes de aquella tierra, junto con la mitad de las existencias y las herramientas de cultivo. Después permanecieron 80 familias en la colectividad, y evidentemente prosperaron —tomando prestadas 13 000 pesetas del cuartel general regional— de manera que a finales de 1937 el número de familias había

aumentado a 200[1328]. En Peñalba (Huesca), el resultado no fue tan satisfactorio. Al principio, en agosto de 1936, toda la población (1500 personas) entró a formar parte de la colectividad. Pero ésta no fue popular, porque la principal tarea de la colectividad era alimentar a la columna Durruti, acantonada allí cerca. Por consiguiente, la mayoría de la población, cuando reunieron el valor suficiente, o cuando se dieron cuenta de que contarían con el apoyo comunista, anunciaron su intención de reclamar su propiedad. Una comisión se encargó de supervisar la demolición, y lo hizo satisfactoriamente. En la colectividad quedaron 500 personas. Aun así, se mencionan otros casos de «malos colectivistas» que, cuando todo se daba gratis, trataban de acumular bienes y luego venderlos o dejar que se estropearan[1329]. No siempre quedó claro lo que ocurrió con tales personas: en San Mateo (Castellón) y Seros (Huesca), se dispuso explícitamente que la asamblea general de la colectividad podía expulsar a sus miembros por inmoralidad[1330], aunque nunca se hizo uso de esta facultad. En muchos sitios, las relaciones entre los agricultores privados y los colectivistas eran frías y corteses, pero no abiertamente malas: en Calanda (Teruel), el pueblo natal de Buñuel, por ejemplo, tenían un café para cada grupo[1331]. Y, por último, en Fatarella (Tarragona), los pequeños propietarios se alzaron en armas contra la CNT que quería colectivizarlos; hubo varios muertos antes de que se restaurara el orden[1332]. Pero, aun teniendo en cuenta su exageración y su parcialidad, ¿tenía razón Líster en su condena de este experimento o no la tenía? Es necesario investigar algún otro aspecto del problema antes de llegar a un veredicto.

El papel de la «asamblea general» de las colectividades variaba. En algunos lugares, era un cuerpo activo, en el que

la población podía, de vez en cuando, dirigir la política de la colectividad. En Ademuz (Valencia), por ejemplo, un pueblo encantador situado en la ladera de una montaña, la asamblea general se reunía cada sábado para discutir las «orientaciones futuras»[1333]. En Alcolea de Cinca (Huesca), se celebraban asambleas generales «mando era necesario»[1334]. En Alcázar de Cervantes y en Granadella (Lérida), las asambleas generales elegían el consejo de administración, pero después no hacían casi nada más[1335]. La colectividad de Cervera del Maestre (Castellón) se constituyó por «acuerdo de una asamblea abierta en la plaza del pueblo»[1336], Gastón Leval, un anarquista francés, describió sus visitas a aquellas asambleas generales en Aragón, donde los acuerdos adoptados «permitían a la población conocer, comprender e integrarse mentalmente en la sociedad, coparticipar en la dirección de los asuntos públicos, y en las responsabilidades, de manera que no había las recriminaciones y las tensiones que se producen siempre que el poder de decisión está limitado a determinados individuos, por muy democráticamente elegidos que sean, sin posibilidad de réplica»[1337].

Los secretarios de las colectividades, a menudo elegidos, más que por su dedicación política, porque sabían leer y escribir, tenían una responsabilidad considerable. En una colectividad del alto Aragón, el secretario era un estudiante universitario, hijo del cacique local, Vicente de Piniés, exministro de la monarquía. (Más tarde se alistó en el ejército, atravesó las líneas en pleno combate, y llegó a ser embajador con Franco)[1338].

Es particularmente difícil emitir un juicio sobre el éxito económico de las colectividades anarquistas. Había muchas variedades de agricultura. En algunos pueblos, por ejemplo, las familias salían el lunes por la mañana para trabajar toda

la semana en las montañas, con sus cabras y sus ovejas, y no regresaban hasta el sábado por la noche. Las estadísticas existentes dan un aumento de la producción de trigo de Aragón y el centro de España, los centros principales de colectividades, y una disminución en Cataluña y Levante, el baluarte de los campesinos propietarios. Este hecho fue utilizado por los anarquistas: «Campesinos de Castilla —escribió un tal N. González—, aquí tenéis las pruebas concluyentes de que la colectividad campesina no es una locura: es el sistema con el que la producción es mayor. Éste es el camino a seguir, queridos camaradas [...]»[1339]. Desgraciadamente, lo malo era que, aunque verdaderamente aumentó el trigo, como indican estas cifras, el aumento del consumo en el lugar de producción, la decadencia del sistema de transporte y distribución, el aumento de refugiados y la mayor demanda de alimentos que hacía inevitable el bloqueo nacionalista, dieron lugar a una escasez de comida en todas las ciudades de la República, excepto en Valencia.

A veces pueden conseguirse las cuentas de colectividades concretas. En el cuadro que viene a continuación están las de Almagro, una población de La Mancha, de unos 8000 habitantes, no muy lejos de Ciudad Real, que era un gran centro de la industria vinícola[1340].

Estas cifras muestran que la población de Almagro no alcanzaba los niveles de inflación de la República, que debían de ser, incluso en el campo, y entre las fechas mencionadas, aproximadamente de un 30%. El periodista anarquista que fue a Almagro en nombre del semanario *Campo Libre* comentaba además mordazmente que, aunque era evidente que la colectividad funcionaba correctamente, debía tratar de ahorrar, no para sí misma, sino para otras menos prósperas de la región. La colectividad de Almagro

parecía haber olvidado que formaba parte de una federación. Los camaradas que formaban el consejo de administración de Almagro estaban demasiado orgullosos. Sin embargo —y esto era algo que, al parecer, podía decirse de muy pocos directores de colectividades— ninguno de ellos fumaba ni bebía. En aquella población había una anomalía: un molino de harina anarquista dirigido por los trabajadores que, no obstante, no formaba parte de la colectividad. Sus productos eran de tres calidades, descritas por orden de valor como «FAI», «CNT» y «AIT»[1341]. La colectividad se componía de 300 familias, cada una de las cuales, en el año que iba del 1 de septiembre de 1936 al 31 de agosto de 1937, consumió 180 litros de aceite de oliva, 90 kilos de patatas y unos 350 kilos de pan. Durante el año se bebieron unos 430 litros de vino por familia; una cantidad modesta, teniendo en cuenta que se trataba del primer año de libertad revolucionaria. La iglesia había sido convertida en carpintería. La población era notable por la falta de «comunistas desordenados», y por las buenas relaciones que reinaban entre los partidos.

Continuaba existiendo el ayuntamiento, y en él los anarquistas tenían seis de los quince puestos[1342].

	Valor de los bienes el 1 de septiembre de 1936		Valor de los bienes el 2 de octubre de 1937	
Bienes				
Mulas	68.080	pesetas	91.150	pesetas
Cerdos	19.750	»	26.700	»
Corderos	70.000	»	74.000	»
Enseres agrícolas	140.500	»	150.405	»
Enseres para construcción y conservación de caminos	—		4.969	»
Carpintería	—		5.125	»
Dinero en efectivo	—		4.336,74	»
Valor de los bienes	298.330	pesetas	356.686	pesetas
Productos				
Cebada	3.400	fanegas	5.955	fanegas
Vino	500	arrobas	2.050	arrobas
Aceite	600	arrobas	1.700	arrobas
Centeno	80	fanegas	139	fanegas
Guisantes	60	fanegas	310	fanegas
Trigo	1.700	»	900	»
Maíz	35	»	—	»
Algarrobilla (judía)	160	»	335	»
Garbanzos	4	»	20	»
Yeros	70	»	30	»
Habas	20	»	160	»
Valor de los productos	100.953	pesetas	158.726	pesetas
Valor total de bienes y productos	298.330	pesetas	356.686	pesetas
	100.953	»	158.726	»
	399.283	pesetas	515.412	pesetas
Importaciones a la colectividad 1936-1937:			375.577,84	pesetas
Exportaciones de la colectividad 1936-1937:			371.242,10	»
Diferencia:			4.335,74	pesetas
Diferencia entre el valor de 1936 y el de 1937:			116.129	pesetas

Los salarios variaban de una colectividad a otra, y en realidad se seguía el criterio de que, cuanto más rica era la colectividad, mejor pagaba a los trabajadores. Ésta era una conclusión irónica, aunque sin duda inevitable, del sueño libertario. En cambio, en muchos sitios daban gratis un poco de aceite, vino, pan e incluso carne, no se pagaban alquileres, y también eran gratuitos la luz eléctrica (donde la había), el barbero, la asistencia médica y las medicinas. Los

salarios generalmente variaban según el tamaño y las necesidades de la familia. Como hemos visto, el dinero se abolió totalmente en muchos sitios, pero, en la mayoría de ellos, al cabo de pocos meses, o fue sustituido en forma de vales o bonos, o reapareció con el pago de un «salario normal», como en cualquier otro sitio. Por ejemplo, en Graus (Huesca), al principio los salarios se pagaban en vales: a final de mes, éstos fueron sustituidos por unos billetes divididos en puntos; luego, debido a la importancia de la localidad, situada en una encrucijada, volvió a introducirse la peseta; y, por último, el comité emitió una moneda local para uso interno del pueblo, con diferentes pagos según las necesidades[1343].

En unos pocos lugares, especialmente si estaban apartados y donde era de esperar que el mal tiempo causara escaseces en invierno, se permitió que los colectivistas mantuvieran unos cuantos animales propios: en Piedras Henares (Guadalajara), por ejemplo, había dieciocho gallinas y tres cabras[1344]; en otros lugares, se montaron comedores comunales donde los solteros podían comer gratis, y los transeúntes por una peseta.

En unos pocos lugares, las estadísticas señalan un verdadero aumento de la producción, por ejemplo en la colectividad de Miralcampo, instalada cerca de Guadalajara en tierras que antes habían pertenecido al conde de Romanones[1345]. También hubo algunas mejoras radicales impuestas o posibilitadas por las exigencias de la guerra y, tal vez, por el deseo de los colectivistas de demostrar la superioridad de su sistema sobre todos los demás. Una y otra vez, llegaban informes de nuevas granjas modelo de cerdos, nuevos molinos y nuevas carreteras. La tierra a menudo era cultivada de una forma más racional que antes de la guerra, se extendió el regadío, se iniciaron inteligentes cambios de

producción, mejoró la higiene y se construyeron muchos cobertizos. Muchas colectividades compraron nueva maquinaria agrícola. Aumentaron las escuelas, y el ansia de educación de jóvenes y mayores fue satisfecha, por lo menos parcialmente, en conventos o palacios transformados, por nuevos maestros, que a su vez habían aprendido con dificultad.

Desde luego, a innumerables trabajadores, la ausencia, la muerte o, en algunos casos, la jubilación de la antigua clase dominante, del cura, de todo el complicado aparato de la forma de vida católica tradicional, y de todas las cosas que ésta llevaba consigo —tales como la subordinación de las mujeres— les tenían en un estado de euforia permanente, que compensaba todos los inconvenientes de la guerra. La vida tradicional en España había sido muy a menudo, en las pequeñas poblaciones de Castilla y Aragón, extraordinariamente limitada. Ahora, por lo menos, las ventanas parecían abiertas. La conquista del poder por los trabajadores había creado problemas, pero gran parte del tedio de la antigua vida había desaparecido, arrastrado por un mar de lemas, de estímulos para trabajar más, de canciones revolucionarias, viejas canciones con letra moderna, de emisiones radiofónicas y reuniones de comité, que daban la ilusión, al menos, de que existía una vida política en la que podían participar todos.

Desde el punto de vista del gobierno, la principal desventaja práctica de las colectividades era que no pagaban impuestos; y, aunque los anarquistas decían que «consideraban un deber sagrado llevar los alimentos directamente al frente»[1346], éstos llegaban a intervalos irregulares, o sea que no se podía contar con ellos, y a menudo se malgastaban. Y tampoco se podía contar con que las colectividades siguieran las directrices gubernamentales,

a pesar de la presencia de representantes de la UGT en muchos consejos de administración.

En diciembre de 1936, los principales funcionarios del ministerio de Agricultura, empezando por el ministro, eran comunistas. (Castro Delgado había pasado del Quinto Regimiento a ser director general de la Reforma Agraria, y el secretario general era otro comunista, Morayta Núñez)[1347]. Esto hizo que muchos trabajadores del campo pensaran que, aunque la clase dominante era nueva, todo era virtualmente igual que antes en todos los aspectos realmente importantes.

Es difícil calcular cuál habría sido el destino de las colectividades si el país hubiera estado en paz. Porque es posible que la misma existencia de la guerra y de los otros partidos revolucionarios —por paradójicos que pudieran parecer ambos fenómenos a los anarquistas— fueran las causas parciales del éxito que tuvieron las colectividades. La guerra mantenía el sentido del servicio comunitario. Al mismo tiempo, el apoyo del gobierno y de los comunistas a los pequeños propietarios agrícolas significaba que éstos, generalmente, a partir del otoño de 1936, estuvieron seguros de tener un aliado en caso de necesidad: el consejo de administración de cada pueblo no podía intimidar demasiado a los individuos para obligarles a unirse a ellos o conformarse. (El ministro comunista de Agricultura pronunció una serie de discursos prometiendo al agricultor privado que sus intereses serían protegidos por el Partido Comunista, y el mensaje fue captado: como ya hemos señalado, en febrero de 1937, un tercio de todos los miembros del partido eran campesinos propietarios).

Podemos sacar la conclusión general de que, en tiempo de paz, la experiencia colectiva habría sido un éxito o un fracaso según el grado en que los que la llevaran a cabo

hubieran sido capaces de aceptar la permanencia del Estado y de los propietarios privados, y de colaborar con ambos; y según el grado en que el Estado y los propietarios privados se hubieran avenido a aceptar permanentemente estos *kibbutzim* españoles al lado de las empresas económicas y sociales convencionales. Algunos anarquistas, como Horacio M. Prieto, seguían esta línea, y algunos también estaban empezando a ver que la fusión de, por ejemplo, veinticinco o cincuenta tiendas de comestibles en un gran almacén colectivo no siempre era necesariamente una ventaja desde el punto de vista social. La abolición de los cerrajeros, zapateros y carpinteros artesanos privados a menudo llevó a la desaparición total de estos oficios tan esenciales. Y además ¿cómo se conseguiría garantizar que las colectividades ricas entregaran su exceso de producción en beneficio de las pobres?, y ¿cómo lograrían los gerentes rurales los fertilizantes, la maquinaria, el crédito y la asistencia técnica que necesitaba la agricultura española, quienquiera que fuera el que la dirigiera? O sea que hay demasiadas preguntas sin respuesta para poder decir que estas empresas agrarias fueron un éxito. Sin embargo, es evidente que canalizaron el entusiasmo y los intereses de muchos hombres y mujeres pobres, pero entregados a su trabajo. No merecieron ni el desprecio de los comunistas ni la brutalidad de los nacionalistas, pese a que la crueldad y las manías de grandeza de algunos de los dirigentes anarquistas, como Joaquín Ascaso, disminuyeran la simpatía que, de otro modo, inspirarían a todo el mundo aquellos autodidactas idealistas que trabajaron en el sistema.

Un último problema del invierno de 1936-1937 requiere un comentario. Surgió en la rica tierra de Valencia, la región que producía el 60% de los agrios españoles, teniendo en cuenta que las naranjas, entonces como ahora, eran la

exportación más importante de España. Desde el estallido de la guerra, la comercialización corría a cargo de un comité de la UGT y la CNT (aunque dominado por esta última), que representaba a los intermediarios, y no a los cultivadores de naranjas propiamente dichos. El ministerio de Agricultura pagaba a este comité la mitad del precio internacional de la cosecha en el momento de la entrega, y la otra mitad después de la venta y la deducción de los gastos. Los cultivadores de naranjas, con el apoyo de Uribe, el ministro comunista de Agricultura, acusaron a este comité de que se quedaba con los beneficios, y a ellos no les daban nada. El comité arguyó que, si la cosecha de naranjas volvía a manos de comerciantes privados, no sólo quedarían destruidos los sindicatos, sino que los comerciantes sacarían de España las divisas extranjeras que ganaran. El odio de los cultivadores de naranjas al comité anarquista fue manifestado por el pueblo de Cullera, unos 40 kilómetros al sur de Valencia, que se alzó en armas contra él. El gobierno envió carabineros armados, hubo varios días de lucha, varios muertos, y, al final, el gobierno se hizo cargo del comité. A pesar de todo continuaron las colectividades locales, mientras que los portavoces anarquistas se dedicaron a hacer correr la historia de que los campesinos privados de Cullera habían tratado de entregarse a los nacionalistas, haciendo señales luminosas de cara al mar para atraer la atención de la flota nacionalista. Las acusaciones de fascismo, como veremos más adelante, serían muy frecuentes y se utilizarían mucho dentro del campo revolucionario y republicano durante 1937[1348].

33

El bloqueo nacionalista. — Reconocimiento de los nacionalistas por parte de Alemania e Italia. — Acuerdo hispano-italiano del 28 de noviembre. — España ante la Sociedad de Naciones. — Los comienzos de la Brigada Abraham Lincoln. — El plan de control de la no intervención. — La Ley de Embargo en los Estados Unidos. — El mar Cantábrico.

Las batallas en torno a Madrid en el invierno de 1936-1937 fueron acontecimientos tan internacionales como españoles. Sin embargo, los diplomáticos hablaban como si la no intervención pudiera ser verdad. Así, el 12 de noviembre, Maisky, el embajador ruso en Londres («en cierto modo, un segundo embajador leal en Londres»)[1349], había comentado muy satisfecho que «después de semanas enteras de divagaciones sin objeto, nuestro comité [...] ha elaborado un esquema para conseguir un control más o menos efectivo del acuerdo de no intervención»[1350]. Porque, aquel día, había sido aprobado un plan de *lord* Plymouth para descubrir las violaciones del pacto situando observadores en las fronteras y los puertos españoles. Portugal, Alemania e Italia arguyeron que, antes de presentar el plan a los dos contendientes españoles, había que incluir un control aéreo. La práctica imposibilidad de éste indicaba que a estos países les interesaba más prolongar las negociaciones que llegar a

un acuerdo. Precisamente entonces, el cónsul alemán en Odesa y los corresponsales de prensa en Estambul informaron del embarque de armas en Rusia.

Naturalmente, el cónsul alemán no fue el único en advertir el embarque de la ayuda militar rusa. El 15 de noviembre, Edén, en la Cámara de los Comunes, anunció claramente que había países «más culpables de infracción de la no intervención que Alemania e Italia». El 17 de noviembre, Edén se enfrentó además con un nuevo problema. Los nacionalistas declararon que estaban dispuestos a impedir que llegara material de guerra a la República, y que, para ello, detendrían y registrarían los barcos en alta mar. Pero, de acuerdo con las leyes internacionales, los barcos británicos podían transportar armas a España desde puertos extranjeros, y pedir ayuda a la marina de guerra inglesa si había interferencias, a no ser que éstas se produjeran en aguas territoriales españolas, en las que la marina inglesa no tenía derecho a entrar. El gobierno británico consideraba la actuación de estos barcos mercantes «contraria al espíritu, cuando no a la letra» del acuerdo de no intervención. La marina de guerra no quería proteger a los barcos mercantes que se dedicaran a aquel comercio[1351]. Si se reconocían a Franco los derechos de beligerante en la guerra civil, las interferencias serían legales. Aunque al gobierno británico le habría gustado reconocerlos (creían que de aquel modo sería más fácil que Inglaterra se mantuviera al margen del conflicto), los franceses se oponían. Edén no deseaba ayudar a Franco ni ofender a Francia. Pero le habría gustado «enseñar los dientes en el Mediterráneo». El 22 de noviembre, en el gobierno, la mayoría de los ministros arguyeron en favor de los derechos de beligerancia, mientras que Edén se opuso a ellos. Ganó éste, y el gobierno decidió dejar que la marina de guerra

protegiera a los barcos ingleses que llevaran carga ordinaria, pero prohibir a los barcos ingleses el transporte de armas[1352]. En realidad, el 20 de noviembre, el almirantazgo dijo a los barcos de guerra ingleses que cualquier barco español podía detener a los buques mercantes y registrarlos en busca de armas. Edén no consiguió que se cancelara esta orden hasta el 25 de noviembre. Fue una suerte para el gobierno inglés que no hubiera filtraciones y esto no llegara a oídos de la prensa[1353].

Antes de que se hubiera digerido el anuncio del bloqueo, Alemania e Italia proclamaron que reconocían a los nacionalistas como el gobierno de España. Franco recibió la noticia y reaccionó ante ella diciendo que Alemania e Italia, con Portugal y la España nacionalista, eran los baluartes de la cultura, la civilización y la cristiandad en Europa. «Este momento —añadió con una exageración poco habitual en él— marca la cumbre de la vida del mundo»[1354].

Pero la situación era peligrosa, porque, el 21 de noviembre, un submarino italiano había atacado y torpedeado al crucero republicano *Miguel de Cervantes* frente a la costa de Cartagena[1355]. El 27 de noviembre, el embajador italiano en París manifestó a su colega norteamericano, Bullitt, que Italia no dejaría de apoyar a Franco, aun cuando Rusia abandonara a la República, «porque los efectivos de Franco no son suficientes para permitirle conquistar toda España»[1356]. Mussolini lo apostaba todo a la victoria de Franco. Acababa de enviar a Anfuso, el principal secretario de Ciano, y al jefe del servicio de información secreta militar, coronel Roatta, a Franco, para sugerirle que Italia estaba dispuesta a enviar una división de «camisas negras» a combatir en España. A cambio, quería que Franco apoyara a Italia en su política mediterránea. Las relaciones comerciales serían lo más

favorables posible[1357]. El 28 de noviembre, Franco aceptó este trato sin entusiasmo, y empezaron a organizarse los camisas negras. En aquellos momentos, Italia había enviado a Franco, en total, unos 50 tanques ligeros Ansaldo-Fiat, 50 piezas de artillería, unos 24 cazas Fiat, 19 bombarderos Savoia 81 y algunos bombarderos ligeros Romeo 37[1358]. Ahora fueron retirados la mayoría de los especialistas en tanques, que habían combatido desde el 21 de octubre hasta el 26 de noviembre, vinculados a la legión, dejando en España el material y un grupo de pilotos italianos bastante desmoralizados, dirigidos por el capitán Fagnani, que eran los únicos italianos que, en realidad, estaban luchando con Franco[1359].

Entretanto, llegó a Burgos el primer encargado de negocios alemán ante el gobierno nacionalista. Se trataba del general *von* Faupel, jefe de un cuerpo de ejército en la primera guerra mundial, que más tarde sería un organizador del *Frei Korps*, y pasaría la mayor parte de la década de los años 20 ayudando a reorganizar los ejércitos de Argentina y Perú. Era un nazi convencido, hablaba español con soltura, ya que, desde 1934, era director del Instituto Alemán Iberoamericano, y en el ministerio alemán de Asuntos Exteriores se le tenía mucha antipatía. Hitler le había dicho que no se entrometiera en asuntos militares, y se llevó consigo un hombre que se encargara de la propaganda, y otro para la «organización de la Falange». Desde el principio, él y su mujer —«gruesa, inteligente y maternal»— cayeron mal a los dirigentes españoles[1360]. Von Faupel, en cambio, encontró a Franco «agradable», pero «incapaz de calibrar las necesidades de la situación»[1361]. El general *von* Faupel era antirreligioso, y odiaba a la clase alta española; porque pensaba que sólo un hombre de baja extracción podía hacer una revolución fascista. Por lo tanto, sus agentes

se asociaron y apoyaron a los miembros más radicales de la Falange, particularmente a Manuel Hedilla[1362]. Von Faupel quería que Hitler llevara a cabo una cruzada antibolchevique, en España y en todas partes; pero Hitler le había dicho que España era «un reclamo que entretenía a las grandes potencias y dejaba a Alemania libre para perseguir sus objetivos en el este»[1363].

El primer informe de *von* Faupel a Berlín fue para pedir (de acuerdo con el general *von* Sperrle, el jefe de la Legión Cóndor) que Alemania abandonara ahora a Franco, o enviara más fuerzas. Sólo se necesitaba una fuerte división alemana y otra italiana[1364]. Una fuerza de combate concentrada, de quince a treinta mil hombres, decía, podía romper fácilmente las líneas republicanas de forma abrumadora y ganar la guerra. Dieckhoff, en el ministerio de Asuntos Exteriores, se opuso a esto, arguyendo que se necesitaría más de una división alemana, y que, si se enviaban tales fuerzas, Alemania e Italia suscitarían el mismo odio que habían despertado los franceses en 1808, en España. Además, Alemania y la España nacionalista pronto tendrían que considerar la cuestión del pago, ya que Alemania codiciaba los minerales españoles, y otros bienes. De hecho, el último día del año 1936, *von* Faupel y un miembro del servicio diplomático nacionalista firmaron un protocolo que ampliaba el tratado comercial existente hasta el 31 de marzo de 1937, y preveía la celebración de nuevas negociaciones antes de aquella fecha.

Antes de esto, Delbos, que temía que Italia estuviera a punto de atacar Barcelona, y sabía que Franco podía pagar la ayuda alemana con minerales[1365], propuso a Edén que pidiera a Alemania, Italia y Rusia que llegaran a un «acuerdo entre caballeros» para cesar en la venta de armas, y luego mediar en España. Delbos también pidió apoyo a Roosevelt.

Bullitt, al recibir la petición, aprovechó la oportunidad para advertir a Delbos que «no basara su política exterior [...] en la expectativa de que los Estados Unidos volverían a enviar tropas o barcos de guerra u oleadas de municiones y dinero a Europa»[1366]. Mientras tanto, el 2 de diciembre, el comité de no intervención (con la abstención de Portugal) acordó presentar a los dos bandos españoles el plan de control de *lord* Plymouth[1367].

El 4 de diciembre, Francia e Inglaterra se pusieron oficialmente en contacto con Alemania, Italia, Portugal y Rusia para tratar de la mediación. Edén sugirió que «las seis potencias más directamente relacionadas» pidieran un armisticio, y enviaran una comisión a España para que, después de un plebiscito, formaran un gobierno constituido por hombres que se hubieran mantenido al margen de la guerra civil, como Salvador de Madariaga, a quien Edén había conocido en Ginebra y al que tenía un gran respeto; Madariaga había sido el representante español durante los últimos años de la República, y había sido funcionario permanente de la Sociedad de Naciones[1368].

Así pues, entonces había tres planes francobritánicos para mejorar las condiciones de la guerra civil: el plan de control, la propuesta de mediación, y una sugerencia hecha por *lord* Plymouth en el comité de no intervención, en el sentido de dar prioridad al cese del envío de voluntarios a España. El 6 de diciembre, mientras se suponía que por lo menos estaban considerando estas sensatas ideas, Mussolini, Ciano y los jefes de estado mayor italianos se reunieron para planear la fase siguiente de su ayuda a España[1369]. También asistió a la reunión del omnipresente Canaris, para decir a los italianos que el gobierno alemán deseaba reducir su participación en España en comparación con la participación italiana. El ministerio de la Guerra alemán había decidido no acceder a

la petición de *von* Faupel de enviar a España unidades completas. Ya que Italia quería obtener ventajas diplomáticas, correspondía a Mussolini prestar más ayuda a Franco que la que Alemania podía suministrar. Al día siguiente, 7 de diciembre, Roatta fue investido con el mando supremo de todos los italianos en España, y en el ministerio italiano de Asuntos Exteriores se instaló una «oficina española» para planear este nuevo paso[1370]; además, en este mismo mes de diciembre, se reunieron los dos estados mayores navales de las dictaduras y acordaron que, como línea general, Italia actuaría en favor de Franco en el Mediterráneo, y Alemania se concentraría en el Atlántico.

El 10 de diciembre, con disgusto por parte de Litvinov (que era contrario a que se llevara el caso español a la Sociedad de Naciones) y de los franceses (que no habían sido consultados en absoluto), Álvarez del Vayo planteó el caso de la República ante el consejo de la Sociedad de Naciones, en Ginebra. No podía esperar que, después de tantos fracasos a la hora de emprender una acción colectiva, la Sociedad de Naciones fuese a tener una intervención decisiva en España; pero, al menos, la cuestión fue incluida en el orden del día. Álvarez del Vayo pidió que la Sociedad de Naciones condenara a Alemania e Italia por haber reconocido a los rebeldes. Señaló que barcos de guerra extranjeros habían atacado a mercantes en el Mediterráneo, que se habían utilizado innumerables tropas marroquíes, que la guerra de España era un peligro general para la paz, y que el acuerdo de no intervención era ineficaz. Finalmente, el consejo instó a los miembros de la Sociedad de Naciones que pertenecían al comité de Londres a que hicieran todo lo posible para garantizar la no intervención, y recomendó la mediación. Aunque Rusia y Portugal declararon que estaban dispuestas a apoyar cualquier plan de mediación razonable,

Alemania e Italia, aunque ofrecieron su apoyo, dijeron que pensaban que era muy probable que ninguno de los dos bandos aceptara la idea. Tenían razón: los periódicos nacionalistas y los republicanos rechazaron la mediación en sus editoriales. Se abandonó el plan de mediación, y Edén y Delbos encaminaron sus esfuerzos a conseguir que se llevaran a cabo planes menos ambiciosos. La República aceptó en principio el plan de control el 16 de diciembre, a la vez que exponía sus puntos de vista ya conocidos sobre la no intervención, y se reservaba el derecho a rechazar el plan después de estudiarlo más. Los nacionalistas respondieron, el 19 de diciembre, haciendo preguntas. Éstas fueron estudiadas por el subcomité del comité de no intervención el 22 de diciembre, en una atmósfera de aprensión ante la renovada posibilidad de una guerra general[1371].

Esta alarma fue causada por la llegada de los primeros 3000 camisas negras a Cádiz; porque la República española había capturado el barco alemán *Palos*, que se dirigía a la España nacionalista; y porque los nacionalistas habían hundido un barco ruso de suministros, el *Komsomol*. En París, Delbos mantuvo una solemne conversación con Welczeck. Le dijo que el pueblo francés quería llegar a un entendimiento con Alemania[1372]. La forma de lograrlo era colaborar en el caso de España. La víspera de navidad de 1936, los embajadores franceses e ingleses en Berlín, Roma, Moscú y Lisboa insistieron, al margen del comité de no intervención, en la necesidad urgente de prohibir los envíos de voluntarios a partir de enero.

François-Poncet dijo en Berlín que la cuestión no había parecido hasta entonces a Francia tan importante como para justificar aquella interferencia en la libertad personal[1373]. Pero las perspectivas de que esto pudiera llevar a alguna parte quedaron muy poco claras cuando el embajador

italiano aseguró a Blum que sólo podría iniciarse un período de amistad francoitaliana si dejaba que Franco subiera al poder en España. Mussolini, añadió el diplomático (y quizá decía la verdad), odiaba a Hitler y estaba deseando tener una oportunidad para romper con él. Otra muestra de esta actitud de positivo apaciguamiento pudo verse en el «acuerdo entre caballeros» angloitaliano del 2 de enero de 1937. Éste afirmaba la independencia de España y la libertad de paso por el Mediterráneo[1374]. Pero las noticias del aumento del apoyo italiano a Franco acabaron con cualquier idea de que aquel acuerdo no fuera sólo papel mojado. «Parecía sumamente probable —reflexionaba Edén más tarde— que Mussolini hubiera utilizado nuestras negociaciones para encubrir su intervención posterior»[1375].

Ahora estaban llegando a España, indiscutiblemente, manadas de «turistas armados», como los llamaba Winston Churchill, o *commis voyageurs en idéologie*, en palabras del coronel Morell, agregado militar francés en Madrid[1376]. El 15 de enero, llegó a Cádiz una segunda expedición de 3000 camisas negras y 1500 técnicos italianos. El Duce quería que sus italianos fueran a España para dar gloria a Italia y, por consiguiente, no quería mezclarlos con unidades españolas, como hacía Franco. Éste cedió, de mala gana, durante algún tiempo. A mediados de enero, el total de italianos en España era de 17 000[1377]. Estas tropas recibían dos tipos de paga: dos pesetas diarias de Franco y 20 liras diarias de Mussolini. Sin embargo, en Roma se hablaba de otra paga de 25 pesetas diarias, y de un seguro de 20 000 liras, para atraer voluntarios[1378]. Entretanto, se instalaron centros de reclutamiento de voluntarios para España en las mayores capitales de provincia de Italia, particularmente en las zonas más pobres, como Bari, Cagliari o Nápoles. (En Italia también había agentes secretos comunistas que reclutaban

voluntarios para las Brigadas Internacionales). Y no sólo eso, sino que fueron enviados a España empleados de los ferrocarriles italianos para reorganizar los ferrocarriles conquistados por Franco. Los alemanes que había en España seguían siendo 7000, pagados únicamente por Berlín.

El último día de 1936, el cónsul general norteamericano en Barcelona calculaba que, desde octubre, habían llegado de Francia en tren unos 20 000 voluntarios para la República, y que habían pasado 4000 por Barcelona y Albacete entre navidad y la víspera de año nuevo[1379], mientras en Moscú, el 1 de enero de 1937, 17 pilotos rusos eran nombrados «héroes de la Unión Soviética» por «difíciles servicios al gobierno» —esto es, por servicios en España[1380]—. Así pues, la guerra estaba trayendo cada vez más hombres a España, de todas partes. Durante todo este tiempo, Rusia no hizo ningún comentario público sobre su ayuda a España, pero, naturalmente, sus tanques y sus aviones fueron advertidos por todos los observadores.

El primer grupo organizado de 96 norteamericanos voluntarios para la España republicana salió de Nueva York el 26 de diciembre[1381]. En realidad, según la ley americana, era un delito que un americano se alistara en el ejército de otro Estado. Pero esto no se aplicaba a los norteamericanos que se presentaban voluntarios en otro país, sino sólo a los reclutados en suelo estadounidense. A partir del 11 de enero, sus pasaportes llevaron normalmente el sello «No válido para España»[1382]. Esto no tuvo mayores consecuencias, ya que, desde París, la organización de las Brigadas se encargaba de los voluntarios, que para entonces ya funcionaba muy bien. De hecho, no hubo ningún proceso contra ningún ciudadano norteamericano que se hubiera presentado voluntario para la República.

El «embargo moral» sobre la venta de material de guerra a España había sido eficaz, por lo general, aunque a España llegó algo de material norteamericano a través de México. Pero, el 28 de diciembre, Robert Cuse, un lituano nacionalizado como estadounidense que trabajaba para la llamada Vimalert Enterprise, de Jersey City (y que probablemente trabajaba para el gobierno ruso), solicitó una licencia para enviar al gobierno español aviones, motores y otras partes de avión por valor de 2.775 000 dólares[1383]. El Departamento de Estado tuvo que conceder la licencia, pero lamentó que una compañía norteamericana hubiera insistido en hacer valer sus derechos legales en contra de la política del gobierno. Temiendo, con razón, que el gobierno de los Estados Unidos pudiera actuar rápidamente para impedir el envío, Cuse empezó inmediatamente a cargar su mercancía en el buque mercante español *Mar Cantábrico*. Mientras tanto, el presidente dispuso que el senador Pittman y el representante McReynolds presentaran resoluciones para prohibir los embarques de armas para España en las dos cámaras del Congreso tan pronto como se reuniera éste, el 6 de enero[1384].

Aquel día, en el Senado, sólo se opuso a la resolución el senador Nye. Arguyó que el embargo era injusto, porque perjudicaba más a la República que a los nacionalistas. También lo criticaron varios miembros de la Cámara Baja. Pero el Senado aprobó la nueva ley por 81 votos a favor y ninguno en contra, y la Cámara de Representantes por 406 contra uno. El representante Bernard, que fue quien disintió, declaró que aquello era un acto de falsa neutralidad, ya que su efecto era «arrebatar a la España democrática sus legítimos derechos internacionales en el momento en que estaba siendo asaltada por las hordas fascistas»[1385]. Sin embargo, un error técnico del Senado impidió que la

resolución se convirtiera en ley hasta el día 8, y, el día 7, el *Mar Cantábrico* zarpó apresuradamente de Nueva York, aunque llevando sólo parte del cargamento de Cuse.

Pero no acabó aquí la aventura. Dos pilotos norteamericanos, Bert Acosta y Gordon Berry, que habían pilotado aviones republicanos durante el otoño por la elevada paga que se ofrecía entonces, afirmaron que les debían 1200 dólares por sus servicios. Convencieron al servicio de guardacostas para que presentara una orden de embargo al capitán del *Mar Cantábrico* en el estuario de Long Island[1386]. Pero resultó que el embargo sólo podía aplicarse a las propiedades de Prieto. De manera que, acompañado por un avión y un barco del servicio de guardacostas (por si el embargo de armas se convertía en ley más rápido de lo que se esperaba) hasta el límite de las tres millas de aguas territoriales, el *Mar Cantábrico* salió con rumbo a Veracruz, en México, donde recogió más carga y zarpó para España. Aunque entonces iba camuflado de barco inglés, fue capturado por el crucero nacionalista *Canarias* en el golfo de Vizcaya, y el material que transportaba fue confiscado. Los españoles que formaban parte de la tripulación fueron ejecutados[1387].

Franco declaró que, con la ley de Embargo, el presidente Roosevelt se había portado como un «verdadero caballero». Alemania también alabó la ley. Los comunistas americanos protestaron, así como muchos intelectuales liberales de los Estados Unidos. El petróleo no estaba incluido en la ley. Los liberales pidieron al presidente que declarara, por lo menos, que había un estado de guerra, debido a la presencia de tantas tropas extranjeras en España, y que, por lo tanto, había que aplicar el acta de neutralidad de 1935, con el fin de evitar toda exportación de material de guerra a Alemania e Italia. Cordell Hull convenció a Roosevelt de que una

declaración como aquélla podía aumentar las probabilidades de una guerra general. Por lo tanto, el presidente se abstuvo de dar este paso[1388]. Sin embargo, a España llegó algo de material americano, a través de Alemania y Rusia; por ejemplo, el tanque T-26 llevaba incorporado un cañón de 40 milímetros que al principio se fabricaba en Estados Unidos y se vendía a Rusia[1389]. El desafío abierto de Cuse al gobierno de los Estados Unidos creó dificultades a otras personas (entre ellas el embajador republicano en México, Félix Gordón Ordás) que estaban tratando de conseguir armas en los Estados Unidos de forma más secreta[1390].

El 5 de enero Portugal, y el 7 de enero Alemania e Italia, contestaron a la propuesta anglofrancesa sobre los voluntarios. (Rusia había respondido afirmativamente el 27 de diciembre). La nota alemana fue redactada personalmente por Hitler. ¿Por qué se intentaba dar de lado al comité de no intervención? ¿No era injusto hacer aquella propuesta entonces, cuando el bando republicano estaba tan bien provisto de voluntarios extranjeros? Sin embargo, Alemania cooperaría, siempre que el plan fuera controlado efectivamente[1391]. Edén, por consiguiente, propuso al gobierno británico que ofreciera los servicios de la marina para supervisar los puertos de la costa española, con derecho a registrar. Baldwin, que antes de la discusión había aprobado la idea de Edén, no le apoyó; Hoare, primer *lord* del Almirantazgo, criticó duramente a Edén, diciendo: «Estamos llegando a un momento en que, como nación, estamos intentando impedir que gane el general Franco». Esgrimió «toda clase de argumentos técnicos» para invalidar el plan de Edén; la costa española era demasiado extensa, se necesitarían demasiados barcos, y habría que movilizar a la reserva naval. Otros ministros adoptaron idéntica postura, y el gobierno sólo autorizó a Edén a que llevara adelante un

plan internacional, no británico, de no intervención. El 10 de enero fue enviada «una propuesta truncada», como la llamó Edén, de acuerdo con la línea del gobierno[1392]. Así pues, se perdió una buena oportunidad de conseguir un verdadero control de la no intervención. A pesar de todo, en una circular repartida entre los miembros del gobierno el 8 de enero, se puso de manifiesto que Edén, por lo menos, se había dado cuenta de que «ahora es menos importante para la paz de Europa cómo va a ser el futuro gobierno de España que el hecho de que los dictadores no salgan victoriosos»[1393].

Entonces, Alemania, que parecía haber dejado los asuntos de España en manos de Italia, de repente adoptó una actitud provocadora. El barco alemán *Palos* había sido puesto en libertad después de ser capturado por la República el 27 de diciembre, pero quedó detenido un español que iba a bordo, así como un cargamento de celuloide y teléfonos, que se consideró material de guerra. La petición de Alemania para que fueran dejados en libertad el prisionero y el material no fue aceptada. Neurath se mostró de acuerdo en amenazar con «medidas más duras» si no se cumplimentaba la petición inmediatamente. Al no cumplimentarse, fueron capturados tres buques mercantes republicanos, y dos de ellos fueron entregados a los nacionalistas. Y el bombardeo de un puerto se dejó para el futuro.

Después se produjo otra crisis. El 7 de enero, el gobierno francés se enteró de que habían desembarcado en el Marruecos español 300 alemanes. El hombre del Quai d'Orsay, Alexis Léger, recordó a Welczeck, el embajador alemán en París, el acuerdo franco-español de 1912 sobre Marruecos, que prohibía la fortificación uno contra otro del Marruecos español y del francés. Welczeck negó que pudiera haber tropas alemanas en el Marruecos español. Entretanto,

la prensa francesa estaba muy excitada. Vansittart solicitó ayuda inglesa para Francia si se demostraba que los informes eran correctos. Al día siguiente, empezaron a concentrarse tropas francesas a lo largo de la frontera entre el Marruecos francés y el español. Von Faupel informó a Neurath de que había una unidad alemana en Melilla —una posesión española a la que no se aplicaba el acuerdo sobre Marruecos—, pero en ningún otro lugar. Mientras tanto, Hitler llamó a François-Poncet y le dijo que Alemania no tenía ambiciones territoriales en el suelo español. Esta afirmación se publicó en la prensa, y la crisis perdió toda su virulencia. El coronel Beigbéder, en su calidad de alto comisario de Marruecos, dijo al cónsul francés en Tetuán que, de hecho, eran los italianos, y no los alemanes, los que «estaban intentando establecerse en el Marruecos español, bajo cualquier pretexto: ofrecían con profusión todo lo que uno podía desear […] él se había negado». También dijo que, aunque algunos alemanes habían pasado por Marruecos, allí no había ninguno de forma permanente, ni lo habría[1394]. Beigbéder era un hombre honrado, y el francés le creyó. Así pues, el incidente pasó a la historia como una alarma más de guerra, fácilmente creada y fácilmente desaparecida, en la cadena de inquietud que destrozó los nervios de Francia entre 1918 y 1939[1395].

Pero Marruecos estaba asumiendo un extraño papel en la guerra civil. La guardia del general Franco estaba formada por tropas marroquíes; el coronel Beigbéder había animado o engatusado a unos 50 000 voluntarios marroquíes para que apoyaran el alzamiento; y, sin embargo, se habían iniciado negociaciones entre la República y los dirigentes nacionalistas marroquíes para conceder la independencia al protectorado a cambio de que cesara su ayuda a Franco. Antes del 18 de julio de 1936, un «comité de acción

nacionalista marroquí» incluso había enviado una delegación para advertir al gobierno de Madrid de lo que estaban planeando los oficiales del ejército de África; pero el gobierno de Casares Quiroga no hizo caso de ésta, ni de ninguna otra advertencia[1396]. Después del alzamiento, el mismo comité recibió a representantes de la izquierda francesa y del gobierno de Madrid. El comité dijo que ayudaría a «salvar la democracia en España», siempre que la República proclamara su apoyo a la independencia del Marruecos francés y español. Se hicieron otras peticiones, como la de que España diera armas a los nacionalistas y que Francia iniciara todas las reformas necesarias en el sultanato. Abdel Kjalak Torres, dirigente del partido reformista, acudió a Barcelona en el otoño de 1936 para ofrecer una alianza. Los catalanes mostraron interés por el asunto, pero Largo Caballero rechazó la idea, por miedo a dificultar las cosas a Léon Blum[1397]. Porque Herriot, el ministro francés de Colonias, «amenazaba con actos terribles si la República apoyaba aquella empresa que, en su opinión, era un acto de locura». Entonces, Largo Caballero ofreció 40 millones de pesetas al comité de Abdel Kjalak Torres para que hiciera propaganda en favor de la democracia española, comprometiéndose a «portarse bien» en Marruecos cuando ganaran. Los marroquíes rechazaron esta idea, pero mantuvieron relaciones con los catalanes.

Más tarde, sin embargo, el gobierno republicano dio otros pasos para intentar revolver a Marruecos contra Franco. Por ejemplo, el 19 de febrero de 1937, propusieron a Inglaterra y a Francia concesiones en Marruecos favorables a ambos países (quizá la cesión a Francia de todo el Marruecos español), si cambiaban su postura respecto a la no intervención[1398]. Más adelante todavía, Carlos Baraibar, que para entonces era el subsecretario de Guerra de Largo

Caballero, ofreció simplemente dinero a los marroquíes para iniciar una rebelión contra Franco; pero ellos se negaron[1399].

El 14 de enero, Weizsaecker dijo a un miembro del servicio de información privada de Ribbentrop que «hay que abandonar la aventura española. Sólo se trata de sacar a Alemania del asunto airosamente», añadió[1400], Sin embargo, Goering reconoció el mismo día que Alemania nunca toleraría «una España roja»[1401]. En medio de estas actitudes conflictivas, el 20 de enero, se reunieron en Roma Goering, Mussolini y Ciano. Convinieron en que, ahora que Franco había sido «ampliamente provisto», Alemania e Italia apoyarían el plan francobritánico para impedir que entraran voluntarios en España. El día 31 de enero se enviaría la última ayuda militar. También acordaron que no permitirían de ningún modo que la guerra civil llevara a una guerra mundial. Schmidt, intérprete de Goering en esta reunión, observó que tanto los alemanes como los italianos hablaban de sus fuerzas en España como si se tratara de auténticos voluntarios —incluso entre ellos[1402]—. Weizsaecker, además, comentó: «La finalidad de Alemania, así como la de Italia, es, ante todo, negativa. No queremos una España comunista»[1403].

Además, el objetivo de la ayuda rusa seguía siendo impedir la derrota republicana. La intervención de fuerzas lo bastante grandes como para decidir la victoria de uno u otro bando en 1937 habría supuesto el riesgo de una guerra europea general. Y nadie deseaba una guerra como aquélla a consecuencia del conflicto de España.

De hecho, el comité de no intervención no tardaría en conseguir su primera victoria real. El 28 de enero, el ministerio alemán de Asuntos Exteriores dijo al general *von* Faupel, que estaba en Salamanca, que Alemania deseaba «un

control tan efectivo como fuera posible, para suspender sus suministros a España tan pronto como quedara establecido»[1404]. Y éste no tardó en llegar. El plan era que habría observadores internacionales en el lado no español de las fronteras españolas, y en los barcos de los países pertenecientes al comité de no intervención que se dirigieran a España. Además habría barcos de guerra que patrullarían en aguas españolas. Ribbentrop recibió instrucciones de no establecer el control aéreo como condición para aceptar el plan de control, por miedo a estropear las posibilidades de acuerdo[1405]. Ciano también dijo a Grandi que se mostrara «positivo»[1406], ya que habían cesado los envíos italianos a España. El único obstáculo era Portugal, que se negó, por razones de «soberanía», a aceptar observadores internacionales en su lado de la frontera con España. Entonces Rusia dijo que deseaba participar en la patrulla naval. Se le asignó un área marítima al norte de España. Maisky sugirió que prefería la costa este. Esta idea fue rechazada por Alemania e Italia (a quienes se había asignado aquella zona), porque no deseaban ver a la flota rusa en el Mediterráneo. Portugal accedió a aceptar unos cuantos observadores ingleses, oficialmente vinculados a la embajada británica en Lisboa, que no serían considerados «supervisores internacionales», y Rusia, que de todos modos tenía pocos barcos, al final accedió a no insistir en el asunto de su participación en el control naval. Quizá lo que la persuadió a este acto conciliatorio fue la captura, justamente frente a la costa de Barcelona, de un gran cargamento procedente de Odesa, que transportaba el antiguo trasatlántico *Marqués de Comillas*. El botín había sido enorme.

El costo de la puesta en práctica del plan de no intervención en un año se calculó en 898 000 libras.

Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y Rusia pagarían cada una el 16% (143 680 libras), mientras que el 20% restante se dividiría entre los otros 22 países[1407]. Los gastos de la patrulla naval correrían a cargo de los cuatro países que participarían en ella. Finalmente, el plan quedó acordado el 8 de marzo. Se encargaría de su administración una junta internacional, en la que estarían representadas Inglaterra, Francia, Italia, Alemania y Rusia (y, más tarde, Polonia, Grecia y Noruega), y cuyo presidente sería el vicealmirante holandés van Dulm. Inglaterra se haría responsable de la frontera hispanoportuguesa. En la frontera francesa habría 130 observadores, encabezados por un administrador jefe (el coronel danés Lunn), y 550 observadores en los barcos que zarparan con rumbo a puertos españoles, presididos por el contralmirante Oliver, supervisarían la descarga de todos los barcos. Inglaterra controlaría la patrulla naval desde la frontera francesa hasta el cabo Busto, en el extremo noroeste de Galicia, y desde la frontera portuguesa del Algarve hasta el cabo de Gata. Francia patrullaría desde el cabo Busto hasta la frontera portuguesa, la costa del Marruecos español, y las de Ibiza y Mallorca. Alemania sería responsable de la costa oriental española, desde el cabo de Gata hasta el cabo Oropesa, e Italia desde el cabo Oropesa hasta la frontera francesa. Menorca también quedaría bajo la responsabilidad de Italia. La organización del plan y de la legislación necesaria en los diferentes países para obligar a sus ciudadanos a cumplirlo duró hasta el 20 de abril. Para entonces, los observadores y los barcos de patrulla ya se encontraban en sus puestos respectivos. La bandera de la no intervención —dos esferas negras sobre fondo blanco— ondeó esperanzadamente, a partir de entonces, frente a los puertos de España[1408].

34

La caída de Málaga y las batallas del Jarama y de Guadalajara.

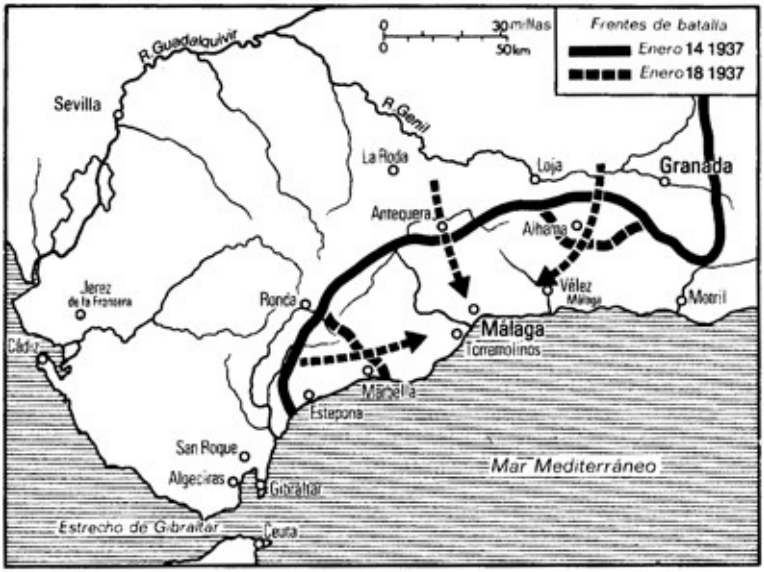
En la primavera de 1937, se libraron tres batallas en España: en Málaga; en el río Jarama, cerca de Madrid; y en las afueras de la ciudad de Guadalajara, también próxima a la capital. La primera, que sólo fue una escaramuza, constituyó una victoria para Franco; la segunda acabó en tablas; y la tercera fue una victoria moral para la República.

Málaga, con sus cien mil habitantes, era la principal ciudad de una estrecha llanura que se extiende desde el mar hasta Sierra Nevada. Su clima espléndido y su puerto natural le habían dado tres mil años de gran relevancia comercial. A principios de 1937, el frente, que partía de un punto de la costa situado a unos treinta kilómetros de Gibraltar, se dirigía por el interior hacia Ronda, y continuaba por las montañas hasta Granada. Así pues, la República conservaba una franja costera de treinta kilómetros de anchura, en cuyo centro estaba Málaga. La única carretera que unía aquel territorio con el resto de la España republicana, más al norte, estaba cortada por una inundación que se había producido en Motril. La propia Málaga había sido bombardeada, y antes los obreros habían destruido el elegante barrio de La Caleta. Por lo tanto, la ciudad presentaba un aspecto desolador. Las autoridades de Málaga habían actuado como si constituyeran una república separada del resto de España, y no se habían organizado bien: de ahí que se dijera que el

gobierno central «no quería saber nada de Málaga». Pero, oficialmente, Málaga corría a cargo del nuevo ejército republicano del Sur, dirigido por el general Martínez Monje. Éste tenía un asesor ruso, el comandante Meretskov (futuro mariscal). Había empezado a organizar sus fuerzas como brigadas mixtas, pero el proceso no había llegado muy lejos.

El 17 de enero, empezó una ofensiva nacionalista en esta región, dirigida por Queipo de Llano, al mando del ejército del sur del otro bando. El coronel duque de Sevilla, un Borbón, primo del exrey, tenía el mando directo de las tropas. Empezó por ocupar la parte occidental del territorio republicano, que incluía hasta Marbella, en los tres primeros días. A continuación, las tropas de la guarnición de Granada, al mando del coronel Muñoz, avanzaron para apoderarse de Alhama y los territorios circundantes, al norte de Málaga. Estos dos ataques y preliminares se llevaron a cabo sin encontrar resistencia.

Aunque los refugiados de los territorios recién perdidos afluían a la ciudad y dormían sobre las losas de la catedral, al parecer, el mando republicano de Málaga no sospechó que aquellos acontecimientos anunciaran una campaña general. Y en Valencia no se hizo nada para enviar refuerzos a Málaga. Aunque, como la carretera estaba cortada en Motril, no podrían haber enviado artillería. De todos modos, Largo Caballero estaba acariciando la idea de lanzar un ataque desde la carretera Madrid-Valencia contra los nacionalistas del sur de Madrid.



19. Los combates por la conquista de Málaga en febrero de 1937

Inmediatamente al norte de Málaga, las fuerzas mecanizadas de los camisas negras italianos habían empezado a reunirse bajo el mando de Roatta («Mancini») [1409]: eran nueve batallones en total, es decir, algo más de 10 000 hombres. Los coroneles Emilio Faldella y Rossi eran el jefe de estado mayor y el jefe directo de las tropas, respectivamente. (Roatta continuó siendo jefe del servicio secreto italiano mientras pasaba una temporada, como suponía él, en España). Algunos de sus soldados eran exfascistas de los tiempos de la marcha sobre Roma, en 1922, y la mayoría eran voluntarios nuevos, aunque, como escribió uno de ellos más tarde, si bien todos eran legalmente voluntarios, pocos lo eran en realidad: eran «voluntarios sin voluntad»[1410]. Contaban con el apoyo de una fuerza aérea «legionaria» italiana de 100 aviones. A diferencia de los pilotos de julio y agosto de 1936 (que vestían uniformes de la legión extranjera), estos italianos llevaban su uniforme propio, y operaban con independencia total, para conseguir, si podían, la victoria gloriosa que deseaba Mussolini. Roatta

había montado una base en Sevilla, donde había reunido su equipo, incluidos muchos y muy buenos carros blindados de fabricación italiana, como los Fiat, los Lancia y los Isota Fraschini. Sus hombres empleaban el mismo fusil Mauser que utilizaba el ejército español, así como ametralladoras, artillería y morteros de la primera guerra mundial, Al principio, Roatta había deseado montar una ofensiva desde Teruel hasta el mar, pero Franco le había sacado la idea de la cabeza y le había convencido para que participara en la campaña de Málaga, deseada desde hacía mucho tiempo por Queipo de Llano[1411]. Justo antes de que empezara la campaña, Mussolini dijo a Franco que no podía enviarle más ayuda, porque iba a entrar en vigor el acuerdo de no intervención para terminar con el envío de voluntarios. Franco contestó, el 25 de enero, que, ya que el control de la no intervención no podía afectar a Estados como México, que no formaban parte del comité, el acuerdo debía ser rechazado. Además envió una nueva lista de material de guerra que necesitaba. Von Faupel y Roatta preguntaron a Franco cuál de aquellas cosas era la más urgente. «Todas», dijo Franco. Para conseguir esto, el generalísimo dijo que estaba dispuesto a organizar un estado mayor conjunto italiano-aleman, formado por cinco oficiales alemanes y cinco italianos. Los dos aliados se retiraron para discutir esta sugerencia. Entretanto, se ponía en marcha la campaña de Málaga[1412].

El jefe republicano de Málaga era el coronel Villalba, el evadido de Barbastro, que había sido trasladado recientemente desde Cataluña. En el despacho de Villalba estaba un coronel ruso, a quien llamaban «Kremen», y que intentaba darle órdenes, pero éstas eran muy mal recibidas, ya que existía muy poca comunicación entre ambos. Tampoco eran buenas las relaciones de Villalba con su jefe

supremo, Martínez Monje (que hizo una breve visita a Málaga en enero), ni con el jefe del alto estado mayor de Valencia, Martínez Cabrera. Las tropas de Villalba se elevaban a unos 12 000 hombres, pero sólo disponía de unos 8000 fusiles y 16 piezas de artillería[1413]. Las municiones eran muy escasas. A pesar de todo, las milicias se mostraban confiadas, y contaban con el sincero apoyo de los campesinos de la zona. Por ejemplo, en un pueblo cercano a Málaga, demasiado pobre para tener grandes fincas, un campesino aseguró al doctor Borkenau que estaba luchando por la «libertad». En la misma ciudad de Málaga, la moral era baja, la disciplina mala y la brutalidad cosa corriente. Los presos políticos habían sido tratados de forma abominable en la cárcel. A finales de enero, el diputado comunista y comisario Cayetano Bolívar fue a Valencia para explicar a Largo Caballero la desorganización de los defensores: pero Largo Caballero no estaba dispuesto a ayudar, y parece ser que le contestó: «Ni un fusil ni un cartucho más para Málaga»[1414].

El 3 de febrero, empezó en serio el ataque contra Málaga[1415]. Tres batallones, dirigidos por el duque de Sevilla, avanzaron desde el sector de Ronda, encontrándose con una furiosa resistencia. El 5 de febrero por la mañana, los camisas negras italianos iniciaron su avance. En Málaga cundió el pánico, en parte por el miedo a quedar aislados. Villalba no pudo infundir un espíritu de lucha a los hombres de Málaga, y su temperamento convencional no le permitía creer que una población civil pudiera combatir hasta la muerte. En aquellas circunstancias, tras la ruptura inicial del frente, el avance nacionalista continuó con regularidad rítmica, por las carreteras. El 6 de febrero, los italianos llegaron a las cumbres de Ventas de Zafarraya, desde donde dominaban cualquier posible retirada por la carretera de

Almería. Roatta fue alcanzado por uno de los pocos disparos que se hicieron con intención, aunque la herida era tan leve que no le impidió seguir en el mando. Villalba ordenó la evacuación general, creyendo que había llegado el último momento. De hecho, los nacionalistas no cortaron la carretera de retirada. No deseaban enfrentarse con la lucha desesperada a la que, inevitablemente, se habría visto lanzada una ciudad sitiada. El alto mando republicano, los dirigentes políticos y sindicalistas, y otros que temían las consecuencias de la ocupación nacionalista, intentaron escapar por la carretera de la costa, aunque la inundación de Motril hacía el paso sumamente difícil. Los más afortunados huyeron en los pocos automóviles de que se podía disponer, y el resto a pie. El *Canarias*, el *Baleares* y el *Velasco* bombardearon la ciudad, pero la flota republicana continuó inactiva[1416]. El 7 de febrero por la tarde, los italianos llegaron a los suburbios de Málaga. Al día siguiente, con los españoles a las órdenes del duque de Sevilla, entraron en la ciudad desolada. Los italianos habían perdido 130 muertos (4 oficiales) y 424 heridos.

A continuación tuvo lugar la represión más feroz ocurrida en España desde la caída de Badajoz. La desencadenó el recuerdo de los 2500 muertos en Málaga bajo la República, de la destrucción de iglesias y el saqueo de casas particulares. En la ciudad quedaron miles de simpatizantes republicanos: algunos fueron fusilados inmediatamente, y el resto fueron encarcelados. Un testigo ocular afirmó que, en la primera semana después de la caída de la ciudad, mataron a 4000 personas. Puede que esto sea una exageración. Pero, desde luego, muchos fueron fusilados sin juicio, en la playa, y otros tras un breve juicio a cargo del consejo de guerra recién establecido[1417]. El único periodista republicano que quedó en la ciudad, Arthur Koestler, entonces corresponsal

del *News Chronicle*, pasó varios meses en la cárcel de Sevilla, la mayor parte del tiempo condenado a muerte como sospechoso de espionaje —acusación que tenía alguna base—,[1418] El embajador italiano, Cantalupo, se quejó ante Franco de que las tropas italianas habían quedado desacreditadas por las ejecuciones de Málaga, y Ciano le ordenó que fuera a aquella ciudad para ver lo que estaba pasando. Vio cómo mujeres ricas profanaban tumbas republicanas, y más tarde escribió a su superior que él, personalmente, había conseguido el indulto para 19 masones y la destitución de dos jueces excesivamente severos[1419]. Entre el botín se encontraba la supuesta mano de Santa Teresa de Ávila, sacada de un convento próximo a Ronda, y descubierta en la maleta del coronel Villalba. La enviaron al cuartel general de Franco, que, en lo sucesivo, la tendría siempre al lado de su cama[1420].

En la larga carretera de la costa que llevaba a Almería, los tanques y la aviación nacionalistas se lanzaron a la caza de los fugitivos. Mataron a muchos, mientras que la mayoría de los que escaparon quedaron tendidos en la carretera, exhaustos y medio muertos de hambre[1421]. El intento de defensa aérea de este trágico éxodo fue el último combate en el que participó la escuadrilla aérea de André Malraux: para entonces, la mayor parte de los aparatos estaban destrozados, la mayoría de los pilotos muertos o heridos, y, a partir de entonces, Malraux abandonó los combates, y se pasó a la propaganda en favor de la República. Los restos de la escuadrilla España se integraron en la aviación republicana[1422].

Esta derrota provocó también la caída, el 21 de febrero, de Asensio Torrado, el subsecretario de la Guerra y general favorito de Largo Caballero, a quien los comunistas acusaron de encontrarse en un *cabaret* de Valencia mientras

Málaga estaba a punto de caer. Los dos ministros comunistas del gobierno también se quejaron de que el gabinete había pasado cuatro horas discutiendo sobre los problemas de la industria del vidrio en el momento culminante de la crisis militar[1423]. Largo Caballero había salvado a Asensio de caer en desgracia en octubre, cuando le habían puesto en la picota llamándole el «general de la derrota»; pero en esta ocasión no pudo hacer nada, porque todo el gabinete estaba dispuesto a destituir a Asensio como chivo expiatorio, aunque no tuviera más culpa que cualquier otro[1424]. Le sucedió como subsecretario de la Guerra Baráibar, director de *Claridad*, un amigo íntimo de Largo Caballero que, llegado el caso, fue tan poco útil para los comunistas como lo había sido Asensio. Este asunto fue un nuevo motivo de discordia entre ellos y el «Lenin español». Además, provocó el conflicto definitivo entre Largo Caballero y su antiguo amigo, Álvarez del Vayo, que en este caso, como en muchos otros, apoyó a los comunistas.

Mientras tanto, Queipo de Llano estaba muy irritado por la restricción que le había impuesto Franco al ordenarle que no continuara su avance. Esta orden era un error, ya que probablemente se podría haber conquistado sin mucha lucha el resto de la Andalucía oriental, Almería incluida. La conquista de Málaga, sin embargo, dio a los nacionalistas un puerto mediterráneo, permitiendo que el bloqueo se extendiera fácilmente. Además, la batalla recortó la longitud del frente.

La derrota de Málaga coincidió con una nueva ofensiva nacionalista contra el sudeste de Madrid. Los nacionalistas atacaron en el valle del Jarama con cinco columnas móviles (que ahora se llamaban brigadas), dirigidas por Varela, cada una de ellas con un regimiento de marroquíes y legionarios, a las órdenes de García Escámez, Sáenz de Buruaga, Barrón,

Asensio y Rada (el antiguo instructor de los carlistas), apoyadas por seis baterías de 155 milímetros y un grupo de artillería de la Legión Cóndor dotado de cañones de 88 milímetros. El objetivo de la ofensiva era cortar la carretera Madrid-Valencia. Se llevó a cabo en un frente de unos 16 kilómetros que se extendía de norte a sur a partir de una línea situada unos cien metros al este de la carretera Madrid-Andalucía. Los republicanos habían estado planeando un ataque en la misma zona, pero no se había hecho nada, porque Miaja no estaba dispuesto a dejar que salieran tropas de Madrid para ayudar al ejército del centro, del general Pozas.

El ataque, que constituyó una sorpresa para la República, comenzó el día 6 de febrero. García Escámez avanzó furiosamente hacia el pueblecito de Ciempozuelos, defendido por la recién creada 15.ª Brigada republicana, cuya vanguardia fue aplastada. Rada avanzó por el norte para conquistar un pico de unos 600 metros de altura, La Marañosa, donde dos batallones republicanos lucharon casi hasta el último hombre. El 7 de febrero, Barrón alcanzó el punto de unión de los ríos Jarama y Manzanares, a muy poca distancia del cruce de carreteras de Vaciamadrid, con lo que quedaba sometida a su fuego la carretera principal Madrid-Valencia. La defensa republicana se vio obstaculizada por una serie de brigadas nuevas, que se había pensado utilizar en la proyectada ofensiva, y que ahora se encontraron en retirada. El 8 de febrero, Miaja envió la 11.ª División, bien entrenada y reorganizada, ahora encabezada por el comunista Líster, para ayudar al general Pozas, el jefe del ejército del centro. (Líster, en sus memorias, habla del general ruso Pavlov calificándolo de «el alma de la resistencia republicana» durante aquellos días) [1425]. A toda prisa se reunieron dos comandos de defensa

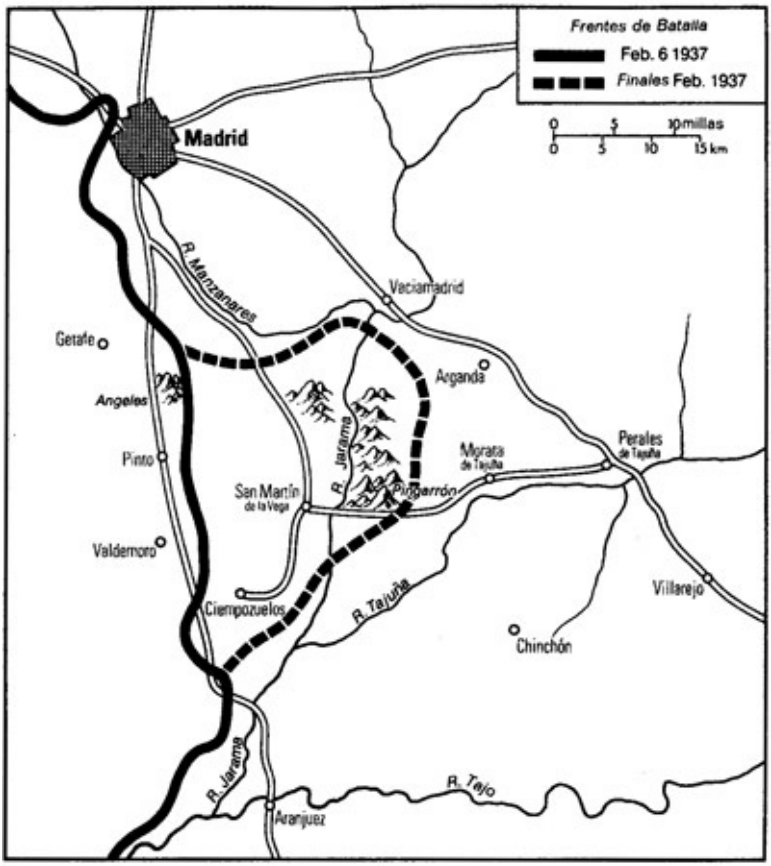
republicanos, el primero de los cuales pertenecía al ejército de Miaja y estaba dirigido por el comunista Modesto; y el segundo, que dependía del ejército del centro, de Pozas, estaba dirigido por el coronel Burillo. El 9 de febrero, la defensa republicana estaba reorganizada a lo largo de las alturas de la orilla oriental del Jarama. Sin embargo, el 11 de febrero al amanecer, los nacionalistas consiguieron cruzar el Jarama. Un tabor de marroquíes (a las órdenes del comandante Molero) se deslizó silenciosamente en la oscuridad hasta el puente de ferrocarril de Pindoque, a mitad de camino entre Ciempozuelos y San Martín de la Vega, otro pueblecito blanco situado al pie de las colinas, donde degollaron a los centinelas del batallón francés André Marty (que ahora estaba en la 14.ª Brigada), uno por uno, mientras se encontraban en sus puestos[1426]. Inmediatamente, el resto de la brigada de Barrón atravesó el río. El puente de Pindoque fue volado por medio de minas que se hicieron estallar desde el puesto de mando republicano, pero, el puente, tras elevarse unos centímetros en el aire, volvió a caer en el mismo sitio, con lo que todavía permitía el paso. Los italianos del batallón Garibaldi, desde un terreno elevado, concentraron su fuego sobre la cabeza de puente e impidieron cualquier avance ulterior. Más al sur, Asensio había conquistado, al amanecer, San Martín de la Vega. Las ametralladoras le habían impedido cruzar el puente durante todo el día, pero, al caer la noche, lo cruzó gracias a una estratagema similar a la llevada a cabo al amanecer en el puente de Pindoque. Un destacamento de marroquíes mataron a los centinelas españoles. Asensio pasó la noche consolidando su posición y, al día siguiente, el 12, conquistó las alturas de Pingarrón, al otro lado del río. La brigada de Sáenz de Buruaga también cruzó en San Martín y se unió a Asensio en el centro del frente. Durante los dos días

siguientes, sin embargo, los nacionalistas no ganaron mucho más terreno, y el 14 fue un día de dura lucha sin resultado.

Entretanto se mantenía el control republicano del aire sobre el campo de batalla, aunque las baterías antiaéreas de 88 milímetros de la Legión Cóndor (de una precisión fenomenal) evitaron que este control pudiera convertirse en una auténtica ayuda para una ofensiva[1427]. Sin embargo, los «Chatos» rusos barrieron del cielo a los viejos Junker alemanes, mientras la brigada de tanques rusos se concentraba ante el pueblo de Arganda, en el norte del frente.

En esta batalla recibió su bautismo de fuego la 15.ª Brigada Internacional, mandada por el coronel «Gal» (Janos Galicz), naturalizado ruso, pero austrohúngaro de nacimiento, igual que Kleber y Lukács (y probablemente miembro activo de las brigadas internacionales del ejército rojo en 1919-1920). Gal era incompetente, tenía mal carácter y era generalmente odiado. Sin embargo, la figura central en la formación de la brigada era el jefe inglés de estado mayor, capitán Nathan. El comisario era un comunista francés, Jean Chaintron («Barthel»). La brigada comprendía voluntarios de veintiséis países. El primer batallón de la brigada estaba compuesto por seiscientos ingleses, y se llamaba batallón Saklatvala (nombre de un comunista indio que había sido miembro del Parlamento en los años veinte), aunque se le solía llamar «el batallón inglés». Lo mandaba el «capitán inglés», Tom Wintringham, un comunista de clase media, director de la *Left Review* y corresponsal militar del *Daily Worker*, un teórico militar «infatigable», aunque «con poca experiencia real de guerra»[1428]. El comisario político fue, al principio, David Springhall, un comunista que más tarde se hizo famoso por su participación en un proceso por espionaje, y luego George Aitken, un comunista escocés

experto y muy independiente. Los comandantes de la compañía y los comisarios políticos eran casi todos comunistas. Los demás batallones de la 15.ª Brigada estaban compuestos por los 800 hombres procedentes de países balcánicos (incluidos 160 griegos) del batallón Dimitrov; los 800 franceses y belgas del batallón 6 de febrero[1429] (o franco-belga); y los 550 americanos del batallón Abraham Lincoln, entre los que se contaban algunos negros (aunque este batallón estaba todavía en fase de instrucción).



20. La batalla del Jarama en febrero de 1937

Había unos cuantos irlandeses que, con mucho tacto, fueron repartidos entre el batallón inglés y el Abraham Lincoln[1430]. Algunos de ellos, como Frank Ryan, eran

miembros del IRA (Ejército Republicano Irlandés). Para quienes conocen las ironías de la política irlandesa no será una sorpresa enterarse de que, en aquel mismo momento, un grupo de voluntarios irlandeses (en el que se contaban otros miembros del IRA) también estaba avanzando hacia el frente, aunque desde el lado nacionalista. Su jefe, el general Eoin O'Duffy, encabezaba un movimiento fascista irlandés: los «camisas azules». Sin duda esperaba que las hazañas de sus seiscientos hombres en España le proporcionaran importancia política en su país. En aquellos momentos, habían terminado su entrenamiento en Cáceres y habían recibido órdenes de avanzar hacia el frente del Jarama[1431]. De manera que, para algunos, la guerra civil española debió de ser, sobre todo, una guerra en el seno del IRA.

El batallón inglés había recibido el embate del asalto de Asensio y Sáenz de Buruaga el 12 de febrero. Defendieron la llamada «colina del suicidio» durante siete horas contra el fuego de artillería y ametralladoras que les disparaban desde arriba, desde Pingarrón, con una «carencia total de mapas», y sin que tal vez tres cuartas partes de los miembros del batallón hubiera tenido nunca un arma cargada en las manos hasta entonces. Se portaron valerosamente[1432]. Casi todas las reservas nacionalistas fueron lanzadas a la batalla, mientras llegaba Líster, con su experta 1.ª Brigada, por el flanco izquierdo del batallón inglés. Un voluntario inglés, John Lepper, describió la escena en este poema:

> *La muerte acechaba entre los olivares*
> *Escogiendo sus hombres*
> *Su dedo de plomo señalaba*
> *Una y otra vez*[1433].

La batalla continuó todo el día 12 de febrero. Las Brigadas Internacionales sufrieron grandes pérdidas, incluidos la mayoría de sus oficiales. Al terminar el día, de los 600

miembros que tenía el batallón inglés, sólo quedaban 225[1434]. Wintringham, el jefe del batallón, cayó herido, y entre los muertos se contaba Christopher Caudwell, un joven y prometedor escritor comunista[1435]. Una compañía del batallón inglés fue capturada con engaño por haber dejado llegar a sus trincheras a un grupo de marroquíes que avanzaron cantando *La Internacional*.

Es fácil entretenerse hablando de las hazañas de los miembros de las Brigadas Internacionales en ésta y en otras batallas, ya que han sido objeto de amplias crónicas, pues muchos hombres fueron valientes y su presencia era algo insólito. Pero, desde el punto de vista militar, en el Jarama fueron más importantes los aviones y los tanques rusos, que mantuvieron el terreno y controlaron el aire. También fue importante la dirección rusa de la artillería republicana. Las divisiones entre los generales Miaja y Pozas fueron las causantes de parte de la confusión, y hasta que Miaja no asumió el mando de un ejército, con una categoría igual a la de Pozas, sus fuerzas de reserva no entraron a fondo en el combate[1436]. Mientras tanto, el 16 de febrero, los legionarios y los marroquíes, a pesar de su iniciativa y de que estaban bien dirigidos, se vieron obligados a adoptar una postura defensiva, después de conquistar las colinas situadas más allá del Jarama.

Se produjeron algunos incidentes en el frente. El 16 de febrero, los nacionalistas irlandeses del general O'Duffy habían llegado al frente del Jarama en Ciempozuelos. Tan pronto como llegaron a sus posiciones, observaron una fuerza que avanzaba hacia ellos. Los oficiales irlandeses creyeron que eran amigos, y salieron a recibirlos. Cuando estaban a ocho pasos del capitán de las tropas que avanzaban, el oficial español de enlace que acompañaba a los irlandeses saludó y anunció: «¡Bandera irlandesa del

tercio!». El capitán que avanzaba sacó su revólver, disparó, y, a los pocos momentos, el tiroteo se hizo general. Los irlandeses tuvieron cuatro muertos, incluido el oficial español de enlace. Luego se supo que sus atacantes eran realmente nacionalistas, de las islas Canarias. Se llevó a cabo una investigación, de la que los irlandeses salieron libres de toda culpa, y que cargó toda la responsabilidad sobre los canarios. Pero, a partir de entonces, los irlandeses quedaron instalados en Ciempozuelos, y casi no participaron en ninguna otra acción[1437].

Franco también tuvo algunas dificultades con otro aliado: Italia. El 12 de febrero, el jefe de estado mayor de Roatta, coronel Faldella, había llegado de Andalucía y había sugerido que se lanzara otro gran ataque italiano, para aumentar la gloria alcanzada en Málaga. A principios de febrero había llegado otro gran contingente de tropas regulares italianas a España, mandadas por el general Bergonzoli. ¿Por qué no iniciar un avance desde Teruel hacia el mar? Faldella habló con el comandante Barroso, del estado mayor de Franco, y, al día siguiente, con el propio Franco. Éste se quejó amargamente: «Primero, me dijeron que venían compañías de voluntarios para integrarse en los batallones españoles. Yo accedí. Luego me pidieron que formara batallones italianos, y accedí. Después vinieron a mandarlos oficiales de alta graduación y un general, y, por último, empezaron a llegar unidades ya formadas. Ahora, usted quiere reunir todas estas tropas para que luchen juntas, a las órdenes del general Roatta, cuando mis planes son completamente diferentes»[1438]. En realidad, Franco quería repartir a los italianos por toda España. Pero no deseaba oponerse a Mussolini, de manera que aceptó una vez más. Los italianos, voluntarios y tropas regulares, podrían formar un ejército aparte con el nombre de CTV

(*Comando Truppe Volontarie*), y combatir en un frente, aunque sería en el nordeste de Madrid, y no donde deseaba Roatta. Franco todavía no había abandonado la esperanza de acabar la guerra aquel invierno conquistando la capital.

Mientras tanto, el 17 de febrero, el ejército republicano reorganizado lanzó un contraataque. Una división hizo retroceder a Barrón más allá de la carretera de Valencia. Otra, desde el norte, cruzó el Manzanares al oeste de Marañosa. Pero un combate aéreo, que tuvo lugar el día 18, y en el que tuvo un papel decisivo el as cada vez más famoso de la aviación nacionalista Joaquín García Morato, había dado temporalmente el contril del aire a los nacionalistas. A las órdenes de García Morato, los cazas Fiat italianos estaban resultando tan buenos como los «Chatos», siempre que se pilotaran con valor e imaginación, y por lo menos fueron derribados ocho cazas rusos[1439]. Al mismo tiempo, el general Gal, el nuevo general de división que dirigía a las Brigadas Internacionales, fracasó en sus ataques contra el frente nacionalista, entre Pingarrón y San Martín, los días 23 y 27.

En esta ocasión, entraron en combate por primera vez los 450 hombres del batallón Abraham Lincoln. Su jefe era Robert Merriman, de 28 años, hijo de un maderero, que, después de estudiar en la universidad de Nevada, había conseguido un puesto docente en la universidad de California. Había venido a Europa con una beca para investigar sobre problemas agrícolas. En esta brigada —caso único en las Brigadas Internacionales— la mayoría de los americanos que la componían eran estudiantes. A continuación, el grupo más numeroso estaba constituido por marineros[1440]. Los norteamericanos parecían inocentes, comparados con el resto de las brigadas. No venían de ciudades destrozadas por las guerras y ahora dominadas por dictadores, como muchos de sus camaradas. Pocos de ellos

habían servido en el ejército de su país. Eran más jóvenes que los miembros de las otras brigadas. Sin embargo, lucharon con gran valor, sin apoyo de la artillería, y tan poco preparados como los ingleses una semana antes. Murieron 120 y 175 cayeron heridos. Entre los muertos se contaba Charles Donnelly, un joven y prometedor poeta irlandés[1441]. Bien podían cantar más tarde los supervivientes, con la música de *Red River Valley*:

> *Hay un valle en España llamado Jarama,*
> *Es un lugar que todos conocemos muy bien,*
> *Porque en él destrozamos nuestra juventud*
> *Y nuestra edad madura en gran parte también*[1442].

A partir de entonces, como había ocurrido en la batalla de la carretera de La Coruña, cada bando era demasiado fuerte para ser atacado. Ahora Franco intentó que los italianos se apresuraran a iniciar su ofensiva en el nordeste de Madrid para dispersar el empuje republicano, pero ellos no se apresuraron, o no pudieron apresurarse. Por lo tanto, se construyeron fortificaciones. La batalla del Jarama dio por resultado otra situación de equilibrio, en la que los republicanos habían perdido terreno en una profundidad de unos quince kilómetros, a lo largo de un frente de unos veinticinco kilómetros, pero habían conservado la carretera de Valencia. Ambos bandos, por lo tanto, se proclamaron vencedores, pero, en realidad, ambos habían sufrido una derrota. Los republicanos tuvieron más de 10 000 bajas (unos 1000 muertos, probablemente 7000 heridos, y unos 3500 enfermos), y los nacionalistas unas 6000[1443]. Las diferencias entre los jefes republicanos y la dureza de la lucha, señal segura de que, pese a la sustancial ayuda rusa (que, por lo menos durante un tiempo, fue técnicamente superior a la de los nacionalistas), la guerra iba a ser larga, contribuyeron a sembrar el abatimiento entre los dirigentes republicanos.

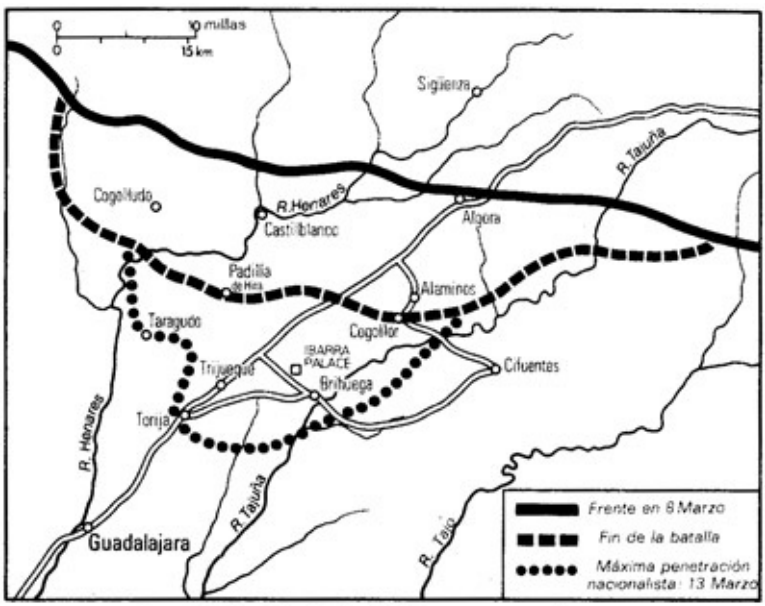
Los aliados italianos de Franco, tal como estaba previsto, se estaban preparando para atacar Madrid desde el nordeste. Su objetivo era Guadalajara, la capital de la provincia del mismo nombre, situada a unos 80 kilómetros de Madrid. Esperaban que Orgaz continuara la ofensiva del Jarama, y, si era posible, que se encontrara con las tropas que avanzarían desde el nordeste en Alcalá de Henares, con lo que por fin quedaría cercado Madrid. El ataque contra Guadalajara fue iniciado por la derecha por la división Soria, a las órdenes de Moscardó, el héroe del Alcázar, con 15 000 marroquíes recién llegados, y algunos carlistas. Por la izquierda, 35 000 italianos lucharían a las órdenes de Roatta[1444]. Éstos estaban repartidos en tres divisiones de «camisas negras» fascistas: la División «*Dio lo vuole*», mandada por el general Rossi; los «llamas negras», a las órdenes del general Coppi; y los «flechas negras», mandados por el general Nuvoloni. También estaba la división Littorio, una división del ejército italiano regular, a las órdenes del general Bergonzoli. Contaban con el apoyo de 81 tanques y 200 piezas de artillería ligera, una compañía de guerra química, una compañía de lanzallamas, 8 carros blindados, 16 cañones antiaéreos, y 2000 camiones. Esta fuerza iba acompañada por 50 cazas y 12 aviones de reconocimiento. La importancia del plan desde el punto de vista de Mussolini consistía en que todos los italianos actuarían juntos, de manera que la victoria que lograran redundaría en gloria para Italia. En el momento de comenzar la ofensiva, Mussolini hizo una extraña propuesta a Franco, presentada por el secretario del partido fascista, Roberto Farinacci. Éste comunicó a Franco que, después de la victoria, los problemas de España podían quedar resueltos con la subida al trono español del duque de Aosta, primo del rey de Italia y nieto del infortunado Amadeo I, que ahora era virrey de Abisinia[1445]. De las

fuerzas combatientes, la división Littorio, aunque era una división regular del ejército italiano, se componía de reclutas, trabajadores que habían deseado ir a Abisinia, muchos de ellos mayores de treinta años, y algunos que no sabían a dónde iban, y quizá pensaban que iban a tomar parte en las escenas de masas de la película *Escipión en África*. Todos se concentraron en la nueva población de Littorio, a las órdenes de oficiales regulares[1446]. Aunque se trataba de una unidad sin experiencia, iba bien equipada. Todas las divisiones italianas estaban bien provistas de transporte motorizado. La división Soria de Moscardó sólo iba a ser una reserva para los italianos, en parte porque tenía que guardar todo el frente.

Guadalajara, en tiempo de paz, es una atrasada capital de provincia que domina el valle a través del cual se desliza rápidamente el río Henares, que viene del Guadarrama. Entonces, el frente estaba defendido por la recién creada 12.ª División republicana, y fue roto al primer asalto de la división de «llamas negras» de Coppi, compuesta por camiones y carros blindados, que utilizó la táctica que más tarde se haría famosa con el nombre de *Blitzkrieg*. Al mismo tiempo, Moscardó rompió las líneas republicanas en la carretera de Soria. Pero, a media mañana, descendió la temperatura y se puso a llover. Luego vinieron la cellisca, el hielo y la niebla. Muchos de los italianos llevaban uniforme colonial, indicado para los trópicos. Los aviones nacionalistas no pudieron despegar de sus improvisadas pistas. La aviación republicana, que controlaba el aire, minó la moral italiana casi desde el principio, porque el cuartel general del general Smushkevich estaba cerca, en Alcalá de Henares. Verdaderamente, en esta batalla tuvo lugar «la concentración de fuerzas más rápida y ordenada de todas las que habían llevado a cabo los republicanos»[1447]. El mal

tiempo, y la fatiga de los hombres, impidieron a Orgaz lanzarse al ataque en el valle del Jarama. Sin duda la falta de entusiasmo también facilitó que los italianos salieran de apuros. Al día siguiente, 9 de marzo, se reanudó el avance italiano, a pesar del mal tiempo. Los «llamas negras» de Coppi entraron en Almadrones y luego se dirigieron hacia el flanco izquierdo para ampliar la brecha en las líneas republicanas, apoderándose de Masegaso. Nuvoloni y los «flechas negras» atacaron por el centro, pero el general mandó hacer alto por la noche: una decisión que luego fue muy criticada, porque fue crucial. Muchos de sus hombres eran mayores o inexpertos en la guerra, tenían frío, y estaban mal entrenados, igual que todas las tropas italianas. Moscardó, sin embargo, continuó avanzando, y tomó Cogolludo. En aquellos momentos, la situación parecía crítica para la República. Esto dio a los comunistas la oportunidad de insistir en que dimitiera otra de sus bestias negras, Martínez Cabrera, el jefe de estado mayor republicano; fue reemplazado por el coronel Rojo, jefe de estado mayor en la defensa de Madrid. Aunque nunca había sido comunista, Rojo era un técnico competente, capaz de apreciar las ventajas militares de la colaboración con el Partido Comunista. Al atardecer, se había reunido apresuradamente un 4.º Cuerpo de ejército, formado con los mejores regimientos republicanos, al mando del coronel Jurado, un competente oficial regular de artillería. La 11.ª División, dirigida por Líster, y compuesta por la 11.ª Brigada Internacional (alemana) y por la brigada de «el Campesino», se estableció en los bosques que rodean la carretera de Trijueque a Torija. A lo largo de la carretera Brihuega-Torija se había situado el anarquista Cipriano Mera, con la 14.ª División, en la que se encontraba la 12.ª Brigada Internacional de Lukács, encabezada por el

batallón Garibaldi. En la retaguardia estaba una tercera división republicana, la 12.ª, dirigida por un oficial regular de ingenieros, el coronel Lacalle. La vieja ciudad de Brihuega, amurallada en parte (una colectividad compuesta por 125 familias), quedaba entre los dos ejércitos. Allí, en 1710, el general francés Vendóme había derrotado a *lord* Stanhope, en la última batalla de la guerra de sucesión española. Y de nuevo aquí tuvo lugar una batalla internacional.



21. La batalla de Guadalajara en marzo de 1937

El 10 de marzo, al amanecer, Brihuega cayó en manos de los «llamas negras» y los «flechas negras» italianos, dirigidos por el coronel Enrico Erancisci. La división Littorio de tropas regulares, a las órdenes de Bergonzoli, iba detrás como reserva. Al mismo tiempo, Moscardó, avanzando por las orillas del Henares, había llegado a Jadraque. Roatta estaba entusiasmado. Al mediodía, el batallón Garibaldi —acompañado por el formidable trío constituido por Vidali (Carlos Contreras) como inspector general de todo el frente,

Luigi Longo (Gallo) con el mismo cargo en las Brigadas Internacionales, y Nenni, que mandaba una compañía del batallón— avanzó por la carretera de Torija hacia Brihuega. No tenían la menor idea de que Coppi y Nuvoloni ya habían tomado la ciudad. Al llegar al llamado «palacio de Don Luis», prosiguieron su avance a pie, acompañados por una patrulla de motoristas. A cinco kilómetros de Brihuega, esta patrulla encontró a un motorista de los «llamas negras» de Coppi, que, al oír hablar italiano en el batallón Garibaldi, les preguntó si aquélla era la carretera de Torija. Los motoristas del Garibaldi le respondieron afirmativamente. Y ambos regresaron adonde se encontraban sus respectivos jefes. Coppi supuso que los exploradores del batallón Garibaldi formaban parte de la división de Nuvoloni, y continuó avanzando. Ilio Barontini, un comunista livornés, comisario y encargado del mando del batallón Garibaldi, también prosiguió[1448]. Situó a sus hombres en los viñedos que había a la izquierda de la carretera, donde establecieron contacto con la 11.ª Brigada Internacional, que también había avanzado hasta allí. Entonces aparecieron los tanques de Coppi, que fueron atacados por las ametralladoras del batallón Garibaldi. La infantería de los «llamas negras» se lanzó al ataque. Se enfrentaron dos patrullas de las fuerzas italianas antagonistas. El jefe de los «llamas negras» preguntó por qué los otros italianos habían disparado contra él. «*Noi siamo italiani di Garibaldi*», fue la respuesta. Entonces, la patrulla de «llamas negras» se rindió. Pero, durante el resto del día, los italianos prosiguieron su guerra civil propia en torno a una casa de campo conocida con el nombre de palacio Ibarra. Entretanto, Vidali, Longo y Nenni montaron una campaña de propaganda. Los altavoces gritaban a través de los bosques: «Hermanos, ¿por qué habéis venido a una tierra extranjera a asesinar

trabajadores?». Los aviones republicanos lanzaban octavillas en las que prometían salvoconductos a todos los italianos que desertaran de los nacionalistas, y una recompensa de 50 pesetas. Si se entregaban con armas, les prometían cien pesetas. Mientras tanto, en Roma, el conde Ciano aseguraba al embajador alemán, Hassell, que en Guadalajara todo iba bien. «Nuestros enemigos —añadió— son principalmente rusos»[1449].

Al día siguiente, 11 de marzo, se reanudó la batalla. Los jefes fascistas italianos se vieron honrados por una orden del día de Roatta, que les daba instrucciones para mantener a sus hombres en un alto grado de exaltación. «Esto es cosa fácil —decía Roatta— si se les hacen frecuentes alusiones políticas, y se les recuerda siempre al Duce, que ha querido este conflicto»[1450]. Los «flechas negras» rompieron el frente de la 11.ª División de Líster, conquistando Trijueque, y empezaron a avanzar rápidamente en sus carros blindados por la carretera, en dirección a Torija. La brigada Thaelmann sufrió grandes pérdidas y su moral podría haber bajado mucho si no hubiera sido por la presencia de ánimo de Ludwig Renn, su jefe de estado mayor. Éste reorganizó a sus hombres, y resistieron en la carretera de Trijueque a Torija. La que va de Brihuega a Trijueque también fue defendida todo el día por el batallón Garibaldi. Roatta ordenó un día de descanso. El día 12, una tormenta permitió a los bombarderos republicanos, que despegaban de pistas permanentes, bombardear las columnas italianas estacionadas sin ser molestados. Los «camisas negras» fueron bombardeados y ametrallados desde el aire. Entonces, Líster ordenó a su división que contraatacara (en el cuartel general de Líster se mostraba particularmente activo un oficial ruso, el capitán «Pablito», futuro mariscal Rodimtsev)[1451]. Los tanques rusos del general Pavlov fueron los

primeros en atacar; se trataba de modelos T-26 y TB5, y estos últimos, que pesaban 20 toneladas cada uno, eran mucho más terribles que los Ansaldo italianos de 3 toneladas. Trijueque fue reconquistado a punta de bayoneta por las brigadas Thaelmann y de «el Campesino». Muchos italianos se rindieron. El ataque republicano continuó a lo largo de la carretera de Brihuega. El batallón Garibaldi atacó a sus compatriotas en el palacio Ibarra y conquistó éste al atardecer. Al día siguiente, 13 de marzo, el gobierno republicano telegrafió a la Sociedad de Naciones que los documentos encontrados y las declaraciones de los prisioneros italianos demostraban «la presencia de unidades militares regulares del ejército italiano en España», lo cual constituía una contravención del artículo 10 del convenio de la Sociedad de Naciones[1452]. El general Roatta lanzó al ataque a sus otras dos divisiones, los «camisas negras» de Rossi, y la división Littorio, mandada por Bergonzoli. Las había tenido en reserva para que entraran en acción después del ataque inicial. El hecho de que ahora las utilizara significaba que había fracasado el plan original de Guadalajara. Los dos ataques fueron rechazados. El día 14, los tanques de Pavlov avanzaron por la carretera hasta más allá de Trijueque, hacia la ciudad catedralicia de Sigüenza, se apoderaron de gran cantidad de material, e incluso podrían haber tomado esta ciudad si hubieran contado con el apoyo de infantería motorizada. Los días 15, 16 y 17 hubo una pausa en la batalla. Roatta daba órdenes del día, pero hacía pocos preparativos, y prefería quejarse de la constante inactividad de Orgaz en el Jarama[1453].

El 18 de marzo, los republicanos del frente de Guadalajara se lanzaron a la ofensiva. El principal embate fue dirigido por Pavlov, que había tratado de que no se lo adjudicaran a él, pero había tenido que ceder ante la insistencia de

Miaja[1454]. Era un mal momento para los italianos: aquella mañana, Roatta se había ido a Salamanca para pedir a Franco que le permitiera suspender el ataque a Guadalajara. Franco se negó e insistió en que, ahora que había empezado el ataque, debía continuar. Todos los planes que sugirió a Roatta iban encaminados a la continuación de la ofensiva. Roatta acababa de aceptar uno de estos planes, cuando le telefonearon desde su cuartel general para decirle que la República estaba contraatacando. A la una y media, más de cien aviones republicanos («Chatos», «Moscas», Katiusca y Natasha) atacaron Brihuega. A continuación vino un nutrido fuego de la artillería republicana. A las dos, las dos divisiones de Líster y Cipriano Mera, con setenta de los tanques de Pavlov, atacaron, una por el oeste y la otra por el este, con el fin de rodear el pueblo. Casi lo habían conseguido cuando los italianos recibieron órdenes de retirarse.

Y así lo hicieron, pero con tanto apresuramiento que la acción, más que retirada, fue casi una fuga desordenada por la única salida que todavía les quedaba libre. La persecución continuó durante varios kilómetros. Moscardó también recibió órdenes de retirarse a Jadraque[1455].

En esta mal llamada «batalla de Guadalajara», los italianos de Mussolini dijeron que sólo habían tenido 400 muertos, pero no era cierto, y la cifra fue probablemente más alta. Puede que llegaran a tener 3000 muertos, 800 prisioneros de guerra y 4000 heridos. Las pérdidas de Moscardó fueron insignificantes. La República tuvo unos 2000 muertos, 400 prisioneros y 4000 heridos[1456]. Después de la batalla, los apologistas de la República afirmaron que había sido una gran victoria contra Mussolini. Ernest Hemingway, que llegó a España el 16 de marzo, escribió, en una crónica que hizo para la unión de periódicos

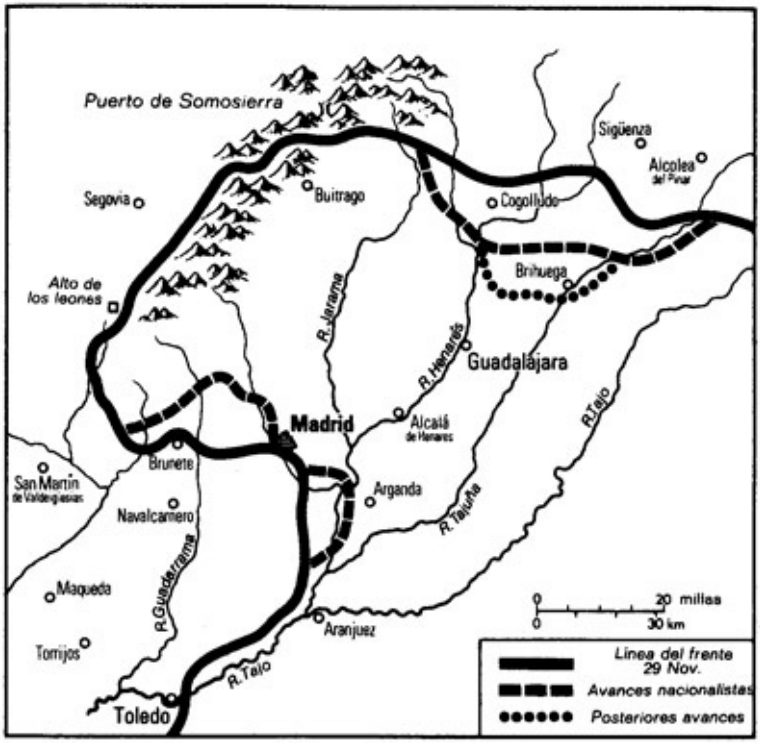
norteamericanos: «He estado estudiando la batalla durante cuatro días, recorriendo el terreno con los jefes que la dirigían, y puedo afirmar claramente que Brihuega ocupará un lugar en la historia militar entre las batallas más decisivas del mundo»[1457]. Herbert Matthews, del *New York Times*, escribió que Guadalajara era para el fascismo lo que la derrota de Bailen había sido para Napoleón[1458]. Desde el punto de vista militar, sería más exacto ver la batalla como semejante a las del Jarama y de la carretera de La Coruña. Fue detenido un intento nacionalista de completar el cerco de Madrid al precio de veinte kilómetros. Pero la retirada de los italianos, y la demostración de que los nacionalistas estaban utilizando unidades organizadas italianas tuvieron un considerable valor propagandístico para la República. Se había pretendido que la batalla fuera una exhibición de cómo podían emplear los italianos las técnicas de guerra modernas. Pero, de hecho, fue una lección objetiva de cómo no se debe lanzar un ataque mecanizado. Muchos tanques pasaron horas inmovilizados por falta de combustible. Los italianos no habían mantenido contacto con el enemigo y habían intentado operar sin apoyo aéreo, y sin protección antiaérea[1459]. Los jefes de batallón no tenían mapas, y el propio Roatta sólo disponía de un mapa de carreteras Michelin (escala de 1 a 400 000), muy insuficiente por su falta de detalles y de información topográfica[1460]. El papel de los asesores rusos en esta batalla fue considerable. Smushkevich («Douglas») en el aire, Pavlov con los tanques, Rodimtsev con Líster, y también Malinovsky, Batov y Meretskov: una galaxia de futuros «héroes», e incluso mariscales, de la Unión Soviética.

Guadalajara además enfureció tanto a Mussolini que declaró que ningún italiano volvería vivo de España a menos que lograran una victoria. Se quejó a Hassell de sus aliados

españoles que, según él, «apenas habían disparado un tiro durante los días decisivos»[1461]. El más antiguo de los falangistas que todavía estaban con vida, Fernández Cuesta, comentó a Ángel Díaz Baza, un amigo de Prieto que había ido a visitarle a la cárcel para hablar de un compromiso de paz, que la derrota italiana en Guadalajara había sido «la única satisfacción que había experimentado durante la guerra»[1462]. Franco y su alto mando tampoco acogieron mal la noticia de la derrota de su aliado italiano, antes tan presuntuoso. El abatimiento de Cantalupo, el embajador italiano en Salamanca, fue tan grande que tuvo que ser relevado de su puesto, que había ocupado durante menos de seis meses. Con él volvieron los generales Rossi, Coppi y Nuvoloni, así como el jefe de estado mayor coronel Faldella. Pero Roatta, más responsable que los otros, permaneció en España, junto con Bergonzoli, aunque el general Ettore Bastico, veterano de las guerras de Libia y de Abisinia, así como de la primera guerra mundial, le sustituyó más tarde en el puesto de comandante en jefe supremo, y vino un famoso organizador fascista de los años veinte, Attilio Teruzzi, para reorganizar a los «voluntarios». La batalla, además, llevó a los estados mayores centrales de Europa (sobre todo al francés) a la conclusión de que las tropas motorizadas no eran tan eficaces como se había dicho en un principio. Los alemanes no sacaron esta conclusión gracias a su desprecio hacia los italianos como soldados[1463].

La presencia de divisiones italianas organizadas en la batalla de Guadalajara se debatió en el comité de no intervención. El 23 de marzo, en el comité había reinado un clima de excitación motivado por nuevos informes que confirmaban que tropas italianas habían salido en el *Sardegna* rumbo a Cádiz. Grandi dijo que no podía discutir sobre aquel tema y, dejándose llevar del mal genio, añadió

que esperaba que ningún voluntario italiano saliera de España hasta el final de la guerra[1464]. Esta sinceridad causó consternación. Al día siguiente, Maisky acusó a Italia de «aumentar cada vez más la intervención militar», alegando que, a mediados de febrero, había 60 000 italianos en España (había unos 40 000), y que había que enviar una comisión para que examinara el asunto sobre el terreno[1465]. Mientras tanto, el discurso de Grandi se comentaba en las cancillerías. Los diplomáticos alemanes se mostraron prudentes. Manifestaron que querían que se pusiera en práctica el acuerdo de control. Cerrati, el embajador italiano en París, aseguró a Delbos que Italia no tenía la menor intención de romper la no intervención. A principios de abril, se había conservado el comité, aunque todavía no era utilizado.



22. Los combates en torno a Madrid entre los meses de noviembre de 1936 y marzo de 1937

Guadalajara fue la última de las batallas en torno a Madrid. En adelante, aparte de algunos bombardeos intermitentes, el frente permanecería tranquilo durante unos meses. Sin embargo, las sombras internacionales que se proyectaban sobre la guerra civil eran cada día mayores. Cada vez se veían implicadas más personas y más intereses en las emociones de un país que, en realidad, conocían poco. Así, el distinguido biólogo J. B. S. Haldane llegó a Madrid para asesorar sobre el uso de las granadas Mills y los ataques con gases[1466].

La principal preocupación de los defensores estribaba en la cuestión del suministro de alimentos. En Valencia, la población comió bien durante toda la guerra. En Madrid, la carne era casi desconocida, salvo en los hoteles frecuentados por visitantes extranjeros, como el Gaylord y el Florida. En la Ciudad Universitaria, «el analfabetismo y las ratas» pasaron a ser los enemigos más enérgicamente perseguidos.

Las Brigadas Internacionales tuvieron ahora su primer reposo desde su entrada en acción. Los voluntarios habían descubierto en la batalla que «una guerra de ideas» es prácticamente igual a cualquier otro conflicto. En España, como en todas partes, había confusión de órdenes, los fusiles se encasquillaban en el momento crítico, reinaba la incertidumbre sobre la situación del enemigo y de los puestos de mando, había ansia de cigarrillos (o chucherías), cansancio, y, a veces, histeria. Un miembro desconocido del batallón inglés había escrito:

Ojos de hombres que corren, que caen, que chillan,
Ojos de hombres que gritan, que sudan, que sangran,
Los ojos de los que temen, los de los que están tristes,
Los ojos del agotamiento, y los de la locura.
Ojos de hombres que piensan, que confían, que esperan,
Ojos de hombres que aman, que maldicen, que odian,

Los ojos de los heridos, inyectados en sangre,
Los ojos de los moribundos, y los de los muertos.

Desde el principio, los voluntarios más impetuosos habían tenido dificultades con las autoridades comunistas, aunque sólo fuera por sus excesos en la bebida. Pero los problemas eran frecuentes[1467]. No se permitía regresar a su patria a los que deseaban hacerlo. Algunos se quejaban diciendo que se habían presentado voluntarios creyendo que podrían regresar al cabo de tres meses. Pero no tenían ningún documento que lo probara. Aquí, los principios de un ejército de voluntarios que luchaban por sus ideales entraban en conflicto con las necesidades militares. El castigo por un intento de deserción o de fuga era, por lo menos, el confinamiento en un «campo de reeducación», para cuyos rigores no estaban preparados los jóvenes (idealistas, pero fácilmente disgustados) procedentes de países anglosajones o escandinavos. Pero, a pesar de todo, había deserciones. El Foreign Office, en Londres, consiguió llegar a un acuerdo por el que se eximía de la pena de muerte a los voluntarios británicos detenidos cuando intentaban desertar, pero esta pena se aplicó en diversas ocasiones a otros voluntarios (quizás a cincuenta)[1468]. Los dirigentes comunistas de las Brigadas Internacionales se mostraban muy duros ante las necesidades humanas, aunque los organizadores (por ejemplo, Marty) vivían bien[1469]. Los uniformes eran tan escasos que parecía que el batallón inglés fuera casi vestido de harapos[1470].

Mientras algunos anglosajones empezaban a desilusionarse, los voluntarios de la Europa oriental continuaban llegando en oleadas a España, muchos por medio del «ferrocarril secreto» de Tito. Algunos eran detenidos por el camino, ya que presentarse voluntario para la guerra de España era ilegal en los países que formaban

parte del comité de no intervención[1471]. Los gobiernos derechistas de los Balcanes y de la Europa oriental intentaban por todos los medios detener a los voluntarios. A pesar de todo, continuaban alistándose; en las universidades o en los barrios bajos de la Europa central y los Balcanes, España parecía un ruedo exótico donde estaba en juego la libertad del mundo; así pues, mientras Tito continuaba operando desde París, el escritor comunista Djilas controlaba en Belgrado la oleada de voluntarios procedentes de Yugoslavia[1472]. En la primavera de 1937, la base de Albacete se convirtió en una central de la que saldrían los dirigentes comunistas que dominarían la Europa oriental diez años más tarde. La mayoría de los voluntarios, desde luego, recibían de su brigada periódicos y demás material de lectura, que consistía principalmente en una interpretación comunista de la guerra y de los problemas de la República: de manera que, en esta literatura, cuando hablaban del POUM, si es que lo hacían, no lo dejaban mejor que a los fascistas.

Stephen Spender, el joven poeta que había sido un apologista de la República muy activo, llegó por entonces, en busca de un antiguo secretario suyo que se había presentado voluntario para las brigadas y que, desilusionado, había intentado escapar. Durante un tiempo, pareció que podían fusilar a aquel hombre. Como si se tratara de una novela de Kafka, Spender cenó con los comisarios del batallón inglés, que eran sus jueces, y consiguió ablandarlos[1473]. La historia del joven Cooper —esta vez en la línea de *Candide*— también cautivó la atención de Inglaterra por unos días. Se trataba de un chico de 18 años, que se presentó voluntario para las Brigadas Internacionales después de oír un discurso de la político laborista Ellen Wilkinson; pero que más tarde huyó en un barco que le dejó en Grecia. El padre del chico fue a

España en su busca, y, para ello, tuvo que incorporarse a las brigadas.

Los batallones americanos de las Brigadas Internacionales también recibían la visita de amigos de su país[1474]. Era un espectáculo usual ver a Ernest Hemingway, sentado a la cabecera de una cama, en un hospital financiado por simpatizantes americanos, y entreteniendo a un herido con su charla sobre literatura[1475]. «Me han dicho que Dos Passos y Sinclair Lewis van a venir también», decía un americano herido que quería ser escritor. «Sí —contestaba Hemingway — y cuando vengan, los traeré a verte». «Eres un buen chico, Ernesto —decía el herido—. ¿No te importa que te llame Ernesto?». «¡Claro que no!», replicaba Hemingway[1476]. Este candor era un alivio en el mundo de las Brigadas Internacionales, donde nadie decía su verdadero nombre; nunca estaba claro a quién se trataba de engañar, como no fuera a los republicanos españoles, que tenían la impresión de que todos aquellos Gómez, Pablo y Martínez que hablaban con acento eslavo estaban jugando a un juego siniestro, en vez de considerarlo una treta de guerra.

El servicio médico de financiación extranjera, con sus médicos expertos y abnegados, sus enfermeras y conductores de ambulancias, tuvo un papel casi tan importante como las Brigadas Internacionales. El servicio americano de ayuda médica tenía seis hospitales en España, y el británico, cinco. En estas unidades, los pacifistas podían servir a la causa sin mala conciencia, lo mismo que los poetas sin entrenamiento militar. En una de estas unidades sirvió como camillero el mejor de los poetas ingleses de entonces, W. H. Auden, Pero regresó a su país «después de una visita muy breve de la que nunca habló»[1477].

Más adelante, en junio, se creó un comité de socorro

familiar para ayudar a las familias de los voluntarios británicos que se encontraban en España. Fue organizado por Charlotte Haldane. Todos sus empleados eran comunistas, pero la organización estaba patrocinada por personas no comprometidas como la «duquesa roja» de Atholl, de sesenta años (que entonces era miembro conservador del Parlamento, y luego arruinó su carrera política por su apoyo a la República)[1478], *sir* Norman Angelí, Víctor Gollancz, el profesor Harold Laski, Sean O'Casey, H. G. Wells, y Sybil Thorndike; así como algunos políticos laboristas, entre los que se contaban Attlee o Emmanuel Shinwell[1479]. Mientras tanto, el gobierno de los Estados Unidos, siempre en busca de la más pura neutralidad, promulgó una serie de reglamentaciones que prohibían recoger fondos para los dos bandos españoles, a no ser que estuvieran destinados a verdaderos fines benéficos. Pero no se negó la licencia a ninguna de las 26 organizaciones que se registraron oficialmente, de acuerdo con estas normas, y se recaudó mucho dinero.

¿Cuál era la razón de aquel apasionado interés por la causa española por parte de tantas personas que sabían muy poco de España antes de 1936? Virginia Woolf, cuando fue a España su sobrino, Julián Bell, escribió: «No hago más que preguntarme, sin encontrar la respuesta: ¿qué sentía él por España? ¿Qué le hizo sentir la necesidad de ir, sabiendo, como sabía, la tortura que aquello iba a suponer para Nessa [su madre]? [...] Supongo que es una fiebre en la sangre de la generación más joven que no podemos entender. Yo nunca he conocido a nadie de mi generación que sintiera eso ante una guerra [...]. Y aunque comprendo que esto es una "causa", que puede llamarse la causa de la libertad y todo eso, no obstante, mi reacción natural es luchar en el terreno intelectual; si yo fuera de alguna utilidad, escribiría contra

aquello [...]. Quizá se trataba de una inquietud, una curiosidad, algún talento que nunca había utilizado en la vida privada, y una convicción, en parte emocional, sobre España [...]. A veces estoy furiosa con él; sin embargo, tengo la impresión de que estuvo muy bien, como están muy bien todos los sentimientos intensos; no obstante, también están mal de alguna manera; hay que controlar el sentimiento con la razón»[1480].

La respuesta a la pregunta de Virginia Woolf era que hombres como Bell veían en la guerra española un microcosmos de los descontentos europeos, una forma de luchar contra el fascismo, tanto si aquella plaga había llegado a su país como si no. Además, España saciaba una sed de acción muy extendida entre los jóvenes, que consideraban que una guerra civil, a diferencia de la guerra de 1914-1918, era una guerra justa.

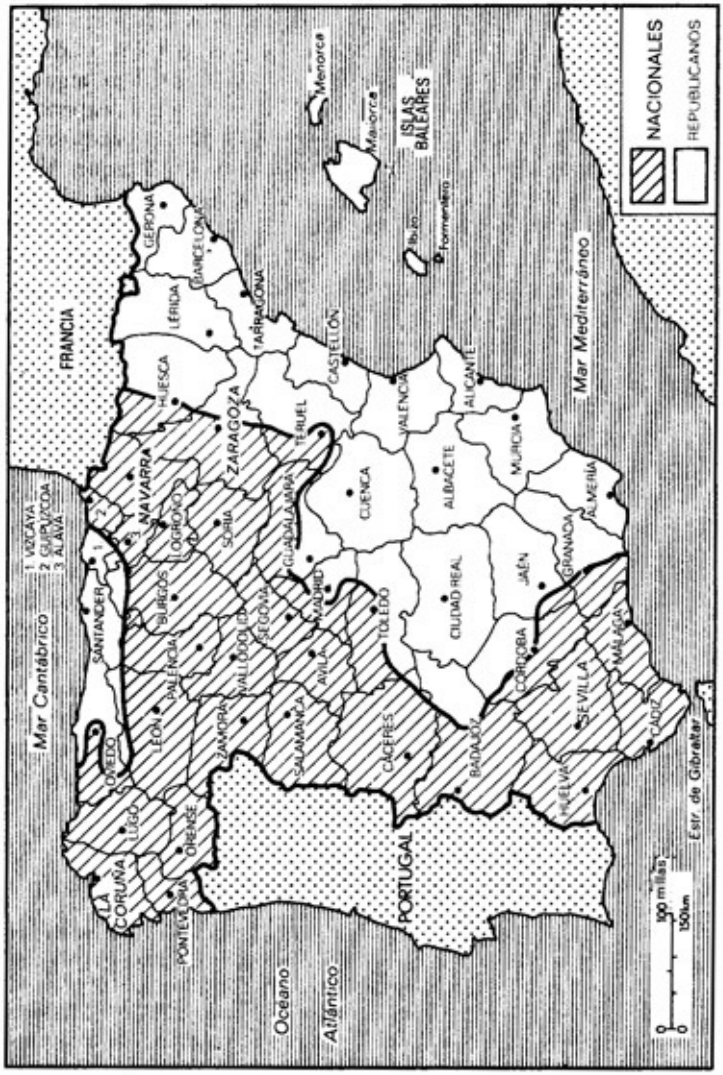
35

La campaña vasca. — Los dos ejércitos. — El bombardeo de Durango. — Intentos vascos de mediación. — El bloqueo de Bilbao. — Potato Jones. — El Seven Seas Spray. — Guernica. — Santa María de la Cabeza.

El 22 de marzo de 1937, Franco expuso sus nuevos planes al jefe de sus fuerzas aéreas, general Kindelán. El frente de Madrid se reorganizaría en plan defensivo. Mola iniciaría una campaña contra los vascos, contando con el grueso de la aviación nacionalista y con toda la artillería disponible[1481]. Este plan suponía la dura aceptación del hecho de que Madrid no podía ser conquistado inmediatamente, y de que no se podía ganar la guerra rápidamente, a pesar de que, tras una vasta campaña de reclutamiento, el número total de las fuerzas nacionalistas se acercaría pronto a los 300 000 hombres[1482]. Los territorios republicanos del norte eran una presa tentadora: no sólo estaban políticamente divididos y peor equipados que el centro, sino que comprendían el hierro del país vasco y el carbón de Asturias, así como el acero y las industrias químicas[1483].

En el ejército de Mola, desempeñaba un papel esencial la recién organizada división Navarra, cuyos hombres habían tenido a Guipúzcoa como campo de operaciones el año anterior. Esta división comprendía 18 000 hombres, divididos en cuatro brigadas, dirigidas por los coroneles García Valiño,

Alonso Vega, Cayuela y Latorre. Para entonces constituían unos rivales a la altura de las antiguas unidades de choque de la legión extranjera (en las que figuraban algunos exanarquistas e izquierdistas que demostraban su lealtad exponiéndose al peligro)[1484]. Muchos pensaban que Bilbao podía ser conquistado a las tres semanas del comienzo de las operaciones. Porque Mola conocía la fuerza y la situación del enemigo, gracias a la traición del comandante Alejandro Goicoechea, un oficial vasco que había participado en la construcción de las defensas de Bilbao, el llamado «cinturón de hierro», y que se había pasado a los nacionalistas en su propio coche a principios de marzo[1485]. Además, sin duda sabía algo de la falta de contacto y entendimiento entre los vascos y el gobierno republicano del centro: al fin y al cabo, los vascos estaban luchando por la independencia, no por la revolución o por la democracia española. Y, por si fuera poco, el cinturón de hierro consistía en dos líneas con una distancia entre ellas de unos 200 o 300 metros aproximadamente, que carecían de profundidad y de protección por el flanco, y estaban situadas en las cumbres de las colinas, sin camuflaje alguno.



23. División de España en marzo de 1937

Unos días antes de que empezara la ofensiva vasca, tuvo lugar frente a Bilbao una batalla naval que fue como un ensayo de lo que iba a ocurrir a continuación. Un barco mercante cargado de material de guerra que se dirigía a Bilbao fue interceptado por el crucero nacionalista *Canarias* a cinco millas de la costa. Tres pequeños pesqueros vascos se enfrentaron con el crucero hasta que perdieron dos tercios de su tripulación y quedaron casi destrozados, A propósito

de esta lucha, el poeta inglés Cecil Day Lewis, que entonces era comunista, escribió su famoso poema narrativo, *Nabarra*, que comienza así:

> *Libertad es más que una palabra, más que la vil moneda*
> *de los hombres de Estado, más que el deshonroso cheque del tirano,*
> *más que el loco e hinchado dinero del soñador.*
> *Es mortal, lo sabemos, y está hecha*
> *a semejanza de los hombres sencillos que no gustan de matanzas*
> *pero que prefieren matar o morir antes que ver esa imagen traicionada.*

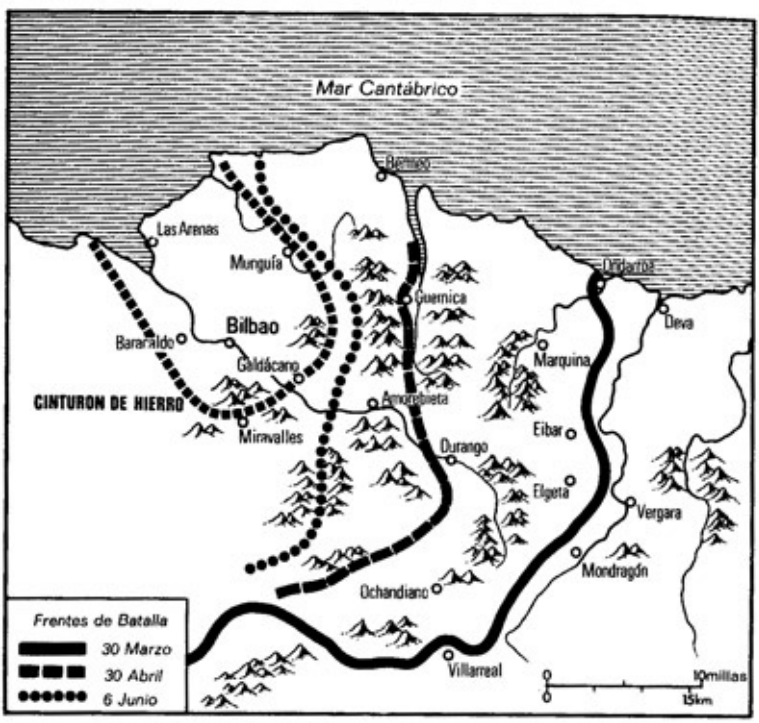
La ofensiva de Mola empezó el 31 de marzo. El ataque sobre el terreno iba dirigido por el coronel Solchaga. El monárquico y germanófilo coronel Vigón era el jefe de estado mayor de Mola, y el coronel Martínez de Campos era el jefe de la artillería, que contaba con 200 cañones.

Las brigadas navarras estaban situadas entre Vergara y Villarreal, en el límite entre las dos provincias vascas de Vizcaya y Álava. Estaban muy bien armadas. A su lado se encontraba una nueva fuerza, los «flechas negras», que se componía de 8000 españoles con oficiales italianos, a las órdenes del coronel Sandro Piazzoni. Para apoyar a estas fuerzas, se reunieron en Vitoria 80 aviones alemanes y otros 70 aviones italianos y españoles en otros aeródromos nacionalistas del norte[1486]. La armada nacionalista, que incluía el viejo acorazado *Jaime I*, los cruceros *Canarias* y *Almirante Cervera*, y el destructor *Velasco*, pudo establecer, con muchos barcos más pequeños, un bloqueo efectivo.

El ejército republicano del norte seguía mandado por el general Llano de la Encomienda, el que, en julio de 1936, siendo jefe del ejército en Barcelona, había permanecido leal. Era pesimista acerca de las posibilidades de victoria, ya que, aunque tenía bajo su mando todas las fuerzas republicanas situadas a lo largo de la costa cantábrica, seguía sin haber

ninguna unidad entre los vascos, los asturianos y los santanderinos, y esto era algo evidente. El comisario general del ejército era el socialista asturiano González Peña; el comisario en el País Vasco, el diputado comunista vasco Jesús Larrañaga; en Asturias, el anarquista Francisco Martínez; y en Santander, Antonio Somarriba, socialista. Esta coalición no funcionaba. Incluso el comunista Larrañaga era objeto de opiniones contrapuestas, pues los vascos desconfiaban de él porque era comunista, y los comunistas también porque era un vasco que, a diferencia de Aguirre, incluso hablaba vasco con su familia. El inspector general del ejército del norte, general Martínez Cabrera, recientemente destituido de su cargo de jefe de estado mayor, no tenía buena reputación. Largo Caballero había asegurado en privado a los vascos que el ejército del norte no existía en realidad, y que él reconocía al ejército vasco, el «ejército de *Euzkadi*». que teóricamente formaba parte de las tropas bajo el mando de Llano de la Encomienda, como la principal organización del norte de España[1487]. Llano de la Encomienda había tenido que pasar por la humillación de enviar un telegrama preguntando al jefe de gobierno si aquello era realmente cierto. En febrero trasladó su cuartel general a Santander, y a partir de entonces no tuvo mucha relación directa con los problemas cotidianos de la campaña. El conjunto de sus tropas, teóricamente, ascendía a 150 000 hombres. En teoría también, tenía más de 250 piezas de artillería, pero éstas se encontraban repartidas: 75 en Vizcaya, 130 en Asturias y 50 en Santander. Tenía unos pocos tanques rusos T-26, y unos cuantos tanques Renault procedentes de Francia, pero, en conjunto, tenía menos efectivos bélicos que sus antagonistas. Frente a la fuerte armada nacionalista, la República, en el norte, sólo podía contar con dos destructores y tres submarinos. Los vascos

sólo tenían de 25 a 30 aviones. Los bombarderos republicanos del centro de España tenían una autonomía demasiado limitada para ayudar a los combatientes del norte, y no se movieron de donde estaban. (Sin embargo, pronto fueron enviados algunos cazas). El equipo de los ejércitos del Norte no era tan bueno como habría sido de esperar, teniendo en cuenta que la República controlaba las fábricas de armas de Trubia, Éibar y Reinosa, las de municiones y explosivos de Galdácano, Guernica y La Manoya, y, por supuesto, las fundiciones de acero de Vizcaya. Pero allí, durante la guerra, los niveles de producción habían descendido, en vez de elevarse.



24. La campaña de Vizcaya entre marzo y junio de 1937

Los vascos habían reunido 46 batallones de infantería, compuestos por un total de 30 000 hombres. De estos batallones, 27 estaban formados por nacionalistas vascos (a

éstos se les llamaba *gudaris*), ocho por los socialistas, y el resto por una mezcla de comunistas, juventudes socialistas-comunistas, republicanos de izquierda, y anarquistas. Este ejército estaba atendido por un cuerpo de capellanes castrenses, formado por 82 sacerdotes, cuya función, única en el ejército republicano, consistía en celebrar misa, velar por la moralidad de los *gudaris*, acompañar a los moribundos en los últimos momentos, y «formar a los reclutas en la línea de la tradición cristiana». Además había unos diez batallones de asturianos, que eran muy impopulares entre los vascos, porque se dedicaban a robar ganado, a seducir muchachas vascas, e incluso, algunas veces, a cometer asesinatos: por ejemplo, el cura de Abadiano fue fusilado por los asturianos a su paso por el pueblo[1488].

Mola publicó un ultimátum preliminar que recordaba la amenaza de los atenienses a Melos: «He decidido terminar rápidamente la guerra en el norte. Los que no sean culpables de asesinatos y rindan sus armas verán sus vidas y sus propiedades respetadas. Pero, si la sumisión no es inmediata, arrasaré toda Vizcaya hasta que no quede piedra sobre piedra, empezando por las industrias de guerra»[1489].

El 31 de marzo, esta amenaza, que pretendía tener una importancia psicológica, empezó a llevarse a la práctica. Los Junker 52 de la Legión Cóndor bombardearon el pueblo de Durango, cruce de carreteras y ferrocarriles entre Bilbao y el frente. Una bomba mató a catorce monjas en la capilla de Santa Susana. La iglesia de los jesuitas fue bombardeada en el momento en que el sacerdote estaba distribuyendo la comunión. En la iglesia de Santa María, el sacerdote fue muerto en el momento de la elevación. El resto de la población también fue bombardeado y ametrallado. Aquel día murieron 127 paisanos, entre los que se contaban 2 sacerdotes y 13 monjas, y otros 121 murieron más tarde en

los hospitales[1490].

Anteriormente, Durango había tenido fama por ser la ciudad en la que Don Carlos había decretado, en 1834, que todos los extranjeros que fueran detenidos en armas contra él fueran ejecutados sin juicio. A partir de 1937, disfrutaría también de la triste fama de haber sido la primera ciudad indefensa bombardeada sin piedad en Europa.

El mismo día, después de un bombardeo de aviación y artillería muy intenso y bien coordinado, el coronel nacionalista Alonso Vega avanzó por la derecha del frente para conquistar las tres montañas de Maroto, Albertia y Jarindo. Al norte de Villarreal, en el centro del frente, hubo una lucha violenta en los alrededores de Ochandiano. Esta batalla continuó hasta el 4 de abril. Cada día bombardeaban el pueblo entre cuarenta y cincuenta aviones. Los navarros llegaron casi a rodearlo. Aterrados ante la posibilidad de quedar aislados y caer vivos en manos del enemigo, los vascos se retiraron, dejando seiscientos muertos. Se hicieron cuatrocientos prisioneros. Después del 4 de abril, hubo una pausa en la ofensiva, debida a la intensa lluvia. Mola reorganizó sus tropas para la siguiente fase de la campaña, que ya se veía que probablemente iba a ser más larga de lo que él había profetizado al principio. El general *von* Sperrle se quejó[1491].

Los vascos fortificaron sus nuevas posiciones, y realizaron nuevos ajustes en el cinturón de hierro. El uso táctico de los bombardeos aéreos, por muy inexacto que fuera, había causado gran alarma, y había aumentado el odio a Alemania. Fueron movilizados más hombres, y llegó más material de guerra, de manera que, el 10 de abril, los vascos tenían 140 piezas de artillería[1492]. La llegada del general Goriev, el destacado militar ruso que estaba en España, como asesor

militar, con más personal ruso, sin embargo, no pareció mejorar las cosas, a pesar de la buena reputación de que éste gozaba en Madrid[1493]. El 6 de abril, los nacionalistas anunciaron que impedirían que entrasen barcos con alimentos en los puertos republicanos del norte de España[1494]. Por consiguiente, el vapor británico *Thorpehall*, que llevaba un cargamento de provisiones de Santander a Bilbao, fue detenido a cinco millas de la costa por el crucero nacionalista *Almirante Cervera* y por el pesquero armado *Galerna*. Finalmente, el *Thorpehall* pudo pasar, ya que los buques nacionalistas no parecieron muy dispuestos a pelear con dos destructores británicos, el *Blanche* y el *Brazen*, que se apresuraron a presentarse en el lugar del suceso. Este hecho replanteó con toda crudeza la cuestión del bloqueo. Al principio de la guerra, el gobierno republicano había declarado un bloqueo a ciertos puertos del territorio nacionalista. Los ingleses habían considerado que la declaración se aplicaba a un territorio demasiado extenso y que «para ser válido», el bloqueo «tenía que ser efectivo»[1495]. Así pues, si un buque de guerra español hubiera detenido a algún mercante en alta mar, Inglaterra habría considerado incorrecta la acción. Los barcos ingleses tendrían que ser protegidos contra aquella interferencia. Además, Inglaterra sólo reconocía un límite de tres millas para las aguas territoriales, mientras que España insistía en las seis millas. La complejidad de la situación era tal que constantemente cambiaban las órdenes en la armada y esto llegó a ser una carga intolerable para los jóvenes oficiales de la marina.

El anuncio de este nuevo bloqueo nacionalista exacerbó la complejidad de la posición del gobierno británico. Según el derecho internacional, los beligerantes reconocidos podían llevar a cabo un bloqueo (en el que va incluido el derecho al

registro de barcos en alta mar). Pero, como no deseaban someter a los buques mercantes ingleses a la inspección de los buques de guerra españoles, Baldwin y sus ministros se opusieron al reconocimiento de los dos bandos españoles como beligerantes. La situación era todavía más complicada debido al hecho de que muchos barcos extranjeros llevaban bandera británica para intentar evitar que los detuvieran y asegurarse la protección. El gobierno inglés sabía muy bien que muchos barcos mercantes eran «virtualmente contrabandistas del bloqueo que corrían el riesgo porque se trataba de grandes fletes»[1496]. Pero ahora los nacionalistas poseían el dominio del mar. Por lo tanto, si se reconocían los derechos de beligerancia, serían barcos de guerra nacionalistas los que, sobre todo, practicarían la interceptación, y buques mercantes ingleses los que principalmente tendrían que soportarla. Pero, si no se reconocían los derechos de beligerancia, los buques mercantes ingleses estarían autorizados para pedir ayuda a la marina de guerra británica si eran interceptados (fuera de las aguas territoriales vascas). Por lo tanto, ¡mejor sería que ningún barco inglés se dirigiera a los puertos vascos!

Esta última reflexión, quizás hecha a un nivel subconsciente, predispuso al capitán del *Blanche* y al comandante en jefe de la flota del Mediterráneo a llegar a la conclusión de que el bloqueo nacionalista era efectivo. *Sir* Henry Chilton informó en el mismo sentido desde Hendaya. Y hubo otros informes parecidos: no sólo era cierto que la marina nacionalista situada frente a Bilbao era capaz de impedir la entrada de todos los mercantes, sino que, además, las aguas territoriales vascas estaban minadas. Por consiguiente (según informaban Chilton y la armada inglesa), para los buques mercantes británicos sería peligroso que intentaran entrar en Bilbao. Dentro del límite

de las tres millas, naturalmente, la armada inglesa no podía proteger a los mercantes. Como los vascos habían perdido el dominio del mar, los barcos ingleses podían ser atacados en las aguas territoriales. De manera que el Almirantazgo ordenó a todos los buques mercantes ingleses que se encontraban a menos de cien millas de Bilbao que se dirigieran al puerto pesquero francés de San Juan de Luz, y allí esperaran nuevas órdenes. Al día siguiente, el comandante Julián Troncoso, gobernador militar nacionalista de Irún, dijo a Chilton, siguiendo instrucciones de Burgos, que Franco estaba decidido a hacer efectivo el bloqueo. Concretamente, se iba a impedir por la fuerza el viaje de cuatro mercantes ingleses de los que se sabía que iban cargados de alimentos y que ahora estaban en San Juan de Luz. Entretanto, se seguirían colocando minas en el puerto de Bilbao[1497]. Esta resuelta afirmación llegó a Londres el sábado 10 de abril por la mañana, y obligó a Baldwin a convocar al gabinete para el domingo. Interrumpiendo su fin de semana, llegaron, entre otros, Duff Cooper, ministro de la Guerra; *sir* Samuel Hoare, primer *lord* del Almirantazgo; *sir* John Simón, ministro del Interior; y Edén, ministro de Asuntos Exteriores. Como resultado de la reunión, la junta de Comercio «advirtió» a los barcos ingleses que no fueran a Bilbao, y les notificó que la marina de guerra no podría ayudarles si intentaban hacerlo. Además, el Almirantazgo envió el acorazado *Hood*, orgullo de la armada, a «algún sitio próximo a Bilbao, para que las fuerzas británicas en aquella región no fueran inferiores a las del general Franco». El lunes siguiente, Baldwin explicó ante una airada Cámara de los Comunes que había riesgos contra los cuales resultaba imposible proteger a los barcos ingleses[1498]. Al gobierno le preocupaba menos el principio abstracto de la libertad de los mares que la importante

cuestión de las 60 000 toneladas de mineral de hierro que normalmente importaba Inglaterra de los puertos vascos[1499]. De hecho, los puertos del norte de España no tenían minas, y era lógico suponer que continuarían sin ellas, porque las minas impedirían que los nacionalistas utilizaran los puertos, en el caso de que triunfaran. Pero las entradas de los puertos sí que habían sido minadas.

Durante toda la semana siguiente, hubo protestas en el Parlamento. Toda aquella primavera, España había sido un tema constante en las interpelaciones y debates sobre asuntos exteriores. Edén y su ayudante, Cranborne, habían sido sometidos a grandes presiones por los laboristas y liberales que simpatizaban con la República y por el grupo de conservadores que apoyaban a los nacionalistas. ¿Había oído hablar el gobierno de la llegada de nuevas divisiones italianas a Cádiz? ¿Cuántos rusos había en Madrid? Ante estas preguntas, el gobierno había declarado que carecía de información exacta. Además, había entablado negociaciones secretas con los nacionalistas para garantizar la producción de las minas de propiedad inglesa situadas en la zona rebelde, siempre que no vendieran piritas a Francia[1500]. Ahora, el interés inglés por España había llegado al máximo. Edén defendió la no intervención en un discurso que pronunció en Liverpool: «Queda un resultado positivo. La política de no intervención ha limitado y reducido poco a poco la oleada de intervención extranjera en forma de armas y hombres para España. Y, lo que es más importante, la existencia de esa política, y el conocimiento de que muchos gobiernos, pese a todas las contrariedades, estaban trabajando en esa línea, ha reducido en gran medida el riesgo de una guerra general»[1501]. En privado, Edén confesaba que «quería claramente que ganara la República»[1502]. El 14 de abril, Attlee presentó un voto de

censura. El gobierno británico, la mayor potencia marítima del mundo, había decidido no proteger a los barcos mercantes ingleses; sin embargo, los vascos habían dicho que ya habían retirado las minas del puerto de Bilbao, y que, por las noches, el puerto estaba protegido por pesqueros armados (con la ayuda de reflectores). (Esta información procedía de un telegrama enviado por Aguirre). ¿De dónde procedía la información que tenía el gobierno sobre los peligros? ¿Procedía de «esos curiosos individuos, nuestros agentes consulares, que tan silenciosos se muestran sobre la cuestión del desembarco de tropas italianas»? A continuación, *sir* John Simón, ministro del Interior, arguyó que, si se permitía que los barcos ingleses fueran a Bilbao, primero habría que hacer una limpieza de minas. Y eso constituiría «una clara operación de guerra». *Sir* Archibald Sinclair, el líder liberal, arguyó que la aceptación del bloqueo nacionalista por parte del gobierno ya suponía una intervención. Al fin y al cabo, los alemanes —dijo, recordando incidentes acaecidos el invierno anterior— siempre se habían cuidado de sus barcos. A continuación habló Churchill, quien, reiterando su desvinculación olímpica de los dos bandos de la guerra, se entregó a un sueño fantástico de mediación a base de «una reunión en lo que *lord* Rosebery llamó una vez una "posada al borde del camino"» que daría a España la oportunidad de conseguir «paz, ley, pan y perdón». Entonces, aquellos «puños cerrados se podrían abrir para convertirse en manos abiertas a una generosa cooperación». Harold Nicolson, del Partido Laborista Nacional, describió la negativa a arriesgar barcos ingleses en aguas vascas como una «píldora amarga. No es agradable. Es una poción que resulta casi nauseabunda», pero había que aceptarla. Noel-Baker sugirió que era la primera vez desde 1588 que los ingleses parecían tener

miedo a la armada española. Edén terminó el debate diciendo que, si los buques mercantes ingleses salían de San Juan de Luz, y por tanto desobedecían a la junta de Comercio, recibirían protección naval hasta el límite de las tres millas. «Confiamos en que no lo hagan, porque, a la vista de los informes sobre las condiciones existentes, no creemos que sea seguro para ellos el hacerlo»[1503].

Los capitanes de los barcos mercantes anclados en San Juan de Luz se estaban impacientando. Sus cargamentos (por los que habían sido magníficamente pagados)[1504] se estaban pudriendo. Tres barcos, todos ellos mandados por capitanes galeses que se apellidaban Jones (se los distinguía por sus respectivas cargas: «*Potato Jones*», «*Corn Cob Jones*» y «*Ham and Eggs Jones*»), se hicieron famosos por sus intentos de salir del puerto. «*Potato Jones*», cuyas patatas ocultaban armas y que actuaba por motivos materiales, adquirió una repentina, aunque inmerecida, reputación, por una serie de ingeniosas respuestas que dio a un reportero del *Evening News*, en la línea de sal gruesa típica de la tradición conradiana. Pero no fue él (que desembarcó su cargamento en Valencia) quien rompió el bloqueo de Bilbao. El primero fue el «deán rojo» de Canterbury, doctor Hewlett Johnson, un destacado e incansable apologista de Rusia, y ahora de la República, que zarpó de Bermeo, cerca de Bilbao, hacia San Juan de Luz, en una lancha torpedera francesa, sin ningún contratiempo; y luego se lo contó al *Manchester Guardian*. Luego, el *Seven Seas Spray*, un buque mercante que llevaba un cargamento de provisiones procedentes de Valencia, zarpó del mismo puerto el 19 de abril a las diez de la noche, ignorando los mensajes que le enviaban desde la costa. Su capitán, llamado Roberts, hizo oídos sordos a las advertencias de un destructor británico que se encontró a diez millas de la costa vasca. El capitán del destructor dijo a

Roberts que debían continuar por su cuenta y riesgo, y luego le deseó buena suerte. A la mañana siguiente, el *Seven Seas Spray* llegó a Bilbao, sin haber visto minas ni barcos de guerra nacionalistas. Mientras este barco remontaba la ría hacia el muelle, con el capitán y su hija en pie sobre el puente, el hambriento pueblo de Bilbao se amontonaba en los muelles, muy excitado, gritando: «¡Vivan los marineros ingleses!» y «¡Viva la libertad!».

Ahora el Almirantazgo británico tuvo que reconocer su error. Porque, en el caso de Bilbao, era cierto lo que había dicho Attlee en el debate: el bloqueo de Bilbao no era efectivo.

Por lo tanto, otros barcos que se encontraban anclados en San Juan de Luz se dirigieron a Bilbao. Cuando uno de ellos, el *MacGregor*, se encontraba a diez millas de la costa, el crucero nacionalista *Almirante Cervera* le dio orden de detenerse. El *MacGregor* envió un SOS al *Hood*, de la armada británica. Su comandante, el vicealmirante Blake (que no se creía la historia de las minas), pidió al *Almirante Cervera* que no pusiera obstáculos a los barcos ingleses fuera de las aguas territoriales. El *Almirante Cervera* dijo que las aguas territoriales españolas tenían una extensión de seis millas. El almirante Blake contestó que Inglaterra no reconocía esto, y dijo al *MacGregor* que podía seguir su camino, si lo deseaba. Y el *MacGregor* así lo hizo. A pocos metros del límite de las tres millas, el pesquero armado *Galerna* disparó contra la proa del *MacGregor*. El *Firedrake*, de la armada británica, ordenó al *Galerna* que no atacara a un barco inglés. Desde la costa, las baterías vascas lanzaron una salva, y el *Galerna* se retiró. No se hizo ningún otro intento para impedir que los barcos ingleses llegaran a Bilbao, aunque continuó el bloqueo.

¿Cuál era la explicación de este curioso incidente en la historia de la marina? Edén, sin duda, estaba diciendo la verdad cuando, el 20 de abril, manifestó, de pasada, en la Cámara de los Comunes, que «si yo tuviera que escoger en España, creo que el gobierno vasco se encuentra mucho más cerca de nuestro sistema que el de Franco o el de la República». (En sus memorias, Edén escribiría más tarde que «a partir de los primeros meses de 1937, si yo hubiera tenido que escoger, habría preferido una victoria del gobierno»)[1505]. Pero, al parecer, el Almirantazgo y *sir* Samuel Hoare, que deseaban evitar cualquier problema con Franco, dieron una información incorrecta al gobierno. Parte, al menos, de la información del Almirantazgo no procedía de un cuidadoso examen de los hechos sino de versiones dadas por los propios barcos de guerra nacionalistas. El *Daily Telegraph* del 20 de abril publicó una entrevista con el nacionalista capitán Caveda, que comentaba lo agradable que había sido trabajar con la flota inglesa «en cuestiones surgidas del bloqueo de Bilbao». *Sir* Samuel Hoare, en el Almirantazgo, parecía muy satisfecho al aceptar la información falsa y actuar precipitadamente de acuerdo con ella.

El 20 de abril, empezó en Vizcaya un nuevo avance nacionalista. Cuando había cesado el bombardeo aéreo y de la artillería, y los vascos empezaban a salir de las superficiales trincheras en que se habían refugiado, oyeron las ametralladoras navarras en la retaguardia. Una vez más, igual que en Ochandiano, se oyó el grito: «¡Estamos copados!». Muchos defensores se retiraron mientras pudieron. Sin embargo, ante el pueblo de Elgeta, entre las onduladas colinas de Inchorta, se habían cavado trincheras profundas. Y allí, los vascos, dirigidos por el comandante de milicias Pablo Belderrain, rechazaron el ataque. Pero

entonces se retiraron dos batallones de la CNT, y esta retirada completó el hundimiento del frente. Ahora, los comandantes vascos estaban deseando retirarse a las buenas trincheras del cinturón de hierro. Los bombardeos constantes bloqueaban las carreteras e impedían los movimientos. El estado mayor central de Bilbao demostraba una apatía que provocó acusaciones de traición. El 24 de abril, todas las cumbres del sector del frente escogido para la ofensiva habían caído en manos del coronel que mandaba la 1.ª Brigada navarra, Rafael García Valiño. Belderrain tuvo que retirarse de Elgeta. Persistía una atmósfera de pánico. La artillería no sabía adónde disparar. Las trincheras eran evacuadas. Así pues, a los seis días de reanudar la ofensiva de Mola, parecía inminente la derrota general de los vascos. Sin embargo, ahora iba a producirse una nueva crisis: Guernica.

Guernica era una pequeña población de la provincia vasca de Vizcaya, situada en un valle a 10 kilómetros del mar y a 30 de Bilbao. Con sus 7000 habitantes, a primera vista Guernica parecía uno más de los acogedores pueblos de aquella zona montañosa, sembrada de caseríos aislados. En la guerra de la independencia, los franceses habían perjudicado mucho a Guernica. Sin embargo, siempre había sido célebre, desde tiempos inmemoriales, como la patria de las libertades vascas. Porque, ante el famoso roble de Guernica, solía reunirse el «parlamento de los senadores vascos», mientras que, en la iglesia de Santa Eufemia, los monarcas españoles, o sus representantes, juraban los fueros vascos. (Además, en los viejos tiempos, el roble había sido un refugio al que podían acogerse los deudores vascos). El 26 de abril de 1937, Guernica estaba a quince kilómetros del frente, en sus calles se amontonaban los refugiados y los soldados en retirada.

A las cuatro y media de la tarde, un repique de campanas de la iglesia anunció que se acercaban aviones. Anteriormente la región ya había sufrido algunas incursiones aéreas, pero Guernica no había sido bombardeada. No tenía defensas antiaéreas de ningún tipo. A las cinco menos veinte, un Heinkel 111 (un nuevo y rápido bombardero alemán, con capacidad para transportar 1400 kilos de bombas)[1506], pilotado por el comandante *von* Moreau, bombardeó el pueblo, desapareció y volvió a presentarse con otros tres aviones del mismo tipo[1507]. Después de los Heinkel se presentaron tres escuadrillas de los viejos espectros de la guerra española, los Junker 52 —23 aviones—, algunos nuevos cazas Messerschmitt BF-109, y otros cazas más antiguos, Heinkel 51. Los cazas cumplían una doble función, debían escoltar a los bombarderos, pero también ametrallar a toda la gente que vieran, volando a baja altura. Varias oleadas de aviones lanzaron bombas incendiarias, poderosos explosivos y bombas de shrapnel, con un peso total de 50 000 kilos. En el bombardeo participaron 43 aviones; los Junker iban dirigidos por los tenientes *von* Knauer, *von* Beust, y *von* Krafft. El centro de la población quedó destruido y envuelto en llamas. La casa de juntas vasca y los restos del famoso roble, que se encontraban lejos del centro, sin embargo, quedaron intactos[1508]. Igual que la fábrica de armas que había a las afueras de la población. Murieron muchas personas, tal vez mil, aunque los acontecimientos que se produjeron a continuación hacen imposible afirmar con seguridad el número exacto de muertos[1509]. Muchas más quedaron mutiladas o heridas. También es posible que participaran en las últimas fases del bombardeo algunos aviones italianos.

Estos hechos fueron confirmados por todos los testigos presenciales, incluidos el alcalde del pueblo y el cónsul

británico, así como por los corresponsales extranjeros —principalmente ingleses— que entonces estaban en el País Vasco[1510]. Pero Bolín, el jefe del departamento de prensa nacionalista en Salamanca, manifestó el 27 de abril, que los vascos habían volado su propio pueblo.

Mientras tanto, el 28 de abril Durango, y el 29 de abril Guernica, cayeron en manos de los nacionalistas sin mucha resistencia. El general Solchaga ejecutó al jefe vasco hecho prisionero, coronel Llarch, y a tres miembros de su estado mayor, tras un consejo de guerra sumarísimo. Los periodistas extranjeros que se encontraban con los nacionalistas fueron informados de que, aunque se habían encontrado en Guernica «algunos fragmentos de bombas», los daños habían sido causados principalmente por incendiarios vascos, con el fin de inspirar indignación[1511]. El 4 de mayo, un nuevo informe nacionalista dijo que, naturalmente, en Guernica había señales de fuego después de «una semana de bombardeo artillero y aéreo». También admitía que Guernica había sido bombardeada intermitentemente durante un período de tres horas. Diez días después, se encontró la palabra «Garnika» en el diario del 26 de abril de un piloto alemán derribado por los vascos. El piloto explicó, sin convencer a nadie, que aquello se refería a una chica que había conocido en Hamburgo. Unos meses después, otro comunicado nacionalista reconocía que el pueblo había sido bombardeado, pero afirmaba que los aviones eran republicanos. Las bombas —decía— habían sido fabricadas en territorio vasco, y las explosiones habían sido causadas poniendo dinamita en las alcantarillas[1512]. Pero, en agosto, un oficial nacionalista reconoció ante un reportero de *The Sunday Times* que Guernica había sido bombardeada por su bando[1513]: «Desde luego, la bombardeamos y la bombardeamos [...] bueno, ¿y por qué no?». Años más tarde,

el as de la aviación alemana Adolf Galland, que se incorporó poco después a la Legión Cóndor, fue el primero en reconocer que los responsables habían sido los alemanes[1514]. Sin embargo, arguyó que el ataque había sido un error, debido a los malos observadores de bombardeo y a la falta de experiencia. Los alemanes —decía Galland— querían destruir el puente que había sobre el río, erraron el blanco completamente, y por equivocación destruyeron el pueblo. Hay otros alemanes, entre los que se cuentan algunos que tomaron parte en el ataque, que defienden esta idea[1515]. El viento, dicen, hizo que las bombas se vieran impulsadas hacia el oeste. De hecho, Guernica era un objetivo militar, puesto que se trataba de un centro de comunicaciones próximo a la línea de batalla, en realidad, casi al alcance de la vista de las columnas nacionalistas, que se encontraban unos kilómetros más al sur. Los soldados republicanos en retirada sólo podían huir hacia el oeste con cierta facilidad si pasaban por Guernica, porque el puente que había en las afueras del pueblo, sobre el río Oca, era el último antes del mar. Pero, si el objetivo primario de la Legión Cóndor era destruir el puente, ¿por qué *von* Richthofen no utilizó sus bombarderos Stuka, que atacaban en picado y con gran precisión, si tenía un pequeño número de éstos en Burgos? Además, ¿por qué se montó una expedición tan especialmente devastadora? Como mínimo, uno de los objetivos que tenía en su mente (aunque no figurara en su diario) debía de ser el de causar el máximo de pánico y confusión entre la población civil, así como entre los soldados. El uso de bombas incendiarias demuestra que se pretendía destruir edificios o personas además del puente, aunque es posible que *von* Richthofen no previera que el fuego iba a extenderse tan rápidamente por las estrechas calles de Guernica, y también es posible que el polvo y el

humo de las explosiones causadas por los Heinkel impidieran a los pilotos de los Junker la visión clara (o ni siquiera confusa) del puente. El hecho plenamente atestiguado de que ametrallaran a las personas que salían corriendo del pueblo difícilmente encaja en la versión que explica el ataque como un intento de destruir el puente.

Además, el diario de *von* Richthofen indica que el coronel Juan Vigón, jefe del estado mayor de Mola, estaba enterado del proyecto, con antelación al ataque: los dos habían conferenciado sobre el tema los días 25 y 26 de abril, aunque quizá «sin informar a la autoridad superior»[1516].

Sin embargo, es justo reconocer que el ataque aéreo formaba parte de un conjunto de operaciones muy relacionadas con la campaña en curso; y que no hay evidencia directa de que los alemanes estuvieran enterados de la importancia que tenía Guernica para el pueblo vasco, ni de que los militares nacionalistas españoles, que evidentemente sabían lo que representaba Guernica para los vascos, supieran que el ataque aéreo iba a ser tan horripilante. Ni siquiera hay evidencia de que Vigón supiera que el ataque aéreo iba a ser tan devastador, ni de que Franco, Mola, o incluso Sperrle, discutieran de antemano el ataque que se planeaba: por entonces, como veremos, Franco, en realidad, estaba muy preocupado con los problemas de la Falange y Hedilla, y puede que incluso fuera difícil de localizar. Puede que Mola, Sperrle, e incluso Vigón, los días 25 y 26 de abril, también estuvieran preocupados por la crisis política interna, que en aquellos momentos era sumamente aguda[1517]. Dicen que Mola quedó muy impresionado cuando llegó a Guernica, el 29 de abril[1518]. También se ha dicho que Franco se enfureció con los alemanes cuando se enteró de las consecuencias del bombardeo[1519]. Puede que esto sea cierto, porque el hecho

es que, a partir de entonces, no volvió a producirse ningún otro bombardeo del tipo de Guernica en el País Vasco, y, en realidad, la Legión Cóndor nunca volvió a intentar nada parecido al «bombardeo de zona» sobre ciudades indefensas[1520].

Guernica dio lugar a una apasionada controversia internacional. A primeros de año, el pintor Picasso había recibido el encargo de pintar un mural para el pabellón del gobierno español en la exposición universal de París[1521]. Ahora se puso a trabajar en una representación de los horrores de la guerra expresados por la destrucción de Guernica, en una pintura que es probablemente la más famosa de todas sus obras[1522]. Después de ser exhibida en París, en 1937, por primera vez, fue enviada al Metropolitan Museum de Nueva York. Entretanto, el mando nacionalista y los alemanes, impresionados por lo que habían hecho, y preocupados por las posibles repercusiones, montaron una complicada campaña de disimulo. Anteriormente nunca se había producido un bombardeo aéreo como aquél. Los propagandistas de ambos bandos tomaron posiciones que ya no abandonarían jamás. Así como un corresponsal de *The Times*, George Steer, se mostró dispuesto a escribir tan explícitamente la versión vasca de los hechos, James Holburn, corresponsal del mismo periódico inglés en el bando nacionalista, cuando entró en el pueblo con el tren de bagajes de Solchaga, escribió: «los pocos cráteres que inspeccioné habían sido causados por la explosión de minas»[1523]. Veinte sacerdotes vascos, uno de los cuales había sido testigo ocular del bombardeo, y entre los que se contaba el vicario general de la diócesis, escribieron al papa diciéndole quién había destruido Guernica. Dos de ellos, los padres Pedro Menchaca y Agustín Isusi, respectivamente, fueron al Vaticano con esta carta. La entregaron, pero sólo

fueron recibidos por el cardenal Pacelli, el secretario de Estado del papa, a condición de que no mencionaran el motivo que les había llevado a Roma. Cuando fueron recibidos, los vascos no pudieron reprimirse y empezaron a hablar de Guernica. Entonces, Pacelli, comentando fríamente que «la Iglesia es perseguida en Barcelona», los acompañó hasta la puerta[1524].

Durante una generación se mantuvo la versión nacionalista de estos hechos. Seguían vivos los que habían dado aquella versión en su momento, como el capitán Luis Bolín[1525]. Hasta 1970, cuando ya habían muerto, o habían dejado de tener influencia, y empezaron a ser accesibles los documentos del gobierno, no se reconoció que Guernica había sido bombardeada desde el aire[1526]. Así y todo, continuó sosteniéndose a menudo que los vascos habían rematado lo que los alemanes no habían hecho más que empezar[1527].

El 30 de abril, diez días después de empezar el control internacional de la no intervención y cuando, por consiguiente, el ministro inglés de Asuntos Exteriores creía que, durante un tiempo, se vería libre de lo que él llamaba «la guerra de la obsesión española», Edén dijo a la Cámara de los Comunes que el gobierno estaba considerando qué se podía hacer para evitar un nuevo Guernica. En la propia Legión Cóndor, las consecuencias del ataque causaron «gran depresión»[1528]. El 4 de mayo, *lord* Plymouth sugirió al comité de la no intervención que pidiera a los dos bandos españoles que no bombardearan ciudades abiertas. Ribbentrop y Grandi arguyeron, con muy poco ingenio por cierto, que el tema de Guernica no se podía tratar aparte de la consideración general de los aspectos humanitarios de la guerra. Maisky protestó contra esta ampliación del área de debate[1529]. Una conferencia de dirigentes de la Iglesia de

Inglaterra, entre los que se contaba William Temple, arzobispo de York, elevó a Edén una protesta formal contra el bombardeo de objetivos no militares. La crisis sirvió para desviar la atención de los enormes cargamentos de material militar que entonces estaban llegando a la República, procedentes de Rusia[1530]. Por otra parte, Franco, el 29 de abril, había firmado un acuerdo con Italia para la compra de dos viejos submarinos, el *Archimedes* y el *Torricelli*, que irían a engrosar su flota. Esto también pasó desapercibido.

Mientras tanto, se detuvo el hundimiento vasco más allá de la ciudad destruida, aunque, el 30 de abril, los «flechas negras», que eran 4000, conquistaron el puerto pesquero de Bermeo. Aquel día, la moral vasca se vio estimulada por la destrucción del acorazado *España*, al parecer por obra de una de las minas que los propios rebeldes habían puesto en Santander; la tripulación se salvó. El 1 de mayo, Mola atacó en todo el frente. Los italianos de Bermeo fueron rodeados, y se vieron obligados a pedir auxilio. Ahora, los bombardeos ya no aterrorizaban tanto a los milicianos vascos, porque habían observado que el ruido que producían era peor que sus efectos.

Mientras Guernica ocupaba los titulares de los periódicos del mundo, estaban ocurriendo hechos casi igualmente dramáticos en Sierra Morena, la magnífica cadena de montañas que separa la meseta castellana de Andalucía. Allí, en dos cumbres, en torno al santuario de Santa María de la Cabeza, llevaban nueve meses resistiendo en favor del alzamiento 250 guardias civiles de Jaén, la mayor parte de sus familias, 100 falangistas y unos 1000 miembros de la burguesía de Andújar. Durante la mayor parte del tiempo, en la primera fase de la guerra, no se habían lanzado ataques contra aquel enclave nacionalista situado en el corazón de la España republicana. En realidad, durante algún tiempo, el

comité del Frente Popular de Andújar ni siquiera supo si los guardias civiles del santuario eran amigos o enemigos. Después de vivir algún tiempo en esta equívoca seguridad, y tras haber reunido una buena cantidad de alimentos, los rebeldes decidieron que era moralmente imposible no hacer saber a los «rojos» en qué bando se encontraban. O sea que enviaron una carta en mano en la que hacían una declaración de guerra. El comandante Nofuentes, que quería rendirse, fue depuesto del mando del santuario, aunque se respetó su vida y la de otros oficiales prorepublicanos. Entonces empezó un asedio. Los defensores estaban dirigidos por un capitán de la guardia civil, Santiago Cortés, cuya esposa y cuya familia eran prisioneros políticos en Jaén. Empezaron a enviar noticias y mensajes exaltados a los nacionalistas de Sevilla por medio de palomas mensajeras. Algunos pilotos nacionalistas —entre ellos el brillante capitán Carlos de Haya— se entrenaron especialmente para poder dejar caer provisiones en la pequeña zona que estaba siendo defendida —técnica que encontraron parecida a la del bombardeo en picado—. En total, se enviaron 80 000 kilos de comida desde Sevilla, y 70 000 desde Córdoba. Otros suministros más delicados (como los medicamentos) se dejaban caer atados a un pavo, que es un animal de vuelo lento, majestuoso y vertical. En el interior del santuario se improvisaron escuelas y hospitales. Aunque había una fuerza de Queipo de Llano sólo a unos treinta kilómetros de distancia, en Porcuna (pueblo conquistado el 1 de enero de 1937), los nacionalistas no hicieron ningún verdadero esfuerzo por liberar a la guarnición.

A principios de abril, la República decidió aplastar aquel islote de resistencia, y envió una gran fuerza a las órdenes del diputado comunista, y ahora teniente coronel, Martínez Cartón. Tras una feroz lucha, el pequeño campamento de los

defensores quedó dividido en dos. Lugar Nuevo, el menor de los dos campamentos, envió su última paloma al capitán Cortés para decirle que ya no podía resistir más. Pero cayó una lluvia torrencial y, durante la noche, Lugar Nuevo fue evacuado sin pérdidas, y todos sus defensores, incluidos doscientas mujeres y niños, pudieron refugiarse en el santuario. A continuación, Franco dio permiso a Cortés para rendirse si la resistencia se hacía imposible. También dio órdenes para la evacuación de mujeres y niños, bajo la garantía de los oficiales de la Cruz Roja que habían llegado hacía poco tiempo. Pero Cortés y los defensores, inflamados por las pasiones que había sido necesario despertar para mantener la resistencia, dudaban de que la Cruz Roja pudiera garantizar la evacuación. Los defensores estaban rodeados por veinte mil republicanos. Surgieron dudas. Se reanudaron los ataques. Cortés fue herido el 30 de abril, y envió un último mensaje con una paloma. El 1 de mayo, el ejército republicano irrumpió en el santuario. Las últimas órdenes de Cortés a sus hombres fueron: «La guardia civil y la Falange muere, pero no se rinde»[1531]. El santuario fue incendiado. Las llamas se alzaron sobre la sierra. Finalmente, la mayoría de las mujeres y los niños que había allí fueron llevados en camiones, y los defensores que aún quedaban con vida fueron hechos prisioneros. Cortés murió en un hospital a consecuencia de sus heridas, y se llevó a la tumba el secreto de dónde había enterrado la efigie de la Virgen de la Cabeza, para tenerla en lugar seguro.

36

Negociaciones entre carlistas y falangistas. — El caso de Hedilla. — Asesinato de Goya. — El Decreto de Unificación. — Serrano Súñer.

Durante la primavera de 1937, las dos Españas enfrentadas en la guerra civil fueron consolidando su situación. Desde este momento coexistieron en el país dos estados: ya no se trataba de un solo Estado dividido en clases. Por una parte, Franco consiguió una resonante victoria sobre los falangistas y carlistas, que eran los dos únicos movimientos supervivientes. La causa nacionalista se vio reforzada con motivo de la crisis de abril de 1937, y las autoridades de Salamanca eran universalmente acatadas, si bien es cierto que un Queipo de Llano en Sevilla y un Cañizares en Badajoz gozaban de amplia libertad de acción. La consolidación del poder de la zona republicana de España era una tarea más larga y, aunque el Estado había sobrevivido triunfante, la victoria trajo consigo la desmoralización, de manera que no pasó de ser una victoria pírrica.

La crisis existente tras las líneas nacionalistas había que remontarla al invierno anterior, cuando Franco desterró a Portugal a Fal Conde, «delegado general» de los carlistas. Aquella dura medida había irritado a los carlistas. El descontento de éstos halló cierto eco en el ánimo de algunos falangistas que no simpatizaban con el general Franco.

Desde Lisboa, Fal Conde recibió una invitación de la Falange para discutir un proyecto de unificación de ambos partidos. La invitación fue aceptada[1532]. Al fin y al cabo, ambos partidos coincidían en el diagnóstico de los problemas de España, si bien diferían en los remedios que propugnaban.

Las negociaciones duraron tres semanas y no dieron resultado[1533]. Los carlistas sacaron la conclusión de que los falangistas pretendían deshacer todo el movimiento nacionalista. A finales de febrero, los representantes de ambos partidos se despidieron amistosamente. La puerta quedaba abierta para emprender ulteriores negociaciones, gracias a la dúctil personalidad del conde de Rodezno. Pero también recogió la idea de la unificación, el general Franco, que tenía noticia de las últimas vicisitudes, probablemente a través de Rodezno, cuyo apoyo de principio a la vieja causa siempre estuvo templado por la ambición y la incompatibilidad personal con Fal Conde, como se vio durante las conversaciones celebradas con Mola con anterioridad a la guerra. Desde que accedió al poder, Franco supo manejar con éxito a los dispares grupos que integraban el movimiento nacional, como cuando se enfrentaba a los distintos cabecillas de la guerra del Rif, en sus primeros años de madurez. Acaso la pura y simple unificación, efectuada desde arriba, originara aquella amalgama ideológica de la que había hablado con mucha esperanza el diplomático alemán Dumoulin cinco meses atrás.

Otro personaje de influencia apoyaba el proyecto: Ramón Serrano Súñer, de treinta y cuatro años de edad y cuñado del generalísimo, que antes de la guerra había sido diputado de la CEDA por Zaragoza y vicepresidente de este movimiento. Este ambicioso hombre de leyes había huido de la España republicana. Aunque siempre estuvo íntimamente asociado con Franco en los círculos políticos, el alzamiento le

sorprendió en Madrid. Fue internado en la cárcel Modelo, en donde presenció el fusilamiento de sus amigos Fernando Primo de Rivera y Ruiz de Alda. Su odio a los republicanos se transformó en rabia ciega cuando éstos fusilaron a dos hermanos suyos. Su muerte se debió en parte a la negativa de la embajada francesa a concederles asilo, y ello alimentó en él un odio especial contra Francia, que reforzaba el creciente desdén que sentía por la democracia. Estas aterradoras vivencias le marcaron para el resto de su vida. Poca cosa quedaba ya del político de la CEDA que fuera en otro tiempo. El discurso que pronunció en El Escorial en abril de 1934, bajo una lluvia de aguanieve, con motivo de la célebre concentración de las JAP, había constituido un anatema contra la degeneración de las democracias. Desde sus años universitarios era amigo personal de José Antonio[1534]. A partir de entonces, aquel *dandy* de canas prematuras y ojos azules ejerció una influencia dominante en su cuñado. El indolente Nicolás Franco, con su falta de puntualidad y sus extraños horarios de trabajo, perdió influencia paulatinamente hasta que de forma discreta lo enviaron de embajador a Portugal. Serrano Súñer debía su triunfo político a su inteligencia, poder de decisión y temeridad, y también a su encanto personal; pero, así como sabía complacer a un pequeño círculo, se enajenaba a las masas. Era sensible, reservado, arrogante y despierto —«rápido como un cuchillo en la palabra y en la acción», como dijo de él un antagonista británico— que contrastaba tanto con el carácter reservado de Franco como con la expansiva *bonhommie* del hermano de éste, Nicolás[1535]. La relación de intimidad entre Franco y Serrano la mantenían las esposas de ambos, Carmen y Zita, quienes se veían constantemente. Así empezó a imponerse en España el imperio de lo que se dio en llamar el «cuñadismo».

Al principio, el «cuñadismo» carecía de posición oficial. Desde el momento de la llegada de éste a Salamanca, Franco le utilizó como guía político. Serrano se ocupaba de buscar al nuevo Estado nacionalista una base teórica y, a ser posible, jurídica. Quería salvar a su cuñado de la tentación de establecer un régimen personal inspirado en el del general Primo de Rivera; y asimismo rechazaba un Estado de partidos. Se entrevistó con monárquicos, falangistas, eclesiásticos y generales. Visitó al cardenal Gomá, al conde de Rodezno y al general Mola. Después se pasó un día entero paseando y charlando con Franco en los jardines del palacio episcopal de Salamanca. Dijo al generalísimo que, a tenor de lo discutido, todo indicaba que ninguno de los partidos existentes en la España nacionalista parecía satisfacer las necesidades del momento. Aun así habría que tomar alguna decisión. El ejército era la base del poder existente. Pero «un Estado de pura fuerza» no podría mantenerse indefinidamente. En sus comienzos el movimiento nacional había sido una reacción negativa contra la «debilidad criminal» del gobierno republicano y contra la amenaza de una revolución comunista. Era inimaginable un retorno al gobierno parlamentario. «En otros países, gracias a una serie de tradiciones, la democracia puede dar resultados positivos. Pero en España se ha demostrado claramente que la democracia sólo es posible bajo una forma primaria y explosiva, que conduce al suicidio». Ahí estaba la oportunidad de formar un Estado libre de todo compromiso precedente o lastre, un Estado auténticamente nuevo, el único estado de ese estilo que tenía posibilidad de aparecer. ¿No era muy parecida la situación de España en 1937 a la que había existido en el siglo XV (como había indicado el carlista Pradera, ahora asesinado) al comienzo del reinado de los Reyes Católicos[1536]?

Todas las nuevas ideas del derecho español parecían remitir a los tiempos de Fernando e Isabel. Franco no pudo sorprenderse cuando Serrano le habló en tal sentido, una tarde de primavera de 1937. Ésta sería la primera de una serie de conversaciones análogas entre ambas personalidades. Franco se dedicaba a examinar los estatutos de la Falange, de la cual evidentemente no formaba parte. Leyó a José Antonio y a Pradera. Pero, incluso en la sociedad militarista de la «España blanca», la vida política no estaba completamente muerta. Había muchos falangistas con problemas de subempleo que estaban ansiosos de obtener cargos de privilegio. Seis meses de pavonearse con una escolta armada eran suficientes. Ahora querían el poder. En el mes de marzo, los falangistas que habían tomado parte en la dirección de las fallidas negociaciones con los carlistas, conspiraban para derrocar a Hedilla, jefe provisional de la Falange. Éste era el llamado grupo de Madrid, compuesto íntegramente por amigos y parientes de Primo de Rivera, y cuyos miembros más destacados eran Agustín Aznar; Rafael Garcerán, pasante de José Antonio, que había llegado a convertirse en secretario de la junta de Falange; José Moreno, jefe provincial de Pamplona y Sancho Dávila, primo de José Antonio, que se había escapado de una cárcel republicana para dirigir la Falange de Andalucía. Estos hombres eran admiradores de José Antonio y, como muchos otros, mantenían la ficción de no aceptar los rumores de su muerte. (Circulaban otras versiones que le daban por vivo, según las cuales se hallaba en Inglaterra, oculto en Alicante o de incógnito en la España nacionalista). No les agradaba Hedilla, porque creían que trataba de convertirse en el nuevo jefe y se les antojaba un tipo excesivamente proletario. Estos hombres tenían pocos seguidores pero gozaban de influencia en Salamanca.

Hedilla, que todavía no había cumplido los treinta y cinco años, llevaba viviendo en Salamanca desde el mes de octubre, con su familia, tratando de organizar el movimiento falangista, que se hallaba aún en período de crecimiento. Apoyaban a Hedilla la mayoría de «camisas viejas» de la clase de tropa, muchos jefes provinciales del norte y asimismo los intelectuales del movimiento. La prensa falangista, que se hallaba en plena expansión, también era hedillista, excepto *FE*, de Sevilla, que prefería a Sancho Dávila. Hedilla respondía con simpatía a las presiones que trataban de convertirle en jefe nacional, pero no intrigó para crear ese estado de opinión. Tanto él como sus partidarios buscaban inspiración en Alemania más que en Italia, y el embajador alemán *von* Faupel, empezó a cultivar el espíritu nazi entre ellos. Hedilla tenía dotes políticas; por ejemplo, cuando José Andino, jefe falangista de Burgos, difundió una alocución de José Antonio por radio Castilla desobedeciendo las órdenes de Vicente Gay, jefe del departamento de prensa del generalísimo, fue detenido, y Hedilla negoció pacientemente para lograr su libertad[1537]. Por lo demás carecía de tacto: permitió que el periodista Víctor de la Serna publicara un artículo excesivamente elogioso para su persona, y en otra ocasión hizo esperar a Serrano Súñer en su antesala, cosa realmente imprudente. También causó enojo su intervención en favor de personas que sin ella habrían sido fusiladas[1538]; y el embajador italiano, Roberto Cantalupo, trató de utilizarlo como intermediario para limitar la represión[1539]. Los esfuerzos realizados por Hedilla para hacer de Falange un movimiento independiente del ejército se vieron frustrados, en parte porque muchos estimaban prudente conservar la amistad con él y con el cuartel general de Franco, y en parte porque los militares disponían de todos los recursos. Una dificultad trivial, pero

importante era que las líneas telefónicas estaban controladas por los militares y una llamada de Valladolid a Salamanca que no versara sobre tema militar sufría un retraso de diez horas.

Si la oposición a Hedilla hubiera nacido en el «grupo de Madrid» no habría revestido caracteres graves. Pero la oposición a Hedilla en el interior del movimiento se veía reforzada por un grupo de profesionales ingenieros, abogados y «tecnócratas», que deseaban convertir a la Falange en el partido pragmático y carente de doctrina del nuevo Estado autoritario. También habían apoyado la idea de entablar negociaciones con los carlistas (un representante característico de este grupo, el ingeniero José Luís Escario, formaba parte de la delegación falangista en las conversaciones de Lisboa). Serrano Súñer prestó su apoyo a estas personas. Ni él ni Franco deseaban que se formara otro centro de poder en torno a Hedilla ni en torno a nadie.

Con todas estas vicisitudes, Hedilla perdía simpatías. A primeros de abril se dirigió de Salamanca a Vitoria para visitar al sucesor provisional de Fal Conde como delegado nacional de los requetés, José Luís Zamanillo, y ambos estuvieron de acuerdo en que, si se llegaba a la unificación de la Falange y el carlismo, sería contra su voluntad, y así lo manifestarían llegado el caso. Pero, casi al mismo tiempo, Franco se entrevistaba con Rodezno y otros carlistas para discutir la idea de una unificación formal de todos los partidos, movimientos y subgrupos de la España nacionalista. Era una propuesta típicamente militar: sólo un general podía plantearse en serio la unificación de grupos tan opuestos en un único movimiento como si sólo se tratara de bandas de filibusteros armados, como pretendían sus enemigos. Sin embargo, Rodezno recomendaba el plan a sus seguidores. La noticia llegó a oídos de Hedilla cuando se

encontraba en el norte. Declaró su propósito de convocar el consejo nacional de Falange el 25 de abril. Sus antagonistas dentro de Falange, Dávila, Aznar y Garcerán, le denunciaron por realizar una «propaganda monstruosa de sí mismo [...] intrigar para formar un núcleo de seguidores personales [...] mostrar una ineptitud evidente, agravada por su incultura personal [...]»[1540]. Declararon que la prolongada ausencia de José Antonio exigía, con arreglo a los estatutos de Falange, que se formara un triunvirato, y, en consecuencia, ocuparon materialmente las oficinas del movimiento en Salamanca, con la connivencia de otros falangistas de la ciudad, y tal vez la de Franco y Serrano Súñer. Hedilla aceptó el hecho consumado, pero acudió a protestar ante Franco. Fue recibido por el coronel Barroso, oficial del estado mayor de Franco. Pero los «rebeldes» obtuvieron una audiencia personal con Franco. A continuación, Hedilla ordenó a la Falange local de Salamanca, al mando de Ramón Laporta, que volvieran a ocupar las oficinas de Falange, y pidió al jefe de la cercana escuela «Pedro Lien» de oficiales falangistas y al fascista finlandés comandante *von* Haartmann que mandasen una unidad de cadetes para asegurar su propósito. Este último (que había llegado el mes de octubre anterior para sumarse a la lucha contra el comunismo y debía su cargo en la escuela «Pedro Lien» al embajador alemán) insistió en que se le notificara la orden por escrito, pero, al recibirla, sus cadetes se pusieron en camino y las oficinas de Falange volvieron a manos de Hedilla sin derramamiento de sangre, a media noche[1541]. El edificio empezó a llenarse de amigos de Hedilla, entre ellos Hans Kroeger, el representante del partido nazi en el estado mayor de *von* Faupel. Lo que ocurrió después ha quedado oscuro. Von Haartmann recordó que Hedilla le había ordenado detener a los dirigentes falangistas insurrectos, mientras Hedilla

declaró que pretendía que el triunvirato entablara negociaciones con él y que había enviado emisarios con tal fin. Pero la evidencia parece indicar que la misión era de carácter ofensivo[1542]. Sea como fuere, el jefe de las milicias falangistas de Santander, José María Alonso Goya, amigo incondicional de Hedilla, se presentó en la pensión que ocupaba Sancho Dávila en la plaza Mayor, acompañado por un destacamento de hombres armados. Goya conocía a todas aquellas personas e incluso había compartido con Sancho Dávila la reclusión en la cárcel Modelo. Pero, al llegar a la residencia de éste, se inició una pendencia. Goya y Peral, amigo de Sancho Dávila y miembro de su guardia personal, resultaron muertos. Al cabo de unas horas Garcerán fue detenido a su vez, cuando otra banda armada de Hedilla estaba a punto de irrumpir en su domicilio. La guardia civil siguió de cerca estos acontecimientos. Von Haartmann también fue detenido[1543].

Hedilla convocó la reunión del consejo nacional de Falange para el 18 de abril. Estuvieron presentes en ella los jefes supervivientes del movimiento, excepto Dávila, que estaba encarcelado. Hedilla pronunció una alocución en la que justificó sus actividades como jefe provisional y solicitó nueva votación para decidir si continuaba en la jefatura. Tras el escrutinio, resultó elegido Hedilla por diez votos contra cuatro, sobre veintidós; el resto eran papeletas en blanco. Hedilla acudió ante Franco y le declaró que había sido confirmado como jefe de Falange. Éste le respondió que le felicitaba y que él mismo deseaba que así ocurriera. Convenció a Hedilla de que apareciera en el balcón a su lado. Hubo aplausos y vivas para ambos. Franco pronunció lo que el *ABC* del día siguiente calificó, según lo previsto, de «magnífico discurso, inspirado en las más puras ideas y sentimientos de la tradición española». Las tres fases previas

para construir la nueva España, explicó Franco, eran la España de los Reyes Católicos, la de Carlos V y la de Felipe II. Pero desde 1598, España había estado sumida en una continua decadencia. El 19 de abril, Hedilla destituyó de su cargo de jefe de milicias a Aznar, el único miembro del triunvirato rebelde que estaba en libertad. Este acto parecía llevar el sello de Franco, pues Aznar y todos sus seguidores, incluida su guardia personal, fueron enviados al frente. Parecía un triunfo de Hedilla. Pero, a las ocho de la tarde del mismo día, Hedilla recibió en su domicilio el texto del decreto que Franco se proponía entregar aquella misma noche a Radio Nacional, por el que se ordenaba la unificación forzosa de la Falange y los carlistas. A medianoche se publicó el decreto. Quedaban incorporados a él todos los grupos que integraban el bando nacionalista, incluidos los monárquicos. Franco sería el jefe supremo, agregando este título al de jefe de Estado y al de comandante en jefe de los ejércitos El nuevo partido adoptaría el kilométrico nombre de Falange Española Tradicionalista y de las JONS[1544]. Además de ocultar sus planes a Hedilla, Franco no había consultado ni con Fal Conde ni con el regente carlista Javier de Borbón-Parma. La anciana viuda de don Alfonso Carlos (veterana de la segunda guerra carlista en la década de 1870) escribió a Fal Conde el 23 de abril: «Es una infamia lo que han hecho con nosotros. ¿Con qué derecho [...]?». Franco no comunicó oficialmente la noticia al consejo carlista hasta el 30 de abril[1545]. Los cuatro carlistas que Franco incluía en la propuesta nueva secretaría del movimiento (Rodezno, Dolz de Espejo, Arellano y Mazón) estaban todos notoriamente comprometidos con el ejército. Muchos carlistas, que consiguieron menos de lo que esperaban del nuevo «movimiento», momentáneamente guardaron sus protestas callando sus censuras.

¿Cómo reaccionó el general Mola, jefe del ejército del norte y anteriormente conspirador en Pamplona? El 18 de abril estuvo presente en el balcón del cuartel general de Franco en Salamanca. Pero su única intervención consistió en poner objeciones al empleo de un verbo no autorizado por la Real Academia Española, en el texto del decreto[1546]. Queipo de Llano también fue llamado desde Sevilla y dio su adhesión aunque con reticencias. Entretanto llegaban a Franco telegramas serviles de felicitación procedentes de toda España. Acababa de realizar su segundo golpe de Estado.

A Hedilla se le asignó un puesto en la nueva secretaría política. Él declinó la oferta. Todos los que aceptaron eran personajes sin importancia en el seno de la Falange[1547]. Franco trató de persuadirle mediante emisarios. Hedilla insistió en su negativa, aconsejado por Pilar Primo de Rivera, Aznar (cuyos móviles debían ser contradictorios), Ridruejo, el joven poeta y jefe provincial de Valladolid, y el embajador alemán, todos los cuales no habían perdido las esperanzas de formar una Falange independiente, compuesta por «camisas viejas». Fue enviado un telegrama a todos los jefes provinciales de la España nacionalista en el que (al parecer estaba escrito por José Sáinz), se decía que, para evitar malas interpretaciones del decreto de unificación, sólo obedecieran las órdenes emanadas directamente del mando supremo. Posteriormente se consideró que este telegrama constituía un gesto de desafío a Franco, aunque Hedilla aparentemente no sabía que había sido enviado. Las circunstancias eran lo bastante ambiguas para que el malentendido fuera inevitable. Durante los dos días siguientes Hedilla anduvo pidiendo consejo a unos y otros. Acaso no se tratara sino de un malentendido, pero sus acciones parecían una conspiración contra Franco y sus

consejeros… El dirigente alemán Kroeger ofreció a Hedilla un salvoconducto para viajar a Alemania y el fascista local Guglielmo Danzi le ofreció un salvoconducto similar para dirigirse a Italia[1548]. Hedilla rechazó ambas propuestas. Entretanto fue detenido Aznar, por acusaciones relativas a los acontecimientos de la noche del 16 de abril.

El 25 de abril, Hedilla fue detenido a su vez, siendo internado en la cárcel de Salamanca[1549]. Se le acusó de la detención ilegal de Dávila, de utilizar ilegalmente camiones del gobierno para trasladar a Salamanca a los cadetes de la escuela «Pedro Lien», y de transformar en su beneficio personal el laboratorio de la facultad de Ciencias de la universidad de Salamanca, a fin de fabricar un gas especial que le habría permitido asaltar el cuartel general del generalísimo[1550]. Estas acusaciones descabelladas permitieron al régimen mantenerle en cautividad, al tiempo que se detenía a otros destacados falangistas acusados de diversos actos subversivos. El 1 de mayo, todas las jefaturas provinciales de Falange quedaron abolidas y, en el mes de junio, al tiempo que se ponía en libertad a algunos falangistas, Hedilla fue nuevamente acusado, esta vez del asesinato de Peral, miembro de la guardia personal de Dávila, y de tentativa de derrocar al Caudillo. Colaboraron en la formación de los cargos el coronel Martínez Fuset, asesor jurídico de Franco, y el nuevo jefe de la guardia civil de Salamanca, comandante Lisardo Doval, de siniestra memoria en Asturias. Ambos estimaban que los falangistas eran unos «rojos» peligrosos. Hedilla fue condenado a muerte, pero la sentencia fue conmutada. Se produjeron algunas manifestaciones públicas de apoyo a Hedilla, pero los que participaron en ellas fueron detenidos por «rojos», desapareciendo varios meses en las cárceles. Otros tantos falangistas destacados fueron acusados de cargos similares,

recayendo sobre ellos largas condenas, que al final fueron conmutadas. Pero pocos de ellos pudieron participar en la política española a partir de entonces[1551]. Otros falangistas, más acomodaticios, sirvieron a Franco de buen grado, incluso con entusiasmo.

Del choque entre el fascismo y el conservadurismo autoritario salió vencedor este último gracias al desdén que sentía Franco por las ideologías; y, para ser sinceros, muchas de las «ideas» que éste contribuyó a aplastar eran poco elaboradas, mediocres y de segunda mano, como otras muchas ideas nacidas en el siglo de la cultura de masas, en España y fuera de España.

Así terminó la llamada «conspiración de Hedilla», en la cual el único que no conspiró fue el propio Hedilla. Los cuatro años siguientes los pasó en prisión, sufriendo hambre y privaciones[1552]. El trato dispensado por Franco a Hedilla es una muestra más de la dureza de corazón de aquél, manifestada en este caso contra quien tanto había colaborado en su causa durante los primeros meses de la guerra. Fue un momento curioso y trágico para Hedilla, pues, el mismo día de su detención, se adoptó el nuevo saludo del brazo en alto como saludo nacional reglamentario. «La dialéctica de los puños y las pistolas» que preconizaba José Antonio había dado la victoria a quienes manejaban estas últimas.

Serrano Súñer se convirtió en secretario general del nuevo movimiento. Se dedicó a suavizar las diferentes secciones de la derecha política y a calmar los ánimos de los falangistas que se reunían en casa de Pilar Primo de Rivera, en Salamanca[1553]. Pilar Primo de Rivera, que en la primavera de 1937 no se había concedido un momento de descanso, se convirtió en presidenta de Auxilio Social en octubre del

mismo año. El general Monasterio, oficial de caballería y ayudante de Gil Robles cuando éste era ministro, fue nombrado jefe de las milicias, cargo honorífico, pues las milicias carlistas y falangistas se hallaban integradas en el ejército.

Franco creía que Serrano, que carecía de seguidores y le debía toda su carrera a él, sería fácil de manejar. En realidad parece ser que no surgió ninguna disputa entre ellos hasta el final de la guerra civil. Serrano permanecía aislado, rodeado de desconfianza y temor. Era intensa y aun apasionadamente proalemán, aunque no gozaba de las simpatías del embajador alemán. Como destacado exmiembro de la CEDA, Serrano tenía antigua amistad con muchas personas encuadradas en las derechas políticas españolas. Era un personaje muy visto en la política española pero se disponía a crear un «Estado nuevo», es decir «el único modelo de Estado moderno que en tales circunstancias parecía posible, el único que podía permitir una educación y una organización del pueblo español para la vida política de España era ése que se ha dado en llamar autoritario. Sus características externas podrán ser semejantes a los de otros pueblos, pero cabalmente lo que varía en el de un pueblo a otro es precisamente el contenido dogmático, el pensamiento, a cuyo servicio se pone. Ese contenido dogmático podrá ser en algún pueblo totalitario una completa aberración (Rusia), en otros podía ofrecer aspectos inmorales o erróneos (Alemania). Con tales aspectos nosotros nada teníamos que ver y nuestra dogmática nos venía dada por la tradición española y por nuestra confesión religiosa. Nosotros rechazamos el agnosticismo y el relativismo políticos. Pienso que no todo es contingente y ocasional en la vida de un pueblo. Creo que junto a la zona inmensa de lo dudoso y discutible hay

verdades permanentes, certezas, que condicionan la vida política y que imponen limitaciones a la tarea de la gobernación: son los grandes principios inmutables que afectan al ser o no ser de la patria y de la sociedad civilizada»[1554]. Serrano buscaba una ideología que «absorbiera a la España roja, lo que constituye nuestra gran ambición y nuestro deber», y suponía que la Falange cumpliría mejor con estos objetivos que el tradicionalismo. El mayor logro del decreto de abril fue que no dio una estructura al nuevo Estado, sino que aplazó la necesidad de especulación política hasta que terminara la contienda.

Los generales *von* Faupel y Roatta, aliados de Franco, se reunieron para discutir estos acontecimientos. Este último creía que, si Alemania e Italia no intervenían para ejercer su influencia decisiva en las operaciones bélicas y en el desarrollo de la sociedad española, la guerra no podría ganarse. Von Faupel entregó a Franco la traducción española de la ley del trabajo de los nazis. Le propuso que promulgase una legislación similar, ofreciéndole la colaboración de sus «expertos».

Y el representante del fascismo italiano, Danzi, presentó a Franco un borrador de constitución basada en el modelo italiano. Pero el generalísimo no hizo caso ni de Danzi ni de *von* Faupel[1555]. Serrano Súñer observó posteriormente que esos proyectos y sus inspiradores habrían hallado mejor acogida si se hubieran tomado la molestia de traducir sus palabras al español[1556].

Entretanto, ¿qué ocurría con la monarquía? Aquel mismo año, meses más tarde, Franco expuso sus ideas a *ABC*, el diario monárquico: «Si llega el momento de la restauración, la nueva monarquía tendría que ser muy distinta de la que cayó el 14 de abril [...] la persona que la encarne deberá

actuar como pacificador». Pero ello significaba aplazar por tiempo casi indefinido el retorno de la monarquía[1557]. Franco sería el único monarca en España. Rodeado por una escolta de marroquíes, saludado con reverencia por quienes se entrevistaban con él, el título de sultán habría sido el más adecuado para el nuevo conquistador, puesto que ya no sugería a los oídos de los contemporáneos cierto gusto por la alegría de vivir. Acaso fuera más apropiado el título de «césar», muy usado por la propaganda nacionalista en 1937.

Durante este año la posición de Franco recibió nuevos refuerzos. Un decreto del 4 de agosto, por el que se obligaba a todos los oficiales en activo a afiliarse a FET y de las JONS, disponía que el caudillo designaría a su propio sucesor. Franco empezó a aparecer vestido con uniforme de almirante y no sólo de general. Al mismo tiempo, los muros de la España nacionalista se llenaron con carteles que decían: «Franco, caudillo de Dios y de la Patria» y fotografías del «sonriente general»[1558], mientras se publicaban nuevos libros que contenían una piadosa dedicatoria a Franco, llamándole «paladín de la nueva epopeya, presente y futuro de la civilización occidental y cristiana»[1559]. Los propagandistas de la nueva España de la era de Franco eran el belicoso sacerdote navarro padre Izurdiaga y el «protofascista» Giménez Caballero, por no hablar de Eugenio D'Ors, que había sido un republicano catalán radical, alumno de la Institución Libre de Enseñanza y en la actualidad era un ferviente falangista. Este último comentaba: «A los españoles les gusta el uniforme con tal de que sea multiforme». En los primeros meses de 1937, el departamento de prensa del generalísimo continuaba dirigido por Vicente Gay, profesor de Valladolid, alcohólico y antisemita. Los nuevos y polémicos «franquistas» —la palabra empezaba a usarse ahora— incluían al periodista

monárquico Joaquín Arrarás, que publicaría poco después la primera biografía de Franco; al autor de novelas policíacas Mauricio Carlavilla, experto en las relaciones entre la «anti-España» y la homosexualidad; y al «El Tebib Arrumi», médico convertido en periodista a quien Franco conoció en Marruecos y que era el informador oficial de su cuartel general[1560]. El asistente de Gay era Ramón Ruiz Alonso, exdiputado de la CEDA por Granada que estuvo implicado en la muerte de García Lorca[1561]. Otros intelectuales de derechas pasaron a ocupar puestos de rectores de universidad, directores de institutos y periódicos, y aquélla fue la gran ocasión para los escritores frustrados o resentidos que habían fracasado en tiempos de la República, al decir de ellos, debido a «la conspiración judeo-marxista-masónica» para dominar las universidades o imponer su favoritismo en el campo de las artes.

37

Los comunistas condenan a Largo Caballero.— Nuevo gobierno catalán. — Jornadas de mayo en Barcelona. — La ofensiva de Extremadura. — La campaña contra el POUM. — Caída de Largo Caballero. — El gobierno de Negrín. — Situación de los ejércitos.

La crisis política de la España de Franco sólo ocasionó dos muertes, aunque trajo consigo el encarcelamiento de muchas personas. Pero no afectó al curso de la guerra. La crisis surgida en la España republicana, casi paralela pero de mayor complejidad, que tuvo mayor trascendencia para España y el movimiento socialista europeo, ocasionó la muerte de varios centenares de personas, afectó a la moral e impidió que la República pudiera lanzar una ofensiva que le habría permitido beneficiarse de la preocupación que experimentaba el enemigo por el frente del norte.

La crisis de la República fue consecuencia de la aparición, a partir de julio de 1936, de una nueva fuerza en la política española: a saber, el Partido Comunista, movimiento apoyado por la ayuda diplomática y militar de Rusia, conducido por un experto grupo de comunistas internacionales y apoyado por muchos miembros de la clase media. Pues no se trataba de un partido comunista ordinario, si es que se considera que todo partido comunista es revolucionario por naturaleza. Si su propaganda atendía a la

revolución rusa, en la práctica su acción se amoldaba y reflejaba los deseos de los pequeños comerciantes y granjeros, taxistas, pequeños funcionarios y oficiales jóvenes que se afiliaron al partido entre julio de 1936 y finales de año, sin haber leído a Marx ni saber gran cosa acerca de Rusia, esperando hallar protección contra el anarquismo y la falta de legalidad. Los comunistas propugnaban un régimen burgués, disciplinado y de centro-izquierda, capaz de ganar la guerra, con una industria privada limitada por algunas nacionalizaciones, pero no por una colectivización, o por el control de los trabajadores. Este deseo de protección explicó la complacencia de muchos políticos de clase media con los comunistas durante la primavera: cierta protección contra los anarquistas dentro de la España republicana, y una posible protección internacional contra Franco. También Prieto, siempre hostil a la revolución, junto con los socialistas del ala derechista, era, no obstante, un enérgico defensor de la colaboración con los comunistas. Companys, a pesar de saber que el comunismo ponía el acento en el centralismo, prefirió utilizar a los comunistas catalanes del PSUC, bien organizados por Juan Comorera, contra los anarquistas que en el pasado habían apoyado al separatismo catalán y a quienes el mismo Companys había defendido en tantas ocasiones. Ya se ha explicado hasta qué punto muchos oficiales del ejército de tierra y de la aviación, por razones técnicas preferían a los comunistas por encima de los demás partidos y cómo, mientras unos se afiliaban al partido abiertamente, muchos otros lo miraban con simpatía. La sorprendente y al parecer interminable serie de triunfos sucesivos logrados por los comunistas, muy seguros de sí mismos desde julio de 1936, parecía a muchos un claro indicio de que éstos poseían el elixir que les aseguraba el éxito constante.

Contra esta nueva fuerza política se alineaba —aunque la palabra sugiera un carácter formal que no existía— una mezcolanza heterogénea. Estaban los socialistas de izquierdas, dirigidos por Largo Caballero, que todavía era jefe del gobierno, cada vez más resentidos por la infiltración comunista en los órganos del Estado y por la arrogancia que éstos manifestaban. Había unos cuantos oficiales y funcionarios, como el general Asensio, que conservaban la lucidez y, sin rendirse a las emociones de las masas, estaban impresionados por el cinismo de los comunistas. Quedaban, formando grupo aislado, los comunistas revolucionarios del POUM, cuyas vicisitudes fueron descritas con acierto por George Orwell (que a la sazón servía en las milicias del POUM): y finalmente el movimiento anarquista, aunque se encontraba dividido. En efecto, había una larga distancia, intelectualmente hablando desde el pequeño grupo de anarquistas influyentes a nivel nacional, como Mariano Vázquez, secretario general de la CNT, y los cuatro ministros anarquistas que se habían convencido de la necesidad de crear una autoridad de algún tipo por lo menos hasta que terminara la guerra, hasta quienes, independientemente, controlaban todavía las fuerzas de orden público en Cataluña.

También estaban los anarquistas que dirigían medio Aragón como si fuera la «Ucrania española»; y también los anarquistas de las fábricas de Barcelona, resentidos contra un Estado, que se había apoderado furtivamente de la revolución, mediante el manejo del crédito y los suministros de materias primas y la insistencia en que la producción de guerra era objetivo prioritario; porque durante la primavera, los comunistas habían logrado aumentar el influjo del delegado estatal en las grandes fábricas.

En el drama que se desarrollaba, la gente corriente, los

trabajadores apolíticos y los simpatizantes secretos de los nacionalistas estaban en una posición débil, puesto que la censura de prensa se encontraba en manos de los comunistas y con frecuencia impedía que se difundiera la versión auténtica de los acontecimientos. Con el pretexto de las necesidades bélicas los buenos republicanos tenían un conocimiento cada vez más inexacto de cuanto ocurría, mientras la imagen que tenían del mundo exterior era casi tan estrecha como la que se daba en la zona de Franco. Entretanto la situación económica iba empeorando de forma implacable: en mayo de 1937 los precios de la alimentación en Barcelona habían casi duplicado los de julio de 1936[1562]. La mayoría de las fábricas estaban hundiéndose. Sólo las industrias metalúrgicas, en las que se concentraba la producción bélica, mostraban un incremento respecto a julio de 1936[1563]. El uso de energía eléctrica con fines industriales estaba por debajo del 27% respecto del mismo mes del año 1936[1564]. Los salarios sólo habían aumentado en un 15% desde julio de 1936[1565]: esta estabilidad en una parte de la economía se debía al hecho de que las huelgas en las que tanta experiencia tenían la UGT y la CNT, habían quedado totalmente descartadas.

La crisis política de la República llegó a su cénit en mayo de 1937, aunque sus raíces hay que buscarlas en los sucesos del invierno anterior. En la conferencia anual del 21 de febrero, la FAI amenazó con retirar a sus ministros del gobierno si no se suministraban armas al frente de Aragón, controlado todavía por los anarquistas[1566]. En la primavera de aquel año, la FAI capturó un cargamento de armas en el puerto de Barcelona. Largo Caballero planteó el tema ante el gabinete y pidió a los ministros anarquistas que devolvieran las armas. García Oliver respondió que las armas serían devueltas si el gobierno entregaba a los anarquistas cierto

número de aviones. Largo Caballero accedió sin protestar.

El Partido Comunista celebró una conferencia en Valencia del 5 al 8 de marzo[1567]. Los discursos fueron de tono muy moderado, salvo en lo referente al POUM. Díaz elogió a los republicanos por las declaraciones de Azaña, exhortando a participar en «el movimiento antifascista al lado del proletariado». Negó que la República estuviera empeñada en una guerra contra la religión. No aclaró la cuestión de si las fincas confiscadas serían administradas colectiva o individualmente. Pero tanto él como los demás ponentes hablaron de la urgencia de unificar el ejército y organizar la industria de guerra. De lo contrario, agregó, «el gobierno dejará de ser el gobierno»[1568]. Líster, que parecía el más popular de los jefes de propaganda, y su comisario Santiago Álvarez, entraron a formar parte como miembros del comité central[1569]. Los dirigentes del POUM fueron vilipendiados. Éstos, utilizando palabras de Trotsky, habían hablado recientemente de los «termidorianos stalinistas» que habían instalado en Rusia «el régimen dictatorial de un dictador emponzoñado». También habían insistido en que luchaban por el socialismo y contra el capitalismo, y que «la democracia burguesa de este país» ya había llegado a su fin —lo cual constituía una peligrosa andanada contra la línea de los comunistas, que defendían la «República democrática»—,[1570] El POUM había llegado a proponer que se invitara a Trotsky a residir en Cataluña. Díaz denunció a los militares del POUM como «agentes del fascismo, que se escudan tras sus falsos lemas revolucionarios para llevar a cabo su misión de agentes del enemigo en nuestro propio país». Los pocos periódicos y emisoras de radio del POUM fueron incautados, por considerárseles perjudiciales para el esfuerzo bélico. Durante la primavera los dirigentes del POUM se volvieron cada vez más recelosos. Se trataba en la

mayoría de los casos de excomunistas, algunos de los cuales habían estado en Moscú en los años veinte. Nin había conocido al cónsul general ruso en Barcelona, Antonov Ovseenko, cuando éste era seguidor de Trotsky. Indudablemente y desde el punto de vista de Stalin, sabía demasiado. El ministro responsable de la prensa y propaganda, Carlos Esplá, explicó a Gorkin: «Por ahora no podemos entrar en polémicas con los rusos». Su diputado advirtió al POUM que a su juicio los comunistas estaban planeando la eliminación física del partido y de sus miembros[1571].

Entretanto se creó un comité de enlace entre comunistas y socialistas. Esta peligrosa iniciativa, como la llamó Largo Caballero, se vio contrarrestada por el traslado de numerosos oficiales comunistas —«comunistoides», al decir de sus enemigos— a frentes lejanos. El plan incluía el envío del comandante Díaz Tendero, jefe de personal, al frente del norte[1572]. Éste había atacado anónimamente a Largo Caballero en una publicación militar, calificándole de senil e incapaz de dirigir la guerra. Durante el mes de marzo —cuando los asesores militares rusos y oficiales veteranos comunistas estaban en el auge de su influencia, con motivo de la victoria de Guadalajara— los dirigentes del Komintern en el Partido Comunista español evidentemente decidieron acabar con Largo Caballero de una vez para siempre.

Los comunistas tenían noticia, probablemente a través de Álvarez del Vayo, de un plan de Largo Caballero para lograr un compromiso internacional que pusiera fin a la guerra española, en virtud del cual se entregarían bases a Italia, minas a Alemania, a cambio de la exclusión total de la influencia rusa: al parecer, quien presentó esta idea a las grandes potencias de Europa fue Araquistain, el embajador en París, que participaba plenamente de la opinión de Largo

Caballero sobre la cuestión de la influencia comunista. El plan no trascendió, al igual que permaneció en secreto otro proyecto destinado a favorecer el movimiento independentista marroquí para causar perturbaciones al bando nacionalista. Sea como fuere Largo Caballero parecía moverse activamente en la escena internacional[1573], con iniciativas que podrían redundar en perjuicio de Rusia, y había atacado a los comunistas de modo encubierto al declarar en público que se encontraba rodeado por «las serpientes de la traición, la deslealtad y el espionaje».

Poco después se convocó una reunión sorpresa del ejecutivo del Partido Comunista español, a la que asistieron Marty, Codovila, Stepanov, Geroe, Gaikins (encargado de negocios ruso) y al parecer Orlov, perteneciente al NKVD. Uno de ellos —no se sabe con certeza quién[1574]— declaró que Largo Caballero debía ser destituido de su cargo. Díaz y Hernández protestaron. Díaz agregó que los comunistas españoles no tenían por qué someterse siempre a las directrices de Moscú. Los demás españoles callaron por temor o por ambición. Stepanov arguyó que no era Moscú sino «la historia» la que había condenado al jefe del gobierno por su derrotismo y por sus derrotas efectivas. Marty manifestó su aprobación. Díaz tachó a Marty de burócrata y éste protestó diciendo que era un revolucionario. «Todos lo somos», replicó Díaz. «Eso está por ver», contestó Marty. Díaz advirtió a Marty que era huésped del Partido Comunista español. «Si no te gustan nuestros procedimientos —dijo Díaz deliberadamente— ahí está la puerta». Estalló el tumulto. Todos se levantaron. «La Pasionaria» gritó: «¡Camaradas! ¡Camaradas!». Geroe permaneció sentado, mudo de sorpresa. Sólo Orlov parecía imperturbable. Codovila intentó tranquilizar a Marty. Tales escenas eran inauditas en las reuniones de los partidos

comunistas. Finalmente se convenció a Díaz de que aceptara la propuesta si la mayoría la aceptaba por votación. Díaz y Hernández fueron los únicos que votaron en contra. Un representante del Komintern terminó diciendo que la campaña para eliminar a Largo Caballero empezaría con la celebración de un mitin en Valencia y propuso, en tono melifluo que Hernández se encargara del discurso principal. Para suceder a Largo en la jefatura del gobierno la persona más indicada sería el ministro de Hacienda, Juan Negrín. No era tan claramente procomunista como Álvarez del Vayo, que además era un personaje disparatado ni tan potencialmente anticomunista como Prieto. Hernández pronunció su discurso en el cine Tyris de Valencia. Largo Caballero solicitó su dimisión. Hernández dijo que estaba en el gobierno como representante comunista y que, si él dimitía todos los comunistas se retirarían del gobierno. Largo Caballero titubeó y pidió a los comunistas la sustitución de Hernández pero, a la postre, no tomó ninguna medida.

La tensión reinante en las calles de Barcelona entre los anarquistas y el POUM por una parte y el gobierno y el PSUC por otra era igualmente elevada. Tarradellas, lugarteniente de Companys, pretendía unificar en un solo cuerpo toda la policía catalana, disolviendo las patrullas de control, dirigidas de hecho por la CNT. En esto, como en muchas otras cosas, coincidían una vez más los propósitos de los comunistas y los de los republicanos y los catalanes, que consideraban prioritaria la dirección eficaz de la guerra. Desde el mes de enero habían surgido problemas constantemente. En Barcelona y Madrid, había habido muchos asesinatos entre anarquistas y comunistas, disputas sobre el control de los comités y las industrias e inesperados intentos de intimidación por parte de los comunistas. En

marzo, un grupo comunista robó doce tanques de fabricación casera de un depósito anarquista falsificando órdenes de un comisario anarquista[1575]. Cuando, el día 26 de marzo, Tarradellas prohibió que los miembros de la policía tuvieran filiación política y ordenó a todos los partidos políticos que entregaran las armas, los anarquistas se retiraron de la Generalitat. La crisis gubernamental consiguiente se prolongó tanto tiempo que la plaza de la República empezó a apodarse «plaza de la crisis permanente»[1576]. Las juventudes anarquistas, entretanto, inspiradas por el implacable e inválido Escorza, declaraban que no podían ni querían morir por «la hermosa democracia [de 1931] que nos desterraba [...]. La trágica alternativa es la misma de los tiempos de la Primera Internacional: o el Estado o la revolución»[1577]. El hecho era que José Asens, jefe anarquista de las patrullas de control, había detenido y dado muerte a innumerables personas sin juicio previo y sembraba el terror en Barcelona. Otras patrullas anarquistas practicaban las «expropiaciones» privadas, que no eran otra cosa que simples robos[1578].

Finalmente, el 16 de abril, el hábil Companys formó nuevo gobierno, de carácter bastante similar al anterior. La mayor diferencia fue el traslado del consejero de Abastos, Comorera, a la consejería de Justicia[1579]. Los partidos conservaron las armas, subsistieron las patrullas de control y el nerviosismo siguió reinando en Barcelona. Los ministros anarquistas del gobierno de Valencia hicieron lo que pudieron por frenar a sus camaradas de Barcelona, pero con ello sólo consiguieron perder influencia sobre sus propios seguidores, sobre los que ejercían una autoridad muy vaga.

El 25 de abril, el periódico anarquista *Solidaridad obrera* publicó un duro ataque contra José Cazorla comisario comunista de orden público en Madrid. Éste había

suspendido la edición madrileña de dicho periódico por haber publicado un artículo del anarquista Melchor Rodríguez, director de prisiones, contra los comunistas, acusándoles de tener una cárcel particular, con su correspondiente sala de interrogatorios. El escándalo que se produjo redundó en un retroceso de los comunistas: Largo Caballero disolvió la junta de defensa de Madrid, que, como ya se ha visto, estaba dominada por los comunistas. Traspasó la administración de la capital a un consejo municipal en el que estaban representados todos los partidos. También el 25 de abril, el destacado comunista de Barcelona Roldán Cortada fue hallado muerto, seguramente a manos de anarquistas. El mismo día, en Puigcerdá, villa fronteriza de los Pirineos orientales, se produjo un choque entre los carabineros y los anarquistas de la colectividad local. Negrín, ministro de Hacienda, había resuelto poner fin a la anomalía en virtud de la cual la CNT controlaba aquella importante frontera. La colectividad de Puigcerdá se había convertido en centro de espionaje, falsificación de pasaportes y fugas clandestinas y su alcalde, Antonio Martín, al tiempo que insistía en la colectivización general, criaba ganadería propia. Tenía tanto de excéntrico como de contrabandista y era más un hombre de acción que un auténtico anarquista. Sin embargo, después de producirse un enfrentamiento violento, provocado al parecer por los carabineros, resultaron muertos él y varios de sus hombres[1580]. A Negrín no le resultó tan difícil restaurar el control gubernamental en los demás puestos aduaneros.

En Barcelona empezó a temerse que estallara la guerra abierta entre los anarquistas y el POUM por una parte y el gobierno y los comunistas por la otra[1581]. Se decía que los comunistas habían inventado un nuevo lema: «Antes de conquistar Zaragoza hemos de ocupar Barcelona». Cada

bando formaba depósitos de armas y fortificaba sus edificios en secreto, temiendo que los rivales atacaran primero. Los cuarteles de Voroshilov (antes Atarazanas) y de la Pedrera eran las ciudadelas de los comunistas. El cuartel Marx era la fortaleza del POUM. La CNT estaba instalada en el edificio del Fomento Nacional del Trabajo. Transcurrió una semana. Se empezó a rumorear que el asesinato de Roldan Cortada había sido una provocación comunista a fin de justificar la acción policial contra los cuarteles anarquistas de Barcelona. Tales rumores han sobrevivido hasta la actualidad, pues Cortada, que había sido amigo de Largo Caballero, era conocido por su oposición al espíritu de «progrom» que reinaba en el PSUC[1582]. El primero de mayo, que tradicionalmente era una jornada de fiesta, transcurrió en silencio, pues la UGT y la CNT acordaron suspender los desfiles, que inevitablemente habrían ocasionado tumultos. El 2 de mayo, Prieto telefoneó a la Generalitat desde Valencia. El telefonista (anarquista) replicó que en Barcelona no había gobierno sino sólo un «comité de defensa». El gobierno y los comunistas estaban convencidos desde hacía algún tiempo de que la CNT registraba sus llamadas, pues estaba en condiciones de hacerlo. Acaso se limitara a escucharlas. A los comunistas nunca les ha gustado que se les escuche detrás de las puertas. El dos de mayo, una llamada de Azaña a Companys fue interrumpida por el telefonista, quien dijo que las líneas debían usarse con fines más importantes que una mera charla entre ambos presidentes[1583]. El 3 de mayo por la tarde, el jefe de milicia de Barcelona, Eusebio Rodríguez Salas, se dirigió a la Telefónica y se personó en el departamento de censura, situado en la segunda planta, resuelto a ocupar el edificio. Aquello parecía una provocación, pues el control de la Telefónica por el comité anarquista era «legal» con arreglo a

un decreto de la propia Generalitat, acerca de las colectivizaciones. Los trabajadores anarquistas abrieron fuego desde el rellano de la segunda planta contra el departamento de censura. Rodríguez Salas solicitó ayuda por teléfono. Se presentó la guardia civil, junto con dos jefes de policía pertenecientes a la FAI, Dionisio Eróles (a la sazón jefe de la comisaría anarquista) y José Asens (que había sucedido a Eróles en el mando de las patrullas de control). Eróles persuadió a los trabajadores cenetistas de que cesaran el fuego. Éstos entregaron sus armas pero no sin antes disparar a través de las ventanas la munición sobrante. En la plaza de Cataluña se había congregado una muchedumbre. Al principio se creyó que los anarquistas habían capturado al jefe de policía. El POUM, los «amigos de Durruti», los «leninistas bolcheviques» (que eran un pequeño grupo de trotskistas auténticos capitaneados por el sagaz periodista Grandizo Munis) y las juventudes anarquistas tomaron posiciones. Al cabo de unas cuantas horas todas las organizaciones políticas habían sacado las armas que tenían ocultas y empezaban a construir barricadas. Los comerciantes cerraron puertas y escaparates precipitadamente[1584].

Hasta aquel momento los comunistas de Barcelona habían alcanzado sus objetivos empleando una mezcla de intimidación y sentido común. Su táctica política contaba con el apoyo de la Generalitat y el gobierno de Valencia. Ayguadé, consejero catalán de Seguridad interior (que equivalía a ministro de la Gobernación), admiraba a Comorera y se hallaba compenetrado con los comunistas. Probablemente calculaban que la Telefónica sería ocupada con toda facilidad. En el enfrentamiento abierto con la CNT de Barcelona, los comunistas no estaban seguros de salir vencedores. El Partido Comunista se había propuesto acabar

con Largo Caballero, pese al prestigio que éste tenía ante la clase trabajadora española. Los comunistas tendrían que centrar toda su atención en el logro de este objetivo. Largo Caballero había ganado algunas bazas en su lucha contra el partido. El decreto del 17 de abril por el que se limitaban los poderes de los comisarios y se exigía la aprobación personal del ministro para el nombramiento de los mismos, irritó a los comunistas tanto o más que la disolución de la junta de defensa de Madrid, anteriormente decretada. Si los comunistas hubieran proyectado un golpe de Estado en Barcelona habrían tomado otras precauciones, como la de llamar aparte a sus militantes que luchaban en el frente. Pero, una vez estallado el conflicto, cabía esperar que sacaran el máximo provecho de los acontecimientos; primordialmente, con la finalidad de desacreditar al POUM, al que se proponían destruir en cuanto se presentara la ocasión. El POUM, y especialmente sus juventudes (Juventud Comunista Ibérica o JCI) y los «leninistas bolcheviques», difundieron durante el mes de abril numerosos llamamientos en los que se pedía que prosiguiera la revolución y se solicitaba la inmediata disolución de las Cortes y la formación de una asamblea constituyente, basada en los comités colectivistas. Las juventudes anarquistas y el «grupúsculo» anarquista extremista autodenominado los «amigos de Durruti» encontraban aceptables estas ideas[1585].

Más tarde el Partido Comunista alegó que los causantes de la crisis habían sido los agentes de Franco infiltrados en la CNT y, sobre todo, en el POUM. Se dijo que en ciertos hoteles de Barcelona se habían hallado documentos que lo acreditaban. Posteriormente se ha sabido que Franco, el 7 de mayo, confesó a *von* Faupel, que tenía treinta agentes en Barcelona. Uno de ellos había informado de que «la tensión

entre comunistas y anarquistas era tan grande que podía asegurar que estallaría la lucha armada entre ellos en las calles de Barcelona». Franco declaró que «en un principio había pensado aplazar la ejecución del plan hasta que comenzara la ofensiva contra Cataluña; pero que en vista de que los republicanos habían atacado Teruel[1586] para auxiliar a los vascos, estimaba que aquél era el momento oportuno para que estallaran los desórdenes en Barcelona. Al cabo de varios días de recibir tales instrucciones, el agente consiguió que estallara la lucha callejera, mediante la acción de tres o cuatro personas a lo sumo»[1587]. Pero los espías suelen ser jactanciosos y puede que este agente atribuyera el estallido espontáneo de los combates a sus propias intrigas. El mismo Franco sentiría impaciencia por demostrar a los alemanes la eficacia de sus servicios de información.

Entretanto, representantes de la CNT visitaron a Tarradellas y a Ayguadé. Ambos prometieron que la policía desalojaría la Telefónica.

Pero los anarquistas fueron más lejos y exigieron la dimisión de ambos consejeros. Éstos se negaron. Al anochecer, Barcelona era una ciudad en guerra. El PSUC y el gobierno controlaban un sector urbano situado al este de las Ramblas. Los anarquistas dominaban el sector oeste de las mismas. Todos los suburbios estaban en manos de la CNT. En el centro de la ciudad, donde las sedes de los sindicatos y los partidos políticos, instaladas en edificios y hoteles requisados se encontraban relativamente próximas, empezó a oírse el tiroteo de las ametralladoras instaladas en tejados y azoteas. Todos los automóviles que circulaban eran ametrallados. En la Telefónica se había acordado una tregua y las comunicaciones telefónicas, que resultaban esenciales para la guerra, no se interrumpieron. La policía, instalada en la primera planta, incluso enviaba bocadillos a los

anarquistas, que ocupaban las plantas superiores. Sin embargo, desde las azoteas, se lanzaron varias granadas que hicieron volar a varios coches de policía. En aquellas condiciones salir a la calle en automóvil era una aventura[1588]. Lo que empeoraba la situación era el hecho de que ni en la CNT ni en la FAI existía la menor cohesión; la antorcha de la revolución la habían recogido los más extremistas de sus seguidores o las juventudes anarquistas[1589]. A primeras horas de la noche, los jefes del POUM propusieron a los aturdidos dirigentes anarquistas de Barcelona formar una alianza contra el comunismo y el gobierno. Los anarquistas se negaron[1590].

El 4 de mayo Barcelona estaba sumida en el silencio, sólo interrumpido por el fuego de fusiles y ametralladoras. Los comercios y edificios estaban cubiertos por barricadas. Bandas armadas de anarquistas atacaron los cuarteles de la guardia de asalto republicana y los edificios gubernamentales. Los comunistas y el gobierno contratacaron. La atmósfera era la misma del 19 de julio de 1936. Los ángulos de fuego eran casi los mismos que en aquella jornada épica. La policía disparaba una vez más contra sus antiguos camaradas de armas, que en julio eran los soldados y a la sazón los anarquistas. Entretanto, los dirigentes políticos anarquistas García Oliver y Federica Montseny, leían por la radio un llamamiento a sus seguidores para que depusieran las armas y volvieran al trabajo. Jacinto Toryho, director de *Solidaridad obrera*, se expresó en el mismo sentido. Los ministros iban llegando a Barcelona, y con ellos Mariano Vázquez, secretario del comité nacional de la CNT, Pascual Tomás y Carlos Hernández Zancajo, del comité ejecutivo de la UGT. Ninguno de ellos deseaba comprometerse en un enfrentamiento con los comunistas. Posteriormente Federica

Montseny explicaría que la noticia de los disturbios la había cogido totalmente desprevenida a ella misma y a los restantes ministros anarquistas[1591]. Largo Caballero tampoco tenía ningunas ganas de emplear la fuerza contra los anarquistas. Unidades de la 26.ª División anarquista (anteriormente llamada la columna Durruti) a las órdenes de Gregorio Jover, se congregaron en Barbastro para emprender la marcha sobre Barcelona. Al oír la alocución radiada de García Oliver, permanecieron donde estaban. Pero la 28.ª División, estacionada en las inmediaciones (la que fuera columna Ascaso) y quizá también la división del POUM, capitaneada por Rovira, no desistieron de la proyectada marcha sobre Madrid hasta que el jefe de la aviación republicana en el frente de Aragón, el comandante comunista Alfonso Reyes, amenazó con bombardear la columna si la marcha se efectuaba[1592]. Pero en Barcelona seguía vivo el espíritu romántico: «Antes que renunciar a la lucha contra el fascismo, moriremos en las trincheras; antes que renunciar a la revolución, moriremos en las barricadas»[1593]. Así se expresaban las juventudes anarquistas.

Dentro de la Generalitat, Tarradellas, respaldado por Companys, seguía negándose a acceder a la exigencia anarquista de que dimitieran Rodríguez Salas y Ayguadé. Pero el 5 de mayo se llegó a una solución. El gobierno catalán dimitió, siendo sustituido por un «consejo provisional» en el que no figuraba Ayguadé[1594]. En él estarían representados los anarquistas, la *Esquerra*, el PSUC y los *rabassaires*. Pero los tiroteos incontrolados seguían barriendo las calles desiertas de la ciudad, causando la muerte a quienes se aventuraban a salir de sus refugios. Dos intelectuales y dirigentes anarquistas italianos, Camilo Berneri y su colaborador, Barbieri, fueron misteriosamente

asesinados[1595]. Los «amigos de Durruti» publicaron un panfleto en el que anunciaban que se había formado una junta revolucionaria. Todos los responsables del ataque a la Telefónica serían fusilados. La guardia nacional sería desarmada, mientras el POUM, «que se había colocado al lado de los trabajadores» volvería a entrar en el gobierno. *La batalla* reprodujo el manifiesto sin comentarios. El clima de alarma se encrespó cuando llegaron al puerto unos destructores británicos. El POUM temía, sin razón alguna, que vinieran en misión de bombardeo[1596]. En realidad los ingleses temían que los anarquistas «se hicieran dueños de la situación [...] y se estaba hablando de evacuar a los súbditos extranjeros»[1597]. Aquel día también se produjeron combates en Tarragona y otras localidades de la costa[1598]. Por la noche Companys y Largo Caballero mantuvieron una conversación telefónica en el curso de la cual Companys aceptó la oferta formulada por el jefe del gobierno de enviarle ayuda para restaurar el orden[1599].

El día 6 de mayo, los anarquistas proclamaron una tregua que se observó durante toda la mañana. Los llamamientos para volver al trabajo fueron desatendidos, más por miedo que por obstinación. Por la tarde se reanudaron los combates. En un cine resultaron muertos varios guardias civiles por disparos de una pieza de artillería de 75 milímetros que habían traído de la costa miembros de las juventudes libertarias. El comunista Antonio Sesé, secretario general de la UGT catalana y miembro del nuevo consejo provisional de la Generalitat, resultó muerto cuando se dirigía a recibir su nombramiento (acaso accidentalmente, pues todos los automóviles eran tiroteados, aunque posiblemente como represalia por la muerte del anarquista Domingo Ascaso, ocurrida anteriormente). Por la noche dos destructores republicanos, acompañados por el acorazado

Jaime I arribaron al puerto de Barcelona procedentes de Valencia y cargados de hombres armados. Prieto había logrado vencer la aversión de Largo Caballero a tomar cartas en el asunto. Cuatro mil guardias de asalto, a las órdenes del coronel Emilio Torres, simpatizante de los anarquistas (en otro tiempo había sido asesor militar de la columna «Tierra y Libertad») llegaron de Valencia por carretera, después de dominar sendas revueltas en Tarragona y Reus con derramamiento de sangre: Los anarquistas locales habían volado los puentes, carreteras y ferrocarriles para impedir el paso a la columna[1600]. El 7 de mayo, la CNT lanzó un llamamiento pidiendo la vuelta «a la normalidad». La presencia de los guardias de asalto en las calles lo hizo posible. El 8 de mayo, la CNT proclamaba por la radio: «¡Abajo las barricadas! ¡Que cada ciudadano se lleve su adoquín! ¡Volvamos a la normalidad!». Los disturbios de Barcelona habían terminado. La prensa de la época calculó el número de bajas en 500 muertos y 1000 heridos[1601]. La Generalitat fue restaurada en sus funciones entrando en ella un solo representante de la UGT (el comunista Vidiella), otro de la CNT (Valerio Mas) y otro de la *Esquerra* (otra vez Tarradellas). Algunos responsables de las muertes fueron juzgados después, pero sólo en Tarragona, y no se les condenó a muerte sino sólo a penas de prisión[1602].

Durante aquellas angustiosas jornadas, el presidente Azaña no se movió del palacio que ocupaba en Barcelona, permaneciendo sereno en medio de la lucha, si bien con aprensión. Durante meses no había hecho sino contar los minutos que faltaban para que se cumplieran sus predicciones (invariablemente sombrías), según anotó en su diario. Recapitulando las jornadas barcelonesas, las describió como sigue: «Histeria revolucionaria que pasa de las palabras a los hechos para asesinar y robar; ineptitud de los

gobernantes, inmoralidad, cobardía, ladridos y pistoletazos de una sindical contra otra, engreimiento de advenedizos, insolencia de separatistas, deslealtad, disimulo, palabrería de fracasados, explotación de la guerra para enriquecerse, negativa a la organización de un ejército, parálisis de las operaciones, "gobiernitos" de cabecillas independientes en Puigcerdá, La Seo, Lérida [...], etc. Companys hablaba a tontas y a locas de dar la batalla a los anarquistas, pero no tenía ni ganas ni medios»[1603]. Prieto —el único ministro que trató de hacer algo para proteger a Azaña— telefoneó a éste con frecuencia, ofreciéndole escolta para conducirle a un barco de guerra anclado en el puerto. Pero ello habría exigido un gran esfuerzo físico por parte de Azaña y el riesgo de una salida al exterior. «Don Manuel —escribió Zugazagoitia con dureza— prefiere pasar cuatro días de temores intermitentes e incertidumbre a cuatro minutos de resolución». Durante aquellos cuatro días terminó de redactar *La Velada en Benicarló*, diálogo brillante y pesimista sobre las razones y el carácter de la guerra civil, que había empezado a escribir dos semanas antes del alzamiento[1604].

Las «jornadas de mayo» barcelonesas demostraron que no se podía contar con que los anarquistas respondieran con voz unánime a una situación dada. Se había abierto un foso entre los ministros anarquistas, absortos en la tarea de ganar la guerra, y las juventudes anarquistas. Personajes en otro tiempo muy influyentes, como el tullido Escorza, habían perdido el control de sus propios secuaces. La crisis demostró que no podría haber tregua entre el POUM y los comunistas. La Generalitat, los comunistas y el gobierno central parecían dispuestos a actuar conjuntamente contra los extremistas, por la fuerza, si era necesario. Por último, los sucesos de mayo en Barcelona señalaron el fin de la revolución. A partir de entonces se pudo decir que el Estado

republicano se hallaba en guerra con el Estado nacionalista y no la revolución en guerra con el fascismo. El nuevo director de orden público en Barcelona, José Echevarría Novoa, no tardó en restaurar la normalidad en la mayor parte de las cárceles y los procedimientos judiciales, poniendo fin a la arbitrariedad que caracterizó el predominio anarquista en gran parte del sistema judicial. Pero, desgraciadamente, los comunistas pudieron de esta manera emprender con mayor facilidad su cruzada, de alcance más limitado, pero no por ello menos despiadada para los que la sufrieron, contra el POUM y otros herejes del marxismo.

Las «jornadas de mayo» precipitaron el último acto de la ofensiva comunista contra Largo Caballero. Las relaciones entre el jefe del gobierno y los comunistas eran ahora peores que nunca debido a una disputa estratégica. Varios oficiales del alto mando republicano propusieron que, a fin de comprobar la eficacia del nuevo ejército republicano, se lanzara una ofensiva en Extremadura, por Peñarroya y Mérida. Creían, con razón, que los nacionalistas no contaban con muchos recursos en aquella región y que de esa forma lograrían dividir en dos el territorio enemigo[1605]. Largo Caballero apoyó la idea. Los comunistas se opusieron al proyecto. El jefe de los asesores rusos, general «Grigorovitch», cuyo apellido auténtico era Stern y que había sucedido a Berzin[1606], junto con su colega, el general Kulik, asesor del ejército del centro, propuso que se atacase la aldea de Brunete, desde las posiciones republicanas a lo largo de la carretera de La Coruña, aislando a los nacionalistas en la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria[1607]. Miaja, sometido a la influencia comunista, manifestó que desaprobaba el plan de Extremadura[1608]. Finalmente, y como los oficiales republicanos se mostraban recalcitrantes, los asesores rusos amenazaron con negar a la

República el uso de su aviación para la ofensiva propuesta[1609]. Pero Largo Caballero se persuadió a sí mismo de que lograría llevar adelante el plan que había propuesto. Otro motivo de enfrentamiento entre el jefe del gobierno y el gabinete era el empeño del primero en poner en práctica su vieja idea de provocar una revuelta contra Franco en el Marruecos español repartiendo «dinero entre algunos moros notables»[1610].

Esta disputa estratégica se transformó gradualmente en una querella grave entre los comunistas y Largo Caballero. Los comunistas denunciaron al débil Galarza, ministro de la Gobernación y anticomunista, por haber permitido que estallara la crisis de Barcelona y no haber sabido ver «los preparativos descarados del golpe contrarrevolucionario»[1611]. (Ni hubo tales «preparativos» ni tal golpe contrarrevolucionario, y además Galarza no tenía jurisdicción alguna en Barcelona en cuestiones de orden interno, que estaban en manos de Artemi Ayguadé, consejero del gobierno catalán y amigo de Comorera). El 11 de mayo, el periódico valenciano *Adelante*, del POUM, comparó al gobierno con el gabinete de Gil Robles, por sus medidas represivas. En aquel momento fueron prohibidas las llamadas telefónicas interurbanas —medida muy usada en España en las crisis de orden interno desde el año 1909— y se instauró una censura de prensa todavía más rígida. La *Esquerra* y los comunistas de Barcelona iniciaron una campaña para conseguir la «municipalización» del transporte urbano, lo que implicaba la supresión de las colectividades de tranvías, autobuses y metro. El 13 de mayo el gobierno volvió a ordenar la entrega de toda clase de armas, excepto las pertenecientes al ejército regular, en el plazo de setenta y dos horas. La guardia civil, el PSUC y la guardia de asalto empezaron a recoger armas. Finalmente, el

mismo día 13 de mayo, en una reunión ministerial celebrada en Valencia, Jesús Hernández y Uribe propusieron el castigo de los responsables de las jornadas de mayo, a saber, el POUM y la CNT, y la suspensión definitiva de la ofensiva de Extremadura[1612].

Largo Caballero calificó a los comunistas de «embusteros y calumniadores» y declaró que, ante todo, él era un trabajador y no podía disolver una hermandad de camaradas trabajadores, a menos que existieran pruebas concretas contra ellas. Los ministros anarquistas apoyaron al jefe del gobierno, arguyendo que los disturbios de Barcelona habían sido provocados por «los partidos no revolucionarios». Los dos ministros comunistas abandonaron la sala. Largo Caballero intentó continuar pero Giral, Irujo, Prieto, Álvarez del Vayo y Negrín no tardaron en retirarse, siguiendo los pasos de los comunistas. Prieto declaró que el gobierno no podía continuar sin los comunistas. Largo Caballero se quedó en la sala del consejo con dos de sus viejos amigos, Galarza y Anastasio de Gracia, y otros cuatro nuevos amigos: los ministros anarquistas. Los anarquistas propusieron que continuara aquel gobierno sin los comunistas y los socialistas del ala derecha; pero el anciano jefe del gobierno no accedió. Quedaba abierta la crisis ministerial. Largo Caballero acudió a entrevistarse con Azaña, que quedó encantado de que le presentara la dimisión aunque no la aceptó inmediatamente. Aquel mismo día, Hernández, en nombre de los comunistas, propuso a Negrín, ministro de Hacienda, que accediera a convertirse en jefe de gobierno. Negrín le respondió que se avendría a ello si su partido aceptaba la idea, agregando que era una persona desconocida y poco popular. Hernández arguyó que la popularidad podía crearse. Si de algo entendían los comunistas era de propaganda, concluyó Hernández. Negrín

protestó arguyendo que él no era comunista y Hernández le respondió: «Tanto mejor»[1613]. Al mismo tiempo Prieto mostraba grandes deseos de que Negrín fuera jefe de gobierno, pues ambos habían sido amigos durante muchos años[1614]. Al día siguiente, 14 de mayo, Largo Caballero reiteró a Azaña su propósito de dimitir. El presidente rogó al jefe del gobierno que permaneciera en su puesto hasta que concluyera la proyectada operación militar —en Brunete o en Extremadura—. Largo Caballero se mostró de acuerdo y trazó el borrador del nuevo gobierno, del que quedarían excluidos los comunistas. Una ruptura tan radical con la administración pasada exigía, efectivamente, formar un ejecutivo nuevo. En consecuencia Largo Caballero, apoyado por el comité ejecutivo de la UGT, se aproximó a los anarquistas con la idea de formar un gabinete puramente sindicalista, integrado por la CNT y la UGT. Así parecía quedar abierto el camino hacia un Estado puramente sindicalista.

En aquel momento, Negrín, Álvarez del Vayo y Prieto advirtieron a Largo Caballero que el gobierno no podría prescindir de los comunistas, debido a la necesidad de la ayuda rasa. Los comunistas constituían ya un poder aparte, por derecho propio. El ala derecha de los socialistas, inspirada por Prieto y dirigida por el secretario general del ejecutivo socialista, Ramón Lamoneda (que a la sazón era filocomunista) consiguió lo que pretendía desde hacía muchos años: el cese de Largo Caballero. Y, dado que la izquierda republicana, el partido de Azaña, compartía la opinión de los prietistas, era evidente que Largo Caballero no contaba con el apoyo suficiente para formar gobierno[1615].

El Partido Comunista envió un mensaje a Largo Caballero en el que enumeraba expresamente cuáles eran sus condiciones para apoyar a un gobierno formado por él.

Todos los problemas referentes a la guerra debían tratarse con un consejo supremo de guerra. El jefe del gobierno dejaría de ser ministro de la guerra. Todos los ministros tendrían que ser del agrado de todos los partidos que apoyaran al gobierno (ello motivó la destitución de Galarza). Un jefe de estado mayor se encargaría de planificar la guerra. Los comisarios políticos sólo responderían de sus actos ante la comisaría de guerra, la cual sería responsable, a su vez, ante el ministerio de la Guerra y el consejo supremo de guerra. Largo Caballero rechazó estas condiciones. Confiaba en poder combatir a los comunistas empleando la plataforma del ministerio de la Guerra, previa depuración de sus cuadros. Sus antiguos rivales anarquistas le apoyaban incondicionalmente. Pero Azaña buscaba un candidato de compromiso. A Prieto le había tenido siempre por veleidoso y excesivamente polémico y la hostilidad entre éste y Largo Caballero era bien conocida y venía durando demasiado. Negrín, a quien los comunistas ya no ocultaban que apoyaban su candidatura, se perfilaba como la alternativa más clara. Los comunistas estimaban inadecuada la candidatura de Prieto, sabedores de que con él no podrían ejercer la misma influencia que creían poder ejercer sobre Negrín.

Juan Negrín procedía de una próspera familia de la clase media de las islas Canarias. La familia poseía muchos inmuebles en el centro urbano de Las Palmas y era religiosa: la madre de Negrín vivió muchos años en Lourdes y su único hermano era monje. Completó la carrera médica en Alemania, y había sido discípulo de Ramón y Cajal, premio Nobel de medicina y uno de los españoles más insignes, a quien sucedió, siendo aún joven, en la cátedra de fisiología de la universidad de Madrid. Tuvo una intervención destacada en la organización de la Ciudad Universitaria de

Madrid. Estaba casado con una rusa y en su casa se hablaba en francés. Asimismo él hablaba también el inglés y el alemán. Era, por consiguiente, europeo de cuerpo entero. No se afilió a ningún partido político y la política no le interesó hasta los últimos años de la dictadura de Primo de Rivera, cuando ingresó en el Partido Socialista. Aunque llegó a ser diputado con la República no participó activamente en política hasta la guerra civil. El único acto político que se recordaba de él, o casi el único, durante los años de la República, fue el voto que emitió en 1932, dentro del grupo parlamentario de su partido, contrario a la concesión de indulto al general Sanjurjo[1616].

Pese a su falta de experiencia política, Negrín fue nombrado ministro de Hacienda por Largo Caballero en septiembre de 1936. El carácter emprendedor que había puesto de manifiesto en la universidad le avalaba para desempeñar aquel difícil cargo. También pasaba por ser hombre infatigable y generoso (había contribuido personalmente a financiar la biblioteca de la facultad de Medicina y su laboratorio). En los meses de julio y agosto de 1936 ayudó a librar a muchas personas de las checas revolucionarias. No simpatizaba con Largo Caballero y siempre que pudo excusó su asistencia a las reuniones ministeriales presididas por éste. Por entonces era partidario de Prieto[1617]. Pero apenas había pronunciado un solo discurso en las Cortes, y políticamente era desconocido. Como ministro de Hacienda fue un administrador competente. Abordó con habilidad el espinoso tema de los pagos a Rusia, entablando buenas relaciones con el agregado económico ruso, el polaco Stashevsky. Pero era hombre que carecía de seguidores personales y también, al parecer, de cualquier tipo de prejuicio político, aunque los anarquistas le tenían por enemigo resuelto de la colectivización, pues se

había negado a conceder créditos para financiar los proyectos colectivistas presentados por los ministros anarquistas. Éstos también le acusaban de haber transformado el cuerpo de carabineros en un ejército privado a las órdenes del ministerio de Hacienda. Negrín había actuado en ese sentido para garantizar que el gobierno percibiera los derechos de aduanas que le correspondían. Se encontraba al frente de aquella fuerza el doctor Rafael Méndez, químico y colega de Negrín en la universidad. Negrín pertenecía a la gran burguesía y defendía la propiedad privada e incluso el capitalismo. Este hecho, unido a su eficacia y a su formación académica, hacían de él persona recomendable ante la Gran Bretaña y Francia, y motivó el que los más dispares grupos le aceptaran sin objeciones como nuevo jefe de gobierno. Los líderes republicanos (y no sólo los comunistas), que contaban con mucha más experiencia política, creyeron que sería relativamente fácil influir en Negrín. Éste había conseguido detener la inflación en los primeros nueve meses de guerra y, como mínimo, había dado pruebas de su competencia como ministro, en contraste con el desordenado Álvarez del Vayo.

Nada más comenzar su mandato, Negrín manifestó a Azaña que, si iba a ser jefe del gobierno, lo sería al «cien por cien»[1618]. Y no dejó de insistir en este punto hasta el final de la guerra. Una cosa era la dirección de la guerra y otra el manejo de las Cortes; ambas exigían la aplicación de artes muy diversas y Negrín triunfó donde sus rivales habían fracasado. Aunque su arrogancia, consecuencia inevitable de la entrada de un cerebro privilegiado en la escena política, le creaba enemigos a diario. A otros políticos les sacaba de quicio que un recién llegado a la política les tratara de forma tan dictatorial, al tiempo que despreciaba sus intrigas y

ambiciones y se mostraba intolerante con sus fallos. A los ministros del gabinete de Negrín les irritaba la irregularidad de sus comidas y bebidas y su costumbre de convocar reuniones a cualquier hora. Otros acusaban a Negrín de carecer de las virtudes romanas que se estimaban necesarias para ganar la guerra y tener los vicios de la glotonería y la afición a los excesos, también propios de los romanos. Indudablemente el jefe del gobierno era incapaz de trabajar con un equipo de ministros, y menos aún con aquella coalición de individuos dispares sin la cual no habría gobierno de la República. Pero era un apasionado de la libertad personal, que insistía en el derecho a llevar su propia vida privada. No hay indicios de que su vida de prodigalidad, su afición a la compañía de las mujeres y su forma pantagruélica de comer y beber interfirieran en su trabajo. Largo Caballero informó que, a veces, cuando mandaba llamar a Negrín le decían que estaba en el extranjero; y él callaba suponiendo que el viaje estaría relacionado con la compra de armas. La verdad como explicaría luego el mismo Largo, era que Negrín andaba por Francia con nombres supuestos paseando a sus amigas en veloces automóviles[1619]. Estas observaciones deben tomarse con reservas ya que son los comentarios de un puritano de setenta años a propósito de un *bon vivant*. Pero también Prieto recuerda que Negrín había llegado a cenar dos o tres veces en la misma noche y en sitios distintos[1620]. «Nunca había visto yo cosa igual», comentaba Azaña a propósito de su apetito[1621]. Al principio, el presidente de la República se sentía complacido: «Cuando hablo con el jefe del gobierno —anotó en su diario el día 31 de mayo—, ya no tengo la impresión de que estoy hablando a un muerto [...]. Esto, al cabo de los meses, es para mí una novedad venturosa»[1622]. Pero, con el tiempo, Azaña se desilusionó. Negrín y él vivían

en mundos distintos; Azaña miraba hacia el pasado y se preguntaba qué era lo que había fallado y a quién incumbía la mayor responsabilidad; Negrín, careciendo de pasado político, sólo pensaba en el presente y el futuro. Las relaciones entre el presidente, que en teoría podía destituir al jefe del gobierno, y este último, que estaba obligado a escuchar los consejos del presidente aunque no los siguiera, sufrieron diversas vicisitudes. En noviembre de 1938, Besteiro describía al jefe del gobierno con el apodo de «Karamazov». Por aquellas fechas era la única persona que seguía creyendo en la victoria[1623].

Negrín desarrolló como jefe del gobierno una política oportunista y realista. Como socialista moderado aficionado a la «planificación», estaba dispuesto a realizar cualquier sacrificio político a fin de ganar la guerra. Ello le llevó, como en el caso de Largo Caballero, a estrechar las relaciones con Rusia pues, igual que antes, ésta seguía siendo la principal fuente de suministro de armas. Es más; el Partido Comunista, por su realismo, resultó ser el grupo político de mayor utilidad durante el gobierno de Negrín. De forma que éste tuvo que aceptar decisiones de los asesores militares rusos y del Partido Comunista español, con el que no simpatizaba. Cuando era ministro de Hacienda, Negrín se había dedicado especialmente a asegurar el envío del oro español a Moscú. Desde aquel momento sus relaciones personales con Rusia recordaron a las de Fausto con Mefistófeles.

Pero sería erróneo sacar la conclusión de que Negrín era un mero instrumento de la política rusa. Pocos políticos han utilizado con éxito al Partido Comunista sin ser absorbidos por él. Pero en la España de los años treinta la posibilidad no parecía tan descabellada.

La confianza de Negrín en sí mismo y su carácter entusiasta pero reservado le hicieron creer que podría sacudirse su vinculación a los comunistas cuando fuera necesario. Cuando, a principios del verano de 1938, buscaba la paz con los nacionalistas, no confiaba ni en los comunistas ni en nadie. Sería insensato suponer que un intelectual de mentalidad independiente y de temperamento irritable, podía subordinarse a alguien. Mientras los rusos llamaban a Largo Caballero «camarada», Negrín insistió en que se le diera el trato de «señor presidente»[1624]. No mantenía relaciones personales con los dirigentes del partido comunista español y no simpatizaba con «la Pasionaria». En realidad, y a pesar del ocaso de los anarquistas, los comunistas aumentaron más su poder bajo Largo Caballero que bajo Negrín. Hernández confesó posteriormente que en un momento u otro habrían tenido que «liquidar» a Negrín[1625]. «La Pasionaria» hablaría de las «oscuras intenciones» de Negrín, arguyendo que él lejos de ser un instrumento en manos de los comunistas, éstos, los comunistas, serían víctimas de su opinión injusta[1626].

La guerra era una lucha a muerte en la que la mayoría de los españoles habían perdido amigos o parientes en circunstancias aterradoras. A los vencidos no se les concedería la menor clemencia. El error capital de Negrín fue que, llevado por el desdén que sentía por la locura revolucionaria, no prestó la debida atención a la represión de los revolucionarios por los comunistas. En este punto, Negrín pecó de ingenuidad; por ejemplo, el Servicio de Información Militar (bautizado con las siglas SIM por los comunistas) se dedicó a construir una serie de cárceles privadas que descubrieron los nacionalistas al ganar la guerra. Negrín negó que hubieran existido, atribuyendo los informes a la propaganda nacionalista. Diez años después

reconoció su error[1627]. Negrín se hallaba rodeado por las ruinas del prestigio personal de un Azaña, «el hombre fuerte de la República» y un Largo Caballero, «el Lenin español», A los anarquistas les había quebrantado el choque con las realidades de la vida política. Negrín asumió graves responsabilidades al acceder a la jefatura del gobierno. También cometió errores. Pero durante el resto de la guerra civil, aquel vigoroso fisiólogo de vida privada desordenada representó el espíritu de la República española[1628].

El gabinete de Negrín debía mucho a Azaña en su composición. Incluía a dos socialistas: Prieto, que regentaba al mismo tiempo los ministerios de la Guerra, de la Marina y del Aire, fusionados ahora en el ministerio de la Defensa Nacional, y Zugazagoitia, ministro de la Gobernación. Negrín retuvo la cartera de Hacienda, y los comunistas Hernández y Uribe permanecieron respectivamente al frente de los ministerios de Educación y Agricultura. Giral, viejo amigo de Azaña que ocupaba la jefatura del gobierno en julio de 1936, y Giner de los Ríos, ambos republicanos, fueron nombrados ministros de Asuntos Exteriores y de Comunicaciones. El vasco Irujo pasó a ser ministro de Justicia y el catalán Jaime Ayguadé, hermano del exconsejero de la Generalitat, fue nombrado ministro del Trabajo. En el gobierno no entraba ningún miembro del ala largocaballerista del Partido Socialista. Araquistain, que era el apoyo más importante que le quedaba a Largo Caballero, dimitió del cargo de embajador en París, siendo sustituido por Ossorio y Gallardo, el «monárquico sin rey», gobernador civil de Barcelona en 1909 y desde 1936 embajador en Bruselas. Se esperaba que, como católico, satisficiera a las derechas francesas[1629]. Álvarez del Vayo continuó como jefe de los comisarios políticos y como representante español en Ginebra. Abandonó con irritación

el ministerio de Asuntos Exteriores[1630]. El coronel comunista Antonio Ortega, exteniente de carabineros, que en los primeros días de la guerra era gobernador de San Sebastián, sucedió a Wenceslao Carrillo al frente de la dirección general de Seguridad. Fue un nombramiento desacertado. Además los comunistas retuvieron otros puestos clave en el seno de la policía, y el comandante Díaz Tendero volvió a ocupar el cargo de jefe del estado mayor del ejército. Negrín pidió a los anarquistas que entraran en el gabinete, pero éstos no accedieron arguyendo que ellos no habían provocado aquella crisis, a la que consideraban «imprudente, inoportuna y perjudicial para la dirección de la guerra». Colaborar en el gobierno de Negrín, añadían, sería una prueba de «falta de nobleza». El 27 de mayo los cuatro exministros anarquistas condenaron en sendos discursos la oposición de los comunistas y la Izquierda Republicana a realizar los cambios sociales revolucionarios que habían propugnado. Los militantes anarquistas tuvieron noticias detalladas de la disputa entre Juan Peiró y Negrín en torno a la ocupación por el Estado de las minas de sal de Sallent, de los desengaños de Juan López al frente del ministerio de Comercio y de las sinceras dudas de Federica Montseny sobre el papel que podían desempeñar los anarquistas en el gobierno[1631]. La CNT y la FAI siguieron colaborando con el gobierno pero ya no tendrían responsabilidad de sus actos. No se retiraron ni del ejército ni de las filas de la burocracia. Sus dirigentes comprendieron que semejante actitud sólo favorecería a Franco; y, después de las jornadas de mayo en Barcelona, la lección había quedado grabada en las mentes de los militantes de las juventudes libertarias, compañeros de los que cayeron en las refriegas de mayo. Muchos anarquistas siguieron creyendo que su hora llegaría después de la victoria, cuando habría

que contar con su gran número de partidarios. Hubo, por consiguiente, cierta pérdida de vitalidad por su parte y algunos de sus militantes (incluyendo al secretario general, Mariano Vázquez) pasaban por ser partidarios de Negrín[1632]. La fuerza de los anarquistas era tal que no podía pensarse en su «liquidación» total, como podía pasar con el POUM: el movimiento anarquista declaró contar con dos millones de afiliados en abril de 1937[1633].

En los primeros meses del verano los anarquistas siguieron perdiendo poder de forma sistemática. El 7 de junio fueron disueltas las patrullas de control de Barcelona. Después de algunos otros cambios, el control efectivo de la policía de Barcelona pasó a personas declaradamente no anarquistas. El coronel procomunista Ricardo Burillo pasó a ser director general de Seguridad en Cataluña. El general Pozas asumió el mando del ejército catalán; para entonces, al parecer, se había adherido a los comunistas del PSUC. La FAI perdió la participación en los tribunales populares el 25 de mayo con el pretexto de que no era una organización legalmente constituida, al revés que la CNT, por lo cual no podía estar representada en las instituciones de la República. Todos los comités de CNT-FAI en Cataluña fueron sustituidos por consejos municipales. En junio los anarquistas abandonaron la Generalitat por propia decisión después de una serie de intrigas políticas que les repugnaban. El todavía ágil presidente Companys (junto con el PSUC) había decidido proponer para el nuevo gobierno al distinguido rector de la universidad y brillante antropólogo doctor Pedro Bosch Gimpera, de Acció Catalana, pero los anarquistas eran hostiles a esta extensión del «catalanismo». Además ahora creían que toda la autoridad real de la España republicana estaba en manos de Negrín. En esto tenían razón, pues los carabineros de Negrín habían recobrado el

control de las aduanas y el puesto de consejero catalán de Defensa dejó de existir tras el nombramiento de Pozas como capitán general de Cataluña: la policía y los bomberos catalanes fueron trasladados a otros puntos de España[1634].

Entretanto, el expresidente del consejo, Largo Caballero, que había caído de forma tan rápida como increíble, se reincorporó a la secretaría de la UGT, en la que iba a estar seguro unos meses más, rodeado por hombres que, a juicio suyo, eran «miembros puros y limpios de la sociedad, miembros de mi propia clase, gentes que pueden cometer errores pero que obran de buena fe»[1635].

El gobierno de Largo Caballero había incorporado con éxito la revolución al Estado entre septiembre de 1936 y mayo de 1937. Cuando Largo Caballero asumió sus funciones, las órdenes del gobierno no podían hacer otra cosa que sancionar los hechos consumados impuestos por los poderes regionales. Cuando dimitió, las órdenes del gobierno de Valencia se cumplían regularmente. Para conseguir aquella victoria del poder del Estado, Largo Caballero se había visto obligado a aceptar al Partido Comunista como organización ejecutiva. Un año antes lo habría aceptado de buen grado. Pero las realidades del poder político, la evolución del Partido Comunista y el valor que daba a su propia independencia, hicieron que rechazase a los comunistas. Pudo convertirse en el jefe de un partido socialista-comunista unido, como él mismo sabía. Pero no estaba dispuesto a unir a su partido con el comunista y sus correligionarios terminaron abandonándole. Así pues, en sus últimas horas como jefe del gobierno, sus únicos seguidores, paradójicamente, eran los anarquistas, contra quienes había luchado durante toda su vida, y cuya influencia había ido limitando sistemáticamente durante los ocho meses anteriores. De forma igualmente paradójica, las fuerzas

enfrentadas a Largo, eran los socialistas moderados y los comunistas, unidos por el deseo de frenar el avance de la revolución. Un año antes, el mismo ejecutivo del Partido Socialista que ahora se oponía a Largo Caballero —encabezado por González Peña y Lamoneda— había tratado de apartar a los seguidores de Largo Caballero del control del partido, precisamente porque temían que éste y aquéllos estuvieran excesivamente vinculados a los comunistas. Este cambio sólo puede entenderse si se recuerda que para Prieto, como para los comunistas y para Azaña, el principal factor de perturbación en el bando republicano lo seguían constituyendo los anarquistas, por el recelo cantonalista contra la idea misma del Estado que sobrevivía en ellos.

Largo Caballero, pese a su obstinación, su vanidad y su falta de imaginación, fue un hombre íntegro, sencillo y valeroso a quien los comunistas pudieron engañar fácilmente, pues contaban con amplios recursos en el campo de las relaciones públicas. La digna dimisión de Largo Caballero de la jefatura del gobierno señaló el final de una era de la política española; en términos de eficacia, la sustitución de un yesero por un catedrático de fisiología sólo podía reportar ventajas. Pero Negrín nunca podría alcanzar la popularidad de Largo Caballero entre la clase trabajadora española.

LIBRO CUARTO

Una guerra de dos contrarrevoluciones

Tal vez los únicos que no están cansados de la guerra son los mismos combatientes.

Manuel Azaña a Marcelino Pascua

13 de agosto de 1937

La torre de marfil no es lugar idóneo para los escritores que ven en la democracia una causa por la que luchar. Si uno sobrevive, su escritura mejorará con la experiencia obtenida en la batalla. Si uno muere, habrá logrado un documento más vivo que cualquiera de los que pueden escribirse en las torres de marfil.

André Malraux en Hollywood

Noviembre de 1938

38

Nueva guerra en Vizcaya. — Besteiro en Londres. — La propuesta de mediación. — El incidente del Deutschland. — La flota alemana en Almería. — Las ofensivas de Segovia y Huesca. — Muerte de Mola. — La caída de Bilbao. — Carta colectiva de los obispos españoles. — Polémica en Francia. — Persecución de los sacerdotes vascos.

El nuevo Estado republicano presidido por el doctor Negrín era una organización mucho más formidable que el que Largo Caballero heredara de Giral. Contaba sobre el papel con unos ejércitos poderosos: el del centro, a las órdenes de Miaja, con cinco cuerpos de ejército; el del sur, a las órdenes de Morales Carrasco, coronel regular de ingenieros; el del este (que incluía a Cataluña y Aragón) mandado por el general Pozas, y el ejército del norte, en plena batalla, a las órdenes del general Llano de la Encomienda. Por lo general, el mando en campaña estaba en manos de exoficiales del ejército regular, aunque algunos de ellos se habían politizado, como ya hemos visto. Entre estos últimos, la mayoría eran comunistas, como el coronel Cordón (a la sazón jefe del estado mayor de Pozas) o el comandante Ciutat (jefe del estado mayor de Llano de la Encomienda); pero tampoco faltaban otros de tendencia anarquista, como el comandante Perea, jefe del 4.º Cuerpo

de ejército. Los jefes más destacados incorporados al ejército después de 1936 eran el líder de las milicias comunistas, Modesto, que estaba al mando del 5.º Cuerpo de ejército, y algunos jefes de división (como Líster, Ortiz, Sanz, Trueba, Mera, Jover y Rovira). Al frente de las divisiones se encontraban también varios jefes de las Brigadas Internacionales (Hans Kahle, «Walter» y «Gal»).

Gracias a la ayuda de Rusia el equipo con que contaban era casi el adecuado: el ejército del centro tenía 100 000 fusiles para 180 000 hombres. Había un total de 450 baterías con 1680 cañones en conjunto. El problema era que las piezas de artillería eran variadas, pocas de ellas eran de largo alcance y escaseaba la artillería pesada. Muchos se veían obligados a utilizar gran variedad de cargas: por ejemplo, el viejo cañón Krupp de 77 milímetros, de probada eficacia, utilizó veintidós tipos distintos de proyectiles. Con todo, la República disponía de un temible ejército de tanques mandado ahora por el gran general ruso «Rudolf». El núcleo de esta fuerza lo formaban 125 tanques T-26 y más de cien carros blindados.

Frente a ellos, el ejército nacionalista contaba con la artillería alemana e italiana que, probablemente, pieza por pieza, era superior a la republicana, y los tanques, aunque mucho menos temibles, estaban mejor organizados y se utilizaban con mayor imaginación.

En cuanto a la aviación, la República tenía una superioridad técnica y numérica, aunque la primera no duraría mucho, y en el frente del norte no existía ni la una ni la otra. Los republicanos tenían unos 450 aparatos a las órdenes de Hidalgo de Cisneros. Entre ellos había 200 cazas (150 rusos) y 100 bombarderos (60 rusos). Los cazas de la zona central seguían estando a las órdenes de un ruso (el

coronel «José»), mientras la mayoría de escuadrillas de «Chatos» y todos los «Moscas» estaban pilotados por los rusos. Pero, desde mayo de 1937 pilotos españoles instruidos en Rusia iban sustituyendo a los rusos[1636]. Entre los restantes aparatos se incluían algunos Bloch, Dewoitine y Nieuport traídos de Francia en los primeros días de la guerra (aunque la República había perdido 150 aviones desde julio de 1936) y también había unos cuantos Bristol «Bulldog» comprados a Inglaterra, algunos Letov y otros aparatos comprados a Francia recientemente.

Por su parte los nacionalistas tenían poco menos de 400 aviones: unos 150 pilotados por españoles, 100 por alemanes de la Legión Cóndor y unos 120 por italianos de la «fuerza aérea legionaria». El CR-32 FIAT seguía siendo el modelo de caza característico de las fuerzas italianas y españolas. Pero, en el verano de 1937, llegaron nuevos aparatos de Alemania e Italia, especialmente el bombardero Savoia 79, procedente de Italia, el bombardero Heinkel 111 y sobre todo el célebre Messerschmitt 109, que neutralizaron el dominio de sus rivales rusos por su mayor velocidad, ligereza y potencia de fuego. El Messerschmitt tenía una velocidad límite de 560 kilómetros por hora, gran velocidad ascensional, depósitos de combustible a prueba de balas y una autonomía teórica de vuelo de 640 kilómetros, lo que suponía una gran ventaja sobre la aviación rusa, que tan eficaz había resultado durante el invierno de 1936-1937 (aunque tuviera una autonomía de vuelo mucho menor)[1637].

Esta superioridad técnica ya era evidente en la armada. La República había abandonado cualquier intento de intervenir en el estrecho de Gibraltar. Aunque la flota republicana seguía siendo numéricamente superior a la de sus enemigos, la falta de oficiales con experiencia la obligaba a permanecer en el puerto. Se habían perdido varios submarinos y la costa

norte estaba sometida a un bloqueo efectivo. Azaña terminó por darse cuenta de que «No puede ganarse una guerra en la Península sin tener el dominio del mar, especialmente si la frontera francesa está cerrada o nos es hostil»[1638]. El mando supremo de la armada republicana no tardó en pasar a manos del capitán Luís González Ubieta, que sucedió en su puesto al almirante Buiza. Pero, exceptuando un afortunado combate naval ocurrido en 1938, el nuevo comandante no fue mejor que el anterior. El circunspecto teniente Marín, eminencia gris de Prieto en el almirantazgo, seguía interviniendo en el mando de la armada.

Prieto, sin embargo, suprimió el consejo supremo de Guerra de Largo Caballero, confirmando como jefe del estado mayor al competente coronel Rojo y nombrando cuatro subsecretarías de defensa (Fernández Bolanos, Benjamín Balboa, Camacho y Pastor) para el ejército, marina, aviación y armamentos respectivamente, ninguno de los cuales era comunista[1639]. El proyecto de Prieto, cumplido en buena parte, de contrarrestar la influencia comunista con la de los republicanos y los socialistas anticomunistas no siempre obtuvo los resultados apetecidos. Por ejemplo, el nombramiento del coronel Visiedo como jefe de los cazas «contrapesó» la influencia del coronel Hidalgo de Cisneros, comunista y jefe de la aviación. Pero al parecer Visiedo era de aquellos hombres que permanecieron leales a la República «por razones geográficas», y se mostraba, por lo tanto, muy circunspecto[1640].

El gobierno de Negrín incluía a cinco hombres originarios de las provincias vascas (Prieto, Zugazagoitia, Irujo, Uribe y Hernández)[1641]. En ellas, el frente seguía desmoronándose. El 18 de mayo, el padre San Román Ituricastillo, cura de Amorebieta, cruzó las líneas enemigas en misión particular de conciliación. Aquélla era una iniciativa arriesgada en

cualquier circunstancia. Los nacionalistas le fusilaron, declarando que había sido asesinado por los «rojos»[1642]. Los vascos ahora habían retrocedido casi hasta el «cinturón de hierro». Los bombardeos continuaban y la Legión Cóndor experimentaba el lanzamiento de bombas incendiarías en los bosques, para obligar a los vascos a abandonar sus posiciones. La designación de Aguirre como comandante en jefe del cuerpo de ejército vasco en campaña acabó de complicar las cosas con Llano de la Encomienda. Aguirre escribió a Prieto que Llano era la «personificación de la incompetencia», incapaz de comprender a los vascos, y exclusivamente influido por los comunistas, y más aún su jefe de estado mayor, el comandante Ciutat, que era un oficial competente pero manifiestamente antivasco[1643].

Entretanto, los aviones enviados para auxiliar a los vascos desde Valencia a través de Francia estaban retenidos en Toulouse por el coronel Lunn, de la comisión de control de la no intervención. (La República suponía que sus amigos de Air France habían llenado los depósitos de combustible y los habían enviado hacia su destino). Pero fueron devueltos a Valencia, previa confiscación de las ametralladoras. Finalmente, el 22 de mayo, la República se aventuró a lanzar sus cazas a través de la España nacionalista en dirección a Bilbao. Siete aparatos llegaron sin novedad a su destino y, en las semanas siguientes, la República envió al norte unos cincuenta aparatos; cuarenta y cinco llegaron a su punto de destino: algunos «Moscas», «Chatos» y algunos bombarderos Natasha[1644]. Además los británicos se avinieron a colaborar con los franceses para escoltar los buques de refugiados vascos (enviando incluso buques mercantes británicos), una vez pasado el límite de tres millas de las aguas jurisdiccionales españolas. Los primeros refugiados evacuados fueron niños, cuya custodia fue

confiada a personas que se habían prestado a ello voluntariamente. La CGT francesa accedió a custodiar a 2300 niños y Rusia se hizo cargo de los hijos de comunistas. El comité inglés de ayuda a los niños vascos, con el apoyo de la Iglesia católica británica, aceptó cuidar de 4000 niños. Éstos, después de sufrir un cuidadoso examen médico del ministerio de Sanidad, fueron alojados en un campamento de Stoneham, en el Hampshire. Las autoridades de Burgos protestaron, creyendo que aquellas medidas significaban que los vascos se disponían a destruir Bilbao. Pero la evacuación de «nuestros valientes niños expedicionarios», como les calificó la prensa bilbaína, prosiguió sin dificultades[1645].

Dado que eran patentes las tensiones existentes entre los vascos y el gobierno republicano de Valencia, se formularon al gobierno vasco una serie de nuevas propuestas para lograr la paz por separado. Tales ideas habían sido presentadas, oficiosamente, durante el invierno. El proyecto más importante de los actuales era obra del embajador argentino en España, que se hallaba instalado en San Juan de Luz, junto con el resto del cuerpo diplomático. Propuso al papa que intentara arreglar una paz por separado. El 12 de mayo aproximadamente, el cardenal Pacelli, secretario de Estado, envió un telegrama de conciliación a Aguirre, en el que le proponía condiciones para firmar un acuerdo de paz en las provincias del norte. Desgraciadamente el telegrama venía en sobre abierto. La oficina de correos de París, al verlo, lo mandó a Valencia. El telegrama cayó en manos del gobierno republicano. Largo Caballero no planteó la cuestión en el consejo de ministros, pero envió un telegrama acusando a los vascos en términos amargos de intentar firmar una paz por separado. El gobierno vasco, que no estaba al corriente de la equivocación de los correos franceses, sacó la conclusión de que se trataba de una

maniobra de los comunistas para desacreditarle. El ministro vasco de Justicia, Leizaola, envió un telegrama redactado en términos tan duros que Prieto, al leerlo, dijo que aquello merecía el fusilamiento. Las relaciones entre el gobierno vasco y el de la República permanecieron en este estado de incomprensión durante el resto de la guerra. Entretanto el papa hizo gestiones cerca del cardenal Gomá en el mismo sentido. Gomá fue a consultar con Mola y éste telefoneó a Franco. Los nacionalistas llegaron a ofrecer garantías limitadas a los vascos, pero las negociaciones no prosperaron[1646].

Las conversaciones entre los vascos, el cardenal Gomá, el papa y Mussolini no eran simples esfuerzos encaminados a poner término parcial a la matanza generalizada en España. Anthony Edén había recibido, en Londres, la visita del socialista reformista Besteiro, que había representado a la República en la coronación de Jorge VI el día 12 de mayo. Besteiro acudió a visitar a Edén en nombre del melancólico Azaña, solicitando la mediación del ministro británico de Asuntos Exteriores. Azaña le había propuesto que, concluida la retirada de voluntarios extranjeros, las grandes potencias impusieran un arreglo en España[1647]. El mismo Edén había acariciado la idea. El nuevo encargado de negocios británico, en Valencia, John Leche, declaró, no obstante, que era tal el odio existente en España que toda mediación estaba condenada al fracaso[1648]. Edén insistió en sus esfuerzos. Los embajadores británicos en Roma, Berlín, París y Moscú, y el representante británico en Lisboa, iniciaron gestiones con los ministros de Asuntos Exteriores de aquellas capitales en el sentido indicado por Azaña[1649]. El 19 de mayo, Bastiniani, segundo de a bordo de Ciano en el Palazzo Chiggi, protestó airadamente ante Hassell diciendo que el plan de Edén era un producto típico de «el deseo británico de impedir la

victoria fascista a toda costa»[1650]. Franco dijo a *von* Faupel que el armisticio y las elecciones libres traerían consigo «un gobierno de izquierdas» y señalarían el final de la España blanca. Él y «todos los españoles nacionalistas preferirían morir antes que abandonar a su patria en manos de un gobierno rojo o democrático». Además, Serrano creía que cualquier tipo de compromiso «dejaría la puerta abierta a una regresión al estado de cosas que hizo inevitable la guerra»[1651]. El generalísimo agregó que, por lo tanto, estaba convencido de que la República iba a aceptar la mediación. Los ingleses, decía Franco, deseaban el armisticio porque habían adelantado grandes sumas de dinero a los vascos[1652]. Franco y *von* Faupel estuvieron de acuerdo en considerar que el Vaticano estaba causando demasiadas molestias. En consecuencia, Franco instó al cardenal Gomá, arzobispo de Toledo, a que no se mencionara en España la reciente encíclica *Mit Brennender Sorge*, promulgada contra la Alemania nazi y leída en las iglesias alemanas en el mes de marzo[1653]. Geoffrey Dawson, director de *The Times* en Londres, entretanto, se preguntaba ansiosamente cómo podría calmar la irritación alemana ocasionada por la información aparecida en su periódico sobre el bombardeo de Guernica. «Indudablemente [los alemanes] se habían irritado al leer la primera versión de Steer del bombardeo de Guernica, pero nunca se ha discutido sobre su veracidad esencial ni se ha intentado desmentirla [...]. Durante varias noches seguidas hice lo que pude por eliminar de las páginas del diario cualquier cosa que pudiese herir su susceptibilidad»[1654]. El 24 de mayo, Ciano declaró al embajador norteamericano que el plan de Edén era improcedente, pues Franco estaba a punto de entrar en Bilbao[1655].

Edén llegó a Ginebra para asistir al consejo de la Sociedad

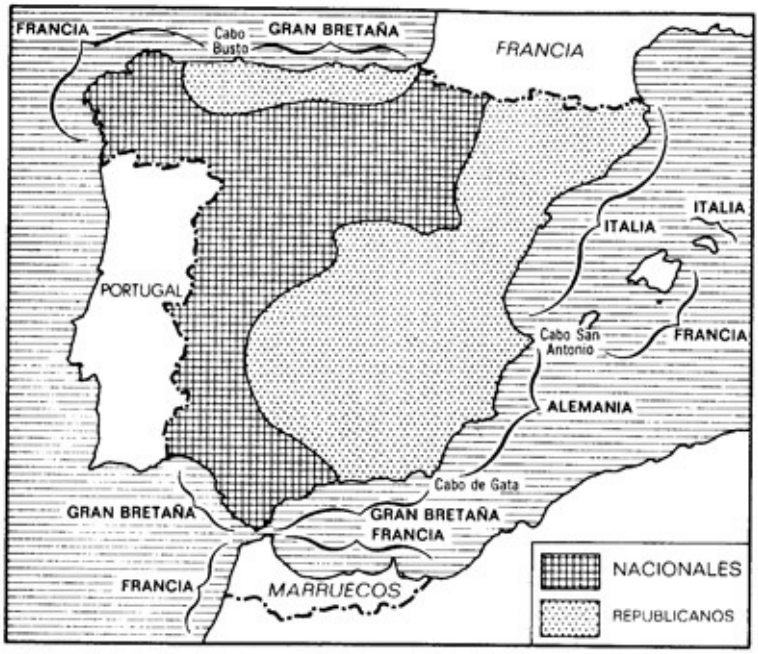
de Naciones y la delegación británica que encabezaba reconoció abiertamente que el plan de armisticio había fracasado[1656]. Ya no se habló más del tema. El día 28, el consejo de la Sociedad de Naciones tomó en consideración una protesta española sobre la intervención italiana.

Álvarez del Vayo habló con elocuencia. Dudaba de que el control de la no intervención sirviera para cortar las entradas de material y se mostró de acuerdo con la retirada de voluntarios. Litvinov apoyó su postura. Delbos y Edén proclamaron su «ferviente convicción» de haber realizado progresos desde el mes de diciembre anterior, cuando el consejo empezó a considerar el caso español. La política de éstos, tanto en la mesa de conferencias como en los pasillos, fue la de mantener la discusión en tonos moderados, a fin de no provocar que, por impaciencia, alemanes e italianos abandonaran el comité de no intervención.

En la sede londinense de este organismo, Grandi denunció un nuevo incidente, el del crucero italiano *Barletta*. Este buque, que formaba parte de la aportación italiana al control patrullero del comité, estaba anclado en Palma de Mallorca. En este puerto no podía ejercer sus funciones de control, pues Mallorca estaba bajo la responsabilidad de los franceses. Pero tampoco podía ser totalmente inocente su presencia en Palma. En un ataque aéreo republicano contra la isla, ocurrido el 24 de mayo, el *Barletta* resultó dañado. Murieron seis italianos. El comité de no intervención propuso que se asignara una zona de seguridad a los buques de las patrullas navales anclados en Palma[1657]. Al día siguiente, el consejo de las Naciones Unidas lamentó expresamente el incumplimiento de su resolución de diciembre, al tiempo que acogió con entusiasmo el plan de control, insistió en la retirada urgente de voluntarios, condenó el bombardeo de ciudades abiertas y aprobó los

actos humanitarios realizados por Gran Bretaña y Francia con los niños vascos. Pero este mismo día, se produjo otro incidente naval en las Baleares.

El ministro de Defensa del gobierno de Valencia había advertido que la actividad de las patrullas no podría desarrollarse dentro de las aguas territoriales españolas. El puerto de Palma era un centro conocido de embarque de armas de los nacionalistas. Por consiguiente, los republicanos seguirían atacándolo. El día 26 se repitió el bombardeo aéreo de Palma, cayendo algunas bombas cerca del buque patrullero alemán *Albatross*, que se hallaba en Palma fuera de servicio. El comandante de la patrulla naval alemana protestó declarando que la repetición de actos similares acarrearía «contramedidas» por parte de los alemanes.



25. Las patrullas navales del Tratado de No-Intervención

Aquella noche, el acorazado alemán *Deutschland* estaba

anclado frente a la costa de Ibiza. Aparecieron en el cielo dos aviones republicanos, al principio inidentificables debido a la oscuridad del atardecer, y arrojaron sendas bombas. Una de ellas cayó sobre el comedor de la tripulación, matando a veintidós marineros e hiriendo a otros setenta y cinco. La otra tocó la cubierta lateral, ocasionando pocos daños. El hecho fue presenciado por la flota republicana, que estaba efectuando una de sus raras salidas a alta mar. Por consiguiente, los alemanes pensaron de entrada que les había atacado una flotilla de destructores.

El ministerio de Defensa republicano alegó que el *Deutschland* había disparado primero contra los aeroplanos, y que éstos habían contraatacado. Pero aquello era falso. Los «aviones de reconocimiento» a que se refería el ministerio no llevan bombas[1658]. Los aparatos iban pilotados por rusos[1659].

Al ser informado de la muerte de tantos alemanes, Hitler montó en cólera y el ministro alemán de Asuntos Exteriores necesitó seis horas para tratar de calmarle[1660]. El *Deutschland* se dirigió a Gibraltar, en donde desembarcó a los heridos. Otros nueve hombres murieron, sumando un total de treinta y uno[1661].

En la madrugada del 31 de mayo, los alemanes se tomaron la venganza. El acorazado de bolsillo Aldmiral Scheer apareció, junto con cuatro destructores, frente a la costa de Almería, y efectuó doscientos disparos contra la ciudad, destruyendo treinta y cinco edificios y causando la muerte de diecinueve personas. Además Alemania resolvió retirarse de los debates del comité de no intervención y de las patrullas navales hasta que recibiera «garantías contra la repetición de tales incidentes». Italia haría otro tanto[1662]. En Berlín *sir* Neville Henderson, que acababa de llegar a esta

capital como embajador británico, pidió a Neurath que «no hiciera a los rojos el favor de convertir la situación española en una guerra mundial»[1663]. El mismo Cordell Hull llamó al nuevo embajador alemán en Washington, Dieckhoff. Con su circunspección habitual, el secretario de Estado le dijo que los Estados Unidos deseaban que Alemania lograra «un arreglo pacífico» de sus problemas en España[1664]. El consejo de ministros de la República se reunió en Valencia. Prieto propuso que la República bombardeara a la flota alemana en el Mediterráneo. Ello podría provocar una guerra mundial, reconoció, pero el riesgo valía la pena, pues con ello se lograría el fin de la ayuda alemana a Franco. Aquella propuesta audaz e inesperada era típica del veleidoso carácter de Prieto. Negrín respondió con cautela que antes habría que consultar con Azaña. Así los ministros tendrían tiempo de consultar con su conciencia (y con sus amigos). Hernández y Uribe acudieron al comité[1665] central del Partido Comunista. La idea provocó gran agitación entre los asesores del Komintern. Codovila se personó en la embajada soviética. Se consultó telefónicamente a la capital rusa y Moscú respondió que su país no deseaba que estallara una guerra mundial. Por lo tanto, el proyecto de Prieto debía desecharse a toda costa. Pero también Azaña se oponía a él. «Hemos de evitar que el *Deutschland* se convierta en nuestro *Maine*»[1666]. Una auténtica guerra contra Alemania podía acarrear el aniquilamiento de la República antes de que Gran Bretaña y Francia se vieran inducidas a ayudarla. En consecuencia, el «incidente» de Almería fue olvidado[1667].

Hubo otra ocasión en que la República estuvo a punto de provocar una guerra mundial. En el aeropuerto de Barajas, situado en las inmediaciones de Madrid, apareció el cuerpo amputado de un piloto republicano, arrojado desde el aire, junto con un letrero con comentarios insultantes, redactado

en italiano. La aviación republicana, enfurecida, deseaba vengarse bombardeando Roma. Su comandante en jefe Hidalgo de Cisneros, declaró que acompañaría a sus hombres en aquella misión. Pero una vez más el consejo de ministros de la República contuvo los ánimos. El provecho que pudiera sacar la República de un conflicto general era más que dudoso si dicho conflicto venía provocado por la guerra española. Era improbable que Gran Bretaña y Francia ayudaran a la República, aun en el caso de que pudieran. Tal era asimismo la preocupación que embargaba a los rusos, quienes sabían que, si mandaban a España suficiente armamento como para que ésta ganara la guerra, estallaría un conflicto mundial, en la que Gran Bretaña y Francia permanecerían neutrales, si no se alineaban contra Rusia.

El incidente de Almería señaló el comienzo de las malas relaciones entre Prieto y los comunistas. Anteriormente, cuando se gestaba la caída de Largo Caballero, los comunistas habían medrado más de lo conveniente. Poco después Uribe y Hernández buscaron contactos con Prieto, proponiéndole celebrar reuniones casi a diario. Prieto respondió a los comunistas que discutieran los temas de su interés en las reuniones del consejo y no sólo con él. A partir de entonces, y aunque los prietistas siguieron estando de acuerdo con los comunistas en algunos puntos —en la actitud que debía adoptarse frente a Largo Caballero y en la conveniencia de frenar a los anarquistas— empezó a resquebrajarse la amistad entre unos y otros, como suele ocurrir en las amistades con los comunistas[1668].

Entretanto, el mal tiempo había venido retrasando las operaciones de Mola contra Bilbao. Enviado por el gobierno de Valencia, llegó a esta ciudad el nuevo estado mayor (que actuaría al lado del ruso Goriev), a las órdenes de Gamir Ulíbarri, en sustitución de Llano de la Encomienda, «como

promesa de eficacia». Gamir fue designado jefe supremo de las fuerzas vascas, mientras a Llano de la Encomienda se le confiaba el mando del ejército de Asturias y Santander. Gamir era un teórico militar que en otro tiempo había sido director de la academia de Infantería de Toledo. Desde los comienzos de la guerra era jefe del ejército republicano en Teruel. Este competente oficial era persona capaz de infundir mayor eficacia al estado mayor vasco. Aquella decisión resultaba un tanto extraña, puesto que el jefe de estado mayor de Gamir, comandante Lamas Arroyo, habría preferido luchar al lado de los nacionalistas, con quienes simpatizaba, a pesar de haber sido anteriormente jefe del estado mayor del infortunado Puigdendolas, el de Badajoz, y del general Walter; había participado en la mayor parte de las batallas de la guerra civil, pero era desleal por inclinación, aunque competente para la acción. La explicación de la mayor eficacia de los vascos a las órdenes de Gamir residía en el hecho de que se había logrado que Aguirre resignara el mando supremo[1669]. Durante el mes de mayo habían sido reclutados muchos más hombres. Además, a principios de junio, llegó por barco un nuevo cargamento de armas checas entre las que figuraban 55 cañones antiaéreos, 30 cañones y dos escuadrillas de cazas «Chatos». También llegaron, procedentes de Madrid, algunos otros jefes, entre ellos el inteligente comunista italiano Niño Nanetti, que se había distinguido en la 12.ª División de Guadalajara.

Por entonces el gobierno republicano emprendió dos nuevas ofensivas en otros puntos de España a fin de desviar el fuego de los nacionalistas del frente de Bilbao. La primera de ellas se lanzó contra Huesca, en el frente de Aragón. La llevó a cabo el ejército catalán, ahora reorganizado, el cual, desde los disturbios de mayo, se hallaba sujeto a un control

gubernamental más estricto. La ofensiva, que corrió a cargo del general Pozas, fue un fracaso. Los republicanos eran superiores en número a sus rivales, que se hallaban bien atrincherados en la ciudad, aunque sometidos a fuerte presión y casi sitiados. En las dos semanas que duró el ataque, se produjeron 1000 bajas en el bando republicano, la mayoría anarquistas. Entre ellas se contó la del alegre general Lukács, que resultó muerto por un proyectil de artillería[1670]. George Orwell, recientemente herido, observó a estos italianos en el tren que les trasladaba al frente, cantando *Bandiera Rossa*. Desde el tren hospital en que descansaba, vio: «las ventanillas abarrotadas de rostros oscuros y sonrientes, los largos cañones inclinados de las piezas de artillería, los flamantes pañuelos escarlata. Todo ello deslizándose lentamente ante nosotros frente a un mar de color turquesa [...]. Los hombres del convoy de heridos que podían mantenerse en pie se agrupaban al paso del vagón para saludar a los italianos. Una muleta se agitó fuera de la ventanilla; brazos vendados saludaron al estilo comunista. Parecía un cuadro alegórico de la guerra: un tren cargado de tropas de refresco que se dirigía orgullosamente al frente, mientras otro tren con inválidos se arrastraba lentamente en dirección opuesta»[1671].

La otra ofensiva se lanzó contra el frente de Segovia. El 31 de mayo, el general Domingo Morlones, con tres divisiones republicanas (a las órdenes de José María Galán, Walter y el coronel Barceló respectivamente) cruzó las líneas nacionalistas en San Ildefonso. El ataque llegó hasta La Granja, siendo finalmente detenido por Varela, con unidades procedentes de la división de Barrón, situada al sur de Madrid. La ofensiva motivó una controversia entre el general Walter, de la 14.ª Brigada Internacional, que era la fuerza atacante y el coronel Dumont, subordinado suyo,

sobre las responsabilidades del fracaso final de la operación[1672]. Dado que a Dumont le respaldaban los comunistas franceses, a Walter no le quedó más recurso que protestar contra la vanidad e ineficacia de Dumont. La aviación rusa que apoyaba a las fuerzas republicanas no sólo se mostró ineficaz, sino que llegó a bombardear las posiciones republicanas[1673]. El fracaso de ambas ofensivas selló el destino de Bilbao.

Aún se produciría un nuevo acontecimiento preliminar al último acto de la campaña del País Vasco: la muerte del general Mola, ocurrida el 3 de junio. El avión en que viajaba se estrelló en la colina de Alcocero, cerca de Burgos. Mola solía emplear el avión con frecuencia en sus desplazamientos y no existen pruebas de que hubiera sabotaje, aunque, durante muchos años después, un coronel destacado en Valladolid permanecería sentado con dos pistolas cargadas encima de su mesa, esperando el momento de encontrar al asesino de su hijo, el capitán Chamorro, que pilotaba el avión. Von Faupel dijo de Franco que «se sintió indudablemente aliviado por la noticia de la muerte de Mola». Las últimas palabras de Franco sobre su compañero de armas fueron las siguientes: «¡Mola era un tipo muy terco! Cuando le daba órdenes que no coincidían con sus puntos de vista, me solía preguntar: "¿Es que ya no cree en mis cualidades de jefe?"»[1674]. La muerte del «director» de la conspiración del año anterior eliminó de la escena a otro general que tenía una postura política propia. Mola había sido un hombre decidido, nervioso y franco que, aun siendo republicano de toda la vida, había abrazado la causa carlista cuando estuvo destinado en Pamplona, atrayéndose la simpatía de los carlistas, creándose tal cordialidad entre éstos y aquél que su inesperada muerte supuso un duro golpe para ellos.

El general Dávila, jefe de la junta administrativa de Burgos, que compartía los puntos de vista católico-monárquicos de Mola, sucedió a éste como jefe del ejército del norte. Era un general burocrático, de estatura más baja que el propio Franco, pero «puro, austero y español», según palabras del almirante Cervera. El general Gómez Jordana sucedió al general Dávila en Burgos. Había sido ministro en los gobiernos de Primo de Rivera y era hijo de un oficial, cuyo nombre fue legendario en Marruecos por su conocimiento de los marroquíes y el interés que éstos le manifestaban, siendo él mismo alto comisario en Marruecos en tiempos de la monarquía. Por entonces era ya viejo, y, al estar por encima de cualquier ambición personal, parecía apto para el cargo. Aunque era monárquico, se consideraba liberal. En realidad era un hombre que, por razón de su edad, se hallaba lejos del fascismo, el comunismo y la revolución industrial. Atento, leal, incansable y honrado, como ministro de Asuntos Exteriores, contribuiría a dar una imagen favorable del régimen de Franco ante los embajadores extranjeros.

El 11 de junio, el ejército del norte reanudó los combates. El bombardeo preliminar de 150 piezas de artillería acompañado por ataques aéreos de la Legión Cóndor y la aviación italiana fue particularmente intenso. Aquel golpe quebrantó la resistencia de los defensores vascos concentrados en la última cota de terreno inmediatamente anterior al «cinturón de hierro». Al anochecer, los coroneles García Valiño, Bautista Sánchez y Bartomeu, con tres de las seis brigadas navarras, alcanzaron la célebre línea defensiva. Los bombardeos se prolongaron durante toda la noche. Algunas bombas incendiarias cayeron en un cementerio, ocasionando una violenta resurrección de los muertos[1675]. El general Gamir disponía probablemente de un total de 40 000

hombres, algunos de los cuales eran asturianos y santanderinos y, por consiguiente, no inspiraban confianza. La mitad aproximada de las restantes unidades las integraban socialistas y comunistas muy politizados y que, por lo mismo, no podían compartir plenamente el espíritu de la aventura nacionalista vasca que se respiraba en las brigadas denominadas «*Arana Goiri*», «*Itxar Kundia*» y «*Sukarrieta*»[1676].

El 12 de junio, una vez que las baterías y nuevas oleadas de aviones (aquel día debieron entrar en acción setenta bombarderos) hubieron machacado el «cinturón de hierro» durante varias horas, la brigada de Bautista Sánchez atacó el punto en el que el sistema defensivo era más débil e incompleto. La traición del comandante Goicoechea había contri buido indudablemente a la elección del punto de ataque, localizado en el monte Urcullu. El bombardeo de artillería precedió a la ofensiva. Los defensores, de esta forma, no pudieron distinguir en qué momento preciso terminaron los bombardeos y empezaron a disparar los tanques. De repente, en todas partes surgieron la confusión, el humo y el movimiento. Una vez más las unidades vascas sintieron la amenaza de verse rodeadas y apresuraron la retirada. Juan Bautista Sánchez había roto las líneas vascas en un frente de ochocientos metros de longitud al amparo de la oscuridad. Se encontraba a menos de diez kilómetros del centro de Bilbao. Los nacionalistas podían bombardear Bilbao a su antojo con la artillería o por medio de la aviación[1677]. El 13 de junio todos los vascos que quedaban al otro lado del «cinturón de hierro» fueron trasladados al interior de la capital. La moral de éstos había sufrido duro quebranto, lo cual pone en evidencia que, desde el punto de vista psicológico un sistema de defensa fijo y complicado es un error. Muchos bilbaínos preparaban la huida a Francia.

En el hotel Garitón se celebró una conferencia en el curso de la cual Aguirre preguntó a los jefes militares si Bilbao estaba en condiciones de defenderse. El jefe de artillería, Guerrica Echevarría, contestó negativamente. El general ruso Goriev aconsejó la resistencia. Otro asesor ruso, el coronel Golmann y el francés Monnier se mostraron igualmente firmes. Gamir permaneció en silencio[1678]. Durante la noche del 13 al 14 de junio el gobierno vasco decidió defender Bilbao. Prieto cursó órdenes precisas del ministerio de Defensa a tal efecto. Debían destruirse las instalaciones industriales que pudieran ser útiles al enemigo. Pero la mayor parte de la población civil fue evacuada hacia el oeste, en dirección a Santander. Ello presagiaba el abandono de la capital.

El 14 de junio, el coronel alsaciano Putz, que anteriormente había dirigido la 14.ª Brigada Internacional, asumió el mando de la 1.ª División Vasca. Al italiano Niño Nanetti se le confió el mando de otra división. Pero el éxodo de refugiados que huían de Bilbao no se interrumpió en todo el día y la carretera de Santander fue ametrallada por la Legión Cóndor. La flota nacionalista capturó dos buques llenos de refugiados. El gobierno vasco se retiró a la aldea de Trucios, al oeste de Vizcaya, dejando en la capital una junta de defensa de Bilbao integrada por el ministro de Justicia, Leizaola, el socialista Aznar, Astigarrabia y Gamir. La retirada del gobierno fue un acto razonable; no tanto la huida de Navarro, jefe de la marina de guerra de Vizcaya, o la de Guerrica Echevarría, jefe de artillería y algunos más en los últimos barcos disponibles. El 15 de junio gracias a la acción de Putz, quedó abierta una línea, por lo menos, al avance de los carlistas y los italianos: Belderrain se hallaba al norte; Putz en el centro, y al sur Niño Nanetti. El siguiente ataque se lanzó contra un punto en el que Goicoechea, el comandante traidor, había revelado que las fortificaciones

estaban incompletas. Los hombres de Nanetti huyeron cruzando el Nervión, sin volar los puentes tras de sí. Quedaba abierta la carretera de Bilbao. Al día siguiente, 16 de junio, Prieto telegrafió a Gamir ordenándole que defendiera Bilbao a toda costa, y especialmente la zona industrial de la ciudad. Pero la quinta columna había comenzado a disparar indiscriminadamente en el suburbio de Las Arenas. Un grupo anarquista acabó con este tiroteo. Pero no se produjeron bombardeos aéreos: los nacionalistas habían aprendido la lección de Guernica. Al mismo tiempo, Leizaola descubrió que se preparaba un plan para incendiar la ciudad y lo hizo abortar[1679]. El avance nacionalista se prolongó durante todo el día. La división de Putz sufrió graves bajas. El 17 de junio, ambos jefes militares instalaron sus cuarteles generales en el centro de Bilbao. Aquel día cayeron sobre la ciudad 20 000 bombas. Las elevaciones de terreno y las casas aisladas cambiaron de manos varias veces. Algunas fábricas fueron parcialmente evacuadas, otras lo fueron totalmente y el resto, abandonadas. Dentro de Bilbao, los hombres y el material eran trasladados en ferrocarril o por las dos últimas carreteras que quedaban libres en dirección a Santander. Estas carreteras iban quedando al alcance de la artillería de los «flechas negras», que proseguían su avance. A última hora de la tarde, Leizaola decidió caballerosamente entregar al enemigo los presos políticos que se encontraban en manos de los vascos para evitar que se quedaran sin guardianes en los últimos momentos de la resistencia. Asimismo, impidió que los batallones comunistas y anarquistas volaran la universidad y la iglesia de San Nicolás, en donde creían que el enemigo montaría nidos de ametralladoras. Ahora los nacionalistas controlaban toda la orilla derecha del Nervión desde la ciudad hasta el mar y la mayor parte de la orilla izquierda

hasta el puente del ferrocarril. El 18 de junio, al amparo de la noche, las unidades vascas recibieron órdenes de evacuar la capital. La última de estas unidades salió de la ciudad en la madrugada del día 19. Al mediodía, los tanques nacionalistas efectuaron una exploración preliminar a lo largo del Nervión, encontrando la ciudad vacía. Y empezaron a salir la quinta columna, los oportunistas y los agentes secretos que colgaban banderas monárquicas rojigualdas en sus balcones. Se congregó una muchedumbre de unos doscientos simpatizantes nacionalistas que cantaban y gritaban. De pronto apareció un tanque vasco que dispersó a la multitud, destrozando con sus disparos tres banderas que colgaban de los balcones y emprendió la huida por la única carretera que quedaba libre. Entre las cinco y las seis de la tarde, la 5.ª Brigada Navarra, a las órdenes de Juan Bautista Sánchez, entró en la ciudad y colgó la bandera monárquica en el balcón del ayuntamiento[1680].

Así terminó el experimento de la República vasca, o *Euzkadi*, cuyos dirigentes políticos se trasladaron a Barcelona, formando un gobierno en el exilio. El general Gamir se ocupó de retirar el máximo de tropas posible en dirección a Santander. En el curso de esta operación perdió al nuevo jefe italiano de la segunda división, Niño Nanetti, víctima de un ataque aéreo[1681]. Su tarea se vio facilitada por el hecho de que Franco no tenía ninguna prisa en proseguir la ofensiva después de la conquista de Bilbao, como así lo denunció el jefe de la aviación nacionalista, Kindelán[1682]. Los nacionalistas habían sufrido unas 30 000 bajas desde marzo, incluidos 4000 muertos; Gamir calculó en 35 000 las bajas sufridas por la República, con un máximo de 10 000 muertos[1683].

Franco había aprendido la lección de las «insensatas matanzas» de Málaga y prohibió que entrasen en Bilbao

grandes destacamentos de tropas, para evitar excesos[1684]. No se produjeron represalias inmediatas y se hicieron pocos prisioneros civiles. Pero los conquistadores se dedicaron de inmediato a destruir los sentimientos separatistas de los vascos. Se despidió a todos los maestros que no pudieron demostrar, cuando menos, su neutralidad política de forma positiva. La lengua vasca fue prohibida oficialmente. Al cabo de quince días, *herr* Blatke, representante de ROWAK, visitó las minas de hierro, los altos hornos y las laminadoras de Bilbao, hallándolos intactos. Podía continuar el trabajo al servicio de futuras ofensivas[1685]. Los minerales que se exportaban a Gran Bretaña, especialmente a la Steel Company of Wales, cambiaron de dirección[1686]. Lo mismo ocurrió con la importante planta química de Galdácano, la única industria española capaz de fabricar granadas de artillería. Vizcaya producía la mitad de los explosivos de toda España.

Con la caída de Bilbao quedaron en manos de Franco los tres principales nudos de telecomunicaciones de España (los otros dos eran Vigo y Málaga)[1687].

Un sacerdote dio la noticia de la caída de Bilbao a los niños vascos refugiados en el campamento de Stoneham. Los muchachos quedaron tan asustados que la emprendieron a pedradas y garrotazos contra el portador de tan mala noticia. Trescientos niños de los tres mil quinientos que se encontraban en el campo huyeron del mismo sin ningún rumbo fijo, presos de amargo y profundo desconsuelo[1688].

La caída de Bilbao recrudeció la ya de por sí bastante caldeada polémica mundial acerca de las implicaciones religiosas de la guerra civil española. El tono de la disputa lo había dado en enero el *Osservatore Romano*, el periódico del Vaticano, que reflexionaba: «Para una concepción militante

de la vida, la lucha por una doctrina es una guerra santa [...] sólo el agnosticismo liberal, con su concepción de la tolerancia en la teoría y en la práctica, puede verse sorprendido por una guerra ideológica»[1689]. Pero a pesar de esto, la filiación republicana de los vascos, «el pueblo más cristiano de España»[1690], hizo que los católicos pensaran en sus propias lealtades. En primavera, dos eminentes católicos franceses, François Mauriac y Jacques Maritain, habían publicado un manifiesto provasco. El doctor Múgica, arzobispo de Vitoria, que se hallaba en Roma, escribió unas palabras de apoyo al manifiesto francés, aunque no quiso dar su nombre para que no se usara públicamente en defensa de los vascos[1691]. Siguió con sus protestas ante el Vaticano, el cual acusó el efecto de las noticias recibidas. La destrucción de Guernica reforzó la posición de aquellos a quienes la prensa católica de derechas motejaba de «cristianos rojos». El 15 de mayo, dos dominicos españoles residentes en Roma, los padres Carro y Beltrán de Heredia, publicaron un violento panfleto en el que denunciaban la idea que prevalecía en muchos hogares católicos de que se podía ser neutral en la guerra civil española: ello significaba otorgar los mismos derechos a «los asesinos, los traidores a Dios y a la Patria». El pecado, lo mismo que el crimen, carecían de derechos. El arzobispo de Westminster calificó la guerra de «furiosa batalla entre la civilización cristiana y el más cruel paganismo que ha ensombrecido al mundo»[1692]. El papa declaró oficialmente que todos los sacerdotes asesinados eran mártires. Claudel escribió entonces su famosa oda *Aux martyres espagnols*, como prólogo en verso a un folleto de propaganda nacionalista redactado por Joan Estelrich, que, a pesar de ser catalán, era agente diplomático de Franco en París. El 1 de julio, Maritain replicó mediante un artículo publicado en *La Nouvelle Révue Frangaise*, en el

que afirmaba que quienes mataban a los pobres, que eran «el pueblo de Cristo», en nombre de la religión, eran tan culpables como quienes mataban a los sacerdotes por odio a la religión[1693].

En esta fecha, la jerarquía española, encabezada por el cardenal Gomá, arzobispo de Toledo, dio el extraordinario paso de enviar una carta conjunta «a los obispos de todo el mundo»[1694]. En ella afirmaban que ellos no habían deseado un «plebiscito armado» en España, aunque millares de cristianos «bajo su responsabilidad personal, se alzaron en armas para salvar los principios de la religión». Alegaban que, desde el año 1931, el poder legislativo había tratado de cambiar la historia de España «en un sentido totalmente contrario a la naturaleza y exigencias del espíritu nacional». El Komintern había armado «a una milicia revolucionaria para apoderarse del poder». La guerra civil era, por consiguiente, teológicamente justa[1695]. Los obispos recordaban a los sacerdotes martirizados y se consolaban con la reflexión de que, cuando sus enemigos, que habían sido «alucinados por "doctrinas de demonios", digamos que al morir, sancionados por la ley, se han reconciliado», en su mayor parte, con el Dios de sus mayores. En Mallorca, sólo el 2% había muerto impenitente; en las regiones del sur, no más del 20%. Los obispos terminaban llamando al movimiento nacional «una familia dilatada en la que logra el ciudadano su desarrollo total». A pesar de esta observación, agregaban que ellos serían «los primeros en lamentar que la autocracia irresponsable de un parlamento fuese sustituida por la más terrible de una dictadura desarraigada de la nación». Terminaban reprobando a los sacerdotes vascos (aunque en términos tan moderados que parecían buscar un compromiso) por «haber desoído la voz de la Iglesia». Esta carta no venía firmada ni por el arzobispo de Tarragona

(desterrado en Suiza) ni por el obispo de Vitoria[1696]. Este último prelado, que se hallaba en Roma, negó que en la España nacionalista hubiera libertad religiosa (los mismos alemanes habían denunciado la persecución de los protestantes)[1697], y también negó que las penas de muerte fueran siempre precedidas de juicio[1698].

A pesar del apoyo de su obispo, los sacerdotes vascos fueron acusados ante el papa por la jerarquía española de haber actuado políticamente y de llevar armas. El clero vasco replicó que ningún sacerdote vasco había estado afiliado como tal al Partido Nacionalista Vasco, y ninguno, aunque perteneciera al cuerpo de capellanes castrenses, había llevado armas[1699]. Pero el 28 de agosto el Vaticano reconoció formalmente a las «autoridades de Burgos» —como las llamaba el Foreign Office— como gobierno oficial de España. Enviaron un delegado apostólico, monseñor Antoniutti, a la capital castellana. En lo sucesivo, cualquier católico que apoyara a la República o que, como Maritain, predicara que la Iglesia debía permanecer neutral, técnicamente se convertía en rebelde contra el papa. Pero hasta finales de 1938, los rebeldes estuvieron resentidos con el Vaticano, pues el papa no les reconoció plenamente hasta entonces y no envió al nuncio sino tan sólo al delegado apostólico.

La guerra de panfletos se prolongó hasta el final de la contienda, especialmente en Francia. Cada día se lanzaban acusaciones de espionaje o se denunciaba a los extranjeros de presunta conspiración con grupos terroristas de derechas o de izquierdas[1700]. Mauriac continuó escribiendo artículos en favor de la República. Charles Maurras le replicó en *L'Action Frangaise*, proclamando que la Iglesia era la única auténtica Internacional. Bernanos no tardó en publicar *Les grands cimetiéres sous la lune*, en el que daba una descripción

terrible de la represión nacionalista en Mallorca. Un escritor de derechas replicó con *Les grands chantiers au soleil*. El sacerdote jesuita Juan Villar Costa, que apoyaba a la República fundó un instituto católico de estudios religiosos a fin de mejorar la imagen de la República ante los católicos de todo el mundo. También publicó un libro penetrante, titulado *Montserrat*, en el que comentaba la carta de los obispos españoles. En Lieja se editó una oración de los sacerdotes españoles exiliados a la Virgen del Pilar: «A ti, oh María, reina de la paz, volvemos siempre nosotros los esperanzados hijos de tu bien amada España, hoy envilecida, ultrajada, mancillada por el bolchevismo criminal, despojada por el marxismo judío y escarnecida por el salvaje comunismo. Te rogamos con lágrimas en los ojos que vengas en nuestra ayuda para conceder el triunfo a los gloriosos ejércitos del libertador y reconquistador de España, del nuevo Pelayo: ¡del Caudillo! ¡Viva Cristo Rey!»[1701].

En Inglaterra se formularon opiniones casi tan exaltadas como éstas: por ejemplo, el destacado apologista católico Douglas Jerrold, que un año antes había prestado su contribución personal al alzamiento, escribió en su libro autobiográfico *Georgian Adventure*, refiriéndose a una entrevista que celebró con Franco: «Acaso Franco no sea un gran hombre, como cree el mundo, pero ciertamente es algo mil veces más importante: un hombre bueno en toda la extensión de la palabra, tal vez un héroe y posiblemente un santo»[1702].

En Norteamérica los sacerdotes vascos contaron con el apoyo activo de los protestantes. Pero los sondeos de opinión mostraron que sólo cuatro de cada diez católicos norteamericanos estaban con sus obispos. La opinión pública era tan cautelosa que se llegó a rechazar un proyecto

de trasladar a Estados Unidos a algunos niños vascos, como violación de la neutralidad[1703]. El temor a perder los votos de los católicos era un factor muy importante en las decisiones de Roosevelt. Para entonces, en las provincias vascas se había desencadenado ya la campaña de persecución. Doscientos setenta y ocho sacerdotes y ciento veinticinco religiosos (entre los que se contaban veintidós jesuitas) fueron destituidos de sus cargos, encarcelados o deportados a otros puntos de España.

En julio de 1937 se celebró en Valencia, Barcelona y Madrid el Segundo Congreso Internacional de Escritores, que constituía un «circo ambulante» de hombres de letras, con el fin de culminar la polémica. Se convocó con el propósito de discutir la actitud de los intelectuales ante la guerra. Uno de sus objetivos encubiertos era el de condenar a André Gide, quien en su reciente libro *Retour de l'URSS*, había atacado a la Unión Soviética, en donde le habían recibido como amigo y huésped del gobierno soviético. Al congreso asistieron Hemingway, Spender, Pablo Neruda, Nicolás Guillen y la mayoría de los principales apologistas literarios de la República. También estuvieron presentes Julien Benda, André Chamson, Ilya Ehrenburg, Ludwig Renn y Eric Weinert. Weinert y Renn habían servido en las Brigadas Internacionales. El congreso estuvo dominado por Malraux, «con sus resoplidos y tics nerviosos», que defendió a Gide de las acusaciones de ser un «fascista hitleriano»[1704]. Los delegados se paseaban en Rolls y conversaban con los poetas españoles de la guerra, como Rafael Alberti, Altolaguirre, Bergamín, Antonio Machado y Miguel Hernández. El más prolífico era Rafael Alberti: y en casi todos los números de *Volunteer for Liberty*, que era el periódico de la 15.ª Brigada Internacional, aparecían versos suyos. Pero el mejor del grupo de nuevos poetas era Miguel

Hernández, que al empezar la guerra era miembro del Quinto Regimiento. Era un pastor que había aprendido a leer en las montañas por obra de un sacerdote que le enseñaba pasajes de autores de los siglos XVI y XVII. El comienzo de la guerra civil hizo surgir en él un repentino estallido de actividad poética. He aquí un ejemplo:

Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta.
No soy de un pueblo de bueyes,
que soy de un pueblo que embargan
yacimientos de leones,
desfiladeros de águilas
y cordilleras de toros
con el orgullo en el asta.

Hernández era genuino representante de una generación de socialistas y comunistas jóvenes que estaban convencidos de que estaban luchando por la libertad de España. La mayor parte de ellos no hubieran transigido con el stalinismo de haber sabido lo que éste implicaba. Desdeñaban las actitudes derrotistas, y la guerra, más que politizarlos, los militarizó[1705].

En el congreso se leyó un discurso de Bertolt Brecht[1706]. Como en otras ocasiones similares, se interpretaron los himnos nacionales de las distintas naciones representadas, con lo que el poeta inglés Stephen Spender se encontró en Barcelona saludando con el puño cerrado mientras la banda tocaba el Dios salve al rey. Azaña se negó a pronunciar el discurso de clausura. Consideraba que no había ninguna personalidad importante del exterior y que la delegación española «no era más lucida» que las extranjeras[1707].

39

Caída del POUM. — Detención y asesinato de Nin. — Consecuencias y lecciones.

Durante los meses de verano, Irujo, ministro de Justicia, con el estímulo de Negrín y la colaboración de los consejeros de la Generalitat de Cataluña, hizo grandes esfuerzos por restaurar la justicia tradicional: los tribunales populares serían presididos por jueces ordinarios, los directores de prisiones serían nombrados de acuerdo con sus años de escalafón y no por su filiación política, la figura del abogado reapareció en los tribunales, y la bandera republicana a ondear en las audiencias. Abogados de tendencia radical revolucionaria como Ángel Samblancat y Eduardo Barriobero perdieron sus posiciones de poder terrorífico en Barcelona. Muchos de los que habían acogido a la revolución con entusiasmo recibieron sin agrado estas medidas. Estos actos constituían importantes victorias de la justicia sobre la ley de la fuerza, de la garantía jurídica sobre la arbitrariedad. Pero estos acontecimientos tenían su aspecto negativo. Desde la formación del gobierno de Negrín los comunistas habían centrado todos sus esfuerzos en perseguir al POUM. Sus dirigentes fueron acusados de ser fascistas y conspirar con Franco. La persecución, detenciones, interrogatorios y torturas las llevaban a cabo principalmente los comunistas extranjeros. Los comunistas españoles, que no sabían la verdad y no se atrevían a averiguarla, observaban los

acontecimientos y aplaudían cobardemente, causando con ello la desmoralización de la causa republicana hasta un grado imprevisible, que ni ellos mismos habían imaginado. ¿Creía sinceramente el comunista católico José Bergantín que Nin, Gorkin y Andrade eran espías? Es difícil de creer. Con todo llegó a escribir que los dirigentes del POUM no tenían derecho a la defensa[1708]. El ala prietista del socialismo e incluso los republicanos de izquierdas mostraban ante tales actos una transigencia que les acabaría perjudicando. Absortos en los problemas de la guerra y sus crueldades, leían los informes de supuesta traición del POUM y concedían el beneficio de la duda a los acusadores, pero no a los acusados.

En el mes de abril, la policía de Madrid, controlada por los comunistas, descubrió una conspiración falangista. Uno de los provocadores, apellidado Castilla, fue inducido a actuar como agente provocador. Castilla fue escogido para montar un plan fraudulento de sublevación militar de la quinta columna, prevaleciendo por encima de Golfín, otro falangista de la capital. Golfín lo llevó a cabo, siendo detenido y desarticulado su plan. Posteriormente alguien, que probablemente era el mismo Castilla, redactó una carta que aparentaba ser autógrafa de Nin, el destacado dirigente del POUM, dirigida a Franco, en la que respaldaba el plan de Golfín. Por las mismas fechas aproximadamente, otro auténtico falangista, José Roca, que tenía una librería en Gerona, fue desenmascarado por los comunistas catalanes. La misión de Roca en la quinta columna era la de transmitir mensajes a un hotelero de aquella ciudad. Un día del mes de mayo, se presentó en la librería un individuo bien trajeado que entregó una cantidad de dinero a Roca y un mensaje para el hotelero, rogando que le dejaran guardar en la librería una maleta durante tres días. Roca aceptó. Poco

después llegó la policía para efectuar un registro. Como es natural no tardaron en dar con la maleta y al abrirla se encontraron con que contenía una serie de documentos curiosamente sellados con el timbre del comité militar del POUM[1709].

Sobre estos documentos, más la carta de Nin a Franco y la maleta hallada en Gerona, los comunistas montaron sus acusaciones contra el POUM. Era un conjunto de patrañas.

A mediados de junio, los comunistas se sintieron suficientemente fuertes para emprender la acción final. El 28 de mayo consiguieron la suspensión del periódico del POUM *La batalla*. Antonov Ovseenko, Berzin y Stashevsky, los rusos más relevantes que estaban en España desde agosto de 1936 (con los cargos de cónsul general en Barcelona, jefe de la misión militar y asesor económico) fueron llamados a Moscú en junio de 1937, desapareciendo para siempre: Stashevsky había efectuado una imprudente visita a Moscú en el mes de abril, denunciando a Stalin la osadía de las actividades de la policía secreta rusa en España. Pero su destino ya estaba sellado por aquellas fechas[1710]. El 12 de junio, en Rusia, el general Tukhachevsky y otros siete veteranos generales rusos fueron fusilados por «intrigar con Alemania». Tras todos estos hechos resulta difícil creer que el comunista y ministro de Justicia, Jesús Hernández, pudiera sorprenderse cuando, el 14 de junio, el coronel Antonio Ortega, director general de Seguridad, le anunció que el jefe del GPU en España, Orlov, había cursado órdenes de detener a todos los dirigentes del POUM[1711]. Hernández acudió ante Orlov, quien insistió en que el gobierno no debía tener noticia del asunto, pues el ministro de la Gobernación, Zugazagoitia, y otros, eran amigos de los detenidos. Además, había pruebas de la conexión del POUM con un grupo de espías fascistas, según alegó Orlov. Hernández se entrevistó

con Díaz, quien se enfureció al recibir la noticia. Díaz y Hernández denunciaron a los «asesores» extranjeros. Codovila insinuó que acaso Díaz se sintiera indispuesto por exceso de trabajo. ¿Por qué no se tomaba unas vacaciones? Entretanto, el 16 de junio, en Barcelona, por orden del nuevo encargado del orden público de esta ciudad, el «comunistizante» coronel Ricardo Burillo, fue clausurada la sede del POUM en el hotel Falcón, que fue inmediatamente habilitado como cárcel. Rovira, jefe de la 29.ª División del POUM, que se hallaba en el frente de Aragón, recibió un telegrama ordenándole que se presentara en Barcelona, en el cuartel general del ejército del este. A su llegada fue detenido[1712]. Los pequeños batallones del POUM que actuaban en otros frentes fueron disueltos. A Andrés Nin se lo llevaron por separado y todos sus amigos fueron recluidos en calabozos subterráneos de Barcelona y Madrid. Todos los miembros del POUM empezaron a tener pánico, pues conocían bien la costumbre de Stalin de hacer recaer los supuestos crímenes de los dirigentes sobre sus familiares y amigos. Los periódicos comunistas vociferaban acusaciones contra los detenidos por su propio partido, pero sin que se les instruyera juicio alguno. Entonces se extendió el rumor de que Andrés Nin había sido asesinado en la cárcel. Nin había sido secretario de Trotsky, y trabajó en Rusia durante la década de los veinte, hasta que, desilusionado por el comunismo stalinista y sus métodos, regresó a España. Era el tipo exacto de individuo que Stalin quería ver muerto.

Negrín mandó llamar a Hernández y le preguntó por el paradero de Nin. Hernández contestó que lo ignoraba. Negrín protestó de que los rusos se estaban comportando en Barcelona como si fuera su propio país. ¿Qué sucedería aquella tarde en el consejo de ministros cuando se informara de la desaparición de Nin? Hernández se comprometió a

abrir una investigación. Codovila le dijo que Nin estaba siendo interrogado. La reunión del gabinete se celebró a continuación. Los periodistas que se amontonaban en la puerta pedían noticias de Nin. En el interior Zugazagoitia preguntaba si su jurisdicción como ministro de la Gobernación iba a verse limitada por la policía rusa. Prieto, Irujo y Bernardo Giner apoyaron la protesta. Hernández y Uribe replicaron que no sabían nada de Nin. Nadie les creyó porque nadie comprendía que pudiese haber secretos entre los propios comunistas. Negrín suspendió la discusión hasta que se conocieran todos los hechos.

Los miembros socialistas y republicanos del gobierno español, si entonces hubieran podido comprar y transportar armas de fabricación norteamericana, británica y francesa hubieran tenido opción de romper con Stalin. Pero la no intervención de los gobiernos británico, francés y norteamericano hizo inquebrantable la alianza con Rusia. Y, como el oro español se encontraba ya en Moscú, no cabía la posibilidad de adquirir armas en otros países.

En España y en el extranjero empezó a extenderse una campaña con el lema: «¿Dónde está Nin?». Nin era uno de los personajes del movimiento revolucionario español más conocido internacionalmente. El día 28 de junio, el comité nacional de la CNT envió una nota de protesta al gobierno alegando que se necesitaban pruebas de mucho peso para demostrar que personas de la talla de Nin, Gorkin o Andrade eran fascistas, igual que se requerían pruebas para demostrar las acusaciones contra Miaja: «En nombre de la justicia, la legalidad constitucional y el derecho de todos los ciudadanos, defendidos y representados por su propia democracia, pedimos que cese la persecución contra el POUM»[1713]. Negrín pidió al Partido Comunista que liquidara aquel caso deshonroso. Los comunistas españoles,

que tampoco estaban en condiciones de contestar a las preguntas que se les planteaban, respondieron que Nin se hallaría en Berlín o en Salamanca. Por entonces había muerto ya, casi sin lugar a dudas. Parece ser que Nin fue trasladado en coche desde Barcelona a la prisión particular de Orlov, instalada en la desmantelada catedral de Alcalá de Henares, ciudad natal de Azaña y de Cervantes, pero a la sazón convertida casi en colonia rusa. Allí sufrió el interrogatorio de rigor aplicado por los soviéticos a los traidores a la causa[1714]. Su resistencia frente a tales métodos fue pasmosa. Se negó a firmar los documentos en los que se reconocía su culpabilidad y la de sus amigos. Orlov estaba exasperado y lo mismo ocurría con Bielov y Vittorio Vidali, que colaboraron con aquél en el interrogatorio de Nin. ¿Qué hacer? El propio Orlov empezó a sentir pánico de Yezhov, el insensato jefe del GPU. Finalmente, según explicó posteriormente Hernández, el italiano Vidali (Carlos Contreras) propuso que se simulara un ataque «nazi» para liberar a Nin. Una noche oscura, probablemente la del 22 o 23 de junio, diez individuos alemanes pertenecientes a las Brigadas Internacionales asaltaron el local en que se hallaba recluido Nin. Mientras duró el supuesto ataque hablaron ostentosamente en alemán y dejaron caer billetes de los ferrocarriles alemanes. Nin fue capturado y asesinado, tal vez en el parque real de El Pardo, situado inmediatamente al norte de Madrid. Al negarse a reconocer su propia culpabilidad salvó probablemente las vidas de sus amigos. Tal vez Stalin y Yezhov proyectaran organizar en España un proceso similar a los de Moscú, con simulacros de confesiones de por medio; en tal caso se vieron contrariados. Aunque, en los meses siguientes, los dirigentes del POUM se vieron sometidos a interrogatorios y torturas, especialmente en el barcelonés convento de Santa Úrsula, «el Dachau de la

España republicana» como lo llamó un miembro del POUM que sobrevivió a su estancia en el mismo.

Aunque Nin fue el único miembro dirigente del POUM asesinado, muchos simpatizantes internacionales de este partido murieron en circunstancias misteriosas: Erwin Wolf, mitad checo y mitad alemán, que fuera uno de los secretarios de Trotsky, fue secuestrado en Barcelona sin que se supiera nada más de él; el socialista austríaco Kurt Landau; el periodista Marc Rhein, hijo del dirigente menchevique Rafael Abramovich (que efectuó una serie de viajes infructuosos a España para descubrir su paradero); José Robles, en otro tiempo profesor de la universidad Johns Hopkins de Baltimore, que fue asesinado tal vez por haber sido intérprete del desdichado general Berzin[1715]; y acaso el periodista inglés «Bob» Smilie, hijo del conocido dirigente minero, que vino a España en representación del Partido Laborista Independiente británico, y murió aparentemente de apendicitis en una cárcel adonde se le había conducido sin justificación.

¿Qué pensaban del caso los miembros del gobierno republicano? Es difícil afirmarlo con seguridad. Negrín le explicó a Azaña que Nin había sido detenido y liberado por unos agentes alemanes que actuaban dentro de las Brigadas Internacionales. ¿No resultaba un tanto novelesco?, preguntó Azaña. Negrín respondió negativamente. Lo mismo les había sucedido en el hotel Gaylord a varios asesores rusos, envenenados por espías nazis. Azaña anotó este «hecho» en su diario sin comentarios[1716]. Queda planteada la duda de si Negrín sospechaba la verdad y trató de engañar a Azaña o si el propio Negrín fue engañado por los comunistas. Parece más probable la primera posibilidad: que Negrín se diera perfecta cuenta de que se hallaba ante un «asunto sucio», como declaró a Hernández[1717]. La

actitud de Azaña y Negrín frente al POUM estaba condicionada por la irritación que les producía el creer que se trataba de un grupo de provocadores que estaban perjudicando el esfuerzo bélico. Nin, cuando había sido consejero de Justicia en Cataluña, no se había distinguido por sus escrúpulos humanitarios respecto a la «burguesía» y un comentario de Manuel Casanova, miembro del POUM, sobre las actividades del partido en Lérida en 1936 recuerda que sus miembros también «sabían odiar»[1718]. Ello no justifica, desde luego, las opiniones del presidente de la República y el jefe del gobierno, aunque ayuda a comprenderlas.

El caso del POUM levantó en el mundo del comunismo una polémica intelectual similar a la que suscitó el caso del clero vasco en el mundo del catolicismo romano, igualmente teológico. En algunos casos las mismas personas que protestaron contra el trato infligido por el papa a los sacerdotes vascos condenaron a su vez el trato dado por Stalin al POUM: por ejemplo, Mauriac, Jean Duhamel y Roger Martin du Gard escribieron al gobierno republicano para protestar contra los juicios del POUM y suplicando que se les permitiese ejercer el derecho a la defensa. Ilya Ehrenburg, el único escritor ruso de su generación, aparte de Pasternak, que sobrevivió a las purgas rusas y que, como ya se ha visto, pasó largas temporadas en España, escribió en *Izvestia*: «Debo expresar el sentimiento de vergüenza que me embarga como hombre. El mismo día en que los fascistas estaban fusilando mujeres en Asturias, aparecía en la prensa francesa una nota de protesta contra la injusticia [...]. Pero esas personas no protestaban contra los carniceros de Asturias, sino contra la República, que osa detener a los fascistas y los provocadores del POUM»[1719]. Sin embargo, Ehrenburg sabía de sobra que los que morían víctimas de las

purgas eran inocentes, y así lo demostró posteriormente en sus propias memorias[1720]. Entretanto George Orwell, que trataba de defender al POUM en la liberal Inglaterra, veía rechazados sus artículos por Kingsley Martin, editor del *News Statesman*[1721].

El gobierno de la República hacía los mayores esfuerzos por salirse de la trampa en que había caído por su excesiva confianza en los rusos. El nacionalista vasco Irujo, ministro de Justicia, designó a un magistrado, Miguel Moreno Laguía, para que actuara de juez en el caso Nin. Moreno Laguía hizo detener a una serie de agentes de policía que, en su opinión, se hallaban implicados en el caso, entre ellos a un tal Vázquez. Mientras estaba bajo custodia del juez se presentó una unidad de guardias de asalto, con ánimo de liberarle. Al protestar el juez, los guardias pretendieron detenerle a su vez. El juez dejó marchar a Vázquez. Irujo, Prieto y Zugazagoitia amenazaron con presentar la dimisión si no se confirmaba a Moreno. Posteriormente, el gabinete trasladó al director general de Seguridad, Ortega, responsable de la detención de Nin, enviándole a un puesto de mando en el frente y reemplazándole por Carlos de Juan, fiscal general de la República. Moreno Laguía siguió buscando a Nin infructuosamente, mientras los compañeros de éste permanecían meses enteros encarcelados en espera de juicio[1722] y sus presuntos asesinos continuaban ocupando puestos de influencia. Durante los últimos meses de 1937, numerosos miembros y dirigentes del POUM fueron fusilados de forma ilegal y despiadada, después de consejos de guerra sumarísimos, organizados por los comunistas[1723]. Entretanto, según palabras de Gorkin, había 1500 «prisioneros antifascistas» —anarquistas, poumistas y otros— en la cárcel Modelo de Valencia a finales de 1937.

Los crímenes perpetrados contra el POUM fueron actos de

barbarie cometidos en España por comunistas españoles y extranjeros a las órdenes del único y poderosísimo aliado de la República: Rusia. El POUM contaba con pocos amigos, en España y en el extranjero. La represión contra este partido fue sancionada por la mayor parte de quienes apoyaban al Frente Popular y casi no provocó quejas entre los anarquistas. Azaña, Negrín y Prieto, por mencionar sólo a tres hombres representativos, se preocuparon seriamente por el caso de Nin, aunque los dos últimos tal vez menos por el atropello en sí que por el efecto causado en el exterior. Azaña, y con él millares de personas, consideraban que la muerte de Nin y la disolución del POUM eran una contrapartida aceptable en tiempos de guerra a cambio de que terminaran los asesinatos indisciplinados de los primeros meses gracias a la policía comunista, y a cambio del aburguesamiento de la revolución, que había pasado a manos del Estado. No sentían la menor simpatía por los objetivos revolucionarios del POUM ni por la figura de Nin. Por entonces se lanzaron acusaciones que no han sido confirmadas ni plenamente desmentidas de que ciertos líderes del POUM y algunos anarquistas se habían apoderado de dinero y otros objetos de valor que habían depositado en Francia en los primeros días de la revolución[1724]. Azaña decía de la U. R. S. S.: «parece el hombre a quien se admite en sociedad porque no hay otro remedio, pero de quien nadie quiere ser amigo»[1725]. Pero los crímenes se vuelven a recordar con los años como ha sucedido también con los asesinatos contemporáneos de Rusia. En lo sucesivo, los comunistas españoles se mostraron más circunspectos. Ya no fue detenida ninguna personalidad política de importancia. Ello se debió indudablemente a la presencia del astuto Togliatti como jefe de la representación del Komintern en el Partido Comunista español a partir del

verano[1726]. Con todo, durante el resto de la guerra civil, muchas personas permanecieron injustamente encarceladas e incluso el abogado de los dirigentes del POUM, Benito Pabón, se sintió amenazado personalmente y tuvo que expatriarse; huyendo hasta donde no pudiera alcanzarle la venganza de los comunistas, se instaló en las Filipinas.

40

La batalla de Brunete. — Santander. — El Ebro. — Fin del Consejo de Aragón. — La caída de Asturias. — Fin de la guerra en el Norte.

Tras la captura de las provincias vascas, el general Franco se detuvo antes de lanzarse sobre Santander, que constituía el inmediato centro republicano en el norte. En este momento, la República lanzó un ataque diversivo muy controvertido. Como puede suponerse, éste se centró en el punto elegido por los comunistas: Brunete. Se habían concentrado dos cuerpos de ejército bajo el mando supremo de Miaja. Eran el 5.º Cuerpo de ejército, a las órdenes de Modesto y el 18.º Cuerpo de ejército, a las órdenes del coronel de artillería Jurado. El primero incluía la 11.ª División de Líster, la 46.ª División de «el Campesino» y la 35.ª División de «Walter». El cuerpo de ejército de Jurado incluía a la 15.ª División de «Gal» (11.ª y 12.ª Brigadas Internacionales). Kleber regresó al frente para ponerse al mando de la 15.ª División y Gustavo Durán, jefe del estado mayor de Kleber durante el invierno mandaba la 39.ª División. Ambas formaban la reserva. La influencia comunista en este ejército era considerable. Cinco de los seis jefes de división, un jefe de cuerpo de ejército y los comisarios de los dos cuerpos de ejército eran comunistas (Delage y Zapiraín). También lo era el comisario de Miaja: Francisco Antón. Este ejército sumaba 85 000 hombres. Le

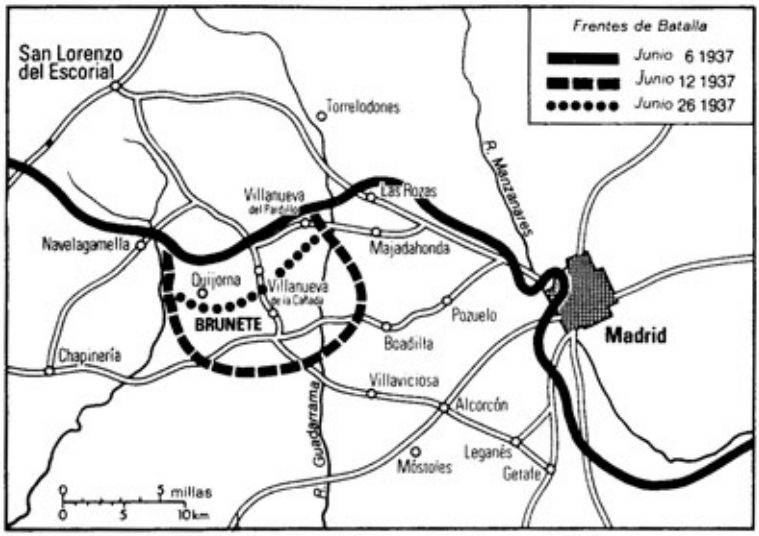
apoyaban 40 carros blindados, 300 aviones, 130 tanques y más de 220 piezas de artillería de campaña.

El objetivo era avanzar hacia el estancado pueblo de Brunete (cuya población era de 1556 habitantes en 1935) desde el sector norte de la carretera de Madrid-El Escorial, para aislar por el oeste a los ejércitos que sitiaban la capital[1727]. Rojo, jefe del estado mayor del ejército, esperaba que los republicanos alcanzasen estos objetivos antes de que llegasen refuerzos a los franquistas.

La 15.ª Brigada Internacional, dirigida por el comunista croata Copie, fue empleada en esta batalla como fuerza de choque[1728], junto con la 11.ª Brigada —alemana— que entonces estaba a las órdenes del coronel Staimer y la 13.ª, compuesta principalmente por eslavos y franceses, dirigida por el comunista italiano «Krieger» (Vincenzo Bianco). Esta última incluía algunos españoles. Más adelante entró en combate la 12.ª Brigada Garibaldi de Pacciardi, formada principalmente por italianos[1729]. También había varios asesores rusos, entre ellos el general Stern (Grigorovitch) y Smushkevich, que seguía al mando de la misión aérea. Numerosos pilotos rusos se hallaban aún encuadrados en la aviación republicana. El plan de ataque corría a cargo de Matallana, nuevo jefe de estado mayor de Miaja.

A los nacionalistas les sorprendió la ofensiva de Brunete, acaso porque ya hacía meses que se estaba hablando de ella en los cafés republicanos. En la línea que había de soportar el embate más fuerte había elementos esquilmados de la División 71, en su mayoría falangistas y unos 1000 marroquíes. Después de escuchar las exhortaciones de Prieto y «la Pasionaria» en vísperas del ataque, la 11.ª División republicana al mando de Líster abrió fuego al amanecer del día 6 de julio, después de un duro ataque de artillería y

aviación. Al cabo de unas cuantas horas habían avanzado unos 16 kilómetros, rodeando Brunete.



26. La batalla de Brunete en julio de 1937

El equivalente de Miaja como jefe nacionalista del centro, era Saliquet, pero el general Varela fue nombrado jefe supremo para la defensa y el contraataque en campaña. Varias divisiones fueron trasladadas al frente de Brunete y desde el norte fue enviada la Legión Cóndor y artillería pesada[1730]. Asimismo estaban la 4.ª y 5.ª Brigadas navarras de los coroneles Alonso Vega y Juan Bautista Sánchez. El traslado de estos refuerzos se efectuó con gran rapidez y constituyó un éxito de planificación. Cuando llegaron, Brunete estaba ya en manos de Líster. La guarnición del vecino pueblo de Quijorna permanecía tranquila, con una moral muy elevada, resistiendo la ofensiva de «el Campesino». Villanueva de la Cañada, Villanueva del Pardillo y Villafranca del Castillo también resistieron el ataque de la 15.ª Brigada. La mayoría de sus defensores eran jóvenes voluntarios falangistas procedentes de Sevilla. Aunque el primero de estos pueblos cayó al día siguiente en

manos de los británicos, el avance quedó algo frenado debido a la confusión existente. A través de una pequeña brecha abierta entre las líneas nacionalistas entraron en tromba varias brigadas, que acabaron mezclándose unas con otras, Como ya se sabía que la ofensiva era de inspiración comunista, los oficiales republicanos y no comunistas empezaron a criticar la dirección de la batalla. El jefe de estado mayor de la operación, Casado, había expresado sus reservas y se retiró de los combates por enfermedad. Se lanzaron ochenta tanques sobre Villafranca sin resultado alguno[1731]. A la medianoche del primer día de la ofensiva, Varela informó a Franco de que se había restablecido el frente. Veinticuatro horas después llegaron treinta y un batallones y nueve baterías para reforzar las posiciones nacionalistas. La batalla, que se libraba en la reseca llanura castellana, en lo más cálido del verano, adquirió caracteres sangrientos[1732]. Ya nos hemos referido a la batalla contra la sed y hemos visto que el problema del agua constituía una grave preocupación. Negrín quería celebrar una sesión extraordinaria del consejo de ministros en Madrid para celebrar la victoria, pero Azaña le disuadió de ello[1733].

El 8 de julio, «el Campesino» envanecido porque se le había dicho que sus tropas eran las mejores del ejército republicano y que tenían que dar ejemplo a los demás, alcanzó las primeras casas de Quijorna[1734]. El pueblo cayó al día siguiente. Villanueva del Pardillo y Villafranca del Castillo cayeron en la madrugada del 11 de julio. Pero Boadilla, sometida a un ataque constante, seguía defendida por Asensio. Los cazas Messerschmitt (ME 109) de la Legión Cóndor aparecieron por primera vez en el frente de combate. Inferiores en número a los «Chatos» rusos resultaron, en cambio, mucho más eficaces que éstos. El bombardero Heinkel 111 resultó tan efectivo aquí como en el

norte de España, especialmente de noche, aunque, en esta ocasión, los rusos emplearon por primera vez sus cazas en combates nocturnos. El 13 de julio había concluido la ofensiva de Brunete. A partir de aquel momento los republicanos tratarían de defender las posiciones conquistadas. El 15 de julio, después de librarse nuevos y encarnizados combates en torno a Boadilla, se dieron órdenes de cavar trincheras. La República había conquistado una bolsa de terreno de unos doce kilómetros al sur de Brunete, en la carretera de Navalcarnero. Al término de la batalla, resultó muerto el gallardo comandante inglés Nathan, conocido por llevar bastón con empuñadura de oro[1735].

Ha sido muy discutido por qué los republicanos no continuaron su ofensiva, cuando todos los elementos estaban a su favor. La responsabilidad recae en los oficiales jóvenes y de graduación media por la falta de imaginación e iniciativa que demostraron en el combate. La instrucción militar de los republicanos, de inspiración rusa, o la de los veteranos oficiales regulares, resultaba mucho más anticuada que la de los nacionalistas, aprendida en academias de reciente creación dirigidas por los alemanes. Los alféreces provisionales solían ser jóvenes cultos de las clases altas, acostumbrados a la vida en el campo y al deporte de la caza. Ahora, como en otras ocasiones, resultaron más eficaces en combate que los jóvenes más aventajados de las clases trabajadoras urbanas, intelectuales u obreros, por no hablar de los veteranos oficiales regulares que se habían pasado los años encerrados en tediosas guarniciones leyendo libros franceses de ejercicios tácticos. Ahora, y no por primera vez, la victoria se la llevaron aquellos que creían que la guerra era como el deporte de la caza practicado con otros medios. La República andaba

escasa de suboficiales. En un ejército como el republicano, con una organización tradicional, un cabo o un sargento competente eran tan importantes como un oficial de estado mayor. La rígida disciplina del ejército nacionalista y la falta de intrigas y disputas políticas en su seno desempeñaron un papel decisivo. A un nivel superior puede achacárseles a los nacionalistas la pérdida de Brunete, pues Franco suspendió la ofensiva en el norte para conquistar un pueblo castellano en ruinas de poco valor estratégico. Pero éste era un método clásico empleado por Franco durante la guerra: se trataba de una estratégica política, más que militar. Al mismo tiempo, Miaja, en el mando supremo, mostró también lentitud en sus reacciones, como era de esperar[1736].

El 18 de julio, las divisiones al mando de Sáenz de Buruaga atacaron por la izquierda, y las divisiones de Asensio por la derecha, mientras las de Barrón se lanzaban hacia Brunete por el centro. Aquel día la Legión Cóndor empezó a dominar los cielos de Castilla, abatiendo veintiún aparatos republicanos[1737]. A partir de aquel momento, el equilibrio de fuerzas en la guerra aérea del centro de España se inclinó a favor de los nacionalistas. La batalla se prolongó del 19 al 22 de julio, bajo un sol implacable y unas temperaturas atroces, agravándose el problema de la sed en ambos bandos[1738]. Asensio y Sáenz de Buruaga rompieron las líneas republicanas por los flancos. Barrón se abrió paso por el centro para reconquistar Brunete, salvo el cementerio, en donde Líster resistió hasta el día 25. Varela quería perseguir a los republicanos hasta Madrid, pero Franco le hizo desistir de ello, señalando la necesidad prioritaria de terminar la guerra en el norte[1739]. Los republicanos conservaron las localidades de Quijorna, Villanueva de la Cañada y Villanueva del Pardillo, pagando por ello un precio de 20 000 muertos y 100 aviones. Los nacionalistas perdieron

23 aviones y 17 000 hombres[1740].

La batalla guardaba cierta similitud con la del Jarama, la de Guadalajara o la de la carretera de La Coruña, a la inversa. Ambos bandos declararon haber alcanzado la victoria. Es cierto que la batalla sirvió para aplazar las ofensivas del norte. Los republicanos conquistaron una superficie de unos 6 kilómetros de profundidad por 16 de anchura, pero no alcanzaron sus objetivos. De hecho, los republicanos perdieron mucho material valioso y muchos soldados veteranos, de forma que la batalla de Brunete puede considerarse como una derrota suya. También constituyó un revés para los comunistas, que la habían patrocinado. La presencia de los Messerschmitt, junto con los nuevos Heinkel 111 y los nuevos Savoia 79, señaló el fin de la superioridad aérea de los republicanos, que tanto había contribuido a evitar la caída de Madrid. Aquellos nuevos monoplanos rápidos fueron unos rivales temibles para los rusos[1741].

Las bajas sufridas por las Brigadas Internacionales en Brunete fueron de excepcional gravedad. Los batallones Lincoln y Washington sufrieron tales pérdidas que hubo que fusionarlos. Entre los norteamericanos caídos figuraba el jefe del batallón Lincoln, de raza negra. También hubo en las brigadas casos de insubordinación. El capitán Alocca, que mandaba las fuerzas de caballería de las brigadas, desertó ante el enemigo, huyendo a Francia en automóvil. Posteriormente regresó a Madrid, siendo fusilado por cobardía. El batallón británico, que había quedado reducido a unos 80 hombres, se mostraba indeciso a la hora de acudir al frente. La 13.ª Brigada, compuesta mayormente por polacos, se negó rotundamente a regresar al campo de batalla. Su jefe, «Krieger» (Vincenzo Bianco), trató de restaurar su autoridad amenazando con el revólver:

apuntando el arma contra uno de los amotinados, le exigió obediencia. Éste se la negó. «Piense usted bien lo que está haciendo», insistió el coronel. «Ya lo he pensado». «¡Por última vez!». Ante la respuesta negativa, el coronel lo mató de un tiro. La tropa se enfureció y el propio «Krieger» estuvo a punto de ser linchado. Los amotinados marcharon hacia Madrid y no se sometieron hasta la llegada de unos guardias de asalto con sus tanques. Las brigadas, a partir de entonces, fueron totalmente reorganizadas y sus hombres «reeducados»[1742].

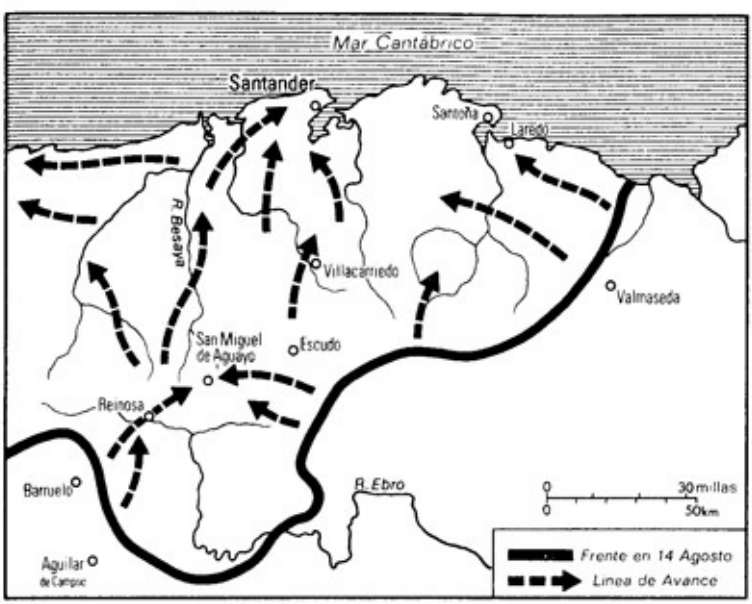
Los teóricos militares han venido debatiendo la importancia táctica de la batalla de Brunete para el uso de los tanques. El capitán checo Miksche, que estaba al frente de un grupo de baterías republicanas, en su estudio *Blitzkrieg* apuntó que el fracaso de los tanques republicanos se debió a que éstos se desplegaron para apoyar a la infantería, con arreglo a las teorías francesas; pero Varela, ante la insistencia del alemán Von Thoma, concentró sus tanques a fin de hallar una punta de lanza (*schwerpunkt*), haciéndose con el triunfo de la jornada. La República siempre siguió la táctica de dispersar a sus unidades acorazadas, ya se tratara de artillería, aviación o tanques, y las pruebas de *von* Thoma sólo podían efectuarse a pequeña escala, dada la escasez de vehículos para el transporte de la infantería que pudieran apoyar a los tanques[1743]. En cuestión de detalles ambos bandos cometieron errores. Trescientos hombres de la columna de «el Campesino» fueron aislados y hechos prisioneros. Todos aparecieron muertos y con las piernas cortadas. Poco después «el Campesino» capturó a un tabor de marroquíes. Cuatrocientos de sus hombres fueron fusilados. Al enterarse de la noticia, Azaña se preguntó si aquello representaba el nacimiento de una nueva España. Por el contrario, era

preferible la España vieja, con todas sus taras[1744].

Dos semanas después, los nacionalistas renovaron la ofensiva en el norte. El ejército del norte seguía estando al mando de Dávila. Los italianos, a las órdenes del general Bastico, fueron reagrupados en la División Littorio, la «llamas negras», y la División «23 de marzo», al mando de los generales Bergonzoli, Frusci y Francisci respectivamente[1745]. Las seis expertas brigadas navarras, a las órdenes de Solchaga, estaban dirigidas por los coroneles García Valiño, Muñoz Grandes, Latorre, Avriat, Alonso Vega y Sánchez González respectivamente. (Los dos últimos habían regresado del frente de Brunete). Muñoz Grandes, que fuera primer jefe de la guardia de asalto en 1931, había huido de Madrid a primeros de año. Alonso Vega era un austero oficial, viejo amigo de Franco en Marruecos, que ahora iniciaba una brillante carrera militar. A estas unidades se sumaron dos brigadas de voluntarios castellanos, a las órdenes del general Ferrer, que estaba impaciente por conquistar la encantadora ciudad de Santander, único puerto de Castilla. Otro grupo lo formaban españoles e italianos. Eran los «flechas negras», con unos 8000 hombres, al mando del coronel Piazzoni. En total, iban a participar unos 25 000 italianos en la batalla. El ejército del norte comprendía un total de 90 000. Antes de iniciar la campaña, Franco trasladó su cuartel general de Salamanca a Burgos, y con él, el general Bastico[1746]. Dávila tenía a su disposición unos 70 aviones de la Legión Cóndor, 80 aviones italianos y 70 aparatos españoles, junto con una flotilla de hidroaviones.

La defensa de Santander estuvo encomendada básicamente a los cuerpos 14.º y 15.º del ejército republicano. Los generales Llano de la Encomienda y Martínez Cabrera, desacreditados, fueron enviados a la zona central y el general Gamir actuaba de jefe supremo de los

republicanos, mientras los dos cuerpos de ejército estaban al mando de los coroneles Prada y García Vayas. Apoyaban a estas fuerzas 50 baterías, 33 cazas y bombarderos y 11 aviones de reconocimiento. El ejército republicano constaba de 80 000 hombres. Estas cifras, por sí solas, no dan una idea exacta de la desproporción de fuerzas. Descontando los 18 cazas rusos, los aparatos de Gamir eran lentos y antiguos. Las fuerzas aéreas que apoyaban la ofensiva nacionalista incluían los últimos modelos alemanes, que se empleaban para probar su eficacia. Lo mismo sucedía con la artillería. Las relaciones entre Santander y Asturias no eran mejores que las relaciones entre santanderinos y vascos cuando unos y otros combatieron juntos en Guipúzcoa, aunque los restos del ejército vasco estuvieron presentes en Santander. Se encontraban en malas condiciones físicas, y su moral bajó aún más al conocerse los primeros rumores fidedignos de que se intentaba negociar la rendición a los italianos, a cambio de salvar sus vidas[1747].



27. La campaña de Santander en agosto de 1937

La campaña se inició el 14 de agosto. Las líneas de batalla discurrían por la cordillera cantábrica, cuyas cumbres más elevadas estaban en manos de la República. El campo de batalla era de una áspera belleza. Los republicanos se sentían desbordados por los bombardeos aéreos. El primer día del ataque se rompió la línea del frente por el sur. Las brigadas navarras se lanzaron en tromba hacia las primeras colinas de la cordillera cantábrica. El día 16 de agosto fue conquistada Reinosa, con su fábrica de armamento. Gamir y sus asesores rusos discutieron sobre la conveniencia de relevar del mando al coronel García Vayas, jefe del 15.º Cuerpo de ejército, que estaba al mando de Santander desde el comienzo de la guerra y gozaba de popularidad en la ciudad, para reemplazarlo por el coronel Galán, uno más del famoso grupo de hermanos comunistas. Al final hubo compromiso pero el frente se rompió, cayendo muchos hombres prisioneros. A continuación, apoyados por el peso de su propia artillería, tanques y aviación, los «flechas negras» italianos abrieron el frente por la costa el día 18 de agosto. La División «23 de marzo», por el centro, conquistó el paso del Escudo, que era un punto crucial. Desde este momento el frente dejó de existir. El ejército de Santander emprendió veloz retirada. Los vascos combatieron en defensa de Santander con mayor energía que los santanderinos en Bilbao, pero aun así la resistencia se hizo imposible[1748]. En Santander, el puerto y las fábricas estaban cerrados para que los trabajadores pudieran dedicarse a levantar fortificaciones. Se repitieron las escenas conocidas ya en otras ciudades españolas: las calles de Santander se vieron invadidas por campesinos que huían del fragor de la batalla, próxima ya a sus casas, llevando consigo el ganado, los animales domésticos y algunos efectos personales. Muchos santanderinos (tal vez la mayoría) anhelaban la victoria de

Franco. Era una ciudad conservadora, que había prosperado al convertirse en lugar de vacaciones de la aristocracia española. El gobierno vasco, ahora en el exilio, volvió a ocuparse de la evacuación. Muchos vascos se negaron a seguir combatiendo e hicieron preparativos para la huida. El 22 de agosto se celebró una reunión entre los dirigentes militares y políticos. Los soldados sentían mayor pesimismo que los civiles, como solía suceder[1749]. El «presidente» vasco Aguirre, encabezó la reunión. En esta ocasión el general Goriev habló poco[1750]. Llegaron órdenes desde Valencia de que se efectuara la retirada hacia Asturias. Pero, al día siguiente, las fuerzas armadas vascas iniciaron la retirada por su cuenta en dirección a Santoña, unos 30 kilómetros al este de la capital. No tenían ganas de proseguir la lucha tan lejos de su patria. Tenían grandes esperanzas en que las negociaciones entabladas por el padre Onaindía con el gobierno italiano en Roma permitieran una rendición ordenada y por separado. Pero las conversaciones habían fracasado casi por completo, debido a las divergencias entre Aguirre y otros dirigentes vascos sobre el tema. Al anochecer, las órdenes del gobierno eran materialmente incumplibles, pues la carretera de Asturias se hallaba cortada. En la misma capital se originaron algaradas causadas por la sublevación de la «quinta columna». Millares de santanderinos buscaban barcas en las que poder huir con dirección a Francia o a Asturias, prefiriendo afrontar el revuelto golfo de Vizcaya en una barca que exponerse a ser capturados. Muchos murieron ahogados. Entre los que lograron huir estaban Gamir, Aguirre y Leizaola. El resto del ejército fue capturado; 60 000 hombres fueron hechos prisioneros. Ésta fue la mayor victoria de la guerra civil[1751]. Ramón Ruiz Rebollo, diputado por Santander, fue uno de los últimos en evacuar la capital.

Sobrevivió a aquellas jornadas y pudo dar la descripción horripilante de las 100 000 personas que, amontonadas en el puerto, esperaban la llegada de los rebeldes[1752].

Los oficiales vascos que se encontraban en Santoña acudieron a negociar la rendición vasca con el comandante en jefe de las fuerzas italianas, coronel Fariña, que estaba al mando de los «flechas negras», y en cuyas manos, estimaban los vascos, con razón, que estarían más seguros que en las de Franco. Se llegó a un acuerdo. Los vascos se rendirían, entregando sus armas a los italianos y se encargarían de mantener el orden en las zonas que todavía controlaban. Ya habían dejado en libertad a los 2500 hombres que tenían recluidos en el penal de Santoña. Los italianos se comprometieron a respetar la vida de todos los combatientes vascos. En aquel momento los vascos aceptaron la rendición sin ulteriores condiciones, aunque trataron inútilmente de conseguir mayores garantías básicas[1753]. Muchos vascos se negaron a rendirse, optando por huir de la mejor manera posible. El político nacionalista vasco Juan Ajuriaguerra (quien, al revés que Aguirre llevaba intentando negociar con Italia desde la primavera) intentó posteriormente llegar a un acuerdo con el general Roatta, acuerdo que fue desautorizado por el alto mando nacionalista[1754]. Entretanto, Dávila y su ejército entraban en Santander. Los italianos entraron en Santoña y el coronel Fagosi se hizo cargo de la administración civil. Los buques británicos *Bobie* y *Seven Seas Spray* se hallaban anclados en el puerto de Santoña, dispuestos a embarcar refugiados con destino a Francia. Pero no se recibieron instrucciones para efectuar los embarques. El 27 de agosto, el capitán del Bobie, un francés llamado Georges Dupuy, y el brasileño Costa e Silva, observador del comité de no intervención a bordo del *Seven Seas Spray*, obtuvieron permiso de los italianos para

embarcar a quienes estuvieran en posesión de pasaporte vasco. Comenzó la operación de embarque. Pero a las diez de la mañana, soldados italianos armados con metralletas rodearon el buque donde estaban los refugiados vascos. Cinco falangistas subieron a bordo y efectuaron un registro. Al amanecer del día siguiente, 28 de agosto, Dupuy vio a los que por unas breves horas habían sido sus pasajeros marchar prisioneros hacia el penal de Dueso. El coronel Fariña había sido desautorizado por su superior, el comandante Bartolomé Barba[1755]. Los buques de la esperanza zarparon, llevando ocultos a unos cuantos refugiados en la sala de máquinas. Los que se quedaron en tierra fueron tratados como simples prisioneros por los nacionalistas. Luego vinieron los juicios sumarísimos y las ejecuciones.

Mussolini, empero, envió un telegrama de felicitación a los jefes italianos. Su texto y los nombres de sus destinatarios fueron publicados por los periódicos italianos el 27 de agosto. Por primera vez el público italiano supo los nombres de sus jefes militares destacados en España: Roatta, Bergonzoli, Teruzzi y Bastico: los héroes de la nueva Italia. Ciano dio instrucciones a Bastico para que consiguiera las «armas y banderas capturadas a los vascos». Anotó en su diario: «Envidio a los franceses por los Inválidos y a los alemanes por su Museo Militar. Una bandera capturada al enemigo —agregó el compatriota de Leonardo— vale más que cualquier cuadro». Al día siguiente anotó: «Éste es el momento de aterrorizar al enemigo. He dado órdenes a la aviación de bombardear Valencia»[1756]. Pero los aliados españoles de Mussolini no sentían el mismo entusiasmo por la actuación de las tropas italianas: «Sólo un enemigo sin mandos y sin cohesión, y en número insuficiente para cubrir las fortificaciones construidas, podía capitular ante una

ofensiva tan magistralmente concebida [...] pero ejecutada con tanta incompetencia como la de los legionarios». Son palabras del coronel Urbano, en un informe especial que remitió al estado mayor central de los nacionalistas[1757].

Los alemanes destacados en España se hallaban divididos. Sperrle, comandante en jefe de la Legión Cóndor, y el embajador *von* Faupel, se aborrecían mutuamente. Sperrle incluso se negó a ir a ver a *von* Faupel cuando éste le llamó desde San Sebastián. Además el primero había criticado en público el monopolio ejercido por la HISMA, alentando de este modo a los españoles a expresar sus críticas al respecto. Franco llegó a solicitar, a través de Sperrle, el relevo de *von* Faupel, en parte debido a las intrigas de éste con la Falange y especialmente debido a su torpe arrogancia[1758].

Cuando Franco recibió la noticia de la conquista de Santander, se hallaba a la espera de otro ataque diversivo de los republicanos, esta vez en el frente de Aragón. La ofensiva la llevó a cabo el ejército catalán —que había sido reorganizado y españolizado llamándose ahora ejército del este— al mando del general Pozas. A las órdenes de éste se hallaban Kleber, al frente de la 45.ª División, el coronel Trueba (un autodidacta inteligente), al frente de la 27.ª División, y el 5.º Cuerpo de ejército del comandante comunista Modesto, que incluía las divisiones 11.ª, 46.ª y 35.ª, mandadas respectivamente por Líster, «el Campesino» y «Walter». Éstas habían sido trasladadas a Brunete. La división de «Walter» incluía a cuatro Brigadas Internacionales (aunque no a la 14.ª, debido a las diferencias surgidas entre éste y Dumont)[1759].

A estas tropas se enfrentaron el general Ponte, destinado a Zaragoza, el general Urrutia, con mando en Huesca y el general Muñoz Castellanos, que actuaba desde Teruel. La

línea del frente era discontinua, y sólo las alturas estratégicas se encontraban fortificadas. El frente de Aragón había sido tratado con descuido por los nacionalistas, que en aquel sector no habían construido fortificaciones importantes.

La ofensiva de Aragón tenía otro objetivo claramente distinto. Obedecía al deseo de los comunistas y el gobierno central de liquidar el Consejo de Aragón. En este punto, como en tantos otros, los comunistas y los «liberales» de la República, eran unánimes. Los socialistas moderados apoyaron sin reservas esta política. El 4 de agosto Prieto cursó sus órdenes, aunque cabe preguntarse si no esperaba matar dos pájaros de un tiro al enviar a los 11 000 hombres de la división de Líster para que hicieran el trabajo[1760]. Azaña se mostraba complacido; uno de los «consejeros de Aragón» había sido chófer suyo[1761].

El Consejo de Aragón, bajo la presidencia suprema de Joaquín Ascaso, había ofendido gravemente al gobierno catalán y al central. Ascaso, que era un anarquista huido de Zaragoza, era hombre dinámico, violento y falto de escrúpulos[1762]. Muchas de las colectividades habían resultado socialmente un éxito, pero su contribución a la guerra era ineficaz. Es difícil dar cifras completas de la gestión económica de la región por los anarquistas; pero la producción de carbón en las minas de Utrillas, por ejemplo, sólo alcanzó la décima parte de lo normal[1763].

A finales del mes de julio los comunistas iniciaron una de sus ominosas campañas de intimidación contra Ascaso en la prensa republicana. Los carabineros empezaron a confiscar camiones de alimentos que efectuaban servicio entre las distintas colectividades. Los comunistas, la UGT y los socialistas montaron una nueva organización, el Consejo de

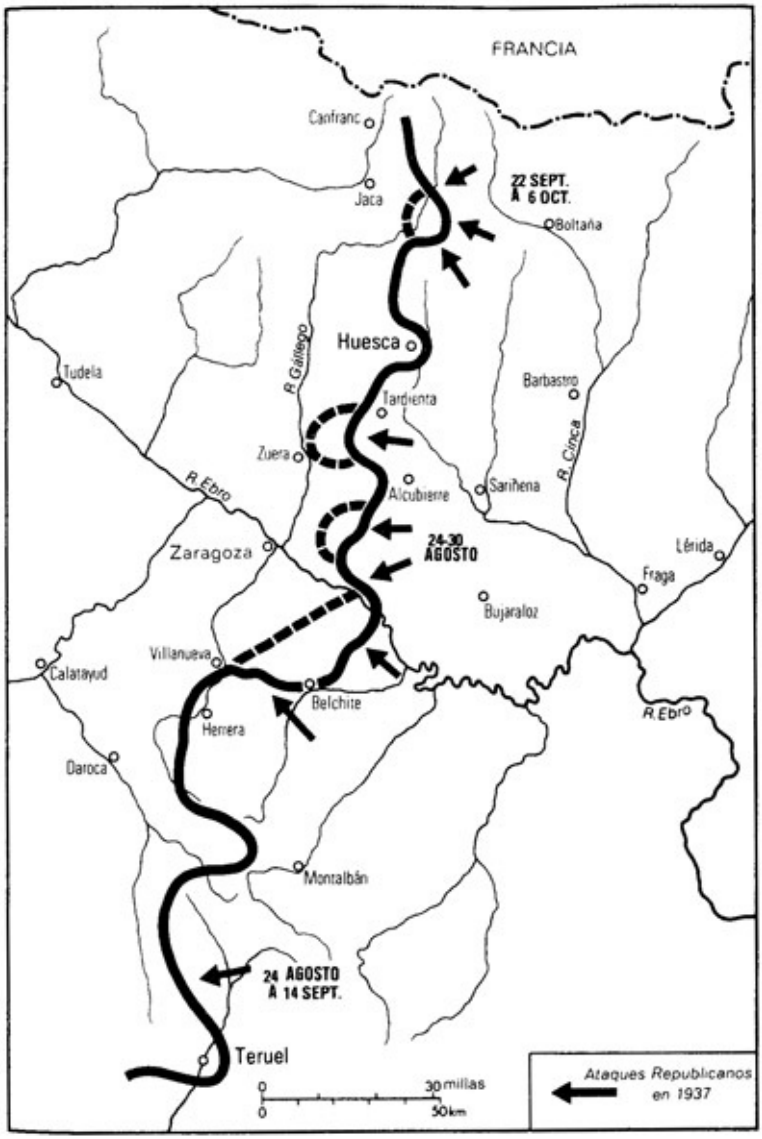
Aragón, en Barbastro, que pidió al gobierno que estableciera un nuevo «gobierno federal» de Aragón. El día 11 de agosto, al terminar la cosecha —que constituía un elemento importante de la situación— fue disuelto el Consejo de Aragón y José Ignacio Mantecón fue nombrado gobernador general de las tres provincias aragonesas. Exmiembro del Consejo de Aragón, Mantecón era republicano de izquierdas y estaba a punto de pasarse a las filas comunistas. Nada más publicarse el decreto, la 11.ª División de Líster fue enviada «de maniobras» a Aragón. Ascaso y los miembros anarquistas del Consejo de Aragón fueron detenidos (Ascaso fue acusado de contrabando de joyas). Otros seiscientos anarquistas fueron detenidos en Aragón. Los campesinos que habían logrado mantenerse al margen de las colectividades tomaron muchas de ellas por asalto «llevándose y repartiéndose todos los frutos y enseres que tenían»[1764]. Las oficinas del comité regional de la CNT fueron ocupadas y sus archivos y registros confiscados. Otras unidades militares comunistas ocuparon diversas colectividades del valle del Ebro y alto Aragón. Las tropas anarquistas destacadas en el frente, al recibir estas noticias de forma confusa y paulatina, pensaron volver sus armas contra los comunistas, pero se les disuadió de ello. Las divisiones anarquistas, con sus tanques de fabricación casera y sus variadas armas, se hallaban infinitamente peor equipadas que los hombres de Líster, con sus ametralladoras Degtyareva. La dirección general de la CNT puso el máximo empeño en evitar las ejecuciones, pero ello constituía ya un índice del declive de su poder. Por entonces los más enérgicos defensores de los principios de la CNT-FAI, como Abad de Santillán y Escorza, iban siendo paulatinamente apartados de los debates de ambos movimientos. Mariano Vázquez, secretario general de la CNT, se había convertido

prácticamente en un negrinista más, y lo mismo sucedía con aquellos anarquistas que ocupaban posiciones en el gobierno. Algunos periódicos anarquistas denunciaban en la medida de sus posibilidades las acciones de los comunistas, pero sin especificarlas. Se limitaban a adherirse al ambiente generalizado de crítica a la actuación de los rusos y publicaban artículos en los que explicaban los beneficios económicos y sociales de las colectividades[1765]. Posteriormente, y a fin de salvar la siguiente cosecha, se restauraron algunas colectividades aragonesas, pero aproximadamente la tercera parte de ellas habían sido destruidas y las que fueron resucitadas no eran sino una pálida sombra de otros tiempos, mientras muchos anarquistas permanecieron internados en prisiones o campos de concentración hasta el final de la guerra.

La ofensiva de Aragón se concibió en parte para contrarrestar la mala impresión causada por estos acontecimientos, en parte para asegurar que las divisiones anarquistas no se moviesen de la línea del frente y en parte también para justificar que se reforzara aquel sector con unidades militares del ejército republicano no anarquistas. El primer objetivo seguía siendo el de rechazar por el norte la presión bélica nacionalista.

El 24 de agosto comenzó el ataque republicano en ocho puntos sin preparación aérea ni artillería. Al norte de Zaragoza se efectuaron tres ataques, dos entre Belchite y Zaragoza y tres al sur. La República contaba con 80 000 hombres, cien tanques y acaso 200 aviones. Las localidades de Quinto y Codo, al norte de Belchite, fueron las primeras en caer. Las tropas cruzaron el Ebro cerca de Fuentes del Ebro y Mediana cayó el 26 de agosto[1766]. Con todo, la tenacidad de las guarniciones nacionalistas, pese a contar con poca cobertura aérea sorprendió a los atacantes, que

disponían de las mejores tropas del ejército republicano y también de muchos destacados dirigentes militares extranjeros y rusos, estos últimos al mando del general Stern (Grigorovitch) y del nuevo jefe de la aviación rusa, general «Montenegro»[1767]. Belchite fue la que resistió el ataque durante más tiempo[1768]. Cuando los republicanos lograron entrar en Codo, que había sido defendida por unos 300 carlistas contra 2000 soldados de la República, se encontraron con el siguiente lema, escasamente halagüeño para ellos, grabado en las paredes del pueblo: «Cada rojo que matéis, un año menos de purgatorio»[1769].



28. La ofensiva de Aragón durante los meses de agosto-octubre de 1937

El pequeño y bien fortificado pueblo de Belchite (cuya población en 1935 era de 3812 habitantes) tenía una extraordinaria fascinación a los ojos de los republicanos, cuyas tropas habían mantenido un cerco de varios meses en torno a ella. El asedio fue implacable y la defensa, enérgica.

A los sitiados se les cortó el suministro de agua. No les habría servido de mucho consuelo saber que, según los manuales militares, estaban haciendo una demostración de «el uso de una isla de resistencia, organizada para la defensa en todo su perímetro». Hacía un calor aplastante. El alcalde nacionalista, Ramón Alfonso Trallero, murió con el fusil en las manos, defendiendo la ciudad. Pero el mando nacionalista no repitió el error cometido en Brunete y no abandonó la ofensiva en el norte por salvar un pequeño pueblo del centro. Al final llegó un apoyo aéreo sustancial para las líneas nacionalistas; pero al principio sólo se contaba con quince aviones (Heinkel). Pronto aparecerían en los cielos de Aragón 40 cazas nacionalistas, 20 bombarderos y 20 aviones de abastecimiento. Los bombarderos eran Savoia 79 y los cazas Fiat e iban dirigidos por García Morato, el as de la aviación. Las divisiones nacionalistas 13.ª y 15.ª de Barrón y Sáenz de Buruaga fueron trasladadas finalmente desde el frente de Madrid para luchar contra las mismas unidades —mandadas por Líster, «Walter» y «el Campesino»— que ya se les habían enfrentado en Castilla. Barrón dirigía el ataque al norte de Zaragoza. Sáenz de Buruaga trató de liberar Belchite, que ahora se encontraba a 16 kilómetros detrás de las líneas republicanas. Pero Belchite se rindió el día 6 de septiembre. La República volvía a estar a la defensiva. Tras una temeraria incursión de Líster contra Fuentes de Ebro, empleando los nuevos tanques rusos B-7 en formación cerrada, la campaña se estabilizó[1770].

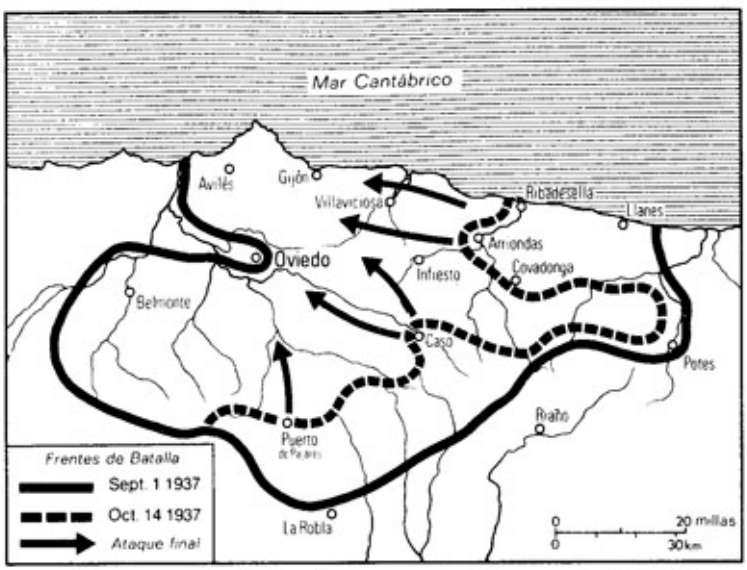
El fracaso de la ofensiva suscitó una irritada controversia entre Prieto y el general Pozas: «Tantas fuerzas para tomar 4 o 5 pueblos no le satisfacen al ministerio de Defensa ni a nadie», telegrafió aquél, que seguía atribuyendo el fracaso a los «manejos políticos» y a «la cantidad enorme de oficiales rusos que pululan en Aragón, tratando a los militares

españoles como si fueran elementos colonizados»[1771]. Pero la verdad era que Belchite y las restantes aldeas habían sido defendidas por los carlistas y falangistas con gran arrojo y la moral de los republicanos en el frente se había visto gravemente afectada por los trastornos políticos que precedieron a la batalla.

El día 1 de septiembre el ejército nacionalista del norte inició otra campaña, con Dávila en el puesto de jefe supremo y Aranda y Solchaga como comandantes de campo. Su objetivo era Asturias. Fue la primera ocasión en que Aranda pudo mostrar sus grandes dotes de mando en el campo de batalla, y no en ciudades sitiadas. Los italianos fueron retirados, excepto los seis coroneles que habían logrado grandes éxitos en Santander, que se pusieron al frente de las viejas brigadas navarras. Martínez Campos seguía al frente de la artillería. Cubrían la ofensiva 250 aviones y más de 250 cañones. Frente a ellos estaban los restos del antiguo 14.º Cuerpo de ejército republicano a las órdenes del coronel Francisco Galán, que sólo disponía de unos ocho o diez mil hombres, 250 ametralladoras y 30 cañones; y el 17.º Cuerpo de ejército, a las órdenes del coronel Linares, con 35 000 hombres, 600 ametralladoras y 150 cañones[1772]. También había veintiséis oficiales rusos a las órdenes de Goriev[1773].

Antes de comenzar la batalla se produjo un hecho que en otras circunstancias habría constituido una novedad extraordinaria pero que en 1937 era tan sólo una confirmación de lo evidente. El 28 de agosto, el consejo de Asturias, que se hallaba instalado en el puerto de Gijón, declaró a Asturias territorio independiente, destituyendo al jefe supremo del ejército del norte, general Gamir. El mando pasó al coronel Adolfo Prada, oficial del ejército regular que había encabezado una columna en el frente de Madrid y que a la sazón casi se había pasado a los comunistas. Había

puesto todo su empeño en reorganizar su ejército, compuesto de diez divisiones. Su jefe de estado mayor era el competente comandante Ciutat, comunista de la nueva ola, que había servido al general Llano de la Encomienda en las mismas funciones. El poder político se concentró en manos de Belarmino Tomás, dirigente de los mineros socialistas, hombre vanidoso, ambicioso y extravagante. La política practicada por la «República de Asturias» era la más adecuada para «fabricar fascistas». El mismo coronel Prada informó posteriormente que «encarcelaban a niños de ocho años porque sus padres eran fascistas, y a muchachas de 16 o 18 años, sobre todo si eran guapas»[1774].



29. La campaña de Asturias entre septiembre y octubre de 1937

Al principio, el avance nacionalista fue lento. Las montañas leonesas constituían unas defensas magníficas para el viejo corazón de la España revolucionaria. El vértigo era un arma de guerra en manos de la República. Oviedo ya estaba en manos de los nacionalistas pero se encontraba casi totalmente rodeada y las localidades mineras de los

alrededores estaban aún en manos de los revolucionarios. La ausencia de la Legión Cóndor, que se hallaba en el frente de Aragón, impidió la rápida victoria de la máquina contra la naturaleza, que había sido la nota característica de la batalla de Santander[1775]. Sea como fuere, el 14 de octubre, tras seis semanas de combates, seguían en manos de los republicanos algunos de los picos más elevados de las montañas leonesas, a pesar de la baja moral del ejército republicano, cuyos miembros sabían que tan improbable era alcanzar la victoria como conseguir la huida. Según el mismo Prada, la provincia era de tendencia derechista, exceptuados los pueblos mineros, y el 85% de los soldados eran reclutas. Los más prácticos confiaban en que se precipitara el invierno y se detuviera el avance de los nacionalistas. Pero el frío afectaba más a los soldados republicanos. La huida se hacía difícil, pues los nacionalistas tenían el dominio de los mares. Para muchos la única esperanza radicaba en las montañas. La moral bajó aún más al conocerse la huida de varios hombres notables (como el alcalde de Gijón) a bordo de barcos extranjeros. El coronel Prada tuvo que ordenar la ejecución de tres jefes de brigada y seis jefes de batallón, junto con otros doce oficiales, a fin de mantener la disciplina[1776].

En el curso de una semana, Asturias fue perdida y recuperada sucesivamente. La Legión Cóndor regresó de Aragón. El 15 de octubre, Aranda y Solchaga confluyeron en el pueblo de Infiesto, en las montañas. Cundió el pánico entre los asturianos. El Consejo de Asturias se reunió en sesión de urgencia. Se propuso que, a cambio de que permitieran embarcar al ejército, los asturianos se comprometieran a no destruir la industria de la ciudad. Pero no existía una flota capaz de llevar a la práctica este plan. Desde este momento, y en contraste con los primeros días de la campaña, la resistencia se debilitó. El avance de los

nacionalistas prosiguió con la mayor rapidez posible. Los alemanes de la Legión Cóndor probaron su idea de «bombardeo masivo». Galland y sus hombres, en formación cerrada y a muy baja altura, sobrevolaron los valles, sorprendiendo al enemigo por la retaguardia. En aquel momento todos los aviones empezaron a bombardear simultáneamente las trincheras de los asturianos[1777]. La réplica de la aviación republicana fue insignificante. La gran mayoría de pilotos rusos o de los pilotos españoles más diestros habían desaparecido.

En la siguiente y última reunión del consejo, se informó de que las últimas órdenes de Negrín eran de resistir hasta el final. Los comunistas Juan Ambou y Avelino Roces estaban dispuestos a cumplirlas pero, en la sesión del Consejo de Asturias del 17 de octubre, los jefes militares se mostraron tan pesimistas que la única solución parecía ser la huida por todos los medios posibles[1778]; todos los que pudieron emprendieron la huida —incluyendo a Belarmino Tomás, que se fue en una embarcación inglesa, Segundo Blanco, el anarquista local más destacado, el comandante en jefe, coronel Prada y otros—. Los asesores rusos huyeron a bordo de los pocos aeroplanos que quedaban disponibles. El coronel Galán huyó en una barca de pesca. Los ejércitos se desintegraron. Muchos resultaron muertos en alta mar. El 20 de octubre, cuando Aranda se encontraba todavía a 40 kilómetros de Gijón, entró en acción la «quinta columna». Un grupo de quintacolumnistas exigió la rendición incondicional. Otro se apoderó por la fuerza de determinados edificios públicos. Se rindieron veintidós batallones republicanos. El director de la fábrica de armas de Trubia, coronel José Franco, entregó la ciudad al mando nacionalista, y después de garantizar la seguridad personal de doscientos prisioneros políticos, se entregó;

posteriormente fue condenado a muerte y ejecutado[1779]. En el último minuto, Prieto dio órdenes de zarpar al destructor *Ciscar*, que era el último barco republicano anclado en el puerto de Gijón. El jefe de la misión rusa protestó, pero no se llegó a un acuerdo. Al día siguiente, Prieto se enteró con sorpresa de que el *Ciscar* había sido hundido: el general Goriev y el coronel Prada le habían instado a que diera contraorden[1780]. El 21 de octubre, las fuerzas de Aranda y Solchaga entraron en Gijón. Se inició una feroz persecución. Aunque el frente del norte había desaparecido, varios millares de hombres permanecieron en las montañas leonesas hasta el mes de marzo, frenando así otras posibles ofensivas de los ejércitos nacionalistas. Entre los que quedaron en las montañas cántabras estaba, según se dijo, el coronel Goriev, que fue rescatado por un avión ruso a finales del año[1781].

La guerra en el norte mostró la notable superioridad del armamento aéreo y artillero nacionalista. Pero ni en la campaña del País Vasco, ni en la de Santander, ni en la de Asturias puede explicarse la victoria de los nacionalistas por superioridad técnica. La existencia de casi tres Estados independientes en el bando republicano, cada uno de los cuales sustentaba distintas teorías de gobierno, debilitó a este bando fatalmente. El general Llano de la Encomienda nunca logró crear un mando unificado, ni tampoco su sucesor Gamir Ulíbarri. También se daba el derrotismo en el bando republicano, más que la traición abierta (como puede deducirse de la pobre información obtenida por los nacionalistas en torno a los movimientos del bando enemigo). El apoyo aéreo de los republicanos fue muy débil al principio en el País Vasco, pero en el mes de junio pudo disponerse de gran número de aviones: por desgracia eran aparatos ya muy usados, por lo que resultaba infructuoso el

valor de muchos jóvenes pilotos españoles instruidos en la parte de Rusia que actualmente es Armenia[1782].

Tras la larga campaña iniciada en el mes de marzo, los nacionalistas poseían las minas de carbón asturianas y las industrias de Bilbao y, lo que es más importante, las industrias de armas. Al término de la campaña, los nacionalistas habían conquistado 18 500 kilómetros cuadrados de territorio. Contaban con un millón y medio más de habitantes —incluidos muchos prisioneros de guerra, que fueron enviados a trabajar en campos de concentración—; controlaban el 36% de la producción nacional, el 60% de la producción nacional de carbón y poseían casi todo el acero de España. La victoria también permitió que la flota nacionalista se concentrara en el Mediterráneo. Finalmente, 65 000 hombres del ejército del norte quedaron disponibles, junto con sus armamentos, para incorporarse al frente del sur.

Desde mayo de 1937, el ejército republicano del norte perdió 33 000 hombres, más otros 100 000 que cayeron prisioneros y otros 100 000 heridos. Las pérdidas nacionalistas incluían 10 000 muertos y un total de 100 000 bajas.

41

Nuevas y sorprendentes vicisitudes en el comité de no intervención. — El incidente del «Leipzig». — Presión económica alemana sobre Franco. — La campaña de los submarinos italianos. — Nyon. — Nueva intervención de la Sociedad de Naciones. — Actuación del comité durante el otoño. — El plan británico para los voluntarios.

A lo largo del año 1937 la guerra civil española constituyó la mayor crisis internacional, que, si bien era irritante para las democracias, daba una oportunidad a los dictadores. Con todo, durante el verano y el otoño, el aspecto diplomático del conflicto se desarrolló de forma especialmente tortuosa. Gran Bretaña continuó desempeñando su papel crítico habitual durante estos meses, buscando por encima de todo llegar a un acuerdo con Alemania. Su política exterior española estuvo subordinada en todo momento a este objetivo vano pero comprensible. Y esta política se llevó con mayor firmeza a partir de mayo de 1937, cuando Stanley Baldwin sucedió a Neville Chamberlain en el cargo de primer ministro.

Después del bombardeo de Almería, Edén y Delbos, ministros británico y francés de Asuntos Exteriores, procuraron que Alemania se reincorporara a la patrulla naval. A los bandos contendientes se les rogó que se

abstuvieran de atacar buques de guerra extranjeros y que designaran unas zonas de seguridad en las que pudieran repostar los buques de patrulla. Pero la República rechazó de plano el sistema de control porque se la colocaba al mismo nivel que a los nacionalistas, y pidió libertad para efectuar «actos legítimos de guerra», como por ejemplo ataques aéreos contra Palma, sin que se repitieran incidentes como los de Almería. Rusia, que temía se formara una coalición internacional contra ella, declaró que el comité de no intervención debía disponer de plenos poderes en el asunto de las patrullas. Ciano, que temía un acercamiento entre Alemania e Inglaterra, expresó su protesta ante Berlín (como hizo también *von* Ribbentrop en Londres), cuando se enteró, en el último minuto, de la proyectada visita a Gran Bretaña de Neurath, ministro alemán de Asuntos Exteriores[1783]. Entretanto Mussolini se jactaba ante Hassell, el día 12 de agosto, diciendo que Inglaterra todavía le subestimaba. En una guerra entre Inglaterra e Italia, el leopardo (Italia) acaso terminara derrotado, pero el león (Inglaterra) saldría del conflicto gravemente herido.

En el momento en que los alemanes, junto con los italianos, decidían volver a la no intervención, el capitán del crucero de patrulla alemán *Leipzig* declaró que el día 15 de junio había recibido tres disparos de torpedo frente a la costa de Orán. No se registraron heridos. El 18 de junio, dicho capitán anunció que otro torpedo había alcanzado el costado del buque o que el crucero había entrado en contacto con parte del submarino. La noticia llegó a oídos de Hitler en un mal momento para éste. Acababa de regresar del funeral por los marinos del *Deutschland*. En primer lugar, ordenó que Neurath cancelara su proyectada visita a Londres, y, en segundo lugar, exigió una manifestación de protesta por parte de las flotas de las potencias que

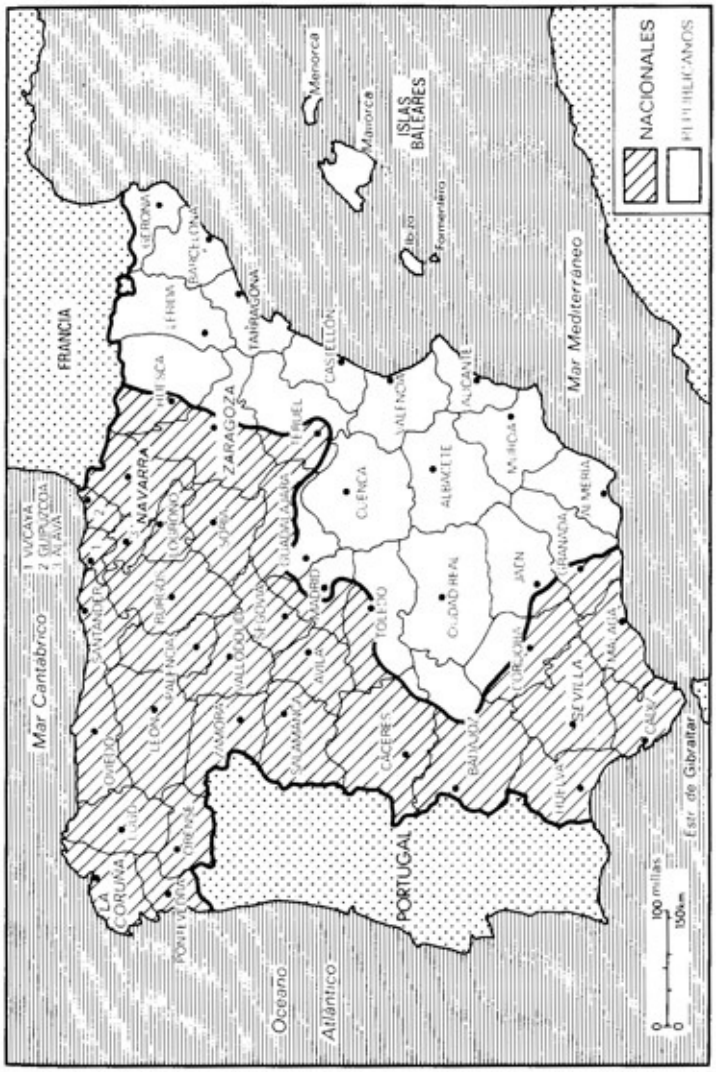
formaban la patrulla naval[1784]. La República negó tener cualquier responsabilidad por el ataque. Prieto ofreció a Edén facilidades para montar una investigación en torno al incidente. Y Edén, que había dado fe a la versión alemana sobre el caso del *Deutschland*, aceptó las explicaciones y la negativa de Prieto. Alemania e Italia se negaron a admitir la investigación. Edén, según informó Azcárate a Valencia, «no podía ocultar su vergüenza y asco por la conducta de Alemania»[1785]. Con todo, nada podría lograr que el comité de no intervención accediera a ello. Alemania e Italia se retiraron de la patrulla naval, aunque no del comité[1786]. De hecho, parece improbable que el *Leipzig* fuera atacado.

Negrín y Giral, ministro de Asuntos Exteriores de aquél, fueron a París. Blum había sido derrotado y le sucedió en el cargo de jefe de gobierno el radical-socialista Chautemps. Pero Blum era vicepresidente del gobierno y Delbos seguía ocupando el ministerio de Asuntos Exteriores. Ambas personalidades españolas trataron de convencer al gobierno francés de que pusiera fin a la no intervención. La ayuda rusa a los republicanos se había reducido mucho, según ellos, debido al bloqueo del Mediterráneo por los nacionalistas en primer lugar, por el cierre de la frontera francesa en segundo lugar, y finalmente, desde comienzos de julio, a causa de la guerra entre la China y Japón, en la que Stalin decidió intervenir en favor de la primera. En la mente de Negrín actuaba evidentemente la idea de que, al comprar armas a las democracias, tendría las manos libres respecto a Rusia y los comunistas. Lo que no quedaba claro era el precio que estaba dispuesto a pagar por ello.

La posición republicana había empeorado cuando Portugal rechazó cualquier control en tanto no se restableciera la patrulla naval. Gran Bretaña y Francia, una vez Alemania e Italia se retiraron de la patrulla naval, se

ofrecieron a realizar el trabajo por sí solas, llevando observadores neutrales a bordo de sus buques. Grandi y Ribbentrop alegaron que aquélla no era una solución imparcial. Propusieron que se garantizasen los derechos de beligerancia a ambos bandos, incluyendo el derecho a efectuar persecuciones en alta mar, lo cual sería un sucedáneo de la patrulla naval[1787]. Pero estas medidas favorecían a los nacionalistas. Aunque no pareciera muy favorable a los franceses, Chautemps y Delbos empezaban a acariciar la idea de seguir el ejemplo de Portugal y abolir todos los controles fronterizos. A Negrín y Giral el proyecto les pareció una alternativa a la no intervención. Pero la confianza que tenían los franceses en los ingleses lo hizo abortar. El gobierno francés comprendió que cualquier desavenencia con Inglaterra sólo podía favorecer a Italia. Léon Blum desempeñaba el papel trágico del drama: «*Je n'en vis plus*», confesaría a sus amigos de la Segunda Internacional, como Nenni y Brouckére[1788].

Entretanto los nacionalistas enviaron una nota a todas las potencias extranjeras advirtiendo a aquellos países (como Inglaterra y Francia) que se negaban a conceder los derechos de beligerancia, que «no debían sorprenderse» de que España quedara cerrada a ellos en lo sucesivo en materia económica[1789].



30. División de España en octubre de 1937

Los gobiernos británico y francés luchaban tenazmente por levantar el complicado edificio de la no intervención. La junta de no intervención calculó que cuarenta y dos buques habían burlado la vigilancia de las patrullas desde el mes de abril, mes en que comenzó su actuación, hasta finales de julio. Tampoco las rutas aéreas se hallaban controladas. La junta de control no podía impedir que se despacharan suministros militares con pabellón español o de países no

europeos. Siguió llegando a España material alemán, italiano y ruso, pero los buques alemanes llevaban bandera panameña. Este hecho pasó inadvertido al comité de no intervención.

La deuda contraída por los nacionalistas con Alemania sumaba 150 millones de marcos. ¿Cuál era el objeto de aquella ayuda? Simplificando un tanto la cuestión, Hitler manifestó en Würzburg el 27 de junio que apoyaba a Franco para tomar posesión del mineral de hierro español.

En 1937 Alemania tenía que importar de España 1.620 000 toneladas de hierro, 956 000 toneladas de piritas y 2000 toneladas de otros minerales. Durante el mes de julio los alemanes, con motivo de la crisis de Brunete, arrancaron a los nacionalistas algunas concesiones económicas[1790]. En un documento firmado por Jordana y *von* Faupel el 12 de junio, los españoles prometieron firmar con Alemania su primer acuerdo comercial general, informar a los alemanes de los tratos económicos que establecieran con terceros países y dar a Alemania el trato de nación más favorecida[1791]. Como suplemento, ambos países firmaron una declaración, el 15 de julio, prometiendo ayudarse mutuamente en cuestiones de intercambio de materias primas, alimentos y productos manufacturados[1792]. El día 16, España acordó pagar en marcos las deudas por material de guerra, con un 4% anual de interés. Las materias primas serían enviadas a Alemania en garantía del pago. Alemania participaría en la reconstrucción y el desarrollo de España[1793]. Las compañías monopolistas HISMA-ROWAK, dirigidas aún por Johannes Bernhardt, seguirían dominando las relaciones hispano-germanas. Al ministerio de Asuntos Exteriores alemán no le gustaba ese estado de cosas, aunque era evidente el prestigio de que gozaba Bernhardt en los círculos del partido nazi y no podían contrariar su autoridad.

Estas buenas relaciones contrastaban con las existentes entre los nacionalistas y los italianos. Los jefes italianos todavía querían usar sus tropas en una acción decisiva que constituyera para ellos «un gran triunfo». Danzi, dirigente fascista en España, disponía de 240 000 pesetas mensuales para financiar la propaganda de los legionarios. Pero, según *von* Faupel, todos sabían que la batalla de Bilbao la decidieron los aviones y las baterías antiaéreas alemanes y no las fuerzas de tierra italianas. El mismo Franco había descrito recientemente la historia de las tropas italianas en España como una «tragedia»[1794].

Una vez en Londres, pareció completo el punto muerto a que había llegado el comité de no intervención. El día 9 de julio el embajador holandés propuso que Gran Bretaña conciliara los puntos de vista opuestos[1795]. Tras consultar con su gabinete, *lord* Plymouth aceptó la misión. El día 14 de julio envió al comité un «proyecto de compromiso para el control de la no intervención». En lugar de las patrullas navales se instalarían observadores en los puertos españoles. También los barcos llevarían observadores a bordo. En tierra se restablecería el sistema de controles. Los derechos de los beligerantes en el mar serían garantizados cuando se hubieran logrado «progresos sustanciales» en la retirada de voluntarios. Alemania aceptó el proyecto «como base de discusión»[1796]. Delbos se irritó. Ahora Gran Bretaña, al decir de él, se encontraba ya a medio camino entre Francia e Italia, en vez de cooperar con Francia[1797]. Azaña, desde su cumbre solitaria, denunció el proyecto, alegando que favorecía a la causa de Franco. Los derechos de beligerancia sólo favorecerían a los nacionalistas, al decir de éste, y una retirada parcial de voluntarios permitiría que Franco prescindiera de los ineficaces italianos; mientras la República perdería la inestimable colaboración de muchos

miembros de las Brigadas Internacionales. Pero el conde Grandi hizo fracasar cualquier discusión seria del proyecto británico. Pidió que éste se debatiera punto por punto. Así pues, los derechos de beligerancia, que en el borrador ocupaban los primeros lugares, serían estudiados con prioridad al tema de los voluntarios. Maisky quería que se discutiera el tema de los voluntarios en primer lugar. El día 26 el gobierno británico solicitó por escrito la opinión de otros gobiernos. Desde París, Léger se lamentaba de que los británicos «estuviesen dispuestos a aceptar cualquier cosa antes que sufrir un fracaso»[1798].

Edén, que todavía era ministro de Asuntos Exteriores bajo Chamberlain, de momento saludó con agrado el interés que mostraba el nuevo primer ministro en las cuestiones exteriores, pues Baldwin había llegado a aburrirlas. Edén creía también que Chamberlain estaba de acuerdo con él antes de acceder al cargo. Pero el gobierno inglés, bajo la batuta de Chamberlain, trataría de apaciguar a Hitler y Mussolini con mayor empeño aún que el gabinete de Baldwin. El cambio de orientación se hizo patente en la carta privada enviada por Chamberlain a Mussolini el 29 de julio en la que le proponía celebrar «conversaciones», carta que venía a representar una rama de olivo[1799]. Mussolini se impacientaba por lograr el reconocimiento británico de la conquista de Abisinia. Para Chamberlain, España era una nueva complicación que debía olvidarse en la medida de lo posible. Y ahora empezaba a ser posible. El propio Edén confesó a Delbos que esperaba que Franco ganase la guerra, pues calculaba que podría llegar a un acuerdo con Alemania e Italia para que estos países retirasen sus tropas[1800]. El día 6 de agosto, Maisky preguntó a quemarropa al subcomité de no intervención si Alemania e Italia accederían a una retirada total de voluntarios por ambos bandos. Recibió una

respuesta vaga[1801]. Durante el resto del mes de agosto el comité de no intervención se reunió una sola vez. Fue el día 27, cuando se llegó a la conclusión de que la patrulla naval no justificaba el enorme gasto que suponía y que, por lo tanto, debía ponerse en práctica el plan británico de enviar observadores a los puertos[1802].

Pero se produjeron nuevos motivos de alarma. La llegada de materiales destinados a la República procedentes de Marsella o de Rusia, o a través del estrecho de Gibraltar, era constante. Los agentes nacionalistas destacados en Bucarest, Argel y Gibraltar, o en Berlín y Roma (estos últimos en colaboración con Alemania e Italia), estaban gravemente preocupados[1803]. Al extenderse los rumores de que Rusia estaba incrementando su ayuda a la República, Franco mandó a Roma a su hermano Nicolás para que solicitara que la flota italiana atacase a los buques rusos, españoles del bando republicano, o de otras nacionalidades, en el área del Mediterráneo[1804]. Mussolini accedió a la petición. No emplearía buques de superficie sino submarinos con la bandera española que «sólo saldrían a la superficie»[1805]. (Por entonces Mussolini disponía de la mayor flota submarina del mundo: 83 submarinos frente a Francia, con 76, y Gran Bretaña, con 57)[1806]. En consecuencia, los buques rusos, británicos, franceses, de otros países neutrales o españoles, no tardaron en verse atacados en el Mediterráneo por submarinos italianos o por la aviación italiana con base en Mallorca.

Un buque mercante británico, otro francés y otro italiano fueron bombardeados cerca de Argel el día 6 de agosto. El 7 de agosto fue bombardeado un buque griego. Los días 11, 13 y 15 fueron torpedeados buques republicanos. El buque cisterna *Caporal* fue atacado el 10 de agosto. El día 11, el buque cisterna republicano *Campeador* fue hundido en las

inmediaciones de Malta por dos destructores italianos; en varías ocasiones se emplearon buques de superficie. El día 12 fue hundido un carguero danés: Vansittart protestó ante el encargado de negocios italiano, Guido Crolla, declarando «tener pruebas de que aquellos aeroplanos tenían su base en Palma»[1807]. Un buque mercante español, el *Ciudad de Cádiz* fue alcanzado cuando salía del estrecho de Los Dardanelos el día 14 de agosto y el *Armuro*, otro buque mercante, fue hundido el 19. El día 26, un barco británico fue bombardeado frente a la costa de Barcelona. El 29 un vapor español fue atacado por un submarino frente a la costa francesa. Un vapor francés de pasajeros informó que le perseguía un submarino cerca de Los Dardanelos. El día 30, el mercante ruso *Tuntyaev* fue hundido en Argel cuando se dirigía a Port Said. El día 31 de agosto, un submarino atacó al destructor británico *Havock*. El 1 de septiembre el vapor ruso *Blagaev* fue torpedeado por un submarino frente a la costa de Skyros. El 2 de septiembre, el buque cisterna británico *Woodford* lo fue en las inmediaciones de Valencia. «Tres torpedos y una sola captura —anotó Ciano en su diario aquel día—. Pero la opinión internacional está muy soliviantada, especialmente en Inglaterra, a consecuencia del ataque contra el *Havock*: Ha sido el *Iride*», reconoció el ministro italiano de Asuntos Exteriores, aunque sólo en su diario[1808].

Los nacionalistas, que al comienzo de la guerra carecían de submarinos, contaban ahora con un par de ellos, comprados a Italia. El mando nacionalista había recibido además otros tantos buques italianos, entre ellos algunos submarinos legionarios; otros submarinos italianos actuaban por su cuenta, siguiendo órdenes de su gobierno. El *Tuntyaev* fue hundido por un submarino «legionario». El *Iride* estaba bajo las órdenes del mando italiano[1809]. (Italia también había vendido a los nacionalistas seis destructores

viejos y un crucero ya usado, el *Taranto*)[1810]. El gobierno británico seguía siendo reacio a tomar iniciativas, considerando que el envío de buques británicos de patrulla al Mediterráneo aumentaría el riesgo de ataques italianos[1811]. Muchos mercantes británicos —y el gobierno inglés no lo ignoraba— transportaban clandestinamente armas y alimentos con destino a España, por regla general, con miras más lucrativas que idealistas. Una cosa era la libertad de navegación en los mares; y otra la libertad de Jack Billmeyer, el naviero millonario de Newcastle, para amasar una fortuna. Pero las importaciones inglesas de mineral de hierro español constituían todavía un factor considerable y no podía prescindirse de ellas.

Edén convenció al gabinete inglés de que se enviaran más destructores al Mediterráneo. También Chamberlain aceptó la propuesta de Delbos de celebrar una conferencia entre las «potencias interesadas». El día 6 de septiembre todos los estados ribereños del Mediterráneo, excepto España, junto con Alemania y Rusia, recibieron invitación de Gran Bretaña y Francia para asistir a una conferencia el día 10 del mismo mes. Ésta se celebraría en Nyon, no lejos de Ginebra, y el lugar se escogió a fin de no irritar a Italia, que asociaba a la ciudad de Calvino con la Sociedad de Naciones y la condena de la expedición italiana a Abisinia. «Toda la orquesta está ya reunida —anotó Ciano—. El tema es conocido: la piratería en el Mediterráneo. También se conoce a los culpables: los fascistas. El Duce está muy tranquilo». García Conde, embajador de los nacionalistas españoles en Roma, entregó a Ciano un mensaje en el que manifestaba la importancia decisiva de que el bloqueo se prolongara durante el mes de septiembre. «Eso es cierto», reconoció Ciano, quien sin embargo, ordenó al almirante Cavagnari que suspendiera el bloqueo hasta nueva orden[1812].

El encargado de negocios ruso en Roma, Helfand, acusó a los submarinos italianos del hundimiento de los mercantes *Tuntyaev* y *Blagaev*. Dijo tener pruebas irrefutables de la culpabilidad de los italianos. «Supongo que a través de algún telegrama interceptado», escribió Ciano con ligereza, pensando sin duda en las ocasiones en que él mismo había recurrido a aquella fuente de información[1813]. Ciano negó toda responsabilidad en el caso, al tiempo que discutía a Rusia el derecho a formular semejante juicio. Italia y Alemania propusieron simultáneamente que el asunto se tratara en el comité de no intervención, y no en una conferencia especial. Pero Edén y Delbos presionaron para imponer sus acuerdos. Churchill y Delbos, desde el sur de Francia, escribieron a Edén manifestándole que «ahora es el momento de hacer cumplir a Italia sus obligaciones internacionales»[1814].

La conferencia continuó con la ausencia de Italia y Alemania. El resultado final fue positivo. En primer lugar Edén y Delbos propusieron que patrullaran por el Mediterráneo buques de guerra de todos los estados ribereños y que se asignara a Rusia e Italia la vigilancia del Mediterráneo oriental. Pero los países pequeños no disponían de suficiente flota para enviar barcos a patrullar y no querían arriesgarse a entrar en guerra. Se decidió entonces que las flotas francesa y británica patrullaran la zona del Mediterráneo situada al oeste de Malta y que abrieran fuego contra cualquier submarino sospechoso. Esta decisión fue adoptada los primeros días de conferencia. El acuerdo se firmó el día 14[1815]. Mussolini estaba furioso y Litvinov mostró su complacencia por haberse alcanzado un acuerdo «con tantas garantías».

Churchill escribió a Edén para decirle que el acuerdo alcanzado abría la posibilidad de la cooperación franco-

británica. Se proyectaron nuevos compromisos que discutirían expertos navales para resolver la cuestión de los ataques aéreos. Ciano mandó una nota en la que pedía «paridad de obligaciones» entre Italia y los demás estados asistentes a la conferencia de Nyon. Las malas lenguas del café Bavaria de Ginebra decían que un «estadista desconocido» —Mussolini— levantaría un monumento en Roma al «submarino desconocido». El 17 de septiembre, los expertos navales de la conferencia de Nyon otorgaron a dicha patrulla la facultad de actuar contra la aviación, y no sólo contra los submarinos. Los buques de guerra que atacaran a barcos neutrales se expondrían al contraataque de las flotas de patrulla, se encontraran o no en aguas territoriales españolas. El día 18, los encargados de negocios británico y francés en Roma entregaron a Ciano los textos de los acuerdos de Nyon y le pidieron aclaraciones sobre el alcance de la «paridad» que solicitaba Italia. Así fue posible reanudar las relaciones amistosas con Italia, según los deseos de Chamberlain.

El mismo día, Negrín compareció ante la asamblea de la Sociedad de Naciones para solicitar que el comité político de ésta examinara el caso de España. Como ya era habitual, sólo Litvinov y la representación de México apoyaron a la República. Edén insistió en que la no intervención había servido para evitar una guerra europea: evocando las palabras que Baldwin pronunciara un año antes, comparó la no intervención con un dique agrietado «y siempre es mejor tener un dique agrietado que carecer de él»[1816]. Negrín deseaba que Francia enviara de 400 a 500 oficiales o suboficiales en ayuda de la República y así lo solicitó[1817]. También conversó con Edén, quien, en confianza, le manifestó que la opinión pública inglesa no deseaba la victoria de Franco. El gabinete estaba dividido, siempre

según Edén. Chamberlain temía al comunismo y el gobierno no podía adoptar una línea de firmeza hasta que se completara el programa de rearme[1818]. Entretanto se invitó a Italia a que mandara expertos a París para «ajustar detalles» del acuerdo de Nyon con arreglo a los deseos italianos. Ciano tuvo la sensación de haber logrado un triunfo. El 27 de septiembre, los ingleses, franceses e italianos iniciaron las conversaciones navales de París. A Italia se le asignaron zonas para patrullar entre las islas Baleares y Cerdeña, y en el mar Tirreno. Ello permitió a Italia continuar los suministros a Mallorca sin ser vigilada. El mismo día 27, el comité político de la Sociedad de Naciones abordó la cuestión de España. Álvarez del Vayo habló con elocuente amargura al referirse a la noticia de los nuevos refuerzos italianos al general Franco. Walter Elliott, el representante británico, persuadió al comité para que omitiera cualquier condena a Alemania e Italia en la resolución final. Pero el documento se refería al «fracaso de la no intervención», a la posibilidad de reconsiderarla (a menos que se lograra un acuerdo en torno a la retirada de voluntarios «en un próximo futuro») y a la existencia de «un auténtico cuerpo de ejército extranjero en territorio español». Por más que desagradara a los ingleses semejante franqueza, pocas objeciones podían poner. Porque Mussolini, mientras se estaba discutiendo la resolución, ya se dolía públicamente por la muerte de millares de italianos en suelo español, durante su visita a Alemania, donde se vio abrumado por los signos externos de los preparativos de Alemania para la guerra. El Duce confesó a Hitler en privado que, con independencia de los acuerdos de Nyon, pensaba continuar las actividades de torpedeo. Se jactó de haber hundido ya unas 200 000 toneladas de barcos[1819]. Estas observaciones dieron carácter irónico al aparente éxito final de las

conversaciones navales de París, que finalizaron el 30 de septiembre, en las que se decidió incluir a Italia en la patrulla naval.

Era difícil interpretar la conferencia de Nyon como un triunfo de la «fuerza». En el Foreign Office y en el Quai d'Orsay se prepararon notas invitando a los «piratas transformados en policías» (como Ciano se llamaba jactanciosamente a sí mismo)[1820] a una conferencia general sobre España. Ciano recibió la invitación el 2 de octubre. El mismo día fue aprobada la resolución de la Sociedad de Naciones, que con tanto esfuerzo se había redactado. Álvarez del Vayo admitió la vaguedad de la frase «en un próximo futuro» entendiendo que Gran Bretaña y Francia necesitaban diez días para comprobar si Italia respondía amistosamente a la invitación. Pero ahora Franco necesitaba más «voluntarios». Las tropas italianas habían demostrado su ineficacia en las batallas del norte. Pero Franco quería destituir al general Bastico, subordinado suyo, por la impertinencia mostrada por éste durante la campaña de Santander, al atreverse a entablar negociaciones con los vascos sin contar con el mando.

Por entonces Franco andaba preocupado con el caso de Harold Dahl, antiguo piloto de la aviación norteamericana, que se había incorporado a la aviación republicana. Se había visto obligado a lanzarse en paracaídas sobre territorio nacionalista. Dahl fue sentenciado a muerte por rebelión, en consejo de guerra, junto con otros pilotos rusos. El gobierno de los Estados Unidos desplegó sus influencias y un coronel norteamericano que había combatido con Franco en la guerra de Marruecos telegrafió a su excompañero de armas solicitándole clemencia. La pena de muerte fue conmutada posteriormente por la de cadena perpetua[1821].

El día 10 de octubre, Ciano manifestó a Edén y Delbos que no podría actuar sin consultar con Alemania en cuestiones relativas a España. Aun sin tener verdaderas ganas de resolver los asuntos de España, Ciano acariciaba la idea de enviar tropas alpinas regulares a este país, «que se abrieran camino hasta Valencia»[1822]. También respondió a la petición de Franco de retirar al general Bastico nombrando al general Mario Berti nuevo comandante en jefe de las tropas italianas en España. Cuando a finales de octubre se celebró una ceremonia para condecorar a los combatientes italianos en España y a las viudas de los caídos, Ciano «examinó su conciencia» para saber si aquella sangre se había derramado por causa justa. «La respuesta es afirmativa —se consolaba—. En Málaga, en Santander y en Guadalajara nosotros luchábamos en defensa de nuestra civilización y nuestra revolución»[1823].

La reacción francesa ante la negativa de Ciano a celebrar conversaciones sin consultar a Alemania fue la de considerar abierta la frontera francesa a efectos de paso de armas a la República. Edén persuadió a Delbos para que antes volviera al comité de no intervención. Delbos replicó que, si no se lograba un acuerdo sobre los voluntarios en el plazo de una semana, Francia abriría la frontera[1824]. El bloqueo en el Mediterráneo era ahora casi total; el hundimiento del buque de suministros *San Tomé* había supuesto un rudo golpe[1825]. El 15 de octubre, Edén dijo a Grandi que aquel nuevo llamamiento al comité representaba «una última tentativa». En un discurso pronunciado en Llandudno ante un público conservador, dijo que la paciencia ante la intervención italiana en España estaba «a punto de agotarse». Unos días antes, la conferencia del Partido Laborista, reunida en Bournemouth, había condenado la no intervención; *sir* Charles Trevelyan, rebelde en 1936, presentó la resolución

especial en esta ocasión. (Pocos días antes, el congreso de las Trade Unions siguió la misma línea)[1826].

Finalmente, el 16 de octubre, el comité de no intervención celebró una nueva reunión. Entre este día y el 2 de noviembre, el proyecto británico del mes de julio, que proponía garantías para los derechos de beligerancia condicionadas a la retirada de voluntarios «en proporción sustancial», se convirtió en base de discusión. El proyecto fue aceptado, después de prolongadas, penosas y confusas negociaciones, en las que la paciencia de Edén desempeñó un importante papel. Se pedía la cooperación de los dos bandos contendientes, quienes tendrían que aceptar el envío de dos comisiones encargadas de verificar la cifra exacta de extranjeros de cada zona y de llevar a cabo la retirada de los mismos[1827]. Entretanto, puesto que ya se había cumplido una semana desde que Delbos lanzara su ultimátum, la frontera francesa quedaba abierta para el paso de armas a horas nocturnas. Edén manifestó a Delbos sibilinamente: «No abra usted la frontera, pero deje pasar lo que sea»[1828]. Desde entonces, y según dijo Blum, «cerramos los ojos voluntaria y sistemáticamente al contrabando de armas, aunque fuera organizado»[1829]. El 28 de octubre, Azcárate se entrevistó con Edén en la Cámara de los Comunes. Azcárate exigió firmeza.

Edén. — «Lo que usted pide es una guerra preventiva contra Italia».

Azcárate. — «No, sino simplemente una línea política clara que, si se mantiene con energía y resolución, bastaría para calmar la intemperancia de Mussolini».

Edén. — «No es fácil decidir esa línea».

Azcárate. — «Con respecto a España sí es fácil: consiste en dar seguridades de que la Gran Bretaña se propone proteger

a España de la injerencia extranjera y del fascismo, que lesionaría los intereses estratégicos británicos».

«Edén —informó Azcárate—, me escuchó con la cabeza baja, diciéndome que era más fácil para mí hablar de aquella forma que para él convencer a sus colegas de gabinete. Yo le pregunté qué debía hacer la República para garantizar que en España no existía el peligro comunista. Edén se limitó a admitir conmigo que sería inútil insistir en que los dos ministros comunistas abandonasen el gobierno»[1830].

En aquel momento y pese a las reservas de Azcárate Edén estaba «muy inquieto por hallar algún medio de ayudar a Valencia»[1831].

Los verdaderos móviles que impulsaban a intervenir a los países interesados en el conflicto iban quedando cada vez más claros, al menos para ellos mismos. El 5 de noviembre, Hitler, mientras manifestaba su deseo de llevar a cabo una guerra de exterminio contra Gran Bretaña y Francia ante el alarmado Neurath, Blomberg y Beck, anunció que en la guerra española «no es deseable una victoria total de Franco. Estamos más interesados en que la guerra se prolongue»[1832]. Sólo así, agregó, podría consolidarse la posición italiana en las islas Baleares, importante desde el punto de vista estratégico. Poco antes, un general ruso había dicho a Orlov, representante de la NKVD, que el Politburó había adoptado una política muy similar a la de Hitler: es decir, la de creer que era preferible esperar a que Hitler se viera arrastrado a la guerra española y atrapado por ella[1833]. Así, por razones de mutua hostilidad, las dos potencias enfrentadas en la guerra española llegaban a la misma conclusión. Poco tiempo antes, el propio ministro británico de Asuntos Exteriores había formulado un juicio bastante similar: el estancamiento de la guerra, según declaró Edén al gabinete a

finales de septiembre, serviría mejor a los intereses británicos. Si Franco lograba la victoria, sería contra estos intereses, mientras dependiera de la ayuda alemana. Si la guerra se prolongaba seis meses más, aumentaría la tensión en Italia[1834].

El día 6 de noviembre, Italia suscribió el pacto anti-Komintern con Alemania y el Japón. Aunque Ciano deseaba que se limitara a ser un «pacto entre gigantes», proyectó invitar a España a adherirse a él para formar así el «eje del Atlántico». El 20 de noviembre, Franco aceptó en principio el plan británico de retirada de «voluntarios». Formuló algunas reservas sobre los poderes asignados a la comisión para garantizar la retirada. Afirmó que la retirada de 3000 voluntarios era ya una «retirada sustancial» a la que vendría supeditado el reconocimiento de los derechos de beligerancia. No era casual la cifra propuesta, pues precisamente entonces se estaba procediendo a retirar a 3000 combatientes italianos, por enfermedad o porque no inspiraban confianza, y ello al margen de los acuerdos[1835]. El 1 de diciembre, la República aceptó también el proyecto por motivos distintos: Azaña y Giral esperaban que, al aceptar el proyecto, se llegaría al cese de hostilidades, y que éste sería definitivo. Durante mucho tiempo, Azaña tuvo la esperanza de que la retirada de voluntarios traería consigo el armisticio, a la larga. Negrín también creía que el cumplimiento del proyecto acarrearía el alto el fuego y la idea le gustaba porque, en el peor de los casos, daría tiempo a la República para reagrupar sus fuerzas[1836].

42

La España de Franco camino de la victoria. — Mal comportamiento de los italianos. — Disputas de Alemania con Franco a propósito de las minas. — El ejército nacionalista. — Primer gobierno de Franco.

Durante el período de calma que siguió a la campaña de Asturias la estabilidad reinante en las dos Españas era tal que podía preverse un estancamiento del conflicto. Comparada con la «ilusión lírica» y el caos, la euforia y las matanzas de julio de 1936, resultaba sorprendente la coherencia de la organización de las dos Españas, cada una de las cuales disponía de un ejército mayor que el de cualquier país europeo, excepto Francia. En ambas zonas la guerra había servido para crear un orden, aunque no fuese el orden óptimo que hubiera deseado un hombre de paz. Dionisio Ridruejo, joven falangista, discípulo de Serrano Súñer, poeta y propagandista del régimen nacionalista, dijo posteriormente que la guerra fue la única ocasión en la historia moderna en que el pueblo español participó plenamente en su propio destino[1837], pero ese destino venía condicionado, cuando no determinado, por las armas extranjeras.

Por muy elevado que fuese el grado de conciencia política del pueblo, la España nacionalista (que ocupaba las dos terceras partes del país) seguía siendo una sociedad militar.

El aristocrático general Gómez Jordana continuaba al mando de la junta técnica o gobierno provisional de Burgos, con independencia de la burocracia que ejercía todo el poder administrativo. Sus departamentos se extendían por varias ciudades. Serrano Súñer, que gozó de vagos poderes durante el año 1937, sin ostentar cargo o título gubernamental era el dirigente político. A la medida de él se inventó un pasado falangista poco convincente pero útil, que cargaba el acento en su amistad con José Antonio en los años de la universidad. Sus atribuciones no se vieron limitadas por el nuevo consejo nacional, cuyos cuarenta y ocho miembros fueron designados el día 2 de diciembre. Este organismo no pasó de ser un cuerpo meramente consultivo en la práctica, y en mayor medida que otros similares bautizados con nombres de igual solemnidad. Recordaba al gran consejo fascista italiano y sus miembros, que tenían función legislativa, eran designados por Franco. En el consejo había tres mujeres: Pilar Primo de Rivera, Mercedes Sanz Bachiller, viuda de Onésimo Redondo, fundadora de Auxilio Social, y María Rosa Urraca Pastor, «la Florence Nightingale», conocida también por «la Coronela», fundadora de la organización de enfermeras de los nacionalistas. Había también seis generales (Queipo, Dávila, Jordana, Yagüe, Monasterio y Orgaz), dos coroneles (Beigbéder, alto comisario en Marruecos, y Gazapo), veinte falangistas de la vieja guardia (entre ellos Fernández Cuesta, Sancho Dávila, Agustín Aznar y José Antonio Girón) y once antiguos carlistas (incluidos Rodezno y Esteban Bilbao). El resto de la lista lo formaban monárquicos, conservadores o técnicos de diversa especie. Se ofreció un puesto a Fal Conde, quien rehusó.

El nuevo «movimiento nacional» (Falange Española Tradicionalista) no alcanzó gran desarrollo durante el año

1937. Si realmente existió, ¿quiénes fueron sus miembros o qué cometido tuvieron? Era un instrumento de Serrano Súñer pero ¿qué significaba eso? ¿Era fascista, corporativista, militarista o franquista? El movimiento tenía funcionarios de carne y hueso pero carecía de ideología propia. Así, el jefe de prensa y propaganda de FET en Salamanca era el padre Fermín Yzurdiaga, cura falangista de Pamplona: era un híbrido adecuado para un partido igualmente híbrido. Por debajo de ellos se encontraba Dionisio Ridruejo, jefe de propaganda, y el carlista Eladio Esparza, jefe de prensa. La Falange era ahora un apéndice del ejército: El periódico del partido, *Arriba España*, ostentaba en su cabecera el lema «Por Dios y el César». La FET no servía más que para efectuar propaganda, prácticamente. Parecía un «Estado paralelo» pero en la realidad era más una burocracia de sinecuras. Nada cambió a este respecto cuando, en el mes de octubre, Raimundo Fernández Cuesta, secretario general de Falange inmediatamente antes de la guerra, fue canjeado por Justino de Azcárate, hermano del embajador en Londres. Prieto fue el único ministro que se opuso al canje, alegando que Justino de Azcárate no era nadie. Algunos republicanos creían que Fernández Cuesta podría crear dificultades con la Falange si regresaba a Burgos. Pero no ocurrió así, mientras que Azcárate no le fue de ninguna utilidad a la República y, debilitado por su encarcelamiento, se instaló en Francia[1838]. Fernández Cuesta se convirtió en secretario general del nuevo movimiento unido en Burgos. Carecía de la energía necesaria para rivalizar con Serrano Súñer, y el sueño de Prieto y otros de que fundara una «*Falange Española Auténtica*» que dividiría al movimiento en la España nacionalista no pasó de ser una fantasía[1839].

Los representantes del carlismo en el consejo nacional

eran todos del ala moderada y habían aceptado el decreto de unificación, siguiendo a Rodezno. El 5 de diciembre, el príncipe Javier, regente carlista, condenó a quienes prestasen el juramento exigido por el consejo sin recabar su autorización. A continuación efectuó una visita a España, desde su cuartel general de Francia. En San Sebastián dijo a Serrano Súñer que era un error implantar en España una Gestapo según el modelo alemán. En Burgos dijo a Franco: «Si no fuera por los requetés, dudo mucho que usted estuviera donde está». Estas observaciones no fueron bien recibidas. El príncipe giró visita al frente. Habiendo encontrado buena acogida en Sevilla, llegó a Granada antes de que se le ordenara abandonar España. Mantuvo otra entrevista con Franco, quien le manifestó: «Está usted efectuando una campaña en favor de la monarquía». El príncipe respondió: «No he dicho una sola palabra de política. Pero mi apellido es Borbón. Y, al fin y al cabo, yo creía que también usted era monárquico». «Gran parte del ejército es prorepublicano —respondió Franco—, y yo no puedo ignorarlo». «Creo que la razón principal de que usted quiera que yo marche de España es que los alemanes e italianos le han insistido en ello», dijo el príncipe Javier. De forma sorprendente, Franco convino con él, y respondió: «Si permanece usted en España, alteza, ni los alemanes ni los italianos nos entregarán más material de guerra». El príncipe Javier salió de Burgos en dirección a Francia, advirtiendo: «No olvide que yo soy el último eslabón entre usted y los requetés, y que yo trabajaré siempre por España pero nunca por usted personalmente»[1840]. De hecho, la Falange y los carlistas permanecieron marginados en todos los sentidos excepto en el formal: los movimientos juveniles respectivos no levantaron cabeza y el príncipe Javier continuó en el exilio.

Durante el invierno de 1937-1938 los nacionalistas formaron un gabinete de corte tradicional. El día 1 de febrero del Segundo Año Triunfal, Franco se convirtió en presidente del consejo, con el conde de Gómez Jordana en la vicepresidencia y en la cartera de Asuntos Exteriores. El estilo aristocrático de Gómez Jordana había causado buena impresión a los extranjeros, especialmente a los ingleses: «Un hombre de otra época», le llamaba Serrano con desdén[1841]. Dávila, que mandaba el ejército del norte, era ministro de la Guerra. El general Martínez Anido, veterano luchador, brutal gobernador civil de Barcelona después de 1917, y miembro de los primeros gobiernos de Primo de Rivera, fue nombrado ministro de Orden Público a los setenta y cinco años de edad. Los restantes miembros del gobierno eran civiles. Andrés Amado, amigo de Calvo Sotelo, fue nombrado ministro de Hacienda. El ingeniero naval Juan Antonio Suances, viejo amigo de Franco, fue nombrado ministro de Industria y Comercio[1842]. El carlista Rodezno pasó a ministro de Justicia y Sáinz Rodríguez, el intelectual monárquico, a ministro de Educación. El personaje más poderoso del gabinete era Serrano Súñer, ministro de la Gobernación, aunque el orden público no dependiera de su departamento. También era secretario general del Movimiento. Fernández Cuesta, que era el único «camisa vieja» del gobierno, era ministro de Agricultura, conservando su cargo honorífico de secretario general del Consejo Nacional. Pedro González Bueno, ingeniero y típico representante de los nuevos falangistas «tecnócratas», fue designado ministro de Trabajo. El último miembro del gabinete, Alfonso Peña y Boeuf, ministro de Obras Públicas, también era ingeniero y anteriormente no había participado en política. Cuatro de estos ministros —Serrano, Fernández Cuesta, Suances y Peña y Boeuf— habían huido de la España

republicana a lo largo de la guerra y como mínimo sabían contra qué estaban luchando. Tres eran excolaboradores de Primo de Rivera (Martínez Anido, Andrés Amado y Jordana). Amado y Sáinz Rodríguez habían sido monárquicos, Rodezno era el único carlista, Serrano Súñer, el único cedista; dos ministros eran falangistas (Fernández Cuesta y González Bueno) y otros dos, amigos personales de Franco (Peña y Suances). Ninguno de ellos había sido ministro bajo la República, ni siquiera en los gabinetes derechistas, y sólo Rodezno y Serrano Súñer habían sido diputados. El coronel Beigbéder fue confirmado en el cargo de alto comisario en Marruecos. El gabinete prestó juramento de fidelidad a Franco y a España en el monasterio románico de Las Huelgas: «En el nombre de Dios y sus santos Evangelios, juro cumplir con mi deber como ministro de España con la más estricta fidelidad al jefe del Estado, generalísimo de nuestros gloriosos ejércitos, y a los principios constitutivos del régimen nacional para servir al destino de la Patria». Después de prestar juramento, Rodezno manifestó *sotto voce* a Sáinz Rodríguez: «Lo que ya nadie nos quita ahora es el rango de exministros, que es la cosa más importante que se puede ser en España»[1843].

Un gran ausente fue Queipo de Llano. Era incapaz de comprender el falangismo y le molestaba ver cómo los falangistas acaparaban los mejores cargos del nuevo régimen. De forma gradual, aunque incompleta, el feudo particular que éste tenía en Sevilla se le fue de las manos. A mediados de 1938 no era más que el jefe militar de la zona sur. Serrano se dedicó a organizar la gobernación de España de la forma más previsible. A Serrano le irritaba el exclusivismo de Queipo y ordenó poner fin a los discursos radiados de éste. Desde entonces la España nacionalista se volvió más aburrida. Todas las noches, a las diez, millares de

españoles le escuchaban y creían en sus palabras[1844].

En la zona republicana también se le escuchaba —sin interferencias— con aprensión o con entusiasmo. Radio Barcelona le acusaba frecuentemente y con ligereza de estar completamente borracho. «Y ¡por qué no! —respondía vociferando—. ¿Por qué no iba a gozar un hombre de verdad de la soberbia calidad del vino y las mujeres de Sevilla?». Se le recriminaba su pasado republicano, y él respondía que, en un momento dado, creyó que la República podría resolver los problemas de España. Ahora el futuro estaba en manos de Franco. Sin embargo, y así lo advertía a sus radioyentes, si viera que Franco no actuaba en el mejor interés de España (hipótesis que creía imposible) su patriotismo le llevaría a luchar frente al propio caudillo. Pero esta idea no resultaba popular en Salamanca. Sus feroces insultos personales al «judío Blum», a doña Manolita (Azaña), al periodista inglés Noel Monks (a quien acusó de estar borracho cuando informó al *Daily Express* del bombardeo de Guernica), a Miaja, a quien despreciaba, o a Prieto, su antiguo amigo, formaban parte del folklore de la España rebelde. Lo que maravillaba a sus oyentes era la costumbre de Queipo de terminar sus andanadas contra el populacho, amonestándole por tales o cuales vicios, con un mensaje personal y fuera de lugar: «Y ahora, por si me están escuchando mi mujer y mis hijos que están en París, quisiera decirles que confío en que gocen de buena salud y les aseguro que aquí en Sevilla pensamos en ellos. ¡Buenas noches, señores!»[1845]. Este aficionado a la propaganda radiofónica era en realidad un eficaz administrador. Había tomado iniciativas para fomentar la expansión de la industria textil de Sevilla y procuró desarrollar la industria química. También se encargó del reparto de semillas a los labradores y de proporcionarles préstamos en condiciones favorables para

ellos. Para proteger a los colonos arrendatarios estableció unos pagos hipotecarios o moratorios y repartió fincas pertenecientes a los republicanos entre los campesinos leales a la causa nacionalista. (Parte de la tierra le fue entregada por grandes terratenientes como el duque de Alba, a fin de contribuir a la reforma agraria de Queipo). Queipo también era responsable del cultivo del arroz en el delta del Guadalquivir, que debía compensar la pérdida de los famosos arrozales valencianos de la Albufera, que se hallaban en manos de la República, y que totalizaban unos 240 000 acres convertidos en marjales.

Otros dos grandes ausentes en el gobierno eran Nicolás Franco y Sangróniz, quienes desde el mes de octubre de 1936 y durante 18 meses dirigieron los asuntos relativos a las finanzas del bando nacionalista. Tampoco éstos gozaban de la amistad de Serrano Súñer, a quien disgustaban sus métodos anticuados; y ninguno de ellos alcanzó la protección de Franco, para quien el agradecimiento nunca había constituido una virtud. Nicolás Franco fue nombrado embajador en Lisboa, y Sangróniz fue enviado a Caracas con el mismo título.

El nombramiento de Martínez Anido como ministro de Orden Público fue calculado con el fin de sembrar el pánico entre los republicanos. Sin embargo, ya fuese por su ancianidad o por su conservadurismo, Martínez Anido, entre los ministros de Franco era uno de los más humanos. Como Gómez Jordana, hombre de otra época, también él despreciaba al fascismo e insistía en que los juicios corrieran a cargo de tribunales militares. En lo sucesivo ya no se producirían muchas más ejecuciones «por la libre» en la España nacionalista[1846].

Entre la burguesía de la España nacionalista no desfallecía

el entusiasmo por la «cruzada». Acaso los dirigentes no estuvieran tan bien avenidos como manifestaban. Acaso los vencidos fueran objeto de malos tratos. Pero se trataba de la guerra en definitiva, y aquellos aspectos sombríos no eran sino el reverso de los propios sacrificios. La moneda se mantenía estable, los precios de los artículos alimenticios no habían aumentado en exceso y las existencias eran suficientes para abastecer a toda la España republicana. En las ciudades no existía el espectro del hambre. El suministro de carbón era más que suficiente. Así pues, la vida de la clase media, lejos del frente, podía reanudarse sin mayores interrupciones. Durante el verano empezaron a celebrarse regularmente las ferias y corridas de toros[1847]. Al atardecer se podía ya dar una vuelta por la calle mayor a la hora del paseo, sin que faltaran en él algunos hombres uniformados. En los lugares públicos aparecían grandes carteles que invitaban a servir a la patria. Se sabía que la hija de tal o cual vecino o conocido prestaba servicio en Auxilio Social. La lotería nacional volvía a funcionar. Antes de terminar el día, cada ciudadano tenía que entregar su contribución destinada a las víctimas de la guerra o a subvencionar las comidas gratuitas o a ayudar a los refugiados. Al llegar la noche se hacía más palpable la proximidad de la guerra. A las diez se oía la voz de Queipo de Llano en las radios de los cafés, de los domicilios particulares o de los abarrotados restaurantes, si uno acertaba a encontrar mesa en ellos. A media noche, el comunicado del día, el parte de bajas y prisioneros. Y finalmente, después de escuchar la *Marcha Real*, llegaba la hora de dormir.

Por lo que respecta a la vida de los combatientes, el piloto Ansaldo, que se acababa de reincorporar al frente tras curarse de las heridas sufridas en el accidente aéreo que costó la vida a Sanjurjo, redactó un resumen de la jornada

diaria en el frente del norte:

> A las 08,30: Desayuno en familia.
>
> A las 09,30: Despegue hacia el frente; bombardeo baterías enemigas; ametrallamiento convoyes y trincheras.
>
> A las 11,00: Golf rudimentario en el club de Lasarte [...].
>
> A las 12,30: Baño de sol en la playa de Ondarreta y corta zambullida en el mar tranquilo.
>
> A las 13,30: Mariscos, cerveza y tertulia en un café de la Avenida.
>
> A las 14,00: Almuerzo en casa.
>
> A las 15,00: Corta siesta.
>
> A las 16,00: Segundo servicio de guerra, semejante al matutino.
>
> A las 18,30: Cine. Película anticuada, pero magnífica, de Katherine Hepburn.
>
> A las 21,00: Aperitivo en el bar Basque. Buen «Scotch», bullicio, animación.
>
> A las 22,15: Cena en Nicolasa, canciones de guerra, camaradería, entusiasmo[1848].

Aquí Ansaldo reflejaba el lado más dramático de la guerra civil, pues el frente aéreo era el único en el que la presencia de hombres valientes o sagaces luchando en combate singular podía marcar el curso de la contienda. A lo largo de la guerra una serie de héroes de la aviación nacionalista habían alcanzado gran celebridad: el capitán Carlos de Haya, de estatura gigantesca, que pilotó aviones Junker durante la mayor parte de 1937 y fue abatido por un «Chato» a principios de 1938, después de efectuar 300 vuelos; Ángel Salas Larrazábal, quien llegó a efectuar 618 vuelos durante la guerra, incluyendo 49 combates aéreos, que era el piloto de mayor relieve del bando nacionalista; y Joaquín García Morato, el más famoso de todos ellos, con 511 vuelos, 56 combates y 40 aparatos enemigos derribados. Bajito, valiente y simpático, García Morato fue el héroe de la aviación nacionalista[1849].

Si los héroes habían llegado a las páginas de los periódicos, los santos habían vuelto a las escuelas. En 1937

se restableció la enseñanza religiosa en las mismas. En abril todas las escuelas recibieron orden de instalar imágenes de la Virgen. Igual que antes del advenimiento de la República, todos los alumnos tendrían que recitar el Ave María al entrar y salir de la escuela. En las aulas reapareció el crucifijo. Profesores y alumnos tenían la obligación de asistir a misa los días festivos. Una vez por semana había lectura de los evangelios. La Iglesia Católica impregnaba todos los aspectos de la cultura de la España nacionalista. Monseñor Antoniutti, nuevo nuncio apostólico, había resuelto muchos problemas de las relaciones entre la Iglesia y el Estado en España: así, el cardenal Segura, expulsado de la República cuando era primado de España, regresó como arzobispo de Sevilla, tras la muerte del arzobispo Ilundáin. Desde el principio, Segura mostró frente al nuevo régimen de Franco la misma intransigencia que frente a la República. Se negó, por ejemplo, a grabar los nombres de los falangistas caídos en los muros de la catedral y se mantuvo en todo momento al margen de la locura colectiva de la propaganda bélica.

La guerra trajo consigo muchos cambios radicales. Un decreto del 7 de octubre obligó a todas las mujeres útiles comprendidas entre los diecisiete y los treinta y cinco años que no estuvieran ocupadas en sus obligaciones familiares, o en servicios de guerra o en hospitales, a prestar el servicio social. El certificado de haber cumplido el servicio social se convirtió en documento indispensable para las mujeres españolas que buscaban empleo. Así, la guerra acarreó transformaciones en la vida de las mujeres de la España nacionalista y de la republicana como ha venido sucediendo en todas las guerras del siglo. «Mujeres al servicio de España», «Frentes y hospitales», «Obra de asistencia al frente» eran algunas de las organizaciones en las que prestaban sus servicios las mujeres que sentían ansias de

cooperar, espoleadas por los lemas que anunciaban que cada punto de costura era una pequeña victoria contra el frío que torturaba a los que luchaban en el frente.

El régimen nacionalista desarrolló un intervencionismo aséptico y carente de ideología, propio de la primera guerra mundial, muy inspirado en el modelo alemán: había que pedir permiso para abrir nuevas fábricas, se definía la función del Estado como la de «disciplinar la producción», aunque ni los bancos ni las empresas públicas venían obligados a celebrar juntas de accionistas ni a dar cuenta pública de sus libros. Las fábricas que producían material de guerra, incluidas las fundiciones de hierro y acero del País Vasco, quedaron bajo control militar y en lo sucesivo se encargarían de suministrar a los ejércitos cuchillería, platos y uniformes, aparte de material de guerra. Las industrias de la alimentación, de fabricación de jabón y de textiles fueron «sindicalizadas», quedando integradas en los llamados sindicatos verticales, dirigidos por el Estado. Quedaron prohibidas las huelgas y los convenios colectivos. La industria quedó reorganizada a base de ramos, con arreglo a las distintas categorías. La política agrícola nacionalista estaba en manos del SNT (Servicio Nacional del Trigo) y el SNRET (Servicio Nacional de Reforma Económico-Social de la Tierra), fundados respectivamente en agosto de 1937 y abril de 1938. El primero tenía por misión controlar los precios y la distribución del trigo y otros productos agrícolas. Se prohibieron las ventas directas por parte de los agricultores. El SNT compraba los productos a éstos a precios fijos y lo revendía posteriormente a los molinos o las panaderías autorizadas. Se prohibió el cultivo de tierras por encima o por debajo de la cosecha del año anterior, y esta medida obligó a muchos agricultores a parar la producción. Con todo, si trigo sobrante se exportaba a Alemania.

Durante el año 1937 y a medida que se ganaba territorio a la República, desaparecieron los excedentes. Los precios del pan permanecían estables. El aceite, la fruta, la carne y algún que otro producto más tenían similar organización. El SNRET se encargaría de reformar la agricultura mediante el riego, la modernización y la mecanización, aunque sin efectuar una redistribución real. Otra misión de dicho servicio era la de devolver la tierra a sus antiguos propietarios, con arreglo a la suspensión del Instituto para la Reforma Agraria y de la legislación al respecto. ¿Se trataba de un Estado totalitario? Sus enemigos y algunos de sus simpatizantes, así lo afirmaban. El padre Menéndez-Reigada, por ejemplo, escribió un catecismo que contenía un debate en torno a la premisa de que «el Estado español es totalitario sí se entiende correctamente la palabra». «Pero ¿qué es un estado totalitario?». «Un estado totalitario es aquel donde el Estado interviene en todas las manifestaciones de la vida social [...]»[1850]

A la sazón el ejército nacionalista contaba con 500 000 hombres. Era una cifra probablemente menor que la de los combatientes del ejército republicano por las mismas fechas. Se había movilizado a unos once reemplazos de reservistas. Estos hombres incluían no sólo a los desertores de la República, sino a muchos capturados en zona republicana, incluso soldados, que se habían visto obligados a cambiar de bando. En el invierno de 1937-1938 la mayor parte de estas tropas habían quedado reorganizadas en divisiones. Lentamente fueron perdiendo el significado territorial de sus nombres regionales. Aunque existía el reclutamiento forzoso, la cifra de voluntarios era elevada: acaso unos 100 000 carlistas y más de 200 000 falangistas[1851]. Estas grandes fuerzas seguían estando organizadas en tres grandes grupos: el ejército del norte, bajo el mando de Dávila; el del

centro, que se hallaba a las órdenes de Saliquet, y el del sur, mandado por Queipo de Llano. Formaban la reserva doscientos batallones y setenta baterías (a las órdenes del general Orgaz, el eficaz organizador de las academias militares).

Dado que el armamento de los nacionalistas era de importación, no se requerían fábricas de armas propias (salvo plantas de fabricación de explosivos y municiones), pero la Hispano-Suiza había montado una nueva industria en Sevilla, encargada de la reparación y reconstrucción de los cazas Fiat. Y, por otra parte, las fábricas de armas y explosivos del norte contribuían sustancialmente a reducir la deuda del régimen con Alemania[1852].

En esta época, unos 40 000 hombres del ejército nacionalista eran probablemente marroquíes y había otros tantos italianos, mientras que el personal alemán sumaba cerca de 5000 hombres. El ejército de África, que incluía la legión extranjera y los regulares, se encontraba disperso en el conjunto de las tropas nacionalistas. Mientras los jefes que debían su nombre a la participación en la ofensiva contra Madrid actuaban en la zona central, los responsables de las victorias del frente del norte, como por ejemplo García Valiño o Alonso Vega, ocupaban los primeros puestos en las listas de futuros jefes de los ejércitos.

El mando nacionalista tenía para entonces una poderosa sección de información dirigida por el coronel José Ungría, quien hasta la guerra formó parte del personal de Miaja en Madrid y que, al estallar ésta, huyó de la capital. Exalumno de la École Supérieure de la Guerre en París, agregado militar en dicha ciudad a comienzos de los años treinta, Ungría coordinó la acción de los distintos servicios de información de los nacionalistas, los quintacolumnistas y

agentes del exterior en una sola organización conocida primero con las siglas SIM (Servicio de Información Militar) y posteriormente como SIPM (Servicio de Información y Policía Militar), creada en noviembre de 1937[1853]. Ésta se encargaba del espionaje, el contraespionaje y de la información. A mediados de 1938 contaba con 30 000 personas trabajando a su servicio, con espías en la escuela de oficiales de Barajas, en Madrid, y varias cadenas de espías en Cataluña, al mando de personas secretamente afiliadas a Falange o a grupos de monárquicos. Más tarde se dijo que diariamente más de 200 personas habían pasado entre Cataluña y Francia para entregar información[1854]. (El servicio de información de la República lo dirigía el coronel Domingo Hungría, de apellido sorprendentemente similar, quien mandaba el 14.º Cuerpo de ejército de «guerrilleros», que desplegó especialmente su actividad tras las líneas nacionalistas en el otoño de 1937). Pero en ciudades como Zaragoza, Burgos y Sevilla no existía guerrilla urbana: las actividades de estos comandos, asesorados al parecer por el coronel ruso Rokossovsky, se centraban en las carreteras, líneas de ferrocarril y comunicaciones rurales[1855].

Durante el año 1938 muchas personas huyeron de la zona republicana, por oportunismo o por idealismo. Al llegar a Irún se les formulaba la pregunta de rigor: «Y ¿usted por qué no huyó antes?». Los antecedentes de estas personas eran cuidadosamente investigados. Y lo mismo ocurría con quienes cruzaban las líneas republicanas. Si carecían de amigos o parientes que les avalaran, no era extraño que se pasaran meses e incluso años trabajando en batallones de trabajos forzados, con una paga de dos pesetas diarias[1856]. Sin que tampoco faltaran en las grandes ciudades de la España nacionalista los casos de refugiados que habían abusado del parentesco, reforzando así la cautela de las

autoridades.

Durante el año 1937 y de forma incesante, los españoles escucharon los más diversos lemas, desde Cádiz hasta Hendaya. Giménez Caballero dedicaba panegíricos a la camisa azul de la Falange, Pemán escribía poemas sobre «el Imperio», se publicaban innumerables libros que contenían descripciones exultantes de la lucha en el frente. ¿Qué habría sido de la España franquista sin aquellos «Por España una, grande y libre», «Por Dios y por el César», «Por la Patria, el Pan y la Justicia» o «Tenemos vocación de imperio»? Otra máxima decía así: «Franco manda, España obedece», y un cartel mostraba la figura de Franco diciendo «Mi mano será firme, mi pulso no temblará». El nuevo tríptico «Servicio, Hermandad y Jerarquía» vino a sustituir al lema «Libertad, Igualdad, Fraternidad». Los libros y la prensa vituperaban a los hombres de la República. Los comentarios de Joaquín Arrarás sobre fragmentos robados del diario de Azaña de los años 1932 y 1933, publicados primeramente en el *ABC* y luego en forma de libro, alcanzaron los más bajos niveles de la invectiva personal. La revista falangista *Fotos* publicó una lista de «Salvajes ilustres» (los políticos de la República), mientras José María de Arellano, navarro y gobernador civil de La Coruña hizo retirar el «odiado nombre» de Santiago Casares Quiroga de todos los documentos públicos, desde las inscripciones del registro civil a la lista del colegio de abogados[1857]. El antisemitismo latente en la propaganda derechista española durante años, se vio reforzado por sentimientos germanófilos, aunque careciera de fundamento; Juan Pujol, periodista y antiguamente amigo de Azaña, que fue temporalmente jefe de prensa de Franco, esgrimió el peligroso argumento de que Companys era descendiente de judíos conversos, mientras los periódicos declaraban que

«una parte muy grande de la población catalana es judía»[1858].

El día 7 de marzo los nacionalistas promulgaron el «Fuero del Trabajo». Este documento ponía fin a interminables discusiones en el seno del régimen y era, en gran medida, una fórmula de compromiso[1859]. Muchas de sus declaraciones resultaban admirables. Se regulaban las condiciones de trabajo. Se garantizaba el salario mínimo, acompañado de seguro social, subsidio familiar y vacaciones pagadas. Se decretaba un aumento de los sueldos a los jornaleros, y las familias campesinas tendrían derecho a poseer una parcela de tierra adecuada a sus necesidades elementales. Los colonos arrendatarios se verían protegidos del desahucio. Pero la mayoría de estos objetivos no pasaron de ser meras aspiraciones. En la práctica, igual que sucedió en la Italia de Mussolini, la vieja oligarquía nunca perdió su dominio económico, a pesar del aspecto novedoso de los propósitos del gobierno. Los únicos artículos del Fuero del Trabajo que tuvieron plena aplicación fueron los que garantizaban la propiedad privada o los que tipificaban como delito de traición a los actos que alterasen la producción nacional.

La vida económica del país estaría dirigida por los sindicatos «verticales», cuyos funcionarios habrían de ser falangistas. En ellos se estableció una jerarquía de asambleas que iban desde las corporaciones locales de cada distrito hasta las cinco cámaras nacionales de agricultura, navegación, industria y comercio, servicios públicos y nacionales y cultura y, en la cúspide, la asamblea corporativa nacional. Estas ideas estaban influidas por la *Carta del Lavoro* de Mussolini de 1927 y por la hitleriana ley del Trabajo Nacional de 1934, aunque éstas habían tenido muy poco influjo en lo económico. Hubo muy pocos

empresarios que prestaran gran atención a estas leyes. Mayor importancia tuvo la ley de Prensa, promulgada el 9 de abril, por la cual el Estado asumía el control de la prensa nacionalista española. Sólo a los periodistas inscritos en el registro se les autorizaría a ejercer su oficio y sólo se permitiría la circulación de diarios y periódicos registrados legalmente. *El Debate*, que era el principal periódico de la CEDA, ya no volvería a aparecer, ni tampoco el carlista *Época*. La prensa sería el instrumento del Estado. El artículo 18 prohibía cualquier escrito que amenazara el prestigio del régimen, obstaculizara la labor del gobierno, o «sembrara ideas perniciosas entre los intelectualmente débiles». Esta amplia definición aseguró por muchos años la subordinación de la prensa al régimen. Las ideas monárquicas, militaristas, clericales y ultraconservadoras, se expresaban con un tinte fascista cada vez mayor.

Otra innovación la constituyó el «Plan 38», o reforma educativa presentada por el nuevo ministro Sáinz Rodríguez. En él se dejaba la enseñanza media estatal, en gran medida, en manos de la Iglesia. La cuestión de las universidades se resolvería acabada la guerra. (Las universidades fueron clausuradas durante la guerra en ambos bandos al igual que fueron suspendidos otros lujos). El obeso Sáinz Rodríguez no duró mucho en su cargo de ministro de Educación. Si grandes eran sus indiscreciones, era mayor su aversión a pedir disculpas. Fue destituido, siguiendo el camino del exilio a Portugal, como otros hombres de distintas épocas: Lerroux, Gil Robles… Bajo Sáinz Rodríguez se reorganizó formalmente la primera enseñanza estatal, empezando con una depuración de maestros y la sustitución de las clases tradicionales por los cuatro elementos: religión, patriotismo, educación cívica y educación física. La educación física se centraría teóricamente en aquellos deportes específicamente

españoles. Los pormenores de los tres elementos restantes los decidiría cada maestro. La depuración era, por consiguiente, la parte más importante del programa. En la enseñanza sucede como en la política: cuenta el hombre y no la teoría. Los maestros de escuela que ejercían en la nueva España de Fernando e Isabel tenían que prestar declaración jurada de lealtad al glorioso Movimiento Nacional, y que no habían pertenecido jamás a ningún partido político asociado con el Frente Popular ni a ningún partido separatista ni a la antigua asociación de docentes afiliada a la UGT. Si habían pasado algún tiempo en la zona roja tenían que prestar declaración jurada justificando sus actividades en ella. También venían obligados a presentar un certificado de buena conducta religiosa, moral, política y social antes del movimiento nacional y durante el mismo expedido por el párroco y un certificado similar expedido por el jefe de la guarnición local o «delegado de orden público». Asimismo se le exigía un informe del alcalde y el futuro maestro tenía que comparecer personalmente ante una autoridad académica, civil o militar. Superados estos obstáculos, los maestros tenían que someterse a un cursillo sobre los verdaderos principios de la educación[1860]. En la práctica estas dificultades se superaban con mayor facilidad de lo que a primera vista parecía, pero el caso es que ningún elemento izquierdista o de tendencia liberal formaba parte de los servicios de enseñanza estatal en el año 1938.

Continuaba la lucha contra la frivolidad y contra Francia: «Mujer española —decía el manifiesto de las "damas católicas de Sevilla"—, en estos momentos graves para la Patria querida, tu norma de vida no puede ser la frivolidad, sino la austeridad; tu puesto no son los espectáculos, los paseos y los cafés, sino el templo y el hogar. Tus adornos y tus arreos no pueden ser las modas inmundas de la Francia

judía y traidora, sino el recato y el pudor de la moral cristiana [...]. Tu deber no está en procurarte una vida fácil sino en educar a tus hijos, en sacrificar tus gustos y en ayudar a España»[1861].

Así como en la España republicana el conservadurismo, la reacción y el cristianismo sobrevivían en las embajadas, en la clandestinidad o discretamente camuflados, de igual forma la revolución y el radicalismo crecían a la sombra de los castillos almenados, antiguos o restaurados, que eran las instituciones del Estado franquista. En las cárceles renacía cierta forma de vida política y no hay que olvidar escenas como las descritas por el sacerdote vasco Gumersindo de Estella en su diario de la prisión:

> «Día 3 de febrero. Jueves. He asistido a dos ejecuciones. Un tal Francisco Espinosa, natural de Callosa de Segura (Alicante). Soldado del ejército republicano, capturado en Celadas (Teruel). No ha querido confesarse. Ha dicho que los derechistas han falsificado la religión, que quien a hierro mata a hierro muere y que los derechistas no tardarían en ser fusilados a su vez. El otro era un hombre de treinta años, de buena presencia. Capturado en Santoña. Natural de Funes (Navarra) pero residente en San Sebastián. Ha confesado, oído misa y comulgado. Este desdichado estuvo en el batallón de trabajos forzados de San Juan de Mozarrifar. Por unas palabras pronunciadas contra Franco fue detenido y condenado a muerte. Le aterraba la idea de la muerte y especialmente la presencia del piquete de fusilamiento. Ha pedido cloroformo pero se lo han negado. Ambos han sido ejecutados en el cementerio a las siete de la mañana. Este último se llamaba Florián Lacarra Iñigo»[1862].

Franco no se enfrentó con graves dificultades políticas, excepto algunas tensiones con sus aliados. Los italianos destacados en España mantuvieron buenas relaciones con los españoles. El temperamento común y la semejanza de lenguas favorecieron un estrecho contacto entre ambos pueblos, incluyendo matrimonios e hijos ilegítimos. Pero en las Brigadas Mixtas Internacionales de italianos y españoles, que aparecieron con frecuencia después de la batalla de Guadalajara, surgían problemas por el hecho de que los

italianos se resistían a dejar de comer pasta a las horas del rancho, y dificultades lingüísticas entre los mandos[1863], Anfuso, secretario de Ciano, a su regreso de España a mediados de octubre, informó a su superior de que las tropas italianas en España estaban cansadas y que Franco no podía desear que se marcharan, pues necesitaba la artillería y la aviación italianas. Ciano suponía que el generalísimo «sentiría envidia de nuestros éxitos»[1864]. Pero la arrogancia de los oficiales y la tropa italiana, especialmente en San Sebastián, irritó a todos los españoles que trataron con ellos. También se produjo una disputa en torno a la factura a pagar por dos submarinos vendidos por Italia a España[1865]. Pero estas dificultades quedaron mitigadas por el envío de 100 000 toneladas de acero español a Italia[1866]. Así y todo, a finales de noviembre, España debía a Mussolini 3000 millones de liras en concepto de material bélico, y no había perspectivas de que la deuda pudiera saldarse en breve plazo[1867]. El día 6 de noviembre, Mussolini manifestó a *von* Ribbentrop:

> «En Palma hemos instalado una base aérea y naval: en ella tenemos barcos estacionados de forma permanente y contamos con tres campos de aviación. Trataremos de seguir en esta situación el mayor tiempo posible [...]. Franco debe comprender que, aun después de una posible evacuación, Mallorca debe continuar siendo una base italiana para el caso de que estalle la guerra contra Francia, de manera que ni un solo negro pueda recorrer la ruta del Mediterráneo desde África hasta Francia»[1868].

Presumiblemente, esta garantía frente a una hipotética guerra europea compensó la mala impresión que causaba al Duce su aliado de Burgos. Por entonces existía también una base naval nacionalista en Palma, dirigida por el almirante Moreno, cuya misión era impedir que los buques rusos llegaran a las costas españolas. Los tres cruceros nacionalistas tenían su base en Palma, y asimismo los cuatro destructores comprados a Italia y los submarinos

«legionarios» italianos. Esta base permitiría al general Franco, en el plazo de un año, completar el bloqueo naval de las costas republicanas. En Palma había unos cincuenta aviones: una escuadrilla de Heinkel de la Legión Cóndor, unos cuantos cazas italianos Savoia y Fiat y una escuadrilla española.

Los nacionalistas asimismo tenían dificultades con sus amigos alemanes. No eran de tipo personal, pues los alemanes raras veces perdían la cabeza. La Legión Cóndor se alojaba en un tren especial que se desplazaba de un frente a otro para no mezclarse con la población española. De vez en cuando se veían alemanes en las mesas reservadas en los restaurantes o en los burdeles especiales, según indicaban los rumores, pero pocos sabían hablar en español. Dos instructores de las academias militares estaban más en contacto con los españoles. Alemania acababa de otorgar a los nacionalistas un crédito de diez millones de marcos mensuales, de los cuales cuatro millones en material bélico, cinco y medio en otras exportaciones y 350 000 en efectivo. No había indicios de que los españoles pensaran pagar estas deudas. Los financieros alemanes empezaban a temer que los ingleses compraran el hierro español. Funcionarios de HISMA y ROWAK, bajo la influencia de Bernhardt, centraron su atención en el proyecto de Montana, que debía asegurar a Alemania el suministro de minerales españoles a ritmo acelerado. El proyecto tenía por objetivo dar a los alemanes el control de 73 minas españolas. El nuevo embajador alemán, barón *von* Stohrer (que sucedió al impopular *von* Faupel), declaró que lo que más convenía a Alemania en España era una «penetración profunda» en la agricultura y la minería. La primera cuestión quedaba resuelta de modo automático puesto que, ocurriera lo que ocurriera, España tendría que encontrar un mercado para

sus productos. Pero el control de la minería presentaba más dificultades. Todos los esfuerzos diplomáticos militares y culturales de los alemanes se orientarían a este objetivo[1869]. «Habría que forzar la situación —agregó— si no pudiera lograrse por medios razonables». El día 9 de octubre, empero, un decreto de los nacionalistas anulaba todos los títulos otorgados sobre las minas desde el comienzo de la guerra civil. Los alemanes preguntaron con ansiedad cuál era el verdadero significado de aquella medida. Nicolás Franco (que por entonces todavía se hallaba cerca del poder) respondió que sólo un gobierno español con plenitud de poderes estaría capacitado para cerrar un negocio de la envergadura del proyecto Montana. Por el momento no se hizo nada. Goering y Bernhardt se impacientaban[1870]. La impaciencia se tornó suspicacia cuando Gran Bretaña, rival en tiempos de paz y probable enemigo en tiempos de guerra, procedió a intercambiar agentes diplomáticos con Franco, por razones comerciales: porque *sir* Henry Hilton se retiró, dejando a John Leche, encargado de negocios en Valencia, que sería nombrado representante británico ante la República. *Sir* Robert Hodgson (cuyo conocimiento del español y experiencia como agente oficial en Rusia durante el año 1921 le hacían apto para aquel difícil cargo) fue enviado a Burgos como agente el día 16 de noviembre[1871]. El gobierno británico esperaba que, además de velar por sus intereses comerciales, la misión de Hodgson obtendría información sobre las pruebas militares alemanas e italianas[1872]. El duque de Alba fue a Londres con una función complementaria. Edén era contrario a la idea de recibir al duque y sólo se avino a ello cuando los españoles le preguntaron sus razones y él no supo dárselas[1873]. (Al cabo de unos cuantos meses Alba y su personal alcanzaron la categoría legal de diplomáticos, como mínimo; en marzo

de 1938, al duque se le dispensó del requisito legal de las pruebas para el permiso de conducción, a petición del Foreign Office)[1874]. Además, en el mes de noviembre, un buque de guerra británico, el Calatea, efectuó una visita de cortesía a Beigbéder, alto comisario en Marruecos y se izó la bandera rojigualda en un buque británico. Algo semejante había ocurrido en Palma. El día 2 de diciembre *von* Stohrer se quejó ante Franco de que Inglaterra había sido objeto de grandes concesiones por parte de España y le pidió explicaciones, pues Alemania quería quedarse con la parte del león del hierro bilbaíno y asturiano y aspiraba a una concesión ilimitada para comprar chatarra. De lo contrario se vería obligada a «reconsiderar su actitud» respecto al gobierno nacionalista. Franco calificó de «invenciones» a los alegatos alemanes, mostrando sorpresa por el hecho de que Alemania prestara tan poca atención a España. La demora en la aprobación del proyecto Montana —dijo Franco— se debía a que no tenía ejemplares de las leyes precedentes ni archivos, ni funcionarios competentes[1875]. Además, la cuestión de suscribir un contrato formal fue aplazada «hasta mañana».

El día de año nuevo, Franco recibió un mensaje personal de Mussolini. El Duce quería seguir enviando ayuda, pero ¿no podría usarse ésta con arreglo a los fines previstos, para emprender acciones con resultados decisivos[1876]?

Entretanto el barón *von* Stohrer informaba a Berlín que, si Franco había de ganar la guerra por la vía militar, Alemania tendría que enviar no sólo material sino muchos más técnicos y oficiales de estado mayor[1877]. Ciano estaba preocupado. Temía una ofensiva republicana que hiciera retroceder todo el frente nacionalista. ¿Qué sería de las fuerzas expedicionarias italianas? «O nosotros golpeamos primero —anotó en su diario el 14 de enero— o nos

desentendemos hábilmente de nuestros compromisos, contentándonos con llevar grabadas en nuestras banderas las victorias de Málaga y Santander»[1878]. A finales del mes se apoderó de Ciano una especie de frenesí, preocupado como estaba por los proyectos de Hitler sobre Austria y los designios de Mussolini sobre Albania. «Debemos poner fin a la aventura española», escribió.

En Burgos, los diplomáticos alemanes discutían acerca de las minas. El 25 de enero, Gómez Jordana dijo a *von* Stohrer que, para tratar del caso, debía atenerse a las leyes españolas porque «el pueblo español, por su mentalidad, tiene tendencia a responsabilizar de sus acciones a los anteriores gobiernos [...]. Nunca se sabe lo que puede ocurrir», agregó, con la sagacidad de un viejo monárquico. Al día siguiente Sangróniz —que todavía no ocupaba su nuevo puesto en Caracas— dijo al embajador: «Quiero decirle que no ha sido correcto resolver el caso según los deseos de Alemania. Era un error psicológico alarmar y, en cierto sentido, movilizar a las partes interesadas y a toda la administración española, mediante la venta de cuantiosos derechos sobre las minas. Ello creó una oposición que no se habría manifestado si Alemania se hubiera limitado a comprar tan sólo una parte por el momento»[1879]. No era la primera vez que la nación alemana era castigada por su propia codicia.

Los alemanes e italianos no eran los únicos que, siguiendo instrucciones de sus gobiernos y por voluntad propia, luchaban en el bando de la España nacionalista. De Portugal vinieron algunos voluntarios —probablemente unos mil durante el invierno de 1937-1938— y, procedentes de las agitadas filas de las derechas del resto de Europa, vinieron otros combatientes ansiosos de luchar contra el comunismo y en defensa de la religión o la monarquía o la «inmensa revolución salvadora», como llamaba a la causa franquista

uno de los personajes de la novela del escritor fascista francés Drieu la Rochelle, titulada Gilíes[1880]. Entre estos voluntarios figuraban *Camelots du roi* franceses, como el barón de la Guilloniére, que se alistó en las filas de los carlistas y murió en Vizcaya, o el coronel Bonneville de Marsagny quien, con un puñado de rusos blancos, se alistó en la legión; uno o dos ingleses o irlandeses, algunos restos de los desgraciados camisas azules de O'Duffy y otros voluntarios por cuenta propia[1881]. También había voluntarios procedentes de Hispanoamérica. Y finalmente los marroquíes, cuyo papel en el ejército nacionalista seguía siendo importante.

Confiada, despiadada y desdeñosa frente al enemigo, la España nacionalista había de sufrir el desafío de la República durante el invierno de 1937, desafío de unas proporciones totalmente imprevisibles.

43

La República ante el segundo invierno de la guerra. — Azaña, Prieto y Negrín. — El ocaso del separatismo. — Prieto y los comunistas. — Las fuerzas armadas. — Negrín y los comunistas.

Mientras los nuevos políticos nacionalistas soñaban con la revolución fascista inspirada en el pasado remoto, los viejos estadistas de la República vivían de recuerdos condenados a desaparecer. ¿Dónde estaba el error? ¿Habrían cambiado las cosas si Alcalá Zamora no hubiera sido presidente de la República? ¿Tenía la culpa Lerroux? Los nacionalistas rebosaban optimismo y en las filas republicanas cundía el pesimismo.

Desde el principio de la guerra Azaña se hallaba en estado de abatimiento. Hacía el otoño de 1937 creía ya inevitable la derrota e incluso llegó a discutir con sus excolaboradores, como Martínez Barrio, sobre la actitud que debería adoptar en tal circunstancia. México podría mantener su posición amistosa, pero no cabía imaginar la emigración masiva a aquel país de uno o dos millones de republicanos o socialistas. Francia podría cerrar la frontera. «¿Tendremos que quedarnos en España, abandonados a unas represalias atroces, por falta de una política a largo plazo?». Martínez Barrio creía que para la clase trabajadora, si todo se perdía, la derrota sería un revés temporal ya que ésta proseguiría de una u otra forma la lucha por sus intereses de clase. «Para

los republicanos sería el fin de todo, pues no cabe imaginar que en veinte o treinta años vuelva a instalarse en España una República liberal. Y ya podemos dar gracias a Dios si encontramos un rincón del mundo donde terminar nuestros días». Hablar del espíritu numantino sonaba muy bien, pero, en el último minuto, «los numantinos» desaparecerían[1882]. Azaña buscaba la paz, pero una paz real. «Porque no hay que devanarse mucho los sesos para imaginarse la fúnebre paz que reinaría en España tras la derrota de los republicanos». Así habló Azaña a Giral. Todos estos políticos despreciaban el «inextinguible optimismo» de Negrín, para decirlo con palabras de Giral, pero no sabían cómo combatirlo. Azaña, Martínez Barrio, Prieto y acaso todos los ministros, excepto Negrín y los comunistas, creían que la República no podía ganar la guerra militarmente, pero comprendían que no podían dejar abandonados a su suerte a los millones de españoles que apoyaban a la República. La persecución desencadenada después de los combates en el frente del norte, como admitieron Azaña y Martínez Barrio, era un anticipo de lo que sucedería en el resto de España si la República no conseguía la paz negociada. Muchos republicanos veteranos estaban aún más abatidos: Nicolau d'Olwer, primer ministro de Hacienda de la República en el año 1931 ahora creía que lo que más convenía a España era un régimen similar al de Primo de Rivera. ¿Qué ocurriría —se preguntaba inquieto Pi i Suñer, consejero de Cultura de Cataluña— si los nacionalistas organizaran una enorme ofensiva con todas sus fuerzas para entrar en Cataluña? ¿Ya lo ha considerado el estado mayor? Martínez Barrio creía que los llamamientos en los que se pedía combatir «hasta el último hombre y la última peseta» tenían cada vez menos capacidad de convocatoria. Todos estaban cansados de la guerra, pensaba Giral, el infatigable ministro de Asuntos

Exteriores que trajo consigo la eficacia de un ministerio que Álvarez del Vayo había dejado en un desorden total. De tal forma que, al principio, Giral tuvo que consultar en la prensa los detalles del proyecto británico de control (Azaña le tranquilizó, diciéndole que aquello era «tradición de la casa»)[1883].

Prieto sentía idéntico aburrimiento por la guerra que por la política del socialismo y por sus enemigos viejos y nuevos. «Me tiene sin cuidado que los partidos se unan o no —dijo una vez a Hernández y a Uribe—, porque, en cuanto se acabe la guerra, de cualquier modo que sea, tengo resuelto, si salvo el pellejo, dar por terminada y liquidada mi vida política, para siempre. En el primer barco que salga para el país de habla española más lejano, tomaré pasaje»[1884].

Sólo Negrín, con su «tranquila audacia» conservaba alguna esperanza. Estimaba que incluso una paz de compromiso sólo podía concluirse si quedaba alguna posibilidad clara de victoria. La frontera francesa se hallaba abierta al tráfico de armas, lo que se debía, en opinión de Negrín, a su propia diplomacia. Buen lingüista y experto viajero, veía la salvación de España en Ginebra, París o Londres. Su asociación con Azaña era compleja, pero las relaciones constitucionales entre ellos no eran cómodas. En el otoño de 1937 parecían amigos personales. Ambos coincidían en la política a seguir respecto a Cataluña y la CNT pero, mientras Negrín era el motor del esfuerzo bélico, Azaña no pasaba de ser un mero observador, cuyo papel se limitaba a disputar con Negrín acerca de los nombramientos de cargos públicos. Años antes, en una comida con Azaña y Araquistain, Negrín había dicho que España «necesitaba una dictadura con reglas democráticas que preparara al pueblo para el futuro»[1885]. Ahora tenía la ocasión de poner en práctica esta idea. Gobernaba por decreto. Todos los

decretos debían ir refrendados por Azaña. Ello no garantizaba la supervivencia de la democracia, pues no existían medios de desafiar al gobierno, salvo el uso de grupos de presión o la intimidación. Las ocasionales reuniones de las Cortes carecían de vida. La prensa, como reconoció Azaña, parecía que estuviera escrita por la misma mano, que habitualmente era «combativa e inculta»[1886].

La primera necesidad de Negrín era la de poner término a la desunión geográfica de la República. A finales de 1937 se había avanzado mucho en este sentido, pero el gobernador civil de Cuenca todavía se lamentaba de que su provincia era como el Rif: «No hay carreteras ni teléfonos. No tengo forma de conectar con muchos pueblos. La provincia está ocupada por columnas de milicianos irregulares». Dos de sus predecesores habían abandonado su puesto, temiendo por sus vidas. Por los pueblos andaban medrando numerosas columnas anarquistas que no contribuían en nada a la guerra. El gobernador empezó su mandato instalándose en una residencia oficial en donde todos los muebles eran robados[1887]. El general Hernández Saravia encontró aún mayor confusión un poco más al norte al hacerse cargo del mando en Teruel, con el nuevo ejército de Levante.

El mayor desafío frente a la autoridad republicana seguía siendo el de los catalanes, aunque durante el año había ido consolidando la «normalización» de la vida en Cataluña: Antonio Sbert, consejero de Gobernación de la Generalitat, había conseguido restaurar en buena medida el orden, mientras Pi i Suñer (consejero de Cultura) y Bosch Gimpera (consejero de Justicia y encargado de la enseñanza superior) restablecieron el imperio de la razón en sus respectivas esferas, pese a algunos roces con el gobierno central. Todas las sentencias de muerte pronunciadas por cualquier tribunal eran sometidas a revisión por el gobierno. Los

tribunales de justicia ordinarios, superiores y de apelación, el colegio de abogados, el colegio oficial de notarios, el registro civil funcionaban normalmente. ¿Era una restauración de la vida burguesa que había impelido a los anarquistas y socialistas a emprender la revolución? Indudablemente sí. Pero ahora cada vez había más personas que se daban cuenta, aunque tardíamente, de que la vieja y despreciada república burguesa era el mejor amigo que podían haber tenido[1888]. Las sentencias pronunciadas en 1936 fueron revisadas y empezaron a investigarse los crímenes de los primeros días de la guerra, con gran enojo de la CNT, que asistía al interrogatorio e incluso al encarcelamiento de eminentes anarquistas del verano revolucionario, como por ejemplo Barriobero, Aurelio Fernández y el mismo Sánchez Roca, subsecretario de García Oliver cuando éste era ministro de Justicia[1889]. Los comunistas también protestaban de que la policía catalana interrogase a miembros del PSUC. El comunista Vidiella, consejero de Trabajo, alegó que la policía no podía investigar los «actos revolucionarios». Pero los interrogatorios continuaron igual, aunque a los comunistas les resultaba mucho más fácil sustraerse al castigo que a los anarquistas.

Con todo, Cataluña seguía siendo un Estado dentro del Estado. Azaña no podía olvidar que en los momentos de debilidad del gobierno republicano Cataluña había tomado muchas iniciativas que correspondían al Estado español; y Negrín creía que era esencial la intervención no del Estado, sino del Estado español, en la industria catalana para que ésta contribuyera eficazmente al esfuerzo bélico. Además, y pese a las subsiguientes protestas de Companys, en una larga carta fechada el día 13 de diciembre, la industria catalana estaba muy por debajo de los niveles alcanzados

antes de 1936[1890]. Incluso el sector de la industria metalúrgica, que había atravesado un momento de expansión en el invierno de 1936-1937, volvió a caer en los años 1937-1938 a un nivel, no ya más bajo que el alcanzado a comienzos de 1936, sino inferior al conseguido en los peores años de la depresión. El índice global de producción industrial en noviembre de 1927 apenas llegaba a la mitad del de junio de 1936[1891]. Las cifras de las industrias bélicas no podían compararse con los índices anteriores a la guerra, pero en casi todos los sectores la producción era inferior a sus posibilidades y en muchos casos muy inferior[1892]. La escasez de materias primas y las irregularidades del suministro, junto con la reducción del mercado subsiguiente a cada victoria de los rebeldes eran las responsables de la situación, al tiempo que el comunista Comorera, consejero de Economía, aseguraba que el delegado del gobierno catalán intervenía cada vez más en todos los comités de fábrica. Pero Negrín estaba resuelto a zanjar definitivamente el problema de la autoridad y, con el apoyo de Azaña, y la oposición de los comunistas, decidió trasladar la sede del gobierno de Valencia a Barcelona[1893].

Ello se produjo en el otoño de 1937, con una deliberada desconsideración hacia las susceptibilidades de los catalanes. Negrín requisó edificios a su antojo para instalar los ministerios, desoyendo las ofertas de Companys para procurarle acomodo, y evitó todo contacto con éste, ya fuera por escrito o personal. Llegó a provocar que Companys no pudiera asistir a la ópera al negarle plaza en el palco presidencial del Liceo. Negrín se instaló en el palacio de Pedralbes mientras Azaña le acompañaba en su regreso a la capital catalana.

Tales actos enfurecieron a la Generalitat. Eran la culminación de «un intento porfiado y sistemático de

mermar la autoridad del gobierno catalán». En todo lo demás, pensaban los catalanes, el gobierno se hallaba desorganizado y vacilante y sólo mostraba firmeza en el trato con Cataluña. Los jóvenes catalanes que estaban en el frente no sabían por quién combatían. Éste era el punto de vista de Pi i Suñer, que expuso a Azaña en una protesta formal que se remitió a éste en septiembre. El Estado, agregaba Pi i Suñer, debía a Cataluña 70 millones de pesetas por servicios de guerra. Cataluña pagaba al ejército de Aragón sin compensación alguna, la policía catalana había sido disuelta, existiendo, además, un servicio de información especial de reciente introducción desafecto a Cataluña. Los catalanes consideraban al ejército del este como un ejército de ocupación y temían que los comunistas estuviesen proyectando una dictadura militar. El mito heroico de la resistencia de Madrid, se lamentaban, era un mero instrumento para justificar el centralismo. Los servicios estatales de orden público en Cataluña no estaban coordinados con las actividades del gobierno catalán. Al mismo tiempo, los comunistas catalanes recibían apoyo del gobierno central y trataban de acapararlo todo para sí. Los catalanes querían garantías de que, una vez restaurada la paz, recobrarían su propio régimen[1894]. Azaña aseguró a su visita de que a nadie se le había ocurrido suprimir la Generalitat. El en tiempos hábil Companys parecía estar al límite de sus recursos: la mayoría de la gente le creía enfermo, Prieto le consideraba un hombre acabado, y Negrín, un personaje inútil. Companys alegó su voluntad de dimitir, pero sus amigos le convencieron de que no había nadie que pudiera sucederle; y efectivamente, Tarradellas y Comorera, su más íntimos colaboradores, eran en opinión de Prieto «dos miserables canallas, [...]. Son incapaces de una reacción noble»[1895], aunque fueran personas competentes.

Los vascos, después de ser derrotados, no estaban en posición de crear semejantes problemas. Sus dirigentes se habían trasladado a Barcelona, formando un «gobierno en el exilio». Azaña se reía con desdén de los aires de Aguirre, especialmente al referirse al «eje Bilbao-Barcelona», que coordinaba los objetivos de los separatistas. Como consecuencia del traslado se reanudaron los servicios religiosos católicos en la capital catalana, en la sede del gobierno vasco. En el mes de julio, Irujo, ministro de Justicia, propuso que volvieran a abrirse las iglesias. El consejo de ministros dio su permiso para celebrar servicios religiosos en domicilios privados, autorizados por el gobierno.

En octubre el ministro de Hacienda declaró que la plata y las joyas destinadas a fines religiosos quedaban exceptuadas de la ley que ordenaba la entrega de piedras y materiales preciosos al gobierno para contribuir a la financiación de la guerra; si bien es verdad que gran parte de aquellos objetos habían desaparecido. Durante el invierno 2000 sacerdotes habían regresado del exilio a Barcelona. Iban vestidos de paisano aunque (desde marzo de 1938) ya no se les llamó para prestar el servicio militar, como sucedió antes, sino que ingresaban en el cuerpo médico. Además, el Vaticano no deseaba el restablecimiento formal de la religión en la República. Ello habría debilitado la pureza católica de la causa de Franco. El cardenal Vidal y Barraquer parecía dispuesto a reintegrarse a la catedral de Tarragona, pero no obtuvo el permiso correspondiente[1896].

El triunfo logrado por Negrín y el gobierno central les permitió olvidar muchas frustraciones. Prieto se enfrentaba con un problema de autoridad similar. Como se recordará, Prieto, en su empeño de expulsar del gobierno a Largo Caballero, estuvo dispuesto a utilizar al Partido Comunista

con tal finalidad. En un momento dado llegó a propugnar la unificación de los partidos socialista y comunista. El ánimo, el realismo y la confianza del Partido Comunista en el curso de la guerra durante el invierno de 1936-1937, llevó a Prieto a adoptar una actitud de tolerancia con los comunistas, una vez comprendió que compartían su misma actitud respecto a Largo Caballero e incluso respecto a los anarquistas. Con todo, el caso de Nin y el POUM quebrantó su confianza. Después de varios incidentes surgidos durante su primer mes al frente de los ministerios fusionados, Prieto llegó a la conclusión de que la política del Partido Comunista era la de apoderarse de «todos los recursos del Estado español» y a finales de junio[1897], Prieto se enfrentó con los asesores rusos a propósito de un aparato alemán Messerschmitt 109 que había caído casi intacto en manos republicanas. Los comunistas querían entregarlo a los rusos y Prieto insistió en ofrecérselo primero a los franceses[1898]. Durante la ofensiva de Aragón, en el mes de agosto, Prieto se quejó del comportamiento y la incompetencia de los asesores rusos y se vio contrariado por la actitud de éstos en el caso del destructor *Ciscar*, como ya se ha visto. En el otoño, Prieto lanzó una maniobra calculada para restringir la influencia rusa, incluso en el seno del ejército: se prohibió a los oficiales que realizaran actos de proselitismo político o que asistieran a reuniones de partido. En noviembre, Crescenciano Bilbao, amigo de Prieto, sucedió a Álvarez del Vayo como jefe superior de los comisarios políticos. Este último había convertido el comisariado político en una organización «casi totalmente comunista»[1899]. Quedaron suprimidos muchos puestos de comisario en el frente, a pesar de las protestas comunistas: Antón, comisario general del ejército del centro, fue así trasladado a un batallón regular. Este último era un hombre joven que antes de la

guerra civil había trabajado como empleado de ferrocarriles y ahora era secretario del partido en Madrid. Se rumoreaba que era el amante de «la Pasionaria», veinte años mayor que él. Ciertamente, ambos ocupaban la misma vivienda, en Madrid, compartida también por Togliatti[1900]. Antón era un dirigente obrero español, formado en la nueva generación burocrática. ¡Cuán distinto era de Julián Ruiz, minero asturiano, que fue marido de «la Pasionaria» en sus años de juventud, y de quien ésta tenía ahora dos hijos adultos! La orden de Prieto provocó las iras de «la Pasionaria» y finalmente Antón abandonó su puesto de comisario sin regresar al frente. El Partido Comunista también controlaba las diversas fuerzas de policía de la República y las cárceles estaban abarrotadas de enemigos políticos de aquél junto con los auténticos enemigos de la República. En febrero de 1938, George Orwell, al regresar a España, calculó en 3000 la cifra de presos políticos. El cálculo es bastante ajustado si se incluye en él a los anarquistas y otros detenidos por crímenes revolucionarios cometidos en los primeros días de la guerra, a los que ya nos hemos referido[1901]. Los líderes del POUM que habían salvado la vida, al revés que Nin, se encontraban en espera de juicio. Los hombres de Orlov seguían en activo, mientras se formaba un nuevo servicio de contraespionaje llamado SIM (Servicio de Investigación Militar), más importante todavía. El fin de esta organización, que gozaba de merecida mala fama, era limitar las actividades de los «incontrolables», anarquistas u otros. Por esta razón Prieto, bajo la presión de los «técnicos» rusos, accedió a dar al SIM una posición privilegiada[1902]. Prieto esperaba así poder coordinar todos los servicios de «inteligencia» que funcionaban en la República —algunos de ellos dirigidos por el ejército, otros por el ministerio de Gobernación, uno por los vascos y otro por los catalanes— y

que se elevaban a nueve, como mínimo[1903]. Designó al socialista Ángel Díaz Baza, amigo suyo, como primer jefe del SIM. Este individuo simpático no era, con todo, la persona más adecuada para dirigir unos servicios secretos en tiempos de guerra civil. El en tiempos dirigente de la juventud republicana de izquierdas, Prudencio Sayagüés, que hasta entonces había sido el segundo de a bordo, asumió el mando provisionalmente. En los primeros días de la guerra, éste había dirigido unos servicios de contraespionaje dependientes del ministerio de la Gobernación, que actuaron con temeridad e incompetencia[1904]. Pero los problemas se sucedían: Prieto ordenó arrestar a un comandante de milicianos de filiación comunista apodado «el Negus», que había recorrido toda Cataluña buscando apoyo para formar un movimiento destinado a conseguir la dimisión de Prieto como ministro de Defensa. Pero al final se supo que la detención no era obra del SIM sino de los comunistas, en cuyos calabozos fue recluido el inculpado, sin que nunca volviera a saberse de él. Prieto se enfureció[1905]. También surgieron problemas a propósito de los jefes locales del SIM. El compositor e intelectual Gustavo Durán, que fue una de las revelaciones militares de la guerra, exjefe de personal a las órdenes de Kleber y excomandante de división en Brunete, fue llamado para dirigir el SIM en Madrid. Prieto se enteró de que aquél había nombrado a una mayoría de comunistas para servir a sus órdenes y le trasladó al servicio activo. Un «técnico» ruso protestó ante Prieto: Éste se negó a reponer a Durán y las relaciones con los rusos empeoraron[1906]. A Durán le sucedió en Madrid Ángel Pedrero García, que había acompañado a García Atadell en las odiosas «patrullas de madrugada» y, que, más recientemente, había dirigido una de las minúsculas fuerzas de contraespionaje que existían con anterioridad a la

fundación del SIM.

El director general del SIM después de Sayagüés fue el coronel Uribarri, oficial socialista que estuvo al frente de una columna de guerrilleros en la sierra de Gredos en octubre de 1936 y, al iniciarse las hostilidades, era capitán de la guardia civil de Valencia y se mantuvo leal a la República. Había sido comandante en el frente de Toledo, en donde vivía, en palabras de Líster, como un barón feudal. Su cuartel general en esta ciudad era «un nido de espías» y sus subordinados tenían por amantes a las hijas de los terratenientes locales[1907]. En los primeros tiempos de su actividad en el SIM sirvió con lealtad a Prieto y le denunció casos de funcionarios rusos que pretendían prescindir de éste y consultar directamente con él. Luego los comunistas supieron manipular la personalidad de Uribarri. Rendido por el trabajo, permitió que el SIM se transformara en lo que Prieto siempre trató de impedir que fuese: una policía política comunista. Aquí, como en tantos aspectos de la guerra civil, el curso de los acontecimientos jugaba en favor de los comunistas. Ellos eran los únicos que tenían la tenacidad necesaria para organizar una policía secreta eficaz. En todo caso el SIM pronto empezó a emplear los viles métodos de tortura de la NKVD: se construyeron celdas de unas dimensiones tan pequeñas que apenas cabía en ellas un prisionero y el suelo era de ladrillos colocados de canto. Se instalaron fuertes luces eléctricas que producían deslumbramiento, o se utilizaban ruidos ensordecedores, o baños helados, hierros candentes o porras. El SIM fue responsable del asesinato de varios reclutas del ejército republicano, y no sólo de los cobardes e ineficaces, sino también de aquellos que no estaban dispuestos a seguir las órdenes de los jefes comunistas. Los jefes locales del SIM, entre ellos Apellániz, en Valencia y Francés, en Andalucía,

se mostraban brutales fueran o no propiamente comunistas (Apellániz era un exfuncionario de correos que había ingresado en la policía). Muchos de los dirigentes del SIM eran miembros de las juventudes socialistas-comunistas, como Santiago Garcés, quien terminó de jefe nacional de dicho movimiento: una de las muchas personas cuyas actividades anteriores a la guerra, de dudosa legalidad, habían contribuido a provocar el conflicto y a las que la responsabilidad y el poder no hicieron sensatas ni humanas[1908].

Pero no fue el SIM, sino una sección del ejército republicano, la responsable de una repugnante maquinación en Madrid. Se cavó un túnel que llevaba de una casa del madrileño suburbio de Usera a las líneas nacionalistas. Numerosos simpatizantes nacionalistas, incluidos algunos refugiados en las embajadas, pagaron por conseguir la huida. Cuando llegaron al túnel, llevando encima algunos efectos personales y sacos de dormir, los mataron a tiros. Sesenta y siete personas murieron engañadas por el túnel de la muerte[1909].

La versión judicial del SIM eran los tribunales militares que se formaron para celebrar juicios sumarísimos por espionaje y otros delitos. La creación de estos organismos trajo consigo la dimisión del ministro vasco Irujo, en enero de 1938. Pasó a ser ministro sin cartera, siendo sucedido en el ministerio de Justicia por el presidente del ejecutivo de la UGT, Ramón González Peña, el héroe de Asturias en 1934 y decidido prietista a principios de 1936. A partir de entonces los tribunales funcionaron por procedimientos sumarios, sin garantías para la defensa de los acusados. Todas las pruebas se limitaban a los atestados levantados por la policía especial o a los informes del SIM[1910].

Es razonable denunciar la injusticia y la ilegalidad de estos tribunales, aun cuando se preveía que no se ejecutaran penas de muerte sin previa aprobación del gabinete y ello era obligatorio, salvo en los casos de fusilamientos en el frente por deserción o cobardía ante el enemigo[1911]. Durante el año 1938 pronunciaron unas 240 sentencias de muerte y los tribunales de seguridad otras 725. Pero muchas de ellas no se ejecutaron. Probablemente no llegaron a mil las que fueron fusiladas en la retaguardia republicana durante el año 1938.

El ejército republicano contaba ahora con unos 750 000 hombres. Había 1500 piezas de artillería, incluyendo armas antiaéreas. Esta enorme organización costaba 400 millones de pesetas al mes, cifra superior al presupuesto nacional de antes de la guerra. El jefe de estado mayor era el apolítico, o políticamente ambiguo, Vicente Rojo, que fue promovido a general en noviembre de 1937, y resultó ser eficaz en su cargo, pese a su innato pesimismo. El ejército del centro seguía mandado por Miaja, el de Levante, por Hernández Saravia y el del este, por Pozas. Dos ejércitos inactivos, el de Andalucía y el de Extremadura, estaban encabezados respectivamente por los coroneles Prada y Burillo. Aquél fue el último comandante en jefe del norte, y éste era el aristocrático y «comunistizante» exjefe de los guardias de asalto. Hidalgo de Cisneros, al frente de la aviación republicana, contaba ahora con 200 cazas, 100 bombarderos y otros 100 aparatos de reconocimiento o de otro tipo. Así, la República mantenía su superioridad en cuanto al número de aviones, salvo bombarderos. La mayoría de los aparatos ya iban pilotados por españoles y no por rusos, aunque Rusia todavía mantenía una misión aérea a las órdenes de «Montenegro», que había sido sucedido por un tal coronel «José», igualmente inidentificado[1912]. La flota permanecía

inactiva. Después de la pérdida de un convoy procedente de Rusia el día 7 de septiembre, debido a la reacción del capitán del crucero nacionalista *Baleares*, Buiza fue destituido de su puesto de almirante responsable de la flota, siendo sustituido por el capitán González de Ubieta. Pero la situación naval de los republicanos seguía empeorando. La moral era baja, raras veces se tomaban iniciativas y la flota republicana, al revés de lo que sucedía con los nacionalistas, era un gasto desproporcionado para su eficacia real en la guerra.

Las Brigadas Internacionales estaban formalmente incorporadas al ejército republicano. Oficialmente, ocuparon el lugar de la legión extranjera del antiguo ejército español. Se prestó cuidadosa atención a la disciplina y la uniformidad. En el semanario *Our Fight*, publicado en inglés por la 15.ª Brigada Internacional, apareció una justificación del saludo en cinco puntos:

> 1. El saludo es el modo militar de decir «hola».
> 2. El saludo es el modo más rápido para un soldado de decir a su oficial: «¿Qué ordena?».
> 3. El saludo no es antidemocrático: dos oficiales de la misma graduación, cuando se encuentran de servicio, se saludan mutuamente.
> 4. El saludo significa que un camarada que era individualista y egocéntrico en su vida privada se ha adaptado a una forma colectiva de hacer las cosas.
> 5. El saludo es la prueba de que nuestra brigada se está convirtiendo en un acerado instrumento de precisión para eliminar a los fascistas y está dejando de ser un grupo de aficionados[1913].

A principios de 1937 estas recomendaciones iban acompañadas por un llamamiento a todos para que aprendieran el español. El periódico *Volunteer for Liberty* decía que ello era «nuestro deber de antifascistas».

A las brigadas se les hacía cada vez más difícil encontrar nuevos reclutas en el extranjero. Así, el Partido Comunista italiano empezó reclutando 400 voluntarios al mes, cifra que

luego descendió a 100 o 150. En el invierno de 1937-1938, esta cifra fue de 68, 77 y 34 en los meses de diciembre, enero y febrero[1914]. Los voluntarios regresaban decepcionados. La liquidación del POUM causó pésima impresión. Las brigadas acogían cada vez más a voluntarios españoles. Se estaba incubando la crisis en el seno de la organización. El francés Vital Gaymann, director de la base de Albacete, fue acusado de desfalco y marchó en dirección a París. Al parecer, él y sus secuaces se habían apoderado de muchos de los efectos personales de los voluntarios[1915]. Su sucesor fue «Gómez» (Zaisser), quien anteriormente había mandado la 13.ª Brigada Internacional. Este nombramiento avivó el conflicto entre los comunistas alemanes y franceses de Albacete. El búlgaro Karpov, intendente del ejército (en sustitución de Louis Fischer), y el comunista francés Grillet, junto con su mujer, también fueron acusados de desfalco. Los Grillet eran amigos íntimos de Pauline Marty. Al final se extendió el rumor de que el propio Marty había «*volé les soldats de la liberté*». El escándalo creció tanto que el gran hombre se vio obligado a ir a Moscú para justificarse y no volvió a España durante largo tiempo[1916].

También estalló otro escándalo en el que se vieron implicados los generales Asensio, Martínez Cabrera y Martínez Monje, asociados a Largo Caballero. Después de la caída de Gijón fueron detenidos, junto con el coronel Villalba, de Málaga, acusados de traición. Pero demostraron su inocencia y fueron puestos en libertad[1917].

La República habría mostrado más sentido militar de haber prestado mayor atención al problema de la escasez de camiones de repuesto que a descubrir espías potenciales. La escasez de camiones era resultado de la negligencia y no sólo de las pérdidas en el campo de batalla[1918]. Cundía la desilusión en todo el ejército, y no ya simplemente en las

Brigadas Internacionales: en este segundo invierno de la guerra fueron frecuentes la fatiga, el *shock* nervioso y la desmoralización, como puede deducirse del número de causas seguidas contra quienes abandonaban la batalla sin permiso o como desertores[1919]. Las deserciones fueron en aumento. Si bien es verdad que la República había organizado un ejército moderno antes que sus rivales, no es menos cierto que en su seno se reprodujeron las envidias y la burocracia que caracterizaban al antiguo ejército: Miaja, por ejemplo, se sintió con el suficiente poder para insistir en que no se emplearan sus reservistas para combatir en otros frentes que no fueran los de la zona central.

Gracias a Rusia, empezaban a adquirirse las armas esenciales, aunque, como señalara Prieto al encargado de negocios norteamericano, Stalin temía que quedara al descubierto lo que todo el mundo sabía ya, es decir, que estaba vendiendo armas al gobierno republicano. La República, señaló Prieto, se veía obligada a pagar la tarifa completa por las mercancías que compraba. Aparte de Rusia la República compraba armas a intermediarios y aventureros. Todos ellos, se lamentaba Prieto, sacaban unos beneficios desorbitados[1920]. En el centro de estos traficantes de armas e idealistas, agentes del Komintern y gangsters vulgares, el periodista norteamericano Louis Fischer seguía dirigiendo la cadena de compraventa de armas desde el hotel Lutetia de París, en colaboración con el coronel Pastor. Mandaron unas doscientas expediciones de material de guerra de Francia a España en los nueve meses comprendidos entre el 1 de julio de 1937 y el 1 de abril de 1938[1921].

Continuaron las dificultades de Negrín con los socialistas caballeristas y los anarquistas. En discursos pronunciados en París y en España, Largo había ofendido a sus sucesores. Sus

partidarios fueron expulsados de *Claridad*, periódico socialista madrileño, que tanto había hecho por defender su causa a principios de 1936. El 1 de octubre, la UGT, tras una penosa discusión, expulsó a Largo Caballero y a sus partidarios del comité ejecutivo con el pretexto, técnicamente válido, pero en realidad indefendible, de que no había pagado sus cuotas[1922]. El hecho en sí era una prueba más de que la guerra es capaz de ennoblecer a las personas, pero también de rebajarlas. El 19 de octubre, el exjefe de gobierno pronunció un discurso en Madrid en el que criticaba la actuación de Negrín en la guerra. El gobierno autorizó el discurso creyendo que Largo Caballero daría la impresión de estar loco. Pero, en cambio, resultó ser una autodefensa digna y exenta de amargura[1923]. Sus actividades posteriores fueron prohibidas. El director general de Seguridad, Carlos de Juan, telefoneó personalmente a Largo Caballero para impedir que éste se desplazara a Alicante donde iba a pronunciar otro discurso, alegando que no estaban autorizadas las concentraciones de masas. Largo Caballero protestó, sin resultado[1924].

Durante el verano de 1937 el Partido Comunista siguió presionando para lograr la unificación entre socialistas y comunistas, y el 17 de agosto se publicó un pacto de cooperación entre ambos partidos. En él se reiteraban los objetivos bélicos del gobierno de Negrín, y se agregaba el siniestro comentario de que la izquierda revolucionaria habría de ser purgada. Pero ni en esta declaración ni en otra posterior, firmada el día 10 de octubre por los cinco partidos del Frente Popular, hacían ninguna concesión nueva a los comunistas. A finales de octubre, Negrín concluyó las discusiones sobre la unidad declarando que una organización rígida era más adecuada para la España nacionalista que para la republicana. Este desaire no se vio

compensado por el éxito obtenido por los comunistas en el mes de noviembre, cuando lograron una alianza de los movimientos juveniles, incluyendo a los anarquistas (Alianza Juvenil Antifascista o AJA) por medio de un programa moderado. Los socialistas no pudieron oponerse a él, pues sus Juventudes ya habían quedado absorbidas tiempo atrás. Aunque la nueva organización no tenía una política propia, no dejaba de ser un claro indicio de que las juventudes anarquistas habían aprendido la lección de las algaradas de mayo. Ya no serían la punta de lanza de la oposición no oficial. (El hundimiento de Asturias había acabado con la rama independiente de las juventudes de esta provincia, creada por escisión).

El 1 de octubre, las Cortes celebraron una de las seis sesiones anuales que venían manteniéndose para guardar las formas externas de la democracia. Dominaban en ella los fantasmas. En los primeros meses de la guerra, veintiocho diputados habían sido asesinados en zona republicana; por lo menos el doble de esa cifra son los que fueron fusilados por los rebeldes, y probablemente cien diputados de los elegidos en 1936 apoyaban la rebelión contra la República con éxito aparente. Muchos diputados republicanos se encontraban en el extranjero, como Marcelino Domingo o Albornoz, u ocupaban puestos de embajador o se hallaban en el exilio. Entre los doscientos diputados presentes —cifra aproximada— había varios radicales y un miembro de la CEDA. Pórtela Valladares, el débil jefe de gobierno de las elecciones del 36, asistió a la sesión. En un primer momento se unió a la causa de Franco salvándose de morir a manos de los anarquistas. Luego explicó que Franco había intentado convencerle de que proclamase el estado de guerra después de las elecciones de 1936. Era un hombre ambiguo y el discurso que pronunció en esta ocasión no aumentó su

prestigio. Los comunistas, que decían contar con 300 000 afiliados, aparte del PSUC (con unos 64 000) y las juventudes socialistas-comunistas unidas, propusieron la celebración de nuevas elecciones, aunque sin mucho entusiasmo. Ciertamente la representación parlamentaria del partido no reflejaba su fuerza real.

La crítica más dura a la acción del gobierno vino de las filas de la CNT, algunos de cuyos miembros todavía confiaban en crear un estado sindicalista al margen de la guerra civil. Durante el otoño y el invierno de 1937-1938 concentraron sus esfuerzos en mantener la independencia, aunque sin tratar de extenderla, tratando de conservar a ultranza el funcionamiento de sus ya escasas colectividades. En septiembre de 1937 se celebraron sendos congresos de la CNT en los que se discutió la línea a seguir. Aunque se examinaron algunas propuestas de reforma que cubrían todos los aspectos de la economía republicana, la mayor parte de las ideas presentadas tendían a mejorar el estado de cosas existente. El aspecto milenario del anarquismo se había casi esfumado. Lo que quedaba de él no parecía sino un movimiento federalista sin organización nacional efectiva, que en general prestaba su apoyo al gobierno, aunque de mala gana. Bajo la influencia de Horacio M. Prieto, el realista exsecretario general de la CNT, se pudo convencer a los anarquistas de que aceptaran la nacionalización de las grandes industrias y bancos a cambio de la colectivización de las pequeñas empresas, y también la «municipalización» de los servicios locales. Pero no siguieron a Horacio M. Prieto hasta el punto de formar un partido político surgido de la CNT, como el Partido Socialista había surgido de la UGT[1925]. La ocupación de Aragón por las tropas de Líster fue acompañada por esfuerzos similares, aunque frustrados, encaminados a

destruir las colectividades de La Mancha y Castilla, por parte de las tropas comunistas de «el Campesino». En septiembre de 1937, se produjo en Barcelona un penoso incidente, y sólo en el último momento pudo evitarse el estallido de una nueva guerra entre los distintos partidos cuando las fuerzas armadas intentaron ocupar la sede del sindicato de alimentación, en donde todavía quedaban armas ocultas: se descubrieron 8000 bombas, centenares de fusiles, ametralladoras y millones de cartuchos[1926].

En el invierno de 1937-1938 subsistían aún muchas colectividades en la España republicana, incluso en Aragón, aunque había rumores incesantes sobre su próxima abolición. Pero la fe ya había desaparecido. Los periódicos anarquistas seguían criticando al gobierno y a los comunistas en casi cada número. «Hoy todavía más que en tiempos de la dictadura [de Primo de Rivera] —escribió en *Campo Libre* alguien que firmaba con el apodo de "un ateo"— unos hombres mediocres, borrachos y arrogantes declaran ser los dueños absolutos de España»[1927]. En otro número del mismo periódico se colocaba a los comunistas en el mismo plano que a Maquiavelo y a Ignacio de Loyola[1928]. «Desde Cristo hasta Durruti —decía otro artículo— el poder político, cualquiera que fuese su nombre, se ha complacido en asesinar a los predicadores de doctrinas»[1929]. A lo largo del invierno, la censura se fue haciendo cada vez más rigurosa; *Solidaridad obrera* fue suspendida varios días por el mero hecho de dejar espacios en blanco en los lugares correspondientes a los artículos censurados: ningún periódico podía dejar constancia de la actividad de la censura, ni por obra ni por omisión. A la mayor parte de los anarquistas, los dirigentes del Partido Socialista se les antojaban idénticos a los «otros marxistas», es decir, a los comunistas. Además la vieja UGT era distinta y entre ésta y

la CNT existía buena colaboración a nivel local. La colectividad de zapateros de Lérida, la cooperativa del chocolate de Torrente —Valencia—, los molinos de harina de la misma Valencia, las colectividades generales de Játiva o Mas de las Matas, seguían funcionando y, si no mediaba presión alguna de los intereses del gobierno, actuaban con la misma independencia que a principios de la guerra.

A finales de 1937, el Instituto de Reforma Agraria informó que se habían expropiado 5.800 000 acres de tierra por abandono de sus dueños o por responsabilidades políticas y 4.800 000 acres por razones de «utilidad social». Así, la República ponía en práctica de forma irónica, la ley de 1935. Otros 3 millones de acres fueron ocupados provisionalmente. En total sumaban 13 millones de acres, o sea una cuarta parte de la superficie cultivable de la zona republicana[1930]. Según un informe, en 1937-1938 se plantaron 100 000 acres más de cereales que en 1936-1937, pero faltaba mano de obra. El mismo informe señalaba que los tractores no eran manejados correctamente: la capacidad del gobierno para prestar ayuda venía limitada por la actitud de los campesinos, quienes no declaraban cuántas máquinas poseían por miedo a la confiscación[1931]. El gobierno no halló el medio de convencer u obligar a las colectividades o a los campesinos para que, en vez de consumirlos, entregasen los frutos de lo que a veces era una mayor producción.

A finales de 1937, circulaban continuos rumores de negociaciones para lograr una paz de compromiso. Ángel Ossorio y Gallardo, embajador de la República en París, recibió el encargo de ponerse en contacto con un grupo de monárquicos en esta ciudad. Ángel Díaz Baza, amigo de Prieto, entabló negociaciones en Hendaya con el nacionalista Troncoso, gobernador militar de Irún[1932]. Pero, en realidad, Franco no tenía el más mínimo propósito de

hacer concesiones. Otro contacto se estableció a través de la Cruz Roja. El doctor Junod, con la ayuda de la embajada británica en Hendaya, logró intercambiar pequeños grupos de prisioneros. Pero ello apenas podía influir en la situación de otros tantos miles que seguían en España. La mayoría de los refugiados en las embajadas extranjeras de Madrid desde el comienzo de la guerra seguían en ellas. En enero de 1938, en su mayor parte fueron trasladados a Valencia con las respectivas embajadas, y, algo más tarde, fueron enviadas al extranjero 500 personas refugiadas en la embajada francesa. En las embajadas de Valencia, sin embargo, quedaron más de 2000 personas[1933]. La mayoría de los anarquistas consideraban a Negrín el símbolo de la contrarrevolución. Con todo, y a pesar de que continuaron los desórdenes y la inquietud interna, el gabinete de Negrín alcanzó un grado tal de unidad que constituía de por sí una revolución dentro de la historia de España. El propósito de Negrín era crear un Estado fuerte, capaz de resistir, si no de vencer, a otro Estado igualmente fuerte. También trató de limitar la expansión de las colectividades agrarias, de reducir el control obrero, sustituyéndolo por la nacionalización o la dirección estatal. Quiso dar estímulos a los poseedores de capital y a la pequeña burguesía, y compensar a quienes habían visto confiscado su capital. La reforma agraria continuó, pero el ministerio de Agricultura no concedió créditos ni ayuda técnica a las colectividades agrarias no reconocidas por el Estado. Ello representaba una razonable solución socialdemócrata a los problemas de España durante la guerra. Negrín luchaba por la democracia y la libertad, aunque llegó a confiar en el apoyo de los comunistas (muchos de los cuales lo eran por mero oportunismo). Quienes luchaban por la revolución, de cualquier signo que fuesen, jamás le perdonaron. Así pues, tuvo muchos

enemigos, y entre ellos figuraban, como mínimo, los indicados por el competente y realista coronel Prada, último comandante en jefe del ejército del norte, a Azaña: «Lo peor de esta guerra no es que casi nadie diga la verdad de lo que ve y sabe, sino que muchas personas responsables son incapaces, por tener los cascos llenos de viento, de darse cuenta exacta de lo que ven»[1934].

44

Teruel. — Attlee en el batallón británico. — El coronel Rey d'Harcourt. — Canta Paul Robeson. — «El Campesino», rodeado. — Ruptura del frente de Aragón. — Queda abierto el camino a Barcelona. — Las fuerzas de Alonso Vega llegan al mar.

Tras la conquista de Asturias la idea de Franco era atacar Guadalajara y dirigirse luego contra Madrid. El proyecto no llegó a madurar. Los planes del generalísimo fueron descubiertos. Según una información reciente, un espía republicano cruzó las líneas enemigas disfrazado de pastor y tomó nota del plan en el puesto de mando nacionalista[1935]. Sea o no verdad, lo cierto es que la República en cambio lanzó su propia ofensiva contra Teruel el 15 de diciembre, una semana antes de la fecha prevista para que empezase el ataque contra Guadalajara. Se escogió Teruel porque se creía que estaba débilmente defendida; la conquista de esta ciudad reduciría la línea de comunicaciones entre Castilla la Nueva y Aragón y pondría en peligro la carretera de Zaragoza. Igual que Belchite, Huesca y Zaragoza, Teruel era una ciudad que había fascinado a los republicanos desde el principio de la guerra. Quizá Prieto confiaba en utilizar la conquista de Teruel para lograr una posición de fuerza desde la cual intentar concluir un armisticio. Intervendría en la operación el ejército de Levante a las órdenes de Hernández

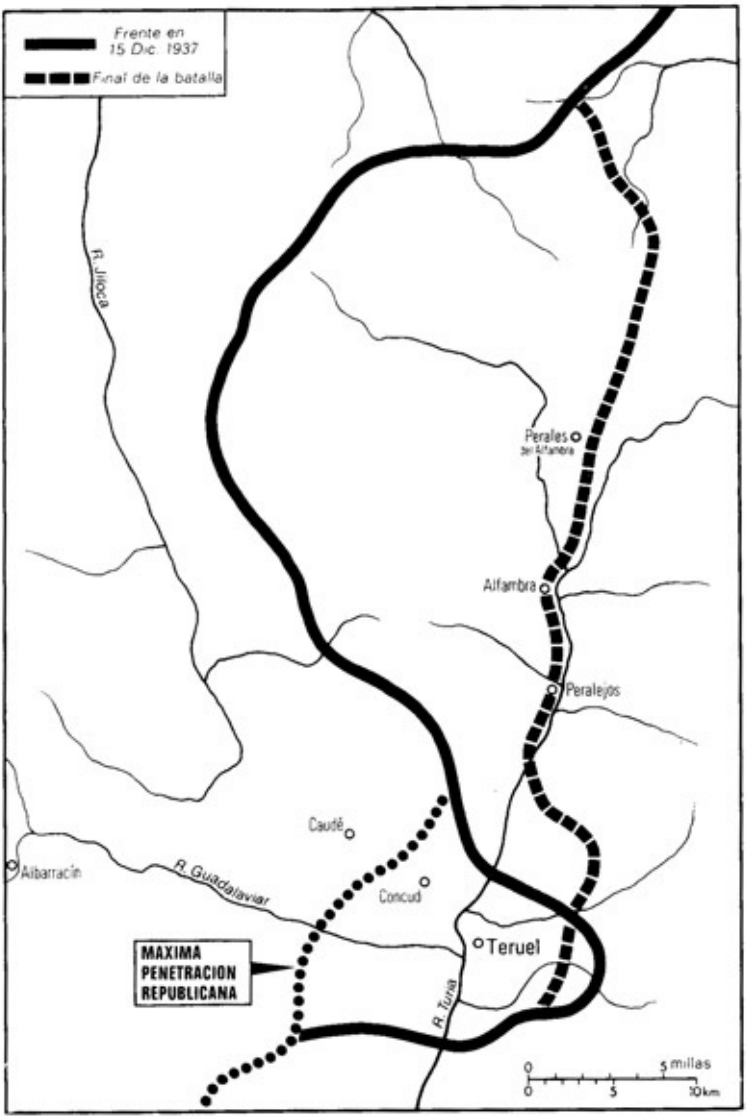
Saravia. Éste había reorganizado sus fuerzas de arriba abajo: cuando se hizo cargo del mando, las líneas republicanas se hallaban a treinta y dos kilómetros del enemigo, él mismo carecía de vehículo para sus desplazamientos y en el cuartel general no quedaban víveres. Las diversas unidades se alojaron ocasionalmente en los pueblos del bajo Aragón, acantonadas en las inmediaciones[1936].

En el mes de diciembre, el ejército de Hernández Saravia sumaba un total de 100 000 hombres, integrados en el 18.º Cuerpo de ejército mandado por el coronel Fernández Heredia, que era uno de los oficiales regulares que participaron en la defensa de Madrid en 1936; el 20.º Cuerpo de ejército, a las órdenes del coronel Menéndez, que fuera ministro del «gabinete negro» de Azaña anterior a la guerra y el 22.º Cuerpo de ejército, dirigido por el coronel Juan Ibarrola, oficial vasco de la guardia civil que hasta entonces había luchado en el frente del norte. Católico ferviente, Ibarrola se encontraba a gusto colaborando con los comunistas, como sucedía con muchos oficiales conservadores. El cuerpo de ejército que dirigía incluía a la 11.ª División de Líster, que fue escogida para efectuar el ataque inicial[1937]. Como era habitual, el general ruso «Stern» (Grigorovitch) actuó de asesor de la campaña, desempeñando un papel importante en su ejecución.

Teruel es la desolada capital amurallada de una provincia pobre y cuenta con una población de 20 000 habitantes. En invierno se registran en ella las temperaturas más bajas de España. La ciudad es célebre por la sombría leyenda de Los amantes de Teruel, que suele atraer a quienes buscan un tema melancólico para un *ballet* corto. Esta triste historia proporcionaba un escenario adecuado para la atroz batalla de Teruel, que duró más de dos meses.

El 15 de diciembre de 1937, mientras caía la nieve y sin preparación artillera ni aérea (a fin de disimular sus intenciones), Líster inició el ataque. Él y Heredia comenzaron a rodear la ciudad[1938]. Esto lo realizaron avanzando directamente hacia una cresta situada al oeste de la ciudad, denominada La Muela de Teruel. Por la noche, la ciudad estaba sitiada. El comandante de la guarnición de Teruel, coronel Rey d'Harcourt, comenzó a retirar a los defensores hacia el interior de la ciudad. El día 17 desistió de mantener la resistencia en La Muela. Pero, hasta el 23 de diciembre, Franco no decidió suspender la ofensiva de Guadalajara, pues los asesores alemanes le instaban a que no lo hiciera. Franco tomó aquella resolución cuando se convenció de que no podía permitirse el fracaso político que suponía abandonar una capital de provincia. El ataque constituyó una sorpresa para la España nacionalista. Por mucho que los comunistas temieran al espionaje enemigo, en la región de Teruel no existía apenas ese peligro[1939]. Pero, como en Brunete, Franco no estaba dispuesto a hacer concesiones al enemigo y organizó un contraataque frontal en un frente estrecho.

Por Navidad, los republicanos habían penetrado en la ciudad, mientras los 4000 defensores (la mitad eran paisanos) se acantonaban en las dependencias del gobierno civil, el Banco de España, el seminario y el convento de Santa Clara. Estos edificios se hallaban agrupados en la parte sur de la ciudad. El 20 de diciembre, Ciano afirmaba temerariamente en su diario: «Las noticias de España son pesimistas. Franco no tiene idea de lo que significa la síntesis en la guerra. Sus operaciones son las de un magnífico jefe de batallón. Su objetivo es siempre el terreno, no el enemigo»[1940].



31. La batalla de Teruel durante los meses de diciembre de 1937 y febrero de 1938

La contraofensiva de Franco para liberar Teruel no comenzó hasta el 29 de diciembre. Se telegrafió a Rey d'Harcourt que «confiara en España como España confiaba en él» y que resistiera a toda costa. Después de un día de bombardeos artilleros y aéreos, los generales Varela y Aranda, el experto africanista de la ofensiva contra Madrid y

el «héroe de Oviedo», con los cuerpos de ejército llamados de Castilla y Galicia, recientemente organizados, avanzaron. Dávila actuaba de jefe supremo. A las órdenes de estos generales luchaban las brigadas navarras, ahora transformadas en divisiones. Protegía la maniobra la Legión Cóndor, cuyo personal empezaba a sentir cansancio ante los cambios constantes de frente de operaciones[1941]. Las líneas republicanas fueron rechazadas sin que llegaran a romperse. Rey d'Harcourt mantenía la resistencia en el interior de la ciudad. La víspera de año nuevo, mientras empeoraba el tiempo, los nacionalistas realizaron un supremo esfuerzo y consiguieron llegar a La Muela de Teruel por la tarde. Desde allí podían cañonear fácilmente la ciudad pero los republicanos mantuvieron la resistencia hasta que la visibilidad se hizo prácticamente nula. Las carreteras y los motores de todas las máquinas de guerra se helaron. Teruel, manteniendo su reputación de clima extremado, registró una temperatura de dieciocho grados bajo cero. Los hombres que en Brunete habían maldecido el implacable sol de Castilla caían congelados. Los nacionalistas sufrieron más los efectos del frío, ya que su falta de industrias textiles dificultaba el suministro de ropas de abrigo. El servicio de costura de las «mujeres al servicio de España» no alcanzaba a fabricar suficiente ropa de invierno. Hubo una tormenta que duró cuatro días, dejando casi un metro de nieve que aislaba a ambos ejércitos de sus centros de aprovisionamiento. Seiscientos vehículos se encontraban paralizados por la nieve entre Teruel y Valencia. Entretanto proseguían los combates en el interior de la ciudad. Prieto insistió en que no se causaran daños al personal civil, lo cual excluía el uso de grandes minas. Los republicanos se limitaron a lanzar granadas contra los sótanos arruinados de los edificios en los que se concentraban los defensores, tiritando de frío. El

día de año nuevo de 1938, habían muerto todos los defensores del convento y del hospital de Santa Clara. El 3 de enero, cayó el gobierno civil. El resto de los defensores habían quedado sin agua ni medicamentos, y contaban con pocos víveres. Se defendían entre montones de escombros. Pero continuaron resistiendo hasta el 8 de enero. En este día el mal tiempo volvió a impedir el contraataque nacionalista. De todos modos, se reanudaron los ataques de artillería sobre un terreno cubierto de espesas capas de nieve. El coronel Rey d'Harcourt, con el obispo de Teruel a su lado, se rindió finalmente. No era más que un soldado y los nacionalistas le acusaron de cometer errores militares y de traición. La rendición de éste parecía un acto demasiado racional a los ojos de la nueva España de Franco, aunque hubiera resistido más de lo humanamente posible. Después de la rendición se evacuó a la población civil de Teruel. Los republicanos se convirtieron en sitiados y los nacionalistas en sitiadores. Por lo que se refiere al obispo, Prieto deseaba que le acompañaran escoltado a la frontera y le dejaran en libertad. Pero el consejo de ministros se opuso por mayoría a aprobar esta propuesta humanitaria, y tanto el obispo como el coronel Rey d'Harcourt fueron encarcelados[1942].

El 17 de enero, Aranda y Varela trataron de ocupar las colinas que rodeaban a la ciudad. La artillería pesada italiana entró en acción para dejar el camino expedito. Al cabo de una hora de lucha, acompañada de combates aéreos entre los cazas Fiat y la aviación rusa, se rompieron las líneas republicanas. El día 19, entraron en acción por primera vez las Brigadas Internacionales a las órdenes del general «Walter»[1943]. Los republicanos fueron retirándose paulatinamente, perdiendo el dominio de los altos de La Muela. Pero los días 25, 26 y 27 de enero Hernández Saravia lanzó reiterados contraataques en toda la línea del frente

situada al norte de Teruel. En las filas republicanas cundía la fatiga y no faltaban casos de insubordinación; en Rubielos de Mora, el comandante de la 40.ª División, Andrés Nieto, fusiló por rebelión a unos cincuenta hombres, entre ellos a tres sargentos, el día 20 de enero[1944]. El 7 de febrero, los nacionalistas lanzaron un ataque en dirección al río Alfambra, al norte de Teruel, en donde las defensas republicanas eran débiles al hallarse concentrado en Teruel el grueso de sus fuerzas. La batalla duró dos días y los nacionalistas cruzaron el frente en tres puntos. La caballería de Monasterio avanzó en forma arrolladora, protagonizando la carga de caballería más espectacular de toda la guerra civil y acaso la última en la historia de la guerra[1945]. Aranda y Yagüe, este último al frente del constituido «ejército de Marruecos», avanzaron con igual celeridad. El 7 de febrero se logró la victoria completa, antes de que Hernández Saravia acertara a enviar refuerzos. En aquellos dos días la República perdió 800 kilómetros cuadrados de terreno, 7000 hombres cayeron prisioneros y sufrió otras 15 000 bajas, perdiendo asimismo gran cantidad de material: municiones, armas y ambulancias. Los que no quedaron cercados huyeron atropelladamente, siendo ametrallados por la aviación.

La última batalla de Teruel comenzó el 17 de febrero. Aquel día, Yagüe atravesó el Alfambra y, avanzando hacia el sur por la margen derecha del río, aisló a la ciudad por el norte. El día 18 Aranda y Yagüe iniciaron un movimiento envolvente, similar al efectuado en diciembre por los republicanos, a varios kilómetros de la ciudad.

El 20 de febrero quedaron amenazadas por ambos lados las comunicaciones con Valencia por carretera y ferrocarril, mientras otras unidades nacionalistas empezaban a penetrar en Teruel. Hernández Saravia ordenó la retirada. La mayor

parte de las fuerzas republicanas estaban fuera de peligro antes de cortarse la retirada pero, aun así, abandonaron mucho material. Fueron hechos prisioneros 14 500 hombres. En estas batallas, los nacionalistas contaban sólo con una ligera superioridad aérea, si se comparan cifras: los republicanos tenían 120 cazas frente a 150 aparatos nacionalistas, 80 bombarderos frente a 100 y, en cuanto al resto de aparatos, la proporción era de 100 a 110. Pero los rebeldes superaban a sus enemigos por su moral de combate, su desprecio al peligro y su preparación militar. Es difícil calcular las bajas producidas en Teruel. Parece ser que el ejército nacionalista que acudió en auxilio de la plaza registró 14 000 muertos, 16 000 heridos y 17 000 bajas por enfermedad. Los que se hallaban en el interior sumaban 9500 hombres y todos murieron o cayeron prisioneros antes de febrero. Resulta prácticamente imposible calcular las bajas republicanas, pero, en todo caso, no fueron inferiores a la mitad de las bajas enemigas[1946].

Entre las fuerzas que quedaron sitiadas en Teruel se encontraba «el Campesino» con la 46.ª División, que trató de huir rompiendo el cerco del enemigo. Este barbudo hombre de acción afirmó más tarde que Líster y Modesto, sus rivales entre los mandos comunistas, le habían abandonado a su suerte en Teruel. Agregó que el general ruso Grigorovitch había suspendido el envío de municiones a Teruel, provocando su caída a fin de desacreditar a Prieto[1947]. Por su parte, Líster declaró que «el Campesino» había desertado del campo de batalla[1948]. Esta polémica, de carácter más político que militar, ha venido arrastrándose años y años y es de difícil solución. «El Campesino» tiene mala memoria, pero tampoco sus rivales comunistas tenían la conciencia tranquila.

Los combates librados a principios de 1938 fueron

acompañados por intensos bombardeos aéreos contra Barcelona. El 6 de enero, Prieto propuso un pacto en el que se prohibiera el bombardeo aéreo de las ciudades de la retaguardia por ambas partes. Los nacionalistas respondieron que seguirían bombardeando Barcelona a menos que las industrias de esta ciudad fueran evacuadas. El 26 de enero los republicanos bombardearon Sevilla y Valladolid. Tales acciones contravenían las instrucciones de Prieto y obedecían a las órdenes de Hidalgo de Cisneros[1949]. Los nacionalistas replicaron con un nuevo ataque contra Barcelona el día 28 de enero, que causó 150 muertos, y fue dirigido por los italianos desde Mallorca sin consultar al mando español. Ciano leyó con satisfacción un relato melodramático de los bombardeos: «Jamás he leído un documento de un realismo tan aterrador. Han sido destruidos grandes edificios, el tráfico ha quedado interrumpido [...] el pánico rayaba en la locura y se han producido 500 heridos. Y eso que en el ataque sólo han intervenido nueve aviones Savoia 79 y la operación no ha durado más allá de minuto y medio»[1950].

Se reanudó la actividad submarina en el Mediterráneo, protagonizada por los dos submarinos nacionalistas comprados a los italianos. El 12 de enero fue hundido el mercante holandés Hannab. Los días 15 y 19 de enero se intentaron sendos ataques frustrados contra buques británicos. El 1 de febrero, el buque británico Endymion, que transportaba carbón a Cartagena, fue torpedeado y hundido, muriendo 10 hombres, incluido un oficial sueco que era observador del comité de no intervención a bordo de la nave. El Endymion se dedicaba notoriamente al contrabando y se había ofrecido para transportar carbón a los nacionalistas. Pero Edén advirtió a Grandi que la armada británica se reservaba el derecho de destruir todos los

submarinos sumergidos que encontrara en su zona de patrullaje. La advertencia fue atendida y durante cierto espacio de tiempo no hubo que lamentar nuevos ataques submarinos, si bien continuaron los ataques contra buques mercantes que aprovisionaban a la República. De todos modos, el almirantazgo entabló buenas relaciones con el almirante Moreno, jefe de la flota nacionalista, instalado en Palma de Mallorca, quien les revelaba los puntos en que operaban los submarinos «legionarios» y los nacionalistas[1951].

Entretanto el escenario internacional, siempre inquieto, se estaba transformando a pasos agigantados en la primavera de 1938. No variaba, en cambio, la incesante actividad y la indecisión del comité de no intervención. *Lord* Plymouth, respondiendo a la propuesta de Franco de que se garantizaran los derechos de los beligerantes a cambio de la retirada de 3000 «voluntarios», hizo una contraoferta, en la que se estipulaba la retirada de las tres cuartas partes de las fuerzas extranjeras como condición previa. Pero *lord* Plymouth no quería apresurarse. El representante alemán Woermann (la mayor parte del tiempo suplente de *von* Ribbentrop), describió como sigue la actividad del comité a finales de enero: «Es un trabajo meramente ilusorio, pues cada participante ve claramente el juego del otro y no se atreve a manifestarlo de forma abierta. La política de no intervención es tan inestable y resulta un invento tan artificial que nadie se atreve a cargar con la responsabilidad de una negativa que ocasione su hundimiento. Así vemos que se discuten hasta la saciedad propuestas muy inconvenientes en vez de rechazarse de plano. Ha sido un acierto táctico el plantear el tema de los derechos de beligerancia simultáneamente al de los voluntarios —agregó—, pues ello ha permitido prolongar la discusión

indefinidamente»[1952].

Woermann creía que a Inglaterra le interesaba el proyecto de retirada de voluntarios con el fin de que los italianos evacuaran las Baleares. Los voluntarios no podrían retirarse hasta mayo, declaró para tranquilizar a sus superiores, y siempre sería posible señalar nuevas prórrogas. El poeta comunista inglés Edgell Rickword fustigó al comité con justificada amargura en su poema «A la esposa de un estadista de la no intervención»:

Permitidme, Señora, invadir por un instante
la agradable paz de vuestro gabinete.
¿Dije invadir? Es demasiado fuerte.
Soy voluntario, y como tal he venido
O sea que, por favor, no chilléis ni hagáis una escena
ni llaméis a Bautista para que intervenga.

El ministro alemán de Asuntos Exteriores (cuyo principal experto en España por entonces era Weizsaecker) replicó a Woermann con el mismo cínico realismo. La política alemana consistía en impedir la victoria republicana (y no necesariamente en asegurar la victoria nacionalista). Su objetivo era ganar tiempo, aplazando «lo más posible el momento en que tengamos que tomar una decisión fundamental»[1953].

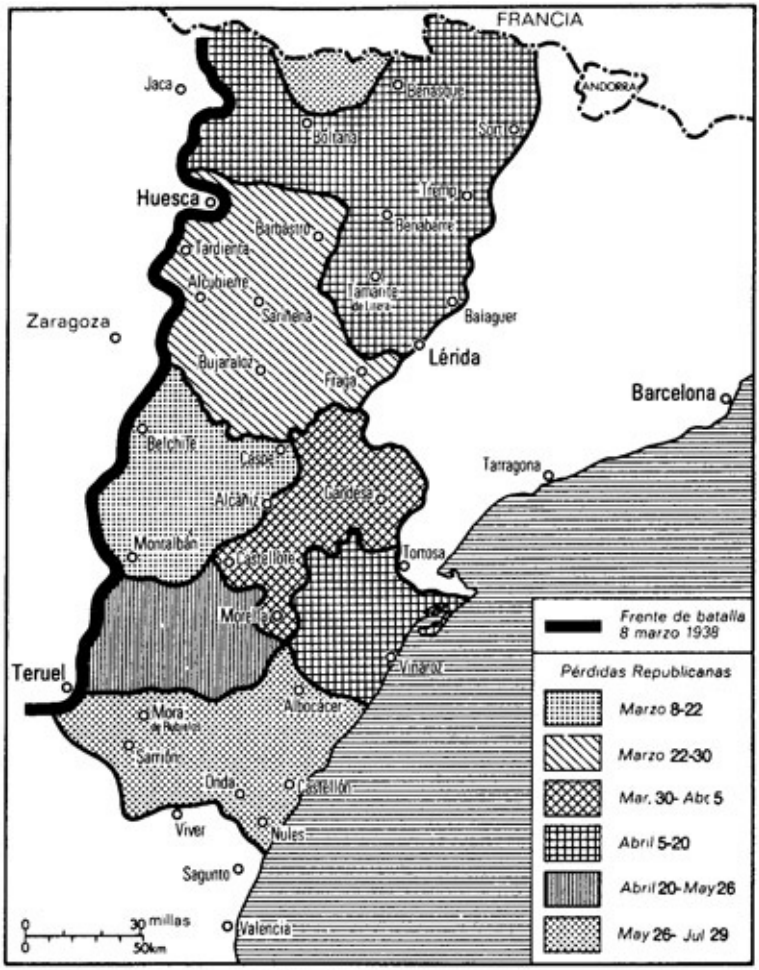
Lord Plymouth, el incansable pacificador, no tardó en presentar nuevos planes para la retirada de voluntarios. Las grandes potencias tendrían que optar entre una retirada proporcional o una retirada numérica. La cifra de 15 000 o 20 000 podía considerarse «sustancial»[1954]. Grandi y Woermann respondieron cortésmente. Por entonces se estaban desarrollando en Londres otras conversaciones de mayor trascendencia entre Grandi, Edén y Chamberlain. Quedó patente que cada uno de ellos representaba una postura distinta. Las relaciones de Edén con Chamberlain

eran frías desde que, en el mes de enero, y en ausencia de aquél, éste pusiera sordina al proyecto de Roosevelt de convocar una conferencia general de paz[1955]. Edén deseaba negociar un acuerdo anglo-italiano condicional para la retirada de algunos voluntarios, por lo menos. Chamberlain estimaba que tanta insistencia suponía pérdida de tiempo. El 18 de febrero, Grandi se negó a discutir por separado el tema de los voluntarios en España. Propuso que se celebraran «conversaciones globales» en Roma, que incluyeran también el estudio del reconocimiento británico del imperio italiano en Abisinia. Chamberlain se mostró de acuerdo y Edén se opuso. El día 20, este último dimitió, junto con el subsecretario de Estado, *lord* Cranborne, con gran regocijo de Ciano y Mussolini, compartido también (si hemos de creer a Ciano) por *lord* Perth[1956].

Poco después, el 6 de marzo, la República recibió el estímulo inesperado de una victoria naval. El grueso de la flota nacionalista, encabezados por los cruceros *Baleares, Canarias* y *Almirante Cervera* pasó frente a la costa de Cartagena, la medianoche del día 5 de marzo, formando convoy con algunos buques mercantes. Habían zarpado de Palma y se dirigían hacia el sur. Los cruceros republicanos *Libertad* y *Méndez Núñez* y los destructores *Lepanto, Sánchez Barcáiztegui* y *Almirante Antequera*, mandados por el capitán González Ubieta, abordaron a las fuerzas nacionalistas, excesivamente confiadas en sí mismas. Los cruceros republicanos lanzaron unos cuantos torpedos y se retiraron a continuación. El *Baleares* fue tocado en su parte central e hizo explosión. Los barcos ingleses *Kempenfelt* y *Boreas*, que eran los buques más próximos de la patrulla de no intervención, recogieron a 400 de los 1000 hombres que se hallaban a bordo, trasladándolos al *Canarias*. El almirante nacionalista, Manuel Vierna, se hundió con su barco, junto

con 726 hombres, entre oficiales y tripulación[1957]. Pero el hundimiento del *Baleares* no afectó al dominio de los mares por los nacionalistas.

Franco había proyectado la siguiente ofensiva contra Aragón. El ejército atacante estaría a las órdenes de Dávila, con el coronel Vigón asesor de Franco, como jefe de estado mayor. Solchaga, Moscardó, Yagüe y Aranda mandarían sendos cuerpos de ejército, y asimismo el general italiano Berti. La reserva estaría formada por las divisiones de García Escámez y García Valiño, los más destacados entre los jefes jóvenes. Varela, con el ejército de Castilla, estaría dispuesto para intervenir en los flancos del ataque general, en Teruel. La Legión Cóndor también se mantendría a la expectativa. En cuanto a los tanques alemanes, Franco quería distribuirlos entre la infantería «según el estilo habitual de los generales de la vieja escuela —comentó despectivamente *von* Thoma—. Tuve que mediar [...] para que se empleasen los tanques de modo concentrado»[1958]. Pero los nacionalistas tenían unos doscientos tanques, y en realidad, la táctica era lo que menos importaba.



32. Las campañas de Aragón y de Levante entre los meses de marzo y julio de 1938

El ataque, precedido por una intensa acción artillera y aérea, comenzó el 7 de marzo. Las mejores tropas de la República estaban cansadas después de la batalla de Teruel. Su material de guerra estaba agotado: la mitad de las tropas carecían de rifles. El primer día el frente de Aragón se rompió en varios puntos. Como ocurrió después de la batalla de Brunete, los republicanos habían anticipado el punto muerto. Las tropas de primera línea carecían de experiencia de combate. Yagüe avanzó por la margen derecha del Ebro,

aplastando toda resistencia. El 10 de marzo, los navarros de Solchaga reconquistaban Belchite. La 15.ª Brigada Internacional fue la última que abandonó aquella ciudad arrasada, que cayó con facilidad a pesar de las fortificaciones especialmente diseñadas por el coronel ruso Bielov («Popov»), que era más competente como especialista de la NKVD que como ingeniero[1959]. Los italianos, al principio, hallaron dura resistencia en Rudilla, hasta que, dirigidos por los «flechas negras», consiguieron cruzar las líneas enemigas. «Avanzamos a gran velocidad», se jactaba Ciano desde Roma[1960]. Líster quiso cubrir sus propias responsabilidades haciendo fusilar a algunos jefes de tropa. Éstos eran comunistas y el caso parece que levantó polémicas en el seno del Partido Comunista. Las sentencias fueron cumplidas. El comunista italiano Marcucci («Julio») se suicidó en Madrid para expresar su protesta o tal vez por temor a sufrir la misma suerte de aquellos jefes militares, a quienes había apoyado ante el comité central al tiempo que condenaba su ejecución[1961]. Aranda tuvo que librar duros combates antes de lanzarse a la conquista de Montalbán, el 13 de marzo, a través de las líneas enemigas. Pero la resistencia apenas había comenzado. Rojo instaló en Caspe su centro de operaciones, congregando en esta villa a las Brigadas Internacionales. Pero, aun así, llegaron noticias de que los italianos se aproximaban a Alcañiz. Incluso en aquellos sectores en que las tropas republicanas combatían con eficacia, éstas se veían obligadas a retroceder, debido al hundimiento total de las unidades más próximas. Entretanto, los Heinkel 111 y los nuevos Savoia italianos bombardeaban la retirada republicana, protegidos por los Messerschmitt y Fiat de vuelo rasante y los aviones de reconocimiento Dornier 17. Se hicieron innumerables prisioneros y los mandos de división quedaron cercados. El general «Walter»

estuvo a punto de ser capturado en Alcañiz. Marty se personó en el frente y celebró una reunión con los jefes comunistas de las Brigadas Internacionales. Aunque se reorganizaron algunos mandos (el oficial ruso Mikhail Kharchenko se hizo cargo de la 13.ª Brigada), Marty no pudo contener la desbandada[1962].

El 16 de marzo, tres divisiones nacionalistas, mandadas por Barrón, Muñoz Grandes y Juan Bautista Sánchez, del ejército de Castilla, capitaneado por Varela, rodearon Caspe. Por el sur, Aranda ocupó Montalbán. Caspe cayó el 17 de marzo, después de dos días de duros combates, en el curso de los cuales las Brigadas Internacionales, con el concurso de la 15.ª Brigada, realizaron prodigios de valor. Para entonces los ejércitos nacionalistas se encontraban ciento diez kilómetros al este del punto de partida de ocho días antes. Al llegar a las defensas naturales de los ríos Ebro y Guadalupe se tomaron un descanso para reorganizar sus fuerzas. El 22 de marzo se reanudó la ofensiva, esta vez en el norte, contra las líneas situadas ante Zaragoza y Huesca, ocupadas por el ejército catalán desde agosto de 1936. En un día cayeron todas aquellas célebres fortificaciones. Los generales Solchaga y Moscardó lanzaron cinco ataques consecutivos en el frente de 130 kilómetros que separaba Huesca y Zaragoza en el curso de una mañana. Finalmente, Huesca fue liberada[1963], cayendo también Tardienta y Alcubierre. Al día siguiente, Yagüe cruzó el Ebro, conquistando Pina, el pueblo que había acogido la presencia de Durruti con un silencio hostil. Todos aquellos pueblos revolucionarios de Aragón que, en agosto de 1936, dieron origen a una variada antropología política, se hallaban en manos de los nacionalistas. Perseguidos desde el aire por ráfagas de ametralladoras, los habitantes de aquellas colectividades huyeron hacia el este, uniéndose al éxodo

general con el ganado, las aves de corral y los carros cargados de víveres, repitiendo una estampa ya familiar. Porque, aunque ahora la mayoría de los desertores eran hombres que abandonaban a la República para pasarse a los rebeldes, los refugiados que escapaban a las victorias de los rebeldes eran innumerables. El 25 de marzo, Yagüe conquistó Fraga, entrando así en la dorada tierra de Cataluña. La ciudad más cercana era Lérida y en ella «el Campesino» mantuvo una audaz y valiosa resistencia durante una semana. Por el norte Moscardó ocupaba Barbastro. Más al norte, Solchaga se encontraba inmovilizado en los Pirineos. Al intentar abrirse paso por los valles, sus columnas fueron presa fácil de la artillería y la aviación republicanas. Pero al sur, Aranda, García Escámez, Berti y García Valiño cruzaron la altiplanicie del Maestrazgo, situada al sur de Aragón, antes de preparar el avance contra el Mediterráneo. Las líneas del frente apenas existían. Hubo actos aislados de resistencia por parte de algunas unidades republicanas en medio del caos y las sospechas de traición. Las comunicaciones estaban interrumpidas. Algunos jefes anarquistas (como Miguel Yoldi, de la 24.ª División) se quedaron sin municiones. Otros (como Máximo Franco, de la 127.ª Brigada) fueron detenidos, debido a la desconfianza reinante entre éstos y los comunistas. Marty se trasladaba constantemente de un cuartel general a otro, a la caza de traidores, sin que pudiera evitar la total desintegración de las Brigadas Internacionales. Se sucedían las ejecuciones arbitrarias; no faltaron casos de oficiales que fueron fusilados delante de la tropa, pero, de forma general, como observó cierto capitán llamado Joaquín Frau, «el terror a los ataques aéreos del enemigo era mayor que el que inspiraban los revólveres de nuestros propios oficiales»[1964]. En términos generales, la campaña estaba

perdida, y no quedaba claro cómo iba a terminar aquella desbandada. Aunque la superioridad artillera y una estrategia eficaz contribuyeron en parte a facilitar los rápidos avances nacionalistas, la superioridad aérea influyó decisivamente en la victoria. Las llanuras aragonesas proporcionaban buenos campos de aterrizaje. Así los aviones podían cumplir las funciones antes reservadas a la caballería de ahuyentar a las unidades republicanas de sus posiciones, como si de una carga se tratara. En el curso de estas batallas, los alemanes adquirieron gran destreza en el empleo de los cazas para apoyar a la infantería. Los rusos eran más cautos en este sentido[1965].

El día 3 de abril, Lérida y Gandesa cayeron en manos de los ejércitos nacionalistas. Fueron hechos prisioneros 140 combatientes británicos y americanos de la 15.ª Brigada Internacional. Los restos de esta brigada resistieron unos días más el avance de Yagüe, permitiendo que se reagruparan parte de las fuerzas republicanas y se evacuara parte del material.

El día 3 de abril, las tropas de Aranda llegaron al Mediterráneo. Pocos días después los italianos estaban a punto de alcanzar la costa en la desembocadura del Ebro. La enérgica resistencia de los hombres de Líster les contuvo en Tortosa. El coronel Gastone Cambara, comandante de las fuerzas italianas en campaña, declaró que existían desavenencias con los españoles. Ciano admitió por primera vez que sus compatriotas no se comportaban de modo irreprochable. «Los oficiales italianos suelen dar muestras de una intolerancia obstinada y provinciana, que sólo puede explicarse por su desconocimiento del mundo», anotó en su diario[1966]. Por el norte, los nacionalistas siguieron avanzando hacia el interior de Cataluña. El 8 de abril cayeron Balaguer, Tremp y Camarasa, aislando a Barcelona

de las plantas hidroeléctricas instaladas en los saltos pirenaicos. Ello fue de consecuencias desastrosas para la menguada industria barcelonesa. Hubo que poner en funcionamiento las anticuadas plantas de vapor existentes en la ciudad. Pero Franco no lanzó un ataque frontal contra Cataluña, centrando el esfuerzo militar en el Mediterráneo. Probablemente fue un error estratégico. Aunque tal vez la decisión estaba encaminada a impedir que se extendiera el conflicto, pues Franco aparentemente temía la posibilidad de una intervención francesa en el caso de que «los alemanes» llegaran a los Pirineos[1967]. De todos modos Yagüe sabía que no encontraría grandes obstáculos para llegar hasta Barcelona. Para él, y para otros jefes militares, supuso un duro golpe detener el avance hacia la capital del enemigo. Sea como fuere, el mes de abril aún parecía estar próximo el final de la guerra. El día de viernes santo, Alonso Vega, al mando de la 4.ª División Navarra, ocupó Vinaroz, localidad pesquera célebre por sus lampreas. De esta manera pudo hacer la señal de la cruz por primera vez sobre las playas del Mediterráneo. Sus hombres se arrojaron al mar presos de júbilo. El territorio de la República quedaba partido en dos. Las fuerzas de García Valiño se dirigieron hacia el norte aislando a varios núcleos republicanos al norte del Maestrazgo. El 19 de abril Franco se había adueñado de 60 kilómetros de costa. Aquella racha de victorias tras los momentos angustiosos vividos en las Navidades de la batalla de Teruel, presagiaba, como señaló Serrano Súñer en un discurso del día 3 de abril, que «la guerra se acercaba a su fin»[1968].

45

Negrín en París. — El segundo gobierno de Blum. — Apertura de la frontera. — Ataques aéreos contra Barcelona. — Satisfacción de Mussolini. — Los crímenes del SIM. — Negrín y Prieto. — Tumultos en Barcelona. — Caída de Prieto. — Negrín forma nuevo gobierno.

El hundimiento del frente de Aragón hizo que Negrín se dirigiera urgentemente a París para solicitar al gobierno francés que abriera de nuevo la frontera, que se hallaba cerrada desde el mes de enero, cuando el premier Chautemps formó gobierno sin contar con los socialistas. En un principio, Negrín había pensado declarar que la República estaba a punto de lanzar una contraofensiva a gran escala que, con la ayuda de las armas francesas, aplastaría al enemigo. Prieto le disuadió de esta idea aconsejándole que expusiera la verdad, esto es, que sólo podría evitarse la derrota mediante el suministro regular de armamentos[1969]. Negrín llegó a la capital francesa en el momento oportuno[1970]. Francia, como los demás países europeos, estaba pendiente de la invasión de Austria por Hitler, ocurrida el 12 de marzo. En esta ocasión, los Junker 52, que habían desempeñado un importante papel en los primeros días de la guerra civil, sirvieron para trasladar a Viena a las tropas alemanas[1971]. El día 10 de marzo había caído el gabinete de Chautemps, por la única y sencilla

razón de que al jefe del gobierno no le gustaban las crisis exteriores. Blum formó su segundo gobierno, nombrando ministro de Asuntos Exteriores al esclarecido Joseph Paul-Boncour. Chamberlain señaló, a propósito del nuevo gobierno francés, que «no se podía tener en él la menor confianza»[1972]. Ciertamente se trataba de un gobierno débil, que además hablaba demasiado. Hasta el circunspecto René Massigli, director político del Quai d'Orsay, llegó a afirmar que la no intervención era «una farsa»[1973]. A Fierre Comert, director de información del Quai d'Orsay, se le oyó decir: «Vengaremos a Austria en España»[1974]. (De todos modos, Hitler había dicho al canciller austriaco *von* Schuschnigg que, si no se doblegaba a las exigencias alemanas, Austria se transformaría en «otra España»)[1975]. El 15 de marzo, en una reunión del comité francés de defensa nacional, Blum propuso que el gobierno enviara un ultimátum a Franco, redactado en los siguientes términos: «Si en el plazo de veinticuatro horas no ha renunciado al apoyo de las fuerzas extranjeras [...] Francia se reservará el derecho a tomar cuantas medidas de intervención estime convenientes». El general Gamelin señaló que el estado mayor no disponía de un plan de movilización especial para el sudoeste de Francia. Daladier declaró que cualquier intervención francesa en España provocaría la guerra mundial. Léger, que seguía siendo secretario general del Quai d'Orsay, afirmó que la intervención constituiría un *casus belli* a los ojos de Alemania e Italia y que Gran Bretaña se desentendería de Francia[1976].

El día 17 de marzo, el gabinete francés accedió a la solicitud de Negrín de que se abriera la frontera[1977]. Blum compartió sinceramente la alegría de los republicanos, mientras las armas compradas a Rusia, a traficantes y aventureros particulares, al Komintern o a la misma Francia

empezaban a atravesar la frontera pirenaica con destino a España. Pero se desistió de adoptar ulteriores medidas[1978]. La idea de que un cuerpo motorizado francés acudiera en ayuda de Cataluña fue rechazada por los jefes de estado mayor, al darse cuenta de que tal decisión habría de ir acompañada por una movilización general. Por su parte, el coronel Morell, agregado militar francés en Barcelona, aseguró a Blum: «*Monsieur le Président du Conseil: Je n'ai qu'un mot a vous diré: un roi de Frunce ferait la guerre*»[1979]. Pero *von* Ribbentrop tenía razón cuando, el 21 de marzo, declaró a Magistrati, encargado de negocios italiano en Berlín, que Francia no intervendría en España sin contar con el apoyo de Gran Bretaña. (Agregó que dudaba de que Chamberlain «se inclinara hacia una política de aventura»)[1980]. Pero algunos ministros del gobierno británico se sentían preocupados: el mismo 21 de marzo, el capitán e historiador militar Liddell Hart, que por aquellas fechas era asesor especial del ministerio de la Guerra, escribió un memorándum para Flore-Belisha, ministro de la Guerra británico, en el que llegaba a la conclusión de que «la amistad de España es deseable, su neutralidad es vital [...] desde el punto de vista estratégico, el resultado final de esta guerra y sus consecuencias políticas no son ni pueden sernos indiferentes»[1981]. Pero ¿qué podía hacerse? La cuestión de los voluntarios extranjeros en España había exacerbado el enfrentamiento de Edén con Chamberlain, quedando, por lo demás, sin resolver. (Francia confiaba en que se alcanzara una solución en este punto, cuando menos). Al generalísimo, que se hallaba a la mitad de su «Segundo Año Triunfal»[1982], no le importaría tener que prescindir de la infantería italiana, según afirmó el atento marqués de Magaz, embajador nacionalista en Berlín; pero necesitaba a la Legión Cóndor y a los «especialistas» italianos

(especialmente los pilotos con base en Mallorca) hasta el fin de la guerra. A Mussolini, como de costumbre, le molestaba que no dejasen actuar más a su preciosa infantería y, en un ataque de mal humor, ordenó a la aviación italiana con base en Mallorca que suspendiera las operaciones hasta que cambiaran las cosas[1983]. Por esta razón, a principios de marzo de 1938, Barcelona pudo descansar de los ataques de la aviación. Bruno Mussolini, hijo del Duce, fue retirado de la aviación italiana destacada en España, después de haber efectuado 27 vuelos. Se había presentado voluntario para servir en España, pero se retiró por indicación de Franco, cuando empezaron a circular rumores (por lo demás, falsos) en el sentido de que la República proyectaba abatir su aparato[1984]. Entretanto Negrín regresaba de París, convencido de que Prieto le había hecho adoptar una política equivocada.

El 16 de marzo, los italianos volvieron a la carga, realizando un intenso bombardeo contra Barcelona. Von Stohrer, embajador alemán en Salamanca, calificó sus efectos de «terribles». «Ha afectado a todos los sectores de la ciudad. No hay pruebas de que se haya pretendido atacar objetivos militares»[1985]. La primera incursión se produjo a las diez de la noche. Diez Hydro-Heinkel (pilotados por alemanes) sobrevolaron la ciudad a 130 kilómetros por hora y a 400 metros de altura, seguidos por ataques de aparatos Savoia con intervalos de tres horas, que se prolongaron hasta las tres de la tarde del día 18, con un total de 17 incursiones. El balance fue de unos 1300 muertos y 2000 heridos[1986]. Ciano informó que, como había sucedido en el mes de febrero, las órdenes procedían directamente de Mussolini y que «Franco no estaba enterado». Von Stohrer declaró que Franco estaba furioso[1987]. A la sazón, los italianos contaban con tres aeródromos en Mallorca,

dependientes del ministerio del Aire de su país, y sus pilotos podían actuar con independencia del mando nacionalista[1988]. El 19 de marzo, el generalísimo solicitó que fueran suspendidos, por temor a «complicaciones exteriores». Ello no impidió que Ciano mintiera al embajador norteamericano en Roma, asegurándole que Italia no ejercía ningún control sobre la aviación italiana que operaba en España. Mussolini, que, al igual que su exgeneral Douhet, creía que la aviación podía ganar una guerra mediante el terror, declaró estar encantado de que los italianos «estaban horrorizando al mundo con su agresividad, para variar, en lugar de encantarlo con su guitarra»[1989]. La República disponía de cazas para repeler la agresión, pero las rivalidades y envidias internas le impidieron aprovechar sus recursos al máximo. El desánimo se fue extendiendo, hasta que se retiraron del frente algunas unidades de cazas para organizar la fuerza de defensa costera a las órdenes del comandante García Lacalle[1990].

La consternación que estos actos causaron en el extranjero fue considerable. En Londres se celebraron mítines de protesta[1991]. La protesta más elocuente la constituyó el delicado poema de George Baker Elegy for Spain. El mismo Cordell Hull abandonó su circunspección habitual para expresar su horror «en nombre de todo el pueblo de los Estados Unidos». Pero estos ataques indiscriminados contra las ciudades republicanas se repitieron durante el resto de la guerra. Sin embargo, la contribución que hicieron a la causa nacionalista no justificó los problemas que ocasionaron. Por ejemplo, los depósitos de gasolina de Barcelona sufrieron 37 ataques antes de ser alcanzados. Los bombardeos tampoco perturbaron gravemente las operaciones de carga y descarga de los buques de aprovisionamiento en los puertos republicanos.

Durante este período de crisis militar, el odiado SIM acrecentó su poderío en Barcelona. Creado con el fin de localizar espías, también iba a la caza de «derrotistas», como se calificaba a los culpables de lucros excesivos, de acaparar alimentos y de robo. Los acusados comparecían ante los tribunales de guardia y se les sometía a juicios sumarísimos. Simultáneamente, el SIM emprendió en Barcelona una breve campaña de represalias contra ciudadanos que habían criticado al PSUC, especialmente anarquistas. Cuarenta personas fueron «paseadas» antes de que el gobierno tomara cartas en el asunto. En cárceles especiales del SIM en Barcelona, especialmente la que se encontraba en el convento de San Juan, se aplicaban extrañas torturas que parecían inventadas por el espectro de Edgar Allan Poe. Una habitación esférica pintada de negro, con una sola luz en el techo producía una sensación de vértigo. Algunas celdas eran tan pequeñas que no se podía uno sentar en ellas. Tales torturas se aplicaban indistintamente a prisioneros nacionalistas y republicanos (anarquistas o del POUM), especialmente a los segundos. «Durante el último año de la guerra civil —recuerda el entonces consejero de Justicia del gobierno catalán, Bosch Gimpera—, dedicamos gran parte del tiempo a enfrentarnos con los tribunales militares y con el SIM»[1992]. Surgieron discrepancias sobre la composición de los tribunales de guardia, cuyos presidentes no tenían facultad legal para imponerse a los restantes miembros del tribunal, entre los que siempre figuraba un oficial del ejército y un miembro del SIM. Estos tribunales juzgaron muchas causas que hubieran correspondido a los tribunales ordinarios[1993]. El SIM desenmascaró a una serie de auténticos agentes nacionalistas; en la primavera de 1938, obtuvieron la lista de los falangistas que operaban en Cataluña. Fueron detenidas 3500 personas, y después de

someterles a interrogatorios y torturas, se les hallaron pruebas de espionaje[1994].

A su regreso de París, Negrín encontró a Barcelona abrumada por el abatimiento. La fuente principal del derrotismo era, invariablemente, Indalecio Prieto. Arrellanado en su sillón de ministro de Defensa Nacional, declaraba suavemente a periodistas y admiradores, con acento de triunfo: «¡Estamos perdidos!». Prieto contagiaba su pesimismo a todo el mundo, especialmente al ministro de Asuntos Exteriores, Giral, voluntarioso y fácilmente sugestionable, que había llegado a expresar su melancolía al embajador francés, Labonne. (Giral estaba en estrecho contacto con Azaña, quien todavía estaba más pesimista que el propio Prieto). Y así, antes de que Negrín regresara a Barcelona, el gobierno francés había sido advertido por su representante en esta capital de que cualquier material de guerra que enviara a Cataluña caería en manos de Franco o Hitler. Negrín hubo de emplear todos sus recursos para convencer a Labonne de su decisión de luchar a toda costa[1995].

Se convocó una reunión ministerial para el 16 de marzo (el día en que se produjeron los bombardeos más intensos sobre Barcelona) en el palacio de Pedralbes, bajo la presidencia de Azaña. Antes de empezar la sesión, Negrín se dirigió a Prieto y Zugazagoitia, amigo de Prieto y antiguamente director de *El Socialista*, que ahora ocupaba la cartera de Gobernación, solicitándoles que le apoyaran si, en el curso de la sesión, alguien mencionaba el tema de las negociaciones. Ambos asintieron, creyendo que sería el jefe del gobierno quien propondría la idea de buscar mediación. Prieto sugirió que se bloquearan los bienes de la República en el extranjero, con el fin de ayudar a los que se vieran obligados a exiliarse después de una paz concertada. Negrín

se apresuró a responder que «ya nos estamos ocupando de ello».

En una reunión preliminar del gabinete, Negrín declaró que se daba cuenta de que algunos ministros eran partidarios de una paz negociada. Nadie le replicó. Giral, ministro de Asuntos Exteriores, dijo que el embajador francés Labonne había ofrecido refugio a los ministros en la embajada francesa para el caso de que se produjera la derrota definitiva. La flota republicana, agregó, podría dirigirse a Bizerta o a Toulon. Este último punto irritó a todos, ya que los ministros se dieron cuenta de que, una vez más, los franceses sólo pensaban en sí mismos y querían apartar del Mediterráneo a una flota que les sería potencialmente hostil, si caía en manos nacionalistas. Entonces, los ministros entraron en el despacho de Azaña. Allí empezaron a oír los broncos gritos de una gran multitud, que avanzaba hacia el palacio. Se trataba de una manifestación para protestar contra la rendición y contra Prieto. Organizada por los comunistas y apoyada por uno o dos negrinistas destacados, incluso con la participación de Mariano Vázquez, secretario general de la CNT. La multitud llevaba pancartas en las que se leía: «¡Abajo los ministros traidores!» y «¡Abajo el ministro de Defensa Nacional!». Las puertas del palacio de Pedralbes cedieron y la multitud de barceloneses llegó hasta las mismas ventanas de la habitación de Azaña. Prieto, que era el blanco de las iras populares, pudo oír a «la Pasionaria», su enemiga personal, arengando a la masa de sus seguidores. Negrín persuadió a la muchedumbre de que se disolviera, después de dar garantías de que la guerra continuaría a una delegación encabezada por «la Pasionaria»[1996]. Posteriormente, Prieto acusaría al jefe del gobierno de haber organizado la manifestación. Pero ni él mismo hubiera podido entablar

negociaciones. Los nacionalistas sólo aceptaban la rendición incondicional. Esto suponía libertad absoluta para exterminar al «enemigo total», que era la expresión empleada por Serrano Súñer para calificar a todas las fracciones de opinión izquierdista, desde los liberales a los anarquistas[1997].

Diez días después, en una reunión del ejecutivo del Partido Socialista, celebrada el 26 de marzo en el domicilio de Negrín, éste quitó hierro a las discrepancias entre Prieto y los comunistas. Zugazagoitia se levantó para intervenir: «¡Basta de comedia, don Juan! Nuestros camaradas en el frente están siendo asesinados porque se niegan a aceptar a los mandos comunistas. En cuanto a don Indalecio, basta leer los artículos que se publican en *Frente rojo* y *La Vanguardia* bajo la firma de "Juan Ventura", que es un seudónimo del ministro de Educación»[1998]. *La Vanguardia*, periódico republicano que apoyaba a Negrín, había llamado a Prieto «pesimista impenitente» en su edición de aquel día. Negrín replicó que necesitaba la colaboración de Prieto y la de los comunistas. Al día siguiente, *Frente rojo* publicó otro artículo firmado por Hernández en el que se proponía la dimisión de Prieto. Zugazagoitia protestó aquella misma noche, alegando que se había publicado después de ser prohibido por la censura. Hernández respondió que un ministro no tenía por qué someterse a la censura. Negrín apaciguó a ambos[1999].

Tras la caída de Teruel, había disminuido mucho el prestigio de Prieto y su confianza en sí mismo, aunque sus amigos le aseguraron que los comunistas habían abandonado aquella plaza para desacreditarle. Nunca pudo desentrañar la verdad de tales acusaciones, aunque puede descartarse la existencia de una conspiración para abandonar Teruel. Pero la maniobra comunista contra Prieto

había empezado unas semanas atrás. El 24 de febrero apareció en *Frente rojo* el primer artículo de Hernández, denunciando a los «derrotistas». La decisión comunista de lanzar una campaña a muerte contra el ministro de Defensa debió adoptarse poco antes.

Según Jesús Hernández, el representante búlgaro del Komintern, «Stepanov», acababa de viajar a Moscú. Rusia, según dijo, se disponía a enviar más suministros a España a condición de que se destituyera al veleidoso Prieto. Desde entonces habría que seguir una política de resistencia a ultranza. Hernández arguyó que Prieto era el único hombre capaz de llevar a cabo aquella política, porque era el único que podía ganarse el apoyo de los comunistas, la CNT y la UGT, Pero Togliatti insistió en que se eliminara a Prieto, pasando Negrín a convertirse en un semidictador[2000]. «La Pasionaria», Miguel Valdés (comunista de Cataluña) y Hernández pronunciaron una serie de discursos en los que atacaban a Prieto.

El 28 de marzo se celebró una siniestra reunión del consejo de guerra, un comité gubernamental creado para la dirección de la guerra, compuesto de soldados, políticos y funcionarios civiles. El derrotismo de Prieto se contagió a todos los asistentes. Negrín aseguró a los generales que seguían gozando de su confianza. Al día siguiente se celebró el consejo de ministros en Barcelona, al mismo tiempo que «el Campesino» seguía luchando infructuosamente en el frente de Lérida y la 15.ª Brigada Internacional defendía Gandesa. Nuevamente Prieto, «con su sugestiva elocuencia y su habitual dramatismo» (son palabras de Negrín), desmoralizó al gabinete, presentando falsamente las conclusiones de la reunión del consejo de guerra del día anterior[2001]. En la noche del 29 al 30 de marzo «tuvo lugar una dolorosa y violenta lucha» en el ánimo de Negrín. Éste

giró repetidas visitas al frente y conversó con los soldados. No tardó en comprender que, por encima de las opiniones personales, había que evitar a toda costa dar muestras de derrotismo y cobardía. En consecuencia, decidió retirar a Prieto del ministerio de Defensa, aunque manteniéndolo en el gobierno, si era posible[2002]. Negrín telefoneó por la mañana a Zugazagoitia y le preguntó si Prieto estaba dispuesto a abandonar el ministerio voluntariamente. Zugazagoitia consultó con Prieto, y éste envió de inmediato una carta de dimisión[2003]. El ejecutivo del Partido Socialista acudió a Prieto pidiéndole instrucciones para orientar su sección y éste se negó a darlas. Una comisión de la CNT, acudió, a su vez, a consultar a Prieto; la integraban Horacio M. Prieto, Segundo Blanco y Galo Diez (veterano anarquista, que ahora era secretario del comité nacional de la CNT). Horacio M. Prieto y Segundo Blanco eran dos claros exponentes de la colaboración entre los dirigentes de la CNT y de la UGT, sellada diez días antes en una declaración de principios conjunta[2004]. Dijeron a Prieto que «pese a las enormes diferencias ideológicas que nos separan», no tenían el menor deseo de que se retirara del cargo de ministro de Defensa[2005]. Los tres sentían desilusión ante el comportamiento de los comunistas, creían que la guerra estaba perdida y que había que llegar a un acuerdo de paz lo antes posible. Al cabo de poco tiempo se celebró una reunión nacional de los anarquistas. Todos convinieron en la necesidad de respaldar a Prieto y terminar con Negrín, pero no había unanimidad sobre la actitud a adoptar después. Horacio M. Prieto cometió la ingenuidad de afirmar que la República era un títere en manos de los rusos, que era básico entablar negociaciones, que la superioridad militar de Franco era indiscutible y que, si no se tomaban medidas, éste acabaría dictando sus propias condiciones. Estalló el

escándalo. Juan Doménech, exconsejero de la Generalitat, se levantó para replicar retóricamente que la guerra no concluiría mientras quedara en pie un solo árbol en Cataluña o un solo militante en la FAI que lo defendiera. Mariano Vázquez, amigo de Negrín y secretario general de la CNT, se adhirió a estas palabras. Jamás se había mostrado tan dividido el movimiento anarquista. La reunión terminó sin haber alcanzado ninguna conclusión[2006].

La única explicación de la crisis radicaba en el hecho de que Negrín, sin el estímulo de los comunistas, había decidido destituir a Prieto de su cargo de ministro de Defensa debido al derrotismo que éste manifestaba. El jefe del gobierno se proponía nombrar a Prieto ministro sin cartera o encomendarle el departamento de Obras Públicas y Ferrocarriles. Pero Prieto rechazó ambas ofertas (no hay que olvidar que, cuando era ministro de Defensa, había pedido el control de los ferrocarriles para su departamento) y abandonó el gobierno. Más tarde explicaría su dimisión diciendo que estaba cansado de los comunistas, y describiendo las discrepancias que le enfrentaban con el partido en cuestiones estratégicas y tácticas. Se habían fundado unas compañías navieras destinadas a comprar armas en el extranjero —denunció Prieto—, pero los comunistas las utilizaban para lograr beneficios comerciales[2007]. El punto débil de su argumentación era que ni siquiera el mismo Prieto podía proponer una política social o militar más eficaz que la emprendida por los comunistas. Además, hasta hacía poco tiempo éstos y aquél habían seguido una política paralela, en estrecha colaboración. Prieto tampoco pudo explicar qué otra solución cabía al margen de la amistad con Rusia, cuando ésta era la única fuente segura de material bélico y tenía en su poder las reservas de oro de España. Tampoco indicó qué

otra cosa podía hacerse salvo continuar la guerra, si los nacionalistas exigían la rendición incondicional, puesto que en definitiva las negociaciones personales entre Prieto y Franco habían fracasado. Lo cierto es que Prieto se sentía agotado por la guerra y por las continuas discrepancias personales con los comunistas. Antes de abandonar el ministerio, prestó su último servicio al disuadir a Azaña de que dimitiera de la presidencia de la República[2008]. A partir de entonces, se dedicó al periodismo y a movilizar a sus amistades en el extranjero para entablar negociaciones con los nacionalistas[2009].

En aquel momento los comunistas estaban pasando su propia crisis. Los rusos querían que los comunistas españoles se retiraran del gobierno de Negrín. Los jefes del partido se reunieron en la habitual atmósfera de envidias y humo de cigarrillos. Hernández preguntó si Moscú pretendía que la República perdiera la guerra. El búlgaro Stepanov le respondió que, con aquella maniobra, se pretendía demostrar a la opinión pública británica y francesa que a los comunistas no les interesaba la conquista del poder en España. De tal forma que si estallaba la guerra europea, como era previsible, Rusia pudiera aliarse fácilmente con Gran Bretaña y Francia[2010]. Pero las órdenes de Moscú sólo fueron obedecidas en parte; Uribe permaneció al frente del ministerio de Agricultura y Hernández abandonó el ministerio de Instrucción Pública, pasando a convertirse en comisario general de los ejércitos del centro y del sur, puesto que suponía mucho más poder. Este cambio de gobierno superficial vino compensado por el retorno de Álvarez del Vayo, apologista de los comunistas, al ministerio de Asuntos Exteriores. A otros comunistas se les encomendaron, asimismo, cargos importantes: por ejemplo, Carlos Núñez Maza fue nombrado subsecretario del Aire; Antonio Cordón,

subsecretario de la Guerra; Pedro Prados, jefe de estado mayor de la Marina; Eduardo Cuevas, director general de Seguridad; Marcial Fernández, director general de carabineros, e Hilario Arlandis, que era casi el único militante de la vieja guardia del comunismo español que seguía afiliado al partido, fue nombrado director de la escuela de comisarios políticos. El comisario general, Bibiano Ossorio y Tafall, aunque oficialmente era de Izquierda Republicana, de hecho era un hombre de paja de los comunistas[2011].

Entretanto Negrín abandonó la cartera de Hacienda, asumiendo las funciones de ministro de Defensa y jefe de gobierno. El cargo de ministro de Hacienda recayó en la persona de Méndez Aspe, funcionario civil de carrera que hasta entonces había sido subsecretario de Negrín. Aparte de Negrín, participaban en el gobierno otros militantes socialistas: éstos eran González Peña, ministro de Justicia, y Paulino Gómez Sáez, ministro de la Gobernación. Este último era prietista de toda la vida, pero bajo su mandato los comunistas siguieron controlando los servicios de policía. El vasco Irujo siguió en el gobierno, quedó como ministro sin cartera y el catalán Jaime Ayguadé conservó la cartera de ministro de Trabajo. El gobierno cobró nueva fuerza por la inclusión de Segundo Blanco, dirigente anarquista, que había logrado huir de Asturias, que ocupó la cartera de Instrucción Pública y Sanidad, de escasa trascendencia. Los anarquistas se decidieron a apoyar a Prieto (como habían apoyado a Largo Caballero en los días heroicos y lejanos de noviembre de 1936) debido al grave peligro militar que pesaba sobre todos: el día 20 de marzo, una circular de la FAI instaba a todos sus militantes a que se unieran al gobierno en aquellas horas críticas y los dirigentes de la CNT divulgaron notas similares, en las que pedían la movilización de 100 000

voluntarios. De hecho la presencia de Blanco en el gobierno pasó casi inadvertida. Éste, que había criticado duramente a Negrín y a los comunistas, se hizo gran amigo del jefe de gobierno. Acaso la participación de Blanco en el gobierno sirviera para limitar la persecución de los anarquistas por los comunistas, en el frente y en la retaguardia. Ocupaban los restantes ministerios los republicanos Giral (ministro sin cartera), Giner (ministro de Comunicaciones y Transportes), Antonio Velao (ministro de Obras Públicas). El exministro de la Gobernación, Zugazagoitia, fue nombrado secretario general de Defensa, cargo puramente honorífico; él mismo denunciaba el hecho de que, para enterarse del curso de los acontecimientos, tenía que comprar el periódico.

Negrín, a propuesta de Rojo, creó un nuevo «ejército del este» con los restos de los ejércitos derrotados en Aragón, aprovechando la breve pausa que le permitieron las tropas de Franco al avanzar hacia el sur. Este ejército (oficialmente grupo de ejércitos de la región oriental) se hallaba a las órdenes de Hernández Saravia, fiel amigo de Azaña, que había encabezado la ofensiva de Teruel. A Miaja se le encomendó el mando supremo del ejército del centro (grupo de ejércitos de la región central).

La República, a pesar de las apariencias, no había sido vencida y consiguió realizar una nueva demostración de la unidad de la clase obrera[2012]. El 18 de marzo, la UGT y la CNT habían firmado un acuerdo que significaba un paso más en el repudio del anarquismo. La industria estaría sujeta a la planificación económica del gobierno. Las colectivizaciones serían voluntarias. La UGT se comprometió a persuadir al gobierno de que desistiera en su empeño de disolver las colectividades agrarias existentes y apoyara el control obrero de las industrias cuyos trabajadores lo desearan. La UGT y la CNT convinieron en

que la tarea más urgente era incrementar la producción. De hecho, la gestión del gobierno se imponía a las colectivizaciones por todas partes. El gobierno, cada vez con mayor frecuencia, nombraba «mediadores» y supervisores de aquellas tareas que todavía desempeñaban los comités de trabajadores. El ministerio de Hacienda y Economía intentaría subvenir a las necesidades del momento enviando las materias primas precisas. Entre los catalanes y el gobierno central no existía el mismo grado de colaboración, ni siquiera en apariencia: en una carta de Companys a Negrín con fecha de 25 de abril se denunciaban numerosos agravios. A pesar de que el enemigo había penetrado en territorio catalán, a los catalanes no se les había encomendado ningún alto cargo del ministerio de la Guerra ni del consejo supremo de la guerra. El ejército que combatía en el frente de Cataluña estaba mandado por castellanos. A la Generalitat de Cataluña no se le enviaba información relativa al curso y dirección de la guerra (como en tiempos de Largo Caballero). Companys pedía que se ampliara el estatuto catalán con arreglo a las necesidades de la guerra. Pero su carta no obtuvo contestación alguna y las cosas siguieron donde estaban.

Ahora se estaban aplicando medidas administrativas para afrontar el hecho, temido durante tanto tiempo, de la bipartición del territorio republicano. La base de las Brigadas Internacionales de Albacete fue trasladada a Barcelona. Se estableció un servicio de correos submarino entre Barcelona y Valencia, y asimismo un servicio de transporte de pasajeros y de carga. Los dirigentes republicanos se trasladaban regularmente de una base a otra sobrevolando las líneas rebeldes. Las consecuencias de la bipartición del territorio no fueron tan graves como se temió en un principio. El nuevo gobierno de Daladier (que el mes de abril

sucedió al segundo gabinete Blum, de corta duración)[2013], abrió los canales del sur de Francia a fin de permitir a los buques republicanos que pasaran del Mediterráneo al Atlántico.

El hundimiento del frente de Aragón hizo estallar en el seno de la República una crisis que venía gestándose desde tiempo atrás. El enfrentamiento de Negrín con Prieto, que en algunos aspectos era un problema de relaciones sociales, era una cuestión de diferencia de temperamentos. Pero tales problemas realzaban las divisiones ideológicas y políticas subyacentes en la coalición republicana. Lo malo era que, a la sazón, la política comunista, por muy eficaz que resultara de cara a la organización de la España profesional y de la burguesía liberal en su lucha contra el fascismo, había minado mucho el espíritu republicano: Orwell, en febrero de 1938, explicó que, a su regreso a Inglaterra, después de combatir en las filas del POUM, «muchas personas me dijeron con mayor o menor franqueza que no es conveniente contar la verdad de lo que pasa en España y del papel que desempeña en ella el Partido Comunista para predisponer a la opinión pública en contra del gobierno español y a favor de Franco». Orwell comentaba que personalmente no compartía esta opinión en virtud del anticuado criterio de que «a la larga no da resultado contar mentiras»[2014]. Anteriormente él mismo había señalado que la guerra había producido «una cosecha de mentiras más rica que ningún otro acontecimiento desde la Gran Guerra de 1914 a 1918».

46

La campaña del Maestrazgo. —Yagüe y Negrín buscan un compromiso de paz. — Los Estados Unidos y la ley del Embargo. — Se reanuda la crisis en el Mediterráneo. — Ambigüedades de los alemanes. — Interrupción del avance nacionalista frente a Valencia.

Pero la guerra estaba lejos de terminar. Bien es verdad que tras los recientes avances de los nacionalistas, éstos habían conquistado valiosos territorios. En la zona pirenaica, los generales Solchaga, Moscardó y Yagüe habían llegado en su avance hasta el Segre y el Noguera Pallaresa, afluente de aquél, que llega hasta la frontera francesa. Sin embargo, tuvieron que dejar atrás a una división republicana que mantuvo la resistencia a las órdenes de Antonio Beltrán, apodado «el Esquinazo» en el valle del Alto Cinca, al borde de la frontera[2015]. El curso del río Ebro, desde la confluencia con el Segre hasta el mar ofrecía una línea de defensa natural de Cataluña y los republicanos se aprestaron a fortificarla. En la desembocadura del Ebro, los italianos, contrariados en su deseo de llegar los primeros al Mediterráneo, quedaron retenidos frente a Tortosa hasta el 18 de abril. Aunque la ciudad terminó cayendo en su poder, las tropas italianas quedaron inutilizables para la lucha durante algún tiempo. Asimismo el avance nacionalista hacía el sur de la zona costera que ocupaban quedó frenado

de modo ostensible. Varela trataba de avanzar a través de la monótona llanura del Maestrazgo hacia el sur desde Teruel. En el primer asalto logró abrir una brecha en las líneas republicanas, pero inmediatamente cambiaron las condiciones climáticas, produciéndose lluvias continuas. Este factor favorecía a los defensores, quienes contaban también con el refuerzo de nuevos armamentos, especialmente cazas y armas antiaéreas, que formaban parte de una remesa adquirida en Francia. El 27 de abril el avance quedó paralizado. El 1 de mayo, en una nueva tentativa de remachar una victoria que días antes se vislumbraba fácil y brillante, el general Aranda dirigió un nuevo asalto a 30 kilómetros al este de las posiciones de Varela y a 25 kilómetros del Mediterráneo. El general García Valiño, entre Varela y Aranda, mandaba una fuerza móvil destinada a reforzar a cualquiera de los dos flancos en caso de resistencia. Pero, en las tres líneas de avance, la lucha fue dura. La lentitud del avance ocasionó malestar y renovados rumores políticos en el seno de la España nacionalista. Las protestas no bajaron de tono cuando se divulgó la noticia de que treinta y cuatro bombarderos de la Legión Cóndor habían bombardeado con éxito el puerto de Cartagena, hundiendo todavía más la ya quebrantada moral de la marina republicana.

La confianza frustrada en la victoria suele engendrar resentimiento. Los compañeros de armas de Franco le criticaron por no haber atacado Cataluña. Yagüe, en una alocución que pronunció el día 19 de abril en un banquete falangista conmemorativo del aniversario de la Unificación, elogió las cualidades bélicas de los republicanos y definió a los alemanes e italianos como «criminales de presa». Y agregó: «En las cárceles, camaradas, hay miles y miles de hombres que sufren prisión. ¿Y por qué? Por haber

pertenecido a algún partido o a algún sindicato. Entre esos hombres hay muchos honrados y trabajadores, a los que con muy poco esfuerzo, con un poco de cariño, se les incorporaría al Movimiento [...]. Hay que ser generosos, camaradas. Hay que tener el alma grande y saber perdonar. Nosotros somos fuertes y nos podemos permitir ese lujo [...]. Yo pido a las autoridades que revisen expedientes y que lean antecedentes y que vayan poniendo en libertad a esos hombres para que devuelvan a sus hogares el bienestar y la tranquilidad, para que podamos desterrar el odio». Asimismo habló en defensa del infortunado Hedilla y los camisas viejas encarcelados, los «iniciadores de este Movimiento»[2016]. Este generoso discurso provocó la destitución temporal de Yagüe del mando del ejército de Marruecos. Yagüe había confiado en un «rejuvenecimiento» fascista de España, pero en la práctica, el septuagenario Martínez Anido dirigía la política interior española, los italianos bombardeaban Barcelona y la guerra parecía eternizarse. Quince días más tarde se produjo una nueva división entre los camisas viejas, al publicarse un decreto por el que se autorizaba el regreso de los jesuitas y se les permitía actuar de forma virtualmente independiente de toda sanción estatal.

En medio de este clima aparentemente más esperanzador para la República, el día primero de mayo, Negrín leyó una declaración de trece puntos en la que exponía los objetivos bélicos de su gobierno. En ella se estipulaba la necesidad de que España gozara de absoluta independencia; la retirada de las fuerzas militares extranjeras; el sufragio universal, la renuncia a las represalias; el respeto a las libertades regionales; el apoyo a la propiedad privada capitalista con exclusión de los grandes monopolios; la reforma agraria; garantías a los derechos de los trabajadores; el «desarrollo

cultural, físico y moral de la raza»; la despolitización del ejército; la renuncia a la guerra; la cooperación con la Sociedad de Naciones y, por último, la amnistía para los enemigos. El programa, que había sido pensado tanto por su valor propagandístico de cara al exterior como porque constituía un esquema de mediación era mucho más moderado que el programa del Frente Popular, redactado asimismo en términos de moderación. Cualquier político constitucional de los remotos años de inocencia de la Restauración habría suscrito la declaración de Negrín punto por punto. Para redactarla no se había consultado a la CNT pero el comité de colaboración de UGT-CNT la aprobó calurosamente. No ocurrió lo mismo con la FAI, cuyo comité peninsular (sobre el cual todavía ejercía una influencia preponderante el tullido Escorza) denunció que se trataba de una vuelta al *statu quo* anterior de julio de 1936[2017]. ¿En qué habían quedado las illusions lyriques, los intransigentes sueños de Durruti, Isaac Puente y demás dirigentes de la conferencia de Zaragoza de mayo de 1936? El gobierno de Negrín, a finales de abril, incluso estaba intentando atraerse al capital extranjero, al decretar la disolución del complejo hidroeléctrico de la CNT y la devolución de las compañías a sus antiguos propietarios. (Pero éstas, confiadas en la victoria de Franco, guardaron silencio). Ninguno de los puntos polémicos tenían la menor posibilidad de merecer la aprobación de Franco, que no estaba dispuesto a hacer concesiones. Mientras Franco viviera, no sería posible alejar al ejército de la escena política española.

Parece claro, de todos modos, que, desde el mismo momento en que asumió las funciones de jefe de gobierno, Negrín, personalidad sutil y huidiza, se había propuesto alcanzar una paz negociada. En agosto de 1937 intentó entrar en contacto con el Vaticano[2018]. Para entonces ya

había celebrado reuniones con el conde Welczeck, embajador alemán en París. También buscó la mediación a través de un primo de Serrano Súñer, aunque en esta ocasión sin resultado. Es difícil culpar a Negrín de la continuación de la guerra cuando no había más alternativa que la rendición incondicional. En cuanto se percató de ello, Negrín puso todas sus esperanzas en el estallido de una guerra europea general, en la que quedarían absorbidos, según se suponía, los problemas de España. Por aquellas fechas, Azaña confesaba a Negrín que «desde noviembre del 1936, [soy] "un presidente desposeído". Cuando usted formó gobierno, creí respirar, y que mis opiniones serían oídas, por lo menos. No es así. Tengo que aguantarme»[2019]. Ambos estadistas seguían discrepando: Azaña se remontaba mentalmente a los primeros tiempos de la República y barruntaba dónde había que buscar el error inicial; Negrín, que carecía de historial político, seguía mirando hacia delante. Éste, absorto en la tarea cotidiana de mantener la moral en el frente, se fortalecía para irradiar optimismo; Azaña, que no tenía ninguna misión que cumplir, se limitaba a formular amargas reflexiones.

A Franco no le gustaban ni las ideas de Negrín ni las de Yagüe. «Cuantos deseen la mediación —dijo en un discurso pronunciado el 6 de junio— consciente o inconscientemente, sirven a los "rojos"». Y puntualizó que la guerra representaba «la coronación de un proceso histórico en lucha de la Patria contra la "anti-Patria"» y que afirmar la paz en aquellos momentos supondría volver a una nueva guerra más adelante[2020]. En la España nacionalista se organizó una gran campaña de prensa contra los partidarios de mediación. «En nombre del destino de España, de sus héroes y sus mártires, la Patria exige la victoria incondicional de Franco».

Las perspectivas internacionales de la primavera de 1938, a diferencia de la situación militar española, eran cada vez más desalentadoras para los antifascistas. Chamberlain seguía presionando para anticiparse y dar solución a las pretensiones de los alemanes en la Europa central, especialmente en Checoslovaquia. El día 16 de abril concluyó el pacto Mediterráneo anglo-italiano. Italia se comprometía a retirar sus tropas de España al término de la guerra. Aunque el pacto no adquiriría firmeza hasta ese momento, ambos países se comprometieron a garantizar el *statu quo* en el Mediterráneo. Perth estaba emocionado, según observó Ciano. «Ya sabe usted lo mucho que he deseado que esto sucediera», dijo aquél. «Es cierto —agregó Ciano— Perth ha sido buen amigo nuestro. Y si no, ahí están todos los informes que obran en nuestro poder»[2021]. Azcárate envió una nota de protesta al Foreign Office en la que manifestaba su horror por el intercambio de cartas entre italianos y británicos, que demostraba que éstos aceptaban la presencia de tropas italianas en España hasta el final de la guerra civil. Y eso ocurría mientras Inglaterra mantenía su adhesión al pacto de no intervención y al plan de retirada de voluntarios[2022]. *Pravda* denunció que el pacto anglo-italiano daba el espaldarazo a Mussolini en «su guerra contra el pueblo español». Churchill se hizo eco del mismo en carta dirigida a Edén: «Ha sido un triunfo completo de Mussolini, que ha conseguido que nosotros aceptemos cordialmente la transformación del Mediterráneo en fortaleza levantada contra nosotros, la conquista de Abisinia y su intervención violenta en España». Los antagonistas de Chamberlain en el seno del partido conservador llegaron a convertirse en simpatizantes republicanos en el curso de las semanas siguientes[2023].

No había indicios de que Italia tuviera ahora más

intención de observar el acuerdo de no intervención. El 11 de abril, llegaron a España otros trescientos oficiales italianos. Por su parte, Alemania llegó a la conclusión de que una rápida victoria nacionalista impediría que progresara el plan de retirada de voluntarios. Así pues, el ministerio de Asuntos Exteriores alemán dio instrucciones a su embajada en Londres para que aceptaran cualquier fórmula que hallaran para conseguir la retirada de los voluntarios. Hitler se proponía retirar de España a las tropas alemanas. La aviación austriaca necesitaba mandos y «nuestros soldados ya no pueden aprender nada más»[2024]. Franco propuso que se evacuara a la Legión Cóndor, a condición de que la aviación, las armas antiaéreas y parte del equipo restante permanecieran en España a disposición de los pilotos españoles, a quienes los alemanes habían enseñado a volar. Mientras los alemanes se mostraban impacientes, la República pudo aprovecharse durante algún tiempo del cambio de actitud de los franceses, que se produjo en la primavera de 1938. El nuevo jefe de gobierno francés, el tenaz campesino Daladier, dijo a Bullitt, embajador norteamericano en París, que había abierto la frontera francesa a fin de beneficiar al máximo a la España republicana. Rusia había acordado enviar trescientos aviones a Cataluña, agregó, a condición de que los franceses se avinieran a transportarlos a través de su territorio. Daladier efectuó el traslado en grandes camiones, pese a que «fue preciso talar parte de los árboles de las carreteras de Aquitania para que no tropezaran con las alas»[2025]. En los meses de abril y mayo cruzaron la frontera pirenaica 25 000 toneladas de material de guerra. Como era de esperar, no se realizaron progresos sustanciales en las conversaciones emprendidas por Georges Bonnet, ministro de Asuntos Exteriores de Daladier, con los italianos, en la línea de las de

Chamberlain. El diálogo se interrumpió cuando, el día 15 de mayo, Mussolini declaró que no tenía la menor utilidad, dado que ambos países se encontraban «en los extremos opuestos de las barricadas» de la guerra civil española. Pero Bonnet se mostró conservador y cauteloso, demostrando que no era amigo de la República.

El día 13 de mayo, Álvarez del Vayo compareció de nuevo ante el consejo de la Sociedad de Naciones. Exigió que aquellos países que, en el mes de octubre habían anunciado que reconsiderarían su postura de no intervención si ésta no se hacía efectiva en breve plazo, actuaran en consecuencia con sus palabras. El nuevo ministro de Asuntos Exteriores de Chamberlain, *lord* Halifax, insistió en que se pasara de inmediato a la votación, pues estaba impaciente por centrar los debates en la crisis checoslovaca[2026]. Harvey, secretario particular de *lord* Halifax, tras haber ocupado el mismo puesto con Edén escribió: «Ni él ni Chamberlain aborrecían las dictaduras hasta el punto de poder superar la desconfianza innata que sentían por la democracia francesa y su presunta ineficacia»[2027]. Algunas delegaciones destacadas en Ginebra, como las de China y Nueva Zelanda, que habrían podido apoyar a España en aquella ocasión tuvieron que consultar con sus respectivos gobiernos. Llegado el momento de la votación, que se celebró el mismo día en que se había suscitado el caso español por primera vez, sólo España y Rusia votaron a favor de la resolución que pedía acción. Gran Bretaña, Francia, Polonia y Rumania votaron en contra y los otros nueve estados representados, se abstuvieron. El número de abstenciones reflejaba la creciente simpatía internacional por la República, debida al deterioro de la situación europea.

Se efectuaron presiones cerca del gobierno norteamericano para que éste levantara el embargo de armas

a España. El editorialista Drew Pearson observó: «Washington ha presenciado toda suerte de cabildeos [...] pero raras veces he visto anteriormente a tantas personas de todo el país que gasten dinero en una causa de la que no esperan ningún beneficio material»[2028]. El anterior secretario de Estado (y futuro ministro de la Guerra), H. L. Stimson, y el exembajador norteamericano en Alemania, William Dodd, firmaron una petición en la que solicitaban el fin del embargo. Einstein y otros científicos interesados en la campaña se sumaron a ella. Byron Scott, miembro de la cámara de Representantes, y el senador Nye, presentaron sendas resoluciones al congreso en las que proponían, asimismo, el levantamiento del embargo. El día 3 de mayo, el secretario de Estado, Cordell Hull, se reunió con sus asesores del departamento de Estado para estudiar la resolución presentada por el senador Nye[2029]. Hull y los funcionarios convinieron en que no necesitaban intervenir para impedir que se aprobara la resolución. La noticia se «filtró» deliberadamente y apareció publicada en el *New York Times* del día 5 de mayo. Inmediatamente, el católico Joseph Kennedy, que era el nuevo embajador norteamericano en Londres, telegrafió a Washington expresando su alarma ante la posibilidad de que tales medidas ocasionaran la extensión de la guerra civil. Los católicos de los Estados Unidos protestaron apasionadamente de que se prestara ayuda a los «bolcheviques ateos». Roosevelt, que se hallaba pescando en el Caribe, ordenó a Hull que demorara las cosas y, a su regreso a Washington, se revocó la decisión de levantar el embargo. A finales de mayo, Hull escribió una carta al senador Pittman en la que afirmaba que la guerra civil española era «más que una guerra civil» y por lo tanto no podía ser tratada simplemente como tal[2030].

Entretanto, en Ginebra, Litvinov protestaba ante Louis

Fischer, quien todavía actuaba como comprador de armas para la República, en estos términos: «Todo son derrotas y retiradas». «Si usted les entregara quinientos aviones más podrían ganar la guerra», le respondió Fischer. Litvinov alegó que a Rusia le sería más útil enviar una remesa de tal calibre a China que a España. Por lo demás, comentó, Rusia carecía de aviones. «Sólo puedo contar con los documentos diplomáticos», agregó. De todos modos, prometió consultar con su jefe. (Éste se hallaba en un mal momento: recientemente había hecho detener a casi todos los embajadores en activo del ministerio ruso de Asuntos Exteriores)[2031]. Pero, aun en el caso de que hubiera podido reunir los quinientos aparatos, habría tenido grandes dificultades para enviarlos a España. Efectivamente, el día 13 de junio, Daladier, presionado por los ingleses, volvió a cerrar la frontera franco-española[2032]. Así finalizaba un período de unos cuantos meses durante el cual entraron libremente en territorio republicano los suministros de armas. Sin embargo, antes de que se cerrase la frontera, Miles Sherover, hombre de negocios de origen polaco, que actuaba a la sazón como agente de ventas para la República en los Estados Unidos, y que realmente era el administrador de los intereses republicanos, consiguió enviar por barco importantes suministros con destino a España por medio de la llamada «Hanover Corporation». Fundamentalmente se trataba de camiones, coches y motores de camión[2033].

Un mes después, la primera sala del Tribunal Supremo francés decidió que cierta cantidad de oro perteneciente al banco de España, que se hallaba depositado en Mont de Marsan, en territorio francés, pertenecía a «una sociedad privada» y, por lo tanto, no podía enviarse a la República. Fue otro duro revés, aunque, de todos modos, siguió pasando cierta cantidad de material en dirección a España. La ruta del

Mediterráneo había quedado completamente inutilizada.

A partir del 1 de junio empezaron a llegar nuevas fuerzas italianas a la España nacionalista. Ciano aseguró a Millán Astray y a un grupo de pilotos españoles que le acompañaban en una visita a Roma, que «a pesar de, lo que digan los comités, Italia no abandonará a España hasta que la bandera nacionalista ondee en las torres más altas de Barcelona, Valencia y Madrid»[2034]. Dada la actitud de Roma, no podía sorprender que el gobierno británico tuviera que revisar, de mala gana, «el caso español». El 18 de mayo, la Cámara de los Lores había discutido el acuerdo anglo-italiano; el ministro de Asuntos Exteriores, *lord* Halifax, dijo a propósito de las actividades de los italianos: «Nosotros aceptamos estas garantías y creemos que serán cumplidas escrupulosamente»[2035]. Poco después comenzaba una nueva campaña de bombardeos nacionalistas contra la España republicana. Hubo incursiones contra Valencia y otras localidades costeras del Mediterráneo, ninguna de las cuales contaba con suficientes armas antiaéreas[2036]. El 2 de junio fue bombardeada Granollers, una ciudad que carecía de importancia militar, situada a 30 kilómetros al norte de Barcelona. Murieron unas cien personas (en su mayor parte mujeres y niños). *Lord* Halifax expresó su protesta ante el gobierno de Burgos y ante el embajador alemán en Londres, Dirksen. Pero puntualizó que «ya sabía que se trataba de un asunto delicado y que en ningún caso pretendía irritar a los alemanes»[2037]. *Sir* Neville Henderson rogó a Weizsaecker que empleara toda su influencia para evitar que se repitieran los ataques indiscriminados[2038]. Perth se dirigió a Ciano en los mismos términos y asimismo el embajador británico cerca de la Santa Sede emprendió una gestión similar ante el secretario de Estado pontificio. Ciano, con su actitud meliflua de siempre, prometió que haría lo que estuviera a

su alcance. («En realidad —confesaría Ciano al embajador alemán Xlackensen— no hemos dado ningún paso ni pensamos darlo»)[2039]. El cardenal Pacelli explicó que el Vaticano estaba utilizando constantemente toda su influencia sobre Franco, de una u otra forma[2040]. Finalmente Gran Bretaña propuso que se nombrara una comisión especial que investigara aquellos ataques y dictaminara si iban dirigidos a objetivos militares. Pero ninguno de los países a los que acudió Gran Bretaña (Estados Unidos, Suecia, Noruega y Holanda) estuvo dispuesto a colaborar en la empresa. El gobierno inglés destacó a dos oficiales británicos a España para que realizaran la investigación por su cuenta. Éstos informaron que, a su juicio, los bombardeos habían atacado objetivos no militares en buena parte de los casos, pero no se sacó partido a sus conclusiones.

La situación se exacerbó al producirse nuevos ataques contra buques británicos en aguas españolas. Por entonces, la mayor parte del comercio marítimo con la República se efectuaba a bordo de buques británicos. Algunas compañías suspendieron el tráfico, por considerar que sus barcos corrían demasiado riesgo de verse bombardeados o apresados. Pero gran parte de estos barcos sólo eran nominalmente británicos; muchos de ellos eran griegos, aunque registrados en compañías potencialmente británicas, gracias a la intervención de hombres como Jack Billmeir, cuya compañía naviera (Stanhope Shipping Company) contaba entonces con una flota de treinta y cinco buques mercantes que prestaban servicio entre Gran Bretaña y la España republicana. Desde mediados de abril hasta mediados de junio, fueron atacados en aguas españolas veintidós barcos con bandera británica (de un total de ciento cuarenta que prestaban servicio con la República). Once de ellos fueron hundidos o sufrieron graves desperfectos.

Resultaron muertos veintiún marineros británicos y varios observadores del comité de no intervención. El gabinete de Chamberlain, según la versión de *sir* Alexander Cadogan, subsecretario permanente del Foreign Office, estaba «más bien distraído»[2041]. En la Cámara de los Comunes el gobierno británico recibía diariamente duros ataques por tolerar aquel lamentable estado de cosas. La mayoría de los buques habían sido hundidos en los puertos, y para la armada británica era difícil contrarrestar tales acciones. R. A. Butler, subsecretario parlamentario del Foreign Office, tuvo que derrochar los más sutiles recursos léxicos para justificar los motivos por los cuales el gobierno no autorizaba la exportación de armas antiaéreas a la España republicana ni tampoco permitía a los barcos mercantes británicos que llevaran armas. Además, quedó claramente demostrado que los ataques eran premeditados. Varias personalidades conservadoras, como Duncan Sandys, adhiriéndose a la postura del socialista Noel-Baker, denunciaron lo ignominioso de la situación. Aneurin Bevan, estrella ascendente de las izquierdas británicas, evocaba lo que hubiera hecho Clive de la India, y Lloyd George pedía que se tomaran represalias, bombardeando las bases italianas en Mallorca[2042]. Churchill declaró: «Creo que al general Franco se le puede decir sin el menor riesgo: "Si esto se repite, nosotros apresaremos uno de sus barcos en alta mar". Puedo comprender que se soporten humillaciones por causa de la paz. Yo mismo hubiera apoyado al gobierno si creyera que con su conducta está asegurando la causa de la paz. Pero me temo que nuestra abyección será muy mal interpretada en el extranjero. Temo que no hará sino precipitar todos esos peligros de los que queremos librar a nuestro pueblo»[2043].

Lord Cecil de Chelwood dimitió de las funciones que

desempeñaba en la Cámara de los Lores como representante del Partido Conservador en señal de protesta contra la ineficacia del gobierno. El arzobispo de York, Dr. Temple, y otros prelados pidieron que se llevara a cabo «una acción efectiva». Chamberlain anotó en su diario: «He pensado en todas las formas posibles de represalias, pero es evidente que ninguna de ellas puede llevarse a cabo a menos que estemos dispuestos a entrar en guerra con Franco [...] lo que podría suceder, por supuesto, si Franco fuera lo bastante loco para provocarla»[2044]. En una ocasión propuso al consejo de ministros que Gran Bretaña ocupara la isla de Menorca como represalia. «El inconveniente —se observaba con sarcasmo en el acta del consejo— está en que Menorca pertenece al gobierno de la República»[2045].

Finalmente, los nacionalistas propusieron que se creara en Almería una zona de seguridad para la navegación. La idea fue rechazada por el gobierno republicano y por el comité de navieros británicos, puesto que en Almería sólo se podría realizar una séptima parte de las operaciones que habitualmente se llevaban a cabo en los demás puertos de la República. La situación siguió como antes. El buque británico *Dellwynn* fue hundido frente a la costa de Gandía en presencia de un buque de guerra británico. «Por primera vez en la historia», se lamentaba Bowers, embajador norteamericano y devoto de la democracia[2046]. Prieto, en un discurso pronunciado en Barcelona, hizo las siguientes reflexiones: «¿Quién lo hubiera creído posible, después de encontrar, en el estudio de las relaciones internacionales, constantes referencias a la arrogancia y al orgullo de Inglaterra, que no le permitían tolerar el menor ataque contra sus intereses materiales ni contra las vidas de sus súbditos? Sin embargo, aquí, en nuestros cementerios, yacen los cuerpos de marinos ingleses que han pagado con sus

vidas la confianza que tenían en la protección del imperio».

La continuación de los ataques hizo que *lord* Perth comunicara a Ciano que temía que Chamberlain «cayera de su puesto si continuaban los ataques»[2047]. En consecuencia, los ataques fueron suspendidos a principios de julio. La crisis hizo que empeoraran las relaciones de los nacionalistas con sus aliados ya que, si Alemania e Italia negaban su responsabilidad en los ataques, la hacían recaer sobre Franco. Von Stohrer recibió orden de comunicar a Franco que los alemanes habían contado con que él sabría evitar que la Legión Cóndor adquiriera una imagen odiosa. Pero algunos alemanes eran cada vez más indiscretos. El día 12 de julio, el *News Chronicle* difundió el texto de una conferencia pronunciada por el general nazi *von* Reichenau, el ambicioso comandante en jefe del 4.º grupo de ejército alemán, a propósito de «La actitud alemana frente a los sucesos de España». «Dos años de experiencia bélica en España —decía Reichenau— han resultado de mayor utilidad para nuestra Wehrmacht, todavía inmadura, y para aumentar la capacidad ofensiva del pueblo, que diez años de entrenamiento pacífico». El gabinete británico hizo circular la nota entre sus miembros, y los ministros que la leyeron pudieron comprobar que los alemanes habían sacado gran provecho del experimento bélico español en lo referente a la guerra aérea y al uso de los tanques y de armas antitanques[2048]. «España nos ha dado lecciones especialmente valiosas para el empleo de vehículos de motor en caso de guerra», decía *von* Reichenau. *Lord* Halifax propuso que Gran Bretaña lanzara un llamamiento a los contendientes para que pusieran fin a la guerra. Aquel llamamiento se basaría, naturalmente, en motivos humanitarios, cristianos, etc. Y aun cuando no tuviera grandes posibilidades de éxito, por lo menos serviría para

reforzar la posición moral del gobierno de Su Majestad[2049].

En el curso de aquel verano los alemanes se enzarzaron en una agria disputa con Franco. Éste firmó la ley de minas españolas sin informar antes al embajador alemán *von* Stohrer. Entre las concesiones que se hacían para dar satisfacción a los alemanes, figuraba la autorización a las inversiones de capital extranjero hasta de un 40% y la posibilidad de admitir excepciones, por encima de este límite, en Marruecos. La ley satisfizo a los alemanes, aunque no la forma en que se publicó. Von Stohrer preguntó con frialdad si se le consideraba *persona non grata* y se le replicó que Franco estaba ocupado. Von Stohrer preguntó si es que Franco no disponía de media hora para entrevistarse con el embajador alemán. Posteriormente fue recibido por Gómez Jordana, quien explicó que él y Franco habían defendido a Alemania en el consejo de ministros y habían logrado introducir enmiendas favorables a los alemanes. La propaganda enemiga, agregó, habría denunciado que Alemania había forzado concesiones a Franco si éste hubiera recibido al embajador alemán antes de publicarse el decreto. «Pero la prensa nacionalista española nunca da cuenta de mis visitas», comentó *von* Stohrer. Alemania aceptó las disculpas españolas de mala gana, aceptando asimismo las concesiones[2050]. En el curso de las semanas siguientes, las relaciones de los alemanes con Franco se complicaron extraordinariamente; parece ser que Alemania llegó incluso a acariciar la idea de llevar a la práctica su deseo, sólo formulado a medias, de prolongar la guerra española, vendiendo equipo militar a la República. Como se verá más adelante, Negrín llegó a entrevistarse con negociadores nazis.

Durante estas semanas de continua crisis internacional, la ofensiva nacionalista en el Maestrazgo y en el Mediterráneo

proseguía con dolorosa lentitud. Las fuerzas republicanas, mandadas por el general Leopoldo Menéndez (bajo el mando supremo de Miaja) resistían con destreza y valor. El general Volkmann, comandante en jefe de la Legión Cóndor, informó de que había agotado las reservas de material[2051]. Los republicanos habían recibido de Rusia numerosos «Moscas», entre los que figuraban algunos modelos del denominado «Supermosca», que llevaba cuatro ametralladoras y desarrollaba mayor velocidad; de Francia, la República recibió cuarenta cazas canadienses Grumman[2052]. Castellón de la Plana resistió hasta el día 14 de junio en que se rindió a las tropas de Aranda tras varios días de feroces combates en los suburbios. Fueron asesinados cuarenta prisioneros políticos y la ciudad fue saqueada antes de que la abandonaran las unidades republicanas. Los nacionalistas contaban ya de ahora en adelante con el importante puerto de El Grao de Castellón. Se hallaban a la sazón a ochenta kilómetros de Valencia. Pero, aunque las expertas tropas de García Valiño (que formaban ahora un cuerpo de ejército) se habían unido a las de Aranda, Solchaga y Varela, las operaciones militares quedaron estancadas a doce kilómetros al norte de Sagunto. El único triunfo que lograron los nacionalistas fue la conquista del enclave defendido por «el Esquinazo», en el valle del Alto Cinca, por el general Iruretagoyena. El pueblo pirenaico de Bielsa cayó el día 6 de junio. Cuatro mil hombres huyeron a Francia[2053].

A mediados de junio, ya nadie se atrevía a afirmar en España que la guerra se estaba terminando. Se había esfumado el optimismo de la primavera. El cansancio cundía por todas partes. Según palabras de *von* Stohrer, «el terror que practica actualmente Martínez Anido en la zona nacionalista resulta inadmisible, aun a los ojos de la propia

Falange»[2054]. Negrín, en una alocución pronunciada en Madrid, el 18 de junio, dijo que no podía soportarse que la guerra se prolongara ni un minuto más si se deseaba que España siguiera siendo un país libre. El 28 de junio, el obispo de Gerona dirigió una carta a Companys desde territorio nacionalista en la que razonaba que la República debía rendirse, puesto que el ejército de Franco había triunfado en más de la mitad de España y, por lo tanto, el presidente Companys, como buen demócrata, debía acatar el «principio de la mayoría»[2055]. Entretanto, Litvinov declaraba que Rusia se sentiría encantada de retirarse de España sobre la base del principio «España para los españoles», al tiempo que Ilya Ehrenburg, en un artículo publicado en *Pravda* el 17 de junio, tendía una «mano conciliadora» a la Falange de la vieja guardia, a cuyos miembros calificaba, de forma sorprendente, de «patriotas españoles». La misión militar rusa era mucho más reducida que en otros tiempos. Azaña celebró una entrevista con el encargado de negocios británico, John Leche, en el museo de Vich, en la cual insistió con vehemencia en la necesidad de buscar una mediación en la guerra española, para alcanzar un compromiso que incluyera un plebiscito, después de un alto el fuego[2056]. Azaña criticaba cada vez con mayor dureza los procedimientos judiciales que se practicaban en su nombre. Refiriéndose a los tribunales superiores, anotó en su diario en tonos de desesperación: «La falta de garantías. La incompetencia de los miembros iletrados. La crueldad impolítica [...]. Unos mozalbetes condenados a muerte por cantar un himno. El delator, no sabía cuál era. Malos tratos: Uno sordo, otro ciego». Pero Negrín seguía creyendo que era más útil aplicar unos cuantos castigos ejemplares que ganar batallas[2057].

El día 27 de junio, Maisky aceptó el proyecto de retirada

de voluntarios elaborado por el comité de no intervención. Se enviarían dos comisiones a España, una para efectuar el censo de los extranjeros que actuaban allí y otra destinada a supervisar su retirada. Los países componentes de dicho comité satisfarían el importe de la operación, calculado entre 1.750 000 y 2.250 000 libras[2058]. El proyecto fue enviado a ambos bandos contendientes para que opinaran sobre él. Jordana expresó la actitud de los nacionalistas sobre el particular. Explicó que «había que buscar el medio de reforzar la posición de Neville Chamberlain aceptando el proyecto en principio, pero intentando ganar tiempo para proseguir la guerra, mediante hábiles reservas y contrapropuestas»[2059]. Maisky sintetizó acertadamente la actitud general de todos los países interesados cuando (acusando a su propio país) declaró que: «La actitud de las potencias intervencionistas me hace dudar de que se lleve a cabo la evacuación de los "voluntarios"»[2060].

El 5 de julio, el ejército nacionalista de Levante emprendió una gran ofensiva para abrirse camino hasta Valencia[2061]. En aquella zona se concentraron novecientos cañones y cuatrocientos aviones. García Valiño, estacionado en las afueras de Castellón, embistió desde el norte, pero, en aquel sector, la sierra de Espadan llegaba casi hasta el mar y las fuerzas republicanas, dirigidas por el astuto Gustavo Durán y el general Menéndez, no pudieron ser desalojadas. El 13 de julio, Varela, junto con tres divisiones italianas de Berti, atacó hacia el sur de Teruel, coordinando su acción con la de los navarros de Solchaga. En los primeros días de la batalla, los blindados italianos lograron importantes avances, pero la resistencia republicana estaba de nuevo bien organizada. Una fuerza de carabineros resistió largamente en Mora de Rubielos. Finalmente, cayó Sarrión y, con ella, las posiciones republicanas situadas a lo largo de la sierra de Toro. El

frente empezó a derrumbarse de forma parecida a lo ocurrido en Aragón. La oficina de turismo de los nacionalistas, abierta recientemente, empezó a organizar viajes en autobús a los campos de batalla[2062]. Protegida por un intenso bombardeo artillero antiaéreo, la infantería navarra e italiana avanzó en cinco días noventa y cinco kilómetros en un frente de treinta kilómetros de anchura. El único obstáculo que quedaba por salvar para ocupar la bella región de la huerta de Valencia, próspera en tiempos de paz y fácil de conquistar en caso de guerra, eran las fortificaciones construidas frente al pueblecito de Viver, en dirección hacia la sierra de Espadán. Pero estas fortificaciones (la llamada línea XYZ) estaban ingeniosamente concebidas y las defendían dos cuerpos de ejército a las órdenes de los dos coroneles que habían ganado el máximo prestigio en la batalla de Madrid en noviembre de 1936: Romero y Güenes[2063]. Se habían construido trincheras capaces de resistir bombas de 500 kilos. El avance quedó interrumpido. El bombardeo artillero y aéreo no causó la menor impresión en los defensores. Cada asalto de la infantería nacionalista era rechazado por una lluvia de metralla. Entre los días 18 y 23 de julio los nacionalistas sufrieron cuantiosas bajas, calculadas por la República en 20 000 hombres. A partir del día 23, los ataques empezaron a espaciarse y finalmente quedaron interrumpidos. Valencia se había salvado[2064].

47

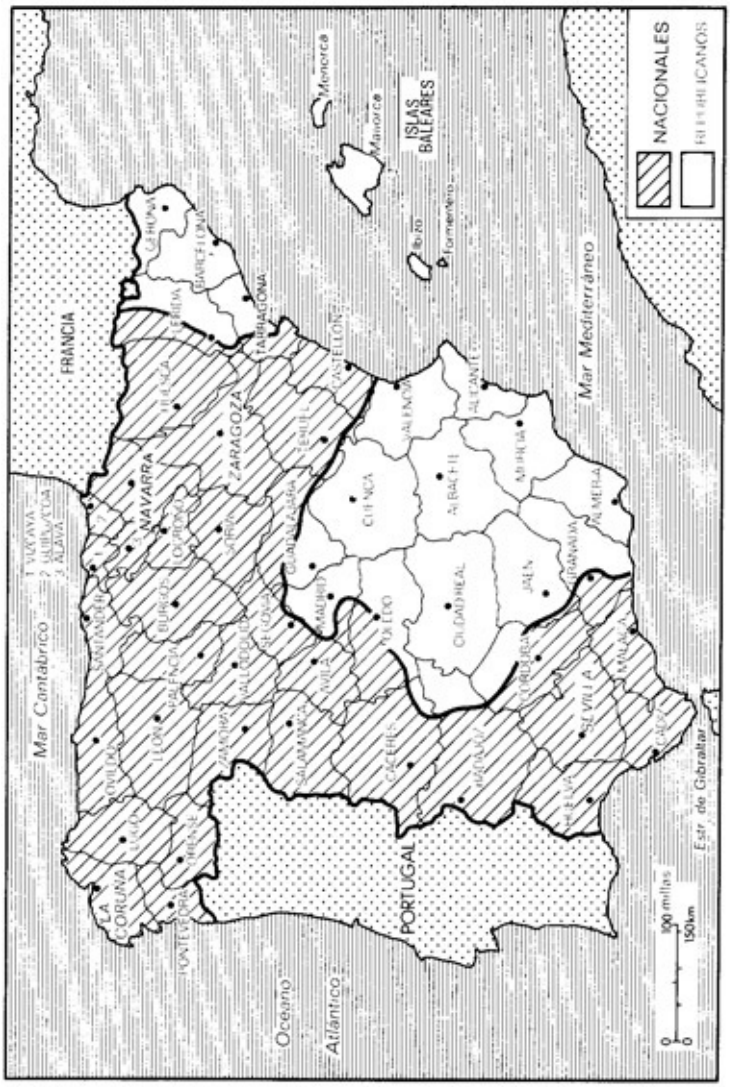
La batalla del Ebro. — Avance hacia Gandesa. — La guerra de desgaste. — La crisis de agosto. — España y la crisis de Munich. — Retirada de las Brigadas Internacionales. — La comisión de la Sociedad de Naciones. — *Sir* Philip Chetwode en España. — Las batallas de Cavalls. — El Pacto del Mediterráneo.

El 24 de julio de 1938, Negrín declaró en Barcelona ante el consejo de la guerra republicano que Valencia caería a menos que se lanzara un ataque diversivo en otro punto. El general Rojo, jefe del estado mayor, propuso que éste se efectuara al norte de la avanzadilla nacionalista en el Mediterráneo. El proyecto consistía en abrirse paso por el Ebro en varios puntos, a unos ciento diez kilómetros del mar con el doble objetivo de perturbar las comunicaciones de los nacionalistas entre Levante y Cataluña y de restablecer, si era posible, las comunicaciones entre Cataluña y el resto de la España republicana. Para llevar a cabo este proyecto se formó un nuevo «ejército del Ebro» a las órdenes de Modesto, integrado por el 5.º Cuerpo de ejército a las órdenes de Líster, el 12.º Cuerpo de ejército, dirigido por Etelvino Vega y el 15.º Cuerpo de Ejército, mandado por Manuel Tagüeña. El 18.º Cuerpo de Ejército, bajo el mando de José del Barrio, formaba la reserva. Apoyarían a esta fuerza de 80 000 hombres, 70 u 80 baterías de campaña y

veintisiete armas antiaéreas. El apoyo aéreo de las fuerzas republicanas había mejorado mucho gracias a la adquisición de los cazas «Supermosca» y «Superchato», manejados por pilotos españoles instruidos en Rusia. Todos los comandantes en jefe propuestos para dirigir el ejército del Ebro eran comunistas, y asimismo los comandantes de cuerpo y de división, y, por supuesto, el general Modesto. Estos jefes, en su calidad de militantes comunistas, celebraban reuniones regulares con la dirección del partido[2065]. Los anarquistas sólo contaban con dos jefes de brigada, de un total de veintisiete que integraban el ejército del Ebro[2066]. Pero no hay que creer, ni mucho menos, que estuvieran tan mal representados en los demás ejércitos. Por ejemplo, el coronel Perea, jefe del ejército del este, siempre había simpatizado con los anarquistas, mientras que, de los cinco ejércitos de la zona central que mandaba Miaja, sólo uno (el de Extremadura, de escasa importancia) estaba dirigido por un simpatizante comunista, el coronel Burillo[2067]. Los demás, aunque no fueran anarquistas, tampoco eran comunistas. Además, los comunistas estaban desunidos: Modesto y Líster, que eran las dos revelaciones más destacadas de la guerra, se hallaban en malas relaciones. Modesto era un andaluz sarcástico y despótico, a ratos brutal y raras veces sincero, pero era un auténtico jefe militar, carente de dotes y ambiciones políticas. Líster daba la imagen del orador apasionado y ambicioso, con un fuerte sentido de la amistad, indisciplinado y dispuesto a emprender cualquier acción propagandística, que sabría desarrollar con eficacia; de reacciones desabridas a veces, pasaba por alto casi todos los errores de sus subordinados si éstos le caían en gracia[2068]. Además, muchos comunistas recientes eran de extracción burguesa. Otros jefes militares comunistas habían adoptado una actitud política durante la

guerra. Nadie sabía cuáles serían sus opiniones al término del conflicto. Los anarquistas seguían considerando que Rojo, jefe del estado mayor del ejército, mostraba excesiva tolerancia con los comunistas, pero éste era un técnico puro y simple. Bernal, jefe de Transportes, era conocido por sus ideas antirevolucionarias. El socialista Trifón Gómez, jefe administrativo del ejército, era prietista y llegó a ser expulsado de la dirección del partido en 1934 cuando Largo Caballero inició la apertura a la izquierda. En cuanto al coronel Jurado, oficial de artillería, que se hallaba ahora al mando de las armas antiaéreas, muchos creían que había decidido apoyar el bando republicano por pura casualidad. Manuel Albar, encargado de coordinar las distintas comisarías y Alfonso Játiva, subsecretario de la Marina, eran hombres de Prieto y también lo eran Belarmino Tomás, el nuevo comisario del Aire y Zugazagoitia, secretario general de Defensa, cargo que apenas significaba nada[2069]. Muchos otros cargos del ministerio de la Guerra los desempeñaban preferentemente profesionales políticamente neutros, antes que comunistas, como sucedía en tiempos de Prieto. Por ejemplo, el arma de artillería seguía estando a las órdenes del coronel Fuentes, oficial a quien, en noviembre de 1936, el comandante Voronov calificó de antiruso; las comunicaciones corrían a cargo del coronel Montaud, que era uno de los jefes del ejército vasco; el doctor José Puché, rector de la universidad de Valencia, y amigo de Negrín, se hallaba al frente del cuerpo médico; sólo el comandante Azcárate, primo del embajador, que dirigía el cuerpo de Ingenieros, y el coronel Paredes, especialista en tanques, podían considerarse próximos al Partido Comunista. El enigmático diputado socialista por Granada, Alejandro Otero, subsecretario para la compra de armamento, parecía, por su parte, un capitalista de gran imaginación. Las

unidades mandadas por jefes comunistas recibieron la parte del león en cuanto al armamento se refiere; si bien es verdad que se trataba de las armas ofensivas. Al parecer estas unidades fueron las que mejor dirigieron la acción bélica, aunque es difícil pronunciarse sobre el particular.



33. División de España en julio de 1938

En el ejército del Ebro la rápida carrera ascendente de Manuel Tagüeña, que, con menos de treinta años, mandaba un cuerpo de ejército, sin tener experiencia militar anterior a

1936, era representativo del caso de tantos jóvenes, principalmente comunistas o miembros de las Juventudes Unificadas, que, en la última etapa de la guerra civil, pasaron a desempeñar el mando en campaña[2070]. De la lectura de sus memorias se deduce claramente que su comunismo era el propio de un patriota combatiente y no el de un «ideólogo».

Estos ejércitos reorganizados mantuvieron la resistencia de la España republicana durante el año 1938. La recuperación tras las derrotas sufridas en primavera constituyó un gran éxito, del que fue parcialmente responsable la apertura de la frontera francesa durante el mes de marzo. También contribuyó a ello la movilización de nuevos reemplazos de reservistas y la fundación de las nuevas escuelas de oficiales. La recuperación militar también fue fruto de la tenacidad de muchos hombres comprometidos en la lucha, en su mayor parte menores de veinticinco años, que, a menos que trabajaran hasta el agotamiento, se exponían a perderlo todo, incluida la propia vida.

La República cometió una temeridad al lanzar una ofensiva en el verano de 1938, con la frontera francesa nuevamente cerrada, ofensiva que parecía inspirada en los ejemplos de Brunete, Belchite y Teruel. El esquema de estas batallas —éxito momentáneo de la ofensiva, contención del avance por tropas nacionalistas llegadas de otros frentes precipitadamente, contraataque nacionalista— se repitió en la batalla del Ebro, aunque en una escala mucho mayor y entrañando consecuencias mucho más trágicas[2071].

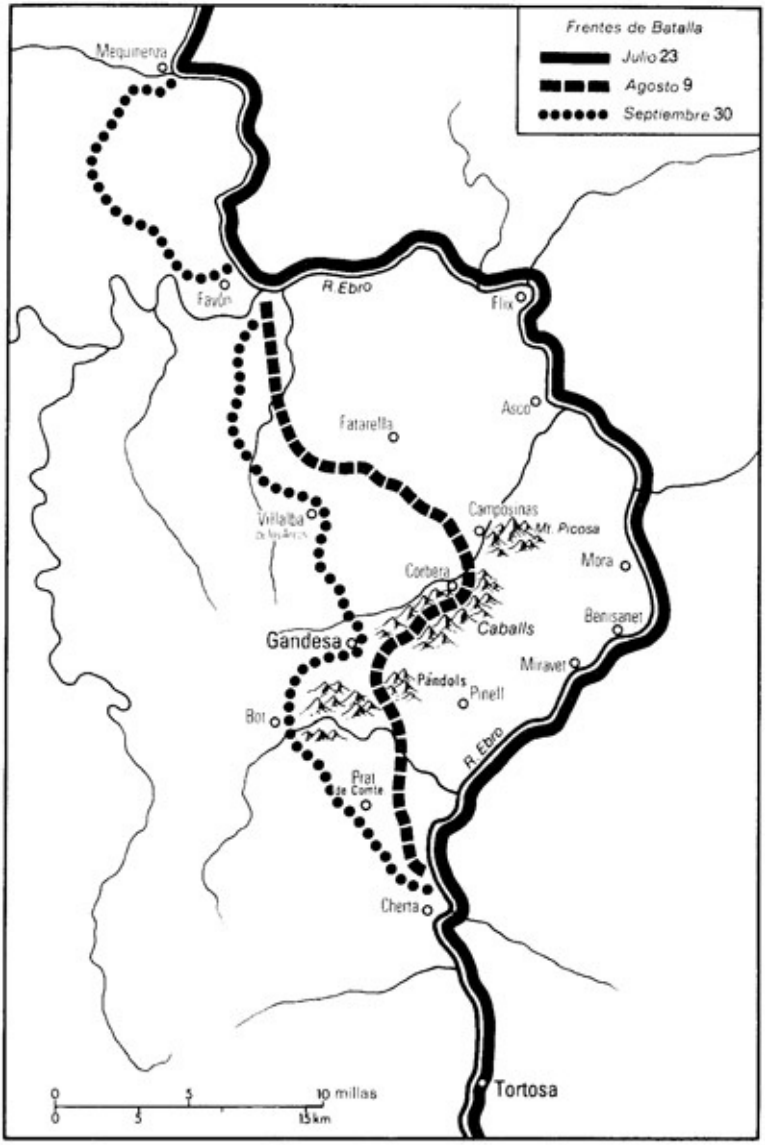
Sea como fuere, a las doce y cuarto de la noche del 24 al 25 de julio, con un cielo sin luna, las fuerzas republicanas empezaron a cruzar el Ebro. Las unidades que mandaba Tagüeña atravesaron el río entre Mequinenza y Fayón.

Líster y el 5.º Cuerpo de ejército empezaron a cruzar el río por dieciséis puntos distintos comprendidos en el gran arco que éste forma entre Fayón y Cherta, principalmente por Flix, Mora la Nueva, Miravet y Amposta, situada ésta a orillas del mar, cincuenta kilómetros al sur. Para la operación se habían reunido noventa barcas (cada una de ellas transportaba diez hombres), tres puentes de pontones y doce de otros tipos. Les acompañaban veintidós tanques T-26 y cuatro compañías de carros blindados, con la particularidad de que iban armados con ametralladoras en lugar de cañones. La primera unidad del cuerpo de ejército de Líster que alcanzó la otra orilla fue el batallón Hans Beimler, de la 11.ª Brigada Internacional, ahora reorganizado, y que estaba formado por alemanes, escandinavos y catalanes, cuyos jefes abrían la marcha al grito de «¡Adelante, hijos de Negrín!», proferido con extraños acentos[2072]. A la altura de Mora, el Ebro tiene una anchura de varios centenares de metros y discurre en medio de escarpados desfiladeros.

La otra orilla del Ebro, desde Mequinenza hasta el mar, estaba custodiada por el ejército de Marruecos, cuyo mando había vuelto a manos de Yagüe. Los oficiales de la 50.ª División, mandada por el coronel Campo, habían informado de que a lo largo de la orilla opuesta se hallaban concentradas tropas enemigas selectas, pero el alto mando había hecho caso omiso. El frente de guerra en España tenía 1750 kilómetros de longitud y no podían verificarse todos los rumores[2073]. A las dos y media de la madrugada, el coronel Peñarredonda (que estaba al frente del sector de Mora) informó a Yagüe de que los republicanos habían cruzado el Ebro. Algunos hombres de Peñarredonda habían oído tiroteos procedentes de la retaguardia, mientras éste y su centro de mando divisional habían perdido el contacto

con los flancos. Este coronel era uno de los personajes más antipáticos del ejército nacionalista. Sentía un odio especial por las Brigadas Internacionales, y, bajo su propia responsabilidad, dio órdenes de fusilar a todos los prisioneros pertenecientes a éstas. En cierta ocasión, obligó al capitán inglés Peter Kemp, que servía en su batallón, a que fusilara a un súbdito irlandés en señal de protesta contra la intervención extranjera en ambos bandos[2074]. Entretanto, la 14.ª Brigada (franco-belga) cruzaba el Ebro cerca de Amposta, enfrentándose con las fuerzas mandadas por el general López Bravo. Aunque esta operación fracasó, se consideraba un avance de importancia secundaria. A pesar de todo, allí los combates se prolongaron durante 18 horas más, pasadas las cuales los que quedaban se retiraron desordenadamente cruzando el río con los medios a su alcance y dejando tras de sí 600 muertos y gran cantidad de material. Río arriba, las primeras fases del ataque dieron resultado positivo. Todos los pueblos ribereños del Ebro, situados en el sector central del frente, fueron ocupados al amanecer. Se formó una cabeza de puente de grandes proporciones. Los que cruzaron el río, entre ellos la 15.ª Brigada Internacional, siguieron avanzando tierra adentro, a fin de rodear por los flancos, y cercar y apresar a las desmoralizadas tropas de Peñarredonda. Al anochecer, éste fue autorizado a retroceder con todos los hombres que pudiera llevar consigo. Después de aquel lance, el coronel, muy afectado, se retiró a Zaragoza y ya no se le vio más durante el resto de la guerra. Por el norte, en Mequinenza, Tagüeña había avanzado 5 kilómetros desde el Ebro. Por el centro, Líster avanzó 40 kilómetros, llegando hasta la pequeña localidad de Gandesa (en 1937 tenía 3396 habitantes). Fueron capturados todos los puntos de observación importantes situados en las montañas, entre

Gandesa y el río. Cuatro mil soldados nacionalistas cayeron prisioneros, produciéndose numerosas deserciones. Franco ordenó que acudieran para reforzar la región las divisiones de Barrón, Alfredo Galera, Delgado Serrano, Rada, Alonso Vega y Castejón (que vino de Andalucía) y Arias. El coronel Martínez de Campos anotó en su diario que, mientras se hallaba en la sierra de Espadán al frente de las tropas de artillería, «había recibido órdenes de detener la ofensiva [...] pues el enemigo acababa de cruzar el Ebro»[2075]. Al principio, Franco pensó permitir que el enemigo penetrara profundamente en sus líneas, para luego efectuar un movimiento en tenaza que destruyera totalmente el ejército republicano. Le disuadieron de esta idea, pero siguió bombardeando los puentes. Finalmente decidió no lanzar a la infantería al ataque hasta que la artillería y la aviación tuvieran la situación dominada.



34. La batalla del Ebro entre julio y noviembre de 1938

La batalla principal tuvo lugar en Gandesa. Esta ciudad fue atacada por Líster día y noche durante los sofocantes días del verano. El 1.º de agosto, la 15.ª Brigada Internacional lanzó su más duro ataque contra la cota 481, a la que ellos llamaban «el grano», situada justamente frente a Gandesa.

Una vez más, la lista de bajas fue muy elevada, como había ocurrido dentro de Gandesa durante los combates librados en el mes de marzo. Entre los muertos se hallaba Lewis Clive, concejal socialista de South Kensington, y David Haden Guest[2076], joven filósofo comunista, procedente de Cambridge. El día 2 de agosto, quedó contenido el avance republicano. El frente se extendía desde Fayón a Cberta, a lo largo de la base del arco del Ebro, pero con un saliente en el extremo oriental que dejaba en poder de los nacionalistas Villalba de los Arcos y Gandesa. En el norte, la bolsa entre Mequinenza y Fayón tenía 15 kilómetros en su punto más ancho. Los republicanos se pusieron a cavar trincheras. Yagüe dio pruebas de sus dotes de organizador, tanto en la defensa como en el ataque, conservando la calma en todo momento. Sin embargo, el fracaso de la tentativa republicana de proseguir el avance se debió probablemente a fallos técnicos. Para pasar los pesados tanques republicanos a la otra orilla del Ebro, era preciso un puente de hierro y su construcción requería demasiado tiempo. La infantería republicana acudió al frente a pie por la escasez de camiones. Los nacionalistas pudieron completar las defensas de Gandesa y cavar trincheras sin ser bombardeados por los republicanos, en un momento en que la mayor parte de los cazas nacionalistas se hallaban en la zona de Valencia. (Los bombarderos habían acudido precipitadamente y se dedicaban a atacar los puentes del Ebro). Modesto había proyectado bombardear Gandesa, pero el coronel Visiedo, jefe de operaciones del ministerio del Aire, frustró sus planes. El coronel García Lacalle, comandante en jefe de los cazas republicanos, que propuso el bombardeo, creía que Visiedo, que era un oficial convencional, había cometido poco menos que un delito de traición al mantener la negativa, pero en el campo republicano eran casi tan

frecuentes las acusaciones de traición como las de trotskismo[2077]. De todos modos, el 14 de agosto, Bernhardt, director de HISMA, telegrafió a Goering para pedirle municiones para los inapreciables cañones antiaéreos de 88 milímetros, a fin de conjurar el «agudo peligro militar»[2078]. Las órdenes de Líster y Tagüeña eran: «Vigilancia, fortificación y resistencia». Estas consignas fueron repetidas durante las semanas siguientes. Se fusilaba a los oficiales y soldados que retrocedían. Los sargentos recibieron órdenes de fusilar a los oficiales que dispusieran la retirada sin órdenes escritas de la superioridad. «Quien pierda un solo palmo de terreno —ordenó Líster— debe reconquistarlo al frente de sus hombres o, de lo contrario, será ejecutado»[2079].

Franco nunca permitió que ni la más mínima retirada táctica quedara sin respuesta. En consecuencia, resolvió atacar a las fuerzas republicanas para desalojarlas de los territorios que habían conquistado. Casi toda la aviación nacionalista se concentró en el Ebro: en total, unos 300 aparatos. Otros generales nacionalistas criticaron esta decisión de Franco, entre ellos Aranda. Pero se trataba de una decisión característica de Franco. La táctica de éste consistía en lanzar un intenso ataque artillero y aéreo sobre un punto determinado y en un área reducida, para hacer abortar toda posibilidad de resistencia. A continuación, se lanzaban al ataque pequeñas unidades, acaso dos batallones tan sólo. El jefe de la artillería nacionalista era Martínez de Campos, que había desempeñado las mismas funciones en la campaña del norte. Bajo su dirección, la batalla del Ebro se transformó en un gran duelo artillero. Fue la única vez que se aplicó plenamente en España la fórmula de que «la artillería conquista el terreno, la infantería lo ocupa». El primer contraataque nacionalista de estas características tuvo lugar el 6 de agosto, cuando Delgado Serrano

reconquistó la bolsa del norte, entre Mequinenza y Fayón. El 11 de agosto, Alonso Vega y Galera montaron un contraataque contra la sierra de Pándols, una cadena de azuladas montañas de pizarra, situada al sur del frente. El día 14, Líster cedió la cota de Santa Magdalena. El 19, Yagüe lanzó otro contraataque contra las posiciones republicanas en la ladera septentrional del monte Gaeta, compuesta por suaves y ondulantes colinas, llenas de acebos. Este ataque también se vio finalmente coronado por el éxito. El 3 de septiembre lanzaron un ataque los cuerpos de ejército de Yagüe y García Valiño (el último se había trasladado desde Levante, y ahora ejercía el mando del ejército del Maestrazgo). Estos cuerpos se componían de las divisiones de Galera, Delgado Serrano, Arias y Mohammed «el Mizzian», que era sobrino de uno de los más truculentos enemigos de España y fue el único oficial marroquí que llegó a alcanzar el mando de una división en el ejército nacionalista. Gandesa quedó parcialmente aliviada del cerco que sufría, y los nacionalistas reconquistaron el pueblo de Corbera, situado en un fértil valle entre Pándols y monte Gaeta. De esta forma, en el curso de seis semanas, la República perdió unos 200 kilómetros cuadrados del territorio que había conquistado. Pero esta información escueta no da una idea exacta de lo que fue la implacable batalla que se libró bajo el sol de justicia de agosto. Cada día los aeroplanos nacionalistas, a veces en escuadrillas de 200 a la vez, sobrevolaban las líneas republicanas describiendo círculos, sin ser atacados por las inadecuadas defensas antiaéreas enemigas ni por los cazas republicanos, torpemente manejados. Muchos de los «Moscas» y «Chatos» fueron destruidos, otros muchos sufrieron desperfectos, resultando muchos pilotos muertos o heridos. La mayoría de los pilotos rusos más competentes habían

sido evacuados. Por otra parte, el mando de la República no había conseguido adaptar la aviación a las necesidades del ejército. A principios de agosto, la República había perdido el dominio del aire. Así quedó más que desvirtuada la ventaja que suponía el hecho de dominar las elevaciones del terreno. Durante la contraofensiva, la aviación nacionalista arrojó 4500 kg de bombas diarias. Pero los ingenieros republicanos eran de gran tenacidad y reparaban los puentes antes de que terminase el bombardeo. Este período de la batalla fue acaso más notable por la dificultad que suponía atacar blancos pequeños: para destruir un puente de pontones se necesitaban 500 bombas.

La República se mostró eufórica en los primeros momentos de la batalla del Ebro. Incluso Azaña llegó a convencerse, durante un tiempo, de que había cambiado la suerte. Además, la crisis checoslovaca amenazaba provocar un conflicto europeo general, en el que quedaría integrada la guerra española, como quería Negrín. Pero estos favorables acontecimientos no impidieron que se produjera una crisis gubernamental de efectos negativos. Se hallaban pendientes de resolución 58 sentencias de muerte por espionaje y sabotaje, que motivaron controversias en el seno del gabinete. Los condenados eran miembros de la red de espionaje de un falangista llamado Villalta, recientemente desarticulada. A raíz de ello, Negrín exigió que todos los tribunales que entendían en casos de espionaje y otros relativos a la guerra quedaran bajo el control del ministerio de la Guerra. También pretendía que este ministerio ejerciera la administración portuaria; y finalmente se proponía llevar a cabo la nacionalización completa de las industrias de guerra. A la sazón, había cierta confusión en las industrias de armamento, imputable unas veces a los trabajadores y otras a la organización estatal[2080]. Por otra

parte, las actividades del SIM en Cataluña habían ocasionado protestas de Companys y otros en el sentido de que aquella fuerza policial estaba transgrediendo el estatuto de Cataluña. El punto muerto a que había llegado la polémica había llevado a Negrín al decreto de militarización. En cuanto al proyecto de nacionalización, muchos estaban completa o parcialmente desempleados (más que antes de 1936)[2081], al tiempo que muchas industrias colectivizadas necesitaban ayuda: «Empresa colectivizada desea socio capitalista» proclamaba un cartel en una fábrica de Barcelona[2082]. Muchos ministros (la mayoría de los no comunistas) se opusieron a esta política de Negrín. Ayguadé e Irujo, ministros catalán y vasco respectivamente del gobierno central, creyeron que su deber era dimitir. La crisis se prolongó durante muchos días[2083]. La censura impidió que se divulgaran públicamente las razones de la actitud de ambos ministros: *La Vanguardia*, el diario más importante de Barcelona, que defendía Negrín, explicó que se trataba de una conspiración separatista[2084]. Los comisarios de guerra llegaron a anunciar que la Generalitat apoyaba la revuelta separatista que se estaba tramando. Negrín abandonó Barcelona por unos cuantos días, sin que nadie tuviera noticias de su paradero. Había resuelto precipitar la crisis, temiendo que Azaña proyectara llamar a Julián Besteiro, que residía en Madrid, apartado prácticamente de las actividades públicas, para formar un gobierno que preparara la mediación o la rendición. Pero Azaña opinaba que, una vez alcanzada la tregua, aunque fuera temporal, ninguno de los dos bandos se vería capaz de reanudar la guerra[2085].

Finalmente, Negrín se presentó en el domicilio de Companys y se hizo invitar a cenar. Le manifestó que estaba cansado de no recibir un respaldo adecuado de Cataluña y que había resuelto retirarse de la política para asistir a un

congreso de biología en Zurich. Antes presentaría la dimisión a Azaña, proponiéndole que le sucediera Companys como jefe del gobierno. Companys, desconcertado, trató de persuadir a Negrín de que permaneciera en su cargo. Éste dijo que se percataba de que no había sabido establecer buenas relaciones con Cataluña reconociendo su falta de tacto. La conversación no dio resultados concretos. Al día siguiente, acudieron a visitar a Negrín, Tarradellas y Sbert, los dos ministros más antiguos de la *Esquerra* en el gobierno de la Generalitat. Aseguraron al jefe del gobierno que deseaban arreglar el caso amistosamente. Pero Negrín, que parecía haber tomado una resolución definitiva, manifestó a Sbert: «Ya verá usted como mañana se arregla todo. Yo me lo pasaré muy bien en Zurich con los biólogos». Por parte de Negrín era un acto de prestidigitación política, y no un intento auténtico de buscar sucesor. Companys era inviable: si en otro tiempo había sido un dirigente político oportunista y hábil, para entonces había perdido gran parte de sus viejos amigos y colaboradores de la *Esquerra*, que se habían pasado al PSUC o se habían exiliado, y él mismo estaba desmoralizado desde el traslado del gobierno central a Barcelona. Era un hombre quebrantado. Inmediatamente después, Negrín efectuó una serie de llamadas a diversos puntos de Barcelona y formó un nuevo gabinete, excluyendo a Ayguadé e Irujo. Para reemplazarles designó a José Moix (comunista y anarquista hasta marzo de 1933, en que fue expulsado a raíz de una disputa ideológica), y a Tomás Bilbao (vasco y miembro del partido minoritario Acción Nacionalista Vasca, que hasta entonces había sido cónsul en Perpiñán, y negrinista convencido). Los demás ministros eran los mismos del mes de abril. De todos modos el anarquista Segundo Blanco era ya a los ojos de sus camaradas de la CNT, «un negrinista

más»[2086]. A continuación, Negrín visitó a Azaña y le presentó la lista del nuevo gabinete y le dijo que, tratándose de una crisis parcial, no había creído necesario consultarle; pero que, si lo rechazaba, debía tener en cuenta que Negrín tenía tras de sí al ejército (se decía que habían llegado cientos de telegramas de los jefes militares expresando su apoyo al jefe del gobierno). Luego Negrín presentó a Azaña los decretos que figuraban en su programa original y que habían precipitado la crisis. Azaña rechazó el decreto de militarización de los tribunales, pero aceptó el que aprobaba las penas de muerte y el de nacionalización de las industrias de armamentos.

Trece de las 58 sentencias de muerte fueron ejecutadas. Pero la nacionalización no varió la situación de las industrias[2087]. De forma bastante sorprendente, Negrín se dirigió a Zurich para asistir al congreso de fisiólogos, con los resultados que más tarde se verán.

El continuado compromiso de Negrín con los comunistas lo ha condenado ante los ojos de la historia. Su secretario personal, Benigno Rodríguez, era miembro del Partido, habiendo sido en otro tiempo editor de *Milicia Popular*, órgano del Quinto Regimiento. De todos modos, en agosto de 1938, igual que antes, a Negrín casi no le quedaba otra alternativa que pactar con el diablo. Sus esfuerzos por conseguir una paz negociada —que había ocultado a los comunistas— habían resultado infructuosos. La única victoria aceptable para Franco era la victoria total. Al parecer, la única esperanza para la República era seguir resistiendo hasta que estallara el conflicto europeo. Entretanto los comunistas eran los defensores más tenaces de la política de resistencia. No quedaba más remedio que emplear sus servicios. Negrín no confió en los comunistas a la hora de buscar una paz negociada. Tenía como objetivo

político el mismo de Stalin: estar dispuesto a practicar el doble juego. El doble juego contra los comunistas podía ser peligroso, aunque en un país tan poco ortodoxo como España podía dar resultado.

Los republicanos habían aceptado en principio el proyecto británico para la retirada de voluntarios, aunque con reservas. Entre otras cosas, querían que los marroquíes que luchaban en el ejército nacionalista fueran clasificados como voluntarios extranjeros, que los «técnicos» fueran evacuados en primer lugar y que la no intervención se observara estrictamente, empleando para ello el control aéreo. La República, además, deploraba la concesión de derechos de beligerancia prevista en el proyecto. Los nacionalistas, por su parte, exigían la concesión inmediata de estos derechos y, posteriormente, la evacuación de 10 000 voluntarios por cada bando. Pero la retirada no podría supervisarse internacionalmente, dado que «los observadores extranjeros usurparían, de forma humillante, los derechos soberanos de España». Francis Hemming, secretario del comité de no intervención, fue enviado a la España nacionalista para persuadir a Franco de que cambiara de actitud. La nota nacionalista, tal como estaba redactada equivalía a rechazar el proyecto. Azcárate escribió una carta personal a Vansittart, en la que señalaba la injusticia de querer mantener la no intervención a toda costa, cuando Alemania e Italia respaldaban a Franco en su actitud de rechazo al proyecto de retirada de voluntarios. La frontera franco-española había sido cerrada en el mes de junio a fin de facilitar que Franco aprobara el proyecto. ¿No podría abrirse de nuevo la frontera, por lo menos? Vansittart no llegó a contestar nunca[2088].

Por entonces, el general Berti estaba celebrando conversaciones con Franco por orden de Mussolini. Los

italianos que combatían al lado de Franco sumaban 48 000 hombres en aquellos momentos. Italia estaba dispuesta a tomar cualquier iniciativa para ayudar a los nacionalistas: ya fuera enviando dos o tres divisiones más a España o enviando un nuevo contingente de 10 000 hombres para cubrir las bajas u ordenando la evacuación parcial o total. Franco optó por la evacuación parcial[2089]. O sea que Mussolini decidió concentrar las divisiones Littorio y 23 de Marzo en una sola división grande, retirando el resto de sus fuerzas. A los británicos no podía pasarles inadvertido, y así Ciano podría solicitar que entrara en vigor el acuerdo anglo-italiano[2090]. Pero Mussolini estaba irritado con el generalísimo a propósito de la batalla del Ebro. «Anota en tu diario —vociferó Mussolini a Ciano—, que hoy, día 29 de agosto, profetizo la derrota de Franco [...]. Los rojos son verdaderos combatientes y Franco no»[2091].

La ofensiva republicana del Ebro había provocado el pesimismo en la España nacionalista. Se hablaba de derrotismo hasta en Burgos. Los falangistas murmuraban contra Franco y Martínez Anido. Von Stohrer dio cuenta de las escenas suscitadas entre Franco y sus generales, «que no cumplen correctamente las órdenes de ataque». Al generalísimo le alarmaba la crisis en Checoslovaquia, que tenía entusiasmado a Negrín. La posibilidad de que estallara un conflicto general, en el que tal vez tendría que luchar contra Francia, hizo que enviara 20 000 prisioneros a trabajar en las fortificaciones fronterizas de los Pirineos y el Marruecos español. Franco no estaba informado de las intenciones del Führer. A mediados de septiembre, Alemania suspendió temporalmente su ayuda para cubrir sus necesidades en la Europa central. Al marqués de Magaz, embajador nacionalista en Berlín, le aseguraron expresamente el día 19 de septiembre que no se producirían

cambios en la política alemana con respecto a España, ni aunque se presentara el caso de guerra[2092]. Pero, una semana más tarde, Franco continuaba irritado y se preguntaba si los alemanes necesitaban los puertos españoles para abastecerse[2093].

Entretanto se reunió en Ginebra la asamblea general de la Sociedad de Naciones, para celebrar la que sería su última sesión. Negrín y Álvarez del Vayo volvieron a plantear el caso español. La guerra se hallaba en su momento más sombrío. Tras la conquista de Corbera, la batalla del Ebro se había convertido en una prueba de resistencia. El frente permaneció estacionario, aunque activo, hasta finales de octubre. El propio Negrín (a espaldas de los comunistas, y también de los vascos y catalanes) se embarcó en un nuevo proyecto de compromiso. El día 9 de septiembre, mientras se hallaba en Zurich de modo ostensible, asistiendo a la conferencia de fisiólogos, se entrevistó en secreto con un emisario de Hitler (probablemente el conde Welczeck, embajador alemán en París) en el bosque de Shil, en las afueras de Zurich[2094]. Pero mientras Franco siguiera en el poder, no había posibilidad alguna de compromiso. De todos modos, Mussolini, diez días después, llegó a la conclusión de que era inevitable que en España se llegase a una paz negociada y que, por lo tanto, le tocaría perder irremisiblemente sus «4000 millones de liras de créditos»[2095].

Al duque de Alba, agente nacionalista en Londres, le dijeron en el Foreign Office que los franceses no emprenderían ninguna acción contra España en caso de guerra general si Franco se declaraba neutral. De otro modo, si estallaba la guerra se lanzaría un ataque inmediato contra Marruecos y a través de los Pirineos. Franco hizo la declaración que deseaban que hiciera[2096]. «¡Repugnante!, —

anotó Ciano—. ¡Como para que nuestros caídos en España se revuelvan en sus tumbas!»[2097]. Siguiendo la misma línea política, el generalísimo declaró a su vez, haciendo una concesión a Francia, que no permitiría que las unidades alemanas e italianas se aproximasen a la frontera francesa en una distancia de 130 kilómetros. Franco era persona habitualmente realista.

Se llegó por fin a la conferencia de Munich. Ya es bien conocida la suerte que cupo a Checoslovaquia. A propósito de España, Mussolini (a quien Ciano sorprendió «recorriendo la sala con las manos en los bolsillos, con su gran espíritu siempre anticipándose a los acontecimientos y a las personas [...]. A estas alturas, ya ha pasado a otros temas») manifestó a Chamberlain que la rápida evacuación de 10 000 hombres «crearía un clima propicio» para la puesta en práctica del acuerdo anglo-italiano. Añadió que estaba «harto» de España y afirmó (faltando a la verdad) que había perdido 50 000 hombres en aquel país y que estaba cansado dé Franco, que había perdido tantas ocasiones de alzarse con la victoria. Chamberlain, entusiasmado por el éxito obtenido en la «solución» del problema checoslovaco, le propuso celebrar una conferencia análoga para «resolver el caso de España». Se exhortaría a ambos bandos a que observaran una tregua, mientras las cuatro potencias representadas en Munich trataban de arbitrar un arreglo[2098]. Se filtraron noticias en este sentido y la República empezó a temer que le tocara correr la misma suerte que a Checoslovaquia. A Franco tampoco le agradó la idea.

De todos modos Hodgson, el agente británico en Salamanca, dijo a *von* Stohrer que Gran Bretaña estaba intentando mediar en España[2099]. El propio *von* Stohrer llegó a preguntarse si el compromiso no iría a favorecer a Franco, en un momento en que sus tropas «estaban

desangrándose en el Ebro». Pero el propio generalísimo, en el curso de un banquete ofrecido el 1.º de octubre, en el que ocupaba el asiento contiguo al de *von* Stohrer, se limitó a hablar del triunfo del Führer en Munich. Guardó silencio cuando el embajador le insinuó que el «método checoslovaco» podía servir de modelo para resolver otras cuestiones internacionales[2100]. El 2 de octubre, Negrín (que estaba angustiado por lo ocurrido en Munich y por la prueba inequívoca que ofrecía de la debilidad de las viejas democracias)[2101] pronunció un discurso radiado en el que declaró que los españoles debían llegar a un mutuo entendimiento, y preguntó públicamente si es que los nacionalistas querían prolongar la guerra hasta la destrucción total del país. La alocución mostró claramente al mundo por primera vez que Negrín aspiraba a alcanzar una paz negociada. Pero las tentativas de Hodgson de lograr «un compromiso con la apariencia de una victoria total» resultaron tan estériles como todas las anteriores propuestas similares. El día 4 de octubre, Schwendemann, del departamento para asuntos españoles de la Wilhelmstrasse, reconoció que el «propósito negativo» de Alemania de impedir que se implantara el comunismo en España podía satisfacerse por la vía del compromiso, salvaguardando, de paso, los intereses económicos alemanes. Pero la constitución de «una España fuerte y favorable a Alemania», agregó, sólo podría conseguirse con la victoria de Franco[2102]. El día 6 de octubre, Jordana repitió a *von* Stohrer que el compromiso significaría que en toda la guerra civil se había luchado en vano. Había que obligar a la República a capitular[2103]. En un panfleto nacionalista publicado en París se declaraba que «la propia guerra civil vino originada por el intento de mediación entre las fuerzas rivales españolas integradas en la República»[2104]. Lejos de

plantearse una solución de compromiso, Franco pedía a los alemanes que le enviaran 50 000 fusiles, 1500 ametralladoras ligeras y 500 pesadas (que equivalían a la producción mensual alemana de ametralladoras) y 100 cañones de 75 milímetros. Con estas armas, aseguró a los alemanes, tendría la victoria asegurada. Los alemanes estaban dispuestos a acceder a ello, siempre y cuando se reconocieran formalmente sus derechos sobre las minas españolas. Pero hasta el mes de noviembre no se llegó a un acuerdo sobre el particular[2105].

Después de los acuerdos de Munich, Stalin fue perdiendo las esperanzas de formar una alianza con Francia y Gran Bretaña contra Hitler. A partir de octubre, Rusia empezó a pensar en la única solución que le quedaba para no verse arrastrada a la guerra: la amistad con Hitler a expensas de las democracias. Probablemente Stalin ya había considerado la posibilidad de seguir tal política aun en los momentos más entusiásticos del Frente Popular[2106]. Este cambio de actitud tuvo consecuencias en la guerra civil española. Los rusos habían insinuado que les gustaría retirarse de España. Ello explica que Stalin estuviera de acuerdo en retirar a las Brigadas Internacionales, aun antes de alcanzar el compromiso final en el comité de no intervención[2107]. Las Brigadas Internacionales ya habían cumplido su función. Ya no eran eficaz instrumento de propaganda para la República y la mayor parte de los veteranos componentes de las primeras brigadas habían muerto o habían salido de España. La mayoría de sus actuales miembros eran españoles, algunos de ellos voluntarios, pero otros procedentes de presidio, de campos de trabajo y de batallones de castigo. Incluso varios de los oficiales que se hallaban al mando de los voluntarios extranjeros eran españoles. La 15.ª Brigada, a modo de ejemplo, estaba a las órdenes del comandante

Valledor, español[2108]. Bien es verdad que aún se hallaba en acción el coronel Hans Kahle, que, en 1936, en Madrid, había mandado la primera Brigada Internacional y se hallaba ahora en el frente al mando de una división. Pero sus tropas, como las de su colega, el igualmente experto general «Walter», eran españolas. Incluso en el Batallón Lincoln había tres veces más españoles que extranjeros[2109]. De tal forma que Negrín, en plena crisis de Munich, pudo proponer en Ginebra sin riesgos militares, la evacuación de todos los voluntarios extranjeros de la España republicana, pidiendo que la Sociedad de Naciones supervisara la operación. De esta forma demostraba su desprecio por el comité de no intervención y su apoyo al espíritu de la Sociedad de Naciones. El secretario general de ésta, Avenol, frío anglofilo, no acertó a disimular su regocijo: «¡Ha sido un golpe maestro!», exclamó al encontrarse con Azcárate en los pasillos del palacio de las Naciones. El día 1.º de octubre se acordó que la Sociedad de Naciones supervisara la retirada por medio de una comisión de 15 oficiales, encabezados por un general. Rusia empezó a espaciar los llamamientos propagandísticos en favor de la República, al tiempo que seguía suministrando equipo militar, aunque cada vez en menor cantidad. Con la frontera francesa cerrada nuevamente, resultaba difícil asegurar que llegara cualquier clase de ayuda extranjera y las rutas marítimas (incluso la ruta entre Marsella y Barcelona) eran impracticables.

La batalla del Ebro proseguía implacablemente. Franco preparaba su contraofensiva principal. En el bando republicano los comisarios seguían repitiendo el grito de «¡resistid, resistid!». En el momento de ser retiradas las Brigadas Internacionales, la batalla continuaba. La última acción que éstas efectuaron tuvo lugar el 22 de septiembre, fecha en que la 15.ª Brigada libró su último combate. El

batallón inglés sufrió nuevamente cuantiosas bajas. En esta batalla resultó muerto el hijo del escritor norteamericano Ring Lardner, que fue uno de los últimos ciudadanos de su país que se alistaron voluntarios[2110]. En un desfile de despedida a las brigadas, celebrado en Barcelona el 15 de noviembre, Negrín y «la Pasionaria» pronunciaron palabras de gratitud. El discurso de «la Pasionaria» hizo revivir por unos momentos los ideales de quienes tanto habían velado por la causa española en los días heroicos. Se dirigió, en primer lugar, a las mujeres de Barcelona: «¡Madres! ¡Mujeres! Cuando pasen los años y las heridas de la guerra hayan cicatrizado; cuando la oscura memoria de los tristes y sangrientos días se convierta en un presente de libertad, amor y bienestar; cuando los sentimientos de odio hayan desaparecido y cuando todos los españoles sientan el orgullo de una patria libre, entonces hablad a vuestros hijos. Habladles de las Brigadas Internacionales. Contadles cómo, llegando a través de mares y montañas, atravesando fronteras erizadas de bayonetas y vigiladas por rabiosos perros ansiosos de destrozar su carne, estos hombres llegaron hasta nuestra patria como cruzados de la libertad. Abandonaron todo, sus hogares, su patria, casa y fortuna, padres, madres, esposas, hermanos, hermanas e hijos, y vinieron para decirnos: "Aquí estamos. Vuestra causa, la causa de España, es nuestra causa. Es la causa de toda la humanidad avanzada y progresiva". Hoy se marchan. Pero muchos de ellos, miles de ellos, se quedan aquí con la tierra de España como mortaja, y todos los españoles los recuerdan con el más profundo sentimiento».

A continuación se dirigió a los miembros de las brigadas: «¡Camaradas de las Brigadas Internacionales! Razones políticas, razones de Estado, la sustentación de la misma causa por la que ofrecisteis vuestra sangre con tan

incomparable generosidad, obligan ahora a volver a algunos de vosotros a vuestra patria, y a otros a un exilio forzoso. Podéis marchar orgullosos. Vosotros sois la historia. Vosotros sois leyenda. Vosotros sois el heroico ejemplo de la solidaridad y universalidad de la democracia. No os olvidaremos y cuando en el olivo de la paz vuelvan a brotar de nuevo las hojas, mezcladas con los laureles de la victoria de la República española, ¡volved!»[2111].

Los hombres dominaban su emoción: era cierto, sin duda, como reflexionaba Pietro Nenni, que, sin ellos saberlo, «habían vivido una Ilíada»[2112]. La multitud vitoreaba bajo grandes retratos de Negrín, Azaña… y Stalin. Arrojaban flores. Los casi 10 000 voluntarios que formaban las Brigadas Internacionales empezaron a partir en barco y en tren en dirección a Francia, a su patria, dondequiera que estuviera. La comisión de la Sociedad de Naciones, encabezada por el general finlandés Jalander, el brigadier inglés Molesworth y el coronel francés Homo, contó 12 673 extranjeros entre las fuerzas republicanas. Algunos habían adquirido la nacionalidad española. A mediados del mes de enero habían abandonado España 4640 hombres de 29 nacionalidades distintas. Entre ellos había 2141 franceses, 407 ingleses, 347 belgas, 285 polacos, 182 suecos, 194 italianos, 80 suizos y 54 norteamericanos. Quedaron en España otros 6000 alemanes, yugoslavos, checos y húngaros, conscientes de que no serían bien recibidos en sus respectivas patrias. Éstos se verían sumidos en la catástrofe de Cataluña y quizá pasarían por pruebas más duras que las que habían sufrido en la guerra[2113].

Durante este otoño angustioso para los demócratas había otra comisión que operaba en España. En el mes de octubre de 1937, la República propuso a los ingleses que iniciaran negociaciones para el intercambio de los ciudadanos

españoles que desearan abandonar el territorio nacionalista por prisioneros nacionalistas que se encontraran en poder de los republicanos. Se formó una comisión encabezada por el mariscal de campo *sir* Philip Chetwode, héroe de la primera guerra mundial, que se dirigiera a España para efectuar un intercambio general de prisioneros, aunque a Chetwode no se le autorizó a marchar hasta septiembre de 1938. La comisión no logró sus objetivos. Sólo consiguió efectuar pequeños intercambios, como el de 100 ingleses prisioneros de los nacionalistas por 100 italianos que se hallaban en poder de la República. Cuando *sir* Philip regresó a Londres al terminar la guerra, afirmó que había persuadido a la República de que suspendiera las ejecuciones de prisioneros y había obtenido del general Franco la conmutación de 400 penas de muerte. Esta última proeza parece cierta, aunque la primera es menos probable, dado que el gobierno de la República ya había promulgado un decreto en aquel sentido tiempo atrás[2114].

El día 30 de octubre empezó la contraofensiva nacionalista en el Ebro. El punto de ataque estaba en el paso de un kilómetro y medio de anchura al norte de la sierra de Cavalls. Durante tres horas, después del amanecer, las posiciones republicanas fueron sometidas al bombardeo de 175 baterías nacionalistas e italianas y más de cien aviones. Un centenar de cazas republicanos no causaron ninguna impresión a aquella escuadra aérea. A continuación, se lanzó al ataque el cuerpo de ejército del Maestrazgo, a las órdenes de García Valiño. Mohammed el Mizzian, con los navarros de la 1.ª División, conquistó las posiciones republicanas abandonadas durante el bombardeo. La batalla en las cumbres de Cavalls se prolongó durante todo el día, pero, por la noche, aquellas montañas habían caído en manos de los nacionalistas y, con ellas, 19 posiciones fortificadas y

toda la red de defensas republicanas. Los nacionalistas dieron parte de 1000 prisioneros, 500 muertos y 14 aviones derribados. La pérdida de Cavalls supuso un golpe terrible para la República, ya que aquellas posiciones dominaban toda la región.

Pero lo peor aún no había llegado. En la noche del 1 al 2 de noviembre, el coronel Galera, oficial que al estallar la guerra era comandante de Regulares, asaltó las alturas de Pándols, la única cota de terreno que permanecía en manos de la República. El día 3 de noviembre, avanzando a través del pueblo de Pinell, llegó al Ebro. El flanco derecho del ejército nacionalista acababa de alcanzar sus objetivos. El día 7 caía Mora la Nueva, situada en la margen izquierda del río. Los nacionalistas lanzaron un ataque masivo contra un altozano conocido con el nombre de monte Picosa. En este sector los republicanos se habían atrincherado con gran habilidad. Tras la caída de monte Picosa, la acometida de los blindados nacionalistas terminó de convencer a la República de que la batalla del Ebro estaba perdida. El 10 de noviembre, sólo quedaban seis baterías republicanas al oeste del Ebro. Fueron abandonados deliberadamente los últimos puntos defensivos republicanos. El pueblo de Fatarella, situado en lo alto de una loma, cayó el día 14 de noviembre ante las fuerzas de Yagüe. Las últimas fases de la batalla se demoraron debido a las primeras nevadas que cayeron sobre un campo de batalla que, antes, el calor del verano había hecho intolerable. El día 18, Yagüe entraba en Ribarroja, última cabeza de puente de los republicanos. Entre los últimos que cruzaron el río figuraban los intrépidos periodistas anglosajones Hemingway, Buckley, Matthews y Sheean; Hemingway lo hizo remando en una barquilla[2115]. Ha habido controversia sobre el número de bajas ocasionadas en esta batalla. Probablemente hubo unas 50 000

o 60 000 entre ambos bandos, siendo 6500 el número de muertos en el bando nacionalista y seguramente entre 10 000 y 15 000 en el republicano. Ambos ejércitos perdieron gran cantidad de aviones, la República entre 130 y 150, y ya no podrían reemplazarse[2116].

El mismo día en que los republicanos se retiraban de la margen derecha del Ebro, 16 de noviembre, entraba en vigor el acuerdo anglo-italiano, ahora que habían sido evacuados de España los 10 000 italianos a que Mussolini hiciera referencia en Munich. Las únicas fuerzas italianas que seguían en España eran los 12 000 soldados de la División Littorio, compuesta de hombres escogidos, a las órdenes del general Cambara, hombre temperamental y de mentalidad fascista. Berti, que había tenido éxito como comandante, y Piazzoni (el «papá de los flechas negras») fueron evacuados. Se quedaron los pilotos, los miembros del cuerpo de tanques y artilleros, y también oficiales y suboficiales para mandar cuatro divisiones mixtas de españoles[2117]. El 20 de octubre 10 000 hombres llegaron a Nápoles, donde se les tributó la bienvenida. El rey Víctor Manuel y el pueblo los recibieron sin entusiasmo.

Pero Ciano no tardó en olvidar su disgusto cuando Franco le envió, como recuerdo, un cuadro de Zuloaga, *El último requeté*, con un agradable paisaje de guerra y llamas[2118]. Y así el gobierno de Chamberlain decidió que, al fin, podría entrar en vigor el acuerdo anglo-italiano tanto tiempo deseado.

Quince días después, en la Cámara de los Comunes, Edén recordó cómo *lord* Perth haba dicho, cuando se firmó el acuerdo en el mes de abril anterior, que la solución de la cuestión española era el «requisito previo» para su entrada en vigor. Sin embargo, dijo Edén, tal solución no existe, sino

un acuerdo logrado a costa de España. Se demostró lo justo de aquella observación cuando, el 3 de noviembre, en la Cámara de los Lores, *lord* Halifax declaró que Mussolini «había manifestado claramente que, tanto si Gran Bretaña aprobaba sus razones como si no, no estaba dispuesto a ver la derrota de Franco». El día anterior, la guerra española había repercutido incluso en el mar del Norte. A siete millas de Cromer, un mercante nacionalista armado, el *Nadir*, hundió al *Cantabria*, un vapor utilizado por la República para el transporte de alimentos[2119]. Además, 11 buques ingleses fueron atacados en los puertos republicanos durante el mes de noviembre; pero el 16 de noviembre se presentaba en Roma *lord* Perth, «emocionado», como dijo Ciano con su habitual maestría en el arte de la adulación, en un nuevo intento de aplacar a Italia[2120].

48

Las dos Españas después de la batalla del Ebro. — Infortunio y moderación de la República. — El final del POUM. — La campaña de Cataluña. — El derrumbamiento. — Caída de Barcelona.

Al terminar la batalla del Ebro, la moral nacionalista se había elevado de nuevo. Contribuían a sostenerla la prensa, la radio y las campañas literarias, que continuaban inundando el país de propaganda mitad fascista, mitad monárquica y siempre de signo católico. Por ejemplo, los cuadros de Sáenz de Tejada o de Teodoro Delgado parecían constituir la parodia derechista de aquellos sólidos trabajadores y combatientes que aparecían en los carteles de propaganda republicanos, con el puño cerrado y la mirada al frente. Radio Nacional de España, dirigida por el falangista Antonio Tovar, tenía un objetivo diferente, pues iba dirigida a los nacionalistas que se hallaban en la España republicana, ocultando su condición, o a los quintacolumnistas destacados en ella, y también al enemigo[2121]. Periódicos que llevaban los expresivos títulos de *La Ametralladora, Jerarquía* (Revista Negra de la Falange) y *Vértice* publicaban caricaturas, poemas, relatos, debates y dibujos de artistas y escritores nuevos, o redescubiertos por el nuevo régimen y contaban con un público muy numeroso. A medida que se iban conquistando nuevos territorios, proseguían las purgas de funcionarios civiles, maestros de escuela, profesores

universitarios y doctores. «Las cárceles —escribió el embajador alemán *von* Stohrer— están abarrotadas como nunca. En la cárcel de esta ciudad [Salamanca], que está prevista para 40 personas, se supone que hay unas 1800 detenidas en la actualidad»[2122]. En el mes de septiembre, los nacionalistas declararon haber capturado 210 000 prisioneros desde el comienzo de la guerra, 134 000 de los cuales se hallaban «en libertad», generalmente en el ejército o en algún tipo de «servicio nacional». Los restantes se hallaban encarcelados o muertos. Había rachas de ejecuciones de los que eran calificados como espías, y, en una de ellas, mataron a varios centenares de personas[2123]. Los falangistas y el clero andaban murmurando unos de otros, aunque sin enfrentarse abiertamente. El culto a José Antonio, iniciado con motivo del segundo aniversario de su muerte, ocurrida el 20 de noviembre de 1938, no influyó para nada en este proceso. Serrano Súñer, pese a su formación jesuítica, no logró superar el desfase existente entre aquellos dos sectores de la sociedad española. A modo de ejemplo, el texto definitivo de la nueva ley de Enseñanza Media promulgada el 20 de septiembre de 1938 parecía constituir un incómodo compromiso entre la Falange y la Iglesia: se dedicaría una hora semanal a la «formación patriótica de la juventud» y dos horas a la enseñanza religiosa. Mientras se declaraba que el catolicismo constituía «la esencia de la historia de España», de los dos idiomas extranjeros que se podían estudiar en el bachillerato, uno tenía que ser el alemán o el italiano. Pero generalmente los católicos que controlaban los ministerios de Justicia e Instrucción Pública (cuyos titulares eran respectivamente el conde de Rodezno y Sáinz Rodríguez) impusieron sus criterios en lo referente a la religión: todos los derechos seculares fueron anulados, el Estado quedó estrechamente vinculado al catolicismo, y se

concedieron escasas facilidades a las confesiones no católicas[2124]. Un nuncio, monseñor Cicognani, fue enviado a España en sustitución del delegado apostólico, monseñor Antoniutti, en el mes de junio de 1938, mientras que el embajador en el Vaticano era el abogado José Yanguas Messía, que había sido ministro de Asuntos Exteriores de Primo de Rivera. Así, otro hombre del antiguo directorio era empleado al servicio de la nueva tiranía.

La situación económica de la España nacionalista era algo menos halagüeña que la existente en el año anterior. Aunque había alimentos suficientes para quienes podían comprarlos, los salarios no se incrementaron al mismo ritmo que los precios, a pesar de haberse establecido su control. Debido a las dificultades de transporte, los precios variaban en forma disparatada de un distrito a otro. La inflación había elevado los precios de un nivel de 164 en 1935 (100 corresponde a 1913) a 212 en 1938. El precio de la carne había aumentado en un 80%, el de la verdura, el vino y el aceite, en un 50% y el de los productos textiles, en un 40%; desde 1935, los salarios sólo habían subido en general alrededor de un 20% anual. Los productos manufacturados habían desaparecido prácticamente, aunque la producción de las industrias básicas se incrementó en el curso de 1938. La producción de mineral de hierro vizcaíno, a título de ejemplo, alcanzó las 154 000 toneladas en 1938, frente a las 115 000 del último año de paz, lo que suponía un incremento sustancial sobre la producción a comienzos de 1937, en tiempos de la República vasca. El movimiento del puerto de Bilbao había aumentado en un 50% en relación con el período anterior a la guerra.

González Bueno, ministro de la Organización Sindical, estaba trazando el esquema de lo que serían las nuevas sindicales españolas. Pero el control «sindical» del trabajo y

la economía sólo existía sobre el papel. En lo esencial, la economía nacionalista era una economía de banqueros, con una intervención gubernamental continua, con la producción estimulada por las necesidades de la guerra y los salarios fijos mantenidos por el terror. Subían las acciones de la Bolsa de Bilbao, en manos de los nacionalistas; mientras que, en el mercado internacional, la cotización de la peseta nacionalista a finales de 1938 era de 100 pesetas la libra, aunque el cambio oficial seguía siendo de 42,50 pesetas por entonces (la peseta republicana se cotizaba a más de 500 pesetas la libra).

Entretanto el gobierno nacionalista, que se hallaba urgentemente necesitado de nuevos suministros bélicos, accedió a cumplir las condiciones que recientemente les habían puesto los alemanes[2125]. Se autorizaría la participación de capital alemán en las minas españolas hasta un 40 96, de base. Pero en una mina se permitiría una participación del 60% y, en otras cuatro, ésta sería del 75%. Estas empresas, agrupadas en el llamado proyecto Montana, cuyo presidente era el astuto Bernhardt, concentraron su actividad en las minas que en aquellos momentos no trabajaban a pleno rendimiento; lo que interesaba a los alemanes en 1938 era asegurarse por si se presentaba la coyuntura de que Alemania no pudiera continuar el cambio directo de armas por minerales. Bernhardt supo escoger con acierto a sus socios españoles, de forma que éstos aceptaran la gestión alemana. En Marruecos, en donde no tenía aplicación la ley española de minería se autorizó la participación alemana hasta el 100%. España se avino a pagar todos los gastos de la Legión Cóndor y a importar maquinaria minera por valor de 5 millones de marcos. Ello permitiría a Franco emprender de inmediato una nueva ofensiva, sorprendiendo a la República en el preciso

momento en que había agotado sus reservas. La ayuda enviada por los alemanes era indicio de que éstos se habían percatado de que, desde los acuerdos de Munich, no habría nada que pudiera impulsar a Gran Bretaña y a Francia a entrar en guerra. De lo contrario, tal vez habría resultado inevitable la paz de compromiso o, con mayor probabilidad, una división permanente de España (análoga a la división de Alemania, Corea y Vietnam, ocurridas con posterioridad a 1945). Los nuevos suministros no llegaron hasta comienzos del año siguiente, pero los nacionalistas, sabiendo que su llegada era inminente, pudieron actuar con suma rapidez[2126].

El ejército nacionalista sumaba por entonces un millón de hombres. Estaban alistados en el ejército todos los hombres útiles comprendidos entre los 18 y los 31 años de edad, sin contar con numerosos voluntarios. Esta masa de gente fue organizada en tres grandes ejércitos, el del sur, que permanecía inactivo, a las órdenes de Queipo de Llano; el de Levante, que constituiría la gran revelación militar en el curso de la campaña que se avecinaba, a las órdenes de Orgaz, y el del centro, mandado por Saliquet, que se disponía a lanzar una ofensiva contra Madrid. Estos dos últimos generales eran «franquistas». Queipo era el único que podía pensar en cierto modo independientemente[2127].

Por el lado republicano, la afortunada evacuación de la margen derecha del Ebro sirvió para disimular los estragos causados. Al fin y al cabo, los nacionalistas habían tardado tres meses en reconquistar lo que habían perdido en dos días. El historiador anarquista Peirats (que entonces era alférez del ejército) ha descrito hasta qué punto la organización policial parecía controlar totalmente el ejército, cómo había agentes del SIM destacados en todas las unidades, que empleaban, como siempre, métodos

caracterizados por una mezcla de sadismo e incompetencia. Algunos de sus jefes eran personajes completamente nuevos: por ejemplo, el jefe del SIM en la 119.ª Brigada, que gozaba de plenos poderes en esta unidad, sólo tenía 19 años a finales de 1938[2128]. Por entonces la República había movilizado a 1.000 000 de hombres, probablemente, desde julio de 1936. Pronto sería llamada a filas la quinta de 1919, compuesta por hombres de cuarenta años. (Los nacionalistas, entretanto, todavía no habían reclutado la quinta de 1927).

De esta forma, a finales de 1938, el 8% de la población española se hallaba en el ejército o encarcelada. La historia de la República en tiempos de paz fue la historia de la «politización» del país; pero la guerra estuvo caracterizada por la militarización del mismo.

El día 30 de septiembre se celebró la sesión semestral de las Cortes, esta vez en San Cugat del Vallés. El diputado catalán de la *Esquerra* Miguel Santaló y el exministro vasco Irujo atacaron a Negrín. El primero afirmó que, cuando la crisis de agosto, la prensa afecta a Negrín había desfigurado el decreto de militarización de los tribunales presentándolo como si se tratara de un decreto relativo a las actividades portuarias. Ambos señalaron que el gobierno republicano estaba obligado, legal y moralmente, a consultar con el gobierno catalán[2129]. En lo que respecta a la libertad religiosa, se había autorizado por algún tiempo la celebración de la misa en privado. En 1938, en Barcelona ejercían sus funciones en privado 2000 sacerdotes, protegidos por el SIM contra los anarquistas[2130]. En la zona central no había sacerdotes que ejercieran sus funciones, ni siquiera en privado. Sin embargo, desde el mes de agosto se les autorizó a que atendieran a las necesidades espirituales de los fieles privadamente en las prisiones y en el frente.

Irujo propuso la creación de un cuerpo de capellanes castrenses para el ejército y sugirió que se abriera una iglesia en Barcelona. Él y el consejero de Justicia de Barcelona (Bosch Gimpera) solicitaron de nuevo al padre José María Torrent, vicario general de Barcelona, que abriera por lo menos una iglesia; pero el padre Torrent se negó. El vicario general crearía aún más dificultades. A estos eclesiásticos se les hacía difícil colaborar con un régimen al que los católicos ortodoxos habían acusado de satánico y que había sido incapaz de impedir el asesinato de tantos hermanos suyos. Finalmente, se abrió una capilla particular en la plaza del Pino, en Barcelona, en donde empezaron a celebrarse misas (a las que asistían muchos oficiales y funcionarios públicos). El 17 de octubre, se llegó a permitir el paso por las calles de Barcelona a una procesión fúnebre en memoria de un oficial vasco fallecido. Se realizaron otros esfuerzos infructuosos para obtener el regreso del arzobispo de Tarragona, cardenal Vidal y Barraquer. Finalmente, el 9 de diciembre se estableció una comisaría para los asuntos religiosos, destinada a dotar de capellanes a los ejércitos y el doctor Jesús Bellido, profesor de medicina de la universidad de Barcelona, fue nombrado su comisario en jefe. Aunque el inicio de la campaña de Cataluña impidió que este organismo entrara en funciones[2131].

En la República escaseaban los alimentos. En Madrid, durante el invierno de 1938-1939, vivían 500 000 personas sometidas a una dieta diaria de dos onzas de lentejas, alubias o arroz, con alguna ración ocasional de azúcar o bacalao en salazón. Las lentejas, que eran el alimento más corriente, recibían el nombre de «píldoras de la victoria» del doctor Negrín. La ración media alimenticia de las tropas republicanas se había mermado: de 800 gramos de pan diarios en 1936 había bajado a menos de una libra en 1938,

de algo más de media libra de carne a 150 gramos, y la ración de verdura también había descendido[2132]. La República se veía obligada a comprar gran parte de los alimentos en el exterior y los suministros eran irregulares, debido a los continuos bombardeos de los buques de abastecimiento. *Sir* Danys Bray, funcionario indio que encabezaba la misión de la Sociedad de Naciones para auxilio de los refugiados, informó de que toda la población de la República vivía con unas raciones mínimas, que, por lo demás, estaban mal distribuidas. En Barcelona, donde había 1.000 000 de refugiados aparte de la población habitual, los problemas eran abrumadores. Una comisión internacional para asistencia a los niños refugiados, fundada por los cuáqueros en diciembre de 1937, sólo podía ocuparse de 40 000 de los 600 000 niños refugiados, a pesar de estar financiada por 17 gobiernos[2133]. El coste de dar a una tercera parte de estos niños una comida al día durante el invierno fue calculado en unas 150 000 libras esterlinas. Surgieron muchas enfermedades, como la sarna y la pelagra; las muertes por desnutrición se duplicaron entre 1937 y 1938[2134]. La misión de los cuáqueros contribuyó a mitigar las peores tragedias. Entretanto, los nacionalistas trataron de señalar el contraste entre el hambre que padecía la República y la situación alimenticia de su propio territorio, arrojando desde el aire barras de pan sobre Barcelona. (Los republicanos respondieron con una incursión aérea en la que arrojaron camisas y calcetines para demostrar su presunta superioridad en productos manufacturados). El trabajo agrícola continuaba, pero en muchas partes a un ritmo muy lento: por ejemplo, en Cuenca, tan sólo podía sembrarse el 14% de la tierra destinada a cereales, debido a la escasez de mano de obra[2135]. En la zona republicana la cosecha de trigo había alcanzado 8.000 000 de quintales. El pragmático

socialista Trifón Gómez, intendente general del ejército, creía que ésta era aún menor; pero, sea como fuere, la magra cosecha se dispersó de modo rápido y misterioso. El gobierno era lento en pagar y los campesinos no entregaban sus productos. Así pues, el mal suministro de alimentos en la zona republicana era atribuible a la desorganización reinante en el ministerio de Agricultura, ampliamente dominado por los comunistas, y en las colectividades, que no pagaban sus impuestos ni cooperaban con el racionamiento[2136].

Pero también en lo relativo a los productos manufacturados, la República se hallaba en mala situación. La causa principal estribaba en la escasez de materias primas motivada por el bloqueo. Pero ¿qué ocurriría con la tan discutida producción española y, en particular con la producción bélica de las industrias catalanas? Pese a todos los esfuerzos de los comunistas, la reconversión de las industrias textiles y químicas en industrias de armamentos estaba llena de dificultades; sólo se desarrolló un modelo de avión, que era una réplica del «Chato», del que se construyeron 169 unidades en 1938, que nunca llegaron a usarse. La producción mensual de armas en diciembre de 1938 fue de 1000 fusiles y 10 000 000 de balas; 700 000 granadas y 300 000 bombas de artillería; 80 000 granadas de mortero y 100 morteros[2137]. Todo el resto dependía de Rusia. La producción industrial global de Cataluña era sólo un tercio de la correspondiente a julio de 1936, y los precios habían aumentado en un 300% desde entonces. Entre noviembre de 1937 y noviembre de 1938 la inflación estuvo a punto de alcanzar un nivel del 200%[2138]. Otra estadística, más reveladora, la constituye el bajón en el uso de la electricidad durante el año 1938, a consecuencia de la pérdida de las plantas hidroeléctricas. En septiembre de 1938, que es el único mes del que han quedado estadísticas

disponibles, el uso industrial de la electricidad se había reducido a la mitad en relación con el mismo mes de 1937, y la electricidad disponible se usaba a la mitad de su rendimiento normal[2139]. La decadencia política de los anarquistas frente a los comunistas también influyó en el fracaso económico de la República. El proceso de decadencia no pudo frenarse e incluso se precipitó con motivo de la celebración de una conferencia nacional de anarquistas de todas las tendencias —CNT, FAI y FIJL (las juventudes anarquistas)— en octubre de 1938; en ella se propuso convertir a la FAI en partido político. La idea fue desechada. Horacio M. Prieto volvió a formular su idea de un anarquismo «colaboracionista», que permitiría la coexistencia de las nacionalizaciones, las colectividades y la propiedad privada[2140]. Pero a muchos delegados estas sugerencias se les antojaban delito de traición. Sólo en el campo educativo la República tenía motivos para mantener el optimismo. «He visitado —escribió el poeta y aviador francés Antoine de Saint-Exupéry— en el frente de Madrid una escuela situada a 500 metros de las trincheras, tras una pequeña pared en lo alto de una loma. Un cabo estaba dando una lección de botánica. Iba separando cuidadosamente los pétalos de una amapola. En torno a él se encontraban reunidos unos soldados barbudos, con la barbilla entre las manos y el ceño fruncido en su esfuerzo de concentración. No debían de comprender muy bien la lección, pero se les había dicho: sois unos brutos, acabáis de abandonar vuestras madrigueras, hay que salvaros para la humanidad. Y, pesadamente, estaban corriendo hacia la ilustración»[2141].

La supervivencia de este espíritu entusiasta y de gran actividad cultural debido al estímulo de la guerra, llevó a decir al periodista francés Raymond Laurent: «Estáis luchando por la noble causa de la humanidad y por la

seguridad de la propia Francia».

Ya no era ésta la opinión de los dirigentes del POUM quienes, excepto Nin, que había sido asesinado, se encontraban pendientes de juicio en el mes de octubre de 1938. Poco antes habían sido juzgados los falangistas auténticamente implicados en el caso. Trece de ellos, incluidos los agentes franquistas Golfín y Roca, fueron fusilados por haber realizado actos que, dadas las circunstancias de una guerra civil, constituían auténtico espionaje. Pero cuando los agentes del POUM comparecieron ante el tribunal quedaron desmontadas todas las acusaciones que pesaban sobre ellos. Ministros y exministros republicanos, encabezados por Largo Caballero y Zugazagoitia dieron pruebas testificales en favor del POUM. Gironella, el joven dirigente que había organizado las guerrillas del POUM en julio de 1936 (así como la caballería y los cuarteles del POUM, su himno y su bandera), se dirigió al fiscal llamándole «Vishinsky», en medio del escándalo general. Arquer ocasionó dificultades con su insistencia en prestar declaración en catalán. Grandizo Munis, un genuino representante de Trotsky, declaró que el POUM no era trotskista en modo alguno. El tribunal dictaminó que los miembros del POUM eran auténticos socialistas, absolviéndoles de los cargos de traición y espionaje. De todos modos, cinco dirigentes, entre ellos Gorkin y Andrade, fueron condenados a diversas penas de reclusión por otras actividades revolucionarias aparentemente perjudiciales para el esfuerzo bélico[2142].

Merece consideración aparte el aspecto personal de la guerra; en el lado republicano hombres que pocos años antes eran simples estudiantes, trabajadores o agitadores desconocidos, habían alcanzado posiciones encumbradas. Los antiguos dirigentes —Azaña, Largo Caballero, Prieto o

Martínez Barrio— habían perdido todo su prestigio, siendo sustituidos por un nuevo grupo de hombres más jóvenes. El cambio de *status* de este nuevo grupo afectó a la vida privada de sus componentes. Por todas partes circulaban rumores: a fulano se le había sorprendido borracho en su puesto de mando, zutano había abandonado a su esposa y vivía con otra mujer. Más curioso resulta aún que no se produjeran mayores trastornos, si se tiene en cuenta el cambio de *status* de muchos jefes militares y otros funcionarios de la República. Algunos, como Cipriano Mera, declararon que, cuando terminara la guerra, volverían a sus antiguas profesiones (en el caso de Mera, la de albañil)[2143]. Pero muchos de ellos, incluso muchos anarquistas estaban dando pruebas de ser unos administradores competentes. Negrín era el equivalente republicano de Franco, en el sentido de que, perteneciendo a una generación de hombres desconocidos con anterioridad a la guerra, no tenía reparos ni prejuicios que impidieran emplear a este nuevo personal.

Por aquellas fechas el embajador alemán *von* Stohrer efectuó un análisis general de la situación española, que concluía con el sagaz comentario de que la continuación de la guerra se explicaba por el temor mutuo que sentían ambos bandos en conflicto. Ninguna personalidad notable de cualquiera de los dos bandos se hacía la menor ilusión sobre el destino que le esperaba en caso de ser capturado por sus enemigos. Franco había manifestado al corresponsal norteamericano que tenía una lista (con testigos) de un millón de personas del bando republicano que eran culpables de diversos delitos. No obstante, el embajador alemán creía que en cualquier momento podía presentarse la oportunidad de llegar a una paz negociada[2144]. Al mismo tiempo, Adolf Berle, el banquero que había sido designado secretario de Estado adjunto, en los Estados Unidos explicaba al

presidente Roosevelt cuál era el método más adecuado para alcanzar un compromiso en España. Propuso intentar un acercamiento interamericano con motivo de la conferencia de países sudamericanos que debía celebrarse próximamente en Lima. El plan no se llevó adelante, debido a las disputas surgidas entre los sudamericanos y al espíritu cauteloso de Cordell Hull: pero Cuba, México y Haití, por distintas razones se declararon favorables al acercamiento propuesto por Roosevelt[2145].

En la práctica las posibilidades de compromiso eran remotas. Los nacionalistas incluso se negaron a aprobar la propuesta de Negrín de que se suspendieran las ejecuciones de prisioneros militares de guerra durante un mes por ambos bandos[2146]. Incluso en la cuestión de la retirada de los voluntarios (piedra de toque de sus intenciones pacíficas), Franco se mostró inflexible. No aceptaría tal acuerdo a menos que se concedieran en primer lugar los derechos de beligerancia. Entretanto y contando con la garantía de recibir las armas alemanas se preparaba para lanzar la nueva ofensiva que sería continuación de la batalla del Ebro, al igual que la avasalladora ofensiva de Aragón había seguido a la batalla de Teruel. Las mejores divisiones nacionalistas fueron concentradas en la línea que va de los Pirineos al Ebro y al mar. Éstas eran, de norte a sur, el nuevo ejército de Urgel, a las órdenes de Muñoz Grandes; el ejército del Maestrazgo, mandado por García Valiño; y el ejército de Aragón capitaneado por Moscardó. Posteriormente se les agregaron las cuatro divisiones italianas del general Cambara. Más al sur se hallaba el ejército de Navarra, a las órdenes de Solchaga y las tropas de Yagüe, que formaban el ejército de Marruecos. Como de costumbre, este ejército del Norte se encontraba a las órdenes del general Dávila, que era un competente burócrata, y sus efectivos eran de 300 000

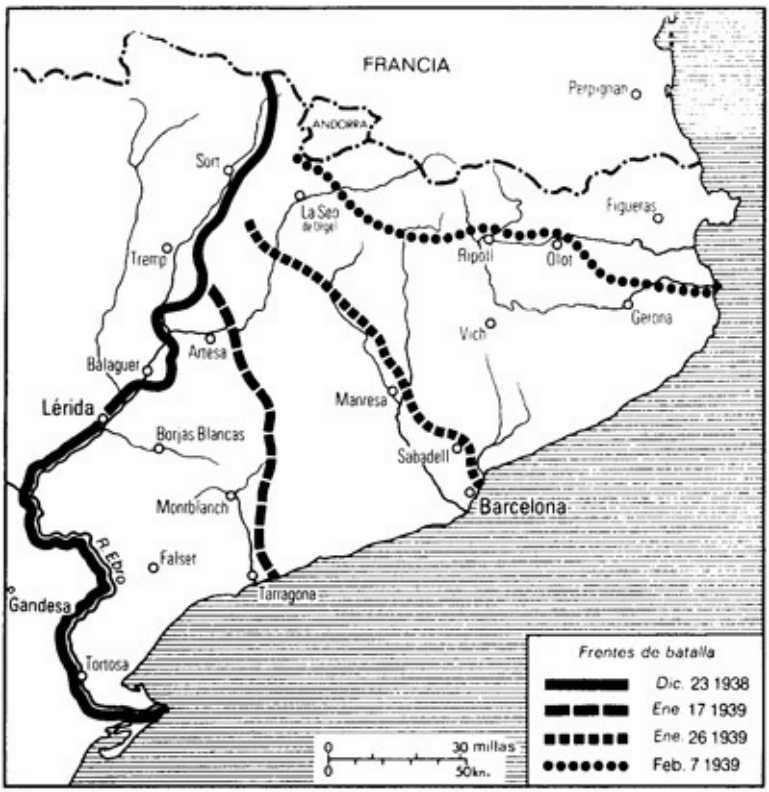
hombres, apoyados por 565 piezas de artillería. La aviación nacionalista se componía de 500 aparatos, los cuales eran suficientes para conseguir la supremacía aérea[2147]. Franco instaló su cuartel general (cuyo nombre en clave siempre fue «Términus») en el castillo de Pedrola, al norte de Lérida[2148]. La ofensiva, proyectada para el día 10 de diciembre y aplazada luego hasta el 15, fue fijada finalmente para el día 23[2149]. Existían graves temores de que el asalto a Barcelona exigiera librar durísimos combates.

El frente republicano de Cataluña se encontraba a las órdenes de Hernández Saravia. Éste disponía de los ejércitos del este y del Ebro, a las órdenes de los coroneles Perea y Modesto respectivamente. Sus efectivos sumaban 300 000 hombres que disponían de 360 piezas de artillería y de 200 tanques y carros blindados (en su mayor parte se trataba de tanques T-26 que empezaban a resultar pesados e ineficaces). Gran parte de este material se encontraba en mal estado. Existían unos 80 aviones escasos y la mayor parte de los pilotos, aunque entusiastas, eran inexpertos[2150]. Además, el ejército republicano de Cataluña padecía escasez de municiones y, sobre todo, había perdido la fe en la victoria. El propio Negrín, según él mismo confesó, se hallaba cansado «física y espiritualmente»[2151]. Por otra parte, Rojo, jefe del estado mayor, creía que Franco necesitaría meses para preparar una ofensiva general, y los dirigentes republicanos, al producirse el ataque estaban discutiendo un plan para desembarcar una brigada en Motril, que marchara sobre Málaga y provocara la sublevación de Andalucía. Esto iría combinado con otro ataque republicano en Extremadura. Pero tanto Miaja como Matallana, su jefe de estado mayor, ahora ascendido a general, lo desaprobaron. El gobierno tuvo que aceptar aquella insubordinación defensiva. Seguramente la actitud negativa de Matallana era debida a

traición[2152]. Por otra parte, la acción de Rojo de trasladar 36 aviones a la zona central debilitó a Cataluña[2153]. Con anterioridad, Negrín había enviado a Moscú al jefe de las fuerzas aéreas, Hidalgo de Cisneros, para adquirir armas de repuesto: 250 aviones, 250 tanques, 4000 ametralladoras y 650 piezas de artillería. El importe ascendía a la suma, entonces muy elevada, de 103 millones de dólares, aunque al parecer el crédito de que disponía la República en Rusia no pasaba de los 100 millones. Hidalgo de Cisneros visitó a Voroshilov, Molotov y Stalin, y a pesar del comentario de Voroshilov: «¿Van ustedes a dejarnos sin armas para defendernos?», se acordó el envío de aquel material, que fue embarcado en Murmansk a bordo de siete buques con destino a Burdeos. Pero llegaba ya con retraso, y el gobierno francés no se dio excesivas prisas en efectuar el transbordo[2154]. En enero sólo había llegado a Barcelona una mínima parte del material.

El ataque se inició el 23 de diciembre, a pesar de los vanos esfuerzos del nuncio por conseguir una tregua navideña en nombre del papa[2155]. El primer asalto lo efectuaron los navarros y los italianos, en el Segre, 20 kilómetros al norte de su confluencia con el Ebro, en Mequinenza. Una vez cruzado el río, los sorprendidos defensores —una compañía de carabineros bien equipada— se vieron abandonados por sus oficiales. El frente, pues, quedó roto al primer enfrentamiento. Más al norte, en las estribaciones de los Pirineos, Muñoz Grandes y García Valiño rompieron a su vez las líneas republicanas. Estas brechas ocasionaron el abandono del frente del Segre. En Barcelona se creyó en un primer momento que se trataba de un ataque de poca envergadura, pero pronto fue enviado al frente el 45.º Cuerpo de ejército de Líster, con el fin de que intentara detener la ofensiva. Con su cuartel general en Castelldans,

en la primera línea de colinas al este del Segre, Líster contuvo el ataque durante 15 días.



35. La campaña de Cataluña entre diciembre de 1938 y enero de 1939

El 3 de enero de 1939, los blindados nacionalistas emprendieron finalmente el asalto a las fuerzas de Líster, quien se vio obligado a abandonar sus líneas de defensa en manos de los italianos. En el norte, García Valiño y Muñoz Grandes, con el apoyo de Moscardó, conquistaron el centro de comunicaciones de Artesa de Segre. El día 4 caía en manos de los ejércitos navarros e italianos la población de Borjas Blancas, totalmente arrasada. El frente quedaba abierto. Cambara resultó herido en el curso de los combates pero no abandonó el mando. Las fuerzas de Líster hicieron prisioneros a varios italianos, que fueron fusilados después

de un interrogatorio[2156]. Ciano, que comprendía que el único peligro lo constituía la posibilidad de una intervención francesa, dio instrucciones a los embajadores italianos en Berlín y Londres para que declarasen que, en la coyuntura, los italianos enviarían a España divisiones «regulares», aunque con ello «desencadenaran una guerra mundial»[2157]. Pero, puesto que el gobierno británico estaba empeñado en lograr la amistad con los dictadores (el día 12, *lord* Halifax había insinuado a Ciano en Roma que esperaba que Franco «zanjara definitivamente la cuestión española»)[2158], era muy improbable que el gobierno Daladier se resolviera a actuar en defensa de la República española. Hernández Saravia, comandante en jefe de los republicanos, informó a Azaña de que sólo contaba con 17 000 fusiles para toda Cataluña[2159]. Si ello era cierto —y Hernández Saravia era hombre sincero— sirve como indicio de la confusión que reinaba en los distintos ejércitos, ya que el número de armas era mucho mayor. La batalla de Cataluña se convirtió en una desbandada. Las divisiones móviles italianas, que habían sido reorganizadas, dejaron atónitos a los republicanos. Rojo solicitó el envío de hombres y material, por barco, desde Valencia, pero era ya demasiado tarde. El gobierno hizo extensiva la movilización a los varones de 45 años, sin resultado positivo alguno. Las sucesivas líneas de defensa (L. 1, L. 2 y L. 3) estaban semidesguarnecidas. La única medida eficaz adoptada por la República fue una campaña diversiva lanzada contra Andalucía y Extremadura. Esta ofensiva (denominada por Rojo el «plan P») la capitaneó el general Escobar, que había sido coronel de la guardia civil en Barcelona en el año 1936, con los coroneles Ibarrola y García Vallejo, al mando de unos ejércitos que, si bien contaban con numerosos efectivos, no eran muy disciplinados; los restantes ejércitos de la zona central

dirigidos por el general Moñones y el coronel Casado, emprendieron a su vez algunas acciones locales. La República ocupaba amplios territorios, pero militarmente ello no significaba casi nada. Efectivamente, el día 14 de enero, Yagüe inició un avance repentino y desconcertante desde Gandesa y a lo largo del Ebro llegó al mar y conquistó Tarragona. Allí entró en contacto con el cuerpo de ejército de Solchaga, que se dirigía al norte por el litoral. En la catedral se celebró misa por primera vez en dos años y medio, mientras en la ciudad comenzaba la represión.

El gobierno francés abrió nuevamente la frontera para permitir la entrada en Cataluña de parte del nuevo material de guerra ruso. Las calles y plazas de Barcelona estaban abarrotadas de refugiados. En la ciudad cundía la desesperación. Soldados, burgueses y anarquistas sólo pensaban en el medio más adecuado para huir a Francia. Las incursiones aéreas eran constantes, principalmente en la zona portuaria. Los bombardeos iban encaminados a destruir los navíos que podían ayudar a los que deseaban huir. El gobierno, preocupado por el problema de la evacuación de los niños, no tomó cartas en el asunto hasta el último minuto. En una de las últimas páginas de su diario, Azaña relata una visita efectuada por él al cuartel general de Hernández Saravia: «Enorme desastre. Ha desaparecido el ejército. Los del Ebro, casi sin combatir. Peor que lo de abril»[2160].

El frente de batalla se iba aproximando a Barcelona, casi sin lucha; el avance era casi tan rápido como lo hubiera sido de no encontrar resistencia alguna. El día 24 de enero Yagüe por el mar, Solchaga, 40 kilómetros tierra adentro, y Cambara otros 10 kilómetros más al norte, habían alcanzado el Llobregat, el río que discurre de norte a sur para desembocar en el Mediterráneo, pocos kilómetros al oeste de

Barcelona. El mismo día García Valiño conquistó Mantesa y se dirigió hacia el nordeste para tratar de cortar las comunicaciones entre Barcelona y la frontera. Negrín, Azaña, el gobierno, los dirigentes comunistas, los jefes del ejército y los funcionarios del gobierno se trasladaron de Barcelona a Gerona, junto con el gobierno catalán y el gobierno vasco en el exilio. Azaña fue abandonado a su suerte[2161]. En la capital catalana no existía el menor espíritu de resistencia y la exhortación comunista para convertir el Llobregat en «el Manzanares de Cataluña» sonaba a pura rechifla. El jefe del estado mayor republicano, Vicente Rojo, observó que: «La población estaba cansada de guerra, aunque no agotada por los sufrimientos y el hambre»[2162]. La capital catalana estaba en condiciones de ser defendida y García Lacalle, comandante en jefe de los cazas republicanos, expresó a su superior el asombro que le producía la decisión de no oponer resistencia, asombro compartido por toda la aviación[2163]. El gobierno central pagó cara su discordia con la Generalitat, porque había quebrantado el deseo catalán de resistir a los ejércitos nacionalistas. La campaña comunista contra el POUM y los anarquistas había producido idénticos efectos[2164]. Los extranjeros que quedaban en Cataluña se sumaron al éxodo de refugiados que se dirigían hacia el norte o buscaban embarcaciones en las que poder huir. Las calles de la ciudad estaban llenas de inmundicias tras la huida de los barrenderos municipales. Las turbas empezaban a saquear las tiendas de comestibles.

En Roma se consideraba tan segura la caída de Barcelona que *lord* Perth ya estaba pidiendo a Ciano que interviniera para evitar que se produjeran represalias por parte de los nacionalistas[2165]. En Francia se prolongó durante una semana un acalorado debate en la Asamblea Nacional, en el

cual Daladier y Bonnet declararon que ya era tarde para intentar salvar a España, al mismo tiempo que Blum y la izquierda unida, incluidos los comunistas, afirmaban que aún no estaba todo perdido. Pero la censura de Blum al gobierno de Daladier por mantener incluso entonces la postura de no intervención podía haberse aplicado a su propio gobierno, por lo menos a partir de febrero de 1937. El 25 de enero, Yagüe cruzó el Llobregat, seguido por Solchaga y Cambara, encontrando resistencia aislada y mal coordinada. Al día siguiente por la mañana, Barcelona había quedado rodeada por el norte y por el oeste. Los navarros e italianos se instalaron en el Tibidabo y Yagüe en Montjuich (donde liberó a 1200 presos políticos). Al mediodía se inició la ocupación de la ciudad. En el primer tanque que entró en Barcelona iba encaramada y haciendo el saludo fascista una judía alemana. Acababa de ser liberada de la cárcel de Las Corts, donde había sido recluida por trotskista[2166]. La incongruencia del espectáculo era como un comentario burlón a los vítores de triunfo que saludaban la «liberación» de Cataluña. Las calles estaban vacías. Casi 500 000 personas habían huido hacia el norte por todos los medios a su alcance. A las cuatro de la tarde fueron ocupados los principales edificios oficiales, no tocados por ningún incendiario. Al atardecer, la parte de la población barcelonesa que desde siempre había apoyado secretamente a los nacionalistas se lanzó a la calle para manifestar su regocijo.

Otros ciudadanos salieron a la calle con distinto objetivo: durante cinco días menudearon los paseos, en los cuales los falangistas locales supervivientes, amargados por el sufrimiento, asesinaron impunemente a quien quisieron[2167]. El general Cambara, comandante en jefe de las tropas italianas, informó a Ciano de que Franco había

«desencadenado una purga muy drástica en Barcelona». Mussolini, cuando se enteró de que habían sido capturados muchos exiliados italianos, y le preguntaron su opinión, dijo: «dejad que los fusilen a todos. Los muertos no cuentan historias»[2168]. A continuación se iniciaron los procesos de forma más regular, llevados a cabo por los consejos de guerra organizados por el nuevo gobernador militar, general Álvarez Arenas, que también se hizo responsable de restituir las cosas al orden antiguo: desnacionalizaciones, descolectivizaciones, nuevos billetes de banco, nuevos saludos, supresión de carteles y lemas, y «retirada» de todos los libros marxistas y separatistas, tarea encomendada al coronel Mut. A partir de entonces los catalanes hablarían «la lengua del Imperio»[2169]. Surgieron nuevos diarios y reaparecieron los antiguos, entre ellos *La Vanguardia*, convertida en *La Vanguardia Española*; uno de sus colaboradores, Carlos Sentís, definió el hundimiento de Cataluña como «el final de una película de gángsters». Para muchas personas, ello suponía el fin de un mundo. Quedó derogada la autonomía de Cataluña; quedó prohibida la sardana, el baile nacional catalán, siendo asimismo prohibido el uso oficial de la lengua catalana (calificada a partir de entonces de «dialecto»). Se multaba incluso a aquellas personas que publicaban propaganda comercial en catalán, se hizo obligatorio el uso sistemático del castellano en las iglesias e incluso se prohibieron los nombres de pila catalanes. Poco tiempo después llegó la orden de retirar las inscripciones de las tumbas del cementerio de Montjuich, que conmemoraban a Durruti, a Ascaso y al maestro anarquista Ferrer y Guardia, fusilado en 1909. «Todo aquello había terminado» para Cataluña, al igual que habían concluido 50 años de intensa actividad cultural.

Sin embargo, no todo es atribuible al fascismo: cuando

Ridruejo, director general de propaganda, llegó a Barcelona con propaganda falangista redactada en catalán, ésta le fue confiscada. Tampoco se le permitió celebrar una serie de mítines que tenía previstos en favor de la reconciliación entre vencedores y vencidos; y el gobernador militar, Álvarez Arenas, le manifestó que el problema más grave era «restaurar los altares de la ciudad»[2170]. La Biblia y no José Antonio, marcaría la pauta para el castigo de la antigua «ciudad roja», sede del anarquismo y el separatismo, que, al igual que Sodoma y Gomorra, debía ser «purificada»[2171].

49

La retirada desde Cataluña.

El final de la campaña de Cataluña no fue una ofensiva, sino un desfile victorioso precedido por una desbandada. El mundo quedó atónito ante la rapidez del hundimiento, causado tanto por el cansancio generalizado como por el agotamiento de hombres y material que supuso la batalla del Ebro. Duncan Sandys expresó el punto de vista de muchos simpatizantes de la República (o cuando menos, enemigos de los aliados de Franco) cuando recalcó al embajador en Londres, Azcárate, que era necesario mantener la resistencia en el norte de Cataluña para que el mundo no creyera que la guerra estaba liquidada[2172]. Henry Stimson, exsecretario de Estado, escribió una larga carta al *New York Times* en la que citaba razones legales y políticas para levantar el embargo de armas a España[2173]. Siguió una abundante correspondencia, muy apasionada, pese a que era ya demasiado tarde para que pudiera servir de algo. La Casa Blanca recibió una carta redactada en estos términos: «¡Por el amor de Dios, levanten el embargo contra España! ¡Piensen lo que nos ocurrió a nosotros!». Firmaba «El fantasma de Checoslovaquia»[2174]. El 27 de enero, el presidente Roosevelt declaró en una reunión ministerial que el embargo «había constituido un grave error [...]. Y agregó que jamás se repetiría una cosa similar [...]. Convino en que el embargo contravenía todos los viejos principios americanos e invalidaba el derecho internacional

establecido»[2175]. Pero aquellas palabras ya no servían de nada. Ni tampoco podía servir de mucho consuelo a la República el saber que en Inglaterra, de 100 personas interrogadas en una encuesta de opinión pública, 72 apoyaban a la República y sólo 9 se declaraban partidarias de Franco[2176].

En Cataluña reinaba el caos. El gobierno republicano no había tomado ninguna medida en previsión de la crisis que se venía encima; el Estado se encontraba en plena descomposición; al ministro de la Gobernación no le quedaba otro recurso que tratar de regular el tráfico de la carretera principal que llevaba a Francia, pistola en mano[2177]. El gobierno, incluido Azaña, se trasladaba constantemente de una sede provincial a otra por el norte de Cataluña, y cada desplazamiento ocasionaba fuertes disputas. El jefe de los cazas de Cataluña, García Lacalle, ignoraba el paradero del comandante en jefe de las fuerzas aéreas, Hidalgo de Cisneros[2178]. Los éxodos masivos de Irún, Málaga y Bilbao —emprendidos por una población aterrorizada— resultaban insignificantes comparados con la evacuación de Cataluña a través de lo que el barón *von* Stohrer describió como «la carrera del sufrimiento»[2179]. Se trataba de un movimiento provocado por el pánico, pues sólo un pequeño porcentaje de los que huían habrían corrido peligro de muerte si hubieran permanecido en Cataluña. Pero daba la impresión de que toda la población de Cataluña se había puesto en marcha, y muchos de los fugitivos eran ya refugiados, procedentes de Extremadura y Andalucía. En las carreteras había constantes atascos circulatorios ocasionados por vehículos oficiales y particulares. Todos los pueblos y ciudades próximos a la carretera de Francia se hallaban abarrotados. Por la noche, las aceras quedaban cubiertas de seres humanos de todas las edades, hambrientos

y temblorosos. Un indicio del caos reinante lo constituyó el destino de los miembros del POUM detenidos en las cárceles republicanas: Gorkin, Andrade, Gironella y otros. Los responsables de su detención, que eran funcionarios del SIM, pretendían dejarlos en Barcelona, abandonados a merced de Franco. Pero posteriormente, la mayor parte de los presos fueron trasladados hacia el norte. Al llegar a un punto determinado, en las inmediaciones de la frontera francesa, los guardianes se pusieron a disposición de los detenidos. Una vez en territorio francés, sin embargo, fueron devueltos a España de buenas a primeras. Y sólo unos días más tarde pudieron huir del país definitivamente, teniendo que ocultarse lejos de la carretera, cuando, por casualidad, vieron pasar el automóvil negro del juez José Gomis, que les había condenado.

Los apuros de los refugiados se vieron agravados por los ataques aéreos de la Legión Cóndor, efectuados al parecer contra la voluntad de Franco[2180].

Al principio, el gobierno francés, por razones políticas y financieras, se había negado a permitir la entrada de refugiados. Desde el principio de la guerra, Francia ya había invertido 88 000 000 de francos en ayuda a los refugiados españoles. El gobierno francés propuso que se señalara una zona neutral en el lado español de la frontera, en donde los refugiados podrían ser mantenidos por la ayuda extranjera. Pero los nacionalistas se negaron a tomar el proyecto en consideración. En consecuencia, el gobierno francés autorizó a que se abriera la frontera, al principio sólo exclusivamente para los paisanos y heridos. En estas condiciones empezaron a cruzar la frontera los primeros contingentes en la medianoche del día 27 de enero. El día 28 pasaron a Francia 15 000 personas. La cifra aumentó en los días sucesivos. En la primera semana de febrero quedó de manifiesto que el

ejército republicano en retirada no tenía intención ni medios de resistir al avance nacionalista, pese a la llegada de dos nuevas escuadrillas de cazas rusos T-15 B («Superchatos»)[2181]. Los franceses, por lo tanto, se hallaban ante la alternativa de permitir la entrada a los soldados o impedirla por la fuerza. El día 5 de febrero, el gobierno francés resolvió admitirlos en su territorio, a condición de que entregaran las armas. Así pues, a los 10 000 heridos, las 170 000 mujeres y niños y los 60 000 civiles varones que habían cruzado la frontera desde el 28 de enero, se sumaron 220 000 hombres del ejército republicano entre el 5 y el 10 de febrero. Así y todo, los nacionalistas hicieron unos 60 000 prisioneros[2182].

La frontera ofrecía escenas de tragedia. Los fugitivos estaban extenuados y llevaban las ropas empapadas por la nieve y la lluvia. Sin embargo, se oían pocas quejas. Abrumados por la adversidad, la mayor parte de los republicanos españoles marchaban al exilio erguidos y dignos. Los niños llevaban juguetes rotos, la cabeza de una muñeca o una pelota deshinchada, símbolos de la infancia feliz que habían perdido. En la frontera, ¡qué risas de contento! Pero ¡qué desilusión[2183]!

El lado español de la frontera estaba controlado por un tal José Ramos, presidente de uno de los sangrientos tribunales revolucionarios que funcionaron en Barcelona en los primeros días de la guerra, y que después fue director de la prisión de Órdenes. Se comportó como un auténtico gángster[2184]. En el lado francés de la frontera, se abrió un campo de refugiados, que serviría de centro de distribución. En este campo no existía el menor abrigo, aunque la mayor parte de mujeres y niños, junto con algunos soldados heridos, fueron trasladados a otros puntos de Francia. Tuvieron que separarse familias que siempre habían permanecido juntas, hasta en el desastre de la huida. Se

instalaron campos en Argeles, St. Cyprien, Barcarés y otras cuatro pequeñas localidades de la región para dar acogida al ejército republicano. Estos campos consistían simplemente en espacios abiertos en las dunas, junto al mar, rodeados por alambre de púas, y los refugiados tenían prohibida la salida. Los hombres se vieron obligados a cavar agujeros como animales, para procurarse abrigo. El número de estos campos quedó fijado en 15, y se hallaban custodiados por senegaleses y miembros de la garde mobile. Algunos refugiados cruzaban la frontera con un puñado de tierra que habían recogido al salir de sus pueblos. Un garde mobile abrió por la fuerza uno de estos puños cerrados y arrojó con desdén a una charca francesa la tierra de España[2185]. Entre los que cruzaron la frontera figuraba un grupo fantasma de voluntarios internacionales que habían sido reagrupados bajo la dirección del polaco Henrik Torunczyk: entre ellos estaban Ludwig Renn, Heinrich Rau, Mihaily Szalvai (el Chapaiev español) y el italiano Giuliano Pajetta, así como André Marty: Malraux, que había estado en Cataluña filmando L'Espoir, también estaba allí: «*c'était toute la Révolution qui s'en allait*». Tenía razón: y las esperanzas de los «antifascistas» en el exterior sufrieron un duro revés[2186].

Durante 10 días faltaron totalmente en los campos el agua y los alimentos, y los heridos permanecieron sin asistencia. Entre estos últimos figuraba el gran poeta Antonio Machado, que falleció a los pocos días en una pensión de Collioure, a causa de una recaída en su dolencia asmática, exacerbada por las fatigas del éxodo[2187]. Finalmente se obtuvo el suministro de alimentos, pero siguieron careciendo absolutamente de servicios higiénicos y de refugio contra las inclemencias del tiempo. Los servicios médicos eran muy deficientes. Se criticó al gobierno francés por permitir aquellas condiciones de vida, pero hay que

reconocer que las dificultades de atender a 400 000 refugiados en tan corto espacio de tiempo eran casi insuperables. A Francia nunca se le tuvo muy en cuenta el hecho de haber admitido en su territorio a la totalidad de los refugiados sin distinciones. Por otra parte, es cierto que el gobierno francés pretendía, con su abandono, obligar al mayor número posible de refugiados a entregarse a merced de Franco. Pero la misma indiferencia fue manifestada por personas cómodamente instaladas en Norteamérica y en Inglaterra: el director del *New York Times* rogó a Herbert Matthews que no enviara reportajes demasiado emotivos sobre las condiciones de vida en los campos[2188]. El coste de manutención de cada refugiado era de 15 francos diarios, y para los heridos, de 60 francos. A principios de febrero el gobierno francés entregó 30 millones de francos a tal objeto. Al mismo tiempo se dirigió a otros gobiernos para solicitarles que compartieran las cargas. Los belgas se avinieron a acoger a 2000 o 3000 niños españoles, pero los gobiernos ruso y británico se negaron de entrada a aceptar refugiados en sus países respectivos. La actitud de Rusia fue ampliamente comentada, especialmente por la prensa derechista francesa. Posteriormente, Gran Bretaña aceptó dar asilo a un número selecto de dirigentes y Rusia entregó 28 000 libras esterlinas en concepto de ayuda a los refugiados. Gran Bretaña entregó a la Cruz Roja 50 000 libras esterlinas, destinadas a los campos[2189]. Como era inevitable, se produjeron casos de venganzas personales en estos campos. En Argeles, por ejemplo, Astorga Vayo, miembro del odiado SIM y en otros tiempos comandante de un gran campo de prisioneros situado en Els Omells de Na Gaia, en la provincia de Lérida, un día fue saludado por un grupo de viejos conocidos de antes de la guerra[2190]. Caminaron un trecho juntos charlando de los viejos tiempos.

Repentinamente se dio cuenta de que le habían llevado a un paraje solitario y poco frecuentado del campo. Vio ante sí una profunda fosa cavada bajo unos pinos. Sus compañeros sonreían torvamente. Lo enterraron vivo[2191].

Entretanto el 1 de febrero, en los calabozos del castillo de Figueras, la ciudad catalana más cercana a la frontera, se celebraba sesión de aquellas Cortes que habían sido elegidas casi tres años antes en medio de gran entusiasmo. A la reunión asistía un puñado de sesenta y dos diputados. Diego Martínez Barrio se sentó ante una mesa cubierta con la bandera republicana. Negrín pronunció un discurso en el que puso sólo tres condiciones para la paz: garantía de la independencia española, garantía del derecho del pueblo español a escoger su propio gobierno y renuncia a las represalias. Nadie puso objeciones, aunque era seguro que el general Franco no las aceptaría y que, en consecuencia, lo que hacía el gobierno era recomendar que continuara la guerra[2192]. La sesión se suspendió. Los diputados huyeron a Francia. Algunos, en realidad, habían pasado allí la noche anterior. Álvarez del Vayo y Negrín entraron en contacto con Stevenson y Jules Henry, embajadores inglés y francés, para tratar de conseguir una mediación con los nacionalistas de acuerdo con las condiciones expuestas por Negrín en Figueras. Los diplomáticos accedieron a intentarlo. Negrín puntualizó que, si las condiciones eran rechazadas, la guerra continuaría desde Madrid[2193]. Desde tiempo atrás estaba decidido a hacerlo. Álvarez del Vayo se encargó de organizar el traslado de los cuadros del museo del Prado desde Figueras. En esta ciudad fueron embalados en camiones y enviados a Ginebra, en donde quedaron bajo la custodia temporal del secretario general de la Sociedad de Naciones. Los refugiados se apartaban de la carretera mientras pasaban ante ellos los lienzos de Velázquez, Goya, Tiziano y Rubens.

Azaña (parafraseando a uno de los personajes de *La Velada en Benicarló*) dijo a Negrín que todas las nociones de monarquía y república no valían lo que un solo cuadro de Velázquez. Negrín se mostró de acuerdo[2194]. Pero, como es de suponer, ni uno ni otro se lo creían.

El avance de los navarros e italianos continuó de modo irresistible. Gerona cayó el 5 de febrero, con un bombardeo previo a base de bombas incendiarias, que enfureció a los republicanos hasta el punto de que iniciaron un conato de resistencia. El mismo día, al amanecer, cruzaban la frontera Azaña, Martínez Barrio y Companys. La marcha de Azaña no registró incidentes. Pero el coche en el que viajaba Martínez Barrio se averió, obstruyendo la carretera. Negrín intentó empujarlo personalmente sin resultado. El presidente tuvo que salir de España a pie. Negrín y Azaña se despidieron en Las Illas, nada más entrar en Francia. Negrín regresó a España, donde permanecería unas cuantas horas; Azaña partió hacia el exilio[2195]. Fueron asesinados varios prisioneros nacionalistas, entre ellos el coronel Rey d'Harcourt, el héroe de Teruel, y el obispo de esta ciudad, que le acompañaba[2196]. A duras penas pudo evitarse que Marty fusilara a varios miembros del que fuera su estado mayor en Albacete, ya que temía, llevado de su mezquindad y su locura, que éstos divulgaran algunos de sus actos, propios de un maníaco[2197]. Al oeste, García Valiño entró en la ciudad episcopal de Vich. Como ya suponían los nacionalistas, había cesado toda resistencia en Cataluña. De nada sirvió relevar en el último minuto a Hernández Saravia del mando supremo del ejército, designando a Jurado en su lugar. El nuevo general tenía mucha experiencia, pero no había nadie capaz de crear un frente de la nada. (Hernández Saravia pretendía destituir a Modesto y entregar el mando al anarquizante coronel Perea. Pero Negrín y Rojo se

opusieron)[2198]. Mientras *sir* Robert Hudgson, en nombre de Gran Bretaña, exponía a los nacionalistas las condiciones de paz de Negrín, cuatro cuerpos de ejército avanzaban en dirección a la frontera francesa. El 8 de febrero, los navarros entraron en Eigueras. El mismo día, sus unidades de vanguardia entraron en contacto con la retaguardia del ejército republicano en retirada. El 9 de febrero, Solchaga y Moscardó llegaron a la frontera francesa, aquél en Le Perthus y éste en las montañas de Nuria. El día 10, toda la frontera se hallaba controlada por los ejércitos nacionalistas. A primeras horas de aquel mismo día, Modesto había cruzado a Francia con las últimas unidades del ejército del Ebro. Fue entonces cuando Giménez Caballero, el primer fascista de España, que por entonces servía de «alférez provisional» a las órdenes de Moscardó, recordando la jactanciosa frase de Luis XIV, exclamó jubiloso ante sus hombres: «¡Por fin hay Pirineos!».

50

Negociaciones de paz. — Las condiciones del general Franco. — Francia e Inglaterra reconocen a Franco. — El golpe de Estado del coronel Casado. — Guerra civil dentro de la guerra civil. — La renuncia de los comunistas. — Negociaciones fallidas en Burgos. — Escenas vividas en la costa mediterránea.

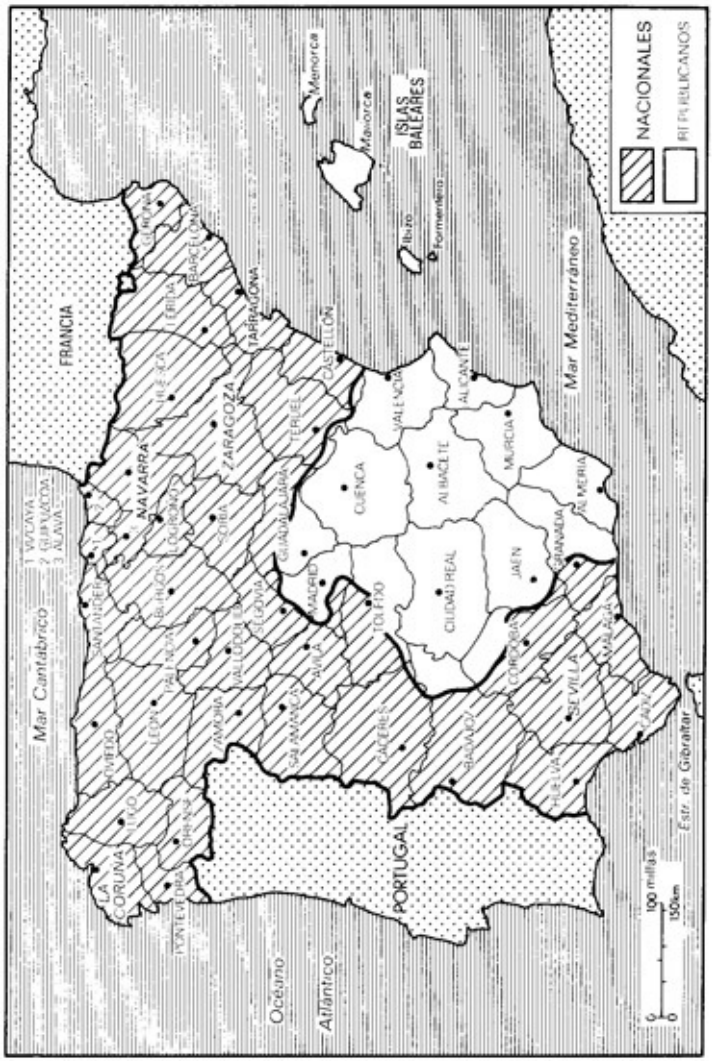
Tras la caída de Cataluña, el mundo sacó la conclusión de que la guerra española había terminado. En la Bolsa de París la peseta nacionalista alcanzó un valor setenta veces superior al de la republicana[2199]. En la España nacionalista no se hablaba ya de conjuras de asesinato. En el bar de Chicote, en San Sebastián (la más normal de las ciudades nacionalistas), los pesimistas habían sido los clientes más de moda. Ahora los optimistas desanimaban hasta a los que se reían de los anuncios que rezaban «Permaneced callados, sed prudentes, oídos enemigos están escuchando». La gente podía ir al cine con la conciencia tranquila (a ver, por ejemplo, la película histórico-monumental de los fascistas italianos, *Escipión en África* o uno de los nuevos documentales españoles, *España heroica*, o *Los conquistadores del Norte*, incluso *Mares de China*, de Clark Gable y Jean Harlow). El problema de las relaciones entre el régimen y la Iglesia fue discutido por Serrano Súñer el día 6 de febrero en una conferencia de prensa (desde la muerte del

anciano general Martínez Anido, regentaba el ministerio de Orden Público, además de ser ministro de Gobernación). Al tiempo que ensalzaba la tradición católica, propuso la división de poderes, especialmente en el campo de la enseñanza. También solicitó el derecho a la presentación de obispos que el Estado había ejercido desde el concordato de 1851. Pero Serrano Súñer no podía hacer en todo su voluntad. El cardenal Segura, en aquellos momentos arzobispo de Sevilla, había acusado a la Falange de irreligiosa y deploraba la influencia de los nazis. Poco después, el primado, cardenal Gomá, volvió a referirse a ello con mayor discreción (según su costumbre), en su pastoral de cuaresma, en la que criticaba «el nacionalismo exagerado». Entretanto, por un decreto del 15 de diciembre se devolvían a la familia real las propiedades y el derecho de ciudadanía que les había retirado la República. El rey Alfonso y su hijo Juan declararon que deseaban que se les considerara como «soldados de Franco» hasta nueva orden.

Ahora cortejaban al régimen nacionalista muchos de los que antes lo habían escarnecido. Por ejemplo, el gobierno francés envió a Burgos al senador Bérard para que negociara el establecimiento de relaciones diplomáticas. Éste fue tratado con frialdad. Jordana exigió en primer lugar, el reconocimiento *de jure*, el regreso de los barcos republicanos refugiados en aguas francesas y la devolución a España de los tesoros artísticos y el dinero españoles que se encontraban en Francia. Los nacionalistas se negaron a financiar el mantenimiento de los refugiados españoles en el sur de Francia y a permitir que el gobierno francés se reembolsara de estos gastos con el dinero español depositado en Francia[2200].

Entretanto, el gobierno de la República se reunió en Toulouse. Negrín y Álvarez del Vayo llegaron a esta ciudad

el 9 de febrero, procedentes de Figueras, y se encontraron al resto del gabinete esperando el permiso de las autoridades francesas para salir en avión hacia Valencia. Después de una breve reunión ministerial en el consulado español, quedaron zanjadas las dificultades de transporte. Negrín y Álvarez del Vayo se dirigieron a Alicante en un avión de Air France, encontrando totalmente desmoralizados a los dirigentes militares de la España central[2201]. El desánimo aumentó por el hecho de que, el mismo día de la caída de Cataluña, Menorca se rindió a los nacionalistas. Franco había comunicado a Londres que ocuparía Menorca sin la ayuda de alemanes e italianos. Entonces, tres batallones de la guarnición republicana se rebelaron contra Negrín, y el capitán de uno de ellos, telefoneó a su hermano, jefe de los astilleros de Pollensa, en Mallorca, pidiéndole que le enviara intermediarios para negociar la rendición. En consecuencia, el crucero británico Devonshire se encargó de trasladar a los negociadores de Mallorca a Mahón. Su capitán colaboró en las negociaciones para la rendición de la isla y el traslado a Marsella de seiscientos republicanos, encabezados por su comandante, Luis González Ubieta, jefe de la armada recientemente retirado. En la España central, algunos comprendieron que aquél podía ser el modelo de su propia capitulación[2202].



36. División de España en febrero de 1939

Así pues, había comenzado en Madrid un juego extraño y, para muchos, fatal. Miaja, el generalísimo político y militar, seguía controlando una tercera parte de España, incluida Valencia. Contaba con 500 000 hombres armados, y sus cuatro ejércitos (mandados por los generales Moriones, Escobar y Menéndez y el coronel Casado, respectivamente) no habían sido derrotados. Pero el general Matallana, jefe militar de estos ejércitos ya había caído en la traición o en el

derrotismo, al igual que el coronel Muedra, su jefe de estado mayor. El propio Miaja estaba desmoralizado y residía normalmente en Valencia. El «comunismo» de muchas de estas personas demostró ser una ideología buena para los tiempos de prosperidad. Militares procedentes básicamente de la clase media y alta, como el propio Miaja, Burillo, Matallana, Moriones o Prada, que unos años antes se habían dejado impresionar por los comunistas, se alejaban ahora de éstos como si huyeran de un barco en que estuvieran refugiados y que se hallara a punto de zozobrar[2203]. Varios oficiales veteranos, encabezados por Casado, comandante en jefe del ejército del centro (jefe de la casa militar de Azaña en 1936, y uno de los creadores de las Brigadas Mixtas, que había sido comandante del ejército republicano en Brunete), llegaron a la conclusión de que la negativa de Franco a aceptar negociaciones era debida a la participación comunista en el gobierno de Negrín. Esta conclusión derivaba en parte de la envidia que sentían por el arrojo de los oficiales comunistas y por su indudable preponderancia. Casado y sus amigos no tenían idea de los esfuerzos secretos que venía realizando Negrín para conseguir la paz. Entre estos oficiales se contaban otros elementos antagonistas de Negrín: anarquistas, amigos de Azaña, de Prieto o de Largo Caballero. El político más destacado de este grupo de conspiradores era Besteiro, el socialista reformista que había permanecido en Madrid durante toda la guerra, a la sazón enfermo y anciano, un modelo de estoicismo que, desde una posición de fuerza moral superior, era capaz de pensar seriamente en la posibilidad de la derrota como un medio de purgar las rivalidades existentes en el campo republicano. Su odio al comunismo y su desprecio por el terror revolucionario hicieron que subestimara la represión nacionalista y la evolución del «franquismo» durante la

guerra[2204]. La conspiración podría haber fracasado de no ser por la actitud de los anarquistas, que recibieron instrucciones de Mariano Vázquez, su secretario general que entonces se encontraba en Francia, para que se dispusieran a aceptar la victoria nacionalista. Vázquez había sido amigo de Negrín, como ya hemos visto, y el único anarquista que había dado muestras de ser un jefe militar competente. Cipriano Mera, comandante en jefe del 4.º Cuerpo de ejército a las órdenes de Casado estaba lejos de serlo. (Los otros tres jefes de cuerpos de ejército a las órdenes de Casado —Barceló, Ortega y Bueno— eran comunistas). Un puñado de miembros de la CNT en Madrid, como el periodista García Pradas, Eduardo Val y Manuel Salgado, impulsaron a Mera. Entretanto, Miaja, generalísimo de la España central, había decidido, al parecer, que no tenía ningún sentido prolongar la guerra y que la República terminaría derrotada aun cuando continuara combatiendo un año más. Además, la organización de espionaje nacionalista, una auténtica quinta columna, actuaba en secreto, tanteando la lealtad de Casado, Matallana, Muedra, jefe del estado mayor de Matallana, y otros oficiales, empleando para ello a intermediarios dignos de confianza. A principios de febrero, Casado ya mantenía correspondencia con el coronel Ungría, jefe del servicio de información secreta de Franco en Burgos[2205]. Al parecer, en las negociaciones entabladas entre Casado y el gobierno de Burgos se preveía que fueran respetadas las vidas de los oficiales del ejército que depusieran las armas «siempre que no hubieran cometido crímenes»[2206]. Casado también se carteó con un viejo amigo suyo, el general Barrón, jefe militar nacionalista. Casado, el eje de la conspiración, era un hombre competente, culto, austero y trabajador: llevaba una vida tan sencilla como el más joven de los soldados y un

ritmo de trabajo tan intenso como si fuera el comandante en jefe[2207]. Asimismo estaba en contacto, a partir de finales de 1938, con Denys Cowan, el oficial de enlace británico de la comisión Chetwode en Madrid. Cowan, que probablemente actuaba de modo oficioso por cuenta del gobierno británico, estaba muy interesado en poner fin a la guerra[2208].

Durante mucho tiempo, los comunistas habían desconfiado de Casado. Éste se había opuesto a la ofensiva de Brunete en 1937. El diputado comunista Daniel Ortega, comisario del Quinto Regimiento en los primeros tiempos, que trabajaba en el cuartel general de Casado, había comunicado aquel mismo año a «la Pasionaria» sus sospechas acerca de Casado tiempo atrás[2209]. Pero éste estaba al corriente de los intentos de Azaña de lograr una paz de mediación, a través de Besteiro. La mujer de Casado, que gozaba de cierta influencia sobre su marido, se había hecho sospechosa de traición, aunque probablemente por derrotismo. También se sabe que, en un momento dado, Casado insinuó que, si Negrín hubiera insistido en la idea de la «lucha numantina» hasta el final y hubiera decidido que era preferible perderlo todo antes que rendirse, habría seguido apoyándole, aunque de mala gana; lo que Casado y sus partidarios encontraban lógicamente inaceptable era que se mantuviera oficialmente la postura numantina, al tiempo que se preparaba la huida. (Los «numantinos, que cuentan con aviones y cuentas corrientes secretas en Suiza», como les definió Azaña)[2210]. El cuartel general de Casado se encontraba en la ruinosa finca de la familia de Osuna, situada cerca de Barajas, en las afueras de Madrid: La Alameda, pintada por Goya de forma tan encantadora. En aquel palacio delicioso, ornado con sus maravillosas estatuas, escaleras y parterres, Casado planeaba el final de la guerra[2211].

En Madrid, los jefes militares habían perdido el contacto con el gobierno durante bastante tiempo. Todos estaban cansados de combatir. Sólo el Partido Comunista propugnaba una política de resistencia a ultranza, y sus dirigentes en Cataluña y en el Ebro, Líster y Modesto, habían regresado de Toulouse a España, junto con Togliatti. Mientras muchos jefes militares, como Rojo, Hernández Saravia, Jurado, Perea, Pozas y otros permanecieron en Francia, los veteranos jefes comunistas del ejército del Ebro, regresaron a España[2212]. Un oficial profesional, Jesús Pérez Salas, que se había pasado toda la guerra combatiendo, recordaría más tarde que cundía el desasosiego por saber qué clase de sistema político se impondría, aun en el caso de una victoria republicana[2213]. Entretanto, del día 8 al 12 de febrero, los comunistas celebraron una conferencia en Madrid en el curso de la cual se formularon muchas acusaciones de derrotismo[2214]. También conferenciaron la CNT, la FAI y las juventudes libertarias, llegando incluso a celebrar una reunión en Valencia, con Negrín, a fin de discutir la situación. Negrín provocó resentimientos de forma innecesaria, al negarse a recibir al nuevo secretario de la FAI, José Grunfeld, con el pretexto de que «no es de nacionalidad española»[2215]. En aquel momento, algunos anarquistas de la Península respaldaban la idea de proseguir la resistencia; pero llegaron instrucciones de Francia, país en donde se encontraban muchos dirigentes anarquistas de modo permanente, en el sentido de aceptar la derrota y tratar de organizar la evacuación de otros dirigentes anarquistas que se hallaban en la España central[2216].

Álvarez del Vayo voló de Madrid a París a fin de persuadir a Azaña de que regresara a España. Pero Azaña le respondió: «Mi deber es hacer la paz. Me niego a contribuir con mi presencia a prolongar una batalla que no tiene sentido.

Debemos lograr las mejores garantías posibles y terminar con esto lo antes posible». Álvarez del Vayo desistió de convencerle[2217].

El día 12 de febrero, Negrín llegó a Madrid. Este mismo día, mantuvo una entrevista de cuatro horas con Casado[2218]. Éste, al referirse al hambre y a la falta de combustible en Madrid, dijo que la guerra debía terminar. Negrín prometió enviar provisiones para quince días. Casado le respondió planteándole nuevas quejas. Carecía de transportes. Gran Bretaña y Francia habían abandonado totalmente a la República. La caída de Cataluña había reducido en un 70% las ya escasas reservas de materias primas. Muchos soldados no tenían botas ni tabardos. Sólo había cuarenta aviones al servicio de aquel ejército, escasa artillería y menos armas automáticas. Los nacionalistas tenían 32 divisiones al sur de Madrid, con grandes cantidades de artillería, tanques, y por lo menos 600 aviones. Negrín dijo a Casado que Rusia había enviado 10 000 ametralladoras, 600 aviones y 500 piezas de artillería. Todo aquello estaba en Marsella y, a pesar de las dificultades, pronto llegaría a España. Además, agregó, las negociaciones de paz con Franco habían fracasado. Casado dijo que los suministros rusos no llegarían nunca, pues la única ruta posible era la que llevaba de Marsella a Valencia, y estaba muy vigilada. Suplicó a Negrín que reanudara las negociaciones y le ofreció su colaboración. Negrín aceptó la oferta, añadiendo que no vacilaría en eliminar del gobierno al Partido Comunista en caso de que fuera necesario. Dijo a Casado que le ascendería a general. Posteriormente Negrín se reunió con los dirigentes de los partidos del Frente Popular en Madrid. Se refirió en términos vagos a sus objetivos generales. Casado se entrevistó con estos mismos políticos, y desahogó ante ellos su irritación contra los comunistas. Algunos comunistas de Madrid, como Tagüeña,

Domingo Girón (el organizador local) y Pedro Checa, empezaron a hacer preparativos para enfrentarse a la amenaza de una conspiración militar, pues corrían rumores en este sentido[2219]. Una delegación del partido encabezada por «la Pasionaria» visitó a Negrín: «Si el gobierno está dispuesto a continuar la resistencia, el Partido Comunista le apoyará; si el gobierno está dispuesto a entablar negociaciones de paz, el Partido Comunista no será un obstáculo». Negrín dijo que entendía que la única salida posible era proseguir la resistencia. Sin embargo, parecía un hombre desbordado por los acontecimientos que, después de haber gastado sus fuerzas en una lucha difícil contra las corrientes capituladoras, se dejaba ir al fondo por la resaca, tratando de conservar en el hundimiento un mínimo de decencia[2220].

La política de Negrín en febrero de 1939 ha sido objeto de polémica. Aunque deseaba proseguir la lucha, no es menos cierto que, privadamente, trataba de asegurar la huida para sí y para sus amigos. ¿Acaso apoyaba secretamente la conspiración de Casado para justificar su propia huida, mientras que externamente propugnaba la resistencia hasta el fin? ¿Se vio desbordado por maniobras exteriores o se dejó desbordar por ellas? ¿Conocía los tratos secretos que mantenían Casado y Matallana con Franco? Y, en caso afirmativo, ¿por qué no les hizo arrestar? Retrospectivamente los comunistas, en quienes se apoyaba cada vez más, consideraban que su conducta era «contradictoria e incomprensible»; al tiempo que reafirmaba su decisión de resistir, no hacía nada para organizar la resistencia[2221]. La realidad parece ser que Negrín estaba indeciso. Deseaba la paz pero sabía, mejor que el propio Casado, que las condiciones de Franco eran duras. Hasta la caída de Cataluña se sintió seguro, teniendo un ejército a sus

espaldas. Ahora que se encontraba en la España central, no sólo se sentía indeciso sino que contaba con un ejército sin experiencia, posiblemente desleal y dirigido por unos oficiales cuya lealtad también era dudosa. Aunque sabía que los jefes militares comunistas, por muy competentes que fueran, daban prioridad a su lealtad al partido. La actuación de Negrín durante este mes plantea interrogantes, pero debe tenerse en cuenta que la situación en que se encontraba no era envidiable. Su única estrategia posible era esperar el holocausto de una guerra mundial. Su única táctica posible (y en esto coincidía con los comunistas) era ser el último en abandonar la lucha.

El 16 de febrero, Negrín celebró una reunión con los dirigentes militares republicanos en un hangar del aeródromo de Los Llanos, cerca de Albacete[2222]. Estuvieron presentes varios jefes veteranos del ejército republicano. Figuraban entre ellos algunos capitanes y comandantes que se habían adherido a la causa republicana en junio de 1936 y que habían alcanzado el grado de generales, si bien precariamente. Negrín habló durante dos horas. Explicó el fracaso de las negociaciones de paz emprendidas el mes anterior. También describió cómo, desde el mes de mayo del año anterior había buscado una paz honrosa, por medio de intermediarios. Manifestó que no quedaba otra salida que la resistencia. A continuación habló el general Matallana, quien declaró que era una locura continuar la lucha. Apeló al humanitarismo del jefe del gobierno para que pusiera fin a la guerra. Los generales Menéndez, Escobar y Moñones, jefes de los ejércitos de Levante, Extremadura y Andalucía respectivamente, estuvieron de acuerdo con Matallana. Todos ellos eran oficiales regulares del ejército desde antes de 1936 y habían vivido dolorosamente en su propia carne la tragedia de la guerra: eran leales al gobierno y enemigos de

la revolución. El almirante Buiza, comandante en jefe de la Armada (se le volvió a nombrar para este cargo en sustitución de González Urbieta), informó de que una comisión que representaba a las tripulaciones de la flota republicana había decidido que la guerra estaba perdida y que los ataques aéreos nacionalistas obligarían a la flota a abandonar en breve las aguas españolas, a menos que se emprendieran negociaciones de paz. Negrín replicó a Buiza que los jefes de la comisión debían ser fusilados por amotinamiento. Buiza le replicó que, aunque en principio estaba de acuerdo con Negrín, no lo había hecho porque personalmente compartía los puntos de vista de la comisión. A continuación intervino el coronel Camacho, que habló en nombre de las fuerzas aéreas. Dijo que sólo disponía de tres escuadrillas de bombarderos Natasha, dos escuadrillas de Katiuska y veinticinco aviones tipo «Chato» o «Mosca». Él también era partidario de negociar la paz, aunque agregó que la aviación tenía gasolina para continuar la guerra durante otro año. El general Bernal, gobernador militar de la base naval de Cartagena habló en términos análogos. Miaja, «el héroe de Madrid», se quejó de que no le hubieran dejado hablar. Negrín le invitó a que interviniera, puntualizando que había querido que fuera él, en su calidad de comandante en jefe, el último en hablar. Sorprendentemente, Miaja pidió resistencia a ultranza. Negrín cerró la discusión sin hacer propuestas en firme sobre la acción a seguir; pero quedaba sobreentendido, que, dado que las negociaciones habían fracasado, la guerra debía continuar[2223]. Posteriormente algunos comentaron que el hecho de que Negrín sólo convocara a aquellos oficiales conocidos por su pesimismo ya indicaba que el propio jefe de gobierno era pesimista. También cabe preguntarse por qué fijó la sede del gobierno en la pequeña población industrial de Elda, situada a treinta

kilómetros de Alicante, hacia el interior, y por lo mismo lejana de Madrid, si deseaba continuar la guerra. La situación de esta localidad, no lejos de la costa, hacía sospechar que se preveía la posibilidad de escapatoria. El alto mando comunista, que ahora se hallaba casi abiertamente bajo la presidencia de Togliatti, instaló su cuartel general en las inmediaciones, en un bello palmeral próximo a Elche, y ello planteaba el mismo interrogante[2224]. Es probable que, mientras Casado, Matallana y los demás oficiales de Madrid conspiraban con los anarquistas y los políticos de Madrid, Negrín hubiera llegado a la conclusión de que, para asegurar la continuidad de la guerra, era indispensable imponer una especie de dictadura personal temporal, con el apoyo del Partido Comunista. A Casado, Matallana, Escobar y otros oficiales que discrepaban del jefe del gobierno se les confiarían cargos de poco relieve.

Entretanto la situación de Madrid era terrible, como había dicho Casado. Acaso Negrín no se percataba plenamente de la situación. La comisión internacional cuáquera para la asistencia a los niños refugiados informó de que la ración alimenticia media era tan baja, que, aun manteniéndose en su nivel actual, no permitiría la subsistencia más allá de dos o tres meses. No había calefacción, agua caliente, medicamentos ni material quirúrgico. Este estado de cosas hacía que resultara inútil toda la ayuda internacional que se movilizaba. En Inglaterra se recaudaban fondos para asegurar el envío de «alimentos para España». Varios gobiernos efectuaron donaciones. Los gobiernos del Canadá, Noruega y Dinamarca compraron excedentes de alimentos y los enviaron a España. Bélgica entregó alimentos por valor de 10 000 libras, Suecia, por valor de 75 000 libras (anteriormente había entregado una partida de 50 000). El gobierno francés acordó enviar 45 000 toneladas de harina a

la República, aunque no como regalo. Los Estados Unidos enviaron 600 000 barriles de harina por medio de la Cruz Roja, pero el cargamento fue desviado de un puerto a otro del Mediterráneo antes de ser entregado definitivamente. Además, los propietarios navieros trataban de aumentar al máximo el importe del transporte de harina y se justificaban diciendo que cada vez que les designaban un puerto para efectuar el desembarco, éste caía en manos de los nacionalistas. De esta forma los niños hambrientos de la República tuvieron que esperar tres meses la llegada de la harina norteamericana desde Le Havre. Entretanto la comisión cuáquera seguía prestando asistencia en los territorios conquistados por los nacionalistas, aunque exigiendo el cumplimiento estricto de determinadas condiciones[2225]. Cuanto más próximo se hallaba el fin de la República, sin embargo, mayor era el interés que despertaba internacionalmente su suerte, especialmente en los Estados Unidos. Madrid era una ciudad extraña y silenciosa, cuyos habitantes sabían que, si la guerra continuaba, habría llegado para ellos la hora del juicio. Los periódicos mantenían un fácil optimismo que nadie compartía, al igual que los servicios radiofónicos, que seguían bajo el control de Negrín.

Entretanto, Casado proseguía sus negociaciones secretas con Burgos. Su plan consistía en detener y entregar a Franco a muchos dirigentes comunistas y otros, y llegó a pedir disculpas por no haber podido evitar la fuga de algunos de ellos[2226]. El coronel Ungría recibió en Burgos un informe completo sobre la reunión convocada por Negrín en Los Llanos. Dos coroneles del estado mayor de Casado, Garijo y Muedra, pensaban también en la posibilidad de rendir sin más las fuerzas del ejército de la zona central.

Entretanto, el 13 de febrero, Franco orientó a los

partidarios de la rendición con la promulgación de un decreto que se aplicaba a todos los culpables de «actividades subversivas» desde el 1.º de octubre de 1934 hasta el 18 de julio de 1936 y a todos los que, desde entonces se hubieran opuesto «al Movimiento Nacional con actos concretos o pasivos». Ello suponía dar amplia licencia a la venganza. El tema de las represalias era el más importante para la República. Si ésta hubiera recibido garantías, habría firmado la paz un año antes. Azcárate seguía presionando al gobierno británico para que remitiera a Franco la última propuesta de Negrín de armisticio en tres puntos. De lo contrario, al decir de los republicanos, Franco sería responsable de que continuara el baño de sangre. El 17 de febrero, Azcárate y Álvarez del Vayo, que estaban todavía en París, telegrafiaron a Negrín proponiéndole que se pusiera como única condición de paz la garantía contra las represalias y que les autorizara a comunicárselo a *lord* Halifax para que éste se la transmitiera a Franco. La idea de esta única condición se la había sugerido *lord* Halifax a Azcárate. Debido a las demoras en los servicios telegráficos (que Azcárate y Álvarez del Vayo atribuyeron a la interferencia de Casado), la respuesta afirmativa de Negrín no llegó a París hasta el 25 de febrero. Entretanto, *lord* Halifax, el 22 de febrero, había perdido las esperanzas de que fuera aceptada su propuesta y empezó a hacer los preparativos para el reconocimiento incondicional del gobierno nacionalista[2227]. Tres días antes, Chamberlain había escrito en su diario: «Creo que hemos de lograr establecer unas excelentes relaciones con Franco, que parece bien dispuesto hacia nosotros»[2228]. Mucho antes, el día 18 de febrero, Franco había descartado cualquier idea de paz condicional, ya fuera a propuesta de Gran Bretaña, de Francia o de cualquier personalidad republicana. «Los

nacionalistas han vencido —declaró— y, por lo tanto, los republicanos deben rendirse sin condiciones». En noviembre de 1938, Franco había declarado que no podía tomarse en consideración la posibilidad de amnistía: «Los amnistiados son hombres sin moral». Creía en «la redención mediante el castigo del trabajo». Quienes no fueran ejecutados, tendrían que «reeducarse» en campos de trabajo.

El día 20 de febrero, Casado recibió la visita de un agente del servicio de información secreta de Franco, el coronel José Centaño de la Paz, que durante la guerra había sido director de una fábrica de instrumentos de precisión perteneciente al ejército republicano, situada en Aranjuez, pero que, desde 1938, era también jefe de una red de espionaje denominada «Lucero Verde». Él y Manuel Guitián, que era agente de Burgos, visitaron a Casado en La Alameda, siendo recibidos con entusiasmo; Casado les hizo promesas exageradas para sus propias posibilidades, declarando que podría entregar el ejército del centro el día 25 de febrero. Prometió exigir personalmente la dimisión de Negrín. Entonces Centaño le entregó un documento en el que se garantizaba la vida de los oficiales de carrera del ejército republicano que depusieran las armas y no hubieran cometido crímenes. «¡Magnífico, magnífico!», exclamó Casado. Centaño había enviado a Burgos informes favorables sobre Casado, diciendo que era más anticomunista que nadie[2229]. El 22 de febrero, en el curso de otra discusión, Centaño sacó la impresión de que Casado sería capaz de llevar a cabo su plan de rendición «con un éxito completo y con total seguridad»: en el informe, estas palabras venían escritas en letras mayúsculas. Entretanto, Casado pidió al alto mando nacionalista que aplazara cualquier ofensiva[2230].

El día 22, Franco envió un telegrama a Neville Chamberlain, asegurándole que su propio patriotismo, su

reconocido honor de caballero y su notoria generosidad eran las mejores garantías de una paz justa. Posteriormente declaró que los tribunales que entrarían en funcionamiento después de la rendición republicana juzgarían sólo a los criminales, «ya que las represalias repugnan al movimiento nacionalista»[2231]. Gran Bretaña consideró que esta amable frase, junto con el telegrama enviado a Chamberlain, eran lo único que podrían arrancar de Franco para el reconocimiento del gobierno nacionalista.

Entretanto, el día 23 de febrero Casado prohibió la publicación del periódico comunista *Mundo obrero*, debido a que en él iba a aparecer un manifiesto lleno de ataques contra Largo Caballero, por haber abandonado España y que apremiaba a mantener la resistencia. Uribe, ministro comunista de Agricultura, que se hallaba en Madrid, expresó su protesta. Casado siguió negándose a autorizar la publicación. Al día siguiente el manifiesto circuló de mano en mano. Casado hizo retirar todos los ejemplares que pudo. Negrín regresó a Madrid el día 24 de febrero y Casado intentó persuadirle de que la solución más acertada era la rendición. Pero no obtuvo resultado alguno, como ya debía de suponer de antemano. Había prometido a Franco claramente más cosas de las que podía dar. Al propio Franco no le gustaba la idea de «tratar» con ningún nuevo consejo de defensa que incluyera en su seno a un político como Besteiro. De todos modos le llegaban constantes informes procedentes de oficiales como el general Jurado, a la sazón en Francia, y del propio general Matallana, que desempeñaba todavía el mando supremo de los ejércitos del centro, en los que le revelaban cuáles serían los puntos de menor resistencia en caso de que se lanzara un nuevo ataque[2232].

El 26 de febrero, el senador Bérard finalizó su misión en

Burgos. Todas las peticiones nacionalistas fueron aceptadas. Francia y la España nacionalista vivirían juntas como buenos vecinos, cooperarían en Marruecos, e impedirían cualquier actividad contraria a la seguridad de ambas. El gobierno francés se comprometió a devolver a España todos los bienes españoles trasladados a Francia contra la voluntad de sus verdaderos dueños. Entre ellos figuraban 8 millones de libras en oro que se hallaban retenidas en Mont de Marsan como garantía de un préstamo concedido el año 1931. El banco de Francia se había negado a reintegrarlos a la República, a pesar de que el préstamo ya había sido devuelto. Todos los restantes bienes de los republicanos en Francia, todos los buques de guerra, mercantes y de pesca, las obras de arte, vehículos y documentos, serían enviados a su vez a España. A cambio, los nacionalistas accedieron a recibir un embajador francés en Burgos.

Así pues, el reconocimiento oficial de los nacionalistas por Francia y Gran Bretaña se produjo el día 27 de febrero. (El 22 de febrero, Chamberlain leyó un telegrama de Franco en la Cámara de los Comunes). Tanto el Partido Liberal como el Partido Laborista se opusieron al reconocimiento y forzaron un debate. Attlee condenó la forma tortuosa en que Chamberlain había acordado el reconocimiento con Daladier antes de consultar a la Cámara de los Comunes: «Vemos en esta acción —concluyó— una grave traición a la democracia, la consumación de dos años y medio de hipócritas ostentaciones de no intervención acompañadas de una connivencia constante con la agresión. Y éste es sólo un paso más en el camino descendente del gobierno de Su Majestad, que en cada nueva ocasión, ya no vende sino que regala los intereses permanentes de su país. No hace nada por conseguir la paz o por detener la guerra, sino que se limita a declarar al mundo entero que todo aquel que se

decida a emplear la fuerza tendrá un amigo en el primer ministro británico».

Chamberlain respondió a esto diciendo que el general Franco había dado garantías de clemencia y que, a menos que le declarara la guerra, Gran Bretaña jamás podría imponerle condiciones. A continuación se produjo un áspero duelo verbal de los muchos que se habían producido en el curso de la guerra española, entre *sir* Henry Page Croft, un conservador partidario del general Franco (a quien, un año antes, había calificado públicamente de «valiente caballero cristiano»)[2233], y Ellen Wilkinson, ferviente defensora de la República. Edén apoyó al gobierno desde los últimos escaños, diciendo que si se aplazaba el reconocimiento, podía prolongarse la guerra. Pero otros diputados conservadores de los últimos escaños como Vyvyan Adams, deploraron el reconocimiento incondicional. Por su parte, el comunista Gallacher sugirió el procesamiento del primer ministro[2234].

Azcárate efectuó una última y melancólica visita a *lord* Halifax para intentar que éste lograra alguna garantía de moderación de Franco como condición previa al reconocimiento[2235]. Rusia denunció la falsedad de «la política capitalista de capitulación ante el agresor» pero no tomó ninguna medida. En Washington no se preparó ningún acto de reconocimiento, pero ahora la mayor parte de los restantes países siguieron los pasos de Gran Bretaña y Francia.

Entretanto, los anarquistas celebraron nuevamente una reunión en Madrid. Se aceptaron las instrucciones dadas desde Francia por el secretario general Vázquez de apoyar cualquier esfuerzo tendente a conseguir el fin de la guerra. Se discutió la sospecha de que Negrín estuviera planeando

dar un golpe de Estado dentro del Estado. La CNT decidió resistirse a aquella idea, que podía llevar a una dictadura comunista. Sin embargo, entonces la CNT era poco más que un grupo de presión de la clase obrera sin unos objetivos claros, aunque resueltamente hostil a los comunistas[2236]. En Burgos se recibió un nuevo mensaje de Madrid en el que se anunciaba que al día siguiente se formaría una «junta de liquidación» de la guerra y que Besteiro y el coronel Ruiz-Fornells, jefe de estado mayor del ejército de Extremadura, se dirigirían a cualquier aeródromo que señalaran los nacionalistas para ultimar la rendición. Franco replicó insistiendo en su negativa de tratar con personas civiles. Sólo aceptaría la rendición incondicional, con las únicas garantías ya expresadas en relación con los oficiales del ejército. Se negó a tratar con Besteiro.

Podían presentarse uno o dos oficiales, si así lo deseaban[2237]. Franco no iba a ofrecer a la República el lujo de una paz honrosa, ni quería dar la oportunidad de marcharse a los que deseaban hacerlo. Esta respuesta aplazó por unos cuantos días el golpe de estado de Casado.

Al día siguiente, 28 de febrero, tras difundirse la noticia del reconocimiento de Franco por Gran Bretaña y Francia, Azaña, desde París, dimitió de la presidencia de la República. El comité permanente de las Cortes se reunió en La Pérouse, famoso restaurante situado en el Quai des Grands Augustins, y Martínez Barrio se hizo cargo del puesto de Azaña, según estaba previsto en la constitución de 1931. Pero no tenía ya intención de regresar a España. Entretanto, el gobernador civil de Madrid, José Gómez Osorio, dijo a Casado que había recibido órdenes de relevarle de su cargo. Sin embargo, Negrín aseguró telefónicamente a Casado que él no había ordenado su relevo, y le convocó para celebrar una entrevista en Elda el 2 de marzo, en compañía de

Matallana. Ambos oficiales recorrieron los 400 kilómetros que les separaban de Elda en el curso de la mañana. Negrín propuso la reorganización del estado mayor central. Matallana y Casado serían jefes del estado mayor y del estado mayor central respectivamente. Ambos oficiales reiteraron sus argumentos en contra de la continuación de la resistencia. Casado, junto con los comunistas Modesto y Cordón, serían ascendidos a generales, mientras los oficiales Muedra y Garijo, del estado mayor de Casado, pasarían a ser subsecretario del ejército y ayudante de Miaja, respectivamente. Todos estos nombramientos se habían acordado en una reunión del consejo de ministros, celebrada el 28 de febrero por la noche. Casado y Matallana plantearon objeciones a esta reorganización. Terminada la reunión, se dirigieron a Valencia. En esta ciudad se entrevistaron con Miaja, el general Menéndez y el coronel Ruiz-Fornells. Casado explicó a estos oficiales que estaba resuelto a rebelarse contra el gobierno y concertar la paz. Todos le prometieron su apoyo, pero le pusieron en guardia contra el Partido Comunista. Al día siguiente, Casado realizó un contacto similar con Hidalgo de Cisneros, a pesar de que sabía que era comunista, durante un almuerzo en los alrededores de Madrid. Probablemente suponía que la lealtad del jefe de la aviación sería mayor hacia sus antiguos compañeros de armas que hacia sus nuevos camaradas. «Sólo nosotros, los generales, podemos librar a España de la guerra», declaró Casado, quien, según Hidalgo de Cisneros, ya había dado orden de que se cosieran en su uniforme sus nuevas insignias de general. «Le doy mi palabra de que puedo conseguir de Franco mejores condiciones de las que pueda conseguir Negrín. Incluso puedo asegurarle que respetarán nuestra graduación». Hidalgo le preguntó cómo era posible aquello y Casado respondió que el representante

británico en Madrid (posiblemente Denys Cowan) había efectuado todos los arreglos necesarios con Franco. Hidalgo creía que Casado estaba contando fantasías, pero le dijo que fuera a contarle aquello a Negrín[2238]. Hidalgo de Cisneros dio cuenta a Negrín de esta entrevista. Pero éste no hizo nada, aceptando el nuevo desafío con una momentánea pasividad que le resultaría fatal[2239].

Casi a la misma hora, en Cartagena, el almirante Buiza convocó a los comandantes de los barcos y a los comisarios políticos. Les comunicó que se estaba preparando un golpe de estado contra Negrín y que iba a formarse un consejo nacional de defensa en el que estarían representadas las fuerzas armadas, todos los sindicatos y los partidos políticos. Nadie presentó objeciones y Buiza sacó la conclusión de que se había conseguido un acuerdo. Veinticuatro horas más tarde llegó Paulino Gómez, ministro socialista de la Gobernación, quien comunicó a los comandantes que el gobierno se había enterado de las declaraciones de Buiza del día anterior y que estaba decidido a mantener su autoridad. En Madrid, Casado continuaba conspirando y recibía el apoyo de la mayor parte de los coroneles no comunistas y los partidos políticos no comunistas. Prohibió la circulación del *Diario Oficial* del día 3 de marzo, en el que se publicaban los nombramientos de nuevos cargos del alto mando decididos por Negrín. El general Martínez Cabrera (gobernador militar de Madrid), Vicente Girauta (director general de Seguridad) y especialmente Ángel Pedrero García, jefe del SIM en Madrid, aseguraron su apoyo. El apoyo del SIM a Casado revestía gran importancia. Casado dijo a Cipriano Mera que se preparara para reemplazarle en el mando del ejército central. Llegó un telegrama de Negrín en el que convocaba a Casado para otra conferencia en Elda. Casado telefoneó a Matallana, que estaba con Negrín,

avisando que no asistiría, por temor a ser detenido. A Negrín le dijeron que, por razones de salud, Casado se veía en la imposibilidad de volver a efectuar un viaje tan largo por carretera. Negrín envió su avión privado en busca de Casado. Entretanto, todos los dirigentes comunistas que habían llegado de Francia se concentraron en Elda, esperando que Negrín les confiara puestos de responsabilidad; Cordón sería nombrado secretario general de Defensa; Jesús Monzón, secretario de éste; Francisco Galán, jefe de la base naval de Cartagena; y los gobernadores militares de las importantes provincias costeras de Valencia, Murcia y Alicante serían sustituidos por Líster, Etelvino Vega y Tagüeña.

Al día siguiente, 5 de marzo, culminó la conspiración de Madrid. Por la mañana, el jefe del aeropuerto de Barajas informó a Casado de que había aterrizado el avión Douglas de Negrín. Casado dio órdenes de que se hiciera regresar al piloto. Al mediodía Negrín volvió a telefonear a Casado. El coronel alegó que su salud le impedía abandonar Madrid. Negrín, sin hacer caso, le replicó que necesitaba de su presencia inmediatamente, prescindiendo de su salud. A las seis de la tarde, llegaría otro aeroplano para recoger a otros varios ministros que se hallaban en Madrid y conducirlos a Elda. Casado viajaría con ellos, según dijo Negrín. Casado le respondió que «arreglaría el asunto» con los ministros.

El nombramiento de «Paco» Galán para el puesto de jefe de la base naval de Cartagena, decidido por Negrín, desencadenó extraños sucesos en este puerto, situado a unos ochenta kilómetros de la sede del gobierno. Al principio, el general Bernal, hasta entonces gobernador militar, accedió pasivamente a ceder el mando a Galán[2240]. Pero los oficiales de artillería, encabezados por el coronel Gerardo Armentía, se lanzaron a la calle en señal de protesta. También en la

flota estalló la indignación. El almirante Buiza y el comisario general Alonso pensaron en atacar la ciudad[2241]. Entonces apareció una quinta columna falangista, encabezada por el coronel Arturo Espá, del regimiento de artillería costera. Apoyados por una multitud deseosa de mostrar su entusiasmo por los inminentes vencedores de la guerra civil, rodearon los cuarteles de artillería. Un oficial retirado que vivía en la ciudad, el general Rafael Barrionuevo, se proclamó gobernador militar en nombre de Franco. Un regimiento de infantería de marina se sumó a los falangistas y, juntos, se apoderaron de la emisora de radio naval. Desde ella pidieron refuerzos a Cádiz. El coronel Armentía se rindió a las fuerzas falangistas y poco después se suicidó. Entonces el almirante Buiza ordenó que la flota se hiciera a la mar (incluidos los tres barcos más grandes que quedaban, los cruceros *Miguel de Cervantes, Libertad* y *Méndez Núñez* y ocho destructores), de acuerdo con Galán, puesto que éste se refugió a bordo del *Libertad*, tras haber sido detenido brevemente por el jefe del estado mayor de la base, coronel Fernando Oliva. Galán dimitió. Negrín nombró al subsecretario de Marina, Antonio Ruiz, para sustituirle en su cargo[2242]. El exministro comunista Jesús Hernández, actuando bajo su propia responsabilidad como comisario general del ejército, envió en auxilio de Cartagena a la 4.ª División, en la que iba incluida una unidad de tanques de la base de Archena, a las órdenes de un oficial comunista de lealtad probada, el coronel Joaquín Rodríguez, que había iniciado su carrera bélica en el Quinto Regimiento. A media tarde habían sido sofocados el levantamiento falangista y el anticomunista. El buque de guerra nacionalista *Castillo de Olite*, que había llegado con 3500 soldados a bordo fue hundido en el preciso momento en que arribaba a puerto para reforzar a los falangistas[2243]. Los demás buques

nacionalistas se retiraron a tiempo. Pero la flota republicana permaneció en alta mar, entregándose finalmente a los franceses, que pidieron a Buiza que se rindiera en Bizerta. De esta forma la República perdió sus tres cruceros, ocho destructores y muchas unidades menores[2244].

En Valencia ocurrió algo similar: el general Aranguren, gobernador militar, se negó a entregar el mando a Líster y, junto con el general Menéndez, del ejército de Levante, se dispuso a resistir por la fuerza. «La Pasionaria» y Manuel Delicado, que se encontraban en Murcia, se dirigieron a Elda para informar de lo ocurrido en Cartagena: por el camino se libraron con apuros de ser detenidos por un piquete de guardias de asalto enviados por el gobernador socialista de Murcia, Eustasio Cañas, que había dado órdenes de detener a los comunistas, para apoyar a Casado[2245].

En Madrid, seis ministros del gobierno de Negrín —Giner, Velao, Paulino Gómez, Segundo Blanco, Moix y González Peña— estaban almorzando en el edificio del gobierno central. A la hora del café se les sumó Casado, quien posteriormente diría que todos y cada uno de los ministros le confesaron en privado su desesperación ante la política de Negrín. Casado les explicó que no tenía intención de acompañarles a Elda. Giner, que había sido ministro de Comunicaciones durante toda la guerra, telefoneó a Negrín, sugiriéndole que aplazara el consejo de ministros. Negrín le respondió con tal furia que los ministros se pusieron en camino inmediatamente, aunque sin Casado. A las siete de la tarde, Negrín telefoneó nuevamente a Casado, ordenándole que se presentara. Casado le respondió que se presentaría si la situación no empeoraba. Media hora más tarde, Casado trasladó su cuartel general de La Alameda al ministerio de Hacienda, un elegante edificio dieciochesco de fácil defensa, situado en la calle de Alcalá, cerca de la Puerta del Sol. Allí

se reunió con Besteiro. La 70.ª Brigada anarquista a las órdenes de Bernabé López, procedente del cuerpo de ejército de Mera, tomó posiciones en torno al edificio. Casado permitió que le nombraran presidente de la nueva junta nacional, después de que Besteiro renunciara a ello (aunque aceptó actuar en calidad de ministro de Asuntos Exteriores). Posteriormente Casado cedió su puesto a Miaja quien, por cansancio, pesimismo, realismo y oportunismo, no tardó en dejarse convencer y se adhirió a la conspiración. Entonces Casado se hizo cargo de la cartera de Defensa. Los otros miembros de la junta eran el socialista Wenceslao Carrillo, que fuera director general de Seguridad en tiempos de Largo Caballero; Gonzalo Marín y Eduardo Val, de la CNT; Antonio Pérez, de la UGT[2246], y los republicanos Miguel San Andrés y José del Río. Ninguno de ellos era conocido, excepto Besteiro. No obstante, estos hombres se hicieron cargo respectivamente de las carteras de Gobernación, Hacienda, Comunicaciones, Trabajo, Justicia y Educación. Sánchez Requena, miembro del malogrado partido sindicalista de Pestaña, era el secretario. Esta junta radió un manifiesto en la medianoche del 5 al 6 de marzo:

> «Trabajadores españoles. ¡Pueblo antifascista! Ha llegado el momento en que es necesario proclamar a los cuatro vientos la verdad escueta de la situación en que nos encontramos. Como revolucionarios, como proletarios, como españoles y como antifascistas, no podemos continuar por más tiempo aceptando pasivamente la improvisación, la carencia de orientaciones, la falta de organización y la absurda inactividad de que da muestras el gobierno del doctor Negrín [...]. No puede permitirse que en tanto el pueblo lucha, combate y muere, unos cuantos privilegiados preparen su vida en el extranjero [...]. Nos dirigimos a todos los trabajadores, a todos los antifascistas, a todos los españoles [...]. Constitucionalmente, el gobierno del doctor Negrín carece de toda base jurídica en la cual apoyar su mandato [...]. Realmente carece también de la tranquilidad y del aplomo [...]. Venimos a señalar el camino que puede evitar el desastre [...]. Propugnamos la resistencia para no hundir nuestra causa en el ludibrio [...]. Aseguramos que no saldrán de España ninguno de los hombres que en España deban estar hasta tanto que, por libre determinación, salgan de ella todos los que de ella quieran salir».

Los conspiradores pisaban un terreno inseguro, pues el gobierno de Negrín estaba legalmente constituido. Como lo demostrarían los acontecimientos, la política de Negrín también tenía su lógica y la junta era incapaz de cumplir las promesas contenidas en la última frase del manifiesto.

A continuación hablaron Besteiro, Casado y Mera. El primero pidió que se apoyara al poder republicano legítimo, que no era otro, añadió, que «el poder del ejército»: un extraño eco del discurso que podría haber pronunciado Franco en 1936[2247]. Casado dirigió su llamamiento a todos los combatientes de ambos lados del frente. «Queremos una Patria exenta de toda tutela extraña, libre de toda supeditación a las ambiciones imperialistas [...]. Nuestra guerra no terminará mientras no aseguréis la independencia de España —añadía dirigiéndose a Franco—, [...] si nos ofrecierais la paz, encontraríais generoso nuestro corazón de españoles»[2248].

Negrín estaba presidiendo una reunión ministerial en Elda. Matallana se encontraba con él, aunque no estaba claro si como prisionero o a título de asesor. Sea como fuere, lo cierto es que él fue quien respondió a la llamada telefónica de Casado. «Dígale que me he sublevado», dijo Casado. Negrín tomó el aparato: «¿Qué ocurre en Madrid, mi general?»[2249] «Me he sublevado», contestó Casado. «¿Contra quién? ¿Contra mí?». «Sí, contra usted». Negrín le dijo que aquello era una locura. Casado le contestó que no era general, sino un coronel que había cumplido con su deber «como oficial y como español». Una vez más en la guerra civil española el teléfono era la base técnica del drama[2250]. Aquella noche funcionó repetidas veces entre Elda y Madrid; Negrín trataba de encontrar a alguien que arrestara a Casado. Pero nadie se avino a hacerlo.

Al día siguiente, Casado dispuso que Miaja tomara posesión de la presidencia de la junta nacional. Ordenó al general Menéndez que dijera a Negrín que, si en el plazo de tres horas no ponía en libertad a Matallana, detenido en Elda, fusilaría a todo el gobierno. Matallana fue puesto en libertad, no sin antes haber declarado (en falso) que estaba a disposición de Negrín para sofocar la revuelta de Cartagena. Entretanto, Casado nombró alcalde de Madrid al anarquista Melchor Rodríguez, que había ganado merecida fama por su humanidad en el cargo de director de prisiones; ordenó que fueran arrancadas las estrellas rojas de los uniformes del ejército y anuló todos los últimos ascensos. En cambio Miaja se convirtió en teniente general, graduación suprimida por Azaña en 1931.

Negrín vacilaba. Jesús Hernández llegó a Elda solicitando instrucciones. «Por el momento —dijo el jefe del gobierno—, no haga nada. Estamos pensando en lo que vamos a hacer». Las deliberaciones se prolongaron durante todo el día. Pero los asesores rusos sabían muy bien lo que tenían que hacer. Hernández se dirigió hacia el norte al cuartel general del general Iaborov, instalado en la finca El Vedat y lo encontró en completo desorden, y al general que había sucedido al general Maximov al frente de la misión militar rusa, en estado de gran agitación. «Nos vamos, nos vamos», dijo a Hernández sin ceremonias[2251]. El subcomisario Castro Delgado y el comisario Delage salieron secretamente de Madrid para preguntar a la dirección del Partido Comunista si podían ordenar a las divisiones comunistas que marcharan sobre la capital. Descubrieron a «la Pasionaria», Líster y Modesto en una espléndida casa de campo en las inmediaciones de Elda, convertida en un hotel regentado por el poeta Alberti y su mujer, María Teresa León. También estaban presentes la secretaria de «la Pasionaria», Irene

Falcón, Tagüeña (huido de Madrid) y algunos otros. Reinaba la indecisión, en medio de una atmósfera de irrealidad. Se servían opíparas comidas. Los miembros del comité central y los comisarios se paseaban tranquilamente, como si fueran huéspedes invitados a pasar un fin de semana en una casa de campo, que no sabían exactamente en qué ocupar su tiempo. Alberti paseaba tristemente bajo los árboles. Togliatti estaba decidiendo lo que había que hacer[2252].

Aunque Stalin deseara abandonar España a sus propios recursos, los comunistas españoles no podían consentir, después de haber efectuado tal derroche de energía, que un coronel desconocido se hiciera cargo de la autoridad suprema ignorando al Partido Comunista. Pero la única alternativa era asumir el riesgo de emplear contra él a las divisiones comunistas situadas en torno a Madrid, acaso apoyadas por unidades guerrilleras a las órdenes de los comunistas (el 14.º Cuerpo, mandado por el comandante Domingo Hungría). El proyecto parecía inseguro, ya que muchos republicanos, que de otro modo no habrían tomado partido, apoyarían a Casado si estallaba una guerra civil dentro de la guerra civil. Algunos jefes militares como Burillo, Prada, Camacho y Pedrero, del SIM, habían resuelto ser sólo amigos coyunturales de los comunistas. Miaja, cuya reputación habían hinchado los comunistas, también demostraba ser desleal a quienes le apoyaban.

Negrín se hallaba, pues, en una posición difícil. Indudablemente sabía que Casado no vacilaría en detenerle si podía, y que le encarcelaría para entregarlo a Franco, si no se suicidaba antes. Era un político sin partido y un jefe militar sin ejército. Los negrinistas, en otros tiempos tan poderosos, habían quedado reducidos a un pequeño grupo de ministros sentados, como su jefe, en una casa de campo, preguntándose cuál sería el medio más idóneo para llegar a

París. El poderoso Partido Comunista parecía haberse reducido a un grupo de dirigentes que después de enfrentarse a los revolucionarios con su contrarrevolución, habían ofendido a la burguesía con su crueldad, su oportunismo y su falsedad. Ahora se habían quedado prácticamente solos: eran unos dirigentes sin seguidores.

Negrín realizó esfuerzos de última hora por evitar el conflicto. El ministro anarquista de Instrucción Pública, Segundo Blanco, cuyas lealtades en el momento de la crisis no estaban claras, hizo una tentativa de compromiso, pero no tuvo éxito. Casado, por su parte, estaba intentando detener al gobierno y a los dirigentes comunistas para ofrecérselos a Franco como trofeos. En la España republicana reinaba el caos. Nuevamente los jefes de los ejércitos se habían convertido en dueños de la situación. Nadie tenía idea del paradero de sus colegas. El hecho de pertenecer a un partido o a un sindicato era irrelevante. Negrín se reunió con su estado mayor y los dirigentes comunistas en la pequeña base aérea de Monóvar, a pocos kilómetros de Elda. Estaban Álvarez del Vayo, Uribe y Moix, ministros de su gobierno; el jefe de la aviación, Hidalgo de Cisneros; Líster, Tagüeña y Togliatti. «La Pasionaria» marchó a Francia, con el comunista navarro Monzón[2253]. Hidalgo de Cisneros envió un mensaje por teléfono a la junta de Madrid para intentar resolver las diferencias de ésta con Negrín. El pequeño grupo esperó en el aeropuerto la respuesta de Casado hasta las dos y media de la tarde. El comité central del Partido Comunista celebró su última reunión: Togliatti dijo a los pocos miembros que estaban presentes que la junta de defensa nacional era el único gobierno de España, que oponerse a él era lo mismo que emprender una nueva guerra civil y que el único recurso era tratar de salvar el mayor número posible de comunistas[2254].

Se hizo público un manifiesto en este sentido redactado por Togliatti[2255]. Álvarez del Vayo jugaba al ajedrez con Modesto. Líster, encargado de organizar la defensa del aeropuerto con sólo ochenta guerrilleros, mientras el gobierno estaba preparando su marcha, vio cómo éste empezaba a ser rodeado[2256]. También oyeron decir que Alicante había pasado a poder de Casado y que Etelvino Vega, gobernador militar de esta ciudad recientemente nombrado por Negrín, había sido detenido. Ya no esperaron más, dando a España por perdida. Jesús Hernández, Togliatti y Pedro Checa permanecieron en el país tratando de organizar una especie de Partido Comunista en la clandestinidad. A las tres de la madrugada despegaron del pequeño aeropuerto los tres últimos aviones del gobierno de Negrín: dos de ellos se dirigieron a Francia, y el tercero, que era de menor capacidad, partió hacia África. Antes de marchar, el comunista sevillano Manuel Delicado estrechó la mano a todos los refugiados, deslizando un billete de una libra esterlina[2257].

Pero en Madrid, la causa de la resistencia (¿contra quién?; ¿contra Franco, contra Casado o contra los dos a la vez?) no estaba totalmente perdida. Si el gobierno y los dirigentes comunistas habían huido, las divisiones comunistas que rodeaban Madrid conservaban la voluntad de combatir. Pero, sí con toda seguridad se puede afirmar que no recibieron la aprobación de los dirigentes del partido, ya que las comunicaciones estaban interrumpidas. No era la primera vez que un Partido Comunista seguía dos políticas contradictorias al mismo tiempo[2258]. Barceló movilizó su 1.er Cuerpo de ejército para cerrar todas las entradas de la capital. Ocupó los ministerios situados al final de la Castellana, el parque del Retiro y el antiguo cuartel general del ejército del centro, en La Alameda. Tres de los coroneles

de Casado y un comisario socialista resultaron muertos[2259]. Los coroneles Bueno y Ortega enviaron tropas del 2.º y 3.º Cuerpos de ejército en apoyo de Barceló. De esta forma, la mayor parte del centro de Madrid quedó bajo el control de los comunistas. Sólo unos pocos edificios gubernamentales quedaron en manos de los casadistas. Sin embargo había mucha confusión y los únicos miembros del comité central que quedaban en España (Togliatti, Checa, junto con Jesús Hernández y el dirigente juvenil Fernando Claudín) perdieron durante muchas horas el contacto con los ejércitos de las afueras de Madrid, y durante algún tiempo fueron prisioneros del SIM en Monóvar.

Por la tarde, el 4.º Cuerpo de ejército de Mera, anarquista en su mayor parte, se puso en marcha para liberar a Casado, que ahora se había hecho fuerte en los suburbios de la zona sureste. Su 12.ª División, mandada por Liberino González ocupó Alcalá y Torrejón. Mera no tardó en convertirse en el hombre fuerte de la facción de Casado, siendo respaldado por su segundo de a bordo, el comandante socialista «Paquito» Castro[2260].

Durante todo el día 8 de marzo prosiguieron los combates en Madrid. Los comunistas conservaban el control. En el resto de España Jesús Hernández consiguió desposeer a Ibarrola del mando del 22 Cuerpo de ejército. Togliatti, Pedro Checa y Claudín se le unieron cerca de Valencia después de muchas dificultades. Entretanto los comunistas eran arrestados en todas partes, sus oficinas del partido eran ocupadas y se acentuaba un proceso general en su contra.

Los otros tres ejércitos (de Levante, Extremadura y Andalucía) se mantenían a la expectativa; aunque sus comandantes (Menéndez, Escobar y Moñones) se habían comprometido verbalmente a apoyai a Casado, no podían

prever la reacción de sus hombres si se les ordenaba marchar sobre Madrid[2261]. En casi todas partes se produjeron algunos combates. De estos generales, sólo Menéndez hubiera preferido rendirse a Franco antes que combatir a Casado. La extensión de la victoria comunista en Madrid era tan grande que los comunistas, de haberlo deseado, podrían haber dictado sus propias condiciones. Pero, abandonados por sus dirigentes políticos y perdido el contacto con Togliatti en unos momentos trascendentales, se quedaron sin saber qué hacer. El día 9 de marzo, Matallana dijo a uno de los agentes de Franco con los que estaba en contacto, «casi con lágrimas en los ojos», que confiaba en que Franco lanzara una ofensiva general para impedir que Madrid cayera en manos de los comunistas[2262].

Pero los jefes militares comunistas casi parecían hallarse a la espera de ser derrotados, a causa de su indecisión política. A Barceló le habría gustado lanzar un asalto definitivo contra la junta de defensa, pero sus hombres estaban cansados.

Al día siguiente, el coronel comunista Ortega se ofreció como mediador entre los dos bandos enfrentados en aquella nueva guerra civil. (Él había sido el responsable de la detención de Nin en 1937, cuando era director general de Seguridad). Desde hacía una o dos semanas se había ido debilitando claramente su fidelidad a su partido de adopción. Aunque, según la versión comunista, esta oferta vino motivada por la reanudación de los ataques nacionalistas[2263]. Casado aceptó esta mediación. Entretanto se estableció el alto el fuego, aunque ambos bandos seguían enfrentados en posturas hostiles. Por su parte, los nacionalistas de Madrid informaban en términos pesimistas: «Casado parece incapaz de controlar la situación». Mientras se luchaba en Madrid, los nacionalistas habían avanzado un

trecho por la Casa de Campo en dirección al Manzanares. El 10 de marzo, los comunistas quedaron sitiados en la ciudad que ellos mismos habían tomado por asalto y sus dirigentes empezaron a hacer proyectos para la retirada.

El 11 de marzo, los comunistas fueron desalojados de sus posiciones y muchos de los hombres de Barceló y Bueno se pasaron a las filas de Casado. Al final, la mayor parte de sus comandantes fueron hechos prisioneros y se mostraron dispuestos a concertar la paz. Las unidades militares dirigidas por oficiales partidarios de la junta habían rodeado Madrid. Casado estipuló que todas las unidades volvieran a las posiciones que ocupaban el día 2 de marzo. Los prisioneros serían devueltos y los jefes militares, destituidos. Así Casado tendría las manos libres para nombrar a sus propios hombres al frente de los tres cuerpos de ejército comunistas. En contrapartida, Casado se comprometía a poner en libertad a todos los prisioneros comunistas «que no fueran criminales» y a escuchar los puntos de vista de los dirigentes comunistas. Así concluyó aquella guerra civil surgida dentro de la guerra civil; el balance final fue de unos 250 muertos y unos 560 heridos[2264]. Entre los contendientes habían figurado grupos procedentes de todas las antiguas columnas que tanto se habían destacado por su bravura en julio de 1936: incluso podían encontrarse los restos de la Columna de Hierro en la 12.ª División que mandaba Liberino González.

Los comunistas aceptaron el alto el fuego. Si no había represalia, seguirían luchando como antes contra los «invasores» nacionalistas. Al parecer Togliatti, que había restablecido el contacto telefónico, exhortó a Barceló desde Alicante a que concertara este compromiso. La misma mañana del día 12 de marzo, las fuerzas comunistas regresaron a sus posiciones del día 2. Sin embargo, al día

siguiente, un tribunal militar condenó a muerte a Barceló, a su comisario José Conesa y a otros. Las sentencias de Barceló y Conesa (antiguo miembro de las Juventudes Socialistas y comisario del frente central desde octubre de 1936) fueron ejecutadas inmediatamente. Estas muertes fueron actos de represalia más que de justicia. Pero no se ejecutaron más penas de muerte, aunque algunos otros condenados fueron encarcelados. Se formaron privadamente algunos tribunales anarquistas para juzgar a los comunistas. Fuera de Madrid, el general Escobar y el ejército de Extremadura aplastaron la resistencia comunista en Ciudad Real, dirigida por el diputado comunista Martínez Cartón. Menéndez, que seguía al frente del ejército de Levante, impidió que el 22 Cuerpo de ejército, ahora controlado por Hernández, marchara sobre Valencia.

Una vez se hubo desembarazado de Negrín y los comunistas, Casado reemprendió las negociaciones con Burgos. Tanto él como Matallana habían permanecido en contacto diario con los representantes de Franco durante la «semana comunista». Ahora que tenían ya las manos libres, comunicaron a sus nuevos amigos que estaban dispuestos a ir a Burgos el día que Franco señalara. Pero, el 16 de marzo, se recibió un mensaje de Franco, en el que éste manifestaba que sólo le interesaba la rendición incondicional[2265]. Casado sólo tenía que enviar a un oficial con plenos poderes, o dos a lo sumo, siempre que no fueran dirigentes destacados. Mientras la junta nacional estudiaba este documento descorazonador, Casado planeaba ya la retirada del ejército del centro al Mediterráneo, y la expatriación de quienes quisieran marcharse. Indudablemente el coronel veía con claridad que no quedaban muchas esperanzas de entablar negociaciones serias. Por lo tanto, su objetivo era ganar tiempo para permitir que huyeran quienes así lo desearan.

Durante los quince días siguientes, muchos consiguieron escapar. Pero los medios de huida eran pocos, incluso para quienes conseguían llegar a los puertos de la costa oriental. Entretanto la junta accedió a enviar a Burgos a dos oficiales jóvenes, como deseaba Franco; el 19 de marzo, Franco aceptó entablar negociaciones sobre esta base. Con el mando nacionalista se había dedicado a organizar el nuevo despliegue de sus fuerzas, que le permitiera lanzar una nueva ofensiva en caso necesario.

Los dos jóvenes emisarios nombrados por la República para la negociación fueron los coroneles Garijo y Leopoldo Ortega, que durante la mayor parte de la guerra habían formado parte del estado mayor del ejército del centro. Ambos oficiales emprendieron viaje a Burgos en avión el 23 de marzo por la mañana, acompañados por Centaño y otros dos miembros del servicio de información secreta de Franco. Las condiciones que proponían no fueron ni siquiera discutidas por los coroneles Gonzalo y Ungría, los negociadores nacionalistas, que se limitaron a entregarles un documento para que se lo transmitieran a Casado. El documento nacionalista estipulaba que, el 25 de marzo, toda la aviación republicana despegara en dirección a los aeródromos nacionalistas. En cuanto al ejército de tierra, habría un alto el fuego en todos los frentes el 27 de marzo. Los jefes militares atravesarían las líneas nacionalistas portando banderas blancas y documentos en los que se detallara la posición de las fuerzas republicanas. Además, Franco señalaba dos puertos de la costa de Levante como puntos de partida para quienes quisieran expatriarse. No le importaba que el transporte de refugiados se efectuara a bordo de buques británicos, y no pondría obstáculos a su marcha. Pero no habría ningún pacto ni documento firmado en el que se enumeraran estas concesiones. Garijo dijo que

la junta de defensa no tenía interés en salvar delincuentes, pero quería saber si el concepto de delito que tenían los nacionalistas correspondía a la legislación anterior al 18 de julio, si se establecerían responsabilidades colectivas, si la benevolencia que afectaría a los oficiales del ejército que se rindieran se haría extensiva a los civiles, y si se garantizaría el salvoconducto a quienes quisieran abandonar el país. ¿Cuántos decidirían marcharse? Tal vez unos 4000, en opinión de Garijo, y 10 000 a juicio de Ortega[2266]. El 25 de marzo, después de unas discusiones angustiosas en la junta de defensa, Garijo y Ortega regresaron a Burgos, para pedir que las condiciones se expresaran por escrito y que se concediera un plazo de veinticinco días para que se expatriaran quienes lo desearan. Este último punto fue rechazado, pero el primero fue aceptado. Garijo empezó a redactar el documento, en el que se detallaban algunos otros puntos. Pero, a las seis, el coronel Gonzalo anunció bruscamente que las negociaciones se daban por rotas, puesto que la aviación republicana no se había rendido. Garijo y Ortega regresaron a Madrid. La aviación era de gran importancia, pues constituía un medio de fuga: el mismo día 25 de marzo, despegaron seis aviones de la España central, transportando a Francia cierto número de funcionarios y otras personas temerosas de las represalias[2267].

Así terminó el malogrado intento de Casado de conseguir una paz más honrosa que la que Negrín había podido alcanzar. Con su iniciativa, había arruinado la posibilidad de que se prolongara la resistencia republicana, aunque, para muchos de los que habían participado en la guerra en las filas republicanas, habría resultado más ventajoso continuar luchando, por desesperante que fuera, que la rendición incondicional para caer en manos de la justicia nacionalista.

Si la República hubiera permanecido intacta, aunque sólo hubiera sido dos semanas más, y Casado no se hubiera enfrentado a Negrín, su posición internacional podría haberse modificado. El día 15 de marzo, Hitler marchó sobre Praga. El propio Chamberlain protestó contra esta acción el 18 de marzo. A finales del mes, las garantías dadas a Polonia por los franco-británicos habían transformado la situación internacional. Una República unida se habría beneficiado de la oportunidad que se le ofrecía. Todo lo que puede alegarse en favor de Casado es que con sus negociaciones consiguió ganar tiempo para que pudieran escapar muchos dirigentes republicanos, aunque no los ciudadanos corrientes. Entretanto, la ejecutiva de la UGT, aquel organismo tan poco digno de confianza que había desempeñado un papel tan curioso en la historia de la guerra civil, celebró una última reunión en Valencia: la discusión terminó en medio de tumulto, disensión y amagos de violencia[2268]. El mismo día, Togliatti y Jesús Hernández salieron de Valencia en avión con destino a Mostaganem, en Argelia[2269].

A primeras horas de la mañana del 26 de marzo, Casado telegrafió a Burgos anunciando que la aviación se rendiría al día siguiente. Franco anunció, en respuesta, que los ejércitos nacionalistas estaban a punto de avanzar y exigió que las unidades del frente republicano enseñaran la bandera blanca antes de que comenzara el bombardeo artillero y aéreo[2270]. Yagüe, que se encontraba nuevamente en Extremadura, donde había ganado sus primeros laureles, avanzó por la sierra Morena. El avance prosiguió durante todo el día. Pozoblanco cayó al mediodía, Santa Eufemia, al anochecer. A lo largo del día fueron capturados 30 000 prisioneros y 2000 kilómetros cuadrados de terreno. En centenares de pueblos ondeaban las banderas blancas. A las cuatro de la tarde, Franco radió las «concesiones» que sus coroneles

habían ofrecido en Burgos el 21 de marzo. Sonaban bastante bien. La junta de defensa se reunió a las seis de la tarde. Miaja, que en otro tiempo fuera un símbolo y ahora era sólo un número más, ocupó la presidencia, pero el presidente efectivo era Casado. A nadie se le ocurrió proponer nuevas negociaciones. La junta decidió no ordenar que se resistiera al avance nacionalista y permitir que todos cuantos lo desearan regresaran a sus casas. Entonces se produjo la autodesmovilización del ejército republicano. Los soldados abandonaron el frente para dirigirse a sus hogares y los oficiales no trataban de impedírselo. Este abandono espontáneo, que se produjo simultáneamente en todo el frente no se vio interrumpido por el informe difundido por el secretario de la junta, José del Río, por Radio Madrid, explicando la verdadera historia de las negociaciones de Burgos.

El 27 de marzo comenzó un nuevo avance nacionalista desde Toledo. Los navarros, a las órdenes de Solchaga, los italianos, a las órdenes de Cambara, y el ejército del Maestrazgo, mandado por García Valiño, atravesaron libremente el Tajo. Aquí, al igual que en el sur, la República había abandonado el frente. Durante el día, se desintegró su ejército del centro. Matallana, que ostentaba el mando supremo de todas aquellas fuerzas, dijo a Casado que varias unidades se habían pasado a los nacionalistas, y que soldados de ambos bandos se estaban abrazando en la Casa de Campo. A las nueve de la noche, de los tres primeros cuerpos de ejército sólo quedaba el estado mayor. Casado dijo a los miembros de su junta que salieran hacia Valencia, adonde ya se había dirigido Miaja. Diversos elementos anarquistas rezagados querían continuar la resistencia. A las diez, representantes de la UGT, del Partido Socialista, de la Unión Republicana y de la CNT radiaron alocuciones en las

que exhortaban a mantener la calma. Entonces, cuando ya no quedaba ni un solo soldado republicano en el frente salvo en el sector de Guadalajara, Casado ordenó al coronel Prada, que era el nuevo jefe del ejército del centro, y el oficial que había dirigido la resistencia de Asturias en los últimos días, que negociara la rendición con el jefe nacionalista de la Ciudad Universitaria. Aquel oficial aceptó sostener una entrevista con el jefe nacionalista en el hospital Clínico. Casado telegrafió al presidente Lebran para pedirle que todos los republicanos que quisieran marcharse fueran autorizados a aterrizar en Francia (si llegaban allí). Envió una solicitud en el mismo sentido al presidente Cárdenas, de México. A continuación dijo a Matallana que autorizase a todos los ejércitos republicanos a disolverse como el del centro. Luego se dirigió a Valencia, en avión, acompañado por su esposa, sobrevolando caravanas de camiones y grupos de soldados republicanos que regresaban a sus hogares. Santiago Carrillo fue el último de los dirigentes comunistas que abandonó Madrid, el mismo 27 de marzo[2271]. En esta ciudad se quedó Besteiro, enigmático y resignado, junto con Rafael Sánchez Guerra, que a la sazón era secretario político de Casado como antes lo fuera del presidente Alcalá Zamora. El optimismo típico de la tuberculosis que padecía Besteiro le hizo creer que sería bien tratado, de igual forma que a principios de la guerra, Casares Quiroga, que también padecía tuberculosis, había dado una interpretación excesivamente optimista de los acontecimientos del verano de 1936. A las once de la mañana, el coronel Prada rindió el ejército del centro en nombre de Matallana. Otro ejército nacionalista cruzó el frente de Guadalajara, para unirse a las fuerzas que avanzaban desde Toledo. En la capital, la quinta columna salió de sus escondrijos. Al mediodía, el primer ejército

nacionalista, a las órdenes del general Espinosa de los Monteros, que había estado refugiado un tiempo en la embajada francesa, antes de ser canjeado, entró en Madrid y ocupó los edificios gubernamentales. Apenas encontró resistencia: casi la única baja fue la del anciano periodista anarquista Mauro Bajatierra, que se enzarzó en un combate solitario contra los policías que fueron a detenerle en su casa. El general Matallana fue el oficial de mayor antigüedad que se entregó al enemigo, sabiendo que tenía la vida garantizada. Detrás de Espinosa, entraron los representantes de Auxilio Social y doscientos oficiales del cuerpo jurídico del ejército nacionalista, cargados de documentos referentes a los crímenes supuestamente cometidos en la República «¡Han pasado!», exclamaban las multitudes pronacionalistas que no tardaron en congregarse. Los españoles derechistas que se habían pasado la guerra encerrados en las embajadas extranjeras salieron a la luz del día por primera vez en dos años y medio, parpadeando, con los rostros pálidos como espectros. En los demás frentes, en Extremadura, Andalucía y Levante se sucedieron durante todo el día las retiradas en masa[2272].

Entretanto, Casado había llegado a Valencia. Desde esta ciudad, cablegrafió al gobierno británico, solicitando barcos para trasladar a 10 000 refugiados a Orán o Marsella, pero los ingleses no tenían ganas ni medios suficientes para enviar una ayuda de tal envergadura.

En Valencia, Alicante, Gandía, Cartagena y Almería se congregaron tal vez unos 50 000 republicanos ansiosos de expatriarse. Pero los barcos de la Mid-Atlantic Company, la línea marítima republicana instalada en Londres, se negaron a colaborar, arguyendo que no se les habían pagado los servicios prestados. La deserción de la flota republicana se volvía ahora contra millares de soldados y políticos

republicanos. Al mediodía del día siguiente, 29 de marzo, Casado, instalado en el antiguo edificio de capitanía general, recibió la visita de la quinta columna valenciana, que le exigió la entrega inmediata de los edificios oficiales. La ciudad estaba abarrotada de personas que hacían el saludo fascista. Casado lanzó una exhortación a la calma por las antenas de radio Valencia y marchó hacia Gandía para embarcarse en el buque de guerra británico *Galatea*. Y ello sólo fue posible gracias a que el Foreign Office, comprendiendo la enorme tragedia, rogó a Godden, su indeciso cónsul en Gandía, que interpretase sus instrucciones «en el sentido más prudente y generoso posible»[2273]. A lo largo de aquel día, los nacionalistas ocuparon Jaén, Ciudad Real, Cuenca, Sagunto y Albacete. El 30 de marzo, los italianos de Cambara entraron en Alicante, y Aranda entró en Valencia, que se hallaba ya bajo control falangista. Mujeres y niños salían al paso de los conquistadores y les besaban las manos, y los balcones de la clase media se adornaron con rosas, mimosas y laureles. El 31 de marzo fueron ocupadas Almería, Murcia y Cartagena. En todas estas ciudades costeras el ejército ocupante hizo prisioneros a millares de personas que habían intentado en vano salir del país. Las escenas de pánico que suscitó la entrada de los nacionalistas eran lastimosas. Hubo varios casos de suicidio. Por fin, el general Franco, que se hallaba aquejado de un resfriado en el palacio de Maguiro, en Burgos, fue informado por un ayudante de que las tropas nacionalistas habían alcanzado sus últimos objetivos a media tarde del 31 de marzo. «Muy bien —contestó sin levantar la vista de la mesa— muchas gracias»[2274]. La serenidad con que recibió la noticia de la victoria ilustraba adecuadamente el método que había empleado para conseguirla.

CONCLUSIÓN

En las guerras de clases, el bando que gana es el que más mata.

Gerald Brenan

South from Granada

La ironía de la historia aparece de forma evidente en la situación española, ya que se puede afirmar que ha sido el franquismo el que ha llevado a cabo el programa comunista: es decir, «la revolución burguesa». Indudablemente, igual que la hija enferma de un viejo sifilítico, esta revolución burguesa, nacida tardíamente, no ha recibido, a diferencia de sus hermanas extranjeras, el don de una renovación cultural y social, el aumento de las libertades democráticas o la desaparición de prejuicios ancestrales [...]. Pero, utilizando el lenguaje de los marxistas modernos, hay que decir que se han creado las bases económicas de la revolución burguesa [...] —aunque lo nieguen los marxistas españoles...

Carlos Semprún Maura

Révolution et contre révolution en Catalogne (1973)

51

Conclusión.

Las cuestiones pendientes derivadas de la guerra española no tardaron en resolverse. El 26 de marzo, España se había adherido al pacto anti-Komintern y, el 31 del mismo mes, en Burgos, Gómez Jordana y el barón *von* Stohrer firmaron un tratado de amistad entre España y Alemania valedero para cinco años. El mismo día 31, también se firmó un pacto de no agresión entre la nueva España y Portugal. Además, ya había llegado a Burgos, como embajador francés, el mariscal Pétain, que había mandado el ejército francés en Marruecos en 1925. Serrano Súñer ordenó a la gente que no saliera a la calle y que bajaran las persianas para recibirle. La acogida de su antiguo compañero de armas fue gélida, y más aún debido a la tardanza del gobierno francés en entregar los barcos de guerra republicanos, refugiados en Bizerta. De todos modos, Franco y él nunca habían sido amigos[2275]. Los premeditados insultos que recibió Pétain del régimen habrían hecho perder la calma a cualquiera: pero Pétain mantuvo la serenidad y se consoló salvando de la policía a un republicano que se refugió en el jardín de su embajada, en San Sebastián[2276]. Los objetos de arte y el dinero españoles que la República había trasladado a Francia, así como las armas, los aviones y toda clase de vehículos, no tardaron en ser devueltos a España. Los cuadros del museo del Prado fueron enviados de nuevo a Madrid desde Ginebra, tras una breve exposición.

El primero de abril, los Estados Unidos reconocieron al régimen nacionalista. Rusia era la única gran potencia que no lo había hecho. El embajador norteamericano ante la República, Bowers, al regresar a Washington, recibió el amargo consuelo de oír decir a Roosevelt que, después de todo, la política de embargo había sido una equivocación. El 20 de abril, el comité de no intervención, que no se había reunido desde julio de 1938, se disolvió solemnemente[2277]. El 19 de mayo, tuvo lugar en Madrid un desfile para conmemorar la victoria nacionalista. El 22 de mayo, la Legión Cóndor celebró su despedida con un desfile en León. Cuatro días más tarde, los oficiales y los soldados alemanes embarcaron en Vigo con destino a Hamburgo. El 31 de mayo, 20 000 italianos embarcaron en Cádiz. Tanto los alemanes como los italianos fueron festejados en sus respectivos países: el 6 de junio, Hitler pasó revista a 14 000 miembros de la Legión Cóndor en Berlín. Los italianos fueron recibidos en Nápoles por Ciano y el rey Víctor Manuel. Acompañados hasta Roma por un destacamento de españoles, allí se celebró otro desfile de la victoria, en presencia de Mussolini. Este desfile fue contemplado desde un balcón por el rey Alfonso XIII, de cuyos ojos brotaron lágrimas al ver pasar a los soldados de su patria, «lejana pero victoriosa». A finales de junio, la evacuación de fuerzas militares alemanas e italianas de España había terminado.

En cuanto a los refugiados republicanos que habían salido de puertos mediterráneos, muchos tuvieron grandes dificultades para encontrar asilo. Finalmente, después de esperar en barcos ingleses o franceses en Marsella o en puertos del norte de África en muy malas condiciones, la mayoría acabaron en suelo francés, junto con los 400 000 o más que habían huido antes de Cataluña. Muchos, quizá 50 000, entre civiles y militares, decidieron volver a la

España nacionalista. La mayoría de los dirigentes encontraron un alojamiento aceptable (Azaña en una casa que se había comprado en Saboya, Negrín en París, Largo Caballero cerca de Albi, Companys en Neuilly, Federica Montseny en París), pero el resto permanecieron en los campos de concentración del sur de Francia. En abril, las condiciones de vida allí habían mejorado. Los alimentos eran casi suficientes. Ya se habían organizado servicios higiénicos y médicos. No se habían producido epidemias en gran escala. Pero los que estaban allí encerrados seguían sin tener nada que hacer más que esperar. No les permitían marcharse, porque oficialmente estaban «internados». Su situación general seguía siendo de purgatorio.

Para entonces, los dirigentes de los exiliados estaban disputando unos con otros. El 31 de marzo, Negrín hizo una exposición, que fue refutada apasionadamente, de sus actividades desde la caída de Cataluña, en una patética reunión del comité permanente de las Cortes en París. Martínez Barrio, Araquistain y «la Pasionaria» disputaron entre ellos, y esta última proclamó que sus manos estaban limpias «de sangre y de oro»[2278]. Al mismo tiempo, el barco Vita salía de Boulogne para México, cargado de piedras preciosas y otros tesoros, procedentes en su mayor parte de las confiscaciones de bienes de simpatizantes nacionalistas que habían tenido lugar al principio de la guerra civil[2279]. Negrín confiaba aquellos tesoros al presidente mexicano Cárdenas, para financiar los gastos de la República en el exilio. Sin embargo, cuando el Vita llegó a México, Prieto, que se había quedado en América latina después de asistir a la toma de posesión del nuevo presidente chileno, estaba allí para recibirlo. Convenció a Cárdenas de que poseía derechos sobre el tesoro. Esta fue una maniobra discutible. Entonces creó un subcomité del comité permanente de las Cortes, la

JARE (Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles), para administrar los fondos en cuestión. Negrín, a pesar de todo, continuó siendo jefe del gobierno en el exilio por una ligera mayoría en el mismo comité permanente, y colocó los fondos que había reunido en el SERE (Servicio de Emigración para Republicanos Españoles), administrado por el doctor Puché, jefe del cuerpo médico del ejército y rector de la universidad de Valencia, que era amigo suyo. Este grupo se vio cada vez más comprometido a los ojos del mundo debido al apoyo que recibía del Partido Comunista. Pero entre los dos grupos, que siempre estaban discutiendo violentamente entre sí, transportaron unos 25 000 refugiados republicanos a Latinoamérica, especialmente a México y Argentina. (Quizás, en total, unos 50 000 españoles acabaron yendo a América latina). La mayor parte del resto se quedaron en el sur de Francia, para ser absorbidos finalmente por las poblaciones de aquella zona. Muchos de los que reunían condiciones físicas no tardaron en emplearse, especialmente en la construcción de fortificaciones. Otros, tal vez 100 000, volvieron a España en el curso de 1939. Con el tiempo, el gobierno francés declaró que todos los varones extranjeros podían ser llamados para servir en el ejército: el incompetente jefe de la armada republicana, almirante Buiza, por ejemplo, ingresaría en la legión extranjera[2280]. En julio, la población de los campos de concentración había disminuido, y era de 230 000 personas[2281]. Rusia acogió a unos 2000 comunistas españoles, así como a los 5000 niños españoles, aproximadamente, que había aceptado en el curso de la guerra[2282]. En Inglaterra fueron aceptados doscientos dirigentes republicanos, entre los que se contaban Casado y Menéndez[2283]. Pero, en 1940, había todavía unos 350 000 españoles en Francia, muchos de los cuales estaban a punto

de ser enviados a trabajar para los alemanes, o incluso a campos de exterminio. Aunque hay que reconocer la generosidad que mostró Francia al recibir a una cantidad tan grande de refugiados, también hay que señalar la sorprendente mezquindad que demostraron los funcionarios, la policía y los políticos franceses al tratar a la mayoría de los españoles que huyeron allí[2284].

El estudio de la vida en los campos de concentración del sur de Francia no muestra precisamente los mejores aspectos de la naturaleza humana. Las peleas entre comunistas y anarquistas ocurridas durante la guerra no se habían olvidado, y tampoco el espionaje, las traiciones y los asesinatos[2285]. Se cree que murieron unas 4700 personas en los campos, y se dice que el comunista italiano Chedini, después de dedicarse a asesinar anarquistas italianos en España, hizo amables sugerencias a las autoridades francesas para la redacción de una lista de «indeseables»[2286]. Los comunistas volvieron a hacerse con el control, y algunos alemanes prefirieron volver a Alemania antes que seguir donde estaban, siendo traicionados, al parecer, por un agente doble llamado Stephen Maas, mientras que algunos comunistas italianos escogieron el riesgo de regresar a España antes que permanecer en Francia[2287].

En España, como es natural, los vencedores estaban exultantes. En Madrid, por ejemplo, la población de clase media y el ejército conquistador inundaban las calles por las noches, y llenaban los restaurantes y los bares, comiendo y bebiendo a placer, mientras los oficiales del cuerpo jurídico del ejército llevaban a cabo pacientemente su labor, consistente en detener, investigar y escuchar a los informadores. (En Madrid, a diferencia de lo que ocurrió en Barcelona, hubo pocas matanzas no autorizadas). Por fin, en Madrid, los sacerdotes podían volver a llevar sus bonetes, los

guardias civiles sus tricornios, y los carlistas sus boinas rojas. Las calles cambiaron de nombre rápidamente; la calle Alfonso XII volvió a llamarse así, después de haber sido, durante la República, la calle Alcalá Zamora, y luego la calle Reforma Agraria. La calle Derechos del Niño había sido nada menos que la calle de las Milicias de Retaguardia de las Juventudes Socialistas Unificadas. Pero quizá resultó un tanto sorprendente que, en Barcelona, la avenida Mariscal Joffre se convirtiera en la avenida Borbón. Los kioscos y las librerías se llenaron de historias de atrocidades, y se prohibió la venta de libros liberales o «marxistas». En las ciudades grandes se realizaron quemas simbólicas de libros marxistas. Una oleada de propaganda triunfalista anegó el país, dejando a los vencidos que quedaban con vida casi sin el recurso de sus propios pensamientos, y desde luego sin trabajo. El tono general era el dictado por una emisión de radio Nacional del 2 de abril: «¡Españoles, alerta! La paz no es un reposo cómodo y cobarde frente a la Historia [...]. España sigue en pie de guerra»[2288]. Esta afirmación era exacta. Porque, como era de esperar, la represión fue terrible. Puesto que las cárceles ya estaban atiborradas y resultaban insuficientes, se instalaron grandes campos en los que se acumularon políticos, soldados y funcionarios republicanos, que a menudo eran objeto de un trato brutal y, en algunos casos, podían pasar allí años enteros. Muchos eran condenados a muerte por consejos de guerra y, aunque a menudo se conmutaba la pena, generalmente era para cambiarla por treinta años de cárcel, si bien es cierto que a menudo la pena acababa reduciéndose a diez años o menos, aunque algunos podían pasar meses con una sentencia de muerte pendiente sobre sus cabezas.

El nuevo secretario general de la UGT, Rodríguez Vega, que consiguió huir de España a finales de 1939, calculaba

que, en 1942, habían pasado unos dos millones de personas por las cárceles y los campos de concentración españoles, muchos de los cuales pasarían años condenados a trabajos forzados, algunos de ellos contribuyendo a la construcción del monstruoso mausoleo del Valle de los Caídos, una edificación muy fea que pretende ser la rival de El Escorial en el Guadarrama y la última morada de los muertos de la guerra civil. La mayoría de los prisioneros se veían obligados a hacer el saludo fascista cada día.

Muchos de estos hombres fueron fusilados. Investigaron los delitos cometidos en la España republicana, y los supuestos responsables de los «excesos revolucionarios» de 1936 fueron perseguidos, con la ayuda de los supervivientes de las cárceles republicanas, que estaban deseando colaborar en las tareas de identificación. El verano de 1939 fue una fiesta para los delatores, para los vengativos y para los sedientos de sangre[2289]. La crueldad de los conquistadores contaba con el apoyo de una clase media que era consciente de que había estado a punto de extinguirse. La falta de magnanimidad que caracterizó el final de la guerra fue todavía más completa porque el deterioro de la situación internacional silenciaba la voz, de por sí débil, de la opinión liberal mundial. La propaganda había aumentado el terror de la guerra; desde luego, los revolucionarios habían hecho muchas cosas abominables; los que habían salido vivos de una cárcel republicana o de una embajada no estaban dispuestos a perdonar; y tenían un buen portavoz en el ministro de la Gobernación, Serrano Súñer, porque, como hemos visto, las experiencias de éste eran adecuadas para cerrar los ojos a la piedad.

Además de los fusilados por crímenes revolucionarios (se consideraba que la quema de una iglesia merecía una sentencia de muerte tanto como el asesinato de un

banquero), fueron ejecutados numerosos oficiales, funcionarios republicanos y otras personas responsables. Existen diferentes cálculos del número de muertos al final de la guerra (y los fusilamientos continuaron en la década de los años cuarenta); a veces, esta cifra se suma a la de los muertos en la zona nacionalista durante la guerra, y a veces también incluye a aquellas personas como Besteiro o el poeta Miguel Hernández, que murieron en la cárcel por abandono[2290]. (Besteiro, que se quedó en Madrid para recibir a los vencedores, se dio cuenta de cómo se había equivocado al juzgar a la España de Franco cuando sus esfuerzos por conseguir una mediación le acarrearon una sentencia de treinta años). Ciano, que fue a España en julio de 1939, informó de que «hay juicios cada día, y van a una velocidad que yo casi calificaría de sumaria [...]. Sigue habiendo muchos fusilamientos. Solamente en Madrid, entre 200 y 250 diarios, en Barcelona 150, en Sevilla 80»[2291]. (Sevilla había estado en la España nacionalista durante casi toda la guerra: ¿cómo podía haber todavía tanta gente para que los fusilamientos continuaran a este ritmo?). Desde luego, Ciano veía las cosas desde fuera, y su opinión no podía basarse en la observación personal. Sin embargo, las cifras que da tienen algo de verdad: por ejemplo, el gobernador civil de Albacete, Martínez Amutio, me explicó que, de los 36 que fueron juzgados con él en Almansa (Albacete) en diciembre de 1939, 32 fueron fusilados[2292]. Un testigo habla de 2000 fusilados en Ocaña (Toledo), una cárcel importante en el centro de España[2293]. Parece ser que en Barcelona, en mayo, se producían trescientas ejecuciones cada semana[2294]. Los nacionalistas vascos afirmaron que, en la represión posterior a la guerra, murieron 21 780 vascos[2295]. ¿Es posible que la cifra global se aproxime a la muchas veces citada de 193 000, recogida en 1944 por Charles Foltz, un periodista americano,

de labios de un funcionario no identificado del ministerio de Justicia[2296]? No es probable; quizás esta cifra se refiere al número de sentencias de muerte pronunciadas, sin tener en cuenta las que fueron conmutadas. ¿Tal vez la cifra incluía a todos los fusilados en la España nacionalista, durante la guerra y después de la misma? La historia del siglo XX, a pesar de la energía que se consume en la obtención de estadísticas y del ansia de exactitud reinante, desgraciadamente está llena de estadísticas oscuras y vagas como éstas, e indudablemente sería más prudente considerar la cuestión no resuelta, de cara al desprecio del presente más que, de momento, al juicio de la historia. La historia de España a partir de 1939 no es cuestión de historiadores, aunque resulte incomprensible que la política contemporánea de un Estado europeo occidental deje sin resolver un asunto histórico de este tipo. Lo que sí es seguro es que, en los meses posteriores a la guerra, murieron decenas de millares de españoles.

Entre las personas cuya muerte no ofrece lugar a duda se cuentan los generales Aranguren y Escobar, jefes de la guardia civil en Barcelona al principio de la guerra; el general Martínez Cabrera; el coronel Burillo, comunista, director general de Seguridad; el coronel Antonio Ortega, y su tocayo, el comisario comunista Daniel Ortega; el dirigente de las juventudes socialistas José Cazorla; el presidente de Cataluña, Luis Companys; el ministro de la Gobernación, Julián Zugazagoitia; el ministro anarquista de Comercio, Juan Peiró; el secretario de Prieto, Cruz Salido; los cuatro últimos fueron fusilados tras haber sido detenidos por la Gestapo en la Francia ocupada y entregados, después de 1940. La mayoría de los implicados en el golpe del coronel Casado, incluidos los anarquistas, sobrevivieron, así como algunos —entre otros, Cipriano Mera— que no fueron

detenidos hasta más adelante. Entretanto, el cofundador del POUM, Joaquín Maurín, continuaba en la cárcel[2297]. Sin embargo, Comorera, el dirigente comunista de Barcelona, se arriesgó demasiado al volver a España por su propia voluntad en 1956. Tras ser detenido y juzgado, murió en la cárcel unos años más tarde. Pero la mayoría de los dirigentes de la República huyeron para vivir en un exilio a menudo desagradable, sumidos en la pobreza y la tristeza, mientras que quienes sufrieron las peores consecuencias de esta brutal persecución fueron los de abajo: el alcalde del pueblo pequeño y no el de la gran ciudad, el secretario de la pequeña colectividad más que el comandante en jefe.

La responsabilidad de la represión, en el fondo, recae sobre los partidarios de los nacionalistas cuyo odio y cuya furia sólo podían ser contenidos por aquellas sentencias de muerte impuestas por consejos de guerra sumarísimos. Además, el director de Prisiones, Máximo Cuervo Radigales, del cuerpo jurídico militar, y el coronel Martínez Fuset, jefe de este cuerpo, probablemente avivaron las llamas. Los ministros de Gobernación, Justicia y Guerra podrían haber intentado limitar esta crueldad, pero no lo hicieron. El responsable último, desde luego, es Franco, que confirmó más sentencias de muerte que ningún otro estadista en la historia de España, aunque podría haber ejercido una influencia decisiva para crear un clima de magnanimidad. La represión se agudizó debido al reclutamiento deliberado de las fuerzas de policía y seguridad entre hombres que habían estado en cárceles republicanas, o que habían padecido de otra manera[2298].

La guerra civil española superó en ferocidad a muchas guerras entre países. El número de muertos por todas las causas, teniendo en cuenta los muertos por desnutrición en la República, y los fusilados después de la guerra, debió de

ser de unos 500 000[2299]. Igual que en muchas guerras, el número de muertos en acción o después, a consecuencia de sus heridas, constituyó una parte relativamente modesta del total de muertos: probablemente no mucho más de 200 000 (digamos que 90 000 en el bando nacionalista y 110 000 en el republicano, o sea, el 10% del total de combatientes)[2300]. Las víctimas de los asesinatos o las ejecuciones en la retaguardia suman quizás otros 130 000 (75 000 nacionalistas y 55 000 revolucionarios o republicanos, incluidas las ejecuciones en campos de prisioneros, en el frente o en cumplimiento de sentencias de los tribunales después de 1936)[2301]. Parece razonable atribuir 10 000 muertes a los bombardeos aéreos, y quizá 25 000 a la desnutrición y otras enfermedades achacables a la guerra, así como 100 000 muertes a las ejecuciones u otras causas después de la guerra (en la cárcel o fuera de ella)[2302]. Si suponemos que se produjo una emigración permanente de 300 000 personas (es decir, personas que se marcharon para no volver), puede decirse que España perdió unas 800 000 personas en la guerra civil, entre las que se contaba la flor y nata de la nueva generación.

El coste de la guerra, incluidos gastos internos y externos, fue calculado más tarde por los nacionalistas en 30 000 millones de pesetas[2303]. El principal coste real fue la disminución de la capacidad laboral, debida por una parte a las muertes y las incapacidades permanentes causadas por la guerra, y por otra, al exilio permanente de tantas personas al final de la contienda. Desde luego, es muy difícil calibrar la pérdida que supuso, en pesetas, el exilio de, por ejemplo, el poeta Juan Ramón Jiménez o la muerte de Lorca. A pesar de todo, los daños causados durante la guerra en bienes inmuebles se calcularon en 4250 millones de pesetas. Ciento cincuenta iglesias fueron completamente destruidas, y 4850

dañadas, de las cuales 1850 quedaron destruidas en más de un 50%. Ciento sesenta y tres núcleos urbanos quedaron tan perjudicados que el generalísimo los «adoptó»; es decir, su gobierno se hizo cargo de los gastos de restauración. Doscientas cincuenta mil casas quedaron inhabitables. Otras 250 000 resultaron parcialmente dañadas[2304]. Estos daños materiales fueron mucho menores que los producidos en Francia en la gran guerra de 1914-1918. En cuanto a las consecuencias prácticas, los vencedores se negaron a reconocer las emisiones de moneda realizadas por el gobierno republicano después del 18 de julio de 1936: los billetes de banco emitidos anteriormente, sin embargo, podían cambiarse por pesetas nuevas a la par. Los depósitos en efectivo en bancos hechos antes del 18 de julio de 1936 también se restituyeron plenamente en pesetas nuevas. Las cuentas bancadas utilizadas en la República después del 18 de julio de 1936 quedaron sujetas a investigación: de 9000 millones de pesetas existentes en cuentas bancarias en la zona republicana al final de la guerra, sólo 3000 millones sobrevivieron a la investigación[2305].

En cuanto a la parte productiva de la economía, las fábricas de Bilbao y Barcelona salieron de la guerra casi intactas. El sistema de regadíos de la huerta valenciana no sufrió ningún daño. Aunque España perdió una tercera parte de su ganadería[2306] y mucha maquinaria agrícola, la tierra de labor y los edificios de las granjas sufrieron menos de lo que se podría haber esperado. Sin embargo, la tierra sembrada en 1939 registró un gran descenso comparada con la de 1935[2307]. La guerra fue muy dura para los ferrocarriles: quedaron destruidas 1309 locomotoras (el 42% de las existentes en 1936), 30 000 vagones de mercancías (el 40% de los existentes en 1936), y 3700 vagones de pasajeros (el 70% de los de 1936). Los camiones eran escasos, pero las

carreteras se encontraban en buen estado. Se había perdido un tercio de la marina mercante (70 barcos, que sumaban un total de 220 000 toneladas). Las reservas de materias primas y de alimentos eran bajas. El comienzo de la segunda guerra mundial, en septiembre de 1939, seis meses después del final de la guerra española, impidió que España se recuperara de estas pérdidas recurriendo al extranjero. La situación empeoró debido a un larga serie de sequías. De manera que los años de privación que siguieron a la guerra (especialmente 1941-1942) fueron llamados «los años del hambre».

La producción agrícola de 1939 había bajado en un 21%, la producción industrial en un 31%, la renta nacional en un 26%, y la renta per cápita en un 28%.[2308]

Las colecciones arqueológicas y artísticas de Cataluña salieron de la guerra casi sin un rasguño, gracias al celo del gobierno catalán. Tampoco en el centro y el sur de España hubo pérdidas artísticas importantes. Sin embargo, desaparecieron muchas joyas privadas y eclesiásticas de valor incalculable. En 1939, el gobierno republicano sacó de España unos cuantos tesoros importantes, y los entregó a la Sociedad de Naciones junto con los cuadros del museo del Prado, pero todos fueron devueltos. De las obras de arte destruidas, la iglesia gótica de Santa María del Mar, en Barcelona, la plaza de Zocodover, en Toledo, y el palacio del Infantado, en Guadalajara, fueron las pérdidas más importantes desde el punto de vista artístico.

El final de la guerra civil cerró una época de la historia española. Casi todos los actores principales del turbulento medio siglo anterior estaban muertos o en el exilio. Muchas instituciones y muchos ideales habían sido barridos. Los políticos «liberales» y católicos de la República habían sido

marginados, sin ceremonia alguna, ya antes de empezar la guerra. Ahora también habían sido aplastados los grandes partidos de la clase obrera española, con todos sus sueños impetuosos, generosos y violentos, y con sus experimentos, a menudo muy inspirados, como el de las colectivizaciones agrarias y de industria. Los dirigentes vascos y catalanes se veían apartados por el exilio, no sólo de Castilla, sino de sus muy amadas regiones. Y también entre los vencedores había muchas muertes que recordar. ¿Quién podía olvidar los trece obispos asesinados, al frente de un ejército de seis mil eclesiásticos muertos? El exuberante Sanjurjo, el conspirador Mola, el brillante Calvo Sotelo, José Antonio Primo de Rivera, con todo su encanto, Onésimo Redondo, el fascista de Valladolid, Ledesma, con su peinado hitleriano, el excéntrico Maeztu, el filósofo carlista Pradera: todos habían muerto, y habían muerto violentamente. Ninguno de los partidos vencidos en la guerra civil había sufrido un número de víctimas tan grande entre sus dirigentes como la Falange[2309], a menos que consideremos a los poetas, entre los cuales la matanza también había sido terrible, como un partido: porque Unamuno, el humanista temeroso de Dios, había muerto de pena en Salamanca; García Lorca yace en una fosa desconocida cerca de Granada; Machado murió en el exilio, en una pensión de Collioure; y Miguel Hernández no tardaría en morir en la cárcel de Alicante. Y tras la muerte de todos estos hombres célebres, se alzaba la masa espectral de los millares de combatientes, conocidos y desconocidos, que habían muerto, muchos de ellos entregando sus vidas por causas que, en ambos bandos, habían llegado a creer nobles; mientras que muchos otros habían muerto sin idealismo, luchando por causas en las que no tenían fe ni esperanza.

En 1939, las causas mismas también habían muerto. Las

tres grandes querellas que habían llevado a la guerra —las regionales, las planteadas por la Iglesia y la lucha de clases— se habían diluido para convertirse de una lucha apasionada entre extremos irreconciliables, en una batalla oportunista para conseguir la victoria o la supervivencia, a toda costa. El liberalismo y la masonería habían sido exorcizados, pero la Iglesia había sido herida por la Falange. Sin embargo, las aspiraciones sociales de la Falange se habían desvanecido casi tan totalmente como el comunismo, el anarquismo y el socialismo. La derrota del separatismo vasco y catalán no significó que los monárquicos o los carlistas pudieran imponer sus puntos de vista. Sobre el montón de despojos de todos estos ideales, entre el polvo del recuerdo de tanta retórica, se alzaba triunfante un hombre más frío, desapasionado, insulso y gris, igual que Octavio sobrevivió a las guerras civiles de Roma. César y Pompeyo, Bruto y Antonio, Catón y Cicerón, con todo su genio, carecieron todos del pequeño talento que se requiere para poder sobrevivir: Franco era el Octavio de España.

Los logros de Franco durante la guerra civil fueron considerables. Como jefe supremo de las fuerzas nacionalistas, su tarea era estratégica o política, nunca táctica —aunque a menudo estaba en el frente—. No tuvo oportunidad de manifestarse (o de arriesgar su reputación) como comandante en el campo de batalla. Su trabajo consistía en decidir en qué región había que desencadenar una nueva ofensiva, en asegurarse de que no empezara ninguna ofensiva sin que todo estuviera preparado, en detener los contraataques cuando éstos se producían (como en Brunete), y en garantizar, gracias a la ayuda de militares tan eficientes y poco espectaculares como Dávila, Orgaz y Barroso, que llegara el material adecuado al frente indicado en el momento oportuno. Tuvo buen cuidado en dar los

puestos supremos de mando a hombres como Saliquet, que, puesto que eran anticuados y, en realidad, viejos, no podían ser rivales para él. Los oficiales alemanes que trabajaban con Franco, como Von Thoma, lo encontraban convencional. Pero con su cautela, paciencia y puritanismo, se parecía al futuro vencedor de Von Thoma en El Alamein, Montgomery.

En su calidad de jefe supremo, Franco no dio muestras de la temeridad que le había hecho famoso en Marruecos, cuando era joven. A diferencia de Von Thoma, a Franco no le interesaban las innovaciones militares *per se*. Quizá su mayor éxito militar fue político. Para el general Franco, los dirigentes políticos no eran más que comandantes de división, mientras que los asuntos militares también tenían su importancia política o psicológica; de ahí su decisión de liberar Toledo y Brunete, y su negativa a aceptar los hechos consumados en Teruel y en el Ebro. Se convirtió en el jefe político del país más políticamente apasionado del mundo, gracias a su desprecio por las pasiones políticas. No era orador, y esto podía considerarse incluso algo positivo en un país que había sufrido un empacho de retórica. Alcalá Zamora, Azaña, Prieto, Calvo Sotelo, Gil Robles, Melquíades Álvarez y «la Pasionaria» eran oradores admirables, con verdadera sensibilidad para cargar las palabras de vibraciones: Franco inició en España una época de estadísticas, en la que el lenguaje se utilizaría para disimular el pensamiento, más que para comunicarlo. «¡Abajo los intelectuales!», el grito de Millán Astray, el mentor de Franco en aquel cuerpo tan amoral como eficaz, la legión extranjera, era un lema muy adecuado en un país donde la antigua vida política, inspirada por hombres de letras de cultura francesa, con sus interminables tertulias en los cafés de Madrid y su culto a la elocuencia, había fracasado tan

trágicamente.

La alianza política que consiguió entre sus seguidores fue la principal razón de su victoria. Sin duda, para dar una base teórica a esta alianza, recibió gran ayuda de Serrano Súñer, cuyas simpatías prebélicas por un sistema radical de derechas, aunque no fuera el fascismo, se habían agudizado tras sus siniestras experiencias en la cárcel Modelo. (Haber visto a la humanidad aquella noche de verano de agosto de 1936, en Madrid, era algo que daba mucho que pensar, y Azaña ya se había dado cuenta de ello). La unidad del movimiento fue la principal fuente de propaganda que hizo posible movilizar a un millón de hombres en la «cruzada». Pero fueron la calma de Franco, y su tranquila superioridad profesional las que primero le proporcionaron la jefatura de los nacionalistas, mucho antes de que Serrano Súñer escapara de una cárcel republicana, y luego le permitieron mantenerse. En el bando nacionalista había casi tantas posibilidades de fisura como entre los republicanos. El retraso en la obtención de la victoria, y las incesantes desilusiones dieron muchas oportunidades para que se derrumbara la alianza nacionalista. Indudablemente, el acuerdo entre la Falange, la Iglesia, los monárquicos, los carlistas y el ejército se veía facilitado por una cierta desesperación de clase, por una mayor apreciación de las desastrosas consecuencias de la derrota que la que existía en el bando republicano, y quizá por un mayor cinismo que hacía que estos grupos tan dispares, igual que el propio Franco, creyeran que no había finalidades políticas tan importantes como para poner en peligro la victoria por conseguirlas. Pero fue Franco quien convirtió esta desesperación, estos temores y este cinismo en motores de guerra. Y al lado de estas emociones negativas había mucho entusiasmo positivo por parte de unas derechas que, en la

guerra, estaban dirigidas por extremistas, encantados de pensar que por fin se había acabado la vieja política del debate público y el jarabe de pico del liberalismo francés. Esta extrema derecha, más monárquica que falangista, contaba con más apoyo y era más resuelta de lo que suponían sus enemigos, tanto los del extranjero como los de la República. Además, Franco y su ministro de Asuntos Exteriores, el conde de Gómez Jordana, demostraron ser unos diplomáticos muy hábiles al conseguir la suficiente ayuda alemana e italiana sin entregar a los dictadores de aquellos países más que unos derechos, desde luego muy considerables, sobre las minas españolas.

Así como la unidad política contribuyó tanto a la victoria nacionalista, la desunión entre los republicanos constituyó una causa primordial de su derrota. Esto es lo que convierte a la antropología política de la España republicana, particularmente en sus primeras etapas, en un objeto de estudio especialmente fascinante. En nada estuvieron tan desacordes las voces republicanas como en la atribución de las responsabilidades de la derrota. Algunos acusaron a los comunistas de haber sofocado la «revolución» con su ambición de poder. Otros arguyeron que, aunque muchos comunistas españoles deseaban la victoria tan apasionadamente como decían, Stalin temía las consecuencias de una victoria republicana, y, a partir de un momento determinado, hizo lo que pudo para asegurar su derrota. Hace muchos años, Madariaga afirmaba que las divisiones en el seno del Partido Socialista hicieron inevitable la guerra civil; y los errores políticos de Largo Caballero, un buen organizador sindical sin visión, se encontraban en el fondo de los problemas de la República en los meses anteriores al conflicto. En realidad, el Partido Socialista español era un microcosmos de la propia España:

la juventud urbana revolucionaria, los jóvenes militantes campesinos de la FNTT, los socialdemócratas de Prieto, la insegura dirección de Largo Caballero, el profesionalismo tecnocrático de Negrín, el marxismo teóricamente «puro» pero, en la práctica, tan razonable de Besteiro: todos tenían una idea de lo que podía ser España. Y los choques entre ellos destruyeron lo que España ya había logrado, en particular lo que se había logrado para liberar a los españoles. En ningún lugar del mundo la idea de la lucha de clases ha sido más destructora para la misma clase a la que se intentaba ayudar con la creación de ese concepto que en España. Los anarquistas creían que la guerra se habría ganado si se hubiera llevado a cabo plenamente la revolución proletaria en los primeros días de la contienda. Pero, en las zonas donde la revolución se antepuso a la preparación militar, como Andalucía occidental y Extremadura, el ejército de África cortó las líneas enemigas como un cuchillo corta la mantequilla.

La lucha entre anarquistas y comunistas empezó pronto; a lo largo de la primavera de 1937, los comunistas se dedicaron a matar anarquistas y miembros del POUM. Esta estrofa tan poco edificante en la epopeya de la revolución española culminó en las jornadas de mayo. Luego vino la represión comunista del Consejo de Aragón. Finalmente, como detalle curioso, la guerra terminó, igual que había empezado, con el levantamiento de un militar profesional contra el gobierno para evitar el comunismo. Así pues, las disputas entre sus defensores eran un gran obstáculo para la República. Incluso cuando los comunistas, gracias a su superioridad lógica y a su mayor habilidad, consiguieron una posición destacada, el silencioso recelo que inspiraban minaba la moral. El «siglo de oro» de España estuvo dominado por el odio entre los cristianos viejos y los judíos

conversos. Del mismo modo, el renacimiento intelectual de la clase obrera española en el siglo XX estuvo dominado por la tensión entre marxistas y bakuninistas, que querían dar al comunismo y al anarquismo un matiz personal. (Los «liberales» apoyaban ora a unos, ora a otros). ¿Estaban todos los partidos tan convencidos de su propia política que les parecía preferible la derrota antes que ceder en la pureza de sus ideas particulares? Sería más exacto decir simplemente que nadie fue capaz de forjar una unidad real con las tribus guerreras republicanas así como Franco había podido forjarla entre las nacionalistas. Los políticos hablaban de los reinos de taifas de la Edad Media para describir las divisiones políticas y territoriales de la República: el último queso del general Llano de la Encomienda en la «frontera» entre Asturias y Santander era un símbolo de la desunión. Negrín hizo cuanto pudo. Pero su política le obligó a utilizar al Partido Comunista. La política de no intervención de las democracias occidentales forzó a Negrín a apoyarse peligrosamente en Rusia. Habría sido inconcebible no haber utilizado las cualidades que tenían los comunistas para la lucha. Pero algunos aspectos del comportamiento comunista, en particular su falta de humanidad y de sinceridad, envenenaron la savia de la causa republicana.

Bien es verdad que un verdadero Estado revolucionario, como la Rusia de 1919, más que una sociedad anarquista revolucionaria, podría haber llevado la guerra con mayor eficacia. Pero para ello habría sido necesario que conquistara el poder un partido comunista más fuerte y todavía más implacable que el que existía entonces en España; y eso todavía habría gustado menos a los anarquistas. Además, dadas las circunstancias de Europa en aquellos momentos, y no digamos las de España, las posibilidades de que a una

República revolucionaria se le hubiera permitido disfrutar de su triunfo pacíficamente son muy problemáticas.

¡Qué fácil es sentir simpatía hacia los dirigentes anarquistas sumidos en sus dilemas en plena guerra! El anarquismo podía aportar una contribución creativa y original a la sociedad española. Sin duda, una verdadera revolución anarquista era imposible mientras no fuera partidario de ella un porcentaje mucho más elevado de la población. Pero quizá podría haber existido una revolución no tan total dentro de una sociedad mixta. Los anarquistas, sencillamente, mataron a demasiada gente al principio de la guerra civil. El moderado Juan Peiró escribía, en octubre de 1938, que «al día siguiente de la victoria militar» sobre el fascismo, volvería a empezar la lucha libertaria contra el marxismo y la clase media. A pesar de todo, «confiaba en evitar una guerra civil entre las izquierdas»; un comentario no muy tranquilizador, después de dos años de conflicto[2310]. En cierto modo, además, los anarquistas, a quienes se podía acusar de todo menos de falta de honradez, se crearon ellos mismos enemigos. Personas que nunca habían leído ni una sola línea de Marx se unieron a los comunistas buscando seguridad contra las bandas anarquistas de julio de 1936, en las que los idealistas actuaban codo a codo con delincuentes comunes. Los miembros burgueses del Partido Comunista español defendían su propiedad a través del partido; y no eran insignificantes. Vistas las cosas desde la perspectiva de los años setenta, y del estado industrial moderno de los grandes trusts, o de las empresas estatales de la Rusia moderna, no parece que la pequeña burguesía de la vieja España, con sus numerosas pequeñas empresas, fuera el peor enemigo de la clase obrera española.

Trágicamente, el único sector de la política republicana donde Negrín, con el apoyo de Azaña, fue capaz de

introducir cierta unidad —la relación entre la autoridad central con la autónoma en Cataluña— provocó desilusión. Además, fue un error no conservar, o reanudar, la vida constitucional. Una vez restablecido el orden, el jefe de gobierno sería sometido regularmente a rigurosos interrogatorios en las Cortes. La falta de una vida democrática vigorosa se reflejó en la eficacia y en el buen nombre de la República. La oposición debería haber podido cuestionar a los sucesivos ministros sobre su forma de llevar la guerra, aunque hubiera sido difícil celebrar elecciones.

Franco tuvo suerte: si, en 1938, la crisis checa hubiera llevado a una guerra mundial, en vez de llevar a Munich, tal vez el ejército francés habría intervenido para salvar a la República. Si no se hubiera planteado el golpe de estado del coronel Casado, la guerra podría haberse prolongado hasta el verano de 1939. Inglaterra y Francia no se convirtieron en garantes de la independencia de Polonia hasta finales de marzo, y no empezaron a buscar la alianza con Rusia hasta mayo. He aquí lo cerca que estuvo Negrín de alcanzar su objetivo, es decir, de sacar la conclusión lógica del hecho de la intervención extranjera en el conflicto, y sumir la guerra civil española en la guerra europea.

Franco se opuso a la idea de una mediación obstinadamente. Es casi seguro que la mayoría de los españoles, si hubieran sido consultados en cualquier momento a partir de agosto de 1936, habrían aceptado una paz de compromiso. Azaña y Negrín empezaron a perseguir esta quimera a partir de mediados de 1937. Evidentemente, un compromiso habría salvado millares de vidas, así como fábricas, ganado y producción agrícola. Salvar vidas en cuanto tales nunca fue una preocupación importante para Franco, que aprovechó su victoria para continuar con su odiosa política de «limpieza»: se trataba de limpiar a España

de las doctrinas que él consideraba malas. Franco y Serrano Súñer pensaban que su alianza con Alemania e Italia les ponía en contacto con la onda del futuro, que entonces parecía que iba a triunfar en Europa. La «limpieza» no dio resultado: hace mucho tiempo que han vuelto a España las ideas «francesas», así como el *ragoût*, los marxistas, los anarquistas, e incluso los demócratas. Una paz con mediación, pues, no sólo habría sido humana: habría reconocido las posibilidades que se abrían, a la larga, para España en el siglo XX, de una forma que no podía reconocer el intento de monarquía absoluta de Franco, ni en la guerra, ni en la paz por agotamiento que vino a continuación. Si los nacionalistas no hubieran manifestado con toda evidencia su deseo de ejecutar a mucha gente después de su victoria, la guerra podría haber terminado un año antes[2311]. Pero no querían ningún compromiso con la «anti-España», igual que no lo habían querido con Abd-el-Krim; y en la «cruzada de liberación» se luchó, en realidad, como si se tratara de una gran guerra colonial dirigida por hombres como Sanjurjo, Mola, Kindelán, Varela, Yagüe y el propio Franco, cuya imaginación política se había formado bajo el sol de Marruecos. Lo trágico, o lo irónico, del caso era que se trataba de una guerra imperial que se libraba en su propio país. La «lengua del imperio» en las montañas de Aragón tenía un sonido extraño.

Los Pirineos convierten a España y Portugal en una isla, más que en una península. En una guerra española, el dominio del mar tiene mucha importancia. Al principio, la República tenía la mayor parte de la flota. Los nacionalistas llevaron sus dos nuevos cruceros, el *Canarias* y el *Baleares*, a Gibraltar, en septiembre de 1936, y aquel mismo verano consiguieron dominar también la costa cantábrica, aunque perdieron su único acorazado, el *España*, a la altura de

Santander, en abril de 1937. El único acorazado de la República, el *Jaime I*, estalló en junio de 1937. Aunque la República continuó teniendo tres cruceros y catorce destructores, hasta el final de la guerra, los nacionalistas mantuvieron su superioridad, con cuatro destructores que habían sido italianos y dos nuevos destructores españoles. Cuando fue hundido el *Baleares* en marzo de 1938, su pérdida se vio casi compensada por el *Navarra*, es decir, el antiguo *República*. En total, los nacionalistas hundieron 48 barcos mercantes republicanos (mientras que la República capturó 22) y 44 extranjeros (unas 240 000 toneladas), y capturaron 202 barcos mercantes republicanos y 23 extranjeros (330 000 toneladas, junto con 150 000 toneladas de cargamento confiscado)[2312]. Respecto a todos los barcos pequeños, los nacionalistas siempre llevaron ventaja, excepto en los submarinos. Los nacionalistas fueron capaces, con la ayuda de sus aliados, de imponer un bloqueo efectivo. La historia de la flota republicana es poco gloriosa, mientras que la de la flota nacionalista es digna de mención. Los republicanos andaban tan escasos de oficiales que nunca se aprovecharon de su superior número de barcos. Además, en el último año sufrieron las consecuencias de la escasez de combustible en el mar (aunque no en la aviación).

La República también empezó la guerra con ventaja en el aire. En los dos o tres primeros meses, prescindiendo de números, los Junker, Fiat y Savoia de Alemania e Italia, en la práctica, fueron superiores a los aparatos que envió Francia a la República. Los grandes envíos de aviones rusos, particularmente «Moscas» y «Chatos», dieron a la República la superioridad aérea en el invierno de 1936, pero en 1937, los Messerschmitt, los nuevos Heinkel y los nuevos Savoia volvieron a desequilibrar la balanza. Además, tanto los rusos como sus discípulos españoles utilizaron los

aviones rusos en forma conservadora, a menudo tímidamente, y perdieron muchos. En el norte, y durante la mayor parte de 1938, los nacionalistas tuvieron una superioridad aérea abrumadora, pero, durante las primeras fases de la batalla del Ebro, los nuevos «Supermoscas» y «Superchatos» rusos produjeron su impacto. Los rebeldes utilizaron unos 1300 aviones durante la guerra, y las izquierdas probablemente unos 1500[2313]. Estas cifras eran sustanciales: las fuerzas aéreas alemanas en 1937, por ejemplo, disponían sólo de unos 2000 aviones, mientras que los ingleses y los franceses tenían unos 1500 y 3000 respectivamente[2314].

La historia de la guerra española de revolución es en parte la historia del abuso de la tecnología: el Buick en el que García Lorca hizo su último viaje en Viznar, los coches que «llevaban a la gente a dar un paseo» —triste eufemismo sacado de las películas— en la zona republicana, el teléfono con el que Moscardó habló con su hijo, y el edificio de la Telefónica que decidió ocupar la policía comunista en Barcelona eran los utillajes modernos en una sociedad semiindustrializada en la que, en último término, el poder caía en manos de quienes sabían utilizar mejor aquellos mecanismos. El éxito alcanzado por Queipo de Llano utilizando el micrófono, con su lenguaje gráfico, era un símbolo de cómo triunfaba la vieja España, con nuevas armas.

Si lo consideramos globalmente, el ejército de Franco estaba mejor organizado que el de sus enemigos. La unidad política le daba unidad de mando. Las fuerzas nacionalistas eran más disciplinadas que sus antagonistas, y su disposición logística era excelente, como se deduce de la facilidad con que se trasladaban las tropas de reserva de un frente a otro. Aquí jugó un papel importante el

entrenamiento técnico alemán, particularmente en cuestión de señales. Pero puede considerarse igualmente importante la existencia de todos aquellos jóvenes de la clase media que se convirtieron en alféreces provisionales, cuya educación los hacía más eficaces que los jóvenes oficiales republicanos. El esfuerzo realizado por la República para reunir un ejército fue considerable. Pero no utilizaron a los oficiales regulares de que disponían hasta el máximo de sus posibilidades. Las milicias del ejército popular eran eficaces y heroicas en la defensa, pero a menudo no demostraban mucha imaginación en el ataque. El fracaso de las milicias en el frente de Aragón ante una línea nacionalista poco nutrida hace absurdas las quejas de los anarquistas a propósito del ejército regular. Por otra parte, el ejército popular acabó siendo tan convencional y burocrático como temían los anarquistas[2315]. Al final, el general Matallana probablemente tenía razón cuando dijo a Negrín en 1939 que aunque el ejército «había aprendido algo acerca de las tácticas defensivas, era incapaz de retirarse o de contraatacar»[2316]. Las deficiencias de Franco no se situaban en el terreno de la organización, sino que eran errores de juicio; una y otra vez, en Brunete, en Teruel y en el Ebro, insistió en luchar por los escasos kilómetros que había perdido en vez de pensar en reducir el número de bajas o intentar atacar al enemigo por los flancos. Estos contraataques frontales suponían una pérdida excesiva de vidas, como siempre ocurre en cualquier guerra. Su máximo error estratégico, probablemente, fue no haber avanzado sobre Barcelona en abril de 1938. ¿Es posible que, como han sugerido sus enemigos (particularmente los monárquicos), prolongara la guerra deliberadamente, para asegurar su futuro político? No es probable; igual que en el caso de Toledo en 1936, Franco no podía saber si una decisión tan arriesgada le beneficiaría a la larga. En abril de 1938, la

situación internacional podría haber hecho que las cosas se volvieran contra él. Si hubiera estallado la guerra mundial por la cuestión de Checoslovaquia, en la época de Munich, indudablemente España se habría visto arrastrada y habría entrado en ella, con la España de Franco en primera línea. La decisión de Franco de no atacar Barcelona hasta haber destruido al ejército republicano en el sur fue muy característica suya, y en realidad puede justificarse por motivos tanto políticos como estratégicos[2317]. Nadie podía saber que Barcelona caería sin lucha.

La gestión financiera de la guerra fue un éxito para los nacionalistas, y un desastre para la República. Los primeros pagaron su esfuerzo de guerra aplazando los intereses de la deuda nacional y de la mayoría de las nuevas deudas adquiridas por causa de la guerra; reduciendo implacablemente los gastos innecesarios; introduciendo nuevos impuestos; creando un nuevo Banco de España, que prestó a las autoridades nacionalistas 9000 millones de pesetas; y, naturalmente, utilizando la ayuda extranjera, que no pagarían hasta después. La República recurrió a métodos financieros similares (por ejemplo, al aplazamiento de los intereses de las deudas), pero aumentó de una forma tremenda el dinero en circulación, los gastos del gobierno eran enormes, y ello produjo una sustancial inflación, así como un severo racionamiento que no impidió que la escasez de alimentos fuera considerable a partir de finales de 1937[2318].

La intervención extranjera, desde luego, fue muy importante en la guerra, y esto era evidente para cualquiera que mirara al cielo, por ejemplo, desde Brunete o el Ebro, cubierto de aviones de fabricación rusa, alemana e italiana. También era evidente cuando se veían los encuentros entre ametralladoras Hotchkiss y Degtyareva, y las Bredas y

Mausers. Para llegar a hacer un cálculo de la importancia que tuvieron los repostadores participantes en el conflicto no basta con sumar sencillamente lo que entregó o vendió cada uno de ellos[2319]. Hubo muchas ocasiones en que el momento en que llegó la ayuda extranjera fue decisivo. En primer lugar, cuando Alemania envió aviones Junker 52 en julio de 1936, ayudó a Franco a hacer atravesar el estrecho de Gibraltar al ejército de África. Decir simplemente que los nacionalistas habrían perdido la guerra si no hubiera sido por aquella ayuda suscitaría demasiadas discusiones. Antes de que llegaran los Junker ya habían sido transportadas algunas tropas y, tarde o temprano, los rebeldes se habrían dado cuenta de que la flota republicana era incompetente; como en realidad lo hicieron, cuando la acción del *Canarias* les valió el control del estrecho a finales de septiembre. Sin embargo, la guerra habría seguido un curso diferente si el ejército de África no hubiera llegado a la península tan rápidamente. Esta ayuda tuvo un efecto mayor que la compra de aviones que efectuó la República simultáneamente en Francia, prescindiendo de la cantidad o la calidad de estos aparatos. El Junker 52 («la Annie de hierro») proyectó su sombra sobre gran parte de Europa entre 1936 y 1945, pero nunca tanto como cuando la proyectó sobre el mar que separaba este continente de África en 1936.

El impacto de otros hombres y material llegados en los primeros tres meses de la guerra es menos fácil de calcular. En un país que no tenía tanques antes de julio, indudablemente los pocos Panzer Mark I que llegaron de Alemania y los Fiat ligeros de Italia fueron más impresionantes que los enormes tanques de fabricación casera que tenía la CNT en Barcelona. En el verano de 1936, los aviones franceses —Potez, Dewoitine y Bloch— eran más

rápidos que los Heinkel y los Junker 52 de los alemanes, pero no estaban tan bien tripulados y, ya a finales de verano, el caza Fiat de los italianos —el CR32— se empezó a revelar como una nueva arma muy digna de confianza en el aire. Los primeros tanques Fiat-Ansaldo, italianos, con ametralladoras ligeras se vieron en la caída de Irún. Pero no fueron decisivos en aquella acción.

La segunda ocasión importante en lo que respecta a la intervención extranjera fue en noviembre de 1936, cuando la ayuda rusa a la República, la llegada de las Brigadas Internacionales y el apoyo organizado del comunismo internacional ayudaron a salvar Madrid. Aquí el momento crítico fue a principios de noviembre, cuando los pesados tanques T-26, junto con los cazas «Mosca» y «Chato», dominaron los campos de batalla[2320]. Además, los rusos enviaron muchas de sus viejas ametralladoras Pulemet y Maxim, que eran muy de fiar, y también las más ligeras Degtyareva Pekhotnii (DP), muy buenas dentro de su categoría. Éstas fueron mucho más útiles que las ametralladoras Hotchkiss, de tamaño medio, compradas a Francia. Probablemente, los asesores rusos también desempeñaron un papel positivo, aunque es muy difícil saber exactamente hasta qué punto fueron útiles.

En tercer lugar, el material enviado por Mussolini y Hitler en 1937 probablemente evitó que se hundiera la moral de los nacionalistas cuando los generales rebeldes fracasaron en su intento de conquistar la capital. En el curso de 1937, la Legión Cóndor se convirtió en una fuerza realmente revolucionaria, aunque, evidentemente, al servicio de la contrarrevolución. Los nuevos y ligeros cazas Messerschmitt 109 y los bombarderos Heinkel, junto con los nuevos Savoia 79, devolvieron el dominio del aire a los nacionalistas a partir de Brunete, y los tanques Panzer y

Fiat-Ansaldo recuperaron la iniciativa. Probablemente tuvo la misma importancia el potente cañón alemán antiaéreo «88» (Flak 36 de 88 milímetros), que se convertiría en la columna vertebral de la defensa alemana desde el momento en que empezó a usarse por primera vez en España en el invierno de 1936-1937. La nueva «Maschinengewehr 34» (MG 34) alemana también produjo un impacto considerable como «ametralladora de uso general», más que su equivalente italiana, la Breda 30. En cuarto lugar, la apertura de la frontera francesa para que pudiera pasar la ayuda rusa y de otros países salvó a la República de la derrota en la primavera de 1938, después del éxito alcanzado por los nacionalistas en la campaña de Aragón. Finalmente, si Franco no hubiera cedido tantos derechos sobre las minas a cambio de armas alemanas en el otoño de 1938, tal vez no habría podido lanzar la campaña catalana en la navidad de aquel año. De no haber sido por esto, su ejército se habría encontrado tan mal provisto como el ejército republicano después de la batalla del Ebro. Y, en este caso, tal vez se habría llegado a un alto el fuego *de facto* en todos los frentes[2321].

A finales de 1938, el gobierno alemán sabía que los temores que había tenido anteriormente de que la guerra de España pudiera convertirse en «una conflagración europea» eran infundados, por muy flagrantes que fueran sus violaciones del pacto de no intervención. Porque, después de los acuerdos de Munich, parecía que Inglaterra (y Francia) nunca irían a la guerra por ningún otro país europeo. Esta impresión quedó confirmada por la puesta en vigor del acuerdo anglo-italiano en noviembre de 1938. Además, los alemanes se sintieron inclinados a pensar que podían actuar con impunidad ante el enfriamiento del interés ruso por España en el otoño de 1938 y, especialmente después de

Munich, ante varios gestos de aproximación del gobierno ruso hacia la propia Alemania. Pero hasta los acuerdos de Munich, la política alemana había consistido en negarse a enviar a España las suficientes fuerzas o material de guerra para asegurar el triunfo de sus protegidos nacionalistas. Los alemanes creían que un envío tan comprometedor habría supuesto el riesgo de que la guerra española se convirtiera en una conflagración europea.

En realidad, tanto Alemania como Rusia demostraron, durante toda la guerra civil, una clara inclinación a evitar el riesgo de que la guerra española diera lugar a una guerra general: una vez que Rusia quedó complicada en el bando de la República, en octubre de 1936, indudablemente cualquier guerra general que resultara del conflicto español la habría implicado a ella también. De manera que Stalin había seguido una política similar a la de Hitler: evitar la derrota de su protegida, sin garantizar su victoria; porque garantizar una victoria republicana habría significado el envío de tropas y material en una escala que hubiera supuesto el riesgo de una guerra europea.

Las cuatro primeras ocasiones en que resultó decisiva la intervención fueron situaciones defensivas, en las que las potencias intervencionistas trataron de evitar la derrota de uno u otro bando. Ésta fue una de las razones por las cuales la guerra duró tanto. Hitler y Stalin encontraron buenas razones para justificarse a sí mismos por la prolongación de la guerra. Podían poner a prueba nuevas ideas militares y material nuevo. Para ambos, la victoria podía plantear tantas dificultades como la derrota. Mientras continuara la guerra civil, estas dificultades podían posponerse. Mussolini, que trataba de alcanzar gloria en España, estaba insatisfecho. Envió todas las tropas que pudo, demasiadas, como puso de manifiesto su debilidad en el momento del Anschluss. Si

Alemania o Rusia hubieran enviado a España tantos hombres como envió Italia, habría estallado una guerra europea. Pero 50 000 italianos no eran suficientes para decidir la guerra en favor de Franco, ni para convertir la guerra en un conflicto general. La última intervención crítica, a finales de 1938, señaló una política de pleno compromiso de Alemania con los rebeldes, que partía de la base de que, si Francia (e Inglaterra) no luchaba por Checoslovaquia, tampoco lo haría por España. Además, así como, durante toda la guerra, la República estuvo intentando constantemente conseguir suministros o transformar sus fábricas para adaptarlas a las exigencias de la guerra, los suministros nacionalistas fueron más regulares. Al contar con Alemania e Italia no necesitaron crear una gran industria de guerra.

La tecnología y la diplomacia tuvieron una acción recíproca. La guerra civil española fue un conflicto que se produjo en la época de la revolución tecnológica en los aviones, además de ser un conflicto de ideologías. Fue una guerra de ideas revolucionarias en el terreno de la propaganda y los medios de comunicación, en la que los extranjeros tuvieron un papel importante como en las batallas propiamente dichas. En la era industrial, para una guerra larga son tan importantes los suministros de energía como los de armas. La Texas Oil Company y, en menor medida, la Standard Oil de New Jersey ayudaron mucho a Franco con sus sustanciales suministros a crédito. Parece ser que estas compañías entregaron casi tres millones y medio de toneladas de petróleo a los rebeldes durante la guerra civil; mientras que la República importó un millón y medio de toneladas, la mayor parte de Rusia[2322]. Los Estados Unidos enviaron algunos camiones militares a precios inferiores a los de Alemania o Italia: llegaron 12 000

camiones procedentes de la Ford, la Studebaker y la General Motors, mientras que Alemania e Italia enviaron 3000. El petróleo compensó la falta de carbón en la zona nacionalista hasta la conquista de Asturias a finales de 1937. (La guerra fomentó la utilización del petróleo en la industria, en los ferrocarriles y en los barcos, que continuaría después). Mientras tanto, los nacionalistas se entregaron a la actividad comercial de una forma inteligente, aunque con rasgos de piratería, ya que Franco podía vender donde quería, sin preocuparse por los tratados comerciales concluidos antes de la guerra. Si la República hubiera podido comprar armas, por ejemplo, a Inglaterra, Estados Unidos y Francia, la guerra habría tomado un rumbo diferente, aunque cabe preguntarse si el material de Francia, por lo menos, habría sido tan bueno como el de Rusia. El caza Y15 era mejor que el Breguet, la ametralladora Degtyareva probablemente era mejor que la Hotchkiss, y los tanques T-26 y BT-5 eran más potentes que sus equivalentes franceses. Aunque fue Blum quien propuso la política de no intervención, en realidad fue el gobierno inglés quien la sostuvo. Los gobiernos franceses tenían demasiado miedo a Alemania para arriesgarse a una ruptura con Inglaterra. El jefe del Quai d'Orsay, Alexis Léger, señaló que la ruptura habría sido inevitable si el gobierno francés del Frente Popular se hubiera complicado realmente a favor de sus camaradas ideológicos españoles. Por consiguiente, la frontera francesa sólo estuvo abierta para los envíos de armas a España durante breves períodos[2323]. Entretanto, los ingleses estaban decididos a evitar que la guerra civil desembocara en una guerra general, aunque reinaba una simpatía oculta hacia Franco entre algunos miembros del gobierno y del Foreign Office (entre los que no se contaba Anthony Edén, sin embargo). La mayoría de los ingleses responsables de la política exterior

deseaban que España se esfumara de algún modo. Cuando quedó claro que no se respetaba el pacto de no intervención, insistir en mantenerlo fue un acto de cinismo. Este cinismo proporcionó al gobierno inglés tan poco crédito como ventajas. Una guerra general que hubiera surgido de la guerra española en 1936, 1937 o 1938 se habría librado en circunstancias más favorables para las democracias occidentales que la que comenzó en 1939 por la cuestión de Polonia. La alternativa a la «farsa de la no intervención» (así como la alternativa a Munich, a la ocupación de la Renania, y al rearme alemán) era mantenerse firmes y denunciar la violación de los acuerdos. Esta política habría dado la oportunidad de contrariar al dictador sin llegar a la guerra. Pero esta política, por razones derivadas del empeoramiento de la posición económica británica que se remontaba a la década de 1890, no se intentó hasta septiembre de 1939, cuando el imperio británico entró en guerra por causa de Polonia. Así pues, las batallas de España se decidían de acuerdo con la marcha de las discusiones en el comité de no intervención, a muchos kilómetros de distancia. Edén fue comprendiendo progresivamente lo insensato de la política de apaciguamiento, aunque en agosto de 1936, cuando empezó la no intervención, todavía no sabía —según sus propias palabras— que «es peligroso hacer gestos de acercamiento con los dictadores, ya que lo más probable es que, en vez de imitarlos, los interpreten mal»[2324]. No comprendía a quienes firmaban un acuerdo sin intención de cumplirlo. Aquello era algo que nunca se habría hecho antes de 1914.

Más adelante, el general *von* Thoma, jefe del destacamento de tanques alemanes en la guerra civil, calificaría a España de «el Aldershot europeo»[2325]. La experiencia de combate que adquirió Alemania con las dos

armas técnicas, los tanques y la aviación, fue muy valiosa. Así como el hierro y otros minerales que puso a disposición de Alemania la victoria de Francia en la guerra civil. Blum, al justificarse en el juicio celebrado contra él en Riom, en 1942, por haber enviado aviones franceses a España, dijo que la guerra española había sido un «ensayo para la aviación francesa». Pero los franceses sacaron conclusiones equivocadas de la guerra de España. Incluso llegaron a creer a un escritor emigrado alemán, Helmuth Klotz, que, después de pasar unas semanas en España, afirmó en su libro *Leçons militaires de la guerre d'Espagne* que el tanque había sido dominado por el cañón antitanque. El estado mayor central francés ignoró el tipo de guerra mecanizada que se había puesto a prueba en España. Y esto constituyó una gran desventaja para ellos cuando las divisiones Panzer de Guderian se lanzaron a través de las llanuras del norte de Francia en 1940. Los rusos también sacaron conclusiones falsas de su experiencia española, aunque Prieto, más adelante, dijo que los rusos se habían tomado a España como «una academia militar viviente»[2326]. El general Pavlov dijo a Stalin que la guerra española demostraba que las formaciones de tanques no podían realizar una operación táctica independiente[2327]. Es posible que diera esta opinión para que no lo consideraran un admirador del mariscal Tukhachevsky, que siempre había manifestado confianza en aquellas formaciones. Probablemente a consecuencia de esto, en 1939, la gran fuerza de tanques pesados del ejército ruso fue distribuida como fuerza de apoyo de la infantería. El éxito de los tanques ligeros alemanes en Polonia y Francia hizo que se volviera al sistema de Tukhachevsky, pero este cambio llegó demasiado tarde para ser útil al comienzo de la guerra germano-rusa en 1941.

Para los comunistas italianos y yugoslavos, su experiencia

en España fue una ayuda inestimable de cara a la lucha «partisana» que librarían en sus propios países en 1944-1945. Incluso los ingleses aprendieron algo: el *Illustrated London News* abrió el camino con un estudio sobre los efectos de los bombardeos aéreos en Barcelona titulado «Estudio de vivisección humana». Copeman, exjefe del batallón inglés de las Brigadas Internacionales, pocos meses después del final de la guerra de España, se encontraba en Windsor, aleccionando a la familia real acerca de las precauciones que se han de tomar en caso de bombardeo aéreo[2328]. La medicina, en general, progresó enormemente gracias a los nuevos métodos de tratamiento de las heridas de guerra introducidos en España por el ejército republicano. A partir de entonces, en las guerras, los muertos a consecuencia de heridas producidas por armas de fuego se han contado por centenares, mientras que antes se contaban por millares.

Las repercusiones generales de la guerra civil española en el resto del mundo no pueden, sin embargo, medirse en términos precisos. Fuera de España, la guerra pareció, por lo menos al principio, cuando se creía que estaban cooperando todos los partidos de izquierdas, el momento de la esperanza para una generación enojada ante el cinismo, la indolencia y la hipocresía de la generación más vieja, que había perdido todas las simpatías de los jóvenes. La lucha dio lugar a un estallido de energía creadora en muchos países (así como en España, en ambos bandos), cuyos resultados son de una calidad comparable a todo lo producido a raíz de la segunda guerra mundial. La guerra civil destruyó las esperanzas políticas de toda una generación de españoles; pero también formó parte del renacimiento de España en el siglo XX. A pesar de todo, la guerra civil está simbolizada, más que por las heroicas acciones en torno a Madrid, por el espectáculo

de las cárceles donde se acumulaban los disidentes de ambos bandos: «Éramos unos 400 presos, estábamos mezclados FAI, Juventudes Libertarias, algunos militares, sacerdotes, desertores, delincuentes comunes, prófugos, hampones, carteristas, homosexuales…»[2329]. Son palabras de un hombre que había estado preso en un campo dirigido por el SIM en Cataluña. En la España nacionalista podían encontrarse acumulaciones similares de falangistas disidentes, anarquistas, comunistas y masones. Las cruzadas dan tantas oportunidades al heroísmo como a la brutalidad. Nin y Hedilla fueron dos víctimas sacrificadas a la ortodoxia. La guerra civil tuvo momentos de gloria. Pero, esencialmente, fue una tragedia terrible y una ruptura en el desarrollo de la vida de un pueblo europeo: el único pueblo europeo importante —cabe recordar tristemente— que, antes de 1936, era demasiado pobre para tener una moderna industria de armamento.

EPÍLOGO

España tardaría años en recuperarse de la guerra civil, y nunca lo haría completamente, porque la guerra transformó al país. La primera guerra mundial dejó marcados a los que participaron en ella, especialmente a Francia, durante una generación. En Alemania nunca se olvidarán los asesinatos de los nazis, como tampoco los rusos olvidarán las persecuciones que se produjeron en su país en tiempos de Lenin y Stalin.

La guerra civil española fue la participación de España en el trágico derrumbamiento europeo del siglo XX, del que salieron destrozadas la herencia liberal del siglo XIX y la sensación de optimismo que perduraba desde la época del Renacimiento.

No es éste el lugar indicado para explicar con detalle el uso que hizo el frío general de su victoria. Caudillo, jefe de Estado y de gobierno, rey en todo menos en el nombre, Franco gobernó con independencia de cualquier teoría que no fuera su compromiso de estilo propio, logrado ya durante la guerra civil, entre la Falange, la Iglesia, el ejército, los monárquicos y la industria, sostenido por un culto público a su persona, que debía más al siglo XX que al de Isabel y Fernando. Franco continuó tratando a sus aliados como si fueran de las tribus marroquíes que había conocido en su juventud. El aplazamiento sistemático de las decisiones fue su política más frecuente, la etiqueta, su preocupación

constante, y el poder personal, su única ideología. El monarquismo romántico, autoritario y católico expresado en los artículos de fondo de Acción Española, de Ramiro de Maeztu, antes de 1936, influyó más en su forma de gobierno que el fascismo de José Antonio. España se convirtió legalmente en una monarquía en 1947, pero don Juan, el heredero del rey Alfonso XIII (que murió en Roma en 1941) esperó en vano durante veinte años hasta que Franco, en 1969, nombró su heredero en la jefatura del Estado a Juan Carlos, el hijo de don Juan. Después de la guerra civil, España permaneció políticamente inmóvil durante más de treinta años, pero experimentó una revolución económica y social, de manera que se convirtió en uno de esos países, como Alemania y Japón, que han llevado a cabo la revolución industrial bajo la égida de un régimen autoritario de derechas. Durante muchos años, en España la censura continuó siendo tan rigurosa como lo había sido al principio.

Franco sobrevivió a la mayoría de sus compañeros de armas y a la mayoría de sus colegas de sus primeros gobiernos. Algunos de los generales de la cruzada llegaron a ser ministros[2330], otros no[2331]. Entre los paisanos, Serrano Súñer continuó siendo el hombre más poderoso de España después de Franco hasta 1942. Entonces salió del gobierno y perdió toda su importancia política: una carrera meteórica que terminó a los cuarenta años. En los sucesivos gobiernos participaron unos cuantos falangistas conocidos ya en tiempos de la guerra civil, como Raimundo Fernández Cuesta o José Antonio Girón, y también algunos carlistas, como el conde de Rodezno o Esteban Bilbao. Pero Franco era muy aficionado a buscar hombres nuevos. El antiguo héroe de los «camisas viejas», Manuel Hedilla, y la antigua esperanza de la derecha democrática española, Gil Robles, vivieron ignorados: el primero no salió de la cárcel hasta

1941, y el segundo permaneció en el exilio hasta 1957. Después de que España volviera a convertirse en una monarquía, teóricamente, en 1947, Franco infundió nuevo vigor a la nobleza repartiendo varios títulos nobiliarios; lo más notable fue la concesión del título de duque a los fantasmas de Mola, Calvo Sotelo y José Antonio, que llevaban ya mucho tiempo enterrados. Sin embargo, a los duques muertos se añadieron varios marqueses vivos: Queipo de Llano (un republicano de toda la vida), Dávila, Saliquet, el almirante Moreno, y Juan Antonio Suances, mientras que los generales Yagüe y Varela, García Escámez, Vigón y Kindelán, con el almirante Juan Cervera, acabaron recibiendo marquesados póstumos. También hubo varios condes nuevos, algunos de ellos vivos, como el nuevo conde del Alcázar de Toledo (Moscardó), la nueva condesa del Castillo de la Mota (Pilar Primo de Rivera), y el general Martín Moreno, y muchos muertos, como Onésimo Redondo, Víctor Pradera, el as de la aviación García Morato, y Juan de la Cierva[2332]. La creación de una nobleza muerta fue una de las acciones más generosas de Franco.

En parte por su pobreza, aunque más por razones políticas, España no entró en la guerra mundial al lado de Hitler, que llegó a decir, al pedir que le pagaran los 400 millones de marcos que le debían, que Franco le hacía sentirse «casi como un judío, que quiere hacer negocio con los bienes más sagrados de la humanidad»[2333]. Goethe definió el genio como la capacidad de saber dónde hay que detenerse. Éste es el aspecto más obvio en que Franco se diferencia de la imagen popular del dictador fascista expansionista. Despreciaba la publicidad, aunque, a diferencia de su vecino, el monacal Salazar, era aficionado a la pompa. Hitler y Franco se entrevistaron en Hendaya en 1940. La reunión no tuvo éxito, aunque no está claro lo que

se discutió. Más tarde, Hitler diría que había encontrado a Franco tan difícil que preferiría que le arrancaran tres o cuatro muelas antes que tener otra entrevista como aquélla[2334]. A pesar de todo, cuando Alemania atacó a Rusia, la «División Azul», constituida por 47 000 voluntarios falangistas a las órdenes del general Muñoz Grandes, combatió junto a los alemanes. Durante la primera parte de la guerra, la España nacionalista proporcionó a Alemania bases submarinas, servicios de escucha, material de guerra e incluso bases aéreas[2335], mientras que la compañía que había resultado de la fusión de HISMA, ROWAK y el proyecto Montana, llamada SOFINDUS (Sociedad Financiera Industrial Limitada), continuó controlando las relaciones económicas hispano-alemanas[2336].

En cuanto a los vencidos, la historia, como profetizó Auden, ha lamentado su suerte, pero no les ha ofrecido «ni ayuda ni perdón». Muchos lucharon con la resistencia francesa, o integrados en el ejército rojo; tal vez 10 000 murieron en campos de concentración[2337]. En la segunda guerra mundial quizá resultaron muertos unos 25 000 republicanos españoles[2338].

Los dirigentes republicanos pasaron sus años de exilio discutiendo sobre su poder fantasmal y sobre sus remanentes financieros. Negrín murió en 1956, en París, y en su testamento dejó al gobierno español varios documentos relacionados con el oro español enviado a Rusia. En 1945 había dimitido de su puesto de jefe de gobierno en el exilio, con la esperanza de unir a todos los exiliados. Le sucedieron otros. Martínez Barrio siguió siendo el presidente de la República en el exilio, puesto que ocupó hasta su muerte, en 1962. Fue sucedido en el puesto por Jiménez de Asúa, el abogado socialista, que murió en 1970. Prieto murió en México, en 1962. Álvarez del Vayo,

optimista como siempre, fue expulsado del Partido Socialista Español por su excesiva amistad con los comunistas, y a principios de 1975 todavía vivía. Largo Caballero murió, agotado, en París, en 1946, después de pasar cuatro años en un campo de concentración alemán. Azaña murió en 1940, en el Grand Hotel du Midi, en Montauban[2339]. De los generales republicanos, Miaja, Riquelme, Pozas, Jurado y muchos otros murieron en el exilio, mientras que Rojo y Casado volvieron para morir en España en los años 60[2340]. Bayo, el héroe de la expedición a Mallorca de 1936, fue quien entrenó a los seguidores de Fidel Castro en la guerra de guerrillas para atacar otra isla, de mayores dimensiones. Los anarquistas, a pesar de sus cismas, mantuvieron una floreciente organización entre los emigrados del sur de Francia. De los dirigentes de primera fila, en 1976 todavía vivían, en Francia o en México, Federica Montseny, García Oliver y Ricardo Sanz.

El Partido Comunista español estuvo dirigido durante muchos años por Santiago Carrillo, secretario general, y exsecretario general de las Juventudes Socialistas Unificadas. «La Pasionaria» fue, durante treinta años, presidente del partido. Díaz cayó de una ventana en Tiflis, en 1942, después de haber perdido su puesto, que había ocupado «la Pasionaria». Modesto, Uribe, Castro Delgado y Jesús Hernández murieron en los años 60, y el general Cordón en 1972. Hernández y Castro Delgado acabaron abandonando el partido y ambos escribieron libros suficientemente malintencionados como para ser editados rápidamente en la España nacionalista. Lo mismo hizo otro comunista famoso y desilusionado, Valentín González, «el Campesino», que se rebeló contra la disciplina que debía observar en Rusia. Después de muchas aventuras, escapó de Rusia a través de Persia. Tagüeña salió del partido y murió en México en 1972.

La mayoría de los dirigentes del POUM, como Julián Gorkin y Joaquín Maurín, vivieron muchos años en el exilio, y este último no murió hasta 1973. De los dirigentes vascos, Aguirre murió en 1960, y fue sucedido como presidente del gobierno vasco en el exilio por Leizaola. La conciencia de Cataluña ha sido mantenida durante muchos años por José Tarradellas, presidente titular de la Generalitat. Otro de los personajes de esta historia que murió en el exilio es Alcalá Zamora, que falleció en Buenos Aires, en 1949. Lerroux volvió a España, donde murió en 1949. La proscripción dictada por los vencedores afectaba a todos los que hubieran hecho algo para crear el nacionalismo catalán o vasco, incluso a Francisco Cambó, que había dado dinero para contribuir a la causa nacionalista: Cambó murió en Buenos Aires en 1947, y hasta entonces se mantuvo la prohibición que le impedía regresar a España[2341].

Los principales alemanes e italianos que apoyaron a los nacionalistas desaparecieron con la segunda guerra mundial. De sus seguidores, el barón *von* Stohrer siguió como embajador en Madrid hasta que fue destituido por *von* Ribbentrop en 1942, por no haber sabido evitar la caída de Serrano Súñer. El general *von* Faupel y su mujer se suicidaron en 1945, cuando los rusos entraron en Berlín. Entre los generales, *von* Sperrle, *von* Thoma y *von* Richthofen se distinguieron en la lucha en la segunda guerra mundial, y a continuación el primero fue juzgado como criminal de guerra. Galland, que llevó a cabo más de trescientas misiones con su Messerschmitt 109, como miembro de la Legión Cóndor en España, llegó a ser, junto con Molders, que le sucedió en su puesto español, el más famoso de los pilotos alemanes en las batallas de Inglaterra y Francia. Por otra parte, el astuto Johannes Bernhardt siguió viviendo en España hasta 1950, y luego se fue a la

Argentina[2342].

Entre los italianos, el general Roatta fue jefe del estado mayor de Mussolini, luego cayó en desgracia, y huyó a España fugándose del hospital donde estaba esperando a ser juzgado como criminal de guerra. Volvió a Italia para morir en 1968. Bastico, Berti y Bergonzoli combatieron en África, y el primero se convirtió en gobernador de Libia en 1941; Berti estuvo al mando de la artillería en Etiopía y murió en 1960; Bergonzoli, el «bigotes eléctricos» del avance de Wavell, fue hecho prisionero en Bengasi, en 1941, y pasó el resto de su vida junto al lago Maggiore. Cambara luchó en Libia y Yugoslavia, en la segunda guerra mundial, fue jefe de estado mayor de Graziani en la República de Saló, y murió en Roma en 1962. Bonaccorsi, el «conde Rossi», luchó en Somalia, y murió también en 1962. Grandi, tras haber ayudado a derrocar a su amo, vivió durante muchos años en México, convertido en hombre de negocios.

Entre los rusos que vinieron a España, Berzin, Stashevsky, Antonov-Ovseenko, Gorev, Gaikins, Rosenberg y Koltsov fueron ejecutados o murieron en campos de concentración. Más adelante, Berzin, Koltsov y Antonov-Ovseenko fueron rehabilitados, cosa que de poco podía servirles. Khrushchev, en su discurso de condena a Stalin en febrero de 1956, en el 20.º congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, se refirió de pasada a estas muertes, lamentándolas como un error[2343]. El general de los tanques, Pavlov, fue fusilado por Stalin en 1941, cuando perdió su ejército en las primeras semanas del avance alemán. El general Kulik también fue fusilado en 1941, por razones relacionadas con la desorganización de los suministros del ejército rojo. El general «Stern» (Grigorovitch) estuvo al frente del primer ejército rojo en 1938, en su lucha contra los japoneses en el paso de Changkon, luego combatió en Finlandia, y también

fue fusilado en 1941. Rychagov, piloto destacado en España, que combatió en el ejército de Bandera Roja, en el lago Khason, contra los japoneses, fue fusilado por sus fracasos frente a la Luftwaffe. En cambio, Krivoshein, Voronov, Rodimtsev, Yakushin, Batov, Meretskov, Malinovsky, Konev y Rokossovsky, así como el almirante Kuznetzov, todos ellos veteranos de España, ascendieron a posiciones importantes en Rusia; Kuznetzov mandó la armada rusa durante la segunda guerra mundial y de nuevo después de 1953. Malinovsky fue ministro de Defensa en tiempos de Khrushchev. Él y Voronov llegaron a ser mariscales. Etingon, que inició su carrera en Barcelona, bajo el nombre de «Kotov», como director del servicio de contraespionaje, fue fusilado en 1953, junto con Beria, que entonces era su jefe[2344]. Orlov vivió muchos años secretamente, como respetado ciudadano de los Estados Unidos, donde se consideró muy valiosa su defección, aunque se tratara de un asesino[2345]. El general Krivitsky, aquel testigo tantas veces citado, fue encontrado muerto en el hotel Bellevue, de Washington, el 10 de febrero de 1941[2346].

Entre los otros comunistas extranjeros que lucharon en España, el magnético Kleber fue ejecutado en Rusia antes de 1939, y Gal y Copie poco después. A finales de los años cuarenta, todos los comunistas de la Europa oriental que habían luchado en España quedaron cubiertos por la nube de las sospechas de Stalin. El que entonces era ministro de Asuntos Exteriores húngaro, Laszlo Rajk, comisario del batallón Rakosi, en la 13.ª Brigada Internacional, «confesó» en su juicio, en 1949, que había ido a España al servicio de la policía del almirante Horthy «con un doble propósito: averiguar los nombres de los miembros del batallón Rakosi [...] y [...] procurar reducir la eficacia militar del batallón Rakosi. Debo añadir que también hice propaganda trotskista

en el batallón Rakosi»[2347]. Después de la ejecución de Rajk, fueron detenidos muchos veteranos de la guerra civil española de los países de la Europa oriental, y algunos fueron fusilados. Sin embargo, después de la muerte de Stalin, en 1953, estos antiguos «voluntarios de la libertad» fueron rehabilitados. Los que quedaban con vida salieron de la cárcel. Estos hombres no tardaron en alcanzar posiciones importantes; Mehmet Shehu (que había sido miembro de la 12.ª Brigada Internacional) se convirtió en presidente del gobierno albano, y Enver Hodja también era un veterano de las Brigadas; Raiko Damianov pasó a ser vicepresidente de Bulgaria; Josef Pavel, el último jefe del batallón Dimitrov, era el ministro del Interior de Dubcek en 1968; Pal Maleter, que luchó a las órdenes de Lukács, fue el heroico ministro de Defensa húngaro de 1956, al que Khrushchev hizo fusilar con Nágy. Veinticuatro yugoslavos que combatieron en España se convirtieron en generales del ejército yugoslavo. La mayoría de ellos se distinguieron en la lucha partisana a las órdenes de Tito, el organizador del «ferrocarril secreto» con destino a España. El general «Walter» (Swierczewski) fue ministro de Defensa en Polonia de 1945 a 1947, fecha en que fue asesinado por unos partisanos ucranianos. Geroe, el húngaro de los mil alias que dirigió a los comunistas de Cataluña, llegó a ser vicepresidente del gobierno de Hungría e instrumento de Khrushchev en la revolución húngara de 1956. Perene Múnnich, otro comisario político del batallón Rakosi, fue presidente de Hungría, después de una carrera muy ambivalente en la política húngara a partir de 1945. Togliatti y Luigi Longo (este último después de haber mandado a los partisanos del norte de Italia en 1943-1944) dirigieron durante muchos años el Partido Comunista italiano, mientras que Giuseppe di Vittorio fue secretario general de la CGT en Italia hasta su muerte, ocurrida en

1958. Vittorio Vidali («Carlos Contreras») fue senador durante muchos años, y jefe de los comunistas de Trieste. Codovila volvió a Buenos Aires, donde murió en 1972. Pacciardi, del batallón Garibaldi, y del partido republicano italiano, fue ministro de Defensa en los gobiernos de coalición de De Gasperi. Nenni, jefe de los socialistas italianos, se convirtió en vicepresidente de Italia. Hans Kahle murió siendo jefe de policía de Mecklenberg, en 1952, mientras que Franz Dahlem fue objeto de una purga en 1953, después del levantamiento de junio en Berlín. Heinrich Rau, que había sido jefe de estado mayor de la 12.ª Brigada, fue vicepresidente del gobierno de la Alemania oriental. El general «Gómez» (Wilhelm Zaisser) fue durante cinco años ministro de Seguridad del Estado de Alemania oriental antes de caer en desgracia en julio de 1953. El general Staimer, que bajo el nombre de coronel «Richard» había estado al mando de la 11.ª Brigada, llegó a ser jefe de policía en Leipzig. En la resistencia francesa murieron muchos exvoluntarios de las Brigadas Internacionales: el coronel Dumont, Fierre George («coronel Fabien»), el coronel Putz, Fierre Rebiére, Joseph Epstein (en la resistencia, coronel Gilíes), y el comandante François Bernard; mientras que Henri Tanguy (el «coronel Rol-Tanguy»), último comisario del batallón La Marseillaise de la 14.ª Brigada, fue uno de los liberadores de París en 1944[2348]. Marty fue expulsado del Partido Comunista francés antes de morir, en 1955.

De los miembros americanos supervivientes de las Brigadas Internacionales, muchos lucharon en la segunda guerra mundial. Sin embargo, estos hombres resultaban sospechosos para la administración. Hasta finales de la guerra ni siquiera se les permitió ir al extranjero[2349]. Después de la guerra, en la era de McCarthy, cualquier vinculación con la causa española empezó a considerarse

subversiva. El mismo batallón Abraham Lincoln fue declarado subversivo en 1946, después del discurso que pronunció el general «Walter» en su última reunión[2350]. Aquel cuerpo de veteranos continuó siendo perseguido hasta los años 60 de una forma que desacreditaría al Estado liberal. Sin embargo, Miles Sherover, el agente comercial republicano en los Estados Unidos, en los años 70 llevaba una vida muy próspera en Venezuela y en Israel.

Pocos de los excombatientes anglosajones en España alcanzaron posiciones elevadas en sus países. En los años de postguerra, el único miembro del Parlamento que había luchado en España era Robert Edwards, antiguo capitán del batallón del POUM en Aragón. Sin embargo, algunos de sus camaradas de las Brigadas Internacionales ocuparon durante muchos años posiciones importantes en el movimiento sindicalista. Will Paynter, por ejemplo, que durante muchos años fue secretario general de la Unión de Mineros, había sido comisario en la base de Albacete[2351]. Copeman salió del Partido Comunista a principios de 1939, para unirse más adelante a la Iglesia católica, al partido laborista y a la asociación de rearme moral. Jock Cunningham, tras ver rechazadas sus cualidades militares por el ejército británico a causa de su pasado rebelde, pasó muchos años recorriendo Inglaterra y haciendo trabajos eventuales. Frank Ryan, el dirigente irlandés de las Brigadas Internacionales, pasó unos años en una cárcel española antes de ser enviado a trabajar para los alemanes. Después de una serie de extrañas aventuras, murió en un sanatorio antituberculoso en Leipzig, en 1941[2352] mientras que Malcolm Dunbar, jefe del estado mayor de la 15.ª Brigada Internacional, se suicidó arrojándose al mar en 1963.

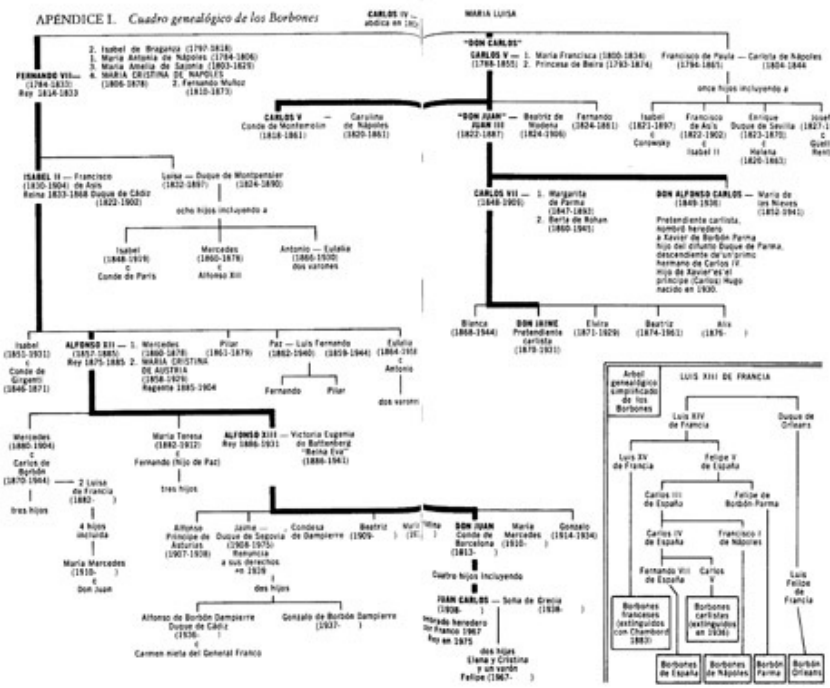
Ahora, después de muchos años, España goza de una prosperidad mucho mayor que antes de la guerra civil. El

índice de mortalidad ha disminuido y la renta nacional es por lo menos tres veces superior a la de 1931-1935[2353]. Pero la libertad de expresión ha sido limitada durante muchos años. Algunas personas se han consumido en las cárceles durante muchos años por razones políticas. A pesar de todos sus cambios económicos y sociales, España se enfrenta con un futuro político incierto. La guerra civil proyecta una larga sombra sobre el presente e incluso sobre el futuro. España, pues, sigue en pleno parto. Pero un día llegará la libertad, y cuando llegue, por fin los españoles harán caso de Azaña que, con todo su egocentrismo, su sectarismo y su pesimismo, llegó, pasando de la desesperación, a la magnanimidad, y la sabiduría que no había alcanzado cuando detentaba el poder, y que, en plena guerra civil, terminó un discurso diciendo: «Es obligación moral, sobre todo de los que padecen la guerra, cuando se acabe como nosotros queremos que se acabe, sacar de la lección y de la musa del escarmiento el mayor bien posible, y cuando la antorcha pase a otras manos, a otros hombres, a otras generaciones, que se acordaran, si alguna vez sienten que les hierve la sangre iracunda y otra vez el genio español vuelva a enfurecerse con la intolerancia y con el odio y con el apetito de destrucción, que piensen en los muertos y que escuchen su lección: la de esos hombres, que han caído embravecidos en la batalla luchando magnánimamente por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, ya no tienen rencor, y nos envían, con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: Paz, Piedad y Perdón»[2354].

APÉNDICES

APÉNDICE I

CUADRO GENEALÓGICO DE LOS BORBONES



Apéndice II

LA ECONOMÍA DE ESPAÑA

Estos cuadros muestran cómo las fluctuantes circunstancias económicas exacerbaron los trastornos políticos de la República. Las cifras proceden del estudio estadístico anual de la Sociedad de Naciones correspondiente a 1936.

	(1) MAÍZ		(2) ARROZ		(3) TRIGO	
	Área [1]	Producción [2]	Área [1]	Producción [2]	Área [1]	Producción [2]
1925						
1926						
1927	428	5.962	49	3.063	4.332	39.784
1928						
1929						
1930						
1931		6.703		2.662		36.585
1932		6.931		3.182		50.134
1933	432	6.604	47	2.951		37.622
1934	434	7.878	46	2.936	4.608	50.849
1935	440	7.335	47	2.920	4.554	42,997
1936					4.358	33.065

	(4) CAÑA DE AZÚCAR Producción	(5) VINO Producción (en millones de hl)	(6) ACEITE DE OLIVA Producción
1926	92	15,4	2.301
1927	99	27,6	6.656
1928	116	21,5	1.914
1929	134	24,3	6.601
1930	169	17,7	1.149
1931	176	18,6	3.511
1932	175	20,6	3.488
1933	157	19,2	3.102
1934	184	21,2	3.130
1935	198	16,0	4.398
1936	180		

Clave: 1. Miles de hectáreas.
2. Miles de quintales (un quintal métrico = 100 kilogramos).

	(7) LANA Producción (1.000 t)	(8) SEDA Natural	Artificial
1925			112
1926	38,6		
1927	38,1	83	143
1928	38,1		502
1929	37,6		900
1930	36,3		1.523
1931	34,9	44	1.639
1932	35,4	42	2.160
1933	35,4	38	2.295
1934	33,1	30	2.526
1935	29,9	34	2.722

	(9) SAL Producción (1.000 t)	(10) CARBÓN Producción (1.000 t)
1927	979	6.563
1928	983	6.371
1929	1.079	7.108
1930	1.038	7.120
1931	889	7.091
1932	959	6.854
1933	929	5.999
1934	762	5.932
1935		7.017

	(11) COQUE Producción (1.000 t) Hornos	Fábricas de gas	(12) ELECTRICIDAD (en millones de kWh)
1926	832 (combinada)		1.708
1927	714	161	1.849
1928	681	204	2.370
1929	768	216	2.433
1930	676	233	2.609
1931	503	248	2.681
1932	369	243	2.795
1933	427	248	3.066
1934	486	250	3.198

	(13) MANGANESO (1.000 t)	(14) PIRITAS (1.000 t)	(15) MIN. DE PLOMO (1.000 t)
1926	44,9	3.655	216
1927	36,9	3.611	196
1928	13,7	3.625	177
1929	17,9	3.867	181
1930	16,8	3.417	164
1931	17,9	2.594	151
1932	2,6	2.125	137
1933	2,8	2.219	115
1934	3,8	2.072	102
1935	1,3	2.286	104

	(16) PLOMO (1.000 t)	(17) MINERAL DE CINC (1.000 t)	(18) MINERAL DE HIERRO (1.000 t)
1926	149		3.191
1927	144	132	4.972
1928	131	122	5.785
1929	143	145	6.559
1930	123	160	5.525
1931	110	112	3.190
1932	105	92	1.760
1933	88	95	1.815
1934	72	79	2.094
1935	63	83	2.633

	(19) ACERO (1.000 t)	(20) MIN. DE COBRE (1.000 t)	(21) COBRE (1.000 t)
1926	668	49,5	23,9
1927	671	50,7	28,7
1928	777	54,2	27,8
1929	1.003	63,7	28,5
1930	925	58,4	23,0
1931	645	54,0	25,7
1932	532	35,0	15,6
1933	507	44,0	17,3
1934	647	30,0	13,8
1935	580	30,0	10,8

	(22) NUEVOS BARCOS BOTADOS	(23) MOVIMIENTO DE BARCOS (Entrada)	(Salida)
		(en millones de toneladas)	
1926	26		
1927	23		
1928	12		
1929	37	18	27
1930	25	18	28
1931	48	17	23
1932	11	16	23
1933	18	15	23
1934	18	15	23
1935	3	16	22

	(24) IMPORT. - EXPORT. (Comercio especial) (en t)		(25) IMPORT. - EXPORT. (Mercancía) (en millones de pesetas)	
1926	4.127	7.088	2.148	1.605
1927	5.602	10.285	2.576	1.887
1928	6.634	11.432	3.004	2.118
1929	7.131	11.533	2.737	2.108
1930	5.862	9.955	2.447	2.300
1931	4.809	6.693	1.176	961
1932	5.133	5.180	975	738
1933	4.105	6.159	835	669
1934	4.892	6.587	855	611
1935	5.048	6.364	878	583

	(26) VALOR DE LA PESETA (porcentaje de la paridad del oro en 1929)	(27) ÍNDICE NÚM. ACCIONES Y DE LA PROD. INDUSTRIAL (100 = 1929) Acciones	Producción
1929	100		
1930	79,5		98,6
1931	65,0	84,4	93,2
1932	54,8	65,1	88,4
1933	56,8	56,0	84,4
1934	55,3	57,6	85,5
1935	55,3	63,1 [1]	86,9
		65,7 (1936 enero)	
		64,9 febrero	
		60,9 marzo	
		59,9 abril	
		58,6 mayo	
		58,1 junio	
		57,8 julio	

(28)
DEPÓSITOS EN CAJAS DE AHORROS
(al final de cada año)

	CAJA POSTAL DE AHORROS	BANCOS DE DEPÓSITO
	(en millones de pesetas, pero téngase en cuenta el cambio de valor de la peseta, columna 26)	
1928	239	1,608
1929	252	1,703
1930	265	1,882
1931	278	2,014
1932	298	2,158
1933	318	2,320
1934	338	3,778
1935	370	

1. La cifra más alta durante la República fue 67,3, en noviembre de 1935.

Apéndice III

LAS BRIGADAS INTERNACIONALES

Brigadas	*Batallones*	*Principal composición inicial*
11.ª (formada en octubre de 1936) (Hans Beimler) (luego, Thaelmann)	1 Edgar André	Alemanes
	2 Comuna de París (después transferido a la 14.ª Brigada)	Franco-belgas
	3 Dombrowsky (después transferido a las Brigadas 12.ª, 150.ª y 13.ª)	Polacos Húngaros Yugoslavos
12.ª (formada en noviembre de 1936) (Garibaldi)	1 Thaelmann (transferido a la 11.ª)	Alemanes
	2 Garibaldi	Italianos
	3 André Marty (transferido a la 150.ª, la 12.ª y la 14.ª)	Franco-belgas
13.ª (formada en diciembre de 1936)	1 Louise Michel (transferido a la 14.ª)	Franco-belgas
	2 Chapaiev (transferido a la 129.ª)	Balcánicos
	3 Henri Vuillemin (transferido a la 14.ª)	Franceses
	4 Mickiewicz (Palafox)	Polacos

Brigadas	*Batallones*	*Principal composición inicial*
14.ª (formada en diciembre de 1936) (La Marseillaise)	1 Batallón Nueve Naciones (transferido al Comuna de París)	
	2 Domingo Germinal (en su mayoría juventud anarquista española)	
	3 Henri Barbusse	Franceses
	4 Pierre Brachet	Franceses
15.ª (formada en febrero de 1937) (con el tiempo Lincoln-Washington)	1 Dimitrov transferido a la 129.ª y luego a la 13.ª)	Yugoslavos
	2 Inglés	
	3 Lincoln, Washington, Mackenzie-Papineau	Ingleses Norteamericanos
	4 6 de febrero (transferido a la 14.ª)	Franceses
150.ª (formada en junio-julio de 1937)	1 Rakosi (transferido a la 13.ª)	Húngaros
129.ª	1 Masaryk (vinculado a la 45.ª División)	Checoslovacos
	2 Djakovich	Búlgaros
	3 Dimitrov	Yugoslavos Albanos
(en la 86.ª Brigada)	Un batallón internacional mandado por el coronel Morandi.	

Apéndice IV

TIPOS DE CAMBIO RESPECTO A LA LIBRA ESTERLINA

	Enero 1930	*Enero 1936*	*Enero 1939*	*Mayo 1939*
Dólar	4,86	4,93	4,64	4,68
Franco	134,2	174	176	176
Lira	92,46	61,8	88	88
Peseta	25,22	36	100-200 *	42
Marco	20,43	12,22	11,55	11,63

* Peseta republicana.

[Fuente: *The Times*]

Apéndice V

LA VIDA Y LA MUERTE DE LA PESETA EN LA BOLSA DE TÁNGER

(tipo de cambio respecto a la libra esterlina)

	Peseta republicana	*Peseta nacionalista*
1936		
Junio	36	(se ignora)
Julio (2 primeras semanas)	36	
	43	
Agosto	55	
Septiembre	57	
Octubre	63	
Noviembre	77	
Diciembre	116	

(sigue en pág. 1038)

	Peseta republicana	*Peseta nacionalista*	
1937			
Enero	115	76	Éstas fueron sobreimpresas
Febrero	114	76	
Marzo	152	88	
Abril	134	122	
Mayo	147	76	A partir de entonces, billetes nuevos
Junio	158	74	
Julio	217	81	
Agosto	221	76	
Septiembre	246	86	
Octubre	212	79	
Noviembre	226	85	
Diciembre	226	87	

	Nuevos billetes de Valencia	*Antiguos billetes de Valencia*	
1938			
Enero	452	219	91
Febrero	510	306	95
Marzo	530	353	102
Abril	533	246	97
Mayo	708	272	108
Junio	635	254	110
Julio	635	291	113
Agosto	681	288	126
Septiembre	917	338	145
Octubre	983	346	144
Noviembre	1.083	379	173
Diciembre	1.462	450	172
1939			
Enero	2.132	488	177
Febrero	2.391	448	126
Marzo	13.538	386	129

[Fuente: C. Delclaux, *La financiación de la Cruzada,* Universidad de Deusto (1950), p. 108.]

Apéndice VI

PRODUCCIÓN INDUSTRIAL CATALANA 1936-1938

	1936	1937	1938
Enero	100	70	60
Febrero	98	58	60
Marzo	97	66	60
Abril	94	69	41
Mayo	95	65	30
Junio	98	68	32
Julio	82	71	37
Agosto	64	68	31
Septiembre	73	66	33
Octubre	69	60	
Noviembre	63	53	
Diciembre	69	58	

ÍNDICE GENERAL DE PRECIOS AL POR MAYOR EN BARCELONA 1936-1938
(100 = 1913)

	1936	1937	1938
Enero	168,8	223,7	434,4
Febrero	168,2	244,4	457,7
Marzo	167,2	266,5	524,5
Abril	169,1	294,3	530,1
Mayo	170,6	297,6	547,9
Junio	171,9	303,7	551,6
Julio	174,7	315,8	554,2
Agosto	178,9	322,7	554,2
Septiembre	183,1	342,7	556,9
Octubre	194,4	358,8	562,3
Noviembre	202,9	375,4	564,4
Diciembre	209,6	389,1	564,7

[Fuente: Bricall.]

APENDICE VII
UN CÁLCULO DE LA INTERVENCIÓN EXTRANJERA EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Del texto de este libro se hará patente que la eficacia y la calidad de la ayuda extranjera a una u otra de las dos Españas no dependió del número de aviones u hombres enviados. Tampoco dependió de la cantidad de dinero que cada bando gastó en el extranjero o recibió del extranjero como regalo (aunque los regalos no llegaron a tener mucha importancia: todas las principales potencias que intervinieron se cobraron de una forma u otra su ayuda respecto al material de guerra).

A pesar de todo, es conveniente hacer un cálculo. En primer lugar, en lo que respecta al dinero: en términos generales, la República gastó todo lo que tenía, y algo más. Los nacionalistas no tenían nada para empezar, pero obtuvieron mucho a crédito. Las facturas consiguientes fueron pagadas en su totalidad, aunque, por lo que respecta a Italia, el último pago no se efectuó hasta 1967.

Los gastos republicanos en el extranjero consistieron en una intrincada serie de juegos, en los que Rusia hacía de banca. Probablemente nunca se conocerán las cifras hasta que se abran los archivos rusos. A pesar de todo, podemos llegar a una conclusión por tanteo. Las reservas de oro españolas en julio de 1936 ascendían a 700 toneladas, gran parte de las cuales consistían en monedas (particularmente, en soberanos). Este tesoro estaba en manos del gobierno, y tenía un valor de 788 millones de dólares (162 millones de libras)[2355]. Al final de la guerra, todo esto había sido gastado, excepto 48 millones de dólares depositados en Mont de Marsan, en Francia; y, además del oro que se había enviado a Rusia —por valor de 500 millones de dólares,

aproximadamente (1582 millones de pesetas de oro, o 100 millones de libras)— el gobierno soviético afirmaba que le debían otros 50 millones de dólares[2356]. Las exportaciones españolas de la República probablemente supusieron otros 100 millones de dólares, que también se gastaron, básicamente en material de guerra, y básicamente en Rusia. Por último, la República envió al extranjero gran cantidad de joyas, oro, plata y otros objetos de valor confiscados, con los que obtuvo 14 millones de dólares en los Estados Unidos sólo en 1938.

En conjunto, probablemente la República gastó en el extranjero algo más de 900 millones de dólares entre 1936 y 1939, de los cuales, la mayor parte se empleó en armas, y en Rusia[2357].

Los principales proveedores de los nacionalistas fueron, naturalmente, los alemanes y los italianos, aunque hay que tener presente la ayuda de la Texas Oil Company y de otras compañías petrolíferas: puesto que en las cifras que hemos dado sobre Rusia, va incluido el petróleo ruso enviado a España.

La ayuda militar alemana a Franco se valoró en 540 millones de marcos, esto es, 46 millones y cuarto de libras o 225 millones de dólares (1955 millones de pesetas al cambio de 1936, de 42,25 pesetas la libra). De este total, 88 millones de marcos se gastaron en salarios y gastos que Alemania no cobró a los españoles; 124 millones se gastaron en remesas entregadas directamente a España; y 354 millones se gastaron en la Legión Cóndor[2358]. Más tarde, los españoles se avinieron a aceptar una deuda de 378 millones de marcos, así como a pagar una factura de 45 millones de marcos en concepto de indemnización para los alemanes que sufrieron pérdidas en España. Estas deudas fueron totalmente pagadas

entre 1939 y 1945 con minerales, verduras, frutas y otras mercancías enviadas a Alemania durante aquellos años, con los costes de la División Azul (una unidad constituida básicamente por falangistas y enviada al frente ruso en 1942 a las órdenes del general Muñoz Grandes), y con varios convenios entre España y los aliados en 1945. De las exportaciones enviadas por España a Alemania durante la propia guerra civil, el 48% eran alimentos y verduras, y sólo el 27% eran minerales[2359].

En 1940, Ciano calculaba que la ayuda italiana a Franco había sido de 14 000 millones de liras (157 millones y cuarto de libras o 766 millones de dólares: 6646 millones de pesetas)[2360]. Pero al final Italia envió una factura de sólo la mitad de esta suma —7500 millones de liras (84 millones y cuarto de libras, 410 millones de dólares, o 3560 millones de pesetas)— que corresponde a otros cálculos en el curso de la guerra. Después de más regateos, en mayo de 1940, los gobiernos italiano y español se pusieron de acuerdo en una cifra de 5000 millones de liras (56 millones y cuarto de libras, 273 millones y medio de dólares, y 2373 millones y medio de pesetas), a pagar en 25 años, a partir de 1942[2361]. El pago sería a plazos, empezando con 80 millones de liras en 1942, y acabando con 300 millones de liras en 1967, y habría que pagar unos intereses, al principio del 0,25%, y al final del 4%.[2362] Todos estos pagos se efectuaron puntualmente, y el gobierno italiano fue un acreedor tan bueno después de 1945 como lo había sido su predecesor fascista, incluso cuando estuvieron en la administración Togliatti y los comunistas. Sin duda, los italianos fueron, con mucho, los más generosos de cuantos intervinieron en España, ya que la factura que pagó Franco no tenía en cuenta gran parte de la actividad militar de las fuerzas armadas italianas. De ahí posiblemente que el cálculo original de Ciano fuera mucho mayor, aunque

también es probable que exagerara.

Entre los gastos nacionalistas en el extranjero también hay que tener en cuenta unos 10 millones de dólares destinados a pagar el petróleo a los Estados Unidos, y quizás otros 10 millones gastados en ése y otros países para pagar cosas como autobuses o medicinas, todo lo cual tenía, naturalmente, una utilidad militar.

Así pues, los gastos totales de los nacionalistas en el extranjero, siempre a crédito, debieron de ser de unos 635 millones de dólares, si consideramos que la cifra de 7500 millones de liras representa un cálculo razonable de la ayuda italiana. Sí aceptáramos la cifra de 14 000 millones de liras, diríamos que los nacionalistas recibieron 981 millones de dólares.

Naturalmente, resulta tentador comparar estas cifras con los 900 millones de dólares de gastos republicanos y concluir que la implicación internacional en España fue, como mínimo, tan grande en el bando del gobierno como en el de los rebeldes, o incluso mayor[2363]. Sin embargo, esta forma de presentar las cosas puede inducir a error. Al plantear la ecuación en estos términos tan simples no se tienen en cuenta las diferencias entre las economías rusa, alemana e italiana, ni las diferencias entre las economías de las dos Españas. No está claro en absoluto si cuanto enviaron los rusos valía el dinero que se pagó por ello, y en realidad la noción de valor al considerar los precios rusos de artículos como tanques y aviones resulta algo cómica. La enorme discrepancia entre los diferentes cálculos de la ayuda italiana meramente pone de relieve el hecho de que este tipo de sumas siempre se prestarán a especulaciones. Los costos de transporte desde Rusia eran elevados. Pero el valor de una reserva de oro no puede traducirse exactamente en moneda

corriente, sobre todo tratándose, como se trataba entonces, de una de las mayores reservas del mundo. Más útil es el cálculo al que se puede llegar si se conoce aproximadamente el número de piezas diferentes enviadas, aunque, a pesar de todo, una simple enumeración de los aviones enviados no da una idea completa de su valor.

Sin embargo, es útil saber que España recibió del extranjero entre los 1425 y los 1900 millones de dólares. También podemos señalar que los que apoyaban a su bando a crédito —Alemania e Italia— tenían un incentivo mucho mayor para continuar con su apoyo de todas clases, porque era la única manera que tenían para poder cobrar la deuda, mientras que los que vendían su ayuda al contado —Rusia— por lo menos podían estar satisfechos, porque ya habían cobrado. Además, añadirían algunos, parecía que quienes insistían en cobrar al contado dudaban de las probabilidades de éxito de su bando, mientras que los que daban crédito confiaban en las del suyo[2364].

AYUDA A LOS NACIONALISTAS

Alemania

Las fuerzas alemanas en España se elevaron como máximo a unos 10 000 hombres, aunque en mayo de 1939, en el desfile de la Legión Cóndor en Berlín participaron 14 000 veteranos. Los alemanes que ayudaron a los nacionalistas probablemente fueron más de 16 000, muchos de los cuales eran personal civil e instructores[2365]. Unos 300 alemanes murieron en España. La Legión Cóndor estaba constituida por 5000 hombres. Esta importante y bien dirigida unidad de tanques y aviones experimentales iba acompañada por treinta compañías antitanque. El coronel *von* Thoma, que mandaba el cuerpo de tanques, dijo a los americanos en 1945 que durante la guerra había tomado parte en 192 batallas de

tanques[2366]. Estos tanques Panzer Mark I no resultaron eficaces contra los tanques rusos, que eran mayores, en 1936 y 1937. Probablemente, el total de tanques enviados a España fue de unos 200. Los envíos alemanes se realizaron en unos 180 viajes diferentes, Los alemanes enviaron unos 600 aviones a España, entre los que se contaban 136 Messerschmitt 109, 125 Heinkel 51, 93 Heinkel 111 y 63 Junker 52[2367]. Cualquier cálculo de la ayuda alemana a Franco debería tener en cuenta además la ayuda prestada en las academias militares, en el terreno de las comunicaciones y el entrenamiento, así como el asesoramiento prestado en mil problemas pequeños, pero cruciales, de organización militar. El cañón antiaéreo de 88 milímetros también fue una contribución importante de Alemania y probablemente impidió que la República se aprovechara de su superioridad aérea en la primavera de 1937.

Italia

Las fuerzas italianas en España en su punto máximo sumaban entre los 40 000 y los 50 000 hombres, y quizás en conjunto pasaron por España un total de 75 000 italianos[2368]. En España murieron más de 4000 italianos[2369], y además Italia perdió tal vez una cuarta parte del equipo militar que había enviado[2370]. Italia envió a España unos 660 aviones, de los cuales, los más importantes fueron los 350 cazas Fiat CR. 32 y los 100 Savoias 79. También había unos 70 Romeo 37 y 64 Savoia 81[2371]. Quizá llegaron a España unos 150 tanques italianos, todos los cuales eran o Fiat-Ansaldo de tres toneladas y media, armados con ametralladoras de 7 milímetros, con una velocidad máxima de 40 kilómetros por hora y una tripulación de dos hombres; o lanzallamas más pesados, capaces de transportar 125 litros de gasolina y de lanzarla a 60 o 70 metros de distancia[2372]. También enviaron unas 800 piezas de artillería (el excelente modelo de 1916 de

65/17 milímetros)[2373], que, al parecer, se quedaron todas en España.

La artillería italiana estaba bien dirigida por oficiales expertos, que habían combatido en la primera guerra mundial, encabezados por el general Ettore Manca. Los italianos, además, probablemente enviaron unos 1414 motores de avión, 1672 toneladas de bombas, 9 millones de cartuchos, 10 000 ametralladoras y armas automáticas, 240 000 fusiles, 7 millones de balas de artillería, y 7660 vehículos motorizados[2374]. Según los cálculos de la prensa italiana de 1939, los pilotos italianos volaron 135 265 horas en la guerra, participaron en 5318 bombardeos aéreos, alcanzaron a 224 barcos, y entablaron 266 combates aéreos, en los que derribaron 903 aviones. 5699 oficiales y soldados y 312 miembros del personal civil de las fuerzas aéreas italianas también participaron en la guerra, al parecer, en diferentes épocas. Se cree que tomaron parte en la guerra civil 91 barcos de guerra y submarinos italianos. Se dijo que estos últimos habían hundido barcos con un peso total de 72 800 toneladas. Los ingenieros, expertos en señales y criptógrafos italianos también tuvieron su papel, por ejemplo, en las escuelas de «radiotransmisión» de Valladolid, Miranda de Ebro y Palencia[2375]. En Valladolid y en Zaragoza hubo dos grandes hospitales militares italianos, cada uno con mil camas o más, y algunos hospitales menores, así como tres trenes-hospital. El material y la organización de las unidades italianas, que eran malos en 1937, mejoraron en 1938, y las raciones de comida y las condiciones materiales de los italianos probablemente eran superiores a las de los españoles[2376].

Portugal, Irlanda, Francia, etc.

Entre las ayudas de otros gobiernos extranjeros estuvo la

de Portugal, que, por lo menos al principio de la guerra, era imposible de calcular, por razones geográficas más que militares. Varios miles de voluntarios portugueses lucharon en la legión extranjera y en algunas otras unidades[2377]. Seiscientos irlandeses lucharon con los nacionalistas, dirigidos por el general O'Duffy. Apenas tuvieron pérdidas. Algunos franceses de derechas combatieron como voluntarios con los requetés y en la legión —tenían derecho a llevar una estrecha cinta tricolor sobre la correa del hombro, y estaban a las órdenes de un tal coronel Courcier, de los spahis—, así como algunos latinoamericanos, unos cuantos exiliados rusos blancos, y otros. En total no pasaron de 1000, como máximo. Pocos anglosajones lucharon en el bando de Franco[2378].

Otra ayuda a los nacionalistas

Unos 75 000 «voluntarios» marroquíes, por lo menos, combatieron en el bando de Franco, y tuvieron un papel muy importante en los primeros días de la guerra[2379]. Los nacionalistas, además, compraron unos cincuenta aviones aproximadamente a países que no eran Alemania o Italia (unos cuantos Dragón y Fokker).

AYUDA A LA REPÚBLICA

Rusia

La República compró alrededor de 1000 aviones a Rusia, y quizás 300 a otros países, principalmente a Francia. De éstos, casi 400 eran cazas «Chato», casi 300 «Mosca», y quizá 100 bombarderos Katiuska, 60 «Rasantes» y 113 bombarderos Natasha[2380]. Los principales aviones comprados a Francia fueron los 42 Dewoitine 371, los 40 Potez 54, y los 15 Marcel Bloch 210[2381]. En total, en Francia se debieron de comprar entre 100 y 150 aviones. Otros aviones comprados fueron: 40 Aero 101, 10 Letov, 14 Vultee A1, 11 Bristol Bulldog, 20 De

Havilland Dragón, y 28 Koolhoven FK51 comprados en Holanda, así como una escuadrilla de 40 cazas Grumman, comprados en los Estados Unidos: éstos tenían buenas radios, pero por lo demás no eran muy apropiados para una guerra[2382]; sin embargo, algunos motores permitían a los aviones volar a gran altura. El conjunto de aviones comprados a otros países que no fueran Rusia debió de ser de unos 320, lo cual hace que el total se eleve a 1320 aviones.

Es menos fácil hacer cálculos de las compras republicanas de otro tipo de material de guerra. Según los informes del agregado militar alemán en Estambul, basados a su vez en los informes de agentes que actuaban en esta capital, entre septiembre de 1936 y marzo de 1938, Rusia envió, en unos 164 barcos (71 españoles, 39 ingleses, 34 rusos, 17 griegos y 4 de otros países), unos 242 aviones, 703 cañones, 27 cañones antiaéreos, 731 tanques, 1386 camiones, 69 200 toneladas de material de guerra y 29 125 toneladas de munición. Además parece ser que recorrieron el mismo camino 920 oficiales y hombres así como por lo menos 28 000 toneladas de gasolina y 32 000 de petróleo, 4650 toneladas de lubricantes, y algunos otros articulos, entre otros 450 toneladas de ropas, 325 de medicinas, 100 fusiles ametralladores, 500 obuses y 187 tractores[2383]. Sin duda hubo más embarques, aunque el bloqueo hizo muy difícil o incluso imposible la travesía por el Mediterráneo en los meses siguientes. En cuanto los envíos por tierra, el cuartel general nacionalista hizo varios cálculos: uno, en octubre de 1938, indicaba que, entre julio de 1 julio de 1938, habían entrado unos 200 cañones, 200 tanques, 3247 ametralladoras, 4000 camiones, 47 unidades de artillería, 4565 toneladas de municiones, 9579 vehículos y 14 889 toneladas de combustible[2384]. Esta ayuda fue complementada más adelante. Indudablemente, todo esto procedía de las agencias de compra de del Komintern, de la

comisión de contribución a la República con sede en París, y directamente de Rusia. Cuantitativamente, es probable que los suministros extranjeros enviados a la República fueran iguales que los enviados a los nacionalistas (en algunos casos mayores), pero la calidad era variable. Además, gran parte fue desperdiciada o abandonada en el campo de batalla. Las diferencias de calibre de los fusiles constituían una de las desventajas de recibir ayuda de tantos sitios diferentes. Al final de la guerra, las fuerzas nacionalistas tenían un regimiento de tanques rusos, y una serie de ametralladoras rusas. En ambos bandos escaseaban los camiones; la falta de medios de transporte puede considerarse el factor decisivo del fracaso último del ataque lanzado por la República en el frente del Ebro.

Probablemente Rusia envió a España 900 tanques, 1550 piezas de artillería, 300 carros blindados, 15 000 ametralladoras, 30 000 automáticos, 15 000 morteros, 500 000 fusiles, 8000 camiones, con 4 millones de proyectiles de artillería, 1000 millones de cartuchos, y 1500 toneladas de pólvora[2385]. Los tanques rusos eran, en su mayoría, del tipo T-26, y algunos TB-5: ambos eran mucho más pesados, estaban mejor armados, eran más rápidos e imponentes, aunque menos manejables que los tanques alemanes o italianos de que disponían los nacionalistas. Pero la República se benefició de ellos menos de lo que cabía esperar.

Las Brigadas Internacionales

El número total de extranjeros que lucharon a favor de la República española fue probablemente de unos 40 000 o 45 000, y, de éstos, alrededor de 35 000 estuvieron en las Brigadas Internacionales, que probablemente nunca tuvieron más de 18 000 hombres en servicio al mismo tiempo[2386].

Además debía de haber otros 10 000 extranjeros, entre médicos, enfermeras, guerrilleros, etc. El mayor grupo nacional de voluntarios lo constituyeron los 10 000 franceses, aproximadamente, de los que murieron 1000[2387]. Alemania y Austria contribuyeron quizá con 5000 hombres, de los que murieron 2000[2388]. El número de polacos, incluidos los ucranianos que, a partir de 1945, pasarían a pertenecer a Rusia, debió ser también de unos 5000[2389]. A continuación venía Italia con 3350[2390]. Los Estados Unidos aportaron unos 2800. De éstos, murieron alrededor de 900[2391]. Hubo unos 2000 voluntarios ingleses, de los cuales murieron unos 500 y cayeron heridos 1200 —un porcentaje muy alto—;[2392] alrededor de 1000 voluntarios canadienses, 1500 yugoslavos[2393], 1000 húngaros, 1500 checos, y 1000 escandinavos, de los cuales 500 eran suecos[2394]. Murieron 76 suizos[2395]. Los demás voluntarios procedían, según se dijo, de 53 países[2396]. Probablemente lucharon en España 90 mexicanos[2397].

En cuanto a los rusos, el máximo que hubo al mismo tiempo en España fue de 700, y el total se sitúa probablemente entre los 2000 y los 3000[2398]. En la guerra de España quizá volaron 1000 pilotos rusos[2399].

Tampoco hay que ignorar los 47 millones de rublos «regalo» de los trabajadores rusos en agosto de 1936, y un fondo de unos 10 millones de dólares constituido por organizaciones privadas y públicas extranjeras. Cayendo quizás en la pedantería, recordemos además que servicios como las Brigadas Internacionales y las misiones médicas voluntarias supusieron una ayuda que no se contabiliza al dar cifras de la intervención extranjera en el terreno económico. Los organismos de ayuda norteamericanos recogieron más de dos millones de dólares.

México envió 20 000 fusiles, 28 millones de cartuchos y 8 baterías, con algunos camiones y aviones. Sin embargo, no se trataba de un regalo: los españoles tuvieron que pagar, aunque gran parte de este material no era de primera categoría.

RESUMEN

Cifras probables de la intervención extranjera en la guerra civil.

	Hombres	Aviones	Tanques	Artillería (piezas)
Nacionalistas				
De Alemania	apr. 17.000	apr. 600	200	1.000
» Italia	apr. 75.000	apr. 660	150	1.000
» otros países	apr. 75.000 (marroquíes)	4		
		apr. 1.260	apr. 350	apr. 2.000 (cálculo)
Republicanos				
De Rusia	apr. 2.000-3.000	1.000	900	1.550
» otros países	35.000 (Brigadas Internacionales)	320		
	5.000 (Otros)			
	10.000 (Voluntarios extranjeros no combatientes)			
		apr. 1.320	apr. 900	apr. 1.550

APENDICE VIII

GUERNICA

Carta sobre Guernica del cónsul inglés R. C. Stevenson,

dirigida al embajador inglés, *Sir* Henry Chilton, en Hendaya.

Consulado Británico

Bilbao

28 de abril de 1937

Querido *sir* Henry:

Ayer, al desembarcar en Bermeo, me hablaron de la destrucción de Guernica. Fui inmediatamente a echar un vistazo in si tu y cuál no sería mi asombro al comprobar que aquella población, que normalmente tenía unos cinco mil habitantes y desde septiembre, debido a la afluencia de refugiados, había llegado a los diez mil, estaba casi completamente destruida. Nueve de cada diez casas han quedado de tal forma que es imposible reconstruirlas. Muchas estaban todavía ardiendo, y estallaban nuevos incendios de vez en cuando, producto de las bombas incendiarias que, por algún defecto de fabricación, no habían explotado en el momento del impacto, el día anterior, y lo hacían ahora, en el momento de mi visita, entre vigas y muros derrumbados. No puede averiguarse el número de víctimas, y probablemente nunca se sabrá con exactitud. Unos calculan que ha habido mil, otros hablan de más de tres mil. Un vecino que lo presenció todo me dijo que, hacia las cuatro de la tarde, aparecieron en el cielo tres aparatos y lanzaron bombas incendiarias y de alta potencia. Después desaparecieron y, al cabo de diez minutos, llegaron otros cinco o seis aparatos, y así sucesivamente durante varias horas, hasta después de las siete. Calculan que pasaron unos cincuenta aviones. Después de dos o tres incursiones, la población fue presa del pánico. Hombres, mujeres y

niños salieron corriendo de Guernica ascendiendo por las peladas colinas. Allí fueron ametrallados implacablemente, aunque con escaso efecto. Pasaron la noche al aire libre, contemplando su ciudad en llamas. Vi muchos hombres y mujeres que vagaban por las calles buscando entre los escombros de sus casas los cuerpos de sus seres queridos.

Por la tarde me encontré a Monzen, que parecía aturdido por la catástrofe. Me preguntó qué se podía hacer por las mujeres y los niños de Bilbao. Yo le hablé de la evacuación sugerida, él dijo que se trataba de un cuarto de millón de personas, y que aquello era prácticamente imposible cuando en el extranjero estaban dando muestras de tan poca comprensión, y no existía una organización para abordar un plan como aquél y llevarlo a cabo. Yo le dije lo que pensaban en Francia del problema de los refugiados. Mencioné a los rusos, polacos, italianos, alemanes y judíos que habían inundado Francia a cientos de miles durante las dos últimas décadas. Además, el plan dependía de Salamanca, que tenía el dominio del mar, y Salamanca todavía no había respondido a la sugerencia hecha por usted de que dejaran al vapor Habana y al yate Goiseka Izarra hacer la travesía entre Bilbao y los puertos franceses sin ser molestados[2400]. Él veía lo razonable de todo esto, pero, a pesar de todo, me preguntó si no se me ocurría alguna solución. A esto yo respondí que llevaba varias horas buscando una, pero que sólo podía sugerir la rendición. Él dijo que esto era imposible. Yo le hice imaginar el cuadro de un Bilbao destruido de la misma manera, sin posibilidad de escapar a la destrucción más que para parte de su

población, que ahora es de medio millón. No y mil veces no. Le dije que yo simpatizaba con él, que su buen criterio estaba ofuscado por la pasión, que la resistencia contra un enemigo aplastante era inútil, que yo metería a los miembros del gobierno, los oficiales más antiguos y los dirigentes del Partido Nacionalista Vasco en un destructor. Pero fue inútil. Dijo que la rendición era imposible, cualesquiera que fueran las consecuencias. Hoy he repetido todo esto al presidente, pero he encontrado en él la misma resistencia a la idea de rendición. El presidente me ha preguntado si creía que cabía la posibilidad de que interviniesen los gobiernos inglés y francés. Le he dicho que, si había intervención, yo no podía concebirla sobre otra base que no fuera la rendición. Ya habrá leído su llamamiento al mundo civilizado en la prensa.

Tengo la impresión de que ya he llegado todo lo lejos que podía a este respecto. Evidentemente, no puedo convencerles para que se rindan, por lo menos no ahora. Teniendo en cuenta cómo es la naturaleza humana, me atrevería a decir que mi sugerencia encontrará eco algún día, si es que entonces no es demasiado tarde. Todavía no he pensado qué es lo que haría en caso de evacuación. Con los bombarderos encima de nuestras cabezas, con elementos extremistas dispuestos a continuar la guerra, con miles de hombres, mujeres y niños corriendo enloquecidos, todos intentando conseguir un pasaje, y con la imposibilidad de mantener en secreto los planes de la evacuación, no veo cómo podría llevarse a cabo con éxito.

No cabe duda de que aquí la moral ha bajado. Mi

amigo Eguía, el «primer *lord* del Almirantazgo vasco» pero sin ningún puesto en el gobierno, me ha dicho hoy que temía que se rompiera el frente si continuaban los bombardeos de centros civiles y los reveses militares[2401]. Creo que tiene razón. Al fin y al cabo, en Bilbao hay tres grupos políticos: los nacionalistas vascos, los izquierdistas y los partidarios de Franco. Los primeros morirán o serán fusilados según luchen o se rindan; los segundos huirán a Santander o a Gijón, o se rendirán esperando salvar el pellejo, pensando que los rebeldes agotarán su capacidad de ejecutar a la gente con los vascos; los terceros pueden formar una «quinta columna». Dios sabe cuál de estas posibilidades se materializará. Probablemente un poco de cada una, y no digamos cómo actuarán los rebeldes cuando se encuentren ante las puertas abiertas de una ciudad importante. Además, Eguía me ha dicho que circulan rumores, cada vez más insistentes, de que los extremistas intentan hacerse con el poder. De manera que ya ve usted que aquí la situación es decididamente crítica, y que puede empeorar cualquier día.

Las negaciones oficiales de Salamanca respecto al bombardeo de Guernica alientan la creencia de que, por mucho valor físico que tengan los rebeldes, no tendrán el valor moral de cumplir su amenaza de arrasar Bilbao. Muchas personas han basado nuevas esperanzas en esta insuficiente posibilidad. También se dice que un Bilbao destruido no ayudaría a Franco a alcanzar la victoria, porque entonces se quedaría sin las fábricas que tanto necesita.

Todo lo anterior no es más que una serie de

impresiones, pero he tenido tantas durante las últimas 36 horas que no he podido formarme una opinión. Sin embargo, estoy convencido de la necesidad de la evacuación de mujeres y niños, aunque sólo sea de unos cuantos miles, y si puede hacerse algo a este respecto antes de que sea demasiado tarde, tanto mejor. ¿Hay alguna esperanza de que Salamanca dé una respuesta favorable? Tanto Casterán como yo creemos que habría que hacer algo para llevar a la práctica el proyecto del Habana sin condiciones respecto a los rehenes, dejando que nosotros nos encarguemos de hacer salir a un porcentaje razonable de mujeres familiares de los rebeldes.

Estoy siendo importunado día y noche por gente que quiere marcharse. El público ha llegado a considerar los destructores británicos como una empresa de servicio público, y se muestran incrédulos cuando les digo que esto se ha acabado. Sin embargo, con permiso del presidente, he tomado medidas para hacer subir a bordo de nuestro destructor a doce personas, la señora de la Sota, que pertenece a una familia monárquica, y sus hijos, y los Aburto, que son medio vascos, medio rebeldes. Ramón de la Sota no quiere marcharse, a pesar de mis ruegos. Le he dicho que está el primero en la lista de «personas fichadas» y que, si no se va ahora, esto puede costarle la cabeza, porque no puedo concebir que los rebeldes tengan en cuenta que, durante los últimos nueve meses, su casa ha estado llena de refugiados políticos que, gracias a su influencia, no sólo se han salvado de la cárcel y posiblemente de la muerte, sino que han conseguido pasaportes y

permisos para marcharse en nuestros destructores. Espero que esto no haya sido demasiado largo. Suyo afectísimo,

(Firmado) R. C. Stevenson

Otras notas del Foreign Office

Es un relato interesante.

El señor Stevenson decidió utilizar su influencia para convencer a los vascos de que se rindieran: no creo que haya ningún peligro de que los vascos pensaran que el gobierno de Su Majestad estaba intentando presionarles: estaba claro que se trataba de una cuestión personal.

J. A. Malcolm

5/5

Un relato muy interesante de la visita del señor Stevenson a Guernica y de sus conversaciones con las autoridades vascas. En otro escrito he sugerido que tal vez el señor Stevenson fue demasiado lejos al sugerir la rendición a las autoridades vascas y prometerles evacuar al gobierno.

Siguiendo las instrucciones de *sir* G. Mounsey, esta mañana he telefoneado a Hendaya para decir al señor Stevenson que no repita su consejo a los vascos. Sin embargo, el señor Stevenson había salido para Bilbao esta mañana. *Sir* H. Chilton me ha dicho que había precisado claramente al señor Stevenson que no debía repetir su consejo, y que éste había comprendido muy bien su posición.

¿Es necesario, en este caso, telegrafiar directamente al señor Stevenson?

D. Howard

He hablado por teléfono en el mismo sentido con el señor Stevenson, que había pensado en un arreglo que implicaba la rendición del gobierno vasco y nos comprometía a llevarlos a bordo de nuestros barcos. Le dije que no debía insistir más en aquello, porque podía crearnos toda clase de complicaciones.

Sería mejor que enviáramos un telegrama para confirmar nuestro punto de vista, a efectos de archivo, aunque no me cabe la menor duda de que el señor Stevenson ahora comprende nuestros deseos.

G. M. (*sir* George Mounsey)

5.5.37

De acuerdo.

A. E. (Anthony Edén)

6 de mayo

Lord Cranborne

Sir R. Vansittart:

No estoy seguro de que haya quedado suficientemente claro en estas notas lo que realmente se propone en caso de evacuación del gobierno vasco.

Lo que deseamos dejar bien claro ante el señor Stevenson es que de ningún modo debe llegar a ningún acuerdo con el gobierno vasco para darles refugio en un barco inglés antes de que se presente una emergencia.

Por otra parte, desearíamos que nuestras autoridades navales de Bilbao tuvieran la misma discreción que han tenido en Barcelona y en otros puntos de España: es decir, que cuando ocurra una

emergencia, si es que ocurre, y los miembros del gobierno vasco cuyas vidas se encuentren en peligro inminente busquen refugio, de hecho, en uno de nuestros barcos, no se les niegue el acceso al mismo.

Indudablemente esto no podría interpretarse como una intervención por nuestra parte. No está preparado de antemano —igual que el envío de barcos con alimentos y la evacuación de los civiles— y equivale a un acto de humanitarismo con personas cuyas vidas de otro modo serían sacrificadas. Si se les trajera a este país, naturalmente se les pedirían ciertas garantías de su conducta neutral mientras permanecieran aquí.

G. M. (*sir* George Mounsey)

7.5.37

Esto me parece conveniente, si no hay acuerdo previo. Pero creo que es sumamente importante no dar a los gobiernos alemán e italiano una excusa para que digan que hemos intervenido, y, con todos los respetos para *sir* G. Mounsey, yo veo una diferencia entre proteger barcos ingleses, que transporten alimentos o algo parecido, fuera de las aguas territoriales españolas, o evacuar mujeres y niños vascos, y llevar a bordo de barcos de guerra británicos a un gobierno que ha representado a un bando en la guerra y ha sido derrotado. A mi entender, esto se aproxima mucho más a la intervención. Debería considerarlo el ministro adjunto.

C. (*Lord* Cranborne)

7.5

De acuerdo.

G.

8/5

La evacuación del gobierno vasco, si llega el caso, va a ser una cosa muy difícil y delicada. Este telegrama no nos compromete a nada, y evidentemente puede enviarse. Pero ¿y si el señor Stevenson se encuentra con una emergencia? Está claro que ahora se necesita poca cosa para que el *Signor* Mussolini eche por la borda la no intervención. Evidentemente, no podemos ir y recoger al gobierno vasco. Pero, si salen de las aguas territoriales por su cuenta y llegan a un barco inglés en alta mar, este barco ¿ha de negarse a recogerlos? Yo creo que no puede negarse —aunque tal vez eso ya sea suficiente para Mussolini. Sin embargo, sugiero que ésta debería ser la actitud general del señor Stevenson.

R. V. (*sir* Robert Vansittart)

10 de mayo

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Ahora ya existe una amplia bibliografía sobre la guerra civil española y sus orígenes. Véase J. García Durán, *Bibliografía de la guerra civil española* (Montevideo, 1965), o Ricardo de la Cierva et al., *Bibliografía general sobre la guerra de España* (Madrid-Barcelona, 1968). Ninguna de las dos es completa, ni podía serlo; y ahora ambas ya acusan el tiempo transcurrido desde su publicación. Herbert Southworth señala algunos errores de la segunda en «Los bibliófobos», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n.º 2. Un buen ensayo bibliográfico sobre la historia española moderna se encuentra en Raymond Carr, *Spain 1808-1939* (Oxford, 1966; traducción castellana: Barcelona, 1968). Puede encontrarse más material bibliográfico en la serie de *Cuadernos bibliográficos de la guerra de España, 1936-1939* (publicados por la Universidad de Madrid a partir de 1966).

I. Colecciones de documentos

Los textos más importantes de la República se encuentran en María del Carmen García Nieto y Javier M. Donézar, Bases documentales de la España contemporánea, vols. 8 y 9, «La Segunda República» (Madrid, 1974). Los textos de 1936 pueden encontrarse en Ricardo de la Cierva, *Los documentos de la primavera trágica* (Madrid, 1967). Sobre la guerra, véase Fernando Díaz-Plaja, *La guerra de España en sus documentos*

(Barcelona, 1966).

II. Antecedentes

(1) La mejor historia de la España moderna es la de Carr (véase más arriba, en el primer párrafo). Véase una introducción admirable al siglo XX en Gerald Brenan, *The Spanish Labyrinth* (Cambridge, 1943; traducción castellana: París, 1962). Entre otras obras generales se cuentan: Manuel Tuñón de Lara, *La España del siglo XX* (París, 1966), y Antonio Ramos Oliveira, *Historia de España*, 3 vols. (México, 1969); ambos insisten en el aspecto económico. La primera mitad de la obra de Salvador de Madariaga, *España* (Buenos Aires, 1946, y ediciones posteriores), sigue siendo útil.

(2) La mejor historia política de la Restauración es la obra de Melchor Fernández Almagro, *Historia política de la España contemporánea*, 2 tomos (Madrid, 1959). Sobre la Institución Libre de Enseñanza, véase el libro de este título de Vicente Cacho Viu (Madrid, 1962). Sobre Alfonso XIII, véase Julián Cortés Cavanillas, *Alfonso XIII* (Madrid, 1959). Sobre la guerra en Marruecos, véase David Woolman, *Rebels in the Rif* (Stanford, 1969). Sobre 1909, véase Joan Connelly Ullman, *The Tragic Week* (Cambridge, Massachusetts, 1968; traducción castellana: Barcelona, 1972). Sobre la dictadura de Primo de Rivera, véase Juan Velarde Fuertes, *Política económica de la Dictadura* (Madrid, 1968): no hay ningún estudio político satisfactorio, ni siquiera una biografía. Sobre el ejército a lo largo de aquel período, véase Stanley Payne, *Politics and the Military in Modern Spain* (Stanford, 1967; traducción castellana: París, 1968).

(3) Puede ser útil la lectura del análisis general de las cuestiones constitucionales que hace Carlos Rama en *La*

crisis española del siglo XX (México, 1960).

III. La historia primitiva de los movimientos obreros

(1) Sobre el anarquismo, véase el excelente libro de Casimiro Martí, *Los orígenes del anarquismo en Barcelona* (Barcelona, 1959); Josep Termes, *Anarquismo y sindicalismo en España* (Barcelona, 1972); Anselmo Lorenzo, *El proletariado militante* (México, 1940, y otras ediciones), que es un relato personal; la famosa obra de J. Díaz del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas: Córdoba* (Madrid, 1929); el primer tomo de José Peirats, *La CNT y la revolución española* (Toulouse, 1951); y Diego Abad de Santillán, *Contribución a la historia del movimiento obrero español*, 2 tomos (México, 1962). También puede encontrarse información útil o interesante sobre el anarquismo en la obra de Joan Connelly Ullman [véase anteriormente, en la sección II, apartado (2)]; en el meticuloso estudio de Joaquín Romero Maura sobre los movimientos de la clase obrera de Barcelona a principios de siglo, «La Rosa de Fuego» (Barcelona, 1975); y salpicada aquí y allá en los tres tomos de la *Historia de las Internacionales en España* de Maximiano García Venero (Madrid, 1956). Brenan [véase anteriormente, sección II, apartado (1)] es excelente al tratar del anarquismo andaluz, y obras como las de Ángel Pestaña, *Lo que aprendí en la vida* (Madrid, 1932), Manuel Cruells, *Salvador Seguí, el Noi del Sucre* (Barcelona, 1974), y Abel Paz, *Durruti: le peuple en armes* (París, 1972), aportan visiones personales. La mejor introducción al anarquismo como fenómeno internacional es la de James Joll, *The Anarchists* (Londres, 1964; traducción castellana: Barcelona, 1972). Véase también el artículo de

Joaquín Romero Maura, «Anarchism Today: the Spanish Case» (*Government and opposition*, vol. 5, n.º 4, otoño, 1970).

(2) El socialismo no está tan estudiado, aunque puede verse el excelente libro de Gerald Meaker, *The revolutionary left in Spain 1914-1923* (Stanford, 1974), el libro de Julián Zugazagoitia *Pablo Iglesias* (Madrid, 1926), el superficial *Mis recuerdos*, de Largo Caballero (México, 1954), y el episódico *Julián Besteiro*, de Andrés Saborit (México, 1961).

(3) Meaker [véase más arriba, sección III, apartado (2)] tiene una buena introducción a la historia —poco importante— de los comunistas antes de 1936. E. Comín Colomer hace una crónica enormemente larga en su *Historia del Partido Comunista en España*, 3 tomos (Madrid, 1965). Véase también José Bullejos, *Europa entre dos guerras* (México, 1944); Enrique Matorras, *El comunismo en España* (Madrid, 1935); V. Reguengo, *Guerra sin frentes* (Madrid, 1954); y los capítulos correspondientes de las *Mémoires* de Jules Humbert-Droz, en 3 tomos (Neuchâtel, 1969-1972).

(4) Si interesa un estudio general, véase la desigual obra de Stanley Payne, *The Spanish Revolution* (Nueva York, 1970; traducción castellana: Barcelona, 1972).

IV. La república

(1) De los estudios generales, la obra de Joaquín Arrarás, *Historia de la Segunda República española*, 4 tomos (Madrid, 1956-1963), es el más detallado; es favorable a las derechas. La primera mitad de la obra de Gabriel Jackson, *The Spanish Republic and the Civil War* (Princeton, 1965; traducción castellana: Barcelona, 1974), es una narración apasionada y bien escrita, favorable a los liberales. *La Historia de la Segunda República española* de Josep Pía, 4 tomos (Barcelona,

1940-1941), todavía puede leerse con interés. Los ensayos de Raymond Carr, *The Republic and the Civil War in Spain* (Londres, 1971; traducción castellana: Barcelona, 1974), incluyen debates revisionistas interesantes.

(2) El mejor estudio de la caída de la Monarquía y la formación del movimiento republicano es el de S. Ben-ami, *The Fall of the Spanish Monarchy* (tesis doctoral de Oxford, 1974).

(3) Las elecciones están bien tratadas en Jean Bécarud, *La Deuxiéme République Espagnole* (París, 1962; traducción castellana: Madrid, 1967). Sobre este tema, véase también José Venegas, *Las elecciones del Frente Popular* (Buenos Aires, 1942), y un estudio moderno muy meticuloso, la obra de Javier Tusell, *Las elecciones del Frente Popular*, 2 tomos (Madrid, 1972). También está el libro de Manuel Ramírez Jiménez, *Los grupos de presión en la Segunda República* (Madrid 1969). Sobre política extranjera sólo existen las *Memorias* (1921-1936) de Salvador de Madariaga (Madrid, 1974).

(4) La historia económica de la República puede estudiarse en Albert Balcells, *Crisis económica y agitación social en Cataluña, 1930-1936* (Barcelona, 1971), y en la primera parte de la obra de Ramón Tamames, *La República, la era de Franco* (Madrid, 1973), una obra de economía política muy provocativa.

(5) La obra de Edward Malefakis, *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain* (New Haven, 1970; traducción castellana: Barcelona, 1972), es, con mucho, el mejor estudio de los problemas agrarios. Hay mucho material muy ilustrativo en tres estudios de tres pueblos muy diferentes: Julián Pitt Rivers, *People of the Sierra* (Londres, 1954; traducción castellana: Barcelona, 1971); Gerald Brenan,

South from Granada (Londres, 1957; traducción castellana: Madrid, 1974), y Carmelo Lisón-Tolosana, *Belmonte de los Caballeros* (Oxford, 1966).

(6) El desafío liberal ha sido poco tratado por los historiadores y los escritores de memorias, con la excepción del incomparable diario de Manuel Azaña, contenido en los tomos III y IV de sus *Obras completas* (México, 1966), y en las páginas robadas que editó Joaquín Arrarás en 1938 con el título de *Memorias íntimas de Azaña* (Madrid, 1939). También son de una cierta utilidad dos biografías de Azaña: Cipriano Rivas-Cherif, *Retrato de un desconocido* (México, 1961), y Frank Sedwick, *The Tragedy of Manuel Azaña and the fate of the Spanish Republic* (Ohio, 1963). Véase también Miguel Maura, *Así cayó Alfonso XIII…* (Barcelona, 1962), y Marcelino Domingo, *Mi experiencia del poder* (Madrid, 1934).

(7) El mejor estudio general sobre las derechas españolas es el de Richard Robinson, *The Origins of Franco's Spain* (Newton Abbot, 1970; traducción castellana: Barcelona, 1974), y son útiles las memorias de José María Gil Robles (*No fue posible la paz*, Barcelona, 1968) y de Joaquín Chapaprieta (*La paz fue posible*, Barcelona, 1971). La pequeña historia (Buenos Aires, 1945) de Alejandro Lerroux no es digna de confianza. La más informativa de las biografías de Calvo Sotelo es la de Aurelio Joaniquet (Santander, 1939). Los monárquicos son estudiados en Santiago Galindo Herrera, *Los partidos monárquicos bajo la segunda república* (Madrid, 1956), y, mucho más críticamente, en varios análisis de Paul Preston [p. ej., *The Spanish Right under the Second Republic*, Reading, 1971, y «The Moderate Right and the undermining of the Second Spanish Republic», *European Studies Review*, vol. III, n.º 4 (1973)]. La nostalgia monárquica queda reflejada en José María Pemán, *Mis almuerzos con gente importante*

(Barcelona, 1970) o en Juan Ignacio Luca de Tena, *Mis amigos muertos* (Barcelona, 1971). Javier Tusell hace un estudio metódico de la CEDA en su *Historia de la Democracia Cristiana en España*, 2 tomos (Madrid, 1974). Véase también José Gutiérrez Ravé, Antonio Goicoechea (Madrid, 1965).

(8) El resurgimiento carlista se expone en Juan de Zavala y Luis Redondo, *El Requeté* (Barcelona, 1957), y Jaime del Burgo, *Conspiración y guerra civil* (Madrid, 1970). Para un estudio equilibrado, véase Martin Blinkhorn, *Carlism and Crisis in Spain* (Cambridge, 1975).

(9) La mejor historia de la Falange es la obra de ese título de Stanley Payne (Stanford, 1961; traducción castellana: París, 1965). También merece la pena examinar David Jato, *La rebelión de los estudiantes* (Madrid, 1953); la biografía de José Antonio escrita por Felipe Ximénez de Sandoval, *Biografía apasionada* (Barcelona, 1941); Francisco Bravo, *Historia de la Falange española de las JONS* (Madrid, 1940); y *Hacia la Historia de la Falange*, de Julián Pemartín y Sancho Dávila. Las obras completas de José Antonio han aparecido en diferentes ediciones, p. ej., *Obras Completas* (Madrid, 1942). [Sobre la Falange en la guerra, véase más adelante, sección VII, apartado (1)].

(10) Sobre los movimientos obreros bajo la República, no hay mucho que añadir a la lista de la sección III, apartados (1) al (3). Sobre el anarquismo, las obras de Peirats, Abad de Santillán, García Venero, Brenan y Paz pueden complementarse con John Brademas, *Anarcosindicalismo y revolución en España 1930-1937* (Barcelona, 1974). Los diferentes ensayos periodísticos de Prieto [en *Convulsiones de España*, 3 tomos (México, 1967-1969), *De mi vida*, 2 tomos (México, 1965-1970), o *Palabras al viento* (México, 1942)]

reflejan la actitud socialista moderada.

(11) Los problemas regionales durante la República no han sido suficientemente estudiados. A diferencia de la lucha por la autonomía, la labor de la Generalitat catalana no ha sido objeto de mucha atención. E. Allison Peers, *Catalonia Infelix* (Londres, 1937), aunque antigua, sigue siendo una buena introducción al tema. Hay una biografía de Companys, insatisfactoria, escrita por Ángel Ossorio y Gallardo: *Vida y sacrificio de Companys* (Buenos Aires, 1943). Véase un estudio general de fondo en García Venero, *Historia del nacionalismo catalán* (Madrid, 1944), y en Jesús Pabón, *Cambó*, 3 tomos (Barcelona, 1952-1969), la mejor biografía que hay en castellano. La Lliga ha sido estudiada ampliamente en Isidre Molas, *Lliga Catalana* (Barcelona, 1972). Balcells [véase anteriormente, en el apartado (4)] estudia la economía con detalle. En cuanto al nacionalismo vasco, la obra de Stanley Payne, *El nacionalismo vasco* (Barcelona, 1974) es una buena introducción, aunque bastante escéptica, que viene a reemplazar a la *Historia del nacionalismo vasco* (Madrid, 1945) de García Venero, aunque en ésta se encuentra información útil.

(12) El tema de la Iglesia en la República está bien tratado por José Mariano Sánchez en *Reform and Reaction* (Chapel Hill, 1964) y más apasionadamente por Juan de Iturralde en *El catolicismo y la cruzada de Franco* (Bayona, 1955). Véase también Arxiu Vidal i Barraquer, *Església i Estat durant la Segona República Espanyola, 1931-1936*, vol. I (Montserrat, 1971). Naturalmente, hay material sobre este tema en las memorias de Gil Robles y otros.

V. La guerra civil en conjunto

Entre las obras generales se cuentan la segunda mitad del libro de Gabriel Jackson [véase sección IV, apartado (1)] y la recopilación de Raymond Carr. Una historia general desde un ángulo trotskista es el libro de Pierre Broué y Émile Témime, La *Révolution et la Guerre d'Espagne* (París, 1961; traducción castellana: México, 1962). La *Historia de la guerra en España* de Julián Zugazagoitia (Buenos Aires, 1940, reediciones posteriores) es una vivida narración de un ministro socialista. La *Historia ilustrada de la guerra civil española*, 2 tomos (Barcelona, 1970), de Ricardo de la Cierva, buena, aunque desigual, es más crítica respecto de la República. La historia general de la guerra del mismo autor todavía no ha llegado, de momento (1975), a la fase de combate. La *Histoire de la guerre d'Espagne* de Robert Brasillach y Maurice Bardéche (París, 1939; traducción castellana: Valencia, 1966) es sólo una obra de época. La voluminosa *Historia de la Cruzada Española*, 36 tomos (Madrid, 1940-1943), dirigida por Joaquín Arrarás, es útil para estudiar el alzamiento. *La guerra de mil días*, de Guillermo Cabanellas (Buenos Aires, 1973), es un relato bien escrito, aunque punzante, de un hijo socialista del general Miguel Cabanellas, cuyo papel está bien estudiado.

VI. Aspectos militares, navales y aéreos.

(1) Todavía no hay ningún estudio adecuado de la creación y la naturaleza del ejército nacionalista. Sin embargo, sus jefes han escrito numerosas autobiografías y memorias, y han sido tema de muchas biografías: entre las primeras, véase la obra del general Kindelán, *Mis cuadernos de guerra* (Madrid, sin fecha), la del general García Valiño, *Guerra de liberación española* (Madrid, 1949), y la del general

Martínez de Campos, *Ayer, 1931-1953* (Madrid, 1970). Entre las segundas se cuentan la vida del general Varela escrita por José María Pemán, *Un soldado en la Historia* (Cádiz, 1954), la biografía de Mola escrita por su ayudante, coronel José María Iribarren (*Mola*, Zaragoza, 1938), y numerosas biografías de Franco. De éstas, la más equilibrada es la de J. W. D. Trythall, *Franco* (Londres, 1970), y la más vivida es la de Luis Ramírez (*Francisco Franco*, París, 1964). La de Brian Crozier, *Franco* (Londres, 1967; traducción castellana: Madrid, 1969), no es crítica. Hay algunas intuiciones interesantes en la de George Hills, *Franco* (también Londres, 1967; traducción castellana: Madrid, 1968). La vida de Yagüe escrita por Juan José Calleja (*Yagüe, un corazón al rojo*, Barcelona, 1963) evita todos los temas difíciles.

(2) El monumental estudio de Ramón Salas Larrazábal sobre el ejército republicano (*El ejército popular*, 4 tomos, Madrid, 1974) contiene muchísima información y publica muchos documentos interesantes en los apéndices. Más manejable y menos partidista es la obra de Michel Alpert, *The Republican Army in the Spanish Civil War* (tesis doctoral, Reading, 1974; traducción castellana: París, 1976). Las memorias de militares republicanos son legión: por ejemplo, general Vicente Rojo, *Alerta los pueblos* (Buenos Aires, 1941, y Barcelona, 1974), *Así fue la defensa de Madrid* (México, 1967) y *España heroica* (México, 1961, y Barcelona, 1975); Julián Henríquez Caubín, *La batalla del Ebro* (México, 1944); José Martín Blázquez, *I helped to build an army* (Londres, 1939), muy bien escrito; la historia, poco de fiar, del golpe de estado del coronel Casado escrita por él mismo, *The Last Days of Madrid* (Londres, 1939; traducción castellana: Madrid, 1968); y el testimonio de cinco veteranos oficiales comunistas: Enrique Líster, *Nuestra guerra* (París, 1969); Juan Modesto, *Soy del Quinto Regimiento* (París, 1969); Antonio

Cordón, *Trayectoria* (París, 1969), el excelente libro de Manuel Tagüeña, *Testimonio de dos guerras* (México, 1973); e Ignacio Hidalgo de Cisneros, *Memorias*, 2 tomos (París, 1964).

(3) Las dos historias militares más antiguas, la de Manuel Aznar, *Historia militar de la guerra de España* (Madrid, 1940), y la de Luis María Lojendio, *Operaciones militares de la guerra de España* (Madrid, 1940), todavía son útiles para el ejército nacionalista, pero, ahora, la historia militar general más satisfactoria, con mucho, es la que se encuentra en los numerosos tomos preparados por el coronel Martínez Bande para el *Servicio Histórico Militar* (Madrid, 1968, y en adelante), aunque son excesivamente discretos sobre muchos aspectos de las decisiones nacionalistas. También hay mucha información interesante en Salas Larrazábal [véase apartado (2)].

(4) Las cuestiones navales están ampliamente tratadas en el estudio enciclopédico de José Luis Alcofar Nassaes, *Las fuerzas navales en la guerra civil española* (Barcelona, 1971). Sobre las operaciones nacionalistas, véase también Almirante Cervera, *Memorias de guerra* (Madrid, 1968), y almirante Moreno, *La guerra en el mar* (Barcelona, 1959). Unas memorias navales republicanas son Bruno Alonso, *La flota republicana y la guerra civil española* (México, 1944), y puede encontrarse una sugestiva narración periodística en Manuel Benavides, *La Escuadra la mandan los cabos* (México, 1944). La contribución rusa a la presencia naval republicana está bien resumida en la colaboración del almirante Kuznetzov en *Bajo la bandera de la España republicana* (Moscú, probablemente 1967).

(5) La mejor historia de la guerra en el aire es la de Jesús Salas Larrazábal, *La guerra de España desde el aire*

(Barcelona, 1970). Véase también general José Gomá, *La guerra en el aire* (Barcelona, 1958). Véase el punto de vista de un piloto republicano en coronel Andrés García Lacalle, *Mitos y verdades* (México, 1974). Menos extenso es F. Tarazona, *Sangre en el cielo* (México, 1960). La Escuadra España recibe un tratamiento épico en la maravillosa novela de Malraux, *L'Espoir* (París, 1938). Otras memorias de aviadores republicanos que siguen siendo interesantes son los libros de Oloff de Wet, *Cardboard Crucifix* (Londres, 1938), y de F. G. Tinker, *Some still Live* (Londres, 1936). Entre las memorias nacionalistas se cuentan las de J. García Morato, *Guerra en el aire* (Madrid, 1940); Juan Antonio Ansaldo, *¿Para qué?* (Buenos Aires, 1951); y José Larios, *Memorias de un piloto de caza* (Santander, 1966).

Puede encontrarse información técnica en los cuatro pequeños tomos de Salvador Relio, *La aviación en la guerra de España* (Madrid, 1969-1971), o en Miguel Sanchís, *Alas rojas sobre España* (Madrid, 1956).

Hay muchos relatos de aviadores alemanes e italianos que lucharon en el bando de Franco (por ejemplo, Max von Hoyos, *Pedros y Pablos*, Munich, 1939), y algunos de rusos [véanse las memorias de *Bajo la bandera* mencionadas anteriormente, en el apartado (4)]. Véase también *Des avions et des hommes* (París, 1969).

(6) La conspiración militar y el alzamiento están descritos exhaustivamente en Arrarás, *Historia de la Cruzada* (mencionado anteriormente, en la sección V). Sobre esto, véase también Antonio Lizarza, *Memorias de la conspiración* (Pamplona, 1954); Felipe Beltrán Güell, *Preparación y desarrollo del alzamiento nacional* (Barcelona, 1940); y la narración del chófer de Mola, B. Félix Maíz, *Alzamiento en España* (Pamplona, 1952). El primer tomo de la *Historia de La*

Cierva (véase anteriormente, sección V) ata muchos cabos sueltos, y hay comentarios útiles en las obras anteriormente citadas de Robinson, Gil Robles y Stanley Payne (*Politics and the Military*). En Luis Bolín, *España, los años vitales* (Madrid, 1967), hay evidencia de las actividades de Franco. La obra de Del Burgo [véase más arriba, sección IV, apartado (8)] es interesante para conocer las actitudes carlistas. Véase García Venero, *Madrid, julio 1936* (Madrid, 1973), sobre el fracaso del alzamiento en la capital. Luis Romero, *Tres días de julio* (Barcelona, 1967), es un intento inteligente de recrear los primeros días de la guerra.

(7) Hay descripciones de batallas sueltas en los libros de Martínez Bande [véase más arriba, apartado (3)]. Sin embargo, véase también la lucha en torno a la capital en R. G. Colodny, *The Struggle for Madrid* (Nueva York, 1958; traducción castellana: París, 1970); en Esmond Romilly, *Boadilla* (nueva edición, Londres, 1971), véase una descripción de esa batalla; Olao Conforti, *Guadalajara* (Milán, 1967); R. Casas de la Vega, *Brunete* (Madrid, 1967) y *Teruel* (Madrid, 1975); Luis María Mezquida, *La batalla del Ebro*, 2 tomos (Tarragona, 1963), y, del mismo autor, *La batalla del Segre* (Tarragona, 1972); y el libro de Hernández Caubín sobre el Ebro anteriormente citado [véase apartado (2)]. Sobre Guernica, véase Gordon Thomas y Max Morgan Witts, *Guernica* (Nueva York, 1975), un texto interesante, aun cuando deja sin respuesta algunos interrogantes. Coronel Martínez Bande, *Los cien últimos días de la República* (Barcelona, 1972), arroja luz sobre los servicios de información secreta de los nacionalistas al final de la guerra, igual que José Bertrán y Musitu, *Experiencias de los servicios de información del nordeste de España (SIFNE)* (Madrid, 1940). El libro de Cecil Eby, *The Siege of the Alcázar* (Londres, 1966) es el relato más equilibrado de este episodio. Julio de

Urrutia, *El cerro de los héroes* (Madrid, 1965), es un relato cuidadoso, aunque apasionado, de lo ocurrido en Santa María de la Cabeza. Luis Romero, *Desastre en Cartagena* (Barcelona, 1971), explica la historia de la rebelión en aquella ciudad en marzo de 1939.

VII. La España nacionalista

(1) La historia política de la España nacionalista aún espera su historiador, aunque éste todavía no podría disponer de los documentos necesarios. Mientras tanto, puede sacarse alguna información de las diferentes vidas de Franco y de la obra de Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar* (Madrid, 1947). La vida de Hedilla, contada por éste a Maximiano García Venero, que la explica en *Falange en la guerra de España* (París, 1967), es interesante, especialmente cuando se lee junto con el comentario de Herbert Southworth, *AntiFalange* (París, 1967). La ulterior corrección de Hedilla a García Venero se ha editado con el título de *Testimonio de Manuel Hedilla* (Barcelona, 1972).

La obra de Dionisio Ridruejo *Escrito en España* (Buenos Aires, 1962) tiene referencias a la guerra. Sobre la Falange, la mejor introducción sigue siendo la obra de Payne [véase sección VI, apartado (5)], Del Burgo [sec. IV, ap. (8)], y Bolín [sec. VI, ap. (6)] son útiles.

(2) La mejor historia social de la España nacionalista, con mucho, es la de Rafael Abella, *La vida cotidiana en la España nacional* (Barcelona, 1973). Algunos relatos periodísticos contemporáneos aclaran algunos puntos: por ejemplo, Eddy Bauer, *Rouge et Or* (Neuchâtel, 1939).

(3) La represión en la España nacionalista es objeto de una amplia crónica en Antonio Bahamonde, *Un año con Queipo*

de Llano: memorias de un nacionalista (Barcelona, 1938), sobre Sevilla, Antonio Ruiz Vilaplana, *Doy fe…* (París, s. a.), Jean Flory, *Galice sous la botte de Franco* (París, 1938), *Franco's Rule* (Londres, 1937), y *El clero vasco frente a la cruzada franquista* (Toulouse, 1966).

(4) El aspecto económico de la «cruzada» puede encontrarse en la tesis de Carlos Delclaux, *La financiación de la Cruzada* (Deusto), y en el artículo de J. R. Hubbard, «How Franco financed his war», publicado en *The Journal of Modern History* (diciembre, 1953). Véase también Juan Sardá, «El Banco de España (1931-1962)», en *El Banco de España* (Madrid, 1970), y Glenn T. Harper, *German Economic Policy in Spain* (La Haya, 1967).

(5) Los vencedores intentaron probar la legalidad de su rebelión en *Dictamen de la Comisión sobre la ilegitimidad de poderes actuantes en el 18 de julio de 1936* (Barcelona, 1939).

(6) La represión después de la guerra se trata en *Catalunya sota el régim franquista* (París, 1973); Melquíades Rodríguez Chaos, *24 años de cárcel* (París, 1968); Miguel García, *I was Franco's Prisoner* (Londres, 1972); Arturo Bray, *La España del brazo en alto* (Buenos Aires, 1943); y también Ronald Fraser, *In Hiding* (Londres, 1972).

VIII. La política de los republicanos durante la guerra civil

(1) Estudios generales de la República son los de Diego Sevilla Andrés, *Historia política de la zona roja* (Madrid, 1954), y Burnett Bolloten, *The Grand Camouflage* (Londres, 1961; traducción castellana: Barcelona, 1967). Una visión personal, pero informada, de la época es la de Franz Borkenau, *The Spanish Cockpit* (Londres, 1937; traducción

castellana: París, 1971).

(2) El «etéreo» centro no está bien estudiado. Véase, sin embargo, el diario de Azaña anteriormente citado [sección IV, ap. (6)]; la autobiografía de Ángel Ossorio y Gallardo, *La España de mi vida* (Buenos Aires, 1941); y el famoso diálogo de Azaña, *La Velada en Benicarló* (en el vol. III de sus *Obras completas*, y otras varias ediciones). Las memorias de Casado [sec. VI, ap. (2)] ponen de manifiesto la frustración de un oficial del ejército leal.

(3) Los socialistas tampoco están analizados con detalle. Pero véanse las obras de Largo Caballero, Zugazagoitia, Prieto y Saborit (sobre Besteiro) anteriormente citadas. Julio Álvarez del Vayo escribió varias autobiografías, de las cuales la más útil es *La guerra empezó en España* (México, 1940). Véase también Justo Martínez Amutio, *Chantaje a un pueblo* (Madrid, 1974), y el último tomo de Antonio Barea, *La forja de un rebelde* (Buenos Aires, 1951).

(4) Sobre la experiencia anarquista de la guerra civil véase Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra* (Buenos Aires, 1940), y José García Pradas, *Cómo terminó la guerra de España* (Buenos Aires, 1940): ambos son relatos personales. El estudio más útil es el de José Peirats, *La CNT en la revolución española*, 3 tomos (Toulouse, 1951-1953), que tiene mucha documentación interesante. Sobre la «política» del anarquismo, véase César Lorenzo, *Los anarquistas españoles y el poder* (París, 1974), y Vernon Richards, *Lessons of the Spanish Revolution* (Londres, 1953; traducción castellana: París, 1971). Sobre la revolución, véase F. Mintz, *L'autogestion dans l'Espagne révolutionnaire* (París, 1970), y Gastón Leval, *L'Espagne libertaire* (París, 1970; traducción castellana: Buenos Aires, 1972). Véase también de Cipriano Mera, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista* (París,

1976). «El movimiento libertario español», suplemento de *Cuadernos Ruedo* Ibérico (París, 1974); Albert Pérez Baró, Trenta mesos de collectivisme a Catalunya (Barcelona, 1970); y Ricardo Sanz, *Los que fuimos a Madrid* (Toulouse, 1969). Los libros anteriormente citados de Brademas, Paz [sec. III, ap. (1)], Borkenau y Bolloten son útiles, y el de Juan Peiró, *Perill a la reraguarda* (Mataró, 1936), es testimonio del realismo anarquista del momento. Una obra reciente de Carlos Semprún Maura, *Révolution et contre-révolution en Catalogue* (Tours, 1974; traducción catalana: Barcelona, 1975) tiene algunas buenas observaciones.

(5) Los comunistas tienen una amplia bibliografía. Los dos análisis históricos más serios son el de D. C. Cattell, *Communism and the Spanish Civil War* (Berkeley, 1955), y el de Burnett Bolloten, citado en el ap. (1) de esta sección. Entre las memorias de comunistas se encuentran los libros de «la Pasionaria» (Dolores Ibárruri), *El único camino* (París, 1962), Hidalgo de Cisneros, Líster, Cordón y Modesto [cit. en sec. VI, ap. (2)]. También puede encontrarse alguna información en Santiago Carrillo, *Demain l'Espagne*, una conversación con Régis Debray y Max Gallo (París, 1974). Entre los excomunistas que han criticado a sus antiguos camaradas se cuentan Jesús Hernández, *Yo, ministro de Stalin en España* (Madrid, 1954); Enrique Castro Delgado, *Hombres made in Moscú* (Barcelona, 1965); y «el Campesino» (Valentín González), cuyos libros son *Comunista en España y antiestalinista en la U. R. S. S.* (México, 1952), y *Listen Comrades* (Londres, 1962). El libro de Manuel Tagüeña [citado anteriormente, sec. VI, ap. (2)] enfoca el tema con serenidad. Las críticas o los comentarios sobre los comunistas en la guerra civil pueden encontrarse en todos los estudios políticos o los libros de memorias sobre la guerra civil. Véanse en particular los libros de Barea,

Martínez Amutio y Borkenau [anteriormente citados, en la sec. VIII, ap. (1) y (3), y también véase la sec. IX, ap. (7), sobre Rusia].

(6) Cataluña. La obra de Bricall, *Política económica de la Generalitat* (Barcelona, 1970) es una contribución importante a la historia económica de la guerra. La mayoría de los relatos anarquistas tienen información valiosa, en particular los libros anteriormente citados de Semprún Maura, Abad de Santillán y Pérez Baró. Manuel Benavides, *Guerra y revolución en Cataluña* (México, 1946), es un relato vivido favorable al PSUC. Véase también Carlos Pi i Suñer, *La República y la guerra* (México, 1975) y Frederic Escofet hace una buena narración de los hechos del 19 y el 20 de julio de 1936 en *Al servei de Catalunya i de la República*, 2 tomos (París, 1973). La obra de George Orwell, *Homage to Catalonia* (Londres, 1938; traducción castellana: Barcelona, 1971), evoca con brillantez los hechos de mayo de 1937. Véase también la vida de Companys escrita por Ossorio y Gallardo [citada en la sec. IV, ap. (11)]. En el diario de Azaña hay amplios comentarios. Véanse visiones derechistas de Cataluña en tiempos de la República en F. La Cruz, *El Alzamiento, la Revolución y el Terror en Barcelona* (Barcelona, 1943), y en José María Fontana, *Los catalanes en la guerra de España* (Madrid, 1951).

(7) Sobre los vascos, G. L. Steer, *The Tree of Gernika* (Londres, 1938; traducción castellana: s. l., 1963), es un relato apasionante de la guerra en Vizcaya, muy provasco. A. Lizarra, *Los vascos y la República española* (Buenos Aires, 1944), da las opiniones de Manuel de Irujo. José Antonio Aguirre, De Guernica a Nueva York pasando por Berlín (Buenos Aires, 1943), no es muy útil. Un estudio militar más reciente es el de Sancho de Beurko, *Gudaris, recuerdos de*

guerra (Buenos Aires, 1956). Véase también la historia de Stanley Payne.

(8) Sobre el POUM, véase George Orwell, citado en el ap. (6) de esta sección; Jorquín Maurín, *Revolución y contrarrevolución en España* (segunda edición, París, 1966), y Julián Gorkin, *Caníbales políticos* (México, 1940). Ha aparecido una nueva versión de la historia de Gorkin con el título de *El proceso de Moscú en Barcelona* (Barcelona, 1974). Un ensayo reciente es el de Andrés Suárez, *El proceso contra el POUM* (París, 1974). Katia Landau, *Le stalinisme en Espagne* (París, 1938) expone la persecución comunista del POUM. Grandizo Munis, *Jalones de derrota* (México, 1948), es una visión bien escrita del fracaso de la revolución, desde una óptica «poumista», más o menos. Véase también Manuel Casanova, *L'Espagne livrée* (reedición París, 1971).

(9) Las circunstancias espantosas en que vivieron muchas personas en la retaguardia están descritas vívidamente en obras como *La Causa General* (informe sobre el proceso masivo incoado por los vencedores después de la guerra, Madrid, 1943, y reediciones). Véase también el libro del padre Montero, *La persecución religiosa en España* (Madrid, 1961); Pilar Millán Astray, *Cautivas: 32 meses en las prisiones rojas* (Madrid, 1940); la novela de Agustín de Foxá, *Madrid de Corte a checa* (San Sebastián, 1938); el juicio del que se da cuenta en el libro titulado *Por qué hice las checas de Barcelona* (Madrid, 1940), de Rafael López Chacón; y algunos de los ataques del POUM contra los comunistas (p. ej., las obras citadas de Julián Gorkin, Katia Landau y Manuel Casanova).

(10) La historia económica de la República requiere un estudio más cuidadoso que el que se ha llevado a cabo hasta ahora. Pero véanse las obras de Bricall, Semprún Maura,

Mintz, Delclaux, Sardá y Stanley Payne (*The Spanish Revolution*) anteriormente citadas.

IX. Las implicaciones internacionales

(1) Hay mucho material interesante en Jesús Salas Larrazábal, *Intervención extranjera en la guerra de España* (Madrid, 1974). Hay breves relatos diplomáticos de P. A. M. van der Esche, *Prelude to War* (La Haya, 1951), y Dante Puzzo, *Spain and the Great Powers 1936-1941* (Nueva York, 1962). Fernando Schwartz, *La internacionalización de la guerra civil española* (Barcelona, 1971) es sugestiva. N. J. Padelford, *International Law and Diplomacy in the Spanish Civil strife* (Londres, 1939), sigue siendo el mejor estudio de las cuestiones legales. A. J. Toynbee, con V. M. Boulter y Katherine Duff, siguen siendo los autores del mejor estudio de la guerra como problema internacional: *The Survey of International Affairs 1937*, vol. II, y sobre 1938, vol. I (Londres, 1938 y 1948, respectivamente). El representante de la Cruz Roja en España, Marcel Junod, proporciona una buena información en su obra *Warrior without weapons* (Londres, 1951). Herbert Southworth, *La destrucción de Guernica* (París, 1975), es un estudio esclarecedor de las reacciones de la prensa. (Yo tuve la suerte de acceder a las memorias y los manuscritos, todavía inéditos, de Pablo de Azcárate, el embajador republicano en Londres en 1936-1939. En prensa este libro, acaba de aparecer *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española*, Barcelona, 1976).

(2) Sobre las Brigadas Internacionales se ha escrito mucho. Casi cada país del mundo tiene su historia especial. La mejor historia general es la obra enciclopédica e indigesta

de Andreu Castells, *Las Brigadas Internacionales en la guerra de España* (Barcelona, 1974). Véase también Jacques Delperrie de Bayac, *Les Brigades Internationales* (París, 1968), y Vincent Brome, *The International Brigades* (Londres, 1967). El libro del coronel Martínez Bande, *Brigadas Internacionales*, es menos impresionante que su otra obra, y Ricardo de La Cierva, *La leyenda de las Brigadas Internacionales* (Madrid, 1967), es superficial. El apéndice de Ramón Salas Larrazábal, *Historia del ejército popular de la República*, vol. IV (Madrid, 1974), es interesante.

(3) La relación entre Inglaterra y la guerra civil es investigada por K. W. Watkins en *Britain Divided* (Londres, 1963). La política exterior inglesa se estudia en la estimable obra de *lord* Avon, *Facing the Dictators* (Londres, 1962), y en *The diplomatic diaries of Oliver Harvey* (Londres, 1970). Entre los diplomáticos ingleses en España que aportan su contribución se encuentran *sir* Robert Hodgson (*Spain Resurgent*, Londres, 1953), *sir* Geoffrey Thompson (*Front Line Diplomat*, Londres, 1959), y *sir* Samuel Hoare (*Ambassador on Special Mission*, Londres, 1946). El mejor telón de fondo para la diplomacia inglesa de aquella época es Keith Middleman, *Diplomacy of Illusion* (Londres, 1962). La reacción intelectual británica ante la guerra es captada por Peter Stansky y William Abrahams, *The Journey to the Frontier* (Londres, 1966), un estudio sobre John Cornford y Julián Bell. Los mejores libros de participantes ingleses son Esmond Romilly, *Boadilla* (Londres, 1971); John Sommerfield, *Volunteer in Spain* (Londres, 1937); Tom Wintringham, *English Captain* (Londres, 1939); el libro de George Orwell anteriormente citado; y Jason Gurney, *Crusade in Spain* (Londres, 1974). Véase también Carmel Haden Guest, *David Guest: a scientist fights for freedom* (Londres, 1939). Puede encontrarse un estudio sobre los

voluntarios ingleses en William Rust, *Britons in Spain* (Londres, 1939): no es crítico.

La única obra de un voluntario inglés en el bando de Franco es el vivido relato de Peter Kemp, *Mine were of Trouble* (Londres, 1957; traducción castellana: Barcelona, 1959).

La participación irlandesa en el bando nacionalista es rememorada en la obra del general O'Duffy, *Crusade in Spain* (Londres, 1938).

(4) La política exterior francesa y la guerra civil española está expuesta en los varios tomos de documentos de política exterior editados bajo el título de *Documents diplomatiques français 1932-1939*, 2.ª serie, de 1968 en adelante (tomos VI al VII). Véase también la narración de Léon Blum en *Les événements survenus en France* (Informe de la comisión parlamentaria de investigación de las causas de la derrota de 1940, editado en París, en 1951). También hay material en Pierre Cot, *Triumph of Treason* (Chicago, 1944); George Bonnet, *De Washington au Quai d'Orsay* (Ginebra, 1946); y general Gamelin, *Servir* (París, 1948). Un estudio excelente de la propaganda de guerra en Francia es D. W. Pike, *Conjecture Propaganda and Deceit and the Spanish Civil War* (Stanford, 1968). *Maitre Isorni, Philippe Pétain*, 2 tomos (París, 1972), tiene un capítulo muy interesante sobre Pétain y España. La gran novela de Malraux, *L'Espoir* (París, 1938), tiene pasajes incomparables.

El papel de los voluntarios franceses en el bando de la República está resumido en *L'Epopée d'Espagne* (París, 1957). Véase también Henri Dupré, La «Légion Tricolore» en *Espagne* (París, 1942), donde se demuestra que no todas las fantasías de Marty eran infundadas.

(5) Sobre Alemania y la guerra civil, los documentos de

política exterior, serie D, volumen III, son inapreciables. La política alemana es analizada en Manfred Merkes, *Die Deutsche Politik gegenüber dem Spanischen Bürgerkrieg* (Bonn, 1961), y en Glenn Harper [en el libro citado en la sec. VII, ap. (4)]. Hay algunos relatos de aviadores de la Legión Cóndor, por ejemplo el del general Galland, *The First and the Last* (Londres, 1955; traducción castellana: Barcelona, 1955). Un estudio reciente y brillante es el de Ángel Viñas, *La Alemania nazi y el 18 de julio* (Madrid, 1974).

Sobre los alemanes que lucharon en el bando de la República, véase la excelente obra de Gustav Regler, *The Owl of Minerva* (Londres, 1959); Ludwig Renn, *Der Spanische Krieg* (Berlín, 1955); Alfred Kantorowicz, *Spanisches Tagebuch* (Berlín, 1948) y *«Tschapaiew», das Bataillon der 21 Nationen* (Berlín, 1956; traducción castellana: Madrid, 1938).

(6) La diplomacia italiana en relación con España puede estudiarse en Ciano, *Diaries 1937-1938* (Londres, 1952), y *1939-1943* (Londres, 1947), y *Ciano's Diplomatic Papers* (Londres, 1948). Véase también Roberto Cantalupo, *Fu la Spagna* (Milán, 1947; traducción castellana: Barcelona, 1951). La intervención militar está resumida en José Luis Alcofar Nassaes, *CTV: los legionarios italianos en la guerra civil española* (Barcelona, 1972), y todavía tiene interés ver relatos más antiguos, como el de Ambrogio Bollati, *La guerra di Spagna*, 2 tomos (Turín, 1939), o Francesco Belforte, *La guerra civile in Spagna* (Milán, 1938). También hay algunas narraciones de «voluntarios» italianos en el bando de Franco, como la de Emilio Faldella, *Venti mesi de guerra in Spagna* (Florencia, 1939), o la de Sandro Piazzoni, *Las tropas Flechas Negras en la guerra de España* (Barcelona, 1942), y la de Ruggero Bonomi, *Viva la muerte* (Roma, 1941). Sobre la

izquierda, están los libros de Randolfo Pacciardi (*Volontari italiani nella Spagna repubblicana*, Lugano, 1948); Luigi Longo (*Le Brigate Internazionali in Spagna*, Roma, 1956; traducción castellana: México, 1966); Pietro Nenni (*La guerre d'Espagne*, París, 1959; traducción castellana: México, 1964); Giovanni Pesce (*Un garihaldino in Spagna*, Roma, 1955); y Cario Penchienati (*Brigate Internazionali in Spagna*, Milán, 1950). El mejor telón de fondo para la política de la izquierda se encuentra en Paolo Spriano, *Storia del Partito Communista Italiano*, vol. III (Turín, 1970).

(7) El mejor estudio sobre la política rusa sigue siendo D. C. Cattell, *Soviet Diplomacy and the Spanish Civil War* (Berkeley, 1957), aunque no tiene en cuenta la gran cantidad de memorias de rusos que se han publicado recientemente. De éstas, las más importantes son las de *Bajo la bandera de la España republicana* (Moscú, hacia 1970). Sobre la diplomacia rusa véase Ivan Maisky, *Spanish Notebooks* (Londres, 1960). Sobre la guerra no oficial y la diplomacia véase Mikhail Koltsov, *Diario de la guerra de España* (reeditado en París, 1964), y Louis Fischer, *Men and Politics* (Nueva York, 1941).

Véase también Walter Krivitsky, *I was Stalin's agent* (Londres, 1940; traducción castellana: Guadalajara, 1945), y las memorias de Ilya Ehrenburg, vol. III, *The Eve of War 1933-1941* (Londres, 1963). Obviamente, muchos de los estudios sobre el comunismo también ayudan a interpretar la política rusa.

(8) Los tomos de los documentos de política exterior de los Estados Unidos incluidos en su serie de *Relaciones Exteriores* (1936, vol. I; 1937, vol. II; 1938, vol. I; 1939, vol. II, Washington, 1954-1956) son interesantes. Véanse también las memorias del embajador norteamericano en España,

Claude Bowers, *My Mission to Spain* (Nueva York, 1954; traducción castellana: México, 1955). Sobre la política del petróleo, véase Herbert Feis, *The Spanish Story* (Nueva York, 1948). Pueden encontrarse análisis de la política exterior norteamericana respecto a España en Richard Traína, *American Diplomacy and the Spanish Civil War* (Bloomington, 1968), y en F. J. Taylor, *The USA and the Spanish Civil War* (Nueva York, 1956).

Hay muchas narraciones personales de voluntarios norteamericanos en España; entre otras, las de Steve Nelson, *The Volunteers* (Nueva York, 1953); Edwin Rolfe, *The Lincoln Battalion* (Nueva York, 1939); y Alvah Bessie, *Men in Battle* (Nueva York, 1939; traducción castellana: México, 1969). El relato más equilibrado sobre el batallón Abraham Lincoln es el de Cecil Bay, *Between the bullet and the lie* (Nueva York, 1969), pero véase Arthur Landis, *The Abraham Lincoln Battalion* (Nueva York, 1967) si se desea una versión entusiasta.

La famosa novela de Ernest Hemingway, *For whom the Bell Tolls* (Nueva York, 1940; traducción castellana: Buenos Aires, 1957), a menudo es esclarecedora. Muchos periodistas norteamericanos escribieron libros interesantes en aquellos momentos; entre otros, véanse los libros de Herbert Matthews, *Two Wars and More to Come* (Nueva York, 1938), y H. R. Knickerbocker, *The Siege of the Alcázar* (Philadelphia, 1936).

El impacto intelectual de España sobre los Estados Unidos se estudia en Alien Guttman, *The Wound in the Heart* (Nueva York, 1962).

(9) Entre otros países afectados por la guerra civil española se cuentan México [véase Lois Elwyn Smith, *México and the Spanish Republicans* (Berkeley, 1955)], Suiza

[véase Max Wullschleger, *Schweizer Kämpfen in Spanien* (Zurich, 1939)], Cuba (véase Raúl Roa, *Pablo de la Torriente Brau y la Revolución española* (La Habana, 1937)], y la mayoría de los países centroeuropeos. Pueden encontrarse algunos indicios de la importancia que tuvo el conflicto para los checos, por ejemplo, en *L'aveu de Artur London* (París, 1968; traducción castellana: Madrid, 1971). En la mayoría de los países de la Europa oriental hay estudios muy detallados sobre su participación. Véase la bibliografía de Castells. El papel de Portugal puede estudiarse en *Diez años de política externa (1936-47)*, vol. III (Lisboa, 1965).

X. Miscelánea

Sobre las innovaciones quirúrgicas debidas a la guerra civil, véase J. Trueta, *Treatment of War Wounds and Fractures* (Londres, 1939). María Rosa Urraca Pastor, *Así empezamos* (Bilbao, 1940), son las memorias de una destacada enfermera nacionalista («la Coronela»).

El tercer tomo de F. Bravo Morata, *Historia de Madrid* (Madrid, 1968), y la obra de Vicente Ramos, *La guerra civil: provincia de Alicante*, 3 tomos (Alicante, 1974), inician lo que será, sin duda, una biblioteca de historias locales.

Ian Gibson, *The Death of Lorca* (Londres, 1973; traducción castellana: París, 1974), ilustra el ambiente de Granada en 1936.

XI. Consecuencias literarias

Si se desea una introducción, véase Aldo Garosci, *Gli intellectuali e la guerra di Spagna* (Florencia, 1959); Guttman [véase más arriba, sec. IX, ap. (7)]; Frederick Benson, *Writers*

in Arms (Nueva York, 1967); y Stanley Weintraub, *The Last Great Cause* (Londres, 1968), muy bien escrito. Una tesis de Hilary Footit es buena para conocer las reacciones de las derechas francesas (*French Intellectuals of the Right and the Spanish Civil War*, tesis doctoral, Reading, 1972). Enrique Suñer, *Los intelectuales y la tragedia española* (San Sebastián, 1937), presenta una reacción nacionalista, sobre la cual hay mucha información valiosa en la obra de Abella [sec. VII, ap. (2)]. Herbert Southworth, *El mito de la Cruzada de Franco* (París, 1963), pone en cuestión las interpretaciones nacionalistas con agudeza y brío. Véase también *Les écrivains et la guerre d'Espagne* (París, 1975).

XII. La iglesia durante la guerra civil

Véase una obra polémica antifranquista de erudición en Juan de Iturralde, *El catolicismo y la cruzada de Franco*, 2 tomos (Bayona, 1955). Sobre los sacerdotes vascos, véase *El clero vasco frente a la cruzada franquista* (Bayona, 1966). La «anticruzada» es también el tema de la obra del obispo de Vitoria (doctor Mateo Múgica), *Imperativos de mi conciencia* (Buenos Aires, sin fecha), y de *Montserrat, glosas a la carta colectiva de los obispos españoles*, escrito por fray J. Vilar Costa (Barcelona, 1938). Sobre el apoyo católico francés a la República véase Georges Bernanos, *Les grands cimetiéres sous la lune* (París, 1938; traducción castellana: Santiago de Chile, 1939), y Jacques Maritain, *Sobre la guerra santa* (Buenos Aires, 1937).

Sobre la defensa ortodoxa de la Iglesia, véase cardenal Gomá, *Pastorales de la guerra de España* (Madrid, 1955), y muchos folletos como el de fray Ignacio Reigada, *La guerra nacional española ante la moral y el derecho* (Salamanca,

1937). Puede encontrarse una defensa razonada de la Iglesia en Luis Carreras, *Grandeza cristiana de España. Notas sobre la persecución religiosa* (Toulouse, 1938). Hay un estudio completo de la persecución de la Iglesia bajo la República en el libro anteriormente citado del P. Antonio Montero [sec. VIII, ap. (9)]. Puede encontrarse algo de material útil en Antonio Granados, *El cardenal Gomá* (Madrid, 1969).

XIII. Novelas

Algunas buenas novelas que tratan de la guerra española y sus orígenes son: Georges Conchon, *La corrida de la victoire* (París, 1959); Camilo José Cela, *Vísperas, festividad y octava de San Camilo del año 1936 en Madrid* (Madrid, 1969); Pío Baroja, *Aurora roja* (Madrid, 1929); José María Gironella, *Los cipreses creen en Dios* (Barcelona, 1956); Agustín de Foxá, *Madrid de Corte a checa* (San Sebastián, 1938); Ernest Hemingway, *For Whom the Bell Tolls*, citada anteriormente; Ángel María de Lera, *Las últimas banderas* (Barcelona, 1966); André Malraux, *L'Espoir* (París, 1937); Henri de Montherlant, *Le chaos et la nuit* (París, 1963), Gustav Regler, *The Great Crusade* (Londres, 1940); y Ramón Sender, *Siete domingos rojos* (Barcelona, 1932 y Buenos Aires, 1970).

XIV. Películas

Algunas películas son: *Madrid 36* (1937, dirigida por Buñuel); *L'Espoir* (1939, dirigida por Malraux); *La guerre est finie*, brillante reconstrucción de la política en el exilio, dirigida por Alain Resnais y con guión de Jorge Semprún; *Mourir á Madrid* (1962), la reconstrucción de F. Rossif y M. Chapsal; *The Spanish Earth* (1938), hecha por Joris Ivens,

Hemingway, Lilian Helman, Dos Passos, sin mucho éxito; *El espíritu de la colmena* (1974), muy hermosa aunque sombría.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

En esta lista se incluyen libros, artículos y otro material al que se hace referencia en las notas a pie de página, además de diarios y periódicos; y también algunos otros libros consultados que pueden ser útiles. A menudo, el criterio seguido para la selección ha sido la significación del libro o folleto en cuanto típico en su género: así, por ejemplo, el valor histórico de *The Bishop of Chelmsford Refuted* no es grande, pero tanto este folleto como otros tienen un interés por sí mismos.

ABAD DE SANTILLÁN, Diego, *Por qué perdimos la guerra* (Buenos Aires, 1940).

—*La revolución y la guerra en España* (Barcelona, 1937).

ABELLA, Rafael, *La España nacional* (Barcelona, 1973).

ABERRIGOYEN, Iñaki de (Ignacio de Azpiazu), *Sept mois et sept jours dans l'Espagne de Franco* (París, 1938). (Hay traducción castellana).

ABSHAGEN, Karl, *Canaris* (Londres, 1956).

ACEDO COLUNGA, Felipe, *José Calvo Sotelo* (Barcelona, 1959).

ACIER, Marcel, ed., *From Spanish trenches* (Nueva York, 1937).

AGUIRRE Y LECUBE, José Antonio de, *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín* (Buenos Aires, 1944).

ALBA, Víctor (Pedro PAGÉS ELÍAS): *Histoire des Républiques Espagnoles* (Vincennes, 1948).

ALCALÁ-GALIANO, Álvaro, *La caída de un trono* (1931), Madrid, 1933.

ALCÁZAR DE VELASCO, A., *Serrano Súñer en la Falange* (Madrid, 1940).

ALCOFAR NASSAES, José Luis, *CTV: los legionarios italianos en la guerra civil española* (Barcelona, 1972).

—*Los asesores soviéticos en la guerra civil española* (Barcelona, 1971).

—*Las fuerzas navales en la guerra civil española* (Barcelona, 1971).

ALCOLEA, Raymond, *Le Christ chez Franco* (París, 1938).

ALLAN, Ted, «The Man who made Franco» (un artículo) (Colliers, 1947).

—y Sydney GORDON, *The scalpel, the sword* (Londres, 1954). (Biografía del doctor Norman Bethune).

ALONSO, Bruno, *La flota republicana y la guerra civil de España* (México, 1944).

ALPERT, Michael, *The Republican Army in the Spanish Civil War*, 1936-1939, Reading, 1973. (Hay traducción castellana).

ÁLVAREZ, Ramón, *Eleuterio Quintanilla (vida y obra del maestro)* (México, 1973).

ÁLVAREZ DEL VAYO, Julio, *La guerra empezó en España* (México, 1940).

—*En la lucha* (México, 1976).

—*The Last Optimist* (Londres, 1950).

AMBA, Achmed, *I was Stalin's bodyguard* (Londres; 1952).

AMERY, Julián, *Approach March* (Londres, 1973).

ANSALDO, Juan Antonio, *¿Para qué…?* (De Alfonso XIII a Juan III) (Buenos Aires, 1951).

Anuario Estadístico de España (Madrid, 1931).

ARAQUISTAIN, Luis, *El comunismo y la guerra de España* (Carmaux, 1939).

Archivos Carlistas, Sevilla: documentos, cartas y otro material, propiedad de Manuel Fal Conde, que me enseñó Melchor Ferrer.

ARENILLAS, José María, *The National Question and the Socialist Revolution in the Basque Country* (Leeds, 1972).

ARMILLAS GARCÍA, Luis, *Rutas gloriosas* (Cádiz, 1939).

ARMIÑÁN, José Manuel y Luis de, *Epistolario del dictador* (Madrid, 1930).

ARMIÑÁN, Luis de, *Bajo el cielo de Levante* (Madrid, 1939).

ARNAL, mosén Jesús, *Por qué fui secretario de Durruti* (Andorra, 1972).

AROCA SARDAGNA, José María, *Los republicanos que no se exiliaron* (Barcelona, 1969).

ARRARÁS, Joaquín, *Franco* (Buenos Aires, 1937).

—*Historia de la Segunda República*, 4 vols. (Madrid, 1956-1964).

ASENSIO TORRADO, general, *El general Asensio: su lealtad a la república* (Barcelona, 1938).

ATHOLL, Katharine, Marjory STEWART-MURRAY, duquesa de, *Searchlight on Spain* (Harmondsworth, 1938).

ATTLEE, C. R., (con Ellen WILKINSON, Philip Noel BAKER, John DUGDALE), *What we saw in Spain* (Londres, 1937).

AUB, Max, *Campo cerrado* (México, 1943).

AUCLAIR, Marcelle, *Enfance et mort de García Lorca* (París, 1968).

Authors take sides on the Spanish War (Londres, 1937).

AVILES, Gabriel, *Tribunales rojos* (Barcelona, 1939).

AYERRA, Marino, *No me avergoncé del Evangelio* (Buenos Aires, 1958).

AZAÑA, Manuel, *Obras Completas*, 4 vols. (México, 1966-1968).

AZCÁRATE, Pablo de, *Memoirs* (no publicadas). (Acaba de aparecer *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española*, Barcelona, 1976).

AZNAR, Manuel, *Historia militar de la guerra de España* (1936-1939) (Madrid, 1940).

AZPILIKOETA, doctor de, *Le probléme basque vu par le cardinal Gomá et le président Aguirre* (París, 1938).

BAHAMONDE Y SÁNCHEZ DE CASTRO, Antonio, *Un año con Queipo de Llano: memorias de un Nacionalista* (Barcelona, 1938).

BAILEY, Geoffrey, *The Conspirators* (Londres, 1961).

Bajo la Bandera de la España Republicana (Moscú, 1967).

BAKER, Carlos, *Hemingway: the writer as an artist* (Princeton, 1952).

BALBONTÍN, José Antonio, *La España de mi experiencia* (México, 1952).

BALCELLS, Albert, *Crisis económica y agitación social en Cataluña* (1930-1936) (Barcelona, 1971).

BALK, Theodore, *La Quatorziéme* (Madrid, 1937).

BALLESTEROS, Antonio, *Historia de España*, 8 vols. (Barcelona, 1919-1936).

BARÁIBAR, Carlos de, *La guerra de España en el plano internacional* (Barcelona, 1938).

BARCIA TRELLES, Augusto, *La política de no-intervención* (Buenos Aires, 1942).

BARCO TERUEL, Enrique, *Valle del Jarama* (Brigada Internacional) (Barcelona, 1969).

BARDOUX, Jacques, *Chaos in Spain* (Londres, 1937).

BAREA, Arturo, *La forja de un rebelde* (Buenos Aires, 1951).

BARMINE, Alexander, *One who survived* (Londres, 1945).

BAROJA Y NESSI, Pío, *Ayer y hoy* (Santiago de Chile, 1939).

BARRIOBERO, Eduardo, *Un tribunal revolucionario* (Barcelona, 1936).

BARTLETT, V., *I accuse* (landres, 1937).

BASALDÚA, Pedro de, *El dolor de Euzkadi* (Barcelona, 1937).

—*En España sale el sol* (Buenos Aires, 1946).

BAUER, Eddy, *Rouge et Or* (Neuchâtel, 1939).

BAYLE, Fr. Constantino, *¿Qué pasa en España?* (Salamanca, 1937).

BEAUFRE, general André, *The Fall of Trance, 1940* (Londres, 1965).

BÉCARUD, Jean, y LAPOUGE, Gilíes, *Anarchistes en Espagne* (París, 1969). (Hay traducción castellana).

BÉCARUD, Jean, *La Deuxiéme République espagnole 1931-1936* (París,

1962). (Hay traducción castellana).

BELL, Quentin, ed., *Julián Bell: Essays, Poems and Letters* (Londres, 1938).

BELFORTE, Francesco, *La guerra civile in Spagna* (Milán, 1938).

BEN-AMI, S., *The Origins of the Second Republic* (tesis doctoral, Oxford, 1974).

BENAVIDES, Manuel, *El último pirata del Mediterráneo* (Madrid, 1933).

—*Guerra y revolución en Cataluña* (México, 1946).

—*La escuadra la mandan los cabos* (México, 1944).

BENDINER, Robert, *The Riddle of the State Department* (Nueva York, 1962).

BERJÓN, Antonio, *La Priére des exiles espagnoles á la vierge du pilier* (Lieja, 1938).

BERNANOS, Georges, *Les grands cimetiéres sous la lune* (París, 1938). (Hay traducción castellana).

BERNERI, Camillo, *Mussolini a la conquéte des Baléares* (París, 1937). (Hay traducción castellana).

—*Guerre de classes en Espagne* (París, 1938).

BERNERI, Giovanna, *Lezione sull'antifascismo* (Bari, 1962).

«BERRYER», *Red Justice* (Londres, 1937).

BERTRÁN GÜELL, Felipe, *Preparación y desarrollo del alzamiento nacional* (Valladolid, 1939).

BERTRÁN Y MUSITO, José, *Experiencias de los Servicios de información del nordeste de España (SIFNE) durante la guerra* (Madrid, 1940).

BESSIE, Alvah Cedí, *Men in battle* (Nueva York, 1939). (Hay traducción castellana).

BETHUNE, Norman, *Le crime de la route Málaga-Almería* (Publicaciones Iberia, s. l., ¿1937?).

BEUMELBURG, Werner, *Kampf un Spanien. Die Geschichte der Legión Condor* (Berlín, 1940).

BEURKO, Sancho de, *Gudaris, recuerdos de guerra* (Buenos Aires, 1956).

BIHALJI-MERIN, Otto (Merin, Peter), *Spain between death and birth* (Nueva York, 1938).

BILAINKIN, George, *Tito* (Londres, 1957).

Bishop of Chelmsford Refuted, The (Londres, 1938).

BLANKFORT, Michael, *The brave and the blind* (Nueva York, 1940).

BLEY, Wulf, *Das Buch der Spanienflieger* (Leipzig, 1939).

BLINKHORN, Martin, «"The Basque Ulster": Navarre and the Basque autonomy question under the Spanish Second Republic», *The Historical Journal*, XVIII, n.º 3 (1974), pp. 595-613.

BLOCH, Jean Richard, *España en armas* (Santiago de Chile, 1937).

BLYTHE, Henry, *Spain over Britain* (Londres, 1937).

BOLÍN, Luis A., *España, los años vitales* (Madrid, 1967).

BOLLATI, Ambrogio (y BONO, Giulio del), *La guerra di Spagna. Sino alia liberazione di Gijón* (Turín, 1937).

—*La guerra di Spagna. Dalla liberazione di Gijón alia vittoria* (Turín, 1939).

BOLLOTEN, Burnett, *The grand camouflage; the communist conspiracy in the Spanish Civil War* (Nueva York, 1961). (Hay traducción castellana).

BONET, Joaquín Alonso, *Simancas: epopeya de los cuarteles de Gijón* (Gijón, 1939).

BONOMI, Ruggero, *Viva la muerte*, diario de la «Aviación de El Tercio» (Roma, 1941).

BONNET, Georges, *De Washington au Quai d'Orsay* (Ginebra, 1946).

Book of the XVth Brigade, The (Madrid, 1938).

BORKENAU, Franz, *The Spanish Cockpit* (Londres, 1937). (Hay traducción castellana).

BORRÁS Y BERMEJO, Tomás, *Checas de Madrid* (Barcelona, 1956).

BOTELLA PASTOR, V., *Así cayeron los dados* (México, 1959).

—*Por qué callaron las campanas* (México, 1953).

BOUTHELIER, Antonio (con MORA, José López), *Ocho días de la revuelta comunista* (Madrid, 1940).

BOWERS, Claude, *My mission to Spain* (Nueva York, 1954). (Hay traducción castellana).

BRACHER, Karl, *The German dictatorship* (landres, 1970). (Hay traducción castellana).

BRADEMAS, John, *Anarcosindicalismo y revolución en España* (1930-1937) (Barcelona, 1974).

BRASILLACH, Robert (y BARDÉCHE, Maurice), *Histoire de la guerre d'Espagne* (París, 1939). (Hay traducción castellana).

BRAVO MORATA, Federico, *Historia de Madrid*, vol. III (Madrid, 1968).

BRAVO, Francisco, *Historia de Falange Española de las JONS* (Madrid, 1940).

BRAY, Arturo, *La España del brazo en alto* (Buenos Aires, 1943).

BRECHT, Bertolt, *Die Gewehre der Frau Carrar, en Gesammelte Werke*, vol. 3 (Frankfurt, 1967). (Hay traducción castellana).

BREDEL, W., *Rencontre sur l'Ebre* (París, 1950).

BRENAN, Gerald, *Personal Record* (Londres, 1974). (Hay traducción castellana).

—*South from Granada* (Londres, 1957). (Hay traducción castellana).

—*The Spanish Labyrinth* (Cambridge, 1943). (Hay traducción castellana).

BRERETON, Geoffrey, *Inside Spain* (Londres, 1938).

BRICALL, Josep Maria, *Política económica de la Generalitat (1936-1939). Evolució i formes de la producció industrial* (Barcelona, 1970).

BRISSA, José, *La Revolución de julio en Barcelona* (Barcelona, 1910).

BROCKWAY, Archibald Fenner, *The Truth about Barcelona* (Londres, 1937).

BROME, Vincent, *The international brigades. Spain, 1936-1939* (Londres, 1965).

BROUÉ, Fierre (y Témime, Émile), *La Révolution et la guerre d'Espagne* (París, 1961). (Hay traducción castellana).

BROWDER, Earl Russell (y Lawrence, Bill), *Next steps to win the war in Spain* (Nueva York, 1938).

BUCKLEY, Henry W., *Life and death of the Spanish republic* (Londres, 1940).

BULLEJOS, José, *Europa entre dos guerras* (México, 1944).

BULLOCK, Alan, *Hitler and the origins of the Second World War* (Actas de la British Academy, luí, 1967; informe Raleigh).

BURGO, Jaime del, *Guerra y conspiración civil* (Madrid, 1970).

BUSCH, Ernst, ed., Kampfheder, *Battle-songs. Canzoni di guerra. Chansons de guerre. Canciones de guerra de las brigadas internacionales* (Madrid, 1937).

BUTLER, *lord* , *The art of the Possible* (Londres, 1971).

BUTLER, J. R. M., *Lord Lothian* (Londres, 1960).

CABANELLAS, Guillermo, *La guerra de los mil días,* 2 vols. (Barcelona, 1973).

CABANILLAS, Alfredo, *Hacia la España eterna* (Buenos Aires, 1938).

CABEZAS, Juan Antonio, *Asturias, catorce meses de guerra civil* (Madrid, 1974).

CACHO VIU, Vicente, *La Institución Libre de Enseñanza* (Madrid, 1962).

CACHO ZABALZA, Antonio, *La Unión Militar Española* (Alicante, 1940).

CALLEJA, Juan José, *Yagüe, un corazón al rojo* (Barcelona, 1963).

CAMPBELL, Roy, *Flowering rifle* (Londres, 1939).

«CAMPESINO, el»: véase González, Valentín.

CAMPOAMOR, Clara, *La révolution espagnole vue par une républicaine* (París, 1937).

CANTALUPO, Roberto, *Fu la Spagna* (Milán, 1948). (Hay traducción castellana).

CAPA, Robert, *Death in the making* (Nueva York, 1938).

CARDOZO, Harold G., *The March of a Nation* (Nueva York, 1937).

CARR, Raymond, *ed., The Republic and the Civil War in Spain* (Londres, 1971). (Hay traducción castellana).

—*Spain 1808-1939* (Oxford, 1966). (Hay traducción castellana).

CARRASCAL, G., *Asturias, 18 julio 1926, 21 octubre 1937* (Valladolid, 1938).

CARRERA, Buenaventura, *L'Europe aveugle devant l'Espagne martyre* (París, 1939).

CARRERAS, Luis, *Grandeza cristiana de España. Notas sobre la persecución religiosa* (Toulouse, 1938).

CARRERO BLANCO, Luis, *España y el mar* (Madrid, 1962).

CARRETERO, José María, *Nosotros los mártires* (Madrid, 1940).

CARRILLO, Santiago, *Demain l'Espagne* (entrevistas con Régis Debray y Max Gallo) (París, 1974).

CARRILLO, Wenceslao, *El último episodio de la guerra civil española* (Toulouse, 1945).

CARRIÓN, Pascual, *La reforma agraria de la segunda República* (Barcelona, 1973).

CARSTEN, Francis, *The Reichswehr and Politics 1918-1933* (Oxford, 1966).

CASADO, Segismundo, *Así cayó Madrid* (Madrid, 1968).

CASANOVA, Manuel, *L'Espagne livrée* (París, 1971).

CASARIEGO FERNÁNDEZ, Jesús Evaristo, *Flor de hidalgos* (Pamplona, 1938).

CASAS DE LA VEGA, R., *Brunete* (Madrid, 1967).

CASTELLS, Andreu, *Las Brigadas Internacionales de la guerra de España* (Barcelona, 1974).

CASTILLO, José del (con Álvarez, Santiago), *Barcelona, objetivo cubierto* (Barcelona, 1958).

CASTRO ALBARRÁN, Aniceto de, *Éste es el cortejo... Héroes y mártires de la cruzada española* (Salamanca, 1941).

CASTRO DELGADO, Enrique, *Hombres «made in Moscú»* (Barcelona, 1965).

Catalunya sota el Régim franquista, vol. I (París, 1973).

Catholic church in Spain. Joint letter of the Spanish bishops to the bishops of the whole world concerning the war in Spain (Londres, 1937).

CATTELL, David Tredwell, *Communism and the Spanish Civil War* (Berkeley, 1955).

—*Soviet diplomacy and the Spanish Civil War* (Berkeley, 1957).

CAUTE, David, *The Fellow Travellers* (Londres, 1973). (Hay traducción castellana).

CELA, Camilo José, *Vísperas, festividad y octava de San Camilo del año 1936 en Madrid* (Madrid, 1969).

CERVERA VALDERRAMA, Almirante Juan, *Memorias de guerra 1936-1939* (Madrid, 1968).

CÍA NAVASCUES, Policarpo, *Memorias del tercio de Montejurra*

(Pamplona, 1941).

CIANO, Conde Galeazzo, *Diaries* 1937-1938 (Londres, 1952). *Diaries* 1939-1943 (Londres, 1947). (Hay traducción castellana).

—*Diplomatic Papers* (Londres, 1948).

CIERVA Y DE HOCES, Ricardo de la, *Historia de la guerra civil española* (Madrid, 1969).

—*Historia ilustrada de la guerra civil española* (Barcelona, 1970).

—*La historia perdida del socialismo español* (Madrid, 1972).

—*La leyenda de las Brigadas Internacionales* (Madrid, 1969).

—*Los documentos de la primavera trágica* (Madrid, 1967).

CIRAC ESTOPAÑÁN, Sebastián, *Héroes y mártires de Caspe* (Zaragoza, 1939).

CIRRE JIMÉNEZ, José, *De Espejo a Madrid con las tropas del general Miaja* (Granada, 1937).

CLARK, Ronald, *J. B. S. The Life and work of J. B. S. Haldane* (Londres, 1968).

CLAUDÍN, Fernando, *La crisis del movimiento comunista* (París, 1970).

—«Spain, the Untimely Revolution», *New Left Review*, n.º 74.

CLÉRISSE, Henry, *Espagne 36-37* (París, 1937).

Clero vasco, el, Rapports présentés par des prétres basques aux autorités ecclésiastiques (París, 1938).

Clero vasco frente a la Cruzada franquista, El (Bayona, 1966).

CLEUGH, James, *Spanish fury; the story of a civil war* (Londres, 1962). (Hay traducción castellana).

CLOUD, Yvonne, *Basque children in England* (Londres, 1937).

COCKBURN, Claud, *Crossing the Line* (Londres, 1956).

COLAS LAGUÍA, Emilio, *La gesta heroica de España* (Zaragoza, 1936).

Colectividades de Castilla (Madrid, 1937).

COLMEGNA, Héctor, *Diario de un médico argentino en la guerra de España, 1936-1939* (Buenos Aires, 1941).

COLODNY, Robert, *The Struggle for Madrid* (Nueva York, 1958). (Hay traducción castellana).

COLVIN, Ian, *Hitler's secret enemy* (Londres, 1957).

COMÍN COLOMER, Eduardo, *El comisariado político en la guerra española 1936-1939* (Madrid, 1973).

—*El 5.º Regimiento de Milicias Populares* (Madrid, 1973).

—*Historia del Partido Comunista de España*, 3 vols. (Madrid, 1965).

—*La República en el exilio* (Barcelona, 1957).

Communist Atrocities in Southern Spain, The (Introducción y segundo y tercer informes, en inglés, Londres, 1936; cuarto y quinto informes, en

castellano, Burgos, 1937).

Communist International, Report of the VIIth World Congress of the (Londres, 1936).

CONCHON, Georges, *La Corrida de la Victoire* (París, 1960).

CONFORTI, Olao, *Guadalajara* (Milán, 1967).

CONILL Y MATARÓ, Antonio, *Codo: de mi diario de campaña* (Barcelona, 1954).

CONNELLY ULLMAN, Joan, *The Tragic Week. A Study of anticlericalism in Spain, 1875-1912* (Cambridge, Mass., 1968). (Hay traducción castellana).

CONNOLLY, Cyril, *The condemned playground* (Londres, 1945).

—*The Golden Horizon* (Londres, 1953).

CONQUEST, Robert, *The Great Terror* (Londres, 1968). (Hay traducción castellana).

CONZE, Edward, *Spain today* (Londres, 1936).

COPEMAN, Fred, *Reason in revolt* (Londres, 1948).

CÓRDOBA, Juan de (José LOSADA DE LA TORRE), *Estampas y reportajes de retaguardia* (Sevilla, 1939).

CORDÓN, Antonio, *Trayectoria (recuerdos de un artillero)* (París, 1971).

CORNFORD, John, véase Sloan, Pat.

COT, Pierre, *The Triumph of Treason* (Chicago, 1944).

COUFFON, Claude, *A Grenade, sur les pas de García Lorca* (París, 1962). (Hay traducción castellana).

—*Orihuela y Miguel Hernández* (París, 1963).

COVERDALE, John, «The Battle of Guadalajara», *Journal of Contemporary History* (enero, 1974).

COWLES, Virginia, *Looking for trouble* (Londres, 1941).

COX, Geoffrey, *Defense of Madrid* (Londres, 1937).

CROZIER, Brian, *Franco* (Londres, 1976). (Hay traducción cast.).

CRUELLS, Manuel, *El 6 d'octubre a Catalunya* (Barcelona, 1971).

—*Mayo sangriento: Barcelona 1937* (Barcelona, 1970).

Cruzada: Historia de la cruzada española, 35 volúmenes (Madrid, 1940-1943).

Cuadernos de Ruedo Ibérico: «El movimiento libertario español» (París, 1974).

CURTIS, Norah, *Malnutrition* (Londres, Nueva York, 1944).

CHAMSON, André, *Retour d'Espagne. Rien qu'un témoignage* (París, 1937). (Hay traducción castellana y catalana).

CHAPAPRIETA, Joaquín, *La paz fue posible* (Barcelona, 1971).

CHAVES NOVALES, Manuel, *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España* (Santiago de Chile, 1937).

CHOMSKY, Noam, *American power and the new mandarins* (Londres, 1969). (Hay traducción castellana).

Christ or Franco? An answer to the Collective Letter which the Spanish Episcopate issued to the bishops of the world (Londres, 1937).

CHURCHILL, Winston, *The Second World War, vol. I: The Gathering Storm* (Londres, 1948). (Hay traducción castellana).

DAHMS, Hellmuth, *Der spanische Bürgerkrieg 1936-1939* (Tubinga, 1962).

DALTON, Hugh, *The Fateful Years: Memoirs 1931-1945* (Londres, 1957).

DÁVILA, Sancho (y Pemartín, Julián), *Hacia la historia de Falange, primera contribución de Sevilla* (Jerez, 1938).

Déclaration des gouvernements européens au sujet des affaires d'Espagne (conjunto de documentos mecanografiados que se hallan en la Biblioteca Rockefeller del Palacio de las Naciones).

DEDIJER, Vladimir, *Tito speaks* (Londres, 1953).

De julio a julio (por J. García Oliver, etc.) (Barcelona, 1937).

DE LOS RÍOS, Fernando, *Mi viaje a la Rusia Soviética, 2.ª ed.* (Madrid, 1970).

DELAPRÉE, Louis, *The martyrdom of Madrid* (Madrid, 1937). (Hay traducción castellana).

DELCLAUX, Carlos, *La Financiación de la Cruzada*, tesis doctoral inédita. Universidad de Deusto.

DELMER, Sefton, *Trail sinister* (Londres, 1961).

DELPERRIE DE BAYAC, Jacques, *Les Brigades Internationales* (París, 1968).

DERIABIN, P. (y GIBNEY, F.), *The Secret World* (Londres, 1960).

DESANTI, Dominique, *L'internationale Communiste* (París, 1971).

DEUTSCHER, Isaac, *Stalin, a political biography* (Londres, 1949). (Hay traducción castellana).

—*The Prophet Armed* (Londres, 1954). (Hay traducción castellana).

—*The Prophet Unarmed* (Londres, 1959). (Hay traducción castellana).

—*The Prophet Outcast* (Londres, 1963). (Hay traducción castellana).

DE WET, Oloff, *Cardboard crucifix* (Edimburgo y Londres, 1938).

DÍAZ, José, *Por la unidad, hacia la victoria* (Barcelona, 1937).

—*Tres años de lucha* (París, 1970).

DÍAZ DE ENTRESOTOS, Baldomero, *Seis meses de anarquía en Extremadura* (Cáceres, 1937).

DÍAZ-PLAJA, Fernando, comp., *La guerra de España en sus documentos*, 2.ª ed. (Barcelona, 1966).

DÍAZ DE VILLEGAS, José, *Guerra de liberación; la fuerza de la razón* (Barcelona, 1957).

DÍAZ DEL MORAL, José, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas: Córdoba* (Madrid, 1929).

DÍAZ NOSTY, Bernardo, *La comuna asturiana* (Madrid, 1974).

Dictamen de la comisión sobre ilegitimidad de poderes actuantes el 18 de julio de 1936 (Barcelona, 1939).

DIEGO, Capitán de, *Belchite* (Barcelona, 1939).

Documents diplomatiques français 1932-1939, 2.ª serie (París, 1939).

Documents on German Foreign Policy 1918-1945, Serie C, vols. IV (Londres, 1962) y V (Londres, 1966); serie D, vols. III (Londres, 1951) y XI (Londres, 1961). (Cuando en las notas a pie de página aparecen las siglas GD, se hace referencia a la serie D, vol. III).

Documents secrets de la ministere des affaires étrangéres d'Allemagne, vol. III (Moscú, 1946).

DOLGOFF, Sam, *The anarchist collectives; workers self-management in the Spanish Revolution, 1936-1939* (Nueva York, 1974).

DOMÉNECH PUIG, Rosendo, *Diario de campaña de un requeté* (Barcelona, s. a.).

DOMÍNGUEZ, Edmundo, *Los vencedores de Negrín* (México, 1940).

DUCLOS, Jacques, *Mémoires 1935-1939* (París, 1969).

DUMONT, René, *Types of rural economy* (Londres, 1957).

DUNDAS, Lawrence, *Behind the Spanish mask* (Londres, 1943).

DUPRÉ, Henri, *La «Légion Tricolore» en Espagne* (París, 1942).

DURAN JORDÁ, Frederick, *The Service of blood transfusión at the front* (Barcelona, 1937).

DUVAL, Maurice, *Les espagnols et la guerre d'Espagne* (París, 1939).

—*Les leçons de la guerre d'Espagne* (París, 1938). (Hay traducción castellana).

DZELEPY, Eleuthere, *Britain in Spain* (Londres, 1939). (Hay traducción castellana).

—*The Spanish plot* (Londres, 1937). (Hay traducción castellana).

EBY, Cecil D., *Between the bullet and the lie* (Nueva York, 1969). (Hay traducción castellana).

—*The siege of the Alcázar* (Londres, 1966).

EDÉN, Anthony, (conde de Avon), *Facing the dictators* (Londres, 1962).

Education in Republican Spain (Londres, 1937).

EHRENBURG, Ilya, *Eve of War (Men, years and life, vol. IV)* (Londres, 1963). (Hay traducción castellana).

EISNER, Alexei, *La 12.ª Brigada Internacional* (Valencia, 1972).

ELSTOB, Peter, *Spanish prisoner* (Nueva York, 1939).

L'Épopée d'Espagne; brigades internationales, 1936-1939 (París, 1957).

ERICKSON, John, *The Soviet High Command* (Londres, 1962).

ESCOBAL, Patricio P., *Death row: Spain 1936* (Indianápolis, 1968).

ESCOBAR, José I. (marqués de Valdeiglesias), *Así empezó…* (Madrid, 1974).

ESCH, Patricia A. M. van der, *Prelude to war: the international repercussions of the Spanish Civil War, 1936-1939* (La Haya, 1951).

ESPAÑA, *Guernica: being the official report of a commission appointed by the Spanish national government to investígate the causes of the destruction of Guernica on 26-28 April, 1937* (Londres, 1938).

Ministerio de Asuntos Exteriores, La agresión italiana. Documentos ocupados a las unidades italianas en la acción de Guadalajara (Valencia, 1937).

—*Oficina de Información, Las brigadas internacionales; la ayuda extranjera a los rojos españoles* (Madrid, 1948).

—*Appeal by the Spanish government. White book published by the Spanish government and presented to the Council on 28 May, 1937* (Ginebra, 1937).

—*Documents on the Italian intervention in Spain* (Londres, 1937).

—*Tribunal supremo. Ministerio fiscal. The general cause, the red domination in Spain, preliminary information drawn up by the ministry of justice* (Madrid, 1946).

—*Servicio Histórico Militar, Síntesis histórica de la Guerra de Liberación, 1936-1939* (Madrid, 1968).

ESPERABÉ ARTEAGA, Enrique, *La Guerra de Reconquista Española* (Madrid, 1939).

ESPINA DE SERNA, Concha, *Luna roja, novelas de la revolución* (Valladolid, 1939).

—*Princesas del martirio* (Barcelona, 1940).

ESPINAR, Jaime, *«Argelés-sur-Mer» (Campo de concentración para españoles)* (Caracas, 1940).

ESTADOS UNIDOS, gobierno de los: *Foreign Relations of the United States: 1936* (vol. II); *1937* (vol. I); *1938* (vol. I); *1939* (vol. II). (Washington, 1954-1956).

ESTEBAN INFANTES, general Emilio, *General Sanjurjo* (Barcelona, 1957).

FARNBOROUGH, Florence, *Life and People in National Spain* (Londres, 1938).

FALDELLA, Emilio, *Venti mesi di guerra in Spagna* (Florencia, 1939).

FD: véase *Documents diplomatiques français.*

FEILING, Keith, *The Life of Neville Chamberlain* (Londres, 1946).

FEIS, Herbert, *The Spanish Story* (Nueva York, 1948).

FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor, *Historia de la república Española, 1931-1936* (Madrid, 1940).

FERNÁNDEZ ARIAS, Adelardo, *Madrid bajo el «terror», 1936-1937*

(Zaragoza, 1937).

FERRARA, Marcella y Mauricio, Palmiro Togliatti, traducción francesa (París, 1955).

FERRARI BILLOCH, Francisco, *¡Masones! Así es la secta. Las logias de Palma e Ibiza* (Palma, 1937).

FERRER, Melchor, *Documentos de don Alfonso Carlos* (Madrid, 1950).

FERRER, Sol, *Francisco Ferrer* (París, 1962).

FIDALGO CARASA, Pilar, *A young mother in Franco's prisons* (Londres, 1939).

FISCHER, Louis, *Men and Politics* (Nueva York, 1941).

—*The war in Spain* (Nueva York, 1937). (Hay traducción castellana).

FISCHER, Ruth, *Stalin and German Communism* (Oxford, 1949).

FITZPATRICK, capitán Noel, *Memoirs* (inéditas).

FOLTZ, Charles, *The Masquerade in Spain* (Boston, 1948).

FONTANA, José María, *Los catalanes en la guerra de España* (Madrid, 1951).

FONTERIZ, Luis de (pseud.), *Seis meses bajo el terror rojo en Madrid* (Ávila, 1937).

FOOTE, Alexander, *Handbook for Spies* (Londres, 1953).

FOOTIT, Hilary, *French Intellectuals and the Spanish Civil War* (tesis doctoral, Reading, 1972).

FORBES, Rosita, *The Sultán of the Mountains* (Nueva York, 1924).

FORELL, Fritz *von*, *Mólders und seine mánner* (Graz, 1941).

FOSS, William, *The Spanish arena* (Londres, 1938).

FOX, Ralph, *A writer in arms* (Londres, 1937).

FOXÁ, Agustín de, *Madrid de Corte a checa* (San Sebastián, 1938).

FRASER, Ronald, *In Hiding: The Life of Manuel Cortés* (Londres, 1972).

—*The Pueblo* (Londres, 1973).

FRUTOS, Víctor de, *Los que no perdieron la guerra* (Buenos Aires, 1967).

FÜHRING, Hellmut Hermann, *Wir funken für Franco* (Gütersloh, 1941).

FULLER, general J. F. C., *The Conquest of Red Spain* (Londres, 1937).

GALEY, John H., «Bridegrooms of death: a profile study of the Spanish Foreign Legión», *Journal of Contemporary History*, vol. IV, N.º. 2, 1969.

GALÍNDEZ SUÁREZ, Jesús, *Los vascos en el Madrid sitiado* (Buenos Aires, 1945).

GALINDO HERRERA, Santiago, *Los partidos monárquicos bajo la Segunda República* (Madrid, 1956).

GALLAND, Adolf, *The First and the Last* (Londres, 1957). (Hay traducción castellana).

GALLO, Max, *Spain under Franco: A History* (Londres, 1973). (Hay

traducción castellana).

GAMELIN, Maurice, *Servir* (París, 1946-1947).

GAMIR Ulíbarri, general Mariano, *Guerra de España, 1936-1939* (París, 1939).

GANNES, Harry (con «Reparo», Theodore), *Spain in Revolt* (Londres, 1936). (Hay traducción castellana).

GÁRATE, José María, *Mil días de fuego* (s. l., s. a.).

GARCÍA, José, *Ispaniia Narodnogo fronta 1936-1939* (Moscú, 1957).

GARCÍA, Miguel, *Franco's Prisoner* (Londres, 1972).

GARCÍA ALONSO, Francisco, *Así mueren los españoles* (Buenos Aires, 1937).

GARCÍA ARIAS, Luis, *La política internacional en torno a la Guerra de España, 1936* (Zaragoza, 1961).

GARCÍA LACALLE, Andrés, *Mitos y Verdades* (México, 1974).

GARCÍA MERCADAL, José, *Aire, tierra y mar* (Zaragoza, 1939).

GARCÍA MORATO, Joaquín, *Guerra en el aire* (Madrid, 1940).

GARCÍA PRADAS, José, *Cómo terminó la guerra de España* (Buenos Aires, 1940).

GARCÍA SERRANO, Rafael, *Diccionario para un macuto* (Madrid, 1964).

GARCÍA VALIÑO, Rafael, *Guerra de Liberación Española. Campañas de Aragón y Maestrazgo* (Madrid, 1949).

GARCÍA VENERO, Maximiano, *Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla* (París, 1967).

—*El general Fanjul* (Madrid, 1967).

—*Historia de las Internacionales en España*, 3 vols. (Madrid, 1956-1957).

—*Historia del nacionalismo catalán*, 2 vols. (Madrid, 1967).

—*Historia del nacionalismo vasco* (Madrid, 1945).

—*Madrid, julio 1936* (Madrid, 1973).

Garibaldini in Spagna (Madrid, 1937).

GAROSCI, Aldo, *Gli intellettuali e la Guerra di Spagna* (Turín, 1959).

GARRACHÓN CUESTA, Antonio, *De África a Cádiz y de Cádiz a la España Imperial* (Cádiz, 1938).

GARRIGA, Ramón, *Las relaciones secretas entre Franco y Hitler* (Buenos Aires, 1965).

GARTHOFF, R., *How Russia makes war* (Londres, 1954).

GD: véase *Documents on German Foreign Policy 1918-1945.*

GEORGE, Robert (Robert Sencourt), *Spain's ordeal* (Londres, 1938).

GERAHTY, Cecil, *The road to Madrid* (Londres, 1937).

GIBSON, Ian, *The Death of Lorca* (Londres, 1973). (Hay traducción castellana).

GIL MUGARZA, Bernardo, *comp., España en llamas, 1936* (Barcelona, 1968).

GIL ROBLES, José María, *Discursos parlamentarios* (Madrid, 1971).

—*No fue posible la paz* (Barcelona, 1968).

GILLAIN, Nick, *Le mercenaire* (París, 1938). (Hay traducción castellana).

GILBERT, Martin, *A century of conflict; Essays presented to A. J. P. Taylor* (Londres, 1966).

GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto, *¡Hay Pirineos! Notas de un alférez de la IVª de Navarra sobre la conquista de Port Bou* (Barcelona, 1939).

GIRONELLA, José María, *Los cipreses creen en Dios* (Barcelona, 1956).

—*Un millón de muertos* (Barcelona, 1961).

GISCLON, Jean, *Des avions et des hommes* (París, 1969).

GODED, Manuel, *Un «faccioso» cien por cien* (Zaragoza, 1939).

GOMA Y TOMÁS, Isidro, cardenal, *Pastorales de la guerra de España* (Madrid, 1955).

GOMA ORDUÑA, José, *La guerra en el aire* (Barcelona, 1958).

GÓMEZ ACEBO, Juan, *La vida en las cárceles de Euzkadi* (Zarauz, 1938).

GÓMEZ BAJUELO, Gil, *Málaga bajo el dominio rojo* (Cádiz, 1937).

GÓMEZ CASAS, Juan, *Historia del anarcosindicalismo español* (Madrid, 1968).

GÓMEZ MÁLAGA, Juan, *Estampas trágicas de Madrid* (Ávila, 1936).

GÓMEZ OLIVEROS, comandante, *General Moscardó* (Barcelona, 1955).

GONZÁLBEZ RUIZ, Francisco, *Yo he creído en Franco. Proceso de una gran desilusión* (París, 1937).

GONZÁLEZ, Valentín, («El Campesino»), *Comunista en España y antiestalinista en la URSS* (México, 1952).

—*Listen, Comrades* (Londres, 1952).

GONZÁLEZ OLIVEROS, Wenceslao, *Falange y Requeté orgánicamente solidarios* (Valladolid, 1937).

GORDÓN ORDÁS, Félix, *Mi política fuera de España*, 2 vols. (México, 1965-1967).

GORKÍN, Julián, *Caníbales políticos; Hitler y Stalin en España* (México, 1941). Hay una nueva edición, con notas, que lleva por título *El Proceso de Moscú en Barcelona* (Barcelona, 1974).

—«My experiences of Stalinism», *The Review*, n.º 2, octubre, 1959 (Imre Nagy Institute for Political Research).

GOTT, Richard (y GILBERT, Martin), *The Appeasers* (Londres, 1963).

GRANADOS, Antonio, *El cardenal Gomá* (Madrid, 1969).

GRAVES, Robert (y HODGE, Alan), *The Long Week-end* (Londres, 1940).

GREAVES, Harold, *The truth about Spain* (Londres, 1938).

GREENE, Herbert, *Secret agent in Spain* (Londres, 1938).

GROSS, Babette, *Willi Muenzenberg: Eine politische Biographie* (Stuttgart, 1967).

GROSS, Miriam, *The World of George Orwell* (Londres, 1971), (incluye un ensayo de Raymond Carr).

GUARNER, coronel Vicente, *Papers* (inédita).

GUÉRIN, Daniel, *L'anarchisme* (París, 1965). (Hay traducción castellana).

Guerra y revolución en España 1936-1939 (Moscú, 1966).

GUEST, Carmel Haden, *David GUEST: a scientist fights for freedom* (Londres, 1939).

GURNEY, Jason, *Crusade in Spain* (Londres, 1974).

GUTIÉRREZ RAVÉ, José, *Antonio Goicoechea* (Madrid, 1965).

—*Gil Robles, caudillo frustrado* (Madrid, 1967).

GUTTMANN, Alien, *The wound in the heart: America and the Spanish Civil War* (Nueva York, 1962).

GUZMÁN, Eduardo de, *El año de la victoria* (Madrid, 1974).

—*La muerte de la esperanza* (Madrid, 1973).

—*Madrid rojo y negro; milicias confederales* (Buenos Aires, 1939).

HALDANE, Charlotte, *Truth will out* (Londres, 1949).

HALIFAX, *lord* , *Speeches on Foreign Policy 1934-1939* (Londres, 1940).

—*The Fullness of Days* (Londres, 1957).

HAMILTON, Thomas J., *Appeasement's child* (Londres, 1949). (Hay traducción castellana).

HANIGHEN, Frank, ed., *Nothing but danger* (Londres, 1940).

HARPER, Glenn T., *German Economic Policy in Spain* (La Haya, 1967).

HEDILLA, Manuel, *Testimonio* (Barcelona, 1973).

Helsby, Cyril, *Air raid structures and ARP in Barcelona today* (Londres, 1939).

HEMINGWAY, Ernest, *For whom the Bell tolls* (Nueva York, 1940). (Hay traducción castellana).

—*The fifth column* (Harmondsworth, 1966). (Hay traducción castellana).

—*The Spanish earth* (Londres, 1938).

HENDERSON, *sir* Neville, *Failure of a mission* (Londres, 1940).

HENRÍQUEZ CAUBÍN, Julián, *La batalla del Ebro* (México, 1944).

HERMET, Guy, *Les espagnols en France* (París, 1967). (Hay traducción castellana).

—*Los comunistas en España* (París, 1971).

HERNÁNDEZ, Jesús, *La grande trahison* (París, 1953). (Hay traducción castellana).

HIDALGO DE CISNEROS, Ignacio, *Memorias*, 2 vols. (París, 1964).

HILLS, George, *Franco: the Man and his Nation* (Londres, 1967).

HIRIARTIA, J. de, *El caso de los católicos vascos* (Buenos Aires, ¿1939?).

«HISPANICUS», pseud., ed., *Foreign intervention in Spain* (Londres, 1938).

HITLER, Adolf, *Hitler's Table-Talk 1941-1943* (Londres, 1953). (Hay traducción castellana).

HOARE, *sir* Samuel, *Ambassador on special mission* (Londres, 1946).

HOBSBAWM, Eric, *Primitive Rebels* (Manchester, 1959). (Hay traducción castellana).

HODGSON, *sir* Robert, *Spain resurgent* (Londres, 1953). (Hay traducción castellana).

HORNER, Arthur, *Incorrigible Rebel* (Londres, 1960).

HOSKINS, Katharine Bail, *Today the struggle; literature and politics in England during the Spanish Civil War* (Austin, 1969).

HOYOS, Graf Max, *Pedros y Pablos: fliegen, erleben, kampfen in Spanien* (Munich, 1941).

HUBBARD, John R., «How Franco financed his war», *The Journal of Modern History* (diciembre de 1953).

HUIDOBRO PARDO, Leopoldo, *Memorias de un finlandés* (Madrid, 1939).

HULL, Cordell, *Memoirs*, 2 vols. (Nueva York, 1948).

HUMBERT DROZ, Jules, *Mémoires*, 3 vols. (Neuchâtel, 1969-1972).

I accuse France, por un abogado (Londres, 1937).

IBÁRRURI, Dolores, et al., *Guerra y revolución en España 1936-1939* (3 vols. 1967-1971).

—*El único camino* (París, 1967).

ICKES, Harold, *The Secret diary of Harold Ickes* (Londres, 1955).

INGE, Dean W. R., *Dean Inge indicts the Red Government of Spain* (Londres, 1938).

International Committee for the application of the agreement regarding Non Intervention in Spain. (Notas taquigráficas de las actas de las treinta reuniones del subcomité de la presidencia y de los subcomités técnicos. Hay un juego completo de estas actas en el Public Record Office, Londres).

International Military Tribunal: the trial of the major war crimináis, 37 vols. (Nuremberg, 1947-1949).

IRIBARREN, José María, *El general Mola* (Madrid, 1945).

IRVING, David, *The Rise and fall of the Luftwaffe* (Londres, 1974).

ITÚRRALOS, Juan de, *El catolicismo y la cruzada de Franco*, 2 vols. (Bayona, 1955).

ISORNI, Jacques, *Philippe Pétain*, 2 vols. (París, 1972).

Istoriy Velikoy Otechestvennoy voyny Sovetskogo Soyuza, 1941-1945, vol. I (Moscú).

IZAGA, Guillermo Arsenio de, *Los presos de Madrid; recuerdos e impresiones de un cautivo en la España roja* (Madrid, 1940).

IZCARAY, Jesús, *Madrid es nuestro* (Madrid-Barcelona, 1938).

JACKSON, Gabriel, *A Concise History of the Spanish Civil War* (Nueva York, 1974). (Hay traducción castellana).

—*Historian's Quest* (Nueva York, 1969).

—*The Spanish Republic and the Civil War 1931-1939* (Princeton, 1965). (Hay traducción castellana).

Jane's Fighting Ships (Londres, 1936).

JATO, David, *La rebelión de los estudiantes* (Madrid, 1953).

JELLINEK, Frank, *The civil war in Spain* (Londres, 1938).

JERROLD, Douglas, *Georgian adventure* (Londres, 1937).

JIMÉNEZ DE ASÚA, Luis, *Anécdotas de las Constituyentes* (Buenos Aires, 1942).

JOANIQUET, Aurelio, *Calvo Sotelo, una vida fecunda* (Santander, 1939).

JOHNSON, doctor Hewlett, *Report of a recent delegation to Spain* (Londres, 1937).

JOHNSTONE, Nancy J., *Hotel in flight* (Londres, 1939).

JOLL, James, *Intellectuals in Politics* (Londres, 1960).

—*The Anarchists* (Londres, 1964). (Hay traducción castellana).

JONG, doctor L. de, *The German Fifth Column in the Second World War* (Londres, 1958).

JORDÁN, Philip, *There is no return* (Londres, 1939).

JOUBERT, vicealmirante H., *La Guerre d'Espagne et le Catholicisme, panfleto* (París, 1937).

JUNOD, Marcel, *Warrior without weapons* (Londres, 1951).

JUANES, José, *Por qué fuimos a la guerra* (Ávila, 1937).

KAMINSKI, Hanns Erich, *Ceux de Barcelone* (París, 1937). (Hay traducción castellana).

KANTOROWICZ, Alfred, *Spanisches Tagebuch* (Berlín, 1948).

—*«Tschapaiew», das Bataillon der 12 Nationen* (Berlín, 1956). (Hay traducción castellana).

KAY, Hugh, *Salazar and modern Portugal* (Londres, 1970).

KEMP, Peter, *Mine were of trouble* (Londres, 1957). (Hay traducción castellana).

KENYON, *sir* Frederic, *Art treasures of Spain* (Londres, 1937).

KERSHNER, Howard, *Quaker service in modern war* (Nueva York, 1950).

KESTEN, Hermann, *Die Kinder von Guernika* (Hamburgo, 1955).

KINDELÁN, general Alfredo, *Mis cuadernos de guerra* (Madrid, 1945).

KIRK, H. L., *Pablo Casals* (Nueva York, 1974).

KIRKPATRICK, *sir* Ivone, *Mussolini, study of a demagogue* (Londres, 1964).

KLEIN, Burton, *Germany's economic preparations for war* (Cambridge, Mass., 1959).

KLOTZ, Helmuth, *Les leçons militaires de la guerre civile en Espagne* (París, 1937).

KNICKERBOCKER, H. R., *The siege of the Alcázar* (Filadelfia, 1936).

KNOBLAUGH, H. Edward, *Correspondent in Spain* (Londres y Nueva York, 1939).

KOESTLER, Arthur, *Dialogue with death* (Nueva York, 1942).

—*The Invisible Writing* (Londres, 1954). (Hay traducción castellana).

—*Spanish testament* (Londres, 1937). (Hay traducción castellana).

KOLTSOV, Mikhail, *Diario de la Guerra de España* (París, 1963).

KORTA, Adam (con Hopman, M.), *Karol Swierczewski* (Varsovia, 1954).

KRIVITSKY, Walter, *I was Stalin's agent* (Londres, 1963). (Hay traducción castellana).

KUTISCHER, Eugene, *The displacement of population in Europe* (Montreal, 1944).

LACOUTURE, Jean, *André Malraux* (París, 1973).

LACRUZ, Francisco, *El alzamiento, la revolución y el terror en Barcelona* (Barcelona, 1943).

LAMO DE ESPINOSA, E., *Filosofía y política en Julián Besteiro* (Madrid, 1973).

LANDAU, Katia, *Le stalinisme en Espagne* (París, 1938).

LANDIS, Arthur H., *The Abraham Lincoln Brigade* (Nueva York, 1967).

LANGDON-DAVIES, John, *Behind the Spanish barricades* (Nueva York, 1936). (Hay traducción castellana).

LARGO CABALLERO, Francisco, *Mis Recuerdos. Cartas a un amigo* (México, 1954).

LARIOS, José (duque de Lerma), *Memorias de un piloto de caza* (Santander, 1966).

LAST, Jef, *The Spanish tragedy* (Londres, 1939).

Laszlo Rajk and his accomplices before the People's Court: a transcript of the Rajk trial (Budapest, 1949).

LEHMANN, John, *The Whispering gallery* (Londres, 1955).

LEÓN, María Teresa, *Contra viento y marea* (Buenos Aires, 1941).

LERROUX, Alejandro, *La pequeña historia* (Madrid, 1963).

Les événements survenus en France 1936-1945, Rapport fait au nom de la commission de l'Assemblée Nationale: Temoignages, vol. I (París, 1955).

LEVAL, Gastón, *Espagne Libertaire 1936-1939: L'ceuvre constructive de la*

révolution espagnole (París, 1971). (Hay traducción castellana).

—*Né Franco né Stalin: la collettivitá anarchica spagnola nella lotta contro Franco e la reazione staliniana* (Milán, 1955).

LEWIS, Flora, *The Man who disappeared —the strange history of Noel Field* (Londres, 1965).

LEWIS, Wyndham, *Count your dead: they are alive* (Londres, 1937).

Libro de Oro de la Revolución Española, 1936-1946 (Toulouse, 1946).

LIDDELL HART, *sir* Basil, *The Defence of Britain* (Londres, 1938).

—*Memoirs*, 2 vols. (Londres, 1965).

—*The Other side of the Hill* (Londres, 1948).

—ed., *The Soviet Army* (Londres, 1956).

Lieder der spanischen Revolution (Moscú, 1937).

LINDBAECK, Lise, *Internationella Brigaden* (Estocolmo, 1939).

LINDSLEY, Lorna, *War is people* (Boston, 1943).

LISON-TOLOSANA, Carmelo, *Belmonte de los Caballeros* (Oxford, 1966).

LÍSTER, Enrique, *Nuestra guerra, aportaciones para una historia de la guerra nacional revolucionaria del pueblo 1936-1939* (París, 1966).

LIZARRA, A. de, *Los vascos y la República española. Contribución a la historia de la guerra civil 1936-1939* (Buenos Aires, 1944).

LIZARZA, Antonio, *Memorias de la conspiración* (Pamplona, 1954).

LIZÓN GADEA, Adolfo, *Brigadas internacionales en España* (Madrid, 1940).

LODOLI, Renzo, *I legionari* (Milán, 1970).

L'Oeuvre constructive de la révolution espagnole, CNT-AIT (Barcelona, 1936).

LOEWENSTEIN, príncipe Hubertus, *A Catholic in republican Spain* (Londres, 1937).

LOJENDIO, Luis María de, *Operaciones militares de la guerra de España, 1936-1939* (Barcelona, 1940).

LONDON, Artur, *L'Aveu* (París, 1969). (Hay traducción castellana).

—*Espagne* (París, 1966). (Hay traducción castellana).

LONGO, Luigi, *Le brigate internazionali in Spagna* (Roma, 1956). (Hay traducción castellana).

LÓPEZ BARRANTES, Ramón, *Mi exilio* (Madrid, 1974).

LÓPEZ CHACÓN, Rafael, *Por qué hice las checas de Barcelona* (Madrid, 1940).

LÓPEZ FERNÁNDEZ, Antonio, *Defensa de Madrid* (México, 1945).

LÓPEZ, Juan, *Una misión sin importancia* (Madrid, 1972).

LÓPEZ MUÑIZ, Gregorio, *La batalla de Madrid* (Madrid, 1943).

LÓPEZ SEVILLA, Enrique, *El partido socialista obrero español en las cortes*

constituyentes de la segunda República (México, 1969).

LORENZO, Anselmo, *El proletariado militante* (Barcelona, 1901-1932 y Madrid, 1974).

LORENZO, César M., *Les anarchistes espagnols et le pouvoir* (París, 1969). (Hay edición castellana).

LOVEDAY, Arthur Frederic, *World war in Spain* (Londres, 1939).

LOW, Mary, *Red Spanish notebook: the first six months of the revolution and civil war* (Londres, 1937).

LOZANO, Jesús, *La segunda República: Imágenes, Cronología y Documentos* (Barcelona, 1973).

LUCA DE TENA, Juan, *Mis amigos muertos* (Barcelona, 1971).

LUNN, Arnold Henry Moore, *Spanish rehearsal* (Nueva York, 1937).

LUSSU, Emilio, «La Legione italiana in Spagna», *Giustizia e Liberta*, 28 agosto, 1969).

LLARCH, Joan, *La muerte de Durruti* (Barcelona, 1973).

LLORENS, Josep María, *La Iglesia contra la República española* (Vieux, 1968).

LLOYD GEORGE, David, *Spain and Britain* (Londres, 1937).

LLUCH VALLS, Francisco, *Mi diario entre los mártires, cárcel de Málaga, año 1937* (Granada, 1937).

MACK SMITH, Denis, *Mussolini as a military leader (The Stenton Lecture, Universidad de Reading)* (Reading, 1973).

MADARIAGA, Salvador de, *España*, 7.ª edición (Buenos Aires, 1964).

—*Memorias (1921-1936)* (Madrid, 1974).

MAEZTU, Ramiro de, *En vísperas de la tragedia*, prólogo de José María de Areilza (Madrid, 1941).

MAISKY, Ivan, *Spanish Notebooks* (Londres, 1966).

MAÍZ, Félix, *Alzamiento en España. De un diario de la conspiración* (Pamplona, 1952).

MALAPARTE, Curzio, *¡Viva la muerte!* (Número especial de *Prospective*) (Roma, 1939).

MALEFAKIS, Edward E., *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain: Origins of the Civil War* (New Haven, 1970). (Hay traducción castellana).

MALRAUX, André, *L'Espoir* (París, 1937).

MANCISIDOR, José María, *Frente a frente* (Madrid, 1963).

MANN, Thomas, *Avertissement a l'Europe; prólogo de André Gide* (París, 1937).

MANNING, Leah, *What I saw in Spain* (Londres, 1935).

MARAÑÓN, Gregorio, *Liberalismo y comunismo* (Buenos Aires, 1938).

MARICHAL, Juan, «La significación histórica de Juan Negrín», *Triunfo*, 22 de junio de 1974.

MARINELLO, Juan, *Hombres de la España leal* (La Habana, 1938).

MARITAIN, Jacques, *Sobre la guerra santa* (Buenos Aires, 1937).

MARRERO SUÁREZ, Vicente, *La guerra española y el trust de cerebros* (Madrid, 1961).

MARTÍ, Casimiro, *Orígenes del anarquismo en Barcelona* (Barcelona, 1959).

MARTIN, Claude, *Franco, soldat et chef d'état* (París, 1959). (Hay traducción castellana).

MARTIN, Kingsley, *Editor* (Londres, 1938).

MARTÍN ARTAJO, Javier, «No me cuente usted su caso». *Recuerdos* (Madrid, s. a.).

MARTÍN, J. G., *Political and social changes in Catalonia during the révolution* (Barcelona, 1937).

MARTÍNEZ, Carlos, *Crónica de una emigración (la de los republicanos españoles en 1939)* (México, 1959).

MARTÍNEZ ABAD, Julio, *¡17 de julio! La guarnición de Melilla inicia la salvación de España* (Melilla, 1937).

MARTÍNEZ ALIER, Juan, *La estabilidad del latifundismo* (París, 1968).

MARTÍNEZ AMUTIO, Justo, *Chantaje a un pueblo* (Madrid, 1974).

MARTÍNEZ BANDE, coronel José Manuel, *La guerra en el norte* (Madrid, 1969).

—*Brigadas internacionales* (Barcelona, 1972).

—*El final del frente norte* (Madrid, 1972).

—*La batalla de Teruel* (Madrid, 1974).

—*La gran ofensiva sobre Zaragoza* (Madrid, 1973).

—*La invasión de Aragón y el desembarco en Mallorca* (Madrid, 1970).

—*La lucha en torno a Madrid* (Madrid, 1968).

—*La marcha sobre Madrid* (Madrid, 1968).

—*La ofensiva sobre Segovia y la batalla de Brunete* (Madrid, 1972).

—*Los cien últimos días de la república* (Barcelona, 1972).

—*Vizcaya* (Madrid, 1971).

MARTÍN BLÁZQUEZ, José, *I helped to build an army; Civil War memoirs of a Spanish staff officer* (con una introducción de F. Borkenau) (Londres, 1939).

MARTÍNEZ DE CAMPOS, Carlos (duque de la Torre), *Ayer 1931-1953* (Madrid, 1970).

MARTÍNEZ PASTOR, Manuel, *Cinco de marzo 1939* (Madrid, 1971).

MARTY, André, *Volontaires d'Espagne: douze mois sublimes!* (París, 1937).

(Hay traducción castellana).

MATORRAS, Enrique, *El comunismo en España* (Madrid, 1935).

MATTHEWS, Herbert, *The yoke and the arrows. A report on Spain* (Nueva York, 1961).

—*Two wars and more to come* (Nueva York, 1938).

MATTIOLI, Guido, *L'aviazione legionaria in Spagna* (Roma, 1940).

MAULVAULT, Lucien, *Gla'ieul noir* (París, 1938).

MAURA, Miguel, *Así cayó Alfonso XIII…* (México, 1962 y Barcelona, 1966).

MAURÍN, Joaquín, *Revolución y contrarrevolución en España* (París, 1966).

MAURRAS, Charles, *Vers l'Espagne de Franco* (París, 1943).

MCCULLAGH, Francis, *In Franco's Spain: being the experiences of an Irish war correspondent during the great civil war which began in 1936* (Londres, 1937).

MCGOVERN, John, *Terror in Spain. How the Communist International has destroyed working class unity, undermined the fight against Franco, and suppressed the social revolution* (Londres, 1938).

—*Why bishops back Franco* (Londres, 1936).

MACKEE, Seumas, *I was a Franco soldier* (Londres, 1938).

MCNEILL-MOSS, Geoffrey, *The Epic of the Alcázar* (Londres, 1937).

MACROBERTS, Noel, *A. R. P. lessons from Barcelona* (Londres, 1938).

MEAKER, Gerald, *The Revolutionary Left in Spain, 1914-1923* (Stanford, 1974).

Medical aid unit in Spain. The story of the (Londres, 1936).

MENDIZÁBAL VILLALBA, Alfredo, *Aux origines d'une tragédie: la politique espagnole de 1923 a 1936* (París, 1937).

MENÉNDEZ REIGADA, Ignacio, *La Guerra Nacional Española ante la moral y el derecho* (Salamanca, 1937).

MERA, Cipriano, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista* (París, 1976).

MERKES, Manfred, *Die deutsche Politik gegenüber dem spanischen Bürgerkrieg, 2.ª ed.* (Bonn, 1969).

MEZQUIDA, Luis María, *La batalla del Ebro*, 2 vols. (Tarragona, 1963).

—*La batalla del Segre* (Tarragona, 1972).

MIDDLEMAS, Keith (y BARNES, John), *Baldwin. A Biography* (Londres, 1969).

—*Diplomacy of Illusion* (Londres, 1972).

MIGUEL, Florindo de, *Un cura en zona roja* (Barcelona, 1956).

MIKSCHE, F. O., *Blitzkrieg* (Harmondsworth, 1944).

MILLÁN ASTRAY, Pilar, *Cautivas: 32 meses en las prisiones rojas* (Madrid, 1940).

MINNEY, R. J., *The Private papers of Hore-Belisha* (Londres, 1960).

MINTZ, Frank, *L'autogestion dans l'Espagne révolutionnaire* (París, 1970).

MIQUELARENA, Jacinto, *Cómo fui ejecutado en Madrid* (Ávila, 1937).

—*El otro mundo* (Burgos, 1938).

MIRAVITLLES, Jaume, *Episodis de la guerra civil espanyola* (Barcelona, 1972).

MITCHELL, *sir* Peter Chalmers, *My house in Málaga* (Londres, 1938).

MITFORD, Jessica, *Sons and Rebels* (Londres, 1960).

MOCH, Jules, *Rencontres avec… Léon Blum* (París, 1970).

MODESTO, Juan, *Soy del quinto regimiento* (París, 1969).

MOLA, Emilio, *Obras Completas* (Valladolid, 1940).

MOLINA, Juan, *Noche sobre España* (México, 1958).

MONELLI, Paolo, *Mussolini. An Intimate Life* (Londres, 1953).

MONTERO, Antonio, *La persecución religiosa en España* (Madrid, 1961).

MONTERO DÍAZ, Santiago, *La política social en la zona marxista* (Bilbao, 1938).

Montserrat, glosas a la Carta colectiva de los obispos españoles (Barcelona, 1938). (J. Vilar Costa).

MONTSERRAT, Víctor, *Le drame d'un peuple incompris. La guerre au Pays Basque* (París, 1938).

MORA, Constancia de la, *In place of splendour. The autobiography of a Spanish woman* (Nueva York, 1939).

MORAVEC, Frantisek, *Master of Spies* (Londres, 1975).

MORENO, almirante Francisco, *La guerra en el mar* (Barcelona, 1959).

MORROW, Félix, *Revolution and counter-revolution in Spain* (Nueva York, 1938).

MUGGERIDGE, Malcolm, *The Thirties* (Londres, 1940).

MÚGICA, doctor Mateo (obispo de Vitoria), *Imperativos de mi conciencia* (Buenos Aires, s. a.).

MUÑÍS, Grandizo, *Jalones de derrota: promesa de victoria. España 1930-1939* (México, 1948).

MUÑIZ MARTÍN, Óscar, *El verano de la dinamita* (Madrid, 1974).

MUÑOZ DÍEZ, Manuel, *Marianet, semblanza de un hombre* (México, 1960).

MUSSOLINI, Rachele, *My Life with Mussolini* (Londres, 1959).

Naciones Unidas, Consejo de Seguridad de las: Report on Spain (Nueva York, 1946).

Nazi Conspiracy in Spain, The (Londres, 1937). (El autor era Otto Katz).

NEHRU, Jawaharlal, *Spain! Why?* (Londres, 1937).

NELSON, Steve, *The Volunteers* (Leipzig, 1954).

NENNI, Pietro, *Spagna* (Milán, 1958). (Hay traducción castellana).

NERUDA, Pablo, *España en el corazón. Himno a las glorias del pueblo en la guerra (1936-1937)* (Santiago de Chile, 1938).

NIN, Andrés, *Los problemas de la revolución española* (París, 1971).

NOLLAU, Gunther, *International Communism and world revolution* (Londres, 1961).

NONELL BRÚ, Salvador, *Así eran nuestros muertos del laureado Tercio de Requetés de Ntra. Sra. de Montserrat* (Barcelona, 1965).

NORMAN, James, *The Fell of Dark* (Londres, 1960).

NORTH, Joseph, *Men in the ranks. The story of 12 Americans in Spain* (Nueva York, 1939).

NOTHOMB, Paul, *La Rançon* (París, 1952).

Nuevo Ripalda enriquecido con varios apéndices (Madrid, 1927).

NÚÑEZ MORCADO, Aurelio, *Los sucesos de España vistos por un diplomático* (Buenos Aires, 1941).

NYON, Conferencia de, 1937, *International agreement for collective measures against piratical attacks in the Mediterranean by submarines* (Londres, 1937).

O'DONNELL, Peadar, *Salud! An Irishman in Spain* (Londres, 1937).

O'DUFFY, Eoin, *Crusade in Spain* (Londres, 1938).

OLIVEIRA SALAZAR, dr. Antonio de, *Portugal, a aliança inglesa e la guerra de Espanha* (Lisboa, 1937).

ONAINDÍA, Alberto de, *Hombre de paz en la Guerra* (Buenos Aires, 1973).

O'NEILL, Carlota, *Una mexicana en la Guerra de España* (México, 1964).

O'NEILL, R. J., *The German Army and the Nazi Party 1933-1939* (Londres, 1966).

ORLOV, Alexander, *Evidence at Senate Internal Security Sub-committee* (14 de febrero de 1957).

ORTEGA Y GASSET, José, *España invertebrada* (Madrid, 1922).

ORTIZ DE VILLAJOS, Cándido, *De Sevilla a Madrid, ruta libertadora de la columna Castejón* (Granada, 1937).

ORWELL, GEORGE, *Collected Essays*, vol. I (Londres, 1968).

—*Homage to Catalonia* (Londres, 1938). (Hay traducciones castellana y catalana).

OSSORIO Y GALLARDO, Ángel, *Julio de 1909. Declaración de un testigo* (Madrid, 1910).

—*La España de mi vida. Autobiografía* (Buenos Aires, 1941).

—*Vida y sacrificio de Companys* (Buenos Aires, 1943).

OYARZUN, Román, *La historia del carlismo* (Madrid, 1969).

PABÓN, Jesús, *Cambó*, 3 vols. (Barcelona, 1952 y 1969).

—*Palabras en la oposición* (Sevilla, 1935).

PACCIARDI, Randolfo, *Volontari italiani nella Spagna repubblicana. Il bataglione Garibaldi* (Lugano, 1948).

PADELFORD, N. J., *International Law and diplomacy in the Spanish Civil War* (Cambridge, Mass., 1939).

PAGÉS GUIX, Luis, *La traición de los Franco* (Madrid, 1938).

PALACIO ATARD, Vicente, *Aproximación histórica a la guerra civil española* (Madrid, 1970).

PALENCIA, Isabel de, *I must have Liberty* (Nueva York, 1940).

—*Smouldering Freedom* (Nueva York, 1945).

PALMER, Nettie, *Australians in Spain* (Sidney, 1948).

PÁMIES, Tomás, y Teresa, *Testamento en Praga* (Barcelona, 1970).

PAUL, Elliot Harold, *The life and death of a Spanish town* (Nueva York, 1937).

PAUL-BONCOUR, J., *Entre deux guerres* (París, 1946).

PAYNE, Robert, *The Civil War in Spain, 1936-1939* (Nueva York, 1962).

PAYNE, Stanley, *Falange* (Stanford, 1961). (Hay traducción castellana).

—*El Nacionalismo Vasco* (Barcelona, 1974).

—*Politics and the Military in Modern Spain* (Stanford, 1967). (Hay traducción castellana).

—*The Spanish Révolution* (Nueva York, 1970). (Hay traducción castellana).

PAZ, Abel, *Durruti: Le peuple en armes* (París, 1972).

PEERS, Edgar Allison, *Catalonia Infelix* (Londres, 1937).

—*The Spanish tragedy, 1930-1936; dictatorship, republic, chaos* (Londres, 1936).

—*Spain in eclipse, 1937-1943, a sequel to The Spanish tragedy* (Londres, 1943).

PEMÁN, José María, *Mis almuerzos con gente importante* (Madrid, 1970).

—*Poema de la bestia y el ángel* (Madrid, 1939).

—*Un soldado en la Historia (Vida del general Varela)* (Cádiz, 1954).

PEÑA-BOEUF, Alfonso, *Memorias de un ingeniero político* (Madrid, 1954).

PENCHIENATI, Cario, *Brigate Internazionali in Spagna* (Milán, 1950).

PEIRATS, José, *La CNT en la Revolución Española*, 3 vols. (Toulouse, 1951-1953).

—*Los anarquistas en la crisis política española* (Buenos Aires, 1964).

PEIRÓ, Joan, *Perill a la retaguarda* (Mataró, 1936).

PÉREZ BARÓ, Albert, *Trenta mesos de collectivisme a Catalunya* (Barcelona, 1970).

PÉREZ DE OLAGUER, Antonio, *El terror rojo en Andalucía* (Burgos, 1938).

PÉREZ PERRERO, Miguel, *Drapeau de France. La vie des réfugiés dans les*

légations á Madrid (París, 1938).

PÉREZ LÓPEZ, Francisco, *A guerrilla diary of the Spanish Civil War* (Londres, 1972).

PÉREZ MADRIGAL, Joaquín, *Aquí es la emisora de la flota republicana* (Madrid, 1939).

—*Augurios, estallido y episodios de la guerra civil* (Ávila, 1937).

—*Memorias de un converso*, 9 vols. (Madrid, 1943).

PÉREZ MORÁN, Domingo, *¡A éstos, que los fusilen al amanecer!* (Madrid, 1973).

PÉREZ SALAS, Jesús, *Guerra en España (1936 a 1939)* (México, 1947).

PÉREZ SOLÍS, Óscar, *Sitio y defensa de Oviedo* (Valladolid, 1938).

Persecución religiosa en España, La (Buenos Aires, 1937).

«PERTINAX», *Les fossoyeurs de la France* (París, 1946).

PESCE, Giovanni, *Un garibaldino in Spagna* (Roma, 1955).

PETERSON, *Sir* Maurice, *Both sides of the Curtain* (Londres, 1950).

PHILBY, Kim, *My silent war* (Londres, 1968).

PHILLIPS, A. V., *Spain under Franco* (Londres, 1940).

PHILLIPS, Cecil, *The Spanish Pimpernel* (Londres, 1960). (Hay traducción castellana).

PI I SUNYER, Carlos, *La República y la Guerra* (México, 1975).

PIAZZONI, Sandro, *Las tropas Flechas Negras en la guerra de España* (Barcelona, 1942).

PIKE, D. W., *Conjecture, Propaganda and Deceit* (Stanford, 1970).

—*Vae Victis!* (París, 1969).

PINI, G. y SUSMEL, D., *Mussolini*, 4 vols. (Florencia, 1953-1955).

PITCAIRN, Frank, pseud. (COCKBURN, Claud), *Reporter in Spain* (Londres, 1936).

PITT-RIVERS, Julián, *People of the Sierra* (Londres, 1954). (Hay traducción castellana).

PLA, Josep, *Historia de la segunda república*, 4 vols. (Barcelona, 1940-1941).

PONS PRADES, Eduardo, *Un soldado de la república* (Madrid, 1974).

PORETSKY, Elizabeth, *Our own people* (Londres, 1969).

PRADERA, Víctor, *El estado nuevo* (Pamplona, 1934).

PRATS Y BELTRÁN, Alardo, *Vanguardia y retaguardia de Aragón* (Buenos Aires, 1938).

PRIESTLEY, J. B. (y West, Rebecca), *Spain and Us* (Londres, 1936).

PRIETO, Indalecio, *Convulsiones de España*, 3 vols. (México, 1967-1969).

—*De mi vida*, 2 vols. (México, 1965-1970).

—*Cómo y por qué salí del Ministerio de defensa nacional, intrigas de los*

rusos en España (México, 1940).

—*Epistolario Prieto y Negrín* (París, 1939).

—*Palabras al viento* (México, 1942).

—*Yo y Moscú* (Madrid, 1955).

PRIMO DE RIVERA, José Antonio, *Obras Completas* (Madrid, 1942).

PRITTIE, Terence, *Willy Brandt* (Londres, 1974).

PUZZO, Dante Anthony, *Spain and the great powers, 1936-1941* (Nueva York, 1962).

QUEIPO DE LLANO, Rosario, *De la checa de Atadell a la prisión de Alacuás* (Valladolid, 1939).

QUINTANILLA, Luis, *All the brave* (Nueva York, 1939).

—*Los rehenes del alcázar de Toledo* (París, 1967).

RAMA, Carlos, *La crisis española del siglo XX* (México, 1960).

«RAMÍREZ, Luis», *Francisco Franco: historia de un mesianismo* (París, 1964).

RAMÍREZ JIMÉNEZ, Manuel, *Los grupos de presión en la segunda República española* (Madrid, 1969).

RAMÓN-LACA, Julio de, *Cómo fue gobernada Andalucía* (Sevilla, 1939).

RAMOS, Vicente, *La guerra civil 1936-1939 en la provincia de Alicante*, 3 vols. (Alicante, 1974).

RAMOS OLIVEIRA, Antonio, *Historia de España*, 3 vols. (México, 1969).

REDONDO, Luis, *El requeté; la tradición no muere* (Barcelona, 1957).

REGLER, Gustav, *The great crusade* (Nueva York, Toronto, 1940).

—*The Owl of Minerva* (Londres, 1959).

RECUENCO, V., *Guerra sin frentes* (Madrid, 1954).

RELLO, Salvador, *La aviación en la guerra de España*, 3 vols. (Madrid, 1969-71).

RENN, Ludwig, véase Vieth von Golssenau, Arnold.

Renta Nacional de España en 1959 y Avance del 1960, La (Madrid, 1960).

REPARAZ, Antonio, *Desde el cuartel general de Miaja al santuario de la Virgen de la Cabeza* (Valladolid, 1937).

RESTREPO, Félix, *España mártir* (Bogotá, 1937).

Revolución de Octubre en España, La (Madrid, 1934).

RIAL, José Antonio, *La Prisión de Fyffes* (Caracas, 1969).

RIBBENTROP, Joachim *von*, *Memoirs* (Londres, 1954).

RICHARDS, Vernon, *Lessons of the Spanish Revolution, 1936-1939* (Londres, 1953). (Hay traducción castellana).

RIDRUEJO, Dionisio, *Escrito en España* (Buenos Aires, 1962).

—*Poesía en armas* (Barcelona, 1940).

«RIEGER, Max», *Espionnage en Espagne* (París, 1938). (Hay traducción castellana).

RÍO CISNEROS, Agustín de, (con Pavón Pereira, Enrique), *Los procesos de José Antonio* (Madrid, 1969).

RIESENFELD, Janet, *Danger in Madrid* (Nueva York, 1938).

RIVAS-CHERIF, Cipriano de, *Retrato de un desconocido: vida de Manuel Azaña* (México, 1961).

ROA, Raúl, *Pablo de la Torriente Brau y la revolución española* (La Habana, 1937).

ROBINSON, Richard, «Calvo Sotelo's Bloque Nacional and its manifiesto» (Universidad de Birmingham, *Historical Journal*, 1966, vol. X, n.º 2).

—*The Origins of Franco's Spain* (Newton Abbot, 1970). (Hay traducción castellana).

ROCKER, Rudolf, *Extranjeros en España* (Buenos Aires, 1938).

—*The Tragedy of Spain* (Nueva York, 1937).

RODRÍGUEZ CHAOS, Melquesidez, *24 años en la cárcel* (París, 1968).

RODRÍGUEZ TARDUCHY, Emilio, *Significación histórica de la cruzada española* (Madrid, 1941).

ROJAS, Carlos, *Por qué perdimos la guerra* (Barcelona, 1970).

ROJO, Vicente, *¡Alerta los pueblos! Estudio político-militar del período final de la guerra española* (Buenos Aires, 1939, y Barcelona, 1974).

—*Así fue la defensa de Madrid* (México, 1967).

—*España heroica* (Buenos Aires, 1942, y Barcelona, 1975).

ROLFE, Edwin, *The Lincoln battalion* (Nueva York, 1939).

ROMANONES, conde de, *Y sucedió así* (Madrid, 1947).

ROMERO, Luis, *Desastre en Cartagena* (Barcelona, 1971).

—*Tres días de julio* (Barcelona, 1967).

ROMERO, Emilio, *La paz empieza nunca* (Barcelona, 1965).

ROMERO MAURA, Joaquín (con Preston, Paul; Varela Ortega, José, y Ruipérez, María), «¿Paz? La historia de la república española» (*Revista Internacional de Sociología*, julio-diciembre, 1972).

ROMERO-MARCHENT, Joaquín, *Soy un fugitivo* (Valladolid, 1937).

ROMILLY, Esmond, *Boadilla* (Londres, 1971).

ROOSEVELT, F. D., *Papers* (inéditos, Nueva York).

ROS, Félix, *Preventorio D* (Barcelona, 1939).

ROSENSTONE, Robert A., *Crusade of the Left; the Lincoln battalion in the Spanish Civil War* (Nueva York, 1969).

ROSSELLI, Cario, *Oggi in Spagna, domani in Italia* (París, 1938).

ROUGERON, C., *Les enseignements aériens de la guerre d'Espagne* (París,

1940).

ROY, M. N., *Memoirs* (Bombay, 1964).

RUIZ ALBÉNIZ, Víctor, *Del Ebro al Mediterráneo* (febrero-abril del 38) (Madrid, 1941).

RUDEL, Christian, *La Phalange* (París, 1972).

RUIZ VILAPLANA, Antonio, *Burgos justice. A year's experience of nationalist Spain* (Nueva York, 1938). (Hay traducción castellana).

RUMBOLD, Richard, *The Winged Life. A Portrait of Antoine de Saint-Exupéry, Poet and Airman* (Londres, 1953).

RUSR, William, *Britons in Spain* (Londres, 1939).

SABORIT, Andrés, *Asturias y sus hombres* (Toulouse, 1964).

—*Julián Besteiro* (Buenos Aires, 1967).

SAINT-AULAIRE, Auguste, conde de, *La renaissance de l'Espagne* (París, 1938).

SAINT-EXUPÉRY, Antoine de, *Terre des hommes* (París, 1939). (Hay traducción castellana).

SALAS, Jesús, *Intervención extranjera en la guerra de España* (Madrid, 1974).

—*La guerra de España desde el aire* (Barcelona, 1969).

SALAS LARRAZÁBAL, Ramón, *Historia del ejército popular de la República*, 4 vols. (Madrid, 1914).

SALAZAR ALONSO, Rafael, *Bajo el signo de la revolución* (Madrid, 1935).

SALCEDO, Emilio, *Vida de don Miguel* (Madrid, 1964).

SALTER, Cedric, *Try-out in Spain* (Nueva York, 1943).

SÁNCHEZ, José Mariano, *Reform and reaction; the politico-religious background of the Spanish Civil War* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1964).

SÁNCHEZ DEL ARCO, Manuel, *El sur de España en la reconquista de Madrid* (Sevilla, 1937).

SÁNCHEZ GUERRA, Rafael, *Mis prisiones* (Buenos Aires, 1946).

SANCHÍS, Miguel, *Alas rojas sobre España* (Madrid, 1956).

SANTAMARÍA, Aldo, *Operazione Spagna 1936-1939* (Roma, 1965).

SANZ Y RUIZ DE LA PEÑA, N., *Romance de la muerte de Pepe García, «el Algabeño»* (1937) (Valladolid, 1937).

SANZ, Ricardo, *El sindicalismo y la política: los «solidarios» y «nosotros»* (Toulouse, 1966).

—*Los que fuimos a Madrid. Columna Durruti, 26 división* (Toulouse, 1944).

—*Los que fuimos a Madrid. Columna Durruti, 26 división* (Toulouse, 1969).

SARDÁ, Juan, «El Banco de España (1931-1962)», en *El Banco de España* {Madrid, 1970).

SAROLEA, Charles, *Daylight on Spain. The answer to the Duchess of Atholl* (Londres, 1938).

SEHAPIRO, Leonard, *The Communist party of the Soviet Union* (Londres, 1960).

SEHLAYER, Félix, *Diplomat in roten Madrid* (Berlín, 1938).

SEHLEIMANN, Jurgen, «New light on Münzenberg», *Survey*, abril 1965, Londres.

SCHMIDT, Paul, *Hitler's Interpreter* (Londres, 1951).

SCHWARTZ, Fernando, *La internacionalización de la guerra civil española* (Barcelona, 1971).

SEALE, Patrick (y MCCONVILLE, Maureen), *Philby, the Long Road to Moscow* (Londres, 1973).

SECO SERRANO, Carlos, *Historia de España. T. VI: época contemporánea* (Barcelona, 1962).

SEDWICK, Frank, *The Tragedy of Manuel Azaña and the Eate of the Spanish Republic* (Ohio, 1963).

SEMPRÚN MAURA, Carlos, *Révolution et contre-révolution en Catalogne* (Tours, 1974). (Hay traducción catalana).

«Sencourt, Robert», véase George, Robert.

SENDER, Ramón, *Contraataque* (Madrid, Barcelona, 1938).

—*Réquiem por un campesino español* (Buenos Aires, 1961).

—*Siete domingos rojos* (Buenos Aires, 1970).

—*The war in Spain* (Londres, 1937).

SERGE, Víctor, *Mémoires d'un révolutionnaire 1901-1941* (París, 1957).

SERRANO SÚÑER, Ramón, *Entre Hendaya y Gibraltar* (Madrid, 1947).

Servicio Histórico Militar, Historia de la Guerra de Liberación, vol. I (Madrid, 1945).

SETON WATSON, Christopher, *Italy from liberalism to Fascism* (Londres, 1967).

SEVILLA ANDRÉS, Diego, *Historia política de la zona roja* (Madrid, 1954).

SHEEAN, Vincent, *Not peace but a sword* (Nueva York, 1939).

—*The eleventh hour* (Londres, 1939).

SILVA, general Carlos de, *Millán Astray* (Barcelona, 1956).

SIMPSON, *sir* John, *The Refugee Problem* (Londres, 1939).

SINCLAIR, Upton Beall, *«No pasarán». (They shall not pass)* (Londres, 1937). (Hay traducción castellana).

SLOAN, Pat, ed., *John Cornford. A memoir* (Londres, 1938).

SMITH, Lois Elwyn, *México and the Spanish Republicans* (Berkeley, 1955).

Sociedad de Naciones, Rapport de la Mission sanitaire de la Société des Nations en Espagne, 28 décembre 1936-15 janvier 1937 (París, 1937).

—*Yearbook 1936* (Ginebra, 1937).

SOLANO PALACIO, Fernando, *La tragedia del norte* (Barcelona, 1938).

SOLANO, Wilebaldo, *The Spanish Revolution: the Life of Andrés Nin* (Londres, s. a.).

Solidaridad de los pueblos con la República española (1936-1939) (Moscú, 1972).

SOMMERFIELD, John, *Volunteer in Spain* (Londres, 1937).

SOMOZA SILVA, Lázaro, *El general Miaja (biografía de un héroe)* (México, 1944).

SORIA, Georges, *Trotskyism in the service of Franco: Facts and documents on the POUM* (Londres, 1938).

SOUCHY, Agustín, Colectivizaciones. La obra constructiva de la revolución española (Barcelona, 1937).

—*Entre los campesinos de Aragón* (Valencia, 1937).

SOUTHWORTH, Herbert R., *AntiFalange* (París, 1967).

—*El mito de la cruzada de Franco* (París, 1963).

—*La destruction de Guernica* (París, 1975).

SPENDER, Stephen (y Lehmann, John, ed.), *Poems for Spain* (Londres, 1939).

—*World within world* (Londres, 1951).

SPERBER, Murray A., *comp., And I remember Spain: a Spanish civil war anthology* (Londres, 1974).

SPIELHAGEN, Franz, *Spione und Verschwórer in Spanien* (París, 1936).

SPRIANO, Paolo, *Storia del partito comunista italiano, vol. III (I fronti popolari, Stalin, la guerra)* (Turín, 1970).

STACKELBERG, Karl Georg, barón *von*, *Legión Cóndor. Deutsche freiwillige in Spanien* (Berlín, 1939).

STANSKY, Peter, y Abrahams, William, *Journey to the Frontier* (Londres, 1966).

STAVIS, Barrie, *Refuge; a one act play of the Spanish war* (Nueva York, Londres, 1939).

STEER, George Lowther, *The tree of Gernika: a field study of modern war* (Londres, 1938). (Hay traducción castellana).

STEWART, Margaret, *Reform under Fire. Social Progress in Spain 1931-1938* (Londres, 1938).

STRONG, Anna Louise, *Spain in arms, 1937* (Nueva York, 1937).

«SUÁREZ, Andrés», *El Proceso contra el POUM* (París, 1974).

SUÑER, Enrique, *Los intelectuales y la tragedia española* (San Sebastián, 1937).

SWAFFER, Hannen, *A British art-critic in republican Spain* (Madrid, 1938).

SZINDA, Gustav, *Die XI Brigade* (Berlín, 1956).

TAGÜEÑA, Manuel, *Testimonio de dos guerras* (México, 1973).

TALÓN, Vicente, *Arde Guernica* (Madrid, 1970).

TAMAMES, Ramón, *Estructura económica de España* (Madrid, 1969).

—*La República. La era de Franco* (Madrid, 1973).

TAMARO, Attilio, *Venti Anni di Storia* (Roma, 1954).

TANGYE, Nigel, *Red, white and Spain* (Londres, 1937).

TARAZONA, Francisco, *Sangre en el cielo* (México, 1960).

TAYLOR, Foster Jay, *The United States and the Spanish Civil War* (Nueva York, 1956).

TAYLOR, A. J. P., *The Origins of the Second World War* (Londres, 1961).

TÉLLEZ, Antonio, *La guerrilla urbana en España: Sabaté* (París, 1972).

TENNANT, Eleonora, *Spanish journey* (Londres, 1936).

TERMES, Josep, *Anarquismo y sindicalismo en España: La primera internacional 1864-1881* (Barcelona, 1972).

TÉRY, Simone, *Front de la liberté, Espagne 1937-1938* (París, 1938).

THARAUD, Jeróme y Jean, *Cruelle Espagne* (París, 1937).

THOMAS, Gordon (y Morgan Witts, Max), *Guernica* (Nueva York, 1975).

THOMPSON, *sir* Geoffrey, *Front Line Diplomat* (Londres, 1959).

«*The Times*», *History of*, vol. IV (Londres, 1952).

TINKER, Frank Glasgow, *Some Still Live* (Nueva York, 1936).

TITIMUSS, Richard, *Problems of Social Policy* (Londres, 1950).

TOGLIATTI, Palmiro, *Le parti communiste italien*, traducción francesa (París, 1961).

TOMALIN, Miles, *Diaries* (inéditos).

TOMLIN, E. W. F., *Simone Weil* (Cambridge, 1954).

TORYHO, Jacinto, *La Independencia de España* (Barcelona, 1938).

TORRIENTE-BRAU, Pablo de la, *Peleando con los milicianos* (México, 1938).

TOYNBEE, Arnold, *Survey of International Affairs, 1937*, vol. II (con V. M. BOULTER) (Londres, 1938); *1938*, vol. I (con Katherine DUFF) (Londres, 1948).

TOYNBEE, Philip, *Friends Apart* (Londres, 1954).

—*Spain assailed* (con Gilíes Martinet et al.: delegación de estudiantes en España, Londres, 1937).

TRAÍNA, Richard P., *American diplomacy and the Spanish Civil War* (Bloomington, 1968).

TRAUTLOFT, Hannes, *Ais Jagdflieger in Spanien* (Berlín, 1940).

TREND, J. B., *The Origins of modern Spain* (Cambridge, 1934).

TROTSKY, León, *The Spanish Revolution (1931-1939)* (Nueva York, 1973). (Hay traducción castellana).

TRYTHALL, J. W. D., *Franco: A Biography* (Londres, 1970).

TUÑÓN DE LARA, Manuel, *La España del siglo XX* (París, 1966).

—*El movimiento obrero en la Historia de España* (Madrid, 1972).

TUSELL, Javier, *Historia de la democracia cristiana en España*, 2 vols. (Madrid, 1974).

—*Las elecciones del Frente Popular*, 2 vols. (Madrid, 1971).

URIBARRI, Manuel, *La Quinta Columna española* (La Habana, 1943).

URRACA PASTOR, María Rosa, *Así empezamos* (memorias de una enfermera) (Bilbao, s. a.).

URRUTIA, Julio de, *El Cerro de los Héroes* (Madrid, 1965). Uso: véase Estados Unidos.

VALVERDE, Juan Tomás, *Memorias de un alcalde* (Madrid, 1961).

VALDESOTO, F. de, *Francisco Franco* (Madrid, 1943).

VANNI, Ettore, *Io, Comunista in Russia* (Bolonia, 1948). (Hay traducción castellana).

VANSITTART, *lord* Robert, *The mist procession* (Londres, 1958).

VEGA GONZÁLEZ, Roberto, *Cadetes mexicanos en la guerra de España* (México, 1954).

VEGAS LATAPIÉ, E., *El pensamiento político de Calvo Sotelo* (Madrid, 1941).

VELARDE, Juan, *Política económica de la Dictadura* (Madrid, 1968).

VENEGAS, José, *Las elecciones del Frente Popular* (Buenos Aires, 1942).

VICENS VIVES, Jaime, *Aproximación a la historia de España* (Barcelona, 1962).

VIDAL I BARRAQUER, Arxiu, *Església i estat durant la Segona República Espanyola 1931-1936*, vol. I (Montserrat, 1971).

VIETH VON GOLSSENAU, Arnold («Ludwig Renn»), *Der Spanische Krieg* (Berlín, 1955).

VIGÓN, Jorge, *General Mola, el conspirador* (Barcelona, 1957).

VILA SAN JUAN, José Luis, *Así fue. Enigmas de la Guerra civil española* (Barcelona, 1972).

VILANOVA, Antonio, *La defensa del alcázar de Toledo* (México, 1963).

VILAR, Fierre, *Histoire de l'Espagne* (París, 1952). (Hay traducción castellana).

VILAR, Sergio, *Protagonistas de la España democrática. La oposición a la dictadura* (París, 1968).

Vilaró, José Esteban, *El ocaso de los dioses rojos. Barcelona, Perthus, Argeles, París, México* (Barcelona, 1939).

VILLALBA DIÉGUEZ, Fernando, *Diario de guerra 1938-1939* (Madrid, 1956).

VILLAR SALINAS, Jesús, *Repercusiones demográficas de la última guerra civil española* (Madrid, 1942).

VILLAR, Manuel, *El anarquismo en la insurrección de Asturias* (Valencia, 1935).

VILLARÍN, Jorge, *Guerra en España contra el judaísmo bolchevique* (Cádiz, 1937).

VIÑAS, Ángel, *La Alemania Nazi y el 18 de julio* (Madrid, 1974).

VOROS, Sandor, *American commissar* (Filadelfia, 1961).

«W. W. W., general», *El Mando* (Barcelona, 1937).

WALL, Bernard, *Spain of the Spaniards* (Londres, 1938).

WARNER, Geoffrey, «France and Non-Intervention in Spain, July-August 1936» International Affairs, abril, 1962.

WATKINS, K. W., *Britain divided* (Londres, 1963).

WATSON, Keith Scott, *Single to Spain* (Londres, 1937).

WATT, D. C., «Soviet aid to the Republic», *The Slavonic and East European Review* (junio, 1960).

WEIL, Simone, *Écrits historiques et politiques* (París, 1960).

WEINBERG, Gerhard, *The Foreign Policy of Hitler's Germany. Diplomatic Revolution in Europe* (Chicago, 1970).

WEINTRAUB, Stanley, *The last great cause: the intellectuals and the Spanish Civil War* (Londres, 1968).

WEIZSAECKER, Ernst *von*, *Memoirs* (Chicago, 1951).

WHITAKER, J. T., «Prelude to War», *Foreign Affairs*, octubre, 1942 (Nueva York).

WINTRINGHAM, Thomas Henry, *English captain* (Londres, 1939).

WOLFE, Bertram, *Khrushchev and Stalin's ghost* (Nueva York, 1957).

WOOLMAN, David, *Rebels in the Rif* (Londres, 1969).

WOOD, J. K., *The long shadow* (inédita, Harrogate).

WOOD, Neal, *Communism and British Intellectuals* (Londres, 1959).

WOODCOCK, George, *Anarchism* (Londres, 1963).

WOOLSEY, Gamel, *Death's other Kingdom* (Londres, Nueva York, 1939).

WORSLEY, Thomas Cuthbert, *Behind the battle* (Londres, 1939).

WULLSCHLEGER, Max, ed., *Schweizer kámpfen in Spanien* (Zurich, 1939).

XIMÉNEZ DE SANDOVAL, Felipe, *José Antonio. Biografía apasionada* (Barcelona, 1941).

YZURDIAGA, Fermín, *Discurso al silencio y voz de la Falange* (Salamanca, 1937).

Zaragoza, Universidad de, *La guerra de liberación nacional* (Zaragoza,

1961).

ZAYAS, marqués de, *Historia de la vieja guardia de Baleares* (Madrid, 1955).

ZUGAZAGOITIA, Julián, *Historia de la guerra en España* (Buenos Aires, 1940).

—*Pablo Iglesias* (Madrid, 1926).

ZYROMSKI, Jean, *Pour sauver la démocratie et la paix, ouvrez la frontiére!* (París, 1936).

Hugh Thomas nació en Windsor, Inglaterra, en 1931. Estudió en Sherborne School, Queen's College, en Cambridge y en la Sorbona de París. Trabajó en la Cancillería de 1954 a 1957 y para el Subcomité de Desarme de la ONU por el Reino Unido. Destacado estudioso de la historia, ha sido catedrático en la Universidad de Reading de 1966 a 1976, en la Graduate School of Contemporary European Studies de 1973 a 1976, en el Centre for Policy Studies de Londres de 1979 a 1991, en la Universidad de Nueva York de la cátedra Rey Juan Carlos I de civilización española en 1995 y en la Universidad de Boston en 1996. Allí, desde 1997, cumple su labor docente como profesor universitario. Es miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid y de la Royal Historical Society de Londres. Ha recibido importantes premios y distinciones, como el premio Somerset Maugham 1962, el Arts Council National Book Award de 1980, la Orden de Isabel la Católica en 1986 y la Orden del Águila Azteca en 1995. Entre sus obras destacan *La guerra civil española, La*

historia inacabada del mundo y *Cuba. La lucha por la libertad.*

Notas

[1] La animada plaza central de Madrid, donde han empezado muchas revoluciones. <<

[2] Las Cortes de la Segunda República tenían 473 diputados. <<

[3] Que era necesaria. El que la autonomía pareciera el mejor sistema para conseguirla es un comentario sobre España más que sobre Galicia. <<

[4] Confederación Española de Derechas Autónomas. <<

[5] Juventud de Acción Popular. <<

[6] *Diario de sesiones de las Cortes españolas*, 16 de junio de 1936. Véanse las memorias de Gil Robles, *No fue posible la paz* (Barcelona, 1968). <<

[7] Ian Gibson, La represión nacionalista de Granada en 1936 y la muerte de Federico García Lorca (París, 1971), p. 14. <<

[8] Casares Quiroga era miembro del Partido de Izquierda Republicana, que había absorbido a los autonomistas gallegos (ORGA). <<

[9] Miguel Maura (*El Sol*, 18 de junio de 1936) consideraba que este Sindicato contaba con 1.447 000 trabajadores, basándose en los cálculos del director general de Seguridad. <<

[10] A los dos partidos republicanos «puros», Izquierda Republicana y Unión Republicana, se habían unido

representantes de los partidos autonomistas de Galicia y Cataluña. <<

[11] Miguel Maura (*El Sol*, 18 de junio de 1936) daba la cifra de 1.577 000 miembros de la CNT. Probablemente se quedaba corto. <<

[12] El que se presentó a unas elecciones con el simple programa de «Nosotros somos nosotros». Quizás muy apropiadamente, en los últimos años de este estadista, sus oponentes utilizaron el lema todavía más simple de «¡Maura no!». <<

[13] Las cuarenta y nueve provincias de España eran administradas por gobernadores civiles instalados en las capitales. Eran nombramientos políticos, efectuados por el ministerio de Gobernación. La autoridad del gobernador civil era compartida por el jefe de la guarnición de la ciudad en cuestión, al que se llamaba gobernador militar, nombrado por el ministro de la Guerra. <<

[14] El mejor estudio sobre Calvo Sotelo es el que se encuentra en la obra de Richard Robinson, *The Origins of Franco's Spain* (Newton Abbot, 1970), p. 215 y ss. Véase también Aurelio Joaniquet, *Calvo Sotelo, una vida fecunda, un ideario político, una doctrina económica* (Santander, 1939). <<

[15] Todos los ministros de la República tenían derecho a una pensión. <<

[16] «El Campesino» (Valentín González), *Comunista en España y antiestalinista en la U. R. S. S.* (México, 1952), p. 110. <<

[17] Dolores Ibárruri, *El único camino* (París, 1962), p. 102. Era miembro del comité central del Partido desde 1930 (*ibid.*, p. 113). <<

[18] El mismo informe citado por Maura y mencionado

antes atribuía a los comunistas 133 000 militantes. En cuanto al comentario de Prieto, véase *De mi vida* (Mérito, 1965, vol. II, p. 146. <<

[19] Barcelona tardó mucho tiempo en olvidar a la pescadera radical Carmen Álauch; a la prostituta María Llopis; a la *madame* radical Josefa Prieto, «la Bilbaína»; a Rosa Esteller, «la Valenciana»; a Mercedes Monje; a Trinidad de la Torre; a Enriqueta Sabater, «la Llarga»; y a todas las demás, «damas radicales» o «damas rojas» que, en 1909, llevando lazos blancos como distintivo, habían ayudado a organizar las huelgas pacifistas y las quemas de iglesias. <<

[20] Partido Obrero de Unificación Marxista. <<

[21] Un santo local de las proximidades de Burgos. En realidad Calvo Sotelo habría tenido que referirse a santo Domingo de Guzmán. <<

[22] Anteriormente (y posteriormente) el Palacio Real. <<

[23] No hay ninguna razón para dudar de que el levantamiento contra Murat y José Bonaparte fuera popular y nacional. Fichte, en su *Discurso a la nación alemana*, alababa este ejemplo de «un pueblo en armas» y conjuraba a los alemanes a que siguieran el ejemplo de los españoles. Y así lo hicieron. <<

[24] A comienzos de este siglo tan agitado, las colonias españolas de América Central y del Sur se sublevaron y, en nombre del liberalismo, se hicieron independientes. <<

[25] Se compensó a la Iglesia con indemnizaciones y sueldos para sus representantes. <<

[26] Fue durante este período cuando nacieron todos los principales protagonistas de la guerra civil de 1936-1939. Para un hombre que tuviera setenta años en 1936, las

guerras carlistas de la década de 1870 eran un recuerdo de infancia. Un hombre de ochenta años hubiera podido participar en ellas. <<

[27] Ángel Ossorio, *Barcelona, julio de 1909: Declaración de un testigo* (Madrid, 1910), p. 13. Véase Joaquín Romero Maura, *La rosa de fuego* (Barcelona, 1975). <<

[28] Véase Raymond Can, *Spain 1808-1939* (Oxford, 1966), p. 397; y R. J. Harrison, «Catalan Business and the loss of Cuba 1898-1914», *Economic History Review*, XXVII, n.º 3, agosto 1974. <<

[29] Joan Connelly Ullman, *The Tragic Week* (Cambridge, Mass., 1968), p. 288 y ss. Se ha exagerado el «absurdo» de estos tumultos y también el papel de los anarquistas; más importancia tuvieron los radicales. Sin embargo, sin duda el gobernador civil, Ossorio y Gallardo, tenía razón cuando dijo: «En cada calle se vociferaban cosas distintas y se batallaba con diferentes miras» (*op. cit.*, p. 54). Después de juicios subsiguientes fueron ejecutados cinco hombres, entre ellos el carbonero. <<

[30] Carr, p. 495. <<

[31] Sobre los acontecimientos de este año y la crisis que vino a continuación, ver la obra de Gerald Meaker, *The Revolutionary Left in Spain, 1914-1923* (Stanford, 1974), p. 153 y ss. <<

[32] David Woolman, *Rebels in the Rif* (Londres, 1969), p. 96. Ver una descripción del pánico en Arturo Barea, *The Forging of a Rebel* (New York, 1946), p. 304 y ss. <<

[33] Se creía que el «telegrama» (que nunca llegó a encontrarse) decía: «¡Olé los hombres! El 25 te espero». Con razón o sin ella, nunca se perdonaría al rey. V. S. Pritchett, viajando por España en la década de 1920, descubrió que, siempre que preguntaba si podría sobrevivir la monarquía, la

gente le decía: «No tendría que haber enviado aquel telegrama». <<

[34] Tomado del documento hecho público por el conde de Romanones en las Cortes durante el «proceso» de Alfonso XIII, en diciembre de 1931. <<

[35] Sin embargo, murieron tres anarquistas en una escaramuza en Vera de Bidasoa, en la frontera francesa, el 6-7 de noviembre de 1924, tras ser provocados por la guardia civil. <<

[36] Ramón Tamames, Estructura económica de España (Madrid, 1969), p. 203. <<

[37] Murió en 1925. <<

[38] Abd-el-Krim murió en 1963 en Marruecos, adonde acababa de regresar. Una nota necrológica aparecida en *African Revolution* (mayo 1963) le llamaba «Nuestro maestro» y decía que había sido el primero en demostrar a «los hombres de color que el imperialismo no era invencible». (El autor olvidaba a Toussaint). <<

[39] Compañía Arrendataria del Monopolio del Petróleo, Sociedad Anónima. <<

[40] Comunicado reproducido en Miguel Maura, Así cayó Alfonso XIII… (Barcelona, 1966), pp. 34-35. <<

[41] Emilio Mola, *Obras completas* (Valladolid, 1940), p. 231. <<

[42] *El Sol*, 15 de noviembre de 1930. <<

[43] Las poblaciones de otras grandes ciudades españolas en 1931 eran: Valencia, 320 000; Sevilla, 229 000; Zaragoza, 175 000; Málaga, 190 000; y Bilbao, 160 000. <<

[44] Las cifras definitivas no llegaron a publicarse, y probablemente ni siquiera se computaron. El 14 de abril por la tarde habían sido elegidos 29 953 monárquicos y 8855

miembros de partidos republicanos. Quedaban por elegir unos 40 000 concejales. El 5 de abril ya habían sido elegidos 29 804 concejales en sitios donde los candidatos no tenían oposición. La inmensa mayoría eran monárquicos —8 a 1, según Ben-Ami, cuyo relato es el mejor (véase S. Ben-Ami, *The Origins of the Second Republic*, tesis de Oxford, 1974). <<

[45] Hijo de Antonio Maura y hermano del duque de Maura; había sido miembro del último gobierno del rey hasta el 14 de abril. Miguel fue considerado la oveja negra de esta notable familia católica de origen judío hasta que su sobrina Constancia de la Mora y Maura se casó con el destacado aviador republicano Hidalgo de Cisneros, y se hizo comunista. Ver su relato del cambio de régimen en *Así cayó Alfonso XIII…* En la p. 212 y ss. da una impresión favorable de Alcalá Zamora. Alcalá Zamora escribió unas memorias que todavía (1976) no se han publicado. Véase Juan Tomás Valverde, *Memorias de un alcalde* (Madrid, 1961), para lo referente a su papel de cacique. <<

[46] *La Rebeldía* de 1 de septiembre de 1906, citado en *Historia de la Cruzada Española* (ed. Joaquín Arrarás) (Madrid, 1940-1943), vol. I, p. 44. (En adelante me referiré a *Cruzada*, las referencias de las páginas remiten a volúmenes). «Jóvenes bárbaros» era el sobrenombre del movimiento juvenil radical. <<

[47] Presidente de las Cortes en 1936. <<

[48] Jesús Pabón, *Palabras en la oposición* (Sevilla, 1935), p. 196. <<

[49] Véase Vicente Cacho Viu, *La Institución Libre de Enseñanza* (Madrid, 1962). <<

[50] Me refiero a la famosa «generación del 98», de la que formaron parte el profesor de griego Miguel de Unamuno; el analista social Ortega y Gasset; el historiador social Joaquín

Costa; el ensayista Ángel Ganivet; el poeta de Castilla, Antonio Machado; el excéntrico poeta gallego Valle Inclán; el imprevisible escritor Ramiro de Maeztu; el novelista Pío Baroja; el ensayista Azorín; el dramaturgo Benavente; y, quizás, el pintor Zuloaga, que eran los intelectuales de primera línea en las universidades españolas hacia 1898. Véase Aldo Garosci, *Gli intellettuali e la guerra di Spagna* (Roma, 1959), p. 7. Carr (p. 525 y ss.) se muestra escéptico al respecto. <<

[51] Extraordinario, porque desde 1810 ningún otro político español ha escrito un diario. <<

[52] Conferencia en «El Sitio» de Bilbao, 21 de abril de 1934. <<

[53] Véanse sus diarios en los vols. III y IV de sus *Obras completas*, México, 1966-1968, <<

[54] Joaquín Maurín (*Revolución y contrarrevolución en España*, París, 1966), argüía que los qué votaron a Azaña en 1931, si hubieran sido lo bastante jóvenes, habrían apoyado al Partido Comunista en su encarnación «burguesa» entre 1936 y 1939 (si hubieran sido lo bastante viejos, habrían votado a los liberales en 1910). <<

[55] 277 011 en 1930. Puede que la cifra real fuera mayor, pues ésta se refiere sólo a los miembros que cotizaban. <<

[56] Al principio, los socialistas eran partidarios de afiliarse al Komintern. Antes de comprometerse, enviaron a Rusia a Fernando de los Ríos para que se informara. «Pero ¿dónde está la libertad?», preguntó el barbudo individualista andaluz. «¿La libertad? —contestó Lenin— ¿para qué?» [«*La liberté? Poúr quoi faire?*»]. <<

[57] Véase Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos. Cartas a un amigo* (México, 1954). En 1905, Iglesias y Largo Caballero consiguieron ser elegidos, por primera vez, para

formar parte del ayuntamiento de Madrid, imitando los fraudes electorales de sus oponentes. Iglesias entró en las Cortes en 1910; Largo Caballero y varios otros socialistas lo siguieron en 1917. <<

[58] Véase Maura, p. 216. <<

[59] Gil Robles, p. 448. <<

[60] Joaquín Arrarás, *Historia de la Segunda República* (Madrid, 1956-1964), vol. I, p. 53. Los cinco masones eran De los Ríos, Martínez Barrio, Álvaro de Albornoz, Casares Quiroga y Marcelino Domingo. Azaña se hizo masón a principios de 1932. <<

[61] Parece ser que hubo una ruptura entre los masones ingleses y los europeos en la década de 1880, cuando los hermanos continentales decidieron que ya no podían soportar la menor referencia a Dios, ni siquiera bajo el nombre de «Supremo Arquitecto», en los estatutos de su orden. <<

[62] Puesto que se habían hecho masones muchas personas destacadas a las que no se podía acusar de ser comunistas disfrazados, los publicistas clericales se veían obligados a distinguir entre los que eran instrumentos ciegos en manos del «terrible hermano» y aquellos que conocían sus oscuros designios. <<

[63] Hay un estudio útil sobre la masonería española en *La Révolution espagnole vue par une Républicaine* (París, 1937), de la diputado del Partido Radical Clara Campoamor. Véase también Gabriel Jackson, *The Spanish Republic and the Civil War 1931-1939* (Princeton, 1965), p. 510. El diputado católico Gil Robles (p. 94) da una enumeración de masones españoles que probablemente refleja lo que él y la Iglesia creían que era cierto: de un total de algo más de 11 600, 3660 eran nativos de Cádiz, lo cual indica la importancia de ese puerto

en los siglos XVIII o XIX, más que en el XX. <<

[64] La *Esquerra Republicana de Catalunya* —éste era su nombre completo— era una combinación de un antiguo partido radical, básicamente de clase media baja, el *Partit República Catalanista* (PRC); *Estat Catalá*, un grupo de separatistas, encabezados por Maciá; y un grupo de socialistas catalanes formado en torno al periódico *L'Opinió*. Otros partidos catalanes activos en 1931 eran *Acció Catalana* (procedente de una escisión de la juventud de la *Lliga* producida en 1922), que no quedó bien en las elecciones. La *Lliga* y los radicales obtuvieron el segundo y tercer puesto, a gran distancia de la *Esquerra*, que había incluido en su manifiesto el objetivo de «la socialización de la riqueza en beneficio de la comunidad», atrayendo con ello a algunos miembros de las izquierdas revolucionarias. Maciá, el hombre más famoso de las izquierdas catalanas, había sido licenciado del ejército en 1906 por atacar la Ley de Jurisdicciones. <<

[65] Tomás Pamies, en su *Testamento de Praga* (Barcelona, 1970) recuerda (p. 53) que la primera vez que oyó la palabra «revolución» fue en los discursos de un grupo de forasteros que habían llegado a Balaguer (Lérida) en 1908: uno de los oradores era Cambó. Pamies se unió a los «revolucionarios» convirtiéndose en anarquista, después en comunista, y, después de veinticinco años de exilio, murió en 1968 siendo jardinero municipal en Praga. <<

[66] Albert Balcells, *Crisis económica y agitación social en Cataluña* (1930-1936), (Barcelona, 1971), p. 18. <<

[67] La historia económica general de la República se comenta más adelante. Véase Balcells, p. 10. <<

[68] *El Sol*, 7 de mayo de 1931. «Quietos y ociosos» y «apatía y cortedad» eran palabras empleadas en una

encíclica de León XIII. Segura odiaba al fascismo y fue amigo de Inglaterra en la segunda guerra mundial. <<

[69] *Anuario Estadístico de España*, 1931, pp. 664-665. Véase José M. Sánchez, *Reform and Reaction* (Chapel Hill, 1962). <<

[70] Las mujeres españolas son mucho más religiosas que los hombres, un signo más de la posición femenina dominante en la Iglesia, expresada por el papel atribuido en España a la Virgen María, tan exagerado que roza con la mariolatría. <<

[71] Citado por Gerald Brenan en *The Spanish Labyrinth* (Cambridge, 1943), p. 53. <<

[72] Discurso del 13 de octubre de 1931, en *Obras Completas*, vol. III, p. 51. El diario de Azaña de aquel día, aunque señala la aprobación con que fue recibido el discurso, no indica que él fuera consciente de haber dicho algo que pudiera usarse contra él. Véase vol. IV, p. 178: «El discurso me salió muy bien, como un sueño, [...] palabra por palabra [...] Lerroux me cubrió de elogios». Si Azaña hubiera dicho que España había dejado de ser clerical, habría estado más sutil. <<

[73] Ballesteros, *Historia de España*, vol. VI, p. 288, cit. Brenan, p. 117 <<

[74] En virtud del Concordato de 1851, todavía en vigor en 1931, la Iglesia aceptó la desamortización, accedió a la venta de las tierras eclesiásticas (siempre que los beneficios se invirtieran en bonos del Estado y se repartieran entre los clérigos) y aceptó el nombramiento de obispos por parte del Estado. A cambio, se aceptó el derecho de la Iglesia a adquirir cualquier tipo de propiedad, se reafirmó que el catolicismo era «la única religión» en España, se dio derecho a la Iglesia para dirigir la conciencia de las escuelas estatales, se decidió que el Estado pagaría para mantener los edificios

eclesiásticos y, sobre todo, que los eclesiásticos recibirían estipendios del Estado, virtualmente como si se tratara de funcionarios, que irían desde 160 000 reales para los arzobispos hasta 1200 para los curas rurales. <<

[75] *Nuevo Ripalda enriquecido con varios apéndices* (14 ed., Madrid, 1927) p. 117. <<

[76] Esto, naturalmente, contribuía a mantener su bajo nivel cultural. <<

[77] Sucedía así, sobre todo, en las provincias vascas. <<

[78] Brissa, *Revolución de julio*, p. 185, cit. Connelly Ullman, p. 324. <<

[79] Observación recogida por el padre Alberto Onaindía. <<

[80] Comentario de Azaña en su obra *Causas de la Guerra de España* (*Obras*, vol. III, p. 454). <<

[81] El Vaticano no tardó en tener complicaciones con la República al negarse a aceptar al embajador ante la Santa Sede que había nombrado el gobierno, Luis de Zulueta. Los cardenales Gomá y Segura tuvieron una entrevista en Francia el 23 de julio de 1934; en una curiosa conversación, llegaron al acuerdo de que el papa Pío XI era un hombre «sin afectos, frío y calculador», que tenía demasiada simpatía por Cataluña y que estaba siendo engañado por Ángel Herrera y el cardenal Vidal y Barraquer, el arzobispo de Tarragona. (Juan de Iturralde, *El catolicismo y la cruzada de Franco*, Vienne, Francia, 1960, vol. I, p. 265). Acerca de las especulaciones sobre la posibilidad de que Ángel Herrera y monseñor Tedeschini, el nuncio papal, influyeran en la expulsión de Segura, véase Iturralde, vol. I, p. 344 y ss. Tedeschini era de mentalidad liberal, y, cuando llegó a España por primera vez en 1921, ayudó a crear una abortada versión española del Partito Popolare italiano. Véase Javier

Tusell, *Historia de la Democracia Cristiana en España* (Madrid, 1974), vol. I, p. 104 y ss. <<

[82] Es evidente que, a nivel local, Acción Nacional equivalía a la unión de los terratenientes locales o los intereses industriales. Al cabo de poco, Acción Nacional tuvo que cambiar de nombre y pasar a llamarse Acción Popular, cuando el gobierno insistió en que no se podía usar la palabra «nacional» más que para las empresas del gobierno. <<

[83] El relato de Miguel Maura es el mejor (pag. 241 y ss). Véase también Azaña, vol. IV, p. 303. Atribuye cierta culpa al general monárquico liberal, Carlos Blanco, que, sorprendentemente, era el nuevo director general de Seguridad del gobierno. La versión monárquica de la historia puede verse en Juan Ignacio Luca de Tena, *Mis amigos muertos* (Barcelona, 1971), p. 97 y ss. Los monárquicos estuvieron sitiados en el club desde las 12'30 hasta las 5 de la tarde. <<

[84] Lawrence Fernsworth, *Spain's Struggle for Freedom* (Boston, 1957), p. 131. <<

[85] Todas las casas religiosas de España, tanto si vivían en ellas frailes como si vivían monjas, se llamaban conventos. Uno de los incendios fue en los archivos del Colegio de Santo Tomás de Villahueva, en Valencia, un seminario donde entonces estaba trabajando Earl Hamilton, el historiador de la revolución de los precios en el siglo XVI. Parece ser que los incendios en Málaga se debieron en parte a la incompetencia del gobernador civil, Antonio Jaén, amigo de Alcalá Zamora, y a la negligencia del gobernador militar, general Gómez Caminero. <<

[86] Juan Antonio Ansaldo, *¿Para qué?* (Buenos Aires, 1951), p. 15. <<

[87] *ABC*, 5 de mayo de 1931. <<

[88] El 25 de abril, Azaña había publicado un decreto permitiendo a todos los oficiales que lo desearan retirarse con la paga entera. Esta medida excesivamente generosa creó una serie de oficiales sin empleo, con medios y tiempo para conspirar contra el nuevo régimen. <<

[89] Ninguno de estos primeros conspiradores contra la República prestó el juramento requerido de servirla y defenderla. <<

[90] Las conspiraciones contra la República ahora cuentan con una amplia literatura. Véase Paul Preston, *The Journal of Contemporary History*, vol. VII, 3/4 (julio-octubre 1972). <<

[91] Algunos, como Goicoechea, en 1913 eran «jóvenes mauristas». <<

[92] Pero véase en Maura, p. 246 y p. 254, la información de que algunos de los admiradores más jóvenes de Azaña en el Ateneo habían planeado quemar los conventos como protesta contra la lentitud del gobierno en sus tratos con la Iglesia. El líder de estos gamberros era Pablo Rada, un mecánico radical que había volado con Ramón Franco en su primer vuelo a través del Atlántico Sur. (En el curso de la guerra civil, Rada volvió a atravesar el Atlántico en avión, llevando sustanciosas cantidades de dinero de la República). <<

[93] Antes de 1868 había unos cuantos anarquistas aislados en España, ninguno con seguidores. El relato de la conversación de Fanelli con los 21 jóvenes tipógrafos madrileños que hace Anselmo Lorenzo en *El proletariado militante* (Barcelona, 1901-1923), vol. I, p. 123, es merecidamente famoso. <<

[94] La mejor exposición de la teoría del anarquismo como una compensación por la deserción de la Iglesia se encuentra

en Brenan, p. 131 y ss. <<

[95] Edward Malefakis, *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain* (New Haven, 1970), p. 137; J. Díaz del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas: Córdoba* (Madrid, 1929), p. 226. <<

[96] José Peirats, *La CNT en la revolución española* (Toulouse, 1951-1953), vol. I, p. 72. <<

[97] Connelly Ullman, p. 94 y ss.; véase también Sol Ferrer, *Francisco Ferrer* (París, 1962). <<

[98] El papel de Ferrer en 1909 nunca llegó a esclarecerse; ¿dio dinero para contratar incendiarios?, ¿financió la continuación de la lucha comprando al mismo tiempo bonos del Estado que aumentarían de valor si fracasaba la revolución? Véase Connelly Ullman, p. 306 y ss. Algunos alegaron que toda aquella rebelión había sido una «maniobra de bolsa». Ferrer, que ya estaba escondido y de quien se creía que estaba en Francia, fue arrestado porque firmó una nota por la que prorrogaba un sobregiro. <<

[99] La Confederación Nacional del Trabajo fue la sucesora de *Solidaridad obrera*, fundada en 1907, que había sido una coalición de movimientos obreros catalanes, dominada por los anarquistas, pero no formada exclusivamente por ellos. Los socialistas se retiraron cuando este movimiento pasó a ser nacional. <<

[100] Díaz del Moral, pp. 575-577. La FNAE (Federación Nacional de Agricultores de España), equivalente agrícola de la CNT, se fundó en 1913 y se fusionó con la CNT en 1918. <<

[101] Peirats, vol. I, p. 9, da una lista incompleta de dirigentes anarquistas muertos en este período; en la lista figuran 106 nombres. En *Tiempos Nuevos* (París), en 1925, se publicó una descripción del apoyo del gobierno a los

pistoleros antianarquistas y de la cantidad que recibían por cada asesinato. Está reproducida por Peirats, vol, I, pp. 10-13. La mejor historia de este período, con mucho, es la de Meaker, en el libro anteriormente citado. <<

[102] «La Revolución Rusa —dijo un antiguo y famoso anarquista, Eleuterio Quintanilla— no expresa nuestros ideales. Es una revolución de tipo socialista. Su dirección y su orientación no responden a las necesidades de los trabajadores, sino a las de los partidos políticos». <<

[103] Ilya Ehrenburg, *Ils ne passeront pas* (París, 1937), p. 13. <<

[104] Véase Ricardo Sanz, *El sindicalismo y la política: Los Solidarios y Nosotros* (Toulouse, 1966); J. Romero Maura, «*The Spanish Case*», en David Apter y James Joll, *Anarchism Today* (Londres, 1971); Juan Llarch *Muerte de Durruti* (Barcelona, 1973). <<

[105] Peirats, vol. II, p. 347, dice que la FAI tenía 30 000 miembros en 1936. <<

[106] Peirats, vol. I pp. 4243. <<

[107] Cyril Connolly, *The Condemned Playground* (Londres, 1945), p. 195. Véase su notable discurso cuando era ministro de Justicia en enero de 1937. <<

[108] Brenan, p. 140. Los anarquistas decían tener 600 000 miembros en junio de 1931, 250:000 en Cataluña (*Solidaridad Obrera*, 12 de junio de 1931). Balcells dice que la CNT tenía el 58% de los obreros de Barcelona, y entre el 30% y el 35% de los obreros de Cataluña. <<

[109] Peitats, vol. II, pp. 121-122. <<

[110] Carr, p. 463. <<

[111] Las mujeres podían ser candidatas, pero no pudieron votar hasta 1933. La segunda vuelta de las elecciones se

celebró el 12 de julio. <<

[112] *El Imparcial*, cit. Ben-Ami, p. 286. Los republicanos consiguieron el predominio en muchos ayuntamientos rurales sustituyendo el caciquismo monárquico con su fórmula propia de manejo electoral, también cuestionable. <<

[113] Peirats, vol 1, p. 49 <<

[114] Peirats, vol. I, pp. 55-57; César Lorenzo, *Les anarchistes espagnols et le pouvoir* (París, 1969), p. 69. Véase también Abel Paz, *Durruti, le peuple en armes* (París, 1972). <<

[115] Véase Jackson, p. 30. <<

[116] Un anteproyecto anterior de la Constitución preveía la disolución de todas las órdenes religiosas. <<

[117] Véase Marcelino Domingo, *La experiencia del poder* (Madrid, 1934). Véase también en Robinson, p. 59 y ss. un resumen de las actitudes de las derechas. <<

[118] Véase una imagen de primera mano de esta crisis en Azaña, vol. IV, p. 172 y ss. <<

[119] Ramón Sender, *Seven Red Sundays* (Londres, 1936), p. 171. <<

[120] Después fueron condenadas seis personas a cadena perpetua. Véase Luís Jiménez Asúa, *Castilblanco* (Madrid, 1933). <<

[121] Peirats, vol. I, p. 51. <<

[122] René Dumont, *Types of Rural Ecottomy* (Londres, 1957), p. 218; véase también, Carr, p. 417 y ss. <<

[123] Hay un resumen muy útil de la reforma agraria anterior a la República en Malefakis, pp. 427-438. <<

[124] Balcells calcula que el jornal agrícola medio era de 2,80 pesetas diarias, y el jornal durante la recolección, de 5,50 pesetas. El promedio de trabajo era de 250 días al año.

<<

[125] Carr, p. 419. <<

[126] España tenía alrededor de 1.600 000 hectáreas de regadío y la República proyectaba regar otro millón de hectáreas. <<

[127] La población de las tres provincias vascas era de 891 710 en 1930; con Navarra, se llegaba a un total de 1.237 593. Pero no todos los que vivían en esas provincias eran vascos. <<

[128] Navarra está habitada principalmente por vascos. Pero, por razones que estudiaremos más adelante, su historia política ha seguido un rumbo diferente. <<

[129] La cifra bajaba al 15% entre los habitantes no vascos de las ciudades vascas. <<

[130] *Le Clergé basque. Rapports présentés par des prétres basques aux autorités ecclésiastiques* (París, 1938), p. 15. Los hombres y las mujeres se sentaban separados, como en Irlanda y en las sinagogas. <<

[131] Excepto los que vivían en Navarra, que estuvieron gobernados por los monarcas semiindependientes de aquel pequeño reino hasta el siglo XVI. <<

[132] Carr, p. 435. <<

[133] El PNV fue fundado por Arana en 1894. Sobre la tentativa de Orgaz, véase José Antonio Aguirre, De *Guernica a Nueva York pasando por Berlín* (Buenos Aires, 1943), pp. 342-343. Más tarde, Orgaz negó esta versión de la entrevista, diciendo que quien solicitó una alianza fue Aguirre, que deseaba oficiales para entrenar a sus jóvenes (*mendigoixales*) de cara a un alzamiento. Es posible que los políticos monárquicos montaran la entrevista de manera que los dos tuvieran la impresión de que había sido el otro el que

había tomado la iniciativa. (Véase Iturralde, vol. I, pp. 36-37). <<

[134] De un total de 489 887 electores en las tres provincias, 411 756 votaron a favor del Estatuto, 14 196 votaron en contra, y 63 935 se abstuvieron. Véase Martin Blinkhorn, «The Basque Ulster», *Historical Journal*, XVIII, n.º 3 (1974), pp. 593-613. <<

[135] Las clases trabajadoras de Bilbao no eran ni tan católicas ni tan separatistas como la burguesía. Su adopción de las ideas centralizadoras de la *UGT* socialista, uno de cuyos principales centros era Bilbao, sería una causa más de conflictos. <<

[136] El movimiento nacionalista vasco puede seguirse en M. García Venero, *Historia del nacionalismo vasco* (Madrid, 1945); las memorias de Aguirre; Salvador de Madariaga, *Spain* (Londres, 1964), pp. 227-235 (hostil); Brenan, pp. 278-280); y de S. Payne, *Basque Nationalism* (Reno, 1975). <<

[137] *Anuario* 1931; Ramón Salas Larrazábal, *Historia del ejército popular de la República* (Madrid, 1974), vol. I, p. 11. <<

[138] Las cifras del siglo XIX eran más absurdas todavía. En 1898 había un general por cada cien hombres. <<

[139] Véase el esclarecedor estudio de Joaquín Romero Maura, *The «Cu-Cut» incident: Catalonia and the Spanish Arrny, 1905* (Reading, 1975). <<

[140] Usó la palabra en un discurso en Valencia, y el episodio está citado en Maura, p. 227. Una relación hostil de las reformas de Azaña puede verse en el libro del que acabaría siendo uno de los mayores enemigos de la República, el general Mola, *El pasado, Azaña y el porvenir* [en Emilio Mola, *Obras completas* (Valladolid, 1940)]. <<

[141] Goded pasó a ser inspector general del ejército. Véase Azaña, vol. IV, pp. 414-418. <<

[142] En 1932, nominalmente había 7660 oficiales y 1756 en África; de otras graduaciones, 105 367, y 41 774 en África, incluidos 9080 de las tropas moras (Anuario, 1932). <<

[143] Rosita Forbes, *The Sultán of the Mountains* (Nueva York, 1924), p. 72. <<

[144] General André Beaufre, *1940* (Londres, 1965), p. 30. <<

[145] Barea, p. 251. Cuando servía como sargento en Marruecos, Barea se reía de las pretensiones de algunos: «¿Por qué tenemos que "civilizar" [a los marroquíes]? ¿Civilizarlos a ellos nosotros? ¿Nosotros, los de Castilla, de Andalucía, de las montañas de Gerona, que no sabemos leer ni escribir? Tonterías. ¿Quién nos civiliza a nosotros? Nuestros pueblos no tienen escuelas [...]». <<

[146] Artículo 2.º de la Ley Constitutiva del ejército. <<

[147] Antonio Ruiz Vilaplana, *Doy fe* (París, 1938), pp. 207-208. Los oficiales que ahora tenían la oportunidad de ascender a altos puestos del ejército habían estado en la Academia de Infantería de Toledo hacia la época de la guerra de España con los Estados Unidos. <<

[148] Véase Jaime del Burgo, *Conspiración y guerra civil* (Madrid, 1970), p. 270 y ss. <<

[149] Luis Redondo y Juan de Zavala, *El Requeté* (Barcelona, 1957), p. 250. <<

[150] Ramón Serrano Súñer. *Entre les Pyrénées et Gibraltar* (Ginebra, 1947), p. 59. <<

[151] Víctor Pradera, *El nuevo Estado* (Madrid, 1941), p. 271. <<

[152] *Cruzada*, IV, p. 489. Sanjurjo tenía relaciones con los carlistas, porque su padre había sido brigadier en el ejército

de don Carlos y el hermano de su madre había sido secretario de don Carlos. Él mismo había nacido en Pamplona en 1872, a comienzos de la segunda guerra carlista. <<

[153] Gran número de estos conspiradores eran jóvenes oficiales que habían prestado su juramento de lealtad al monarca en los años inmediatamente anteriores a su marcha, o viejos generales que llevaban mucho tiempo al servicio de la Monarquía. <<

[154] Indudablemente Lerroux tenía noticia de la conspiración. Era amigo de Sanjurjo y probablemente esperaba ser jefe de gobierno si la conspiración tenía éxito. Véase Azaña, vol. IV, p. 850. <<

[155] Arrarás, *Historia*, vol. I, p. 464. <<

[156] Ansaldo, pp. 18-20. <<

[157] Véase las *«Memorias intimas» de Azaña*, ed. Arrarás (Madrid, 1939), p. 183 y ss. <<

[158] Peirats, vol. I, p. 52. <<

[159] Cuatro de estos prisioneros —el duque de Sevilla, y los comandantes Martín Alonso, Serrador y Tella— se distinguieron como oficiales nacionalistas en la guerra civil. <<

[160] Este debate señaló, de hecho, la aprobación final de la Ley de Reforma Agraria (9 de septiembre de 1932). Tal vez no se habría aprobado si el alzamiento de Sanjurjo no hubiera proporcionado el ímpetu necesario. <<

[161] En 1931, el presupuesto clerical había sido de 66 millones de pesetas. Los sueldos de los obispos habían sido suspendidos en abril de 1931. En 1932 los estipendios se redujeron a 29 millones y medio de pesetas, y el presupuesto total clerical había de ser de 5 millones de pesetas. Así pues,

la Iglesia se enfrentó con el grave problema de mantener a 35 000 sacerdotes, de los cuáles 7000 tenían más de cincuenta años. <<

[162] Véase Jackson, pp. 60-65: hay un buen resumen. <<

[163] Véase Manuel Benavides, *El último pirata del Mediterráneo* (Madrid, 1933). <<

[164] Maura, pp. 274-275. <<

[165] Véase Eric J. Hobsbawm, *Primitive Rebels* (Manchester, 1959), p. 123; José Pía, *Historia de la segunda República Española* (Barcelona, 1940-1941), vol. II, p. 188 y ss.; Peirats, vol. I, pp. 55-58. Rojas fue juzgado y condenado a veintiún años de cárcel. No cumplió su condena. Véase también Jackson, p. 513 y ss. Rojas, en una entrevista con Azaña, dijo que «fuimos duros, crueles si se quiere. Al que corría y no alzaba los brazos a nuestra intimación le hicimos fuego; al que se asomaba a una ventana le hacíamos fuego; cuando nos tirotearon desde las chumberas respondimos con las ametralladoras». (Azaña, IV, p. 452). Libertaria fue asesinada en 1936 en la carretera que conduce a Medina Sidonia por una cuadrilla de falangistas. (Antonio Téllez, La guerrilla urbana en España, París, 1972, p. 7). <<

[166] Véase Sánchez, p. 50, y en particular el excelente estudio de Carmelo Lisón Tolosana, *Belmonte de los Caballeros* (Oxford, 1966), obra sobre un pueblo aragonés de donde proceden algunos de estos casos. <<

[167] Malefakis, p. 280. <<

[168] Véase Robinson, p. 113 y ss. y Gil Robles, *op. cit.* Gil Robles afirmó que la CEDA tenía 730 000 miembros en 1933; si es cierto, habría sido el mayor partido político de toda la historia de España. Este gran número de miembros, sumado a cierto apoyo de las altas finanzas, permitió a la CEDA gastar sumas sin precedentes en la campaña. El Partido

Socialista sólo tenía entonces unos 75 000 miembros, con más de un millón de miembros de la UGT (Robinson, p. 328). <<

[169] En Sergio Vilar, *La oposición a la dictadura 1931-1969* (París, 1968), p. 516. <<

[170] Gil Robles, p. 80. <<

[171] Araquistain había observado el éxito de los nazis siendo embajador en Berlín. Madariaga considera que estos dos cuñados procedentes de la clase media fueron las eminencias grises que arrastraron a la revolución a Largo Caballero, el sólido socialista fabiano. Hay algo de cierto en esta teoría, y desde luego, cuando sustituyeron a Antonio Fabra Rivas, hombre mucho más experto y desilusionado, en su papel de consejero principal de Largo Caballero, *comenzó* el giro a la izquierda del partido. <<

[172] Santiago Carrillo, *Demain l'Espagne* (París, 1974), p. 31. <<

[173] En realidad Bolívar debió su elección a un «frente popular» local formado por comunistas, socialistas y republicanos (Enrique Motarras, *El comunismo en España*, Madrid 1935, p. 170). <<

[174] Véase Stanley G. Payne, *Falange, a study of Spanish Fascism* (Stanford, 1961). Algunas de las afirmaciones de Payne son rebatidas por Herbert R. Southworth, *Anti-Falange* (París, 1967); véase también Maximiano García Venero, *La Falange en la guerra de España: Hedilla y la unificación* (París, 1967). <<

[175] *Cruzada*, III, p. 423. Ledesma recibió subvenciones de monárquicos y banqueros. <<

[176] *Cruzada, loc. cit.* <<

[177] *Cruzada*, III, pp. 424-425. <<

[178] *El Debate*, 28 de junio de 1932, cit. Robinson, p. 77. <<

[179] Robinson, p. 130. <<

[180] En 1932, Giménez Caballero ofreció a Prieto el mando supremo de los fascistas (*El Socialista*, 19 de mayo de 1949). Hay varias biografías de José Antonio, de las cuales la más interesante es la *Biografía apasionada* de Felipe Ximénez de Sandoval (Barcelona, 1941). Véase mi *Selected Writings of José Antonio Primo de Rivera* (Londres, 1972). Las opiniones de Gil Robles, a quien José Antonio profesaba amistad, pueden verse en *No fue posible la paz*, p. 436 y ss. <<

[181] José Antonio Balbontín, *La España de mi experiencia* (México, 1952), p. 306. <<

[182] *Cruzada*, I, p. 594. <<

[183] *Ibid.*, II, p. 21. <<

[184] Discurso de la fundación de F. E. pronunciado en el Teatro de la Comedia de Madrid por José Antonio el 29 de octubre de 1933 (*Obras completas*, Madrid, 1942, pp. 17-28). <<

[185] Carta del 2 de abril de 1933 a Julián Pemartín, citada en Sancho Dávila y Julián Pemartín, *Hacia la historia de la Falange* (Jerez, 1938), vol. I, p. 24. <<

[186] Los que se oponían a la Falange fueron los primeros en disparar en una serie de encuentros; el primer falangista muerto fue un jonsista, en noviembre de 1933. Pero la Falange había invitado a esto, ya que uno de sus principios era el uso de la fuerza. <<

[187] Véase Payne, *Falange*, p. 45, y las referencias que allí hay. Ledesma pensaba que la unificación con la Falange le daría una plataforma más amplia; José Antonio pensaba que las JONS le ayudarían contra los elementos más burgueses de la Falange. Parece que sólo hubo un miembro de las JONS

que prefirió dimitir a unirse con José Antonio: Santiago Montero Díaz, de la Universidad de Santiago, que era un excomunista. <<

[188] Véase su extraño artículo sobre el tema a su regreso, en *Obras*, p. 522 y ss. <<

[189] *Sir* Oswald Mosley, *My life* (Londres, 1968), p. 421. <<

[190] Payne, pp. 53-55. Esta aversión a apoyar la violencia fue un motivo de disputa entre José Antonio y sus seguidores más militantes durante todo el año 1934. <<

[191] Payne da las cifras oficiales de febrero de 1936 sobre los orígenes de las JONS de Madrid:

Obreros y empleados 431

Oficinistas 315

Obreros especializados 114

Profesiones liberales 166

Mujeres 63

Estudiantes (excluidos los universitarios) 38

Pequeños comerciantes 19

Oficiales y aviadores 17

<<

[192] En un artículo de «A. Brons» aparecido en *Internacional Comunista* el 15 de diciembre de 1933, se calculaba en «casi 25 000» el número de miembros del Partido Comunista. <<

[193] El libro de Meaker es, con mucho, el mejor análisis para estudiar todo esto. <<

[194] Véase Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Soviética* (2.ª ed., Madrid, 1970). <<

[195] García Venero, *Historia*, vol. II, pp. 296-323. <<

[196] García Venero, *Historia*, vol. II, pp. 345-359; Julián

Zugazagoitia, *Historia de la guerra en España* (Buenos Aires, 1940), p. 40. <<

[197] Memorándum de Maurín, 10 de septiembre de 1963. Un quinto delegado era un carpintero exsocialista, Jesús Ibáñez. Véase Meaker, pp. 422 423. <<

[198] Los asuntos de España estaban asimilados a los de Portugal, México y América del Sur, que posteriormente fueron coordinados por el secretariado nacional dentro del secretariado del Komintern. En 1924 dicho secretariado tenía 400 miembros, pero sólo existen conjeturas respecto a dichas cifras para los años 30. Véase E. H. Carr, *Socialism in One Country*, vol. III, parte II (Londres, 1964), p. 909. <<

[199] M. N. Roy, *Memoirs* (Bombay, 1964), p. 234. <<

[200] Los miembros del primer comité central eran: César R. González (exsocialista), secretario general; Ramón Lamoneda (exsocialista, que más tarde volvió con los socialistas), secretario de trabajo; Juan Andrade (primero radical, luego socialista, y futuro dirigente del POUM), director del nuevo periódico comunista *La Antorcha*; Evaristo Gil (exsocialista), Joaquín Ramos, José Baena, Luis Pórtela (de la Juventud Socialista), y Antonio García Quejido, el socialista español más famoso después de Iglesias, uno de los tipógrafos que habían fundado el Partido Socialista en la década de 1870. Andrade, conocido por su «pluma incisiva y cruel» escribió una vez a un corresponsal en Holanda —detalle conmovedor— para preguntarle si no podría enviarle una compañera holandesa: «Me gustaría hablar con mujeres que no sean como las españolas: muy guapas y muy ignorantes». <<

[201] Véase el interesante estudio de Meaker. <<

[202] Véase Julián Gorkin, «*My Experiences of Stalinism*», en *The Review*, n.º 2, publicada por el Imre Nagy Institute for

Political Research, octubre de 1959. <<

[203] Conversación con Julián Gorkin. Véase Víctor Serge, *Memoirs of a Revolutionary* (Londres, 1963), p. 158; Gunther Nollau, *International Communism and World Revolution* (Londres, 1961), p. 69. <<

[204] «Walecki» era característico de una generación de conspiradores internacionales comunistas que desempeñaron un papel en la historia de España. Se llamaba Maximilian Horwitz y había nacido en Varsovia en 1877, en una familia de clase media. Fue enviado dos veces a Siberia antes de 1914, estuvo presente en Zimmerwald, en el congreso que celebró en Milán el partido italiano en 1921, en la conferencia que celebró en Marsella el partido francés ese mismo año. En Estados Unidos se le conocía como «Brooks». ¿Dónde no había estado en nombre de la Revolución? Murió en la cárcel, en Moscú, en 1937. <<

[205] Véase Jules Humbert-Droz, *Memoires* (Neuchâtel, 1969), vol. I, p. 212; José Bullejos, *Europa entre dos guerras* (México, 1955), pp. 111-112. <<

[206] Bullejos daba la cifra de 3000 (p. 135); *Internacional Comunista*, de 15 de marzo de 1934 hablaba de 120. El séptimo congreso del Komintern dijo que en 1931 había 800 miembros. Matoneas, p. 84, daba la cifra de 1500. Los partidos clandestinos no cobraban cuotas a los miembros y por lo tanto las cifras varían mucho. <<

[207] Las mejores informaciones sobre la Izquierda Comunista durante la República se encuentran en Grandizo Munis, *Jalones de derrota* (México, 1948), y Andrés Nin, *Los problemas de la revolución española* (París, 1971), ed. Andrade. Yo además pude beneficiarme de mis conversaciones y correspondencia con Joaquín Maurín en 1963. <<

[208] Humbert-Droz, vol. II, p. 405 y ss. <<

[209] Bullejos, p. 140. <<

[210] Matorras, pp. 136-137; Bullejos, pp. 134-143, 164-165. De los expulsados, Trilla y Vega más tarde volvieron al redil. Trilla fue asesinado en 1945 en circunstancias extrañas. Vega fue comandante de un cuerpo del ejército en la guerra civil y fue muerto por las fuerzas franquistas en 1939. <<

[211] Sin embargo, aparece como el héroe del libro del renegado Jesús Hernández, *La Grande Trahison* (París, 1953), porque, durante la guerra civil, evidentemente consideró excesivas muchas órdenes. <<

[212] *El Partit Comunista de Catalunya* (Matorras, p. 149). <<

[213] Véase Juan Modesto, *Soy del Quinto Regimiento* (París, 1969), p. 14. <<

[214] *Rundschau*, 30 de noviembre de 1933; y 22 de noviembre de 1930. <<

[215] Julián Gorkin, *Caníbales políticos* (México, 1941), p. 25. Manuel Tagüeña, *Testimonio de dos guerras* (México, 1973), p. 356, da un *retrato* favorable. <<

[216] El verdadero nombre de «Stepanov» era S. Mineff y durante su carrera en el Komintern también se le conoció con los nombres de «Lebedev», «Doctor Chavaroche» y «Lorenzo Vanini». Era uno de los revolucionarios profesionales más expertos. <<

[217] Balbontín, p. 123. <<

[218] Probablemente, más importantes para la difusión de las ideas comunistas que la labor de cualquier agente secreto en España fueron los relatos de los trabajadores españoles que, después de la revolución de Asturias, fueron a trabajar al metro de Moscú. Lo consideraron un milagro de la ingeniería. <<

[219] El presidente Alcalá Zamora intentó persuadirle para que no dimitiera, diciendo que los radicales eran «la base de la República». Pero Martínez Barrio temía que Lerroux le comprometiera en alguna acción deshonrosa si se quedaba. Véase su versión en Azaña, vol. IV, p. 718. <<

[220] La expresión «suicida egoísmo» fue empleada por Gil Robles para describir estas acciones de sus seguidores en una entrevista publicada en *El Debate* el 8 de marzo de 1936. <<

[221] Los lugares que estuvieron por breve tiempo en manos de los anarquistas fueron: Barbastro (Huesca), Alcalá de Gurrea (Huesca), Alcampel (Huesca), Albalate de Cinca (Huesca), Villanueva de Sigena (Huesca), Valderrebollo (Guadalajara), Beceite (Teruel), Alcorisa (Teruel), Mas de las Matas (Teruel) y Calanda (Teruel). <<

[222] Aunque el decreto que les prohibía enseñar seguía en vigor. <<

[223] Lisón Tolosana, p. 46. <<

[224] Véase en Azaña, vol. IV, p. 652, la conversación con De los Ríos, y los comentarios de Marichal en Azaña, *Obras completas*, vol. III, pp. XIX-XV. <<

[225] José María Pemán, *Un soldado en la historia* (Cádiz, 1954), pp. 134-135. Ni Rada ni Varela habían tenido conexiones previas con los carlistas. Ambos eran andaluces. Varela era hijo de un suboficial, y desde muy joven había sido hombre de extraordinaria ambición. Su valor en Marruecos se había hecho proverbial. Véase Antonio Lizarra, *Memorias de la conspiración* (Pamplona, 1953), p. 33. Su descripción de los acontecimientos se apoya en la obra de Felipe Bertrán Güell, *Preparación y desarrollo del alzamiento nacional* (Valladolid, 1939). <<

[226] Véase Martin Blinkhorn, «Carlism and the Spanish

Crisis of 1934», en *Journal of Contemporary History*, vol. VII, nos. 3 y 4. <<

[227] Lizarza, pp. 23-25. Se tuvo noticia por primera vez de esta entrevista a raíz del descubrimiento de ciertos documentos en casa de Goicoechea durante la guerra civil. El propio Goicoechea admitió los hechos en 1937. Véase el reconocimiento de Goicoechea en *Manches ter Guardian*, 4 de diciembre de 1937. Una fotocopia del acuerdo en poder de Goicoechea figura en la portada del libro de José Luis Alcofar Nassaes, CTV (Madrid, 1972). <<

[228] Archivos carlistas. A partir de esta época, el sobrino de Alfonso Carlos, Javier de Borbón Parma, actuó de acuerdo con Fal Conde como «delegado nacional». <<

[229] Cit. Robinson, p. 176. <<

[230] Las juventudes socialistas intentaron evitar que estas ruidosas comitivas de cedistas llegaran a El Escorial forzando los raíles del ferrocarril. Véase Santiago Carrillo; *Demain l'Espagne* (París, 1974), p. 42. <<

[231] Véase Paul Preston, *European Studies Review*, vol. I, n.º 2. <<

[232] Éstas eran armas compradas a ciertos revolucionarios portugueses en Galicia por el diputado socialista Amador Fernández. El barco zarpó de Cádiz con el destino «Jibouti» escrito sobre las cajas, pero más tarde se desvió a Asturias. Véase un artículo de Prieto en *España republicana* de Buenos Aires, que vuelve a aparecer en su obra *Convulsiones de España*, vol. I, p. 109. Después Prieto huyó a Francia, donde estuvo hasta finales de 1935. No fue un exilio honorable, y no se le permitiría que lo olvidara. (Había hecho lo mismo en 1917 y 1930). <<

[233] Azaña, vol. IV, p. 904. El periódico socialista *Leviatán*, dirigido por Araquistain, atacó a Azaña por su moderación:

«O se renuncia a la revolución, y entonces amigo Azaña, nos dedicaremos a la literatura, o se renuncia a la ley, y entonces los pactos legalistas no tienen objeto». (Citado por Azaña, vol. III, p. XXI). <<

[234] Los tres ministros de la CEDA fueron: Giménez Fernández. (Agricultura), Anguera de Sojo (Trabajo) y Aizpún (Justicia). Salazar Alonso salió del gobierno. De éstos, Aizpún era el fundador y organizador de la CEDA en Navarra; Anguera de Sojo había sido nacionalista catalán, pero al parecer había traicionado a sus colegas en 1931 siendo gobernador civil de Barcelona; y Giménez Fernández era un ilustre erudito, y sería el ministro de Agricultura de la República más responsable socialmente. Anguera había sido fiscal, y como tal había sido el responsable de muchas confiscaciones de *El Socialista*. Aizpún estaba próximo a los carlistas. Los comentarios de Gil Robles son interesantes (p. 138), y Azaña (vol. IV, p. 515) consideraba a Anguera un republicano leal, en el fondo. Pero básicamente, la hostilidad de las izquierdas contra estos tres hombres no estaba justificada. <<

[235] El antiguo partido de Azaña, Acción Republicana, se había unido en abril de 1934 a los radicalsocialistas de Domingo y al partido autonomista gallego de Casares Quiroga, constituyendo el nuevo partido de Izquierda Republicana. <<

[236] Gil Robles, p. 140. <<

[237] Los comunistas acordaron apoyarla en el curso de la reunión de su comité central, los días 11 y 12 de septiembre (Branko Lazitch, *Los partidos comunistas de Europa* [Madrid, 1958] p. 338). <<

[238] Largo Caballero rechazó oficialmente a los comunistas cuando éstos le ofrecieron ayuda, según «la Pasionaria»

(Ibárruri, p. 175). Véase también el comentario de Andrés Suárez, *El proceso contra el POUM* (París, 1974), p. 38. <<

[239] Véase *La revolución de Octubre en España*, un folleto editado por el gobierno de Madrid en 1934; Peirats, vol. I, pp. 83-94; *Mrs.* Leah Manning, *What I saw in Spain* (Londres, 1935); el relato de Frank Jellinek en *The Civil War in Spain* (Londres, 1938); y el diario vivo de los hechos de Manuel Grossi, *La insurrección de Asturias*, escrito en la cárcel de Cartagena en 1935. <<

[240] Los obreros portuarios de Gijón pertenecientes a la CNT abogaban fervientemente por la alianza con los socialistas. Otros (p. ej., los mineros de La Felguera), mucho menos. <<

[241] Cit. Peirats, vol. I, p. 79 y ss. <<

[242] *Rundschau*, m, 60 (15 de noviembre de 1934), p. 2680. <<

[243] Grossi, p. 25 <<

[244] Peirats, vol. I, pp. 86-87. <<

[245] *La revolución de octubre*, p. 40 (ed. francesa). Grossi dice que, al final de la revolución, había 50 000 mineros en armas. Peirats dice que la CNT tenía unos 22 000 trabajadores organizados en la región (vol. I, p. 83). Es posible que esta cifra sea exagerada. Véase comentario en Jackson, p. 153. <<

[246] El general Masquelet, al que Azaña había nombrado jefe de Estado Mayor en 1932, fue cambiado de puesto. <<

[247] *Sir* Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission* (Londres, 1946), p. 46. <<

[248] *ABC*, 21 de abril de 1931. <<

[249] John Whitaker, «Prelude to War», *Foreign Affairs*, octubre de 1942. <<

[250] Información procedente del doctor Gregorio Marañón. <<

[251] *La revolución de octubre*, p. 41 (ed. francesa). <<

[252] Grossi, p. 218. Peirats, vol. I, p. 85, reproduce el último comunicado del comité revolucionario. <<

[253] Un informe del ministerio de la Gobernación del 3 de enero de 1935 daba una lista de bajas en toda España en octubre de 1934 de 1335 muertos y 2951 heridos; 730 edificios habían sido destruidos o seriamente afectados. Habían sido incendiadas 58 iglesias. Oviedo era una ruina, y el costo de la reconstrucción se calculaba en un millón de libras esterlinas. Fueron incautados 90 000 fusiles, 33 000 pistolas, 10 000 cajas de dinamita, 30 000 granadas y 330 000 cartuchos. <<

[254] Es imposible fijar el número de muertos y de prisioneros, ni siquiera dar una cifra aproximada. La cifra de 30 000 prisioneros, que se ha dado tantas veces, no puede confirmarse. Quizá murieron unos 35 sacerdotes. La censura de la época impidió, e impide, que la prensa pudiera dar un cálculo preciso. Todavía no se han investigado los archivos de la policía, si es que existen. <<

[255] Se puede encontrar una relación verosímil de la represión de la Legión en Asturias en los primeros capítulos de la obra de José Martín Blázquez, *I helped to build an Army* (Londres, 1939), y en Ricardo de la Cierva, *Historia*, vol. I, p. 447. Véase Ignacio Carral, *Por qué mataron a Luis de Sirval* (Madrid, 1935), y Brenan, p. 218. <<

[256] Carrillo, p. 48. <<

[257] Jaime Vicens Vives, *Aproximación a la Historia de España* (Barcelona, 1968), p. 179. <<

[258] Gil Robles, p. 141. <<

[259] Los ejecutados fueron Jesús Argüelles, un minero criminal que había estado al mando del pelotón de ejecución responsable de la muerte de un guardia civil, y un sargento, apellidado Vázquez, que había desertado de su unidad, en Asturias, para unirse a los mineros. <<

[260] El ministerio de la Guerra quería comprar armas a través de un hombre de negocios, La Iglesia. Sólo estaban implicados ministros de la CEDA, y Alemania incluso se planteó la posibilidad de colaborar económicamente en la campaña electoral de la CEDA. (Documentos alemanes sobre política exterior, serie C, vol. IV, n.º 303). Gran parte del trabajo de Gil Robles en el ministerio de la Guerra fue serio y encaminado al servicio público. Era necesario un ejército eficiente y bien equipado. Véanse sus memorias, p. 232 y ss. <<

[261] Las Cortes tenían que decidir si debía ser juzgado o no por los tribunales. A pesar de todo, la votación contra Azaña fue de 189-168. La CEDA votó contra Azaña, para apaciguar a los ricos monárquicos. Azaña había pasado dos meses detenido en un buque-prisión fondeado en Barcelona. Esta injusta indignidad —él había intentado evitar que se sublevaran tanto los socialistas como los catalanes— le afectó mucho. <<

[262] Las memorias de Chapaprieta arrojaron luz sobre la actuación cotidiana del gobierno de Lerroux (*La paz fue posible: memorias de un político*, Barcelona, 1971). <<

[263] Al mes siguiente, otro escándalo, el llamado caso Nombela, debilitó aún más a los radicales. <<

[264] Gil Robles, p. 364. <<

[265] Véase un resumen en Robinson, p. 207. <<

[266] Miguel Maura también había intentado formar un gobierno, y no lo consiguió. <<

[267] Gil Robles, pp. 366-367. <<

[268] Véase este hecho sorprendente en Gil Robles, p. 376. <<

[269] Discurso en Azaña, vol. III, pp. 269-293. Henry Buckley, *Life and death of the Spanish Republic* (Londres, 1940), p. 123, tiene una buena descripción de un testigo presencial. <<

[270] Uno de ellos era Jaime del Burgo. <<

[271] Las relaciones de José Antonio con el ejército y otras fuerzas de la «vieja España», que Ledesma condenaba, se debían en parte a la necesidad financiera, y en parte a que le gustaba tratarse con las personas de elevada posición social con las que, como hijo del dictador, se había educado, pero también en parte porque no confiaba en que su partido creciera lo bastante rápidamente como para poder derrotar al socialismo. Al menos esto es lo que dijo en una curiosa carta que escribió a Franco justo antes del levantamiento de Asturias, el 24 de septiembre de 1934, En ella, indicaba que estaba dispuesto a apoyar un golpe de estado militar para restaurar la «perdida noción de destino histórico» de la Patria. Franco, al parecer, no contestó a la carta. (Esta información se publicó por primera vez en *Y*, revista de la Sección Femenina de la Falange, en octubre de 1938. Está citada íntegramente en Ximénez de Sandoval, p. 224, y en sus *Obras*, p. 709). <<

[272] Payne, pp. 66-67. En el otoño de 1934 también hubo una controversia dentro de la Falange sobre la idea de dar entrada a Calvo Sotelo: Calvo Sotelo ambicionaba la dirección del partido fascista de España, pero José Antonio no estaba dispuesto a aceptarlo. Además, consideraba a Calvo Sotelo como un traidor a su padre, y un hombre que «tenía una cabeza sólo para las cifras y no podía

comprender la poesía». Ledesma era contrario a Calvo Sotelo porque lo consideraba reaccionario. <<

[273] A principios de 1936, la Falange quizá tenía 5000 afiliados, aparte de los estudiantes universitarios o de segunda enseñanza (Gil Robles, p. 444, nota 60, cifras citadas por Fernández Cuesta); Payne habla de 10 000, basándose en declaraciones del que entonces era tesorero, Mariano García. <<

[274] Tampoco quería aliarse con las derechas. Un grupo de diputados vascos fue reprendido en vano por monseñor Pizzardo, asistente en la Secretaría de Estado del Vaticano, por no querer asociarse con la CEDA. (Del diario de uno de los presentes, citado por Iturralde, vol. I, p. 394). <<

[275] Discurso de Dimitrov en el séptimo congreso del Komintern, el 2 de agosto de 1935 (Londres, 1935), p. 43. Los comunistas españoles asistentes al congreso fueron «la Pasionaria», José Díaz, Sesé (de Cataluña), Hernández y Arlandis. <<

[276] Jacques Duclos, *Mémoires* (1935-1939) (París, 1969), pp. 107-110. <<

[277] *El Socialista*, 28 de enero de 1936, citado por Robinson, p. 246. Véase en La Cierva, *Historia*, vol. I, p. 579 y ss., un estudio de los orígenes del Frente Popular. <<

[278] Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra* (Buenos Aires, 1940), p. 37. <<

[279] Ricardo de la Cierva, *Los documentos de la primavera trágica* (Madrid, 1967), p. 66 y ss. <<

[280] De una octavilla en poder del autor. Las cinco mil tumbas se refieren a los cinco mil trabajadores que se decía habían sido muertos en la represión de Asturias. <<

[281] Citado por Robinson, pp. 243 y 246. <<

[282] Discurso del 13 de enero (La Cierva, *Los documentos*, p. 92). <<

[283] *The Times*, 17 de febrero de 1936. De Caux era un periodista excepcionalmente bien informado. <<

[284] Estas cifras son una adaptación de las que da Javier Tusell en *Las elecciones del Frente Popular* (Madrid, 1971), vol. II, p. 13. Mi «adaptación» consiste en sumar lo que Tusell llama «Frente Popular con Centro» y «Derecha con Centro» al Frente Popular y a la Derecha, respectivamente. <<

[285] Tusell, pp. 82-83; véase también José Venegas, *Las elecciones del Frente Popular*, p. 47. La discusión sobre estas cifras ha sido interminable, pero las que cito aquí parecen las más fiables. Véase un análisis en el capítulo V de la obra de Jean Bécarud, *La Deuxiétne République Espagnole* (París, 1962). Las críticas y explicaciones de la CEDA están resumida en Gil Robles, p. 509 y ss. Prácticamente ningún periódico de la época ni ninguno de los escritores posteriores, dieron las mismas cifras de estas elecciones. <<

[286] Tusell, pp. 13 y 24 <<

[287] Véase Jackson, pp. 523-524. <<

[288] Robinson, p. 138. <<

[289] Ésta era la situación de emergencia final prevista por la Ley de Orden Público de 1933. Las otras dos situaciones previstas eran el «estado de prevención» y el «estado de alarma». En el primero, se podían practicar arrestos preventivos. En el segundo, podía haber censura y se podían clausurar organizaciones que «amenazaran al orden público». España había pasado en «estado de alarma» la mayor parte del año 1935. <<

[290] Gil Robles, pp. 491-492. <<

[291] El doctor Marañón se entrevistó con Franco en una cena celebrada en enero en la embajada española de París. Franco regresaba de Londres, adonde había ido para representar a España en los funerales del rey Jorge V, en los que le correspondió desfilar detrás del malhadado mariscal Tukhachevsky, que representaba a Rusia. El médico intelectual y el general de la Legión pasearon por las orillas del Sena, y Franco afirmó que al cabo de pocas semanas todo estaría tranquilo en España. (Recuerdo del doctor Marañón). <<

[292] Sobre Pórtela, véase Azaña, vol. IV, p. 718; y sobre Franco, George Hills, *Franco* (Londres, 1967), p. 212. <<

[293] Esta complicada serie de acontecimientos está bien explicada por Robinson (pp. 249-252 y notas). Véase también Azaña, vol. IV, pp. 563-572. <<

[294] Azaña, vol. IV, p. 564. <<

[295] Juan March se fue el 16 de febrero. <<

[296] Tamames, p. 226. <<

[297] Véase Robinson, pp. 256-257. Las cifras finales de los principales partidos fueron: Izquierda Republicana, 80; Unión Republicana, 37; Socialistas, 90; Comunistas, 16; *Esquerra*, 38; Centristas, 14; Radicales, 1 (!); Nacionalistas vascos, 9; CEDA, 86; Agrarios, 13; *Lliga*, 13; Monárquicos, 11; y Carlistas, 8. (Tusell, vol. II, p. 187). <<

[298] José Antonio, *Obras*, p. 1103. <<

[299] Zugazagoitia, pp. 7-8; Rodolfo Llopis en *Ibérica*, n.º 7 (Nueva York, 1957), pp. 4-6. <<

[300] Payne, p. 99 y referencias. <<

[301] Basándose en conversaciones con antiguos jefes provinciales y en otros datos, Stanley Payne ha sugerido la cifra de 8700 como la más aproximada, refiriéndose a los

militantes de «primera línea». <<

[302] En junio 15 000 miembros de la JAP se habían pasado a la Falange. Véase Gil Robles, p. 573. <<

[303] En 1934, José Antonio convenció a algunos seguidores del sindicalista Pestaña, tales como Nicolás Álvarez de Sotomayor (un inestable estudiante exanarquista), para que entraran en la Falange, y corre la versión de que José Antonio a veces iba escoltado por pistoleros de la CNT en sus estancias en Barcelona (José de Castillo y Santiago Álvarez, *Barcelona, objetivo cubierto*, Barcelona, 1958, p. 133). Pero las negociaciones entre los sindicalistas y la Falange nunca pasaron de ahí. <<

[304] Según Stanley Payne, *The Spanish Revolution* (Nueva York, 1970), p. 108, el movimiento juvenil socialista empezó a aplicar este apodo a Largo Caballero en el verano de 1933. <<

[305] Ahora la UGT tenía un millón y medio de miembros. La mitad eran trabajadores rurales. Bastante más de la mitad del resto eran obreros industriales o mineros. El resto eran administrativos, «intelectuales» o tenderos. Más tarde, Madariaga, en un famoso pasaje (*Spain*, p. 223), sostuvo que la lucha entre las dos alas del Partido Socialista había hecho inevitable la guerra civil. <<

[306] *El Debate*, 6 de marzo de 1936. Véase Robinson, pp. 233-254. <<

[307] El primer presidente de la UME fue el comandante Bartolomé Barba, un exmiembro del equipo de Azaña a quien ahora tenía un odio obsesivo: al parecer fue él quien inventó la calumnia de que, cuando lo de Casas Viejas, en 1933, Azaña había ordenado a los guardias de asalto que dispararan «a la barriga» de los anarquistas. El vicepresidente era el coronel Rodríguez Tarduchy, un

conspirador de 1932. Pero la dirección nacional de la UME nunca fue importante: estaba descentralizada. La UME había tenido contactos con la Falange y con los conspiradores centristas y monárquicos a partir de 1934. Al principio, la UME en realidad no era antisocialista; había sido un grupo de presión de los oficiales, que más tarde había caído bajo el control de las derechas. Se ha exagerado su importancia. La UMRA fue fundada por el coronel Ernesto Carratalá, el comandante José María Enciso, el mecánico naval Rodríguez Sierra y el capitán Palacio. Ninguno de éstos era muy importante, pero más tarde ingresaron dos generales (Núñez de Prado y Gómez Caminero) y varios coroneles. Díaz Tendero, un oficial que había ascendido a partir de la tropa y se sentía frustrado porque no podía pasar de capitán (según las ordenanzas), era el nervio de la organización. El comunista Modesto dice que en Madrid había más de 200 oficiales que pertenecían a la UMRA (Modesto, p. 13). En realidad era una fusión de la UMR y la UMA (Unión Militar Republicana y Unión Militar Antifascista), y quizá tuviera algunas vinculaciones con asociaciones similares fundadas antes de 1931. <<

[308] Nadie está de acuerdo en quiénes estuvieron allí ni en qué fue exactamente lo que se dijo. Se señala que estuvieron presentes los generales Franco, Orgaz, Villegas, Barrera, Fanjul, Rodríguez del Barrio, Ponte, Saliquet, García de la Herrán, Varela y González Carrasco, además de Goded y Mola. <<

[309] B. Félix Maiz, *Alzamiento en España* (Pamplona, 1952), p. 50; José María Iribarren, *Mola* (Zaragoza, 1938), p. 44. <<

[310] Este diálogo fue muy curioso. Franco dijo: «Hacen ustedes mal en alejarme, porque yo en Madrid podría ser más útil al ejército y a la tranquilidad de España». Azaña

contestó: «No temo a las sublevaciones. Lo de Sanjurjo lo supe y pude evitarlo, pero preferí verlo fracasar». (*Cruzada*, IX, p. 468). <<

[311] Véase una nueva descripción de la visita de Sanjurjo en el meticuloso libro de Ángel Viñas, *La Alemania nazi y el 18 de julio* (Madrid, 1974). Pero en San Juan de Luz, el príncipe Francisco Javier de Borbón Parma, presunto heredero del anciano pretendiente carlista, don Alfonso Carlos, presidía un comité de guerra. Este comité compró 6000 fusiles, 150 ametralladoras pesadas, 300 ametralladoras ligeras, 5.000 000 de cartuchos y 10 000 granadas de mano. De todo esto, sin embargo, sólo unas cuantas de las ametralladoras, compradas en Alemania, llegaron a España antes de julio de 1936. El resto fue confiscado en Amberes y la intervención del príncipe Francisco Javier ante su primo el rey de los belgas no pudo evitarlo (*Cruzada*, XIII, p. 447). <<

[312] Lizarza, p. 59. <<

[313] Testimonio del general González Carrasco en 1946, citado en La Cierva, Historia ilustrada, pp. 225-230. <<

[314] Ximénez de Sandoval, p. 520. <<

[315] La única versión satisfactoria es la de Malefakis, p. 370. <<

[316] Véase comentario en Malefakis, p. 378. <<

[317] La Cierva, Los documentos, p. 199. <<

[318] Gerald Brenan, Personal Record (Londres, 1974), p. 277. <<

[319] Carrillo, p. 43. <<

[320] Louis Fischer, Men and Politics (Nueva York, 1941), p. 307. <<

[321] Fernsworth, p. 176. <<

[322] Recuerdos de Azaña, en *Obras*, vol. IV, p. 719. <<

[323] Gil Robles, p. 578. <<

[324] Véase la conversación de Marichal con Araquistain sobre esta cuestión, y los cáusticos comentarios de Prieto en Azaña, vol. III, p. XXXII. <<

[325] Alcalá Zamora se quedó en España un mes o dos y, a primeros de julio, se fue a Sudamérica, donde vivió en la penuria hasta su muerte, en 1949. Véase la relación de Gil Robles, pp. 582-595. Martínez Barrio fue presidente interino. <<

[326] Marichal, en Azaña, vol. VI, p XXXII. <<

[327] *Cruzada*, IX, p. 510. Otro plan giraba en torno a la idea de aproximarse al presidente saliente para instalar un gobierno militar. <<

[328] Sefton Delmer, Trail Sinister (Londres, 1961), p. 299 <<

[329] Citado por Bertrán Güell, p. 123 <<

[330] Ésta era la opinión del abogado «Marón» en el diálogo de Azaña titulado «*La velada en Benicarló*», *Obras*, vol. III, p. 405. <<

[331] Antes, los carlistas habían querido sublevarse por su cuenta, y Sanjurjo había aceptado encabezar un gobierno provisional de restauración monárquica (con Alfonso Carlos, el pretendiente carlista, como rey) si se llegaba a producir aquel alzamiento aislado. <<

[332] Gil Robles, p. 729. <<

[333] El que envió el telegrama fue el coronel García Escámez. <<

[334] Francisco Bravo, *Historia de la Falange de las JONS* (Madrid, 1940). Entre febrero y julio de 1936, el número de afiliados a la Falange, igual que el de comunistas, aumentó mucho, llegando quizás a los 75 000. Aparte de la organización de Onésimo Redondo en Valladolid (que

también había conseguido algunos partidarios entre los obreros de Sevilla), los afiliados eran jóvenes de clase media o universitarios que aún no se habían establecido profesionalmente, y más oficiales del ejército de lo que a veces se supone. <<

[335] La Cierva, *Los documentos*, p. 235 y ss. El discurso tiene algunas ambigüedades. <<

[336] Prieto, *Convulsiones*, vol. III, pp. 160-167. Se escapó por la puerta trasera. Quizá se haya exagerado el incidente. <<

[337] Véase una versión de derechas en Gil Robles, pp. 558-565. <<

[338] Ximénez de Sandoval, p. 551. <<

[339] Ansaldo, p. 125. <<

[340] Los miembros de esté desafortunado gobierno, aparte de Casares Quiroga (que se nombró a sí mismo ministro de la Guerra), fueron: Juan Moles, un nacionalista catalán de cierta edad que contaba con la confianza de la CEDA, aunque Joaquín Maurín lo consideraba una «momia», ministro de Gobernación; Enrique Ramos, subsecretario de Azaña e íntimo colaborador suyo en 1931-1933, ministro de Hacienda; Augusto Barcia, un destacado masón, abogado republicano, ministro de Estado; Mariano Ruiz Funes, profesor de Derecho, ministro de Agricultura; Antonio Velao, director de ferrocarriles de 1931-1933, ministro de Obras Públicas; Francisco Barnés, un producto típico de la Institución Libre de Enseñanza, ministro de Instrucción Pública; José Giral, profesor de Química, que había sido uno de los colaboradores de Azaña desde los años 20, volvió a ser ministro de Marina, puesto que había ocupado en 1931-1933; Manuel Blasco Garzón, un exradical y abogado que había seguido a Martínez Barrio y había ingresado en el partido Unión Republicana, ministro de Justicia; Plácido Álvarez

Buylla, de una familia muy vinculada a la Institución Libre de Enseñanza, ministro de Industria y Comercio; Bernardo Giner de los Ríos, igualmente emparentado con el fundador de la Institución, ministro de Comunicaciones; y Juan Lluhí, reciente consejero en la Generalitat, ministro de Trabajo. Últimamente Cataluña había estado tranquila («el oasis catalán»), a pesar de los asesinatos de Miguel y José Badía, dos hermanos separatistas extremistas, y se pensó que tal vez Lluhí tendría un efecto tranquilizador en el resto de España. El gabinete era de altura intelectual y honrado, pero en él había demasiados abogados y nadie tenía ninguna experiencia ni en la industria, ni siquiera en los sindicatos. <<

[341] *El socialista*, 26 de mayo de 1936. <<

[342] *Mundo obrero*, 15 de mayo de 1936, citado por La Cierva, *Los documentos*, p. 456. <<

[343] La versión que circuló más tarde, a la que dio crédito mucha gente (yo, entre otros), de que los comunistas planeaban un golpe de Estado, finalmente fue desautorizada por Herbert Southworth en *Le Mytbe de la Croisade de Franco* (París, 1964), p. 170 y ss. En realidad los documentos se publicaron en *Claridad* el 30 de mayo de 1936; Southworth reproduce el irónico titular de la primera página (p. 185): «Cómo vamos a conseguir la revolución el 29 de junio». De hecho, no era necesaria una maquinación de este tipo. Tal vez algún día surgiera alguien con la iniciativa. <<

[344] Paz, p. 266. En este libro hay una buena descripción del congreso. <<

[345] Citado por Peirats, vol. I, pp. 111-131. «¿Este paraíso tiene calefacción central?», preguntó una vez un discípulo de Federico Urales. <<

[346] Iribarren, p. 57 y ss. <<

[347] *Cruzada*, IX, p. 511. El encuentro Mola-Garcerán fue el 1 de junio. <<

[348] Maíz, pp. 103-104; Iribarren, p. 54 <<

[349] *Cruzada*, XIII, p. 447. <<

[350] Jorge Vigón, *General Mola, el conspirador* (Barcelona, 1957), p. 93. <<

[351] *Cruzada*, XIII, p., 449. El alcalde local habló a Casares Quiroga de esta entrevista. (A. De Lizarra, *Los vascos y la República española*, Buenos Aires, 1944, p. 33). Aparte de las dificultades de Mola con los carlistas, tampoco las tenía todas consigo con la Unión Militar. Véase las cartas publicadas por De Castillo y Álvarez, que demuestran que la UME pretendia procesar por traición a todos los ministros posteriores a 1931. <<

[352] Carta de Desmond Flower al autor. <<

[353] *Obras completas*, pp. 1110-1111. «Madrugadores» son los que actúan de madrugada; esto es, los rebeldes. <<

[354] Maiz, p. 168. Gil Robles dice que no (p. 730). <<

[355] Véase Payne, *Politics and the Military in Modern Spain* (Stanford, 1967), p. 330, y Gil Robles, p. 730 y ss., donde el jefe de la CEDA dice que dio 500 000 pesetas de los fondos de su partido en los «primeros días de julio» para «ayudar a impedir el fracaso de lo que inevitablemente iba a pasar» o para ayudar a escapar a Mola, si era necesario. <<

[356] El papel de Gil Robles en la conspiración está investigado exhaustivamente en La Cierva, *Historia*, vol. I, p. 735 y ss, Al parecer, se negó a convocar unas Cortes en Burgos con los diputados de derechas disponibles cuando se lo pidieron. Véanse más comentarios en los artículos de Manuel Fal Conde publicados en *ABC* los días 2 y 3 de mayo de 1968, y los de Ignacio Luca de Tena, en el *ABC* de los días

2, 3, 5, 6 y 9 de abril de 1968. La réplica de Gil Robles a estos últimos se publicó en *Ya* el 10 de abril de 1968. <<

[357] Azaña describe en su diario algunas discusiones en el gobierno sobre el suministro de petróleo. <<

[358] Véase el Apéndice I, donde puede encontrarse evidencia estadística de la mayoría de los argumentos de este capítulo. <<

[359] La baja de las cotizaciones de Bolsa fue acompañada de un aumento de los depósitos de dinero, casi en la misma medida en que habían disminuido las inversiones: las cajas de ahorros tenían 239 millones de pesetas en 1928 y 370 en 1935. Y los depósitos en los bancos sumaban 1608 millones de pesetas en 1928, y habían llegado a los 2778 millones en 1934. <<

[360] Pasó de 230 646 en 1927 a 340 917 en 1931-1934. <<

[361] Cifras de Tamames, pp. 86-91. El porcentaje de las naranjas dentro de las exportaciones españolas era del 11,7% en 1926-1930, y (para poner una comparación moderna) del 12,67% en 1959. <<

[362] La población aumentó de 23,6 millones en 1930 a 25,88 millones en 1940, o sea, un índice de crecimiento de casi un 1% al año, incluso a pesar de la guerra civil. <<

[363] 39 582, 37 376 y 24 927 en 1931, 1932 y 1933, respectivamente (Ramón Tamames, *La República, La era de Franco*, Madrid, 1973, p. 58). <<

[364] En 1933, hubo más de 1000 huelgas, perdiéndose unos 14 millones de días de trabajo: tal vez estás cifras sólo sean significativas si se comparan con las anteriores. El número de huelgas de los siete años entre 1929 y 1935 fue de 96, 402, 734, 681,1127, 594 y 164, respectivamente (Balcells, p. 175). <<

[365] Balcells, p. 53. <<

[366] Esta frase es del economista Joaquín Costa. Véase también el «matemos a Cervantes» de Unamuno que tanto escandalizaba a Loica. <<

[367] *Documents diplomatiques français*, 1932-1939, 2.ª serie, IV, p. 171. <<

[368] La frase aparecía en el manifiesto treintista, citado por Peirats, vol. I, p. 45. <<

[369] Aunque no en el mismo orden en que se habían producido en el pasado. Por ejemplo, en la primera guerra carlista, los liberales habían sido los defensores del control de Castilla frente a las reivindicaciones regionales de los vascos y los catalanes, mientras que, en 1936, los herederos de los liberales eran partidarios de la federación. <<

[370] Citado por Robinson, p, 115. <<

[371] Prieto en *El liberal*, 26 de junio de 1936. <<

[372] Azaña, vol. IV, p. 559. <<

[373] Véase Raymond Carr (ed.), *The Republic and the Civil War in Spain* (Londres, 1971), p. 14: «La República supuso un proceso general de politización: durante cinco años incorporó a la masa de los españoles a la vida política, para bien o para mal». Así pues, el hundimiento de la República podría explicarse por la revolución en las comunicaciones. <<

[374] *Cara al sol* fue escrito por Agustín de Foxá, Dionisio Ridruejo y José María Alfaro, con la ayuda de José Antonio, y se cantó por primera vez en público en febrero de 1936. La música marcial era de Juan Tellería. La imagen de morir cara al sol es una copia directa, probablemente consciente, del poema «La rosa blanca» del apóstol cubano de la libertad, José Martí. El himno de las juventudes católicas empezaba

así: «Adelante, con fe en la victoria / Por Dios y por la Patria, / A vencer o morir, / Nos espera el laurel de la gloria, / La Historia está con nosotros, / El futuro de nuestro lado». <<

[375] *Hijos del pueblo*, una canción con ritmo de can-can, a pesar de la letra, fue elegida como himno del movimiento anarquista en el Segundo Concurso Literario, en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona (1890). Una canción mejor que todas éstas era el himno de los carlistas, *Por Dios, por la Patria y el Rey*, compuesto hacia 1830. <<

[376] *Cruzada*, IX, p. 523. <<

[377] Ansaldo, p. 42. <<

[378] José Antonio, *Obras*, pp. 1113-1114. <<

[379] Lorenzo, p. 209 y ss. Azaña, vol. III, p. 499, dice que en 1937 hubo un mitin público para celebrar el aniversario de la huelga de la construcción, «entre cuyos méritos se contaba, en opinión de sus panegiristas, el hecho de que había precipitado el alzamiento». <<

[380] González Peña ganó por 10 993 votos contra 2876. Una segunda votación le dio una mayoría no tan amplia. <<

[381] Este comentario se lo hizo a Henry Buckley, entonces corresponsal de *The Times* en Madrid. El propio Araquistain, que más tarde se convirtió en un apasionado anticomunista, alega que en aquella época veía a menudo al agente del Komintern, Codovila, cuando acudía a visitar a Álvarez del Vayo (él vivía en el piso de arriba). Santiago Carrillo en su libro *Demain l'Espagne*, p. 43, confirma que Codovila quería en parte hacerle comunista. Incluso en 1935 le había visitado en la cárcel. Carrillo dice que esperó algún tiempo y que cuando en marzo de 1936 se reunió el comité central todavía no se había afiliado. La trayectoria política de Araquistain en los años 30 es difícil de seguir; después de ser un

socialdemócrata convencido, en 1934 se había vuelto revolucionario. A partir de 1936 se volvió otra vez prudente y pasó a ser un socialista de ala derecha. Sin embargo, el número de su periódico *Leviatán* publicado en julio no podía ser más marxista prosoviético. <<

[382] Tagüeña, p. 92. De Rosa había sido condenado a cinco años de cárcel en Bélgica y había cumplido dos. Se fue a España, participó en la revolución de 1934, fue encarcelado, y era un héroe para las juventudes socialistas. <<

[383] Martín Blázquez, p. 72. <<

[384] Archivos carlistas, Sevilla. Las «ciertas cosas» eran la seguridad dada a los falangistas de que el alzamiento tendría lugar el 15 de julio, y el alquiler de un avión para llevar a Franco a Marruecos. <<

[385] Archivos carlistas. <<

[386] Lizarza, p. 97. <<

[387] Véase Payne, *Politics and the Military*, p. 335 y referencias. Es posible que Franco no se decidiera a actuar hasta que, en algún momento entre el 10 y el 13 de julio, le dijeron que los otros seguirían adelante aunque él no participara. Véase, p. ej., Robinson, p. 288. Otros creen que Franco y Mola estaban de acuerdo desde finales de 1935. <<

[388] Robinson, p. 288. Aunque la fuerza aérea española había sido incompetente en las guerras de Marruecos, Kindelán había logrado allí una excelente hoja de servicios, y tuvo el dudoso mérito, al parecer, de haber sido el primero en utilizar un avión con propósitos militares, contra las tribus marroquíes. <<

[389] Iribarren, p. 70. Maíz da cuenta de una reunión en la que por lo menos algunos de los conspiradores consideraban la posibilidad de un fracaso. «¿Qué cabeza será la primera en caer?», preguntó Fanjul. «La tuya, Joaquín», contestó Lucio

Arrieta, un carlista (Maíz, p. 247). Su cabeza cayó, aunque no la primera. <<

[390] Luca de Tena había recibido la orden del general Kindelán, que ahora era uno de los canales de comunicación de la conspiración. Recientemente se han editado en España las memorias de Bolín, *Spain, The Vital Years* (Londres, 1967). Juan Match fue quien sufragó los gastos ocasionados (Gil Robles, p. 780). Sobre la ayuda de March, véase también el testimonio de Tomás Peire, citado por La Cierva, *Historia*, vol. II, p. 148. <<

[391] *News Chronicle* (7 de noviembre de 1936) publicó una narración de estos acontecimientos redactada por el piloto capitán Bebb, con quien también yo he podido hablar de todo esto. Bebb creía que le pedían que llevara a «un jefe del Rif a una revolución». <<

[392] *Cruzada*, XIII, pp. 62-63. Pollard ya había tenido, como dijo Jerrold, «experiencia de revoluciones» (Douglas Jerrold, *Georgian Adventure*, Londres, 1937, p. 371). Jerrold, presidente de Eyre&Spottiswoode, había atacado numerosas veces a la República. <<

[393] Peirats, vol. I, p. 136. <<

[394] Ibárruri, p. 244. <<

[395] Testimonio de Francisco Giral, hijo de Giral. <<

[396] Payne, *The Military*, p. 337; Blinkhorn, *op. cit.* véanse también narraciones en Robinson, p. 300; y Burgo, p. 123. Francisco Javier de Borbón Parma, primo lejano de la familia real española, había sido adoptado por Alfonso Carlos como su heredero y regente aquel mismo año. <<

[397] *Cruzada*, XX, p. 557. <<

[398] Testimonios de Luis Bolín, Douglas Jerrold y del capitán Bebb. <<

[399] Tagüeña, p. 99. Parece ser que los asesinos de Castillo eran falangistas. En un libro reciente, el falangista Ángel Alcázar de Velasco (*Los siete días de Salamanca*, Madrid, 1976, p. 30) ha dicho que sus amigos de la «centuria» Luis Hernández fueron culpables. Todos fueron fusilados al mes siguiente. El mismo Alcázar se había ofrecido para intervenir en aquel atentado el día 9 de julio, pero José Antonio había dado una contraorden a la ejecución. Eduardo Álvarez Puga, Historia de la Falange (Barcelona, 1969), p. 30, dice que los asesinos fueron hombres de la UME. <<

[400] Se dijo que «la Pasionaria» había gritado en las Cortes: «¡Éste es su último discurso!», mientras Calvo Sotelo se sentaba tras otra violenta intervención. Pero en el *Diario de sesiones* no consta tal exclamación, ni fue oída por dos testigos tan dignos de confianza como Henry Buckley y Miguel Maura, que estaban presentes. <<

[401] Juan Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables* (México, 1973), p. 215. <<

[402] Todo lo anterior se basa en la narración personal del entonces teniente de la compañía de guardias de asalto de Pontejos, Alfredo León-Lupín (Caracas), y en otra del difunto Manuel Tagüeña, que entonces era un dirigente estudiantil socialista y estaba presente en el ministerio de la Gobernación cuando llegó el cadáver de Castillo. Véanse también las memorias de Tagüeña, pp. 99-100; Zugazagoitia, p. 30; y Prieto, *Convulsiones*, vol. III, p. 133. La posibilidad de un asesinato premeditado no puede excluirse totalmente, pero desde luego el gobierno no estuvo implicado en él. Otras versiones identifican a este Cuenca como Victoriano Cuenca, «un guardaespaldas del exdictador de Cuba, Gerardo Machado». El comandante Manuel Uribarri (La quinta columna española [La Habana, 1943], p. 171 y ss.) da

una interpretación muy diferente de este asesinato: dice que Condés, que era amigo suyo, «ejecutó» deliberadamente a Calvo Sotelo, para librar a la República de un peligroso enemigo. <<

[403] Después del comienzo de la guerra civil, Condés y Cuenca murieron ambos en el frente del Guadarrama. Los documentos referentes a la investigación, que se guardaban en el ministerio de la Gobernación, fueron cogidos por un grupo de milicianos el 25 de julio, siendo probablemente destruidos. <<

[404] Sergio Vilar, p. 636. <<

[405] Zugazagoitia, p. 22. <<

[406] Iribarren, p. 63 y ss.; Maíz, *op. cit.* No están muy claros los motivos de Goded para pedir este cambio. Iturralde (vol. I, p. 86) afirma que Goded pensaba que Barcelona era un sitio indicado para llegar a un compromiso si fracasaba el alzamiento. Payne (*The Military*, p. 509) y Prieto (*Palabras al viento*, México, 1942), p. 280, sugieren la posibilidad de que Goded deseara retirarse de la conspiración al sospechar que Mola pudiera estar en tratos con Italia: Goded era nacionalista, pero no fascista. <<

[407] Véase una impresión de Madrid en julio en la novela *San Camilo 1936*, de Camilo José Cela (Madrid, 1969). <<

[408] Lizarra, p. 31. <<

[409] Iribarren, p. 89; Maíz, p. 251. <<

[410] Aunque el polemista monárquico Vegas Latapié había tenido contactos con la marina. Véase Gil Robles, p. 276 y ss. <<

[411] El viaje de Bebb había estado lleno de incidentes: en Casablanca, perdió a su radiotelegrafista, borracho perdido en la Kashba; en Cabo Yuby, celebró un banquete en el que

los pasajeros de Bebb se comportaron sin ninguna moderación. Bebb llegó a Las Palmas el 14 de julio. <<

[412] Maíz, p. 232. <<

[413] Gibson, p. 51. <<

[414] Lerroux, p. 581. <<

[415] *Cruzada*, X, p. 17. <<

[416] Véase Salvador Fernández Álvarez, *Melilla, la primera en el alzamiento* (Melilla, 1939) y Fernández de Castro, *El Alzamiento Nacional en Melilla* (Melilla, 1940). <<

[417] Maximiano García Venero, *Falange*, p. 185. Según algunos, en julio de 1936 los miembros de la Falange constituían el 30% del total de los rebeldes. Esto debe de ser una exageración. <<

[418] *Documents on German Foreign Policy 1918-1945*, serie D, vol. III («Germany and the Spanish Civil War 1936-1939»), p. 9. En adelante nos referiremos a este volumen de los documentos del ministerio de Asuntos Exteriores alemán con la sigla *GD*. <<

[419] Las instrucciones de Mola estipulaban que todas las unidades implicadas en el alzamiento estuvieran «dispuestas» el día 17 a las 5 de la tarde (el 17 a las 17 horas), para empezar el alzamiento en Marruecos. En puntos claves de la península empezaría el día 18, y en otros sitios (incluida Pamplona), el 19. La noticia del alzamiento en Marruecos sembró la confusión entre los conspiradores de la península: ¿tenían que atenerse a la fecha planeada, o también tenían que adelantar su actuación? <<

[420] Véase La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. I, p. 252. <<

[421] *Cruzada*, X, p. 34. <<

[422] Una bandera era un batallón de 600 hombres, que incluía unidades de intendencia y artillería móvil. <<

[423] *Cruzada*, X, pp. 34-40. Una versión izquierdista del alzamiento en Tetuán es la que dio Antonio Mata en *La batalla*, reproducida en *El sol* el 25 de agosto de 1936. Mata, oficial telegrafista, decía que los detenidos fueron obligados a beber medio litro de aceite de ricino. <<

[424] *Ibid.*, p. 44. <<

[425] *Ibid.*, pp. 44-45. <<

[426] Texto en Fernando Díaz-Plaja, *La Historia de España en sus documentos; El siglo XX: la guerra 1936-1939* (Madrid, 1963), p. 150 y ss. Franco tampoco mencionaba a Sanjurjo como jefe nominal del movimiento. Al parecer, el manifiesto fue escrito por el «auditor del cuerpo jurídico del ejército» Lorenzo Martínez Fusset, consejero legal de Franco, que tuvo un papel decisivo en la institucionalización de la dictadura de Franco; y le acompañó en este viaje. <<

[427] *Cruzada*, X, pp. 67-71. <<

[428] Ignacio Hidalgo de Cisneros, *Memorias* (París, 1964), vol. II, p 267. <<

[429] Zugazagoitia, p. 41. <<

[430] R. Salas, I, p. 128. <<

[431] *The Times*, 20 de julio de 1936. <<

[432] El infatigable historiador alemán del movimiento anarquista, Max Nettlau, que llegó poco después a Barcelona, intentó más tarde racionalizar todo esto, sin demasiado éxito. «En los lugares donde existía cierto grado de autonomía —escribió en el boletín de la CNT-FAI, el 25 de julio— el pueblo pudo conseguir armas, y de hecho las consiguió, en el momento debido. Donde no existía autonomía, poco o nada pudo hacerse, y el enemigo entonces, y sólo entonces, consiguió una ventaja pasajera». <<

[433] Véase una narración reciente, vivida y detallada, en Luis Romero, *Tres días de julio* (Barcelona, 1967). <<

[434] «Canalla» continuó siendo la palabra favorita de Queipo de Llano a lo largo de la guerra. Algunos dicen que Queipo no bebía. Véase un estudio sobre Queipo de Llano en Guillermo Cabanellas, *La guerra de los mil días* (Buenos Aires, 1973), vol. I, p. 393. Sobre Sevilla, véase también *Cruzada*, XI, pp. 154-202; *ABC de Sevilla*, 18 de julio de 1937; Antonio Bahamonde, *Un año con Queipo de Llano* (Barcelona, 1938), p. 26 y ss. <<

[435] Sobre el alzamiento en Cádiz (llamada por las derechas «la Rusia chica», por la gran influencia que allí tenían los socialistas), véase Antonio Garrachón Cuesta, *De África a Cádiz y de Cádiz a la España Imperial* (Cádiz, 1938). <<

[436] Ronald Fraser, *In Hiding. The Life of Manuel Cortés* (Londres, 1972), p. 131. Hay una interesante impresión sobre Málaga en Brenan, *Personal Record*, p. 285. <<

[437] La resistencia izquierdista continuó en Santa Cruz de la Palma hasta el 28 de julio. El resto de las Canarias también habían sido conquistadas para el alzamiento el 20 de julio. (*Cruzada*, X, p. 76). <<

[438] Donde sería asesinado. <<

[439] Luego fue expulsado del ejército, que lo consideraba demasiado revolucionario, y se convirtió en consejero militar de la CNT. Véase Salas Larrazábal, vol. I, p. 88. Gómez Morato fue condenado a treinta años de cárcel por haberse opuesto al alzamiento. <<

[440] André Malraux, *L'Espoir* (París, 1938), p. 8. Ávila no se sublevó hasta el 19 de julio. Las instalaciones telefónicas continuaron sirviendo imparcialmente a ambos bandos durante toda la guerra civil, hecho del que sus directivos americanos estaban justamente orgullosos. El papel del

teléfono en el alzamiento fue decisivo. Véase el comentario de Luis Romero en *Tres días de julio.* <<

[441] Los anarquistas madrileños permanecieron indiferentes a todos estos acontecimientos, pues todavía estaban preocupados por la huelga de la construcción (Zugazagoitia, p. 57). <<

[442] La canción más popular, interpretada interminablemente durante aquellas noches tan calurosas, era *La música gira, gira y llega basta aquí.* <<

[443] Constancia de la Mora, *In place of splendour* (Nueva York, 1939), p. 227. <<

[444] Testimonio de Margarita Nelken (que acompañó a una delegación de la casa del pueblo de Madrid que fue a ver a Rodrigo Gil) a Burnett Bolloten, *The Grand Camouflage* (Londres, 1961), p. 29. <<

[445] Testimonio de Francisco Giral. <<

[446] Azaña, vol. IV, p. 714; cf. Jackson, p. 243; sobre el programa que Sánchez Román sugirió para este gobierno, véase Maximiano García Venero, *El general Fanjul* (Madrid, 1967), p. 287. <<

[447] Bertrán Güell, p. 76; Iribarren, pp. 101-102; Maíz, p. 304. *Diario de Navarra* del 19 de julio daba noticia de la conversación. Véase también la narración de Ramón Feced, ministro de Agricultura en este gobierno, a Garda Venero, en *El general Fanjul*, p. 287. Gil Robles (p. 792) dice que Mola tenía razón al no negociar: era demasiado tarde. <<

[448] Dicen que Cabanellas se decidió por fin a unirse al alzamiento porque un joven oficial le puso una pistola junto a la sien y le dijo que tenía un minuto para decidirse. Su hijo niega esto. <<

[449] Por sorprendente que pueda parecer, Pozas era un

africanista, que había dirigido tropas en la reconquista de Annual, en 1925, y, junto con Mola, había ayudado a aplastar la revuelta rifeña del año siguiente. <<

[450] Testimonio de Francisco Giral. Mariano Ruiz Funes se negó. <<

[451] Testimonio de Francisco Giral. Sin embargo, parece ser que Sánchez Román hizo otro intento de compromiso, pocos días después, en una reunión de gabinete a la que asistieron Prieto y Largo Caballero. El plan de Sánchez Román consistía en una retirada general a las posiciones del 19 de julio, amnistía, desarme, prohibición de huelgas, formación de un gobierno nacional constituido por todos los partidos políticos, disolución de las Cortes, etcétera. El nuevo gobierno no aceptó esta iniciativa, que probablemente era imposible. (García Venero, *Historia de las Internacionales*, vol. III, pp. 102-105). <<

[452] Fernando de Valdesoto, *Francisco Franco* (Madrid, 1943), p. 123. Franco había salido de Las Palmas en el *Dragon Rapide* el 18 de julio por la mañana, Luis Bolín (*op. cit.*, p. 48) registra una conversación con Franco durante la noche del 18 al 19 de julio en el avión, en la que el general dijo: «Puede que tardemos más de lo que piensa la mayoría de la gente, pero estamos seguros de ganar». El avión se detuvo en Agadir y Casablanca antes de llegar a Tetuán. Es posible que el prudente general retrasara su llegada a Marruecos hasta estar seguro de que sus amigos habían vencido allí. Había embarcado a su mujer y a su hija en un barco alemán de pasajeros, *El Wadi*, con rumbo a Le Havre (Luis de Galinsoga, *Centinela de Occidente*, Barcelona, 1956, p. 226). <<

[453] «El Campesino», p. 5 <<

[454] Véase Jaume Miravitlles, *Episodis de la guerra civil*

espanyola (Barcelona, 1972), p. 35. <<

[455] Yo he examinado fotocopias de estas órdenes en un memorándum muy útil que me envió el coronel Vicente Guarner. <<

[456] En Barcelona, cuando una patrulla de la guardia civil montada a caballo bajó lentamente por las Ramblas haciendo el saludo rojo, el entusiasmo no conoció límites. Véase Jesús Pérez Salas, *Guerra en España* (México, 1947), pp. 83-100, si se quieren conocer más detalles sobre las órdenes republicanas en Barcelona. <<

[457] Paz, p. 282. Una buena narración de la lucha en Barcelona desde el punto de vista de la guardia civil es la de Frederic Escofet en *Al servei de Catalunya i de la República* (París, 1973), vol. II. <<

[458] Francisco Lacruz, El alzamiento, la revolución y el terror en Barcelona (Barcelona, 1943), p. 202. <<

[459] *Depécbe de Toulouse*, 26 de julio de 1936, citado por Pierre Broué y Émile Témime, *La Revolution et la Guerre d'Espagne* (París, 1961), p. 96. <<

[460] Manuel Goded, *Un «faccioso» cien por cien* (Zaragoza, 1938), p. 58. Este libro, escrito por el hijo de Goded, defiende a su padre contra la vergonzosa acusación de que se estaba convirtiendo en un demócrata. <<

[461] Esta narración de la batalla de Barcelona está basada en los datos de *Cruzada, The Times*, de Castillo y Alvarez, Pérez Salas, Escofet, Jellinek, Lacruz, Abad de Santillán, *Porqué*, y Franz Borkenau, *The Spanish Cockpit* (Londres, 1938). <<

[462] Zugazagoitia, p. 33 y ss.; Peirats, vol. I, pp. 148-149. <<

[463] El coronel Pérez García Arguelles se negó a unirse a la rebelión. No hizo nada. La República lo condenó a muerte,

pero luego lo absolvió. Cuando Franco entró en Santander, en 1937, fue fusilado (García Venero, *Falange*, p. 157). <<

[464] La población de Álava es en parte vasca y en parte navarra. Alonso Vega era un amigo de infancia de Franco, ingresó en la legión con él, él se lo llevó consigo a Zaragoza, y más adelante fue, durante muchos años, ministro de la Gobernación. <<

[465] Iturralde, vol. II, pp. 208-211. <<

[466] *The Times*, 30 de julio de 1936. <<

[467] *Cruzada*, XXVI, p. 242 y ss.; Lizarra, p. 20 y ss.; Iturralde, vol. II, p. 202 y ss. <<

[468] Marcel Junod, *Warrior without weapons* (Nueva York, 1951), p. 98. <<

[469] *Cruzada*, XII, pp. 401-411; Ruiz Vilaplana, p. 30 y ss.; Iturralde, pp. 31-32. Véase también Romero, p. 189. <<

[470] *Cruzada*, XV, p. 196 y ss. <<

[471] Peirats, vol. I, p. 149. El fracaso de los anarquistas en Zaragoza dio lugar a una encendida polémica. Véase Gastón Leval, *L'Espagne libertaire* (París, 1971), p. 139 y ss. Hubo una huelga general, pero no hubo lucha. Esto no impidió que la represión fuera terrible. El nervio del alzamiento allí fue el coronel Monasterio, que había sido uno de los ayudantes de Gil Robles en 1935. <<

[472] Otra teoría es la de que Villalba esperó a ver de qué bando estaba Franco para sumarse al contrario. <<

[473] *Cruzada*, VI, p. 237. <<

[474] *Cruzada*, XIII, pp. 460-483. <<

[475] *Diario de Navarra*, 20 y 21 de julio. Después le quedó como subtítulo permanente el de «Camino de la victoria». <<

[476] Martínez de Campos en los documentos de St. Antony, citados por Carr, p. 652. Véanse también los recuerdos de Martínez de Campos en *Ayer 1931-1956* (Madrid, 1970), cap. II, y Del Burgo, p. 13 y ss. <<

[477] Sobre Valladolid, véase Iturralde, vol. II, p. 107 y ss. <<

[478] *Cruzada*, XV, pp. 134-137. <<

[479] *Cruzada*, XI, pp. 275-289. <<

[480] Lucia se refugió en una granja, huyendo de las multitudes anarquistas. Fue detenido y encarcelado, como diputado derechista. No obstante, después de la guerra civil, fue encarcelado por los nacionalistas victoriosos y murió joven, en 1942. Véase el tributo que le rinde Prieto en *Convulsiones*, vol. II, p. 251. La cuestión de si el telegrama de Lucia en apoyo de la República era falso o no se explora en el libro de Del Burgo, p. 207 y ss. <<

[481] Peirats, vol. I, pp. 145-146. <<

[482] No debe ser confundido con el general Carlos Bosch, de León. <<

[483] La mayoría de los oficiales que sólo fueron hechos prisioneros serían fusilados en Cartagena durante el mes de agosto. Salas Larrazábal (vol. I, p. 163) da la cifra de 230, teniendo en cuenta que los oficiales de servicio activo eran 675, lo cual supone un 34,2% de la cifra total. <<

[484] *El socialista*, 21 de julio de 1936. <<

[485] La bibliografía sobre lo que viene a continuación es muy abundante; véase, en particular, García Venero, *El general Fanjul*, p. 255 y ss., y, del mismo autor, *Madrid, julio 1936* (Madrid, 1973), p. 317 y ss. <<

[486] Más tarde, los nacionalistas comentarían que el brazo de Don Quijote, en esta estatua, se encuentra extendido como en el saludo fascista, y no doblado, con el puño

cerrado. <<

[487] Burillo, un aristócrata izquierdista, puritano, anticlerical y romántico, no tardaría en convertirse virtualmente en comunista: en 1937 dijo a Azaña que él era fiel a tres cosas: al ejército, al Partido Comunista y a la logia masónica (Azaña, vol. IV, p. 638). <<

[488] Las principales fuentes utilizadas para la narración de las luchas en Madrid son: Cruzada, XVIII, pp. 386-481; Enrique Castro Delgado, *Hombres made in Moscú* (Barcelona, 1965), p. 270 y ss.; *The Times*, 5 de agosto de 1936; *El Socialista*, 21-22 de julio de 1936. <<

[489] *La Causa General* (Madrid, 1943), pp. 320-321. La cuestión de si hubo o no hubo rehenes en el Alcázar quedó definitivamente zanjada por esta declaración de Moscardó después de la guerra. Véase Herbert Southworth, *El mito de la cruzada de Franco* (París, 1963), p. 54. La Academia estaba de vacaciones. Véase Cecil Eby, *The Siege of The Alcázar* (Londres, 1965), p. 16, que dice que todos los cadetes estaban de vacaciones, pero que estos seis habían sido reunidos por el capitán Vela Hidalgo, instructor de caballería del Alcázar (p. 28). El gobernador civil era de derechas, y fue allí voluntariamente. <<

[490] La mayoría fueron asesinados después. Los que no murieron allí mismo fueron juzgados y ejecutados. Sin embargo, el antiguo conspirador general Barrera logró escapar, vestido de paisano, y consiguió llegar a Burgos. González de Lara acababa de ser liberado de la cárcel por los rebeldes. <<

[491] Boletín de CNT-FAI, 22 de julio de 1936. <<

[492] Alusión a la actuación previa de Companys como abogado, cuándo solía defender a los anarquistas en los tribunales, sin cobrar más que minutas nominales. <<

[493] Juan Garda Oliver en *De julio a julio* (Barcelona, 1937), p. 193. <<

[494] Véase el comentario del político catalán (más adelante jefe de gobierno) Juan Casanovas a Azaña, en Azaña, vol. IV, p. 702. <<

[495] Esta decisión se comenta en Lorenzo, p. 102; Abad de Santillán, p. 59; Vernon Richards, *The Spanish Revolution* (Londres, 1953), pp. 33-39. <<

[496] El nuevo *Partit Socialista Unificat de Catalunya* se componía de cuatro grupos de izquierdas que se habían unido bajo la dirección socialista y comunista y que estaban dominados por los comunistas. Los cuatro grupos eran: el antiguo Partido Comunista de Cataluña, la *Unió Socialista*, el *Partit Catalá Proletari* y la sección catalana del Partido Socialista español, que controlaba la UGT local. <<

[497] La CNT estaba representada por Juan García Oliver, Durruti y José Asens; la FAI por Aurelio Fernández y Abad de Santillán; la UGT por José del Barrio, Salvador González y Antonio López; el PSUC por José Miret; el POUM por José Rovira; la *Esquerra* por Jaime Miravitlles, Artemio Ayguadé y Juan Pons; los *rabassaires* por José Torrents Rosell; y *Acció Catalana* por Tomás Fábregas. Estos representantes de la CNT y de la FAI eran intercambiables, porque los de la FAI eran miembros de la CNT y viceversa. <<

[498] Los anarquistas aceptaron la paridad con los otros partidos en este comité porque (según Abad de Santillán) deseaban el mismo trato en otras zonas donde eran débiles. <<

[499] *Cruzada*, XI, pp. 281-288. El mejor relato breve está en Gibson, p. 52 y ss. <<

[500] *Cruzada*, XXIII, pp. 460-502; Borkenau, pp. 114-115. <<

[501] *Cruzada*, XXIII, pp. 533-548. La suerte que corrieron estos dos generales fue diferente: Martínez Monje siguió siendo gobernador militar, mientras que García Aldave fue fusilado. <<

[502] Véanse los reportajes, sobre estos acontecimientos, de Bertrand de Jouvenel, enviado especial de *Paris-Soir*. <<

[503] Carta de Domingo Quiroga (actualmente en el Ecuador), del 4 de abril de 1962. Véase también, sobre las actividades de Hedilla, García Venero, *Falange* (p. 141 y ss.), y Southworth, *Anti-falange*, p. 109. Circularon muchos rumores sobre los detalles de la muerte de la esposa del gobernador. Estaba embarazada, y abortó al conocer la ejecución de su marido. A continuación intentó suicidarse, siendo entonces arrestada por unos falangistas quienes la asesinaron. Una versión diferente del suceso aparece en Arthur Koestler, *Spanish Testament* [Londres, 1937], p. 300, y parece ser que es auténtica, aunque parezca una historia imaginaria de horror. <<

[504] Peirats, vol. I, p. 151. <<

[505] *Cruzada*, XIV, pp. 14-28. Véase también Iturralde, vol. II, pp. 114-115; Jean Flory, *Galice sous la botte de Franco*, París, 1938; Alfonso Camín, *España a hierro y fuego* (México, 1938), p. 88.

Cruzada, XV, pp. 134-147. <<

[506] Ansaldo, p. 51. Sanjurjo rechazó el «espléndido bimotor» que Fal Conde envió a Lisboa. Véase una investigación sobre las teorías del sabotaje en José Luis Vila San Juan, Enigmas de la guerra civil española (Barcelona, 1972), p. 31 y ss. <<

[507] Agradezco a Ronald Fraser su corrección de una versión anterior de esta historia. <<

[508] En cuanto a las escasas colonias españolas restantes, allí se retrasaron los acontecimientos, pero finalmente todas ellas (Guinea, Fernando Poo, Ifni y Villa Cisneros) se declararon a favor de los nacionalistas; aunque al principio Guinea se puso de parte del gobierno. Véase Cabanellas, vol. I, pp. 512-514. <<

[509] Junod, p. 89. <<

[510] Recogido en Sergio Vilar, p. 637. <<

[511] Hay una descripción de los fusilamientos de Queipo de Llano en Sevilla, hecha por Antonio Bahamonde, que trabajó varios meses con él como «delegado de propaganda»: véase Antonio Bahamonde, *Un año con Queipo*. Más tarde Bahamonde huyó. Teniendo en cuenta que se trata de un elemento de propaganda, no obstante es una terrible acusación. También está Flory, *op cit.*, y en lo referente a Burgos, Antonio Ruiz Vilaplana (juez de Burgos), *Doy fe*. Puede que algunos de los detalles de estos libros no sean ciertos, pero creo que, en conjunto, dan un retrato desgraciadamente auténtico del clima de auto de fe que reinaba en aquellos tiempos. <<

[512] Georges Bernanos, *Les grands cimetiéres sous la lune* (París, 1938), p. 68. En Mallorca, el verdadero terror no empezó hasta después del ataque republicano a la isla en los meses de agosto y septiembre. El limosnero principal de las cárceles de la España nacionalista, fray Martín Torrent, añadió más tarde una nueva puntualización teológica al decir: «Feliz el condenado a muerte, ya que es el único que sabe cuándo ha de morir. Así tiene la mejor oportunidad para poner en orden su alma antes de morir». Francisco Martí Torrent, *Qué me dice usted de los presos*, Alcalá, 1942. <<

[513] Iturralde, vol. II, pp. 88-89. Sobre esto véase también La

Cierva, en Carr, *The Republic and the Civil War*, p. 202. <<

[514] Bernanos, pp. 72-73. Bernanos se encontraba por entonces en casa de la familia falangista de los de Zayas. Después del estallido de la guerra civil, el marqués (que entonces era el jefe de la Falange en Mallorca) y su hermano se preguntaron qué podían hacer con Bernanos. Decidieron no fusilarlo y Bernanos, más tarde, se marchó. Los hermanos Zayas nunca leyeron *Les grands cimetiéres*, y, posteriormente, el hijo del marqués se casó con una hija de Bernanos (manifestaciones de Carlos de Zayas). <<

[515] Ruiz Vilaplana, p. 65. Al coronel Mena no lo mataron. <<

[516] Pueden verse descripciones de los sucesos de Valladolid en Iturralde, vol. II, pp. 107-120. Provienen de falangistas que tomaron parte en ellos y más tarde fueron encarcelados cuando el asunto de Hedilla. <<

[517] Testimonio recogido por Iturralde, vol. II, p. 74. <<

[518] *Op. cit.*, p. 93. Pueden encontrarse otros informes sobre asesinatos en Navarra en *No me avergoncé del Evangelio*, de Marino Ayerra (Buenos Aires, 1959), y en *Siete meses y siete días en la España de Franco*, de fray Ignacio de Azpiazu (Caracas, 1964). <<

[519] Arthur Koestler, *The Invisible Writing* (Londres, 1954), pp. 333-335. <<

[520] Fernsworth, p. 205. <<

[521] Azpiazu, p. 115. <<

[522] Se han dado nombres: el prior de Carmona (Andalucía); y los padres franciscanos Revilla y Antonio Bombín, muertos en Burgos y Rioja respectivamente. (Iturralde, vol. II, pp. 427-428; véase también Bahamonde). <<

[523] Véase Gibson, p. 68 y ss.: allí está el mejor análisis. <<

[524] Véase García Venero, *Falange*, pp. 234-235, 242,365. <<

[525] Junod, p. 98. Sin embargo, Junod hizo una labor maravillosa, consiguiendo incluso, pocos días después de esto, el intercambio del alcalde socialista de Bilbao, Ercoroca, por Esteban Bilbao, un diputado carlista. <<

[526] El estudio es el de Ian Gibson, p. 77 y pp. 167-169. La causa de la muerte se describe como «detonación de arma de fuego», y luego, «orden del tribunal militar». <<

[527] Entre los muertos en Granada se contaron el poeta Lorca, el director del periódico izquierdista *El defensor de Granada* (Constantino Ruiz Carnero), el catedrático de pediatría de la Universidad de Granada (Rafael García Duarte), el ingeniero que había hecho la carretera que sube hasta la cumbre de Sierra Nevada (Juan José de Santa Cruz), el rector de la Universidad (Salvador Vila), el catedrático de derecho político (Joaquín García Labella), el catedrático de farmacia (Jesús Yoldi), el catedrático de historia (José Palanco Romero), el médico más conocido de la ciudad (Saturnino Reyes), el alcalde (Manuel Fernández Montesinos) y 23 concejales, unos socialistas y otros republicanos de izquierdas. Naturalmente, la mayoría de las 2137 víctimas eran personas corrientes que no eran fácilmente reconocibles por su apellido. <<

[528] Informe del Colegio de Abogados de Madrid (en *Franco's Rule*, editado por la United Editorial, Londres, 1938, p. 223 y ss.). <<

[529] Cálculo del expresidente de la Adoración Nocturna en Pamplona, Eusebio Galicano, hecho para el obispo de Vitoria (Iturralde, vol. II, p. 228: pero, véase comentario en Del Burgo, p. 88). <<

[530] Colegio de Abogados de Madrid, *op. cit.*, p. 225. <<

[531] Cifra atada por un «diputado católico» y por el

director del Colegio Inglés de Valladolid al difunto Bernard Malley. Iturralde, sin embargo, habla de «más de 1600» (vol. II, p. 109). <<

[532] Colegio de Abogados de Madrid, *op. cit.*, p. 229. <<

[533] Bernanos, p. 221. <<

[534] P. ej., Bahamonde dijo que en Andalucía habían sido ejecutadas 150 000 personas entre 1936 y 1938. Gibson cita a un conocido que tenía acceso a la Audiencia de Granada, y que habla de 25 000 víctimas en Granada (p. 167); Jackson (p. 535) tiene una fuente cuyo nombre no da, pero que parece bien informada, y habla de 26 000 en Granada, 32 000 en Córdoba y 47 000 en Sevilla. <<

[535] Carta de Domingo Quiroga. Para la represión en Tuy, véase Historia y Vida, febrero 1975. <<

[536] De 50 000 fue el cálculo que hizo el Colegio de Abogados de Madrid durante la guerra. Aunque es un cálculo realizado inmediatamente después de producirse los hechos, parece responder a una compilación seria. En las anteriores ediciones de este libro, yo daba la cifra de 40 000 ejecuciones nacionalistas en total. La mayoría de autores criticaron esta cifra por considerarla demasiado baja: p. ej., Jackson (loc. cit.), que da la cifra de 200 000 en toda la guerra, y Gibson (p. 167), que le sigue. Cabanellas evita dar una cifra (vol. II, p. 866); Payne, The Military (p. 415), también evita pronunciarse y mantiene este pudor en The Spanish Revolution, p. 225. Jesús Salas (La guerra de España desde el aire, Barcelona, 1970), p. 491, habla de los 40 000 que daba yo diciendo que «probablemente exageraba». La Cierva (en Carr, The Republic, p. 202) cree que la represión fue equivalente en ambas zonas, *ipso facto*, aunque «no podemos ni siquiera aventurar conjeturas». Casi nadie más se ha comprometido en este terreno. <<

[537] Muchos otros militares fueron encarcelados, a veces durante períodos largos, p. ej., los generales Gómez Morato, Molero, Mena, Villa-Abrille y López Viota. <<

[538] Testimonio de Joaquín Maurín, Nueva York, 1962. <<

[539] Véase la lista en Franco's Rule, pp. 209-211. <<

[540] Azaña, vol. IV, p. 685. <<

[541] La investigación más completa sobre la muerte de Lorca es la de Ian Gibson, *op. cit.* Véase también Brenan, *The Face of Spain* (Londres, 1950), pp. 127-147, y Marcelle Auclair, *Enfances et mort de García Lorca* (París, 1968). Durante diez años, nadie aludió a Lorca en la España nacionalista. Luego, la Falange empezó a echar la culpa de su ejecución a los católicos. <<

[542] Ruiz Vilaplana, p. 159. <<

[543] Ansaldo, p. 83. <<

[544] Estos comités se formaron en todas partes excepto en Madrid, donde el gobierno de Giral ostentaba teóricamente el poder, aunque, de hecho, éste había pasado a las manos de la UGT y de Largo Caballero. <<

[545] Sin embargo, la iglesia de los carmelitas, en la calle Lauria, de Barcelona, había sido una plaza fuerte de los rebeldes. <<

[546] De julio a julio, p. 22. <<

[547] Buckley, p. 123. Las iglesias protestantes no fueron atacadas, y permanecieron abiertas. Sin embargo, por entonces sólo había unos 6000 protestantes en toda España (Arnold Toynbee, Survey of International Affairs 1937, *The International Repercussions of the War in Spain*, Londres, 1938, vol. I, p. 286 y ss.). <<

[548] Los conventos fueron vaciados de todos sus habitantes. Para algunos, desde luego, esto fue un acto de

liberación. <<

[549] La cifra que se da en el Santuario Nacional de Valladolid es de 54 594. Compárese esta cifra con la de Causa General, p. 402 (85 940). Gabriel Jackson habla de 17 000 muertos en los tres primeros meses de la guerra civil y sólo unos pocos miles más tarde (*op. cit.*, p. 533). Después de ver las listas de los pueblos de Andalucía (reproducidas, p. ej., en los cinco primeros «Avances» del Informe oficial sobre los asesinatos, etc., publicado en 1936-1937), creo que es excesivamente optimista. No sólo mataron a guardias civiles, sacerdotes o industriales, sino también a innumerables obreros, tenderos, administrativos, etc., que eran antisocialistas. (Tampoco todos los guardias civiles estaban en contra de la República). Mataron a algunas mujeres (quizás unas 4000), y probablemente a varios centenares de niños. Jesús Salas, en un artículo reciente, supone que mataron de 65 000 a 70 000 personas. <<

[550] Diego Abad de Santillán (*La revolución y la guerra en España*, Barcelona, 1937, p. 176) da la cifra posible de 5000 muertos en Cataluña. <<

[551] Se trataba de los obispos de Jaén, Lérida, Segorbe, Cuenca, Barcelona, Almería, Guadix, Ciudad Real y Tarragona (obispo sufragáneo), el administrador apostólico de Barbastro, que era obispo titular de Epiro, y el administrador apostólico de Orihuela, que tenía categoría de obispo. El obispo de Teruel fue asesinado en Cataluña en 1939. Estas cifras proceden del monumental estudio del padre Antonio Montero La persecución religiosa en España 1936-1939 (Madrid, 1961), p. 762. Las cifras indican que perecieron alrededor del 12% de los religiosos españoles, el 13% de los sacerdotes, y el 20% de los obispos. 283 monjas, de un total de 60 000 es un porcentaje pequeño. <<

[552] Este poema fue escrito como prefacio para el libro

propagandístico de Juan Estelrich (*La Persécution religieuse en Espagne*, París, 1937) sobre los asesinatos en la Iglesia. <<

[553] Manuel Sánchez del Arco, *El sur de España en la reconquista de Madrid* (Sevilla, 1937), pp. 66-67; Luis Carreras, *The Glory of Martyred Spain* (Londres, 1939), p. 104. <<

[554] Las agresiones a mujeres fueron raras en la España del Frente Popular. Sánchez del Arco, periodista de *ABC* de Sevilla que iba con los ejércitos nacionalistas que avanzaban en el sur de España, señala que no había habido ni una sola violación en los pueblos donde él estuvo (Sánchez del Arco, p. 55). <<

[555] Joan Estelrich, *La Persécution réligieuse*, p. 96. <<

[556] El subsecretario del ministerio le contestó diciendo: «Parece aconsejable abreviar el largo y complicado procedimiento cuando la necesidad del cambio de nombre se encuentra tan claramente justificada» (*Causa general*, pp. 196-197). Las «atrocidades» cuentan con una cantidad enorme de literatura en la España nacionalista, en la que casi todas las provincias han sido objeto de un relato meticuloso. <<

[557] Estelrich, p 115. <<

[558] Madariaga, p. 377. <<

[559] Para volver a escribir éste párrafo, me he beneficiado de mis conversaciones con el profesor Bosch Gimpera. Lo mismo ocurría con los médicos. Aquellos de quienes se sabía que se habían dedicado a sus pacientes pobres eran dejados en libertad. <<

[560] Broué y Témime citan *ABC* del 4 de septiembre, que da cuenta de que un cura se casó en Alicante, y otro ingresó en el Partido Comunista. Pero es difícil encontrar otros ejemplos. <<

[561] Carta de Simone Weil a Bernanos, *op. cit.* <<

[562] Peirats, vol. I, p. 182. <<

[563] Pemán, *Un soldado en la historia*, p. 300; carta de Gerald Brenan, 22 de junio de 1961. <<

[564] Brenan, South from Granada, p. 169. <<

[565] García Atadell había organizado las juventudes comunistas a finales de la década de los años veinte. Más tarde huyó de la República con una cantidad considerable como botín, pero fue capturado por los nacionalistas cuando el barco argentino (el *Primero de mayo*) que le llevaba a Sudamérica hizo escala en Santa Cruz de la Palma. Arthur Koestler lo vio en la cárcel de Sevilla a principios de 1937. Poco después fue ejecutado a garrote vil. En la cárcel se convirtió al catolicismo. Véase José Ignacio Escobar, *Así empezó…* (Madrid, 1974), y Arthur Koestler, *The Invisible Writing*, p. 347. <<

[566] Iturralde, p. 124. <<

[567] En los pueblos pequeños españoles, la compra de un sello era un asunto complicado. Los sellos se envolvían en papel de seda, cuidadosamente doblado. El caso ocurrido en Altea me lo contó una persona que vivía allí. Más tarde, el anarquista fue asesinado por un comunista. <<

[568] Azaña, vol. III, p. 393. <<

[569] Madariaga, p. 378. <<

[570] H. L. Kirk, *Pablo Casals* (Nueva York, 1974), p. 401. Los anarquistas del lugar donde vivía Casals fueron varias veces a su casa en busca de un amigo de Casals, derechista en política, que estaba escondido allí. <<

[571] Por ejemplo, Julio de Mora, que dirigía una checa en el palacio del conde de Eleta y se convirtió en jefe del departamento especial de información (DEDIDE), con el

grado de coronel; o Ángel Pedrero, que fue el ayudante y sucesor de García Atadell, y que más tarde se convirtió en jefe del SIM (Servicio de Información Militar), en Madrid, en 1937. <<

[572] Véase Sergio Vilar, p. 450. Galarza fue nombrado ministro de la Gobernación en septiembre. <<

[573] Federica Montseny en *La revista blanca*, 30 de julio, cit. por Bolloten, p. 41. <<

[574] Juan Peiró en *Perill a la reraguarda* (Mataró, 1936), p. 91.

Payne, *The Spanish Revolution*, p. 226. Escofet salvó a muchos. <<

[575] Fue fusilado en la cárcel de Ocaña en 1939. Véase Sergio Vilar, *La oposición a la dictadura*, p. 227. <<

[576] Maximiano García Venero, *Falange*, p. 159; véase también Jackson, p. 308. <<

[577] Este individuo, José Antonio Baruela, se alistó posteriormente en la aviación republicana y mató a muchos milicianos bombardeándolos antes de que lo descubrieran y lo mataran en Santander. Otros como él escaparon atravesando las líneas. <<

[578] Carta de Gerald Brenan, 22 de junio de 1961. <<

[579] Carta de Melchor Ferrer, 7 de agosto de 1961. <<

[580] Azaña, La revolución abortada, en Obras, vol. III, p. 500. <<

[581] Citado por Cabanellas, vol. II, p. 873. Otro caso es el del general García Aldave, gobernador militar de Alicante, también ejecutado por ser neutral, aunque esta vez por un pelotón de ejecución de izquierdas. <<

[582] Ruiz Vilaplana, p. 225. <<

[583] Gil Robles, p. 729 y ss. <<

[584] Ruiz Vilaplana, p. 45. <<

[585] Lawrence Dundas, *Behind the Spanish Mask* (Londres, 1943), p. 56. <<

[586] J. Salas, p. 73. Nadie sabía lo que pasaba. Véase Rafael Abella, *La vida cotidiana durante la guerra civil, I. La España nacional* (Barcelona, 1973), p. 27 y ss., donde hay fotografías de periódicos que anuncian la detención de Azaña en Santander, la caída de Madrid, etc., en la primera semana de la guerra. <<

[587] Ruiz Vilaplana, p. 219. <<

[588] *Diario de Navarra*, 16 de agosto de 1936. <<

[589] Broué y Témime, pp. 90-91. <<

[590] Malefakis, p. 386, nota 76. Incluso las leyes de 1932-1936 acabaron siendo abolidas, en 1941. <<

[591] García Venero, *Falange*, pp. 172-173. <<

[592] GD, p. 88. <<

[593] Fue a España y vio a Mola en agosto. <<

[594] Payne, *Falange*, p. 121. <<

[595] Gil Robles, p. 734, nota 79. <<

[596] Bahamonde, pp. 20-21. <<

[597] Véase Iturralde, vol. II, pp. 55-70. <<

[598] Bahamonde dice que lo fusilaron. No he encontrado confirmación de esto. En Carmona hubo 700 ejecuciones, según decía el periódico portugués *O Seculo* en agosto. <<

[599] Iturralde, p. 71. <<

[600] Iturralde, vol. II, p. 279. El doctor Múgica era un monárquico y un conservador que, para la República, había sido casi tan bestia negra como el cardenal Segura. En las primeras semanas de la guerra apoyó al alzamiento. Se fue de Vitoria el 14 de octubre. Antes de esto, su nombre figuró

en una lista negra de personas a quienes iba a matar un grupo de falangistas, que probablemente estaban respaldados por las autoridades locales nacionalistas. Véanse sus memorias, *Imperativos de mi conciencia* (Buenos Aires, sin fecha), y las críticas a éstas que hay en Del Burgo, pp. 88-89. <<

[601] Iturralde, vol. II, pp. 261-265. <<

[602] El texto está en Iturralde, vol. II, pp. 454-456. En el mismo momento, a quince kilómetros de allí, en las faldas del Pirineo, estaban siendo fusilados cincuenta y seis hombres, que se confesaban en grupos de siete. Pero cuando llegó el turno de los siete últimos, el jefe del escuadrón de Falange encargado de la ejecución dijo: «Coño, matémosles sin confesión; yo no he comido todavía» (*op. cit.*, vol. I, p. 74). <<

[603] *Op. cit.*, vol. II, p. 299. Monseñor Olaechea reconoció que no tenía «madera de mártir», y apoyó en general a la «Cruzada». <<

[604] Dundas, p. 48. <<

[605] Véanse casi todos los periódicos publicados en la España nacionalista a fines de julio o en agosto, especialmente los días de Santiago (25 de julio) y la Virgen de la Asunción (15 de agosto). <<

[606] Bahamonde, p. 77. <<

[607] Del Burgo, p. 34. <<

[608] En realidad, «Lluch», en *La velada en Benicarló*, el diálogo socrático que escribió Azaña durante la guerra: véase Obras, vol. III, p. 394, y su artículo *La revolución abortada*, en vol. III, p. 500. <<

[609] Mikhail Koltsov, *Diario de la guerra de España* (París, 1963), p. 51. <<

[610] Tagüeña, p. 122. <<

[611] La circulación de estos tres en 1936 era de 40 000, 40 000 y 35 000 ejemplares diarios, respectivamente. <<

[612] Los comunistas ganaron mucho prestigio gracias a su eficaz organización del llamado Quinto Regimiento. <<

[613] *Mundo obrero*, 9 de agosto; *Claridad*, 22 de agosto; ambos citados por Payne, *Spanish Revolution*, p. 232. <<

[614] Véase Ibárruri, p. 283. <<

[615] Según *Causa General*, p. 390, la confiscación de dinero y valores se elevó (en toda España, durante la guerra) a 330 millones de pesetas, y la de oro y joyas a 100 millones de pesetas. <<

[616] El monárquico *ABC* continuó saliendo con el nombre de *ABC de Madrid*, dirigido por Unión Republicana; el carlista *Sigfo Futuro* pasó a manos de la CNT; etcétera. <<

[617] *The Times*, 21 de julio de 1936. <<

[618] Barea, p. 124. <<

[619] Los nacionalistas pagaban a sus soldados las 3 pesetas diarias habituales antes de julio. <<

[620] Alfonso Peña Boeuf, *Memorias de un ingeniero político* (Madrid, 1954), p. 166 y ss. Peña Boeuf se convirtió en ministro de Obras Públicas de Franco en 1938, tras haber sido intercambiado con un republicano que se encontraba en manos de los nacionalistas. <<

[621] Véase más adelante un estudio más detallado de las colectividades. <<

[622] Borkenau, p. 149. <<

[623] Eran tres litros en Albalate de Cinca, y cinco cuartos en Calanda (Teruel). <<

[624] Esto también ocurría en Calanda (Teruel). <<

[625] Lo primero era corriente; lo segundo sucedió en Mazaleón (Aragón) (Agustín Souchy, p. 87); *Colectivizaciones* (Barcelona, 1937). Estos hechos que se refieren aquí constituyen sólo ejemplos de lo que ocurría a finales de julio, pero el proceso no se completó hasta mucho más tarde, en aquel mismo año. <<

[626] Aunque, como hemos visto, en él estaban representados todos los partidos de Barcelona en una proporción aproximada a su fuerza, como ocurría en su consejo económico (constituido el 10 de agosto) y en el comité de educación. En las «patrullas de control», responsables del orden público y de las detenciones, los anarquistas tenían al comandante José Asens, y a 325 de los 700 hombres alistados: los demás eran de los partidos catalanes, del POUM, y socialistas o comunistas. <<

[627] La mayoría de propietarios de fábricas de Barcelona habían sido fusilados o habían huido. Los que se quedaron fueron principalmente los que tenían buena reputación en sus relaciones laborales. Las fábricas de la Ford y la General Motors en Barcelona fueron incautadas a primeros de agosto. Ante la protesta del gobierno americano, el gobierno español se comprometió a pagar una indemnización. En general, la República procuró no ofender a otros países incautando empresas extranjeras, y la CNT Confeccionó una lista de 87 empresas inglesas que no había que tocar (Peirats, vol. I, p. 177). <<

[628] *Boletín de la CNT-FAI*, n.º 3, del 10 de agostó, p. IV. Véase también Frank Mintz, *L'autogestion dans l'Espagne révolutionnaire* (París, 1970); Bricall, *Historia económica de la Generalitat*, vol. I, (Barcelona, 1970); Albert Pérez-Baró, *Trenta mesos de collectivisme a Catalunya* (Barcelona, 1970). <<

[629] Los empleados de banco de la UGT dijeron (al POUM, en realidad): «Podéis matarnos, pero no os entregaremos las llaves» (Manuel Benavides, *Guerra y revolución en Cataluña* [México, 1946], p. 210). <<

[630] Peirats, vol. I, pp. 364-369, da decretos de colectivización. Los cines y los teatros se abrieron a primeros de agosto, todos colectivizados, tras una corta interrupción de sus sesiones. <<

[631] Peirats, vol. I, p. 200. <<

[632] *Boletín de la CNT-FAI*, 25 de julio. Véase también *Solidaridad obrera*, 30 y 31 de julio, citado por Payne, *The Spanish Revolution*, p. 227. <<

[633] Peirats, vol. I, p. 182. <<

[634] Véase la conversación sostenida por Azaña con Carlos Pi y Suñer sobre este tema en septiembre de 1937 en Azaña, vol. IV, p. 796; y con Comorera en octubre de 1937, *op. cit.*, p. 821. <<

[635] Azaña, vol. IV, p: 707. <<

[636] Boletín de la CNT-FAI, 10 de agosto. El documento continúa recordando que el pueblo de la revolución francesa desafió al mundo, pero el ejército uniformado de Napoleón llevó al desastre de Waterloo. <<

[637] Bolloten, p. 113. Vidiella había sido anarquista, representando a la CNT en las discusiones de 1925 entre comunistas, anarquistas y *Esquerra*. <<

[638] Azaña, vol. IV, p. 702. <<

[639] Azaña, vol. IV, p. 704. <<

[640] A veces, como ocurrió en el pueblo de Hospitalet, la CNT llevó su hostilidad contra la *Esquerra* y los partidos nacionalistas catalanes hasta el extremo de poner por las calles letreros en los que se prohibía hablar en catalán.

(Jaime Miravitlles, en *La Fléche*, 24 de febrero de 1939). <<

[641] Richard Rumbold, *Winged Life* (Londres, 1953), p. 146. <<

[642] Borkenau, pp. 93-94. <<

[643] Hans Erich Kaminski, *Ceux de Barcelone* (París, 1937), pp. 118-122. Véase también *Colectividades de Castilla* (Madrid, 1937); Agustín Souchy, *Entre los campesinos de Aragón* (Valencia, 1937), p. 92. <<

[644] Broué y Témime, p. 123, nota. Manuel Casanova (L'Espagne livrée, reedición, París, 1971) hace un relato horripilante. <<

[645] Véase Ronald Fraser, In Hiding, pp. 133-134; véase también Ronald Fraser, *The Pueblo* (Londres, 1973). <<

[646] Julián Pitt-Rivers, *People of the Sierra* (Londres, 1954), pp. 18-19. <<

[647] Fraser, *The Pueblo*, p. 56. <<

[648] Véase Díaz del Moral, p. 252 y ss. <<

[649] Borkenau, p. 167. <<

[650] Juan Martínez Alier, *La estabilidad del latifundio* (París, 1968), p. 139. <<

[651] Martínez Alier, p. 140. <<

[652] Brenan, *Personal Record*, p. 289. <<

[653] Louis Delaprée, *Morí en Espagne* (París, 1937), p. 70. <<

[654] *España libre*, 19 de julio de 1947, cit. por Lorenzo, p. 198. <<

[655] Salas Larrazábal, vol. I, p. 288. <<

[656] Lizarra, p. 62. <<

[657] Aunque había 3000 presos políticos en buques-prisión y fortalezas, entre ellos bastantes mujeres y niños. <<

[658] Le Clergé Basque, p. 25 y ss. <<

[659] Texto en Montero, pp. 682-687. Las circunstancias que rodearon a esta pastoral se comentan en Iturralde, vol. II, pp. 302 y 328. Más tarde, Múgica confirmó que había firmado la pastoral libremente (véase su carta a la *Gaceta del Norte* de 25 de julio de 1937, cit. por Iturralde, vol. II, pp. 326-328). Posteriormente aún se excusó, diciendo que no conocía los hechos (*Imperativos de mi conciencia*). <<

[660] Véase la entrevista entre Manuel Irujo, el vasco que más tarde entró a formar parte del gobierno republicano, y el príncipe Huberto de Loewenstein (Hubertus *von* Loewenstein, *A Catholic in Republican Spain* [Londres, 1937], pp. 90-104). <<

[661] Véase Jellinek (p. 300) y Koltsov (p. 127), describiendo su visita a Gijón, un poco más tarde; véase también Lorenzo, p. 172; y Fernando Solano Palacio, La tragedia del norte (Barcelona, 1938). <<

[662] Jellinek, p. 415. Escrita desde el punto de vista marxista, esta publicación del Club del Libro de Izquierdas es valiosísima por el detallado análisis social y económico que hace de la vida en la República. Jellinek era corresponsal del Mancbester Guardian en España. <<

[663] Jellinek, en una conversación sostenida en Ginebra en 1960. <<

[664] Con la misma independencia actuaron Ruca en Portbou y André Lerghaf y Sagaró en Le Perthus. <<

[665] *La velada en Benicarló*, (en *Obras*, vol. III) p. 426; el discurso del 23 de julio está en el mismo libro, pp. 607-609. «El cojo de Málaga» merece una cuidadosa investigación. <<

[666] El jefe de la casa militar de Azaña en 1936, comandante Casado, que desempeñaría un papel decisivo en las últimas semanas de la guerra civil y que compartía los puntos de vista políticos de Azaña, al final atribuyó

directamente a éste la culpa del estallido de la guerra civil: «Desacreditar, ofender y despreciar al ejército [...] para ganarse el aplauso de las masas» fue una locura y una provocación (véase Casado, *Así cayó Madrid* [Madrid, 1967], p. 157). <<

[667] Manuel Aznar, *Historia militar de la guerra de España* (Madrid, 940), pp. 113-114. Entre estos jóvenes monárquicos estaba el dirigente constitucionalista de épocas posteriores Joaquín Satrústegui. <<

[668] Aznar, p. 128: *Cruzada*, XIII, pp. 529-530. La columna de Beorlegui, 2000 hombres, estaba formada por tres compañías del regimiento (regular) de América; una sección de guardias de asalto; dos centurias de requetés; cuatro compañías de requetés; dos tercios de Falange; la sección de ametralladoras (regular); la sección de morteros; y una batería 105. Cayuela tenía 830 hombres, y Latorre 600. Durante la primera de lucha, en Pamplona se organizaron once columnas que tenían 200 a 2000 hombres cada una. Siete salieron para Guipúzcoa y cuatro para Madrid. (La Cierva, en Carr, *The Republic*, p. 196). ¿Quiénes eran estos revolucionarios españoles? Eran los campesinos propietarios de Navarra, los hijos de la burguesía de Pamplona y Estella, y, sin duda, también había hijos de las clases trabajadoras de la región. Véase también Del Burgo, p. 23, y Redondo y Zavala, p. 417. <<

[669] Peirats dice que se presentaron 150,000 voluntarios (vol. II, p. 135). Seguramente es una exageración. Sanz habla de 20 000 (p. 83), y véase también coronel Martínez Bande, *La invasión de Aragón* (Madrid, 1970), p. 276. ¿Quiénes eran? En primer lugar, anarquistas; después, miembros de otros partidos. Probablemente muchos se apuntaron, pero marcharon menos, y se quedaron aún menos. <<

[670] Paz, pp. 331 y 340. Allí se describe la organización de la columna. Básicamente, la unidad era la centuria de cien hombres. Sobre Ricardo Sanz, véase su obra *Los que fuimos a Madrid* (Golfech, 1969). <<

[671] George Orwell, *Homage to Catalonia* (Londres, 1938), p. 38. <<

[672] Véase Sanz, p. 123 y R. Salas, vol. I, p. 329. En agosto, en Aragón había unos 18 000 milicianos, aproximadamente. Pero puede que muchos de dios fueran antiguos soldados. En Zaragoza, los nacionalistas tenían probablemente 4000 hombres en el ejército, unas 18 compañías de guardias civiles y carabineros, alrededor de 1500 carlistas, unos 2000 falangistas, y quizá 1000 voluntarios más en la primera semana. El 22 de agosto, en el frente que iba desde los Pirineos hasta Teruel había unos 14 000 hombres en el lado nacionalista (Martínez Bande, p. 98). <<

[673] Borkenau, p. 109. <<

[674] La cuestión es analizada por Jackson, p. 292; Paz, p. 337; y Lorenzo, pp. 146-147, y yo mismo he recibido opiniones muy diversas en Zaragoza. <<

[675] Véase una descripción feroz de este combate en Sebastián Cirac Estopañán, *Héroes y mártires de Caspe* (Zaragoza, 1939). <<

[676] Koltsov, p. 29. Véase esta entrevista analizada en Paz, pp. 362-363. <<

[677] Yo vi esta bomba, todavía sin explotar, sobre la chimenea de la biblioteca de Fal Conde en Sevilla, en 1960. <<

[678] Muy pronto cayó en la depresión y Hernández Sarabia le sucedió (el 6 de agosto). Sus problemas psíquicos se acrecentaron con la muerte de su hermano José en

Extremadura, a manos de los anarquistas (Sánchez del Arco, p. 65). <<

[679] Antonio Cordón, *Trayectoria* (París, 1971), p. 242. El carácter carnavalesco de la famosa columna de Mangada, con un ejército de parásitos de los cafés de Madrid (prostitutas incluidas), le daba la apariencia de una fuerza de la Edad Media más que del siglo XX. Su mujer estaba constantemente importunando al ministerio, en Madrid, pidiendo plumas, impermeables y hasta silbatos. <<

[680] Azaña, vol. III, p. 489. <<

[681] Tagüeña, p. 128. Los médicos de ambos bandos tuvieron dificultades para evitar incluso que fusilaran a los heridos en sus camillas. <<

[682] Véase Hidalgo de Cisneros, p. 299. <<

[683] Sobre éste, véanse los libros de Castro Delgado, Líster, *Nuestra guerra* (París, 1966), y Modesto, y también el estudio sobre el Quinto Regimiento de E. Comín Colomer, *El Quinto Regimiento* (Madrid, sin fecha); y Martínez Bande, *La batalla de Brunete* (Madrid, 1972), p. 18 y ss. <<

[684] Ibárruri, p. 285; Castro Delgado, p. 275. <<

[685] Martínez Bande (*loc. cit.*, p. 19, nota 5) calcula que al final por el Quinto Regimiento llegaron a pasar 22 250 hombres. *International Press Correspondence* (Inprecorr), vol. XVIII, n.º 6, 6 de febrero de 1937. Pero véase R. Salas en Carr, *The Republic*, p. 187, donde se da la cifra de 15 000 hombres en total entrenados en el Quinto Regimiento. Otras fuentes son Modesto, pp. 25-26, y Líster, p. 40. Salas (vol. I, pp. 222-223) argüía que el máximo del Quinto Regimiento fueron 3500 hombres (en octubre-noviembre). <<

[686] En Castro Delgado, p. 275 y ss., hay un relato romántico de la organización. <<

[687] Líster, p. 67. Vidali, hijo de un obrero de Monfaleone, cerca de Trieste, había sido uno de los animadores de los «*Ardite rossi*» de Trieste en los años en que casi había guerra civil en Italia. Emigró a Estados Unidos y después a México; fue a una escuela del partido en Moscú; llevó a cabo una misión en Alemania; y, al parecer, estaba en España desde 1934 como organizador del Socorro Rojo Internacional. Castro Delgado (p, 293) describe a «Carlos» casi como a un monstruo, pero su competencia está fuera de toda duda. Llegó acompañado de su mujer, Tina Modotti, una comunista italiana con la que había estado mezclado en el misterioso asunto del asesinato del comunista cubano Julio Antonio Mella, en 1929. Véase P. Spriano, *Storia del Partito Comunista italiano* (Turín, 1970), vol. III, p. 86. <<

[688] Moscardó no supo esto hasta finales de septiembre. Parece ser que la llamada telefónica tuvo lugar, a pesar de que algunos afirman lo contrario. El hecho de que no mataran al hijo hasta algunas semanas más tarde hace que la historia parezca no poco menos dramática. Sobre la llamada telefónica y sobre el Alcázar en general hay una abundante literatura. Véase Herbert Southworth, *El mito*, p. 53 y ss., donde hay una investigación fascinante, y también Antonio Vilanova, *La defensa del Alcázar de Toledo* (México, 1963); Luis Quintanilla, *Los rehenes del Alcázar de Toledo* (París, 1967); y Cecil Eby, *The Siege of the Alcázar*. Véase también Vila San Juan, p. 83 y ss. La Cierva, *Historia ilustrada*, I, p. 455, registra la versión de un hombre que oyó la conversación telefónica. La conversación telefónica entre los Moscardó es uno de los episodios más famosos de la guerra civil. Igualmente patético fue el destino del hijo del general Cruz Boullosa, subsecretario de la Guerra desde el 14 de mayo hasta el 22 de julio. El 19 de julio, Cruz Boullosa se enteró de que su hijo, un cadete del Alcázar que estaba de

vacaciones, se había ido a Toledo para sumarse al alzamiento. El padre consiguió que el hijo volviera a Madrid, pero éste se sumó al alzamiento en el cuartel de la Montaña. El general telefoneó al coronel Serra al cuartel, y le suplicó que lo dejara salir. El coronel dijo que esto lo había de decidir el cadete en cuestión, y el hijo decidió permanecer con sus compañeros en el cuartel. Lo mataron en el asalto. (Véase García Venero, Madrid, julio de 1936, p. 383). El hermano de Cruz Boullosa era un general de la guardia civil de Valladolid, y el propio Cruz Boullosa fue destituido por desleal en 1938. El personaje interesante de estas dos historias es, desde luego, el teléfono. <<

[689] 4. Véase, p. ej., Líster, *Nuestra guerra*, p. 58. <<

[690] Huelva había caído en poder de los nacionalistas después de un alzamiento retrasado de la guardia civil, cuyos oficiales se habían negado primero a dirigir una expedición contra Sevilla. <<

[691] *Nosotros* (*Diario de la Columna de Hierro*, 12, 13, 15, 16 y 17 de marzo de 1937); cit. por Bolloten, p. 266. <<

[692] Fraser, Tse *Pueblo*, p. 41. <<

[693] Agradezco a Michael Alpert su ayuda para analizar estas cifras. Véanse también R. Salas, vol. I, p. 185; Hills, p. 240; y Payne, *The Politics*, p. 346, para contrastar cifras. <<

[694] Véase una sorprendente variedad de cálculos en R. Salas, vol. I, p. 185; Hills, p. 240; La Cierva, *Historia ilustrada*, pp. 201-202; y Azaña, vol. III, p. 487. <<

[695] Había 18 aviones correo, Douglas, grandes, pertenecientes a la LAPE (Línea Aérea Postal Española). <<

[696] Una escuadrilla de hidroaviones bombarderos Dornier fabricados en Cádiz; tres escuadrillas de aviones torpederos (Vickers Vildebeest, construidos por CASA en Getafe); una

escuadrilla de entrenamiento (Hispano-Suiza E. 30, fabricados en Guadalajara); una escuadrilla de antiguos Martinsyde; una flotilla de aviones de reconocimiento Savoia 62 procedentes de Italia; y una escuadrilla de Macchi M 18 y algunos Martinsyde más de la escuela aeronáutica de pilotos de Barcelona. <<

[697] Los cazas eran: Nieuport 52, construidos por Hispano-Suiza en Guadalajara, con patente francesa; tres cazas Hawker Spanish Fury (reconstruidos en Tablada, en España); y seis viejos Martinsyde de la malina. Había unos 90 aviones de reconocimiento Breguet XIX, todo lo que quedaba de una compra a Francia que hizo Primo de Rivera. Los bombarderos eran unos pocos Fokker VII, algunos Dragón de Havilland y algunos Douglas DC2. <<

[698] La Cierva (*op. cit.*, vol. I, p. 298) dice que el gobierno tenía 207 y los rebeldes 96. Véase un análisis en Jesús Salas, pp. 56-63; véase también R. Salas, vol. I, pp. 194-195; Hidalgo de Cisneros, vol. II, p. 286; y Miguel Sanchís, *Alas rojas sobre España* (Madrid, 1956), p. 8. <<

[699] Había 50 Nieuport 52, 3 Hawker Spanish Fury y los viejos Martinsyde. <<

[700] Véase la obra del duque de Loma, *Combat over Spain* (Londres, 1966). La Cierva (*op. cit.*, p. 300) va demasiado lejos al decir que la aviación republicana estaba encabezada por un «puñado de aristócratas», mientras que sus enemigos eran los oficiales más progresistas del país. En realidad, Ramón Franco había ejercido una poderosa influencia para inclinar a las fuerzas aéreas hacia la izquierda. <<

[701] Más tarde se le cambió el nombre por el de *Navarra*. Los acorazados *España* y *Jaime I* pesaban 15 000 toneladas y habían sido construidos antes de 1914. Transportaban de 700 a 850 hombres. De los cruceros, el *Libertad*, el *Miguel de*

Cervantes y *el Almirante Cervera* eran barcos de 7500 toneladas, construidos a finales de los años veinte. El *Méndez Núñez*, de 4500 toneladas, fue fletado en 1923 y el *República* (que antes se llamaba *Reina Victoria Eugenia*), de 4800 toneladas, fue botado en 1920. Los dos nuevos cruceros, el *Baleares* y el *Canarias*, serían buques de 10 000 toneladas, con una tripulación de 765 hombres. La armada española se componía, además, de 21 destructores, 11 torpederos, 12 submarinos, 9 guardacostas y 8 guardapescas. <<

[702] Valencia, Málaga, Murcia, Bilbao y Cartagena; Zaragoza, Sevilla, Granada y Córdoba estaban con los rebeldes. <<

[703] Como reconoció Azaña en El eje Roma-Berlín y la política de no-intervención, en Azaña, vol. III, p. 469. <<

[704] Un funcionario norteamericano de esta compañía en los años 20, Philip Bonsal (que más tarde sería embajador de su país en Cuba), dice que los terratenientes andaluces con los que él trataba estaban horrorizados con este invento, porque suponían que tendría el efecto de «permitir que los revolucionarios hablaran los unos con los otros de una ciudad a otra». <<

[705] Cit. por Richard Traína, *American Diplomacy and the Spanish Civil War* (Bloomington, 1968), p. 62. <<

[706] *Survey of International Affairs 1937*, II, p. 170. Véase también Robert Whealey, en Carr, *The Republic*, p. 213, y la nota de la p. 235. <<

[707] *GD*, p. 483. Véase en Buckley, p. 203, una descripción de los intereses económicos alemanes, y en Viñas, *pássim*, un análisis magistral en profundidad. Algunos españoles pronazis, como el profesor Vicente Gay, habían recibido ayuda de Alemania para editar sus libros sobre *La Revolución Nacional Sindicalista* (Viñas, p. 169). La prensa de

derechas también recibía subsidios; por ejemplo, Juan Pujol aceptó de 3000 a 4000 pesetas por hablar del caso nazi en el número de marzo de *Informaciones*. <<

[708] Más adelante se encontrará una consideración detallada del efecto total de la intervención extranjera en la guerra civil. Un buen resumen de la investigación más reciente sobre este tema es Robert H. Whealey, «Foreign Intervention in the Spanish Civil War», en Carr, *The Republic*. <<

[709] *Les événements survenus en France 1936-1945, Rapport fait au nom de la Comission de l'Assemblée Natiónale* (París, 1955), Témoignages I, p. 215. Aquí los políticos franceses de los años treinta dan cuenta de su gestión en el poder a una comisión parlamentaria de investigación, en 1946. <<

[710] El alzamiento provocó una semiguerra civil en muchas embajadas y legaciones españolas en el extranjero. Así, el embajador Zulueta, en Roma, se vio cerrado el paso por sus subordinados rebeldes. Finalmente, sin embargo, todos los países respetaron la tradición diplomática y dejaron la representación diplomática en manos de republicanos, hasta que cambiaron el reconocimiento. Pero probablemente sólo el 10% del cuerpo diplomático de España apoyaba al gobierno (Julio Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle* [Nueva York, 1940], p. 261). <<

[711] Testimonio de Luis Bolín. Véanse las memorias de Bolín, p. 165. <<

[712] *New York Times*, 21 de julio de 1936. <<

[713] Kindelán a Jackson, en Jackson, p. 248. <<

[714] Esto procede de fuentes nacionalistas y se apoya en documentos descubiertos en Madrid después del final de la guerra. Puede verse en *Cruzada*, XXVIII, p. 99. La información apareció en 1937 en *I accuse France*, un folleto editado en

Londres por «un abogado», reproducción de una información aparecida en *The Catholic Herald*. La existencia de la reunión fue confirmada a Julián Gorkin por Albert Vassart, Un obrero metalúrgico que había sido representante francés en el ECCI. El secretariado del ECCI entonces estaba constituido por Dimitrov (secretario general), Togliatti, Manuilsky, Pieck, Kuusinen, Marty y Gottwald. <<

[715] Stalin quizá tenía la idea de llegar a un acuerdo con Alemania en el fondo de su mente, en el caso de que Litvinov no pudiera conseguir una alianza efectiva con Inglaterra y Francia. <<

[716] Se pensó que en julio habían salido de Odesa hacia España unos cuantos aviones militares rojos. Este rumor procede de las memorias de uno de los pilotos, Achmed Amba, *I was Stalin's bodyguard* (Londres, 1952), p. 27; también lo menciona Clara Campoamor, p. 174. Sin embargo, luego nadie vio estos aviones en el cielo y creo que no es probable que llegaran antes de octubre. Amba, sin embargo, parece bien informado, por otra parte. <<

[717] Esto explicaría por qué Rusia y los comunistas franceses estaban tan inquietos ante la posibilidad de que Francia entrara en la guerra del lado de la República. Esta interpretación de la política de Stalin se ve en parte confirmada por la respuesta de Litvinov a una pregunta que hizo el gobierno francés sobre cuál sería la reacción de Rusia ante una guerra general que estallara a causa de la intervención francesa. Aun reconociendo que el pacto francosoviético impulsaría a Rusia a ayudar a Francia si ésta era atacada por una tercera potencia, «sería un asunto completamente diferente si la guerra estallaba a consecuencia de la intervención de uno de nuestros países en los asuntos de un tercero». (Declaración hecha por Jules

Moch, entonces subsecretario de Estado, a Julián Gorkin). <<

[718] El propio Togliatti (*Rinascita*, 19 de mayo de 1962) y el historiador «oficial» del Partido Comunista italiano, P. Spriano, vol. III, p. 215, nota, dicen (y este último ha investigado el asunto detenidamente) que Togliatti no llegó a España hasta junio de 1937. Hernández, en cambio, lo da por establecido en agosto de 1936, y Justo Martínez Amutio, *Chantaje a un pueblo* (Madrid, 1974), p. 236, dice que estaba en España en el invierno de 1936-1937. Como veremos, había buenas razones para que Togliatti intentara declarar «ante la Historia» que no estaba en España antes de esa fecha. Quizá sólo hizo una breve visita a España en 1936. <<

[719] Véase José Esteban Vilaró, *El ocaso de los dioses rojos* (Barcelona, 1939); y Martínez Amutio, p. 317 y ss. Su verdadero nombre era «Singer». Geroe había sido «instructor» del partido comunista francés a finales de los años veinte y principios de los treinta. <<

[720] Véase Hernández, *Yo, ministro de Stalin en España*, p. 33 y ss. Este desagradable libro del renegado dirigente comunista español es la fuente más íntima, pero también la más discutida, de la política comunista en España. Otros comunistas italianos que estuvieron entonces en España fueron Pietro Ravetto, de Biella y, según Spriano (p. 215, nota), una sombra de la NKVD que seguía a Codovila y se llamaba ¡Codevila! <<

[721] Martínez Amutio, p. 269 y ss. <<

[722] Koestler, *Invisible Writing*, pp. 198, 313. Muenzenberg, conocido anteriormente como el «Hearst rojo» de Alemania, era un genio periodístico. Con su talento para obtener el apoyo de duquesas, banqueros y generales, así como el de intelectuales, para cualquiera de sus causas, fue el verdadero inventor del «compañero de viaje». Su ayudante en París era

Otto Katz, *alias* Simón, un checo que era también su guardaespaldas. En julio de 1936, Muenzenberg ya estaba empezando a pelearse con sus jefes de Moscú que le consideraban demasiado independiente. <<

[723] Cit. por David Caute, *The Fellow Travellers* (Londres, 1973), p. 170. <<

[724] Entrevista de Hitler con Ciano en Brenner, 28 de septiembre de 1940. *Documents of German Foreign Policy 1918-1945*, Serie D (Londres, 1961), XI, p. 214. <<

[725] Bolín, p. 168 y ss. <<

[726] Testimonio de Luis Bolín. Véase también *Cruzada*, X, p. 126. <<

[727] *GD*, p. 4. <<

[728] Véase Viñas, p. 394 y ss., y *Cruzada*, X, p. 127; véase también nota de *GD*, p. 1. La carta no apareció en los archivos del ministerio de Asuntos Exteriores alemán y no ha sido publicada. Bernhardt me la describió en Buenos Aires, en 1971. Mola también envió un agente, el marqués de Portago, a Berlín. Los alemanes no podían creer que los emisarios de Franco y de Mola no se conocieran el uno al otro, y pidieron a Arranz que se presentara en un café concreto donde estaba sentado el hombre de Mola. Al ver que los dos españoles no daban muestras de reconocerse, se convencieron de la falta de coordinación que había entre el norte y el sur de España. Sobre éste viaje, véase Valdeiglesias, *Así empezó…* (Madrid, 1974), pp. 110-111. <<

[729] Testimonio de Bernhardt. Langenheim era ingeniero de minas. Véase también Herbert Feis, *The Spanish Story* (Nueva York, 1948), p. 280 y ss., y Viñas, p. 364. <<

[730] Testimonio del señor Cárdenas. Véase también los documentos franceses de Política Exterior 1936-1939 (a

partir de aquí FD), vol. III, p. 52, que hablan de una petición de 20 aviones, el 24 de julio. Las otras peticiones constaban en la lista posterior. Véase *FD*, p. 61. <<

[731] United States Foreign Policy (*State Department Papers*, a los que nos referiremos en adelante como *USD*), 1936, vol. II, pp. 447-449. <<

[732] Sobre Léger, véase *The Diplomáis 1919-1939* (Princeton, 1953), un conjunto de artículos editados por Gordon Craig y Félix Gilbert. <<

[733] Sanchís, p. 11. Cárdenas convocó al primer secretario de embajada, Cristóbal de Castillo, para excusarse por dejarle con aquellos problemas. Castillo dijo que él también dimitiría al cabo de poco, aunque lo retrasaría un día o dos para dificultar las cosas a la República. Cárdenas permaneció una semana más en París para hacer todo lo posible para impedir que se enviara material de guerra a la República, y se lo explicó privadamente a sus amigos de la embajada británica. <<

[734] *Les événements survenus*, pp. 216-217. Pero Edén dijo específicamente que recordaba que no se había hablado de España (Anthony Edén, *Facing the Dictators* [Londres, 1962], p. 406). <<

[735] Winston Churchill, *The Gathering Storm* (Londres, 1948), p. 168. Churchill expuso muy claramente su actitud ante el recién nombrado embajador republicano en Londres, Pablo de Azcárate, en octubre. Al ser presentado a Azcárate por *lord* Roben Cecil, Churchill se puso rojo de cólera, y murmuró: «Sangre, sangre, sangre», y se negó a estrechar la mano que le tendía el español. (Memorias manuscritas de Pablo de Azcárate, que ha podido leer el autor, Ginebra, 1960). En agosto, Azcárate sustituyó a López Oliván. <<

[736] Thomas Jones, *Diary with Lelters* (Londres, 1954),

p. 231. <<

[737] Edén, p. 401. El 24 de julio, diecinueve barros, en parte de la flota nacional y en parte de la flota mediterránea, quedaron distribuidos alrededor de la costa española. <<

[738] Edén, p. 400; también FO171/21524/224-225. <<

[739] CAB 23/85/130. <<

[740] FO 371/205/24/243. <<

[741] El cuerpo diplomático ya había salido de Madrid con destino a la capital veraniega de San Sebastián antes del alzamiento. El 22 de julio, ya estaban todos instalados sanos y salvos (después de varias aventuras) en San Juan de Luz, al otro lado de la frontera francesa. Las embajadas en Madrid estaban en manos de miembros jóvenes del cuerpo diplomático, o de cónsules. Por entonces no había embajador alemán en España ya que, desde que el conde Welczeck en abril se había ido a París, no había sido nombrado nuevo embajador. <<

[742] *USD*, 1937, vol. I, p. 224. <<

[743] Cit. por Dante Puzzo, *Spain and the Great Powers* (Nueva York, 1962), p. 100. <<

[744] Auden cambió los versos de este excelente poema en ediciones posteriores, para suavizar su intención militante. <<

[745] Stephen Spender, *World within World* (Londres, 1951), p. 187. <<

[746] Philip Toynbee, Friends Apart (Londres, 1954), p. 85. <<

[747] Nancy Cunard y la revista *Left Wing* hicieron una encuesta entre los escritores ingleses y les preguntaron a qué bando «apoyaban». Sólo cinco —entre ellos Evelyn Waugh, Eleanor Smith y Edmund Blunden— estaban a favor

de los nacionalistas. Ruby Ayres, Norman Douglas, T. S. Elliot («Sigo convencido de que es mejor que por lo menos unos cuantos hombres de letras permanezcan aislados y no tomen parte en estas actividades colectivas»), Charles Morgan, Ezra Pound, Alee Waugh, Sean O'Faolain, H. G. Wells y Vita Sackville-West se encontraban entre los dieciséis que se declararon neutrales. Los cien escritores restantes se manifestaron, muchos en términos apasionados, a favor de la República. Entre éstos se contaban Auden («La lucha en España ha sido como unos rayos X para las mentiras sobre las que está basada nuestra civilización»), George Barker, Samuel Beckett (que se limitó a escribir con mayúsculas, en el admirado estilo de Godot: «¡VIVA LA REPÚBLICA!»), Norman Collins, Cyril Connolly, Aleister Crowley, Havelock Ellis, Ford Madox Ford, David Garnett, Louis Golding, Lancelot Hogben, Laurence Housman, Brian Howard, Aldous Huxley, Storm Jameson, Dr. Joad, Harold Laski, John y Rosamond Lehmann, Eric Linklater, F. L. Lucas, Rose Macaulay, A. G. Macdonnel, Louis MacNeice, Francis Meynell, Naomi Mitchison, Raymond Mortimer, John Middleton Murry, Sean O'Casey, V. S. Pritchett, Herbert Read, Edward Sackville-West, Stephen Spender, James Stephens, Sylvia Townsend Warner, Rebecca West y Antonia White. <<

[748] Orwell, p. 248. <<

[749] Un análisis excelente es el de D. W. Pike, *Conjecture, Propaganda and Deceit* (Stanford, 1970). <<

[750] Welczeck había sido embajador en Madrid hasta el mes de abril precedente. Había sido amigo del rey Alfonso, y era antinazi, un notable cazador y un incansable hombre de mundo. <<

[751] GD, p. 4. <<

[752] *Loc. cit.*, nota. <<

[753] *Op. cit.*, p. 7. <<

[754] Viñas, p. 395. <<

[755] Les événements survenus, p. 217. <<

[756] Lo que sigue está basado en una carta de De los Ríos a Giral, una copia de la cual fue robada de la casa del cónsul general español, Cipriano Rivas Cherif, en Ginebra, y publicada en plan sensacionalista a finales de 1936. Véase *Il Messagero*, 10 de diciembre de 1936. La carta puede verse en facsímil en Francesco Belforte, *La guerra civile in Spagna* (Milán, 1938-1939), vol. I, p. 192. De los Ríos aceptó su autenticidad. <<

[757] Barroso, amigo de Franco, al que había acompañado a Londres como ayudante en el funeral de Jorge V, luego pasó a formar parte de la plana mayor de Franco. <<

[758] *Les événements survenus*, p. 217. <<

[759] Malraux se había hecho mundialmente famoso en 1934 con la publicación de La condition humaine. Puede que Malraux nunca fuera comunista, pero fue la causa de que llegaran a serlo miles de jóvenes. <<

[760] Fischer, p. 334. Malraux creía entonces que el marxismo era «d único organismo capaz de oponerse con fuerza al fascismo». Véase Walter G. Langlois, «Aux sources de Fespoir», *La Revue des Lettres Modernes*, 1973, 5. <<

[761] Jean Lacouture, André Malraux (París, 1973), p. 227, Malraux volvió a España el 25 de julio en un Lockheed Orion perteneciente al ministerio del Aire francés, como observador no oficial del gobierno galo y como presidente del Comité Mundial contra el Fascismo y la Guerra. El avión en que viajaba Malraux iba pilotado por el famoso aviador francés Édouard Corniglion-Molinier. <<

[762] Azcárate, Manuscrito, p. 20. La postura francesa oficial de no intervención causó profundas divisiones y discusiones en la Segunda Internacional, uno de cuyos dirigentes era el Partido Socialista francés. Por ejemplo, la división en el Partido Socialista belga (que por entonces participaba en el gobierno de Bélgica) duró hasta 1940. <<

[763] *Cruzada*, X, p. 126. Bolín, pp. 170-171. Attilio Tamaro (*Venti Anni di Storia*, Roma, 1954, vol. III, p. 2000) dice que Mussolini se negó en dos ocasiones a enviar la ayuda que pedía Franco y sólo accedió cuando se enteró de que Blum estaba ayudando a la República. Probablemente esto fue un factor importante para que se decidiera, aunque no el decisivo. <<

[764] Luca de Tena, p. 251. Dos de estos aviones se estrellaron más tarde. Los oficiales franceses que investigaron el accidente dijeron que uno de los pilotos italianos muertos había recibido órdenes de vuelo el 15 de julio. Aparte de la promesa de ayuda y de la ayuda prestada por Mussolini en 1934, no existe evidencia de ayuda italiana antes del alzamiento. Por lo tanto, o los papeles que llevaba el piloto muerto tenían una errata, quizá ponía 15 en vez de 25; o fue una falsificación deliberada; o sencillamente el piloto se había reincorporado al servicio, después de un permiso, el día 15. Dado que los aviones no salieron de Cerdeña hacia Marruecos hasta el 30 de julio, y puesto que Franco los había necesitado desde el 19 de julio, es inconcebible que recibieran órdenes de vuelo antes del alzamiento, como se dijo. El documento en el que se menciona el 15 de julio no ha llegado a publicarse. Puede que nunca haya existido. <<

[765] Se dijo que había comprado la mayoría de las acciones de la fábrica de aviones Savoia para poder dominar el

suministro de bombarderos a Franco. De esto, como de la mayoría de las restantes actividades de March, no hay evidencia; Véase Fernando Schwartz, *La internacionalización de la guerra civil española* (Barcelona, 1971), p. 74. Lo que es seguro es que cualquier cosa que hiciera Match la hizo en beneficio propio. <<

[766] Pado Monelli, *Mussolini* (Londres, 1953), p. 141. <<

[767] Edén, p. 424. <<

[768] Rachele Mussolini, *My Life with Mussolini* (Londres, 1959), p. 91; testimonio de Bolín. <<

[769] Roberto Cantalupo, Fu la Spagna (Milán, 1948), p. 62. <<

[770] Attilio Tamaro, vol. II, p. 200. <<

[771] Galeazzo Ciano, Diaries 1937-1938 (Londres, 1947), p. 48. <<

[772] Ciano, p. 206. Por entonces, además, un espía italiano perteneciente al servicio doméstico de Perth se apoderaba de los telegramas que se cruzaban entre Roma e Inglaterra utilizando un doble fondo que había instalado en la caja fuerte privada del embajador. Así, Ciano podía actuar con desacostumbrada libertad en sus relaciones con Inglaterra. <<

[773] *GD*, pp. 10-11. <<

[774] Viñas quita importancia al papel de Canaris, y puede que tenga razón para hacerlo. Sin embargo, Canaris había sido el responsable de que España, en 1926, hiciera su pedido de submarinos a una firma holandesa que estaba financiada secretamente por el almirantazgo alemán. Véase F. Carsten, *The Reichswehr and Politks 1918-1933* (Oxford, 1966), p. 243. Franco, más adelante, concedió asilo y una pensión a *frau* Canaris después de la muerte de su marido en 1944. Según

Ian Colvin, Canaris aconsejó a Franco sobre la manera de resistirse a las demandas de Hitler de que España entrara en la guerra mundial (Ian Colvin, *Hitler's Secret Enemy*, Londres, 1957 p. 130). Véase también Karl Abshagen, *Canaris* (Londres, 1956), p. 112. Canaris había estado en el Marruecos español en 1916 y allí había montado una base de suministro para los submarinos alemanes, había preparado un sistema de observación de los barcos aliados en el Mediterráneo, e incluso, según dicen, había dirigido sublevaciones contra Francia. Canaris era fuertemente anticomunista. <<

[775] Tribunal Militar Internacional: juicio de los principales criminales de guerra, Nuremberg 1947-1949, IX, pp. 291-292. <<

[776] Bernhardt al autor, Buenos Aires, 1971. <<

[777] Conversación con Johannes Bernhardt. En Viñas, p. 350, puede verse una reconstrucción en detalle. <<

[778] Basil Liddell Hart, *The Other Side of the Hill* (Londres, 1948), p. 34. <<

[779] *Hitler's Table Talk*, ed. por Hugh Trevor-Roper (Londres, 1953), p. 320. <<

[780] Joachim *von* Ribbentrop, *Memoirs* (Londres, 1954), p. 59. <<

[781] Liddell Hart, *op. cit.* <<

[782] Véase Karl Bracher, *The German Dictatorship* (Londres, 1970), p. 323. <<

[783] Diario de Milch, del 26 de julio, en David Irving, *The Rise and Fall of the Luftwaffe* (Londres, 1974), p. 48. <<

[784] El capitán Carranza, un oficial del ejército retirado, se convirtió en una especie de socio formal de Bernhardt. Viñas reproduce el contrato original de la compañía. ROWAK no se fundó hasta más tarde. <<

[785] Véase Whealey, *loc. cit.*, p. 215 y referencia; sobre los Junker, véase José Larios, *Combat over Spain* (Londres, 1966), p. 27; véase el testimonio del general Warlimont, ante la US Army Intelligence, 1945 (*UN Security Council Report on Spain*, 1946). <<

[786] Fechas que da Viñas. <<

[787] Por entonces también fueron enviados a España veinte cañones antiaéreos de 20 mm, dos emisoras de onda corta, algunas ametralladoras, bombas, equipos antigás, motores de aviación y equipos médicos. <<

[788] Liddell Hart, *op. cit.*, p. 98. <<

[789] Estas cifras proceden del historiador nacionalista de la guerra del aire José Goma, *La guerra en el aire* (Barcelona, 1958), p. 66. Al parecer, en toda la guerra hicieron el viaje a España un total de 170 barcos de transporte, que en su mayoría zarparon de Hamburgo. <<

[790] Recuerdos de Johannes Bernhardt. <<

[791] *GD*, p. 14. <<

[792] Ribbentrop, p. 60. <<

[793] *GD*, p. 114. <<

[794] Ernst *von* Weizsaecker, *Memoirs* (Londres, 1951), p. 112. <<

[795] GD, p. 16. <<

[796] Adolf Galland, *The First and the Last* (Londres, 1957), p. 23. <<

[797] *Wir werden weitermarschieren, tuenn alies in Scherben fállt, Unsere Feinde sind die Rotten die Bolschevisten der Welt.* <<

[798] En su poema *The Flowering Rifle*. Campbell fue sorprendido en su casa de Toledo por el comienzo de la revolución en aquella ciudad. Después de conseguir a duras

penas salvar la vida (y la de su familia), se convirtió en uno de los más ardientes apologistas de los nacionalistas, aunque nunca llegó a luchar con ellos. Southworth, *El mito*, p. 116 y ss., hace una severa comparación entre la versión de *The Flowering Rifle* publicada en 1939 y la de 1957. <<

[799] Edén, p. 400. Esto es lo que Monteiro, ministro portugués de Asuntos Exteriores, confesó a Edén el 30 de julio, añadiendo que temía a una España demasiado estrechamente vinculada con Alemania. <<

[800] El plan, sin embargo, fue examinado y rechazado. Véase Hugh Kay, *Salazar and Modern Portugal* (Londres, 1970), p. 86 y ss. <<

[801] Con el tiempo, «varios miles» de portugueses lucharon con los nacionalistas. (Salazar, discurso de mayo de 1939, citado por Kay, p. 92). <<

[802] Iturralde, vol. II, p. 113. <<

[803] *GD*, p. 53. En la Izquierda internacional, el odio contra Portugal no tardó en ser tan fuerte como el odio contra Franco. El novelista Louis Golding incluso hizo propaganda en Inglaterra en favor de un boicot contra el vino de Oporto. <<

[804] La fuente de esta afirmación es la misma que la de la nota 12 en la p. 369. <<

[805] Nollau (p. 139) dice que el ejecutivo del Komintern (ECCI) constituyó un comité especial para España compuesto por «la Pasionaria», André Marty, Togliatti, André Bielov y Stella Blagoyeva. Los dos últimos eran funcionarios del Komintern, posiblemente nombrados por el NKVD. Stella Blagoyeva, que era búlgara, acabó sus días como embajadora de Bulgaria en Moscú después de 1945. <<

[806] Un sabio judío de extracción húngara. Él y su mujer

fueron asesinados en 1944 por la Gestapo cuando tenían más de ochenta años. Sobre el mitin, véase Langlois, *loc. cit.* <<

[807] Hernández, p. 36. <<

[808] Informe de 1936 TUC, citado por K. W. Watkins, *Britain divided* (Londres, 1963), p. 153. <<

[809] F. J. Taylor, *The United States and the Spanish Civil War* (Nueva York, 1956), p. 39 y ss. <<

[810] Roosevelt desconocía la política española: «Espero que, si gana Franco, establezca un régimen liberal», parece ser que dijo al siguiente embajador republicano, De los Ríos, en su primera entrevista en el verano de 1936 (Azaña, vol. IV, p. 630). <<

[811] Véase Alien Guttman, *The Wound in the Heart* (Nueva York, 1962). <<

[812] Véase Caute, p. 139. <<

[813] *L'Écho de París*, 1 de agosto de 1936. Véase Bolín, p. 172. Bonomi decía en su libro que había recibido la orden de ir a Marruecos el 28 de julio. <<

[814] Conversación telefónica con París, el 4 de agosto (FO 371/205/26/23); conversaciones con el difunto Francis Hemming. <<

[815] Véase Jean Gisdon, *Les avions et les bommes* (París, 1969), donde se relata lo que ocurrió con los 17 Dewoitine que fueron a Montaudran. <<

[816] Es difícil decir con seguridad el número y la clase exactos. La cifra de setenta es de Pierre Cot (*op. cit.*, p. 343). Véase también Lacouture, p. 229; Salas Larrazábal, vol. I, p. 436; Sanchís, p. 11; y *Les événements sur venus*, p. 219. Lo más probable es que el envío consistiera más o menos en esto: 5 bombarderos Bloch 210; 20 bombarderos Potez 54 (unos 540, y otros 543); diez aviones de reconocimiento

Breguet XIX; 17 cazas Dewoitine 371; 2 cazas Dewoitine 500 y 510; 5 bombarderos Amiot; y 5 bombarderos Potez 25-A-2. Pike, pp. 44-46, tiene una lista de 38 aviones que salieron de Francazal (Toulouse) hada Barcelona entre el 2 y el 9 de agosto; y de 56 entre el 9 de agosto y el 14 de octubre, que salieron de Montaudran, el campo de aviación vecino, propiedad de Air Franee. De aquí salieron 6 cazas Loire 46 y un caza Bleriot Spad 510. Probablemente hubo más de estos últimos. Jules Moch, *Rencontres avec Léon Blum* (París, 1969), p. 146, habla de otros 13 Dewoitine que salieron el 8 de agosto. <<

[817] Jesús Salas, p. 83. <<

[818] A. García Lacalle, *La aviación roja de CASA en la guerra española* (México, 1973), pp. 134-135. <<

[819] Jesús Salas, p. 64, reproduce un contrato con un piloto. El sueldo medio de un oficial joven español era de 333 pesetas al mes. Más adelante, estas enormes sumas para los aviadores extranjeros se redujeron a la mitad y, en invierno, los pilotos voluntarios recibían 1000 pesetas por cada enemigo derribado. Los 13 primeros pilotos eran franceses (Darry, Valbert, Bernay, Thornas, Heilmann), pero pronto aparecieron ingleses (Smith-Piggott, Doherty, Cartwright, Clifford, Collins) y más tarde algunos americanos (Dahl, Tanker, Leider, Allison, etc.). Todos eran mercenarios, aunque también todos tenían opiniones políticas. <<

[820] Malraux volaba aunque no tenía permiso como piloto. Su tarea era galvanizar e inspirar. Muchos de los parásitos que le rodeaban en el hotel Florida, en Madrid, produjeron una mala impresión. Véase Lacouture, p. 230; la novela de Paul Nothomb (Julien Segnaire) *La Rançon* (París, 1952), cuyo autor aparece en *L'Espoir* como «Attignies»; Koltsov, p. 93; Pietro Nenni, *Spagna* (Milán, 1958), p. 196. Puede verse

un comentario negativo en Hidalgo de Cisneros, vol. II, p. 323 y ss. <<

[821] Gastone Sozzi era un socialista italiano al que mataron los Camisas Negras. <<

[822] Thaelmann había sido un obrero portuario de Hamburgo cuya incoherencia apasionada, pese a tratarse de un semianalfabeto, había caído en gracia a Stalin a finales de los años veinte y le había convertido en dirigente de los comunistas alemanes. Por entonces estaba en un campo de concentración, donde más adelante sería asesinado (1944). Beimler había estado preso en Dachau y había escapado estrangulando al SS que le vigilaba y saliendo disfrazado con su ropa. <<

[823] Cornford estaba acompañado (en un lugar diferente del mismo frente de Aragón) por Richard Bennett, también del Trinity College, de Cambridge. Después de pasar un breve tiempo en el frente, Bennett se incorporó a los servicios de radio Barcelona y en sus emisiones se llamaba «La voz de España». <<

[824] *John Cornford, A Mernoir*, editado por Pat Sloan (Londres, 1938), p. 199. Véase también R. Abrahams y B. Stansky, *Journey to the Frontier* (Londres, 1966), una menoría sobre Cornford y otro inglés que fue a España, Julián Bell. La decisión de Cornford, y quizá más aún una fotografía en la que se le veía plenamente resuelto, le convirtieron en Inglaterra, en el más famoso de los «voluntarios de España». Su decisión de ir fue completamente casual (Abrahams y Stansky, p. 314). Era un poeta excepcionalmente prometedor. <<

[825] Martínez Bande, *La invasión de Aragón*, p. 70. <<

[826] *Les événements sur venus*, p. 219. <<

[827] No tardó en aparecer uno. FO, 371/205/26/83; 96; y

120; también 28/177. <<

[828] Boletín de la CNT-FAI, 28 de julio. <<

[829] *GD*, p. 20. <<

[830] La República también intentó ganarse a las tropas nativas de la calurosa colonia española de Ifni, antes de que cayera a principios de agosto. <<

[831] R. Salas, vol. I, p. 441. <<

[832] Whealey, en Carr, *The Republic*, p. 217, citando documentos navales alemanes. <<

[833] Viñas, p. 429. <<

[834] En agosto y septiembre, fueron transportados de África a España 12 000 hombres, en unos 677 vuelos. A partir de finales de septiembre, cesó la necesidad de estos puentes aéreos al adquirir Franco el dominio del mar. (Kindelán, en *Guerra de liberación* [Zaragoza, 1961], p. 365). El capitán Alfred Henke actuó como consejero técnico de Franco para el puente aéreo. <<

[835] *Table Talk de Hitler*, p. 687. El primer puente aéreo de la guerra española lo constituyeron los modestos vuelos de aviones Fokker y Dornier de Tetuán a Sevilla, pilotados por aviadores españoles, entre el 20 y el 29 de julio. Transportaban 10 legionarios en cada vuelo, y así pasaron 837 hombres entre el 20 y el 31 de julio, según J. Martínez Bande, en La campaña de Andalucía (Madrid, 1969), p. 36. <<

[836] Véase una descripción de este día, las bandas, Franco mirando desde la colina del Hacho, cerca de Ceuta, y la llegada de los guerreros cantando, en Larios, p. 32, Bolín, p. 173, y Martínez Bande, *op. cit.*, p. 40 y ss. Los aviones que actuaron este día fueron: los 5 Savoia, 3 trimotores Fokker, un DC2 capturado en Sevilla, 2 hidroaviones, 2 cazas Nieuport y una escuadrilla de Breguet XIX (R. Salas

Larrazábal, vol. I, p. 295). Véanse también las memorias del coronel italiano Bonomi, sobre el papel de los italianos. <<

[837] Un tabor consistía en 225 hombres. <<

[838] Larios, p. 44. El mando aéreo republicano concentró —o, mejor dicho, dividió— sus fuerzas, todavía superiores, en las sierras del norte de Madrid. Véase Jesús Salas, p. 64. <<

[839] *O Seculo*, 11 de agosto de 1936. Durante los primeros meses, la prensa portuguesa fue franca en sus comentarios sobre las matanzas nacionalistas. Véase Brenan, *The Spanish Labyrinth*, p. 225, y Southworth, *El mito*, p. 215. Sobre esta campaña, véase también Aznar, p. 102 y ss.; Lojendio, p. 138 y ss.; Sánchez del Arco, y Harold Cardozo, *The March of a Naiion* (Londres, 1937); Cecil Gerahty, *The Road to Madrid* (Londres, 1937); y H. R. Knickerbocker, *The Siege of the Alcázar* (Filadelfia, 1936). <<

[840] La noticia de la «matanza de Badajoz» fue dada al mundo por primera vez por los periodistas franceses Marcel Dany y Jacques Berthet, y por un periodista portugués, Mario Neves. Su relato fue desmentido más tarde por el comandante McNeil Moss en *The Legend of Badajoz* (Londres, 1937), que a su vez fue replicado por Koestler en su *Spanish Testament*, pp. 143-145. La versión de McNeil Moss procedía de dos voluntarios ingleses en el ejército de Franco (los capitanes Fitzpatrick y Nangle) que, sin embargo, no se incorporaron al ejército nacionalista hasta el 9 de septiembre. Las investigaciones realizadas por el autor en Badajoz, en 1959, le convencieron de la veracidad de la historia narrada arriba. Probablemente nunca se sabrá el número exacto de muertos. Puede que no llegaran a los 1800 de que habla Jay Alien, del *Chicago Tribune*. El libro de Southworth, *El mito*, (p. 123) contiene nuevo material sobre estos acontecimientos. Indudablemente se luchó dentro de la

catedral, como varios testigos oculares le han asegurado, por separado, al autor, y como se sugiere, de todos modos, en los relatos nacionalistas (p. ej., Sánchez del Arco, *op. cit.*, p. 9). Véase el reportaje de Jay Alien publicado entonces en el *Chicago Tribune* (30 de agosto de 1936), reproducido en Robert Payne, *The Spanish Civil War 1936-1939* (Nueva York, 1962), pp. 89-91; y J. T. Whitaker, «Prelude to War» (*Foreign Affairs*, octubre de 1942), p. 104 y ss. El 27 de octubre de 1936, en *La Voz*, de Madrid, se publicó una versión completamente falsa de esta matanza, en la que se acusaba a Yagüe de haber organizado una fiesta en la que se había fusilado a los prisioneros ante la flor y nata de la sociedad de Badajoz, y que tuvo efectos desastrosos, pues provocó represalias en Madrid. <<

[841] Yagüe no intervino para impedir la matanza. Pero, por orden de Franco, generalmente prohibió a los moros que castraran los cadáveres de sus víctimas (un rito de guerra moro). <<

[842] Malraux, pp. 99-105; Lacouture, p. 233. <<

[843] Hidalgo de Cisneros, vol. II, p. 299. Estos cazas Fiat-Ansaldo, los CR32, fueron los cazas italianos que más se usaron en el bando nacionalista durante la guerra civil. Habían empezado a llegar por mar el 14 de agosto y a finales de ese mismo mes establecieron su base en Cáceres. <<

[844] Aznar, p. 174. Éste fue el último acto de Hernández Sarabia como ministro de la Guerra. <<

[845] Iribarren, pp. 132,135. <<

[846] Iturralde, vol. II, p. 72. <<

[847] *loc. cit.*, p. 141. El valiente, despiadado, simple y gigantesco Beorlegui era un hombre de carácter. Mola no paraba de llamarle por teléfono, pero el coronel odiaba el teléfono y convenció al comandante Martínez de Campos

para que le hiciera de intermediario. «Deben tomar San Sebastián», gritaba Mola; «Que tome él Madrid», contestaba Beorlegui. Véase Martínez de Campos, p. 45. En Oyarzun, Beorlegui sacó su paraguas para protegerse de las bombas (Del Burgo, p. 206). Véase también la historia oficial de Martínez Bande, *La guerra en el norte* (Madrid, 1969), pp. 37-99. <<

[848] Como reconoció él mismo en la cámara de diputados francesa el 16 de marzo de 1939, el dirigente comunista francés André Marty, miembro del comité central del Komintern (ECCI), y futuro jefe de las Brigadas Internacionales organizadas regularmente, se encontraba en Irún en esta ocasión. <<

[849] Martínez Bande, *op. cit.*, pp. 91-92. <<

[850] Luis María de Lojendio, *Operaciones militares de la guerra de España* (Barcelona, 1940), p. 108. Martínez Bande, *La campaña en Andalucía*, p. 73 y ss. <<

[851] Borkenau, p. 158; Martínez Bande, *op. cit.*, p. 61. Otros lucharon valerosamente: un superviviente recuerda que los moros mataron a bayonetazos, en las trincheras, a todo un batallón de voluntarios, José Cirre Jiménez, *De Espejo a Madrid* (Granada, 1937), p. 20. <<

[852] Testimonio de Francisco Giral. <<

[853] Zugazagoitia, p. 110. <<

[854] Llevándose consigo, secretamente, a Ramón Serrano Suñer. Fernández Castañeda acabó convirtiéndose en general en la España nacionalista. <<

[855] Fraser, *The Pueblo*, p. 74. <<

[856] Charles Delzell, *Mussolini's Enemies* (Princeton, 1961), p. 181. Véase también José Luis Alcofar Nassaes, «Spansky», vol. I (Barcelona, 1973), p. 23. <<

[857] Cifras del memorándum de Guarner, p. 4. Originalmente, quizá sólo desembarcaron 2000, pero probablemente el total ascendió a unos 8000 (Martínez Bande, *La invasión de Aragón*, p. 141). La República había hecho otro intento de conquistar Mallorca: un destructor ancló en la bahía de Pollensa, el capitán desembarcó solo, requisó un automóvil y se dirigió a Palma, donde, completamente uniformado, pidió al gobernador militar que se rindiera. Esta audaz petición fue rechazada y el capitán detenido (véase De la Cierva, *Historia Ilustrada*, II, p. 40). <<

[858] Lojendio, p. 150; véase también Elliot Paul, *The Life and Death of a Spanish Town* (Nueva York, 1937); Jesús Salas, p. 98. Martínez Bande, *La invasión de Aragón*, tiene un capítulo útil. Este primer envío italiano a Mallorca fue financiado por Juan March. Véanse también los esfuerzos de los falangistas mallorquines, por ejemplo Zayas, para comprar directamente armas para su isla en Roma, en Martínez Bande, *La invasión de Aragón*, documento n.º 3, p. 268 y ss. Sobre el papel que tuvo Bonaccorsi en el ataque al diputado fascista disidente Misuri, en 1923, véase Adrián Lyttleton, *The Seizure of Power* (Londres, 1974), p. 180. <<

[859] Bernanos, pp. 111-112. <<

[860] Cit. por Jellinek, p. 405 <<

[861] Dundas, p. 69 y ss. Georges Oudprd (*Chemises noires, brunes, vertes en Espagne*, París, 1938, p. 196 y ss.), un escritor derechista, escribió: «Si Franco conservó Mallorca, fue gracias a la aviación italiana». Azaña, vol. IV, pp. 629 y 776, manifiesta un especial desprecio por esta expedición para una «Cataluña más grande», de la que no estaba informado. La Cierva, *Historia Ilustrada*, vol. II, p. 83, dice que prácticamente no hubo represión en Mallorca; quizá Bernanos exageraba, pero todo indica que hubo

«numerosísimas ejecuciones», como dijo más tarde un informador a Azaña (*op. cit.*, p. 737). <<

[862] Estos detalles se cuentan en el libro de Elliot Paul anteriormente citado. <<

[863] Véase Óscar Pérez Solís, *Sitio y defensa de Oviedo* (Valladolid, 1938), *pássim.*; y un nuevo estudio, de Óscar Muñiz Martín, *El verano de la dinamita* (Madrid, 1974). <<

[864] Borkenau, p. 147; *Causa General*, pp. 317-341. <<

[865] GD, p. 61. <<

[866] Conde Ciano, *Diplomatic Papers* (Londres, 1948), pp. 23-26. <<

[867] Edén, p. 402 <<

[868] GD, p. 27. <<

[869] *Ibid.*, p. 30. <<

[870] *FD*, p. 120. <<

[871] *GD*, p. 27. <<

[872] *The Times*, 7 de agosto de 1936. <<

[873] *GD*, p. 323. <<

[874] *USD*, 1936, vol. II, p. 485. <<

[875] Álvarez del Vayo (*Freedom's Battle*, p. 70), dijo que las palabras del embajador inglés fueron mucho más fuertes y, aunque no hay más evidencia que la de la versión dada arriba, que corresponde al relato de *sir* George (telegrama de París n.º 252, del 7 de agosto), y la de los Documentos Franceses (*FD*, vol. III, pp. 158-159), es posible que hablara con especial energía: Hugh Lloyd Thomas, representante británico en París, escribió particularmente a *sir* Alexander Cadogan, subsecretario del Foreign Office, que la conversación del embajador con Delbos «podía muy bien haber sido el factor que había decidido al gobierno [francés]

a anunciar su política de no intervención» (*FO*, 371205/31/27). El subsecretario francés, Fierre Vienot, dijo más tarde a Thomas que las «oportunas palabras» del embajador habían sido sumamente útiles y que él había «atendido» al llamamiento del embajador. La creencia general en aquellos momentos era que la «pérfida Albión» había inspirado la no intervención desde el principio. <<

[876] *Les événements survenus*, p. 219; *FD*, p. 130 y ss., y *FO*, 371/20527. <<

[877] Fierre Cot, *The Triumph of Treason* (Chicago, 1944), pp. 345-346. <<

[878] De los Ríos convenció a Blum con una elocuente descripción de los jóvenes milicianos que luchaban contra el fascismo en la sierra. Blum lloró (Azcárate, p. 257). <<

[879] Cot, pp. 353-354. <<

[880] Pike, pp. 44-46, 48. <<

[881] Véase la carta de Companys a Prieto del 13 de diciembre de 1937, cit. por Peirats, vol. I, p. 136. <<

[882] CD, p. 36. <<

[883] GD, p. 38. <<

[884] Ibid., p. 37. <<

[885] Traína, p. 50. <<

[886] USD, 1936, vol. II, p. 474. <<

[887] Ibid., p. 488. El primer «incidente» que se planteó a Estados Unidos a consecuencia de la guerra española fue el bombardeo accidental por parte de los nacionalistas del destructor norteamericano Katte, que se dirigía de Gibraltar a Bilbao para evacuar a los ciudadanos americanos que estaban allí. El barco no sufrió daños, y luego Franco envió unas disculpas un tanto evasivas (Taylor, pp. 61-62). <<

[888] Esta prohibición primeramente dependió de una

acción similar de Italia, Alemania, Rusia y Portugal; pero, el día 19, se aplicó condicionalmente (Edén, p. 403). <<

[889] *GD*, p. 45. <<

[890] Ciano, *Diplomatic Papers*, pp. 31-32. <<

[891] *GD*, p. 60. <<

[892] La tripulación del Junker ya había sido puesta en libertad. El avión fue destruido en un bombardeo aéreo nacionalista. <<

[893] C. O. S. 50q del 24 de agosto de 1936: «Una España hostil o la ocupación del territorio español por una potencia hostil haría sumamente difícil que pudiéramos controlar el estrecho y utilizar Gibraltar como base naval y aérea». <<

[894] *USD*, 1936, vol. II, p. 515. <<

[895] *Izvestia*, 26 de agosto de 1936. <<

[896] La República había reconocido a la URSS en 1933, pero la rebelión de Asturias había impedido el intercambio de embajadores (que estaba previsto desde febrero de 1936), y no tuvo lugar hasta este momento. <<

[897] Sobre Antonov Ovseenko, véase Isaac Deutscher, *The Prophet Armed* (Londres, 1954), p. 221, y *The Prophet Unarmed* (Londres, 1959), pp. 116-117, 160-161, 406. <<

[898] Sobre la llegada de Kuznetzov (más tarde almirante y jefe supremo de la armada rusa), véanse sus recuerdos en *Bajo la bandera de la España republicana*, una colección de recuerdos rusos editada en Moscú, en 1967. <<

[899] Walter Krivitsky, *I was Stalin's Agent* (Nueva York, 1939), p. 98. Véase también Elizabeth Poretsky, *Our Own People* (Londres, 1969), pp. 211-212. El verdadero nombre de Berzin era Ian Pavlovich Kuzis. <<

[900] Ilya Ehrenburg, *Men, Years-Life* (Londres, 1963), vol. IV, p. 110. Había estado en España antes, en aquel mismo año.

<<

[901] Koltsov, pp. 9, 59. Koltsov habla de la llegada en ese día de un «comunista mexicano, Miguel Martínez», seudónimo del propio Koltsov. Koltsov probablemente era el agente personal de Stalin en España y en ocasiones tenía línea directa con el Kremlin. <<

[902] Sobre la vida en este hotel, véase el brillante capítulo 18 del libro de Hemingway *Por quién doblan las campanas*. <<

[903] Declaración del general Warlimont al US Military Intelligence en 1946 (UN *Security Council Report on Spain*, p. 76). <<

[904] A pesar de la no intervención, a partir de entonces el Foreign Office dio asilo a los españoles refugiados del «terror rojo»; y, al cabo de pocas semanas, la embajada en Madrid (dirigida por George Ogilvie Forbes) comprendía siete edificios. El cambio de la política inglesa respecto a los refugiados se debió a las consecuencias de haber rehusado conceder refugio a la marquesa de Balboa y a su hijo de doce años (que más tarde fue fusilado). Durante el resto de la guerra, las embajadas de la capital de España fueron el hogar de varios miles de españoles de las clases alta y media, algunos de los cuales eran miembros activos de la quinta columna; otros estaban aterrorizados y deshechos; y todos hambrientos, helados de frío y pálidos, debido al encierro. Más tarde hubo algunos intercambios de estos refugiados por republicanos que estaban en manos de los nacionalistas. <<

[905] Edén, p. 122. <<

[906] «Shakes» Morrison (Morrison «el temblón»), como le llamaban, era un político conservador y había sido presidente de un subcomité del gobierno que se dedicaba a

coordinar la no intervención desde principios de agosto. <<

[907] «Non-Intervention Committee records in the Public Record Office», primera sesión. En las referencias siguientes, *NIS*. El comité de no intervención estaba atendido en todo por el Foreign Office. Los papeles, documentos, etc., los preparaba una secretaría británica. <<

[908] Ribbentrop, p. 71. <<

[909] GD, p. 77. <<

[910] Kay, p. 95. A principios de septiembre, las tripulaciones de dos barcos de guerra portugueses redujeron a sus oficiales y se dispusieron a zarpar para sumarse a la República. Salazar hizo que los destruyeran a cañonazos. <<

[911] *Ibid.*, p. 75. <<

[912] Ribbentrop, *loc. cit.* En su justificación, escrita en Nuremberg entre el juicio y la sentencia, añadió: «A menudo deseaba que aquella desdichada guerra civil española se fuera al diablo, porque me proporcionaba constantes discusiones con el gobierno británico». <<

[913] GD, p. 84. <<

[914] *Lord* Plymouth en la reunión del comité del 23 de octubre de 1936. <<

[915] Edén en la Cámara de los Comunes, 16 de diciembre de 1936. <<

[916] D. Cattell, *Soviet Diplomacy and the Spanish Civil War* (Berkeley, 1957), p. 24. «La Pasionaria», Marcelino Domingo y Jiménez de Asúa tampoco consiguieron convencer a Blum en una audiencia que les concedió por entonces (Ibárruri, p. 305). Pero otros quedaron convencidos; por ejemplo, Edith Thomas escribió:

> *Pasionaria, Pasionaria,*
> *Il n'est plus temps que les hommes t'aiment.*
> *lis t'écoutent*

[917] Koestler, *Invisible Writing*, p. 323. Más tarde, Bing sería miembro laborista del Parlamento y fiscal general del presidente Nkrumah, en Ghana. La República española dijo que aceptaría una «verdadera no intervención». Con eso querían decir que no hubiera leyes en ningún país que les impidieran la compra de armas. Esta visión de la no intervención era bastante diferente, por ejemplo, de la que tenía el Partido Laborista, que consideraba que ningún bando había de tener la posibilidad de comprar armas en el extranjero. <<

[918] *NIS*, segunda reunión. <<

[919] Iturralde, vol. II, pp. 224-225. <<

[920] Sus seguidores también estaban influidos por una película sobre la revolución rusa en la que se describían las hazañas de Chapaiev, el jefe de guerrilleros. Igual que antes de la guerra, las películas causaban gran impresión en la clase obrera española; incluso Shirley Temple en *El pequeño coronel*, que también se proyectó en Madrid por entonces. También tuvo mucho éxito Groucho Marx, que aparecía como el presidente de «Libertonia» en la película *Sopa de ganso*. Con un aspecto similar al de cualquier político español, contemplaba un informe y comentaba: «Un niño de cuatro años podría entender este informe. Que me traigan un niño de cuatro años». <<

[921] Sobre Madrid en esta época, véase Barea, pp. 569-570. <<

[922] Ibárruri, p. 297. <<

[923] Nenni, p. 146. <<

[924] Véase su entrevista con Koltsov del 26 de agosto: «Es un tonto que quiere pasar por listo [...]. Es un desorganizador [...] capaz de echarlo a perder todo y a todos

[...]. Y, a pesar de todo, por lo menos hoy, es el único hombre [...] apropiado para encabezar un nuevo gobierno». <<

[925] Ibárruri, p. 285. <<

[926] Ella y un hijo suyo de un matrimonio anterior fueron con el albacea de Fanjul a enterrar al general en el cementerio de la Almudena. Allí fueron asesinados el hijo y el albacea (García Venero, *Madrid 1936*, p. 364). <<

[927] Pueden encontrarse dos versiones opuestas en *Causa General* y en Borkenau (p. 127); véase también «Juan de Córdoba», *Estampas y reportajes* (Sevilla, 1939), p. 105, donde aparece la versión de los hechos de Serrano Súñer. <<

[928] Sobre la reacción de Azaña, véase su diario, *Obras*, vol. IV, pp. 850-851, y Rivas Cherif, *Retrato de un conocido* (México, 1961), p. 159. Azaña nunca se recuperó tras estos asesinatos. Ni perdonó al antiguo «monárquico sin rey» Ossorio y Gallardo, que pareció encajar tranquilamente aquellos desafueros: «Yo no justifico nada, no. Pero está en la lógica de la historia». (Azaña, vol. IV, p. 625). Sin embargo, fue Ossorio quien convenció a Azaña para que no dimitiera: «En el otro lado mueren muchos fusilados con el nombre del presidente en los labios». A partir de entonces, Azaña, más que un presidente, continuó siendo «prisionero de su misma condición de símbolo republicano» (Azaña, vol. IV, p. XXXVII). <<

[929] Lorenzo, p. 122. <<

[930] Hernández, p. 139. Azaña, vol. IV, p. 821. <<

[931] Azcárate, manuscrito, pp. 6-9. Araquistain, el principal inspirador del fatal giro a la izquierda de Largo Caballero antes de la guerra, ahora se estaba inclinando hacia la derecha. <<

[932] El otro ministro de Izquierda Republicana (el de Justicia) era Mariano Ruiz Funes, ministro de Agricultura con Casares Quiroga y con Giral. El ministro de Unión Republicana era Bernardo Giner de los Ríos, ministro de Comunicaciones, y el ministro de la *Esquerra* era José Tomás y Piera, de Trabajo y Sanidad. El 16 de septiembre, un valenciano, Julio Just (Unión Republicana, exradical), fue nombrado ministro de Obras Públicas y, el 25 de septiembre, Manuel de Irujo (nacionalista vasco) pasó a ser ministro sin cartera. <<

[933] Véase Castro Delgado (p. 545). Sobre Cordón, véase la atractiva descripción de Martín Blázquez, p. 279. Cordón era un capitán del ejército regular que se había retirado acogiéndose a la ley de Azaña en 1932. Véase Cordón, p. 257. <<

[934] Alvarez del Vayo, p. 203; Hernández, p. 47; Inprecorr, cit. por Cattell, *Communism and the Spanish Civil War* (Berkeley, 1955), p. 56; Borkenau, p. 32; Martín Blázquez, p. 189, Los comunistas además se quedaron con los cargos de subsecretario de Educación (Wenceslao Roces) y de Sanidad (Juan Planelles). <<

[935] Fue entonces cuando se sumaron al ejército de África dos antiguos oficiales del ejército inglés, los tenientes Nangle y Fitzpatrick. El primero, que había estado en la India, era un oficial sumamente eficiente. Fitzpatrick era más un soldado romántico irlandés de fortuna, que explicaba que lo que le había impulsado a presentarse voluntario para venir a España había sido la visión de una famosa fotografía de un grupo de milicianos vestidos con ornamentos sacerdotales y sentados sobre un altar. Los dos recibieron mando en la legión; cosa que ocurría por primera vez con extranjeros no procedentes de sus filas. Fitzpatrick me

permitió amablemente leer sus recuerdos manuscritos de sus experiencias en España. <<

[936] Aznar, p. 202. <<

[937] Vázquez Camarasa no tardó en abandonar Madrid y marcharse a París, desilusionado. Sobre los problemas que tendría después, véase Quintanilla, *Los rehenes del Alcázar*. Murió en Burdeos, en 1946. <<

[938] Recuerdos de Henry Buckley y *lord* St. Oswald. <<

[939] Ibárruri, p. 310. <<

[940] Iturralde, vol. II, p. 224. <<

[941] Tagüeña, p. 134. <<

[942] Ibárruri, p. 309. <<

[943] Kindelán, p. 123. <<

[944] Manuscrito de Fitzpatrick. <<

[945] Geoffrey Cox, *Defence of Madrid* (Londres, 1937), p. 54. Este periodista (posteriormente *sir* Geoffrey Cox, de Independent Televisión) estaba en Madrid por entonces. Otros han hablado de la matanza en este hospital. Ciertos milicianos no heridos se refugiaron en el hospital y con ello atrajeron el fuego de los moros en aquella dirección. <<

[946] John Langdon-Davies, *Behind the Spanish Barricades* (Londres, 1936), p. 257. <<

[947] Kindelán, p. 23. <<

[948] Martínez Bande, La invasión de Aragón, p. 267; Franco, cit. por Cabanellas, vol. I, p. 621. <<

[949] En *Por quién doblan las campanas*, Pilar se refiere a la bandera republicana como «sangre, pus y granada», y a la bandera monárquica simplemente como «sangre y pus». <<

[950] Bahamonde, pp. 36-38. El discurso de Pemán aparece en la *Enciclopedia Universal Ilustrada*, 1936-1939, Suplemento

(vol. II, p. 1404). <<

[951] Del Burgo, pp. 158-159. <<

[952] Tamames, *Estructura*, p. 558. <<

[953] Los envíos eran legales de acuerdo con la ley de neutralidad norteamericana de 1935. Después de la ley de embargo, se hicieron algunos envíos declarando que iban con destino a Francia. La Texas Oil Company fue sancionada con una multa de 22 000 dólares. Pero la multa no cambió nada; en 1936 se entregaron 344 000 toneladas de petróleo, en 1937, 420 000; en 1938, 478 000, y en 1939, 624 000. La cuenta de 6 millones de dólares fue pagada y se renovó el crédito (Feis, p. 269). Véase también Joseph L. Thorndike Jr., *Life*, 1 de julio de 1940. Al parecer, la decisión de Texaco se debió a la acción de un empleado de CAMPSA, Juan Antonio Álvarez Alonso, que fue en avión de Barcelona a Marsella, donde se entrevistó con W. M. Brewster, de Texaco (Francia), quien le puso en contacto con Rieber, que entonces se encontraba en París. El gobierno de la CEDA había cambiado a su antigua suministradora de petróleo, Rusia, por la Texaco, en 1935. (Véase Bolín, pp. 221-225, y Ramón Garriga, *Las relaciones secretas entre Franco y Hitler* [Buenos Aires, 1965], p. 164). <<

[954] *GD*, pp. 84-89. <<

[955] *USD*, vol. II, p. 611. A finales de septiembre, los alemanes habían transportado 250 000 kilos de material de guerra y 13 500 hombres de Marruecos a Andalucía en aviones Junker, escoltados por cazas Heinkel; en España había unos 550 alemanes combatiendo y unos 400 italianos. Véase Whealey, en Carr, *The Republic*, p. 218, basado en documentos de la Luftwaffe. El 29 de septiembre empezó una nueva operación de envío de armas de Hamburgo a España en gran escala bajo el nombre de «Operación Otto».

<<

[956] Franco instaló su cuartel general en un palacio de Cáceres el 26 de agosto. En una fresca habitación de esta calurosa ciudad extremeña trabajaba con sus ayudantes y su hermano Nicolás como consejero político. En dos ocasiones, mientras visitaba al ejército de África al el frente, tuvo que abandonar su automóvil para ocultarse de un avión republicano que merodeaba por allí. <<

[957] Bahamonde, pp. 48-49. Cañizares, antiguo amigo de Queipo de Llano, que le había dado el cargo, se peleó con él por culpa de sus diferentes criterios sobre la libertad de acción que había que permitir al gobernador civil; no fue trasladado hasta 1938. Luego, Queipo de Llano lo condenó a muerte, pero Franco, con quien había servido en Marruecos, lo salvó. <<

[958] García Venero, *Falange*, p. 182. <<

[959] El 2 de agosto se había celebrado otra reunión de jefes provinciales supervivientes. <<

[960] García Venero, p. 190 y ss. Componían la junta Aznar, José Sáinz (Castilla la Nueva), Jesús Muro (Zaragoza), Andrés Redondo (Castilla la Vieja), y José Moreno (Navarra), y el secretario, Francisco Bravo (Salamanca). José Sáinz que, en realidad, era el mayor de los falangistas presentes, nunca aceptó el nombramiento de Hedilla. Véase Gumersindo Montes Agudo, *Pepe Sáinz*, cit. por Southworth en *AntiFalange*, p. 140. <<

[961] Gil Robles, p. 756. En realidad, Mola le dijo que se fuera. <<

[962] Kindelán, pp. 50-53; Iribarren, p. 216. Esta reunión no se celebró el 12 de septiembre, como se ha dicho a veces, probablemente debido a una errata en el libro de Kindelán. Estuvieron presentes los generales Cabanellas, Franco,

Queipo de Llano, Saliquet, Mola, Dávila, Orgaz, Gil Yuste y Kindelán, y los coroneles Montaner y Moreno Calderón. <<

[963] Y así se lo dijo a Kindelán el 28 de septiembre (Cabanellas, vol. I, p. 652, nota). <<

[964] S. Payne, *Politics*, pp. 371-372. <<

[965] La mejor descripción está en Cabanellas, vol. I, pp. 654-655. Lo que realmente ocurrió durante el almuerzo no está claro a pesar del testimonio de Kindelán (p. 54) y de Dávila en La Voz de España, 1 de octubre de 1961. <<

[966] Gil Robles, p. 776, nota 2. <<

[967] Cabanellas, p. 655. Sobre el decreto, véase Díaz Plaja, pp. 249-250. El abogado monárquico Yanguas Messía, ministro de Estado en tiempos de Primo de Rivera, fue quien redactó el decreto, al final. <<

[968] Cabanellas, p. 658. <<

[969] Ansaldo, p. 78. <<

[970] Véase Del Burgo, p. 267. Una curiosidad: el último pretendiente carlista de la antigua línea dinástica murió en accidente de automóvil por culpa de un camión del ejército austríaco. <<

[971] *GD*, p. 107. <<

[972] Hoare, p. 145. <<

[973] La junta estaba formada por Dávila («presidente»); gobernador general, Francisco Fermoso Blanco; secretario de Guerra, general Gil Yuste; los presidentes de las comisiones eran Andrés Amado (Hacienda); José López (Justicia); Joaquín Bau (Comercio); Juan Antonio Suances (Industria); Alejandro Gallo (Agricultura); Romualdo de Toledo (Educación); José María Pemán (Cultura); Mauro Serret (Obras públicas); Nicolás Franco (secretario general), y Francisco Serra (secretario general de Relaciones Exteriores).

Sangróniz había sido miembro del directorio general de Marruecos en los años 20. <<

[974] *GD*, p. 105. <<

[975] Véase el relato del capitán del *Canarias*, Francisco Bastarreche, *La guerra de liberación nacional* (Zaragoza, 1961), p. 39) y ss. <<

[976] Abad de Santillán, p. 116. <<

[977] Leval, p. 126. Véase Benavides, Guerra y Revolución (p. 132), donde puede encontrarse una descripción y un ataque a estas patrullas de control. <<

[978] Peirats, vol. I, p. 216. Peirats, por entonces director de Acracia en Lérida, era uno de los que criticaban la idea de la participación. <<

[979] *Toronto Star*, 18 de agosto de 1936. A pesar de que el periodista decía que estaba oyendo «el estruendo de los cañones en el frente», parece ser que esta entrevista tuvo lugar en Barcelona, antes. Véase Paz, p. 446. Durruti no tardó en convertirse a la «disciplina de la indisciplina». <<

[980] Por entonces, Durruti visitó Madrid (en una misión fantástica) y dijo a un periodista: «Estoy en contra de la disciplina de cuartel, pero también en contra de la libertad mal entendida a que suelen recurrir los cobardes [...]. En la guerra, los delegados deben ser obedecidos». (Peirats, vol. I, p. 221). <<

[981] Peirats, vol. I, p. 227; Lorenzo, p. 147. Más tarde examinaremos el carácter de esta organización. <<

[982] El nacionalista vasco Irujo había entrado a formar parte del gobierno republicano el 25 de septiembre (Lizarra, p. 99). <<

[983] Esto se hizo a raíz de un incidente horripilante. Bilbao había sido bombardeado el 29 de septiembre. La furia del

pueblo había originado el asesinato de una serie de presos políticos que estaban encerrados en tres pequeños barcos de carga anclados en el puerto de Bilbao. Después, el gobierno vasco liberó a 130 mujeres como parte de un intercambio acordado anteriormente a través del doctor Junod. Pero, la primera vez que éste regresó a Bilbao, lo hizo sin los niños que había prometido traer de un lugar próximo a Burgos, donde los había sorprendido la guerra mientras estaban de vacaciones. Porque los nacionalistas se habían vuelto atrás después de dar su palabra. Las campanas de las iglesias de Bilbao estaban sonando, las madres y los familiares de los niños se apiñaban en el muelle, y el barco británico *Exmouth* llegó vacío. La decepción hizo que estuvieran a punto de linchar al doctor Junod. Más tarde, fueron devueltos cuarenta niños. Pero el intercambio completo nunca llegó a realizarse. <<

[984] Aguirre, p. 29; testimonio de Luis Ortúzar. <<

[985] Lorenzo, p. 162; Iturralde, vol. II, p. 228. <<

[986] Gregorio López Muñiz, La *batalla de Madrid* (Madrid, 1943), p. 5. <<

[987] Fischer, p. 353. <<

[988] Simone Tery, *Front de la Liberté* (París, 1938). <<

[989] Jackson, p. 312. <<

[990] Koltsov, p. 293. <<

[991] *USD*, 1936, vol. II, p. 536. Por entonces los nacionalistas estaban representados en Washington por el ex embajador en París, Cárdenas, que llegó a Estados Unidos a finales de agosto y que semanalmente se entrevistaba con el subsecretario del Departamento de Estado, James Dunn, un diplomático de carrera que, diecisiete años más tarde, siendo embajador de los Estados Unidos en la España de Franco,

concluyó el acuerdo sobre las bases hispano-norteamericanas (testimonio de Cárdenas). <<

[992] FD, vol. III, p. 526. <<

[993] Spriano, p. 87. <<

[994] Hay un estudio de esta institución realizado por Eduardo Comín Colomer: *El comisariado político* (Madrid, 1973). <<

[995] George Orwell, «Notes on the Spanish Militias», en *Collected Essays; Journalism and Letters*, ed. por Sonia Orwell y Ian Angus (Londres, 1968), vol. I, p. 320. <<

[996] El 15 de octubre, García Escámez también entró en Sigüenza mediante un ataque repentino al nordeste de Madrid. Los milicianos se escondieron en la catedral y los cañones nacionalistas destruyeron parte de aquel admirable edificio antes de que aquéllos se rindieran. <<

[997] Había sido ascendido a general después de la conquista de Talavera. <<

[998] Azaña, vol. IV, p. 818. Véase una versión diferente en Largo Caballero, p. 187. <<

[999] Álvarez del Vayo, *The Last Optimist* (Londres, 1950), p. 173. <<

[1000] Largo Caballero, p. 186. <<

[1001] Véase Carlos Semprún Maura, *Révolution et contre-révolution en Catalogne* (Tours, 1974), p. 110 y ss.: se trata de la crítica hostil de un anarquista. <<

[1002] Krivitsky (p. 110) habla de «tres altos funcionarios republicanos» que llegaron a Rusia a finales de agosto. Por sorprendente que parezca, de momento no hay ninguna otra evidencia de esta visita, pero yo me inclino a aceptar el testimonio de Krivitsky, aunque a veces se equivoque en los detalles. <<

[1003] Carta al autor, julio de 1964. Véase G. Prokofiev en *Bajo la bandera*, p. 373. Estos pilotos volaron en España durante «la mayor parte de septiembre». <<

[1004] Un agente alemán informó en septiembre de que estaban cruzando los Dar dáñelos tres barcos rusos que transportaban 500 toneladas de material de guerra y 1000 de municiones. Véanse los archivos del agregado militar alemán en Ankara (Anexo del Informe N.º 4238 del agregado militar alemán, Ankara, 7 de febrero, 1938, y Anexo 2 del Informe N.º 7238 del 4 de abril de 1938) que pretenden ser afirmaciones procedentes de un agente alemán con acceso a los registros turcos sobre la cantidad de ayuda soviética que pasaba por los Dardanelos. (D. C. Watt descubrió estos valiosos documentos; véase *The Slavonic and East European Review*, junio de 1960, pp. 536-541). El cónsul general alemán en Barcelona informó, el 16 de septiembre, de que una fuente bien informada le había dicho que los rusos habían desembarcado 37 aviones en España, donde habían llegado, por vía marítima, la semana anterior (*GD*, p. 89), pero nadie los vio en el aire hasta octubre. Véase una aparente confirmación de esto en Gisdon, p. 123. Sin embargo, el encargado de negocios francés en Turquía informó de que, del 15 de agosto al 15 de septiembre, «sólo fueron vistos cuatro barcos rusos o españoles que transportaban 30 000 toneladas de petróleo para España» (*FD*, p. 567). <<

[1005] Sin embargo, otro testimonio indica que Stalin no estaba en Moscú aquel día. <<

[1006] Ibárruri. p. 301. <<

[1007] Krivitsky, p. 111. <<

[1008] Sobre la reunión, véase Krivitsky, pp. 110-113. Más adelante, Orlo huyó a Estados Unidos, donde estuvo escondido hasta la muerte de Stalin luego declaró como

testigo en varios juicios de espías en los años cincuenta, y manifestó al subcomité de Seguridad Interior del senado que su papel en España había sido de asesor en cuestiones de «espionaje, contraespionaje y lucha de guerrilla» (Testimonios, parte 51, 1957, p. 3422). Dijo a Stanley Payne que le habían destinado a España el 26 de agosto y que llegó allí el 9 de septiembre. Pero, sobre Orlov, véase Poretsky, p. 259. <<

[1009] Uritsky, que tenía 36 años, era hijo del fundador de la Cheka, asesinado en 1918. Umansky (a quien Krivitsky llama equivocadamente Oulansky) fue uno de los comunistas judíos de Polotsisk, en lo que había sido la Galitzia austríaca, que desempeñaron un interesante papel en la diplomacia secreta rusa, y sobre los cuales escribió un libro de recuerdos la viuda de uno de ellos (Ignace Reiss-Poretsky) (Elizabeth Poretsky, *Our own People*, Londres, 1969). Krivitsky era otro de ellos. Umansky («Misha») aparece muchas veces en el estudio de la señora Poretsky. <<

[1010] Véase Hernández, p. 42; Fischer, p. 350. <<

[1011] *GD*, p. 100. <<

[1012] FD. vol. III, p, 567. <<

[1013] Krivitsky, p. 100. <<

[1014] Discurso de Pierre Besnard en el VII Congreso de la AIT en París, en 1937, cit. por Andrés Suárez en *El proceso contra el POUM* (París, 1974), p. 22, nota. <<

[1015] Cattell, *Soviet Diplomacy*, p. 44. <<

[1016] *NIS*, quinta reunión. <<

[1017] Véase también (si se desea una confirmación aproximada de la cifra) *GD*, p. 126; *New York Times*, 24 de octubre de 1936. <<

[1018] Kuznetzov en *Bajo la bandera*, p. 179; también

Krivoshein en el mismo sitio, p. 319. Algunos barcos eran rusos, la mayoría eran españoles. <<

[1019] «I» era la letra que indicaba «caza rápido» en las fuerzas aéreas rusas y, por consiguiente, estos dos cazas eran el 15.º y el 16.º de la serie. «SB» significaba bombardero y «R», reconocimiento. Tanto los *Chatos* como los *Moscas* fueron diseñados por Polikarpov. <<

[1020] Véase García Lacalle, p. 561 (en 1938 llegó un pequeño número de aviones del modelo mejorado 1-15 bis); Sanchís, p. 30 y ss. <<

[1021] Véase García Lacalle, p. 565; Sanchís, *loc. cit.* <<

[1022] El *Katiuska* tenía una autonomía de 1500 kilómetros, una capacidad para bombas de 900 kilos, y la misma velocidad de subida que el *Mosca*. Véase Sanchís, *loc. cit.* Este bombardero tenía una tripulación de tres personas, dos ametralladoras móviles y una fija, todas ellas de 7,62 mm. Su carga de bombas consistía en seis bombas rusas de 70 kilos y cuatro de 10. Estaba inspirado en el americano *Martin 139* y en la zona nacionalista se le conocía con este nombré. <<

[1023] Los *Natashas* eran biplanos de 750 cv. <<

[1024] El *Rasante* tenía 500 cv. <<

[1025] El tanque ruso T-26 pesaba 10,5 toneladas y tenía un cañón de 45 mm de calibre y dos ametralladoras gemelas; el TB-5 (que no se usó hasta finales de 1937) disponía también de un cañón de 45 mm y cuatro ametralladoras gemelas. Pesaba 20 toneladas. Los Panzer pesaban 6 toneladas y llevaban dos ametralladoras, y los Fiat-Ansaldo pesaban 3,3 toneladas y sólo llevaban una ametralladora. Véase, entre otros, R. Salas, en Carr, *The Republic*, p. 187; y también Modesto, p. 235. <<

[1026] Las fábricas intervenidas por Franco copiaban más a éstas que a sus equivalentes alemanas. <<

[1027] Véase Martínez Amutio, p. 85. <<

[1028] Largó Caballero, p. 206; Prokofiev, en *Bajo la bandera*, p. 380 y ss. <<

[1029] Conocido como «Kupper» en España. (Castro Delgado, pp. 457-458; Hernández, pp. 80-81). <<

[1030] Ehrenburg, *Eve of War*, pp. 146-147. Véase también Modesto, p. 237; Ibárruri, p. 346; Líster, p. 76; y José Luis Alcofar Nassaes, *Los asesores soviéticos en la guerra civil española* (Barcelona, 1971), *pássim*, y la historia soviética de la segunda guerra mundial (*Istoriya Veltkoy Otechestvennoy voyny Sovetskogo Soyuza 1941-1945*, vol. I, pp. 112-113). Según «el Campesino», Rokossovsky era el encargado del espionaje en la España nacionalista, se dice con el fin de poder comunicar a Stalin cómo eran determinadas armas alemanas. «El Campesino» dice que Konev, bajo el nombre de «Paulito», entrenó a terroristas en España. Otro ruso que dirigió sabotajes y guerrillas en el territorio nacionalista (a las órdenes de Orlov, según confesó éste ante el subcomité del Congreso en 1957) fue Etingon (también conocido por Kotov). Éste fue el amante de la comunista de Barcelona Caridad Mercader del Río, y convirtió al hijo de ésta, Ramón, en un agente muy útil; más adelante sería empleado para asesinar a Trotsky, Ehrenburg dice que Kotov «me inspiraba cierta desconfianza» (*op. cit.*, p. 231). Krivitsky habla de un tal general Akulov que organizó el espionaje militar en Cataluña (*op. cit.*, p. 117); supongo que Kotov y Akulov eran la misma persona. <<

[1031] R. Salas, vol. I, p. 533. La Cierva, *Historia Ilustrada*, vol. I, p. 399, habla de un coronel ruso (¿Krivoshein?) de quien recordaban en Archena que había ayudado a limitar la represión local. <<

[1032] Véase en las memorias del jefe de la red de espionaje

militar checoslovaco, coronel Moravec, *Master of Spies* (Londres, 1975), p. 107, un relato de cómo Checoslovaquia ayudó a llegar a España a 120 oficiales rusos entregándoles pasaportes. <<

[1033] El valor total del oro español era de 2 367 000 000 de pesetas (unos 783 millones de dólares), mientras que a Rusia se envió el equivalente a 1 581 642 000 pesetas (unos 500 millones de dólares). La cantidad enviada a Francia en julio tenía un valor de 470 000 000 de pesetas (155 millones de dólares), que se añadían al oro por valor de 257 000 000 de pesetas (85 millones de dólares) que ya estaba allí. Véase el apéndice VII. <<

[1034] Largo Caballero, pp. 203-204. Véanse algunos detalles en Martínez Amutio, p. 52 y ss. <<

[1035] Paz, pp. 386 y ss., y Azaña, vol. IV, p. 705. *Díaz* Sandino *y Abad* de Santillán se entrevistaron con Azaña en septiembre y le dijeron que los anarquistas querían el oro de Barcelona; además, Díaz Sandino sugirió a Azaña que se convirtiera en dictador. <<

[1036] Ésta es la versión de Prieto, según figura en artículos suyos recogidos más adelante en *Convulsiones*, vol. II, pp. 132-141; parece más digna de confianza que las versiones de Araquistain, que no estuvo allí, o de Álvarez del Vayo, cuya memoria le jugaba a veces malas pasadas (véase Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, pp. 286-287, y también Alexander Orlov en *Reader's Digest*, enero de 1967, y su testimonio ante el subcomité de Seguridad Interior del Senado). Véase en Jackson, p. 318, nota 8, la sugerencia de que Prieto debía de saberlo, y el artículo del entonces embajador español en Rusia, Marcelino Pascua, en *Cuadernos para el diálogo*, junio/julio, 1968. <<

[1037] Martínez Amutio, pp. 58-59. <<

[1038] Detalles de Orlov. «El Campesino» dijo más adelante que había escoltado el oro hasta Cartagena. En 1956, el recibo del oro que Rusia entregó a España y que los herederos de Negrín cedieron al gobierno nacionalista, mencionaba 7800 cajas; o tenía razón Méndez Aspe, o el gobierno ruso aceptó su cifra utilizando las otras cajas para sus propios fines. <<

[1039] Kuznetzov, en *Bajo la bandera*, p. 182 y ss. Kuznetzov tenía su base permanente en Cartagena. <<

[1040] *GD*, p. 128. <<

[1041] Prieto, *Convulsiones*, vol. II, pp. 131-133. <<

[1042] Martínez Amutio, p. 58. <<

[1043] Orlov, subcomité de Seguridad Interior del Senado, parte 51, p. 3434. <<

[1044] *New York Times*, 10 de enero de 1957. <<

[1045] Krivitsky, pp. 103-105; Poretsky, p. 150. Zimin no es identificable fuera de esto. <<

[1046] Esta información procede de una nota enviada por el ministerio alemán de Asuntos Exteriores, el 8 de octubre de 1938, al ministerio español nacionalista de Asuntos Exteriores, citada en *Las brigadas internacionales* (un folleto de propaganda nacionalista de los años 50), p. 43. <<

[1047] Fischer, p. 371. Araquistain fue su presidente hasta diciembre y entonces pasó a ocupar su puesto Alejandro Otero. Otero volvió a España en 1937 para suceder al coronel Pastor en su cargo de subsecretario del ministerio de Defensa encargado del armamento. Prieto le hizo dimitir en diciembre de 1937 y entonces continuó en París donde vendía armas por su cuenta. En abril de 1938, se convertiría en subsecretario de Defensa, nombramiento que Peirats comparaba con nombrar a Al Capone presidente del banco

de España (*op. cit.*, vol. II, p. 147). Los anarquistas consideraban a Otero (diputado socialista por Granada y profesor de ginecología) un logrero puro y simple. Por otra parte, cuando tenía a su cargo las fábricas de armamento, negó resueltamente al SIM (la policía política introducida en la República más adelante, durante la guerra) su permiso para entrar en aquellas fábricas (Martínez Amutio, p. 327). <<

[1048] Aunque es cierto que llegó a la República auténtico material alemán, y que el embajador nacionalista en Berlín tuvo que quejarse, esto no ocurrió hasta 1938. <<

[1049] Krivitsky, p. 103. <<

[1050] Véase Jorgen Schleimann, «New Light on Muenzenberg», *Survey*, abril, 1965. Muenzenberg sólo pudo volver a París gracias a la intervención personal de Togliatti. En 1937, finalmente se peleó con sus jefes y salió del partido, siendo asesinado misteriosamente en el sur de Francia en 1940. En París le sucedió el checo Bohumil Smeral (el primer dirigente del Partido Comunista checo durante los primeros años 20), que no tenía ninguna de sus dotes. <<

[1051] Spriano, vol. III, p. 94. <<

[1052] Spriano, vol. III, p. 130. <<

[1053] Véase John Erickson, *The Origins of the Red Army*, en *Revolutionary Russia*, ed. R. Piper (Harvard, 1968), p. 251 y ss. Agradezco particularmente al profesor Erickson su ayuda para encontrar esta referencia. Tito actuó en el grupo internacional yugoslavo en 1919. <<

[1054] Véase «A. Neuberg», *Armed Insurrection* (Londres, 1970), p. 90. <<

[1055] Jacques Delperrie de Bayac, *Les Brigades Internationales* (París, 1968), p. 76. <<

[1056] Emilio Lussu, «La Legione italiana in Spagna», *Giustizia e Liberta*, 28 de agosto de 1969; cit. por Spriano, vol. III, p. 90. <<

[1057] Randolfo Pacciardi, *II Bataglione Garibaldi* (Lugano, 1948), pp. 17-19. <<

[1058] Luigi Longo, *Le brigate internazionali in Spagna* (Roma, 1956), p. 44. Véanse también las pp. 18 y 27. <<

[1059] Véanse las declaraciones de Tito a *Life*, 28 de mayo de 1952, y las *Memorias* de Humbert-Droz, vol. IX, p. 182. Cuando, después del asesinato secreto de Gorkiç y otros dirigentes comunistas yugoslavos en 1936, Tito se convirtió en jefe del Partido Comunista yugoslavo y se encargó de supervisar el envío de yugoslavos. Tito niega haber estado en España pero, teniendo en cuenta la sorprendente cantidad de personas que afirmaron haberle visto allí, es posible que, como mínimo, visitara el cuartel general de las brigadas por una u otra razón. Su negativa a admitir esto se explica sin duda por algún aspecto del asesinato de Gorkiç. También el propio Gorkiç durante un tiempo se encargó de organizar el envío de voluntarios para las brigadas desde París. Un grupo de voluntarios fue denunciado a la policía yugoslava en el momento en que se disponían a abandonar la costa dalmática. Se atribuyó la traición a Gorkiç. ¿Fue realmente él? ¿Lo sabremos algún día? <<

[1060] El hecho de que el gobierno republicano español no se engañaba respecto a la relación existente entre los partidos comunistas y los voluntarios queda confirmado por el consejo que solían dar los cónsules españoles a los aspirantes a voluntarios, de que se pusieran en contacto con los partidos comunistas. <<

[1061] Nick Gillain, *Le Mercenaire* (París, 1938), p. 7. <<

[1062] Cifra aproximada, basada en el testimonio

suministrado por los supervivientes. <<

[1063] Muchos parados franceses de Lyon fueron enviados a las brigadas. <<

[1064] Krivitsky, p. 112. <<

[1065] Miles Tomalin, Manuscrito (diario no publicado), p. 7. <<

[1066] Las emisiones en italiano radiadas desde Valencia estaban dirigidas por el comunista Velio Spano. <<

[1067] Arthur London, un checo, fue viceministro de Asuntos Exteriores antes de convertirse en una de las tres víctimas del «proceso Slansky» de 1949 que sobrevivirían. Véase su libro *L'Aveu* (París, 1969), la película de Costa Gavras basada en el mismo y también su aburrida y convencional obra *Espagne* (París, 1966). <<

[1068] Aparece en *Por quién doblan las campanas* como el general Goltz. <<

[1069] Véase Longo, p. 42-49; Max Wullschleger, *Schweizer Kämpfen in Spanien* (Zurich, 1939), p. 21 y ss. Albacete, además, estaba a dos horas de coche de Archena, la base de los tanques rusos. <<

[1070] Gillain, p. 18. <<

[1071] Gillain, p. 18. Estos voluntarios pronto contaron con la ayuda de un grupo de asistencia médica inglés compuesto por médicos y enfermeras. El origen de éste fue el siguiente: Isobel Brown, el espíritu comunista que inspiraba al Comité Británico de Ayuda a las Víctimas del Fascismo (una de las creaciones de Muenzenberg), estaba recibiendo muchos donativos destinados a «España». Por lo tanto, sugirió la creación de un comité de asistencia médica inglesa, formado por médicos no comunistas, sino izquierdistas, que harían de figuras decorativas, y la unidad de asistencia médica sería

enviada a España, dirigida por un socialista, contemporáneo de Cornford en Cambridge, Kenneth Sinclair Loutitt. El valor de ésta y otras unidades médicas fue considerable, ya que casi todos los médicos del ejército español estaban con los rebeldes. (En cuanto a los médicos civiles, al parecer, se encontraban igualmente divididos entre los republicanos y los nacionalistas). Véase también *All my Sins Remembered*, del vizconde Churchill (Londres, 1964). Este aristócrata dirigió la salida hacia España de la unidad inglesa. <<

[1072] Fischer, p. 367; Longo, p. 44. Más adelante, Longo se convirtió en el secretario general del partido comunista italiano, cargo que ocupó desde 1964 hasta 1969, año en que pasó a ser su presidente; y todavía lo es [en 1976]. <<

[1073] Giuseppe di Vittorio, un organizador obrero de Apulia que antes había actuado contra Mussolini en Italia, fue, desde 1945 hasta 1958, secretario general de la Confederación General del Trabajo italiana, el sindicato comunista. El nombre de batalla de Longo era el nombre de un famoso y elegante matador, «el Gallo». <<

[1074] Ehrenburg, *Eve of War*, p. 167. <<

[1075] El guardaespaldas de Marty era Fierre George, que se hizo famoso en la segunda guerra mundial como «el coronel Fabien». Véase Fischer, p. 366, y *Las brigadas internacionales*, folleto editado por el ministerio español de Asuntos Exteriores en 1953. <<

[1076] Fischer, p. 379. <<

[1077] Comentario de Ernst Adam (Londres). <<

[1078] Yo establecí la identidad de Kristianov gracias a Víctor Berck, al que agradezco también otra ayuda. <<

[1079] Fischer, p. 366. <<

[1080] Ruth Fischer, *Stalin and German Communism* (Oxford,

1949), p. 500, nota. Confirmado en Branko Lazitch, *Biographical directory of the Comintern* (Stanford, 1973). <<

[1081] Esmond Romilly, *Boadilla* (Londres, 1937), pp. 72-73. <<

[1082] Krivitsky, p. 116. Véase también Andreu Castells, *Las Brigadas Internacionales* (Barcelona, 1974), p. 73 y ss. Éste es, con mucho, el mejor estudio sobre las brigadas. Según Castells, «Kleber» fue a España por primera vez en 1924. <<

[1083] Que trabajó con una unidad de ambulancias durante breve tiempo en 1937. <<

[1084] Abad de Santillán, p. 175. <<

[1085] Philip Toynbee, p. 87. <<

[1086] Sin embargo, hubo instituciones de ayuda que prestaron sus servicios a ambos bandos. El English General Relief Fund for Spain estaba sostenido por los arzobispos de Canterbury y Westminster, el gran rabino, el moderador de la Iglesia de Escocia, y las Iglesias libres. Se constituyó al diciembre de 1936. <<

[1087] *Spain! Why?* (Londres, 1937), p. 4. Nehru fue a la España republicana durante la guerra. <<

[1088] *GD*, pp. 113-114. <<

[1089] Testimonio de Johannes Bernhardt. <<

[1090] *NIS*, séptima reunión. Descrita con cierto detalle por Ivan Maisky en *Spanish Notebooks* (Londres, 1966), pp. 45-57. <<

[1091] *NIS*, (c), octava reunión. <<

[1092] Ciano, *Diplomatic Papers*, pp. 60-61; *GD*, pp. 117,122. <<

[1093] *B. H. Liddell Hart*, The Other Side of the Hill. <<

[1094] USD, 1936, vol. II, p. 546; NIS, octava reunión. Sobre esta reunión hay un interesante relato de Maisky, que es particularmente bueno cuando se refiere al miedo a las potencias fascistas demostrado por los diplomáticos de los países más pequeños. Ivan Maisky, pp. 58-63. <<

[1095] En la Conferencia del Partido Laborista, celebrada aquel año en Edimburgo, se habían registrado 435 000 votos (contra 1.728 000) contra la política del partido de apoyo a la no intervención. Entre los rebeldes se contaban *sir* Charles Trevelyan, Cristopher Addison, Philip Noel-Baker y Aneurin Bevan. En esta conferencia pronunciaron discursos muy elocuentes Jiménez de Asúa e Isabel de Palencia (a la que Hugh Dalton, en sus memorias, *The Fateful Years, vol. I, 1931-1945* [Londres, 1951], p. 99, confunde con «la Pasionaria»), Isabel de Palencia, representante republicana en Estocolmo, escribió también un relato en *I Must Have Liberty* (Nueva York, 1940), p. 246. Sin embargo, el ejecutivo nacional redujo el ardor general de la conferencia enviando a Attlee y a Greenwood a consultar con Chamberlain (primer ministro en funciones) y pedirle una investigación detallada sobre las violaciones de la no intervención. <<

[1096] *Solidaridad obrera*, 30 de octubre de 1936. <<

[1097] Arman murió siendo general en la segunda guerra mundial. P. Batov y N. Voronov, que posteriormente serían generales, también estuvieron presentes en la lucha de aquel día, el primero como asesor militar de Líster (que, igual que Modesto, sabía algo de ruso), y el segundo como asesor de artillería. Al parecer, en Seseña fue donde se usó por primera vez el llamado «cóctel Molotov»: lo lanzaron los legionarios contra los tanques (La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. I, p. 480). Líster nos dice que el escritor Ramón Sender, actuó durante algún tiempo en esta batalla como jefe de

estado mayor, pero que luego abandonó el frente precipitadamente (Líster, p. 82). Véase el relato de Batov en *Bajo la bandera*, p. 223 y ss. <<

[1098] Jesús Salas, p. 126. En estos aviones rusos, los pilotos eran rusos, pero los encargados de lanzar las bombas y disparar las ametralladoras eran españoles. El comandante de este ataque era un germano-ruso, E. Schacht. Véase el relato de G. Prokofiev en *Bajo la bandera*, p. 378 y ss. <<

[1099] GD, pp. 123-125. <<

[1100] Ibídem. <<

[1101] Milch, el secretario de Estado, fue a despedir a las primeras unidades el 6 de noviembre (Irving, p. 50). Sperrle había sido el responsable de todas las operaciones aéreas de los años 20, bajo el mando de *von* Seeckt. <<

[1102] Los tanques estaban mandados por el coronel *von* Thoma, que llevaba tres meses en España instruyendo a los españoles. Los cazas iban mandados, al principio, por el comandante *von* Merhard. Las fuerzas aéreas alemanas de esta época disponían de algo más de 1200 aviones de combate (véase Irving, p. 52, nota). <<

[1103] Volkiscber Beobachter, mayo 1939, cit. por Toynbee, Survey 1938, vol. I, p. 358; Jesús Salas, p. 136. <<

[1104] El difunto Noel Monks, que entonces pertenecía al *Daily Express*, describió esta conferencia de prensa al autor. El doctor L. de Jong, autor de The German Fifth Column in the Second World War (Londres, 1958), ha descubierto una referencia a la quinta columna en *Mundo obrero* del 3 de octubre de 1936. Pero *lord* St. Oswald (que por entonces era corresponsal en el lado republicano) afirma que la expresión la había inventado él unas semanas antes, mientras el ejército de África estaba todavía en el valle del Tajo, y que la había mencionado en un despacho (no localizado) enviado al

Daily Telegraph. Dice que la expresión fue recogida por los demás reporteros en la Telefónica de Madrid y que de ahí llegó a Mola, atravesando las líneas en forma de rumor. Por otra parte, la expresión también se utilizó aplicada a los partidarios de los rusos dentro de la fortaleza de Ismail, sitiada por Suvarov en 1790. <<

[1105] Los dos aeródromos para cazas rusos se instalaron cerca de Madrid: uno cerca de Algete, en la finca El Soto, dirigido por el comandante Richagov, y otro en Alcalá de Henares; en ambos, la mayor parte del personal era ruso, aunque había algunos pilotos españoles, por ejemplo García Lacalle (*op. cit.*, pp. 174-175). <<

[1106] Valdesoto, p. 183. <<

[1107] Lorenzo, p. 224 (Lorenzo es hijo de Horacio Martínez Prieto). Los cuatro anarquistas, al llegar a Madrid, fueron a ver a Horacio M. Prieto para pedir instrucciones; él dijo que la CNT no era el Partido Comunista, y que no quería limitar la libertad de acción de los ministros (op, cit., p. 254). Horacio M. Prieto había vuelto a ocupar el cargo de secretario general poco antes de la guerra, tras haber dimitido en mayo después de la conferencia de Zaragoza. <<

[1108] El arquitecto de la nueva Ciudad Universitaria de Madrid, Manuel Sánchez Arcos, era subsecretario. <<

[1109] Carlos Pi Sunyer, *La República y la Guerra* (México, 1975), p. 419; véase también Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, p. 206. <<

[1110] Por ejemplo, Martín Blásquez, p. 298. <<

[1111] *Causa General*, p. 371, citando un testimonio directo. <<

[1112] *Socialist Review*, mayo-junio 1938, vol. VI, n.º 6, p. 17, cit. por Cattell, *Communism*, p. 66. <<

[1113] Peirats. p. 233. <<

[1114] Federica Montseny en un discurso en Toulouse (*International Bulletin of the MLE-CNT in France*, septiembre-octubre de 1945); cit. por Richards, p. 59. <<

[1115] Discurso, 27 de mayo de 1937, cit. por Peirats, vol. II, pp. 270-272. <<

[1116] Peirats, vol. I, pp. 228-229; Lorenzo, p. 151. <<

[1117] López Muñiz, p, 25 y ss. <<

[1118] Prieto, *Convulsiones*, vol. II, p. 316. <<

[1119] Los únicos subsecretarios que se quedaron en Madrid fueron Fernando Valera, subsecretario de Comunicaciones, y Wenceslao Carrillo, de gobernación (Lázaro Somoza Silva, *El general Miaja* [México, 1944], p. 148). <<

[1120] Federica Montseny, discurso de 27 de mayo de 1937, cit. por Peirats, vol. II, p. 272. Véase también comentario en Prieto, *Palabras*, pp. 324-325. <<

[1121] Vicente Rojo, *España heroica* (México, 1961), p. 38. <<

[1122] L. Fischer, p. 369. <<

[1123] Koltsov, p. 189; Azaña, (vol. IV, p. 860) dice lo que le contó Miaja. <<

[1124] Somoza Silva, p. 139; Largo Caballero, p. 235. <<

[1125] Barea, p, 174; Koltsov, p. 184 y ss.; Ehrenburg, Eve of War, pp. 146-147. <<

[1126] Rojo, p. 41. Un relato más reciente y detallado puede encontrarse en Rojo, *Así fue la defensa de Madrid* (México, 1967). <<

[1127] Rojo, *España heroica*, p. 44; Somoza Silva, p. 142. El texto de este «documento que salvó a Madrid» está reproducido en Somoza Silva, p. 316. <<

[1128] Somoza Silva, p. 316, reproduce el acta de esta

reunión. Los comunistas impusieron un veto contra la entrada del POUM en la junta, y los dirigentes del POUM de Valencia no pudieron hacer nada para cambiar esto. Manuel Albar, dirigente socialista, dijo a Enrique Rodríguez, el responsable del POUM en Madrid, que los socialistas se habían quejado, pero habían decidido aceptar «debido a la importancia de la ayuda soviética». Julián Gorkin acudió desde Barcelona para defender la postura del POUM, pero no consiguió nada. <<

[1129] Opinión de Azaña (*op. cit.*, p. 732). <<

[1130] Jesús de Galíndez, *Los vascos en el Madrid sitiado* (Buenos Aires, 1945), p. 66; *Causa General*, p. 236; Koltsov, p. 192; G. Izaga, *Los presos de Madrid* (Madrid, 1940), p. 336, da una versión nacionalista terrorífica. Koltsov atribuye la orden a «Miguel Martínez», que, sin embargo, era él mismo. Peirats culpa a José Cazorla (vol. II, p. 96). Christopher Lance, el «Pimpinela de la guerra de España», ya había llevado a cabo varias fugas con gran audacia, y salvaría a más de cien personas utilizando la unidad de ambulancias financiada por un filántropo escocés como medio de transporte de Madrid a la costa. Lance acabó por ser descubierto y pasó varios meses en cárceles muy poco agradables. Véase su «historia» en C. E. Lucas Phillips, *Spanish Pimpernel* (Londres, 1960); y Delmer, p. 345. <<

[1131] Alvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, p. 208; Borkenau, p. 196; Eduardo Guzmán, *Madrid rojo y negro* (Madrid, 1938), p. 300. Pedro Rico, el popular alcalde de Madrid, también fue obligado a volver. De regreso en Madrid, se refugió en la embajada mexicana. No fue bien recibido por los refugiados de derechas que encontró allí. Pero ahora no podía regresar al ayuntamiento. Tenía miedo de ir a su casa. A pesar de su enorme volumen, lo metieron en el portaequipajes del coche

de «el Nili», el banderillero de Juan Belmonte, y lo llevaron a Valencia. Prieto le ayudó a escapar a Francia (*De mi vida*, vol. II, pp. 324-326). El propio Prieto huyó a Valencia. <<

[1132] Ibárruri, p. 334. <<

[1133] En Castro Delgado, pp. 452-453, aparece un retrato de Goriev. Louis Fischer (p. 377) lo describe como «más que cualquier otro hombre [...] el salvador de Madrid». Véase también Ehrenburg, *Eye of War*, pp. 146-147 y Barea, pp. 288-289. La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. I, p. 492, tiene una opinión diferente. Los distintos autores suelen dividir los laureles entre Miaja y Goriev según sus propias inclinaciones. <<

[1134] Fuentes al principio se negó a ver a Voronov, y luego dijo que no podía tomar parte en aquello porque no sabía español. Después, Largo Caballero dio a Voronov una impresión igualmente mala al decir que la España republicana no necesitaba armas extranjeras (*Bajo la bandera*, p. 67). Voronov dice que fue él quien insistió en que se trasladara el cuartel general de la artillería republicana a la Telefónica (pp. 80-81), y quien protestó porque los de artillería se tomaban dos horas para comer. <<

[1135] Le llamaban el coronel «Kodak», por su afición a que le fotografiaran. Veinte años antes, Dumont y Hans se habían enfrentado como miembros de los ejércitos francés y alemán, respectivamente, en el frente occidental. <<

[1136] «El 8 de noviembre al amanecer, cuando salía para la sierra, vi un batallón de la primera Brigada Internacional en la calle Ferraz» (Tagüeña, p. 140). Esto desmiente la extraña afirmación del general Rojo (*Así fue*, p. 69) de que estas tropas no entraron en combate hasta el 12 de noviembre. Este falseamiento de la verdad está comentado en R. Salas, vol. I, p. 584. Véase también el poema de Neruda que

empieza «Una mañana de un mes frío», en *Tercera residencia* (Buenos Aires, 1961). <<

[1137] USD, 1936, vol. II, p. 603. <<

[1138] Cox, p. 144; Fischer, p. 373. Véase también Castells, p. 100 y ss. <<

[1139] Fischer, *loc. cit.* Fischer, que era intendente de la brigada, probablemente lo sabía. <<

[1140] Somoza Silva, p. 183. En los años 70, este valenciano seria jefe de gobierno de la República española en el exilio, en París. <<

[1141] Voronov, en *Bajo la bandera*, p. 256. <<

[1142] Malraux, p. 322. <<

[1143] Jesús Salas, p. 133. El teniente Kraft Eberhard fue el primer oficial alemán muerto en España. <<

[1144] Karlo Lukanov luchó en la primera guerra mundial, en 1919 ingresó en el Partido Comunista, huyó a Austria en 1923, y fue a Rusia después de pasar una temporada de nuevo en Bulgaria. Después de 1945, fue jefe segundo de gobierno de Bulgaria (1952-1953), y más tarde ministro de Asuntos Exteriores. Sobre esta brigada, véase Batov en *Bajo la bandera*, p. 228. <<

[1145] Pacciardi, miembro del Partido Republicano en Italia, venía de Maremma, y era un veterano de la primera guerra mundial y de varias luchas contra los fascistas, en 1920-1922. A partir de 1926 había estado exiliado en Francia y Suiza. Antes de que le nombraran jefe del batallón Garibaldi hubo largas discusiones entre él y los comunistas, zanjadas con un acuerdo final el 27 de octubre, por el que Pacciardi accedía a tener como comisario a un comunista, Antonio Roasio, de Biella. <<

[1146] Ésta fue una batalla famosa, la más dura de 1936, en la

que lucharon 14 Fiat contra 13 «Chatos» sobre el paseo de Rosales, y cayeron varios de estos últimos. Un piloto ruso que se lanzó en paracaídas sobre Madrid fue linchado porque creyeron que se trataba de un piloto alemán. <<

[1147] Durruti se había mostrado reacio a ir. Véanse cifras en *Paz*, pp. 418 y 422. <<

[1148] Cipriano Mera, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista* (París, 1976), p. 86. A Durruti le adjudicaron un «asesor» ruso, conocido por «Santi», cuyo verdadero nombre era Mamsurov Jadji-Umar, caucasiano y futuro general. No se llevaron bien. Teniendo en cuenta cómo se portaron después los comunistas con los anarquistas en el frente, es posible que el comentario de Mera sea válido. Véanse comentarios sobre el papel de «Santi» en Eduardo Comía Colomer, *El comisariado político* (Madrid, 1973), p. 96. <<

[1149] Aquel mismo día la Legión Cóndor también bombardeó Cartagena, el puerto adonde solía llegar el material ruso. <<

[1150] Koltsov, p. 233. <<

[1151] Gustav Regler, *The Great Crusade*, traducido por Whittaker Chambers (!) (Nueva York, 1940), p. 4. <<

[1152] Antonio López Fernández, Defensa de Madrid (México, 1945), p. 175. <<

[1153] Peirats, vol. I, pp. 245-246. Las diferentes posibilidades están resumidas en Joan Llarch, *La muerte de Durruti* (Barcelona, 1973). Hay un resumen más frío de las diferentes versiones en Jaume Miravitlles, *Episodios de la guerra civil española* (Barcelona, 1972); y en *Paz*, p. 497, donde se censura al anónimo crítico de la obra de James Joll, *The anarchists en The Times Literary Supplement* del 24 de diciembre de 1964. Véase también Ángel Maroto, *Actualidad*

española (diciembre, 1971). <<

[1154] Salas, *op. cit.* <<

[1155] En 1937, *sir* F. Kenyon, antiguo director del museo Británico, y James Mann, conservador de la colección Wallace, visitaron la España republicana e informaron de que las obras de arte del museo del Prado y de otros lugares de la República se encontraban en un excelente estado de conservación. <<

[1156] Delaprée, p. 14. <<

[1157] El avión de Delaprée probablemente fue atacado por la aviación republicana. Delaprée murió unos días más tarde en un hospital de Guadalajara. Delmer (p. 324) dice que el avión fue derribado por los republicanos porque su servicio de contraespionaje deseaba matar a un sospechoso de ser agente rebelde, el doctor Henry, de la Cruz Roja, que también iba a bordo. <<

[1158] «El café se le enfrió

y en Madrid no entró».

<<

[1159] Salas Larrazábal, vol. I, p. 625, da la cifra muy baja de 266 defensores muertos y 6029 heridos. Puede que no haya encontrado pruebas documentales de más muertes, pero es muy probable que la cifra sea más elevada. Los datos estadísticos de estas muertes no son de fiar. <<

[1160] Koltsov, pp. 261-262. Después de esto, se abrió una falsa embajada bajo la bandera de Siam, con el objeto de atraer a nacionalistas ocultos. Varias personas (parece ser que sólo seis) acudieron buscando refugio. Se escucharon sus conversaciones con micrófonos secretos, y más tarde fueron asesinadas. <<

[1161] Parece ser que fue asesinado por la brigada de

servicios especiales del ministerio de la Guerra, dirigida entonces por el anarquista Manuel Salgado, alegándose como motivo que, antes de la guerra, había sido representante de la Mercedes en Madrid (*Causa General*, pp. 162-163). <<

[1162] Al principio de este combate, Hans Beimler, el comisario alemán, había sido muerto; aunque probablemente no liquidado por sus camaradas comunistas, como se ha dicho a veces. Véase una buena descripción de su muerte en Gustav Regler, *Owl of Minerva* (Londres, 1959), p, 286. La teoría del asesinato reaparece en Martínez Amutio, p. 240 y ss. Aquí se afirma claramente que Beimler fue muerto por sus discrepancias con Moscú, y que, para encubrir su muerte, fueron muertos nueve miembros de las Brigadas Internacionales cerca de Albacete. Beimler fue sustituido por Franz Dahlem, diputado comunista para el Reichstag en 1928, y dirigente de los comunistas alemanes después de la detención de Thaelmann, descrito por Víctor Serge como «el voluntarioso sin personalidad, el militante sin dudas [...] el cuadro medio comunista» (Serge, *Memoirs*, p. 162). <<

[1163] López Muñiz, p. 56. <<

[1164] Ocho (de los dieciocho que había en un principio) habían muerto en sus dos acciones anteriores, en el sudeste de Madrid y en la Ciudad Universitaria. Uno de los supervivientes fue Esmond Romilly, que al cabo de poco volvió a Inglaterra y allí siguió hasta que lo mataron siendo piloto de un bombardero en la batalla de Inglaterra. La obra de Romilly Boadilla (reedición en Londres, 1970) es una inspirada descripción de esta batalla. <<

[1165] También se había formado una 13.ª Brigada Internacional, que por entonces se encontraba ante Teruel. Se componía principalmente de europeos del este. Su jefe era

un comunista alemán, Wilhelm Zaisser, conocido por «General Gómez»; su comisario político era un polaco (Ferry), y su jefe de estado mayor, otro alemán, Albert Schindler. <<

[1166] Nathan había estado en Irlanda, a principios de los años veinte. Parece ser que estaba vinculado al Black and Tans, y era miembro de la llamada banda de asesinos del castillo de Dublín. Como tal, fue identificado más tarde como el asesino del *lord* Mayor y el exlord Mayor de Limerick (George Clancy y George O'Callaghan) en marzo de 1921 (véase el artículo de Richard Bennett en *New Statesman*, 24 de marzo de 1961). <<

[1167] Marcel Acier, ed, *From Spanish Trenches* (Nueva York, 1938), p. 113. No sabemos si Ryan conocía el pasado de Nathan. Véase J. Bowger, *The Secret Army* (Londres, 1970), p. 189. <<

[1168] Fox tenía 36 años cuando murió. En una introducción a unas memorias publicadas en su honor, Harry Pollitt presentaba a Byron como precursor de Fox al morir por una causa extranjera (véase Fox, p. 6). Parece ser que Byron era una obsesión para Pollitt en aquella época. Al pedir a otro poeta, Stephen Spender, que se adhiriera al Partido Comunista puramente para poder ayudar a España, le dijo que la mejor manera de ayudar al partido era «ir y hacerte matar, camarada: necesitamos un Byron en el movimiento». <<

[1169] Véase un relato de su muerte en Stansky y Abrahams, p. 384 y ss. <<

[1170] Véase Tom Wintringham, *English Captain* (Londres, 1939), pp. 83-86. Sin embargo, según el no muy fiable Esteban Vilaró (*op. cit.*, p. 123), Delasalle había sido miembro del Deuxiéme Bureau en 1919, en Odesa, y allí había

arrastrado a Marty a su primera hazaña revolucionaria. Véanse los comentarios de Marty en el Senado francés en marzo de 1939, citados por Pike, pp. 197-199. Delasalle fue denunciado por su comisario, el comunista André Heussler, que a su vez fue ejecutado por sus propios camaradas, durante la Resistencia, acusado de traición. Véase en Delperrie y Castells, pp. 132, 163 y ss., el mejor relato de este episodio. Marty estaba obsesionado con los espías, pero indudablemente había algunos. Véase, por ejemplo, el relato de Henry Dupré de cómo engañó a Marty para que le diera un cargo de confianza cuando, de hecho, era un *cagoulard*: véase *La Légion Tricolore en Espagne* (París, 1942). Dupré fue fusilado en Francia, por colaboracionista, en 1951. Hubo otros espías: por ejemplo, León Narvich, que se presentó en las brigadas como un ruso opuesto a Stalin y a las purgas de Rusia, era un agente provocador de la NKVD. Fue asesinado en 1939 por los amigos de aquellos a quienes había traicionado en Barcelona. <<

[1171] Mauricio Amster, un voluntario polaco, que entonces era comunista, me dijo (en Chile, en 1971) que Kleber le había llamado y le había dicho que quería un jefe de estado mayor y deseaba hacerle tres preguntas: ¿Tu padre era de la clase media?, ¿has sido alguna vez social-demócrata?, y ¿quisiste ser sacerdote cuando eras joven? Amster respondió que sí a las dos primeras preguntas, y que no a la tercera. No le dieron el puesto. Años más tarde, en Santiago de Chile, donde estaba exiliado, habló con Durán, que para entonces era funcionario de las Naciones Unidas; y le contó esta historia. Durán le dijo que él también había tenido esta conversación con Kleber, pero que él había respondido afirmativamente a todas las preguntas. Éstas eran las cosas que contaban en un curriculum en el mundo de Kleber. Durán, en las semanas anteriores a la guerra civil, había sido

una figura destacada en «La Motorizada», es decir, la sección motorizada del movimiento juvenil socialista vinculado a Prieto. <<

[1172] Tagüeña, p. 142. El éxito ruso se debía a unas granadas que perforaban los blindajes, y que no tardaron en ser adoptadas por Alemania. Entre los muertos el 5 de enero se contaba Guido Picelli, un socialista italiano, «héroe de la *giornata di Fariña*» en 1922, a la cabeza de dos compañías. Véase Spriano, p. 135, y véase la sugerencia de que él también fue asesinado por la policía comunista en Paz, p. 520, y Julián Gorkin, *El proceso de Moscú en Barcelona* (Barcelona, 1974), p. 54. <<

[1173] Lise Lindbaeck, *Internationella Brigaden* (Estocolmo, 1939), páginas 87-90. <<

[1174] No debe confundirse con el general polaco «Walter». (Otra fuente de confusión se debe a que a Walter Ulbricht, que también estuvo un tiempo en España en 1937, también le llamaban «Walter»). Otro encuentro internacional en Las Rozas fue el que se produjo entre el coronel ruso Rodion Malinovsky («Malino»), que fue al frente como ayudante del general Kulik («Kupper»), con un ruso blanco, el capitán Karchevski, que estaba luchando como jefe de servicios en la 14.ª Brigada Internacional (*Bajo la bandera*, p. 15). (Karchevski fue muerto en Lérida en 1937). Otros rusos blancos, como el coronel Boltin, acompañado por su «pope», el capitán Rachewsky, lucharon en el bando de Franco. <<

[1175] Acier, p. 82. <<

[1176] Cunningham era un hombre de gran fuerza física, y poseía notables cualidades como jefe en un nivel bajo de mando. Durante un tiempo le llamaron el «Chapaiev inglés» —en recuerdo del jefe guerrillero de la guerra civil rusa— y, gracias a la película rusa que entonces se estaba exhibiendo

en Madrid, aquello era un magnífico cumplido. <<

[1177] Regler, *Great Crusade*, pp. 219-241; Koltsov, p. 303. Parece ser que el papel del propio Koltsov con los tanques en esta batalla fue considerable. Durante esta batalla murió Pablo de la Torriente Brau, un escritor comunista cubano que había desempeñado un papel importante en la lucha contra Machado en su propio país. Véase Teresa Casuso, *Cuba and Castro* (Nueva York, 1960), p. 81. <<

[1178] López Muñiz, p. 64. Martínez Bande, *La lucha en torno a Madrid* (Madrid, 1970), calcula que en estas batallas hubo 6000 bajas republicanas (500 muertos) y 1500 nacionalistas. <<

[1179] Orwell, *Homage to Catatonía*, pp. 20-23. Orwell llegó a Barcelona a finales de diciembre y se incorporó a una columna del POUM en el frente de Aragón, donde permaneció hasta abril. Volvió al frente un mes más tarde, pero, finalmente, regresó a Inglaterra en junio. <<

[1180] Testimonio de Francisco Giral. <<

[1181] Junod, p. 114. <<

[1182] Estos esfuerzos están descritos en García Venero, p. 197 y ss. Véase Southworth, *AntiFalange*, p. 145 y ss., donde aparece la última entrevista de José Antonio con un periodista extranjero, Jay Alien (reproducida del *Chicago Tribune*, 9 de octubre de 1936). Véase también en Jackson, p. 339, lo que, al parecer, fue otro intento de salvar a José Antonio, anteriormente. <<

[1183] Carta a Martínez Barrio, citada en F. Bravo Morata, *Historia de Madrid* (Madrid, 1968), vol. III, p. 208. <<

[1184] Ximénez de Sandoval, p. 617. <<

[1185] Monzón era un comunista de buena familia de Navarra que antes, durante la guerra, había salvado por lo

menos a un antiguo amigo y enemigo ideológico, el conspirador carlista Lizarza, de una muerte cierta. <<

[1186] Largo Caballero, p. 21. <<

[1187] Abad de Santillán, p. 21, escribió: «Los españoles de esta talla, los patriotas como él, no son peligrosos, y no se han de considerar enemigos [...]. ¡Cómo habría cambiado el destino de España si hubiera sido posible un acuerdo entre nosotros [...] como deseaba Primo de Rivera!». <<

[1188] El gobierno se había mostrado igualmente ineficaz dos meses antes, cuando el exministro radical Salazar Alonso había sido condenado a muerte por un tribunal revolucionario. El gobierno indultó al condenado, pero luego rectificó su decisión a consecuencia de la presión popular. <<

[1189] El magistrado del tribunal popular era Federico Enjuta Ferrán, un magistrado de carrera. Años más tarde era profesor en Puerto Rico, y sus alumnos lo arrojaron por la ventana de un aula y lo mataron. Este asesinato nunca quedó totalmente aclarado. <<

[1190] El novelista Pío Baraja huyó de la República a la España nacionalista, de donde también escapó posteriormente. <<

[1191] Se dijo que había declarado esto en una entrevista publicada en Le Petit Parisién de aquella fecha. El 12 de agosto, el gobierno de Madrid había privado a Unamuno de su rectorado por «deslealtad», y el 1 de septiembre, la Junta de Burgos lo había confirmado en el cargo. <<

[1192] Citado por Aurelio Núñez Morgado, *Los sucesos de España vistos por un diplomático* (Buenos Aires, 1941), p. 169 y ss. <<

[1193] Este prelado, al parecer, ya había utilizado la palabra «cruzada» para describir al movimiento nacionalista en una

carta pastoral del 30 de septiembre, *Las dos Españas* (véase Abella, p. 177). Prestó su palacio episcopal a Franco para que instalara en él su cuartel general. <<

[1194] En esta época Unamuno tenía 72 años. Al día siguiente, los periódicos de Salamanca publicaron los discursos de Pemán, Heredia, Francisco Maldonado y José María Ramos, pero ni siquiera mencionaron que Unamuno hubiera hablado. <<

[1195] Véase *Unamuno's Last Lecture*, de Luis Portillo, de donde procede esta versión de las palabras de Unamuno. Publicada en *Horizon*, y reproducida en Cyril Connolly, *The Golden Horizon* (Londres, 1953), pp. 397-409. Véase otro relato en Emilio Salcedo, *Vida de don Miguel* (Madrid, 1964), p. 409 y ss. Agradezco a Ronald Fraser sus consejos en cuestión de detalles. Nunca habrá pleno acuerdo sobre lo que se dijo y el tono en que se dijo. Yo he comentado esta versión con Luis Portillo, y con Ilse Barea, que la tradujo. Pero véase el relato de Pemán, «La verdad de aquel día», *ABC*, 12 de octubre de 1965. Cabe preguntarse por qué la Falange hizo acto masivo de presencia en el entierro de Unamuno. <<

[1196] Miguel García, *Franco's prisoner* (Londres, 1972), p. 25. <<

[1197] Luis Bolín, el experiodista de *ABC*, se encargaba de la prensa extranjera, junto con los capitanes Aguilera y Rosales. Los tres prodigaban amenazas de ejecución a los periodistas, a los que acusaban de ser espías; en esta sección trabajaron, entre otros, el oscuro escritor Vicente Gay, que sucedió a Millán Astray; Agustín de Foxá, un inteligente escritor falangista; José Ignacio Escobar, un periodista monárquico; y Eugenio Vegas Latapié, el escritor monárquico. <<

[1198] Véase almirante Juan Cervera, *Memorias de guerra* (Madrid, 1968), pp. 33-34, y Bolín, p. 219. <<

[1199] Sobre esto, véase José Bertrán y Musito, *Experiencias de los servicios de información del nordeste de España (SIFNE) durante la guerra* (Madrid, 1940). El SIFNE había sido fundado por Mola en agosto de 1936, con base en Biarritz, y sus principales organizadores habían sido Quiñones de León, el coronel Bertrán y Musitu, y el conde de los Andes. A finales de 1936, tenía una buena organización en Cataluña, basada en parte en antiguos miembros del somatén de Primo de Rivera, la antigua guardia civil de Cataluña. Entre otras organizaciones de espionaje se contaban varios grupos en Francia, como el grupo «Mapeba», dirigido por Nicolás Franco, varias personas particulares y varias organizaciones efectivas en Madrid, como la «Organización Antonio», encabezada por el teniente Antonio Rodríguez Aguado, y varios individuos introducidos en el cuartel general de Miaja, en los hospitales militares y, más adelante, en la escuela de oficiales de Barajas. (Véase Vicente Palacio Atard, La quinta columna, en su *Aproximación histórica a la guerra española* [Madrid, 1970], p. 241 y ss.). <<

[1200] Bolín, p. 223. <<

[1201] Payne, pp. 145-147. <<

[1202] En octubre de 1937 tenía 711 centros; en octubre de 1938, 1265, y en octubre de 1939, 2847. Era una «organización voluntaria», aunque, naturalmente, respaldada por las autoridades. <<

[1203] Véase la descripción de una visita en Julián Amery, *Approach Match* (Londres, 1973), p. 99. <<

[1204] Todo esto procede de los archivos de Fal Conde, en Sevilla, que pude consultar gracias a Melchor Ferrer. Véase también Del Burgo, p. 692. <<

[1205] GD, p. 189. <<

[1206] Puede que esta historia sea apócrifa pero, aun así, expresa los sentimientos carlistas en esta «cuarta guerra carlista», como ellos la consideraban. <<

[1207] La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. I, p. 440. <<

[1208] Palabras de Federico de Urrutia, citadas en Abella, p. 109. <<

[1209] Véanse otros ejemplos divertidos en Abella, p. 119. <<

[1210] El Oratorio de Haendel *Israel en Egipto* en Berlín se convirtió en *Furia mongólica*. <<

[1211] A. de Castro Albarrán, *Éste es el cortejo* (Salamanca, 1941), pp. 101-103. Véase también I. Luca de Tena, *Mis amigos muertos* (Madrid, 1971). <<

[1212] Ruiz Vilaplana, p. 191. <<

[1213] Discurso del 14 de septiembre de 1936. <<

[1214] GD. p. 267. <<

[1215] Cardenal Gomá, *El caso de España* (Pamplona, 1936), p. 12. <<

[1216] Lisón Tolosana, p. 232. Evidentemente —añade con amargura— para entonces muchos de los que no se confesaron podían haber escapado o haber sido fusilados. <<

[1217] Carta publicada en *El clero vasco*, p. 365 y ss. <<

[1218] Véase la apología de monseñor Múgica, *Imperativos de mi conciencia* (1945). <<

[1219] Véase Iturralde, vol. II, pp. 384, ss. y 414. Los nombres de los 14 sacerdotes fueron publicados por primera vez en la España nacionalista por el padre Montero en 1961 (*op. cit.*, pp. 70 y 77). Después hubo otros dos fusilamientos (el padre Iturricastillo y el padre Román de San José). <<

[1220] La segunda carta de monseñor Múgica al papa está en

la p. 389 de *El clero vasco*, vol. II. <<

[1221] También se dijo que el arzobispo de Santiago de Compostela condenó los crímenes de los falangistas en Galicia. <<

[1222] Cantalupo, p. 130. <<

[1223] Testimonio de Johannes Bernhardt. Las únicas personas con las que Franco demostró clemencia fueron su hermano, el aviador, Ramón, que había sido conspirador republicano contra el rey, era agregado militar en Washington en 1936, y tardó dos meses en unirse a los rebeldes; y Manuel Aznar, el director de *El Sol*, en Madrid, que había ayudado mucho a Azaña en 1931-1932 y que, después de ser visto con uniforme de miliciano al principio de la guerra, más tarde huyó a Zaragoza, donde fue detenido. Ramón Franco se convirtió en comandante de la base aérea de Palma. Aznar se salvó de ser fusilado y, después de mucho periodismo de guerra, acabó siendo embajador de España. Véase García Venero, p. 243 y ss. Su historia militar, aunque franquista, es la mejor en su género. Mills (p. 254) decía, con bastante autoridad, que Franco tenía tendencia a fusilar a los dirigentes y perdonar a los seguidores, alegando que los primeros debían haber sabido lo que se hacían. <<

[1224] O. Conforti, *Guadalajara* (Milán, 1967), p. 32. <<

[1225] Como dijo el general Burguete en un contexto similar en 1917. Véase Dionisio Ridruejo, en Sergio Vilar, pp. 482-483. <<

[1226] Éstos y otros casos pueden verse en el diario del padre Gumersindo de Estella, en *El clero vasco*, vol. II, p. 289 y ss. <<

[1227] Véase *El clero vasco*, vol. II, p. 144. <<

[1228] Abella, p. 128. <<

[1229] Hedilla, en García Venero, *Falange*. <<

[1230] Testimonio de Johannes Bernhardt. Se habían hecho propuestas a la firma inglesa Bradbury and Wilkinson, que solía imprimir el dinero español, pero se había negado. A partir de entonces, se consideró que toda la moneda de la zona republicana no era válida, y cuando era necesario se marcaba para que constara. <<

[1231] Agradezco al señor Norman Cooper su ayuda en estas cuestiones. <<

[1232] Por si alguien no lo entendía, había carteles que decían: «¡Español! No estreches la mano de un hombre o una mujer que, después de diez meses de guerra, aún lleva un anillo de boda de oro que le pide la Patria. Esa persona no es española». <<

[1233] Véase comentario en Glenn T. Harper, *German Economic Policy in Spain* (La Haya, 1967), pp. 32-59. <<

[1234] Véase artículo en *Cambio 16*, 15 de septiembre de 1975. <<

[1235] Zugazagoitia, p. 406. <<

[1236] Hidalgo de Cisneros, vol. II, pp. 317, 361. Barea (p. 720) escribió: «Jóvenes funcionarios de los diferentes ministerios [...] jóvenes ambiciosos de la clase media alta que se declaraban comunistas [...] porque aquello significaba sumarse al grupo más fuerte y participar de su disciplinado poder». <<

[1237] Lorenzo, p. 155. <<

[1238] Castro Delgado, p. 475. <<

[1239] José Díaz, *Tres años de lucha* (reedición, París, 1970), pp. 289-290. La cifra dada por Díaz era 249 140, de los cuales 87 660 (37,5%) eran obreros industriales, 62 250 (25%)

trabajadores agrícolas, y 7045 (2,9%) intelectuales y hombres de profesiones liberales. <<

[1240] En Sergio Vilar, *op. cit.* <<

[1241] Federación Catalana de Gremios y Entidades de Pequeños Comerciantes e Industriales. Cifra dada en *Frente rojo*, 21 de octubre de 1937, cit. por Bolloten, p. 83. <<

[1242] Véase Bolloten, pp. 192-193. <<

[1243] José Díaz, Por la unidad, hacia la victoria, discurso de marzo de 1937 (Barcelona, 1937), pp. 50-51. <<

[1244] Radek, Piatakov y otros fueron juzgados en Moscú entre el 23 y el 30 de enero. <<

[1245] *La Batalla*, 27 de enero de 1937, cit. por Bolloten en Carr, *The Republic*; y *La Noche*, cit. por Payne, *The Spanish Revolution*, p. 289. <<

[1246] Por ejemplo, Nin nombró fiscal en Cataluña a un semipistolero llamado Balada «que, en los juicios, actuaba como si fuera un matarife». Véase Benavides, *La guerra y la revolución en Cataluña*, p. 226. <<

[1247] La conspiración de *l'Estat Catalá* de noviembre de 1936 sigue siendo una cuestión oscura. Algunos dicen que Reverter fue fusilado en la cárcel. Véase Benavides, *La guerra*, p. 244, donde se dice que Reverter fue ejecutado por haber hecho fusilar a su suegra. Véase Payne, *The Spanish Revolution*, y Martínez Bande, *La invasión de Aragón*, p. 296. <<

[1248] Véase Azaña, Obras, vol. III, *Artículos sobre la guerra de España*, p. 508. <<

[1249] Peirats, vol. II, p. 163. <<

[1250] Borkenau, p. 185. <<

[1251] Véase el discurso de Juan López de 27 de mayo de 1937 (cit. por Peirats, Vol. II, pp. 248-252. <<

[1252] Bosch Gimpera, Memorándum n.º 1, enviado al autor, 1962. <<

[1253] Peirats, vol. II, pp. 262-263. <<

[1254] Véase Bricall, *Generalitat*, p. 48. El índice de Bricall atribuye un valor 100 a enero de 1936, 98 a junio, 63 a noviembre, y 69 a diciembre. Otros índices de este estudio indican que el uso industrial de la electricidad en Cataluña descendió de 40 millones de kW en junio a 33 millones en diciembre (30 millones en marzo), aunque el uso doméstico de la electricidad había disminuido menos señaladamente en enero de 1937, respecto a 1936 (10 700 000 kW en enero de 1936, 9.700 000 en enero de 1937). <<

[1255] Diego Abad de Santillán, *After the Revolution* (Nueva York, 1937), p. 121. <<

[1256] Tabla en Bricall, pp. 116-117. Si se toma 1936 como equivalente a 100, enero de 1936 fue 161,5, junio 162,6, y los meses siguientes fueron: julio 165; agosto 167,9; septiembre 172,9; octubre 182,3; noviembre, 191,1; diciembre 197,6; enero de 1937, 209,7; febrero 227,1; y marzo 242,2. La espiral inflacionaria prosiguió de forma aterradora a lo largo del año. Las cifras de Bricall se refieren a Cataluña. <<

[1257] Sobre este debate, véase Lorenzo, pp. 257-258. <<

[1258] Véase Leval, p. 277 y ss. <<

[1259] Bricall indica que la industria de la construcción, relacionada con el comercio de la madera, había descendido a 32 puntos en enero de 1937, en comparación con los 100 del índice de enero de 1936, y los 69 de junio. <<

[1260] Véase *L'oeuvre constructive de la révolution espagnole* (¿sin fecha?, noviembre de 1936). <<

[1261] Semprún Maura, p. 94. <<

[1262] Cifra de Bricall (*op. cit.*, p. 79): tomando como 100 a

enero de 1936, las cifras fueron: 71 en junio, y 60, 42, 54, 58, 41, 56, 49 y 40 en los meses siguientes, hasta febrero de 1937. <<

[1263] Souchy, *Colectivizaciones*, p. 71. <<

[1264] Bricall (p. 79), atribuyendo a enero de 1936 un valor 100, da 67 a junio de 1936, y 85, 76, 96, 108, 70, 123 y 119 a los meses siguientes. Estas cifras se mantuvieron altas hasta que llegó la primavera, con sus crisis políticas. La industria química descendió casi en un 50% en el invierno de 1936-1937, en relación con 1935-1936. <<

[1265] Peirats, vol. II, p. 261. <<

[1266] Zugazagoitia, p. 197. <<

[1267] Nenni, p. 171. <<

[1268] Malinovsky, en *Bajo la bandera*, p. 21. <<

[1269] Azaña, vol. IV, p. 589. <<

[1270] Esta carta fue publicada por primera vez en el *New York Times* del 4 de junio de 1939, por el que había sido embajador en París en 1936-1937, Araquistain, que para entonces era anticomunista. Cuando llegó esta carta al despacho de Largo Caballero, nadie pudo leer las firmas, que eran ilegibles. Llamaron a Codovila, el agente del Komintern. Él tampoco consiguió descifrar las firmas. Tuvo que ser un miembro del personal de Rosenberg en la embajada rusa quien descifrara los nombres de Stalin, Molotov y Voroshilov (Gorkin, *Caníbales políticos*, p. 85). <<

[1271] El equipo de Largo Caballero oyó claramente esta conversación desde el otro lado de la puerta. Véase Ginés Ganga, en *Hoy*, 5 de diciembre de 1942, cit. por Bolloten, p. 273. Véase también Largo Caballero, p. 195. <<

[1272] Discurso de Prieto en México, 1946, cit. por Bolloten, p. 223. <<

[1273] Prieto, *loc. cit.* <<

[1274] Largo Caballero, p. 225. <<

[1275] Véanse las cartas, citadas por Bolloten, *op. cit.*, p. 118. Más tarde, la juventud unificada asturiana llegó a una alianza táctica con la juventud anarquista. <<

[1276] Cifras en *Education in Republican Spain*, 1938. <<

[1277] Leval, p. 169 <<

[1278] *Libro de oro de la Revolución española*, cit. por Lorenzo, p. 115. <<

[1279] Leval, p. 296. <<

[1280] Peirats, vol. III, p. 187. <<

[1281] Véase el editorial de *Solidaridad obrera* de 13 de enero de 1937 (cit. por Peirats, vol. II, pp. 116-117). <<

[1282] Cit. por «Berryer», *Red Justice* (Londres, 1937). <<

[1283] Discurso de García Oliver de 27 de mayo de 1937 (Peirats, vol. II, pp. 252-258; véase Cabanellas, vol. II, p. 1118. <<

[1284] Entrevista con Kaminski, *Ceux de Barcelone*, pp. 68 y 74. <<

[1285] Informe del coronel Buzón Llanes, jefe de la 2.ª sección del estado mayor del ejército del norte, 21 de noviembre de 1937, cit. por Martínez Bande, *La guerra en el norte*, p. 247. <<

[1286] Del Burgo, p. 700. <<

[1287] García Venero, *Falange*, p. 151, nota; véase Southworth, *AntiFalange*, p. 124, y Steer, p. 110. <<

[1288] R. Salas, vol. I, pp. 369-370. <<

[1289] Este comentario ignora la desafortunada ofensiva vasca en Álava, montada por el general Llano de la Encomienda en diciembre: fue repelida por los coroneles

Iglesias y Alonso Vega. Sobre el experimento vasco, véase Stanley Payne, *El nacionalismo vasco* (Barcelona, 1975). <<

[1290] Véase, por ejemplo, «Auca de la Lluita i de la Milicia», n.º 1, *Edició del Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Catalunya.* <<

[1291] Sobre la creación de las brigadas mixtas, véase Michael Alpert, *The Republican Army in the Spanish Civil War* (tesis de la Universidad de Reading, 1973). Las brigadas mixtas no estaban numeradas según el orden en que quedaban formadas, sino según el orden en que empezaban a organizarse: de ahí que, a finales de diciembre de 1936, quince de ellas estuvieran plenamente en servicio activo: la 1..ª, la 2.ª, la 4.ª, la 5.ª, la 6.ª, la 11.ª (Internacional), la 12.ª (Internacional), la 35.ª, la 37.ª, la 39.ª, la 40.ª, la 41.ª, la 43.ª, la 44.ª, la 50.ª y una no numerada (E). De éstas, cuatro estaban mandadas por jefes de milicias, y el resto (excepto las internacionales) por oficiales regulares. Los números que faltan se estaban completando. Pero pronto aparecieron jefes de milicias. <<

[1292] 4000 como máximo. <<

[1293] Salas Larrazábal, vol. I, pp. 528-530. <<

[1294] Martínez Bande, *La invasión de Mallorca*, p. 274, que reproduce un informe reconocidamente sin firma del frente catalán; la junta de defensa de Madrid, el 12 de diciembre de 1936, oyó un informe de Isidro Diéguez a este respecto (véase la tesis de Alpert). <<

[1295] Orwell, *Selected Writings*, vol. I, p. 325. Orwell se incorporó al ejército en Barcelona. Bob Edwards había formado un pequeño destacamento de voluntarios ingleses para el POUM en Inglaterra, constituido principalmente por miembros del ILP. Veinticinco de estos hombres llegaron a Barcelona el 12 de enero. <<

[1296] En 1936, los reclutas tenían de veinte a veinticinco años, y los voluntarios a menudo eran más jóvenes. <<

[1297] Orwell, *Collected Essays*, vol. I, p. 253. Alpert comenta: «Quizá la suciedad y la sarna, o la gonorrea después de un viaje rápido a la ciudad, eran más características que la sodomía». <<

[1298] Peirats, vol. I, p, 283. Acracia era el periódico que dirigía Peirats en Lérida. <<

[1299] Martín Blázquez, p. 296. En 1937, la paga de un soldado ordinario era de 10 pesetas diarias; la de un teniente, 25 pesetas; la de un capitán, 50; la de un teniente coronel, 100. <<

[1300] Lorenzo, p. 188. <<

[1301] *Nosotros*, cit. por Bolloten, p. 268. Véase también Fernando Claudín, «Spain, The Untimely Revolution», en *New Left Review*, n.º 74. La posición comunista queda expuesta en *Guerra y revolución en España, 1936-1939* (Moscú, 1967-1972), 3 vols. Los argumentos anarquistas se encuentran en Vernon Richards, *Lessons of the Spanish Revolution*, donde se resume el dilema del siguiente modo: «El "pueblo en armas" ganó la revolución, y el "ejército del pueblo" perdió la guerra». <<

[1302] Líster había sido nombrado el 10 de octubre, y fue sucedido por Modesto en el Quinto Regimiento. Este regimiento fue disuelto el 21 de enero de 1937. <<

[1303] Cada brigada tenía 3800 hombres, incluidos tres batallones de unos 500 hombres cada uno, cuatro baterías de tres o cuatro cañones, 120 ametralladoras, 104 morteros, 2200 fusiles, y un destacamento de comunicaciones y de ingenieros. Aunque, de hecho, esto casi nunca era así: la mayoría de brigadas mixtas sólo tenían una compañía de ametralladoras. <<

[1304] Martín Blázquez (p. 299) quedó impresionado ante la competencia de García Oliver cuando se trató de organizar las escuelas de oficiales. <<

[1305] Teóricamente, los jefes de milicias no podían pasar del rango de comandante. <<

[1306] Memorándum Guarner, p. 5. <<

[1307] Orwell, *loc. cit.* <<

[1308] Había sido condenado a cadena perpetua por no defender la fábrica. <<

[1309] Peirats, vol. II, p, 215. <<

[1310] Ésta era la opinión del agudo agregado militar francés, FD, vol. V, p. 597. <<

[1311] Voronov (*Bajo la bandera*, p. 71) dice que el 90%. Yo creo que la cifra era inferior, aunque, en 1938, sólo estaba con la República el 14%. En el invierno de 1936, la antigua artillería de julio estaba siendo reemplazada por artillería francesa, inglesa, alemana y rusa, así como por algunas baterías antiaéreas rusas. Luego también se abrieron escuelas de artillería en Lorca y en Barcelona. Más tarde, la escuela de Barcelona se fusionó con la de Lorca, lo cual irritó mucho a los catalanes. <<

[1312] Hidalgo de Cisneros, vol. II, p. 123. Constancia de la Mora trabajó en el departamento de censura. Véase su libro *Doble esplendor* (México, 1944). <<

[1313] Manuel Benavides, *La escuadra la mandan los cabos* (México, 1944), p. 376. <<

[1314] *Bajo la bandera*, p. 142. <<

[1315] Entre los oficiales rusos que sirvieron en la flota republicana se cuentan S. Ramishvili (en la base naval de Cartagena); V. Drozd (con la flotilla de destructores); Nikolai Eguipko y Burmistrov, comandante de los dos submarinos;

V. Alafuzov, en el crucero *Libertad*, N. Ostriakov (muerto en Sebastopol) y I. Proskinov, ambos en la diminuta fuerza aérea de la flota. <<

[1316] Véase J. Trueta, *Treatment of War Wounds and Fractures* (Londres, 1939); *Principies and Practice of War Surgery* (Londres, 1943); *The Atlas of Traumatic Surgery* (Oxford, 1947); y la vida de Bethune escrita por Ted Alian y Sydney Gordon, *The Scalpel, the Sword* (Londres, 1954), p. 102 y ss. Bethune murió en 1949, dirigiendo una unidad operadora móvil que atendía a los comunistas chinos. Los antibióticos no llegaron hasta 1943. Más tarde, Trueta pasó a ser profesor de cirugía ortopédica y traumatología en Oxford. Véase también Orwell, Collected Essays, vol. I, p. 323. El doctor Manuel Bastos, de Madrid, había introducido el enyesado y la exposición por medio de «ventana» en Asturias, en 1934. <<

[1317] El traslado del gobierno a Cataluña a finales de 1937 fue muy beneficioso a este respecto. La obra de Trueta estaba basada en la de Winnett Orr. Otras aportaciones importantes durante la guerra civil fueron las de D'Harcourt y Bofill, sobre la congelación y tratamiento con sulfamidas, y la de González Aguilar en métodos neuroquirúrgicos. <<

[1318] Cifras del informe del Instituto de Reforma Agraria, mayo de 1938, cit. por Payne, *The Spanish Revolution*, p. 241; también Leval, p. 80; las cifras proceden principalmente de fuentes anarquistas y, por lo tanto, quizás les son demasiado favorables. Otras fuentes incluyen a A. Pérez-Baró, Trenta mesos de collectivisme a Catalunya (Barcelona, 1970). Andalucía debía de tener 1000 colectividades durante la guerra, pero la Andalucía republicana se reducía a Jaén y Almería. También había habido muchas más colectividades en Extremadura. <<

[1319] Véase Peirats, vol. I, pp. 317-319. <<

[1320] Leval, p. 183. <<

[1321] Excepto algunas colectividades que había en el Ebro y en las huertas de la zona del Llobregat. <<

[1322] Cifra de Malefakis, p. 386. <<

[1323] *Campo Libre*, 11 de septiembre de 1937. <<

[1324] Leval. p. 88. <<

[1325] *Campo Libre*, 29 de enero de 1938. Alcázar de Cervantes era el nuevo nombre de Alcázar de San Juan. <<

[1326] Leval, p. 134. <<

[1327] Líster, p. 157. <<

[1328] *Campo Libre*, 18 de diciembre de 1937. <<

[1329] Peirats, vol. I, pp. 321-322. <<

[1330] *Ibid.*, pp. 334-335. <<

[1331] Souchy, p. 30. <<

[1332] Caso citado por Broué y Témime, *op. cit.* <<

[1333] Peirats, vol. I, p. 336. <<

[1334] *Ibid.*, pp. 311-313 y 320. <<

[1335] *Campo Libre*, 29 de enero de 1937. <<

[1336] Peirats, vol. I, pp. 333-334. <<

[1337] Leval, p. 220. Algunas de las colectividades urbanas o industriales impusieron un límite de seis meses a la duración de sus consejos. Leval hace una descripción de una de estas asambleas generales en Tamarite de Litera (Huesca) (pp. 221-222). A las diez de la noche, se reunieron en el cine 600 personas, de las cuales unas 100 eran mujeres. <<

[1338] Testimonio de Jaime de Piniés, Londres, febrero de 1973. <<

[1339] *Campo Libre*, 9 de octubre de 1937.

Estas cifras figuran en la publicación del ministerio de Agricultura Economía Política, publicación 60, serie C, n.º 33. Las cifras de 1936 se refieren sólo a la producción en el área republicana. El hecho de que las cifras indiquen un descenso de la producción en Cataluña y Levante indica como mínimo una intención de veracidad, ya que esto nunca se lo habría inventado un ministerio de Agricultura comunista, que tenía más fuerza en estas áreas que en el centro y en Aragón.

	1936	1937	Diferencia
Cataluña	1 968 228	1 550 600	- 417 628
Aragón	1 349 999	1 620 000	+ 270 001
Zona central (esto es, Castilla)	5 236 721	6 090 238	+ 853 517
Levante	1 293 942	1 197 216	– 97 726
	9 848 890	10 458 054	+ 608 264

<<

[1340] *Campo Libre*, 2 de octubre de 1937. El pequeño error en la suma de la parte superior de la columna de la derecha está en el original. <<

[1341] Alianza Internacional de Trabajadores. <<

[1342] *Campo Libre*, 2 de octubre de 1937. <<

[1343] *Campo Libre*, 11 de junio de 1938. <<

[1344] *Campo Libre*, 11 de junio de 1938. <<

[1345] *Ibid.*, 30 de julio de 1937. La base de los datos de 1935 es desconocida: ¿eran cifras reales o respondían a propósitos fiscales? En este caso, el primer supuesto es el más probable, ya que el antiguo administrador del conde pasó a formar

parte del consejo de administración.

1935-1936

Trigo 3000 fanegas

Cebada 500 fanegas

Vino 3000 arrobas

Melones por valor de 196 000 ptas.

Alfalfa por valor de 80 000 ptas.

1936-1937

Trigo 7000 fanegas

Cebada 2000 fanegas

Vino más de 4500 arrobas

Melones por valor de 300 000 ptas.

Alfalfa por valor de 300 000 ptas.

<<

[1346] Peirats, vol. I, p. 320. <<

[1347] Castro Delgado (pp. 379-382) recordaba que sus tres objetivos prioritarios al encargarse del Instituto de Reforma Agraria eran destruir los equipos de reforma agraria formados por socialistas; obligar a los patronos a aceptar que el ritmo de la guerra era diferente que el de la paz; y atraer tanta gente como fuera posible al Partido Comunista. <<

[1348] Véase Borkenau, p. 198, que da la versión anarquista; Peirats, vol. II, p. 77; Leval, pp. 172 y 369; y también Lorenzo, p. 275. <<

[1349] L. Fischer, p. 443. <<

[1350] NIS, onceava reunión. El 12 de noviembre de 1936 fue el día en que Baldwin reconoció, en una famosa intervención en la Cámara de los Comunes, que «no había sido muy sincero» con los electores respecto a la cuestión

del rearme por miedo a perder las elecciones. <<

[1351] Nota de Edén al gabinete, 21 de noviembre (en CAB 24/265). <<

[1352] Edén, p. 413. <<

[1353] Nota al comandante en jefe en el Mediterráneo, del 20 de noviembre de 1936, enviada por el ministerio de Asuntos Exteriores. <<

[1354] Esto fue el 18 de noviembre. El día anterior, Alemania y Japón habían afirmado su amistad con el pacto Anti-Komintern, aparentemente dirigido contra el comunismo, pero que, en realidad, era una alianza militar ofensiva. Italia se adhirió un año después. El 24 de noviembre, el poeta Robert Graves, que había residido anteriormente en Mallorca (al igual que Bernanos), pidió a Churchill que denunciara la política alemana e italiana en el Mediterráneo occidental.

«Churchill: Los dos bandos tienen las manos empapadas en sangre. ¿Desea usted la intervención? El país no la apoyaría.

Graves: No la intervención en el sentido de tomar partido [...] sino en el de salvaguardar los intereses británicos en el Mediterráneo».

(R. Graves y A, Hodge, *The Long Weekend* [Londres, 1940], p. 411).

<<

[1355] No se hundió, pero, como los republicanos no tenían ningún dique seco, no fue reparado hasta 1938. <<

[1356] USD, 1936, vol. II, p. 576. <<

[1357] GD, p. 139; Ciano, *Diplomatic Papers*, pp. 75-77. <<

[1358] El IMAM RO. 37 bis, para dar su nombre completo, era un avión versátil de una velocidad máxima de 320

kilómetros por hora, que volaba a una altura de 6000 metros. Se utilizaba para observación, bombardeos ligeros, ametrallamientos a bajo nivel y fotografías aéreas. <<

[1359] Fagnani llegó incluso a ordenar que arrestaran al as de la aviación nacionalista Ángel Salas Larrazábal cuando éste se negó a obedecer la orden de no volar sobre territorio enemigo en un Fiat. Salas no había sufrido las consecuencias de estos vuelos, pero, para entonces, los rusos habían matado a muchos pilotos italianos y habían destruido sus aviones. Véase, entre otros, Emilio Faldella, *Venti mesi di guerra in Spagna* (Florencia, 1939), p. 80. Otros italianos con equipo más complicado, 38 tanques incluidos, se habían incorporado a la legión (Belforte, vol. I, p. 51). <<

[1360] Serrano Súñer, pp. 44-47. <<

[1361] GD, p. 159. <<

[1362] El equivalente de *von* Faupel en Berlín sería el marqués de Magaz, que había sido miembro del directorio militar de Primo de Rivera y había perdido un hijo en la cárcel Modelo. <<

[1363] Whealey, en Carr, *The Republic*, p. 219, citando el interrogatorio del general Warlimont. <<

[1364] GD, pp. 159-160. <<

[1365] FD, vol. IV, p. 89. <<

[1366] *Ibid.*, p. 97; también USD, 1936, vol. II, pp. 578-581. <<

[1367] NIS, doceava reunión. <<

[1368] GD, pp, 158-159; Edén, p. 416. Véase Salvador de Madariaga, *Memorias* (1921-1936), Madrid, 1974, p. 374. <<

[1369] GD, pp. 165. *The Observer* (de Londres), dirigido por Garvín, decidido enemigo de la República, aquel día publicó una noticia disparatada diciendo que en Madrid había 21 000 rusos. De manera que los rumores se sumaban unos a otros,

y la verdad parecía relativa. <<

[1370] En Alcofar Nassaes, *CTV*, frente a la p. 32, se publica un facsímil de la carta en la que Mussolini nombra jefe supremo a Roatta. <<

[1371] NIS (c), decimoséptima reunión. En una importante reunión celebrada el 21 de diciembre, Hitler, Goering, Warlimont, Blomberg y Fritsch rechazaron más peticiones, presentadas por *von* Faupel en persona, para que enviara tres divisiones alemanas con el fin de acabar la guerra. Véase Gerhard Weinberg, *The Foreign Policy of Hitler's Germany* (Chicago, 1970), p. 297, que se basa en el testimonio de Warlimont después de la guerra. <<

[1372] GD, p. 180. <<

[1373] *Ibid.*, p. 186. Los alemanes creían que los ingleses sólo querían salvaguardar sus intereses comerciales en España. Con este fin —informó *von* Faupel— no sólo el agregado comercial de la embajada inglesa, Pack, acudía frecuentemente a Burgos para discutir de estos asuntos, sino que Chilton tenía a las autoridades nacionalistas tan bien informadas de lo que iba pasando que el texto de una manifestación hecha por Edén en la Cámara de los Comunes a las 3 de la tarde fue comunicado a Franco a las diez de la mañana de aquel mismo día (GD, p. 181). Esto no era sorprendente, porque Chilton todavía era muy pronacionalista. «Espero —dijo a Bowers al cabo de poco— que envíen bastantes alemanes para terminar la guerra». (USD, 1937, vol. I, p. 225). <<

[1374] Era de esperar que el acuerdo llevara a negociaciones más detalladas, pero éstas no empezaron hasta 1938 (y entonces provocaron la caída de Edén). <<

[1375] Edén, p. 432. <<

[1376] FD, vol. IV, p. 71. <<

[1377] El ministerio italiano del Aire afirmó el 23 de enero que «en enero, Italia tenía en España 211 pilotos, 238 especialistas, 777 oficiales del ejército de tierra, 995 suboficiales y 14 752 soldados». (Cit. por Cattell, *Soviet Diplomacy*, p. 4.) <<

[1378] FD, vol. IV, pp. 71 y 451. El parte que figura en pp. 451-454 puede ser útil. Véase también FD, p. 563. Así pues, la paga era de más de 175 liras semanales, mientras que un albañil en Roma cobraba unas 150 liras. En Italia, los jornaleros agrícolas cobraban una lira la hora. Véase Coverdale, *Journal of Contemporary History*, enero, 1974, p. 74. <<

[1379] USD, 1936, vol. II, p. 625. <<

[1380] L. Fischer, p. 387. <<

[1381] Edwin Rolfe, *The Lincoln Battalion* (Nueva York, 1939), p. 18. Este grupo llegó el 6 de enero a su base de Villanueva de la Jara, cerca de Albacete, en la llanura de La Mancha, tan desierta que recordaba su tierra a dos nativos de Wisconsin que iban en la expedición. Como iban acompañados de unos cuantos cubanos, pronto establecieron buenas relaciones con los habitantes del pueblo. Los cubanos estaban dirigidos por Rodolfo de Armas, a quien acompañaba el experto dirigente comunista Joaquín Ordoqui, que, más adelante, en tiempos de Fidel Castro, sería protagonista de una historia muy extraña. Entre ellos se contaba un joven comunista, Rolando Masferrer, que más tarde se haría famoso como gángster político y senador. También había sesenta miembros de la organización paramilitar Joven Cuba, organizada por Antonio Guiteras, el líder obrero asesinado. En la lista de cubanos que lucharon en España estaban incluidos también muchos de los que dominaron la política gangsteril de aquella isla entre 1933 y

1959. <<

[1382] Los pasaportes de estos hombres han desempeñado en la historia un papel tan importante como los propios hombres. Porque la NKVD se hizo con los pasaportes de muchos muertos (y algunos vivos) de las Brigadas Internacionales, y los envió a Moscú: allí Krivitsky (*op. cit.*, p, 114) vio un montón de casi cien pasaportes, «principalmente americanos». Los nuevos portadores de estos pasaportes entraron en América aparentemente como ciudadanos reformados. Uno de ellos fue probablemente el catalán Mercader, el supuesto asesino de Trotsky. Véase en Robert Murphy, *Diplomat among Warriors* (Londres, 1964), p. 50, el intento de un diplomático americano de recuperar estos pasaportes. <<

[1383] La «Vimalert Enterprise» había vendido motores de aviación a Rusia en 1930 (Traína, p. 80). <<

[1384] Al parecer, se llegó a esta decisión sin discusión previa por parte del gobierno de los Estados Unidos. El secretario del Interior (*The Secret Diary of Harold Ickes* [Londres, 1955], p. 569) afirmó: «Estoy seguro de que, si esta cuestión se hubiera presentado al gobierno para ser discutida seriamente, habría encontrado oposición». <<

[1385] El representante Bernard presentó más tarde una resolución en la que pedía apoyo para la República, y sugería que se aplicaran restricciones por lo menos iguales contra los gobiernos de Alemania e Italia. <<

[1386] El cónsul general español en Nueva York negó más adelante que se debiera ningún dinero a aquellos hombres. Acosta era un aviador famoso, que, en 1927, había atravesado el Atlántico en el América con el almirante Byrd. <<

[1387] Cervera, pp. 87-88; más tarde, el senador Nye acusó a

los propietarios de una compañía naviera de Nueva York de haber hecho espionaje a favor de Franco y de haber sido los causantes de la captura del *Mar Cantábrico*. <<

[1388] Taylor, pp. 75-95. Había también el voto católico, en el que confiaba Roosevelt. Norman Thomas dijo al autor que, a su juicio, para Roosevelt aquélla había sido la razón más importante para el embargo. <<

[1389] Cervera, pp. 29-30. FD, vol. IV, p. 405. <<

[1390] 2 Véase Gordón Ordás, *Mi política fuera de España* (México, 1965), vol. I. <<

[1391] GD, pp. 210-212. <<

[1392] Edén, pp. 434-436. <<

[1393] Memorándum, 8 de enero, G4B/266. CAB. 80 (37) muestra que Edén estaba influido por el requisamiento de la Tharsis Copper and Sulphur Co., y la Río Tinto Co., y por el envío de piritas y cobre a Alemania, mientras que en la refinería de la Río Tinto Co., en Port Talbot, no se había recibido cobre desde julio. <<

[1394] FD, vol. IV, pp. 457-459. <<

[1395] USD, 1937, vol. III, p. 217 y ss.; GD, p. 215 y ss. <<

[1396] Al-Lal el Fasi, *Los movimientos de independencia en el Mogreb árabe* (El Cairo, 1948), p. 198. <<

[1397] Miravitlles, p. 119. <<

[1398] Véase Hernández, p. 75; Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, p. 238. <<

[1399] Azaña, vol. IV, p. 66 <<

[1400] GD, p. 225. <<

[1401] *Ibid.*, p. 226. <<

[1402] Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter* (Londres, 1952), p. 62; Ciano, *Diplomatic Papers*, pp. 85-86. <<

[1403] Weizsaecker, p. 113. <<

[1404] GD, p. 237. <<

[1405] *Ibid.*, p. 243. <<

[1406] *Ibid.*, pp. 241-242. <<

[1407] El 16% de Inglaterra fue rebajado en 64 000 libras, que representaban el costo aproximado del control de la frontera portuguesa. El clima en que se creó el plan está descrito en el capítulo, muy bien titulado «Palabras, palabras… y montañas de papel», de Maisky, Notebooks, p. 94 y ss. <<

[1408] Véase NIS (c) 22.ª a 40.ª reuniones; NIS, 15.ª y 16.ª reuniones. <<

[1409] Su *nom-de-guerre* estaba sacado del apellido de su mujer. Roatta, que era uno de los oficiales jóvenes próximos al mariscal Badoglio, había sido agregado militar en Francia. <<

[1410] Carta de un oficial de artillería a Alcofar Nassaes, en *CTV*, p. 58. <<

[1411] Kindelán, p. 63; Alcofar Nassaes, p. 64. <<

[1412] GD, pp. 231,236. <<

[1413] Martínez Bande, *La campaña de Andalucía*, p. 146. <<

[1414] Ibárruri, pp. 359-360. <<

[1415] El relato más cuidado es el de Martínez Bande, *La campaña de Andalucía*, p. 139 y ss. <<

[1416] Cervera, p. 73. <<

[1417] Bahamonde, p. 117. <<

[1418] Había estado en España en agosto, y se hizo pasar por un simpatizante nacionalista hasta que lo reconoció otro alemán que luchaba a favor de Franco. Más tarde, gracias a los buenos oficios del doctor Junod, fue canjeado por la bella esposa de un piloto nacionalista, el comandante La Haya. El

gobierno británico intervino para ayudar a Koestler, debido a su relación con el *News Chronicle*, aunque Edén dijo en la Cámara de los Comunes que no sabía cuál era la nacionalidad de Koestler. Desde luego, era húngaro, y estaba trabajando para el Komintern, en París, desde 1934. Véase la versión nacionalista del caso Koestler en Bolín, p. 248 y ss.; sobre el canje de la Cruz Roja, véase Junod, p. 124. <<

[1419] Cantalupo, p. 137. Uno de los fiscales de Málaga era un joven abogado, Arias Navarro, que había pasado seis meses en la cárcel, y que ahora inició una carrera que le llevaría a convertirse en presidente del gobierno de España en 1973. <<

[1420] Galinsoga, p. 285. <<

[1421] Sobre la batalla de Málaga, véase Borkenau, p. 211 y ss.; Aznar, p. 339 y ss.; Koestler, *Invisible Writing*, p. 338 y ss.; TH. C. Worsley, *Behind the Battle*, passim., el diario del doctor Bethune en Ted Alian y Sydney Gordon, *op. cit.*; R. Salas, vol. I, p. 803; Fraser, *In Hiding*, especialmente p. 149 y ss. <<

[1422] Lacouture, pp. 247-248. <<

[1423] Ibárruri, p. 360. <<

[1424] A los anarquistas no les gustaba Asensio, en el que veían un disciplinado adversario de la actividad libertaria en el campo de batalla. Prieto y los republicanos de izquierda le eran contrarios porque Largo Caballero le admiraba. <<

[1425] Líster, p. 100. El ayudante de Pavlov, Kravchenko («Antonio») había sido compañero de Líster en la Escuela Lenin de Moscú. Líster tuvo a Malinovsky («Malino») como asesor en esta batalla. Éste dice que tenía que aconsejar con mucho tacto, para que Líster nunca tuviera la sensación de que le estaban dictando (*Bajo la bandera*, p. 28). Al parecer, el asesor ruso de Pozas, Kulik, otro futuro mariscal, aunque

éste desafortunado («Kupper» en España), también desempeñó un papel importante, aunque negativo. La 70.ª Brigada anarquista tenía como asesor al comandante Petrov (que a veces hacía de jefe) y el futuro mariscal ruso Rodimtsev («Pablito») estaba con la 9.ª Brigada como experto en ametralladoras. <<

[1426] Véase Martínez Bande, *La lucha*, p. 91; general Batov, en *Bajo la bandera*, p. 242. <<

[1427] García Lacalle califica la precisión de estos cañones antiaéreos de «la revelación de la guerra» (p. 483). <<

[1428] Jason Gurney, *Crusade in Spain* (Londres, 1974), p. 63; Wintringham, p. 16. El jefe del batallón inglés durante su entrenamiento había sido Wilfred Macartney, un brillante periodista de izquierdas, que no era comunista, aunque había estado en la cárcel por facilitar secretos militares a Rusia. Tuvo que abandonar el mando del batallón porque fue herido en una pierna por Peter Kerrigan, comisario de todos los ingleses que estaban en España, que, al parecer, estaba limpiando su fusil. <<

[1429] Así llamado en recuerdo de los disturbios ocurridos en París el 6 de febrero de 1934, pero que, por coincidencia, en realidad se había formado el 6 de febrero de 1936. <<

[1430] Fred Copeman, *Reason in Revolt* (Londres, 1948), p. 83. <<

[1431] Eoin O'Duffy, *Crusade in Spain* (Londres, 1938), p. 135. O'Duffy había sido comisario de la guardia cívica irlandesa hasta que De Valera le había retirado de aquel puesto en 1932. Los «camisas azules» habían sido fundados por el expresidente Cosgrave después de ser derrotado por De Valera en 1932. Aproximadamente la mitad de los soldados y casi todos los oficiales del grupo de O'Duffy en España eran «camisas azules». Los demás eran

principalmente aventureros sin trabajo. (Véase el folleto de Seumas McKee, *I was a Franco Soldier* [Londres, 1938]). Sobre los miembros del IRA, véase el libro de O'Duffy. Por lo menos uno, el capitán Diarmid O'Sullivan, había participado en el levantamiento de 1916. <<

[1432] Véase Gurney, p. 73. <<

[1433] Stephen Spender y John Lehmann, *Poems for Spain* (Londres, 1938), pp. 33-34. <<

[1434] Wintringham, p. 151 y ss. <<

[1435] Su verdadero nombre era Cristopher St. John Sprigg. Había escrito siete novelas policíacas, cinco libros sobre aviación, y otras tres obras sobre filosofía y economía, entre las que se contaba la famosa *Illusion and Reality*, en la que exponía sucintamente la teoría marxista de la estética. <<

[1436] Al mismo tiempo, el odiado coronel Gal fue ascendido a general y se le dio el mando de una división. En la 15.ª Brigada fue sustituido por un croata, Vladimir Copie, un taciturno aficionado al ajedrez y a la música, que había sido por poco tiempo diputado comunista en Yugoslavia, y que, más adelante, con el nombre de «Senko», sería uno de los principales miembros del Partido Comunista yugoslavo, en Moscú. <<

[1437] O'Duffy, p. 157. <<

[1438] Conforti, p. 29. Roatta fue ascendido a general después de Málaga. <<

[1439] Véase Jesús Salas, p. 123, y Joaquín García Morato, *Guerra en el aire* (Madrid, 1940), p. 101. La cautela de los jefes rusos —¿qué diría Stalin si perdían todos aquellos aviones?— hizo que no despegaran sus aviones durante el resto de esta batalla, lo cual contribuyó en gran medida a elevar la moral nacionalista. <<

[1440] *Life* (IV, 28 de marzo de 1938, cit. por Guttman, p. 98) calculaba que el 10% de los voluntarios americanos eran judíos. «Sé lo que Hitler está haciendo con mi pueblo» era una explicación normal para presentarse voluntarios. <<

[1441] Rolfe, pp. 57-71; Wintringham, p. 259. <<

[1442] Rolfe, p. 71. El mejor relato sobre el batallón Lincoln es el de Cecil Eby, *Between the Bullet and the Lie* (Nueva York, 1968). <<

[1443] Para esta batalla, las fuentes son: Rojo, *España heroica*, pp. 54-69; Longo, pp. 208-238; Líster, p. 97 y ss.; Wintringham, p. 151 y ss.; R. Salas, vol. I, pp. 740-780; J. Salas, p. 160 y ss.; y Martínez Bande, *La lucha*, p. 73 y ss. <<

[1444] Gracias a la amabilidad del señor F. W. Deakin, entonces director del St. Antony's College, Oxford, pude ver el informe que, sobre Guadalajara, envió a Roma el jefe italiano, general Roatta, en la biblioteca de St. Antony's. Hay un estudio muy útil sobre esta batalla de John Coverdale, *Journal of Contemporary History*, enero, 1974 («*The Battle of Guadalajara*»), Véase también Lojendio, p. 212 y ss.; Aznar, p. 380 y ss.; Regler, *The Owl of Minerva*; Koltsov, pp. 350-353; Rojo, pp. 72-86; Longo, pp. 291-318; y Martínez Bande, *La lucha*, vol. III. Pueden verse los relatos de dos oficiales rusos, Rodimtsev y Batov, en *Bajo la bandera*. Entre las versiones italianas se cuenta la de Faldella. <<

[1445] Cantalupo, pp. 85-86, 147 y ss. Farinacci no hizo ningún intento para que el embajador Cantalupo asistiera a estas reuniones, y ambos sólo se vieron casualmente en una corrida de toros. Antes de la marcha sobre Roma, en 1922, a Farinacci se le conocía como el Ras fascista de Cremona, famoso por su brutalidad. <<

[1446] Mussolini fundó tres poblaciones del mismo nombre,

literalmente Lictoria. <<

[1447] Rojo, *Así fue la defensa de Madrid*, p. 176; carta de García Lacalle, anteriormente citada. <<

[1448] Pacciardi había sido herido en el Jarama. <<

[1449] GD, p. 251. <<

[1450] *Spanish White Book* (Madrid, 1937), p. 275. <<

[1451] Líster, p. 110. Véase el relato de Rodimtsev en *Bajo la bandera*, p. 280 y ss. Entre los muertos de este día se contaba el «cónsul general» (una graduación de las milicias fascistas) Luizzi, exjefe de los «camisas negras» de Udine. Era comandante de un batallón a las órdenes de Nuvoloni. <<

[1452] Entre los documentos encontrados en Guadalajara se hallaban muchas cartas conmovedoras de esposas y madres italianas a sus maridos o hijos: una esposa escribía a su marido: «¡Qué bonita ha sido mi luna de miel! Dos días de matrimonio y veinticinco meses de interminable espera. Ya sé que primero es la patria, y luego el amor, pero soy una egoísta, y con razón, porque tú fuiste uno de los primeros voluntarios que fueron a África, y eres de los últimos en volver. Pido a Dios que algún día haga posible para ti servir a la patria y a la vez ganar el pan para tu familia». (Documento n.º 267 en la relación presentada a la Sociedad de Naciones). Una madre escribía: «Querido Armando: sólo puedo pedir a Dios y a los santos que te protejan y, si vuelves sano y salvo, que podamos regresar a Roma para abrir la tienda». Otros documentos daban las listas de los fusilados por cobardes, por infligirse heridas a sí mismos, o por vendarse sin tener ninguna herida. <<

[1453] De hecho, en el sector de Orgaz se hicieron varios intentos de ofensiva, sin éxito. Los irlandeses de O'Duffy entraron en acción por primera vez el 13 de marzo: entre los muertos se contaron el sargento mayor Gaselee, de Dublín, y

dos «legionarios» de Kerry. <<

[1454] El informe de la entrevista del 17 de marzo, que acabó con este nombramiento, puede verse en Martínez Bande, *La batalla en torno*, pp. 154-173. <<

[1455] Regler, *The Great Crusade*, p. 315 y ss. Véase Rodimtsev, p. 306; Aznar, p. 113; y Conforti, p. 297. <<

[1456] Véase comentario en Coverdale, *op. cit.*, p. 67 y ss. Yo me atengo al análisis de Conforti, p. 376, para las pérdidas republicanas; al de Martínez Bande para las italianas, y al del Ufficio Spagna para los heridos y prisioneros. Además, los republicanos se apoderaron de grandes cantidades de equipo italiano: Líster dice que se capturaron 65 cañones, 13 morteros, 500 ametralladoras, más de 3000 fusiles, y 10 tanques. Los voluntarios del Garibaldi trataron mal a sus prisioneros de guerra italianos; posiblemente los mataron a todos. (Véase Junod, p. 119). Véase el inventario del ejército republicano publicado por Martínez Bande en *La lucha*, p. 227 y ss. <<

[1457] Ernest Hemingway, «The Spanish War», en *Fact*, junio de 1937. Véase Carlos Baker, Ernest Hemingway (Londres, 1969), p. 360 y ss. A partir de entonces, el autor de *Death in the Afternoon* desempeñó un papel activo en la guerra, en el bando republicano, excediendo los deberes de un simple corresponsal: por ejemplo, instruyendo a jóvenes españoles en el manejo del fusil. La primera visita de Hemingway a la 12.ª Brigada Internacional fue un gran acontecimiento: el general húngaro Lukács envió una invitación al pueblo vecino para que las muchachas acudieran al banquete que ofreció (Regler, Owl of Minerva, p. 298). <<

[1458] 50. Herbert Matthews, *Two Wars and More to Come* (Nueva York, 1938), p. 264. <<

[1459] García Lacalle, p. 239. <<

[1460] Coverdale, *op. cit.*, p. 12. <<

[1461] GD, pp. 258-260. <<

[1462] Zugazagoitia, p, 241. <<

[1463] F. Miksche, *Blitzkrieg* (Londres, 1942), p. 37. <<

[1464] Cattell, *Soviet Diplomacy*, p. 73. <<

[1465] NIS, 19.ª reunión. <<

[1466] Haldane hizo tres visitas a la España republicana y, a partir de entonces, en Inglaterra, fue un enérgico defensor del movimiento «Ayuda a España». Entonces era un «decidido partidario» de los comunistas, aunque todavía no era miembro del partido, en el que ingresaría más adelante (Ronald Clark, BBS, Londres, 1968, p. 115 y ss.). En Gurney, p. 77, hay una descripción de este científico, «patéticamente ansioso» por ser útil. El interés de Haldane, y el de su mujer, Charlotte, por España había empezado con el alistamiento de su hijo de dieciséis años en las Brigadas Internacionales. La señora Haldane también vino a España, pero su principal labor consistió en actuar como encargada de la recepción de voluntarios británicos para las Brigadas Internacionales en la oficina de reclutamiento de París. <<

[1467] Había muchas enfermedades venéreas entre los voluntarios franceses, principalmente porque nadie se había preocupado en adoptar precauciones. Los jefes británicos daban charlas a sus tropas sobre métodos anticonceptivos. <<

[1468] Geoffrey Thompson, *Front Line Diplomat* (Londres, 1939), p. 118. Copeman recordaba que, más adelante, fueron ejecutados dos voluntarios ingleses. Véanse, por ejemplo, en Eby, *Between the Bullet and the Lie*, algunos casos (también ocurridos más adelante) de ejecuciones de norteamericanos

en el frente. El número de franceses fusilados por orden de Marty siempre ha sido objeto de especulación. Véase en Delperrie, p. 178, un resumen de las pruebas y testimonios. <<

[1469] En un esfuerzo por llevar plenamente a la práctica la política del Frente Popular, a partir de entonces las reuniones de las células comunistas en el seno de las Brigadas Internacionales cesaron durante unos nueve meses. <<

[1470] Y las relaciones internacionales dentro de las Brigadas Internacionales no siempre eran buenas. Por ejemplo, Gal, que ahora era general, una noche dio un banquete para la 15.ª Brigada. En la cena, a su derecha colocó al nuevo comisario de la brigada, George Aitken. A su izquierda sentó al nuevo jefe, Copie. El jefe de estado mayor, coronel Klaus, un prusiano que había luchado como oficial en la primera guerra mundial, fue colocado junto a Copie. Klaus se sintió tan ofendido por el lugar que le habían asignado que, con un estilo verdaderamente germánico, se levantó y se marchó, y tuvieron que volver a colocarlo en su puesto bajo guardia armada. (Recuerdo de George Aitken). <<

[1471] Estas leyes fueron aprobadas como parte integrante del acuerdo del control de no intervención. <<

[1472] Vladimir Dedijer, *Tito Speaks* (Londres, 1953), pp. 106-108. <<

[1473] Spender, p. 212. <<

[1474] Ahora había dos batallones americanos: el batallón Abraham Lincoln, mandado por Martin Hourihan, de Pennsylvania, y el batallón George Washington, dirigido por un yugoslavo nacionalizado americano, Mirko Markovic (Marcovich) que, en realidad, era más yugoslavo que americano. <<

[1475] El American Medical Bureau to Aid Spanish Democracy, dirigido por el doctor Cannon, de la Facultad de Medicina de Harvard, había recogido 100 000 dólares. Durante un tiempo, el Departamento de Estado se negó, en nombre de la ley de Embargo, a permitir que fueran a España ni siquiera médicos y enfermeras. Más adelante, aflojaron. Otro fondo estadounidense era el North American Committee to aid Spanish Democracy, dirigido por el obispo McConnell. Los dos comités se fusionaron en 1938. <<

[1476] Hemingway, *The Spanish War*. Hemingway colaboró en la película de propaganda *The Spanish Earth*, dirigida por el comunista holandés Joris Ivens. El poeta Archibald Macleish, Dos Passos y Lilian Hellman también colaboraron en ella (esta película era la sucesora de *Spain in Flames*, en la que también había trabajado Hemingway, con Prudencia Pereda, una novelista española que vivía en Nueva York). Con todos estos talentos, es sorprendente que la película no fuera mejor. (Dos Passos acababa de tener un gran éxito con su reciente novela USA). <<

[1477] Spender, *World within World*, p. 247. Aunque, véase también su artículo en el New Statesman, 20 de enero de 1937. La experiencia de Auden en España es similar a la de Simone Weil. Ambos (al contrario de todos los demás que visitaron España) no dieron ninguna información al volver a su país. Simone Weil, que pasó algún tiempo en Cataluña entre agosto y octubre de 1936, se convirtió al catolicismo a consecuencia de sus experiencias. Había quedado aterrada ante los asesinatos cometidos tras las líneas republicanas. <<

[1478] Su «Penguin especial» *Searchlight on Spain* (Londres, 1938) fue el que tuvo más éxito de todos los libros de propaganda sobre la guerra española. En 1938, renunció a su escaño conservador y se presentó como conservadora

independiente, en protesta contra la política de no intervención del gobierno. Perdió las elecciones parciales que se celebraron a continuación, a pesar de la ayuda de Gerald Brenan, que, en el capítulo 23 de su obra *Personal Record*, hace una vivida descripción de la campaña. <<

[1479] Charlotte Haldane, *Truth Will Out* (Londres, 1949), p. 106. Gollancz y Laski fueron los directores, junto con John Strachey, del famoso Left Book Club, es decir el club del libro de izquierdas, cuyos 50 000 miembros constituían un movimiento político en la sombra que defendía al Frente Popular en Inglaterra. <<

[1480] Cit. por Stansky y Abrahams, pp. 398-399. <<

[1481] Kindelán, p. 76. <<

[1482] Alrededor de marzo de 1937, las tropas republicanas y nacionalistas teóricamente estaban constituidas por unos 110 000 hombres frente a 80 000 en el norte y en el centro, unos 80 000 frente a 30 000 en Aragón, y 60 000 frente a 50 000 en Andalucía y Extremadura (F. Ciutat, cit. por Payne, *The Spanish Revolution*, p. 330). <<

[1483] Véase el informe que aparece en Martínez Bande, *Vizcaya* (Madrid, 1971), p. 223 y ss. <<

[1484] Al parecer, a principios de 1937, un grupo de la CNT que estaba en la legión trató de rebelarse y soltar a los prisioneros de Zaragoza. El plan salió mal y todos fueron fusilados (véase Payne, *The Military*, p. 3901. <<

[1485] Véase su informe en Martínez Bande, *op. cit*, pp. 229-238. Más adelante, se hizo famoso en la España de Franco como ingeniero de otro tipo: diseñó el Talgo, el tren expreso de baja suspensión que hacía el trayecto Madrid-Irún. Tuvo mejor suerte que su ayudante, el capitán Pablo Murga, que había sido fusilado por espía en noviembre de 1936. (Véase Martínez Bande, *La guerra en el norte*, pp. 161-162). <<

[1486] Aznar, p. 397. En aquellos momentos, la Legión Cóndor se componía de (1) un grupo de combate de dos escuadrillas de Heinkel 51 y una de los nuevos y rápidos Messerschmitt 109, y uno o dos cazas; el jefe de este grupo era *von* Medhard; (2) un grupo de bombarderos de dos escuadrillas de Junker 52 y Heinkel 111, mandado por el comandante Fuchs; (3) una escuadrilla de aviones de reconocimiento mandada por el comandante Kessel; (4) una escuadrilla de bombarderos ligeros (Henschel 123); (5) una escuadrilla de hidroaviones Heinkel 59; (6) una escuadrilla de Junker 52, que ahora se usaban sobre todo para transporte; (7) baterías antiaéreas. La Legión Cóndor continuaba teniendo un total de 100 aviones. Sperrle seguía siendo su jefe. (Jesús Salas, pp. 212-213). <<

[1487] En R. Salas, vol. III, p. 2840, se reproducen doce preguntas que formuló Llano de la Encomienda a Aguirre el 9 de enero. La pregunta n.º 7 era característica: «¿El vestuario y equipo para los combatientes es de Euzkadi o del norte? ¿Puede especificarse en este último caso la propiedad de acuerdo con los tres departamentos de Defensa?». La sección vasca de este ejército estaba compuesta por 36 000 hombres en marzo, que en junio habían ascendido a 100 000 (Martínez Bande, *Vizcaya*, p. 36). <<

[1488] Martínez Bande, *Vizcaya*, p. 135. <<

[1489] Cit. por Aznar, vol. II, p. 133. <<

[1490] Steer, p. 159. <<

[1491] Alcofar Nassaes, p. 112; véase también Sancho Piazzoni, *Las tropas Flechas Negras* (Barcelona, 1942). GD, p. 269. <<

[1492] Martínez Bande, *Vizcaya*, p. 35. <<

[1493] Koltsov, p. 397; Castro Delgado, p. 517 y ss. Además, hubo serias disputas en el seno del Partido Comunista vasco:

Astigarrabia y Urondo (director de Obras Públicas) se encontraban más próximos a la política del gobierno vasco que otros que estaban fuera del gobierno, como Ormazábal, Larrañaga y Monzón (Ibárruri, p. 388; Castro Delgado, p. 525). <<

[1494] Los barcos ingleses realizaban la mayoría de los transportes hacia y desde España. Las exportaciones inglesas a España descendieron notablemente durante el año 1937: las de carbón disminuyeron en un 37%, las de maquinaria en un 90%, las de automóviles en un 95%, y las de cuchillería en un 90% (estas cifras se refieren a toda España, ya que la junta de Comercio no publicaba estadísticas comparadas para las dos Españas). Sin embargo, las importaciones inglesas aumentaron, excepto en los capítulos de nueces y patatas. Para los ingleses que se preocupaban por sus inversiones en España, aquel genio fracasado de la época, Brian Howard, que era izquierdista pese a su esteticismo, escribió un poema en el que les pedía:

> *Dedicad un pensamiento, un pensamiento a todas esas tumbas españolas*
> *y a un pueblo en peligro, que sufre en casas que se hunden,*
> *a un pueblo en peligro, que dispara desde hogares en ruinas.* <<

[1495] FO, 371205/33. <<

[1496] CAB, 23/88, reunión del 7 de abril, comentario de Runciman, presidente de la junta de Comercio. <<

[1497] Nota nacionalista del 9 de abril, a la que se refirió Edén en la Cámara de los Comunes el 19 de abril (Hansard, Cámara de los Comunes, vol. 322, col. 1404). <<

[1498] Edén, p. 462; CAS, 15/37, 11 de abril de 1937 (Hansard, Cámara de los Comunes, vol. 322, col. 597). <<

[1499] CAB, 16 (37): reunión del 14 de abril de 1937 <<

[1500] CAB, 23/87. <<

[1501] Anthony Edén, *Foreign Affairs* (Discursos) (Londres, 1938), pp. 189-190 (discurso del 12 de abril). <<

[1502] Hizo esta confidencia a su secretario particular, Oliver Harvey (John Harvey, *The Diplomatic Diaries of Oliver Harvey*, 1937-1940 [Londres, 1970], p. 34). <<

[1503] Todo este debate, que estuvo salpicado de llamadas al orden, gritos de «¡fuera!», y otras interrupciones, puede verse en Hansard, Cámara de los Comunes, vol. 322, cols. 1029-1142. Véase Harvey, p. 39. «Es muy difícil conseguir hechos del Almirantazgo», añadía el secretario particular de Edén. <<

[1504] Los armadores ingleses que corrieron el riesgo de ayudar a aprovisionar a la República obtuvieron beneficios especiales (a veces, hasta de un 100% más que los habituales). <<

[1505] Edén, *Facing the Dictators*, p. 441. <<

[1506] Los Heinkel —llegaron treinta a España en febrero— sustituyeron a los Junker 52. Se usaron por primera vez el 9 de marzo, en un ataque aéreo contra Barajas y Alcalá de Henares. <<

[1507] Von Morau era un «as» de la aviación alemana que había lanzado suministros sobre el Alcázar de Toledo, con gran éxito, en septiembre de 1936. <<

[1508] Sobre estos detalles, véase Gordon Thomas y Max Morgan Witts, Guernica (Nueva York, 1975), pp. 206-213. Los autores tuvieron acceso al diario de *von* Richthofen, el jefe de estado mayor de la Legión Cóndor, y a otras memorias de miembros de la Legión Cóndor. El roble fue destruido durante la guerra de la independencia contra Napoleón, pero quedaban las raíces y un tocón, y luego salieron nuevos retoños. <<

[1509] Véase *Le clergé basque*, pp. 151-153, y Vicente Talón,

Arde Guernica, cuya primera edición (Madrid, 1970) fue un importante paso para la historia contemporánea escrita en España. El relato de Talón es aceptado en R. Salas, vol. II, p. 1386 y p. 2864 y ss. (vol. III). Véase un estudio general del impacto de Guernica en Herbert Southworth, *La destruction de Guernica* (París, 1975). En Martínez Bande, *Vizcaya*, p. 106 y ss., puede verse un relato notable por su franqueza. Es sumamente difícil determinar el número de muertos. Los cálculos varían desde 1600 hasta 100. Talón comenta las cifras (p. 91 y ss.) y sugiere la de 200. Pero, incluso la comisión de investigación nacionalista indicó que el 70% de las casas quedaron totalmente destruidas, el 20% gravemente dañadas, y sólo el 10% quedaron relativamente bien. Posiblemente hubo unos 1000 muertos. <<

[1510] Véase el informe del cónsul inglés en el apéndice VIII. La versión vasca fue confirmada por conversaciones sostenidas por el autor en Guernica en el verano de 1959, estando presente el padre Alberto Onaindía. El autor también habló de Guernica con Noel Monks, del Daily Mail, y con Jesús María de Leizaola. En 1945, el gobierno vasco en el exilio intentó acusar a Alemania en el tribunal de Nuremberg de crímenes de guerra. Pero no lo consiguió, ya que, en Nuremberg, no se tuvo en cuenta ningún hecho acaecido antes de 1939. <<

[1511] Sobre la visita de periodistas extranjeros entre el 29 de abril y el 3 de mayo, véase Southworth, p. 90. <<

[1512] Virginia Cowles, *Looking for Trouble* (Londres, 1941), p. 71. <<

[1513] Thomas y Witts, p. 197. <<

[1514] Galland, p. 26. <<

[1515] Thomas y Witts, p. 212. <<

[1516] Thomas y Witts, pp. 197-198. <<

[1517] Me resulta difícil creer que el coronel Vigón, un oficial convencional de ideas monárquicas, no consultara con Mola o con Franco sobre este ataque aéreo: pero quizá no consiguió establecer contacto por teléfono con ellos. Mola no se encontraba en su cuartel general el día del bombardeo de Guernica ni el día anterior, el 25, que era domingo, cuando se planeó el ataque. Aquel día, finalmente fue arrestado Hedilla, a las siete de la tarde. Mi reseña del libro de Thomas y Witts en *The Times Literary Supplement* (Londres) profundiza más en esta cuestión. <<

[1518] Martínez Bande, p. 110. <<

[1519] Véase Hills, p. 281. <<

[1520] Los ataques aéreos italianos contra Barcelona en 1938 se dirigían contra una ciudad que contaba con algunas defensas antiaéreas. <<

[1521] Aunque no vivía en España desde 1903, Picasso, en 1936, aceptó el cargo (honorario) de director del Museo del Prado e hizo un informe sobre el estado de los cuadros que habían sido trasladados de Madrid a Valencia. En enero, había dibujado una serie de bandas satíricas, «El sueño y la mentira de Franco», siguiendo el estilo de las aleluyas famosas en la política española desde el siglo XVIII y que revivieron durante la guerra civil. <<

[1522] Guernica fue una piedra de toque para determinar la actitud de la prensa internacional ante la guerra civil. A partir de entonces, por ejemplo, la revista *Time, Life* y, al cabo de poco, *Newsweek*, se decantaron a favor de la República (Guttman, pp. 61-62). <<

[1523] *The Times*, 5 de mayo de 1937. <<

[1524] Testimonio del padre Alberto Onaindía. El sacerdote que recogió las firmas, padre Fortunato de Unzueta, escribió un relato de cómo se preparó esta carta, en *El clero vasco*,

p. 244 y ss. <<

[1525] A pesar de todo, parece ser que lo trasladaron de su puesto inmediatamente. Las memorias de Bolín no se publicaron hasta 1967. Me temo que, en su apéndice III y su capítulo 33, no dice la verdad. <<

[1526] En Talón, *Arde Guernica*. <<

[1527] Véase La Cierva, *Historia ilustrada*, Vol. II, p. 158. <<

[1528] Galland, *loc. cit.* <<

[1529] NIS (c), 49.ª reunión. <<

[1530] Salas Larrazábal, vol. II, p. 1561. <<

[1531] El mejor libro sobre estos hechos es el de Julio de Urrutia, El cerro de los héroes (Madrid, 1965), una apasionada obra de investigación. Los héroes no fueron debidamente recompensados en la España nacionalista. <<

[1532] Todos estos hechos y los siguientes están tomados de los archivos carlistas de Sevilla. Los falangistas que tomaron parte en las discusiones fueron Sancho Dávila, Pedro Gamero del Castillo (un importante «camisa nueva» de Sevilla) y José Luis Escario. Los carlistas fueron Fal Conde, el conde de Rodezno y José María Arauz de Robles. Hedilla, el jefe provisional de la Falange, estaba enterado de las negociaciones, pero las desaprobaba (GD, p. 268). No sabía el papel que tenía Dávila (García Venero, *Falange*, p. 324). Otro que participó fue José María Valiente, que había sido dirigente de las juventudes de la CEDA, y ahora era carlista. <<

[1533] El documento más notable fue una serie de «bases para la unión» de los dos grupos, incluida en una nota falangista del 1 de febrero. Según ella, la Falange estaría dispuesta «a instaurar, en un momento oportuno, una nueva monarquía, como garantía de continuidad del Estado

nacional-sindicalista y como base de su imperio. La nueva monarquía rompería todos los lazos con la monarquía liberal». <<

[1534] Serrano Súñer no era miembro de la Falange antes de 1936. Huyó de la zona republicana gracias a que se trasladó a una clínica, y de allí se escapó con el exjefe de estado mayor de Miaja en el frente de Córdoba. El ministro republicano sin cartera, Irujo, fue el responsable de su traslado a la clínica (véase Lizarra, p. 125), aunque la iniciativa fue del doctor Gregorio Marañón. <<

[1535] Hoare, p. 56. Hoare le comparaba al conde Mosca de Stendhal (p. 167). <<

[1536] Serrano Súñer, pp. 29-31. <<

[1537] Sobre esto, véase García Venero, *Falange*, p. 317. El hecho ocurrió el 2 de febrero. En el discurso se habían dicho cosas como «no queremos una revolución marxista. Pero sabemos que España necesita la revolución». El discurso había sido un ataque contra las izquierdas y las derechas en las elecciones de 1936. <<

[1538] La defensa que hace de él García Venero, *Falange*, p. 237 y ss., parece convincente, aunque Southworth (*AntiFalange*, p. 159) tiene razón al advertir que lo que le preocupaba era la cantidad de fusilados sin juicio previo, y no simplemente la cantidad de fusilados. <<

[1539] Cantalupo, pp. 117-118; García Venero, *Falange*, p. 249; y Southworth, *AntiFalange*, p. 160. Los fascistas italianos quedaban impresionados a menudo ante la brutalidad de los conservadores españoles. <<

[1540] Ángel Alcázar de Velasco, *Serrano Súñer en la Falange* (Barcelona, 1941), pp. 64-66. <<

[1541] Recuerdo de *von* Haartmann, cit. por Southworth, *AntiFalange*, p. 197. <<

[1542] El conflicto de evidencias está resumido en Southworth, *op. cit.*, p. 198 y pp. 219-224. <<

[1543] Véase Cartas entrecruzadas entre el Sr. D. Manuel Hedilla Larrey y el Sr. D. Ramón Serrano Súñer (Madrid, 1947). Véase también L. Pagés Guix (posiblemente un seudónimo de Garcerán), *La traición de los Franco* (Madrid, 1937); Payne, *Politics and the Military*, pp. 166-167; y García Venero, *Falange*, p. 372 y ss. <<

[1544] García Venero, *Falange*, p. 394. El texto está en Díaz Plaja, pp. 398-401. El ingenioso Agustín de Foxá, para referirse al monstruoso título del partido, lo llamaba la «Compañía Internacional de Coches-Camas y de los Grandes Expresos Europeos». Fue escrito unos días antes, sin duda antes del 16 de abril (véase Escobar, p. 178). <<

[1545] Archivos carlistas. A partir de entonces, el uniforme oficial del partido consistiría en la camisa azul de la Falange y la boina roja de los carlistas. A ninguna de las partes le gustaba el compromiso, y los falangistas se metían la boina carlista en el bolsillo siempre que podían. En una célebre ocasión, un grupo de falangistas que no llevaban la boina puesta fueron recibidos por el carlista Rodezno, que no iba de uniforme. Cuando le preguntaron por qué iba vestido de aquella manera, el viejo cínico contestó: «Porque no puedo meterme la camisa azul en el bolsillo…». (Ansaldo, p. 78). <<

[1546] Serrano Súñer, p. 42. <<

[1547] Eran José Luis Escario, el «tecnócrata»; el coronel Gazapo, el oficial rebelde de Melilla al principio de la guerra, y falangista activo en Zaragoza desde mayo de 1936; Miranda, el jefe de Sevilla; Giménez Caballero, uno de los primeros fascistas españoles, expulsado por José Antonio, y recientemente readmitido; López Bassa, un arribista de Mallorca; y Pedro González Bueno, otro «camisa nueva»

(muy nueva). <<

[1548] Véase Southworth, *AntiFalange*, p. 213. <<

[1549] Al parecer, no es cierta la versión dada por Cardozo, p. 308, de que Hedilla desafió personalmente a Franco. <<

[1550] García Venero, *Falange*, p. 406. Fue entonces cuando se concibió y se llevó a cabo el ataque contra Guernica. <<

[1551] Una excepción fue José Luis de Arrese, que fue condenado a muerte en Sevilla por ayudar a Hedilla, pero, a pesar de todo, en 1941 se convirtió en secretario general del Movimiento. <<

[1552] A sus vejaciones se sumaron las producidas por sus compañeros de prisión, que eran «rojos» y, naturalmente, le odiaban. <<

[1553] Gil Robles, exjefe de la CEDA, declaró su apoyo a Franco, aunque esto no tuvo efecto alguno, puesto que simultáneamente se alineó en las filas de los monárquicos (ortodoxos). Permaneció en el exilio, sin participar en política (aunque ocasionalmente colaboró en el tráfico de armas), y no regresó a España hasta 1957. <<

[1554] Serrano Súñer, p. 37. Este texto fue escrito en 1947, o sea que la referencia al aspecto «inmoral» de la actuación alemana era una reflexión posterior a 1945. <<

[1555] GD, p. 274. <<

[1556] Serrano Súñer, p. 49. <<

[1557] *ABC* de Sevilla, 19 de julio de 1937. <<

[1558] Un hombre, como mínimo, un pastelero de Extremadura, Fernando Gordillo Bellido, cometió la imprudencia de utilizar el reverso de uno de estos carteles con otro fin: para escribir una carta en la que renovaba su suscripción a un periódico. Fue detenido, juzgado y condenado a seis años y un día, y se encontró con otro

hombre inocente, Hedilla, en la cárcel de Las Palmas (García Venero, p. 444). <<

[1559] W. González Oliveras, en *Falange y Requeté orgánicamente solidarios* (Valladolid, 1937), cit. por Cabanellas, vol. II, p. 939. González Oliveras fue gobernador civil de Barcelona después de la guerra. <<

[1560] «El Tebib Arrumi» era Víctor Ruiz Albéniz, que había trabajado ocho años como médico en las minas de Monte Uixan. Véase una descripción general de la organización de la prensa en Salamanca en Southworth, La destruction, p. 63 y ss. <<

[1561] Gray no tardó en ser sucedido por el comandate Arias Paz, del cuerpo de Ingenieros. <<

[1562] Bricall, p. 137. <<

[1563] Aunque resulte sorprendente, abril de 1937 fue el mejor entre muchos meses para la industria metalúrgica. <<

[1564] 29 228 088 kilovatios, en comparación con 40 265 603 en 1937 (Bricall, p. 55). <<

[1565] Cito la cifra de Jackson (*op. cit.*, p. 365). <<

[1566] Actas de la FAI, publicadas en Barcelona, en 1937. Cit. por Cattell, *Communism*, p. 110. («La Pasionaria» a Azaña, en Azaña, vol. IV, p. 820). <<

[1567] En Castro Delgado, pp. 475-480, hay una descripción imaginativa. <<

[1568] Díaz, Por la unidad, pp. 13-15. <<

[1569] Líster, p. 106. <<

[1570] *The Spanish Revolution* (periódico del POUM), 3 de febrero de 1937. <<

[1571] Gorkin, *El proceso de Moscú*, p. 45. <<

[1572] Martín Blásquez, p. 320. <<

[1573] Véase Payne, *Spanish Revolution*, pp. 271-272. <<

[1574] Hernández (p. 66), de quien procede nuestra información sobre esta reunión, dice que fue Togliatti quien propuso la eliminación de Largo Caballero. Togliatti (*Rinascita*, diciembre de 1962) negó que estuviera en España antes de junio de 1937, y como todos coinciden en afirmar que hasta entonces estuvo en Moscú (véase Spriano, *op. cit.*, p. 215, nota 1), tenemos que admitir que Hernández debía de equivocarse. Es posible que Togliatti hubiera venido a España en misión especial, como hemos dicho antes. Véanse más comentarios en Giorgio Bocea, Palmiro Togliatti (Roma, 1973), p. 285 y ss. <<

[1575] Peirats, vol. II, p. 172. <<

[1576] Ahora rebautizada plaza de San Jaime. <<

[1577] Ruta, periódico de la JLC (juventudes anarquistas catalanas), 25 de marzo de 1937. <<

[1578] «Incontrolables» a las órdenes de la CNT robaron de la Generalitat 9000 kilos de harina, 5 camiones de trigo y 40 de patatas: *Solidaridad obrera* los defendió. Véase informe en Martínez Bande, La invasión, p. 278. <<

[1579] El nuevo gobierno estaba formado por Tarradellas (consejero primero y de Hacienda), Sbert (Cultura), y Ayguadé (Seguridad interior), todos ellos de la *Esquerra*; Isgleas, Capdevila, Doménech y Aurelio Fernández (Defensa, Economía, Servicios públicos y Sanidad), de la CNT; Miret, Vidiella y Comorera (Abastos, Trabajo y Obras públicas, y Justicia), del PSUC; y Calvet, de los *rabassaires*, era el consejero de Agricultura. El nombramiento de un pistolero como Aurelio Fernández no podía inspirar mucha confianza. <<

[1580] Agradezco a Mariano Puente su ayuda para aclarar esta oscura reyerta. Véase también Benavides, La guerra y la

revolución en Cataluña, p. 405 y ss., donde se acusa a Martín y a sus hombres de haber intentado ampliar su zona de control, e incluir en ella al pueblo de Bell ver, en la carretera de La Seu. La colectividad tenía 170 miembros, con un salario de 50 pesetas cada hombre y 35 cada mujer. Véase La révolution prolétarienne, 25 de junio de 1937. Martín tiene sus defensores. <<

[1581] Ésta fue la impresión de George Orwell, que volvió del frente a Barcelona el 26 de abril, y había estado sirviendo en la columna del POUM (*Homage to Catalonia*, p. 169 y ss.). Su relato de los disturbios que tuvieron lugar a continuación, por muy maravillosamente escrito que esté, constituye más un libro sobre esta pequeña guerra como tal que sobre la guerra española. Pero véase Cruells, *Mayo sangriento* (Barcelona, 1970), pp. 41, 52. Auden comentó en «Spilling the Spanish Beans» (*New English Weekly*, 29 de julio de 1937, cit. por Orwell en *Collected Essays*, vol. I, p. 269) que «el gobierno español (incluido el gobierno catalán semiautónomo) tiene más miedo de la revolución que de los fascistas». <<

[1582] José Peirats, Los anarquistas en la crisis política española (Buenos Aires, 1964), pp. 241-243; Félix Morrow, *Revolution and Counter Revolution in Spain* (Nueva York, 1938), p. 87. <<

[1583] Miravitlles, p. 141. <<

[1584] Algunos todavía creen que el complot fue preparado cuidadosamente; pueden verse argumentos en favor de la teoría de la conspiración en Krivitsky (p. 128), quien escribió que, el 2 de mayo, se vio (probablemente en Holanda) con un importante comunista español, un tal «García», jefe del «servicio secreto leal», que había sido enviado a Moscú de vacaciones por Orlov, que quería «alejarlo». Pero ¿quién es

este «García»? Víctor Serge (*op. cit.*, p. 335) habla de una discusión sostenida en marzo, en Bruselas, con alguien a quien «un destacado comunista español» había dicho, en Barcelona, que «se están preparando para liquidar a miles de anarquistas y militantes del POUM». Los anarquistas recelan de un viaje a París de Comorera el 26 de abril, y de sus supuestas conversaciones con los dirigentes del *Estat Catalá* que estaban exiliados allí (Peirats, *La CNT*, vol. II, p. 215). Abad de Santillán habla de una predicción, también en Bruselas, del embajador español, Ossorio y Gallardo, según la cual la CNT y la FAI no tardarían en recibir su merecido. Gorkin (*The Review del Imre Nagy Institute for Political Research*, octubre de 1959) afirma que el hombre del Komintern en Cataluña, Geroe, «provocó en 1937 las famosas jornadas de mayo en Barcelona [...] el gran provocador de Budapest en 1956 [así pues] llevó a cabo un ensayo». Más tarde, en cambio, Azaña, en su diario, censuró a Ayguadé por presentar batalla sin estar preparado para ella (vol. IV, p. 575), y, en su obra *La insurrección libertaria y el «eje» Barcelona-Bilbao* (vol. III, p. 513), dice, con razón, que «en Barcelona se acumularon los elementos necesarios para una conflagración. [...] He leído una explicación de este suceso, achacándolo a profundos manejos de un país extranjero. Me parece novelesco». <<

[1585] ¿Quiénes eran los «amigos de Durruti»? Jóvenes de la FAI, como Pablo Ruiz, Careño, Eleuterio Roig y, sobre todo, Jaime Balius, que no estaban de acuerdo con la política seguida por la CNT desde noviembre. Sin embargo, los verdaderos viejos amigos de Durruti, los «solidarios» y los hombres en torno al periódico Nosotros, no eran amigos de los «amigos de Durruti». Las ideas de estos últimos pueden verse en el periódico El amigo del pueblo. Eran, como dice Lorenzo (p. 269), anarquistas bolcheviques, en el sentido de

que querían conquistar el poder, y no la disolución del Estado. Eran leninistas, quizá, sin ser marxistas, si es que eso es posible. En torno al periódico *Acracia*, dirigido en Lérida por José Peirats, se había formado otro grupo disidente. <<

[1586] Un ataque poco importante; que no tuvo consecuencias. <<

[1587] GD, p. 286. Cruells, p. 47, arguye que los agentes de Franco casi no hicieron nada más que suministrar información a los nacionalistas. <<

[1588] Richard Bennett (que estaba en radio Barcelona) me explicó cómo, en aquellos días, dos hombres que llevaban bombas de mano abrieron la puerta de su domicilio de Barcelona y le preguntaron ásperamente: «¿De qué lado está usted?». «Del vuestro», respondió él prudentemente. Otro testigo presencial de estos acontecimientos fue Willy Brandt, corresponsal de los periódicos noruegos en España desde febrero hasta mayo de 1937. Brandt, que simpatizaba con el POUM, aunque criticaba sus excesos, volvió a Noruega censurando fuertemente a los comunistas (véase Terence Prittie, *Willy Brandt*, Londres, 1974, p. 34). <<

[1589] Cabía la posibilidad de que algunos sectores de la CNT, especialmente la FIJL, se pasaran al POUM. Véase Wilebaldo Solano, *The Spanish Revolution: the Life of Andrés Nin* (Londres, s. f.), p. 18. Wilebaldo Solano era el secretario general del movimiento juvenil del POUM. <<

[1590] Julián Gorkin, *Caníbales políticos*, p. 69. <<

[1591] Peirats, *La CNT*, vol. II, p. 274. <<

[1592] Ibárruri, p. 377. Esto también lo cuenta Hidalgo de Cisneros, vol. II, p. 210, quien dice que los anarquistas y los del POUM ya habían abandonado el frente. <<

[1593] Semprún Maura, p. 219. <<

[1594] Sus miembros eran Sesé (UGT), Valerio Mas (CNT), J. Pons (*rabassaires*), y Martín Faced (*Esquerra*). <<

[1595] ¿Por quién? Los dos italianos fueron detenidos, probablemente por la policía del PSUC o de la Generalitat, el 5 de mayo, por «contrarrevolucionarios». Nunca más se supo de ellos. Berneri estaba trabajando en un informe sobre relaciones entre el fascismo italiano y el nacionalismo catalán (Peirats, *La CNT*, vol. II, p. 198). Él se había convertido en una especie de intelectual que nucleaba a los partidarios de la «revolución inmediata», y, como dice Semprún Maura, era un «objetivo obvio para la policía secreta dirigida por los rusos». Durante una generación, habían actuado en Barcelona anarquistas italianos. Spriano (p. 209) supone que el asesinato de Berneri fue un ejemplo de «los métodos stalinistas introducidos en España». Dos días antes Berneri se había condolido públicamente, en Radio Barcelona, y con palabras magnánimas, por la muerte de Antonio Gramsci (*op. cit.*, p. 154). Véase el testimonio de Giovanna Berneri, viuda de Camillo, en *Lezione sull'antifascismo* (Bari, 1962), p. 109 y ss. <<

[1596] Orwell, que se encontraba en un puesto del POUM en la línea de fuego, compartía este temor. <<

[1597] CAB, 20 (37) del 5 de mayo. <<

[1598] *Solidaridad obrera*, 14 de mayo de 1937. Unos treinta o cuarenta anarquistas fueron muertos en Tarragona, y más en Tortosa. En los dos sitios, igual que en Barcelona, la lucha empezó cuando la policía intentó ocupar las centrales telefónicas (Peirats, *La CNT*, vol. II, p. 342). En Gerona y en Lérida, donde la CNT o el POUM tenían un control total, no hubo incidentes; en el resto de Cataluña, donde el PSUC o la *Esquerra* tenían influencia, hubo lucha. <<

[1599] Ángel Ossorio y Gallardo, *Vida y sacrificio de*

Companys (Buenos Aires, 1943), p. 210. <<

[1600] Sanz, *Los que fuimos*, p. 145. <<

[1601] Peirats (en adelante siempre *La CNT*), vol. II, p. 206. Abad de Santillán (p. 138) habla de mil muertos y varios miles de heridos. Después, los anarquistas lamentaron haber conseguido este alto el fuego, porque llevó a su rendición final ante los comunistas (Abad de Santillán, p. 140 y ss.). <<

[1602] Peirats, vol. II, p. 346. Mas había sido secretario de la CNT en Cataluña. Fue sucedido en este cargo por Dionisio Eróles, que, poco después, a su vez, fue sustituido por Juan Doménech. <<

[1603] Azaña, vol. IV, p. 575. Del gobierno que él había formado en febrero-mayo de 1936, como señalaba amargamente, sólo dos personas (Giral y Casares) estaban en España: el resto estaba en el exilio o en lugar seguro, haciendo de embajadores. <<

[1604] Zugazagoitia, p. 213. Martínez Bande, *La invasión*, p. 282, reproduce el texto de las conversaciones telefónicas de Azaña con el ministerio de la Guerra, y luego con Prieto. <<

[1605] El plan de Extremadura (trazado por el coronel Álvarez Coque) está reproducido por Martínez Bande en *La batalla de Brunete*, p. 237-240, y se comenta en la p. 53 y ss. <<

[1606] A Berzin lo hicieron volver y lo ejecutaron en Rusia, como parte de la purga del ejército soviético. No hay que confundir a este Stern con Stern, el verdadero nombre de «Kleber». <<

[1607] Hernández, pp. 80-81. <<

[1608] Casado, pp. 71-73. <<

[1609] *Ibid.* Un memorándum del Departamento de Estado

(enviado desde Valencia) calculaba que en aquellos momentos la República poseía 460 aviones, de los cuales se decía que 200 eran cazas rusos, 150 bombarderos rusos (bimotores del tipo Martin), y 70 aviones rusos de observación (Cattell, *Communism*, p. 228). Véase también Jackson, p. 372, nota, donde se comparan las opiniones de Llopis, secretario de gabinete de Largo Caballero, y Julio Just, ministro de Obras Públicas, con las de Prieto, sobre si el plan era práctico o no. <<

[1610] Azaña, vol. IV, p. 594. Después Baraibar presentó a Azaña (*op. cit.*, p. 613) un informe sobre este proyecto en el que aseguraba al presidente que la sublevación era «cuestión de unos días, cuando terminaran las fiestas religiosas». Azaña creía, con razón, que los nacionalistas estaban gastando sumas parecidas en Marruecos. También había un plan según el cual querían pagar el viaje de mujeres moras a España para que convencieran a sus maridos, que estaban en el ejército de Franco, de que abandonaran las armas: «¡Estamos haciendo una adaptación marroquí de Lisístrata!», decía Azaña torvamente. <<

[1611] Largo Caballero dice que los comunistas querían deshacerse de Galarza, porque entonces estaba investigando sobre la lealtad del general Miaja y del coronel Rojo, de quienes se había descubierto que eran miembros de la UME antes de la guerra (*op. cit.*, p. 218). Todavía no se sabe con plena seguridad si habían sido miembros o no. Lo que sí es seguro es que no habían manifestado opiniones izquierdistas antes de 1936. <<

[1612] Sobre esta crisis, véase Peirats, vol. II, p. 238 y ss.; Cattell, *Communism*, p. 153 y ss.; Largo Caballero; Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, p. 212; Gorkin, *Caníbales políticos*, Araquistain y Hernández. Yo consulté con el señor

Irujo, el señor Álvarez del Vayo y la señorita Montseny, que estuvieron presentes en esta reunión. Véase también el informe contemporáneo de Largo Caballero en Azaña, vol. IV, p. 595. <<

[1613] Hernández, pp. 86-88. Krivitsky dice que, ya en noviembre de 1936, Stashevsky había «escogido» a Negrín para que fuera el siguiente jefe de gobierno (*op. cit.*, p. 119). <<

[1614] No existe evidencia de que Prieto hubiera llegado a un acuerdo formal con los comunistas antes de esta reunión, aunque Bolloten hace insinuaciones en este sentido (*op. cit.*, pp. 311-312). <<

[1615] La carta de Lamoneda en la que se niega a apoyar a Largo Caballero está reproducida en Peirats, vol. II, p. 246. Véase también Largo Caballero, pp. 217-218. Lamoneda, durante algún tiempo, en 1920, había sido comunista. <<

[1616] Zugazagoitia, p. 138. Véase una conversación con Azaña sobre esto en 1938, en Azaña, vol. IV, p. 875. <<

[1617] Álvarez del Vayo, *The Last Optimist*, p. 228. La descripción que Prieto hace de él puede verse en vol. II, p. 219 y ss. <<

[1618] Esto me lo dijo Julio Álvarez del Vayo (Ginebra, 1960). <<

[1619] Largo Caballero, p. 204. <<

[1620] Prieto, *Convulsiones*, vol. III, p. 220. <<

[1621] Azaña, vol. IV, p. 867. <<

[1622] Azaña, vol. IV, p. 603. En cambio, el 16 de junio, criticaba el «optimismo juvenil» de Negrín (*op. cit.*, p. 620). <<

[1623] Azaña, vol. IV, p. 894. <<

[1624] Es decir, presidente del consejo. Recuerdo de Álvarez

del Vayo (Ginebra, 1960). <<

[1625] Hernández, p. 135. Puede que dijera esto porque Negrín, desde el primer momento, puso su esperanza en una guerra mundial, que él creía inevitable, pero que Stalin siempre estaba tratando de evitar. <<

[1626] Ibárruri, p. 437. Togliatti dijo en 1962 que sólo había visto a Negrín una vez en España, en marzo de 1939. <<

[1627] En Perpiñán, en 1939, Negrín negó a Henry Buckley la existencia de las cámaras de tortura, y en 1949 admitió su error ante el mismo periodista (testimonio del señor Buckley al autor). <<

[1628] Negrín, además, era muy hábil con los periodistas extranjeros, mientras que Largo Caballero dijo a Azaña que «él no creía en la realidad del mundo exterior» (*Obras*, vol. IV, p. 617). Véase Juan Marichal, «La significación histórica de Juan Negrín», Triunfo, 22 de junio de 1974, que concluía diciendo: «En pocos hombres de la historia europea del último siglo y medio ha habido —como hubo en el doctor Negrín— tal fusión de inteligencia y carácter, de integridad moral y capacidad intelectual». La visión hostil de Bolloten (p. 300), a mi juicio, es una equivocación. Véase una opinión equilibrada en Cabanellas, vol. II, p. 970. <<

[1629] El representante republicano más influyente en París durante el gobierno de Negrín fue el jefe de la compra de armas, doctor Alejandro Otero, ayudado por el periodista americano Louis Fischer, exintendente de las Brigadas Internacionales, intérprete en los contactos ruso-norteamericanos de los años veinte, que, desde el hotel Lutetia, dirigía una organización dedicada a la compra de armas y a la difusión de propaganda republicana. Quizá también deberíamos señalar las actividades de los comunistas franceses en Toulouse. Véanse en Pike, p. 128,

unos comentarios sobre el papel de Jean Marcel Blanc y el bar Gambetta. <<

[1630] A Julio Just también le indignó abandonar su ministerio de Obras Públicas: «personalmente, y como valenciano» (Azaña, vol. IV, p. 603). <<

[1631] Textos en Peirats, vol. II, pp. 248-277. <<

[1632] *Ibid.*, p. 281. <<

[1633] Circular n.º 12 del comité nacional de la CNT de abril de 1937, cit. por Lorenzo, p. 275, nota 43. Decían que, de un total de 2 178 000 miembros, un millón estaban en Cataluña. <<

[1634] Esta reasunción del poder gubernamental en Cataluña fue consecuencia de una firme y explícita decisión gubernamental en la que insistió particularmente Azaña (*op. cit.*, pp. 604-605). El nuevo gobierno catalán estaba compuesto sólo por el PSUC y la *Esquerra*, con tres consejeros cada uno, y Acció Catalana y los *rabassaires* con uno cada uno: Sbert (Seguridad interior), Tarradellas (Hacienda), Pi y Suñer (Cultura), todos de la *Esquerra*; Vidiella (Trabajo), Serra Pamiés (Abastos), y Comorera (Economía), del PSUC; Bosch Gimpera (Justicia), de Acció Catalana, y Calvet (Agricultura), de los *rabassaires*. De los antiguos colegas moderados que tenía Companys al principio de la guerra sólo quedaban dos: Tarradellas y Pi y Suñer. Todos los demás, viejos amigos como Espanya, Gassol y Escofet, se habían visto obligados a exiliarse o huir a Francia. Doce exconsejeros de la Generalitat estaban en París, según Azaña (*op. cit.*, p. 624). <<

[1635] Largo Caballero, p. 229. <<

[1636] Salas Larrazábal, vol. II, p. 1194. <<

[1637] El ME 109 tenía dos ametralladoras fijas en la cubierta

del motor, y dos cañones de 20 mm en las alas. Su equipo de radio era malo comparado con el inglés. Pero estos puntos flacos no se pusieron de relieve en la lucha contra los rusos en los cielos de España. Al final, se construyeron más Messerschmitt 109 que ningún otro tipo de aparato en la historia de la aviación: 33 000. Había sido diseñado por Willy Messerschmitt en 1935 y lo fabricaba la Bayerische Flugenzwerke en Augsburgo. En España se probaron varios tipos de este avión: el 109 B-l, el 109 B-2, el C-l, el D, el E-O, y, más adelante, el E-l. Parece ser que la primera vez que se usó el Messerschmitt fue en Guernica. <<

[1638] Azaña, vol. IV, p. 620. <<

[1639] Este equilibrio de fuerzas en mayo de 1937 se basa en Salas Larrazábal, vol. I, p. 1084 y ss.; Voronov en *Bajo la bandera*, p. 128; Cattell, *Communism*, p. 228; y Sanchís, passitn. <<

[1640] Véanse ejemplos del obstruccionismo de Visiedo en García Lacalle, p. 388. <<

[1641] Prieto nació en Oviedo, pero fue a Bilbao de niño. <<

[1642] Iturralde, vol. II, p. 425. <<

[1643] Martínez Bande, *Vizcaya*, p. 128 y ss. <<

[1644] R. Salas, vol. II, pp. 1382-1383; Francisco Tarazona, *Sangre en el cielo* (México, 1958), p. 132. <<

[1645] Yvonne Cloud, *Basque Children in England* (Londres, 1937); Steer, p. 263. Inglaterra hizo una propuesta a los vascos para que señalaran una serie de zonas neutrales que fueran garantizadas contra todo ataque. El gobierno republicano protestó contra este acto de Inglaterra, que trataba a los vascos como si fueran un gobierno independiente. <<

[1646] *Véase Revue des deux mondes*, 10 de febrero de 1940.

Este artículo afirmaba falsamente que el gobierno vasco había iniciado negociaciones directas con Franco. La versión que doy aquí me la dio Leizaola, que confirmó la narración en Aguirre, pp. 34-36. Ha sido ligeramente corregida en Largo Caballero (p. 206): por ejemplo, los vascos dijeron que se estaba celebrando una reunión secreta del consejo de ministros, sin que asistiera a ella el ministro vasco, Irujo. No hay que creer la versión que circulaba en Salamanca, y que figura en los telegramas enviados por *von* Faupel a Berlín. En marzo de 1937, se había dado otro paso para conseguir una paz con mediación; esta vez lo había dado Mussolini, a través de su cónsul en San Sebastián, el marqués de Cavaletti, «quizá convirtiendo a las provincias vascas ¡en un protectorado italiano!». Aguirre rechazó la propuesta (Aguirre, pp. 31-33). Véase también el comentario de Martínez Bande, *La guerra en el norte* (Madrid, 1969), p. 60 y ss., y el que hay en la biografía del cardenal Gomá escrita por Antonio Granados (Madrid, 1969), p. 155 y ss. <<

[1647] Madariaga, p. 416. Azaña (vol. IV, p. 588) confirma que ésta fue una misión de paz suya personal, y que Largo Caballero no tenía nada que ver con ella. Largo Caballero hizo comentarios adversos sobre ella en sus memorias (p. 199). Véase comentario de Jackson, p. 442 y ss. <<

[1648] USD, 1937, vol. I, p. 295. <<

[1649] GD, p. 291. <<

[1650] *Ibid.* <<

[1651] Serrano Súñer, p. 70. <<

[1652] Esto no era cierto, aunque Inglaterra tenía grandes intereses financieros en Bilbao. <<

[1653] GD, p. 295. <<

[1654] *History of The Times*, vol. IV (Londres, 1952), p. 907. <<

[1655] USD, 1937, vol. I, p. 302. <<

[1656] *Ibid.*, p. 303. <<

[1657] NIS, 22.ª reunión. <<

[1658] Blum manifestó al embajador americano que, según sus informes, los alemanes estaban diciendo la verdad (USD, 1937, vol. I, p. 309). <<

[1659] Véase Prokofiev en *Bajo la bandera*, p. 401, y García Lacalle (p. 212), donde indica que los rusos confundieron el *Deutschland* con el *Canarias*. Véase Azaña, vol. IV, p. 611, donde señala que el hecho fue sorprendente, ya que «los rusos observan una disciplina sumamente rigurosa y sus jefes, lo mismo que su gobierno, saben que deben evitar cualquier conflicto con los alemanes». <<

[1660] USD, 1937, vol. I, p. 317; GD, p. 297 y ss. Véase también el comunicado de François-Poncet del 3 de junio (FD, vol. VI, p. 22). <<

[1661] Las víctimas del *Deutschland* fueron atendidas por el gobernador de Gibraltar, general *sir* Charles Harington, cuya principal preocupación desde el comienzo de la guerra española había sido la de cómo restaurar la antigua gloria del real club de caza de Gibraltar. Las cacerías se habían reanudado después de la caída de Málaga. <<

[1662] NIS, 53.ª reunión. <<

[1663] GD, p. 299. <<

[1664] GD, p. 302. <<

[1665] Los comunistas españoles llamaban a Moscú «la casa». <<

[1666] Azaña relata todo esto (vol. IV, pp. 611-613). Véase también Hernández, p. 114. <<

[1667] El relato de Hernández, en general, es confirmado por Prieto en el prólogo a la edición mexicana de Cómo y por

qué salí del Ministerio de Defensa Nacional. <<

[1668] Prieto, *Convulsiones*, I, pp. 152-153. La primera queja comunista contra Prieto fue durante la batalla de Brunete, que tuvo lugar a continuación, cuando Uribe y Hernández dijeron a Negrín que el ministro de Defensa estaba haciendo una redistribución de mandos que les perjudicaba. <<

[1669] Véase Salas Larrazábal, vol. II, p. 1395. <<

[1670] Véase la narración de Gustav Regler, que fue herido al mismo tiempo (Regler, The Owl of Minerva, p. 312). También lo fue el general ruso Batov (*Bajo la bandera*, p. 100). Véase Historia y vida, diciembre, 1969. El as de la aviación nacionalista García Morato mató al doctor Heilbrunn, médico de la 12.ª Brigada Internacional, no a Lukács. El comandante que sustituyó a Lukács fue el búlgaro Kosovski («Petrov»). <<

[1671] Orwell, *Homage to Catalonia*, p. 260. Esta campaña está bien descrita en Martínez Bande, *La gran ofensiva sobre Zaragoza* (Madrid, 1973), pp. 39-74. <<

[1672] Nuestra Señora de la Fuencisla, patrona de Segovia, fue nombrada posteriormente mariscal de campo, por su parte en la defensa de la ciudad. Esto ocurrió cuando Varela era ya ministro de la Guerra en el gobierno nacionalista, en 1942. Cuando Hitler se enteró de esto, dijo que nunca visitaría España, en ningún caso (Table Talk, p. 515). <<

[1673] Véase una descripción honrada en Tagüeña, p. 152. Martínez Bande, *La ofensiva sobre Segovia* y *La batalla de Brunete* (Madrid, 1972), pp. 61-100, da información útil. Véase también en Gillain, p. 57 y ss., una descripción mordaz de los problemas entre Walter y Dumont. Además, la República empleó incorrectamente una compañía de tanques rusos T-26. Martínez Bande publica un informe sobre la batalla redactado por Walter y Galán (*op. cit.*, p. 246 y ss.).

Ésta es la ofensiva republicana que describe Hemingway en *Por quién doblan las campanas*. Él sugiere que fue traicionada pero que, debido a la obstinación de Marty, se permitió que continuara. La acción de este libro transcurre en «las 68 horas entre la tarde del sábado y el mediodía del martes de la última semana de mayo de 1937» (Baker, p. 225). Por extraño que parezca, para entonces Hemingway se encontraba de vuelta en Nueva York, haciendo una campaña para recoger fondos para la República. <<

[1674] GD, p. 410. Por entonces se dijo que a Mola lo habían matado los alemanes porque había protestado contra el bombardeo de objetivos no militares. Es tan poco probable que se produjera tal protesta como que tuviera tales consecuencias. <<

[1675] Martínez de Campos, p. 221. Ahora el ejército de los nacionalistas en el norte había sido reorganizado. La antigua 6.ª División, cuyo cuartel general se encontraba en Burgos, se había ido ampliando, hasta convertirse en el 6.º Cuerpo de ejército (a las órdenes del general López Pinto), dividido en dos divisiones. La primera división, dirigida por Solchaga, comprendía seis brigadas navarras, de las cuales las cuatro primeras se basaban en las antiguas columnas de voluntarios carlistas y tenían los mismos jefes que el 31 de marzo, y las dos nuevas tenían por jefes a los coroneles Bartomeu y Juan Bautista Sánchez. El jefe de estado mayor seguía siendo Vigón, y la artillería continuaba a las órdenes de Martínez Campos. El 23 de mayo, esta división fue rebautizada con el nombre de 61.ª División (Navarra), esto es, la 1.ª División del 6.º Cuerpo de ejército. Véase Martínez Bande, *Vizcaya*, pp. 124-125. <<

[1676] Martínez Bande, La guerra, pp. 154-155. La organización de divisiones y brigadas era floja. <<

[1677] Véase Del Burgo, p. 900 y Martínez Bande, p. 172. <<

[1678] Steer, p. 307; Salas, vol. II, p. 1403; Martínez Bande, *Vizcaya*, pp. 288-290, reproduce las notas del jefe de estado mayor, Lamas, en esta conferencia. El relato de Steer es excelente. El ruso Koltsov también estaba en Bilbao, aunque no en esta reunión. <<

[1679] Véase Víctor de Frutos, *Los que no perdieron la guerra* (Buenos Aires, 1967), p. 119. Frutos era jefe de una brigada. Sobre Leizaola, véase Sancho de Beurko, *Gudaris, recuerdos de guerra* (Buenos Aires, 1956), p. 90. <<

[1680] Aznar, pp. 425-426; Steer, pp. 336-371. <<

[1681] Véase el manuscrito inédito del coronel Lamas, cit. por Martínez Bande, *Vizcaya*, p. 198, nota 317. <<

[1682] Kindelán, p. 86. <<

[1683] Martínez Bande, *La guerra*, pp. 219-229; la lista oficial de bajas vascas en el mes de junio se perdió. En abril y mayo se registraron 7344 y 8793 bajas, respectivamente. Es probable que la cifra correspondiente a junio fuera de 14 000, en total. <<

[1684] GD, p. 409. <<

[1685] *Ibid.*, p. 412. <<

[1686] Los alemanes estaban dispuestos a negociar sobre esto más adelante con Inglaterra y, a finales de 1937, las exportaciones de mineral de hierro a Inglaterra habían recuperado su ritmo normal. <<

[1687] La importancia naval de la caída de Bilbao está muy bien descrita por el almirante Cervera (*op. cit.*, p. 170), cuyo bloqueo había contribuido tanto a la victoria. Los astilleros y los suministros de anclas, cables, cadenas, etc., fueron muy útiles. <<

[1688] Cloud, p. 8. El autor tiene noticias sobre la vida en

estos campamentos gracias a Víctor Urquidi, que trabajó en ellos cuando era estudiante en la London School of Economics. Los niños vascos formaron un comité, recuerda, «para luchar contra el castigo corporal»; y alguna vez había ocurrido que, cuando llegaba un dentista, encontraba el campamento vacío: los niños habían huido. <<

[1689] *Osservatore Romano*, 8 de enero de 1937. <<

[1690] *La guerre d'Espagne et le catholicisme*, folleto del vicealmirante H. Joubert en respuesta al artículo de Maritain del 1 de julio (París, 1937), p. 26. <<

[1691] Iturralde, vol. II, pp. 318-319. A pesar de todo, el obispo, ya entonces, reconoció en privado que se había equivocado, y más tarde lo haría públicamente. <<

[1692] Cit. por el padre Bayle s. j., *¿Qué pasa en España?* (Salamanca, 1937). <<

[1693] La postura de Maritain puede encontrarse en su prólogo a Alfred Mendizábal *Aux origines d'une tragédie* (París, 1937). Véase también el capítulo 8, «Católicos antitotalitarios», de Southworth, *El mito de la cruzada.* <<

[1694] Publicada en Londres por la Catholic Truth Society. Es probable que la carta fuera escrita por sugerencia del general Franco. El cardenal Gomá la escribió y la envió a los demás obispos para que la firmaran. <<

[1695] El padre Ignacio Menéndez Reigada añadió, en *La guerra nacional española ante la moral y el derecho* (Salamanca, 1937), que el alzamiento había sido «no sólo justo, sino un deber». <<

[1696] El obispo de Orihuela estaba enfermo, de manera que su representante firmó en su nombre. El arzobispo de Tarragona, aunque evitó todo comentario sobre la actitud de la Iglesia española en la guerra civil, nunca manifestó

públicamente su posición. Sin embargo, no regresó a España, y murió en el exilio, en el convento de la Cartuja, cerca de Zurich, tras haber encargado que se inscribiera sobre su tumba un lacónico epitafio que recuerda el de Hildebrand: «Muero en el exilio por haber amado demasiado a mi patria». Parece ser que no se pidió que firmara la carta al cardenal Segura, que no tardaría en volver de Roma a Sevilla. <<

[1697] GD, p. 236. <<

[1698] *Le clergé basque*, p. 10. <<

[1699] *Ibid.*, pp. 33-38. <<

[1700] Véase Southworth, *El mito*, p. 235; Pike, pp. 130-132. <<

[1701] Antonio Berjón, *La priére des exilés espagnols a la Vierge du Pilier* (Lieja, 1938). <<

[1702] Jerrold, p. 384. Sobre la controversia a propósito de Guernica en Inglaterra, véase Southworth, *La destruction* (passim). <<

[1703] Taylor, p. 157. <<

[1704] Lacouture, p. 253; Spender, World within World, p. 496; véase también Koltsov, p. 431; Ehrenburg, The Eve of War, p. 408; y *Left Review*, septiembre de 1937. <<

[1705] Véase Claude Couffon, *Miguel Hernández et Orihuela.* (Traducción, ligeramente alterada, de A. L. Lloyd, en Spender y Lehmann, *Poems for Spain*, p. 37). Véase una entrevista con su viuda en *Triunfo*, 4 de enero de 1975. El suegro de Hernández había sido miembro de la guardia civil y había sido fusilado por los anarquistas, de una forma totalmente gratuita, en el verano de 1936. <<

[1706] Al cabo de poco escribió su obra *Los fusiles de la señora Carrara*, una sátira de la idea de la neutralidad,

siguiendo el modelo de la obra de J. M. Synge, *Riders to the Sea*. La eficacia dramática de la obra no queda disminuida por el error del autor al dar a sus personajes nombres italianos, en vez de españoles. <<

[1707] La despectiva descripción de Azaña se encuentra en su diario (*op. cit.*, vol. IV, p. 672). <<

[1708] Cit. por «Max Reisser», *Espionaje en España* (París, 1938), p. 12. Nunca quedó claro quién escribió este libro o en qué idioma se escribió por primera vez. El traductor español fue Arturo Perucho, director de *Treball*, un periódico del PSUC, y antiguo subdirector de *El Imparcial*, de Juan March. <<

[1709] Esta narración se basa en lo que Golfín y Roca dijeron a los dirigentes del POUM cuando se encontraron en la cárcel. Véase Gorkin, pp. 252-253 y 258-260. Al provocador de Castilla se le permitió escapar vivo y con cierta cantidad de dinero a Francia. El principal agente de policía catalán a las órdenes de Geroe, Victorio Sala, que había sido miembro del POUM, más tarde rompió con los comunistas, a los que, desde entonces, ha acusado de crímenes atroces. Los documentos fueron publicados en *Espionaje en España*. El punto de vista comunista puede verse en el folleto del periodista comunista francés George Soria, *Trotskyism in the Service of Franco* (Londres, 1938). <<

[1710] Krivitsky, p. 125, confirmado a John Erickson por un exoficial ruso. Su esposa, francesa, y su hija también desaparecieron de París al mismo tiempo (Poretsky, p. 212). Según Krivitsky, Stashevsky aprobó las acciones de la GPU contra los «trotskistas» en Rusia, pero pensaba que había que respetar los partidos legalmente constituidos en España. Se fue de Rusia muy contento, creyendo que había convencido a Stalin con este punto de vista. Antonov-

Ovseenko fue nombrado comisario del pueblo responsable de Justicia, y recibió la orden de volver a Rusia para hacerse cargo de sus funciones: una broma típica de Stalin. Nunca llegó a ocupar su puesto. Algunos sugieren que se había hecho demasiado amigo de los catalanes, y eso era peligroso (véase Miravitlles, p. 195 y ss.). <<

[1711] Ortega había sido sargento de carabineros antes de 1936, y, en agosto, había mandado fuerzas republicanas en Irún. A mediados de 1937, era comunista. Para todo lo siguiente, véase Hernández, pp. 124-126. Véase un relato de los acontecimientos desde el punto de vista del POUM en Gorkin, *El proceso*, p. 102 y ss. Véanse también las horribles historias de Katia Landau, *Le Stalinisme en Espagne* (París, 1938). <<

[1712] R. Salas, vol. II, p. 1294. <<

[1713] Véase Peirats, vol. II, p. 334; la declaración de la CNT está reproducida íntegramente en Martínez Bande, *La invasión de Aragón*, pp. 293-297. <<

[1714] R. Salas, vol. II, p. 1294. Otros creen que lo llevaron a Rusia y allí lo mataron. Orlov, en los años cincuenta, intentó atribuir la culpa a un tal «Bolodin», enviado desde Rusia (Miravitlles, p. 193). Pero no sabemos si realmente existió. <<

[1715] Robles, que había pasado algunos años exiliado en España, en los Estados Unidos, había sido amigo de Dos Passos, que asumió su causa Fue asesinado porque sabía demasiado. El cinismo con que Hemingway se tomó la muerte de Robles lo que acabó con la amistad entre Dos Passos y Hemingway. <<

[1716] Azaña, vol. IV, p. 692. Aunque, más tarde, Casares Quiroga explicó que la base de la historia del envenenamiento, como mínimo, era falsa. <<

[1717] *Op. cit.*, p. 99. Hernández es el único excomunista (o comunista) que menciona esta explicación de la muerte de Nin, aunque ahora Carrillo ha aceptado que «lo mataron en nuestra zona» (*Demain l'Espagne*, p. 57). <<

[1718] Casanova, p. 23. <<

[1719] *Izvestia*, 3 de noviembre, cit. por Suárez, p. 54, nota. <<

[1720] «Destruidos por su propia gente sin razón alguna», dice de Gorev, Antonov Ovseenko, Berzin y Stashevsky (*op. cit.*, p. 176). <<

[1721] Sobre esta controversia, véase George Orwell, *Collected Essays*, vol. I, p. 363, y las memorias de Kingsley Martin, Editor (Londres, 1968), pp. 226. Más tarde Orwell, en una carta a Frank Jellinek, corresponsal del *Manchester Guardian*, reconoció, de forma un tanto sorprendente, que «se ha armado demasiado jaleo a propósito del asunto del POUM, y el resultado neto de este tipo de jaleos es predisponer a la gente en contra del gobierno español» [...]. «En realidad —añadió— yo he dado [en *Homage to Catalonia*] una impresión sobre la línea política del POUM más favorable que la que yo tenía, porque siempre pensé que estaban equivocados [...]. Pero [...] creo que tenían algo de razón en lo que decían, aunque sin duda su forma de decirlo era pesada y provocativa en extremo». Orwell también señaló que, en aquellos momentos, el comunismo resultaba atractivo para los ricos en los países occidentales, mientras que el trotskysmo «no atrae a nadie que gane más de 500 libras al año». <<

[1722] Moreno Laguía era amigo de Azaña, y estaba en contacto con él (Obras, vol. IV, p. 828). <<

[1723] Entre los ejecutados se contaban José Cullares, José Navarro López y Marciano Mena. Véase también Casanova,

p. 23. <<

[1724] Véase Benavides, *Revolución*, p. 229. <<

[1725] Azaña, vol. IV, p. 618. <<

[1726] ¿Cuándo, exactamente?: esto es algo que nos gustaría saber. Los dirigentes del POUM fueron detenidos el 16 de junio. De manera que Togliatti tenía buenas razones para querer que quedara bien sentado que él no estaba en España antes del 16 de junio y para hacer que sus amigos (Vidali, Berti, Longo) repitieran esta versión ante P. Spríano (vol. III, p. 215). Las razones para abandonar Moscú eran igualmente compulsivas. Desde luego, Togliatti estaba en España en agosto, cuando se distribuyó una circular en la que se declaraba que los periódicos que criticaran a la Unión Soviética serían suspendidos indefinidamente. (Circular del 14 de agosto, cit. por Broué y Témine, p. 284). <<

[1727] Rojo, *¡Alerta los pueblos!* (Buenos Aires, 1939), p. 104; *España heroica*, p. 87 y ss.; Líster, p. 132; Aznar, p. 435; López Muñiz; Castro Delgado, p. 541 y ss.; Longo, pp. 371-397. Para escribir sobre esta batalla tuve en cuenta las memorias de Malcolm Dunbar, Giles Romilly, George Aitken y Miles Tomalin, que combatieron en ella con el batallón inglés. Sobre cuestiones generales de interpretación, véase Salas Larrazábal (*op. cit.*, vol. II, p. 1215 y ss.). Es especialmente importante la nota (nota 9, p. 1275) en la que critica al ruso Malinovsky, que estaba allí en calidad de asesor, por ignorar, en sus memorias (*Bajo la bandera*, p. 37 y ss.), el papel del coronel Matallana en la preparación de la ofensiva. Martínez Bande, *La batalla de Brunete*, p. 103 y ss., es un buen estudio general. Salas Larrazábal reproduce el orden de batalla de las Brigadas Internacionales en el vol. IV, pp. 3434-3572. Véase también R. Casas de la Vega, *Brunete* (Madrid, 1967). <<

[1728] El batallón inglés de esta brigada estaba dirigido por

Fred Copeman, un exmarinero que había participado en el llamado motín naval de Invergordon en 1931. Según su propia versión, Copeman no se hizo comunista hasta después de abandonar España. Sin embargo, estaba tan estrechamente vinculado al partido que era como si fuera miembro. El batallón inglés se componía de tres regimientos, mandados por Nathan, y otros tres mandados por Mihaly Szalvai («Chapaiev»). Szalvai llegó a ser general en Hungría, después de la guerra mundial. <<

[1729] Véase Longo, p. 291. En esta batalla entre «internacionales», sólo permaneció inactiva la 14.ª Brigada Internacional (francesa). Staimer —el «coronel Richard»— fue otro de los comunistas alemanes importantes que dirigió una brigada en España. «Krieger» había sucedido a otro alemán, Zaisser («Gómez»), Staimer había sido el jefe del sindicato de madereros en Alemania y en 1932 había dirigido la organización «*Rot Front*» en el norte de Baviera. <<

[1730] Galland, p. 27. <<

[1731] Miksche, p. 38. <<

[1732] Aznar, p. 443; López Muñiz, p. 171. <<

[1733] Azaña, vol. IV, p. 678. <<

[1734] Quizá se trataba de algo más que una reunión social el 8 de julio por la noche, cuando Hemingway, Martha Gelhorn y Joris Ivens cenaron en la Casa Blanca para explicar lo que ellos creían que los Estados Unidos tenían que hacer para ayudar a España (documentos de F. D. Roosevelt, Hyde Park, Archivador 422A). <<

[1735] Fue mortalmente herido por una bomba. En sus últimos momentos, ordenó a los que le rodeaban que cantaran para ayudarle a abandonar la vida. Al anochecer, fue enterrado en un tosco ataúd bajo los olivos que bordean

el río Guadarrama. El comisario de la brigada, George Aitken, pronunció un elogio fúnebre. «Gal» y Jock Cunningham, dos hombres rudos que habían sentido celos de Nathan, escucharon en pie, con las mejillas húmedas por las lágrimas. Testimonio de George Aitken. Véase también Steve Nelson, *The Volunteers* (Nueva York, 1953), pp. 166-169. <<

[1736] También hay que señalar los comentarios del coronel Menéndez contra Modesto, Líster, Mera, «el Campesino», y otros jefes de milicias: «El único que sabe leer un plano es el llamado Modesto. Los otros, además de no saber, creen no necesitarlo». (Azaña, vol. IV, p. 712). <<

[1737] El día 18, Julián Bell, de 29 años, otro héroe inglés de su tiempo, sobrino de Virginia Woolf, murió en Villanueva de la Cañada, mientras conducía una ambulancia de la unidad de auxilio médico inglesa. Llevaba un mes en España. (Véase Quentin Bell, Julián Bell, Londres, 1938, p. 176; y Stansky y Abrahams, pp. 399-413). <<

[1738] Véase Salas Larrazábal, vol. II, p. 1254 y referencias: Jesús Salas, pp. 227-235. <<

[1739] Kindelán, p. 99. Juan Ignacio Luca de Tena, que entonces era ayudante de Varela, hace un relato de esta conversación en el que insinúa que las razones de Franco para detener el avance de Varela sobre Madrid estribaban en su miedo a que Varela obtuviera demasiada gloria (Luca de Tena, pp. 205-206). <<

[1740] Sobre las bajas, véase Casas de la Vega, p. 362 y ss.; Martínez Bande, p. 231; Salas Larrazábal, vol. II, p. 1256; el 9 de agosto, Miaja comunicó a Azaña que la República había perdido 1800 muertos y 17 000 heridos (Azaña, vol. IV, p. 732), mientras que Giral informaba de que la mitad de los «heridos» eran desertores u hombres que se fingían heridos.

<<

[1741] Salas Larrazábal, en Carr, *The Republic*, p. 181. <<

[1742] Véase el informe del coronel Matallana, reproducido en La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. II, p. 242. El jefe del batallón Garibaldi, Pacciardi, ahora abandonó España, desilusionado con el comunismo de las brigadas. Nenni coincidió con él en este punto y regresó a París, y a partir de entonces los «Garibaldis» fueron mandados por Cario Penchienati (un comunista que más adelante rompió con el partido), y luego por Arturo Zanoni, un socialista. Véase Pacciardi, pp. 239-240 y 161, y Spriano, p. 223. Arthur Horner, que entonces era presidente de los mineros de Gales del Sur, consiguió que las autoridades de las brigadas se comprometieran a dar permisos a los miembros de las mismas. Pero esto nunca se cumplió plenamente. Durante su visita, Horner fue encarcelado por breve tiempo en Barcelona, porque le encontraron una bandera mora en la maleta y, por lo tanto, lo acusaron de monárquico (Arthur Horner, *Incorregible Rebel*, Londres, 1960, p. 159). <<

[1743] Miksche, p. 171. Esta controversia sobre el uso de los tanques puede retrotraerse a la primera vez que entraron en acción, en la batalla de Cambrai, en el frente oeste, en 1917. Ninguno de los dos bandos de la guerra civil tenía bastantes camiones para permitir que la infantería motorizada se aprovechara del embate inicial de los tanques. <<

[1744] Azaña, vol. IV, p. 698. <<

[1745] La fecha 23 de marzo conmemoraba la fundación del movimiento fascista en Italia en 1919. <<

[1746] El relato más minucioso de esta batalla es el del coronel Martínez Bande, *Final del Frente Norte* (Madrid, 1972). También puede ser provechoso consultar Aznar, pp. 466-475. <<

[1747] Sobre estos esfuerzos frustrados que implicaron un encuentro secreto del padre Onaindía y el agregado militar italiano cerca de Algorta (Vizcaya), el 25 de junio, y un viaje de éste a Roma para dar explicaciones a Ciano —que desconocía totalmente el problema vasco— véase S. Payne, *Nacionalismo vasco*, p. 280. <<

[1748] Aguirre había querido trasladar todas las fuerzas vascas al frente catalán para avanzar sobre Navarra desde la retaguardia (!), pero en Valencia habían rechazado la idea (Aguirre, p. 59 y ss.). <<

[1749] Castro Delgado, p. 539. <<

[1750] Véase una descripción de esta deprimente reunión en Gamir (p. 84); Zugazagoitia, vol. II, pp. 307-308; y el informe del comandante Lamas, citado en Martínez Bande, *op. cit.*, p. 78, nota 85. <<

[1751] Martínez Bande ofrece un triste retrato de estos hombres sentados en la plaza de toros local (*El final del Frente Norte*, Madrid, 1972, frente a la p. 104). Unos 30 000 eran vascos, y 20 000, santanderinos. <<

[1752] Azaña, vol. IV, p. 782. <<

[1753] Martínez Bande, *op. cit.* (p. 97) publica un facsímil del documento de la rendición (pp. 228-229). Véase también el relato del general Piazzoni en las pp. 230-242, y un comentario sobre el relato del padre Onaindía en S. Payne, *El nacionalismo vasco*, p. 285. <<

[1754] Steer, pp. 388-390. Este relato es confirmado por Jesús María de Leizaola. Sin embargo, véase R. Salas, vol. II, p. 1460 y ss., y Martínez Bande, *op. cit.*, pp. 93-94. <<

[1755] Había sido jefe de la UME antes de la guerra y había escapado de Valencia en agosto de 1936. <<

[1756] Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 5. El corresponsal de *The*

Times que describió la conquista de Santander por los nacionalistas fue Philby. <<

[1757] Martínez Bande, *op. cit.*, p. 245 y ss. <<

[1758] GD, p. 434. Esto ocurría a mediados de agosto. El propio Sperrle no tardó en ser llamado a Alemania (aunque no, como se ha dicho, por su participación en Guernica), y le sucedió en el mando de la Legión Cóndor el general *von* Volkmann («Vieth»), Richthofen continuó siendo jefe de estado mayor. <<

[1759] Mientras que el croata Gopic seguía siendo el jefe de la 15.ª Brigada, Aitken, el comisario de la brigada, había vuelto a su país, siendo sustituido por Steve Nelson, trabajador en unos astilleros de Filadelfia, de origen esloveno a pesar de su apellido. Estos nombramientos significaron un período de predominio americano en la 15.ª Brigada. Hubo incluso algo de resentimiento por parte de los americanos cuando el puesto de jefe de operaciones de la brigada pasó a manos de Malcolm Dunbar, un joven inglés muy eficiente que, hacía tres años, había «dirigido un movimiento de estética avanzada en Cambridge». Tres miembros ingleses de la brigada (Copeman, jefe en Brunete; Tapsell, comisario; y Cunningham, jefe de estado mayor) regresaron a Inglaterra con un propósito específico: hablar del control comunista en la brigada inglesa. Esto dio lugar a una disputa en el seno del comité central del Partido Comunista. Cunningham no regresó a España, y fue acusado de «fascista». Abandonó el partido. Los otros dos regresaron. La brigada se había ampliado con la incorporación del batallón Mackenzie-Papineau, formado por canadienses que antes se alineaban con los americanos. Este batallón llevaba el nombre de los dos cabecillas canadienses de la revuelta de 1837 contra Inglaterra. Menos

de un tercio del batallón eran canadienses, y el resto eran norteamericanos. El comisario era Joe Dallet, un obrero portuario de Nueva York, de familia rica, que se había sumado a la causa de la República para hacer desaparecer la evidencia de su anterior vida. Estos detalles indican hasta qué punto España parecía un terreno de pruebas a nivel mundial, donde se probaba algo más que tanques pesados, aviones Messerschmitt y experiencias anarquistas. <<

[1760] Líster, p. 152. <<

[1761] Azaña, vol. IV, p. 614. <<

[1762] Lorenzo, p. 139. Según Juan Sapiña (Azaña, Obras, vol. IV, p. 635), diputado por Castellón y director general de Minas, iba siempre con una escolta de 24 hombres. Su secretario había pertenecido anteriormente al equipo de Juan March. <<

[1763] Azaña, vol. IV, p. 685; también p. 744. <<

[1764] Véase J. Silva, cit. por Bolloten, en Carr, *The Republic*, p. 375. Véase el relato de Negrín a Azaña (Azaña, vol. IV, p. 733). <<

[1765] Véase *Campo Libre*, agosto y septiembre de 1937. El jefe de la 26.ª División, Ricardo Sanz, hace una amarga narración de todo esto en el capítulo XII de su obra Los que fuimos a Madrid. Mantecón dijo posteriormente a Azaña que Líster quería fusilar a los consejeros, pero que él, Mantecón, le había refrenado: «El juego era claro. Los habría fusilado, y luego me habría echado la culpa a mí, presentándome como defensor de los proletarios». (Azaña, vol. IV, p. 897). <<

[1766] La 15.ª Brigada Internacional tuvo un papel importante en estas batallas. El jefe irlandés del batallón inglés, Daley, murió a consecuencia de sus heridas, y fue sucedido por Paddy O'Daire. Thompson y Dallet, jefe y comisario del batallón Lincoln, respectivamente, fueron muertos, y Nelson, el comisario de la brigada, fue herido. <<

[1767] No se ha descubierto el verdadero nombre de «Montenegro». Véase un comentario sobre sus cualidades en Azaña, *op. cit.*, p. 687. El mejor estudio general sobre esta batalla es Martínez Bande, *La gran ofensiva*, p. 77 y ss. <<

[1768] Aznar, p. 504; Castro Delgado, p. 560. Para escribir sobre esta batalla, conté con la ayuda de Malcolm Dunbar. <<

[1769] Casanova, p. 9. Este miembro del POUM, que estuvo presente en la batalla, rinde tributo a la elevada moral carlista. <<

[1770] El tanque BT-5 pesaba 20 toneladas, tenía un cañón de 7 mm y dos ametralladoras (a veces cuatro) de 7,62. Era un modelo Vickers «Christie» del año 1929. De los cuarenta

tanques que participaron en el ataque sólo volvieron 28: el terreno era un cenagal y fue fácil inutilizarlos y capturarlos. Véase comentario en Alexander Foote, *Handbook for Spies* (Londres, 1953), p. 18. <<

[1771] Telegrama citado por Salas Larrazábal, vol. II, p. 1324. <<

[1772] Castro Delgado, p. 571. <<

[1773] Ehrenburg, p. 147. <<

[1774] Azaña, vol. IV, p. 846 y ss. (Informe de Prada al presidente). <<

[1775] Sobre esta campaña, véase Martínez Bande, *El final del Frente Norte*, p. 109 y ss. <<

[1776] Prada informó sobre esto a Azaña personalmente (*op. cit.*, p. 847). Dijo que el «gobiernín», como llamaba Azaña despectivamente al consejo de Asturias, se negaba a reconocer que en Asturias pudiera haber quinta columna. Belarmino Tomás, «totalmente subordinado a la CNT», había dicho: «En la Asturias roja no hay fascistas». Pero, incluso en el «rojo» Avilés, la quinta columna había atacado a una brigada, causando muchas bajas. <<

[1777] Galland, p. 30. <<

[1778] El acta de la última reunión está publicada en *Independent News*. (Véase Broué y Témime, p. 380). <<

[1779] En la España nacionalista se siguieron con gran interés los detalles de su juicio. <<

[1780] Prieto, *Convulsiones*, vol. II, p. 60; véase Azaña, vol. IV, p. 830. <<

[1781] Abel Cuides, el as de la escuadrilla de Malraux, que luego se había incorporado a las fuerzas aéreas republicanas, había llevado a cabo un intento frustrado de rescatar a Goriev. Cuides hizo tres vuelos, pero, en el cuarto, fue

derribado y muerto. Véase Ehrenburg, Eve of War, p. 147. Después de salvarse de Franco en Asturias, nada pudo salvar a Goriev de su propio gobierno. Al regresar a Rusia, fue fusilado. Sobre las luchas posteriores de guerrilleros en Asturias, entre 1937 y 1948, véase A. Saborit, *Asturias y sus hombres* (Toulouse, 1964). <<

[1782] El Partido Comunista intentó cargar gran parte de la culpa sobre las espaldas del secretario del Partido Comunista de *Euzkadi*, Astigarrabia, que fue condenado por un pleno del comité central por haber apoyado con demasiado entusiasmo la «política chapucera y reaccionaria de Aguirre» (*Campo Libre*, 27 de noviembre de 1937). <<

[1783] GD, p. 339. <<

[1784] GD, p. 336. <<

[1785] Azcárate, p. 80. En un debate sobre asuntos exteriores en la Cámara de los Comunes, el 25 de junio, Chamberlain, que pronunciaba su primer discurso como primer ministro, al hablar de la conducta de Alemania en el caso del *Leipzig*, dijo que «había que reconocer que estaba mostrando cierta contención». Sobre la no intervención, dijo: «Se está privando a ambos bandos de suministros de material que ellos piensan que necesitan con urgencia». (Parliamentary Debates, vol. 325, col. 1586.) <<

[1786] NIS (c), 55.ª y 56.ª reuniones. <<

[1787] NIS (c), 57.ª reunión. <<

[1788] Nenni, p. 83. <<

[1789] Azaña, vol. IV, p. 654, reproduce un informe de Negrín sobre esto. <<

[1790] B. Klein, *Germany's Economic Preparations for War* (Cambridge, Mass., 1959), p. 41, habla del tema. Véase también Harper, p. 65. En 1936, Alemania importó un total

de 9.200 000 toneladas de mineral de hierro. Alemania necesitaba estas importaciones para sostener su industria del acero. Anteriormente ya había importado mineral de hierro de España; por ejemplo, en los años veinte, una cuarta parte de las importaciones alemanas procedían de España. Pero en 1937 y 1938 gran parte de las importaciones alemanas procedentes de España consistían en verduras, fruta y vino (de hecho, estos productos suponían más marcos que los minerales). <<

[1791] GD, p. 413. Véase Harper, p. 52 y ss. <<

[1792] GD, p. 417. <<

[1793] GD, p. 421. <<

[1794] GD, p. 410. <<

[1795] NIS, 24.ª reunión. <<

[1796] NIS, 26.ª reunión. <<

[1797] USD, 1937, vol. I, p. 360. Este comentario lo hizo en un almuerzo en el que estaban presentes el nuevo embajador británico en París, Phipps, y Bullitt. <<

[1798] USD, 1937, vol. I, p. 366. <<

[1799] Ciano, *Diplomatic Papers*, p. 132; Churchill, Gathering Storm, p. 189; Edén, p. 445. La carta fue escrita sin que lo supiera Edén. Aparentemente, el gobierno español ignoró este cambio. Azaña, que había considerado siempre que la influencia inglesa había sido nefasta para los asuntos españoles, fue tranquilizado, el 16 de agosto, por Azcárate, que le aseguró que el gobierno inglés no sabía lo que quería: «No hay ahora nadie en la política de estos países que haga o conciba planes a más largo plazo». Y Azaña contestó: «Me cuesta trabajo creer que el Imperio británico está gobernado por majaderos» (Azaña, IV, p. 738). <<

[1800] USD, 1937, vol. I, p. 639. Sin duda esto fue un aparte

apresurado de Edén, porque el ministro de Asuntos Exteriores, en aquel período, por lo general simpatizaba con la República. Por lo menos esto es lo que él dice, y lo confirma un testigo hostil como Hoare en *Nine Troubled Years*. <<

[1801] NIS (c), 62.ª reunión. <<

[1802] NIS (c), 63.ª reunión. <<

[1803] Cervera, p. 111. <<

[1804] GD, p. 432. <<

[1805] Esta visita tuvo lugar el 4 de agosto (*Ibid.*, p. 433). <<

[1806] *Jane's Fighting Ships 1936*. La armada italiana era potente comparada con la francesa: Italia tenía 6 acorazados frente a los 7 de Francia, pero tenía 29 cruceros frente a 16, y 64 destructores y cabezas de flotilla frente a 60 que tenía Francia. (Las cifras correspondientes en la armada inglesa eran: 15, 52 y 175, con 57 submarinos y 5 portaviones). <<

[1807] Edén, p. 457. Al parecer, además, los ingleses habían descifrado el código naval italiano. <<

[1808] Ciano, *Diaries* 1937-1938, pp. 7-8. <<

[1809] Véase Alcofar Nassaes, *CTV*, p. 150. <<

[1810] Cervera, p. 186. <<

[1811] Edén, p. 461. <<

[1812] Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 9. En aquellos momentos, la eficacia del bloqueo era casi total. Sea cual fuere el crédito que merezcan las cifras incompletas que da el agregado militar alemán en Ankara, refleja claramente la verdad cuando dice que, durante el mes de septiembre, no llegó a España ningún material ruso por vía marítima. En cambio, en agosto pasó una cantidad sustancial de suministros. Véase Azaña, *op. cit.*, p. 733. Stalin había señalado a Pascua las ventajas de la fabricación de armamentos en el propio

país para evitar los costes ruinosos que, al fin y al cabo, tendrían un fin: el oro no iba a durar siempre. <<

[1813] *Ibid.*, p. 11. <<

[1814] Churchill, p. 191. <<

[1815] Edén, p. 465. Véase el acta de esta reunión en FD, VI, p. 730 y ss. <<

[1816] Baldwin usó la metáfora en 1936 (Keith Middleman y John Barnes, Baldwin, Londres, 1969, p. 967). <<

[1817] FD, vol. VI, pp. 824-825. <<

[1818] Azaña, vol. IV, p. 805. A pesar de que lo deseaban, los republicanos no consiguieron que España fuera reelegida miembro del consejo de la Sociedad de Naciones. Chile se ofreció a reunir los votos suficientes para conseguirlo a condición de que dejaran en libertad a los refugiados en embajadas. Esta idea fue rechazada con desprecio. <<

[1819] *Documents secrets du Ministére des Affaires Étrangéres d'Allemagne 1936-1943*, vol. III, p. 22 (Moscú, 1946). <<

[1820] Ciano, *Diaries*, 1937-1938, p. 15. <<

[1821] Pero Dahl volvió a América en 1940. <<

[1822] Ciano, *Diaries*, 1937-1938, p. 18. <<

[1823] *Ibid.*, p. 26. <<

[1824] USD, 1937, vol. I, p. 420. En este caso, como en tantos otros, la mejor fuente sobre política francesa la constituyen estos informes del embajador norteamericano en París. <<

[1825] Azaña, vol. IV, p. 823. <<

[1826] Watkins, p. 186. <<

[1827] NIS, 28.ª reunión; NIS (c), de la 64.ª reunión a la 70.ª reunión. <<

[1828] Azcárate, p. 122. <<

[1829] Les événements survenus en France, p. 219. <<

[1830] Azcárate, pp. 129-130. <<

[1831] Harvey, p. 49. Véase también con B. H. Liddell Hart, *Memoirs* (Londres, 1965), vol. II, p. 136. <<

[1832] Éste fue el célebre «Memorándum Hossbach» (Nuremberg Triáis, vol. XXV, pp. 403-414). Además, entonces era cuando los alemanes que estaban en España empezaban a excitarse con el proyecto de las minas españolas —véase p. 618—. Véase un comentario sobre su validez en A. J. P. Taylor, *The Origins of the Second World War*, p. 131, y Alan Bullock, *Hitler's War Aims*, Proceedings of the British Academy, 1967. <<

[1833] A. Orlov, *The Secret History of Stalin's Crimes* (Nueva York, 1953), pp. 241-242. Orlov llama a este militar «el general N». ¿Podemos fiarnos del testimonio de Orlov? Cuando coincide con otras evidencias, o no las contradice, parece aceptable. Araquistain hizo el mismo comentario en La Prensa (Buenos Aires), el 12 de julio de 1939: Stalin no deseaba ganar la guerra porque aquello habría exasperado a Hitler, ni perderla porque, una vez terminada, Hitler tendría más libertad para llevar a cabo su agresión en la Europa oriental y contra la Unión Soviética. Por otra parte, España para Rusia era una cuestión secundaria, comparada con su amistad con Inglaterra y Francia, y Azaña y Pascua eran conscientes de ello (Azaña, vol. IV, p. 734). <<

[1834] CAB, 35(37), 27 de septiembre de 1937. En una reunión subsiguiente, Chamberlain había dicho que «no nos importa qué bando gane, mientras sea una victoria española, y no alemana o italiana» (CAB, 37(37), de 13 de octubre, 1937). Louis Fischer también explicaba que un tal coronel Clark, del ministerio de la Guerra, le preguntó: «¿Qué opina usted que sería mejor? ¿Que Franco ganara rápidamente? ¿O que España siguiera siendo una herida abierta a través de la

cual pudiera salir el veneno de Europa?» (*op. cit.*, p. 457). <<

[1835] GD, p. 550. <<

[1836] Azcárate, p. 120. <<

[1837] Dionisio Ridruejo, *Escrito en España* (Buenos Aires, 1962), p. 34. Este joven poeta y orador, procedente de Segovia, pero que durante un corto tiempo fue jefe provincial de Valladolid, denunció a Franco por haber detenido a Hedilla y, a principios de 1938, pasó a ser director general de Propaganda a las órdenes de Serrano, su mentor. ¿Por qué no fue detenido por su denuncia de Franco? Probablemente porque su juventud, su elocuencia, su sinceridad, su encanto y su aspecto de joven promesa le valieron la protección del general Monasterio, jefe de las milicias unificadas, y la de Serrano, al que había conocido en las tertulias de Pilar Primo de Rivera. <<

[1838] Me fue muy útil mi conversación con Justino de Azcárate (Caracas, 1973). <<

[1839] Prieto, *Palabras*, pp. 235-236. Quizá Prieto estaba mal informado por culpa de «Luis Pagés Guix», que publicó una versión de los acontecimientos de Salamanca titulada La traición de los Franco. Véanse comentarios en Southworth, *AntiFalange*, y La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. II, p. 293. <<

[1840] Tomado de una serie de notas inéditas para una vida del príncipe Javier de Borbón-Parma, en los Archivos Carlistas de Sevilla. <<

[1841] Serrano Súñer, p. 136. Tampoco es seguro que a todos los ingleses les gustara su costumbre de no presentarse en su despacho hasta las once de Ja mañana. Esto ofendía a *sir* Philip Chetwode. <<

[1842] Suances era amigo de Franco desde que ambos eran niños, en El Ferrol. Ambos habían querido ser marinos, pero

sólo había sido aceptado Suances. Más tarde, Suances se convirtió en director de una compañía, con parte de capital británico, que se dedicaba a construir barcos para la armada española. En 1934, dimitió porque no pudo conseguir la nacionalización de la participación inglesa. Después del comienzo de la guerra civil, huyó de Madrid; y desde entonces estaba en Burgos, dedicado a la construcción naval. <<

[1843] Serrano Súñer, p. 64 y ss. <<

[1844] Hubo dos noches en que Queipo cambió de horario y habló a las 10,30. Esto se debió, según dijo a sus oyentes, a que una delegación de muchachas sevillanas se le habían quejado de que sus emisiones de las diez sólo les dejaban estar media hora en la reja con sus novios. De manera que Queipo cambió su hora, perturbando con ello los programas de radio nacionalistas: porque todas las emisoras estaban conectadas con radio Sevilla para el programa de Queipo. <<

[1845] Hay un buen estudio sobre Queipo de Llano como propagandista en Dundas, *Behind the Spanish Mask*, p. 59 y ss. <<

[1846] De manera que en alguna parte deben de existir estadísticas sobre los «pasados por las armas». Sobre Martínez Anido, véase Cabanellas, vol. II, p. 945. <<

[1847] Los toreros más destacados de la época (Marcial Lalanda, Manolo Bienvenida) estaban con los nacionalistas. El gran «Manolete» estaba en el frente de Córdoba, con el ejército nacionalista, aunque empezó a llamar la atención durante la temporada de 1938. Véase un comentario en Rafael Abella, «Toros en la guerra civil», Historia y vida, enero de 1975. En la República se celebraron algunas corridas, en su mayoría a beneficio de hospitales y escuelas, a pesar de la oposición de los anarquistas. <<

[1848] Ansaldo, p. 74. <<

[1849] J. Salas, pp. 458, 459 y 462-463. <<

[1850] *Catecismo patriótico español* (Salamanca, ¿1938?). <<

[1851] Véase La Cierva, en Carr, *The Republic*, p. 200. <<

[1852] Véase Jesús Salas, p. 339. <<

[1853] El SIFNE de Bertrán y Musitu se fusionó con el SIPM en febrero de 1938. <<

[1854] Véase Fontana, pp. 161-162, acerca de las redes de espionaje de Luis Canos, José María Velat, Manolo Bustenga y Carlos Carranceja; pp. 336-337 sobre la historia de Clariana, el espía doble, fusilado en Irún. <<

[1855] Véase Palacio Atard, La quinta columna, p. 261 y ss.; «el Campesino» es quien habla del papel de Rokossovsky, sobre el que no hay otros documentos. <<

[1856] Abella, p. 134. <<

[1857] Abella, p. 268. <<

[1858] Pujol, «Cuando Israel manda», en *ABC* de Sevilla, 20 de diciembre de 1936, cit. en Catalunya sota el régim franquista, vol. I (París, 1973), p. 136; Domingo (San Sebastián), 21 de marzo de 1937. <<

[1859] Los orígenes del Fuero del Trabajo se estudian en Payne, *Falange*, pp. 186-187. El autor fue González Bueno, ayudado por Ridruejo y otros jóvenes falangistas. <<

[1860] Abella, pp. 308-309. <<

[1861] Cit. por Abella, p. 325. <<

[1862] *El clero vasco*, vol. II, p. 293. <<

[1863] Abella, pp. 291-292. <<

[1864] Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 22. <<

[1865] Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 32. <<

[1866] *Ibid.*, p. 37. <<

[1867] GD, pp. 512-516. <<

[1868] Ciano, *Diplomatic Papers*, p. 144. <<

[1869] Ya a principios de 1936 se había pensado en nombrar embajador en Madrid a *von* Stohrer, un diplomático profesional. Antes ya había estado allí, como secretario de embajada, durante la primera guerra mundial, y se había dedicado a sabotear los intereses aliados. Era un brillante lingüista, una figura alta e imponente «que demostraba poseer un notable conocimiento de España» (Hoare, p. 44). <<

[1870] Sobre todo lo anterior, véase GD, pp. 496-503 y 541-542. <<

[1871] La misión inglesa era impopular. «Se daba por sentado —decía *sir* Robert Hodgson— que estábamos contra el movimiento y contra la "España una, grande y libre". Veían la prueba de ello en nuestra obstinada negativa a conceder los derechos de beligerancia y en el hecho de que la prensa inglesa siempre se refiriera a los nacionalistas llamándolos los insurgentes». Hodgson no consiguió ser recibido por Franco hasta el 1 de febrero de 1938. (*Sir* Robert Hodgson, *Spain Insurgent*, Londres, 1953, pp. 84-85). <<

[1872] CAB 12 (37). La misión de Hodgson había sido sugerida por primera vez en marzo. <<

[1873] El gobierno francés no estableció siquiera estas relaciones limitadas con la España nacionalista. Lo único que hizo, como comentaba irónicamente *L'Action Frangaise*, fue restablecer el servicio del Sud Express, el principal tren diario que iba de París a Hendaya. Pero Charles Maurras fue recibido en Salamanca «no como un diplomático, sino como un jefe de Estado». <<

[1874] *News Chronicle*, 30 de marzo de 1938, cit. por Watkins, p. 68. <<

[1875] GD, p. 522. <<

[1876] Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 62. <<

[1877] GD, p. 553. <<

[1878] Ciano, *Diaries* 1937-1938, pp. 64-65. Para entonces, los republicanos habían conquistado Teruel. <<

[1879] GD, p. 470. <<

[1880] Drieu La Rochelle, *Gilíes* (París, 1967), p. 490. <<

[1881] Por ejemplo, los capitanes Fitzpatrick, Nangle y Peter Kemp, cuyo libro Mine were of Troubles (Londres, 1957) es una excelente descripción de la vida en la legión. <<

[1882] Numancia, una fortaleza situada en una colina cerca de Soria, resistió a Roma hasta el fin, en 135-134 a. de C. En realidad, los defensores no tenían escape posible, ya que Publio Escipión Emiliano había cavado una línea continua de trincheras alrededor de la ciudad. <<

[1883] Todas estas conversaciones están tomadas del diario de Azaña. <<

[1884] Azaña, vol. IV, p. 786. <<

[1885] Azaña, vol. IV, p. 107. <<

[1886] Azaña, vol. IV, p. 794. <<

[1887] Gómez Lobo a Azaña, *op. cit.*, p. 748. <<

[1888] Esta triste imagen fue utilizada por Christopher Seton-Watson en relación con la Italia prefascista. <<

[1889] García Oliver pidió al fiscal, Eduardo Ortega y Gasset, que dejara en libertad a Fernández, y añadió: «Nosotros no pedimos las cosas dos veces». Ortega huyó del país. <<

[1890] Cit. en Ossorio y Gallardo, p. 207. <<

[1891] Si atribuimos un valor 100 a enero de 1936, ahora la cifra era 53, comparada con 98 en junio de 1936 (Bricall, p. 96). <<

[1892] Bricall, p. 70. <<

[1893] Véase, p. ej., Azaña, *op. cit.*, p. 760. <<

[1894] Caries Pi i Suñer a Azaña, en Azaña, vol. IV, pp. 790-801. <<

[1895] *Op. cit.*, p. 802; también p. 760. <<

[1896] Álvarez del Vayo, *The Last Optimist*, pp. 317-318. El vicario general de Barcelona prohibió que se abriera ninguna iglesia e hizo saber que denegaría la autorización a los sacerdotes que celebraran misas. (Testimonio del señor Irujo). <<

[1897] Azaña, vol. IV, p. 638. <<

[1898] *Convulsiones*, vol. II, p. 65 y ss. <<

[1899] Palabras de Prieto a Azaña, *op. cit.*, p. 638. <<

[1900] *Convulsiones*, vol. II, p. 34. Hernández, pp. 99-100; Castro Delgado, p. 201; «el Campesino», Comunista, p. 86 y ss. <<

[1901] George Orwell, carta a Raymond Mortimer, 9 de febrero de 1938. <<

[1902] *Convulsiones*, II, pp. 56-57. <<

[1903] Manuel Uribarri, El SIM de la República (La Habana, 1942). Carlos de Juan, el nuevo director general de Seguridad, hizo todo lo que pudo para reducir el número de policías, y para desvincularlos de la política (a mediados de 1937, en la República había 4000 policías más que los que había antes de la guerra en toda la península). Azaña señaló que el «problema» era común a ambas zonas, cuando «uno se refiere a ellas en estos momentos» (op, cit., p. 835). <<

[1904] *Causa General*, p. 161. <<

[1905] Prieto en *Yo y Moscú*, p. 156. Nadie sabe qué pasó con «el Negus», a pesar de que llegó a adoptar la política del

propio partido. <<

[1906] Prieto, *Convulsiones*, vol. II, p. 22, 57, y *Yo y Moscú*, p. 189. Orlov, que seguía siendo el jefe de la GPU en España, pensó en asesinar a Prieto; fue disuadido por Hernández (véase Convulsiones, vol. II, p. 117). <<

[1907] Líster, p. 125. <<

[1908] Martínez Amutio, pp. 211, 228. <<

[1909] *Causa General*, p. 304. La unidad del ejército en cuestión era la 36.ª Brigada Mixta, dirigida por Justo López de la Fuente, quien, al volver a España en los años 60, murió en la cárcel a consecuencia de esto. En Rusia ocurrió algo parecido durante su guerra civil. Véase Angélica Balabanoff, *Impressions of Lenin* (Ann Arbor, 1964), p. 108. <<

[1910] Véase una descripción de estos arbitrarios tribunales, en los que a menudo hacían de jueces hombres ignorantes y malévolos en G. Avilés, *Los tribunales rojos* (Barcelona, 1939), passim. Por difícil que resulte dar crédito a este tipo de libros, es imposible ignorarlos. <<

[1911] Una excepción fue durante el hundimiento de Aragón, a principios de 1938. <<

[1912] Salas Larrazábal, vol. II, p. 1560. <<

[1913] Cit. en William Rust, *Britains in Spain* (Londres, 1939), p. 98. Estas instrucciones no estaban destinadas exclusivamente a las Brigadas Internacionales. También se publicaron muchos folletos sobre «el mando», p. ej., El mando, escrito por el «general W. W. W.». <<

[1914] Spriano, p. 226. Otras cifras de 1938 referentes a Italia son 27. <<

[1915] 47 y 35, en marzo y los meses siguientes.

Gurney, p. 53. <<

[1916] *The International Brigades* (folleto, Madrid, 1953),

p. 21. <<

[1917] Asensio pasó a ser agregado militar en los Estados Unidos, y Martínez Cabrera, gobernador militar de Madrid. <<

[1918] Azaña, vol. IV, p 683 <<

[1919] Salas Larrazábal, vol. II, p. 1583. <<

[1920] USD, 1938, vol. I, pp. 149-150. Los que se aprovechaban del tráfico de armas a costa de la República procedían de todas las clases sociales. ¿Quién no oyó hablar por entonces de aquel noble inglés que, después de haber cobrado un cargamento de municiones de la República, se lo volvió a vender a los nacionalistas? <<

[1921] Salas Larrazábal, vol. II, p. 1619. <<

[1922] La reunión había sido convocada en el último minuto, después de muchas dudas (Largo Caballero, p. 236). <<

[1923] Texto en Peirats, vol. II, pp. 382-393. <<

[1924] La nueva comisión ejecutiva de la UGT incluía a Ramón González Peña (presidente); Edmundo Domínguez (vicepresidente); Rodríguez Vega (secretario general); Amaro del Rosal Díaz (vicesecretario); y Felipe Pretel (tesorero). Tanto Domínguez como Pretel habían sido anteriormente partidarios de Largo Caballero, pero ahora eran negrinistas. Éstas son las consecuencias del poder. La antigua ejecutiva caballerista continuó existiendo, y negando la validez de la nueva. Después de algunos meses, se iniciaron negociaciones entre las dos, y para iniciar las conversaciones se utilizó la habilidad diplomática del dirigente sindicalista francés Léon Jouhaux. Finalmente se llegó a un compromiso, y cuatro seguidores de Largo Caballero (Zabalza, Díaz Alor, Belarmino Tomás y Hernández Zacajo) se unieron a la ejecutiva. Pero no ocuparon ningún cargo, y Largo Caballero

permaneció fuera. Véase Peirats, vol. II, pp. 393-394. <<

[1925] Lorenzo, p. 84. <<

[1926] Lorenzo, p. 312; Azaña, vol. IV, p. 802 y ss. <<

[1927] *Campo Libre*, 20 de noviembre, 1937. <<

[1928] *Ibid.*, 27 de noviembre, 1937. <<

[1929] *Ibid.*, 18 de diciembre, 1937. <<

[1930] El área total cultivable era de 60 millones de acres. <<

[1931] *Imprecorr*, 17 de mayo de 1938, p. 145. El mismo informe dice que el Instituto de Reforma Agraria gastó 200 millones de pesetas en créditos y ayuda a los campesinos entre julio de 1936 y el 31 de diciembre de 1937. <<

[1932] Pike, p. 129. Este último fue un contacto muy poco conveniente: Troncoso, que era un enlace importante del servicio de espionaje nacionalista, fue detenido en Bayona por organizar un grupo, en el que figuraba un fascista italiano, el marqués de Maraviglio (director del periódico romano *La Tribuna*), cuyo objetivo era capturar el submarino republicano C-2 cuando fondeara en Brest. <<

[1933] A. Toynbee, Survey 1938, p. 391. <<

[1934] Azaña, vol. IV, p. 848. <<

[1935] Esto es lo que dice La Cierva (*Historia ilustrada*, vol. II, p. 328), aunque afirma que el espía fue Cipriano Mera (una historia que este último no menciona en su libro). <<

[1936] Azaña, vol. IV, p. 812. <<

[1937] Aznar, p. 549. El mando estaba a cargo de las siguientes personas: 22.º Cuerpo de ejército (Ibarrola), 11.ª División (Líster) y 25.ª División (Vivancos); 20.º Cuerpo de ejército (Menéndez), 68.ª División (Trigueros) y 40.ª División (Nieto); 18.º Cuerpo de ejército (Heredia), 34.ª División (Etelvino Vega) y 64.ª División (Martínez

Cartón). Había unidades de tanques (T-26 y BT-5), de artillería y de zapadores vinculadas a cada uno de los cuerpos de ejército. <<

[1938] Las mejores narraciones periodísticas de esta batalla desde el lado republicano son las de Henry Buckley y Herbert Matthews en *Two wars and more to come* (Nueva York, 1938). Véase también Líster, p. 171 y ss. R. Salas, vol. II, p. 1637 y ss. Lojendio, Aznar y Villegas son las fuentes para la contraofensiva nacionalista. <<

[1939] Véase el informe de Kindelán sobre la aviación republicana, 8 de febrero de 1938, cit. por R. Salas, vol. II, p. 1624. <<

[1940] Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 46. <<

[1941] Galland, p. 32. <<

[1942] Prieto, *Palabras al viento*, p. 220. Más adelante, ambos fueron fusilados. <<

[1943] Las Brigadas Internacionales habían descansado durante la primera parte de estas operaciones. A principios de diciembre, el batallón inglés recibió la visita de los dirigentes laboristas Attlee, Ellen Wilkinson y Philip Noel-Baker. Se les ofreció un banquete, en el que Attlee prometió hacer todo lo posible para que terminara la «farsa de la no intervención», y Noel-Baker recordó cómo Inglaterra había enviado 10 000 hombres para ayudar a los liberales españoles en tiempos de las guerras carlistas. A partir de entonces, la compañía n.º 1 del batallón inglés recibió el nombre de «compañía comandante Attlee». Attlee les escribió: «Quiero haceros presente nuestra admiración por vuestro valor y vuestra entrega a la causa de la libertad y la justicia social. Intentaré explicar a los camaradas de la patria lo que he visto. ¡Trabajadores del mundo, uníos!». El cantante Paul Robeson también hizo una visita. Para

aquellos para quienes «la patria» era Francia, el invierno de 1937-1938 fue notable por la publicación de *L'Espoir*, de Malraux. Azaña comentó: «¡Ah, estos franceses! ¡Sólo a ellos podía ocurrírseles convertir en filósofo a un guardia civil!». <<

[1944] R. Salas, vol. II, pp. 3050-3051. <<

[1945] Con la excepción de determinadas acciones rusas cerca del Caspio, en 1942. <<

[1946] Véase Martínez Bande, *La batalla de Teruel* (Madrid, 1974), p. 227. <<

[1947] «El Campesino», *Listen Comrades* (Londres, 1952), p. 11; *Comunista en España*, pp. 65-70. Véase la crítica que hizo Prieto de este libro reproducida en *Convulsiones*, vol. II, pp. 110-111. <<

[1948] Líster, p. 301. <<

[1949] Prieto, *Yo y Moscú*, pp. 197-200. <<

[1950] Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 72. Edén prometió a Azcárate que intentaría hacer una gestión ante Franco para impedir que se repitieran estos bombardeos (Azcárate, p. 209). Mientras se supuso que se estaba considerando esta gestión, los republicanos se abstuvieron de tomar represalias. Pero, más adelante, después de la dimisión de Edén, Inglaterra dijo que nunca había tomado iniciativa alguna respecto a aquella cuestión. <<

[1951] Edén, p. 571. El capitán del Sanjurjo, que era responsable del ataque contra el Endymion, fue relevado del mando al volver al puerto. <<

[1952] GD, p. 564. <<

[1953] *Ibid.*, p. 573. <<

[1954] NIS (c), 83.ª reunión. <<

[1955] Edén, p. 549 y ss. <<

[1956] Feiling, p. 337; Edén, pp. 380-382; Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 78. <<

[1957] Cervera, p. 226. <<

[1958] La Legión Cóndor tenía ahora dos grupos de cuatro escuadrillas de Messerschmitt 109; dos grupos de dos escuadrillas de Heinkel 51; un grupo de reconocimiento de tres escuadrillas de Heinkel y Dornier 17; cuatro grupos de tres escuadrillas de bombarderos Heinkel 111 y Junker 52. Los grupos de cazas y reconocimiento eran de nueve aviones, y los grupos de bombarderos, de doce. Ahora, el cuerpo de tanques que mandaba *von* Thoma comprendía cuatro batallones, cada uno de los cuales tenía tres compañías, con 15 tanques ligeros cada una. Este cuerpo iba acompañado de treinta compañías antitanque, con seis cañones de 37 mm cada una. <<

[1959] El veterano comandante norteamericano Merriman murió en la retirada. Merriman fue sucedido por el inglés Malcolm Dunbar. Un estudiante de arte de Brooklyn, Milton Wolf, se hizo cargo del batallón Lincoln. El comisario del batallón inglés, Wally Tapsell, también resultó muerto cerca de Belchite. Había criticado abiertamente los cambios de frente de la política comunista respecto a España. <<

[1960] Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 87. <<

[1961] Martínez Amutio, p. 266. <<

[1962] Véase Castells, p. 311 y ss. <<

[1963] Julián Amery, *Approach March*, p. 92, recuerda una escena macabra en el cementerio situado a las afueras de Huesca, en el que ahora entraron los nacionalistas y se encontraron con una especie de danza de la muerte representada por esqueletos y cadáveres en plena descomposición, junto con hombres muertos recientemente, dispuestos de aquella manera para recibir al enemigo.

(Amery, futuro político inglés, visitó la España nacionalista en la primavera de 1938, cuando era estudiante). <<

[1964] Es difícil clasificar las acusaciones de traición, cobardía e intento de asesinato que inundan las obras de los escritores anticomunistas de este período —p. ej., Peirats, vol. III, pp. 102 y ss. y 251 y ss—. A consecuencia de estas derrotas serían destituidos una serie de jefes. Otros, evidentemente, fueron fusilados, en parte por razones políticas o incluso personales. Varios de los hechos más deshonrosos tuvieron lugar en Andalucía, donde no podía darse la excusa de que las tensiones creadas por la derrota dieron lugar a aquello. Los anarquistas no aceptaron los asesinatos cometidos por los comunistas sin protestar: así, el famoso guerrillero Francisco Sabater («el Quico») mató a un capitán y un comisario comunistas por haber sido colocado en una parte muy expuesta del frente (Téllez, p. 17). <<

[1965] A veces, los pilotos nacionalistas se tomaban las batallas aéreas como si se tratara de una corrida de toros. Algunos, cuando empezaba la batalla propiamente dicha, gritaban: «¡Al toro!». El lema del famoso as de la aviación nacionalista, García Morato, era «Vista, suerte y al toro». <<

[1966] Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 99. <<

[1967] La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. II, p. 354. Estos rumores no están confirmados. <<

[1968] Cit. por Abella, p. 312. <<

[1969] Zugazagoitia, vol. II, p. 82. <<

[1970] Álvarez del Vayo, *The Last Optimist*, p. 300. <<

[1971] Hitler utilizó al exjefe de la Legión Cóndor, Sperrle, «mi general de aspecto más brutal», como amenaza física en su famosa entrevista con Schuschnigg. <<

[1972] Feiling, p. 347. <<

[1973] USD, 1938, vol. I, p. 163. <<

[1974] Robert Brasillach, *Histoire de la guerre d'Espagne* (París, 1939), p. 397. <<

[1975] Schuschnigg, Ein Requiem in *Rot-Weiss-Rot*, p. 37, cit. por Churchill, Gathering Storm, p. 205. <<

[1976] Esta reunión está descrita en Maurice Gamelin, *Servir* (París, 1946), vol. II, pp. 322-328. Véase también Georges Bonnet, *De Washington au Quai d'Orsay* (Ginebra, 1946), p. 77. <<

[1977] Quizá se decidieron a hacerlo ante la aparición de la falsa noticia de que había tenido lugar un levantamiento militar contra Franco en Tetuán. Este bulo había sido inventado por el departamento de propaganda del Komintern, en París, por obra de Otto Katz y Claud Cockburn. El fraude pretendía dar la impresión de que Franco todavía podía ser derrotado y que, por lo tanto, valía la pena el esfuerzo francés de abrir la frontera. (Claud Cockburn, *Crossing the Line*, Londres, 1958, pp. 27-28). (Agradezco a Claud Cockburn su ayuda en éste y en otros puntos de este libro). <<

[1978] L. Fischer, pp. 451-452, sugiere que lo que inclinó la balanza fue una conversación crucial entre el embajador británico, Phipps, y Paul Boncour. Parece ser que Phipps había protestado contra las propuestas de movilización. <<

[1979] *Les événements*, p. 253. <<

[1980] GD, p. 622. Ribbentrop sucedió a Neurath como ministro alemán de Asuntos Exteriores en febrero. <<

[1981] Basil Liddell Hart, *The Defence of Britain* (Londres, 1938), p. 66. <<

[1982] En la España nacionalista existía la costumbre de fechar los decretos públicos e incluso las cartas privadas

utilizando la terminología de Año I o Año II después del alzamiento del 18 de julio de 1936, siguiendo el estilo de la Italia fascista. (En Roma, 1937 era el Año XV). <<

[1983] Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 80. Ciano estaba casi furioso: «Franco debe explotar su éxito. La fortuna no es un tren que pasa cada día a la misma hora. Es una prostituta que se ofrece fugazmente y que luego va a manos de otros». <<

[1984] Rachele Mussolini, p. 71. <<

[1985] GD, p. 625. <<

[1986] Informe del agregado militar norteamericano, coronel Fuqua (Claude Bowers, *My mission to Spain*, Nueva York, 1954, p. 376). <<

[1987] GD, p. 626. <<

[1988] Véase Cervera, pp. 317-318; y Kindelán, p, 19. A los Hydro-Heinkel alemanes de Palma los llamaban «negrillas», y a los italianos, «legionarios». <<

[1989] Ciano, manes 1937-1938, pp. 91-92. <<

[1990] Véase una narración de Barcelona en Horner, p. 160. <<

[1991] Una carta pública de protesta fue firmada por un grupo mixto de ingleses eminentes, entre los que se contaban los dos arzobispos, el cardenal Hinsley, el *lord* presidente de los tribunales, los presidentes de ICI y Lloyds, *lord* Horder y *lord* Camrose, los directores de Rugby y Haileybury, Maynard Keynes, y muchos otros. H. G. Wells también firmó una de estas protestas. El agente nacionalista, duque de Alba, le escribió muy asombrado de que tan gran escritor tuviera aquellos tratos con la «canalla». <<

[1992] En una carta al autor. <<

[1993] Bosch Gimpera, Memorándum n.º 5. <<

[1994] Véase Peirats, vol. III, pp. 280 y 288. Según un informe, el SIM tenía 6000 agentes sólo en Madrid, con un presupuesto de 22 millones de pesetas. El SIM pasó por un período de desorganización: su jefe, el coronel Uribarri, huyó a Francia llevándose mucho dinero. Aunque se pidió su extradición, ésta no llegó a producirse. Su sucesor fue Santiago Garcés, anteriormente miembro de las juventudes socialistas, confidente de Prieto, que había estado en el coche donde se produjo el asesinato de Calvo Sotelo. Otro miembro destacado del SIM, Maxim Schneller, jefe de su «Sección Extranjera», al parecer era un espía doble y huyó a Francia (véase Delmer, p. 356, donde hay una descripción de una visita al buque prisión del SIM, Uruguay, fondeado en el puerto de Barcelona). <<

[1995] Álvarez del Vayo, *The Last Optimist*, p. 301. <<

[1996] Otros miembros de la delegación eran Pretel (UGT); Vidarte (socialista); Santiago Carrillo (Juventudes Unificadas); Serra Pámies (PSUC); y Guerrero (FAI) (Ibárruri, p. 395). <<

[1997] Esto está tomado de Epistolario Prieto-Negrin (París, 1939); Prieto, *Convulsiones*, Vol. II, p. 37; Álvarez del Vayo, *The Last Optimist*, p. 123; Zugazagoitia, p. 400. <<

[1998] Esto es, Jesús Hernández. Véase la confirmación de los asesinatos comunistas en el frente en Peirats, vol. III, pp. 102-130. La CNT y la FAI enviaron una queja a propósito de esto a Prieto el 25 de marzo. <<

[1999] Prieto, *Yo y Moscú*, p. 38. <<

[2000] Hernández, p. 159. El movimiento comunista mundial no se encontraba, en aquellos momentos, en una de sus épocas más felices: Bujarin y sus compañeros-víctimas, entre los que se contaban Yagoda y Grinko, el comisario de Hacienda que había recibido el oro español en 1936, fueron

juzgados entre el 2 y el 13 de marzo de 1938. <<

[2001] Prieto, *Yo y Moscú*, pp. 39-40. Prieto dijo más adelante que él sólo había dicho que «inevitablemente, los fascistas llegarían al Mediterráneo». <<

[2002] Prieto, *Epistolario*, p. 24. <<

[2003] Cit. en Prieto, *Yo y Moscú*, p. 43 y ss. <<

[2004] Véase Lorenzo, pp. 291 y 313. Se había formado un comité de enlace con Horacio M. Prieto como presidente y Rodríguez Vega (socialista) como secretario. <<

[2005] *Ibid.*, pp. 176-177. <<

[2006] Lorenzo, p. 315. <<

[2007] Las compañías navieras creadas en Inglaterra por el gobierno republicano eran las de Howard Tenens Ltd., la Prosper Steamship Co., la Burlington Steamship Co., la Southern Shipping, y la Kentish Company. La Enterprise Maritime, también creada por la República, estaba inscrita en Marsella. La Mid Atlantic Company se formó para fletar otros barcos, y sus gerentes eran un nacionalista vasco y un socialista, bajo la dirección de la embajada española en Londres. El hijo de Prieto, Luís, era agregado financiero. Billmeir, el millonario de Tyneside, era la mano oculta que se encontraba detrás de muchas de estas aventuras. <<

[2008] Prieto, *Palabras al viento*, pp. 282-283. <<

[2009] Véase, por ejemplo, Amery, pp. 108-109. A Prieto le ofrecieron el puesto de embajador en México. Sin duda, Negrín quería alejarlo. Azaña estaba furioso. Esto provocó una pelea importante entre los dos, ya que Azaña quería mantener a Prieto como posible jefe de gobierno. Prieto se negó. Véase Azaña, vol. I, pp. 881-883. Finalmente, más adelante, aquel mismo año, Prieto accedió a ir como «embajador especial» a la toma de posesión del presidente

Aguirre Cerda, de Chile. Fue a Santiago, pronunció innumerables discursos brillantes, y ya se encontraba en el exilio cuando terminó la guerra. <<

[2010] Hernández, pp. 166-168. El 18 de marzo, Rusia propuso una «gran alianza» dentro de la Sociedad de Naciones contra Hitler. Chamberlain rechazó la idea. <<

[2011] Castro Delgado, p. 659. <<

[2012] Este acuerdo y las negociaciones que lo precedieron están ampliamente descritos en Peirats, vol. III, p. 62 y ss. Se creó un comité para coordinar las actividades de la UGT y la CNT, bajo la dirección de dos anarquistas (Horacio M. Prieto y Roberto Alfonso) y dos miembros de la UGT (Rodríguez Vega y César Lombardie). En el mes de abril, la CNT dio otra muestra de apoyo al gobierno: el exministro Peiró pasó a ser comisario general de Electricidad (*op. cit.*, p. 124). <<

[2013] Aunque este gobierno, básicamente radicalsocialista, estaba más a la derecha que los de Blum y Chautemps, contaba con el apoyo de los socialistas. <<

[2014] Carta al director de *Time and Tide*, 5 de febrero de 1938. <<

[2015] Beltrán, un político local, se había distinguido en 1930 en la sublevación de Jaca y había sido el administrador republicano de izquierda de un proyecto de viviendas estatales en Canfranc. Durante la guerra se había hecho «comunista». Véase en Prieto, *Convulsiones*, vol. II, p. 203, sus futuras aventuras en Rusia, su regreso a Francia con el maquis, su posterior deportación a Córcega, su ruptura con los comunistas, su colaboración con los servicios de información secreta norteamericanos a partir de 1945 en España, los Estados Unidos y México, donde, como muchos otros héroes españoles de nuestro siglo, murió en la pobreza, después de pelearse con sus jefes norteamericanos. El apodo

de «el Esquinazo» lo heredó de su padre y de su abuelo, famosos contrabandistas de Canfranc. <<

[2016] El texto de este discurso sólo se publicó en el Diario de Burgos, 19 de abril de 1938. Está reproducido parcialmente en García Venero, *Falange*, pp. 436-437. Prieto intentó aproximarse a Yagüe en la primavera de 1938, por mediación de Jakob Altmaier, un periodista alemán, refugiado socialista y, en el fondo, partidario de la monarquía austríaca, para tratar de conseguir una paz de compromiso. Según el acuerdo que él proponía, Franco y Negrín formarían un gobierno de coalición con Prieto, Gil Robles y otros «moderados». Al cabo de dos años habría un plebiscito sobre la cuestión de la monarquía. Véase Amery, pp. 108-109. Altmaier había sido un dirigente socialista en Francfort durante la revolución de 1919, y en la segunda guerra mundial trabajó para el servicio secreto británico. Véase también Prieto, *Palabras*, p. 237, donde se insinúa que Negrín le impidió negociar todo lo que habría podido. <<

[2017] Véase la circular n.º 17 de la FAI, de fecha 3 de mayo, citada por Peirats, vol. III, p. 118. Los trece puntos se discutieron en una reunión del gobierno, el 30 de abril. Segundo Blanco dijo que había que consultar a la CNT. Negrín decidió que era imposible, porque la embajada inglesa tenía que recibir el documento el mismo día, y porque, al fin y al cabo, básicamente se trataba de una declaración de cara al extranjero (*op. cit.*, p. 119). <<

[2018] Azaña, vol. IV, p. 845. <<

[2019] Azaña, *op. cit.*, p. 877. Esta conversación tuvo lugar el 22 de abril, porque Negrín deseaba que Azaña firmara 45 penas de muerte. Azaña se mostró reacio. Negrín lo consideraba esencial para evitar los «paseos» y salvar vidas. Negrín recordó a Azaña que él mismo había lamentado

haber conmutado la pena de muerte de Sanjurjo en 1932. (Negrín también había sido partidario de fusilar a Sanjurjo, aunque le tenía simpatía personal; a Azaña, personalmente, no le gustaba Sanjurjo, pero había sido partidario del indulto). <<

[2020] Discurso de Franco, cit. por Abella, p. 328. <<

[2021] Ciano, *Diaries* 1937-1938. <<

[2022] Azcárate, p. 153. El embajador republicano añadió que, a partir de entonces, «la vergüenza y la indignación» que causaba a la República la política inglesa hicieron que el gobierno español mantuviera las relaciones con Gran Bretaña a un nivel mínimo. <<

[2023] W. Churchill, Gathering Storm, p. 221. Churchill, por ejemplo, llegó a sostener una amigable conversación con el embajador republicano, Azcárate, en la que manifestó simpatía por la República, después de una cena en la embajada soviética. La conversión de Churchill a la causa de la República se debió a la influencia de su yerno, Duncan Sandys, que estuvo en Barcelona en la primavera de 1938. Pero el «republicanismo» de Churchill siempre fue realista. Por ejemplo, en cierta ocasión, dijo a un periódico de Buenos Aires: «Franco tiene toda la razón de su parte, porque ama a su patria. Además, Franco está defendiendo a Europa contra el peligro comunista, si desea usted expresarlo así. Pero yo [...] yo soy inglés, y prefiero el triunfo de la mala causa. Prefiero que gane el otro bando porque Franco podría ser un estorbo para los intereses británicos». (La Nación, Buenos Aires, 14 de agosto de 1938). <<

[2024] GD, p. 635. <<

[2025] USD, 1938, vol. I, pp. 192-193. <<

[2026] El 10 de mayo, Ivone Kirkpatrick dijo al príncipe Bismarck que «si el gobierno alemán advirtiera

confidencialmente al gobierno inglés de la solución que trataba de dar a la cuestión de los alemanes sudetes [...] el gobierno inglés presionaría tanto en Praga que el gobierno checoslovaco se vería obligado a ceder a los deseos alemanes». (GD, Serie D, vol. II, doc. n.º 1511). <<

[2027] Harvey, p. 124. «Mis colegas tienen una mentalidad dictatorial», había dicho Edén a menudo. <<

[2028] New Orleans States, 9 de mayo, 1938, cit. por Taylor, p. 169. <<

[2029] R. J. Bendiner, *The Riddle of the State Department* (Nueva York, 1943). <<

[2030] Taylor, p. 174; Traína, p. 134 y ss.; Bendiner, pp. 59-62; USD, 1938, vol. I, pp. 183-195. El embajador alemán en Washington informó a Berlín de que la influencia británica era el factor decisivo (GD, pp. 656-657). Arthur Krock me dijo (9 de enero de 1963) que la información sobre la cual basó este artículo se la facilitó Hull o Welles, y que aquélla era la política que su informante deseaba entonces llevar a cabo. Ickes (vol. II, p. 390) dice que Roosevelt le dijo, el 9 de mayo, que «levantar el embargo significaría perder todos los votos de los católicos el próximo otoño, y los miembros demócratas del Congreso estaban inquietos ante aquella perspectiva y no querían hacerlo». Esto confirma la impresión de Norman Thomas, con quien hablé de este tema en 1962. Más tarde, Jay Alien, en *The Christian Science Monitor*, afirmó que el cardenal Mundeleim de Chicago había telefoneado a Roosevelt en una ocasión posterior para disuadirle de que levantara el embargo (Traína, p. 213). Parece ser que el hijo de Krock fue uno de los poquísimos norteamericanos que combatieron en el bando de Franco. <<

[2031] L. Fischer, pp. 468-470. La mujer de Litvinov recuerda que su propio marido tuvo preparada una maleta para

llevársela a la cárcel durante muchos meses. <<

[2032] Harvey, p. 157: «Los franceses están cada vez más impacientes porque han cerrado la frontera a consecuencia de nuestra insistencia», escribió Harvey el 2 de julio. <<

[2033] Traína, p. 168. Sherover había sido noticia por vez primera al vender 60 millones de bonos soviéticos a la seguridad norteamericana entre 1931 y 1935. Había sido agente comercial de la República desde 1936. En conversación en Londres en 1975 con el autor, Sherover confirmó que Roosevelt le dio a entender de algún modo que los votos católicos en Nueva York fueron los que decidieron su política. <<

[2034] Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 123. <<

[2035] *Speeches on Foreign Policy*, 1934-1939, p. 164. <<

[2036] Véase Thompson, p. 122 y ss. <<

[2037] GD, p. 684, cursiva de Dirksen. <<

[2038] *Ibid.*, pp. 684-685. <<

[2039] *Ibid.*, p. 683. <<

[2040] USD, 1938, vol. I, p. 208. <<

[2041] USD, 1938, vol. I, p. 215. Sucedió a Vansittart el 1 de enero de 1938. <<

[2042] *Parliamentary Debates*, vol. 337, col. 1011 (21 de junio de 1938). <<

[2043] *Ibid.*, col. 1387 (23 de junio de 1938). <<

[2044] Feiling, p. 352 <<

[2045] CAB, 27 (38), elide junio. <<

[2046] USD, 1938, vol. I, p. 231. Un ejemplo de la reacción lo constituyó el chiste de Low publicado el 16 de junio, en el que el coronel Blimp dice: «Bien, señor, creo que ha llegado el momento de que digamos a Franco que, si hunde otros

cien barcos ingleses, nos retiraremos del Mediterráneo». <<

[2047] Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 132. <<

[2048] Véase CAB (163), 38. Sobre Reichenau, véase R. J. O'Neill, *The German Army and the Nazi Party 1933-1939* (Londres, 1966), p. 194. La lección que habían sacado los alemanes era que Franco no tenía bastantes vehículos motorizados para permitir la *Blitzkrieg*. <<

[2049] CAB, 32 (38) de 13 de julio. <<

[2050] GD, pp. 675-681. Véase comentario en Harper, p. 98 y ss. <<

[2051] GD, p. 689. <<

[2052] Según R. Salas (vol. II, p. 1870), la República se negó a comprar a los Estados Unidos el caza T-6, que habría tenido efectos considerables. Pero ¿cómo lo habrían pagado? Y ¿era deseable cambiar de suministrador a mitad de la guerra? <<

[2053] Aznar, p. 704; Buckley, p. 375. <<

[2054] GD, p. 711. <<

[2055] El profesor Bosch Gimpera me dio una copia de esta carta. <<

[2056] Testimonio del profesor Bosch Gimpera. <<

[2057] Azaña, *op. cit.*, p. 876. <<

[2058] NIS, 29.ª reunión; NIS (c), 93.ª reunión. <<

[2059] GD, p. 7255. <<

[2060] Cattell, *Soviet Diplomacy*, p. 119. <<

[2061] Ansaldo, p. 63, dice que este ataque fue resultado de una iniciativa personal de Franco. Algunos alarmistas de la España nacionalista estaban convencidos de que los alemanes eran quienes habían impuesto esta campaña, para prolongar la guerra. <<

[2062] El primer director de esta agencia fue Luis Bolín, que,

para ello, compró doce autobuses escolares a los Estados Unidos (véase Bolín, p. 302). <<

[2063] Véase R. Salas, vol. IV, pp. 3284-3286. <<

[2064] Buckley, pp. 379-381. <<

[2065] Líster, p. 220. <<

[2066] Peirats, vol. III, p. 230. <<

[2067] Los demás eran los ejércitos del centro (Casado), de Levante (Hernández Saravia), de «maniobra» (Menéndez), y de Andalucía (Moñones). <<

[2068] Véase un excelente retrato de ambos en Tagüeña, p. 187. <<

[2069] Es interesante que se encontrara un cargo para Tomás, que había tenido tan poco éxito y había sido tan presuntuoso cuando era presidente del Consejo de Asturias. Los nacionalistas se lo habrían pensado mucho antes de recompensar la incompetencia con un acto de amabilidad como aquél. <<

[2070] Miembro activo de las juventudes socialistas antes de la guerra, Tagüeña combatió en la Sierra en julio, en el frente del Tajo en septiembre, en Madrid en octubre, sucediendo a Fernando de Rosa, y, en el invierno de 1936-1937, se convirtió en uno de los primeros jefes de una Brigada Mixta. Ingresó en el Partido Comunista en noviembre de 1936. Su gran éxito lo había obtenido en el frente de Aragón, en la retirada de marzo. <<

[2071] Sobre la batalla del Ebro, véase Luis María Mezquida, *La batalla del Ebro* (Tarragona, 1963-1967); Julián Henríquez, *La batalla del Ebro* (México, 1944); y las versiones que dan Tagüeña, Líster, Martínez de Campos, Kindelán, Rojo y Henry Buckley en sus libros citados tan a menudo. Sobre el plan de batalla, véase R. Salas, vol. IV, pp. 3287-3297. Los

tomos de Mezquita tienen el mérito de incorporar gran cantidad de testimonios personales de soldados jóvenes. Véase una impresión sobre la guerra en el aire en García Lacalle, p. 381 y ss. Véase un curioso y reciente relato de un testigo ocular en Francisco Pérez López, *A Guerrilla Diary of the Spanish Civil War* (Londres, 1973). Véase también R. Salas, vol. II, p. 1967 y ss. Para escribir sobre esta batalla me beneficié de mis conversaciones con el entonces coronel Martínez de Campos y con Manuel Tagüeña, y de mi correspondencia con el coronel García Lacalle. <<

[2072] *Reconquista* (periódico del ejército del Ebro). La preparación de esta ofensiva está bien descrita en Tagüeña, p. 200 y ss. Igualmente importante, en los primeros días de la batalla del Ebro, fue la reconstituida 14.ª Brigada francesa, dirigida por Marcel Sagnier, cuyo comisario era Henri Tanguy. Véase Delperrie de Bayac, p. 354 y ss. Los pontones y los botes hinchables de goma estaban comprados en Francia. No hay evidencia de que el ejército francés prestara su asesoramiento respecto a su utilización, como dio a entender a Hills (p. 319) el general Barroso. <<

[2073] Compárese con el frente occidental en 1918, que sólo tenía 650 kilómetros. <<

[2074] Kemp fue herido por una granada precisamente antes de que comenzara la batalla. Durante los meses anteriores, se había visto enfrentado con un antiguo condiscípulo suyo del Trinity College de Cambridge, Malcolm Dunbar, jefe de estado mayor de la 15.ª Brigada Internacional. <<

[2075] Martínez de Campos, p. 154. <<

[2076] Haden Guest había sido el inspirador de toda una generación de comunistas en Cambridge. Clive había remado en el equipo de la universidad de Oxford a principios de la década de los 30. <<

[2077] Carta de Lacalle, julio de 1964. <<

[2078] GD, p. 735. Inmediatamente antes del comienzo de la batalla del Ebro, el embajador nacionalista en Berlín, marqués de Magaz, se había quejado de que el gobierno alemán estaba vendiendo armas a la República. Alemania había vendido fusiles a una libra esterlina cada uno y también aviones, nominalmente a China y Grecia, pero, de hecho, a la España republicana. Magaz afirmaba que Goering estaba enterado de la transacción, y que deseaba prolongar la guerra civil con aquella jugada. Al cabo de dos meses, Alemania negó que su gobierno estuviera implicado. (Documentos citados en *The International Brigades*, p. 44). <<

[2079] Aznar, pp. 744-745, reproduce varias órdenes republicanas halladas posteriormente que demuestran que esta amenaza se cumplió a menudo. <<

[2080] Véase Peirats, vol. III, pp. 197-205. <<

[2081] En Barcelona, la media era de 80 000, comparada con la de 50 000 de enero de 1936. <<

[2082] Cit. por Azaña, vol. III, p. 510. <<

[2083] El 9 de agosto, Prieto atacó a Negrín ante el comité nacional del Partido Socialista español. El discurso fue publicado con el título de «Cómo y por qué dejé el ministerio de Defensa». Véase *Yo y Moscú*, pp. 137-227. <<

[2084] Una circular secreta de la FAI de septiembre de 1938 señalaba que, de los 7000 ascensos que habían tenido lugar en el ejército a partir de mayo, 5500 habían sido comunistas (Peirats, vol. III, p. 225). <<

[2085] Zugazagoitia, pp. 438-440. Véase comentario de Jackson, p. 457. Por entonces, el diario de Azaña era demasiado fragmentario, y no puede utilizarse mucho. <<

[2086] *Op. cit.*, p. 90. <<

[2087] Este relato se debe en gran parte al profesor Bosch Gimpera. Véase también Zugazagoitia. Yo también discutí el acontecimiento con Irujo. El rumor de que, por entonces, los vascos y los catalanes buscaron una paz negociada pidiendo ayuda a Bonnet y Halifax es falso (se informa de él, presentándolo como un hecho, en USD, 1938, vol. I, p. 239). <<

[2088] Azcárate, p. 174. Azcárate creía que *lord* Halifax se daba cuenta de la injusticia de la discriminación, pero que no podía hacer nada para oponerse al deseo de Chamberlain de no ofender a Italia. <<

[2089] GD, pp. 765-766. <<

[2090] Este plan no fue aceptado por Franco hasta finales de septiembre. <<

[2091] Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 148. <<

[2092] GD, p. 742. <<

[2093] *Ibid.*, p. 747. <<

[2094] El cónsul general de los Estados Unidos en Ginebra informó de que las conversaciones de Negrín fueron con el duque de Alba (USD, 1938, vol. I, p. 239). Bosch Gimpera y Juan Negrín hijo me dijeron explícitamente que fueron con un alemán. Negrín también dijo esto al secretario de Prieto, Víctor Salazar (*Convulsiones*, vol. III, p. 2222), con la clara intención de que transmitiera la noticia. Es difícil creer que el emisario de Hitler, quienquiera que fuese, dijera, como contó Prieto, que Hitler estaba dispuesto a abandonar a Franco para apoyar a Negrín, a condición de que Negrín creara un Estado de estilo nazi. Quizás habría que añadir que Negrín siempre tuvo un contacto con Berlín, a través de la cantante Emérita Esparza, que fue varias veces de Barcelona a Berlín en el curso de la guerra, y que vivía con Negrín en el palacio de Pedralbes, en Barcelona. ¿Era una espía? ¿Para

quién trabajaba? <<

[2095] Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 159. <<

[2096] GD, p. 479. Salazar había instado a Franco a que adoptara esta actitud. Véase Kay, p. 117. <<

[2097] Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 163. <<

[2098] Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 167-168; Feiling, p. 376. <<

[2099] GD, p. 754. <<

[2100] *Ibid.*, p. 756. <<

[2101] Comentario de Francisco Giral. <<

[2102] GD, p. 758. Había sido consejero en Madrid en 1936. <<

[2103] GD, p. 760. <<

[2104] *Médiation en Espagne* (París, 1938). <<

[2105] GD, pp. 776, 784-786. <<

[2106] El 25 de diciembre de 1937, un periodista francés, Luciani, corresponsal de varios periódicos franceses en Moscú, había sido convocado por Litvinov, quien le anunció que el Kremlin había «había establecido contactos» para iniciar el acercamiento germano-ruso. Litvinov dijo a Luciani que se lo comunicaría al embajador. Pero, aunque él lo hizo, nadie se tomó en serio el mensaje. Véase *Le Monde*, 19 de febrero de 1969, cit. Por Suárez, p. 25. <<

[2107] El número de rusos en España había disminuido, porque los pilotos españoles habían aprendido a pilotar los aviones que les habían dado los rusos: parece ser que la misión militar rusa era mucho más pequeña; e incluso Orlov, el representante de la NKVD, había abandonado, el 12 de julio de 1938, para dirigirse en avión primero a Canadá, y luego a los Estados Unidos (véase su testimonio ante el Internal Security Act Sub-committee del Senado, 14-15 de

febrero de 1957; Hearings, p. 3421). <<

[2108] Valledor, que había sido uno de los dirigentes de la revolución de Asturias en 1934, también había combatido en Asturias en 1936-1937. En 1938 consiguió escapar de la España nacionalista. <<

[2109] Rolfe, p. 234. <<

[2110] Vincent Sheean, *The Eleventh Hour* (Londres, 1939), p. 237. <<

[2111] Tomado de un folleto editado en Barcelona, en 1938. El mismo día, el coronel Ramón Franco, que durante algún tiempo había sido comandante de la aviación nacionalista en las Baleares, fue derribado cuando volaba en su hidroavión y murió (J. Salas, p. 384). <<

[2112] Nenni, p. 172. <<

[2113] Trescientos cinco miembros del batallón inglés fueron recibidos con gran entusiasmo en la estación Victoria, el 7 de diciembre, por Attlee, *sir* Stafford Crips, William Gallacher, Tom Mann y Will Lawther. Entonces, Sam Wild ordenó por última vez al batallón que rompieran filas. El comité de Ayuda Familiar se ocupó lo mejor que pudo de las familias de los muertos. <<

[2114] Toynbee, Survey, 1938, vol. I, pp. 392-393. El secretario de esta comisión era Noel Field, exfuncionario del departamento de Estado, funcionario de la Sociedad de Naciones, y futura víctima, o héroe, de la guerra fría. En 1938, ya era, o se consideraba a sí mismo, un agente ruso. Véase Flora Lewis, The man who disappeared (Londres, 1965). <<

[2115] Hemingway había regresado a América a primeros de año, después de terminar una obra muy mala, The Fifth Column, en el hotel Florida. Sin embargo, una noche de

verano, los amigos de la República se alegraron al oír por la radio la siguiente noticia: «El escritor Ernest Hemingway ha abandonado repentinamente su casa de Key West. La última vez que se le ha visto fue en Nueva York, subiendo a bordo de un barco, sin sombrero ni equipaje, para reunirse con las tropas republicanas en el frente». (Regler, Owl of Minerva, p. 298). Para entonces, Hemingway estaba desilusionado con «el carnaval de traición y podredumbre de ambos bandos» (Baker, p. 401). Véanse sus obras The Denunciaron y The Butterfly and the Tank. <<

[2116] Líster, p. 214; Tagüeña, p. 261. R. Salas, vol. II, p. 2021, y vol. IV, p. 3303. Este último dice que los muertos fueron 4007, los heridos, 37 712, y los enfermos, 15 238, todo lo cual da un total de 56 957. Es razonable suponer que el 10% de los heridos y los enfermos murieron posteriormente. <<

[2117] Cambara, que era un joven oficial en la primera guerra mundial, había luchado en Etiopía como jefe de estado mayor de Bastico. En 1943, sería jefe de estado mayor de Graziani, en la infortunada República de Saló, de Mussolini. El Cuerpo de Ejército Legionario a las órdenes de Cambara consistía en la División Littorio (general Bitossi), los «flechas negras» (coronel Babini), los «flechas azules» (coronel La Feria), los «flechas verdes» (coronel Battisti), y una sección de artillería, encabezada por el general D'Amico. El cuerpo tenía unas 58 baterías (Aznar, p. 609). Ahora los italianos eran 26 000 suboficiales y soldados, y 2000 oficiales (Belforte, p. 118). Véase Alcofar Nassaes (*CTV*), p. 176. <<

[2118] Ciano, *Diaries* 1937-1938, pp. 180-181. <<

[2119] *The Times*, 5 de noviembre de 1938. <<

[2120] El objetivo del acuerdo anglo-italiano era procurar separar a Italia de Alemania. Halifax escribió a *sir* Eric

Phipps, que estaba en París: «Aunque no esperamos desvincular a Italia del Eje, creemos que el acuerdo aumentará el poder de maniobra de Mussolini y por lo tanto le hará menos dependiente de Hitler, y le dejará más libre para volver a asumir el papel clásico italiano de equilibrio entre Alemania y las potencias occidentales» (British Foreign Policy, 3.ª serie, vol. III, n.º 285). La respuesta de Mussolini fue lanzar una renovada campaña para la cesión de los territorios franceses de Niza, Saboya y Córcega. <<

[2121] Esta guerra psicológica está analizada de un modo excelente en Abella, p. 369 y ss. Esta emisora de radio en Salamanca estaba dirigida por Jacinto Miquelarena, cuyos breves «comentarios» luego fueron editados. El exradical socialista Joaquín Pérez Madrigal tenía un programa humorístico titulado «La flota republicana». También daba detalles de los menús que se servían en los restaurantes de Salamanca, con la intención de que en Barcelona a la gente se le hiciera la boca agua. Es dudoso que esto produjera un buen efecto en los antirepublicanos medio muertos de hambre que estaban en territorio republicano. Véanse sus nueve tomos de apología, peligrosamente titulados Memorias de un converso (Madrid, 1943). <<

[2122] GD, p. 796. <<

[2123] Una supuesta conspiración afectó al cónsul inglés en San Sebastián, Harold Goodman, en cuya valija se encontraron documentos nacionalistas secretos. ¿Fue un truco de la policía o un intento de obtener información por parte de la República? Un criado se suicidó; quizás era el culpable. Thompson, p. 145, consideró que la responsable era la Gestapo: «¿Qué espía dibujaría un sistema de trincheras en una hoja de papel?». <<

[2124] Payne, *The Spanish Revolution*, p. 193. Sin embargo,

este catolicismo tenía unos acompañantes algo extraños: «Camino de la guerra española; caminos del imperio hispano; caminos del Islam; trinidad que resulta en la sola meta del afán sin horizontes». Son palabras de Antonio Olmedo en el *ABC* de Sevilla, 5 de abril de 1938. <<

[2125] GD, pp. 795-796. La fecha del acuerdo fue el 19 de noviembre. Véase Harper, p. 112. <<

[2126] Véanse comentarios de Harper, p. 117, y Salas Larrazábal en Palacio Atará, p. 123. En Spilling the Spanish Beans, Orwell escribió: «Puede que la guerra termine pronto, o puede que se prolongue durante varios años, pero terminará con España dividida por auténticas fronteras, o en zonas económicas». <<

[2127] El ejército nacionalista se componía de 61 divisiones de infantería (840 000 hombres), 15 323 hombres en caballería, 19 013 en artillería, 119 594 en servicios auxiliares, 35 000 marroquíes (con oficiales españoles), 32 000 CTV (la mitad españoles), y 5000 en la Legión Cóndor: en total, 1.065 941. (Cifras de Bolín, p. 349). <<

[2128] Peirats, vol. III, p. 278. <<

[2129] Diario de Sesiones, 30 de septiembre de 1938. <<

[2130] Lawrence Fernsworth, *New York Times*, 23 de marzo de 1938, cit. por Jackson, p. 458. <<

[2131] Toynbee, A., *Survey*, 1938, vol. I, pp. 271, 389. <<

[2132] Las cifras exactas eran un descenso de 700 gramos de pan a 400, de 250 gramos de carne a 150, y de 200 gramos de verdura a 180. <<

[2133] Bosch Gimpera, Memorándum n.º 2. <<

[2134] Véase comentario en Jackson, p. 447, y también Noah Curtis y Cyril Gilbey, *Malnutrition* (Londres, 1944), p. 46 y ss. <<

[2135] *Campo Libre*, 14 de enero de 1939, da las siguientes cifras de la siembra en la temporada 1938-1939:

Cuenca: 170 000 hectáreas

Toledo: 200 000 hectáreas

Madrid: 69 010 hectáreas

Granada: 117 000 hectáreas

Córdoba: 39 330 hectáreas

Jaén: 74 700 hectáreas

Albacete: 204 690 hectáreas

<<

[2136] Véase conversación entre Trifón Gómez y Azaña, Azaña, *op. cit.*, p. 900. <<

[2137] Archivos del ejército soviético, cit. por Payne, *The Spanish Revolution*, p. 344. <<

[2138] Bricall, pp. 48 y 101. <<

[2139] *Ibid.*, p. 55. <<

[2140] Horacio M. Prieto lanzó éstas y otras ideas moderadas en el periódico de Abad de Santillán, «Timón», en agosto de 1938. Véase comentario en Lorenzo, p. 294. <<

[2141] Antoine de Saint-Exupéry, *Terre des hommes* (París, 1939), p. 210. <<

[2142] Gorkin, pp. 268-280; Peirats, vol. III, pp. 297-300. Véase también el relato general del proceso que hace Suárez. Uno de los dirigentes del POUM, Rey, fue puesto en libertad, aunque fue fusilado por Franco una vez acabada la guerra. Después de este juicio, tres dirigentes anarquistas —Federica Montseny, Abad de Santillán y García Birlán— fueron a ver a Azaña para acusar a Negrín de dictador y pedir un cambio de gobierno. Pero Azaña, como de costumbre, aunque estaba de acuerdo con ellos, no haría nada en concreto. (Peirats,

vol. III, p. 318). <<

[2143] Mera acabó haciéndolo, en Francia. <<

[2144] GD, p. 796. <<

[2145] USD, 1938, vol. I, p. 255. Yo tuve ocasión de comentar el fracaso de este plan con A. A. Berle, en 1963. <<

[2146] Aunque la comisión Chetwode convenció a los nacionalistas para que aplazaran 400 ejecuciones. <<

[2147] J. Salas (p. 432) habla de 197 cazas, 93 «aviones de cooperación» y 179 bombarderos. <<

[2148] La plana mayor del cuartel general de Franco, en 1938, estaba dirigida por el ahora general Francisco Martín Moreno, a cuyas órdenes se encontraban los coroneles Villanueva, Ungría, Barroso, Villegas y Medrano (organización, información, operaciones, servicios, mapas): éstos eran los hombres esenciales, aunque generalmente olvidados, en la organización de la guerra de Franco. Cervera y Kindelán continuaban siendo, respectivamente, jefe de estado mayor de la Marina y jefe de las fuerzas aéreas, mientras que los generales García Pallasar y García de Pruneda dirigían la artillería y el cuerpo de ingenieros. Véase Martínez Bande, *Los cien últimos días de la República* (Madrid, 1973), p. 39. <<

[2149] Aznar, pp. 814-815. <<

[2150] García Lacalle, p. 445. Muchos aviones llevaban pocas ametralladoras. <<

[2151] Zugazagoitia, p. 447. El director inglés Kingsley Martin dijo a Negrín en diciembre que Churchill había «cambiado de opinión» respecto a la República española. «Demasiado tarde», dijo Negrín. (Kingsley Martin, p. 136). <<

[2152] Véanse las acusaciones en La Cierva, *Historia*

ilustrada, vol. II, pp. 474-475. Desde luego, dos meses más tarde, Matallana estaba en contacto con los nacionalistas. <<

[2153] García Lacalle, p. 431. <<

[2154] Véase Hidalgo de Cisneros, vol. II, pp. 445-452. García Lacalle, por entonces jefe de los cazas republicanos, en noviembre insistió en que se realizara este viaje. Hidalgo se mostró de acuerdo, y se comprometió a ir. Al cabo de unas semanas, que parecieron años, Lacalle regresó del frente y se encontró con que todavía estaba allí. Hidalgo explicó que no había ido porque Negrín y él habían pensado que debía ir el subsecretario, Núñez Maza, que era un comunista de toda la vida. Lacalle volvió al frente, imaginándose una vez más que ya había un emisario en Moscú. Al cabo de unas semanas, que volvieron a parecer años, Lacalle regresó y se encontró a Núñez Maza todavía en Barcelona porque creía que aquello era una maniobra de Hidalgo para quitarle el puesto. Entonces se fue Hidalgo de Cisneros; pero ya era demasiado tarde. (Carta de García Lacalle, julio de 1964). <<

[2155] Véase Buckley; Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, p. 262 y ss.; Aznar, p. 816 y ss.; Rojo, *España heroica*; Lojendio, p. 547 y ss. <<

[2156] A. Santamaría, *Operazione Spagna*, 1936-1939 (Roma, 1965), p. 115. <<

[2157] Ciano, *Diaries* 1939-1943, p. 5. <<

[2158] *Ibid.*, p. 10. <<

[2159] Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, p. 262; Azaña, vol. IV, p. 907. <<

[2160] Azaña, vol. IV, p. 906. <<

[2161] Azaña, vol. III, p. 537. Según Azaña, el gobierno se dejó todos los papeles relacionados con asuntos extranjeros y con el espionaje en la España nacionalista, lo que fue fatal

para muchos. <<

[2162] Vicente Rojo, Alerta los pueblos (Buenos Aires, 1939), p. 173. <<

[2163] García Lacalle, p. 490. <<

[2164] «Al matar a la revolución, mataron también a la guerra antifascista». Palabras de M. Casanova en Cahiers de la quatrieme Internationale (París, 1971), p. 5. <<

[2165] Ciano, *Diaries* 1939-1943, p. 15. <<

[2166] Junod, p. 133. <<

[2167] Cabanellas, vol. II, p. 1047; Cabanellas habla de 10 000 fusilados entre el 26 y el 31 de enero, y de 25 000 ejecuciones más, posteriormente. No da pruebas de estas cifras. Puede que tenga razón. <<

[2168] Ciano, *Diaries* 1939-1943, p. 34. <<

[2169] Abella, p. 401. <<

[2170] Ridruejo, en Sergio Vilar, p. 485. <<

[2171] Véase «El Tebib Arrumi», cit. en Catalunya sota..., p. 147. En este libro hay un análisis completo de la persecución del catalanismo en 1939. <<

[2172] Azcárate, manuscrito. <<

[2173] El 23 de enero. <<

[2174] Documentos de Roosevelt, Hyde Park. Se insistía en el mismo punto de vista en un libro de Alien Dulles y Hamilton Fish Armstrong, de *Foreign Affairs* (*Can America Stay Neutral?*). <<

[2175] Ickes, p. 569. <<

[2176] Tomado de una tesis doctoral inédita, The Spanish Civil War, de H. J. Parry, de la universidad de California, cit. por Taylor, p. 195. Hubo otras tres encuestas para conocer la opinión de los ingleses, realizadas por el British Public

Opinión Institute durante la guerra civil. En enero de 1937, el 14% opinaba que la junta de Burgos había de ser considerada el auténtico gobierno de España, frente a un 86% que opinaba lo contrario. En marzo de 1938, el 57% manifestó su simpatía por el gobierno, el 7% por Franco, y el 36% por ninguno de los dos. En octubre de 1938, las respuestas fueron muy parecidas a las del mes de marzo anterior. <<

[2177] Esto se lo dijo Martínez Barrio a Azaña, en Azaña, vol. III, p. 541. <<

[2178] García Lacalle, p. 494-495. <<

[2179] GD, p. 844. <<

[2180] Hills, p. 324, habla del enojo entre Kindelán y el agregado militar alemán, barón *von* Funck, a propósito de esto. <<

[2181] No tardaron en ser enviados a Toulouse. <<

[2182] Las cifras se comentan en Pike, pp. 213-214. Basándose en la embajada mexicana en París, La Cierva da la cifra de 527 000 exiliados de España entre febrero y finales de abril de 1939. Azaña (vol. III, p. 534) habla de 220 000. Álvarez del Vayo (en Azaña, vol. III, p. 553) dijo que habían atravesado la frontera 400 000. *Sir* John Simpson, *Refugees* (Chatham House, 1939), habla de 270 000 soldados, 170 000 paisanos y 13 000 enfermos: 453 000 en total. <<

[2183] Howard Kershner, *Quaker service in modern war* (Nueva York, 1950), p. 24. <<

[2184] *La dépêche* (Toulouse), 3 de marzo de 1939, cit. por D. W. Pike, *Vae Victis!* (París, 1969), p. 14. <<

[2185] Regler, Owl of Minerva, p. 321. Véase Pike, *Vae Victis!*, pp. 216-217. <<

[2186] Giuliano Pajetta había sido el comisario más joven de

las Brigadas Internacionales. Era un joven comunista de Turín que, a los catorce años, había sido detenido, había huido a Francia, luego a Rusia, y había estado en España casi desde el principio de la guerra. Las emisiones radiofónicas italianas transmitidas de España a Italia duraron hasta el final de la guerra. Los combatientes que llevaban más tiempo en España, como Longo, Vidali y Togliatti, también se marcharon de Cataluña. (Spriano, p. 271). <<

[2187] El nuevo embajador republicano en París, Marcelino Pascua (trasladado desde Moscú), intentó llevar a Machado a París, pero no pudo hacerlo debido a la gravedad del estado de Machado (carta de Marcelino Pascua al autor). <<

[2188] Regler, Owl of Minerva, *loc. cit.* Para los simpatizantes de la República, atender a los refugiados fue la última y la más dolorosa de las «causas» de la guerra española. Véase Nancy Cunard, Manchester Guardian, 17 de febrero de 1939, y el capítulo XV de Nancy Mitford, *The Pursuit of Love.* <<

[2189] Toynbee, A., *Survey*, 1938, vol. I, pp. 397-399. <<

[2190] El método de Astorga para mantener la disciplina había consistido en fusilar a cinco personas por cada prisionero que se fugaba. Véase la narración de Juan Pujol en Historia y vida, enero de 1975. <<

[2191] Gorkin, *Caníbales políticos*, p. 237; y Pike, *Vae Victis!*, p. 53. <<

[2192] Diario de sesiones, n.º 69, febrero de 1939. Véase la descripción de la escena en Zugazagoitia, p. 508 y ss. <<

[2193] USD, 1939, vol. II, pp. 739-740. <<

[2194] Álvarez del Vayo, *The Last Optimist*, p. 294; Azaña, vol. III, p. 554. <<

[2195] El relato de Azaña se encuentra en su carta a Ossorio del 28 de junio de 1939, en Obras, vol. III, p. 552 y ss. <<

[2196] *Causa General*, p. 178. <<

[2197] Regler, *Owl of Minerva*, p. 325. <<

[2198] La tensión anterior entre Hernández Saravia y Rojo se pone de manifiesto en una nota de una entrevista que sostuvieron ambos publicada por R. Salas, vol. IV, p. 3345. Saravia llevaba más de dos semanas completamente aislado de sus tropas, y la única información que tenía de dónde se encontraba el enemigo se la proporcionaba el jefe de los cazas, García Lacalle. Véase García Lacalle, p. 495. <<

[2199] El valor real se aproximaba más al cambio no oficial de 100 pesetas la libra esterlina que al oficial de 42 pesetas. Los vales emitidos por los ayuntamientos, por los comités del Frente Popular y por la Generalitat en los primeros días de la guerra (conocidos con el nombre de «pijamas», porque sólo podían usarse en casa) ya no eran aceptados. <<

[2200] Madariaga, p. 431. <<

[2201] Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, p. 275. <<

[2202] GD, p. 835; Bruno Alonso, pp. 117-118. Los nacionalistas pidieron que negociara la rendición el capitán Alan Hillgarth, cónsul inglés en Mallorca (vicecónsul en 1932-1937 y futuro jefe del servicio de información secreta de la Marina). El Foreign Office accedió con la condición de que no se permitiera el estacionamiento de tropas alemanas ni italianas en la isla durante dos años. Esta condición se cumplió. <<

[2203] Guy Hermet, *Los comunistas en España* (París, 1971), p. 30. <<

[2204] Saborit, Julián Besteiro, p. 410. <<

[2205] El papel decisivo corrió a cargo del jefe de la red de espionaje, «Antonio» (Antonio de Luna, un profesor universitario). El profesor Julio Palacios, un agente de

«Antonio», recibió la orden de ponerse en contacto en enero con Casado a través de intermediarios. (Tomado de unas memorias inéditas de Palacios, cit. por Martínez Bande, *Los cien últimos días*, 1973, p. 119). El coronel Bonel, en Toledo, también tuvo un papel importante en las negociaciones entre Madrid y Burgos. <<

[2206] Martínez Bande, *op. cit.*, p. 120. <<

[2207] Comentario de Zugazagoitia en *op. cit.*, p. 546. <<

[2208] Ibárruri, p. 429. Persiste el rumor de que el gobierno inglés pagó a Casado para que intentara poner fin a la guerra. Esta historia tan improbable parece desmentida por el recibimiento de que fue objeto cuando llegó a Inglaterra a principios de abril. Broué y Témime (p. 261) sugieren que fue Cowan quien inició el complot. Yo creo que esto es un resto del clásico respeto francés por «l'intelligence», no siempre merecido. <<

[2209] El siguiente relato del final de la guerra de España y del golpe de estado del coronel Casado se ha basado principalmente en las narraciones del propio coronel Casado (aunque confusa y contradictoria, su segunda edición es diferente de la primera), de Castro Delgado, «la Pasionaria», Bruno Alonso, Álvarez del Vayo, García Pradas (*Cómo terminó la guerra de España*), Wenceslao Carrillo (*El último episodio de la guerra civil española*, Toulouse, 1945) y Jesús Hernández. También he tenido en cuenta el discurso de Negrín en el comité de las Cortes, pronunciado en París el 31 de marzo; Bouthelier (*Ocho días*) y Edmundo Domínguez (*Los vencedores de Negrín*). La obra de Martínez Bande, *Los cien últimos días de la República*, es una narración sobria y cuidada, como es habitual en este autor, y da información sobre los contactos de Casado con Burgos. Véase también Mera, p. 193 y ss. <<

[2210] Prieto recuerda esto en *Convulsiones*, vol. II, p. 83. <<

[2211] Martínez Bande, *Los cien últimos días*, p. 82. <<

[2212] Tagüeña, p. 304. Díaz estaba en Moscú desde noviembre (Spriano, vol. III, p. 272). <<

[2213] Pérez Salas, p. 232. <<

[2214] Ibárruri, pp. 436-437. <<

[2215] Peirats, vol. III, p. 353. Era argentino. <<

[2216] Las instrucciones fechadas el 10 de febrero estaban firmadas por Mariano Vázquez, de la CNT, y Pedro Herrera, de la FAI (*Ibid.*, p. 365). Véase Juan López, Una misión sin importancia: *Memorias de un sindicalista* (Madrid, 1972). <<

[2217] Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, p. 278 y ss. <<

[2218] Casado dice que esto fue el 25 de febrero, y Mera lo confirma (página 194). <<

[2219] Tagüeña, p. 306. <<

[2220] Ibárruri, p. 440. Entre los otros comunistas se contaban Checa, Delicado e Isidro Diéguez. <<

[2221] Ibárruri, p. 427. <<

[2222] R. Salas, vol. IV, pp. 3392-3398, da el informe de Camacho. Yo acepto las fechas que da Martínez Bande, quien sitúa esta reunión el día 16, y no el 27 de febrero. <<

[2223] Casado, p. 121; véase Benavides, *La Escuadra*, p. 451. <<

[2224] Casado (p. 135) y García Pradas (p. 34) lanzaron sendos ataques contra la forma de vida de Negrín en esta última fase de la República española. ¿Es realmente cierto que se rodeaba de chicas de conjunto? ¿Había de verdad cajas de *champagne*? ¿O es producto de la imaginación de unos puritanos? <<

[2225] Kersher, p. 47. <<

[2226] Martínez Bande, p. 121. <<

[2227] Estos hechos fueron relatados al autor por Azcárate. Están descritos en la p. 221 de sus memorias inéditas. Véase también Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, p. 285. <<

[2228] Feiling, p. 394. <<

[2229] Martínez Bande (*op. cit.*, pp. 124-126) cita el informe de Centaño. Casado, en su libro, dice que la única vez que vio a Centaño fue en marzo, y que su visita fue una sorpresa. Al parecer, esto no es cierto. <<

[2230] Martínez Bande, *op. cit.*, p. 126. <<

[2231] Azcárate, *loc. cit.* <<

[2232] Martínez Bande, *op. cit.*, p. 128. <<

[2233] Cit. por Watkins, p. 118. <<

[2234] La oposición, desde que, en octubre de 1936, se había convencido de que la no intervención era una «farsa», había apoyado activamente a la República española, y había sostenido buenas relaciones con Azcárate, de la embajada española. <<

[2235] Más tarde entregó la embajada española en Londres al Foreign Office, que, a su vez, la entregó al duque de Alba. En otras capitales del mundo estaban teniendo lugar escenas similares. <<

[2236] García Pradas, p. 82. <<

[2237] Martínez Bande, *op. cit.*, p. 128. <<

[2238] Hidalgo de Cisneros, pp. 463-464. Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, p. 291. <<

[2239] Jackson, p. 474, se refiere a este momento de «pasividad». <<

[2240] Bruno Alonso, La flota republicana y la guerra civil de España (México, 1944), pp. 136-137. Galán sustituyó a Bernal el día 4 por la noche. <<

[2241] *Ibid.*, pp. 141-143. <<

[2242] Bruno Alonso, p. 146. <<

[2243] Murieron unos 1200. <<

[2244] Sobre los acontecimientos de este día en Cartagena, véase Manuel Martínez Pastor, *Cinco de marzo 1939* (Madrid, 1971). También está la novela-documento de Luis Romero *Desastre en Cartagena* (Barcelona, 1971). Galán escribió su versión en España republicana (Buenos Aires, marzo-abril 1968). <<

[2245] Ibárruri, p. 450. <<

[2246] Antonio Pérez, ferroviario, era un socialista seguidor de Prieto. Había sido miembro del comité ejecutivo del Partido Socialista. Los restos de este organismo se habían reunido para discutir su próxima actuación, y (según su vicepresidente, Edmundo Domínguez) se habían visto obligados a apoyar a la junta tras una votación amañada. Ni Domínguez ni el secretario de la UGT, Rodríguez Vega, quisieron aceptar un puesto en la junta, de manera que tuvo que aceptarlo Pérez, contra su voluntad. <<

[2247] Saborit, Julián Besteiro, p. 411. El escritor Julián Marías se presentó para hacer de secretario de Besteiro. <<

[2248] Casado, p. 150. Mera había querido arrestar a Negrín y llevarlo a Burgos. <<

[2249] Eco de la pregunta formulada por Casares Quiroga, hacía ya tanto tiempo, al general Gómez Morato: «¿Qué ocurre en Melilla?». <<

[2250] Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, p. 224. Hay otras versiones de esta conversación. Véase García Pradas, p. 75. <<

[2251] Hernández, p. 197. La suerte que corrió Iaborov (o Berov), sus orígenes y sus referencias son desconocidos.

Líster lo mencionaba de pasada. Indudablemente, él y su estado mayor se marcharon aquel mismo día, con sus archivos. <<

[2252] Castro Delgado, p. 731; Tagüeña, p. 312. <<

[2253] Ibárruri, pp. 453-454; Tagüeña, p. 318. <<

[2254] Tagüeña, p. 316. <<

[2255] Parece ser que el manifiesto está reproducido en R. Salas, vol. IV, p. 3414. Que el autor fue Togliatti lo atestigua Ettore Vanni, lo, *Communista in Russia* (Bolonia, 1948), pp. 6-18, cit. por Spriano, vol. III, p. 272. Entonces Vanni era el director del diario comunista español de Valencia, *Verdad*. Posteriormente rompió con el comunismo. Véase Bocca, p. 313. <<

[2256] Líster, pp. 256-257. Véase también Castro Delgado, p. 733. <<

[2257] Álvarez del Vayo, *The Last Optimist*, p. 316; Líster, p. 257. <<

[2258] Martínez Bande, *Los cien últimos días*, pp. 180-181; Tagüeña describe su asombro al darse cuenta de que él y sus amigos habían huido a Francia mientras continuaba la lucha. <<

[2259] Se trataba de los coroneles López Otero, José Pérez Gazzolo y Alfredo Buznego, y del comisario Peinado Leal (*loc. cit.*, p. 220). <<

[2260] W. Carrillo en *El Mundo* (México, 1 de septiembre de 1944, cit. por Bullejos, p. 226). <<

[2261] Véase para todo esto la carta de Togliatti a los líderes del partido comunista y publicada en Historia Internacional, Madrid, febrero, 1976. <<

[2262] Martínez Bande, p. 212. <<

[2263] Ibárruri, p. 455. Puede que lo sugiriera Miaja. <<

[2264] R. Salas, vol. II, p. 2318. Ramos Oliveira, vol. III, p. 392, dice que 1000. <<

[2265] Martínez Bande, *Los cien últimos días*, p. 221. Estos telegramas fueron del coronel Ungría, en Burgos, al coronel Bonel, en Torre de Esteban Hambrán (Toledo), que se puso en contacto con Centaño y otros agentes de Madrid. <<

[2266] Sobre esta primera entrevista, en el aeródromo de Gamonal, cerca de Burgos, véase Martínez Bande, *Los cien últimos días*, p. 229. En una conversación sostenida el 23 de marzo, el coronel Ungría dijo que los oficiales profesionales del ejército republicano habían prolongado la guerra; el coronel Garijo replicó fogosamente que la República había perdido la guerra sólo porque no se había permitido a aquellos oficiales actuar como ellos querían. Además, si los profesionales hubieran luchado por una causa en la que hubiesen creído verdaderamente, probablemente no habrían perdido. <<

[2267] Sobre la segunda conferencia en Gamonal, véase Martínez Bande, *Los cien últimos días*, p. 246 y ss. <<

[2268] Domínguez, *op. cit.* <<

[2269] Spriano, vol. III, p. 272. <<

[2270] Aznar, p. 845. <<

[2271] Hermet, p. 168. <<

[2272] Uno de los que observó la entrada de los ejércitos de Franco en Madrid fue el hijo mayor del embajador norteamericano en Londres, Kennedy. El joven Joseph Patrick Kennedy había llegado a Barcelona en enero, después de escribir una tesis doctoral en Harvard sobre «La intervención en España». Cuando cayó Barcelona, Kennedy se fue a Valencia, y de ahí pasó a Madrid, técnicamente como agregado de prensa de la embajada de los Estados

Unidos en París. En Madrid, Kennedy fue detenido por una patrulla anarquista y entró en contacto con la quinta columna. Permaneció en la capital hasta principios de abril. Probablemente, su misión era oficial y secreta. Véase Hank Searls, *The Lost Prince: Young Joe; the forgotten Kennedy*. <<

[2273] Documentos del Foreign Office británico, P. R. O. El capitán pensó que Casado y sus acompañantes eran «personas adecuadas para embarcar en uno de los barcos de Su Majestad». No pensó lo mismo de los 300 «comunistas armados» que aparecieron de repente en el muelle. En conjunto, la armada británica embarcó a unas 650 personas. Pero quedaron en el muelle un número de personas diez veces mayor, como mínimo. Martínez Bande (*Los cien últimos días*, p. 287) sugiere que, en Alicante, había entre 10 000 y 20 000. (Agradezco a Michael Alpert su ayuda para llegar a esta interpretación). <<

[2274] Villegas, p. 384. Otra reacción fue el comentario que hizo Mussolini a Ciano, señalando en un atlas abierto el mapa de España: «Ha estado abierto por esta página casi tres años, y ya es suficiente. Pero ya sé que tengo que abrirlo por otra página». Ciano, *Diaries* 1939-1943, p. 57. Italia atacó a Albania la semana siguiente (el 6 de abril). <<

[2275] Pero el biógrafo de Pétain, Maitre Isorni (*Philippe Pétain*, París, 1972, p. 397 y ss.), dice que Franco había «admirado a Pétain en 1925». <<

[2276] *Ibid.*, p. 419. El colega inglés de Pétain era *sir* Maurice Peterson. Véase su libro *Both sides of the Curtain* (Londres, 1950), pp. 153-235. También él lo pasó mal. <<

[2277] NIS, 30.ª reunión. En esta reunión, Francis Hemming decidió devolver a los gobiernos participantes la parte proporcional que les correspondía de los fondos sobrantes en la cuenta del comité; hizo que le encargaran escribir un

estudio sobre la labor del comité, aunque este libro nunca llegó a editarse; se acordó que «no se darían facilidades a personas ajenas» para que examinaran los documentos del comité —otra medida que no se llevó a la práctica—; y se aprobó la idea de una «asociación de antiguos camaradas» constituida por los que habían participado en la patrulla de la no intervención —que tampoco se llevó a la práctica. <<

[2278] Diario de sesiones, 31 de marzo de 1939. <<

[2279] Los republicanos españoles fueron acusados por sus enemigos de haberse llevado al extranjero enormes cantidades de dinero. Sin embargo, la mayor parte de este dinero se había utilizado para la compra de armas. <<

[2280] Bruno Alonso, p. 156. <<

[2281] Por lo menos 70 000 en Barcarés, 40 000 en Argeles, y 30 000 en Saint Cyprien. Véase Pike, p. 55. En Gurs había 7000 antiguos miembros de las brigadas. <<

[2282] Véase una descripción en Tagüeña, p. 300 y ss. <<

[2283] Véase Eugene Kutischer, *The Displacement of Population in Europe*, Serie D de Estudios e Informes, n.º 8 (Montreal, 1944, ILO), p. 44. <<

[2284] Este tema está bien tratado en Cabanellas, vol. II, p. 1119 y ss. <<

[2285] Guy Hermet, *Les espagnols en Trance* (París, 1967), p. 28. <<

[2286] Pike, p. 68. <<

[2287] *Ibid.*, p. 72. <<

[2288] Abella, p. 416. <<

[2289] Véase la brillante novela de Georges Conchon, *La corrida de la victoire* (París, 1959). <<

[2290] Sobre Miguel Hernández, véase una vivida entrevista con su viuda, publicada en *Triunfo* (Madrid), en enero de

1975. <<

[2291] Ciano, *Diplomatic Papers*, pp. 293-294. <<

[2292] Declaración al autor de Martínez Amutio, gobernador civil de Albacete hasta marzo de 1939. <<

[2293] Sergio Vílar (p. 227), citando a un comunista, Miguel Núñez, que pasó allí doce años. <<

[2294] Catalunya sota..., p. 242. <<

[2295] Astillara, La guerra de *Euzkadi*. Mera da los nombres de 500 fusilados en la cárcel de Madrid cuando él se encontraba allí en 1941-1944 (p. 288). <<

[2296] Charles Foltz, *The Masquerade in Spain* (Boston, 1948), p. 97. <<

[2297] Sobre la represión, véase Juan M. Molina, *Noche sobre España* (México, 1958); Miguel García, *Franco's Prisoner* (Londres, 1972); Ronald Fraser, *In Hiding*. El encargado de negocios paraguayo, Arturo Bray, escribió un relato espeluznante, *La España del brazo en alto* (Buenos Aires, 1943), y también está el libro de Melquíades Rodríguez Chaos, que lleva el expresivo título de *24 años en la cárcel* (París, 1968). <<

[2298] Véase Catalunya sota..., p. 242. <<

[2299] La primera edición de este libro (1961) fue de las primeras en sugerir que la cifra, hasta entonces aceptada, de un millón de muertos era una exageración. Es interesante señalar que los distintos intentos de dar una cifra basándose en el análisis demográfico han dado cifras tan diferentes como 800 000 (Jesús Villar Salinas, *Repercusiones demográficas de la última guerra española*, Madrid, 1942) y 560 000 (Fierre Vilar, Historia de España, p. 150). <<

[2300] Después de un análisis más cuidadoso de las cifras de cada batalla, he dado unas cifras más reducidas que las de mi

última edición. Los argumentos de Jackson en este caso parecen convincentes (p. 526 y ss.), y coinciden con La Cierva, vol. II, p. 221 y ss. R. Casas de la Vega, *Las milicias nacionales en la guerra de España* (Madrid, 1974), calcula 17 015 muertos en acción o a consecuencia de sus heridas de un total de 160 000 o 170 000 voluntarios falangistas en la guerra. <<

[2301] La Cierva reduce esta cifra a 50 000 y 25 000 (*Historia ilustrada*, vol. II, p. 221). Me gustaría pensar que tiene razón, pero me temo que peca de optimista. Me temo, también, que Jackson minusvalora los asesinatos de la República y exagera los de los rebeldes. <<

[2302] Aquí incluyo como muertos de guerra a aquellos que murieron en la cárcel a consecuencia de la guerra, como Julián Besteiro o Miguel Hernández. Mientras que Jackson tiene esta cifra de 50 000 indicada anteriormente, da la cifra de 200 000 para los muertos por represalias después de la guerra. La Cierva, *op. cit.* (vol. II, p. 223), dice que hay que considerar que 50 000 es el máximo. Cabanellas (Vol. II, p. 1112) aventura la cifra de 300 000. <<

[2303] Boletín Oficial del Estado, 4 de agosto de 1940, cit. por Sardá, «El Banco de España», habla de 22 740 000 pesetas en el bando republicano, y 10 000 000 en el nacionalista (pesetas de 1935). La elevada cifra de los republicanos puede atribuirse en parte al alto coste del personal en el ejército republicano. <<

[2304] *Informe de la Dirección General de Regiones Devastadas*, 1943. Esto era un 8% del total de casas del país. <<

[2305] Tamames, *Estructura*, p. 559. <<

[2306] Tamames, *La República*, p. 357, da estas cifras:

	Ganado vacuno	Ovejas	Cerdos
1933	597 000	2 926 000	382 000
1941	291 000	1 977 000	191 000
Porcentaje de reducción	34,3%	32,7%	50,6%

<<

[2307] Ocho millones de hectáreas de trigo en comparación con los 11 000 000 de 1935. Desde luego, en algunas zonas especialmente dañadas, como la zona donde se libró la batalla del Ebro, las pérdidas fueron mayores: Mezquida (vol. X, p. 162), por ejemplo, da cifras que muestran que, en Gandesa, así como había 5.400 000 vides en 1935, en 1939 se habían perdido más de 2.000 000. Pasaron muchos años antes de que la antigua producción de la vendimia se recuperara. <<

[2308] Cifras en Tamames, *La Republica*, p. 37 <<

[2309] Dicen que el 60% de los que eran miembros de la Falange antes de la guerra murieron en el conflicto (cálculo de Payne, *La Falange*, p. 212). <<

[2310] Lorenzo, p. 236. <<

[2311] Observación de Abad de Santillán, *Por qué perdimos*, p. 15. <<

[2312] Cifras de Cervera (Cervera, p. 422). El almirante Bastarreche dio unas cifras ligeramente diferentes en su contribución a los seminarios de la universidad de Zaragoza (Guerra de liberación, Zaragoza, 1961, p. 422). <<

[2313] R. Salas, vol. IV, p. 3422. En el Apéndice VI hay un análisis detallado de la ayuda extranjera. <<

[2314] FD, vol. VII, p. 377. <<

[2315] Hay muchos ejemplos de esto en la excelente tesis de Alpert. <<

[2316] Cit. por Carr, Spain, p. 689. La lealtad de Matallana podía resultar sospechosa, pero su táctica era sensata. <<

[2317] Incluso Azaña comentó más tarde (carta a Ossorio, 28 de junio de 1939) que le sorprendió que Franco no se lanzara a la conquista de Barcelona en marzo de 1938 (vol. III, p. 537). <<

[2318] Sobre este tema, véase Tamames, La República, p. 341; Carlos Delclaux, *La financiación de la cruzada* (Universidad de Deusto, tesis inédita, 1950). <<

[2319] Véase un estudio completo en el Apéndice VI. <<

[2320] «La Pasionaria» (en *They shall not pass*, p. 348) dice que «sin los tanques y los aviones soviéticos, la defensa de Madrid habría sido imposible». <<

[2321] Véase una opinión contraria en el ensayo de R. Salas, Palacio Atard, *Aproximación histórica a la guerra civil española* (Madrid, 1970). <<

[2322] La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. II, p. 326; Feis, *loc. cit.* Parece ser que las cifras exactas son 3 471 383 y 1 504 239, respectivamente. <<

[2323] Del 17 de julio al 8 de agosto de 1936; del 20 de octubre de 1937, aproximadamente, a enero de 1938; del 16 de marzo al 13 de junio de 1938; y en enero y febrero de 1939. Además hubo aviones que atravesaron la frontera entre agosto y octubre de 1936, con toda seguridad. <<

[2324] Edén, p. 403. <<

[2325] Véase Liddell Hart, *The other side of the Hill*. El valor de la experiencia de combate adquirida en España por los pilotos alemanes requiere alguna puntualización: las pruebas a que se vio sometida la Legión Cóndor durante la segunda

guerra mundial fueron mucho más duras que las de España, y posiblemente las lecciones de España no fueron totalmente aplicables a los cielos de Inglaterra. <<

[2326] Prieto, *Yo y Moscú*, p. 140. <<

[2327] B. Liddell Hart, *The Soviet Army* (Londres, 1956), pp. 316-317 <<

[2328] A pesar de todo, hubo muchos errores en los cálculos del gobierno inglés acerca de los posibles efectos de un ataque aéreo contra Londres, deducidos de la experiencia de los bombardeos sobre Barcelona en marzo de 1938. Los funcionarios calcularon que una tonelada de bombas podía causar 72 bajas. Más adelante, sin embargo, se supo que, en todos los bombardeos de Barcelona, habían muerto un promedio de 3,5 personas por bomba. Esta nueva proporción de bajas no sustituyó, en los planes del ministerio del Interior británico, a las cifras primitivas, y más drásticas. (R. Titmuss, *Problems of Social Policy*, Londres, 1950, *Official History of the War*, pp. 13-14). Estoy muy agradecido al difunto Christopher Bennet, que me hizo caer en la cuenta de esto. <<

[2329] *Historia y Vida*, enero de 1975. <<

[2330] Por ejemplo, Yagüe, Muñoz Grandes, Varela, Alonso Vega, García Valiño, Martín Alonso, Dávila, Orgaz, Vigón y Barroso. <<

[2331] Entre los menos afortunados se contaron Kindelán, Aranda, Saliquet y Queipo de Llano. <<

[2332] La extraña cuestión de los títulos de Franco está tratada en el Apéndice I de Vila San Juan, p. 472 y ss. <<

[2333] Documents on German Foreign Policy, vol. XI, p. 213. Fue una gran hazaña conseguir que Hitler se sintiera como un judío. Las condiciones que puso España a Alemania para

entrar en la guerra en 1940 fueron: que Alemania entregara a España entre 400 000 y 700 000 toneladas de grano; que le entregara todo el combustible y el equipo que necesitaba el ejército español, y la artillería, los aviones, las armas especiales y las tropas necesarias para conquistar Gibraltar. Además Alemania tenía que acceder a entregar a España todo el Marruecos francés, así como Orán, y ayudarla a conseguir la revisión de la frontera sur de Río de Oro. <<

[2334] Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter* (Londres, 1952), p. 193. <<

[2335] *UN Security Council Report on Spain*, 2, 76. <<

[2336] Los capitales alemanes en España, que ascendían a 55 millones de dólares, fueron liquidados finalmente en mayo de 1948 por un acuerdo con Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. <<

[2337] Líster, p. 241. <<

[2338] Pike comenta las cifras en *Vae Victis!*, p. 114. Puede que la cifra de republicanos muertos sea inferior. Desde luego, hubo más de 10 000 en Mathausen, de los que volvieron 2000. <<

[2339] Se mantiene una controversia sobre si Azaña murió o no en el seno de la Iglesia; los testimonios parecen inclinarse por la negativa, aunque es cierto que le visitó monseñor Theas, el obispo de Montauban, en sus últimas horas. La viuda de Azaña dio dos relatos contradictorios a los dos biógrafos de su marido (el profesor Sedwick, de Florida, y Cipriano Rivas Cherif). (Véase Sedwick, p. 236). <<

[2340] Matallana, que entregó el mando de los ejércitos republicanos del centro, fue juzgado, encerrado en la cárcel, y murió en Madrid en 1952, cuando sólo tenía 58 años. <<

[2341] Esta persecución, que suponía la exclusión de cualquier forma de cargo público, afectó no sólo a los

miembros de la Lliga que habían huido al extranjero, sino a muchos que habían trabajado activamente para los nacionalistas en la guerra, como Bertrán i Musitu, uno de los fundadores de la Lliga, que había organizado el servicio de espionaje de Franco en Francia, y el naviero millonario conde de Ruiseñada. <<

[2342] Me entrevisté con él en Buenos Aires en 1972. Era un exiliado de dos países, lleno de recuerdos nostálgicos de la Prusia oriental de su juventud, símbolo de la aventura alemana en pos del poder mundial que había acabado tan trágicamente. <<

[2343] «Muy graves consecuencias, especialmente al comienzo de la guerra, se derivaron de la liquidación por parte de Stalin de muchos jefes militares y dirigentes políticos durante los años 1937-1941 [...] durante este tiempo, el cuadro de dirigentes que habían adquirido experiencia militar en España y en el lejano oriente quedó casi completamente aniquilado». (Bertram Wolfe, *Khrushchev and Stalin's Ghost*, Nueva York, 1957, p. 174). Aquí, por lo menos, Khrushchev exageraba. <<

[2344] Sobre Etingon, véase Isaac Don Levine, *Mind of an Assassin* (Londres, 1960); declaraciones de Orlov ante el Senado; P. Deriabin y F. Gibney, *The Secret World* (Londres, 1960), p. 187. <<

[2345] Prestó gran ayuda al FBI en varios casos de «espionaje», sobre todo en los de los hermanos Soble y Zbrowsky. <<

[2346] La cuestión de si éste fue otro asesinato de Stalin o si se trataba de un suicidio nunca ha sido dilucidada. <<

[2347] *Laszlo Rajk and his Accomplices before the People's Court*, p. 6. El recuerdo de los voluntarios checos en España es el telón de fondo de los juicios de Arthur London: «Nous

voila, six vétérans de la Guerre d'Espagne reunís. Mais ou est notre enthousiasme d'autrefois?» (L'aveu, p. 16). Haber sido miembro de las Brigadas Internacionales era tan malo como haber intervenido en Rusia contra los bolcheviques en 1919. <<

[2348] Véanse más noticias sobre los voluntarios franceses en Delperrie de Bayac, p. 390. Había algunos en el otro bando. Por ejemplo, el cagoulard Henri Dupré trabajó para los nazis y fue fusilado en 1951. <<

[2349] *Volunteer for Liberty*. Introducción a la edición abreviada de archivos (Nueva York, 1946), p. 3. <<

[2350] Véase Taylor, pp. 113-115. <<

[2351] Es muy conocido el papel de Jack Jones y Bert Ramuelson, ambos antiguos voluntarios de las Brigadas, en la política sindicalista británica de los años 70. Ramuelson, emigrante polaco en Canadá, luchó con el batallón Mackenzie-Papineau. Jones cayó herido en el Ebro. <<

[2352] Testimonio del comandante *sir* A. James, primer secretario honorario de la embajada británica en Madrid. (Confirmado por la familia Ryan). Véase también *The Irish Times*, 9 de abril de 1975. <<

[2353] Sin embargo, el punto de recuperación para la industria, o sea, el momento en que los españoles empezaron a estar mejor que antes de la guerra, se sitúa en 1952-1953. <<

[2354] Manuel Azaña, en Barcelona, el 18 de julio de 1938. Miguel Maura, el más independiente de los políticos, describió (*op. cit.*, p. 225) una trágica visita que hizo a Azaña en el exilio, en un pueblecito de Saboya: «¡Todo se había hundido para él en esos dolorosísimos años de la guerra civil! Su claro talento había calibrado la pequeñez de las ambiciones y de los sueños de poder y de popularidad, que

quizás algún día habían constituido la meta de sus aspiraciones y su ideal. Desengañado, triste, pero, repito, con el juicio más claro y lúcido que nunca, me trazó un cuadro de lo que fueron para él moralmente los tres años terribles. En aquel grave momento tuve ante mí a un hombre superior a todo encomio humano, con humanidad casi sobrenatural por su desinterés y su renuncia a toda vanidad y a toda ambición». Azaña acababa de cumplir sesenta años, pero murió al año siguiente. <<

[2355] Sobre la base de toneladas métricas, equivalentes a 32 150 onzas de oro de ley. Cifras dadas sobre la base de 4,8666 respecto al dólar, y del tipo de cambio de la peseta en la primera mitad de 1936. <<

[2356] *Pravda*, 5 de abril de 1957. En 1939, corría la historia de que la República debía a Rusia 120 millones de dólares (véase L. Fischer, p. 346). Recuérdese que Hidalgo de Cisneros obtuvo armas por valor de 85 millones de dólares a finales de 1938 después de que Stalin le dijera que el crédito de la República se había agotado. Al parecer, la factura de 35 millones de dólares no tardó en pagarse, con lo que quedaron 50 millones. <<

[2357] Esta cifra se ha obtenido considerando las reservas totales de oro de 788 millones de dólares, una vez restados los 48 millones que se quedaron en Francia, y añadiendo los 50 millones que Rusia decía que se le debían y el valor de las exportaciones, teniendo también en cuenta los objetos de valor que fueron exportados. No está totalmente clara la forma en que se pagó materialmente el dinero, pero Delclaux (La financiación de la Cruzada, p. 75) da esta lista de destinatarios del dinero del Banco de España hasta el 1 de enero de 1938: a Rusia, 663 millones de pesetas; a Mont de Marsan, 350 millones; a Fernando Shaw, Alfredo Palacios y

Antonio Cruz Marín, que estaban en Londres, 11, 16 y 34 millones respectivamente; a Gordón Ordás, el embajador en México, 64 millones; a De los Ríos, el embajador en Washington, 175 millones; a Araquistain y a Albornoz, ambos embajadores en París, 194 y 210 millones respectivamente; a Méndez Aspe, titular del ministerio de Hacienda, 400 millones; y a anónimos (!), 100 millones. <<

[2358] Cifras en GD, p. 892. Véase también GD, vol. XI, pp. 329-330. Véase también Whealey en Carr, *The Republic*, p. 219, y Ángel Viñas, «Los costos de la guerra civil», en *Actualidad económica*, agosto 1972. <<

[2359] Southworth, *AntiFalange*, p. 178. <<

[2360] Se lo dijo a Hitler en una conversación (GD, p. 933). <<

[2361] Acuerdo del 8 de mayo de 1940. <<

[2362] Delclaux, p. 65. <<

[2363] Esto es lo que hace Jesús Salas en su Intervención extranjera, p. 510. <<

[2364] Estoy particularmente agradecido a Peter Robeson, de Baring Brothers, que me prestó su amable ayuda a propósito de estas sumas y su interpretación. <<

[2365] Manfred Merkes, *Die Deutsche Politik gegenüber dem Spanischen Bürgerkrieg*, 2.ª edición (Bonn, 1974), habla de un total de 15 990 hombres enviados a España, incluido personal no militar, pero excluye a los que fueron a mediados de 1937, cuyos datos no obtuvo. <<

[2366] Liddell Hart, *The Other Side of the Hill*, p. 126. <<

[2367] En realidad 593, según las cifras de Jesús Salas en su Intervención extranjera, p. 430. Estas cifras son más de fiar que los cálculos anteriores del mismo autor y de su hermano (p. ej., en Palacio Atard, p. 201) u otros cálculos como los de

Gomá o La Cierva. Los pesados Junker 52 (bombarderos) y los pequeños Heinkel 51 (cazas) fueron la base de los primeros días; los rápidos Messerschmitt 109 (cazas) se utilizaron en 1937. El Heinkel 111 de autonomía media era el bombardero más moderno de Alemania. Otros aviones comprados a Alemania fueron: 31 Dornier 17 (un bombardero que, en su época, era más rápido que la mayoría de los cazas del mundo), 33 HE 45, y 20 HE 46. J. Salas (La guerra, p. 209) dice que en 1937 llegaron a España cinco modelos del famoso Stuka (Junker 87), pero que no fueron muy utilizados. Uno entró en acción en Teruel, en febrero de 1938, y otro, al parecer, fue derribado en enero de 1939 (García Lacalle, p. 485). <<

[2368] En la primavera de 1937 había unos 35 000 italianos en la CTV, quizás 10 000 en la Legión, los «flechas» y las fuerzas aéreas legionarias. Véase Payne, The Military, p. 327; y Alcofar (*CTV*), p. 189. Entonces se dieron cifras más elevadas, debido a la confusión creada por las unidades de españoles que mandaban oficiales y suboficiales italianos. <<

[2369] Alcofar, *CTV*, p. 189. 3785 están enterrados en el monasterio de San Antonio, Zaragoza; 372 en el cementerio de puerto del Escudo; y hubo algunas otras muertes aisladas. Véase Belforte, p. 228, y Conforti, p. 416. Pero también hubo algunos pilotos y otros italianos muertos que no formaban parte de la CTV. <<

[2370] Cálculo de Denis Macksmith, *Mussolini as a military leader* (Reading, 1974), p. 9. <<

[2371] Cifra de R. Salas (*op. cit.*, p. 3420) y de J. Salas, Intervención extranjera, p. 435, que yo prefiero a la de la agencia informativa Stefani dada en 1941, cit. por *New York Times* del 28 de febrero de 1941 (763 aviones). Se han dado cifras más altas respecto al número de Fiat CR. 32. <<

[2372] Cifras de Stefani; Alcofar (1972) las critica (p. 190). <<

[2373] Cantalupo y Belforte (p. 164) hablaban de 800 piezas. Véase Whealey, *op. cit.*, p. 221; *Forze armate*, junio 1939; y comentario de R. Salas, *Intervención extranjera*, p. 490. <<

[2374] Agencia informativa Stefani en 1941. Véanse cifras ligeramente inferiores en J. Salas, *Intervención extranjera*, p.490. <<

[2375] Alcofar, *CTV*, p. 191. <<

[2376] Belforte, p. 183. <<

[2377] Véase Martínez Bande, *La lucha*, p. 110, nota 122; La Cierva, *Leyenda y tragedia de las Brigadas Internacionales* (Madrid, 1973), p. 101; y Kay, p. 92. Al parecer, la Brigada «Viriato» de voluntarios portugueses ofrecida por el general Raúl Esteves, uno de los fundadores de la revolución de Salazar, nunca llegó a formarse como una unidad independiente, no obstante, a los portugueses que fueron a España se les llamaba «viriatos». En una edición anterior, yo hablaba de 20 000 voluntarios de Portugal: probablemente esto era una exageración. Sobre las experiencias de un «piloto» portugués en el bando de Franco, véase José Sepúlveda Velloso, *Páginas do diario de un aviador na guerra de Espanha* (Lisboa, 1972). El general Spínola, que se hizo famoso en 1974 en Portugal, hizo sólo de observador en una misión y nunca combatió. <<

[2378] Parece ser que sólo fueron cuatro norteamericanos (el «genio de la electricidad» Stanley Baker; el piloto Patriarca, derribado por los republicanos en 1936; el hijo de Arthur Krock, del *New York Times*; y el capitán Guy Stuart Castle) y tal vez doce ingleses (los capitanes Fitzpatrick y Nangle, que sirvieron en la legión; Peter Kemp; un tal Patrick Campbell; Rupert Bellville, que luchó con los falangistas en Jerez en 1936; dos desertores de los Royal Marines, «Stewart» y

«Little»; otros dos desertores del buque inglés Barham, Wilson, que emigró a Canadá, y Yarlett, que murió a consecuencia de sus heridas; y algunos otros ingleses que lucharon en Andalucía, en la legión). Al parecer, la mitad de éstos eran, por lo menos parcialmente, irlandeses. <<

[2379] El cónsul general británico en Tánger calculó que, en junio de 1938, se habían ido a la guerra 70 000 marroquíes. (Véase el artículo de Halstead sobre Beigbéder en *The Historian*, noviembre 1974; y La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. I, p. 472). <<

[2380] Éstas son las cifras que da Jesús Salas en la p. 429 de su Intervención extranjera, y las que aparecen en las pp. 3418-3419 del vol. IV del libro de su hermano. El jefe de los Katiuska, coronel Leocadio Mendiola, que ahora está en México, dice que sólo había 62 aparatos de este tipo, y el jefe de los Natasha, comandante José Romero, dice que sólo había 93 de aquellos aviones. García Lacalle, en una carta que me escribió, dice que la cifra global se aproximaba a los 500, de los cuales 300 eran cazas y 220 bombarderos. Sin embargo, yo acepto las cifras de Salas, sobre la base de su documentación. <<

[2381] Pueden encontrarse muchas otras cifras incluso en R. Salas, Palacio Atard, p. 200. La República construyó o reunió «Moscas» y «Chatos» en Barcelona; los nacionalistas encontraron 200 de estos aviones en Barcelona, y 100 en Alicante. Véase también Sanchís, p. 35; Gomá, p. 58; La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. II, p. 313. William Green y John Fricker, *The Air Forces of the World* (Nueva York, 1958), p. 249, creían que Rusia había enviado 550 I15, 475 I16, 210 2B-2, 130 R-5 de reconocimiento, y 40 R2. <<

[2382] Carta del coronel García Lacalle, julio de 1964. Uno por lo menos de estos Grummans fue muy útil como pionero

de la fotografía militar aérea. <<

[2383] Véase D. C. Watt, «Soviet Aid to Spain», en *The Slavonic and European Review*, junio de 1960. <<

[2384] *The International Brigades*, p. 123; véase también Alpert, p. 3 <<

[2385] He tomado estos cálculos de J. Salas, *Intervención extranjera* (pagina 476), y de *Solidaridad de los pueblos con la República española*, Moscú, 1972, aunque creo que las cifras de artillería son altas. <<

[2386] Wintringham, p. 37; Rolfe, p. 8. Vittorio Vidali («Carlos Contreras») ha dado la cifra de 35 000 (II Contemporáneo, vol. IV, julio-agosto 1961, p. 284). Los archivos del ejército soviético, cit. por Payne, *Spanish Revolution*, dan la cifra de 31 237. El análisis que hace Andreu Castells en su útil estudio, Las Brigadas, es impresionante; nos deja la cifra de 59 380, pero la evidencia es débil: ¿de dónde saca el autor la cifra de 15 400 franceses? ¿Por qué se fía más de un libro ruso que de uno italiano al tocar el tema de la participación italiana? El folleto del ministerio español de Asuntos Exteriores, Las Brigadas Internacionales (editado en 1952), aunque presenta mucho material interesante, exagera al calcular la cifra en 125 000; una cifra (¿una conjetura, tal vez?) que, al parecer, apareció por primera vez en Lizón Caldea, *Brigadas Internacionales en España* (Madrid, 1940), p. 11. R. Salas, vol. II, p. 2144, también arguye, de una forma poco plausible, que la cifra fue de 120 000. La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. I, p. 404, habla de 80 000. «La Pasionaria» y sus colegas (La guerra, vol. II, p. 234) dicen que entre 30 000 y 35 000, y Delperrie de Bayac (p. 386) también habla de 35 000. Quizá Salas y La Cierva se equivocaron al contar a los voluntarios españoles de las brigadas como si fueran extranjeros. <<

[2387] *L'Epopée de L'Espagne* (París, 1957), p. 80. Este folleto dice que los miembros franceses de las brigadas fueron 8500. Pero uno de sus autores me dijo que no confiaba en las fuentes de su propia información y que la cifra debía de ser más alta. <<

[2388] Alfred Kantorowicz, *Spanisches Tagebuch* (Berlín, 1948), p. 15. <<

[2389] Ésta es la cifra que Maciej Techniczek dio a Castells, con la que yo estoy de acuerdo. <<

[2390] Togliatti, en su historia del *Partido Comunista italiano*, dice que la cifra era de 3354, de los cuales 3108 eran combatientes. 1819 eran comunistas, 310 socialistas, republicanos o miembros de «Justizia e Liberta», y 1096 no pertenecían a ningún partido, pero «en su mayoría habían sido reclutados en nuestras organizaciones». Togliatti añade que murieron unos 600 italianos (356 comunistas), cayeron heridos 2000, y 100 fueron hechos prisioneros, y probablemente fusilados (Togliatti, *Le Parti Communiste Italien*, París, 1961, p. 102). La discrepancia entre la cifra de Togliatti y la de los archivos militares rusos, mencionada anteriormente, indica que la última no es muy digna de confianza. Quizá los rusos no contaron a los que no eran comunistas. El origen social de estos hombres era el siguiente: 1471 obreros industriales, particularmente de la industria metalúrgica, sólo 254 campesinos, 69 miembros de profesiones liberales, incluyendo a 19 abogados. Pero no se conoce el origen social de 1412 combatientes. De todos modos, las categorías sociológicas de esta clase siempre son equívocas. De los combatientes italianos en España, 102 tenían más de sesenta años, y la mayoría estaban entre los treinta y los cuarenta y cinco. Si tomamos sólo a los comunistas, la mayoría de los «garibaldinos» eran

venecianos: 309 de Venecia Euganea y 225 de Venecia Giulia. 145 eran toscanos. Véase Spriano, vol. III, pp. 227-229. <<

[2391] Rolfe, p. 7. <<

[2392] Rust, p. 210. Neal Wood, *Communism and British Intellectuals* (Londres, 1959), p. 56, sin embargo, dice que hubo 2762 voluntarios ingleses, 1762 heridos y 543 muertos. Puede que tenga razón, pero nadie más da cifras tan exactas. <<

[2393] Tito, en sus comentarios a *Life* (28 de abril de 1952). Dedijer, p. 108, dice que hubo 1500 voluntarios yugoslavos, 300 heridos, «casi la mitad de muertos», y 350 internados en Francia después del hundimiento de Cataluña. <<

[2394] Clarté (Estocolmo), n.º 2 de 1956, p. 2. <<

[2395] Wullschleger, pp. 39-42. <<

[2396] Longo, p. 34. Un estudio reciente de I. Persiguer, «Participación de polacos antifascistas en la guerra de España», aparecido en I. Maisky, *Problemas de la Historia de España* (Moscú, 1971), habla de 30 000 eslavos en España. Creo que esto es una exageración. <<

[2397] Lois Elwyn Smith, p. 200. <<

[2398] Véase *Istoriya Veltkoy Otechestvennoy voyny Sovetskogo Soyuza 1941-1945*, vol. I, pp. 112-113; aquí dice que, probablemente en 1937, había en España 557 «voluntarios» rusos, de los cuales 23 eran «asesores» militares, 49 instructores, 29 artilleros, 141 pilotos, 107 tanquistas, 29 miembros de la Marina, 73 intérpretes, y 109 «técnicos», expertos en señales y médicos. El número de «especialistas» rusos de la NKVD sigue siendo un misterio. Pero Largo Caballero dijo a Azaña en 1937 que entonces había 781 rusos en España (Azaña, vol. III, p. 477). Véase

también lo que dijo Hidalgo de Cisneros a Bolloten, en Bolloten, p. 125. Líster habla de 2500 (*op. cit.*, p. 265). R. Salas, vol. II, pp. 2151-2153, habla de más de 20 000. Véase Alpert, pp. 287-289. Jesús Salas (Intervención extranjera), p. 453, dice 12 000 como conjetura, sin evidencia documental. La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. II, p. 314, habla de 5000. «La Pasionaria» y sus colegas (Guerra y Revolución en España 1936-1939, vol. II, p. 235) hablan de 2000, y nunca más de 600-800 al mismo tiempo. <<

[2399] Jesús Salas, *La guerra*, p. 286. <<

[2400] El yate pertenecía al millonario vasco Ramón de la Sota. Construido en Tryon en 1904, sus 1266 toneladas lo convertían en uno de los yates privados más grandes que existían. <<

[2401] J. de Eguía, jefe de la armada vasca. <<

Índice

La Guerra Civil Española 3
Agradecimientos 5
Prólogo 11
Libro primero 17
1 19
2 30
3 57
4 76
5 86
6 105
7 125
8 145
9 173
10 198
11 215
12 247
Libro segundo 261
13 262
14 280
15 301
16 333
17 361
18 370
19 399
20 424

21 441
22 465
23 485
24 500
25 517
26 534
27 548
Libro tercero 577
28 578
29 612
30 640
31 668
32 680
33 696
34 715
35 749
36 775
37 792
Libro cuarto 826
38 827
39 855
40 866
41 893
42 912
43 938
44 962
45 981
46 998
47 1018

48 1047
49 1069
50 1078
Conclusión 1120
51 1121
Epílogo 1158
Apéndices 1170
Apéndice I 1170
Apéndice II 1170
Apéndice III 1170
Apéndice IV y V 1170
Apéndice VI 1170
Apéndice VII 1181
Apéndice VIII 1192
Nota bibliográfica 1202
Bibliografía seleccionada 1231
Autor 1267
Notas 1269